

CIENIT

sociología
ciencia-literatura

Année 1962 : N° 133 - 144 C



- Plácido Bravo : Juventud y senectud.
- Fontaura : La mística del anarquismo.
- Miguel Jiménez Igualada : Reflexiones al compañero X.
- Miguel Utrillo : Recuerdos de Ignacio Zuloaga en el aniversario de su muerte.
- F. Frak : ¿Humildad o pedantería?
- J. Lyndon Shanley : Placeres de Walden.
- Puyol : La vida y los libros.
- Luis Vives : De la manera de aprender.
- Han Ryner : El árbol preferido.
- Costa Iscar : Limpieza en el lenguaje.
- Denis : El negociante.
- Suno : Microcultura.
- Campio Carpio : Poesía del destierro (folletón encuadernable).

133

ENERO - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4° P 5523

Palabras de Albert Camus



En todas las circunstancias de su vida, oscuro o provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva,

que le justificará a condición de que acepte, en la medida de sus posibles, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad. Y pues su vocación es agrupar al mayor número posible de hombres, no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre que, donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión.



En recuerdo del poeta y compañero

«Entrégate para el bien
de los otros. Sé Esperanza,
anhelo de claros días
y lumbre que no se apaga.
Sé para los otros todo:
nervio, sangre, acción, palabra;
el broquel que los proteja
y, si es necesario, espada.

 Date a pedazos y muere
de la tarde a la mañana
cien veces para que viva
el más ignorado paria.

 Pero, en silencio, sin ruidos,
sin oropel ni alharaca;
que nadie sepa quién eres
si dicen: ¿Cómo te llamas?

 Ese es el solo heroísmo,
ésa es la sola arrogancia:
ser para los otros todo
y para ti... ¡no ser nada!»

OLIVAN («Romancero de la Libertad»)



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

GENIIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Enero 1962

Nº 133



Juventud y senectud

¿Viejo? Quien tiene
más años que yo

SACHA GUITRY

INFANCIA, adolescencia, juventud, madurez, ancianidad... ¿Son éstos los momentos estelares, las verdaderas etapas del recorrido vital del hombre?

Fisiológicamente, lo único que se puede afirmar es que existen ciertos estados sucesivos, peculiares, distintos. Sin rigor excesivo podemos trazar la curva gráfica para demostrar el citado recorrido, pero sin olvidar que cada ser tiene la suya propia y que a otra alguna se identifica. Curvas monstruosas con relieves, gradas, rellanos y abismos; irregulares en el espacio y en el tiempo. Con trazo seguro, exacta cifra, sólo la eclosión y la extinción, puntos de llegada y de partida, son compatibles con la rigurosa exactitud de la aritmética y la geometría. Y aún, pues que anterior al nacimiento están los preparativos, los largos periodos de incubación, de sucesión podríamos decir, como a la mies cosechada sigue la siembra de la semilla. Y antes, mucho antes de exhalar el último suspiro, se atrofian los órganos, decrece nuestro metabolismo, hay merma en la vitalidad de todo el organismo. Insensiblemente, cada día morimos un poco; viviendo, andando con paso largo o corto, cotidianamente nos acercamos a la cita fatídica. Mas todo eso es simple minucia. Poco cuentan la longitud del trecho, la cantidad de jornadas por recorrer o recorridas; cuenta la densidad y la calidad de una vida.

Infancia, para los hombres, suele ser sinónimo de torpeza, ingenuidad, curioso, imitación. Cuando el niño cae de brutes por andar atolondrado

tras el zape juguetón que le ha birlado el ovillo de lana o el carrete de hilo. Cuando crédulo, busca afanosamente al recién nacido en un campo de cardos o lechugas; cuando las estrellas se le antojan candiles suspendidos. Cuando su curiosidad le induce a destrozarse el mecanismo de relojería escondido, o se coge los dedos en el engranaje de un bicicleta. Cuando imitativo se machaca el índice clavando una punta con el martillo. El hombre se ríe cínicamente entonces; tutor engreído, dichoso de poder mostrar su paternalismo, da lecciones de experiencia, siembra consejos y muestra con infulas su destreza alcanzada. No siempre se acuerda que también fue niño. Y sin embargo, pese a su talla y edad, el hombre tiene mucha dosis de infantilismo. Muy a menudo también él confundirá la avena con la cizaña y tomará el rabo por los cuernos: se preciará de su destreza sinistra y de su experiencia simiesca, vanagloriándose de sus bárbaras creencias. Y entonces se producirá un fenómeno de precocidad — caso Mozart por ejemplo — imponiendo silencio a críticos severos, dejando boquiabiertos a los hombres más exigentes y a los más aviesos.

En la adolescencia tiene lugar la pubertad, especie de metamorfoseo. La voz tiene sonoridad recia por momentos, en otros aguda, infantil aún. Es la época de los contrastes y contrasentidos. Se teme mucho y espera más. El desarrollo glandular y nervioso hacen del niño-hombre un ser muy emotivo. Sus brusquedades y abatimientos sobrevienen de repente, como en marzo las borrascas, sin previo aviso. Como el pajarillo que desde su nido contempla el vacío al decidirse a volar por primera vez, el adolescente, en la época de la pubertad, así también mira la vida: con apremios y temores; con incipientes deseos de que su imaginación acelera y luego el miedo a lo desconocido frena. Anda a saltos, y su vida es un sobresalto. El sexo, con sus exigencias nacientes, le impele a

violiar el secreto misterioso, perturbando el ritmo de su despreocupada infancia. El yugo de la tutela paterna le molesta, y su ánimo decae ante perspectivas inciertas de independencia. Por la mañana canta la esperanza en versos, y por la noche le tienta la cuerda suicida para dar remate a la tragedia. ¡Qué barométrica más caprichosa dirán los hombres olvidadizos de sus propias cuitas!

Y en efecto, los niños le rechazarán de sus juegos por considerarlo excesivamente hombre, y los hombres lo expulsarán de sus círculos por creerlo demasiado niño. ¡Qué aprietos y angosturas! En esta encrucijada de la vida, muchos se encuentran o se pierden para toda su vida.

Los dardos que se clavan en este periodo suelen quedarse incrustados en el inconsciente, de donde no hay pinzas que los saquen. Todos los bálsamos suelen resultar tardíos e ineficaces.

¿Pero dónde acaba la adolescencia que se confunde con la juventud? ¿Y cuándo se entra en el periodo estable de la madurez y se inicia la edad de la descendiente vejez?

No hay concreción cifrada, ni limite trazado por geometría, posibles en este orden de cosas. Pues correr los cien metros en diez segundos, podrá ser signo de agilidad; como levantar trescientos kilogramos a pulso una buena nota obtenida en un concurso de musculatura positiva. Mas eso no basta para obtener ni extender certificado de juventud o de plenitud.

Si incluso en el periodo gestativo o de incubación hay imprecisión — sietemesinos y polluelos que alcanzan perfecta eclosión a los dieciocho días — ¿cómo no iba a ser igual en lo referente a épocas menos estrictas ya de por sí?

Cierto que existen en el terreno fisiológico y en el psicológico ciertos signos capaces de darnos

una idea aproximativa de la edad de un hombre. No menos cierto es que algunos de estos signos tienen significado equivoco.

Así, por ejemplo, la elasticidad de la piel, la agilidad de los miembros, la resistencia visceral, el desarrollo del tejido celular, etc. Mas no se olvide que la calvicie puede ser total a los veinte años, sin sufrir enfermedad que despueble repentinamente nuestro cráneo. Se puede encanecer en una noche, como sucedió a una mujer belga en el curso de la penúltima — si otras no siguen — conflagración mundial, esperando angustiada el fusilamiento por parte de los teutones. Esto sin hablar de las proezas de los institutos de belleza y otros centros de camuflaje de edad.

Hay juventud amorfa, senil, sin esperanzas. Como hay madurez reverdecida, caso de Goethe, enamorado — chiflado perdido — en el invierno de su vida, de una doncella de pocos abriles.

No; la edad de un hombre, no se halla ni se confiesa consultando el calendario y confrontándolo con la apergaminada fe de bautismo. Se la descubre por los actos que realiza.

Joven quien, pese a sus ochenta anualidades, planta un olivo. Quien, con pulso tembloroso sigue escribiendo el manuscrito-biografía, y corta las hojas vírgenes del libro recién editado. Quien en su lecho de agonía sigue contando anécdotas instructivas, cuando ésta llega, esboza una sonrisa. El ciego que sigue esculpiendo, y el sordo que escribe música.

Decía Sacha Guitry, en una de sus logradas ocurrencias: «¿Viejo? Quien tiene más años que yo.

No importa; históricamente hablando, el hombre sigue siendo un niño. Joven, quien realiza actos de proyección futurista.

PLACIDO BRAVO



La mística del anarquismo

EL amigo estudiante, simpatizando con el ideario libertario, le ocurre que, enfrascado en la paciente tarea de escrutar los sectores de la técnica, familiarizado con las matemáticas, absorto en los problemas algebraicos, le repele fijar la atención en factores psicológicos que se apartan de su visión cartesiana de las cosas. Un publicista, cuyas obras tratan de evidenciar los resortes que, partiendo de la Economía, mueven el mundo de la política, se encuentra en el mismo caso. Pero ambos parten de deducciones distintas: Para el primero es la ciencia exacta que se cimenta en las cifras, como dos más dos, igual a cuatro; ello es lo que cuenta, lo que vale. El segundo, el escritor aludido, aún y con todo el alternar en los medios ácratas franceses, tiene una formación basamentada en la dialéctica del marxismo, de cuya influencia no está del todo desprendido.

Argüir que la razón ampara, apoya, sostiene tales o cuales concepciones no siempre supone se pueda conferir a ella solidez, como las conclusiones, el corolario de un silogismo. No presupone que contenga exactitud, veracidad, ya que, como bien demostró Balmes en « El Criterio », las premisas de un silogismo pueden resultar equivocadas, siendo, pues, erróneo el resultado final. Ricardo Mella, que es sabido tuvo raigambre de pensador original, en una de sus magistrales trabajos periodísticos, artículo incluido en el «Ideario», que coleccionaron algunos de sus amigos, especificó el motivo de que «la razón no basta». Manifestó a este respecto: «La naturaleza, la realidad, no es un silogismo; es un hecho. De este hecho podrá nacer el silogismo; pero menester será que el instrumento de interpretación, el entendimiento, no se equivoque, para que tal silogismo sea idéntico para todo el mundo. La misma percepción, las mismas sensaciones, varían de hombre a hombre. ¿Cómo no ha de variar la traducción en hechos y palabras? ¿Cómo no ha de variar la lógica?»

Fuera de la rigidez matemática, al margen del mundo basamentado en reacciones de orden material, económico, hay la formación mental, consolidada por vía sentimental; por una sensibilidad susceptible de vibrar intensamente ante tales o cuales características ambientales. De ahí puede nacer el impulso, el entusiasmo, la fe en lo que se hace, o en lo que se pretende hacer. Todo ello, indudablemente, fuera de la creencia deísta; al margen de convicciones apegadas a la creencia en lo sobrenatural. Puede existir un estado de ánimo, unas características psicológicas que, al irradiar pasión y ardor formen como una **mística**, capaz de idealizar lo eterno humano, como expresara Unamuno.

Fundamentada en el humanismo de los pensadores del Renacimiento: Erasmo, Tomás Moro, Vi-

ves; la senda que posteriormente trazaron los enciclopedistas quedó abierta en un amplio cauce. De ahí es harto sabido que parte todo ese conjunto de apreciaciones doctrinales — siete tendencias o modalidades distintas según el doctor Elsbacher — que constituyen el ideario anarquista. Y es la **fuerza anterior, la arraigada convicción, el deseo de realización**, lo que constituye a modo de una mística, la **mística del anarquismo**.

El tono proselitista, el sentido que a su exposición doctrinal dan los más caracterizados pensadores que ha tenido el anarquismo, lleva consigo incomparable poder de raciocinio, fácil de asimilar, y casi de incontrovertible podríamos tildar. Contiene en muchos casos ese poder de captación; ese fervor que tan sólo ha sido superado por los « iluminados » propagadores de la fe religiosa: los místicos Teresa de Avila, Juan de la Cruz, Francisco de Sales, entre otros muchos.

Tomemos, por vía de ejemplo, cuatro figuras que podemos llamar representativas dentro del ideal anarquista: Bakunin, Malatesta, Kropotkin y Eliseo Reclus. Sin complicadas divagaciones, a base de una sólida argumentación, que parte de hechos comprobados, pone de manifiesto, cada uno de ellos, lo que en sí es la sociedad actual y los pilares que sostienen la injusticia. Todo ello expresado con esa vehemencia que parte de la íntima, de la profunda convicción. Y no se trata de una propensión a la pura teoría; de establecer unas deducciones sociológicas elaboradas exclusivamente en el gabinete de estudio, ceñido todo a una labor escuetamente intelectual. En ellos es ya sabido que no hay tal cosa. Bakunin, Malatesta, Kropotkin, Reclus, intervinieron en conspiraciones de tipo revolucionario, actuando incluso con las armas en la mano. Era la de ellos una concepción revolucionaria acoplando la teoría con la práctica, uniendo brazo y cerebro. En realidad, pese a las diferencias interpretativas, pongamos por caso, entre Kropotkin y Malatesta, haciendo hincapié éste último en el factor voluntad, dando Kropotkin más realce e importancia al aspecto intelectual de las ideas, lo cierto es que a todos les movía una fe, un entusiasmo, una inclinación romántica en favor del ideal.

Ya con menor ascendiente si se quiere; con menos caudal de aportación cultural y de acción al sentido ácrata, sin dejar de ser elementos de relieve, a semejanza de los antes citados, podrían nombrarse a una buena cantidad, inclinados unos a la propaganda escrita, otros a la oral, bien, como en el caso de Sebastián Faure, cultivando ambas modalidades. Hubo una etapa, singularmente en Francia, que la corriente proselitista libertaria, la mística anarquista prendió en el corazón y en el cerebro de escritores y artistas de formación no libertaria: Octavio Mirbeau, Laurent Tailhade, Bernard Lazare, Steinlein, Rimbaud, Anatole

France, Vlaminck, entre otros. Una mujer, toda ella pasión redentorista, toda ella vibrando de ardor justiciero: Luisa Michel, alcanzaba a enardecer a las multitudes. Y como un sol resplandeciendo en lontananza, se hablaba de «le grand soir»; se aludía a «la société nouvelle». Era una ferviente, una mística esperanza de justicia, de redención.

La mística del ideal, llevada en algunos al paroxismo, era la que impulsaba el brazo de los Etievant, Emile Henry, Ravachol, Caserio y cuantos despreciando la propia vida, se lanzaban a reivindicar a las víctimas de todas las injusticias; a protestar en favor de los misereros, de los sin pan y abrigo. En una publicación de vanguardia: «Entretiens politiques et litteraires», un escritor bien conocido: Paul Adam, escribió nada menos que un «Elogio de Ravachol». He ahí unas líneas que evidencian la aludida concepción mística del ideal: «Haber afirmado el derecho a la existencia, aun a riesgo de dejarse atropellar por el rebaño de los esclavos cívicos; así como arrostrar la ignominia del cadalso; haber contribuido a la supresión de los inútiles a fin de sostener una idea de liberación; haber tenido esa audacia de concebir y ese fervor de cumplir, ¿no es suficiente para que merezca el título de redentor?»

Han pasado unos años desde que el movimiento anarquista tenía en algunos países, singularmente en Francia, indiscutible auge. Ya por un motivo, bien por otro, lo cierto es que en Europa y en América se hablaba del anarquismo en el ambiente social. Por parte de algunos, en tono condenatorio; otros reivindicando sus postulados. Lo esencial consistía en que la mística del anarquismo gravitaba en el ambiente.

El tiempo ha transcurrido. Se viven unas características sociales de indole distinta a las que se vivían hace sesente o setenta años. Los que son postulados fundamentales en el anarquismo continúan siéndolo. No se han presentado factores de tipo sociológico que induzcan a modificar las apreciaciones de contenido anarquista. Mas, no podemos dejar de percatarnos de que nuestra época atraviesa determinadas características psicológicas que influyen en el modo de ser de los individuos. Incluso se deja notar una distinta modalidad de sensibilidad en relación con la de antes entre los componentes de la minoría evolucionada que se precia de ser ácrata.

¿Existe en nuestros días, entre los anarquistas, esa mística, ese fervor, ese entusiasmo que años atrás estaba bastante generalizado? No creo sea aventurado el manifestar, sin querer acentuar con ello nota pesimista, que por parte de buen número de anarquistas de hoy se atalaya el panorama social con menos vehemencia en la predisposición para la lucha, falta aquella especie de fervor que se notaba en un Fermín Salvochea o en un Pedro Gori, pongamos como ejemplo.

No se puede soslayar la realidad: Nuestra época ofrece unas características psicológicas que han de tenerse en cuenta. Resulta que han fallado ciertos postulados que a principios de siglo eran aún considerados como ideas fuerza, susceptibles

de determinar una efectiva transformación social. Se creía que, indefectiblemente, se marchaba hacia un cada día más acentuado progreso. Pero han acontecido en el mundo muchos hechos de tal naturaleza que, en cierto modo, han sembrado el desconcierto en las conciencias. Se ha creado una psicosis de duda, de desaliento, de desmoralización. En lo moral se ha dado de lado la tabla de valores, propiciando las gentes una filosofía muy particular: el cuidarse cada uno de pasar lo mejor posible, indiferente al «dolor universal». He aquí lo que en su obra «En el umbral de la nueva época» dice Berdiaeff:

«Debe de tenerse en cuenta que un proceso de deshumanización se manifiesta desde hace ya largo tiempo. El capitalismo, por medio de la fuerza anónima del dinero, aplasta al hombre. Hace de él arma para fines inhumanos. Y no aplasta solamente a las clases laboriosas, sino incluso a las clases dominantes también. He ahí lo más importante: las más grandes conquistas del hombre en las ciencias como en la técnica, han llegado a ser la principal fuente de deshumanización en la vida humana. La civilización contemporánea, mecánica y técnica, es mortal para la vida interior del hombre; ella destruye su integridad, desfigura su vida emocional; hace del individuo un instrumento para procedimientos inhumanos; le quita toda posibilidad de contemplación a consecuencia del rápido crecimiento de la vida.»

Las últimas guerras, los crímenes en masa en los campos de concentración diríase que han minimizado el valor del ser humano, creando una manifiesta insensibilidad, una acusada indiferencia al respecto de problemas vitales de fondo humanitario. Por otra parte, el anhelo de acomodarse, la propensión a aburguesarse, gozando de las comodidades que ofrece nuestra época a quien dispone de algunos medios materiales, se deja sentir. La inclinación por el mínimo esfuerzo que ha suscitado el paternalismo de toda suerte de dictaduras, todo ello ha creado una psicosis colectiva bastante generalizada. Es el escollo principal con que tropieza en su labor de proselitismo el anarquista que ama y está dispuesto a exponer su ideal.

Ante un ambiente de acusada indiferencia; ante una psicosis de indiferencia y escepticismo, en un gran número de casos, quiebra la laudable intención, diríase que la mente y el corazón se sienten cohibidos; no se establece la necesaria corriente de comprensión entre el que propaga y quien está en el caso de atender, de captar.

Consecuencia de un determinado estado de cosas, es natural que se deje sentir la falta, o el tono atenuado de la mística dentro del ideario ácrata. Ahora bien: es evidente que en sociología, en el vivir de los pueblos, se notan cambios, a modo de mutaciones bruscas que aparecen de un modo casi inesperado. Y condiciones favorables pueden presentarse susceptibles de facilitar, en uno u otro continente, en tal o cual país, la eclosión de una etapa de realizaciones acordes con la corriente filosófica del anarquismo. De ahí que al tener arraigada una sensibilidad de matiz anarquista,

Reflexiones al compañero X

por Miguel Jiménez Igualada

SI, amigo mío: Somos hijos del pasado, del cual no podemos renegar sin renegar de nosotros mismos; pero el progreso consiste en lo nuevo que cada uno imprimimos a la vida. Ve ahí cómo progreso, en su más alto significado, es creación, es decir, avance, ascensión. El móvil, o mejor el motor de la vida humana (valga esta expresión por lo que deseo tenga de claridad) ha sido siempre el sentimiento de libertad, ya que no fue sólo la aspiración sino el sentimiento de ser libres lo que empujó a los hombres a conquistar su libertad. Hasta en las épocas de los mayores despotismos, que fueron las épocas de las teocracias, el individuo luchó como supo y pudo contra cuanto le circundaba, oprimiéndole. Así, poco a poco, ese sentimiento de libertad, conservado puro en algunas unidades, pudo, en cierto momento, pasar a un mayor número, y cuando esto aconteció, los pueblos emprendieron nuevo rumbo, ya violentamente para abrirse camino hacia un bienestar que les estaba prohibido, bien pacífico cuando la fuerza del pensamiento, unida al entusiasmo del sentimiento, venció obstáculos opositores. Las grandes épocas de las naciones fueron posibles porque una pléyade de cerebros vigorosos señaló el rumbo que necesitaba el pueblo con el cual se consubstancia-

supone afrontar con serenidad las circunstancias presentes. Supone aguzar el ingenio con miras a abrir brecha en ambiente hostil; a bogar contra corriente.

Pensadores de formación liberal han puesto todo su fervor en buscar soluciones, salidas a la presente crisis de valores morales afectando a nuestra civilización. Albert Camus fue de los que mayor empeño pusieron en dicha tarea. En una de sus últimas obras: «La chute» planteaba de un modo magistral el caso del individuo enfrentado ante sí mismo, en un hondo análisis de conciencia. Así Karl Jaspers, en su obra «Razón y sinrazón de nuestra época» apoya la necesidad de mantener en el decurso de nuestra vida la escala de valores morales que hemos estimado valedera. «Nadie sabe — arguye — si nuestros esfuerzos alcanzarán el éxito o bien el fracaso. Pero incluso en el caso de que el futuro nos parezca cerrado, no es razonable el desesperar completamente.

Y pese a las prosaicas características de nuestra época; no obstante el atravesar circunstancias adversas, la Historia ha ofrecido siempre sorpresas. Cabe que llegue una fase evolutiva, que la alcancemos aún nosotros, o vivida por quienes nos sucedan, donde la mística del anarquismo tome un realce superior al que jamás ha tenido. ¿Quién ha de poder probar lo contrario?

FONTAURA

ban. Así tuvo lugar el esplendor griego; así ocurrió en Italia, produciendo el Renacimiento; así en España, haciendo posible su Siglo de Oro; así en Francia, incubando y después cincelandó la Revolución.

No es posible negar una gran verdad: así como del cerebro del hombre pasó el pensamiento a los cerebros de los hombres, y el sentimiento del uno se comunicó a varios hasta hacerse múltiple por su extensión, así el acontecimiento trascendental pasó de un pueblo a otros llenando el universo, pues hoy, todavía hoy, a pesar de la barbarie que nos circunda, Grecia, Italia, España y Francia, por lo que fueron y por lo que dieron, siguen iluminando las rutas de la vida. Por eso, al estudiar Historia para ver, a través de ella, marchar en su avance o progreso a la humanidad, es preciso que no nos entretengamos demasiado en el estudio de sus instituciones, todas conservadoras y todas tendientes a retrogradar, sino que contemplemos los geniales destellos de los individuos como anticipos de bienes que se realizaron. El esplendor griego, el Renacimiento italiano, el Siglo de Oro español y la Revolución francesa fueron, en sus orígenes, pensamientos de hombres o de grupos de hombres que se anticiparon a su tiempo «creando progreso».

Al comprender así la Historia, nos colocamos en posición histórica, que será para nosotros posición humana, y sin importarnos el presente, tan negro y ominoso, pondremos nuestra proa al porvenir, que es a donde se dirigen los que desean nuevos y más esplendorosos adelantamientos.

Planteemos una certeza tan clara y manifiesta que sea una evidencia: el elemento fundamental en el pueblo es el individuo. Ahora bien; de esta evidencia deriva, por la fuerza de la lógica, otra no menos importante: sin estos elementos fundamentales, sin estos individuos, tipos humanos que dan fuerza, carácter y vigor al conjunto no existiría el pueblo, pues se hubiera quedado en rebaño. Aquéllos, pues, los individuos bien desarrollados fueron, por lo tanto, los que impulsaron el progreso, porque ellos fueron, son y serán los primeros que emprenden el avance, y, muchas veces, los únicos que avanzan.

De aquí podemos hacer otra nueva deducción que marcará nuestro deseo: la humanidad, para llegar a una perfecta armonía en la libertad, necesita estar compuesta por individuos, por hombres, por unidades humanas de real y positivo valor.

Y de aquí podemos extraer una conclusión de maravilla: la labor anarquista no es la de aman-

sar rebaños, sino la de deshacerlos estimulando a los seres de nuestra especie a que alcancen la hombría. Nuestra labor es pedagógica y ética.

La palabra pueblo no ha sido todavía bien definida, pues para unos fue y sigue siendo la parte baja o llana de los humanos que vivían en una determinada región, para otro fue y continúa siendo el conjunto de seres ligados por leyes, idioma, usos y costumbres. Hoy se dice (léxico socialista) que los pueblos son individualidades colectivas, asociación de palabras dispares que carece de sentido, porque mientras individuo significa uno e indivisible, lo colectivo humano, que jamás será homogéneo, puede dividirse y disgregarse, dividiéndose y disgregándose a medida que en el conjunto aparecen las unidades de valor.

Más que los físicos (orígenes, descendencias, etcétera), lo que suele dar a los pueblos el carácter de unidad son los movimientos éticos, que provienen siempre de los individuos, porque es en ellos y únicamente en ellos donde se forma o crea un ideal de ayuda, de concordia y de respeto. Cuando los pueblos, como hoy sucede, no son estimulados por los ideales de belleza y de moral, que crean los mejores, se convierten en hordas dispuestas a devorarse entre sí. En la naturaleza y en la moral, todo desarrollo, todo avance, todo progreso se produce de lo simple a lo compuesto, del individuo o unidad al conjunto o variedad.

Consideremos a los pueblos como conjuntos naturales originarios que fueron necesarios al desenvolvimiento, progreso y avance de la humanidad; pero no sigamos nosotros considerándolos, de hoy en adelante, del mismo modo, porque ese concepto pueblo que se confunde con raza o con nación, debemos agrandarlo en nuestro pensamiento y en nuestro sentimiento de tal modo que se vea en nosotros concepto de humanidad. Así, de lo particular, que somos nosotros, llegaremos a lo universal, que somos todos.

Todo el que dedique sus nobles esfuerzos a la educación — y debe ser educador todo aquél que hable o escriba para otros —, debe tener esto muy presente, pues educar a un hombre es enriquecer a la humanidad con un nuevo valor humano.

Así como el salvaje es naturaleza y sólo naturaleza, a la cual domina todo lo circundante, el individuo que adquiere personalidad humana influye en la naturaleza cambiando lo que circunda y substrayéndose a la sujeción de los elementos que le oprimen, no pudiendo negar que esto sucede en virtud de una excitación del pensamiento creador. Creando circunstancias nuevas, el individuo va creándose a sí mismo. Cuando el individuo comprende la armonía cósmica, se desarrolla en él una ferviente ansia de armonía humana, y es entonces cuando haciendo vibrar sus potencias armónicas, tiende hacia la cooperación en belleza y en libertad.

Al resultado de esa propagación ética del uno al otro y de otros a varios es a lo que podríamos llamar progreso (evolución natural), pues así es como ha ido evolucionando la especie, sin duda alguna, hasta llegar a ser humanidad. No se acelera, por lo tanto, el progreso sino por un aumento de propagación que tendrá como resultado un aumento o aceleramiento de cambios, estando éstos en razón directa del número de valiosas unidades, o individuos, que sean capaces de comunicar a sus hermanos sus ilusiones, sus visiones, sus sueños, sus ideales, sus creaciones, aumentando en el mundo la sociabilidad, la concordia y la armonía.

Comprendo que este mi criterio de paz y armonía, al que los revolucionarios llaman evolucionista, no te conforme; pero yo, como otra vez ya dije, seguiré mi ritmo y continuaré mi rumbo: ritmo de la ética y rumbo de la estética, que fueron el ritmo y el rumbo por los que la especie llegó a ser humanidad.

Mi revolución, lenta pero segura, de avance no de retroceso, de armonía y no de violencia, de cultura y persuasión y no de desenfreno impositivo; esa revolución a la que yo llamo humana, esa revolución anárquica, porque en ella existe el ritmo de la ética y el rumbo de la estética, me encanta, y a ella entrego todas las potencias de mi ser, preparando, como mejor puedo y sé, hombres para la hombría: hombres conscientes de su labor humana, para la humanidad.

A un joven

De Jean Cocteau, a un periodista suizo que le hizo un reportaje:

— Sugiero a la juventud la conveniencia de plantearse la menor cantidad posible de problemas. Esa será la única manera de que los resuelva.

A un viejo

Quien mucho abarca, poco aprieta.

Recuerdos de Ignacio Zuloaga en el aniversario de su muerte

NO sólo esfuerzo de una vida, la de Santiago Rusiñol, a cuyo primer centenario de su nacimiento estamos dando fin, pintor, escritor, coleccionista y hombre de varia y fuerte personalidad, y no sólo tampoco museo, hoy de cosas vivas con su dueño muerto, es el famoso «Cau-Ferrat», de Sitges, legado por el maestro a mi pueblo. Para nosotros, sobre todo eso, el «Cau-Ferrat», con derechos indiscutibles, es el templo artístico de un tiempo de la cultura y sentimientos catalanes, y aun remontando más su símbolo, la piedra angular de un grupo, de una Escuela, con mayúscula, de un modo de ver e interpretar lo europeo desde España, puesto que por el «Cau-Ferrat», mejor que por ningún otro sitio, pasó un día ya lejano el «meridiano de París» en más amplia y entonces inéditas expresiones y premisas del arte nuevo.

Sitges, a España es, por lo menos, lo que Barbizón, retiro y escuela de los pre-impresionistas, es a Francia.

El «Cau-Ferrat» asocia con el nombre de Rusiñol el del pintor Ramón Casas y el de Miguel Utrillo, mi padre, con otro que anduvo muy cerca siempre del grupo sitgesano: me refiero al pintor don Ignacio Zuloaga, de cuya muerte se cumplen estos días dieciséis años.

Hoy, entre las muchas obras de arte que guarda la que fue casa y estudio de don Santiago, los visitantes de todos los climas que llegan al «Cau-Ferrat» contemplan un cuadro de Zuloaga, «El reparto del vino», que el vasco, a través de no poca historia, anecdota y peripecia, donó al autor admirable de «Oraciones». Repasando cartas de mi archivo y también el manuscrito inédito de mi padre (1), así como el admirable libro de E. Lafuente Ferrari «Ignacio Zuloaga», encuentro detalles que me parecen extrema-

(1) «La vida anecdótica del Cau-Ferrat», por M. Utrillo. Manuscrito inédito depositado en los archivos de la Junta de Museos de Barcelona.

damente curiosos sobre las relaciones de Rusiñol y Zuloaga en tiempos, sobre todo para el gran Zuloaga, de bohemia y de esperanza, y entre las cuales la historia del Zuloaga del «Cau-Ferrat», que antes fue otro, tiene a mi entender primer plano de interés, tanto sentimental como erudito.

★

Dice mi padre en su obra citada (2) que «la parte que en la obra del pintor vasco Zuloaga tiene en el conjunto del «Cau-Ferrat» es grande, porque también fue grande la influencia ejercida en las obras y en la vida de Santiago Rusiñol».

Su relación, su amistad, fue mucha y hubo en ella de todo hasta plaza para los pequeños roces y diferencias, dedonde luego el verdadero afecto y la verdadera estimación artística, no más pequeña que aquél, había de salir triunfante.

«Primeramente —continúa diciendo mi padre— distanciados en París, como buenos jefes de grupo que cada uno era, no se enemistaron nunca gravemente, en las disputas que casi corrientemente había entre las figuras accesorias de cada grupo. Ninguno de los dos se entregaba abiertamente al otro; cuando era inevitable ceder, una pequeña ausencia, un resfriado o un cambio de café, dejaban apagar las molestias y una obra lograda, una exposición, el teatro, los conciertos o una excursión borraban todo rastro de disputa así que se veían.»

¿Qué representaban el uno para el otro? Para Zuloaga, Rusiñol debía ser un hombre extraordinario, dotado de enormes posibilidades, ayudado además por ciertos privilegios de orden económico que él, en los años a que hago referencia, no tenía. Pero debía ser también el barco mal gobernado que podía en cualquier momento zozobrar. Los pánicos que el vasco enterizo y bastante sim-

(2) Véase capítulo V del citado manuscrito: «Rusiñol y Zuloaga o la generosidad».

plista sentía por su amigo Rusiñol, entregado con bastante frecuencia a los excesos de la vida, a los paraísos artificiales y a tantas cosas que escapaban a la comprensión de Zuloaga, hombre desde la infancia dedicado y consagrado a la sola idea del trabajo, debieron ser casi angustiosos en algunos momentos. Hay cartas exclusivamente dedicadas a advertirle, con buena y sana voz de vasco fornido, de los peligros en que ve la vida del catalán cosmopolita de honra y peligrosa vida literaria. Una carta suya desde Sevilla (3) lo dice bien claro:

«Querido Rusiñol: Empezaré ante todo por decirte que no comprendo como tienes tan poca voluntad para dejarte dominar por la morfina (siendo un veneno tan activo).

Eso lo hacen los hombres impotentes, nulos o hastiados de la vida, pero no un hombre de tu edad (en la flor), con tu talento, habiendo producido lo que tú has producido y, sobre todo, teniendo por delante el porvenir que tú tienes.

Domínate, querido Rusiñol: mira que luego es tarde, y que te lo dice un amigo que te quiere más que a un hermano.»

Zuloaga era para Rusiñol, naturalmente, todo lo contrario. Quizá admiraba por las mañanas los valores que por la noche le merecían desdén. Mi padre, especie de notario mayor de aquel grupo, dice:

«Para Rusiñol (4), Zuloaga era el hombrón gran pintor, sanote y más joven; siempre fue el querido «Bato», como le llamaba Rusiñol; el pastor fuerte o bueno de los pastorcitos de la infancia, y aunque anduvieran paralelamente o en sentido divergente, aunque estuviesen distanciados, no era más que un efecto óptico y una especie de tristeza más in-

(3) Véase «La vida y el arte de Ignacio Zuloaga», por Enrique Lafuente Ferrari, el libro más importante y exhaustivo referente al gran pintor vasco. Págs. 287 y siguientes.

(4) Véase obra citada.

tuitiva que explicable, siempre se buscaban con afecto en cuestiones esencialmente artísticas, manifestando el culto de una estética idéntica. El tiempo, la experiencia, los desengaños y los triunfos fortalecieron la amistad, el respeto y la afinidad de ideas. Cada entrevista o cada vez que se encontraban casualmente la marcaba un abrazo absolutamente paternal del hermano mayor al benjamín.»

Sus orígenes también eran distintos. Venía Zuloaga de familia de artifices y Zuloaga debía tener muy arraigadas ciertas ideas tradicionales de que en la vida todo se consigue por la constancia y el trabajo.

Don Daniel Zuloaga, el gran ceramista de la barba florida, hablando de su familia a mi padre, entre otras cosas, en una curiosa carta (5), le da la noticia del bisabuelo y abuelo de Ignacio Zuloaga. Habla primero de un don Blas Zuloaga, nacido en Eibar en el siglo XVIII, que casó en Madrid «con una fina madrileña, por cuya causa y por su talento entró de armero con el Rey Carlos IV, llegando a ser Director de la Armería y Arcabucero Mayor de aquellas Majestades, construyendo ricas armas al estilo de la época en la que el maestro era el célebre Montargis».

Su hijo, don Eusebio Zuloaga, nacido en Madrid en 1808, fue pensionado por Fernando VII en París, donde estudió con el armero Lepage Monstier la arcabucaría, viniendo luego a establecerse en Eibar, donde fundó primero, su taller, que más tarde trasladó a Madrid. «Fue — dice la carta mencionada — Arcabucero Mayor de Fernando VII, de María Cristina y de Isabel II, y director de la Armería Real, la cual encontró almacenada en las buhardillas del Palacio Real de Madrid por haberlo ordenado así el rey José Bonaparte un día que tuvo que dar un baile.»

«Los maniqués de los caballos que hoy sostienen las armaduras ecuestres de Palacio los organizó don Eusebio con el escultor Pérez y con la ayuda de un italiano llamado Gaspar Sensi, a quien había traído de Italia el pintor José

de Madrazo para hacer litografiar los cuadros del Museo del Prado.

Dejó de ser Director de la Armería Real cuando el destronamiento de Isabel II, cuya cesantía figuró en una lista al frente de los mozos de las Caballerías Reales. No quiso volver a ocuparla a pesar de haberle ofrecido el cargo el Rey Don Amadeo, siendo sustituido por un tal tío Kico, que robó unos brillantes y piedras preciosas a poco de haber sido nombrado director en los primeros días de la revolución del 52.»

Sigue la línea de los Zuloagas el hijo de éste y padre del que después había de llegar a ser genial pintor, que estudió también damasquinado, incrustado y repujado de armaduras antiguas. Este fue también escultor y excelente esmaltador.

El 26 de julio de 1870 nacía el estupendo don Ignacio Zuloaga. ¿Qué había en los destinos de aquel hijo, nieto y bisnieto de artifices virtuosos?

★

Recibió don Ignacio educación esmerada, mas determinados propósitos paternos se estrellaron contra lo decidido de su precoz vocación.

Hay una carta de enorme valor biográfico, aunque un tanto confusa en las explicaciones de su credo artístico, que Zuloaga envió a mi padre cuando contaba treinta años

«Quisieron — dice — que fuera comerciante, arquitecto, qué sé yo (mil cosas), pero yo no tenía afición más que a la pintura. Mi padre me llevó a Roma, en donde estuve seis meses, pero vi que aquel ambiente no me convenía y me trasladé a París, en donde ya conoces mi vida.

Ya desde aquella época quise ser independiente, y pasé las fatigas que todos hemos pasado.

En cuanto a la cuestión torera (que tanto han exagerado) te diré que tiene parte de verdad. Es decir, que me dediqué una temporada a ello con verdadero entusiasmo y que alguna vez que otra he matado de una manera prodigiosa novillos, y aún hoy, cuando la ocasión se presenta, echo un capotazo.

Pero de ahí a ser verdadero torero hay distancia.

En arte ya sabes cuáles son mis ideales y cuáles mis odios. Soy admirador de los antiguos, y mis predilectos son «el Greco», Goya, Velázquez. Creo que en arte no pueden hacerse cosas nuevas como se hacen en los automóviles, fonógrafos, etc.

Tengo odio a lo que es pintar; «trompe l'œil» y copiar la naturaleza como un cab...

Tampoco creo que el arte consiste en ser fiel a lo que uno ve, pues si yo encuentro una mujer muy guapa y muy mal vestida para pintarla, la vestiré a mi gusto para hacer de ella una «œuvre d'art». No me gusta el «plein air», pues no encuentro en el «claro-oscuro», cosa inevitable para el complemento de un cuadro.

Los antiguos (que no eran más tontos que nosotros) lo tenían, y no lo aprovechaban.

De la «pleinairistes» admiro solamente a Claude Monet. Monet me gusta más en sus cosas negras.

Admiro mucho a Cézanne en sus naturalezas muertas y algunas figuras. En fin, qué sé yo, chico, que te estaría hablando tres días. Pero el hablar no sirve para nada. Lo que hay que hacer es «obrar».

Yo llevo pintados desde los ocho años más de 130 cuadros, que casi todos están en el extranjero.

¡En España ya sabes lo que se me quiere! Pero yo no sueño ni vivo más que para mi arte (el cual me hace sufrir muchísimo), pero no le pido a Dios más que salud para poder «sacar» lo que tengo «dentro».

★

Han pasado desde la fecha de esta carta muchos años, los principales, naturalmente, en la vida artística Zuloaga, pero si bien se observa, tanto lo que dice como lo que quiere decir en esa carta juvenil, se ve que el ideal artístico fue siempre el mismo, tanto cuando se hallaba en el pináculo de su maestría en triunfo, como en la época en que Rusiñol y mi padre fueron predilectos amigos suyos en los años intensos y ricos en anécdotas.

Vamos ahora con la historia del cuadro prometida al principio de este artículo.

★

(5) Véanse en la obra de Lafuente Ferrari los apéndices.

Por el triste escotillón de la muerte han ido desapareciendo, con otras que no por ser de segundo plano resultan menos entrañables para el periodo de la vida artística que señalamos, figuras señeras como Santiago Rusiñol, Ramón Casas, después, mi padre algo más tarde. El último en dejarnos fue don Ignacio Zuloaga.

Corría el año 1896 cuando Zuloaga obtuvo la medalla de Oro de la Exposición de Bellas Artes de Barcelona. Como suele suceder con desgraciada frecuencia en el mundo artístico español, todo esto del oro a veces resulta puro simbolismo; el merecido éxito no fue acompañado del provecho económico. El cuadro premiado era el titulado «Antes de la Corrida», notable en la obra zuloaguesca y no menos famoso por su divertida y auténtica historia.

Pasaba el fuerte vasco por un momento malo y para aliviarlo en la medida de lo posible vendió el cuadro a un amigo suyo. No estoy seguro, pero podría ser que el comprador fuese mi propio padre.

Más tarde, y de común acuerdo, decidieron ambos que el cuadro pasase a ser propiedad de Santiago Rusiñol (7) y que iría a engrosar la colección del «Cau-Ferrat».

Hay dos cartas de Zuloaga, una dirigida a Rusiñol y otra a mi padre, en las que además de iniciarse la historia del famoso cuadro, se habla de otra que por entonces se hallaba en vías de realización: la historia curiosísima del monumento a «El Greco», que hoy es uno de los máximos orgullos de mi pueblo, es decir, Sitges.

En la carta a Rusiñol dice, entre otras cosas:

«Mucho senti que no estuvieras en ésa cuando yo estuve, pues hubiéramos pasado muy buenos ratos, pero yo te aseguro que el día que estuve en Sitges fue para mí un día de sufrimientos y goces, mezclados. ¡Qué de recuerdos encontré allí!

Pero sobre todo te felicito por la instalación de la casa, que es un verdadero museo. ¡Qué delicia

vivir allí con las comodidades que tú tienes y rodeado de tan buenos y viejos amigos!

Un abrazo bien fuerte por los hierros.

He recibido carta de Utrillo, donde me dice que estás dispuesto a darme los 100 duros por mi cuadro. Creo que no te parecerá caro; pero yo gozo al mismo tiempo en pensar que mi cuadro vivirá entre amigos.

El cuadro es tuyo desde hoy mismo, pero con la condición de que el día que se inaugure la estatua de «El Greco», me paguéis el viaje a ésa en segunda, pues si por falta de dinero no pudiese estar en ésa ese día, creo que me moriría de pena.»

Ignacio Zuloaga.»

La carta dirigida a mi padre, como la anterior escrita desde Sevilla, dice así:

«Querido Utrillo. He recibido tu carta, por la que veo que Rusiñol se queda con mi cuadro. Casi preferiría regalárselo que vendérselo por ese precio; pero para volver a pintar necesito dinero.

En fin, siendo para un amigo que quiero tanto y sabiendo que mi cuadro estará rodeado de amigos buenos, es lo único que me consuela.

Pero en la carta que acabo de escribir a Rusiñol le digo lo mismo que a ti y es: que ha de ser con la condición de que me paguéis el viaje de ida y vuelta a Sitges, en segunda, el día de la inauguración de la estatua a «El Greco», pues si yo me encontrara sin medios para ir a ésa ese día, estoy seguro que me daba algo y caía enfermo.

Creo esta petición natural, pues repito no creo el cuadro caro.

Dime si Rusiñol ha trabajado mucho en Granada y dime lo que piensa sinceramente de mi cuadro. ¿Cuándo piensan hacer algo de estos críticos sobre la exposición?

Sinceramente tuyo y agradecido, Zuloaga.

Luchana, 10. Sevilla.»

Así es cómo «Antes de la Corrida» quedó instalado en el «Cau-Ferrat». Pero no definitivamente como creyeron Zuloaga, Rusiñol y mi padre.

★

No definitivamente porque en el año 1900, Zuloaga, queriendo

concurrir a la Exposición Universal de París, le pidió el cuadro a Rusiñol, Santiago Rusiñol aceptó gustosísimo. Sin embargo, contra toda lógica, el cuadro no fue admitido, «pretextando —comenta mi padre en sus recuerdos— que era demasiado grande, cuando se veían cuadros que representaban salas de hospital casi de tamaño natural y «coliseums», en cuyo pedazo de tela cabían un poco más que una cuarta parte de entrada».

Pero entonces una oferta considerable impidió el retorno de «Antes de la corrida» al «Cau-Ferrat». El Museo de Bruselas hizo una proposición ventajosísima al artista, rechazado en la Exposición Universal de París, y éste, naturalmente, consultó a su propietario y amigo Santiago Rusiñol.

Rusiñol, antes que propietario y coleccionista, era eso que es tan raro encontrar: un verdadero camarada. Naturalmente —no podía ser de otro modo— le contestó a Zuloaga que podía venderlo.

Dato curioso también es que el cuadro «Antes de la corrida» mientras estuvo en el «Cau-Ferrat» figuró de una manera. Pero al enviarlo a la Exposición Universal de París, el artista borró el perro y pintó con colores algo más vivos los vestidos de las señoras que aparecen a la derecha, tal y como se encuentra hoy en el Museo de Bruselas.

A cambio del cuadro vendido, Zuloaga envió a Rusiñol otro, «El reparto del vino», que es el que hoy puede admirarse en el citado museo.

Como pocos —quizá ninguno— de los visitantes de esta casa que Rusiñol amó tanto y que tan enorme papel y símbolo juega en la historia del arte contemporáneo español, conocen estos detalles curiosos y reveladores de anécdotas, hoy valiosas por la importancia de sus protagonistas, he creído de interés escribir cuanto antecede. Porque si es una tentación irresistible para mí glosar epistolarios, revolver memorias, sacar a la luz capítulos dormidos de la vida del arte y de las letras, en algunos casos, como en éste, es también un deber sentimental ineludible.

Miguel UTRILLO

(6) Véase el manuscrito de mi padre.

¿Humildad o pedantería?

Una mano de un hombre se parece más a su pie que a la mano del otro.

F. F.

EL ser humano ha renunciado a ser HOMBRE para ser socio. Renuncia trabajosamente a ser un individuo, para convertirse en una molécula, en una parte de todo. Siendo el individuo un mundo completo, rodeado de otros seres organizados dentro de esa gran armonía que llamamos vida, pero completamente diferente a ellos, debe seguir una dirección y unos impulsos propios. Un hombre nunca es igual a otro hombre: es semejante. La constitución física y las fuerzas mentales del hombre no pueden mezclarse ni combinarse con las de sus semejantes: pueden colaborar con ellas. Biológicamente la humanidad es un mito. Es el individuo considerado como unidad la fuerza es verdadera capaz de un desenvolvimiento y de una acción. Una mano de un hombre se parece más a su pie que a la mano del otro. Tienen ambos miembros de una misma persona, idéntica constitución, una naturaleza similar y propia, deben moverse en un mismo espacio sin que les sea dado separarse más de una distancia muy reducida, y no se puede atacar a la vitalidad de uno, sin que se vea fuertemente influenciada la de otro; mientras que la mano de un semejante tan sólo la apariencia tiene de común. Si se destruye una, la otra no sufre ningún inconveniente ni molestia. Siendo, pues, el hombre un todo animado de una vida propia, y que biológicamente muy rara vez necesita de la colaboración de sus semejantes de una forma vital (para reproducirse o hasta que ha adquirido un cierto desarrollo) es de una forma cerebral y hasta cierto punto forzada que pasa a ser parte de un todo.

Por conveniencia y guiado por su instinto de conservación, ha aceptado el hombre prescindir de algunos de sus derechos de individuo para someterse a la colectividad. La unión de los hombres en la sociedad ha traído a los humanos una serie de ventajas y facilidades que le han reafirmado en su decisión de vivir agrupados. Es al agruparse que han surgido las anomalías, y la artificialidad de los deberes impuestos, sofoca corrientemente los derechos propios y naturales del individuo. El orgullo, la vanidad, la petulancia, la pedantería, etc., son las afirmaciones naturales; la humildad y la modestia, las obligaciones impuestas.

Siempre he sonreído escépticamente al leer a ciertos autores propugnar por un naturismo absoluto. Eso es lo mismo que volver a los balbuceos de la humanidad. La verdadera fuerza del hombre está en la asociación. Si el hombre fuese un animal solitario, quizás la especie humana hubiese dejado de existir. La solidaridad con sus semejantes, le ha permitido vencer a otras fuerzas y a otras especies que jamás hubiese vencido individualmente, pero sin enemigo común a quien combatir se revuelve contra su antiguo cooperador.

por F. FRAK

Una de las razones de esto estriba en la renuncia que se le quiere imponer de sus derechos individuales, en lugar de permitirle el desarrollo de sus facultades naturales con las menores limitaciones posibles, dejando a su buen juicio el dominio de ellas, y no imponiéndole obligaciones ridículas en nombre de un convencionalismo o formalismo más ridículo todavía. Amenazada la sociedad actual por un peligro próximo y cierto de una fuerza exterior, tal los habitantes de otro planeta, cesarian automáticamente las divergencias existentes para combatir unidos al enemigo común.

Para que el hombre viva en sociedad se le exige que renuncie a cosas a las que no puede renunciar, y estas exigencias en el choque con las fuerzas naturales, son el origen de la hipocresía, y por ende, de la maldad, ya que no creo que el hombre sea malo instintivamente. Acepto que el vivir en la sociedad exige renunciaciones, pero creo que éstas no deben ser nunca más de las estrictamente necesarias. Todas las facultades que se relacionan íntimamente con la mentalidad deben gozar de un libre desenvolvimiento. En tal caso se encuentran todas las afirmaciones del yo desde el punto de vista ideológico. La pedantería está entre ellas. Los espíritus verdaderamente selectos (que no es lo mismo que cultos) pueden soportar todas las críticas y escuchar todas las opiniones con ecuanimidad. Existiendo la sinceridad, todas las palabras pueden ser pronunciadas, o mejor, deberían poder ser pronunciadas. El inconveniente consiste en que los hombres no son ecuanímenes. Ante espíritus selectos la pedantería pasaría a ser una virtud natural.

Puede ser que el mayor error del Cristianismo esté en el enaltecimiento absoluto de la humildad, contrario a la ley natural, y a la importancia que debería tener un ser hecho «a la imagen y semejanza del Creador». En realidad todas las virtudes cristianas tienden al anodamiento del individuo, siendo así la humildad el punto común de todas ellas y la cima más alta de perfección. Y sin embargo la humildad del Cristo puede ser ampliamente discutida, marcando una contradicción visible entre las exigencias del dogma y el ejemplo del Maestro.

La vida de Jesús es una sucesión ininterrumpida de actos de vanidad. Cada vez que el Cristo decía «En verdad, en verdad os digo...» ponía sus palabras por encima de toda duda; afirmaba innegablemente una superioridad sobre sus oyentes; sus milagros, si los hubo, no son otra cosa que alardes de una potencia superior a las leyes de la Naturaleza, e incluso su muerte es una expresión de

orgullo. El «perdónalos que no saben lo que hacen» puede ser comparado a la fanfarronada de cualquier bravucón perdonavidas. Aún aceptando que el Cristo fuese verdaderamente Dios, ¿no era muestra de orgullo el permitir cuantas «judiadas» se le hacían pudiendo muy bien evitarlas? ¿No era despreciar a los verdugos? ¿No era demostrarles una superioridad? Algo así como recirles «Sois tan inmundos gusarapos que no merecéis ni que os tome en serio.»

Cuando se habla de la humildad de Jesús, se cita siempre su actitud como respuesta a las palabras de los sacerdotes: «Tú, el que derribas el templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres hijo de Dios, desciende de la cruz» (S. Mateo, cap. 26, vers. 40) y a las que añadían los que pasaban: «A otro salvó, a sí mismo no puede salvarse. Si es el rey de Israel desciende de la cruz y creeremos en él». (S. Mateo, cap. 26; vers. 42) y el Cristo permanecía en la cruz. ¿Humildad? No, nada de eso. Por humildad hubiese descendido. Si no era Dios no podía librarse y estaba obligado a soportar todos los sufrimientos, pero si lo era, permaneció en la cruz porque el escuchar las palabras de desafío suponía conceder a quienes le zaherían una importancia que sólo alguien verdaderamente modesto podía conceder (1).

La misma creación puede ser considerada como una prueba de vanidad. Difiero en esto de Unamuno que la consideraba como la más sublime expresión de modestia, por cuanto el Ser Omnipotente, nos entregaba una obra a nuestra crítica.

El entregar una obra a la crítica supone «a priori» el reconocimiento de una capacidad para juzgar y la posibilidad de error en el artífice, cosas impropias de ser admitidas por la Divinidad. Si el Creador ve en el hombre cualidades para juzgarle, tan sólo puede hacerlo por «narcisismo», complaciéndose en la perfección de una parte de su obra, lo que es contrario a la modestia, y que deja ver sobre todo la duda de no haber acertado en su tarea. Yo no veo la humildad por parte alguna. Es, trasladados sus miembros al Infinito, la misma situación que la del autor dramático que estrena una obra. No es modesto por hacerla presentar, sino que, por el contrario, hace pruebas de vanidad al propagar y mostrar a la admiración (casi nunca de la crítica) el fruto de su trabajo. Ni siquiera creo que se pueda decir que a Dios le «ha salido la criada respondona» porque, en realidad, el hombre no critica en la Creación la obra, de la que la mayor parte escapa todavía a su conocimiento, critica únicamente los detalles, los acontecimientos y nadie, ni los ateos verdaderamente convencidos dejan de reconocer la magnificencia de la Naturaleza y del Universo todo. Se equivocaba Unamuno también porque la Creación,

según la versión católica, sobrepasa las fuerzas de los hombres. ¿No es vanidad el intentar asombrar, maravillar, deslumbrar a seres inferiores con una obra que por su magnitud no pueden o no han podido comprender hasta ahora? El entregar el Universo a la crítica de los hombres es como el ir a recitarles versos a los elefantes del parque zoológico. Cuando el hombre llegue a comprender las cosas, podrá emitir una crítica favorable o desfavorable, de la misma manera que el día que los elefantes llegasen a comprender el ritmo y el significado de una composición poética, podrían juzgarla.

La única crítica que creo factible es la que dude del artífice, y en tal caso ¿qué puede importarle al Creador tal duda, desde el momento que se admira la obra? No es más modesto quien firma sus obras con un pseudónimo que quien lo hace con su nombre. El orgullo de ambos está en la obra y quien no se da a conocer como autor de sus obras, más lo hace por alguna necesidad o ventaja que le proporciona, que por carecer de ese deseo tan humano y natural de ser admirado.

Quizás el pensamiento unamunescos se refiriese al permiso o autorización que Dios ha concedido a los mortales para que emitiesen juicios sobre su obra, pero esto no puedo comprenderlo si no admito que tenía la idea preconcebida de sentirse halagado si le eran favorables y de despreciarlos por incompetentes en caso contrario. Cuanto más reflexiono menos veo las razones que pudo tener el gran pensador para afirmar tal cosa.

Una prueba del origen instintivo en el hombre de la vanidad, la tenemos en las personas más simples, en aquellas que han tenido menos contacto con la hipocresía de la sociedad. Desconocen completamente la diplomacia, son más nobles y más sinceros, y por lo tanto, la ocasión llegada, más pedantes.

A Rafael Molina le preguntaron en cierta ocasión que si era buen torero su rival, Salvador Sánchez «Frasuelo», y él respondió: «Figúrate si será güeno que lo acompañan conmigo.» Difícilmente puede encontrarse una respuesta más pedantesca. Años más tarde a uno de sus discípulos, Rafael Guerra, le preguntaron a quien consideraba el mejor torero de su época y contestó: «El mejor yo... aluego naide... y dimpués, Fuentes...» El hombre había recibido lecciones de tauromaquia bien aprovechadas, pero en pedantería había sobrepasado a su maestro. En este «aluego naide» quedaba bien plasmada la diferencia que existía, entre sus condiciones y las de sus compañeros de profesión. A mí, el gesto de ambos lidiadores me parece simpatiquísimo. En sus palabras mostraban el alma sin trampa ni cartón, con la sencillez de su nobleza. Ambos eran iletrados, no entendían de las sutilidades, de las mentiras, de los convencionalismos que el convivir con los humanos instruidos exige, y se mostraban tal cual eran. Con toda sinceridad. Desde que la lei he considerado como una de las mayores barbaridades que se han escrito la frase de Vargas Vila «la sinceridad es una traición a sí

(1) El lector avisado comprenderá que algo tan profundo como lo que estoy tratando no puede aclararse en unas simples líneas de un artículo. La forzada comprensión quita valor a los argumentos, pero el tema lo juzgo interesante para quien tenga luces naturales, medios y tiempo que dedicar a su desmenuzamiento.

mismo, la peor de las traiciones». No quiero extenderme ahora sobre la sinceridad.

La opinión que «Lagartijo» y «Guerrita» tenían de sí mismos era la que predominaba entre sus coetáneos, pero podía muy bien haber sucedido que se tratase de dos mediocridades, y en tal caso hubiesen sido objeto de risa y calificados de pedantes. Al llegar aquí una pregunta se impone: ¿Me hubiese parecido bien que pronunciasen tales palabras si no hubiesen sido dos lidiadores excepcionales? Sí, rotundamente sí. La soberbia no sólo la considero natural, sino que incluso, en ocasiones necesaria. En el artista, por ejemplo, es imprescindible, porque únicamente quien tenga una gran opinión de sí mismo, de su propia personalidad, puede osar salir de las líneas marcadas y trazar las suyas propias. Un hombre de ciencia, un investigador, no puede en ningún caso ser modesto porque si duda de sí mismo, si duda de sus posibilidades, dudará necesariamente de su obra. Puede ser modesto ante la Ciencia, ante la Naturaleza o ante Dios si es creyente, pero no puede considerarse inferior a ninguno de sus semejantes en el objeto de su investigación. Tiene que osar, debe atreverse, debe pensar que si los hombres han llegado hasta allí, él puede ir más lejos. El humilde, el que no tiene confianza en sí mismo, nunca traspasará la línea que los otros han trazado. El Progreso, toda la evolución que depende de la voluntad de los hombres tiene su origen en el orgullo personal, en el ansia de singularizarse de que he hablado antes.

Como creo, pues, que la soberbia es una cualidad natural en los humanos y además imprescindible a la evolución, no puedo desear que desaparezca, y tampoco puedo desear el verla envuelta en el engaño de la diplomacia y de la más vil hipocresía, para que todo el mundo finja creer lo que nadie cree. La verdadera alteza del espíritu debe manifestarse en la ecuanimidad de los juicios, que precisa, no la desaparición de las pasiones, mas su dominio. El buen juicio no debe estar reñido con la sinceridad y de las dos clases de pedantes que existen, los sinceros y los egocentristas engañados, merecen todos mis respetos los primeros y una sonrisa entre irónica y compasiva los segundos.

Quien mejor soporta las afirmaciones pedantescas de quienes le rodean más alto se coloca en el escalafón de la dignidad humana para el que no sirven ni la ciencia que se posee ni los medios económicos que se acaparen. El ser pedante no tiene otro inconveniente que molestar al prójimo, pero considero que el ser que se molesta por una afirmación pedantesca es porque se siente él mismo herido en la propia. ¿Por qué éibas a enfadarte, lector, si José María Pemán te aseguraba que conocía el castellano más profundamente que tú? Es casi seguro que es una verdad y deberías admitirla sin discusión; únicamente que podrías contestarle que los cien metros libres los recorres en algunos segundos menos que él y puede la vida presentarte la ocasión en que sea más conveniente para ti el

ser rápido que el ser erudito. No podrías ser pedante con él en literatura, pero podrías serlo en atletismo, en albañilería, en agricultura, etc., y sobre esa base cimentarías la seguridad de no ser inferior a él.

En una ocasión lei en un periódico afín: «Cada uno sabemos nuestras cosas y entre todos sabemos todas». Seamos, pues, pedantes cada uno en la nuestra y acabemos de una vez con la hipocresía.

Creo, por otra parte, que en la soberbia se encuentra el verdadero instrumento de la justicia social. El convencimiento de destacar en un aspecto de la vida, de la seguridad del propio valer personal y al mismo tiempo la seguridad para reconocer nuestra incompetencia en otros aspectos, originando así la soberbia necesaria para no someterse y el buen juicio preciso para no intentar esclavizar. Las diferencias actuales de los individuos tienen sus causas más que en la potencia de los unos en la forzada humildad a que se someten los otros. En una obra de Jean-Paul Sartre sobre la cuestión racial en América del Norte, hay un hombre negro que se ve perseguido injustamente peligrando su vida, y cuando se le entrega una pistola para que se defienda, se siente incapaz de manejarla contra el hombre blanco por lo acendrado que está en él la inferioridad en que se encuentra respecto a su probable verdugo. A las clases más desfavorecidas de la sociedad, les falta la pedantería de que hacen gala los bien situados. Que nadie vea en esto una contradicción con lo que afirmé anteriormente sobre el origen de la pedantería. Creo que la humildad de las llamadas clases «humildes» es impuesta y aplasta el germen de la vanidad, instintivo en los humanos. Hay seres que no pueden hacerse a la idea de que cambiando algunas circunstancias, como la educación recibida, podrían ser iguales o superiores a los pseudo-dioses de las clases privilegiadas. En la juventud sobre todo es necesario que exista esta vanidad. Goethe en su «Fausto» le hace decir a Mefistófeles: «El joven que no tenga dosis de vanidad, vale más que se ahorque.» Si bien es el diablo quien pronuncia esas palabras, a mi entender habla en tal momento «como los propios ángeles».

Además, si alguien cree de sí, más y mejor de lo que en realidad es, será una bendición para él y sus semejantes si intenta demostrarlo con obras; lo deplorable será que permanezca inactivo. Para mí, pedantería es sinónimo de optimismo personal, la cualidad más importante para la juventud. Antes que la humildad sumisa, el orgullo sereno; antes que la hipocresía de la modestia, la sinceridad de la propia opinión, aunque sea errónea. El hombre sereno, consciente, ecuaníme, está obligado a reconocer cualidades en sus semejantes que él no posee y por el mérito de ellas respetarlos, pero debe ser también lo bastante vanidoso para no considerar las suyas inexistentes y tener el valor de ser sincero, aun a costa de la hostilidad que el formulismo no faltará de presentarle. Nada puede haber más importante para el hombre, que él mismo.

Ya va a venir el día; pasan,
han abierto en el hotel un ojo,
azotándolo, dándole con un espejo tuyo...
¿tiemblas? Es el estado remoto de la frente
y la nación reciente del estómago.
Roncan aún!... Qué universo se lleva este ronquido!
Cómo quedan tus poros, enjuiciándolo!
Con cuántos dosis ¡ay! estás tan solo!
Ya va a venir el día, ponte el sueño.

Ya va a venir el día, repito,
por el órgano oral de tu silencio
y urge tomar la izquierda con el hambre
y tomar la derecha con la sed; de todos modos,
abstente de ser pobre con los ricos,
atiza
tu frío, porque en él se integra mi calor, amada víctima.
Ya va a venir el día, ponte el cuerpo.
Ya va a venir el día;
la mañana, la mar, el meteoro, van
en pos de tu canción, con banderas,
y, por tu orgullo clásico, las hienas
cuentan sus pasos al compás del asno,
la panadera piensa en ti,
el carnicero piensa en ti, palpando
el hacha en que están presos
el acero y el hierro y el metal; jamás olvides
que durante la misa no hay amigos.
Ya va a venir el día, ponte el sol.
Ya viene el día; dobla
el aliento, triplica
tu bondad rencorosa
y da codos al miedo, nexo y énfasis,
pues tú, como se observa en tu entrepiernas y siendo
el malo ¡ay! inmortal
has soñado esta noche que vivías
de nada y morías de todo...

★

EL DESTINO DEL ARTE Y LA LITERATURA

El arte y la literatura encuéntrase librados a una batalla de proporciones jamás observadas en otras culturas posteriores a la noche de los tiempos que precedieron a la caída del mundo antiguo. El materialismo, como objeto de cotización, esfuérase por imponer su hegemonía absoluta sobre el valor espiritual y estético de la obra de arte. La técnica

tro de la poesía, sino de la literatura en su totalidad y las ciencias afines, que dignifican al arte de este siglo decadente.

Otras literaturas, colocadas igualmente en situación de peligro, como las provenientes de detrás de la cortina de hierro, que se esfuéran por sobrevivir en un destierro terriblemente mortificante, experimentan los duros cambios impuestos por circunstancias tan adversas. El resultado final, si una gran confianza no las anima, concurrirá sin duda en detrimento de la obra artística que de ellas podría esperarse, por la promesa humana que ofrecen en este mar insondable de contratiempos y vicisitudes que inunda la civilización moderna del salvajismo medioeval que el hombre vive. Sin libertad, el ostracismo es la consecuencia inmediata de todo movimiento cultural. La tragedia tiene contornos universales y sólo la fe en el porvenir puede alentar la resistencia, aun en condiciones tan desfavorables. Pero en lo que a la literatura ibérica se refiere, por la identificación con el nuevo ambiente, el contacto con la realidad contemporánea, que otras corrientes culturales europeas no han experimentado, contribuye felizmente al establecimiento de un principio civilizador en pleno desarrollo. Por el número de cultores y la calidad de los artistas, estamos en presencia de un movimiento que immortaliza, sobre todo en poesía, el genio constructivo y humanístico, eminentemente creador, arrancado de la expresión de nuestra lengua secular.

GREGORIO OLIVAN

★

HOY TIENE ALAS BARCELONA

Había que levantarla
a despertar las estrellas.
Ciento cincuenta aviones
tiran de nuestras cadenas
y se alegran los esclavos
de ver que van a romperlas.
Salta su alegría al aire,
que allí no tiene barreras.
La brisa de abril rebrota
flores de esperanza nueva.
El alma, simiesca, imita
del avión las piruetas.
Y de los sepulcros surgen
setecientas manos muertas
— muertos de bombas facciosas,

del y labiales mártires de la inocencia
que alzan los puños cerrados
con alegría siniestra
y exigen pronta venganza
a aquellas aves cetreras
(palomas de nuestra paz
que forjaron en la guerra):
Hoy tiene alas Barcelona:
Que tal su espíritu vuela
metido en estos motores
que en el aire canturrean.
Hoy todos tenemos alas,
como gallos de pelea,
como cóndores andinos,
como águilas montañeras.
Hemos remontado ya
los abismos de la pena.
Una pancarta de triunfo
los aparatos diseñan.
Cegados de luz los ojos
desde aquí la deletrean.
Al entrar los aviones
«voló la corneja diestra».

★

ALBORADA DE GLORIA EN LA FIESTA DEL MUNDO

En aquel «ardiente amanecer del mundo», cuando la tierra manaba sangre y el cuerpo desgarrado se resistía a morir y los labios sonreían ante la desventura porque el mañana cierto ofrecía al alba los más vivos resplandores, el poeta deja en libertad la imaginación para que lleve su canto a todos los confines del horizonte. Ahora es Sevilla, la capital andaluza que mira al desierto, la que le arranca sentidas estrofas: «amorosa ciudad, la ciudad más esbelta que encima de una torre» lleva su nombre puesto. «Dolor a rienda suelta: la ciudad de cristal se empaña, cruje. Un tormentoso toro da una vuelta y al horizonte y al silencio, y muge». La ciudad que viviera bajo una cabellera de mujer soleada, sobre una perfumada cabellera, la ciudad cristalina ya pisoteada», donde la bota «hunde su marca en el jazmín ligero y pesa sobre el naranjo aleteante: y pesa y hunde su talón grosero un general de vino desgarrado, de lengua pegajosa y vacilante, de bigotes de alambre groseramente astado. Mirad, oid: mordiscos en las rejas, cepos contra las manos, horrores relucientes por las cejas, luto

todavía, sus hambres, sus pedazos. Su cadáver estaba lleno de mundo».

Con Vallejo, con su misma voz y en su propio lenguaje, digamos a coro: Cúdate España, tu propia España que es América y el mundo entero! Cúdate de la víctima a pesar suyo, del verdugo a pesar suyo! ¡Cúdate del que antes de que cante el gallo, negarate tres veces; de las calaveras sin las tibias, de los nuevos poderosos, del que come tus cadáveres, del que devora muertos y vivos! Del leal ciento por ciento, del cielo más allá del aire y del aire más allá del cielo; de los que te aman, de tus héroes, de tus muertos, del futuro. Y que otros poetas liberen de polvo la corona cubierta de polvo que asciende del alma y sube del fuego, le calce y dé un trono al cielo biznieto del humo y del infinito donde acaban los justos. Y devuelva a la tierra, en tumulto de palmas, la medalla sin llanto y sin vientre a cuestras. Que el hierro descienda y se humille al gorrión y dé formas de hombre a falaz vanagloria. Que aviente a los bárbaros y que ciña de dioses a los átomos. Sudario del pueblo, que vas al futuro, que el corazón te guíe y te dé alas en el verde follaje de los campos. Porque de allí saldrá la luz que es sangre convertida en abundancias, sin puntas de pañuelos tristes ni el alma coronada de guijarros, ni reptiles de pestaña immanente, ni trigos solitarios.

★

LOS DESGRACIADOS

César Vallejo

Ya va a venir el día; da
cuerda a tu brazo, búscate debajo
del colchón, vuelve a pararte
en tu cabeza, para andar derecho.
va a venir el día, ponte el saco.

Ya va a venir el día; ten
fuerte en la mano a tu intestino grande, reflexiona,
antes de meditar, pues es horrible
cuando le cae a uno la desgracia
y se le cae a uno a fondo el diente.

Necesitas comer, pero me digo,
no tengas pena, que no es de pobres
la pena, el sollozar junto a su tumba;
recomiéndate, recuerda,
confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista
a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato.
Ya va a venir el día, ponte el alma.

la libertad de todos, del explotado y del explotador, por la paz incolora — la sospecho cuando duermo al pie de mi frente y más cuando circulo dando voces y hacedlo, voy diciendo, por el alfabeto a quien escribo, por el genio descalzo y su cordero, por los camaradas caídos, sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino! Para que vosotros, voluntarios de España y del mundo vinierais, soñé que yo era bueno, y era para ver vuestra sangre, voluntarios... Marcha hoy de vuestra parte el bien ardiendo».

Que otros poetas expriman el gusto y sabor de la palabra, que su estrofa exalte en toda su plenitud el sentimiento de la lengua, que interpreten y exalten la moción, y que del verbo se sirvan para construir la herramienta de nuestra libertad. El mundo entero espera el poeta que cante a nuestro siglo, con sus revoluciones en pos de un bienestar siempre mejor; de las hazañas del hombre en artes y ciencias; de los descubrimientos que consigo trajo aparejados la técnica y la industria aplicadas a la producción, porque también la economía, expurgada de su fenicio cinismo, tiene su parte poética. Que en ellos traigan a flor de labios cuantas esperanzas nos promete el futuro y nos digan qué seremos o cómo deberemos ser mañana cuando la hermandad nos suele, como fundidos en una sola persona y en un mismo sentimiento. En César Vallejo encontramos cuanto podemos ser hoy como personas existentes en este momento histórico, cuando la vida se multiplica y la acción del individuo se bifurca en todos los sentidos. El nos pone en contacto con la parte inmaterial, irrealidad a nuestros ojos del presente, si evidentemente lógica mañana. Sus ojos y su alma nos descubren como elementos del porvenir. Lo que somos ahora, en este instante, para él es fugaz, pasajero, ajeno quizás. Lo que representamos pasará desapercibido y el sol proseguirá iluminando la tierra. Lo que podremos ser mañana es lo que descubrimos a través de su verso pletórico y macizo de ideas.

Su poesía es única porque no hay ripio ni frase de relleno «ni abuso de la metáfora» y pocas veces de las imágenes. Nada extraordinario ello significa en el mundo poético; pero es que en Vallejo, dentro de su estilo, hay ideas claras y conceptos concluyentes. No conocemos «en nuestra lengua un caso de tal descarnadura poética, de exactitud, de rechazo a la obesidad de la palabra». Y de ahí que no se trate de literatura, sino de una explosión emotiva que no ha sabido expresar de otra forma que en estrofas singulares, a veces descaradas y cruelmente patéticas y otras emotivas y sentimentales, como en aquel Pedro Rojas «que nació muy niño, mirando al cielo, y que luego creció, se puso rojo y luchó con sus células», con todas sus células del alma»,

en las azoteas, muerte en los sevillanos. Cólera contenida por los gestos, carne despedazada ante la soga, y lágrimas ocultas entre los tiestos, en las roncas guitarras donde un pueblo se ahoga», son la nota más alta del instante en que la contienda adquiere los contornos más álgidos.

«Un clamor de oprimidos, de huesos que exaspera la cadena, de tendones talados, demolidos por un cuchillo sirvo de una hiera. Se nubló la azucena, la airosa maravilla: y patíbulos y cárceles degüellan los gemidos, la juventud, el aire de Sevilla. Amordazado el ruisenior, desierto el arrayán, el día deshonrado, tembloroso el cancel, el patio muerto y el surtidor, en medio, degollado». Así era entonces, de penumbra, lo que antes fuera claridad radiante y alegría contagiosa. «Mantillas mustias, mustias porcelanas violadas a la orilla de la fosa».

«Con angustia y claveles oprime sus ventanas la población de abril. La cal se altera eclipsada con rojo zumo humano. Guadalquivir, espera: ¡No te lleves a tanto sevillano!», porque uncido al yugo de la esclavitud va el «buey sombrío; en la ciudad de mayo sólo hay grises inviernos, en la ciudad del río sólo hay podrida sangre que resbala: sólo hay innobles cuernos en la ciudad del ala. Espadas impotentes y borrachas, junto a bueyes borrachos, se arrastran por la eterna ciudad de las muchachas, por la airosa ciudad de los muchachos», que se queda sin cantares, sin malvones y sin río y sin el abierto optimismo que puso mieles y hermosura en la gracia andaluza.

«Yo te veré: vendré desde Castilla, vengo desde la tierra castellana, llego a la Andalucía olivarera, llamado por la sangre sevillana fundida ya en claveles por esta primavera. Vengo con una ráfaga guerrera, de jinetes y potros populares, que están cavando al monstruo la agonía entre cortijos, torres y olivares». Y en Juramento de la Alegría, tomando como centro el mismo tema que roba las imaginaciones y hace olvidar el día y la noche donde «una historia de polvo se deshoja» e irrumpe «un sol unánime, batiente», añade que «es un pleno de abriles, una primaveral caballería, que inunda de galopes los perfiles de España: es el ejército del sol, de la alegría. Desaparece la tristeza, el día devorador, el marchitado tallo, cuando, avasalladora llamarada, galopa la alegría en un caballo igual que una bandera desbocado. A su paso se paran los relojes, las abejas, los niños se alborotan, los vientres son más fértiles, más profundas las trojes, saltan las piedras, los lagartos trotan. Se hacen las carreteras de diamantes, el horizonte lo perturban mieses y otras visiones relampagueantes, y se sienten felices los cipreses. Avanza la alegría derrumbando montañas y las bocas avanzan como escudos. Se levanta la

risa, se caen las telarañas ante el chorro potente de los dientes desnudos. La alegría es un huerto del corazón con mares que a los hombres invaden los rugidos, que a las mujeres muerden los collares y la piel de relámpagos transidos».

Y luego de esta simbólica descripción, tan reventona en imágenes plásticas, termina con estas estrofas virgilianas: «Alegraos por fin los carcomidos, los desplomados bajo la tristeza: salid de los vivientes ataúdes, sacad de entre las piernas la cabeza, caed en la alegría como grandes taluses. Alegres animales, la cabra, el gamo, el potro, las yeguas, se desposan delante de los hombres contentos. Y parecen las mujeres lanzando carcajadas, desplegando en su carne firmamentos. Todo son jubilosos juramentos. Cigarras, viñas, gallos incendiados, los árboles del sur: naranjos y nopales, higueras y palmeras y granados, y encima el mediodía curtiendo cereales. Se despedaza el agua en los zarzales: las lágrimas no arrasan, no duelen las espinas ni las flechas. Y se grita ¡Salud! a todos los que pasan con la boca anegada de cosechas. Tiene el mundo otra cara. Se acerca lo remoto en una muchedumbre de bocas y de brazos. Se ve la muerte como un mueble roto, como una blanca silla hecha pedazos. Salí del llanto, me encontré en España, en una plaza de hombres de fuego imperativo. Supe que la tristeza corrompe, enturbia, daña... Me alegré seriamente lo mismo que el olivo».

El mismo confiesa que ha salido de la noche del oscurantismo, que ha roto con el pasado y que otro poeta con distintos acentos y tonalidades aparece en el firmamento de la lengua castellana que «llega desde la edad del mundo más remota a ofrecer a la tierra su copa sacudida, a sustentar la sed y la sal gota a gota, a iluminar la vida. Hijo del movimiento, primo del sol, hermano de la lágrima, deja rodando por las eras, del abril al octubre, del invierno al verano, áureas enredaderas» que canta «el sabor de la tierra que se enriquece y madura, de la que caen «los copos del llanto laborioso y oliente, maná de los varones y de la agricultura, bebida de mi frente». Y se dirige a los yertos en el ocio sin brazos, sin mística, sin poros» que no usarán la corona de los poros abiertos, que vivirán malolviendo y «moriréis apagados», pues que la «encendida hermosura reside en los talones de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados como constelaciones. Entregad al trabajo, compañeros, las frentes: que el sudor, con su espada de sabrosos cristales, con sus lentos diluvios, os hará transparentes, venturosos, iguales».

Detenido el curso del sol en esta alborada de gloria, la poesía reapareció lozana como para asistir a las fiestas del

Y después de esta introducción laudatoria se dirige al «proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impenetrable, tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición, a tu enemigo! Liberador ceñido de grilletes, sin cuyo esfuerzo hasta hoy continuaría sin alas la extensión, vagarían acéfalos los clavos, antiguo, lento, colorado el día, ¡nuestros amados cascos insepultos! Campesino caído con tu verde follaje por el hombre con la inflexión social de tu meñique, con tu buey que se queda, con tu física, también con tu palabra atada a un palo y tu cielo arrendado y con la arcilla inserta en tu cansancio y la que estaba en tu uña, caminando! Constructores agrícolas, civiles y guerreros, de la activa, hormigueante eternidad: estaba escrito que vosotros haríais la luz entornando con la muerte vuestros ojos; que, a la caída cruel de vuestras bocas, vendrá en siete bandejas la abundancia, todo en el mundo será de oro súbito y el oro, fabulosos mendigos de vuestra propia secreción de sangre, y el oro mismo será entonces de oro! Se amarán todos los hombres y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes y beberán en nombre de vuestras gargantas infaustas! Descansarán andando al pie de esta cerrera, sollozando pensando en vuestras órbitas, venturosos serán y al son de vuestro atroz retorno, florecido, innato, ajustarán mañana sus quehaceres, sus figuras soñadas y cantadas!»

De la inmensidad universal de Vallejo bien dicen estas estrofas inimitables inspiradas con tanta ternura que llega hasta a la misma forma de su alma, oteando el luminoso porvenir que se espera, que promete hablar a los mudos, caminar a los tullidos, «ver ya de regreso los ciegos y palpitando escucharán los sordos. Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios! Serán dados los besos que no pudisteis dar. Sólo la muerte morirá. La hormiga traerá pedacitos de pan al elefante encadenado a su brutal delicadeza; volverán los niños abortados a nacer perfectos, especiales y trabajarán todos los hombres, engendrarán todos los hombres, comprenderán todos los hombres. Obrero, salvador, redentor nuestro! perdónanos, hermano, nuestras deudas! Combate que la tierra criara, armándote de polvo, calcándote de imanes positivos, vigentes tus creencias personales, distinto el carácter. íntima tu férula, el cutis inmediato, andándote tu idioma por los hombros y el alma coronada de guijarros! Voluntario fajado en tu zona fría, templada o tórrida, héroe a la redonda, víctima en columna de vendedores: en España, en Madrid, están llamando a matar, voluntarios de la vida. Voluntarios, por la vida, por los buenos ¡matad a la muerte, matad a los malos! Hacedlo por

TESTAMENTO DE CESAR VALLEJO

Su testamento de amor a España y a los perseguidos. dice Adoun, es un libro en que renace la ternura del hombre y la rebeldía del indio. El poeta que tanto había cantado a la muerte renace en esta agonía lenta mientras el mundo salta destrozado y crucificado por los que al herirlo se ampararon en el símbolo de la cruz. Ahora está mutilado, «no de un combate sino de un abrazo, no de la guerra, sino de la paz». Lo perdió todo en el curso «normal de la vida y no en un accidente», no en el orden de la naturaleza, sino en el desorden de los hombres y este «mutilado que conozco, lleva el rostro comido por el aire inmortal e inmemorial, muerto, sobre el tronco vivo, yerto y pegado con clavos a la cabeza viva. Vi una vez un árbol darme la espalda y también un camino. Un árbol de espaldas sólo crece en los lugares donde nunca nació ni murió nadie. Un camino de espaldas sólo avanza por los lugares donde ha habido todas las muertes y ningún nacimiento. El mutilado de la paz y del amor, del abrazo y del orden y que lleva el rostro muerto sobre el tronco vivo, nació a la sombra de un árbol de espaldas y su existencia transcurre a lo largo de un camino de espaldas. De la casa del dolor parten quejas tan sordas e inefables y tan colmadas de tanta plenitud, que llorar por ellas sería poco, y sería ya mucho sonreír». Pero, «dejadme libre un momento para saborear esta emoción formidable, espontánea y reciente de la vida, que hoy, por primera vez me extasia y me hace dichoso hasta las lágrimas».

En el «Himno a los Voluntarios de la República» desbordó su vaso emotivo ante el miliciano «de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón, cuando marcha a matar con su agonía mundial», y no sabe verdaderamente donde ponerse ni qué hacer. Corre, escribe, aplaude, llora, atisba y dice al pecho que aquel fin del mundo acabe y así bien que venga. Descubre la frente «impersonal hasta tocar el vaso de la sangre». Un día «diurno, claro, atento, fértil ¡oh bienio, el de los lóbregos semestres suplicantes, por el que iba la pólvora mordiendo los codos! ¡Oh dura pena y más duros pedernales! ¡Oh frenos los tascados por el pueblo! Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera y soberanamente pleno, circular, cerró su natalicio con manos electivas; arrastra candado ya los déspotas y en el eandado, sus bacterias muertas, ¡Dolores con rejas de esperanzas del hombre! ¡Muerte y pasión de paz, las populares. Tal en tu aliento cambian de agujas atmosféricas los vientos y de llave las tumbas en tu pecho, tu frontal elevándote a primera potencia de martirio».



mundo. Miguel Hernández ocupa un lugar privilegiado entre los componentes de su generación, tanto por su ascendente lírico como por la permanencia evolutiva de sus concepciones. Radicado en la tierra, aquí construyó su mundo al contacto con los hombres y sus preocupaciones. Simbolista por excelencia, supo arrancar de las teorías poéticas toda la intimidad melódica, con esa fuerza expresiva que atraviesa los poros y se confunde con la sangre. Individualista siempre, su poesía nos pone en contacto con el alma, provocando el reencuentro de nosotros mismos. En ese diálogo permanente descubrimos la hondura de su verso, cuyas raíces taladran la dura roca de la conciencia para llevar allí la savia divina que le hará más sensible y más tierna.

«Sentado sobre los muertos que se han callado en dos meses, beso zapatos vacíos y empuño rabiosamente la mano del corazón y el alma que lo mantiene. Que mi voz suba a los montes y baje a la tierra y truene, eso pide mi garganta desde ahora y desde siempre. Acércate a mi clamor, pueblo de mi misma leche, árbol que con tus raíces encarcelado me tienes, que aquí estoy yo para amarte y estoy para defenderte con la sangre y con la boca como dos fusiles fieles. Si yo salí de la tierra, si yo he nacido de un vientre desdichado y con pobreza, no fué sino para hacerme ruiseñor de las desdichas, eco de la mala suerte, y cantar y repetir a quien escucharme debe cuanto a penas, cuanto a pobres, cuanto a tierra se refiere. Ayer amaneció el pueblo desnudo y sin qué ponerse, hambriento y sin qué comer, y el día de hoy amanece justamente aborascado y sangriento justamente. En su mano los fusiles leones quieren volver para acabar con las fieras que lo han sido tantas veces. Aunque le falten las armas, pueblo de cien mil poderes, no desfallezcan tus huesos, castiga a quien te malhiere mientras que te queden puños, uñas, saliva, y te queden corazón, entrañas, tripas, cosas de varón y dientes. Bravo como el viento bravo, leve como el aire leve, asesina al que asesina, aborrece al que aborrece la paz de tu corazón y el vientre de tus mujeres. No te hieran por la espalda, vive cara a cara y muere con el pecho ante las balas, ancho como las paredes. Canto con la voz de luto, pueblo de mí, por tus héroes; tus ansias como las mías, tus desventuras que tienen del mismo metal el llanto, las penas del mismo temple, y de la misma madera tu pensamiento y mi frente, tu corazón y mi sangre, tu dolor y mis laureles. Antemuro de la nada esta vida me parece. Aquí estoy para vivir mientras el alma me suene, y aquí estoy para morir, cuando la hora me llegue, en los veneros del pueblo desde ahora y desde siempre. ¡Varios tragos es la

vida y un solo trago es la muerte!» Pero «Si me muero que me muera con la cabeza bien alta. Muerto y veinte veces muerto la boca contra la grama, tendré apretados los dientes y decidida la baba. Cantando espero a la muerte, que hay ruiseñores que cantan encima de los fusiles y en medio de las batallas. Me voy a cumplir los años al fuego que me requiere, y si resuena mi hora antes de los doce meses los cumpliré bajo tierra. Yo trato de que me queden una memoria de sol y un sonido de valiente. La muerte junto al fusil antes que se nos destierre, antes que se nos escupa, antes que se nos afrente».

Miguel Hernández supo conjugar el modernismo con el clasicismo. En esta combinación de estilos expresó poéticamente sus sentimientos. Llevado por el ímpetu ardoroso de su inspiración, encontró en el alma del hombre los motivos inmanentes de la eternidad, en esta frágil figura humana, laboratorio de tantas vicisitudes como inquietudes, devolviendo las emociones a su cauce de origen, con una música propia y en melodías distintas. A la tristeza de los primeros tiempos, por vía de evolución, ascendió a las alturas, desde donde descubrió el camino errado desde los años de la juventud, profundamente pesimista y decididamente nostálgico.

Agotado por el rudo combate que los pocos años de vida hicieron siglos, su poesía tiene el rango inconfundible de la particularidad. Y seguramente hubiera adquirido en la madurez la gloria de eternizarse en el tiempo y en el espacio, si circunstancias aciagas, terriblemente trágicas, no arrancaran en edad temprana la lengua y mutilaran el cuerpo del poeta, eliminándolo de la vida de los hombres, sus hermanos, por el imperdonable delito de hacer versos y pensar en poesía que los dioses inspiraron con el soplo divino del arte.

MIGUEL HERNANDEZ

NO HAY CARCEL

No. No hay cárcel para el hombre.
No podrán atarme, no.
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior.

¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?
A lo lejos tú, más sola
que la muerta, la una y yo.

REMOLINOS

Pedro Godoy

En mis ojos amables, bailoteando la sorna. 20
Caminar indeciso tras la mira andariega...
Mis pupilas se alargan como goma tras unas
incomparables piernas.
¡Maravilloso bipedo
ese que las ostenta!

Aminoran los autos ladrando en las esquinas,
para tornar de nuevo, su rumbo a la carrera.

En el bar,
desdibujan sus caras de museo de cera,
turbias sombras obtusas, de alcohol y los naipes,
el tabaco y la noche, de sus cansas mollereras,
renegando y renegando. Encorvados por siglos
como insectos con frío sobre un campo de piedra.

Como grano de polvo,
rueda y rueda la bola en el espacio
y pegado a su piel, van los microbios
en la noche del cosmos, devorándose
los unos a los otros.

Indeciso recorro varias cuadras
escuchando su piano que diluye su pena.
¿Cuántas generaciones necesita filtrar
una ciudad para dar un poeta?

He pasado dos horas discutiendo con alguien...
¡ni se qué sonseras!

Al tornar a mi hueco, las rodillas pegadas
con la pena del frío, la razón se me encrespa:
—¡Tienes tos y cansancio...! ¿Ves, señor polemista?
¿Qué te dan los amigos? ¿Qué te dan las ideas?

¿Qué me dan los amigos? ¡Pues me dan estas ansias!
Este poco de olvido de la muerte, que espera.
Estas ganas tremendas de pelear o abrazarme.
¡La saña suficiente para seguir la huella!

quedas detrás mientras nos vamos por el camino de los rumbos nuevos. Y te quedas atrás más encorvado con tus mujeres de cobrizo cutis, las luces malas y los trabucazos, que iluminaron tu crepúsculo. Ranchito humilde, viejo, sobre el mantel verdoso de los campos, cada vez más hachado con la reja por forasteros rubios y peinados, eres sólo las tapas olvidadas del libro del pasado, que ha quedado sin hojas y de cantos.

Pedro Godoy, poeta de tierra adentro, huído de las ciudades tentaculares, es creador de lo humilde y lo bueno en sentido moral interpretado, a quien no le interesan las complicaciones urbanas. En el reposo, en la belleza y contemplación augusta y mansa de las cosas y los hombres, forma su mundo del arte y de la libertad. Tan abundantes son los ejemplos, tal su pureza y autenticidad que sólo un poeta de provincia, que siente el paisaje y el dolor en su alma, ha podido concebir este romance: «Juntadores de maíz; cobija el toldo de chala. Clamaba un niño en la noche y su madre consolaba: ¡Dormite mi nene lindo que ronda agosto la carpa — Oh, mama, saque ese frío que hasta los huesos me cala! ¡Tan largo fué el temporal! ¡Tan lerda ya la juntada! ¡Ya van tres tardes el viento tira del sur! ¡Y descansa solamente por las noches tendiendo un manto de escarcha! — ¡Dormite mi nene lindo que ronda agosto la carpa, — El viento, mama, me pone alfileres en la espalda! ¡No prenden los marlos húmedos y están las pilchas mojadas! ¡Arriba tiemblan estrellas, abajo tiemblan las chalas. Viento del sur. Viento zarco, con blanco poncho de escarcha, — Dormite mi nene lindo que ronda agosto la carpa — Rondan todas las estrellas y está la luna más blanca! ¡Y está temblando el potrillo, y tiembla el perrito, mama! ¡Cómo amanecen de frías las espigas con la helada! Viento del sur, que nos prendes a los pobres alfileres en la espalda, pasando tus dedos finos entre hendijas de las chalas. — Dormite mi nene lindo que ronda agosto la carpa».

La obra poética de Pedro Godoy ya se perfila con una autenticidad indiscutida entre sus contemporáneos, tanto por la profundidad de su sentimiento emotivo como por la lozania y espiritualidad que le infunde. Frente al descalabro de un siglo que camina a tientas, acosado por los agujonazos del materialismo ensoberbecido, el hombre se rebela, piensa y cree en el futuro, en la belleza y en la verdad sin retaceos. Las proyecciones de su mundo no están delimitadas y la riqueza de creación posterior ha de confirmar este mensaje a los hombres de tan singular poeta.

★

A lo lejos tú, sintiendo
en tus brazos mi prisión.
En tus brazos donde late
la libertad de los dos.

Libre soy, sintiéndome libre.
Sólo por amor.

EXHORTACION LIRICA DE PEDRO GODOY A LA TIERRA Y AL HOMBRE

Pedro Godoy, localista en parte, pero universalista en amplitud de paisaje, nos presenta las características de esa concepción histórica, cuando dice en «¡Madre! «Me persiguen los gritos de la raza a través de los lustros, en la sangre. Por eso, mirando hacia el pasado muchas tardes me llega entre tropel de los recuerdos el eco, tembloroso de coraje, del alarido quichúa que en las ancas del viento rudo convertido en chasque, recorrió las fronteras del desierto con su fiereza de clarín salvaje, aquel ocaso gris, cuando sintieron al galope invasor sobre su grande, sobre su inmenso territorio virgen, para plantar a su moral infame, con el fusil, la cruz y la bandera... ¡madre! Envidio al viento sur que monta libre en las recias espaldas de los Andes y en el lomo encrespado del Atlántico, yo, siento deslizarse en el coraje de mis nervios inquietos y rebeldes para prenderse entre mis versos, ¡madre!» Pero también en el lirismo nostálgico de estos poemas, encontramos al hombre, aguerrido, sembrador de esperanzas, de ilusiones, con insomnio de horizontes y distancias, siempre el regulador entre la mano. Con la pupila roja como el ojo de la caja de fuego. Renegando. Recia la barba, tremolando al viento, con el blusón azul, desabrochado; hendiendo las entrañas de la sombra, cual proyectil macabro, en terrible velocidad fantástica. Un maquinista hosco, carcelario. Los cóndores me verían pasar, alucinados, sobre las calvas crestas de los Andes. Un tren desierto en el desierto blanco. Desde el bravo Estrecho de Magallanes — Aconquija, Aconcagua, Chimborazo — y la península de Alaska, hasta caer después, desmelenado, en los Montes Urales. Y al ver la mu-chachita de chacra, suspirando, un domingo vulgar, en la tranquera, parara el tren para decirle: Vamos, te llevaré a la urbe para ofrendarte esposo ciudadano. Y de tu carne, de intemperie parda, y en el dinamismo rubio de la urbe surja el poeta exacto de la raza, que todos esperamos».

Con las notas del paisaje, nos trae también su música la fantasía jovial y despreocupada, sin ligaduras. Olvidan-

do exprofeso ciertas reglas poéticas, esta libertad que se toma condice muy bien con su temperamento lírico. Expatriado de los convencionalismos, Pedro Godoy vive para su poesía. Todo poeta auténtico es arrastrado por esa pasión arrebatadora de encontrar el alma de las cosas. Godoy responde ampliamente a ese cometido de vivir en toda plenitud dentro de la estrofa y del verso. Víctima de la emoción, caía palabra le sugiere una idea que surge engalanada con una figura poética. Desde su primer libro, que Antonio Zamora dió a conocer en bella y modestísima edición, hasta el presente, su personalidad se agiganta. El colorido localista de su poesía fué perdiendo un tanto para dar lugar a otros temas de volumen y contornos distintos. No obstante conserva esa frescura y naturalidad tan propias del poeta, sin recurrir al artificio ni a la imaginación. Su verso es cristalino y simple. Brota del labio como la palabra, por necesidad de expresión, de igual modo que nace la flor y animado por la misma imposición que motiva al pájaro a emitir sus trinos.

En su generación, otros poetas sentaron escuela, como Jorge Luis Borges, Alvaro Yunque y Juan Sebastián Tallón. El invierno, cruel siempre cuando la sangre declina, falta de calorías, acalló los acordes de la música nueva que ellos representaron en un momento. Luis Franco y José Pedroni mantienen en alto el estro de su tiempo, dentro de los límites poéticos, junto con Francisco Luis Bernárdez, con su dominio del verbo, humano siempre y emotivo. Pedro Godoy permanece inmodificable e inalterable en su verso y personalidad, condiciones que se conjugan en el hombre. Su poesía deslízase mansamente, con leve suavidad, en tropel de imágenes. Poeta esencialmente moderno, quizás, con Alvaro Yunque, sea el único que en su generación han rendido culto a la poesía. En tanto Yunque es reformador del verso y de ahí que no haya adquirido todo el vuelo poético de esperarse de su genio fecundo. Pedro Godoy no tiene necesidad de ensayar formas o estilos, que le tienen sin cuidado. Tan grande es el empuje y vigor tal adquieren sus poesías que, sin esfuerzo, se manifiestan, como algo que pasa, que brota de él como el tallo a flor del suelo, como el fruto aparece en el cáliz de la flor.

Resero profesional en su adolescencia, peón de chacra un poco más grandecito, juntador de maíz, en cuyas tareas le quedaron muchas veces los dedos de las manos como ganchos de acero. Ladrillero más tarde, actividad ruda por lo pesada, pero que le sirvió de escuela por el contacto que ha tenido con toda la bohemia trabajadora enrolada en los sindicatos, que han hecho más por la cultura del país que la misma Universidad. Panadero y periodista simultánea-

mente, sus ojos ven sólo lo humano en el hombre y el paisaje, como en el «Viento gaucho, aúllan en tus dedos las bordonas en el cordaje de los alambrados cuando pasas, embozado, en el húmedo poncho de la noche. Después del temporal de ocho días, barrido en una noche por tu mano, te detienes, temblando de frío, a jugar un instante con los charcos para ver a la imagen de la luna, ensayar las piruetas del malambo al compás repetido y neurasténico, del silvestre tedeum de los batracios. Hastiado de correr por las llanuras te acercas muchas tardes a los ranchos a jinetear los sauces, o penetras de pronto en el poblado a jugar a la hamaca con los focos. Pampero: salvaje centinela de los llanos, arrollador y gaucho. Guitarrero en el cordaje de los alambrados. O, por ejemplo, cuando, extasiado, encuéntrase en medio de la pampa grandota y le arranca estos emocionantes versos que son todo un himno a la grandeza de la creación: «¡Qué macho me suenan sus rudos vocablos que pasan doblados por tantos recuerdos por sobre los campos arados como dos espectros! ¡La palabra pampa debajo mi lengua produce un chasquido tan áspero y bello! ¡Será porque en ella mezclé mis vajidos a los centinelas alertas del tero! ¡Será porque en ella me crié jineteando feliz de coraje, baguales en pelo! Huraño, solito, por los cañadones, a caza de nutrias o en busca de huevos! ¡Y, hoy, cruzo emponchado en esa tristeza que envuelve a las tardes en lentos bostezos! ¡Pampa gaucha, pulmón de América, guarida de pumas y gauchos matreros, te mentan poetas de todas las layas, mas nadie te siente como yo te siento, en ese carácter sobón y agresivo que envuélveme extraño lo mismo que un viejo. Pampa arisca, te guardo profundo cariño materno, por hosca, por libre, por esos dos indios vocablos tan machos...! ¡por eso te quiero!» Y, a la inversa, déjase llevar por la emoción del rancho solitario, perdido en medio del campo, ruinoso y avejentado. El rancho es el símbolo viviente de la riqueza agropecuaria, el núcleo generatriz del trabajo. El no ha llegado a ser casa, como la tierra que le circunda, es simplemente chacra. La casa pertenece al potentado y su feudo es la estancia, con su ostentación de fortuna que muestra, soberbia e insolente, a la vergüenza pública. El rancho es humilde, achaparrado, desnudo casi. Sin amparo, desafía vientos y lluvias y como enojado y arisco hecha humo por entre sus chapas.

El poeta lo siente sumiso y endeble. «El viento con tela de lluvias, compadreando, fabrica tu mortaja. Humilde relicario en donde presurosos los nativos con un rezo en los labios ocultaron el inmenso caudal de sus leyendas, al llegar el tropel de los arados. Tu fama, tus mentas de palenques del añiaño, se apaga entre el rumor de las guitarras, y te

Placeres de Walden

Las razones que la gente ofrece sobre la lectura de **Walden** son varias, a veces maravillosas, como lo es este comentario de hace cincuenta años:

Los escritos de Thoreau convienen peculiarmente a todas las clases; son a la vez instructivos y entretenidos: para la clase pobre, porque prueban conclusivamente que el confort, y la misma felicidad, pueden ser gozadas con un mínimo de esfuerzos y de gastos; y para los opulentos satisfacen un importante desideratum en la norma del más completo pasatiempo.

Pero creo que existen mejores razones. Hablaré hoy de la felicidad, del honor y de la sabiduría que encuentro yo en **Walden**. Y de otra virtud que mencionaré primero: de la excelencia de su prosa:

I

Leer **Walden** es una delicia. Menciono esto primero porque la calidad, si no la absoluta existencia, de los otros placeres depende de ella. La felicidad, el humor y la sabiduría de **Walden** no serían lo que son otras palabras, en otro orden. Thoreau era un artesano y un artista con completa maestría de su medio. Por todas partes en **Walden** la prosa es clara y penetrante, y magníficamente conveniente para la rica variedad de los propósitos de Thoreau.

Naturalmente, que la prueba de esto, sólo puede encontrarse en la lectura. Transcribiré un número de pasajes más tarde de **Walden**: déjese ofrecer aquí dos muy variadas piezas en evidencia: las agudas y desdeñosas apreciaciones sobre el carretero y la elegía lírica sobre los primeros habitantes de los bosques. (El lector debe escuchar **Walden**, al menos con los oídos de su mente. Thoreau leyó mucho de él ante públicos de Concord, Boston, Salem y otras ciudades de Nueva Inglaterra, y escribió la mayor parte de él como si estuviera «hablando» a sus lectores. Los ritmos de sus frases y sus tonos de voz son esenciales para el significado y el efecto de sus palabras):

¡Y que se hable de la divinidad de tal hombre! Fijáos en el carretero cuando está en marcha, serpenteando hacia el mercado día o noche; ¿es que alguna divinidad lo acompaña? ¡Su mayor ocupación es alimentar y abrevar a sus caballos! ¿Qué significa para él su destino comparado con sus intereses mercantiles? ¿Es que acaso no conduce sus caballos para redondear su suma? ¿Y ésa es su divinidad y su inmortalidad? Fijáos cómo va cabizbajo y estornudando, cuán vagamente teme todo el día, sin ser inmortal o divino, sino el esclavo y el prisionero de la propia opinión que se ha forjado de sí mismo, fama que ha ganado por sus propias hazañas.

Y la elegía sobre los hace tiempo desaparecidos habitantes de los bosques:

Todavía crecen allí, después que desaparecieron la puerta, el dintel y el umbral, las vivaces lilas, una generación que abre sus flores de dulce fragancia cada primavera, para que sean arrancadas por el caminante pensativo. Plantadas y cuidadas en otro tiempo por las manos de los niños, en los canteros de delante de las casas, permanecen ahora al lado de los muros en retirados prados, dando lugar a nuevas florestas; últimas de la estirpe, sobrevivientes únicas de aquella familia. Los niños morenos no pensarían que aquellos gajitos con sólo dos brotes que ellos habían clavado en el suelo a la sombra de la casa, y que diariamente regaban, les sobrevivirían a ellos y a la casa misma, y que darían la historia de su familia al solitario vagabundo, medio siglo después que ellos hubieran crecido y muerta, floreciendo tan bellos, y con fragancia tan dulce, como en aquella primera primavera. Observo los colores de esas lilas, todavía frescos, delicados y alegres.

Walden es, a veces, satírico, reflexivo, narrativo, descriptivo. En cada una de estas modalidades, grande es la colocación del material o de las actitudes. En la narrativa, por ejemplo, va desde el relato sencillo de la construcción de la casita, pasando por la épica y humorística batalla de las hormigas, hasta la leyenda del artista de Kouroo. Gozamos a través de todo esto, como lo ha señalado Joseph Krutch, la aguda justeza de la expresión de Thoreau, no sólo en el esplendor de sus famosos epigramas, sino en el vigor recto e inmovible y en la sencillez de los comparativamente pasajes comunes.

Desearía añadir un ejemplo más, la conclusión de «Soledad»; su variado ritmo expresa perfectamente su alegría justa y desafiante.

No soy ningún adorador de **Hygeia**, que era la hija del viejo doctor herborista **Esculapio**, quien en los monumentos está representado teniendo una serpiente en una mano y en la otra una copa, de la cual parece que la serpiente bebe algo; antes bien, adoro a **Hebe**, sumiller de Júpiter, que era hija de **Juno**, y de la lechuga silvestre, y que tiene el poder de devolver a los genios y a los hombres el vigor de la juventud. Ella era probablemente la única joven en estado ileso, sana y robusta que jamás paseó por el globo y por doquier ella pasaba florecía la primavera.

Si Hebe hubiera vivido en Concord, Thoreau se hubiera casado.

II

Walden es un libro feliz. Thoreau al escribirlo llenó completamente sus deseos y preceptos artísticos. Tres años antes de que fuera a vivir a las orillas del lago escribió en su diario que quería dar a los hombres lo que había de más precioso en su regalo. «Deseo — dijo — comunicar aquellas partes de mi vida que de muy buena gana vuelve-

ría a vivir de nuevo». Un poco después que **Walden** fue publicado, en 1854, escribió: «Todo lo que un hombre tiene que decir o hacer que pueda posiblemente interesar a la humanidad, es en una u otra forma narrar la historia de su amor...»

Walden es la historia de su amor. No describe una utopía colocada en el futuro por el intelecto, sino una utopía que era vivida y recreada con un amor que satura todo el libro: un amor por la vida de Nueva Inglaterra y de Concord. «Soy un neoinglés —decía—. De ti, oh tierra, están hechos mis huesos y mis tejidos... A tu polvo retornará mi cuerpo alegremente como a su propio origen. Aquí está mi habitat. Todo yo te pertenezco». Y escribió en su cuaderno de clase de Harvard: «Si llego a olvidarte, oh Concord, que mi mano derecha pierda toda su destreza... No importa en qué lugar del mundo pueda más tarde encontrarme, siempre tendré en gran estima el haber nacido en Concord North Bridge».

En Concord no existen montañas Rocallosas, ríos Mississipi, grandes llanuras no vastas selvas. Es un mundo más pequeño para ser gozado a la medida humana. Los bosques, las montañas, los pantanos y los torrentes del Maine eran todos muy buenos para excursiones ocasionales; pero en lo que atañe a una residencia permanente, decía Thoreau, no existía comparación entre el «suave y siempre variado paisaje «de Concord», y las regiones deshabitadas en donde un «hombre civilizado acaba por desfallecer, como una planta cultivada, que crisa sus fibras en la masa de maleza intrincada».

En **Walden** Thoreau celebra las estaciones de Concord, sus días y sus noches, sus lagos, sus bosques y sus prados. El mal o el buen tiempo: las agradables horas transcurridas durante las largas tormentas de lluvia en la primavera y en el otoño cuando se sentía como apaciguado al sentir el incesante crujido y repiqueteo del viento y la lluvia; y los días fríos y tormentosos y las grandes tardes del invierno cuando venían algunos amigos a conversar en la casita.

El placer que encontraba en todo ello puede verse en **Walden**, junto al tiempo libre que le permitía gozarse. Cuán a menudo y cuán amablemente observaba el comportamiento del lago de **Walden**, ora suave como un espejo, ora estremecido por los peces u ora rizado por el viento. Tenía tiempo para anotar y relatar sus heladas y deshielos, para estudiar la contextura de su hielo, para sondear su fondo, para anotar y examinar su variado colorido. Podía pasarse la mañana sentado en el umbral de su puerta extasiándose, o divertirse en una tarde de invierno observando a una lechuza extraviada, y podía pasar las horas de medianoche pescando desde su bote en el claro de luna. Por la mañana hacía sus tareas, leía y escribía; pero en las tardes se encontraba casi siempre «absolutamente libre»; paseaba por donde quería: hacia la laguna Blanca (White) con su agua transparente, tan clara y limpia que sólo unos pocos juncos azules crecían en sus orillas; o hacia los pastos de fresas silvestres en la colina de Fair Haven, desde donde uno

podía ver la gran extensión de agua y **Conantum**, con allá lejos el río Sudbury fluyendo a través de los prados; o podía ir más lejos hacia los pantanos, «en donde crecían la flor rosada de las ciénagas y el cornejo; ...en donde las nobles fresas silvestres hacen que el que las contempla olvide su casa con su belleza, y se encuentra obsesionado y tentado por otros frutos silvestres prohibidos y sin nombre, demasiado hermosos para el gusto de los mortales».

Se trataba, en verdad, del paraíso reconquistado.

Y en más de un modo. Thoreau vivía con «trabajo tan agradable» como dicen vivieron Adán y Eva, quienes, antes de la caída, al sentarse ante los «Frutos de la Cena».

Carecían de toda herramienta

Pues su dulce trabajo de jardineros les bastaba, Recomendándose al fresco Céforo, y satisfaciendo [tranquilamente

Con toda facilidad, cuanta sed tenían y apetito En plena gracia...

Thoreau obtenía las sencillas necesidades de la vida no con una labor apresurada, cual narra repetidamente, sino con entretenimientos y placeres que hacía perdurar. Careció de prisa cuando cortó y desbastó sus maderos para su casita, pues «eran muy agradables días de primavera» en los cuales trabajaron en aquella colina cubierta de pinos desde la cual podía mirar el deshielo del lago. El limpiar su piso con arena y agua de **Walden** era «un agradable entretenimiento». «No lo era menos» el cocer y revolver encima del fuego sus pequeños panes de centeno y de maíz. Y él mucho se divirtió «una tarde de invierno», cargando leña con su trineo media milla a través del lago helado, «patinando detrás e impulsándolo con una pértiga de quince pies colocada en su hombro por una extremidad, mientras que la otra rozaba el hielo». Era aquella una vida de infinito ocio y paz.

Durante el primer verano a menudo carpió sus habichuelas desde las cinco de la mañana hasta el mediodía. La labor era toda suya — carecía de «instrumentos mejorados de agricultura» y tampoco tenía ayuda de un jornalero —, llegando así a conocer muy bien a sus habichuelas, como así a las hierbas parásitas. Mientras carpía tenía tiempo para darse cuenta de todo; los estampidos de las escopetas y los ruidos de las bandas musicales de un pueblo distante, los curiosos caminantes que pasaban por el camino de **Walden**, la malviz oscura que cantaba para él y los halcones que circunvolaban encima de su cabeza — escribió — un raro entretenimiento que de haber continuado se hubiera vuelto una disipación».

Mucho tenía del placer de **Robinson Crusoe** en su competencia y confianza en sí mismo. Y también existe entre ambos otra similitud: la sencillez y la soledad de sus vidas. Vivió Thoreau al margen de casi todos los impedimentos de nuestra existencia cotidiana: no tenía cortinas que limpiar, estera que sacudir, ornamentos que limpiar el polvo, patio que barrer; ni cerca o portón

que pintar o reparar. Además, vivía «tan lejano como en una de esas regiones que por la noche divisan los astrónomos» en un «retirado, novísimo y no profanado lugar del universo» con «algunas millas cuadradas de bosques intransitados» para su vida privada. Como resultado, era dueño y señor de su propio tiempo. Las ardillas rojas platicaban imprudentemente debajo de su casa, y el somorgujo se reía de él en el lago; pero, al contrario de los pesados reformadores y de los insistentes hombres de negocios, sus vecinos los animales nunca invadieron su vida privada impertinentemente.

Empero Thoreau nunca quiso ser un ermitaño; en su vida privada como en otras buenas cosas sabía que «un poco más de lo necesario es, en mucho, demasiado». Gozaba «lo mejor de los dos mundos», los frutos de la sociedad y de la civilización, como los de la soledad y la vida en la naturaleza. Su retiro fue voluntario y calculado, y fue mucho más rico que el de Crusoe, pues su voluntaria pobreza no fue una pobreza forzada. Podría haber escrito sobre el «ni puerta, ni patio, ni sendero hacia el mundo civilizado», pero el ferrocarril pasaba por orilla del lago, y se sentía feliz usando la vía como un camino para dirigirse al pueblo. Le agradaba escuchar el traqueteo de los vagones yendo y viniendo; y ver, escuchar y oler la carga que subía o bajaba por la línea ferroviaria. La desvanecida y dulce melodía de las campanas de la iglesia y el distante traqueteo de los vagones sobre los puentes — dos sonidos hermosos y campestres —, le recordaban agradablemente la vecindad de pueblos y granjas. Y tenía más que meros recuerdos sobre las gentes de los pueblos con compañerismo. Podía visitar el pueblo cuando quería (casi cada día), para escuchar sus murmullos o para asistir a «sólidas veladas» en casa de Emerson; y su casita no estaba tan distante de aquéllos con quienes le agradaba hablar. Como escribió en la primera versión de *Walden*: «Algunos han venido a mi casita porque yo vivía allí, y otros, también, porque yo vivía allí». Y también había la compañía y la conversación de todos aquéllos que encontraba en su trabajo: el leñador Therien, los cortadores de hielo en el lago, los ferrocarriles, los cazadores y los pescadores, alegrándose con todos.

III

Walden es un libro alegre y humorístico. Uno de los conocidos del Dr. Johnson se quejaba de que no podía ser un filósofo porque «la alegría del vivir siempre se le eclipsaba»; Thoreau se las arregló para combinar la filosofía con la alegría del vivir. Le agradaba la gente animosa; mucho se complacía con Therien porque «era tan feliz...; un pozo de buen humor y de alegría que emergía de sus ojos. Su regocijo no tenía ninguna aleación.

Mucha es la dicha que se puede encontrar en *Walden*, y no es por eso menos placentera a causa de sus aleaciones: ironía, sátira, erudición y, a su tiempo, simpatía. Mucha gente supone que

un hombre que fue a vivir dos años en plena naturaleza debe haber pensado allí muy solemnes pensamientos. Posiblemente que mucha gente no se siente contenta cuando está sola. Pero la soledad de Thoreau, su distancia del mundo, aun si era una o dos millas, ayudó a producir la risa que por todas partes puede encontrarse en *Walden*.

No se trataba de carcajadas; ni se intentaba derribar la casa. Mucha de esa risa era en hecho a causa de su público o de sus lectores; la risa era del propio Thoreau; los demás, a su debido tiempo, posiblemente también rieran. Así Thoreau pudo gozar de su risa dos veces, tanto como Frost puede hoy gozar de la erudición y del humor que se encuentran en sus poemas.

Una mujer recientemente me dijo, sabiendo mi interés por Thoreau: «Mi padre no creía mucho en Thoreau; después de todo, no hizo más que pedir un hacha para empezar». Es verdad. Además conocía a mucha gente como a su padre, y sabía que desaprobaban con sus cabezas y, por lo tanto, no tuvo porqué ocultar que había pedido prestada un hacha. Tenía muy buena imagen de sí mismo, de su público y de sus lectores, y saboreó por completo a la vez la impudencia y el asombro de su ataque en *Walden*.

Allí estaba él — con sus treinta años — sin una carrera, sin ninguna propiedad acumulada, y ¿qué es lo que había estado haciendo? ¿Tratando de encontrar un empleo o haciendo un honesto día de trabajo Nada de eso. Había estado viviendo solo en los bosques durante un par de años, caminando por el pueblo y por los campos como si un hombre no tuviera algo mejor que hacer; ni siquiera había ofrecido sus servicios para una buena causa. Y delante de él, mientras leía partes de *Walden* en el liceo de Concord, y ante otros públicos de Nueva Inglaterra, había granjeros y comerciantes temerosos de dios, industriales y ahorrativos, con propiedades medio ganadas: casas, granjas, graneros, cuentas bancarias. Y toda una colección de hacedores del bien, con miras a mejorar la condición de las islas Sandwich. Y ávidos lectores y asistentes a conferencias que devoraban todo relato sobre los caminos exóticos u oscuros que conducían a la lejana China.

Sabía que para ellos su aventura nada tenía que ver con la «real» vida. Y empieza *Walden* manifestando esto. Naturalmente — escribe — se le preguntaba si no se había sentido muy solo, que había tenido para comer, y, sobre todo, qué había estado haciendo allí en los bosques. Admite que había vivido en un «país algo distante». Medio sugiere que se veía como los otros parecían verlo: un hombre excéntrico que seguramente tenía algún relato interesante que contar. Relato que suena algo así como un «completo entretenimiento». Pero considérese la exquisita e irónica impudencia de lo que sigue:

«En vez de decir cosas respecto a los chinos o a los isleños de las Sandwich, más bien me gustaría decirles concernientes a ti, que lees estas páginas, de quien se dice que vives en Nueva Inglaterra; decir algo acerca de tu condición — especialmente de tu condición externa o circunstan-

cias del mundo que te rodea — en esta ciudad, cual es, si es necesario que sea tan mala, si es posible o no mejorarla».

Desde este punto en adelante siempre existe la interrogante, directa o no: ¿quién es en verdad el loco? ¿Quién debe mejorar a quién? Saltar por encima de esta insinuante ironía es desconocer a Thoreau. Como lo hacen algunos. Recientemente un crítico de una de las academias de Nueva Inglaterra escribió: «Mr. D. es en muchos aspectos como Thoreau; pero contrariamente a Thoreau, Mr. D. emplea la ironía». Igual que cuando Thoreau respondió a una famosa búsqueda de su tiempo: «¿Es Franklin el único hombre que se ha perdido? ¿Sabe realmente Mr. Grinnell dónde se encuentra?»

En Walden existe mucha sencilla gracia. Thoreau casi estaba de acuerdo, quería naturalmente satisfacer la curiosidad «natural y pertinente» de sus conciudadanos acerca de su vida en los bosques; pero parece que algunas «curiosas amas de casa» fueron demasiado lejos en sus averiguaciones: «¡Cómo! — exclama Thoreau —, ¿por qué vino doña... a saber si mis sábanas estaban tan limpias como las suyas?»

Generalmente está más sofisticado, como cuando emplea su inteligencia metafórica contra los objetos de su sátira. «Hombres de ideas en vez de piernas», etiquetó a los pérfidos pensadores que lo molestaban, como asimismo a Emerson «una especie de intelectual centípedo que os hace gritar siempre». Aun aparecería mejor cuando ofrecía la inteligencia de los viejos siglos en una imagen local llena de zumo. Nadie después de Pope: «en cada palabra muere una reputación», ha tan bien refinado la charlatanería de los pueblerinos al terminar la descripción que en su libro les decía: «Estando comunmente puertas afuera, escuchaban todo lo que el viento les traía. Son los rudos molinos, en los cuales toda charlatanería se digiere rudamente primeramente y se tritura antes de que se vacié en una más fina y delicada plática para interiores».

Aún más característica es la seca, lacónica ironía que todo lo ilumina, incluso su misma simpatía. Era demasiado concienzudo para caer en la sentimentalidad. Los más románticamente inclinados se hubieran sentido maravillados a la habilidad para el griego que poseía el sencillo leñador Therien Thoreau notó el hecho, pero también otro más importante: «Para él Homero era un gran escritor, aunque desconocía de qué trataban sus escritos».

En cuanto a los pobres irlandeses, el apoyo de Thoreau hacia ellos no disminuía a causa de su clara visión sobre su defensa. Había estado entre ellos y sabía de la ironía de sus vidas. La cabaña de James Collins, que Thoreau compró para utilizar las maderas «era considerada una muy buena»; y Thoreau escuchó algunas de sus ventajitas: «un pasaje perenne para las gallinas debajo de la puerta»; «una especie de hoyo polvoriento de dos pies» en cuanto a sótano; y una «muy buena ventana, originalmente de dos contraventanas, solamente que el gato solía pasar por ellas».

El humor es más sombrío en su descripción de la familia de John Field, que habitaban la cabaña de Baker Farm:

«...allí... vivía ahora John Field, un irlandés, su mujer y varios hijos, empezando por un muchacho de cara ancha que ayudaba a su padre en el trabajo y venía ahora corriendo desde el pantano para escapar de la lluvia, hasta el infante de cabeza cónica arrugado como una sibila, sentado, como en los palacios de los nobles, en las rodillas de su padre, y mirando inquisitivamente desde su casa, en medio de la humedad y del hambre, con el privilegio de la infancia, sin saber si no era el último vástago de un noble linaje, en lugar del pobre y harapiento rapaz de John Field. Allí nos sentamos todos bajo la parte del techo que goteaba menos...»

Esto recuerda a la más amargamente irónica de las piezas sobre los pobres irlandeses, a «La Propuesta Modesta» de Jonathan Swift. Pero Thoreau se encontraba a salvo de la salvaje indignación de Swift. Thoreau no carecía de esperanza y de paciencia; no era, como tampoco lo es hoy Frost, un infeliz a causa del universo, no importa lo que puedan objetar los críticos con cólicos a causa de haber comido manzanas agrias.

Lo que es más importante: sabía reírse de sí mismo y de sus entusiasmos. Mucho le agradaba el rico lenguaje y las frases cualitativas de los viejos escritores. Cuando narró cuán completamente había carpido sus habichuelas y de los excelentes resultados que obtuvo, mencionó a la vez a John Evelyn y a Kenelm Digby, acariciando sus frases y puntos, y la caricia era aún más picante porque se trataba precisamente de eso, de habichuelas, como con satisfacción concluye Thoreau:

«Aunque no ponía abono y no las azadonaba a todas a la vez, esto último lo hacía extraordinariamente bien hasta donde llegaba, y fui al fin recompensado, «no habiendo en verdad — según dice Evelyn — ningún estiércol o abono, cualquiera que sea, comparable a ese movimiento continuo, esa remoción y volteo de la tierra con la azada». «La tierra — agrega en otra parte — especialmente si es fresca, contiene un cierto magnetismo, por el cual atrae la sal, poder o virtud (llámese como se quiera) que le da vida y es la lógica de todo trabajo y movimiento que le dedicamos para sustentarnos. Todos los abonos y viles mezclas no son más que sustitutos de ese mejoramiento». Además, siendo éste uno de esos campos «consumidos y exhaustos que gozan de su día de descanso», había, probablemente, como piensa Kenelm Digby, atraído «espíritus vitales» del aire. Coseché doce bushels de habichuelas».

IV

Walden es un libro sabio e inspirador. Es la obra de un filósofo que relata con «sencilla e irreprehensible satisfacción» la vida que describe. «Ser un filósofo — nos dice — no es meramente tener pensamientos sutiles, ni siquiera fundar una escuela, sino amar a la sabiduría como para vivir,

de acuerdo con sus dictados, una vida de simplicidad, independencia, magnanimidad y verdad. Es resolver algunos de los problemas de la vida, no solamente teórica sino prácticamente.

Niegan muchos la sabiduría de Walden en el aspecto de que la solución de Thoreau es tan peculiarmente suya, que carece de utilidad para los otros. Henry James comentaba que Thoreau no era meramente provincial, sino lo que es peor, parroquial. Otros objetores preguntan: «¿Qué sucedería si todos vivieran como Thoreau lo hizo? ¿Como si el propio Thoreau hubiera sugerido tal cosa! Si un estudiante pobre quiere y puede vivir con veintisiete centavos por semana, viviendo en una casita de su propia construcción, mejor para él. Quizás tenga luego algo que decirnos, como hizo Thoreau. Felizmente, no creo que tales cosas sean necesarias, ni lo creía Thoreau. No confundió su solución particular de cómo obtener lo necesario para la vida con los principios generales del vivir válidos para todos.

Naturalmente, un primer dictado de la sabiduría de Walden es que cada hombre debe encontrar su propio camino y su propia solución. Las alegrías que Thoreau describe son una prueba, naturalmente, de la excelencia de su propia solución para él, pero más fundamentalmente su experiencia soporta el principio que informa y reinforma en Walden. Aun cuando informa de cuán rica y satisfactoria era su vida en los bosques, declara:

«De ninguna manera quisiera que alguien adoptara mi modo de vida... Deseo que en el mundo haya personas tan diferentes como sea ello posible. Desearía que cada uno fuera muy cuidadoso en encontrar su meta y su propio camino, y no el de su padre, el de su madre o el de su vecino. Pueden los jóvenes edificar, plantar o hacerse a la vela, solamente permítaseles hacer lo que buenamente quisieran sin ningún impedimento.

Cuando un compañero de clase se fue para trabajar en la construcción del canal de Welland, comentó Thoreau: «Y así nos vamos silenciosamente por caminos diferentes, con toda serenidad, ...él, tal vez, para forjar sus esquemas tan buenos como los míos, aunque diferentes. Así estamos hechos los dos, cuando las mismas estrellas brillan encima de nuestra cabezas». Y diez años después, observando a niños de granjeros cómo empujaban troncos desde las orillas del río, escribió: «Piensan, quizás, que estoy vagabundando. Pienso yo que solamente viven en cuanto a la ganancia. Pero quién sabe si nuestro empleo no tiene alguna semejanza, pues parece que en la vida cada cul sigue sus designios». Walden alienta a los demás tan bien como al mismo Thoreau, cuando éste escribe: «Si un hombre no marca el paso con sus compañeros, es tal vez porque oye un tambor diferente. Déjesele que marche al compás de la música que oye, aunque de cadencia diferente o muy lejana».

Pero, Walden nos advierte de que a menudo un hombre no puede oír la música a él destinada, porque la desconoce, impedido como se encuentra en seguir su propia ruta, al suponer que debe ati-

borrarse de numerosas cosas: «superfluos y vistosos zapatos, sombrillas, habitaciones vacías de huéspedes para invitados vacíos»; o posiblemente puede ser, a causa de que hereda o está por heredar, de que haga tontamente lo que desea su padre. Ya es demasiado tarde cuando aprende que «el costo de una cosa es la suma... de vida requerida por ella». Desde que debe pagar tanto por ella en su propia vida, desde que de hecho tiene tan frecuentemente hipotecado tanto su vida por las cosas, su condición se encuentra por último ansiosa y desesperada. Debe exagerar la importancia de su trabajo con eso de «¿cuánto hubiéramos hecho si no hubiésemos estado enfermos!» En su apresuramiento, no pueden vivir los hombres con deliberación, pues «salen de su camino por cada cáscara o ala de mosquito que encuentran en la senda».

Walden pone la pregunta: «¿Qué es lo que debo enseñar si un hombre gana al mundo, pero pierde su vida? El propio camino de un hombre es una perla de gran precio por la cual debe ofrecer cuánto tiene, o que se necesita es simplicidad, independencia, magnanimidad y verdad. Walden enseña esto un centenar de veces. «La gran masa de los hombres vive vidas de tranquila desesperación» es frase que se ha venido citando mucho. Pero no es el corazón de Walden, y a menudo se la cita sola. Siempre debería acompañada por este informe de la sabia fe en la vida que poseía Thoreau:

«Estiman los hombres a la verdad remota, en las afueras de nuestro sistema, allende la más lejana estrella, anterior a Adán y después de que haya vivido el último hombre. Pero todos esos tiempos, lugares y ocasiones están ahora aquí. El mismo genio culmina en el momento presente y no ha de ser clarividente en el apego de todos los tiempos».

J. LYNDON SHANLEY

(Trad. V. Muñoz)

NOTA DEL TRADUCTOR. — La obra principal de Thoreau, es «Walden». Tenía el subtítulo de «O la vida en los bosques», que luego perdió por indicación del propio Thoreau.

Al autor de este estudio sobre «Walden», el mejor que nosotros hemos leído al respecto, se le debe la obra de análisis «The making of Walden» (Cómo Thoreau escribió «Walden») que es, asimismo complemento indispensable del libro de Thoreau.

Otros libros se han ocupado de «Walden», de gran interés para los amantes de las ideas de Thoreau. Mencionaremos aquí solamente el escrito por el arqueólogo Roland Wells Robbins y rotulado «Discovering at Walden» (Descubrimiento en Walden). Robbins descubrió el lugar exacto en donde Thoreau edificó su casita en los bosques a la orilla del lago. Hoy hay monumento conmemorativo en el mismo lugar.

Restanos decir que «Walden» ha aparecido ya en lengua inglesa en más de un centenar de ediciones. Dos existen en español, ambas en Argentina. Ha sido también vertida a numerosos idiomas cultos y, no es difícil de encontrar en las principales bibliotecas públicas, en lugares donde la obra esté agotada. — V. M.

LA VIDA Y LOS LIBROS

Fernando de Rojas
«LA CELESTINA» (1)

La duda de que sea Rojas el autor de «La Celestina» está mucho menos arraigada que la que existe sobre la paternidad del «Lazarillo», no obstante las razones y testimonios de Cejador a favor de Sebastián Horozco. Con todo, nadie dice el «Lazarillo» de Horozco; pero corriente y moliente es decir «La Celestina» de Rojas.

Obra escrita en tiempos difíciles —entre los años 1484 y 1490— en que eran pocas todas las precauciones, pocos los cuidados contra los rigores de la inquisición, ciertamente odiosa, más encaminada a sanear España y alzarla del muladar en que, reinando Enrique IV, cayese.

Sobrevino la expulsión de los judíos, medida tan impolítica como arbitraria. Fernando de Rojas era judío converso hijo de judíos y pariente de judaizantes comprendidos en la temida ley de expulsión. ¡Cuántas reservas mentales antes de resolverse a publicar, en Burgos, la misma «Celestina» que anduvo camino en copias manuscritas! ¡Qué de temores justificados primero de darla a la estampa! A saber el miedo a las consecuencias, visto que ni a mentar nombre de autor arrojóse, y, anónima —al modo del Poema del Cid, Lazarillo de Tormes, Estebanillo González, etc.— ha llegado a nosotros.

Si el Misterio de la Encarnación fuese tan comprensible como «La Celestina» está escrita por Rojas, algunas sectas religiosas habrían pasado ya a mejor vida. Porque siendo cierto que la edición príncipe deja al lector a buenas noches con respecto al padre de la criatura, las ediciones 1501 y 1502 de Sevilla aportan copiosos datos de Proeza que no pueden ser más convincentes. A Juan Mena, secretario de Juan II, y al poeta toledano Rodrigo Cota atribuyóse la comedia (clasificación anterior a la de tragicomedia), en la seguridad de que ni uno ni otro, a la sazón difuntos, habían de decidir: «tío, yo no he sido». Modernas ediciones de la mayor responsabilidad, como la de Cejador, la de «Zeda» y la de Sopena, prologada por J. Mateos, corroboran lo que dicho queda.

Fuera y dentro de casa hay nada del mérito que la tragicomedia de Calixto y Melibea como no sea el «Quijote». ¡Nada! Lo español de mérito inmovible hasta entonces —el «Libro de Petronio», del infante D. Juan Manuel, el «Libro de cantares de buen amor», del Arcipreste de Hita, «Corbacho» o «Reprobación del amor mundano» del Arcipreste de Talavera— queda pequeño comparado con «La Celestina», precisa Agustín del Saez en su «Resumen de Literatura Española».

Por valiente se ha de entender viviente, palpitante, excedido, insubordinado, libérrimo y, en definitiva, genial. El pueblo había hablado ya por boca de Juan Ruiz en relatos tan salaces como el

de D. Pitas Payas, y con pasmosa naturalidad por la de Alfonso Martínez de Toledo. Los dos arciprestes y Fernando Rojas abren las puertas a lo popular de donde más tarde, cuando las coplas de Mingo Revulgo, del Provincial y de la Panadera sean del dominio público, brotará la española novela picaresca.

Y si ha de señalarse lo genuinamente popular como cumbre de «La Celestina» — la propia alcahueta de carne y hueso, su trastienda, sus tretas, sus decires, sus cursos y recursos, su saber de refranes, aplicados siempre de molde, su parte con los genios infernales—, es por lo empalagosos que resultan otros arrequives escolasticistas embutidos en la obra. Bien están en la impertinente «Dorotea» de Lope, cuyos personajes se arrojan a la cabeza pucheros de erudición, siendo Gerarda a junto de Celestina un dominguillo de trapo; como descargo de filosofía ferragosa, quedaría mejor «Guzmán de Alfarache», la obra más original, según Menéndez Pelayo, que se ha escrito.

Hasta Calixto y Melibea no hay verdadero teatro de público, y habrá de transcurrir mucho tiempo hasta que lo haya: un teatro real, de caracteres definidos, de valores humanos, verboso, fuerte, duradero, fiel trasunto de la vida... ¿A qué más que a ser leída — y no de todos — podía aspirar «La Celestina», piedra angular del teatro español, en tiempos de los Reyes Católicos? ¿No es el patrón de la dramática en ciernes? ¿Por ventura no ejerce su influencia en los Pasos de Lope de Rueda y su influencia en los Entremeses de Miguel de Cervantes? Dejemos hablar a Moratín: «Esta novela dramática, escrita en excelente prosa castellana, con una fábula regular, variada por medio de situaciones verosímiles e interesantes, animada con la expresión de caracteres y afectos, la fiel pintura de costumbres nacionales y un diálogo abundante en donaires cómicos, fue objeto del estudio de cuantos en el siglo XVI compusieron para el teatro».

El fondo de «La Celestina» va con la medida que cada cual aplica a las acciones humanas. Ocorre deleitarse con los atrevimientos de un autor (Bocaccio, por ejemplo) y amostazarse con los de otro (Rojas, precisamente). Pasando la tragicomedia por fielatos inquisitoriales, lo cierto es que sólo algunas alusiones a la Biblia fueron tachadas, como si sus cacareadas obscenidades no empecieran la obra, cuenta habida de que todos los caminos son practicables para llegar a un fin bueno. Cruda a ratos y atrevida siempre, el ecuánime, pero nada disimulado Cervantes, dijo de «La Celestina»:

Libro en mi opinión divi-
si encubriera más lo huma-

PUYOL

(1) Precio: 1,20 NF ejemplar: Pedidos a M. Celma, S. L. 4, rue Belfort — Toulouse (H. G.).

★ De la manera de aprender ★

por Luis VIVES

ENTIENDESE por doctrina o enseñanza «la transmisión de aquello que uno conoce a quien no lo conoce»; y por disciplina, «la recepción de lo transmitido»; sólo que la mente de quien recibe se llena, y la del que transmite no se agota, antes bien, aumenta la erudición cuando se comunica, como crece el fuego con el movimiento y la agitación. En efecto, excitado el ingenio y discurriendo por los objetos referentes al asunto del momento, acaba por hallar y formar otros: así, aquello que no ocurre a quien está en quietud, viene a las mentes del que enseña o diserta, a causa del calor, que decimos aguza el vigor del ingenio; por lo cual nada hay tan conducente para obtener una gran erudición como el enseñar.

Es la disciplina de dos clases: una, la colocación en nuestra alma de cualquier cualidad, como el transmitirse un idioma nuevo, según ocurre en los inventos humanos; otra, el sacar el entendimiento de la potestad al acto, como sucede en las ciencias y artes, cuya materia es natural, pues, según queda dicho, las semillas de todas ellas están infundidas naturalmente en nuestra mente, como las de las plantas en la tierra; de tal suerte, que quien enseña no hace cosa distinta de lo que el sol al sacar los gérmenes de las semillas, las cuales ciertamente saldrían por sí mismas; pero no tan felizmente ni tan pronto.

Enseñan los animales a sus pequeñuelos para que ejecuten con más rapidez lo que desde luego harían ellos por sí, como el ave a volar a sus polluelos, el gato a cazar los ratones, con objeto de verlos muy pronto semejantes a sí mismos, esto es, perfectos en su especie. Nosotros enseñamos a los nuestros para que hagan tal como queremos lo que nunca harían o lo harían de distinta manera; y nuestra enseñanza casi no es otra cosa que acostumbrarles a hacer alguna cosa material, como hablar, correr, mover el cuerpo o alguna de sus

partes de un modo dado. En una palabra: el animal es enseñado para sus fines por magisterio de la Naturaleza; nosotros necesitamos del ejercicio propio y de la advertencia ajena para sacar lo que tenemos dentro.

La marcha del aprendizaje va desde los sentidos a la imaginación, y de ésta a la mente, como pasa en la vida y en la Naturaleza; así, va el proceso de lo simple a lo compuesto, de lo particular a lo general, como es de observar en los niños que, según ya dije, expresan primero las partes separadas de cada cosa, después las juntan y combinan; además, nombran las cualidades generales con un nombre particular; llaman, v. gr., a todos los artesanos como al primero que conocieron; todas las carnes son para ellos buey o vaca, si es así como oyeron decir cuando empezaban a formar las palabras. Después induce la mente lo universal de lo singular, y vuelve a su vez desde aquello a esto; por eso son los sentidos los primeros maestros, en los cuales está como encerrada la inteligencia; de ellos el principal es la vista que, según Aristóteles, es la que nos manifiesta mayor número de especies, y es autora de la investigación de la ciencia, como ya escribió Platón perfectamente. De esa vista primera vino la admiración; de ella, la observación, la investigación y el deseo de la sabiduría.

Después de obtenido el conocimiento de las cosas y constituidas las artes, el sentido del oído nos enseña nuevas cosas, más elevadas y con más rapidez, pues recibimos en muy poco tiempo lo que en mucho tuvo que preparar el que nos enseña. Por eso le llamó con razón Aristóteles «el sentido de la disciplina»; y los animales que carecen de él no son capaces de ella...

**Publicaciones
recibidas**

- « Revensbruck Pace al Mondo »
- « Le Combat Syndicaliste »
- « Pensée Libertaire »
- « A I T »
- « Défense de l'Homme »
- « Le Socialiste »
- « Suplemento Literario »
- « Terre et Liberté »
- « Umanità Nova »
- « Brand »
- « Tierra y Libertad »
- « Workers' Voice »
- « La Gaceta »
- « Solidaridad »
- « L'Adunata dei Refrattari »

Parábolas de
Han Ryner

El árbol preferido

Se me ha preguntado cuál es el árbol que prefiero y por qué razones lo prefiero. ¿Preferir un árbol? ¡Qué injusticia hacia los otros árboles y qué empobrecimiento! Todos los árboles son hermosos y el último que miro siempre me parece el más logrado y el más armonioso. Yo les hablo, cuando tengo la alegría de encontrarme a solas con ellos. Dicen mis discursos emociones por igual, los dirija al heroico roble; al abedul femenino e iba a decir, elegante durante el día, pero que la noche aligera de belleza infinita; el sauce inclinado como un ensueño; al castaño paternal, o a la robinia cuyo ramaje es, en pleno viento, cual un estremecimiento de plumas. A todos, por igual los amo a todos. «El negro ciprés» y su áspera energía inmóvil me agrada tanto como el álamo de Italia, balanceado como una palmera y una aspiración sonriente.

Sin embargo, voy a escoger. Higueras de mi infancia provenzal, hacia vosotras va mi nostalgia. ¿Hay en mi recuerdo goloso reconocimiento, oh portadoras del más dulce de los frutos?... Pero hay tantas otras cosas. Cada una de vuestras hojas recorta en el azul del cielo golfos de armonía temblorosa, o redondea encima de mi cabeza verdes promontorios. Bajo el follaje de una de vosotras, cerca del claro ruido de un manantial, gocé mejor que en ninguna parte, de los ensueños de amor, de trabajo y de gloria; mejor que en ninguna parte, leí a Sófocles y Platón. Gloriosas y nutricias higueras de Provenza, vuestra sombra y vuestra miel se mezclan a todos mis ensueños de Grecia.

EL ARTE DE AMAR

«Amaos unos a los otros». Desgraciadamente, los que han repetido el ingenuo precepto han multiplicado las persecuciones, las inquisiciones, las hogueras y las guerras. Santo Domingo, Torquemada y, ¡cuántas otras sombras rastreras parecen haber sido creadas por la noble actitud de Jesús! La prédica del amor no ha sido vana: es ella la que ha hecho nacer posiblemente los más tenaces y duraderos odios.

¿Predicaremos entonces la justicia? ¿Creéis que esta diosa es menos peligrosa que el dios Amor? ¿Es que acaso no se ha mostrado también ávida de sangre y de lágrimas? ¿No es la fiebre de justicia la que ha creado las innumerables, las crueles injusticias de millares de guerras civiles, las miríadas de guerras militares?

¡Ironía de los quererés humanos! Nuestro deseo del bien, amor o justicia, ha hecho males infinitamente más numerosos que no hubiese podido hacer un calmo egoísmo y la universal indiferencia. Lo que hay en nosotros de más humano, nos ha hecho peor que los tigres y las panteras.

Los hombres marchan cegados hacia no se sabe qué amor abstracto o qué justicia abstracta. Su

pesado paso, y que tantea, aplasta a los mismos seres que pretenden amar, a los inocentes que pretenden proteger.

¿Existe ahí una fatalidad verdaderamente ineluctable? No.

Otros hombres, desde hace ya dos milenios, repiten la sola verdad eficaz, indican el verdadero camino. Es necesario que nosotros comprendamos al fin su método, que no creamos más que esas supremas obras maestras, amor y justicia, pueden realizarse de repente, por casualidad, por la simple virtud de algunas palabras; que no creamos más que esas delicadas obras maestras puedan realizarse mediante la violencia y en el atropello, y que los procedimientos más destructivos podrán realizar las bellezas superiores.

¿Quieres tú volverte un ser de amor y justicia? Voy a decirte los medios para lograr la maravillosa realización.

Pero, tal vez no es esto lo que tú quieres. Lo que tú deseas es que se te ame y exiges que sea justo contigo. Si así es, vete, pues nada tengo que decirte; ni los hombres ni tú mismo podréis hacer algo para ti.

O haz el esfuerzo por olvidar lo que tú llamabas Justicia, lo que tú llamabas Amor. Olvida también la existencia de los otros hombres.

Apártate de los seres y de las cosas. Proyecta hacia ti mismo toda tu luz. **Conócete a ti mismo.**

Y dirige hacia ti mismo todo tu esfuerzo. **Realízate.** ¿De qué modo? Pues, por la purificación intelectual y moral.

Aparta de ti las falsas luces de la educación voluntaria o involuntaria. Olvida lo que te han enseñado y lo que tú crees haber aprendido. En lo que te revela el primer esfuerzo hacia el conocimiento interior, hay mil veces más de exterior que de interior. Expulsa a esos reflejos de afuera, a esas mentiras flotantes. A medida que dispersarás los fantasmas que antes llamabas certidumbres, principios, verdades, noblezas, empezarás a realizar tu ser y a la vez conocerás mejor lo que en ti hay de tuyo.

Este doble progreso, aunque te apliques a él por un tiempo, posiblemente te quejes por encontrar en ti aún una penosa, una irritante multiplicidad. Pues estás compuesto de necesidades que se te aparecen contradictorias. Mirate mejor. Toma conciencia de tu riqueza y de su posible armonía. Contradictorias en apariencia, tus necesidades son sucesivas. Haz pues una cadena de alegría en donde alternen los metales. Soledad o sociedad, actividad o reposo: ¡oh!, voluptuosidades que se siguen y se reemplazan, ronda deliciosa de sonrisas amables y de sonrisas profundas... Si a veces uno u otro de esos bienes para ti se vuelve mal y dolor, es que tu torpeza lo ha hecho inoportuno: dando a éste la hora que quería encantar al otro. ¿El remedio? ¡Ah! ¡Cuán simple es el decirlo y cómo la

cobardía universal lo declara difícil de aplicar! Aquí aun rechaza todo cuanto no seas tú; no hagas caso de las invitaciones de afuera y rompe las coerciones del exterior. **Libera tu ritmo.**

Para liberar tu ritmo has debido dirigirte a la sabiduría, que es propiamente el desprecio de los falsos bienes. Has visto que los falsos bienes es todo aquello que el vulgar, pueblos y reyes, llama bienes. Te has liberado de las cosas. Por consiguiente, como tu servidumbre a las cosas era lo que te impedía el que amaras bastante, héte ahora feliz. Esa servidumbre era la que te impedía amar realmente a los hombres y de sembrar con ellos la justicia hasta la generosidad. Ahora que te perteneces y no eres ya objeto de pertenencia de las cosas, nadie puede ya hacerte daño; nadie es ya tu concurrente o tu enemigo. Mira de nuevo en ti mismo.

Una de las dos necesidades que tú descubres en tu ser iluminado, purificado, realizado y liberado, es la de amar fraternalmente a los que se te parecen, es la de amar paternalmente a los pobres niños que son la mayoría de los hombres, ¡pobres esclavos de las cosas!

Y ya no les pides lo que no está a su alcance. Tú no puedes pedir que los esclavos hagan esos movimientos libres que se llaman Amor y voluntad de Justicia. Solamente, cada vez que ello es posible, ayudas a uno de ellos a liberarse; ayudas a

crecer a uno de los niños y a hacerle un hermano tuyo.

Pero no te asombras ni te irritas por los innumerables fracasos. Y te asombras y te alegras por los raros éxitos.

Siempre tu necesidad de darte sin pedir ningún retorno está limitada a la vez y sostenida por tu necesidad de ser. Nunca te entregas locamente hasta parecerte a los que te entregas; siempre ríes interiormente de sus estúpidos deseos y de sus ridículas pasiones; ríes de las cosas que te piden y que se las das con tanta indiferencia como amor.

Tu corazón casi siempre ama con piedad y no cedes a los que te piden tu voluntad para envilecerla en instrumento. Pues, si tal hicieras, te volverías desgraciado como ellos y, como ellos, odioso. Esos ciegos te piden que los odies mañana. Y es eso precisamente lo que tú no quieres. Pues no descienes a su infierno. Tú no olvidas que el amor por ti mismo y por tu libertad, es el sólo fundamento del amor hacia los otros.

Pero no creo poder decirte más, si tu ritmo en verdad es ya libre. Como el día viene luego de la noche, como el sueño sucede a la vigilia, para ti alternan esas bellezas complementarias: pensamiento y amor, palabra sincera y silencio meditativo, recogimiento individualista y expansión fraternal.

(Próximo artículo: ¡Que la juventud sea!)

Limpieza en el lenguaje

CUANDO el pensador, por intuición primero, y después por una amplia ideación y observación de hechos, ha llegado a comprender que es pura metafísica el dualismo entre materia y « espíritu », o « alma », que no existe esa entequeia fuera del organismo viviente, ya puede prescindir de este término tan en boga todavía entre los racionalistas y aun entre los adictos al materialismo dialéctico. Mas está arraigado en la costumbre el empleo de tales ambigüedades que hasta los más avisados materialistas caen en este absurdo que repudian.

Sin cuerpo no hay « espíritu », ni su sinónimo « alma ». Queriendo ser precisos en el lenguaje, se pueden expresar los vocablos que corresponden al materialismo integral, que no divide al hombre en dos partes y lo considera como unidad orgánica en la que todos los elementos se corresponden en el ambiente que es la monstruosidad social.

Hay muchos sinónimos que sustituyen con claridad dialéctica lo que los religiosos y los metafísicos nombran « espíritu ». Matices del análisis racionalista, dentro de lo fisiológico, son los conceptos: intelecto, inteligencia, pensamiento, ideación, energía, vivacidad, inge-

nio, brío, aliento, valor, esfuerzo, vigor, tendencia. Muchísimas veces, el aditamento del « espíritu » resulta un real parasitismo. Suprimido el mismo, siempre queda el hombre en sus procesos materiales. « La creación de una imagen del mundo no es más que ilusión, ya que todo concepto del intelecto se halla sujeto a determinada estructura de la materia humana. »

No es el « espíritu » el que acondiciona la materia en que se alberga, según dicen los curas que todo lo pervierten. El intelecto es producto del cuerpo y del ambiente en que se desarrolla o degenera. En teoría, la humanidad necesita armonía completa y, como cuerpo social, todas sus células deben ser sanas, teniendo el equilibrio armonioso que se ha de plasmar en los reflejos sociales condicionados.

Los que admiten la influencia del « espíritu » en los destinos humanos, también hacen dualidad de tal « espíritu », pues dicen: « Espíritu del bien » y « Espíritu del mal », del egoísmo del altruismo y de todos los demás « espíritus » que vienen a la lengua y a la pluma de los que quieren enseñar el camino de la VERDAD, que entonces sí es el ESPIRITU PURO, la DIVINIDAD.

COSTA ISCAR

VERSIONES

por DENIS

El negociante

Toda teoría que queda en teoría nada vale. Una verdad no vivida no es verdad.

D.

ERASE un negociante infortunado, infortunado, sin medio alguno de desplegar sus cualidades.

Lo mismo habría vendido caballos, que casas, que tierras, que no importa cuales objetos, que su mujer. Pero no tenía caballos, ni casas, ni tierras, ni objeto alguno, y su mujer era fea, fea.

Siempre estaba de mal humor, descontento, descontento. Nada había en el mundo de que no hubiera hecho dinero, y todos sus esfuerzos por apropiarse de algo con qué hacerlo eran inútiles. Las escasas monedas que, de tarde en tarde, caían en sus manos, tenía que entregarlas a su mujer, siempre comida de deudas. No parecía, ella, haber nacido para otra cosa que para endeudarse. Mala suerte del negociante, haber escogido esposa tan poco capaz de ayudarlo.

Nunca se le ocurrió al negociante trabajar. Preveía el peligro que, si trabajaba, le acechaba. Adiós, entonces, a todos los negocios. No tenía, sin trabajar, dinero para dar curso a su vocación. Pero no le abandonaba la esperanza de tenerlo. Si se ponía a trabajar, tendría que despedirse de esa esperanza. Jamás, trabajando, saldría de trabajador. Miseria para toda la vida. No, no. Soportaba la de ahora seguro de que tendría fin. En modo alguno se cerraría él mismo las puertas de salir de ella.

Pensaba, sin saber que otro lo había pensado antes, que es más difícil tener la primera moneda que un millón después. Iba tras esa primera moneda hacia ya muchos años. El día que la tuviera, afirmaba, el mundo sería suyo. Tardaba, tardaba en llegar a sus manos esa primera moneda. Todas las que llegaban, pocas, muy pocas, tenían destinado ya otro empleo. Debía su mujer el pan, o la carne, o el carbón de un mes. No podía distraerlas. Habría tenido, si las distraía, guerra en el hogar. Era bastante la que sostenía con la mala suerte. Necesitaba una moneda, una sola moneda, que su mujer no necesitara. Entonces comenzaría el milagro. Haría parir a esa moneda, y a las que esa moneda pariera. Las multiplicaría. Veía a otros multiplicarlas, aprendices de negociantes a su lado. Apenas sabían rudimentos del arte de negociar. Rara vez vendían cosas no existentes, secreto que juzgaba haber descubierto. Y que esperaba explotar un día.

Tal vez comenzara por vender caballos, y casas, y tierras, y no importa qué, como los negociantes a quienes consideraba tan inferiores a él. Pero la gran fortuna vendría después, cuando vendiera caballos, casas, tierras, y no importa qué, ficticios. Otros los comprarían y los venderían a su vez. Volverían acaso a sus manos, sin existir, para especular con ellos de nuevo. Magnífico porvenir, que estaba allí sonriéndole.

Todo el fruto de sus desvelos lo recogería entonces. Era un innovador, y la fortuna aguarda siempre a los innovadores. Si no a todos, a los que traen al mundo modos nuevos de enriquecerse.

Porque tendría imitadores. Lo preveía, sin temor. Cuando se acaba con una rutina, hay campo abierto para muchos. Nadie quita la delantera al iniciador. Llegan los otros tras sus pasos. Recogen las flores por él desdenadas. Si más tarde le disputan la cosecha, él ha recogido ya cosecha no disputada.

Deliraba, deliraba, trazando sus planes futuros. Mientras su mujer refunfuñaba, por que el panadero, o el carnicero, o el carbonero, le había reclamado una deuda. Infierno del hogar. Tendría que abandonarlo, para comenzar su nueva vida, o antes. Acaso antes. ¿A dónde iba a ir con mujer amargada por tantos años de penuria? Sería incapaz de saborear la abundancia. Y tal vez desentornara, en la abundancia. ¡Era tan fea!

Cayó en esto sobre el país, como una tormenta, una guerra. Fenómeno frecuente, casi tan frecuente como las tormentas. Lluvia en seco para los negociantes. Nunca son los negocios tan numerosos, ni tan fructuosos. Todo lo almacenado se vende. Y a buen precio. Los militares no hacen cuentas. Compran, compran. Parece que su misión, aparte de guerrear, es comprar. Cosas invendibles, entonces tienen salida. Sea lo que fuere, se encuentra excelente. E imprescindible. No se vive, realmente, sino cuando hay guerra. Mueren algunos en ella. Sacrificio necesario. La vida es esa. Muerte de unos para que otros vivan como de otro modo no vivirían. Tuvo razón el que llamó a la guerra divina.

El negociante llegó juzgada su hora. No era cosa de esperar más. Sería tarde, la guerra terminada. Iba ya para viejo. No tendría tiempo, después, de gozar el resultado de su esfuerzo, de sus años y años de especulación teórica. Había llegado el momento de pasar a la práctica. Toda teoría que queda en teoría nada vale. Una verdad no vivida no es verdad.

Desapareció de su hogar, una buena mañana. Sin dejar rastro de su huida. Creía su mujer que no habría ido muy lejos. No llevaba dinero para tomar el tren. Debía llevarlo, o haber tomado el tren sin billete. Porque el mismo día, por la noche, estaba en la capital del país.

Es imposible averiguar cómo dió sus primeros pasos hacia la fortuna, cómo hizo frente a su situación en los primeros días. Se le veía en todas partes, con señales evidentes de comer mal, y de dormir mal. Pero alerta, como seguro de sí, en modo alguno desesperado.

Unas semanas más tarde, todos los signos de comer mal, y de dormir mal, habían desaparecido.

do. Lucía un traje nuevo, y hasta un brillante en un dedo. Y con el traje, y el brillante, una mujer, espléndida, hacia la que se volvían todas sus miradas.

— Mi señora — decía a las personas con quienes había trabado conocimiento —. No se encontraba bien cuando hemos llegado. Afortunadamente, todo pasó.

— ¡Encantado! ¡Encantado! — exclamaba el favorecido por la presentación.

Y pocas veces tuvo raíces tan hondas el cumplimiento. Ver aquella mujer y sentirse encantado, era todo uno. Alta, esbelta, con un gesto de lejanía, toda ella como entregada a la contemplación de su propia belleza, era delicia recrearse en mirarla. Siempre sonriente, añadía gracia a su gracia. Cuando el negociante partía, llevándola del brazo como un cortesano — ¿dónde había aprendido, tan pronto, semejantes maneras? — no dejaba tras sí más que envidia. No tuvo esta tiempo de llegar a ser normal. El negociante desapareció, como había llegado: sin dejar rastro.

No era la capital, como había creído, el centro de los negocios. Al menos para él. Tenía, él, que ir a buscarlos a otra fuente: cerca del campo de batalla, si no en el campo de batalla.

Llegó a la ciudad más cercana del frente, y se instaló, con la bellísima mujer, en el hotel más lujoso, donde sólo el encanto de la mujer hizo se les admitiera. No había otros huéspedes en el hotel que los jefes de las operaciones en curso. Hombres estirados, severos, que ni veían a las gentes con quienes se cruzaban.

Vieron, sí, llegada la noche, en el comedor, a la espléndida mujer que el negociante lucía. Y ya no hubo, para ninguno, olvidado el estiramiento,

y la severidad, conquista más codiciada que la de belleza tan fuera de lo común.

En las mismas barbas del negociante comenzó el asedio. Prudente, éste no se dió por enterado. Y pronto, un quehacer que ahora le venía a la memoria le obligó, no sin mil disculpas, a dejar por unos momentos el comedor.

Al día siguiente, por fin, el negociante comenzó a poner en práctica las teorías durante tanto tiempo maduradas. Era un vender zapatos no contruidos, y caballos no criados, y viveres en parte alguna dispuestos, que maravillaba. Que a él mismo le maravillaba. Como si le cayera del cielo el milagro.

Le bastó medio año para alcanzar fortuna nunca soñada, ni en sus delirios más optimistas de otros tiempos, de aquellos malditos tiempos de miseria.

Pasado el medio año, partió de la ciudad. Era hora de partir: agonizaba la guerra. Sin este contratiempo, desdichado, otro medio año habría hecho que la fortuna acumulada se multiplicara quién sabe hasta qué extremo.

Todos los jefes fueron a despedirlo, a despedir a la mujer que tan leves les había hecho los peligros de la lucha.

Y ya en el tren, a un viajero que había asistido a la despedida y le miraba con cierta conmiseración, le explicó:

— Creen haberse burlado de mí. ¡Pobrecillos! Me he burlado yo de ellos.

Y como el viajero le interrogara, sin interrogarle, concluyó, aludiendo a la mujer, distraído en el fondo del departamento, siempre como entregada a la contemplación de su propia belleza:

— No es mi mujer. Es mi asociada.



MICROCULTURA



1098. — Se ha logrado que un impreso pueda ser leído por los ciegos debido a la invención de un aparato que intercepta cada letra como un tono musical.

1099. — Los minerales extraídos del suelo vienen mezclados con rocas que los impurifican y son un inconveniente para el trabajo químico de la obtención del metal.

1100. — El 11 de febrero de 1542 los españoles fundaron la ciudad de Guadalajara, hoy capital del Estado de Jalisco, México.

1101. — En 1560 murió Juan Salazar Espinosa, fundador de Asunción del Paraguay.

1102. — En 1879 falleció el admirable caricaturista francés Honorato Daumier, que también cultivó con maestría la pintura y la escultura.

1103. — El sofito es el plano interior del saliente de una cornisa.

1104. — Dos hombres de ciencia de la Universidad de California han propuesto un reactor nuclear portátil para esterilizar las tierras de cultivo, método práctico y económico para tratar el suelo antes de la siembra.

1105. — El «organicismo» es la doctrina que atribuye las enfermedades a lesiones materiales de un órgano.

1106. — El 3 de junio de 1814, el temible tirano Gaspar Rodríguez Francia, asumió la dictadura del Paraguay.

1107. — Un «palafito» es una vivienda primitiva construida por lo común dentro de un lago.

1108. — La represa de Gatun es la que mantiene el nivel del agua en el canal de Panamá.

1109. — Se entiende por «quinario» lo que está compuesto por cinco elementos unidades o guarismos.

1110. — Un «ranúnculo» es una planta herbácea anual, con tallo hueco y ramoso.

1111. — La paleobiología estudia los organismos fósiles y sus condiciones de vida y adaptación.

1112. — El quironectes es un mamífero marsupial de la América del Sur.

1113. — El 3 de julio de 1898 destruyeron en Santiago de Cuba a la escuadra colonialista española de Cervera,

1114. — En 1847 nació Tomás Alva Edison, físico norteamericano de Milán, Ohio, muerto en 1931; inventó el transmisor telefónico de carbono, el fonógrafo, la lámpara incandescente, el kinetoscopio y otros muchos elementos.

1115. — «Shangri-La», término procedente de la novela «Horizonte Perdido» del escritor norteamericano James Hilton y que ya aparece incluido en algunos diccionarios, significa «sitio de retiro paradisíaco».

1116. — Según Roberto C. Cook en el «Population Bulletin», para el año dos mil la población de América Latina será sobrepasada sólo por la de Asia.

1117. — Las bacterias están ampliamente repartidas por todos los mares, tanto en extensión como en profundidad.

1118. — Los antrópodos conocidos como milpiés se diferencian de los cienpiés en que los primeros viven exclu-

sivamente de sustancias vegetales, mientras que los segundos son carnívoros.

1120. — En los Estados Unidos los accidentes ocupan el primer lugar como causantes de muertes entre individuos de 1 a 36 años de edad.

1121. — La dentisteria fué reconocida por primera vez como profesión en Francia, en el siglo XVI.

1122. — América Latina tenía en 1920 noventa y un millones de habitantes; para 1956 había crecido ya hasta los ciento ochenta y siete millones, o sea, un siete por ciento de la población mundial.

1123. — En el valle de Panamá se encontró una nueva especie de milpiés, que posee setecientas patas y el cuerpo formado por ciento setenta y cinco segmentos.

1124. — La Academia de Cirugía se formó en París en 1731.

1125. — La terapia del color puede ser un agregado importante en el tratamiento actual de estados de ansiedad, depresión, insomnio y tensión nerviosa.

1126. — El neutrón, que sirve para disparar la terrible bomba atómica, «vive» alrededor de quince minutos.

1127. — Algunas hormonas, anticuerpos, virus y genes son formas de proteína.

1128. — Latinoamérica es una región de juventud, pues los niños menores de quince años constituyen el cuarenta por ciento de la población.

1129. — La ciencia médica puede ya obtener diminutos proyectores de cromo radioactivo, promisor medicamento en la lucha del hombre contra el cáncer.

1130. — Con ropas livianas y en reposo el hombre puede tolerar una temperatura de sesenta grados en setenta minutos.

1131. — El 13 de enero de 1691 murió Jorge Fox, reformador religioso inglés, nacido en Drayton, Leicester, en 1624; fundó la Sociedad de Amigos (Cuáqueros), predicando contra el culto externo, la jerarquía religiosa y civil, la guerra, el juramento, etc.

1132. — En 1867 debutó en el Odeón de París Enriqueta Rosina (Sarah Bernhardt), genial actriz trágica francesa (nació en París en 1844 y murió en 1923) que resplandeció lo mismo en el teatro clásico que en el moderno.

1133. — En 1898 lanzó Emilio Zola su famoso «Yo acusado», que apareció en las páginas de «La Aurora», diario de Clemenceau; actitud que le valió un año de prisión y una multa de tres mil francos.

1134. — En enero de 1958 murió en México el general republicano español José Miaja Menant, recordado por la legendaria defensa de Madrid; había nacido en Oviedo en 1878.

1135. — Los científicos rusos han descubierto un método en extremo sensible para detectar males provocados por la radiación.

1136. — Se entiende por «testrastrofo» a la composición que consta de cuatro estrofas.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Niña morena y ágil

Niña morena y ágil, el sol que hace las frutas,
el que cuaja los trigos, el que tuerce las algas,
hizo tu cuerpo alegre, tus luminosos ojos
y tu boca que tiene la sonrisa del agua.

Un sol negro y ansioso se te arrolla en las hebras
de la negra melena, cuando estiras los brazos.
Tú juegas con el sol como con un estero
y él te deja en los ojos dos oscuros remansos.

Niña morena y ágil, nada hacia tí me acerca,
Todo de tí me aleja, como del mediodía.
Eres la delirante juventud de la abeja,
la embriaguez de la ola, la fuerza de la espiga.

Mi corazón sombrío te busca, sin embargo,
y amo tu cuerpo alegre, tu voz suelta y delgada.
Mariposa dulce y definitiva
como el trival y el sol, la amapola y el agua.

Me gusta cuando callas...

Me gusta cuando callas porque estás como ausente.
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma,
emerges de las cosas, llena del alma mía.
Mariposa de sueño, te pareces a mi alma,
y te pareces a la palabra melancolía.

Me gustas cuando callas y estás como distante.
Y estás como quejándote, mariposa en arrullo.
Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza:
déjame que me calle con el silencio tuyo

Déjame que te hable también con tu silencio
claro como una lámpara, simple como un anillo.
Eres como la noche, callada y constelada.
Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente.
Distante y dolorosa como si hubieras muerto.
Una palabra entonces, una sonrisa bastan.
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

PABLO NERUDA

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

« Aladino y la lámpara maravillosa ».....	1 80
« Ali Babá y los cuarenta ladrones »	1 80
« Capitalismo, democracia y socialismo liberta- rio », P. Souchy	1 20
« Criadero de curas », A. Sawa	1 50
« Del amor », Stendhal	1 20
« Don Juan Tenorio », Zorrilla	1 20
« Doña Perfecta », Galdós	1 20
« El barco varado », Vega Alvarez	1 00
« El cartero del Rey », R. Tagore	1 20
« El castillo de los Carpatos », J. Verne	1 00
« El dueño del mundo », J. Verne	1 00
« Eficacia » (poema), A. Navarro	1 00
« El barco del mundo », J. Verne	1 00
« El gato con botas », Perrault	0 50
« El muchacho y la fortuna »	0 50
« El payaso inimitable », Zamacois	1 50
« El rayo verde », J. Verne	1 00
« El secreto de Martín », J. Verne	1 00
« El secreto de Will » J. Verne	1 00
« Fábulas de Esopo »	2 00
« Fábulas de Iriarte »	2 00
« Fiesta en España », Endérix	3 00
« Gulliver en el país de los enanos »	1 80
« Gulliver en el país de los gigantes »,	1 80
« Ivanhoe », W. Scot	1 80
« La alfombra mágica »	1 80
« La vorágine », Rivera	1 20
« La Celestina », Rojas	1 20
« La Cenicienta », Perrault	1 80
« La cosecha », R. Tagore	1 00
« La invasión del mar », J. Verne	1 00
« La lucha con el demonio », S. Zweig	1 20
« Las doce pruebas de la inexistencia de Dios », Faure	1 50
« La historia de Juan Maria J. Verne	1 00
« Las tres damas de Bagdad »	0 50
« La tragedia de una vida » S. Zweig	1 20
« La Vampiresa », J. Ohnet	1 20
« Los dos mercaderes »	0 50
« Los primeros hombres de la Luna » Wells	1 20
« Mariana », Galdós	1 20
« Momentos estelares », Zweig	1 20
« Pasión perdurable », M. G. Stopes,	1 20
« Pensamientos », J. Peiró	3 00
« Pepita Jiménez », J. Valera	1 20
« Peter Pan »	1 80
« Poemario patético » (preludio a G. Lorca), Volga Marcos	1 50

MAS DE 80 AUTORES

« Elementos de Psicología », E. B. Tichener	3 00
« El Hombre », A. Besant	15 00
« El hombre que se reja del amor », Pedro Mata	1 80
« El Hombre y el Mundo », R. W. Emerson	4 50
« El incendio », M. Dib	1 00
« El Japón sobre el mundo », A. Zischka	4 20
« El jardín encantado », A. Zamora	3 50
« El Mandarin », E. de Queiroz	1 20
« El matrimonio moderno », W. Stekel	12 00
« El pensamiento político de la derecha », S. Beauvoir	5 00
« El petróleo », F. Delaisi	2 00
« El Rastrojo », J. J. Berón	2 00
« El secreto de la concentración », Subirats	6 00
« El sexo en la civilización », (Varios)	7 00
« El sistema cooperativo », Warbasse	6 00
« El temor sexual », E. W. Hirsh	5 50
« En busca de un millonario », D. Lilly	3 00
« En marcha », F. Roosevelt	1 20
« En medio de los escombros », Lizcano	3 50
« Enrique V », Shakespeare	1 20
« Errico Malatesta », Nettlau	3 50
« Evolución histórica de la Biología », E. Nor- dens	13 00
« Fab'ola », Wissemann	1 50
« Filosofía de las leyes »,	6 50
« Fénix », Wells	4 90
« Filosofía de las leyes », D. Papp	6 50
« Filosofía del derecho », F. Hegel	5 60
« Fisiología de la vida sexual », Dr Schwartz	3 50
« Fisiología del trabajo », A. Herlitzka	28 00
« Fugitivo del amor », E. Knight	8 40
« Hábitos sexuales de la mujer », Wittel	6 00
« Hacia el Norte », Bowen	9 00
« Historia de la conquista de la tierra », Ander- sen	4 90
« Historia de un corazón », E. Castelar	1 20
« Horas de lucha », M. G. Pradas	6 50
« Ideas para una concepción biológica del mun- do », V. Uexkull	7 50
« Impaciencia del corazón », S. Zweig	5 60
« Infancia en N. Y. », Fast	5 50
« Introducción al Teatro de Sófocles », M. R. Li- da	7 50
« Italia fuera de combate », I. Herraiz	2 00
« Jerome 60 », Bedel	2 50
« Joaquín Costa », L. Menéndez	1 50
« Juan Azul », Giono	4 50
« Kinsey y la sexualidad », Dr. Guerin	5 00

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)

CIENIT

— sociología —
ciencia — literatura



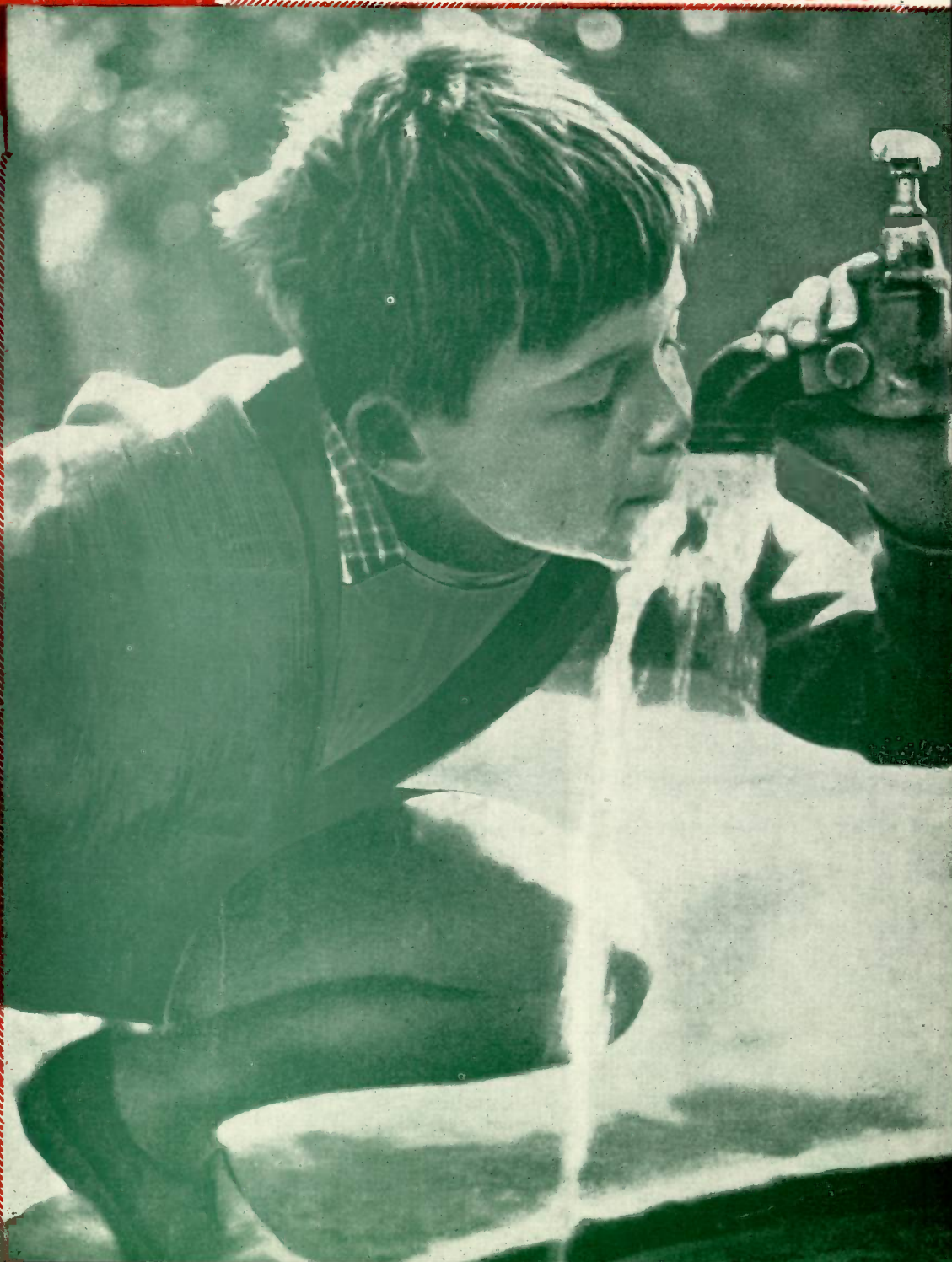
- Plácido Bravo** : Hoja por hoja.
Floreal Ocaña : Valor de la duda y del ser.
Angel Samblancat : Ciencia venenifica.
Cosme Paules : Nueva versión de poemas y religiones.
Puyol : Cervantinas.
J. Manaut Viglietti : Evocación de Santiago Rusiñol en el «Cau Ferrat».
Miguel Jiménez : Cartas al amigo. — Acción y Cultura.
Charles d'Ydevalle : Cárceles de España.
Alberto Carsi : Buscando raíces.
Fontaura : El mito y la realidad sexual.
Max Scheler : La edad.
J. Martínez Ruiz : La pedagogía.
Soledad Gustavo : Listz.
W. Muñoz (selección) : ¡Que la juventud sea!
J. Ferrer : Glosa al sindicalismo.

134

FEBRERO · 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NT



4 P 5523

NUESTRA PORTADA

MIRANDO a este niño bebiendo agua nuestro pensamiento recorre veloz un mundo de símbolos: El niño, principio y fin de la creación, y único testigo de ésta, siendo todo lo demás completamente secundario. Complemento del hombre es lo que vive y se mueve: todo existe para el hombre, todo, la materia como el espíritu, lo real como lo ficticio, el animal como la cosa, lo humano como lo divino. Sin el hombre, adiós aprecio, cálculo, recuerdos, perspectivas, futurismo historia; adiós vida incluso. Todo reducido a cosa.

El AGUA, madre soberana y majestuosa de la materia, mezclada a todo y siempre dispuesta a independizarse. Sin agua no se concibe ni siquiera materia, ni materia habría. Sin el líquido no es posible el estado sólido.

El agua de este grifo nos recuerda a nuestro fiel colaborador y amigo de CENIT Alberto Carsi, hoy difunto, para quien el agua era tema predilecto de sus discursos. Su «Historia de una gota de agua» es el canto más grande que se ha hecho a una cosa tan insignificante como es una perla de rocío. Mucho se habla y se glorifica a la tierra, pero no menos se merece el agua, su inseparable.

Este niño agarrado al grifo ¿no parece además aquél en el que Diógenes el sabio se inspiró para perfeccionar su conducta?

Junto al niño el grifo, que simboliza al esfuerzo humano. Gracias a éste, el agua cae a chorro en este lugar. Después de perforar montañas, para llegar al lago subterráneo, el minero y el mecánico, el carpintero y el dibujante, el peón y el ingeniero, en conjunción de esfuerzos, han obtenido que aquello que hasta entonces era riqueza inaprovechada y escondida, estuviese a la disposición de la vida y al alcance de todos.

En estos momentos de zozobra y de peligro universal, desde CENIT emitimos el deseo formal de que el respeto a la naturaleza y a las fuerzas laboriosas de la humanidad sea la regla de conducta de todos. ¡Que el agua pueda continuar su misión de bienhechora para el sediento y sus necesidades vitales y sociales! ¡Que los niños puedan beberla siempre en paz y con la tranquilidad que la bebe nuestro protagonista! ¡Puedan los hombres continuar horadando rocas y montañas para facilitar y embellecer la vida! y, en fin, ¡pueda la humanidad del trabajo continuar su labor hasta el dominio y conocimiento total de los elementos y de la materia y poder realizar el sueño paradisiaco de sus dioses, como máxima expresión de su genio.

Este es el deseo ferviente que expresamos desde CENIT ante la imagen sublime de este niño diogenesiano.

CENIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Febrero 1962

Nº 134



N OCTURNAS invernales. En la penumbra, silenciosa, como pasmada: la vetusta aldea. Recostada sobre el repecho de una pirenaica sierra, el norteño cerzo acantilado silbaba con estridencia y barria, formando remolinos, sus tortuosas callejuelas.

En las afueras, lóbregas moradas con techumbre de pizarra, muy inclinadas. Encima, felinos en celo maullando. Lánguidas llamadas a la concubina huraña, seguidas de embates rabiosos. ¿Simulados? El can aullando en la estacada, lúgubre gemido que infunde pavor y, a la vez, lástima. Por una angosta ventana distinguiese una luz mortecina y vacilante en el interior de una casa.

Curioso. En la alcoba misera sobre viejo camastro, un mozuelo leyendo a destajo; sin hacer puntos ni comas, intermedios ni pausas. ¿El libro que tenía en la mano? «Padres e hijos». Desde lejanas estepas, el hábito de Turguenef bañaba su alma. Pasaban las horas, por fin cayó el telón, cerráronse sus párpados, su mano soltó la presa, en tanto la vela se consumía en vano velando. Y así, noche tras noche, merced a estos mensajes impresos, seguía comunicando con la vanguardia inconformista de sus tiempos.

**

Metamorfosis; dolorida adolescencia. Crisálida: crisis de una edad crítica. Juventud romántica a fuer de ingenua, nihilista por inexperta, empero inquietante, siempre inquieta. Hecha de pasiones arrebatadoras e inconfesas, originando súbitos rubores que descubren candideces o complejos subconscientes.

En fin, el primer bozo punteó en su macilento rostro y crecieron las alas de su pensamiento; apareció el vello primerizo en el pecho del efebo, mientras su corazón resentía incipientes desosiegos. Y, en sus horas febricitantes, juraba no aceptar ja-

Hoja por hoja

más el bozal ni la albarda de aquellos tradicionalistas labriegos. En efecto, todo le exasperaba. Los niños ya no le admitían en sus juegos y aun le rechazaban cuando intentaba, solemnemente, mediar en sus querellas. Los hombres, en el tajo, atormentábanle con sus tretas y apuestas, y abrumado salía escuchando sus rancias consejas. El hijo del bravo bracero sentía asfixiarse en la aldea sin eco.

Aquella primavera iba a primar en su incierto destino. Sus crisis alternas sucedíanse con mayor frecuencia. Ora taciturno, ora expansivo, preso de súbitas alegrías y de prolongadas tristezas, el zagal sufría y soñaba a un tiempo. Su padre nada comprendía a lo que, para él, eran simples caprichos o rarezas, producto de lecturas atrevidas y pe-

caminosas. Su madre sólo intuía aquel misterioso complejo escondido tras aquella frente hermética. Y la besaba, temblorosa, sin acertar otros remedios.

Pero cierta tarde de verano, tormentosa, mientras afuera soplaba el cálido bochorno, en el hogar rompióse la tirante cuerda. La siesta los había puesto irascibles. Entre padre e hijo cruzáronse frases agresivas, mordaces, hirientes. El primero amenazó quemarle sus libracos, tildó, además, de engreído, holgazán y mequetrefe; rebelde, el hijo, replicó al ataque. Excitado, respondió con semejante sarta de sanciones. Y lo irremediable llegó. Creyendo hechos añicos el respeto, el rostro proteico del mancebo. El hijo, cual relámpago, subió a su alcoba. La decisión grave estaba tomada: partiría.

Cogió de su baúl el traje dominiguero. Luego, tendió sobre el camastro el gran pañuelo de bastista, encima colocó sus libros preferidos y unos cuadernos repletos de menuda letra, trazada por su pluma incierta: uno de pensamientos y síntesis; otro de apuntes y ensayos. Otro de historietas y cuentos, y otro — que guardó en su seno — lleno de poesías y poemas, esbozados apenas sin rima ni métrica. Metió aún algunos fetiches, algún que otro recuerdo, y finalmente, un paquete de epístolas, unas de amorios, otras de carácter subversivo.

Ya más sereno bajó las escaleras. Su madre esperaba ansiosa en el umbral de la puerta, mas no salieron ni súplicas ni besos. Para torcer su camino recto precisaba algo más que esto...

Sin saber lo que quería, pero sabiendo concretamente cuanto aborreecía, emprendió aquel día, el aciago camino del destierro.

Con el petate acuestas alejose unas leguas de la aldea.

PLACIDO BRAVO

Decíamos ayer

Valor de la duda y del ser

La psicología y la conducta humana

V

El origen de todo conocimiento se halla en la curiosidad, coadyuvando, extraordinariamente, las **intuiciones** y el **saber dudar**. Constituyen dinamisismos psicológicos que al hombre —al de ciencia en particular— lo tienen siempre ocupado y preocupado, en permanente movimiento psíquico-mental, en constante actividad investigadora que le permite ampliar, sin cesar, el campo de la sabiduría.

De la **curiosidad**, del deseo de comprender y saber, ya hablemos, en el trabajo anterior, aunque brevemente. Ahora hablaremos de la importancia de las **intuiciones** y del **dudar** en la vida del ser humano y de la sociedad.

Según la experiencia psíquica la **intuición** es una especie de «iluminación» o explicación súbita que puede ser inventiva, sensible, estrictamente psicológica o superior con respecto a exactitud: de **evidencia**.

Sería prolijo referirnos a las mil y una de las intuiciones que se presentan en la vida cotidiana del sujeto, en el curso de las relaciones de toda clase y orden que mantiene con sus semejantes que lo rodean: en el hogar, en los trabajos, en los diversos centros de reunión, en fin: en todos los lugares donde, diariamente, se producen situaciones en las que la mujer, generalmente hablando, supera al hombre en capacidad **intuitiva** acertando, particularmente, al dar soluciones inmediatas a los problemas más importantes: los que tienen que ver con las buenas relaciones humanas, con la armonía familiar y social.

A ninguna persona ha de extrañar la superioridad de la mujer en el orden de los sentimientos humanos, porque por naturaleza es más **sensible**, **altruista** y **alterocéntrica** que el hombre. Es obvio que se sitúa más que éste en el centro de los problemas, de las preocupaciones, de los conflictos psicológicos «ajenos», haciéndoselos suyos, en grado mayor o menor, de acuerdo con la simpatía que le inspira el individuo, la familia o la colectividad afectada.

Los especializados en psicología profunda son los llamados a realizar la ardua tarea de explicar, científicamente, hasta el punto que sea posible, las condiciones ambientales, sociales y psicológicas que intervienen en la producción de la **intuición**, que la relacionen con la fisiología cerebral, las influencias psicofísicas, lo inconsciente, lo consciente y la conciencia. Nosotros diremos lo poco que sabemos al respecto. Más bien nos limitaremos a la sucinta y llana explicación de la **intuición** y de la **duda** que consideramos «creadoras», porque nos encaminan hacia la «creación» en los dominios de la

Tecnología, de la Ciencia, del Arte, de la Filosofía, etc.

Nada produce mayor contento al «espíritu» descubridor, «creador» o **constructivo**, en una palabra, que la aprehensión de la **intuición** que le hace ver lo maravilloso, inesperadamente, al estar peregrinando por extraños caminos de la **duda** o después de haberlos seguido, al parecer inútilmente, sin haber obtenido resultados positivos en sus estudios, investigaciones y experiencias.

Ningún esfuerzo se «pierde» totalmente en el Universo. Veamos algunos ejemplos: al músico afinado buscando la proporción entre los movimientos de dos tiempos diferentes sin conseguirlo a satisfacción pese a haber estado razonando hasta el cansancio y, súbitamente, la **intuición inventiva** le descubre el ritmo cabal de la melodía; el biólogo, el químico, el físico, el matemático, etc., en la **intuición sensible** encuentran el punto de partida de nuevos razonamientos sobre aspectos o partes del mundo material para los que no hallaban explicación lógica; por la **intuición psicológica** el psicólogo adquiere repentina **conciencia** de un sentimiento, de una emoción, descubriendo nuevos datos psicológicos concretos que le explican el por qué de las acciones y de la conducta global de un sujeto, conocimientos, en fin, que enriquecen y fortalecen el concepto Dinámica adoptado por la Psicología en nuestros días; el hombre dedicado a las ciencias llamadas exactas —el matemático, particularmente—, después de estudiar y analizar las más contrarias hipótesis, en busca de una verdad, sigue preocupado, sin atreverse a dar un juicio definitivo y, de pronto, gozoso, admite el que le ofrece, de forma certera, con singular exactitud y diaphanidad, la **intuición de evidencia**. Y ¡eureka!, por esta última **intuición** el pensador descubre el **exidente** y principal objetivo de la Filosofía en esta hora que vivimos, y para siempre en la Humanidad: coordinar los nuevos conocimientos, todas las ciencias que son fracciones de la Verdad Cósmica. Este último y fundamental aspecto del gran problema científico, tecnológico, social y humano lo dejamos para tratarlo, exclusivamente, más adelante.

Al limitarnos a hablar sobre las **intuiciones** no se interprete que las consideramos aparte del cuerpo —sería ridículo!—, ni que damos la razón a los interpretadores caprichosos del pensamiento de Bergson que defienden viejos y gastados puntos de vista metafísicos. El conocimiento **intuitivo** no es opuesto al conocimiento **racional**. El primero se manifiesta a mayor velocidad que el segundo; pero ambos nacen y se desarrollan en nuestro organismo, se ayudan y se complementan. A lo **intuido** sigue el encadenamiento de razones, de análisis y experiencias y en la síntesis se confunden formando

una sola cosa: el conocimiento completo, la idea o la nueva verdad científica, tecnológica, filosófica, moral, etcétera.

No nos tomen, pues, por religiosos, ni por «espiritualistas», ni por metafísicos de ninguna clase. Todo se halla en el hombre y en su medio. Y aquél vive y obra como unidad funcional, más o menos equilibrada, sirviéndose de experiencias internas y externas. Esto es tanto como decir que la **intuición** tampoco podemos desprenderla, absolutamente, de la inteligencia y del instinto o, en una palabra: del todo psicosomático. Pero en éste, del que brotan todas las **intuiciones**, hay lo heredado y lo **adquirido** en milenios de evolución física, de civilización y cultura, y todas las posibilidades materiales de adquirir mejor funcionamiento orgánico, nuevas tendencias, otros hábitos y nuevos **determinismos psicológicos**. Estos sí que existen gracias al **poder de decisión** del hombre y a su **voluntad** de adquirirlos. Uno lo sustituye por otro de acuerdo con el modo que quiere articular o estructurar su vida en medio de una nueva situación vital.

En el mundo de los inquietos que anhelamos superarnos, comprender y saber más, no cesamos de **dudar** y de preguntar: ¿Por qué la sociedad está organizada de forma injusta y no de manera racional y humana? ¿Por qué el individuo humano hace esto y no aquello que lo beneficiaría más? ¿Por qué...? Y los por qué nos hacen creer que el mayor caudal de **intuiciones** se debe al **saber dudar**. No es confuso el concepto. Consideramos que es preciso **aprender a dudar** sin temor. Las **dudas** de las personas, científicas o no, que piensan por sí mismas, sin dejarse encadenar e inmovilizar por ideas hechas, nunca fueron, ni son, generalmente hablando, caprichosas, infundadas, ni descabelladas.

No **dudar**, de forma cuerda y valerosa, significa cesar de meditar, de contrastar ideas y hechos, dejar de inquirir, anquilosarse, morir psíquica y mentalmente. El hombre no puede —ni debe!— resignarse a «vegetar», hasta el fin de sus días, en permanente error, por mantener un mal entendido «respeto» a tradiciones diversas, por ejemplo, que sin ningún miramiento acabaron con las que sustituyeron las cuales, a su vez, provocaron el derrumbe de otras tradiciones a hierro, sangre, y fuego y así, sucesivamente, retrogradando o involucionando en la historia humana. El «esto matará aquello» de Victor Hugo es salir de **dudas**, haber comprendido que la Verdad no se detendrá ante la Mentira: que la vencerá y eliminará por la dignidad y el bien del género humano.

De la **duda**, que es afán de entender y saber, con todos los factores y elementos concomitantes y coadyuvantes, «brota» la **intuición** que nos ilumina como de la nube parte el rayo que alumbra en la noche. No cesemos de **dudar**. ¡No nos detenga el temor a los errores! Pensemos que los aciertos son los deseables, los que buscamos, los que importan al «espíritu» científico y a la humanidad. La historia de la civilización y de la cultura nos enseña que las **dudas** sentidas y expresadas por mentes despiertas, sanas y sensatas acabaron, las más de las veces, dando paso a ideas constructivas.

¡Cuántas cabezas de varones generosos que **dudaron**, pensando, en el bien de sus semejantes, que expusieron brillantes, razonables y constructivas **intuiciones** fueron silenciadas, suprimidas —y lo son todavía— por las tradiciones autoritarias religiosas y políticas de su época! Pagaron con la vida el poner en **duda**, primero, y negar después el valor social, económico y cultural de aquéllas, por tacharlas de inmorales, de tiránicas y opuestas al bienestar y a la libertad de la mayoría de los miembros de nuestra especie.

Con sobrada razón se afirma que «la duda es el principio de la sabiduría». Y el que las religiones, en particular, continúan prohibiendo, terminantemente, **dudar** sobre la validez de una cualquiera de sus concepciones teológicas o doctrinarias significa proclamar, automáticamente, sin **duda** alguna, que continúan tomando partido por la ignorancia más supina. Se proyectan psicológicamente, ponen en **evidencia** que detestan todo el saber adquirido que pone al descubierto sus mentiras. Confiesan, paladinamente, que no resisten el estudio, la investigación y el análisis de la razón científica-humana que son, por consiguiente, falsas y opuestas, absolutamente, al Progreso que existe gracias a que los humanos evolucionados siguen **dudando** y desvaneciendo **dudas**.

El genio científico se caracteriza, precisamente, por no rechazar las **dudas** que lo asaltan, por dar rienda suelta a la imaginación que le ofrece, en el momento menos esperado, otros caminos científicos: repentinas percepciones, valiosas **intuiciones** con las que inicia nuevas estructuras científicas, tecnológicas, éticas, filosóficas. Cuando en un instante dado se atreve a dar un salto **intuitivo** —como Newton, Einstein— logra descubrir el nuevo principio, la nueva ley de la naturaleza, etc.

¡Aprendamos a **dudar**! ¡**Dúdese** siempre hasta salir de **dudas**!, proclama con firme y serena convicción el «espíritu» científico en oposición total con el «espíritu» religioso. Y los hombres de ciencia, consecuentes, admiten se **dude** hasta de sus propios inventos y descubrimientos. Por su parte los sometieron y los someten a todas las pruebas. A todos sus semejantes les piden que hagan lo mismo. Sólo después que resisten todos los análisis, todas las comprobaciones posibles, tienen la seguridad que han hecho verdaderos hallazgos, que han encontrado verdades que resplandecen por sí mismas a la vista de los hombres de todas las ideologías.

El hombre de ciencia mantiene siempre despierta la curiosidad y abierto el «espíritu» a la **duda**. Hagamos lo mismo; aprendamos de él. Entregado a la reflexión constante y a la atención **voluntaria** forma sólida tendencia retentiva de conocimientos que fortalece con el hábito correspondiente. Así fija fuertemente en la memoria lo que le conviene para recordarlo en el momento que lo precisa, y raramente se le escapa la **intuición** que a veces aparece, felizmente en el curso del desarrollo lógico de sus estudios, investigaciones y experimentos. No siempre tiene tal suerte. Pero en general con el ejercicio permanente de retener el individuo humano, sea o no científico, está más predispuesto a recibir o «atrapar» cualquier **intuición**. Por extraña

que parezca le da siempre importancia a **conciencia** que puede contribuir a aumentar uno de los más preciados tesoros del género humano: el Saber.

Citamos la **conciencia** porque de acuerdo con la teoría constructiva de la Psicología contemporánea, llamada Dinámica, entre aquella y la **inconciencia** no existe un límite exacto. Al admitir, por lo tanto, que la personalidad es dinámica reconocemos que en los procesos psicológicos participan lo inconsciente y lo consciente, las experiencias internas y las externas. Sin embargo no vamos a extendernos hablando del campo y del contenido de la **preconciencia** y de la **conciencia**, y de los grados en que la dividen fisiólogos y psicólogos. Si mencionamos la **conciencia** es por la relación que tiene o pueda considerarse que tenga —acertadamente o no—, en la situación psicológica de las **intuiciones** que planteamos.

Nosotros y todos los individuos observadores experimentamos, en momentos dados, que tenemos **conciencia** de algo que nos parece, de forma vaga, haberlo conocido antes. Desconcertados, inseguros, al quedar sin poder precisar cuándo, dónde y por qué se «esfuma» el débil indicio que nos hizo pensar, y acabamos aceptándolo como conocimiento completamente nuevo en todas sus partes. Fijado débilmente en el inconsciente quedó olvidado, como inexistente, al no haberlo utilizado ni dado importancia —o muy poca— al adquirirlo ayer. Pero hoy la experiencia interna lo vuelve a la **conciencia** del sujeto a tiempo de servirle de dato valioso o de advertencia, y al prestarle la atención debida, en circunstancias favorables a su desarrollo, lo lleva al éxito.

Lo poco que hemos expuesto sobre la **conciencia** y las experiencias de los procesos psicológicos inconscientes y conscientes es para llegar a la conclusión que no han de confundirse con las **intuiciones**. Tienen, a nuestro entender, cierta participación en la formación de éstas como la tienen los «factores» o elementos atmosféricos en el estallido del rayo. El contraste que acabamos de hacer entre lo psicológico y el medio físico parecerá desacertado a primera vista, pero consideramos expresar claramente lo que sigue: nos referimos, por una parte, a conocimientos bien o mal adquiridos y, por otra, a los que han de adquirirse, a lo que ocurre, inesperadamente, y puede ser —como la **intuición**— el principio de nuevas experiencias.

Las **intuiciones** aparecen repentinamente, sin interposición de la razón. Y hemos de aprehenderlas en seguida, sin vacilaciones, por absurdas que parezcan. De lo contrario huyen y desaparecen del mismo modo que se presentaron: fugazmente, y quizás para siempre. Se desvanecen tan velozmente como la luz de los relámpagos en la lejanía, sin poder descubrir sus huellas, sin lograr descifrar el mensaje que contenían.

Una intuición —o varias intuiciones— puede hacernos triunfar en una determinada actividad humana o, cuanto menos, servirnos de ayuda para alcanzar útiles, bellos y elevados niveles psicológicos; pero también podemos quedarnos sin aprehenderla por distracción u otras circunstancias im-

previstas, o no seguirla al ser aprehendida, desobediéndola, rechazándola.

Son tres, pues, los casos fundamentales que pueden presentarse al sujeto frente a la **intuición** que podemos denominarla estallido de la «psiquis» humana que despierta su mente para que «vea» y comprenda, de un golpe, la solución de un problema, la iniciación feliz de otro o se salve de una crítica situación vital formando, oportunamente otra situación más favorable al desarrollo de su existencia, globalmente considerada. Y el sujeto de carácter evolucionado, con personalidad recientemente progresista, libertario, revolucionario en toda la extensión y profundidad del concepto, al presentarse la **intuición** ha de atenderla al instante, sin demora, con radicalidad vital, con sabia prudencia y heroico valor humano.

Respecto al primer caso ya indicamos más arriba, someramente, cuán constructiva puede ser la acción inmediata, continuada, de aprehender y utilizar la **intuición**. En el segundo —no aprehendiéndola— se nos dirá que ni siquiera es posible colocarla en ningún orden de los dinamismos o de los niveles psicológicos. Reconocemos que, al respecto, caben la objeción y la **duda**. En efecto, de una impresión o «visión» **intuitiva** borrosa, que se desvanece en un santiamén, sin poder precisar detalles de su contorno ni de su contenido ¿cómo demostrar que existió y pueda ocupar un sitio en el estudio de los procesos mentales y psíquicos?

¿Pruebas «materiales» de **intuiciones** que se nos «escaparon»? ¿Cómo probar que existió una **intuición** que no aprehendimos? Nos dirán, irónicamente unos y seriamente otros, que está fuera de lo real, de lo comprobable. Pero ¿qué es lo real? Aplicada la pregunta a los procesos psicológicos y mentales podemos contestar: lo que tiene efecto, ocurre, se produce o **sentimos** también podamos o no explicarlo. De una «exhalación» del movimiento de energía, por veloz que sea, alguna huella queda, más o menos durable. Y en medio de una situación vital —o de varias situaciones «creada» por nosotros o por otros semejantes ¿quién no ha tenido alguna vez —muchas veces en su vida— la impresión, indefinible, que está perdiendo algo valioso en lo íntimo de su ser? Muchos son los individuos humanos normales que han pasado y pasan por extraños e inexplicables estados **sensibles**; pero pocos son los que se detienen a pensar, a preguntarse qué les pasa, por qué se sienten angustiados, buscando en sí mismos las respuestas, libres de prejuicios religiosos y metafísicos.

El no sé qué nos ocurre sin poder explicarnos qué lo produce y por qué, sometiéndonos a una instantánea tensión psicológica significa, seguramente, el esfuerzo tardío de nuestra naturaleza psíquica, inconsciente y consciente, por retener la **intuición** fugitiva que se «pierde» en nuestro **ser** psicosomático como el rayo desaparece en el seno del planeta Tierra o del Universo. Perdemos la oportunidad de aprovechar, inmediatamente, la energía **intuitiva**, de llevarla al campo de la **conciencia** y estudiarla.

Consideramos que el testimonio del paso por nuestro mundo **sensible** de la **intuición** perdida o

desaprovechada es esa especie de angustia psíquica-mental que experimentamos los «espíritus» inquietos en el instante más inesperado: estando abs-traidos buscando la perfección en un trabajo ma-nual, artístico o puramente intelectual; entregados a la observación y a la reflexión, completamente despreocupados, distraídos, o simplemente en ocio sereno, tranquilos, admirando las maravillas de la naturaleza o una plasticidad ejecutada por el hombre.

Dijimos que en más de un ocasión hemos senti-do que cierta idea que acabamos de aprehender nos parece que ya la conocimos, que no es la pri-mera vez que llega a la **conciencia**. Y nos lleva a considerar que una **intuición** «perdida» posiblemente repita su **presencia** con características parecidas, y hasta más definidas y claras, más completas y exactas, si vuelven a combinarse o a coincidir, con más madurez, las situaciones, circunstancias y con-diciones en general psíquicas-mentales que la for-maron primeramente.

Hemos hablado sobre el **ser o no aprehendida la intuición**. El tercer caso podemos concretarlo en el sujeto que en la disyuntiva de hacer esto o lo otro en un problema de carácter profundamente social, por ejemplo, decide adoptar la conducta que, de momento, más lo beneficia personalmente recha-zando el «dictado» de una **intuición** oportuna, tras-cendental, que aconsejaba el comportamiento que favorecería a todos o a la mayoría de sus semejan-tes incluyendo a sus afines en ideas y sentimientos que luchan, asimismo, por el bienestar colectivo.

En la vida social es muy común descubrir al su-jeto que, «víctima» de la educación egoísta y auto-ritaria que dan todos los Estados a los hombres, dominado por un egocentrismo bestial, excluye cualquier «revelación» **intuitiva** y buen razonar so-ciable, moral, sin importarle que ocasione conside-rables perjuicios a la colectividad.

Durante el curso de las revoluciones sociales son demasiados los sujetos que obran del modo preci-tado contrariando, en algunos casos, sus más ínti-mos pensamientos y sentimientos opuestos, esen-cialmente, a que continúe lo que se llama «vida normal» de los pueblos que es anormal e inmoral por la injusta distribución de los bienes, por las desigualdades económicas, sociales y culturales cau-santes de la lucha del hombre contra el hombre, de la guerra permanente entre los miembros de la especie humana. Al carecer de auténtico valor hu-mano para adoptar la conducta revolucionaria ex-trema que aconsejan las mismas circunstancias no se lanzan a realizar la experiencia social nueva,

la que **intuyen** posible en las situaciones vitales, decisivas, que viven. Prefieren ignorar lo **intuido** arredrados por los obstáculos a vencer y la magni-tud de los acontecimientos que, por el contrario, deben, siempre, agigantar el «espíritu» revolucio-nario constructivo.

Los revolucionarios no hemos de engañarnos ni engañar a los demás. En medio de una Revolución Social todos los puestos son importantes, y en to-dos pelagra la vida física de los que actúan como revolucionarios insobornables. Cada uno ha de ocu-par, pues, el lugar para el que tenemos **vocación**, **preparación** y el temperamento o **tendencia** natural adecuadas. Al menos ésta y la primera, y el mayor grado posible de la segunda. Sólo así podemos ser elementos verdaderamente eficaces, útiles y progre-sivos en el campo social. Y en éste al revolucionario íntegro —como al científico en el suyo— las **intuiciones** lo llevan a experimentar las más au-daces ideas pedagógicas, sociales, económicas, etc., de carácter antiautoritario.

Decidida y definitivamente: ha de ser norma de conducta revolucionaria libertaria —forjada con el dolor de millones de experiencias terribles e inne-gables sufridas por congéneres de todos los paí-ses— que el salto **intuitivo** hacia lo totalmente nue-vo se dé, sin vacilaciones, en todos los lugares que sea posible, cuando los revolucionarios contemos con suficientes fuerzas y lo reclamen los semejan-tes que nos rodean que anhelan, en un momento dado, empezar a vivir en un mundo mejor. Cuan-tos fueran débiles, sin dejar de ser idealistas, al-gún día lamentarian —como lo lamentaron otros— no haber experimentado lo inédito que tuvieron al alcance de sus manos, lo que sólo puede conquista-rse luchando, trabajando y experimentando apu-rando todas las posibilidades, aprovechando todas las situaciones sociales y psicológicas favorables.

Errores y fracasos «naturales» se cometen en cualquier actividad humana; pero superándolos sobre la marcha, adquiriendo más conocimientos y más experiencia es como se consigue el triunfo completo social, científico, filosófico, etc., pese a las oposiciones de todos los mezquinos intereses y de todas las fuerzas adversas a la Libertad y a la Equidad, a la Justicia Social.

Aprovechemos toda **duda** e **intuición** que tenga-mos par descubrir verdades y superarnos física, moral e intelectualmente. La razón humana, hu-manísima, las considera factores de valor inesti-mable que contribuyen al progreso general de la Humanidad.

Floreal Ocaña



Ciencia venenifica

HE boxeado más de una vez con las sabidurías y veneníferas o veneniferentes y veneniformes; es decir, portadoras, elaboradoras y eyaculadoras, a todo raudal, de mortales tóxicos. Venenificas las llamaron los latinos de la corintia falange, si no estuvieron comiendo barro en sus funerarias criptas.

Se escribe hoy derramadamente sobre inversinismo sexual. Pero nadie deshonor a las inteligencias invertidas; y que, como ramerías, se dan revolcones padre y a toda dura máter, en cuantos lechos impuros convierten en un lodazal el arbitrario poder y el corruptor dinero. Cuando no hay Mesalinas más descocadas y procaces, al servicio de su padrote respectivo, que las que se aluden; ni Ninón, que mantenga a su hombre, más lustroso, bien cirado y cebado, que ellas, hasta cuando las comen y las cosen las pulgas.

De mocaral, en ronda por los quince abrilés, me eché al colete el bloque de hormigón de «El hombre delincuente» de César Lombroso — o Lúmbroso, judío de cepa española, sin duda —; criminalista más de cámara y lunfardo, que fluórico. Raro es el penalista, que no sea penable con todos los peines de su absurda carda; y el penitenciarista, a quien no haya que penitenciar, por sayón y tusón, con la jaula por lo menos, que él receta al prójimo. Exceptuemos a Dorado Montero, al áureo Arenas de doña Concha, a Salillas y a Beccaria. Y no sé si a Sales y Ferré, y a alguna otra abeja de terneras telitas, que también picó en esta flor. Pero ¿qué decir de Garofalo, de Colajanni, de Ferri, de Lombroso y otros Padres de la misma Iglesia? Pues que parece mentira que sean compatriotas de Pietro Gori y Malatesta, como mínimo. De la mala testa y del tiesto de Mussolini, me parece muy natural.

En « Los Anarquistas » se despachó el Sisara, más que César, del Derecho Penal italiano patanamente, contra las más nobles criaturas de su tiempo y de todas las Eras, sin excluir la del Mico y el mono darwiniano. Ricardo Mella ya desmontó el montaje del champurrador de la ciencia mucama de ricos, frotándole el bigote contra su propia diarrea. Y espanta que no lo haya hecho Italia misma, que tan originales cuños ha dado a la numismática

del pensamiento y de la acción, en la social revuelta. El Apenino se ha ganado mucho más respeto de las conciencias libres por Bruto, por Espartaco, por Rienzi, por Masanielo, por Giordano Bruno, por Campanella, por Savonarola y por Caserio, que por Lombroso.

Lombroso se autoenaniza, subestimando escandalosamente al anarquismo y considerándolo, con mentalidad de pinche y lavador de escupideras lictorio, una epilepsia, un histerismo, una paranoia y una esquizofrenia; y, en sus portalábaros, poco menos que un hampa de la especie. Chisma este último de puesto de churros al aire libre, más que dictamen de sabiq, cuya vida no sea simplemente una historia de sueño, persecución de tobillerías, cigarro y bebidas de todos los colores del iris.

El distrófico y loco de herrar, digno de la camisa de fuerza y la ducha helada en pescuezo y riñones, es el que clasificando entre las ceneestias de lance al idealismo más generoso y los arcos de más tensión flechando al Bien Sumo, se expresa con una irresponsabilidad manicomial de procónsul romano en Siria, de mikado blanco en el Japón, de verdel brasilero o de senador negrófobo de Estados Unidos.

Había de informar la certidumbre a alguna de las truculencias que Lombroso recauda; y fuera menos sublevante que la ceguera con que el academismo oficialista, con dos

pataratas por lentes, enfoca lo humano heroico, confusionando adrede al miscuirlo con psicopatías y morales dolencias de cerebros de boira.

El calzorrón, que en bata de llamar a cagar moscas en su laboratorio, deja pasar impávido el disturbador torrente de las parrandas capitalistas y los mondongos estatales; y nos examina al microscopio, como a insectos o bacilos, a los que nos oponemos a esas farras, a érgias y hecatombes patrióticas, ¿qué número de años y un día de cadena temporal no se gana a pulso?

Lombroso mira a la Naturaleza con el ojo sin luz. Y, por eso, no le ve las jorobas con que la encamealla el privilegio. Y como esa criminología criminal son la mayor parte de las fisosofulerías y de las teologastrologías.

Le vendieron sus hierofantes el anca al Estado y a Mommón. Y es natural que éstos beneficien cotos mineros tan bien vallados, verdaderas Jaujas del negrerismo y el esclavismo. ¡Eh, profesor! ¡Cómo te hiede a ratón ahogado en aceite de lámpara, esa pobre animula que exhalas por el aliento! Diríase que cuando tus pulmones funcionan, no respiras, sino que, dando escape al gas de tus quilificaciones de changador, descongionas tus fondos y te drenas de auras por extraño fuelle.

SAMBLANCAT

«Héroes indios, la América toda os saluda con himnos de amor, y os ofrece por justo homenaje roto el cetro del cruel español. Y vosotros ¡oh, víctimas caras! que el cadalso del yugo libró, viendo el fruto de tal sacrificio descansad en la eterna mansión.»

Canción nacional de Venezuela, por
José María Salazar

Locura

Nueva versión de poemas relgianos

TENEMOS a la vista una nueva versión de poemas de Eugen Relgis, realizada por Pablo R. Troise, el mismo que el año pasado nos entregara «En un lugar de los Andes», del mismo autor. Este pequeño gran libro: («Locura y siete antifábulas», 32 págs., editorial Humanidad, Montevideo, 1961), bajo el título original rumano de «Sonetele Nebunie», tuvo tres primeras versiones, una en Yassy en 1914, y dos en Bucarest, en 1915 y 1926. Tiempos viejos, pensarán algunos. Y es cierto: pareciera que al hacer mención de los años de la primera guerra mundial y siguientes, recordásemos épocas muertas en el confín de los siglos como algo que más tiene que ver con la mitología y lo inusitado que con unos cuantos decenios atrás. Y es que ha corrido tantísima sangre, dolores tan inmensos, calamidades tan inconcebibles, bajo todos los puentes de la tierra, desde entonces, que dan ganas de diferir dicha época hacia la prehistoria misma, con la loable intención de olvidar lo que en la humanidad jamás debió ser. Porque todo fue para el mundo una locura jamás imaginada desde entonces, dada la monumental destrucción y mortandad operada como consecuencia de las guerras de exterminio, primera y segunda que, estupefacta, la humanidad ha debido soportar como consecuencia directa del germen de la violencia expandido sin cesar por los grupos político-estatales-militaristas, sobre los cuales se ha pretendido y se pretende sostener a todo trance, el armatoste del capitalismo basado en el privilegio de castas, razas, camarillas y clases; capitalismo negativo que se intenta camuflar, para mejor defenderlo, con «modernos» nombres que sólo cambian de forma, pero no el fondo de los hechos. Así vemos que se defiende, en el nombre del bienestar y el progreso, un «socialismo de Estado», por ejemplo, que no pasa de ser sino capitalismo privilegiado, elevado el cubo, más reacio a la justicia, la igualdad y la libertad que ningún otro habido en la historia.

Este estado plerórico de locura que la guerra del 14 inició en los anales planetarios, tiene su réplica más verídica en el poema VII de esta versión relgiana. Veámoslo:

«Está solo...

Es el último guerrero.

Cuando anoche se hace

— por sobre el horizonte enrojecido —
más negra la silueta atormentada
del que está vencedor sobre la tierra.

»Mira alrededor suyo — con ojos apagados —
ejércitos pudriéndose olvidados,
las ruinas de ciudades derrumbadas,
y las últimas hordas de vencidos.

»Se estremece..,

Y aprieta los ojos al jadear.

Huye...

Visiones lo espantan.

Se detiene.

Las sienas

le arden

y palpitan.

»Algo roe su mente,

y él levanta su frente desafiante,

y ríe con los brazos extendidos...»

(« La guerra », pág. 11)

Es una respuesta, sí, del silencio de la vida verdadera que palpita y clamorosamente condena y ajusticia, von la nada solitaria, al último de los vencedores de la guerra que ha quedado allí, envuelto en su desesperante locura irrisoria, como un monstruo que se ríe de su propia horrible fealdad moral y física. Pero lo que siempre sorprende en Relgis es su potencia original, multiplicada al contacto con los efluvios apestosos de la realidad sanguinaria y colectiva de la guerra que presiente siempre amenazadora por encima de las fronteras, como plaga mortal y total, contra la que todo esfuerzo combativo es poco, no en el sentido del lema « guerra a la guerra », sino de la paz elevada a las más altas cúspides imaginables y en el último de los extremos a la paz totalitaria, como la que nos presenta en ese cuadro que acabamos de transcribir, dentro del cual no hay cabida para explicaciones, ni observaciones de ninguna especie, sino para la decisión cierta, en uno u otro sentido, positivo o negativo: del cual nadie puede evadirse, porque en último extremo, nada se vislumbra más allá, se han alcanzado todos los límites y no hay salida posible, sino hacia el abismo, las tinieblas y la locura sin limitaciones. El militar, el violento autoritario, se ve de tal manera pintado, con tan extremada violencia de colores desolados que sólo a los enfermos incurables les pueden restar ánimos para continuar sosteniendo la necesidad del asesinato colectivo (la guerra), como solución a cualquiera de los posibles presentes o futuros problemas que a la humana sociedad se le presenten. Aquí es el espíritu en la paz más supremamente lograda, el que lucha totalitariamente contra la guerra total, empezando por las guerras parciales, por el artificializado « instinto » de la lucha entre hermanos, tan de moda en la actualidad. Y si este fondo humano — casi perfectamente humano — se desprende de esta excelente versión relgiana, no sorprende menos la forma, que, los años, las tormentas, los gustos cambiantes, las tragedias y las cosas de verdadera y multitudinaria locura que al correr de unos cuantos decenios han debido sufrir y superar, no han conseguido destruir y el poema — tanto éste como

todos los contenidos en el libro — como acorde de primera magnitud, continúa resonando en los sentidos de todo cuerpo y mente sanos, mucho tiempo después de acabada su melódica y ascensional lectura emocionante. Es el arte, tomado de la mano, firme y seguramente, y avanzando imparable, en compañía de la sensibilidad purificada por el esfuerzo creador que mira hacia arriba y al frente, con la inagotable esperanza, alimentada sin cesar por el amor que anhela poderosamente por resplandecer como luminosa antorcha, elevada sobre el borde mismo de la sima troglodítica. la humana felicidad.

Las siete antifábulas necesitan ser meditadas detenidamente y todo lo que se diga sobre ellas será poco. Representan un conjunto coral de belleza inmarcesible que posiblemente nunca haya sido presentado, de una manera tan original y acabada, en todas sus partes. Son « cosas » de animales, hasta el primero: « Relatividad », de donde transcribimos la siguiente estrofa (pág. 19):

«Cual coraza de crabe gigantesco,
se le hinchó el pecho en rojos resplandores.
Y en las caderas — grupas de elefante —
se le quebró la piel en surcos hondos.»

Las siguientes antifábulas se titulan : « El Elefante », « El Cuervo », « El Hipopótamo », « Las Jirafas », « Los Gatos » y « El Lince », por cuyos títulos el lector se dará cuenta del más aproximado contenido. Pero estas « antifábulas » de animales, nada tienen que envidiar a las mejores fábulas conocidas y nos atrevemos a decir sin titubeo alguno que las supera en preciosura, en fuerza cabal, en vigoroso alcance humanizado, en amplitud tonal, en valor escueto y positivo, en actualización de viejos temas expuestos de la manera más sencilla, al mismo tiempo que con un toque de la mayor enjundia poética que, al terminar, deja siempre sabor a poco, no obstante ser este poco tan completamente satisfactorio, al extremo de saciar y hacer sentir la necesidad del reposo meditativo, tendiente a una irreprimible elevación espiritual de quien haya sabido sentir y compenetrarse con la esencia vital de los versos que con tanto tino, simpatía y profundidad de sentimiento, Pablo R. Troise nos vierte en el hermoso idioma de Cervantes. Como siempre, resulta difícil elegir, al presentar unas estrofas de Eugen Relgis al lector acucioso; pero veamos el ritmo monumental y sorprendente de esa antifábula sonora que lleva por título « El Hipopótamo » (pág. 26):

«Cuando el día africano
muere y se inflama todo el Occidente,
y se siente que brota entre las nubes
el nuevo anochecer;
Cuando rezan los súbditos apenas,
despacio, murmurando;
cuando la brisa fresca y el misterio
de los ennegrecidos mausoleos
a través del desierto
se empiezan a extender,
sobre el Nilo amarillo

una extraña visión se ve pasar:
como en los viejos cuentos,
un deforme y oscuro paquidermo
con su boca pesada, comba, hinchada,
parecería remar.

»Sobre su lomo estriado
una mujer soberbia está tendida
en plena lasitud,
con reflejos bronceos
en su cuerpo desnudo.
Sus cabellos largos
caen como un manto,
resbalando en las ondas apacibles.
En sus ojos refulge
la fuerza cruel y virgen,
y su sonrisa desconoce el vano
drama humano...

»Grave y orguilloso flota el hipopótamo,
porque sobre él lleva
a la diosa sin nombre
de la naturaleza
que una vez cada año ha de dejar
los profundos embrujos de la selva,
para escuchar
cómo la glorifican en el Luxor
los ecos del tam-tam...»

La sencillez de estos versos no puede ser mayor y su contenido, siempre humanizado, más digno de ser imitado por ciertos bardos que pretenden conducirnos por los escabrosos terrenos de lo insensibilizado, sin sentido, absurdo y decadente, sin pensar jamás, al parecer, en la suprema responsabilidad que le cabe al poeta, cada vez que toma la pluma para hacer de su expresión una obra de arte que no se engarce con las fuerzas de la retrogradación y que, por el contrario, se aúne y se afine, sensibilizada al máximo, con los otros instrumentos del progreso moral humano, siempre prestos a romper una lanza en favor de la belleza vitalizadora, la del espíritu sostenido por lo material dominado y empujado hacia arriba, el infinito luminoso que rompe todos los diques, cuando el valor ha destruido el miedo que los artificialismos interesados van acumulando, sobre cada una y todas las capas sociales de que se compone el actual conglomerado humano, desde la más basta y reseca, hasta la más purificada y reverberante en el espíritu de los justo y acrático.

El espacio nos impide continuar analizando algunos otros aspectos de gran originalidad, contenidos en este libro de poemas de altura. Pero antes de poner punto final, nos es grato dejar una vez más constancia — ya dijimos más o menos lo mismo al ocuparnos de la versión de « En un lugar de Los Andes » — de la estrecha compenetración que entre Troise y Relgis, en el caso de estos poemas, se destaca, para bien de los lectores amantes de lo bello. Esperamos que esta unidad de sentimientos entre autor y traductor, se siga manteniendo, y, si posible fuera, amalgamando más aún, para que nuestro idioma se enriquezca, positivamente, con estas claras y edificantes versiones de los poemas de Eugen Relgis.

COSME PAULES

CERVANTINAS

EL cuento de Cervantes «Ganar amigos» cabe que esté inspirado en el suceso de Antonio Segura, hasta hoy no aclarado por ningún cervantista. Me fundo para decir esto en la trama «personal» que el cuento tiene (entre paréntesis, una joya), al extremo de ser el protagonista Miguel de Cervantes. Ocurre en Lisboa. Un embozado, de noche, empuja brutalmente a Miguel y éste viene al suelo. Súbito, enderézase y riñendo con el causante del atropello lo mata. Acelerada, vertiginosamente para todo. Envaina el vencedor la espada tinta en sangre y anda al azar con el ansia de ponerse a seguro. En una casa que parece de título entra. Doña Guiomar la dama que en ella habita, le recibe, oyendo el sincero relato de Miguel y su desmedido apuro. Algo le dicen las palabras atropelladas del hidalgo español a su corazón de madre. Como es, ante todo, mujer de prendas, se siente generosa con el extranjero, ocultándole en su propia morada, en un aposento de la sala misma donde la conversación se desliza. A poco, una sirviente trae la nueva de haber sido muerto en duelo el hijo de doña Guiomar y de la presencia de la justicia en la casa para registrarla, pues se han visto entrar en ella a un hombre, que debe ser el que buscan para llevarle preso. Escucha Miguel las manifestaciones de los cuadrilleros y las de la madre — alma grande transida de pena —, que hace honor a su palabra negando. Nada como el final de este cuento he leído grave y digna la madre, contrito y respetuoso el protagonista. Borradas las señales sangrientas de la espada, tras de recibir un más que regular puñado de oro, corre al puerto de Lisboa a embarcarse...

Si no esto mismo, algo parecido debió ocurrirle a *Zerbantes* — en sus tiempos la ortografía no obedecía a regas fjas — con Antonio Segura. Ya se sabe cómo disfrazaba los sucesos de su vida el autor del «Quijote». Curioso es lo que sobre el particular dice Asensio en «Cervantes y sus obras» «Cervantes, cuando se presentaba alguno de esos sucesos, los desfiguraba completamente, y basta para prueba recordar la historia del polaco en el capítulo sexto, libro tercero del «Persiles», en cuyo principio se encuentra narración del suceso de don Gaspar de Ezpeleta, pero con variaciones tales, que si el hecho no se supiera con todos los



por menores, se sospechase en él una alusión y se tomara la historia del polaco por autobiografía, se cometería el mayor de los errores». Morán no da detalles de lo que él llama «una falta de juventud», refiriéndose a Cervantes. He aquí, textualmente, lo que dice Henry Lyonnet en su libro «Les grandes vies aventureuses : Cervantès» : « Ici se pose un problème. Ce ne sera pas le dernier dans la vie compliquée de Cervantes. Vers le milieu du XIX siècle un fureteur découvrit dans les Archives de Simancas une pièce bien curieuse dont nous parlerons ici sous toutes réserves : c'est un ordre d'arrestation lancé à la suite d'un jugement par contumace, en date du 15 septembre 1569, contre un Miguel de *Cervantes*, condamné à dix ans d'exil et à avoir le poing coupe par blessures faites à Antonio de Sigura « andante en esa Corte », c'est-à-dire) un personnage suivant la Cour ou) un officier au service du souverain... »

Para cuando este hecho sucede, posiblemente estuviese concertado ya el viaje de Miguel a Roma como criado del cardenal Aquaviva. Cervantes tenía un protector en su maestro el P. López de Hoyos, a su vez protegido de don Diego de Espinosa, nada menos que presidente del Consejo de Castilla, inquisidor mayor, etc., etc., ¿Antes de partir Cervantes de Madrid acompañando al cardenal Julio Aquaviva tuvo el P. López de Hoyos conocimiento del suceso? La ilusión de Miguel a los 21 años, como la de

tantos otros jóvenes, se cifraba en ver mundo, máxime viniéndole estrecho familiar, en cuya casa la mo-hina contaba más que la harina. No menos influiría en el ánimo de Cervantes el miedo a la cárcel desde que su padre, por mal pagador, estuvo preso. Al ocurrir lo de Segura, el amigo de más confianza de los Cervantes era un tal Getino de Guzmán, alguacil menos presuntuoso que el guardia de Zaragoza apellidado Valiente y, por ende, menos chinche. Corría este modesto funcionario, Getino, con el ornato público en días señalados en que era obligado exornar las calles de la Villa y Corte con arcos y otras majestades igualmente llamativas, como ocurrió una de las veces a propósito del parto de la reina. «Probable es — dice Navarro Ledesma — que Miguel compusiera algunos de los versos que adornaron los arcos alzados en 1567 por el feliz alumbramiento de la reina; cas. seguro que acompañó a Getino de Guzmán, su buen amigo, en todo el atareo de holgorios y diversiones oficiales con que andaba siempre afaenado ». Probable es también que Cervantes, a la hora de las expansiones, se decidiese a poner al alguacil en antecedentes de su lance con Antonio de Segura... siempre y cuando el suceso, por lo que a Cervantes atañe, no sea una fantasía. A Madrid volvió tras la cautividad, a los seis años o cosa así de ocurrir lo de Segura, tiempo en que ningún delito prescribe, y *Zerbantes* había sido condenado por rebeldía, por cierto bárbaramente. ¿Era este *Zerbantes* el Cervantes que viene de Cervayo, el autor del «Quijote», sí o no?

Juan Ruiz de Alarcón se inspiró en el cuento de Cervantes «Ganar amigos» para escribir una de sus mejores obras teatrales que lleva el mismo título. Por cierto que no son pocos los que han atribuido al autor de « Al desdén con el desdén » la segunda parte falsa del «Quijote» sacada a luz por un tal Avellaneda, siendo esto tan falso y estando tan fuera de lugar que cae por sí solo de su peso.

PUYOL

«Manchados de concusión
muchos se lavan ufanos
como Pilatos las manos
sin lavarse el corazón,
y al hacer la espoliación
se escudan con la ordenanza.
!Buena va la danza!»

F. Acuña

Evocación de Santiago Rusiñol en el «Cau Ferrat»

SANTIAGO RUSIÑOL, cuya personalidad representa toda una época, nació en Barcelona el día 25 de febrero de 1861, efemérides que fue debidamente celebrada en el ambiente cultural español y a la cual deseamos sumarnos, algo tardíamente, con estas disquisiciones dictadas en su memoria y homenaje. Este gran patriarca de las artes plásticas y de las letras catalanas e hispánicas perteneció a una generación gloriosa de hombres barbudos y jocosos, tales como Pompeyo Gener, Anglada Camarasa, Juan Maragall y Ramón Casas... por no citar más, los cuales, como mediterráneos de preclara estirpe, vestían sus trascendentales pensamientos con gayos y líricos ropajes ungidos por la sal ática.

Nacido en el medio profundamente burgués de los industriales catalanes del pasado siglo, en plena juventud se evadió del mismo para volar por el área espiritual de las artes. A más de una clara inteligencia y un ingenio agudísimo, poseía un gran corazón y un delicado temperamento de poeta. Fue pintor, novelista y dramaturgo de alcurnia y, además, el rey de la bohemia dorada de su época; sus andanzas por París y por los caminos de su Cataluña, en compañía de Casas y de Utrillo — triunvirato de la eutrapelia —, tripulando carros, tartanas o carrromatos-roulotes, pueden llenar las páginas de más de un libro. Su porte era señorial, aunque nada efectado: la hermosa cabeza de Sileno con barbas floridas, tocábase con un chambergo peculiar y emergía de su boca la insoslayable pipa.

Este impenitente viajero ancló en las luminosas arenas de la villa de Sitges y, una vez en el ámbito de la impoluta, dióse a buscar una casa donde albergar sus recuerdos, sobre todo la espléndida colección de hierros forjados, recogidos afanosamente en sus peregrinaciones vernáculas. Por fin halló una deshabitada, pero los vecinos dijeronle que era « propiedad de Nuestro Señor Jesucristo »; su buen sentido llevóle a la residencia del obispo de la diócesis, el cual se la vendió por la inverosímil cantidad de mil pesetas. Ya suya, adquirió también la casa contigua, y derribando unos tabiques, levantando otros, guiado por el buen gusto y por la extensa cultura que le

eran propios, construyó el « Cau Ferrat », ese palacete mediterráneo, museo de las artes decorativas catalanas, que es, en su conjunto, un monumento permanente a su creador.

Cuando por calles estrechas y blancas se llega a la plazoleta que precede a la entrada del Cau, nos inclinamos reverentes frente a la bronceína cabeza del maestro que, sobre un elevado plinto, parece contemplarnos con su indulgente sonrisa y, al volvernos, descubrimos la fachada de la mansión, cuya albura contrasta con los dorados sillares de las ventanas ojivales que la enriquecen. Antes de penetrar en lo que hoy es un museo propiedad de la comunidad de Sitges, pensamos que fue la casa de Santiago Rusiñol y que todo cuanto guardan sus muros nos habla de sus gustos, de sus pensamientos y de sus amores.

Un arco apuntado y otro rebajado dividen el espacio de la planta baja en tres sectores; el último con balcones que dan al cielo y al mar, por donde, al abrir las vidrieras, llega el fragor de las olas que rompen en los cantiles donde se asenta la casa. Allí está el rincón íntimo, presidido por el piano, donde tantas veces reunióse con sus amigos para escuchar música, o la lectura de poemas u obras dramáticas...; el recoleto comedor de mobilia-

rio popular, así como también la encalada y cenobítica alcoba, con su cama de madera pintada, barroca; las litografías rústicas y cornucopias dieciochescas por las paredes.

Sobre mesas y poyos, cántaros, aguamaniles, ánforas, « pichers », que lanzan policromos reflejos; los zócalos, forrados con azulejos catalanes, y los paneles cuajados de fotografías, dibujos, pinturas diversas y copias de Velázquez y de El Greco, sobre los cuales siguen destelleando los platos, cuencos, pilas de agua bendita, bacías y otros objetos cerámicos de Manises, Alcora, Talavera, Teruel... y de algunos estilos italianos, simétricamente ordenados junto a los frisos o las arquerías. Y, armonizando con los muebles robustos, de líneas sobrias y tradicionales, de índole popular, se ven, por doquier, la copiosa y selecta colección de hierros repujados y forjados, cruces, candiles, faroles, atriles, arañas, candelabros, braseros, aldabones, etcétera, etc. Si, a todo esto, sumamos las piezas procedentes de los yaci-



mientos arqueológicos de Ampurias y de Ibiza, tendremos una idea de los valiosos fondos de esta entidad.

La segunda planta es un vasto salón de traza gótica, dividido por un intercolumnio de arcos apuntados en partes desiguales, encima del cual se abre una serie de ventanas envidriadas: los muros, decorados con ornamentaciones « modernistas » seudogóticas, contienen obras pictóricas de carácter vario. Señalemos, en primer lugar, los dos cuadros de El Greco: « Magdalena » y « Las lágrimas de San Pedro », adquiridos por don Santiago cuando el maestro candiota era poco más que desconocido en nuestro país, al principio del siglo actual, después de haber sido famoso en la XVI y XVII centurias. Estos cuadros fueron llevados al « Cau Ferrat » encabezando una procecion cívica que presidieron las autoridades locales de Sitges y el propio Rusiñol. Poco después elevóse un monumento a El Greco, patrocinado por Utrillo, Casas y aquél. No recordamos obras antiguas dignas de mención, aunque sí modernas: algunos dibujos de aquel imponderable ilustrador que se llamara Urrabieta Vierge; un bello estudio en grises del excepcional pintor impresionista Darío de Regoyos; dibujos de la primera época parisiense de Pablo Ruiz Picasso, tan relacionado con el arte de Toulouse Lautrec; pinturas de Ramón Pichot que recuerdan las de Picasso, de la época mencionada; otras de Mas y Fontdevila, excelente pintor desconocido en nuestras latitudes; varias de Pablo Uranga, gran pintor vizcaíno, ignorado en general, y un cuadro bastante grande de su paisano, el vigoroso Ignacio Zuloaga, titulado «La partición del vino», bien compuesto y pintado, con la técnica lisa y simple de su primera época.

Merece mención aparte el «Retrato de Suzane Valadon», pintado por Miguel Utrillo, aquel esuiritu superior que fue uno de los más grandes críticos de arte habidos en España. Dedicado a la ingeniería en sus mocedades, fue luego pintor, y un profundo conocedor de las artes plásticas; siempre inquieto, ávido de conocimientos y realizador de empresas estéticas memorables. No está de más señalar aquí el rasgo de alta espiritualidad y filantropía que significa el hecho de otorgar su apellido al hijo de la retratada, habido de otro ciudadano que rehusó cumplir con sus deberes: aquel niño fue Maurice Utrillo, el pintor de Montmartre más famoso en nuestros días.

Es importante la presencia de Ramón Casas en el « Cau Ferrat ». Un retrato de Rusiñol dibujado por aquél preside la casa: a sus pies, sobre una mesita y en copa de cristal, hay siempre frescas flores que aroman el aire en su memoria. Son por demás graciosas y dotados de esencias populares los dibujos con que don Ramón ilustrara « L'auca del signor Esteve », rusiñolesca, y no resulta menos divertida la gran caricatura, pintada al óleo por él mismo, en la que se ve a Rusiñol encaramado en una araña en hierro forjado que pende de un alto plafón. Entre sus obras de pintura destaca un desnudo de mujer, tendida en el suelo, en el cual Ramón Casas hace gala

de sus considerables dotes de dibujante, de exquisito colorista y de aquella técnica simple, algo plana y velazqueña, que le eleva sobre muchos de los maestros contemporáneos.

También, del mismo Santiago Rusiñol, pueden verse numerosas obras; entre ellas una copiosa colección de dibujos, realizados en muy diversos ambientes y parajes, y por los más variados procedimientos; éstos, por la seguridad de su línea y el concepto, recuerdan los de Ergar Degas, que es cuanto puede decirse sobre su excelencia. Extraña al visitante no ver casi ningún cuadro sobre el tema favorito de los jardines, pero en compensación puede conocer su personalidad como pintor de figuras y de composiciones. Vemos, por ejemplo, el retrato de F. Camps, el del maestro Nicolás y el de una niña, de ejecución libre y viril, color cálido, realista y de entonación justa; las composiciones que titula « Los morfínomanos » y « Casa de préstamos », dotadas de la intención social y moralizante característica de la época, por su técnica, cromatismo e intención espacial, se alinean, sin confundirse, con la producción de Ramón Casas. Pero la pintura del maestro del «Cau Ferrat» más impresionante es « El mistic », tramsunto plástico, quizá de su obra dramática y que según se dice, está inspirada en la vocación del gran poeta Jacinto Verdaguier; representa este lienzo un joven religioso, dominado por el arrobamiento, a los pies de Cristo crucificado; está pintado con notable vigor y justeza cromática.

Existe en el Cau cierta obra singular, verdaderamente única, porque fue pintada con simultaneidad por Casas y Rusiñol, estando en ella representados los dos maestros, según explica el mismo don Santiago: « Primero me pintó él (Casas) a mí, pintándole a él; luego le pinté a él, pintándome a mí ». Y, efectivamente, allí están los dos, en la misma tela, instalados en sendas sillitas y en la calle de un pueblo, dedicados a su tarea. Lo más curioso es la gran unidad de estilo que presenta este testimonio emocional de una solidaridad y de una amistad fraterna entre aquellos dos grandes artistas.

Hubo un tiempo que cierto millonario norteamericano, mister Deering, quiso adquirir el «Cau Ferrat», siendo, como es presumible, infructuosas sus gestiones; entonces, guiado por los sabios y expertos consejos de Miguel Utrillo, construyó frente al Cau una suntuosa residencia que tituló « Mar i Cel » y, en su interior, instaló también otro museo, el cual pertenece también a la Comunidad de Sitges por cesión graciosa de su creador.

Transcurrieron los años del maestro Rusiñol, entregado a sus fecundas empresas literarias y pictóricas; los achaques acompañaron los días y fueron minando la salud mientras recorría los caminos de España para pintar los más bellos jardines. Había cumplido setenta años cuando llegó a Aranjuez en plena primavera; y, en los primeros días del mes de junio de 1931, pintaba en los jardines un paraje llamado « Florera de Primavera ».

Cuentan que, antes de iniciar la tarea, perma-

CARTAS AL AMIGO

ESTOY un tantico abrumado con tu última carta, lo confieso. Yo me había atrevido en una de las mías a hacer una cita de Proudhon, cosa que no acostumbro, y tú me replicas copiando párrafos largos y enteros de autores considerados como precursores del anarquismo. Estoy abrumado, te lo confieso. Y no por lo transcrito, a lo cual podría oponerle serios reparos, sino por ti, que me has dado la sensación de hallarte en el vacío, por lo cual te has visto obligado a agarrarte a cuantos salientes has encontrado en tu camino.

No, querido amigo, no hagas citas de autores en tus cartas si estas citas han de servir para reforzar tu pensamiento o para ahorrarte el trabajo de pensar. Como tú debes ser siempre tú, ese que tú puedes y debes ser no ahorra nada cuando le copia a otro lo que pensó, porque, al contrario, por no hacer funcionar tu cerebro, lo anquilosas, lo oxidas, puesto que le detienes y paralizas.

Escribir es parir, y no pare más que el que estuvo en estado de preñez, que es tanto como estar en plenitud. Tú debes esforzarte constantemente en mantenerlo pleno para poder dar a luz en cualquier momento un pensamiento tuyo, propio, nacido de ti mismo, amasado en tu propio cerebro, recibiendo el riego de tu propia sangre. Entonces ese pensamiento olerá a ti, llevará tu inconfundible sello, será tu obra además de ser tú transformado en belleza, no necesitando ser ya respaldado por ningún muerto, que quién sabe cómo pensaría si viviera ahora, ni por ningún vivo que mira a la humanidad con ojos diferentes a los tuyos. Dame, pues, cuando me escribas, tu pensamiento, ese pensamiento, creación tuya, que debe salir de tu laboratorio cerebral humedecido

necía sentado y absorto durante mucho tiempo contemplando el celaje, la fronda lozana y las flores de esmaltado color. Una mañana el caballete, con su lienzo, permaneció solitario, porque don Santiago no pudo abandonar el lecho. Habitaba en un modesto hotel de la villa de Aranjuez; la alcoba era vulgar, anodina, y la cama de las fabricadas en serie, sin estilo. Allí exhaló su último suspiro aquel sensible artista, asistido por el amor de su esposa, que pintaba también, y el filial afecto del mecánico que conducía el coche.

Fue el sábado, día 13 de junio del mencionado año. Pedro de Répide publicó, en esta ocasión, en las columnas de un diario madrileño de la mañana, las siguientes palabras, a guisa de epitafio: «Poeta, ha muerto cuando el fin de la Primavera hace estallar sus rosas en ofrenda vernal. Pintor de los mirtos, merece que una rama de ellos acaricie su frente, que ya tiene un frío de mármol y un resplandor de eternidad».

José MANAUT VIGLIETTI

con todas las savias que en ti circulan vivificándote, pensamiento que tú hayas forjado paciente y aun dolorosamente, que así se pare, llevando en su trama todas tus esencias: tu sonido, tu elegancia, tu alegría, tu exquisitez.

Los eruditos, amigo mío, son imitadores, copiadores, seguidores, hombres que necesitan muletas para hacer funcionar su cerebro, seres que esperan que otros les hablen al oído, escolares que aprendieron la lección de memoria, y tú no puedes engrosar el círculo de la mera erudición porque tienes un magnífico cerebro capaz de producir pensamientos de luz. Cuando un hombre, o un pueblo, se vuelve erudito es porque se halla muerto para la creación, conformándose con rumiarse el viejo como si el pensamiento pretérito o muerto debiera gobernar o dar luz a los cerebros presentes o con vida.

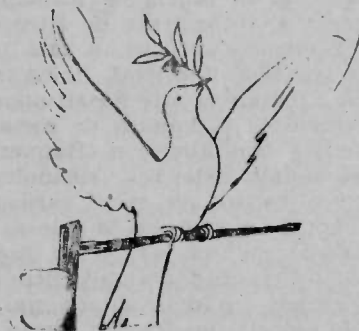
Los eruditos llegan a académicos, que es la suprema aspiración del que vive copiando; los creadores impulsan a la humanidad aunque en su caca no lleven bordadas las palmas reales con que los premió la estulta vanidad.

El erudito sólo busca la frase, que puede ser refulbrona, no el hecho que es luz. Por eso vive de espaldas a la vida tratando de hallar entre los muertos la solución a problemas actuales que él no se halla capacitado para resolver. Los muertos, los que ya se fueron, perdieron cuanto tenían en el combate de la vida, y como el combate continúa cambiando constantemente de lugar y arrojando en fiereza, debemos ser los vivos los que resolvemos nuestra propia manera de vivir, no viendo del legado que los muertos nos dejaron.

Por eso, mirar a nuestro alrededor para ver y sentir en nosotros el sufrimiento y la alegría de los hombres es más fecundo que escarbar en los textos para que nos digan nuestros abuelos cómo debemos secar las lágrimas de un niño que llora.

Perdóname que haya usado de una brusquedad no acostumbrada; pero es que yo deseo que seas tú, ¡siempre tú!, hasta cuando te equivocas al formular tu juicio.

MIGUEL JIMENEZ IGUALADA



España necesita...

Acción y cultura

CLAROSCURO en el espacio. Claridad al infinito. Lustre impreso. Perlado centro de maravilla. Esplendor bello y sutil, que se agranda. Chispear al fondo. Aurea de atracción. Luz viva y cnispeante, alta y siempre a lo lejos. Fuego sublime. Punto intenso, radiante y resplandeciente. Es la estrella, lo grato, la gracia que atiende y que sugestiona. Es el norte que anima, la fuerza que impele e informa voluntad y vida a las colectividades del progreso. Coraje, esfuerzo, sacrificio y renovación. Duro batallar el de los núcleos de avanzada, en las épocas idas, en todas las circunstancias, en accidente de dificultades. Lucha abnegada y encendida, desigual y entre vicisitudes, apelando, uniendo, reagrupando y sobreponiéndose, con tesón, fe y esperanza, ante los mil obstáculos opuestos, continua e inexorablemente, por los intereses creados y las potencias de la reacción. Los impedimentos e inconvenientes y la perseguida y atormentada obra de los poderes impelieron, en los momentos difíciles y amargos, y especialmente en los primeros tiempos, al estado y modo de las sociedades secretas. Esta particularidad, producto de la crueldad de las situaciones tomó vuelos y llegó a imprimir el sentido de la preferencia e inclinación limitativa, ora egolátrica, otrora más o menos excesiva y excluyente. Empero, como las debilidades y las defeciones son de todos los medios, el luchador abrió sus miras, en tanto siguió cultivando el espíritu noble de la afirmación ideal. Al último, en el Movimiento objetivista, de la idealidad inacabada e inacabable, del ideal más allá del ideal, la Juventud presenta un alto entusiasmo ideológico, un gran espíritu de amplitud y un fuerte afán proletario, prendas que le dan relieve, soltura y eficacia y que, en fin, la hacen enteramente simpática en la consideración general.

Las Juventudes Libertarias han mostrado una buena y digna predilección por los Ateneos enciclopédicos. Es natural. Los militantes avezados, tesoneros y aguerridos, obligados por las cuestiones sindicales y preocupados por los graves problemas de la vida y de las circunstancias, no emprendieron ni desarrollaron una organización a base de los Ateneos difusores y educativos. Es, no obstante, un edificio que se hace necesario levantar en toda situación orgánica de predios o círculos culturales.

Hubo un tiempo en que los idealistas notorios se consagraron a la fundación de escuelas modernas, raíblemente racionalistas, en provecho particular de la infancia y de la juventud. En seguida,

muy presto, comprendieron que se hacía imprescindible un material propio y adecuado. Cuando los sistemas pedagógicos han progresado hasta adoptar el cinematógrafo, la imprenta, la fotografía y la radio, se hace necesario unir las posibilidades para más, de la edición de los buenos libros y de la adquisición del instrumental a propósito y acomodado al entretenimiento, a la atención, al estímulo y a la enseñanza racional. Si el Ateneo ha sido útil para la escuela, la organización de esta base se presenta lógicamente beneficiosa para los medios y materiales de la misma. Pero hay otra razón que abona al complemento orgánico de los Ateneos, la de los vehículos de la propaganda. Un semanario de exposición esencial apenas puede vivir de sus propios recursos. El precio de venta se halla extremadamente ajustado a su presupuesto de gastos. En cambio, la pequeña publicación es más afortunada materialmente y goza, por lo regular, del favor del público. Un folleto, como la simple novela, resulta, por lo común, en cuanto al papel, un periódico doblado. Si el periódico tiene cabeceras y títulos, el folleto tiene márgenes en sus páginas. La composición viene a ser de la misma cantidad. Sólo suele diferir por las cubiertas. Y por tal diferencia, triplica y más, su precio de venta. Es a esta clase de ediciones, siempre con coste de adquisición de cara a superávit, que generalmente se dedican algunos elementos. Esto hace pensar, a las veces y a algunas personas, en la leyenda bíblica de los mercaderes del templo. Sin embargo, tales menesteres de publicidad son buenos como contribución al saber y a la propaganda. Sólo desmerece, claro está, cuando concurre la circunstancia de una determinada influenciación o trabajo por detener la publicación netamente orgánica, o bien porque interesa una semificiosa y el correspondiente anuncio en la prensa. La organización, con extensos propósitos, no debe limitarse al periódico, que si pobre de ingresos, es siempre un gran medio de publicidad. Quiere decirse, claro es, que ella puede emprender la edición del folleto, la revista y el libro, coordinando los aportes. Al menos ampliar en todo lo posible esta clase de propaganda. El cuerpo de organización es conveniente de cara al fomento de la superación del individuo, de manera que no pueda ser víctima de caudillajes y liderismos y de forma que se haga un buen militante y una personalidad inteligente y fuerte, completamente apta, delante de los problemas y de los azares de la lucha y de la vida. Y ella debe ser para decidir al simpatizante, para estimular el vigor de los jóvenes de ambos sexos, para relacionar afinidades para, en toda la medida, exten-

Cárceles de España

por Charles d'Ydevalle

CARCEL DE TORRIJOS de Madrid. Frecuentemente, en la cámara de torturas el verdugo exageraba un poco. Los acusados volvían a la celda trastornados, la mirada convulsa, el cuerpo tumefacto, y desplomábanse sobre el suelo. Una noche, un hombre de 22 años regresó al calabozo completamente desecho. Había, simplemente, sufrido la prueba de la silla eléctrica y el verdugo, distraidamente, aplicó la corriente en su grado máximo. El suplicado moría loco dos semanas después.

La sola habilidad del régimen de la Cárcel Modelo de Barcelona consistía en la discreción frente a la muerte, el último paso hacia el «pudridero». Los reclusos extranjeros apercebían a los condenados, seguían sus movimientos, recogían su última sonrisa, pero no les veían morir. El jergón y los residuos, montón informe en el umbral de la puerta, testimoniaban el crimen cometido. Sin duda Ramírez, el «brujo de ébano», el «hombre de las negras medianoches» se acomodaría los lentes para hacer el inventario de los objetos. Este era el signo humano acreditador de la catástrofe. Aparte esto, los condenados vivían, la mayor parte, sin esperanza, pero con verdadero encarnizamiento. Yo he conocido algunos de ellos que sabiendo apenas leer se ejercitaban desesperadamente en el conocimiento de las letras. Por la noche,

der y acrecentar los recursos de toda índole, las propuestas y las acciones positivas.

Así, cabe esperarse que los Ateneos Culturales Libertarios, de tipo local, se enlacen en Uniones Ateneístas (de comarca), con sus Comités Comarcales. Estas en Federaciones A. (de región), con sus respectivos Comités Regionales. Pero con el anejo de secciones por actividades parciales, y las comisiones correspondientes. Y éstas últimas con el broche de oro de una Confederación A. Ibérica, con su propio Comité Informativo. Mas el anexo de las Parciales Agrupaciones Instructiva, Juvenil, Práctica, Estudiantil, Técnica, Literaria, Artística, Deportiva y Sociológica, y sus Comisiones relacionadoras pertinentes. Hay mucho que puede hacerse. Y hay muchísimo por hacer.

De otro lado de consideraciones, a veces se habla de la organización de los sindicatos en el sentido de tomar en sus manos lo relativo a la producción. Por su parte, la organización de los ateneos libres, con los medios de la cultura, puede representar un factor importantísimo para que la comunidad entera brille y florezca en el camino del progreso, por las esencias ideales y por las galas de la civilización.

MIGUEL JIMENEZ

durante el concierto, cuando todas las puertas permanecían abiertas haciendo posible la observancia de todos sus movimientos, yo contemplaba a uno, cada día, cómo leía en voz alta, articulando fuerte, las cejas fruncidas y cabeceando animadamente. Era un hombre joven, de buena estampa. El aprendía a leer, este niño grande, apasionadamente; de pie, apoyado en la pared, envuelto en un fajo de luz. Sólo disponía de unos días, de unas horas quizás. Rápido, él leía, él trataba de saber leer correctamente antes de cerrar los ojos para siempre.

Yo he visto a los condenados a muerte trabajar y divertirse, pero jamás los he visto llorar ni rezar. La misa del domingo era para ellos una obligación fastidiosa.

El clarín anunció la entrada del oficiante. Desde la puerta de mi celda yo asistía a la ceremonia de la misa, tal un aldeano contemplando una fiesta popular sirviéndose de unos gemelos. La orquesta ejecutó de pronto los himnos nacionales. El cura montó el altar precedido de dos prisioneros muy bien vestidos, usando cuello doblado y corbata, afectando un aire de honorables burgueses, cual mayordomos de parroquia. Esta escena sorprendía por su novedad. En ese mundo de andrajosos o de soldados de desecho, era curioso ver a dos ceremoniosos notables, usando americana negra y guantes de un gris sombrío. Ambos estaban condenados a treinta años de cárcel, lo que la asistencia encontraba unánimemente odioso.

Bruscamente en mitad de un himno la música se detuvo en seco. Al pie del altar el cura hizo un gran signo de la cruz, en tanto la campanilla se agitaba dulcemente. Ahí la orquesta ahora dejaba sentir unos pedazos de liturgia clásica que algunos presos extranjeros acompañaban con un murmullo de «Introito ad altare Dei».

Y era desolador ver cómo ni un solo español los imitaba...

Durante las horas de misa no se solían producir incidentes. Pero en cierta ocasión un condenado a muerte, pretextando estar indispuerto, consiguió permanecer en su celda. Cuando sus camaradas regresaron, después del «Bendicamos Domino», lo encontraron muerto. Se había suicidado por estrangulación. Para ello tuvo necesidad de un coraje inaudito, puesto que los barrotes de la ventana habían sido quitados para impedir que los reos se ahorcaran...

tífica del mundo no es menos estética que la concepción falsa de los antiguos. La idea filosófica de la evolución universal es vecina de esta otra idea que constituye el fondo de la poesía : vida universal. El *firmamento* mismo no es ya firme e inmutable : se mueve, vive. En el infinito, en los cielos en apariencia inmóviles, suceden dramas análogos al drama de la vida sobre la superficie de nuestra globo. En el inmenso globo. En el inmenso bosque de los astros, dice el astrónomo Jansen, se encuentra la bellota que germina, el árbol adulto, o la traza negra que deja la vieja encina. Las estrellas tienen su edad; las blancas y las azules, como Sirio, son jóvenes, en pleno resplandor y en plena fusión; las rojizas, Arturo o Antares, son vie-

jas, en camino de extinguirse, como una forja que del blanco pasa al rojo. La evolución está en el infinito. Al mostrárnosla en todas partes, la ciencia no hace sino reemplazar la belleza relativa de las antiguas concepciones por una belleza nueva, más aproximada a la verdad final, a lo que los astrónomos llaman el ciclo absoluto. Pero es sobre todo en la filosofía donde hay siempre un fondo poético, precisamente porque permanece siempre fuera del alcance de la ciencia : el misterio eterno y universal, que reaparece siempre al fin, envolviendo nuestra pequeña luz de su noche. La conciencia de nuestra ignorancia, que es uno de los resultados de la filosofía más alta, será siempre uno de los sentimientos inspiradores de la poesía.

★

Según Núñez de Arce



La poesía es seguramente la más alta revelación del arte y sin embargo es más pobre y menos libre en sus manifestaciones externas. Aventaja a la escultura en la severidad y firmeza de las líneas; la pintura, en la expresión y colorido; la música en la armonía y vaguedad del sentimiento; pero en cambio supera a todas en elevación, amplitud y sublimidad de concepciones. El pensamiento humano, más o menos cohibido en las demás artes, tiende sus alas con holgura en los espacios infinitos de la poesía: no se siente encadenado por la piedra, el lienzo ni el sonido. Cuando, desconociendo su potencia intelectual y creadora se cui-

da más de la forma que del fondo, y pretende competir con sus hermanas en la belleza plástica y harmónica, la poesía desfallece y decae por que no dispone del cincel, de la paleta ni del instrumento musical, la materia se le escapa de entre las manos: quiere sujetarla y abraza el vacío. La poesía, para ser grande y apreciada debe sentir y pensar; reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva extraña a cuanto le rodea y siempre lo mismo. Es preciso que remueva los efectos más íntimos del alma humana, como el arado, que remueve la tierra : abriendo surcos.

va minando los campos intelectuales, y no por condición humana, por ternura, por emotividad propiamente, como es patrimonio del arte, sino por lo transitorio, pasajero y vano que es el denominador común de una época que tiende a subyugar al hombre a la producción industrial. Ese arte, que con ser real, no alcanza a llenar los claros de eternidad a que debe aspirar toda obra, resulta negativo porque en él desaparece la persona entre los engranajes de la economía y la producción.

Menoscabado el artista en sus creaciones, arrastrado por las corrientes temporales del momento, abre una pausa en la literatura americana con grave perjuicio para el futuro de las especulaciones intelectuales. Porque no es el artista quien se sobrepone al ambiente sino viceversa; los personajes no se elevan sobre el nivel ordinario de la vida cotidiana. Por el contrario, se convierten en un producto dúctil y acomodado a tales circunstancias; no pueden escapar a esa influencia de sometimiento frente al mundo monstruoso de la producción en masa ni al vasallaje de una propaganda ordinariamente preparada y distribuida en envase de lata. La literatura, entendida de ese modo, conspira contra el arte porque reniega de la figura humana. Y lo que importa en nuestros tiempos, no es la continuidad, paso a paso, al mismo ritmo de los acontecimientos, sino la creación de tipos, de personas vivientes que trasciendan de la obra artística, que salten de las páginas del libro, del poema o del cuadro para enfrentar la situación. Si la decadencia humana llega a tal extremo por vía de la industrialización que el maquinismo acelera, el arte tiene el deber de crear personajes adecuados, por su vigor y reciedumbre, a los tiempos futuros.

Es aquí donde el artista encuentra su verdadera liberación. Si la vida real se somete, víctima de esa fuerza, la ideal no debe renunciar jamás a su misión específica. El hombre que no se ha agotado, necesita encontrar su propia representación. La dictadura, que presiona políticamente, anula el arte cuando éste no responde a su cometido. Y la persona humana necesita encontrarse representada siquiera en el mundo espiritual; quiere palpase a si misma, demostrar que no ha muerto, que tiene fe, que cree en el futuro en la bondad, en el bien, en la eternidad. Está huérfana de ternura, de sana emoción. Quiere reventar en lágrimas, a solas, lejos del ojo profano, encerrándose dentro de su armadura que es el pensamiento. No quiere continuar sometida a la dura ley del hierro, sino expandirse, abrir el corazón a sus hermanos, víctimas del mismo terror que impone el materialismo del cálculo, del interés, de la conveniencia. Quiere observar los relieves morales sobresalientes

de la figura ideal para convencerse de que no es éste el mundo soñado que aspiraría a vivir; convencerse de que después de esto nos espera una primavera eterna, y con esa ilusión llevar adelante los proyectos más audaces, levantar su bandera de combate, pronunciar su mensaje que los siglos no le han permitido; conquistar su propia libertad.

Y esta labor de responsabilidad, de identificación con el hombre. Si alguien tiene una palabra que pronunciar, un concepto que eternizar, un pensamiento que inmortalizar, es el artista. El tiene en sus manos los medios necesarios para responder al llamado del destino y hacerse presente. Cuando su ideal se coloca por encima de las pasiones ordinarias y bastardos instintos, puede realizar su obra de permanencia. La época, el medio, las circunstancias son pasajeras, mero saccidentes en la existencia. Pero estos fenómenos sacuden el andamiaje moral de las naciones y las civilizaciones. La ciencia, con sus elementos de comprobación, observa y pasa. Apenas si deja constancia del acto realizado. El artista es responsable de su presencia ante la historia. Su propio arte le confiere facultades que no al científico. Su deber es crear y redimir por medio de sentimientos, de emociones inmaculadas, que sólo él puede traducir en labor fecunda.

El porvenir nos emplaza a una labor de contornos universales. Ante el debilitamiento moral provocado por esta catástrofe, necesitamos una reacción vigorizante que nos sobrecoja y en la cual refugiarse. Exilados a un ambiente de hostilidad, es preciso ofrecer combate a ese destino cruel que invade al mundo de mezquinas pasiones. Tendremos que reconstruirnos, ofreciendo valores positivos, seguros, para que la humanidad crea en nosotros, que no olvide su propio derrotero y confíe. De almas atormentadas están sembrados todos los caminos; de dolor, todas las encrucijadas. Si es la vida que nos presenta ese destino tan despiadado, renunciemos al pesimismo y que sea el dolor quien nos redima.

Nuestra generación tiene por delante un gran camino por recorrer. Hasta aquí llegó auscultando, observando. En adelante le corresponderá construir sobre terreno firme. Ningún problema social o estético olvidamos. Obligada a desenvolverse dentro de un marco colectivo, que cada día reduce a mayor pequeñez la corteza terrestre y complica la existencia del hombre, tendrá que forjar la existencia idealizada del hombre en sus héroes, en la paz, la justicia y la libertad. No podrá detenerse en creaciones de tipo ordinario porque el mundo avanza. Y si en rigor de verdad el gran conglomerado humano bien poco se distingue de los que nos han precedido, los horizontes se ensanchan a los ojos de la

De la poesía y de los poetas

Según Guyau

La ciencia se compone de un número definido de ideas, que el entendimiento capta por entero : marca un triunfo y un reposo de la inteligencia; la poesía, al contrario, nace de la evocación de una multitud de ideas y de sentimientos que atormentan el espíritu y no pueden ser captados a la vez : es una sugestión, una excitación perpetua. La poesía es la mirada lanzada al fondo brumoso e infinito de las cosas. Nuestros sabios son semejantes a los mineros en la profundidad de los pozos : sólo lo que les rodea inmediatamente está alumbrado; después de la oscuridad, lo desconocido. No tener en cuenta sino el estrecho círculo luminoso en el cual nos movemos, querer limitar a él nuestra vista sin acordarnos de la inmensidad que nos escapa, sería soplar nosotros mismos sobre la llama temblorosa de la lámpara del minero. La poesía aumenta la ciencia con todo lo que ésta ignora. Nuestro espíritu viene a retemplarse en la noción de infinito, a tomar en ella fuerza e ímpetu, como las raíces del árbol se hunden cada vez más adelante bajo tierra, para sacar de ella la savia que extenderá y lanzará las ramas en el aire libre, bajo el cielo profundo. Un teorema de astronomía nos da una satisfacción intelectual, pero la vista del cielo infinito excita en nos-

otros una especie de inquietud vaga, un deseo no saciado de saber, que constituye la poesía del cielo. Los sabios tratan siempre de satisfacernos, de responder a nuestras interrogaciones, mientras que el poeta nos encanta con la interrogación misma. Haber encontrado por el razonamiento o la experiencia : he ahí la ciencia; sentir o presentir, con ayuda de la imaginación, es la más alta poesía. La ciencia y sobre todo la filosofía permanecerán, pues, siempre, poéticas, primero por el *sentimiento* de las grandes cosas conocidas, de los grandes horizontes abiertos, después por el *presentimiento* de las cosas más grandes aún que quedan desconocidas, de los horizontes infinitos que no dejan entrever sino sus comienzos en una semioscuridad. Además, las inspiraciones venidas de la ciencia y de la filosofía son a la vez siempre antiguas y siempre renovadas. De siglo en siglo, en efecto, el aspecto del mundo cambia para los hombres; y recorriendo el ciclo de la vida, les sucede lo que sucede a los viajeros recorriendo los grandes círculos terrestres : ven levantarse sobre sus cabezas astros nuevos que desaparecen en seguida para ellos, y solamente al término del viaje podrán esperar conocer toda la diversidad del cielo.

La concepción moderna y cien-

inteligencia. Nuestros poetas y escritores tendrán que tomar sus figuras de la representación de este siglo renaciente, con sus batallas trascendentales que prenden fuego en la historia, como promesa del ancho porvenir que nos espera. Siguiendo el derrotero que nos guió hasta el presente, animados por los ideales altruistas de la edad contemporánea, podremos encauzar la manumisión de la persona humana, eternamente dolorida, cuyo martirio está concretado en el hervor de cuatro milenios de cultura.

De todos los extremos del mundo, los hombres ponen los ojos en nosotros. Las viejas culturas, con su pasado de penurias, esperan algo más que la continuidad sin interrupción de los pueblos jóvenes en la obra constructiva de la civilización humana. América, que en sus contiendas para labrar una personalidad ha inclinado siempre su conducta hacia un mejoramiento espiritual sobrepuesto al convencionalismo, encuentra hoy, en esta posición de conducta, la posibilidad de enfrentarse con el futuro. Pueblos vigorosos, que no fueron aplastados por la pesadumbre de los prejuicios, sin conflictos de razas o religiones, pueden enarbolar la bandera del altruismo, cantar la victoria del hombre, producto del genio dulcificado, con bravura de volcanes, en este momento histórico que ilumina la figura de la libertad.

Situada América en el camino de las grandes sorpresas, tiene en sus pinceles, en la narración y en la lírica, una fuerza pujante y auténtica, para inmortalizar construcciones de ciudades con levantamiento de multitudes; eternizar amores en la frescura matinal de tiernas pastorales, con acentos bucólicos en la gracia con que se expresaron los más grandes poetas de todos los tiempos; ensalzando las rutas de nuevos destinos, con armónica y solemne alabanza por la grandeza y la gloria. Y para ello pondrá arrestos de fe profunda, creando imágenes de pulimento sublimado, con brillo y relieves arrancados de la espontaneidad, que surgirán sencillas de la inspiración. El acervo cultural que otras generaciones depositaron a nuestro cuidado, reclama esa superación, no por egoísmo, sino por natural emulación de lo magnífico y genial. Una literatura y poesía tan íntimamente unida al destino del individuo, acicatea por esa comprensión del artista que modela el mundo como supremo artifice. Un paisaje de bondad, enternecido por la creación artística y un concepto de los valores humanos en su faz moralizadora, estimulan el renacimiento de una nueva civilización, precursora de todas las esperanzas, el himno de alabanza, como homenaje al hombre, su ancho producto inmortal, que el mundo del futuro hará más grande y estéticamente perfecto.

LA COLERA QUE QUIEBRA

César Vallejo

La cólera que quiebra al hombre en niño
que quiebra al niño, en pájaros iguales,
y al pájaro, después, en huevecillos;
la cólera del pobre
tiene un aceite contra dos vinagres.

La cólera que al árbol quiebra en hojas,
a la hoja en botones desiguales
y al botón, en ranuras telescópicas;
la cólera del pobre
tiene dos ríos contra muchos mares.

La cólera que quiebra el bien en dudas,
y la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas;
la cólera del pobre
tiene un acero contra dos puñales.

La cólera que quiebra el alma en cuerpos,
al cuerpo en órganos desemejantes
y al órgano, en octavos pensamientos;
la cólera del pobre
tiene un fuego central contra dos cráteres.

OTROS TRABAJOS DEL AUTOR

- El Mundo Agonizante** (Crítica). Ediciones Rosso, Buenos Aires (agotado).
- Humillados** (Cuentos). Ediciones Samet, Buenos Aires (agotado).
- ¡También América!** (Crítica). Ediciones Luz y Libertad, Buenos Aires.
- El Destino Social del Arte** (Crítica). Cuadernos de Cultura, Madrid.
- Democracia** (Novela). Ediciones de la «Novela Ideal», Barcelona.
- Lamento de la Tierra Encuadrada** (Epopéya). Barcelona.
- Antología de Pensamientos de González Prada**. Ediciones Arco Iris, Buenos Aires. Ediciones Tierra y Libertad, Paris.
- 36 Poemas de Autores Brasileños Contemporáneos** (Antología). Ediciones de la Revista Iberoamericana, México.
- Misión en América en cuanto al porvenir de la Libertad en el Mundo**. Ediciones de la Revista Iberoamericana, México.
- Milicias de la Aurora** (Poemas). Ediciones Arco Iris, Buenos Aires.
- Pasión y Poesía** (Ensayos). Editorial Claridad, Buenos Aires.
- Radiografía cordial de América** (Ensayos). Ediciones de la Cátedra Lisandro de la Torre, Buenos Aires.
- Ronda de la luna** (Fantasía romanceada). Etyl, México.

BUSCANDO RAICES

por Alberto CARSI

Esopo

La Historia es la perspectiva de la realidad pasada y la interrogante de la verdad del porvenir. Atrayente es el pensar sobre el futuro porque es en la Humanidad lo que la vista en el individuo; pero es más sugestiva, y sobre todo, más aleccionadora la Historia, punto de apoyo indispensable para dirigir la puntería de nuestras acciones individuales y colectivas. Es, en realidad, nuestra brújula.

Me entretenía yo recordando en la parte Biográfica, Geográfica e Histórica del Diccionario, los personajes más destacados de la antigüedad, especialmente los anteriores a nuestra Era, que fueron los que inspiraron, y algunos dirigieron, los acontecimientos de aquella época, de la que nos separan de 20 a 30 siglos, por lo que algunos suponen desconexión del presente. Y he reforzado mi convicción de que en la obra moral de la Historia nada se olvida ni se pierde, igual, exactamente, que en la obra material de la Naturaleza, que todo se eslabona y se combina de modo perfecto, sin olvidarse ni perderse elemento alguno que pueda significar una fuerza de evolución de Progreso.

El conocimiento de los caracteres de las épocas, encarnados en los hombres eminentes, podemos compararlo a la observación de las montañas, que son eminencias también; he aquí la semejanza de la Historia con la Orografía, en las que, a primera vista, no vemos más que los vértices sobresalientes, las porciones de Humanidad o las porciones de terreno que se elevan como columnas en medio de la generalidad, señalando el espacio, y tratándome de alcanzarlo con su esfuerzo.

Vamos a mencionar algunas de estas cumbres ejemplares para ver si en ellas encontramos las raíces de nuestra propia filosofía.

Solón

Es el nombre más antiguo que cita nuestro Diccionario, digno de figurar en los trabajos de tesis conciliadora y progresiva, y además, porque su actuación nos demuestra el estado de las civilizaciones de aquel tiempo, muy parecidas a las actuales, sin duda alguna. Solón vivió 640 años antes de Cristo; fué legislador de Atenas y uno de los famosos «Siete sabios de Grecia». El levantó el espíritu de los atenienses, aligeró las cargas de los ciudadanos pobres, restableció la armonía de la ciudad, a la cual dió además una Constitución de acuerdo con la Libertad y el Derecho. Lo cual dice bien claro que hace 27 siglos ya existían las tiranías y los abusos de poder, y hombres como Solón, que ya hacían esfuerzos por el bienestar del Pueblo.

No bien determinada la época ni concretada la personalidad de Esopo, si bien fijando algunos su existencia entre los siglos VII y VI antes de nuestra Era, es decir, contemporáneo de Solón, aparece este nombre, diciéndose que era un esclavo y hasta se cita el nombre de su amo: Xanthos. El hecho es que con Esopo nacen una Literatura y una Filosofía nuevas; las de la fina ironía aleccionadoras en observación, en moral y en sentido progresivo. El espíritu de Esopo encontró eco en todas las épocas siguientes; en nuestra anterior generación fueron Espronceda, Larra y Goya, entre otros, los cultivadores de su singular estilo. La ejemplaridad de las fábulas y las anécdotas de las lenguas que, según él, es lo mejor y lo peor a la vez, de todo lo que se vende en el mercado por ser lo que más bien y más mal producen, según el uso que se hace de ellas, bastan para elevarle a la inmortalidad inscrito en las filas del Liberalismo y el Progreso.

Sócrates

Ilustre filósofo griego nacido en 468 (a.d.n.e.) condenado a beber la cicuta en 399, lo que evidenciaría su oposición al régimen imperante. No escribió libros; su método de enseñanza o dialéctica era la forma oral, de conversación y discusión. Su Filosofía, que nos es conocida por otros autores que se refieren a ella, combatía con gran acritud la sofística y la falsa retórica, yendo directamente a la Verdad. Fue acusado de impiedad y condenado a muerte, como pago de haber sido el creador de la Ciencia Moral y haber combatido la maldad y el error.

Diógenes

Diógenes y Arquímedes, los dos de la Antigüedad, pero no contemporáneos, pues median entre los nacimientos de ambos 126 años, han sido, sin duda, los dos hombres más extraordinarios de la Historia. Diógenes es del año 413 (a.d.n.e.) y Arquímedes del 287. Sólo los diferenciaba que el primero fue filósofo y el segundo científico. A Diógenes le añadieron el sobrenombre de Cínico, que ya sabéis lo que significa; pues bien, a él se lo aplicaban porque decía las verdades. Vivía pobremente, y vestía más pobremente todavía, lo que le daba una independencia absoluta y un motivo de desprecio completo de todas las conveniencias sociales. Los cuatro hechos concretos siguientes pueden ser ejemplo de su carácter y de enseñanza de vacilantes: Un Príncipe lo ve sentado en la calle y le dice, para darse aires de protector de los sabios pobres: «Diógenes, ¿deseas alguna cosa de mí? ¿Quieres que haga algo en tu favor? «Sí — le con-

testa — que te apartes y no me tapes el sol, que también es mio». Otro día vió a un niño que bebía agua en una fuente, sirviéndose, como vaso, del hueco de su mano. Y Diógenes dijo: «Este niño me enseña que yo conservo algo superfluo todavía»; y rompió, estrellándola contra el suelo, la escudilla de que se servía hasta entonces para beber. Actitud que ha dado tema a los tres grandes pintores, Poussin, Rosa y Dujardin, para realizar sendas obras famosas. El fue el inventor, con la acción, del axioma de que «el movimiento se demuestra andando», y coronó su sagacidad y su ironía, hijas de la práctica de la vida, yendo por las calles de Atenas en pleno día, con una linterna encendida, y a las jocosas preguntas de sus detractores, contestó secamente: «Busco un hombre».

Lo que los necios han juzgado de extravagancia, fueron demostraciones de un carácter férreo y principios ejemplares de la más elevada moral.

Aristóteles

Este célebre filósofo fue el fundador de la Escuela llamada Peripatética, que consiste en enseñar paseando, procedimiento que él empleaba y con el que tan buenos resultados se obtienen siempre. Su sistema filosófico nos muestra toda la Naturaleza como un inmenso esfuerzo de la materia bruta para elevarse, a lo que él llamaba «el acto puro», es decir, el pensamiento y la inteligencia. Sus luces naturales y su cultura fueron inmensas, habiendo producido gran número de Tratados de Lógica, de Historia Natural, de Física, etc., cuyo valor ha sido constatado a medida del avance de las ciencias modernas. Aristóteles ha sido uno de los faros que han iluminado el camino del Progreso de esta Humanidad distraída y perezosa, en comparación de la atención y actividad desplegadas por este sublime maestro.

Epicuro (341 a.d.n.e.)

Filósofo griego cotinuator de la Doctrina de Demócrito, enseñando, por tanto, que el placer es el bien supremo del hombre y que todos nuestros esfuerzos deben dirigirse a obtenerlo. Pero no, en las complacencias groseras de los sentidos, sino en la cultura del espíritu y en la práctica de la virtud. Una falsa interpretación o una maldad, ha difundido un concepto erróneo de la palabra Epicuro, lo que hace creer que todos los moralistas tienen enemigos interesados en que el mal se propague y la corrupción se extienda. Es por este aspecto que resulta tan interesante el caso de Epicuro, por desgracia, no único en la Historia.

Demóstenes (322 a.d.n.e.)

Este ateniense fue el más ilustre de los oradores griegos, denominado «El príncipe de la palabra y dueño de su propia voluntad». Su principal preocupación fue la defensa de la libertad de su país y su enaltecimiento, pero la reacción le opuso tantas trabas, que se suicidó envenenándose en

un momento de desesperación por las múltiples contrariedades y desengaños recibidos. El nombre de Demóstenes equivale al de la tenacidad por el propio perfeccionamiento, al de modelo de abnegación para servir su noble causa. Todos sabéis cómo consiguió el desarrollo de su pecho, el timbre de su voz, la resistencia para los largos períodos: perorando en la playa, frente al mar embravecido, dominando el fragor de las olas, para dominar luego el estruendo de las asambleas. Con la boca llena de piedras consigue una dicción clara y potente. Su estilo es un modelo de guerra irresistible, de simplicidad encantadora y de concesión lapidaria. Sus discursos, se ha dicho, deberían escribirse con letras de oro, y su culto a la Razón y a la Justicia grabarse sobre el pórtico de todas las escuelas.

Espartaco (71 a.d.n.e.)

Esta relevante figura de la antigüedad griega era un esclavo como Esopo, pero no llegó a verse liberado como este gran fabulista, sino que murió en la lucha por la liberación de todos sus iguales. Había nacido en Tracia, antigua región de Macedonia, y sostuvo durante dos años una lucha formidable contra las legiones romanas, capitaneando los esclavos levantados contra la opresión, los que, al perder el jefe, abandonaron la lucha, siendo entonces masacrados bárbaramente.

En el jardín de las Tullerías de París existe una estatua en mármol, obra del escultor Foyatier, inmortalizando la figura heroica de Espartaco, la moral cuya obra es evidente: dar la vida por el bien de los demás, y en este caso ni siquiera por un bien inmediato, sino por un bien traído con el tiempo, por la evolución de la semilla sembrada, al observar la Humanidad serenamente, que era semilla de Razón, de Justicia y de Derecho Humano indiscutible.

★

Ante las enérgicas estampas que anteceden, esos enérgicos aguafuertes que han resistido el paso de los siglos conservando la integridad de su vigor, hay para quedar sorprendidos. Más de 20 siglos nos separan de Espartaco, y cerca de 27 de Solón, que para la fugaz vida del hombre son eternidades. En los 20 siglos siguientes hasta nosotros, han existido miles de pensadores, de apóstoles del bien, de humanistas; ejércitos de hombres de buena voluntad, y sin embargo, los problemas son los mismos, si bien complicados y agravados ante el rodar de los tiempos que enconan y envenenan cada vez más las relaciones entre los hombres.

Es evidente, pues, que no están en el terreno que acabamos de explorar, las raíces de los males humanos. Además, hemos consultado también todas las Historias detalladas: Civilizaciones, Ciencias, Artes, Política, Religiones, etc., y hemos podido constatar la enormidad de esfuerzos, abnegaciones y sacrificios; de virtudes y altruismos, de amor, que se han vertido en el cielo humano para conseguir la soñada armonía, y hemos de repe-

tir con dolor, que los problemas de desavenencias son los mismos.

Y si para curar un mal hay que conocer sus orígenes, sus causas fundamentales y sus antecedentes, vemos claro que no es en el terreno de la Historia en el que hemos de encontrar las causas de los nuestros. Las raíces de las plantas de los venenos que lamentamos. ¿Estarán secretamente incrustados en la Prehistoria? ¿Serán acaso parte de la Paleontología? ¿Estarán más profundas de lo que podamos suponer con los conocimientos actuales?

En este momento recuerdo un título insignificante de una obra del portentoso escritor americano Jack London, que dice: «La llamada de la selva». Y me pregunto a mí mismo: ¿Es en la selva, en la caverna o en la estepa y el pantano anteriores a ellas, donde encontraremos las raíces de nuestras desventuras?... Estas cuatro preguntas podrían constituir los temas de estudios de gran interés y actualidad para estas beneméritas páginas, que, al menos, servirían de momentáneo consuelo y resignada conformación. Pero como no es lo más conveniente el conformarse ante la malicia, sino que lo bueno es no conformarse, y buscar el remedio, debemos convenir en que lo nece-

sario es encontrar una nueva brújula que guíe a la Humanidad por nuevos derroteros, pues la brújula vieja adolece, como lo vemos demostrado por la experiencia, de tremendos defectos y no sirve para sacarnos del atolladero, del cráter lóbrego, en cuyo cieno están los hombres cada vez más hundidos y más desesperados. Hay que encontrar las raíces de nuestros males y desinfectarlas, y sobre su pureza fundar una moral nueva que cure las llagas malignas que ese brutal ancestralismo nos produce.

Ante esa humanitaria labor se levantarían murallas, al parecer, infranqueables, pero no es aventurado pensar que habrían de rendirse ante la evidencia y someterse a la voluntad férrea y decidida de los Pueblos.

El dolor universal no puede eternizarse, salvo que se acuerde representar todas las noches en todos los teatros del mundo una obra española, que sería el colmo de la desfachatez y el reto más cruento; bien la conoceis esta obra, ahí está, bien sencilla e inocentita que es. ¿Quereis su título?... « Los intereses creados ». Escrita por un pingüino, pero que está bien: Sirve.

ALBERTO CARSI



La verdad según Abarrategui

LA verdad está por encima de su propio nombre: no se vende a quien la adula, sino a quien la vive; esquivada con matemática precisión todo movimiento humano que no la defina en el gesto, en la actitud, como ley inmutable, propicia al hombre que la ajusta a sus pasos.

La verdad se nos escapa, enemistada, cuando tratamos de insinuarlo ante la forma que le damos a su nombre, en imágenes de barro o en teorías religiosas, no hacemos otra cosa que justificar vanamente, con su ausencia, nuestro error. Entonces ronda la confusión en torno nuestro.

En un acto de Verdad hay siempre un sacrificio ajeno, aunque sea el de la cruz, es una ponzoñosa mentira propicia a las religiones.

La eternidad de la Verdad se especifica en calidad más que en el tiempo; pero el tiempo le da, con su angusta medida, la razón de su fruto.

Quien diga que ama a la Verdad, que se muestre en combate contra sus propios intereses.

La Verdad es liberal. Y el liberalismo puro se cifra en la perfecta sumisión a las leyes gratuitas de esa Verdad, como Vida que me persuade liberalmente a un esfuerzo permanente de amor por tí.

El Hombre no puede conocer su vocación real si no conoce sus recursos innatos. Quien ignorando la Verdad tiene en poco sus dones naturales para desarrollarlos libremente, se refugia oscura y vanamente en un medio vocacional extraño. De ahí nace la inadaptación y de la insatisfacción de la vida.

Cuando mercenariamente, que lo es siempre, la Iglesia y el Estado se unen, destruyen la Verdad que representan: lo que queda, con fastuosa apariencia, no es más que la maquinaria que destruirá también las

humanas y legítimas posibilidades de vida de todo un pueblo.

Di la Verdad y ponte a temblar.

La verdad con dinero, mal agüero.

Nutrete del bien y verás a la Verdad creciendo contigo.

Mil años que hubieras estado amparado en la Verdad, no te valdrían para justificar el mínimo acto de egoísmo.

¡Y la Verdad nos acepta amorosamente, sea cual sea nuestra natural condición humana, si en verdad optamos por vivirla!

Pasé la noche en el desierto, solo... Al alba, vino la Verdad, toda de blanco y, pareciéndome un hermoso caballo sin jinete, le tendí el brazo, se detuvo y me permitió montarla. Y ahora cabalgo por delicados pastos, junto a arroyos de agua cristalina.

Francia 1962.

El mito y la realidad sexual

PARA quienes estamos habituados a una constante frecuentación de librerías, esas nutridas y selectas librerías francesas, donde uno se recrea hojeando volúmenes, leyendo acá o acullá unas líneas, repasando el índice de ese o del otro libro, no es una novedad topar con nuevas ediciones de la obra de D. H. Lawrence, «L'Amant de Lady Chatterley» (1). En mi biblioteca tengo un ejemplar que está editado en 1937, y pertenece a la **trescientas sesenta y siete edición**. No he examinado a qué edición pertenecen los ejemplares recién salidos de las prensas, que he visto en librería, pero, a juzgar por los años transcurridos desde que fue editado mi ejemplar hasta el presente, puede colegirse el número elevado de ediciones que se habrán hecho.

¿Cómo explicamos la calurosa acogida que se ha dado a la traducción francesa de la citada obra de Lawrence, el conocido escritor inglés, fallecido de tuberculosis, joven y en su apogeo intelectual? Simplemente, se ha tomado la obra como un libro erótico; como si tratara de las «Memorias» de Casanova, o del «Gamiani» que escribió Alfredo de Musset. El público, lo que se denomina «el gran público», no ha querido comprender el sentido que quiso dar el autor a su obra. De nada han valido los fundamentados elogios que han hecho de Lawrence autores de renombre como, por ejemplo, en Francia, André Malraux, o en Inglaterra Aldoux Huxley. De nada ha servido que el propio Lawrence, en el prólogo de la obra haya explicado bien su alcance. Ni tampoco el que, para puntualizar mejor las cosas, tenga escrito un opúsculo con el título de «Defensa de Lady Chatterley». Las gentes han prescindido

de todo razonamiento y tan sólo atienden al efecto escueto, crudo, de ciertas escenas y diálogos del libro.

Lawrence quiso arremeter contra el «tabú» del sexualismo. Consideró que con igual naturalidad que la empleada en las demás funciones de la vida corriente se puede y se debe tratar de las funciones sexuales. Consideró un prejuicio, una evidente demostración de la hipocresía, poner un velo a lo sexual, máxime cuando muchas veces se hace uso de una rebuscada pudibundez para que la imaginación vaya más allá de lo simple y natural. De ahí que intentara formular un alegato en pro de la sinceridad sexual al escribir su novela «El Amante de Lady Chatterley».

El tema en sí tiene poca complicación. Se trata de un matrimonio, perteneciente a la aristocracia inglesa, ambos jóvenes, en esa etapa de la vida que la naturaleza demanda al organismo el pleno ejercicio de sus funciones. Muy poco tiempo después de casados, y habiendo el marido tomado parte en la guerra del 14, tuvo tan mala fortuna que, alcanzado por la metralla, en los campos de Flandes, quedó físicamente hecho un guñapo. A la postre, embutido en un cochecito sin poder valerse para nada, tiene que fiar a otros el que le lleven de acá para allá y atiendan a sus necesidades. El hom-

bre es rico y no obstante su estado de inutilidad, la riqueza le confiere un orgullo de casta, un antipático aire de superioridad que le complace usar, tratándolo de humillar a los demás. A su servicio, tiene un guarda de la finca en que residen los esposos y de la que son propietarios; este guarda vive solo. El será el amante de Lady Chatterley, decepcionada del marido, más que por su inutilidad física, por el orgullo de casta que nota en él. Y es ese amor, de carácter psicológico y físico el que relata el escritor con arte admirable, y con admirable naturalidad.

Lawrence que, como dice Huxley, por temperamento apreciaba la vida instintiva, sin el refinamiento, sin esas complicaciones que tienden a adulterar la realidad en las relaciones sexuales les eran profundamente antipáticos los don Juan, los expertos sensuales, los libertinos conscientes, los que se vanaglorian de lo que solamente es vicio. Escribía: «No obstante lo que de ella puede decirse, declaro que esta novela es un libro honesto, sano y necesario a los hombres de hoy.» «Quiero — agregaba — que los hombres y las mujeres puedan pensar las cosas sexuales plenamente, completamente, honestamente y con limpieza.»

Para el que ama el arte, la belleza y la vida en toda su naturalidad, nada tan absurdo como esas hojas de parra que han

A un insigne embustero

Tú, a quien la pura verdad
es fénix desconocido,
tanto el crédito has perdido
por tu embuste y falsedad
Que si llega a suceder
que recitando algún cuento,
digas ingenuo: «Yo miento»,
nadie te querrá creer.

de Azua

(1) En venta en nuestro Servicio de Librería.

puesto los artistas, atentos a los convencionalismos, en la parte genital de sus figuras desnudas. Cuantas veces recorriendo los museos nos ha chocado, admirando bellas esculturas, notar la absurda hoja de parra entre las piernas de algunas Venus o de algún Apolo. Es esa anacrónica idea de « pecado » que, según Pompeyo Gener, la mitología judaica ha impuesto en el Arte, como en todas las manifestaciones de la vida sexual. ¿Por qué ha de ser vergonzoso, impúdico el mostrar en un desnudo las partes genitales de las figuras? ¿Qué tiene de bajo, de innoble, el que un hombre o una mujer muestren en un cuadro o en una escultura sus partes sexuales? Lo propio acontece en la literatura. Un escritor podrá detenerse en una descripción minuciosa de una comida, de un ejercicio

físico del proceso de una enfermedad, de toda suerte de actividades, de placeres propios del individuo o de la vida matrimonial. ¡Ah, pero detallar con natural minuciosidad la función sexual, el acto de la cópula, es algo inmoral, escandaloso, impúdico!, etc., etc. Importa la insinuación, pero luego viene aquello de « corramos un velo»; la hipócrita hoja de parra que busca velar la realidad.

Lawrence tuvo el atrevimiento de descorrer el velo; mejor dicho: dijo las cosas sin tener necesidad de velos ni hojas de parra. Prescindió del mito de lo sexual. Por supuesto, su obra levantó polvareda en Inglaterra. «El Amante de Lady Chatterley» fue prohibido. Los puritanos, que casi siempre suelen ser degenerados disfrazados, se escan-

dalizaron. No obstante de la obra citada se han hecho en Europa y América muchas ediciones. La lástima es que la mayoría de lectores no poseen la debida comprensión; la inteligencia necesaria para comprender el significado del libro, la profunda verdad que contiene. Posiblemente Lawrence, que tenía fibra de artista y de pensador; que no había hecho de su profesión, como muchos escritores, una especie de industrialismo; que para él escribir era ofrecer un mensaje a los demás, debió comprender, vista la torcida interpretación que daban la mayoría a su libro, cuán difícil es destruir un «tabú» consagrado por los siglos. No obstante, ahí queda su libro, abierto la comprensión de un ambiente social más regenerado que el actual.

EL indicar la edad de un hombre en números, esta artificial indicación de la edad, como yo la llamaría, tiene muy poco que ver con su edad natural. Pues su edad natural es tan sólo la fracción de su vida ya que ha vivido en relación con la muerte natural que ha de sobrevenirle, la cual puede desplazarse más o menos en un cierto número de años; según el variable ímpetu total de vitalidad de un hombre. De la misma manera que cada especie tiene un límite natural de edad muy diverso, que en modo alguno coincide con el simple promedio de las edades, así también todo individuo tiene un término correspondiente, y con ello su muerte natural (en condiciones vitales optimales). De igual modo que hay moscas ancianas ya con un día, y jóvenes elefantes que viven duraciones de tiempo objetivo completamente diferentes, desde siete horas hasta cien

LA EDAD

años, así también hay pequeñas diferencias entre los individuos de una misma especie, por ejemplo, en el hombre. Esto hace comprensible el que pueda decirse de alguien, con perfecto sentido: es mucho más joven de la edad que tiene (se refiere a la edad artificial), o: está muy viejo para sus años.

Imaginemos ahora un hombre que no supiera nada del día de su cumpleaños y del número de años de su vida hasta ahora. Supongamos, por un experimento mental, que no vea la aparición de los signos exteriores de su edad: pensemos inclusive — y a veces acontece esto en parte — que esté anestesiado para todas las sensaciones orgánicas, por tanto, también para complejos, como la sensación de fatiga; que no haya estado enfermo nunca.

Yo pregunto: ¿no tendría, entonces, este hombre conciencia ninguna de su edad? Yo respondo: sí. Poseería, bien que no una medida de su edad, sí, por lo menos, una conciencia de ella; poseería en el sentimiento de su vida y de su ímpetu, un sentimiento que en manera alguna coincide con sus variables sensaciones orgánicas, ni con su suma: un sentimiento, unido, por un lado, a la dirección vivida de la muerte, y, por otro, a la relación que existe en cada caso entre las esferas de su inmediato recuerdo y expectation. Y esta edad natural así vivida, su edad, es el único y último fundamento intuitivo para el concepto de edad en general. No es algo relativo, como aquella medida conceptual de la edad; es algo absoluto que va supuesto, como último cumplimiento suyo, en todos los criterios para diferenciar la edad y en todas las determinaciones de ésta fundadas en medidas referentes al tiempo objetivo. De esta suerte, en sentido estricto, todos tienen su muerte natural, su edad natural, independientemente de la diversidad de condiciones ambientes que condicionan los fenómenos en que de hecho se manifiesta la edad y el hecho de la muerte.

Estos individuos se desprecian los unos a los otros al mismo tiempo que se colman de caricias; no buscan sino suplantarse y se arrastran los unos delante de los otros a cual más mejor...

MARCO AURELIO

MAX SCHELER

Definiciones

SOLIDARIDAD

La solidaridad es la expresión afectiva o emocional de nuestra condición sociable. Ha sido comparada con la ley de la continuidad biológica. Es especie de sinovia individual y social. El individuo es solidario consigo mismo, pues es interiormente una sociedad. La sociedad, sea la que quiera la jerarquía de los círculos en que se concreta, es también solidaria. Cuando falta el aglutinante de la solidaridad, el individuo se desequilibra y la sociedad se desorganiza. La vida individual y social es un todo continuo. Podrá parecer a primera vista, según dijo un pensador moderno, que nuestras visceras interiores son exclusivamente de la individualidad y que su única ley es el egoísmo, que viene a ser, en fin de cuentas, la mutilación de la personalidad; pero la continuidad de la vida, la solidaridad biológica y la acumulación de esfuerzos y energías, constituyen advertencias y enseñanzas fecundas, que se desprenden del estudio de las ciencias naturales como otras tantas consecuencias de alcance moral en el recto sentido de la palabra.

De igual manera, y aun por razones más patentes que nuestro organismo se asimila a las condiciones del medio circundante, se incorporan a nuestro espíritu en la tradición, en el hábito y en la herencia, los gérmenes de cultura y de progreso depositados en el medio social, por generaciones anteriores. La vida intelectual, la afectiva y la de moralidad son a la vez personales e impersonales, y se hallan unidas por especie de corriente magnética, semejante a la ideada por Platón. Somos, en efecto, todos los hombres hermanos gemelos como los de Siam unidos por la cabeza y el corazón. Nutre el individuo sus energías y su vida en la de la especie, y la del primero trasciende de nuevo a la especie por medio de sus obras, de suerte que los que se van, se quedan, y los que mueren, viven aún en el recuerdo de los demás, según el bien positivo que han cumplido a través del ejercicio solidario hacia los demás. Es así como la solidaridad es la base fisiológica y moral del sentimiento humano.

Es este estado de espíritu que induce a Tobías, molestado por un insecto, a cogerle cariñosamente por las alas y a abrirle la ventana diciendo: «Anda, pobre diablo; el mundo es suficientemente grande para que podamos vivir tú y yo».

Rebosa el mismo sentimiento el alma genial y apocalíptica de Víctor Hugo cuando exclama: «Un puerco socorrido vale un mundo». Idéntica emoción anima a Turgueneuf al fijar sus ojos en los de un perro, interin se oye rugir la tempestad, diciendo: «El y yo somos idénticos; en ambos oscila la misma llama».

Si las ideas que sugieren tales emociones parecen, a primera vista, por la incoherencia del sentimiento y por sus vaguedades de expresión, toca-

das de cierto sabor panteísta, la discreción del análisis, restringiendo el alcance de la individualidad y reconociendo su atmósfera nutritiva en la solidaridad universal, pondrá los puntos sobre las íes en tanto y tan grato hervor de vida. Basta para ello atenerse a la correlación de lo cuantitativo con lo cualitativo, base del orden real de las cosas, del mental de los pensamientos y del armónico de las emociones.

La solidaridad individual se traduce en los hábitos propios, los que el agente contrae voluntariamente por sí mismo en virtud de su iniciativa. No son tales hábitos subjetivos ni individuales, porque otra vez lo subjetivo ahonda sus raíces en la realidad objetiva, de la cual es el sujeto súbdito voluntario y lo individual a lo personal se requiere, asociándose a un orden general, y no siendo lícito vivir sin previsión, al día, sino obligado contar con la racionalidad del tiempo, que el hábito revela al mostrar cómo el fugitivo momento actual está lleno de lo pasado y preñado de lo porvenir.

La vida racional no se compone de actos cumplidos sin recuerdo ni previsión, para salir únicamente de la dificultad del momento, sino que su contenido requiere acciones realizadas poniendo a contribución todas las enseñanzas de lo pasado y anticipando en previsión lo porvenir. La solidaridad, del individuo se puede apreciar en los dos aspectos de la moralidad: el material y el formal; el de los actos y el de las intenciones. Así, es evidente respecto a los actos que son en parte determinados, sin negar la espontaneidad voluntaria, por las circunstancias en medio de las cuales se cumplen y por las influencias exteriores que rodean al agente. Es igualmente cierto que los actos sucesivos se enlazan formando una serie y dependiendo en parte lo que se hará mañana y lo que se ha hecho ayer. No es menos clara y manifiesta la solidaridad de las intenciones, pues el factor personal no es planta exótica, sino que forma sus intenciones según su estado mental, afectivo, de voluntad, y las resoluciones sucesivas se hallan ligadas entre sí, pues las que tomamos hoy son en parte consecuencia de las que antes adoptamos y habrán de influir en las que después aceptaremos.

En suma, existe una lógica de los sucesos (la moral es una lógica en acción), y la fuerza de las circunstancias se encarga, si nosotros no proveemos y proveemos en ocasión y en hora oportunas, de sacar inflexiblemente las consecuencias de las premisas por nosotros puestas, quedando en este caso prisioneros de la circunstancia, que no siempre es propicia al desarrollo de la acción solidaria.

Las tendencias, que a primera vista aparecen naturales, induciendo al individuo a procurar para sí, constituyen la decantada ley de la lucha por la existencia y no son sino una verdad a medias, por

no decir que son totalmente falsas. Cuando se observa que la araña teje su tela hasta morir; que el perro come hierba para provocarse el vómito y compromete su existencia para salvar la del naufrago; que, finalmente, los instintos de la maternidad subyugan el egoísmo hasta el extremo de que el individuo se sacrifica a la especie, no es lícito, de ningún modo, dar como buena la norma de existencia, ni aún entre los animales, la concurrencia vital, sino que es necesario declarar, sobre todo cuando se trata de la vida humana, que por encima de la lucha por la existencia se sitúan otros factores que constituyen un conjunto de distintas energías, que colaboran todas como excitantes para la acción solidaria.

De no haber otra ley reguladora de la vida que la llamada de lucha por la existencia, ésta circunscribiría su fin a la lucha incesante, sin tregua, quedando cercenada toda iniciativa, todo impulso, sin que cupiese, ni aún como hipótesis, más que contestar con un silencio pitagórico a la pregunta del poeta cuando dice:

«¿ el amor? ¿Y la dicha? Los nacidos,
no han de tener más fin
que el de ser comedores y comidos
del universo en el atroz festín?»

Si en lo fisiológico existe, al lado del instinto de conservación el de la especie, en la vida racional, la ley de la lucha por la existencia, se halla grandemente compensada, mejor diríamos minimizada, por la solidaridad, que despierta conjunto de energías que, si aparecen combatiendo, en último término llegan a concentrarse, personificando en el individuo el espíritu colectivo y solidario por encima de todo.

Amor al prójimo y justicia social

El amor al prójimo, la piedad, la misericordia, la compasión y todas las demás virtudes, no remedian el mal; son tópicos que se repiten para disimular las más irritantes injusticias.

Ahora está en boga la «justicia social»... ¿Y qué es eso? Nada más que un término rimbombante, por el cual se ensalza una seudo justicia, coja, manca, sorda y ciega.

Se mantiene una sociedad de jerarquías funestas para una convivencia racional, de mandones ególatras y crueles; se respeta la desigualdad económica en una riqueza que para alcanzar para todos y es sólo privilegio de «selectas moderadoras minorías»; se mantienen cárceles, cuarteles, iglesias y esplendidos campos de deportes, y hay despojos humanos sin abrigo, sin alimento y sin amor.

Produce náuseas semejante «orden» que emplea esa cantilena de la «justicia social»... ¡Qué sarcasmo!... No puede haber justicia sin equidad... ¡Dar a cada uno lo suyo! Pero, ¿quién discrimina lo tuyo y lo mío entre intereses opuestos?... Las leyes, los jueces, los solemnes tribunales que dictan sentencias, «según su recto saber y entender»... ¡Ay, qué risa!... leyes y trampas, jueces perdidos en laberintos jurídicos, jueces con prejuicios y jueces prevaricadores.

Quizá hay un sentido innato y latente de lo que es verdadera justicia... Reciprocidad entre iguales, simpatía entre los afines, generosidad sin cálculo; amor desinteresado y libre; respeto al semejante, mientras éste no intente imponerse, agredir o explotar... Todo este enunciado no se encierra en máximas de catecismo, sino que es expresión de una conducta que, al ser individual, tiene, o puede tener una relativa proyección social... ¡Sin hacerse demasiadas ilusiones!

En fin, la justicia a secas no puede existir en un conglomerado de seres desiguales dentro del desorden social... Y así, para mantenerlo en sus límites autoritarios y monstruosos, se propagan y ensalzan las obras benéficas, la caridad controlada y el «amor al prójimo», ¡Qué asco!

COSTA ISCAR

LA PEDAGOGIA

... Toda la obra de pedagogía — tradicional o modernista, rutinaria o pestalozziana — estriba en la contradicción de la espontaneidad individual. Artera o ingenuamente, el abominable maestro, — abominable siempre — corrige a la Naturaleza en sus desbordamientos y en sus impetus. Así, patia la generosidad e inculca la astucia, mitiga la franqueza e implanta la hipocresía, socaba el arrebatado noble y acopla la insidia, recorta la fiereza e imbuye la urbanidad servil y bochornosa.

Y así, las ideas de monopolio y violencia, de prerrogativas y exenciones, las indestructibles ideas van naciendo — y por herencia se consolidan — en la mente sin odios, ni exclusivismos del infante. El silencio en los largos claustros, las lecciones solemnes, prolijas, la uniformidad en los actos más nimios, las horas de hosco estudio, los paseos acompasados, las comidas taciturnas, los exámenes humillantes, el respeto al maestro, todo, todo fortalece paulatinamente la idea de la Autoridad humana, y todo va paulatinamente entristeciendo y amargando la visión riente de la vida... «Abolizione del-la gioventù», llama con exacta frase Leopardi a la educación en sus Pensieres.

Luego, en la universidad, la duda y el desconsuelo se

densifican. Filósofos y pedagogos han creado un formidable aparato de educación razonadora. A la simplicidad bárbara de la escolástica, ha sucedido la complicada barbarie del positivismo dogmático. Pedantones temerosos y hombres de buena fe, avanzan sobre el educando incauto armados de todas las armas de la novísima psicología, someten su cerebro a experimentos y caprichos fantásticos. La personalidad acaba de perecer a sus embates, la incertidumbre se afirma vigorosamente. Recorred los libros de los flamantes pedagogos universitarios; asistid a sus aulas. No encontraréis ni una idea confortadora y luminosa, ni un apasionamiento ni una audacia. Sus libros son eclecticas y soporíferas rapsodias, y sus discursos, apologías de todo oportunismo victorioso. Las ideas «santas» permanecen incólumes entre la erudición de sus discursos y de sus libros, y las iniquidades de la economía y de la política, prosiguen amparadas por los pedagogos novadores como por los escolásticos de antaño. ¡En cuantas cátedras de economía, la pretendida ciencia, no se juzga axiomática la absurda ley de Malthus, y en cuantas de derecho político, el pretendido derecho, no se tiene por eterna la monstruosa mentira de Estado!

José MARTINEZ RUIZ

Vidas agitadas

L I S T Z

NACIO Francisco Liszt en Raiding (Hungría) el 22 de octubre de 1811. Este gran músico, padre de Cósima Liszt, que fue musa inspiradora de Wagner, desde la infancia mostró las excepcionales condiciones que habían de llevarle a la poste-

ridad.

Su padre era ya un buen músico, que favoreció el desarrollo de las facultades de Liszt. En efecto, éste, con una educación nada común, y una inteligencia poderosa, a los nueve años dió su primer concierto, que fue una revelación. Merced al éxito obtenido y a la simpatía que demostró su arte instintivo y personal se le señaló una pensión, que le permitió trasladarse a Viena con sus padres y estudiar el piano con Czerni y la armonía con Salieri, siendo sus progresos tan extraordinarios, que dos años más tarde se trasladó a París, a fin de continuar sus estudios en el Conservatorio; pero Cherubini se negó a admitirlo, alegando su calidad de extranjero. Como ocurrió en Viena, Liszt se convirtió en París en el niño mimado de la intelectualidad y de la aristocracia francesa. Daba conciertos, sin cesar de continuar sus estudios musicales, bajo la dirección de su padre, que le sometía a una severa disciplina artística que, encontrando terreno abonado en el adolescente, no tardó en dar frutos magníficos.

Después de París, pasó a Londres, electrizando al público con su portentosa ejecución. Volvió a París, en donde perdió a su padre, que durante todos estos viajes no le había abandonado nunca. Quedaron en Francia él y su madre. Liszt, muy modesto, sencillo, de carácter tímido y naturalmente humilde, ningún fruto económico había sacado de sus tempranos dotes. Encontróse en París y sin recursos, dedicándose, para subvenir a su sustento y al de la que le dió su ser, a dar lecciones de piano, que alternaba con sus conciertos, que eran escuchados por todo el mundo artístico parisién.

En París le sorprendió la revolución de julio de 1830, a la que saludó con entusiasmo, porque su espíritu juvenil e inquieto no había sido ahogado, y no lo fue nunca, por el ambiente aristocrático en que su arte y su vida se desenvolvieron. El sansimonismo, con el que simpatizó, los movimientos revolucionarios del pasado siglo y las inquietudes morales que agitaban a su época, ayudaron a formar su individualidad influyendo sobre su obra y sus pensamientos.

En París se formó un brillante cortejo de amistades y empezó a gustar las mieles del amor. Por él, la condesa María d'Agoult, una de las más bellas y célebres mujeres parisinas, abandonó a su marido y la posición envidiable que ocupaba, siguiendo al gran músico en su éxodo por Europa. Danhauser dibujó un cuadro famoso, en el que aparece un concierto íntimo de Liszt, al que asis-

por Soledad Gustavo

ten, rodeando al artista, Dumas, George Sand, Berlioz, Paganini, Rossini y la condesa d'Agoult, que hizo célebre en el mundo literario el pseudónimo de «Daniel Stern».

De 1837 a 1839 fijó su residencia en Milán, siempre acompañado de María d'Agoult, que le dió tres hijas, una de las cuales fue Cósima Wagner, fallecida en 1924.

Recorrió las principales poblaciones de Europa, siendo considerado por todos los públicos como un artista extraordinario. Al fin se detuvo en Weimar, centro después de su actividad artística. De 1844 a 1845 visitó España y Portugal, y en Madrid, Barcelona, Cádiz y Lisboa excitó verdaderos transportes de admiración; en los tres años siguientes residió Liszt cortas temporadas en Weimar, que alternó con viajes a Francia, Holanda, Bohemia, Hungría, Rusia y Turquía, hasta que los acontecimientos revolucionarios internacionales de 1848 y 1849 pusieron término a estas excursiones, estableciéndose definitivamente en Weimar.

Esta época marca una transformación completa en la carrera de Liszt, que se vió rodeado de una verdadera corte de admiradores, entre los que procuró inculcar su entusiasmo por Berlioz, y sobre todo por Wagner, al que otorgó una protección sin límites, en una época en que el inmortal compositor, desterrado de su patria por su intervención en los sucesos de 1848, en donde, en las barricadas de Dresde, Wagner se encontró con Bakunin vertiendo juntos la sangre por la común causa revolucionaria, desterrado de su patria, repetimos, y casi desconocido, carecía de todo. A Liszt se debieron las primeras representaciones en Alemania de «Tanhauser» y «Lohengrin», y Berlioz pudo darse a conocer en aquel país gracias a la influencia de Liszt. Su protección, su solidaridad moral, mejor, cordial y noble, alcanzó a otros artistas más modestos, para los que siempre tuvo abiertos sus brazos y su bolsillo. Sus rasgos de generosidad fueron innumerables. Modesto por naturaleza, daba más importancia a los otros que a sí mismo. Jamás tuvo envidia de nadie y fue el prototipo de la confraternidad artística. Calvocoressi dice de Liszt «que dió, durante su vida, un ejemplo único de desinterés artístico; se consagró a la propagación de las obras de sus colegas, y en cuanto a las suyas, sólo las defendía afirmando su sinceridad. Igualmente obró en lo referente a las circunstancias de su vida; fue espléndidamente bienhechor y murió pobre. En todos sus escritos, en todos sus actos, se buscará inútilmente el rastro de una envidia, de un odio, de un cálculo o de una bajeza. El hombre y la obra parecen igualmente digno de ser admirados, de ser amados. Ningún artista podría proponerse un más

noble ejemplo ni ambicionar un destino más alto».

Su más grande amor fue la princesa Carolina de Syn-Vittgenstein. Por consejo de esta mujer, que tanta influencia ejerció en la vida de Liszt, dejó de ser concertista para transformarse en compositor. Weimar se convirtió por aquel entonces en un nuevo centro de vida artística e intelectual, al que acudieron gran número de jóvenes músicos de gran talento, y en aquel período fue cuando escribió sus poemas sinfónicos, que representan del modo más exacto su individualidad creadora.

En 1861 marchó a Roma, y en 1865, después de haber fracasado las gestiones realizadas para conseguir el divorcio de la princesa Carolina, se retiró a Bayreuth, al lado de Wagner, ya unido a su hija Cósima. La vida de Liszt transcurrió pacífica y melancólica desde entonces, junto a su hija y a su yerno, trasladándose ora a Roma, ora a Bayreuth, siguiéndoles en sus viajes artísticos.

Liszt sobrevivió tres años a Wagner. Seis días antes de morir, el día 31 de julio de 1886, asistió a una representación de «Tristán e Isolda», obra que le causaba siempre una impresión tan honda, que a ella dedicó sus últimas palabras.

La obra de Liszt, suficientemente conocida, no necesita comentarios. En cuanto al hombre, hemos procurado retratarle en ese breve bosquejo de su vida, en la que sobresale, ante todo, un desinterés, una nobleza, una bondad y una lealtad que atestiguan sus condiciones morales y lo digno que era de la gloria que conquistó con una vida intensa y dedicada exclusivamente al arte, sin ninguna mira mercantilista.

En 1887 se publicó la correspondencia, copiosa e interesantísima, cruzada entre Wagner y Liszt. La devoción de Liszt por Wagner, hombre extraordinario, que tan contradictorios juicios provocó y tantos amores y odios atrajo sobre sí, devoción continuada por su hija Cósima Liszt, demuestra una vez más la ausencia de mezquindad, la grandeza de alma de Francisco Liszt.

El mayor elogio que de él puede hacerse, es el que de Liszt hace Calvocoressi: «Murió pobre...» Murió pobre, habiendo electrizado a los públicos y ganado mucho oro, oro que prodigaba, que en sus manos, en su casa acogedora, y por su alma cordial, era de cuantos lo necesitaban, de todo el mundo, más que de sí mismo.

Parábolas de
Han Ryner

¡Que la juventud sea!

SOBRE la debilidad y la ignorancia del niño, sobre la debilidad y la ciencia temerosa del anciano, despóticamente reina el Hecho. Los cortos y ciegos caprichos del primero, las veleidades del segundo, temblorosas y curvadas como pesares, nada pueden contra el vasto tirano. Sólo el joven mira sin miedo y con una cólera a veces ineficaz, las incoherencias y las injusticias cuyo amontamiento forma lo Real. Solo él dice: «¿No es también mi sueño un hecho? ¿No es también mi ideal del presente un creador de porvenir?» Y continúa: «Existe el bloque de las locuras y las fealdades conglomeradas. ¿Es que no existe también mi amor por la armonía? ¿Es que no existen mis manos y mi valentía?». Y es capaz de decir al mundo: «¡Luchemos los dos!»

El bloque resiste, las manos suelen ensangrenarse. ¡Qué importa! El choque doloroso ilumina, en las pesadas tinieblas, la sola llama, la sola esperanza y la sola luz. El esfuerzo, que se obstina, crea su belleza precisa y, ¡ved cómo a veces disminuye la fealdad de la universal y cruel pasividad!

El héroe aislado no podrá esculpir más que su belleza interior. No tarda mucho tiempo en darse cuenta de ello; pero, sin otro cambio que un poco más de gravedad en su voz que canta, continúa su labor; en la infamia de la ciudad, erige en estatua la injuria de su nobleza.

Para el resultado exterior, los héroes no bastan; se precisa un grupo heroico y no mil combatientes aislados, se precisa la gran batalla; no bas-

tan unos jóvenes, se precisa una juventud. A veces, están los jóvenes muy dispersados, demasiado ignorantes unos de otros o divididos por demasiados malentendidos.

¡Contemplad los raros aciertos de la juventud! Son los solos dignos de la historia que quiere hablar sin enrojecer. Sólo ellos levantan en los pantanos societarios la magnífica tempestad, llevándose el dique putrefacto de las rutinas y, por algún tiempo, se precipitan las aguas en río de alegría.

No, no miréis hacia donde se vuelven los ojos estúpidos de los aborregados. Nunca la verdadera juventud se deslizó por el fango político. Su renovación es de pensamiento, de emoción y de belleza. Hay que buscar los aciertos de la juventud en la gesta de las Pleyadas o, por ejemplo, en el Renacimiento, o en ese grupo entusiasta de Auteuil que unía los veinte años de Racine y de Boileau con la tardía floración de La Fontaine y con el florecimiento ascendiente de Molière.

Mirad y plantead el problema de esperanza y angustia: ¿Existe ahora una juventud?

Por varias veces, he contestado a esta pregunta con una respuesta de amor que tal vez se engaña al proclamarse fe y certidumbre. Al interrogarme de manera más profunda mi esperanza se inquieta. Jóvenes heroicos y dotados magníficamente los hay; conozco a varios, adivino dónde pueden estar los otros: alrededor de lo que veo, ¿es que me engaño si creo sentir el inmenso estremecimiento primaveral? Pero, ¿es que todo esto constituye en este momento, una de esas gran-

des y fuertes juventudes de las que se está cierto de recibir magníficos regalos?

En la época de Ronsard, en la época de Racine, en la época de Hugo, eran muy pocos los escritores, todos los jóvenes se podían conocer entonces, organizarse, mancomunarse para el asalto de lo vejestorio y de los tenaces anacronismos.

¡Benditas épocas! Todos habían recibido la misma educación. Que un héroe surgiera y la juventud, formada ya de antemano, se agrupaba alrededor de ese nuevo heroísmo. Al erigir un llamamiento en magnífica bandera desplegada al viento, todas las hasta entonces mudas tendencias se agrupan en una fórmula, reconociéndose. Por doquier responden los entusiasmos, vienen corriendo las alegres abnegaciones.

Hoy, ¿quién tendrá la vanidad de conocer el número de los escritores? Hoy la educación es divergente, divergente también la instrucción. Las diferencias golpean a todas las miradas; pero lo que las circunstancias mundiales y el ritmo vital ponen de común en los hombres de la misma edad, hay que buscarlo y adivinarlo en las profundidades. Nadie podrá expresarlo sin mezclarlo a lo individual, sin levantar miles de protestas.

Renunciad, ¡oh, jóvenes!, a las tácticas que, en las coyunturas demasiado diferentes, dieron la victoria. No renevéis el error que perdió a la juventud simbolista; pues dejó lo seguro por la sombra, la obra y el triunfo por la especulación, la teoría y la polémica intestina. Más cerca de vosotros, mirad a todas esas ruinas inacabadas, decoradas con pomposos nombres de escuelas y que se amontonan en el umbral de nuestros siglos.

No pretendáis tampoco agruparos en un grupo único y expresaros con un solo órgano. Que ningún grupo, que ninguna publicación cometa la imprudencia de proclamar: «¡Nosotros somos la

juventud!» La rica y divergente juventud de hoy, si quiere, entre las risas de los prostituidos y los oficiales, dedicarse a los grandes combates, tiene la necesidad de numerosos grupos y de órganos numerosos. Ya tienen algunos, todos valientes, todos útiles. Pero no tiene bastantes.

Con estéticas diversas, tenéis un mismo ideal práctico: el de la justicia y el de la sinceridad heroica. Os reconoceréis en vuestros rasgos comunes: el desprecio por los falsos artistas que detentan prebendas y honores, y el amor por algunos grandes que trabajan en la sombra y que el populacho burgués no conoce.

Hasta en nuestras diferencias, que harán la época más ricamente gloriosa, amaos los unos a los otros, Decid: «Nuestros enemigos están delante de nosotros; pero ni uno solo se encuentra en nuestras filas, al lado o detrás nuestro». Sois ricos, practicad vuestra riqueza de ricos. Con el que se encuentra en su primer o segundo ensayo, solamente la generosidad merece el nombre de justicia. Ved la grandeza del roble en la pequeñez de la bellota.

Amad las sinceridades que siguen vuestra ruta; amad las que siguen otras rutas. Hay que saber prever; pues el orden secreto de las montañas y de los ríos será obedecido y aquellos hermanos, que parecen alejarse de vosotros, estarán en el momento oportuno, dispuestos y entusiastas, en el próximo desfiladero.

Jóvenes, proclamad con amor para vosotros mismos y para todos los de vuestra edad, y para todos los que mañana vendrán:

¡Que la juventud sea!

Selección de W. MUNOZ

Próximo artículo:

« DE MI SABIDURIA »



Nada es grande, si a la vez no es bueno

SENECA

Glosa al sindicalismo

BASTANTE se ha despreciado la posición del trabajador sindicalista. Precisa que alguien rompa una lanza a favor de la misma.

No son sindicalistas los obreros que envidian la comodidad burguesa o que beben entusiasmo en el zinc del bar. El paria que depende de un rencor o de un vaso de alcohol, es un pobre ente que lo mismo sirve para huelguista flor de un día que para delator esquirolo con mayor espíritu de continuidad.

No es buen activista de la organización proletaria el trabajador mediatizado por las corrientes políticas, por suponer una voluntad intervenida. Este ejemplar de hombre se olvida fácilmente del ideal supremo de justicia social para entregarse a las menudencias del día y a las consignas de partido.

No puede considerarse buen afiliado al cotizante meramente «obrerista», con mentalidad acomodaticia. El ideal de éste no va más allá de la «casetta i l'hortet» con radiogramola, farías de recambio y «chien méchant».

De los sumisos, de los eunuocos, ni hablar.

Frente a esa suerte de sindicalistas oponemos al del militante clarividente y osado que va a la destrucción sistemática del poder capitalista. Hay que contar con el sindicalismo no adaptable a las presentes situaciones.

No es nada simple actuar en sindicalista completo. Más fácil es criticar al militante sindical, que serlo cumplidamente.

El sindicalista acérrimo está dotado de una moral de acero. Convencidos de ello, los estadistas lo calumnian, lo laceran, lo hambrean, le hieren en sus sentimientos y en sus carnes, lo fusilan incluso; porque saben que todo intento de soborno es inútil.

El objetivo mediato de los adalides del Sindicato es la destrucción pura y simple de la sociedad capitalista. ¿Después? El reinado de la igualdad fundamentado en la desaparición de las clases. La fórmula exacta, a cada teorizante del porvenir le ha parecido poseerla. También los ácratas poseemos algunas.

El objetivo inmediato del sindicalista integral (y que nadie se asuste del calificativo) es la obtención de un máximo de mejoras transitorias que

eleven el nivel de vida de la clase explotada y la mantengan adiestrada, esperanzada y dispuesta para el golpe final.

El sindicalista «comme il faut» no tolera destajos embrutecedores y protectores del interés capitalista; que acortan la existencia de quien los practica — por avaricia de dinero— al tiempo que condenan a una parte de la «mano de obra» a miseria ocasional o endémica por falta de trabajo.

El sindicalista verdad no prolonga por nada del mundo el horario de trabajo por respeto a su persona, por fidelidad a las conquistas sindicales, por mantener en alto los salarios y para provocar una permanente escasez de brazos.

El sindicalista abnegado cumple al pie de la letra los acuerdos de boicot, de rechazo de obreros traidores y de encargados malévolos, e impide enérgicamente en los trabajos la comisión de vejámenes y la alteración de las normas beneficiosas para los obreros.

El sindicalista que reseñamos confía en su fuerza, adherida a la del conjunto compañeril, y rechaza de plano la intromisión del disolvente político en el seno de las multitudes productoras organizadas.

El buen militante del Sindicato se preocupa por la capacitación revolucionaria de los trabajadores, tanto en el orden cultural como en el de la producción, con vistas a un libre futuro.

El sindicalista heroico pierde materialmente hasta en el momento de los grandes éxitos huelguísticos. Se conforma con que la disposición moral favorable de los obreros sea mantenida y aumentada, aún a costa de su tranquilidad personal.

Dondequiera que sea que el anarquismo haya renunciado a la táctica sindicalista, ha quedado reducido a una escuela más con nula influencia en los destinos del país. De ese abandono se han nutrido el sindicalismo amorfo y la sindicación libertaricida.

Afortunadamente, la historia viril y emocionante de la Confederación Nacional del Trabajo y la presencia señera de la Asociación Internacional de Trabajadores pueden desvanecer toda suerte de equívocos y toda una plaga de aberraciones.

J. FERRER

Letras sin virtud son perlas en el muladar

EL QUIJOTE

ERASE un asno pensativo, pensativo, como es propio de su especie, y ocioso. La suerte le había hecho nacer en casa rica, donde era considerado como animal de lujo, no de carga. Todo su quehacer consistía en pasear al amo, de tarde en tarde, por las tierras del contorno.

Conocía, al dedillo, estas tierras, propiedad del amo. Sabía dónde estaba el árbol de mejor sombra, la ladera más propicia para tumbarse al sol, el prado de hierba más tierna y el arroyuelo de agua más clara.

Los días, y eran muchos, que el amo no salía de casa, se le dejaba libre para divertirse. Corría, por caminos y caminitos, saltando de gozo, hacia sus lugares preferidos.

Era una vida, la suya, dichosa, dichosa. Pero el ocio acabó por pervertirle, fenómeno corriente. El no tener nada que hacer le llevó a soñar en la acción, como a tantos ociosos, y, como a tantos ociosos, el soñar en la acción le llevó a querer reformar el mundo.

Todo estaba mal. A todo había que poner remedio. El no podía quejarse, pero la vida de los otros animales era un suplicio. Los hombres hacían de ellos lo que querían. Hasta matarlos. Y cualquier animal, aun el más torpe, aun el más incapaz, era más juicioso que no importa qué hombre. Pocas veces, por ejemplo, y sólo en circunstancias rarísimas, se daba el caso, entre animales, de un asesinato, cosa usual, y que los juzga para la eternidad, entre los hombres. En este aspecto, más que en todos, la comparación del hombre con los animales, y en particular con el asno, era inadmisibile.

Había que acabar, sencillamente, con el dominio del hombre, criatura ridícula que se vanagloriaba de no andar a cuatro patas y que tenía que ponerse a cuatro patas para arrancar a la tierra su pan. Lo que era en él como arrastrarse. ¿Por qué los animales, siempre sobre sus cuatro patas, habían de estar dominados por quien tan mal les imitaba?

Reza el adagio que de toda discusión nace la luz. Por experiencia hemos llegado a la conclusión de que ninguna discusión ha conseguido iluminar a nadie. Sobre todo cuando los que discute están cegados por sus particulares puntos de vista, sus simpatías, el íntimo convencimiento de que la razón les asiste.

Todos creemos que la razón nos asiste. Parece como si ésta fuese una moza casquivana, amiga de darse a todos sin distinción. Hay, evidentemente, una razón para cada uno, como hay tantas verdades como hombres.

Para poner de acuerdo esas razones y esas verdades, no se ha encontrado todavía el taumaturgo que obtuviese el tal milagro. Para todos, lo más fácil y lo más cómodo es cargar sobre el presidente de mesa o el director del periódico, la incapacidad para la discusión serena y la imposibilidad del acuerdo imposible.

Sin embargo, la historia recoge esos diálogos de sabios a través de los cuales Grecia iluminó al mundo. Sus discusiones sirvieron de base polémica y teórica a varias filosofías.

Eran, desde luego, sabios, despojados, a fuerza de sabiduría, de esa desdichada pretensión de poseer la razón y la verdad que hacen imposibles y negativas todas las discusiones.

Versiones

EL

riaba de no andar a cuatro patas y que tenía que ponerse a cuatro patas para arrancar a la tierra su pan. Lo que era en él como arrastrarse. ¿Por qué los animales, siempre sobre sus cuatro patas, habían de estar dominados por quien tan mal les imitaba?

No sería difícil acabar con ese dominio. Ciertamente que el hombre era, si no más juicioso que los animales, más inteligente. El asno lo reconocía. No era inmodesto. Pero reconocía también que la inteligencia era, en sus manos, un mal instrumento. Jamás le había servido para nada grande; porque no podía juzgarse grande que hubiera sometido, por ella, a los animales y a otros hombres; ni que hubiera arrancado mil secretos a la naturaleza para volverlos contra sí mismo; ni que hubiera inventado innumerables máquinas para hacerse su esclavo. Que la inteligencia no era, en manos del hombre, un instrumento valioso, lo demostraba el hecho de que no le había bastado nunca para ninguno de sus propósitos. Al final, hasta para las cosas más simples, siempre había tenido que recurrir a la fuerza.

Al llegar a esta comprobación, el asno se frotaba, simbólicamente, las manos. Porque si todo era, al final, cuestión de fuerza, los animales, mucho más fuertes que el hombre, no tenían más que proponerse someterlo para someterlo. ¿No estaba, por lo demás, sometido a mil cosas increíbles? ¿Y no se sometía, voluntariamente, a otros hombres infinitamente menos juiciosos y menos fuertes que los animales?

En las conversaciones con sus compañeros de cuadra, el asno comenzó a exponer las teorías que había concebido sobre la reforma del mundo. Pronto no se contentó con llamarla reforma. Era un mundo sin pies ni cabeza. Había que transformarlo totalmente, radicalmente. Nada había de quedar en pie. Todo era preciso fundarlo sobre bases nuevas. La tierra podía ser un paraíso. Cada cual haría lo que quisiera, nada más que lo que quisiera. Nadie estaría sometido a nadie. Sólo el hombre, criatura nociva, sería reducido a esclavitud. A una esclavitud dulce: no había que parecerse a él en nada. Y únicamente para evitar que hiciera el mal, hábito en él inveterado. Si algún día llegaba a servirse de sus cualidades honestamente, se le dejaría en libertad, participaría del bien común.

Sus compañeros de cuadra escuchaban al asno atónitos. Nada decía que no fuera real; pero desconfiaban de él. Era un ocioso. ¿No querria arrastrarles a caminos que él mismo no seguiría?

Simples, intactos, veían las cosas antes de que sucedieran. El asno no tenía ya esta facultad. Como tantas criaturas, había perdido en saber lo



ASNO

que había ganado en instrucción. Antes, cuando no era más que el animal pensativo para que había nacido, veía también las cosas desde mucho más adentro. El soñar en la acción a que le llevó el ocio, instruyéndole, había acabado con su ser esencial. No existe perversión mayor.

La desconfianza de los otros animales no era infundada. Como todos los ociosos que se meten a reformadores del mundo, el asno no tardó en asustarse de sus propias teorías. Sobre todo, cuando algún animal desdichado, de los que tenían más razones de queja que él, intentaba seguirlos. Se espantaba entonces de las consecuencias de sus consejos, y ponía sordina a sus propios dichos. No habían sido bien interpretados, afirmaba sin inmutarse.

Acabó, en su perversión, por no ser más que un moralista. Nada había que no condenara, y nada, después, que no justificara. Terrible destructor, y reconstructor apresurado, en seguida, de lo que destruía: espectáculo no por frecuente menos lamentable.

Sus compañeros de cuadra acabaron por perderle el respeto, y por reírse de él, cosa inaudita. Nadie se había reído jamás de un asno, excepto el hombre, que no cuenta.

Pero todavía, de vez en cuando, alguno, que ya no podía soportar la existencia, seguía sus consejos olvidando la experiencia de los demás.

Así sucedió a una vaca, con la que el azar le hizo pasar unas noches en compañía. Venía la vaca del trabajo cotidiano rendida, a fin de alientos, sin ganas de nada, ni de comer: sólo de tenderse, de dormir y de olvidarse, durmiendo, la dureza de su condición.

— ¿Qué te sucede? — le preguntó el asno, viéndola tan fatigada.

— ¿Qué quieres que me suceda? Que arrastro una existencia casi tan miserable como la de los hombres. Como la de los hombres que dependen, como nosotros, de otros hombres. Trabajar, comer y dormir. Tal es mi suerte. Ni un momento para correr por los prados; ni un momento para tenderme al sol; ni un momento para beber el agua clara de una fuente; ni un momento para mí misma, para ser yo misma.

— Ya os lo he dicho: hay que acabar con este mundo absurdo.

— Sí, eso estará bien. Pero, entretanto, perezo poco a poco. Cada día mis fuerzas disminuyen y cada día tengo que trabajar como si no hubieran disminuido. Y eso no es vivir.

— Permíteme te diga que es así porque quieres.

— ¿Porque quiero?

— Sí. Entretanto que se acaba con este mundo absurdo, la moral permíteme se engañe a quien nos

domina. Y nada más fácil que engañarle. ¿Qué te impide, por ejemplo, fingir una enfermedad?

El consejo no cayó en saco roto, y la vaca, cuando vinieron a buscarla al día siguiente, parecía realmente enferma, muy enferma. Sudaba, tenía la lengua fuera de la boca y los ojos como apagados.

No había tiempo, por el momento, de llamar al veterinario. El trabajo que la vaca tenía que hacer era urgente. Y todos los demás animales habían partido ya para sus tareas. No quedaba más que el asno. Se echó mano a él. Y por primera vez en su vida supo lo que era trabajar, y por primera vez en su vida tocó con el dedo cuán imprudentes eran sus consejos.

Regresó, llegada la noche, por falta de costumbre, mucho más fatigado que la vaca. Pero no quiso que se viera su fatiga. Bromeó, derrochando a raudales el ingenio, con su compañera. Su perversión había alcanzado, aquel día, el límite postrero.

— No acierto a explicarme tus quejas — dijo finalmente a la vaca —. El trabajo del campo es un deleite. Se está en pleno sol; se está en pleno aire. Se respira con delicia. Llegan de todas partes rumores armoniosos.

— Ya me hablarás de todo eso cuando pasen unos días — comentó la vaca.

Y en seguida, como el esclavo que teme un castigo preguntó:

— ¿Ha estado el amo a ver el trabajo?

— Sí.

— ¿Qué le han dicho?

— Lo que creen la verdad: que estás enferma.

— ¿Y qué ha dicho él?

Aquí el asno se concentró. Tenía que deshacer su consejo. Tenía que hacer que la vaca volviera al día siguiente al trabajo. No habría sido, si no lograba esto, el moralista que era. Como quien no dice nada, de un modo indiferente, contestó.

— Ha dicho que, si mañana no te encuentras bien, como ya eres vieja, te llevan al matadero.

DENIS

España es hoy una nación que vive secuestrada. No puede hablar porque su boca está oprimida por la mordaza de la censura. Le es imposible escribir porque tiene las manos atadas. El instinto de conservación impide que las gentes salgan a la calle para protestar contra tal esclavitud.

Un ejército poseedor de todos los medios destructivos oprime al país y le es fácil ahogar con fusiles y ametralladoras las quejas de la muchedumbre desarmada.

En España el ejército es una clase aparte; una especie de casta social, como en la Prusia del siglo XVIII durante el reinado de los primeros Hohenzollern.

España no puede hablar. Vive dentro de Europa como una mujer secuestrada en el interior de un cuarto forrado con colchones que impiden oír sus gritos.

(Esto lo escribió Vicente Blasco Ibáñez en 1925).



MICROCULTURA

1137. — El 12 de febrero de 1541 el español Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santiago de Chile, hoy capital de la República de Chile.
1138. — La «uricemia» es la acumulación de ácido úrico en la sangre.
1139. — La hermosa «suite» «Scherezada» fué compuesta por Nicolás Rimski-Korsakov.
1140. — El «vaho» es un vapor que despiden los cuerpos en determinadas condiciones.
1141. — Se entiende por «supino» lo que está tendido sobre el dorso.
1142. — Los británicos envenenan cada año su atmósfera con quinientas mil toneladas de dióxido de sulfuro y otros compuestos químicos, quemando carbón.
1143. — El río Mapocho margina la ciudad de Santiago de Chile.
1144. — La droga serpatilina es una combinación sedante y estimulante que da sensibles mejoras a niños retardados.
1145. — El parahuso es un instrumento manual usado para taladrar.
1146. — La cristalografía fué fundada por Renato Justo Haüy, mineralogista francés, en 1781.
1147. — El «quisco» es una especie de cacto espinoso.
1148. — El libro «El país de la blanca aventura» (White land of adventure) editado en 1957 en Estados Unidos, es el mejor compendio que tenemos ahora sobre la Antártica.
1149. — Se entiende por «ralea» la especie, género, cantidad, etc.
1150. — El 1 de abril de 1578 nació Harvey, el descubridor de la circulación de la sangre.
1151. — Por ópimo, se entiende a lo que es rico, fértil, abundante.
1152. — Una «paramera» es una región o vasta extensión de terreno, donde abundan los páramos.
1153. — La bellísima composición «El claro río» se debe al compositor Demetrio Shostakovitch.
1154. — El 4 de septiembre de 1609 descubrió Henry Hudson el río que lleva su nombre.
1155. — Un «ramojo» es un conjunto de ramas cortadas de los árboles.
1156. — La ballena azul puede llegar a pesar ciento cincuenta toneladas.
1157. — En marzo de 1959 se ensayó en Florencia Italia, un «corazón eléctrico» capaz de resucitar a un muerto reciente en un corto periodo de tiempo. ú
1158. — Cuanto más alto es el voltaje, menos se calienta el cable conductor, y la energía eléctrica se transporta con menos pérdidas.
1159. — El tiburón ballena es el gran asesino de las regiones antárticas.
1160. — Los gitanos, que están esparcidos por el mundo entero, se conocen entre ellos con el nombre de «rom», que quiere decir «hombre pequeño».
1161. — En Ischigualasto, Argentina, ha sido descubierto un rico campo de fósiles que tiene veinte kilómetros de largo y contiene huesos de reptiles que vivieron hace unos 1170 millones de años.
1162. — El curiosísimo pez «grunión» sale a la playa para reproducirse, y luego de depositar los huevos en la arena, vuelve al mar.
1163. — El pingüino emperador es el único sobreviviente antártico de cuando la Antártica era una verde región forestal.
1164. — El primero en rodear la Antártica con una embarcación fué James Cook, en 1772.
1165. — Artículo es la parte de la analogía que antecede al nombre para anunciar el género y su nombre.
1167. — Nuevas drogas han resultado eficaces para combatir una enfermedad rara y a veces fatal, la lupus eritematosus sistemática, que tulle a las personas que ataca.
1168. — El hermoso libro «Mars» (Marte) de Franklin M. Branley, Nuevo Yark, 1955, es uno de los mejores que ahora tenemos sobre nuestro vecino planeta.
1169. — En esperanto todos los nombres terminan por o, los adjetivos por a, los adverbios por e y el infinitivo de los verbos por i.
1170. — El «epicarpio» es una película o telilla que cubre el fruto de las plantas.
1171. — La más próxima estrella, Alfa del Centauro, esta a cuatro años luz y para llegar a ella, viajando a quinientos mil kilómetros por segundo, se necesitarían miles de años.
1172. — La «facomalacia» es el ablandamiento del cristalino del ojo.
1173. — El artículo determinado en esperanto es «la» que como el inglés «the» sirve para todos los géneros y numeros.
1174. — Plutón, el más lejano de los planetas de nuestro sistema, tarda 247 años y 70 días en hacer su viaje de traslación alrededor del sol.
1175. — Gran Bretaña es la isla que se conoce con el nombre de Albión.
1176. — El plural en esperanto se forma con la «j» final, con sonido equivalente a la i castellana: domo (casa), domoj (casas).
1177. — Los planetas interiores son Venus y Mercurio; los exteriores son Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Plutón.
1178. — La rotación de Marte es de 24 horas y 37 minutos; la rotación de la Tierra es de 23 horas y 56 minutos.
1179. — Se entiende por «gayar» adornar una cosa con diversas listas de otro color.
1180. — Los pronombres personales del esperanto que se emplean como sujeto en la conjugación de los verbos son: mi, vi, li, si, gi, vi, y ili (si y gi llevan un acento circunflejo sobre las consonantes).
1181. — Soemmering, en 1785, fundó la antropometría.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Canción

Me pierdo en mi soledad
y en ella misma me encuentro,
que estoy tan preso en mí mismo
como en la fruta está el hueso.

Si miro dentro de mí,
lo que busco veo tan lejos,
que por temor a no hallarlo,
más en mí mismo me encierro.

Y si fuera de mí salgo,
más de prisa a mí me vuelvo,
que ya ni me entiende el mundo,
ni en el mundo nada entiendo.

Así, por dentro y por fuera,
se equilibra mi destierro.
dentro de mí, por temor,
fuera, por falta de miedo.

Entre mis dos soledades,
igual que un fantasma hueco,
vivo el límite de sangre,
sombra y fiel de mis deseos.

Bien sé yo que en la balanza
que pesa mi sentimiento,
el platillo del temor
es al que más yo me aprieto.

Pero lo que busco en él
de tal manera lo anhele,
que sólo quiero alcanzarlo
cuando esté libre mi cuerpo.

Hoy mi soledad me basta,
que en ella sé lo que espero,
lo que por ella he perdido
y lo que con ella tengo.

EMILIO PRADOS

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

« Aladino y la lámpara maravillosa ».....	1 80
« Ali Babá y los cuarenta ladrones »	1 80
« Capitalismo, democracia y socialismo liberta- rio », P. Souchy	1 20
« Criadero de curas », A. Sawa	1 50
« Del amor », Stendhal	1 20
« Don Juan Tenorio », Zorrilla	1 20
« Doña Perfecta », Galdós	1 20
« El barco varado », Vega Alvarez	1 00
« El cartero del Rey », R. Tagore	1 20
« El castillo de los Carpatos », J. Verne	1 00
« El dueño del mundo », J. Verne	1 00
« Elevación » (poema), A. Navarro	1 00
« El faro del mundo », J. Verne	1 00
« El gato con botas », Perrault	0 50
« El muchacho y la fortuna »	0 50
« El payaso inimitable », Zamacois	1 20
« El rayo verde », J. Verne	1 00
« El secreto de Martin », J. Verne	1 00
« El secreto de Will » J. Verne	1 00
« Fábulas de Esopo »	2 00
« Fábulas de Iriarte »	2 00
« Fiesta en España », Endériz	3 00
« Gulliver en el país de los enanos »	1 80
« Gulliver en el país de los gigantes »,	1 80
« Ivanhoe », W. Scot	1 80
« La alfombra mágica »	1 80
« La vorágine », Rivera	1 20
« La Celestina », Rojas	1 20
« La Cenicienta », Perrault	1 80
« La cosecha », R. Tagore	1 80
« La invasión del mar », J. Verne	1 00
« La lucha con el demonio », S. Zweig	1 20
« Las doce pruebas de la inexistencia de Dios », Faure	1 50
« La historia de Juan Maria, J. Verne	1 00
« Las tres damas de Bagdad »	0 50
« La tragedia de una vida » S. Zweig	1 20
« La Vampiresa », J. Ohnet	1 20
« Los dos mercaderes »	0 50
« Los primeros hombres de la Luna » Wells	1 20
« Marianela », Galdós	1 20
« Momentos estelares », Zweig	1 20
« Pasión perdurable », M. G. Stopes,	1 20
« Pensamientos », J. Peiró	3 00
« Pepita Jiménez », J. Valera	1 20
« Peter Pan; »	1 80
« Poemario patético » (preludio a G. Lorca), Volga Marcos	1 50

MAS DE 80 AUTORES

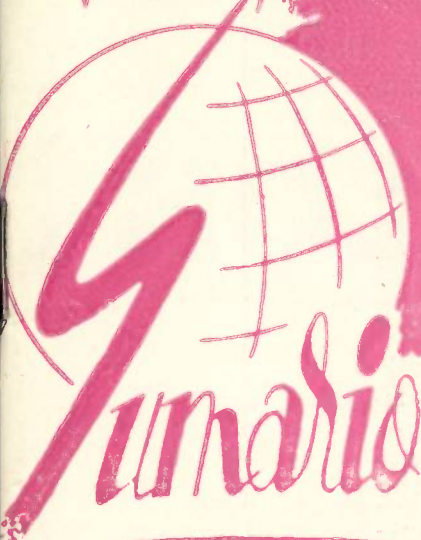
« Elementos de Psicología », E. B. Tichener	3 00
« El Hombre », A. Besant	15 00
« El hombre que se reía del amor », Pedro Mata	1 80
« El Hombre y el Mundo », R. W. Emerson	4 50
« El incendio », M. Dib	1 00
« El Japón sobre el mundo », A. Zischka	4 20
« El jardín encantado », A. Zamora	3 50
« El Mandarín », E. de Queiroz	1 20
« El matrimonio moderno », W. Stekel	12 00
« El pensamiento político de la derecha », S. Beauvoir	5 00
« El petróleo », F. Delaisi	2 00
« El Rastrojo », J. J. Berón	2 00
« El secreto de la concentración », Subirats	6 00
« El sexo en la civilización », (Varios)	7 00
« El sistema cooperativo », Warbasse	6 00
« El temor sexual », E. W. Hirsh	5 50
« En busca de un millonario », D. Lilly	3 00
« En marcha », F. Roosevelt	1 20
« En medio de los escombros », Lizcano	3 80
« Enrique V », Shakespeare	1 20
« Errico Malatesta », Nettlau	3 50
« Evolución histórica de la Biología », E. Nor- dens	13 00
« Fabiola », Wisseman	1 80
« Filosofía de las leyes »,	6 50
« Fénix », Wells	4 90
« Filosofía de las leyes », D. Papp	6 50
« Filosofía del derecho », F. Hegel	5 60
« Fisiología de la vida sexual », Dr Schwarts	3 50
« Fisiología del trabajo », A. Herlitzka	28 00
« Fugitivo del amor », E. Knight	8 40
« Hábitos sexuales de la mujer », Wittel	6 00
« Hacia el Norte », Bowen	9 00
« Historia de la conquista de la tierra », Ander- sen	4 90
« Historia de un corazón », E. Castelar	1 20
« Horas de lucha », M. G. Pradas	6 50
« Ideas para una concepción biológica del mun- do », V. Uexkull	7 50
« Impaciencia del corazón », S. Zweig	5 60
« Infancia en N. Y. », Fast	5 50
« Introducción al Teatro de Sófocles », M. R. Li- da	7 50
« Italia fuera de combate », I. Herraiz	2 00
« Jerome 60 », Bedel	2 50
« Joaquín Costa », L. Menéndez	1 50
« Juan Azul », Giono	4 50
« Kinsey y la sexualidad », Dr. Guerin	5 00

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)



CENIT

sociología
ciencia-literatura



Plácido Bravo : Hoja por hoja.

Fontaura : Pedanterías, soberbia, sencillez y dignidad.

Angel Samblancat : La mística española.

J. Ruiz : Ideas sobre educación.

Dr J. Alvarez-Sierra : El mayor triunfo del doctor Ferrán.

A. E. Taylor : Sócrates.

Alfonso Reyes : De cómo Grecia construyó al hombre.

V. Muñoz : De mi sabiduría.

Soledad Gustavo: Paracelso.

Puyol : La luz apagada.

Denis : El bufón.

Joaquín Calvo-Sotelo : Fin del proceso Eichmann.

Victor García : El pensamiento anarquista (folletón).

135

MARZO · 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4º P. 5523

47

Nuestra portada

Vientos fascistas soplan por el mundo. La amenaza que ayer pesó sobre el pueblo español pesa hoy sobre otros pueblos. Se creyó en ciertos medios obreros que aquello, el crimen que se cometía el año 36 con España, era, en parte, merecido, pues más de uno pensaba y piensa que el español es un pueblo iracundo, moroso, malhumorado, y este defecto le hacía acreedor de aquel castigo.

Y el digno pueblo español continúa subyugado por la tiranía que le oprime y asesina desde hace un cuarto de siglo. Este mismo yugo está amenazando ya a otros pueblos. Nunca el incumplimiento del deber termina en dicha para nadie. Hoy yo —decía el español— mañana todos. Y, eso, parece que se realizará si no hay más comprensión, más decisión y más virilidad.

¡Pueblos de todas las latitudes! El yugo que pesa sobre las espaldas de este español es una mercancía que no conoce fronteras. Hasta ahora ha sido español, mañana puede ser francés, belga, inglés... Puede ser universal.

¡Trabajador, no más sufrir, es hora de que despiertes!



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evello G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Marzo 1962

Nº 135

HOJA POR HOJA

CUESTA arriba, rumbo hacia el levante marino, anduvo cosa de tres leguas nuestro fugitivo adolescente. El camino torrente sediento, era áspero; formado por las erosiones de tremendos aguaceros, sus asperidades no podían limarlas los pies del andariego, ni los cascós de sus bestias. Piedras desenterradas de su milenario aposento rodaban solas por la agudizada pendiente, y en el talud, las raíces desencarnadas de los frenos, retorcidas, semejaban sierpes.

Sudoroso, jadeante, llegó al rllano de la serranía. Por allí pasaba la carretera polvorienta. Sentóse en el jalón rojiblanco de donde se divisaba panorama espléndido, contemplado por él tantas veces. Del poniente, un crepúsculo rojo-amaranto parecía incendiar el paisaje agreste. Las moles septentrionales, cual frívolas modistillas en verbena, parecían lucir festoneados mantones de Manila. Al mediodía, la exuberante, feraz ribera, extendía sus galas verdes; y el canal fecundo aparecía como una línea de fuego, custodiado por dos hileras de álamos altos y esbeltos. Una franja vaporosa, gris de perla, cubría el horizonte levantino. Cesó el bochorno sofocante, y una brisa fresca, perfumada a su paso por pinedas, soplaba meciedo hojas y hierbas.

Es de este jalón que nuestro nihilista en agraz, futuro positivista en hierba, despidióse de su repudiada aldea. Con un suspiro inefable, confuso, no sé si más triste que alegre.

Anduvo altas horas de la noche, cruzando aquí yuntas de regreso, allá rebaños hacia las improvisadas parideras, en cualquier lugar apropiadas durante estas noches veraniegas.

Llegado a un prado recién segado, muerto de fatigas y emociones, tentado por el sueño, tiró su petate al suelo. Unas bra-



zadas de forraje, de oloroso heno, sirvióle de camastro al quebrantado mancebo. Y mecido por el sussurro de los grillos, velado por miradas de estrellas, confundió sus agitados misteriosos sueños, con el misterio de aquella noche serena.

Los horizontales rayos solares, el trote de una recua de yeguas, sacáronle de sus ensueños. El rocío habíale rociado de perlas, dulces y frescas, sus calenturientas sienas. En vano, meditabundo, buscó las llaves de tales fantasías cuando estaba despierto. Perdidas en las regiones subcons-

por Plácido BRAVO

cientés, cobijo de insatisfechos deseos, aun la aguja en el pajar era de más fácil encuentro.

Desalterándose en el límpido arroyo, yantando sobre las ramas de engalanados cerezos, aprisa, poco menos que corriendo, alcanzó el desértico apeadero. Poco después, los pies arrastras, cayado en mano, vestido de recia pana y calzado de alpargatas, apareció en la cita improvisa un venerable viejo. La cabeza cubierta por un usado y descolorido chambergo, avanzó el anciano hasta el banco del apeadero. El zagal mirábale entre curioso y sorprendido, en tanto el viejo saludábale e inquiría sobre su destino y procedencia.

Al mentar la aldea el muchacho, sorprendido y sonriente, dijo, interrumpiendo, el viejo:

— ¿Y no reconoces a Diógenes, el solo superviviente de los Falceres?

Atónito, suspenso, dando luego muestras de súbito contento, sin lograr articular vocablo, lanzóse el zagal en brazos del viejo aldeano errante, su vecino y aún lejano pariente.

Luego, intimamente, sentados sobre la yerba de la cuneta, contó el rapaz su huida, sus cuetas, sus deseos y desasosiegos, reclamando con vehemencia velada rumbos y consejos.

Y los ojos turbados por el tenaz recuerdo, así irrumpió el viejo:

— ¡Qué paralelismos! ¿Sabes que en dar tal paso no fuistes tú el primero?... Sesenta años ya que yo emprendía semejante vuelo. Mas, ¿de qué serviría el minucioso recuento histórico de lo que han sido quebrantos y triunfos sinsabores y trofeos de mi vida, pletórica de ellos!

Antes que rescoldo fui llama; que fruto, flor. Hoy, cuando mi linterna temo se apague en breve, voy a regalarte unos conceptos resumidos. Síntesis de mis desvelos y compendio de mis sueños.

«Aprende que los dioses sólo revelan algo a los que nada entienden».

«Que los hombres sólo saben aquello que enseñando — y sobre todo sufriendo — aprenden».

«Que no hay caminos de Damasco en la vida, que valgan. Calvarios, montes calvos, si hay. Y es deambulando por estos caminos y viacrucis que adquieren, los hombres, figura y temple».

«Que de la Arcadia soñada a la Sodoma aborrecida, o viceversa, suele haber gran trecho, que si pronto lo miden muchos, muy pocos andan el tal trayecto. Y es por estas sendas y caminos que hallaréis al hombre. Sólo los perdidos en tales lugares sucede que en veces se encuentran».

«Que no te deslumbre la verdad, ni el error te amedrente. Los aciertos, aun los más elocuentes, con el tiempo, no suelen ser más que ensayos aproximativos de la infinita meta; fracasados si tratas de fijaros en cualquier lugar eternamente. Y de la prisión de la Duda, para abrazar la Verdad, no saldrás más que cargado de yerros».

«Duda, duda mucho y sé contigo cinico, con los demás sólo sincero. Si así no obras y dudas exponte a ser tu propio Judas».

«Exige mucho de ti mismo para tener el atrevimiento de pedir algo a los demás. Y cuando algo quieras, procura ante todo ha-

llar la fórmula para alcanzarlo. Y, asimismo, cuando algo detestes, intenta saber el porque.

El tren apareció por el paralelo de hierro que en la lejanía parecía converger. Su trepidación hizo enmudecer al docto anciano.

En vano el adolescente intentaba descifrar el lenguaje, para él sibelino, del anciano.

Sólo comprendía aquello:

«Antes que rescoldo fui llama. Que fruto flor». ¿Y no era esto lo primordial?

El tren arrancó llevándose al mozuelo quimérico. Por la senda serpentina desapareció el docto viejo.

El primero huyendo de cierto lugar, camino de no sabemos aún dónde. El otro, regresando de donde no le importaba ya, camino de aquella aldea. El uno huía para vivir. El otro regresaba para morir. Hay lugares predestinados. Y vidas convergentes aún tomando caminos opuestos.

I

¡NIEVA!

Nieva:
cae del cielo un llanto
de lágrimas muertas.

Nieva:
sobre las espinas que hay en los rosales,
blancas rosas quedan.

Nieva:
¡parece una rosa
de nieve la tierra!

II

ESTA TODO BLANCO

Está todo blanco:
blancos los caminos, los cerros, las sierras;
blancos los cipreses de los cementerios;
blancas las veletas...

Está todo blanco:
blancas van las nubes,
blanca está la tierra.

III

FRIO...

No hay fuego en mi hogar!
¡y en la calle nieva!...

La ciudad se viste de blancos sayales:
¡y en silencio reza!

Por la calle pasan los desheredados,
pasa la miseria...

Son niños que piden
y ciegos que tiemblan...
Y en mi hogar no hay fuego;
¡y en la calle nieva!...

IV

LA ABUNDANCIA

¡Dicen que la nieve
esponja la tierra;
que el año que nieva
hay buena cosecha.

Pero yo pregunto: ¿De qué va a servir
la abundancia
a éstos que ahora de frío se mueran?

¡Dicen que la nieve
esponja la tierra;
que el año que nieva
hay buena cosecha.

V

FIESTA

Es en la alta noche;
va a haber una fiesta:
va a mostrar la luna
su cara de muerta,
y va a sonreirse

al ver toda blanca a su hermana la tierra.

C. DELGADO

Pedantería, soberbia, sencillez y dignidad

por FONTAURA

El consenso común ha dado a cada palabra un valor intrínseco. Es lógico que a él nos atengamos. Fácil es consultar cualquier diccionario y tener una idea cabal de lo que es la pedantería y de lo que representan los pedantes. Igualmente resulta simple formarse un criterio con referencia a lo que significa la soberbia y acerca de la mentalidad de quien es poseído de ella. Huelga, pues, a este efecto, extenderse en consideraciones.

No me causa extrañeza leer que «en la soberbia se encuentra el verdadero instrumento de la justicia social», ni tampoco me sorprende que alguien trate de hacer el panegirico de la pedantería. No recuerdo qué pensador, dijo que, en materia de filosofía se han expuesto las tesis más encontradas, y hasta los más inverosímiles absurdos han tenido sus defensores. En los libros de Nietzsche, de Stirner y hasta de Vargas Vila ha habido quienes creyeran hallar materia para justificar un mezquino egoísmo, una necia egolatría, o una concepción de las cosas amanerada y decadente. Si en tamaños excesos se ha puesto empeño, si tales aberraciones han sido difundidas, no es cuestión de escandalizarse ante razonamientos no como aquellos desorbitados; máxime queriendo apreciar en estos últimos sinceridad y buena fe.

El «complejo de inferioridad» de que algunos individuos a sí mismos se hacen objeto, se combate y se anula con el bien sentido concepto de la dignidad, que puede ir a la par con la sencillez en el comportamiento, en el modo de ser. No veo el porqué haga falta rellenarse de pedantería o estar hinchado de soberbia para evitar, en la vida, el ser minimizado. Todo aquel que siente complacencia en leer obras de carácter biográfico, sabe que en los dominios del arte, de las ciencias, y en todas las ramificaciones de la vida social, ha habido elementos de relieve personal que supieron aunar la sabiduría, el talento, con la sencillez. Y sin referirnos a las figuras de un acusado relieve representativo, están quienes, en la vida corriente son llanos, sencillos, sin que ello sea obstáculo para que cuando les hace falta sepan levantar la voz y defender los fueros de la dignidad ultrajada, no tolerando vejámenes ni humillaciones.

De tiempo inmemorial se ha ridiculizado a los pedantes. Tanto en la novela como en el teatro: Moratin, en su obra «La derrota de los pedantes», y Molière en varias de sus producciones teatrales han sabido reflejar la irrisoria fisonomía moral de los pedantes. Modelo de pedantes lo era el escritor italiano Pico de la Mirandola, cuya divisa decía: «De todas las cosas que pueden saberse». O sea que el hombre tenía la pretensión de poder discutir con quien fuere, en torno a todas las cosas afectando a la inteligencia humana. Se dice que Voltaire, con aquel aire entre cáustico y zum-

bón que le caracterizaba, agregó unas palabras a la divisa citada, en este sentido: «De todas las cosas que pueden saberse... y de algunas más». Ello supone ya el **non plus ultra** de la pedantería. En cuanto a la soberbia: ¿quiénes más que los dictadores han dado prueba de tenerla? Cuantos trataron a Mussolini y a Hitler han señalado reiteradamente la soberbia que a uno y al otro les caracterizaba. Incluso Dollfus, el «Canciller de bolsillo», se caracterizaba por su soberbia. Es la soberbia un modo de ser habitual en los militares, acostumbrados a mandar y a ser obedecidos. El pedante, el soberbio, el ególatra, son tipos que se consideran de un rango superior a los demás mortales; tienden al endiosamiento. Cuando en una peña de amigos, una agrupación cultural o recreativa, se han juntado dos o más pedantes con su necia fatuidad y sus desmesuradas pretensiones han creado un enrarecido ambiente de personalismos y malestar.

Hay quienes no llegan a comprender que la sencillez y la modestia naturales no tienen porque estar divorciadas de la inteligencia. Se puede ser muy inteligente sin vanagloriarse de ello, sin hacer ostentación de conocimientos. En uno de los libros de Rodolfo Rocker, el titulado Max Nettlau, el Herodoto de la Anarquía, se pone bien de manifiesto la sencillez que caracterizaba al cultísimo historiador del anarquismo, sencillez que pudimos comprobar cuantos tuvimos la suerte de conocerle personalmente. ¡Ah, pero Nettlau sabía poner vehemencia en la pluma elevando el tono de voz cuando precisaba poner los puntos sobre las íes en discusión con el adversario o con un falso amigo!

En unos sagaces comentarios a la obra del príncipe Juan Manuel, «El conde Lucanor», pone Azorín estas palabras: «En nuestras cosas en la vida cotidiana, debemos pasar por alto — indulgentemente — las pequeñas cosas. En la vida pública, a la vista de todos, de igual manera, no debemos ponernos fieros ante lo que en sí tiene escasa importancia... Pero cuando se trate de cosa grande, cuando se trate del corazón, entonces pongamos todas nuestras fuerzas, todo nuestro ardor, todo nuestro ímpetu en defender la esencialidad de nuestro ser moral: las ideas, los procedimientos, la conducta, la honradez, la sinceridad.» He ahí, con las citadas palabras, reflejado lo que considero sentido de la dignidad, y en él puede estar integrada la sencillez. ¿Qué tienen que hacer ahí la soberbia y la pedantería, ridícula psicosis de los que creen estar de vuelta en todos los problemas, aunque a veces no vean más allá de sus narices?

Se ha dicho: «Mucha ciencia descubre al hom-

bre su mucha ignorancia». Así es en realidad para toda persona sensata y con la inteligencia susceptible de comprender cuán grande es la cantidad de conocimientos humanos y cuánto falta aún por conocer. ¡Ah, mas el pedante y el que es soberbio en su comportamiento, no tienen en cuenta ese sentido de relatividad que enseña a ser modesto! El pedante y el hombre soberbio necesitan lecciones de nada ni de nadie. «Vanidad de vanidades»...

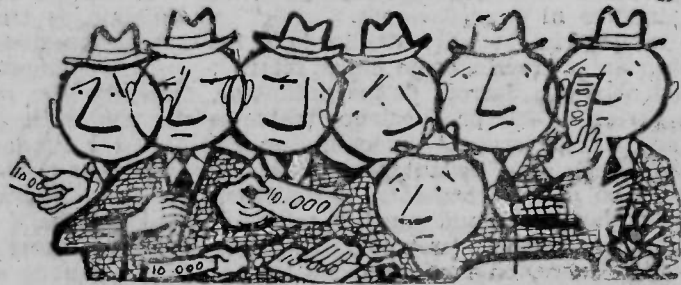
Es aconsejable poseer un noble sentimiento de emulación. Querer llegar a la altura de conocimientos que otros han alcanzado. Importa guardar un fondo de independencia en nuestro fuero interno. Ser conscientes de nuestros actos. Complacernos en ser inconformistas, rebeldes. No ser humildes hasta el extremo de soportar humilla-

ciones o burlas de mal gusto por parte de nadie. No mirar a nadie con aire reverencial. Es interesante guardar la inquietud del que se considera eterno «aprendiz de mirar», siempre en el anhelo de otear horizontes nuevos, ya en lo físico o bien en lo intelectual. Rechazar todo cuanto tienda a avasallarnos.

Y es aconsejable también prevenirnos al respecto de opiniones que, aún suponiendo y hasta creyendo están concebidas con la mejor intención, se prestan al equívoco... Opiniones que aún tomando giros de novedad nada tienen de nuevas, y menos para los libertarios acostumbrados a arremeter contra las reminiscencias, los atavismos de mil colores, producto, a la postre, del medio burgués.

El dinero y los periódicos

Una de las tristezas de los hombres de mi edad es advertir cuánto ha aumentado desde un tercio de siglo entre nosotros el papel del dinero en los bastidores del escenario político... «Para el dinero y por el dinero!» Tal parece ser en ambas costas del Atlántico la divisa de la inmensa mayoría de los políticos... La ingerencia del dinero se deja sentir aun sobre la Prensa, ese poder que se dice superior a las autoridades constituidas. En Francia, en Alemania, en Austria, en Hungría, en Italia, lo mismo que en ambas Américas, muy pocos periódicos están libres por completo de ese yugo envilecedor. Casi todos llevan puesto un collar de oro, donde su respectivo amo cuida de no grabar sus iniciales. Los Gobiernos, o los gobernantes, han hecho muchísimo para corromper a la Prensa, las Cámaras y los electores. La venalidad ha sido para ellos un procedimiento de gobierno... Las manos que pagan se abren por fuerza por la mano que recibe: el verdadero corruptor es el corrompido... — LEROY-BEAULIEU.



La mística española

ESTOY enfrascado en la lectura de las obras completas de la Doctora del Carmelo, de la que sólo conocía «Las Moras o Moradas», la no muy mala «Vida», las «Fudiciones», digo «Fundaciones» y parte del Epistolario.

No recuerdo si fue consecuencia de la primera visita que hice al «Castillo interor» de la santa un artículo que publiqué en «El Diluvio» de Barcelona.

A pesar de la irreverencia un tanto burdégana con que juzgué a la sazón a la Madre de la Descalez, declaro hoy sin ambages que Teresa de Jesús e Isabel de Castilla — la llamada Reina Católica — me parecen las mujeres de más fibra y temple en la Historia niversal.

Ninguna de las dos debe su notoriedad al sexo y, como la ternera, a la finura de su solomillo; a haber sido, como la mayoría de las hembras de rompe y rasga del Olimpo y del Parnaso, dos ninfómanas indecentes o dos sanguinarias hienas.

Isabel no hizo más que esto: asociar con su matrimonio las behetrías de Castilla y de Aragón, consumando la unidad de mando peninsular, echar de Granada a los árabes, empujándolos hacia el futuro ferrocarril transahariano; alentar los sueños y las empresas de Colón, dando lugar al descubrimiento de estos nopales.

Y no es que a mí la obra imperial del castellanismo me haga muy feliz. La Historia es una historia: una escorpionera y un melonar. La unidad hispana debió presidirla el espíritu federativo de la Corona de Aragón. Los moros debieron expulsar de España a los cristianos o cristeros, y no viceversa; porque los cristicolas eran de los dos bandos el más bruto. A América la hemos infectado de soldanatos de la gachupinalla. Pero...

La Cepeda sembró de eremitos del Carmen a Andalucía, a Castilla y León, fundando sucu-

sales de se trust o kártel ascético en Avila, Segovia, Salamanca, Soria, Burgos, Valladolid, Sevilla, Granada, Palencia, Toledo, Medina del Campo, Pastrana, Alba de Tormes, etc.

El expansionismo territorial depredador de la primera dama de Castilla obedece a la misma celestial inspiración rapaz, al mismo posesorio furor, que el proselitismo religioso de la ilustre priora del convento de la Encarnación de Avila; de la que nos ha dejado una estampa legañososa Fray Juan de la Miseria, pintamonas que, aunque discípulo de Sánchez Coello, «no era artista muy primo».

La prelada de la Encarnación llevaba, de chica, una falda de color naranja, ribeteada en los bajos de una triple orla de terciopelo negro.

La hoguera de la sed de cielo sobre un montón de infernales tizones y de pasiones negras, que fue toda la vida de la reformadora carmelita, no podía tener un signo gráfico más neto que ese indumento aldeano. Y no sólo el torbellino que arrebató a la reverenda madre fundadora refleja esa trapa, sino el volcán que llevan dentro todos los extralúcidos españoles: Juan de la Cruz, Luis de León, Malón de Chaide, Diego de Estella y otros.

¿Qué es el cuaquerismo del Siglo de Oro de nuestras Letras y de nuestra hegemonía teológica? Una picaresca al revés. Una pornografía piripitipesca, disfrazada de devoción y de piedad. En suma, una evasión del «in pace» en que nuestros ingenios del XVI languidecían y se atufaban. O sea la forma de renitencia y de inconformismo, que el espíri-

tu humano podía adoptar en tiempo de Felipe II y del Oficio Santo de achicharrar herejes.

Es imposible que el primero de los adelantados de Avila de los Caballeros, que fue nuestra Virgen campeadora, creyes en Dios, en la Trini y otras ruedas de moler. Ni que el niño Jesús, de mejillas más sonrosadas que las de un trasero barnizado a mímos, le pareciese criatura más adorable que un «poupon» de carne y hueso. Ni que en sus desasimientos y éxtasis hubiese más exaltación de espíritu que desmayo y rijosidad materiales; y fuesen esos desvarios otra cosa que una oración a San Andrés, patrón de las damas que quieren tener hijos y no lo logran más que cambiando de santo de su devoción.

Admiramos francamente el espejo de Doña Teresa. Amamos «el corde totissimo» su anaranjada basquiña, con los brazos del demonio pecador enredados entre el «chantilly» de las piernas. Nos conmueve el jaroque con que regala al Esposo, muy superior a la melusa de que Safo riega profusamente a Faón.

Para nosotros el fenómeno teresiano no puede ser más explícito. Teresa se refugió en las nubes, porque no hay para ella piso y tierra firme aquí abajo. Retoza con los ángeles, porque rehusa tomar chocolate con la pira frailona que conoce. Hace entrega total de sí misma al Creador, porque el hombre común o de los Comunes y el Lord de su tiempo le lustran de baba las narajitas de su inocencia sólo con rozar la fimbria de su hábito carmelitano.

ANGEL SAMBLANCAT

IGNORANCIA

El mal que afecta al mundo proviene casi siempre de la ignorancia, y la buena voluntad puede ocasionar tantos daños como la maldad, si no es consciente. — ALBERT CAMUS.



Ideas sobre



XI

LA EDUCACION REALISTA

El siglo diecisiete vio el sentido práctico de las ciencias aplicado a la educación, a la medicina, a la física e incluso a las prácticas militares. En este siglo nacen las nuevas escuelas llamadas academias, las cuales se dedican al fomento de una educación práctica incluyendo las ciencias naturales y las matemáticas. Las nuevas escuelas, aunque con un similar espíritu y objetivo en sus programas, no en todos los países reunían en sus aulas a las mismas capas sociales, pues mientras en Alemania y Francia estaban dedicadas a las clases nobles, en Inglaterra por ejemplo, se hallaban patrocinadas por las clases mercantiles que ya empezaban a tomar parte en los puestos de dirección del país. El siglo diecisiete ve los adelantos de las ciencias naturales correr aparejados con las nuevas doctrinas sobre educación, con las nuevas ideas sobre libertad, con los fundamentos de la nueva filosofía y con el principio de la ley internacional.

Así, el realismo en educación puede ser comparado con el realismo en filosofía, en las artes, en la historia, en la literatura. El realismo incluye conocimientos concretos, instrucción práctica y profesional; el estudio de las lenguas para uso comercial y diplomático más bien que para el uso literario; el estudio de la historia, de la política, de las leyes. Pero como todos los movimientos y manifestaciones en la historia del género humano ya sean sociales, políticos, religiosos o culturales, el realismo no apareció como se suele decir por generación espontánea; éste empieza a manifestarse en muchos de los humanistas que fueron fuertes puntales del Renacimiento y por espacio de más de un siglo va abriéndose espacio en medio de éste hasta llegar a sobreponerse aunque desde luego apoyado en las mismas bases que aquél. «Aunque comunmente no incluido en el período del Renacimiento», dice Monroe, «el realis-

educación

mo no representa más que un estado posterior y más elevado de ese movimiento. Como el Renacimiento en el siglo quince se reveló principalmente en ideas de logro individual y esfuerzo según la educación personal y de aquí llegando a ser particularmente literario y estético; de igual forma el mismo movimiento en el siglo dieciséis llega en primer lugar a ser moral, reformativo y de aquí, en general religioso y político o social. En el siglo diecisiete a través de un nuevo desarrollo del mismo espíritu y de la misma fuerza, el Renacimiento llega a ser impersonal, insocial, y dirigido hacia una nueva determinación de la realidad. De aquí convirtiéndose en filosófico y científico. La ciencia moderna que recibió su primera interpretación en el siglo diecisiete y empezó a modificar los métodos e ideas sobre educación en estas tendencias colectivamente llamadas realismo, es el total producto de la revolución del Renacimiento en el pensamiento. Esta tendencia sólo empieza a desarrollarse durante el siglo diecisiete. Con razón se ha dicho que el movimiento del pensamiento griego empezó con la investigación y especulación concernientes a los fenómenos naturales y se desarrolló en un estudio puramente subjetivo del hombre, mientras que el movimiento del Renacimiento al ser estimulado por el descubrimiento del pensamiento griego empezando con su más elevado producto, revirtió el proceso y empezó entre los primeros humanistas de Italia con su estudio subjetivo y se desarrolló hacia el estudio de los fenómenos naturales y la estricta observación de la ciencia. En este sentido el realismo del siglo diecisiete no es sino un reflejo de la ciencia del siglo diecinueve tanto filosófica como educacionalmente.

Dentro de los límites del realismo pedagógico es incluido un compás un tanto más amplio de pensamiento que el relacionado con las ciencias naturales. De un lado el realismo se extiende hacia atrás a sus primeros enlaces con el humanismo, donde existió principalmente como una protesta contra las obtusas tendencias de la nueva cultura en cuanto se hizo una institución; del otro se extendía hacia adelante y hacia afuera ya que él representaba una concepción de una educación, aceptada por muchas generaciones sin la base de una filosofía o una autoridad de una escuela...»

El realismo, continúa Monroe, es la reproducción durante los siglos dieciséis y diecisiete, de una opinión de la educación característica del primer período del Renacimiento representando una protesta contra la educación dominante del tipo obtuso humanista. Pero tanto el grupo realista como el humanista coincidían en que el estudio de los idiomas y literaturas clásicas eran el solo objeto de estudio o por lo menos el solo medio de

una educación. Los idiomas y la literatura formaban para ambos grupos los componentes del programa de estudios. Para ambos, éstos representaban el mayor triunfo de la mente humana y contenían no solamente la esencia de la inteligencia humana, sino prácticamente todo lo que tiene algún valor que llame la atención del hombre. No obstante entre los principios de estudios de ambos grupos existía una diferencia fundamental. Ya hemos visto y considerado anteriormente el espíritu de estudio de los puros clasicistas, un objetivo comprendido totalmente en los estudios lingüísticos y literarios, un objetivo plenamente alcanzado con el dominio de la escritura y el habla del latín ciceroniano. Su fin era la formación de jóvenes romanos para crear un nueva Lacio. El objeto de los realistas, al contrario, era llegar a un conocimiento de los móviles humanos, de la vida humana en instituciones humanas, de la vida en contacto con la naturaleza. Pero para ellos las realidades de la vida institucional más bien apreciada por los griegos y romanos que por sus propios contemporáneos o por cualquier generación intermedia. En consecuencia, la mayor expresión de las oportunidades, deberes e intereses de la vida había que hallarlos en los clásicos. No sólo eran estos consuelos en la adversidad, en la prosperidad agradables y honrosos, sino que sin ellos se hallaría uno privado de toda la gracia de la vida y de todo lo refinado de la relación de la vida social. La filosofía antigua no sólo contenía la verdadera filosofía de esta vida, sino que los idiomas eran la llave para la comprensión verdadera de la religión cristiana. El dominio de estas lenguas no sólo daban fuerza al discurso y de aquí la influencia sobre nuestros semejantes, sino que si había que estudiarse las ciencias militares en ningún otro lugar podía hallarse mejor información que en César y Jenofonte; si había que practicarse la agricultura, la guía de Virgilio o Columela era imprescindible; para dominar la arquitectura, no se encontraría mejor medio que el de ir a través de las obras de Vitruvio; para conocer la geografía había que consultar a Mela o a Solino; para comprender la medicina, no existía mejor médico que seguir a Celso; si había que interpretarse propiamente la historia natural, no existía mejor ni más segura fuente de información que Plinio y Séneca. La base de todas las ciencias proveía Aristóteles; Platón, la de toda la filosofía; Cicerón, la de toda la vida institucional y los Padres de la Iglesia y las Escrituras; la de toda la religión.

El fin de los humanistas realistas era el dominar su propio medio ambiente de la vida, social y natural, a través de un conocimiento amplio de la vida de los antiguos, pero tanto lo uno como lo otro sólo podía lograrse por medio del conocimiento de las literaturas griega y romana.

Hemos hecho esta larga cita porque creemos que ella expresa de una forma precisa la estructura y sentir de este largo período que comprenden a tantos grandes hombres de ideas y culturas que hacían la época en que vivían y al mismo

tiempo la empujaban hacia otros moldes; que la defendían criticando las trabas que la ataban y la condenaban a exponer conceptos no comprendidos en sus límites un tanto estrictos. Siendo muy hijos de su tiempo, la fuerza de los pensamientos e ideas de estos hombres se proyectaban hacia el pasado remoto e inmediato para sacarles a luz lo que tenían de caduco y retrógrado, sentaban las bases del presente y a través de éste, abrían brecha hacia el futuro. La pléyade de hombres que vivieron durante el largo período de los siglos dieciséis y diecisiete y que dieron principio y vida al movimiento realista representaban al mismo tiempo al humanismo. Entre ellos pueden contarse Luis Vives, Erasmo, Rabelais, Montaigne, Tomás More, Comenius, Campanella, etc., etc. Los innovadores, como también les llamó alguien a los realistas, incluían a aquellos hombres y tendencias que definían claramente las ideas que hemos descrito más arriba. Estos, influenciados por los nuevos descubrimientos hechos en los procesos de la naturaleza y las recientes innovaciones, llegaron a aprovecharse de los recursos que éstos les presentaban; imbuidos por un interés y un respeto por los fenómenos de la naturaleza como una fuente de conocimientos y realidad, estos realistas sostenían que la educación en sí era un proceso natural más bien que artificial, y además que la ley o principios sobre los que la educación estaba basada podían encontrarse en la naturaleza. Estas tendencias se manifiestan en los escritos de todos los escritores incluidos en este grupo, bien si éstos estaban dedicados a la enseñanza o no, tanto en la dirección de los fundamentos de una filosofía o ciencia de educación basada en la investigación científica o la especulación más bien que en el empirismo puro, como en la forma de reemplazar el material lingüístico y literario exclusivo de los programas de las escuelas por material escogido de las ciencias naturales y de la vida ordinaria.

En estos siglos verían la luz una serie de libros llamados utopías que estaban llamados no sólo a influenciar sino a revolucionar las ideas sociales, políticas y filosóficas de los siglos futuros con alcance hasta nuestros propios días. Ninguno de estos libros tratan de educación in extenso, pero al hacerlo, aunque sólo sea para describir el desarrollo de la vida del individuo en la sociedad ideal, lo hacen proclamando a ésta un plagio de su educación, la cual es una oposición indirecta a los métodos de existencia. Aunque no citemos todos ellos he aquí algunos de los más importantes de estos libros: « La Atlántida », de F. Bacon; « La Ciudad del Sol », de Campanella; « Cristianópolis », de J. Andrea; « La Utopía », de Tomás Moro; « La República Literaria », de Saavedra Fajardo; « El Criticón », de Gracián, etc., etc.

Campanella nació en el sur de Calabria en 1568, y aunque en su adolescencia su inclinación era más fuerte por la física y la lógica que por la teología, a una temprana edad cogió los hábitos de la orden de los dominicos. En sus expansiones literarias y filosóficas se atrevió a atacar las ideas

aristotélicas, lo que le creó muchos enemigos y el odio de la Iglesia y de la Inquisición particularmente. Estas intrigas serían la causa de que se le acusara de conspiración contra el reino de Nápoles y se le condenara a prisión. Durante su encierro, que duró 27 años, fue torturado muchas veces y pasado de una prisión a otra como objeto sin valor, privándole de los medios de estudios y de poder escribir cada vez que sus carceleros creían que el sufrimiento físico no era suficiente para abatir este carácter indomable. Al salir de la prisión, en 1626, se retiró a Francia, donde permaneció hasta su muerte en 1639.

« La Ciudad del Sol » fue escrita en la prisión y se cree que este tratado era el principio de una obra que abarcaría tanto como las leyes de la naturaleza, las costumbres y maneras de conducirse el hombre, la organización del Estado y las bases económicas de la sociedad. No cabe duda de que las bases políticas y filosóficas de la obra están sacadas de la « República » de Platón, pero sus ideas sobre educación eran muy propias de los tiempos de Campanella es decir, en este sentido, nuestro autor era un verdadero realista.

Su ciudad, con sus siete murallas, era una unidad compacta de trabajo, con jardines, colecciones de animales, de plantas y minerales de todas clases. Las murallas se hallaban cubiertas con cuadros, mapas, diagramas e ilustraciones descriptivas de las artes mecánicas, con profusión de instrumentos, retratos de sus inventores y demás figuras históricas. Todos estos objetos y otras muestras de las creaciones tanto de la naturaleza como del hombre, habrían de ser usadas para la educación de la república desde el ordinario ciudadano hasta el más alto representante de la sociedad.

Cuando las mujeres dan a luz en « La Ciudad del Sol » éstas crían y amamantan a sus pequeños en templos comunales preparados a tal fin. De acuerdo con las órdenes médicas las madres darán el pecho a sus hijos hasta la edad de dos años o hasta después de esta edad. A continuación, el niño destetado, será puesto bajo los cuidados de maestras, si es hembra, y de maestros, si es varón. En seguida y en el curso natural de desenvolvimiento empezará la educación en una forma colectiva. En « La Ciudad del Sol », nos dice Campanella, hombres y mujeres llevan la misma clase de ropa apropiada para la guerra. Las mujeres llevan la toga por debajo de la rodilla, pero los hombres por encima, y ambos sexos son instruídos en todas las artes juntos. Antes de su tercer año los niños aprenden el idioma y el alfabeto sobre las paredes yendo alrededor de ellas. Se irán familiarizando con las ilustraciones, dibujos históricos y otras descripciones desplegadas en las murallas de la Ciudad con un fin pedagógico. Ellos tienen por acompañantes cuatro líderes y cuatro mayores; los primeros para dirigirlos, los segundos para enseñarlos y éstos son los hombres aprobados por encima de los demás. Después de cierto tiempo los chicos se ejercitan en gimnasia, carreras, discos, saltos y otros juegos en los cua-

les se ejercitan y refuerzan por igual todos sus músculos.

Los chicos habitan en edificios con dormitorios con camas y otros menesteres en común; pero al final de cada semestre éstos separados por los maestros. Unos dormirán en este círculo, otros en otros; unos en el primer departamento, otros en el segundo, y estos departamentos estarán marcados en el dintel por las letras del alfabeto. Irán descalzos y desmonterados hasta tanto lleguen al séptimo. Después los conducen a las oficinas de oficios tales como zapateros, cocineros, metalúrgicos, carpintería, pintura, etc. A fin de hallar las inclinaciones del genio de cada uno, después del séptimo año, cuando han ido ya a través de la muralla de las matemáticas, los llevan a la lectura y enseñanza de todas las ciencias; hay cuatro conferencias para cada asignatura, y en el curso de cuatro horas en su respectivo orden las cuatro explican todo. Algunos se dedican a los ejercicios físicos o se ocupan en las funciones o servicios públicos; otros se emplean en la lectura. Al dejar los estudios todos son devotos de las disciplinas más abstrusas; de las matemáticas, de la medicina y otras ciencias. Entre ello se desarrollan debates y discusiones arreglados y después de cierto tiempo devienen magistrados en aquellas ciencias o artes mecánicas en que sobresalen más, pues cada uno sigue la opinión de su líder o juez y sale a la campaña a la labor de los campos y a familiarizarse con los pastos de los animales. Ellos consideran más célebre y más noble a aquél que se ha dedicado al estudio de más artes y sabe cómo practicarlos más diestramente.

De esta forma llega Campanella a la constitución del gobierno de la Ciudad que a la manera de Platón estará formado por aquellos hombres que han llegado a alcanzar mayor grado de conocimientos. El consejo superior podríamos decir está formado por cuatro jefes: Hoh, Pon, Sin y Mor. El principal de ellos, Hoh, es un sacerdote que encarna la metafísica; los otros tres representan el poder, la sabiduría y el amor respectivamente. El resto de los magistrados de la república son escogidos por ellos, pues nadie mejor que estos superhombres conoce quienes son los más preparados para gobernar. Pero de las muchas y buenas cualidades que reúnen estos jefes y magistrados ningunos aventajan en sabiduría a Hoh, quien conoce las historias de las naciones, de sus costumbres, sacrificios y leyes, forma de gobierno, tanto si son monarquías como repúblicas. También conoce los nombres de los legisladores e inventores de ciencia así como las leyes y la historia de la tierra y de los cuerpos celestes. En fin, Ho ha de estar en posesión de unos conocimientos profundos, enciclopédicos.

Campanella nos dice que los componentes de « La Ciudad del Sol » están guiados al bien de la comunidad y no al bien privado de los individuos, así los magistrados deben ser obedecidos. Ellos niegan lo que otras sociedades creen, es decir, que es natural que el hombre reconozca a su progenie y que la eduque, y que use a su esposa, casa

e hijos como cosa propia, pues consideran que los niños son engendrados para la preservación de la especie y no para el placer de los individuos. La educación y vigilancia de los jóvenes, por tanto, pertenece a la comunidad y no a los padres en tanto que estos niños formen parte de aquélla.

A este período pertenece también, como hemos dicho antes, Francis Bacon (1561-1626), quien aunque no interesado de una forma directa en la práctica de la educación, ejerció una tremenda influencia en la filosofía de ésta. Fue además, el filósofo expositor del movimiento científico en marcha que bien podía considerarse como el final de las contribuciones del Renacimiento a la sociedad.

Bacon ha sido llamado padre de las ciencias modernas y aunque en realidad esto sea demasiado honor otorgado al eximio Lord Verulam, ya que no puede dejarse de lado la contribución que otros antes que él y al mismo tiempo que él aportaron a este movimiento, si debe reconocerse que Bacon fue capaz de penetrar hasta el fondo del problema, exponer sus bases y formular sus leyes. Sus ansias de saber, su determinación en estudiar todos los problemas de interés al género humano y limpiar estos estudios de las falsedades y rutinas con que eran tratados por muchos de los investigadores de la época, las expresa cuando le dice a su padre: «Yo tengo tan extensos fines contemplativos como moderados fines civiles, pues yo he tomado toda clase de conocimientos como cosa propia; y si yo pudiera expurgarlos de dos clases de poderes, de lo cual el uno con frivolas controversias, confutaciones y verbosidades (los hombres de la escuela), el otro con ciegos experimentos, tradiciones auriculares e imposturas (investigadores sin método, ejemplo, alquimistas, astrólogos, etc.), han cometido muchas equivocaciones, y yo espero traer a ello industriosas observaciones, invenciones y descubrimientos provechosos, el procedimiento mejor en ese sentido.»

El se traza su plan de trabajo para erigir un edificio al conocimiento humano dejando de lado el material antiguo, el cual considera completamente incompatible, feo, no lo suficientemente sano para usarlo como base, como cuerpo, donde injertar la nueva savia que manaba de la corriente científica de la época.

«Es inútil — dice Bacon — esperar grandes avances de las ciencias por la superinducción y el injerto de las cosas nuevas sobre las viejas; hemos de empezar de nuevo, desde la misma base, al menos que queramos desenvolvernos siempre en un círculo con medios y proyectos despreciables.»

Estas conclusiones las aplicaba no sólo a su propia obra sino a todo el esfuerzo intelectual del futuro, el cual, de una forma o de otra, él se imponía el deber de explicar en libros, ensayos y otros escritos más o menos utópicos. En su «Nueva Atlántida», la isla sobrevive a la desaparición del continente del mismo nombre y sobre el que tantas opiniones se han vertido, de una forma maestra nos da Bacon sus ideas y opiniones sobre las ciencias aplicadas al campo, a la industria, et-

cétera, así como su parecer de lo que es deber del Estado respecto a éstas. Nos describe, claro está, el estado y forma de conducta, el espíritu de hospitalidad, de bondad y simpatía de los componentes de esta comunidad, cuya narración se ha dicho revela su propia personalidad, «pues no existe ninguna obra de él que contenga tanto de sí mismo». La « Nueva Atlántida », con su Casa de Salomón o Colegio de los Seis días de Trabajo, había podido desenterrar muchos de los secretos de las ciencias bien por sus propios medios o por medios de misiones de atlantinos mandadas a todos los confines del mundo a adquirir conocimientos de las ciencias, de las artes, de la manufactura, de la cultura e inventos de otros pueblos y a que a su cargo a la república trajeran libros, instrumentos y modelos de toda clase relacionados con ellas.

Así, empleados en la continua investigación tratando de descubrir los beneficios que la naturaleza dominada puede proveer al hombre exclaman. «El fin de nuestra fundación es el conocimiento de las causas y la moción secreta de las cosas y el ensanche de los límites del imperio humano al efecto del mayor número de cosas posible.

Allí en la república las atlantinas horadaban las montañas y se adentraban en las entrañas de la tierra donde construían grandes cámaras para la congelación, duración, refrigeración y conservación de los cuerpos, usaéndolas también para la imitación de minas naturales y la reproducción y observación de metales artificiales. Con la construcción de elevadas torres conseguían, según su altitud, la observación y vista de diferentes meteoros tales como los vientos, la lluvia, la nieve, el granizo así como algunos «meteoros ígneos». En estas torres colocaban a sus ermitas con instrucciones sobre lo que tenían que observar. Tenían edificios espaciosos para la reproducción de meteoros artificiales: lluvia, nieve, granizo, tormentas, huracanes, etc.

Los atlantinos tenían contruidos sus lagos de aguas saladas y dulces para peces y aves, los cuales usaban también para sepultura de algunos cuerpos naturales, «pues habían hallado diferencias en algunas cosas enterradas en la tierra, al aire debajo de tierra o enterrada en el agua». Tenían fuentes y pozos artificiales donde experimentaban minerales, restablecían la salud a los cuerpos y ayudaban a la prolongación de la vida. Poseían baños espaciosos con varias composiciones químicas para la cura de enfermedades y para restaurar al cuerpo de la «arefacción y otros para el restablecimiento de la fuerza a los nervios y partes vitales del cuerpo». Tenían huertos con variedad de tierras que usaban para experimentar toda clase de cruces, injertos e inoculaciones que producían una infinidad de alteraciones. Por este medio hacían que flores y frutos se produjeran más tarde o más temprano que de ordinario, que crecieran y produjeran más aprisa o más despacio que en su curso natural; que sus frutos y flores fueran de mayor o menor tamaño y de gusto y olor diferentes a los naturales. Tenían sus

parques zoológicos donde infinidad de animales eran empleados en experimentos cuyos resultados serían aplicados al estudio del hombre. Al igual que a las plantas y flores a estos animales les eran aplicados los procesos que les hacían más grandes o más pequeños a los de su especie; más prolíferos o completamente estéril.

Hacían continuos experimentos en la física, la química y la mecánica. Sus conocimientos en la luz y sus efectos así como en instrumentos de óptica eran profundos: «Representamos también la multiplicación de la luz la cual llevamos a gran distancia y la hacemos concentrar tanto que nos permite discernir líneas y puntos pequesísimos. Todos los coloridos de la luz; todos los errores y refracciones de ésta en forma y magnitud, moción y color; todas las demostraciones de formas nos son conocidas. Hemos hallado diversos medios, desconocidos a vosotros, de producir luz original de varios cuerpos. Nos hemos procurado medios para ver los cuerpos a distancia tal como en el cielo y lugares remotos, haciendo que los objetos

alejados aparezcan cerca y los de cerca alejados.» Bacón nos da detalles de infinidad de otros experimentos a que se dedican los atlantinos: en minerales, en la termodinámica, en la cristalografía, etc., haciendo notar que en su utópica república tenían preparadas máquinas e instrumentos de toda clase de movimientos y que podían desplazarse más aprisa que ninguna de las existentes en otras partes del mundo; habiendo imitado al mismo tiempo el vuelo de los pájaros y poseyendo también barcos que podían navegar bajo el agua.

Por lo expuesto podrá colegirse que Bacón había sabido penetrar en el espíritu de su época, recoger el ambiente realista y práctico de las ciencias y exponerlo con claridad meridiana para que tanto sus contemporáneos como las generaciones venideras siguieran experimentando y llevando al marco de la educación un campo más amplio donde actuar.

J. RUIZ



DEL ARTE

El arte considera al espectáculo como una realidad; las imágenes como objetos reales; el juego mismo de la imaginación, como una vida vivida y sentida. El arte se sirve de la contemplación para la producción y para el goce; de las imágenes, para la creación de una realidad superior ya presente en nuestro espíritu y en nuestro corazón; se sirve del juego, en fin, y del exceso de nuestra actividad para un desarrollo y un empleo de nuestras energías más profundas, más serias, más vitales, no solamente desde el punto de vista físico, sino también desde el punto de vista moral. El pretendido espectáculo

es, pues, una acción real, si bien concentrada en nuestras más íntimas potencias; la pretendida contemplación es un impulso de querer vivir, aplicado a una vida más limitada, y, por consecuencia, más viva; el pretendido juego es el tomar en serio nuestra actividad expansiva por sí misma y en sí misma; es una liberación, es una victoria, es la alegría de la libertad reconquistada. Así, pues, la teoría del juego y del espectáculo invierte el orden de las ideas: confunde la forma con el fondo del arte, la consecuencia exterior con el principio interno. Solamente la teoría que busca en el querer y en el vivir el origen y el fin del

arte penetra hasta el verdadero motor y hasta el gran resorte de la vida estética. El arte, lejos de mariposear en torno del corazón de las cosas, *circum praecordia*, se esfuerza en poner un corazón en todas las cosas, y para eso en crear, es decir, en hacer vivir. La vida incompleta de la Naturaleza no le basta; engendra por sí mismo una vida superior en plenitud y en fecundidad, la vive realmente, y la vivimos con él, por él, en él; esa vida superior, lejos de ser un simple «juego para la representación», es un motivo sincero de goce, de amor, de voluntad.

FOUILLEE

El mayor triunfo del doctor Ferrán

La vacuna anticolérica nació en España

A

SI como la vacunación antivariólica nace en Inglaterra, en el Condado de Gloucester; la antirrábica, en París; el método anestésico, en Norteamérica, siendo éstos y otros descubrimientos análogos motivo de orgullo de los respectivos países, la vacuna anticolérica, acierto magnífico del doctor Ferrán, sólo sirvió para motivo de envidias y calumnias, habiendo sido uno de los sabios españoles más discutidos, acaso el más discutido. Excepción hecha de Isaac Peral, otro inventor negado por sus coetáneos, no conocemos en los tiempos modernos ningún otro caso de encarnizada persecución.

Estos días, al leer en la Prensa que cien mil personas se vacunan diariamente contra el cólera en Hong-Kong, ante el sólo anuncio de unos cuantos enfermos coléricos en la colonia, ha venido a nuestra mente el recuerdo de las amarguras que hubo de sufrir don Jaime Ferrán cuando, allá por el año 1885, lanzó al mundo la buena nueva de haber dado la batalla al bacilo-virgula, el terrible huésped del Ganges y a las mortíferas epidemias que abrumaron a la Europa décimonona.

La campaña que desarrolló el ministro de la Gobernación, don Francisco Romero Robledo, contra los descubrimientos ferranianos, constituye una de las páginas más tristes de la política de aquel período. El caciquismo por aquel entonces lo invadía todo, y como Ferrán no militaba en ningún partido político y disfrutaba de una absoluta independencia respecto a los organismos sanitarios, instituciones académicas y docentes, tertulias profesionales, etc., donde se improvisaban los pedestales de la fama, cayó en desgracia y procuraron hacerle el vacío hasta conseguir una real orden prohibiendo el empleo de su vacuna.

Tres médicos famosos: Pulido, Jimeno y Fernández Caro tomaron a su cargo la defensa de los trabajos de Ferrán, humilde médico titular de Tortosa; pero no tenían fuerza para contrarrestar los informes negativos de Bronardel, Charrin, Simarro, Mendoza, Alonso Rubio, Maestre de San Juan, Castro, Sanz, Bombin, Segovia, etc.

Pero en los últimos tiempos de la vida de Ferrán hay un episodio poco conocido que representa, sin embargo, el completo triunfo de su obra, y que le compensó con creces de sus pasadas tristezas. Ardía en el frente oriental de Europa la Gran Guerra de 1914; los Ejércitos de ambas partes beligerantes estaban en el fragor de la lucha, y en la región de los Balcanes, turcos, rusos, serbios y rumanos, caían a cientos, víctimas de las primeras invasiones del cólera morbo. La terrible epidemia asomaba

en el horizonte del mundo como una peste infernal; hubo un instante en que el Estado Mayor de cada uno de los Ejércitos experimentó la sensación de terrible pánico. Rápidamente se reunieron las Comisiones de Sanidad y como solución única acordaron vacunar irremisiblemente a todos los individuos, soldados y paisanos. ¿Qué vacuna se iba a emplear? Sin discusión alguna se acordó utilizar el método español del doctor Ferrán.

Como esta es una gesta gloriosa que honra a España, y que por razones que desconocemos no tuvo la suficiente divulgación ni en el mundo médico ni entre el gran público y apenas lo comentó la Prensa diaria, vamos a referirla detallada y documentadamente.

En el número de los anales del Instituto Pasteur, de París, correspondiente al 1 de febrero de 1919, se publicó una interesante Memoria sobre la vacunación del cólera durante la Gran Guerra, en la que se enjuicia y sentencia definitivamente con toda autoridad de los fallos internacionales el pleito científico de tan discutida cuestión. Dicha Memoria va firmada por el doctor Cantecuzene, director de los Servicios Sanitarios de los Ejércitos serbios y rumanos, catedrático de la Facultad de Bucarest y ministro de Higiene de Rumania.

La introducción del referido texto, decía así: «La vacunación anticolérica, cuyas campañas últimas en Oriente han demostrado con gran plenitud su eficacia, ha tropezado durante largo tiempo con el escepticismo de los médicos clínicos y de los bacteriólogos. Hoy esta eficacia aparece demostrada claramente y gracias a ella es como las tropas del Ejército de Oriente han escapado al peligro del cólera, cuando operaban en regiones donde la enfermedad se hallaba establecida, bajo forma endémica, desde hacía muchos años. En las estadísticas publicadas por Arnaud acerca del cólera en el Ejército, de 108.000 hombres que operaban en foco colérico, la mortalidad fue de 17,75 por 100 entre los no vacunados, de 3,12 en los que fueron vacunados de modo incompleto y solamente 0,41 en los bien vacunados. «¡He aquí unas cifras que impresionan!» Pero lo que llamaré «la experiencia rumana» es sobre todo el haber resuelto definitivamente la cuestión, ya establecida sobre bases de una indiscutible exactitud respecto al valor del método. Aplicada sistemáticamente a más de millón y medio de individuos, militares y civiles, ella permitió en 1913, después de la Campaña de Bulgaria, cesar en pocos días la epidemia que había atacado al Ejército rumano y yugular en 1916, literalmente el cólera, hasta el principio de la guerra contra Alemania».

Toda esta Memoria se halla impregnada de un sentimiento noble y de una honrada sinceridad. El doctor Cantecuzene partió de la du-

da cuando no del escepticismo y sin él proponérsele llegó a la prueba científica de la eficacia del método.

Pero lo más interesante es cuando dice que habiendo penetrado el cólera el año 1912 por la línea férrea de Hadjaz ganó el Asia Menor tomando camino distinto del que había seguido hasta entonces y así pudo invadir Europa, a la cual solía llegar siguiendo la ruta de las caravanas del Afghanistan y de la Prusia, y penetrando por el Mar Rojo y por los puertos mediterráneos. Conservado algunos años, bajo formas endémicas hasta 1912, invadió por fin la península Balcánica con motivo de la guerra turco-búlgara; en otro avance que hizo por el Mar Caspio y Bakon castigó a Rusia con fuerza, donde ganó la capital y causó en Petrogrado más de 3.800 casos. Hubo luego decrecimientos naturales, pero los focos se exacerbaban más tarde con las movilizaciones de las tropas y entonces fue maculada Alemania, en donde se contaminaron los campos de prisioneros rusos de Dantzig y de Koenisberg. La enfermedad ganó Austria-Hungría y produjo en aquel vasto imperio, durante el comienzo de la guerra de 1914-1915, una gran mortandad.

Por otro lado, y ya procedente de la Anatolia, las tropas turcas lo llevaron en 1913 a los Balcanes, donde diezmaron los dos Ejércitos beligerantes en Tohtaldja, infectando entonces al Ejército rumano.

Con anterioridad se habían observado algunos casos aislados en Galatz y Braila, que son puertos del Bajo Danubio y de Constanza, que lo es del Mar Negro. En 1913 el Ejército rumano no estaba todavía vacunado porque el método no se hallaba aún bien acogido y se practicaba mal, por lo que las tropas se infectaban en Vratza (Balcanes) con el germen que existía allí desde hacía meses. El 13 de julio se presentó el primer caso en un soldado de Infantería y en el mismo día apa-

recen en otros muchos. Creció la mancha de tal manera que siete días más tarde se contaban ya más de 3.000. La situación tomaba carácter grave y entonces se acordó practicar la vacunación. Pero no había vacuna y hubo que pedirla a Bucarest. No se pudieron comenzar las inyecciones hasta el 22 de julio y ocurrió que ésta se hizo con grandes dificultades debido a que las tropas estaban ya en marcha y no se podían inmovilizar porque se oponían imperativas razones estratégicas. Las circunstancias permitieron por fin, que acampara el primer Cuerpo de Ejército, y entonces los 5.000 hombres que lo formaban se situaron espaciados alrededor de Orhanía y pudieron ser vacunados todos. El resultado superó a cuanto se podía esperar porque la epidemia se cortó bruscamente.

Pero no es esto solo, sino que en Moldavia, ya en los preliminares de la paz se encontró gravemente atacado el cuarto Cuerpo de Ejército, cuando tenía que retroceder al Danubio y la población civil de Oltenia y Valadía, también se infectó, logrando eliminar el fantasma colérico con la vacunación. En síntesis, que habiendo comenzado en el Ejército de varios países con extrema violencia, se extinguió completamente tanto en la población militar cuanto en la urbana y rural, en menos de cuatro meses a contar desde el principio de ella; y adviértase bien, su extinción fue tan absoluta que ya no hubo un solo caso de cólera en Rumanía durante los años 1914, 1915 y 1916.

Resultaron también altamente demostrativas las vacunaciones en las regiones de la Dobrogiá, Constanza, Braila, Galatz, Botossain, Vislui, etc.; todo ello referente al cólera que estalló con violencia en la ribera derecha del Danubio y se había presentado entre los búlgaros y turcos.

Dr. J. ALVAREZ-SIERRA

La señal más segura de verdadera grandeza es
que ningún incidente pueda emocionarnos.

SENECA.



SOCRATES

por
A. E. Taylor

DESDE su primeros días Sócrates debe haber sido una «rareba», tanto física como mentalmente. Su robustez corpórea y su capacidad de resistencia son destacados tanto por Platón como por Jenofonte, y explican en parte la excelencia de su hoja de servicios como guerrero. Puede considerarse como testimonio adicional de su vigor físico el que, al morir, a la edad de 70 años haya dejado dos niños pequeños, uno de los cuales era una criatura de brazos. Se destaca también su excepcional continencia y sobriedad en la comida y la bebida, y asimismo su capacidad para beber excesivamente, cuando la ocasión lo exigía, sin embriagarse. En su edad madura acostumbraba a llevar la mismo en verano y en invierno, y habitualmente iba descalzo, incluso, según Platón, durante los rigores de una campaña de invierno. Sin embargo, estaba muy lejos de ser apuesto o bien formado. Aristóteles comparaba su andar al de un ave palmípeda, y se burla de su costumbre de mirar de reojo; Platón y Jenofonte aluden al ancho de su nariz y a ser marcadamente chato, como también a alguna peculiaridad de sus ojos que, quizá, eran muy salientes o estaban muy separados. Parecía, dice Alcibiades en el «Banquete» de Platón, algo grotesco, un sátiro o un sileno.

También mentalmente era Sócrates singular por más de un motivo. Su peculiaridad más notable era la «voz» misteriosa, o «signo sobrenatural», que lo acompañaba desde su niñez. Según Platón, que trata de esta peculiaridad muy someramente, ese «signo» se manifestaba esporádicamente, con frecuencia en ocasiones muy triviales, y siempre tomaba la forma de una repentina inhibición; la experiencia le demostró que el desobedecer aquellos avisos tenía por lo general consecuencias desagradables. Jenofonte, que tenía mucho de supersticioso, se ocupa algo más de esta singularidad, a la que considera como una especie de oráculo privado, e insiste en que daba advertencias positivas que era peligroso desatender, tanto para las acciones de Sócrates como de sus amigos. El diálogo «Teagesdel», siglo IV, arróneamente atribuido a Platón, contiene algunas notables anécdotas acerca de personas que no hicieron caso de las advertencias dadas por el «signo», siempre con desastrosas consecuencias. La versión de Platón sobre aquello, como la menos sensacional, es probablemente la más exacta. De todas las descripciones resulta evidente que el «signo» no era algo semejante a la «conciencia». No tenía nada que ver con lo bueno y lo malo, y nunca se acude a él en ninguno de los relatos para asuntos de conducta

moral, sino que representaba una especie de *olfato* «misterioso» de la mala suerte. Su interés principal para nosotros estriba en que es un indicio más de que Sócrates poseía realmente el temperamento de un «visionario», aunque, a diferencia de la mayor parte de éstos, tenía este aspecto de su naturaleza bajo buen control, como San Pablo lo hacía con su «don de lenguas». Otra señal de este temperamento visionario, destacada por Platón, era su proclividad a súbitos raptos de absorción y abstracción, llegando a veces de hecho al trance o al «éxtasis». Según parece, ordinariamente tenían breve duración; pero Platón da cuenta de uno ocurrido al filósofo mientras estaba en servicio ante Potidea, que duró un día y una noche. Hechos de este género arrojan luz sobre el fuerte misticismo que es característico de los diálogos socráticos de Platón. Comúnmente se interpreta como prueba de la presencia de una tendencia mística en el propio Platón; pero en vista de la decidida eliminación de esa tendencia en los diálogos posteriores, en los que Sócrates no es ya figura prominente, parece más razonable deducir que el misticismo de obras como el «Banquete» y el «Fedro» es propio de Sócrates.

En el caso de Sócrates, lo que refrenaba aquella tendencia y evitaba que se convirtiera en superstición, era, según Platón, no solamente la «racionalidad obstinada» que compartía con Samuel Johnson, sino el humorismo sagaz por el que también se parecía al «sabo» de Fleet Street. De ese humorismo es el que llaman sus adversarios en los diálogos de Platón su «ironía habitual». Ironía, en este primitivo sentido de la palabra, significa la desagradable característica del hombre que logra eludir sus responsabilidades mediante un afectado menosprecio de su capacidad. Sócrates es acusado por sus críticos en la obra platónica de esta afectación, porque habitualmente se presenta como humilde investigador que quiere aprender de los que saben más que él, cuando es evidente que es superior intelectualmente. De esta suerte, su pretendida falta de conocimientos se toma como ficticia excusa para limitarse a la fácil tarea de poner de manifiesto las deficiencias de los otros. La propia convicción de Platón, desde luego, es que las declaraciones de Sócrates son perfectamente serias. Se llama ignorante por la misma ra-

zón por la que no aprecia la sabiduría de que se vanaglorian algunos de sus contemporáneos: posee un sólido y exacto patrón de lo que debe ser el verdadero saber, y por consiguiente, sabe cuán lejos están, él y todos los demás, de alcanzar ese patrón. Por lo tanto, sólo él tiene la capacidad de verse a sí mismo y al resto de la humanidad, en sus verdaderas proporciones, y el contraste entre las pretensiones de los hombres y su realización apela a su sentido de humorismo.

La casi universal adopción de un lenguaje simbólico, tomado de la pasión sexual, que hacen los místicos de todos los tiempos y lugares parece indicar una relación verdadera entre el temperamento místico y el erótico. Es evidente que Sócrates no era una excepción a esta regla, y como consecuencia de las costumbres de los círculos elegantes de su tiempo, toma sus imágenes del vocabulario de la amistad romántica entre personas del mismo sexo. El ejemplo más notable es proporcionado por lo que Platón dice acerca de la famosa relación entre Sócrates y su brillante concludadono Alcibiades, hombre quince o veinte años menor que él. Esta relación que debía datar del tiempo en que Alcibiades era todavía un mozalbeta y Sócrates un hombre de treinta y tantos años, es descrita por Platón en el lenguaje de la pasión romántica, y lo dicho por Platón se ve confirmado por una frase que aún se conserva y que fue puesta en boca de Sócrates por Esquines en su diálogo «Alcibiades». Jenofonte permanece en silencio, naturalmente, acerca del afecto de Sócrates por Alcibiades, que fue uno de los cargos principales contra él de acuerdo con la manera de pensar de los políticos demócratas que lo llevaron a juicio; pero coincide con Platón al decir que Sócrates acostumbraba hablar a sí mismo, en broma, como de una víctima perpetua de Eros y como un maestro en el *ars amoris*. Tanto Platón como Jenofonte ponen perfectamente en claro que tal lenguaje era broma y debemos tener cuidado en no mal interpretarlo. La absoluta pureza moral de Sócrates es el supuesto del relato de su «tentación» puesta en boca del propio Alcibiades en el «Banquete», y la intención al tratar este tema en los grandes diálogos «eróticos» de Platón, «El Banquete» y «Fedro», es discernir entre el *amor mysticus* y las corrupciones sensuales o sentimentales.

De cómo Grecia construyó al hombre

A raíz de la aparición en castellano de la Paideia, de Jaeger, Alfonso Reyes escribió este admirable resumen, el que hasta la fecha no se ha recogido en libro. Lo ofrecemos ahora para regocijo de lectores.

por Alfonso REYES

LOS hábitos de conservación de la especie se transmiten instintivamente en las generaciones animales y, prácticamente o en un sentido macroscópico, no progresan. Sólo la especie humana posee la capacidad de comunicar, de una a otra generación, conquistas nuevas. Y es porque la hace conscientes; porque —grosso modo dicho— las capta sensorialmente en el aparato afectivo del «tálamo» y luego las discierne en el aparato discriminador del «cortex» (retardación nerviosa que se vuelca en aceleración histórica o arte de «festerinar lento»); y todavía después las guarda y transmite por medios extrafisiológicos. Así opera la característica humana, el «time-binding» de Korzybski («Manhood of humanity»). Esta transmisión consciente de las conquistas es la cultura.

El carácter de un pueblo es función de dos datos en movimiento: su historia y su ideales. Los ideales han de estudiarse en la historia, como desprendimiento de ella y como reacciones de ella. La cultura es el agente plástico. Se aplica de modo inmediato sobre el individuo, pero tiene una finalidad social. Por cultura se entiende a veces todo el modo de vivir de cualquier grupo humano, concepto antropológico que lo mismo se aplica al Asia que a Oceanía. Pero si por cultura entendemos el descubrimiento y valoración de la persona humana, tal como ha llegado a enraizar en la civilización occidental, al punto de asumir la solidez de evidencia ética, entonces para nosotros no habrá más cultura que la inventada por Grecia, y luego propagada por Roma y por el Cristianismo. Somos pueblos heliocéntricos. A su vez, la cultura helénica es antropocéntrica. La obra por excelencia del genio griego es el Hombre. Las artes plásticas y visuales son el complemento y adorno de la función religiosa, aunque las invada el mismo ideal. Pero el ideal se procura directamente a través de las artes acústicas o espirituales:

la música, la filosofía, la poesía, la historia, la retórica.

«Paideia» es la modulación paulatina del ideal del hombre, y aun de cada hombre en relación con ese ideal. Y esto no sólo en el modesto sentido escolar o educacional, sino entendiendo en el concepto la suma de todas las energías sociales que obran sobre el individuo a lo largo de su vida, y establecen esa posibilidad de convivencia humana que es la Polis, el grupo policiado. Como decía Rodó, mientras vivimos nuestra personalidad está sobre el yunque. Y la verdadera escuela de los griegos era la ciudad, la calle, el mercado, la discusión, el ágora y lo que hoy llamaríamos «la tertulia». Las energías de la Paideia son determinantes y manifiestas en la ciudad griega. El gobierno ni siquiera se preocupó jamás de intervenir en la educación puramente escolar, en los gimnasios de niños y adolescentes, ni en la educación superior de filósofos y sofistas; todo lo cual (fuera de la institución oficial de la «efebia», especie de instrucción militar con alfabeto y ábaco) se abandonaba a la iniciación privada. Porque la verdadera formación definitiva del ciudadano resultaba del trato y roce con aquellas energías ambientes que Jules Romains llamaría «las potencias de la ciudad». Sólo el Imperio Romano, por lo mismo que propagaba una Paideia no nacida espontáneamente de su propio suelo, sino heredada de Grecia, nombrar y tomará por su cuenta, en la propia Grecia como en las otras colonias, la organización escolar, y la que hoy llamaríamos universitaria.

Al colar por el tamiz de la razón el espectáculo del universo, el griego—primero entre todos los pueblos—lo concibe como una estructura de conjunto, como un organismo sujeto a leyes universales. E interpreta su deber terrestre como una investigación de esas leyes, para aplicarlas a la conducta humana y dar así al

hombre su verdadero lugar en la naturaleza. Ahora bien, en las actuales horas de desconcierto, es indiscutible la conveniencia de proceder a la exposición de la antigua Paideia, exposición saludable que devuelva el temple a nuestro acero. Tal exposición nunca antes había sido atacada de frente como un estudio integral de reacciones entre hechos históricos e ideales, y tal es el objeto de la obra de Jaeger.

Las anteriores palabras procuran dar la base filosófica de esta obra, aunque en ellas, para ir de prisa, hemos deslizado expresiones propias y, para destacar algún rasgo, observaciones propias. Veamos ahora cómo se desenvuelve la obra.

El ideal comienza naturalmente por ser un germen; llega a plenitud después del colapso del Imperio Ateniense. Más tarde intenta derramarse con la «homonía» alejandrina; y al fin lo logra con el orbe romano, para inspirar luego sentido católico o universal del Cristianismo. El volumen primero debe considerarse, así, como una introducción a la República de Platón, en el que el ideal cristaliza, a reserva de descomponerse nuevamente en ulteriores latidos. El volumen segundo podrá considerarse como una introducción a San Agustín. Pues desde ahora se vislumbra en el término de nuestro viaje por la «Paideia», la imagen de la «Civitas Dei», aunque generosamente entendida y fuera de todo dogmatismo.

El ideal parte de una base física, bruta: casi del vigor animal del hombre, pronto dignificado en el vigor militar y, pronto también, en privilegio de aristocracia. La creación del núcleo selecto es siempre el primer paso de la integración social. Hasta donde es dable investigar la Grecia arcaica a través de las reliquias literarias y las reminiscencias ulteriores, tal ha sido la iniciación del proceso: «areté y nobleza» andan juntas en los poemas homéricos. Lo que ofusca otros criterios naciendo

tes de estimación, puesto que Odiseo, por ejemplo, es más apreciado por su astucia que por su bravura, o por su astucia en la bravura que por su sola bravura. El fenómeno se explica claramente ante el espectáculo guerrero (el «time of troubles», que llama Toynbee) de las grandes emigraciones. El Estado-Ciudad heredaría este «noblesse oblige», este código de obligaciones de la nobleza fijado por la tradición poética para generalizarlo, poco a poco, en un código moral humano; y la Polis derivará sus cánones estimativos de la antigua práctica aristocrática (liberalidad, magnanimidad, etc.). De aquí la severa norma del «aidós», cuyo flaqueo provoca la «némesis» (dignidad e indignación). De aquí el sentimiento de emulación, la ambición; y la santidad de la victoria difícil o del triunfo de la aventura heroica («aristeia»). De aquí la boga de los certámenes y los premios, cuya prefiguración son los juegos fúnebres a la muerte de Patroclo.

La nobleza del acto no puede ser sin la nobleza del espíritu. Fénix quiere que su discípulo Aquiles—paradigma humano fusión de Odiseo y de Ajax—sea tan guerrero como retórico, en aquel célebre pasaje que servirá al «elocuente arpinate» para establecer un primer esquema de la historia de la educación («De Oratore»). El camino queda abierto para una mayor depuración del ideal arcaico.

El honor, la buena fama, vienen a ser la primera prueba—externa—de la dignidad intrínseca. Poco a poco, la estimativa gravitará del campo objetivo hacia el subjetivo, de suerte que en Aristóteles ambos se armonizan, y ya en Schopenhauer priva «lo que es» sobre «lo que se representa». Como ser deshonrado era la anulación de la personalidad, los héroes homéricos se tratan «con respeto» y reclaman lo que se les debe. Elogio y censura vendrán a ser la expresión de los valores sociales: la conciencia griega era eminentemente una conciencia pública. El cristiano podrá llamar vanidad al honor: no el griego, para quien era el medio de situar su persona en un valor trascendente de bien social, círculo de verdadera deificación que sólo se completa en la muerte, en la gloria. Valor, dignidad, honor, gloria, emulación... ¡celos! Lo mismo gobierna a los humanos que a los terribles dioses, especie de humanos gigan-

tes, siempre vengativos de cualquier transgresión, verdadera casta aristocrática de inmortales. Y la piedad consiste en rendir honor a los dioses.

El honor ofendido va más allá de lo que hoy llamamos patriotismo; así se explica la cólera de Aquiles, ante un agravio despotico que viola leyes universales; así la locura y muerte de Ajax, desesperado al verse desposeído de las armas de Aquiles, de que se consideraba el natural heredero.

La era democrática no desterrará del todo esta tradición del honor aristocrático, sino más bien la transformará, en el mismo sentido en que un escritor contemporáneo llamó al trabajo «el nuevo honor». Tal tradición palpita visiblemente en el «orgullosa» de Aristóteles, sólo que su orgulloso ha de serlo con motivo justo. La areté sólo se realiza por la auto-estimación. De esta suerte anula Aristóteles el conflicto contra su época ya «altruista»: el sacrificio por el ideal es la más alta prueba del verdadero amor a sí mismo. Sólo por aquí «se entra en posesión de la belleza»; frase reveladora que acude reiteradamente, y que descubre todo el sentido heroico de la vida helénica; anhelo de perpetuación que inspira, en Platón, el discurso de Diótima sobre los poetas y los legisladores. La filosofía atenien- se prolonga las nociones homéricas en el ideal de la areté. Muchas pretendidas ideas académicas o liceanas no son más que herencias. Sino que las normas de clase social han sido expandidas y sublimadas por la filosofía en normas éticas universales. Véase cómo se van atando los eslabones en esta cadena de ideales, trabajada sobre la estructura del mundo.

Seguir paso a paso la comprobación seña. Los sucesivos capítulos consideran más de cerca las etapas antes descritas a grandes rasgos, y van irradiando luz sobre todos los caminos del alma helénica. Daremos sólo el primer ejemplo.

En punto a la cultura y educación de la nobleza homérica, la graduación histórica entre la «Iliada» y la «Odisea» (cuyos pasajes más importantes a nuestro objeto datan ya de mediados del siglo VI A.C.) nos permite apreciar escalas interiores dentro de la etapa; desde la aristocracia guerrera, para quien la paz es un entreacto estorbo, hasta las aventuras personales del héroe

fuera de la guerra, que nos conducen a la pintura de la vida pacífica. Tal evolución temática arrastra consigo un dinamismo consiguiente del ideal humano. El campamento se ha vuelto sociedad. La épica deriva hacia la novela, y ésta nos deja ver aspectos de la antigua existencia que la épica eliminaba premeditadamente, sin que estorbe para el examen de la mezcla evidente, en la «Odisea», de elementos realistas y elementos orientalmente fabulosos. El ideal aristocrático de la «Iliada» resalta entre las sátiras del caricaturesco y miserable Tersites; el de la «Odisea», más refinado y preñado de artes prudentes, resalta por el contraste con los desmanes de «los barones de las islas», como les ha llamado Bérard. Y todo ello pone de relieve el sentimiento del «decoro», sobreentendido aun en las escenas de exceso, y las prácticas de la «cortesía». Los supuestos de la vida aristocrática nos aparecen nitidamente; residencia fija, posesión territorial, respeto de la tradición y, además, buena educación en el sentido más completo del término. Entre la aristocracia y las clases bajas, obra, para la vida diaria, la benignidad patriarcal, sin por eso deshacer las fronteras de la cultura, ni perturbar la «disciplina» de la nobleza.

Nace, además, una nueva erótica, con la definición del ideal occidental de la «dama»: Náusica y Penélope, el capullo y la flor; el capullo en todo el dolor de reventar, y la flor que llega al límite de marchitarse y soltar su aroma en «rosada que más vale», como en el verso del Rabi Don Semtob. Elena, cuya belleza desarmaba el juicio de los ancianos de Troya, es devuelta a la virtud casera en Esparta, y ya no es amante sino esposa. En esta época propiamente caballescica, la mujer alcanza un valimiento nunca igualado en la Grecia histórica. En el popular Hesíodo, la mujer vale por la utilidad de su cooperación para las faenas del hombre; en la sociedad helénica que ya conocemos por testimonio directo, vale como madre de hijos y guardiana de usos familiares. Pero en la edad caballescica, la mujer adquirió cierto prestigio místico: la reina de los feactos, Aretea, es punto menos que una diosa; y cuando Odiseo implora hospitalidad, no se dirige al rey, sino que, aconsejado por la ingenua diplomacia de Náusica, abraza las rodillas de

la reina como si fuera árbol consagrado. En la «Iliada», todavía Agamemnon se atreve a declarar abiertamente que impondrá en su hogar a la esclava de guerra Criseis, porque prefiere su ingenio y sus encantos a las cualidades menos deslumbrantes de la propia esposa Clitemnestra (y sin duda los aficionados de la vieja literatura comparten el gusto de Agamemnon). Pero ya en la «Odisea», averiguamos que el abuelo Laertes, «renombrado por su limpia vejez», nunca ocupó el lecho de la esclava Eucleya por mera consideración a su esposa. La dama ha maniatado al guerrero, y de este delicado combate nace la hermosa del trato entre la transparente Nausica y el macizo Odiseo, que tenía sus puntas y ribetes de «bribón con ángel».

Estos pasajes, que hemos comentado a título de ejemplo, dan idea de cómo el autor dibuja anteriormente el contorno de su tesis, y permitirán prever al lector la inmensa riqueza de la obra y la vivificación del mundo helénico que de ella resulta. Todas las imágenes de Grecia adquieren sentido al fulgor de Paideia y se nos acercan, animadas como aquellas sombras del Averno que resucitan junto al pozo de sangre: el tutor o ayo y sus consejos; el orador y su función social persuasiva; el contraste entre la inquietud sobrehumana de Aquiles y la dulce plasticidad de Telémaco, revelada en la novela pedagógica que es la «Telemaquia»; el código nobiliario de Homero; las aspiraciones del labriego en Hesíodo; la educación de Estado en Esparta, sus tipos, su proyección filosófica, y su expres-

sión suma en Tirteo; los principios de justicia del Estado-Ciudad; los modelos de personalidad que proponen o delatan la poesía jónica y la eólica; la obra de Solón en la cultura política de Atenas el orden universal según la especulación filosófica, y sus consecuencias sobre la conducta; el código aristocrático según el ejemplo de Píndaro; el conflicto y la transformación ante la marea de nuevas clases; la policía cultural de los Tiranos. Todo lo cual nos da el trazo de la vida arcaica.

En seguida, la mente de Atenas se nos ofrece a través de los algo rudos cristales de Esquilo, los caracteres trágicos del armonioso Sófocles, los torbellinos de la sofística y los orígenes de la ciencia social, los problemas revolucionarios de tiempos de Eurípides, las reacciones de Aristófanes (sólo cómicas en la superficie), la filosofía política de Tucídides, quien instaura a Atenas como escuela de Grecia siguiendo las altas inspiraciones de Pericles.

El ideal de la Paideia salvará a Grecia y la erigirá en vencedora de sus vencedores. Alejandro, al regreso de sus campañas, declarará que se esfuerza por merecer el aplauso de los atenienses a quienes acaba de vencer. Cuando Atenas, bajo el imperio de Roma, ha dejado de ser para siempre un peligro político, comenzará a ser, consagrada y deificada, el museo político del mundo. No el museo muerto, no: la galería ejemplar propuesta por siempre a las hazañas de la cultura.

Hemos visitado a Werner Jaeger recientemente, en su casa de

Watertown y en su celda universitaria de Harvard. No olvidaremos su serena profundidad, y la naturalidad con que se transporta de la sencilla conversación hasta el plano significativo de las ideas. Prosiguiendo su investigación sobre la modelación del Hombre a través de la historia, se encuentra ahora consagrado al estudio de Gregorio Nacianceno, y toma arranque en el punto y hora en que la magna obra de los benedictinos quedó interrumpida por la Revolución francesa. En la plena «aome» de su edad, Jaeger ha alcanzado ya una autoridad que todos acatan. Tras varios lustros empleados en la interpretación de Grecia, sus anteriores monografías dan los fundamentos del saldo que ahora recoge y organiza en la «Paideia», y le permiten reconocer a simple vista el panorama propuesto, con gustosa rapidez y con manifiesta seguridad. Asumiendo el compromiso de dar a las palabras toda su responsabilidad y su peso, podemos decir brevemente: Werner Jaeger, en la «Paideia», ha escrito una obra de valor permanente, y una guía para los ideales constructivos de la civilización que defendemos.

Dejamos de lado, por consabidos, los méritos de la traducción hecha por el profesor Joaquín Xirau, cuyo dominio de la lengua alemana, fuerte temperamento filosófico y dones de estilo ni siquiera están en tela de juicio. Y felicitamos a los editores que, con esta publicación, continúan ensanchando generosamente su primitivo y limitado plan de especialistas en la Economía.



De la poesía y de los poetas

«Y abriendo otro libro, vio que era «Palmerín de Oliva», y junto a él estaba otro que se llamaba «Palmerín de Inglaterra»; lo cual visto por el licenciado dijo:

Esa Oliva se haga luego rajás y se queme, que aún no que en dellas las cenizas; y esa Palma de Inglaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero.»

— «¡Ay, señor! — dijo la sobrina —, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballerescas, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.»

— «Este libro es — dijo el barbero abriendo otro — «Los diez libros de Fortuna de Amor», compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

— Por las órdenes que recibí — dijo el cura —, que desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como éste no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido a la luz del mundo; y el que no lo ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de reja de Florencia.»

— Este grande que aquí viene, se intitula — dijo el barbero — «Tesoro de varias poesías».

— Como ellas no fueran tantas — dijo el cura —, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bijeas que entre sus grandezas tiene: guárdese porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

— Este es — siguió el barbero — «El cancionero», de López Maldonado.

— También el autor de este libro — replicó el cura — es grande amigo mío, y sus versos en su boca ad-

miran a quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo raro es en las églogas, pero nunca lo bueno fue mucho; guárdese con los escozidos. Pero ¿qué libro es éste que está junto a él?

— «La Galatea», de Miguel de Cervantes — dijo el barbero.

— Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Lu libro tiene algo de buena invención, propone algo, no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tedlo recluso en vuestra posada.

— Señor compadre, que me place — respondió el barbero —; y aquí vienen tres, todos juntos: «La Araucana», de Alonso de Ercilla, la «Austriada», de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y «El Monserrate», de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

— Todos estos tres libros — dijo el cura — son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansóse el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba «Las lágrimas de Angélica».

— Lloráralas yo — dijo el cura en oyendo el nombre — si tal libro hubiera mendado quemar, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España,

y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

«Don Quijote» — Libro 1º — Cap. VI

— Así es — replicó Sansón —; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.»

Idem — Segunda parte — Cap. III

— «Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos más que nos dan vida. Y en lo de forzarles a que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para «Pane Lucrando», siendo tan venturoso el estudiante que le dio el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen aquella ciencia a que más se le viere inclinado; y aunque la de la poesía es menos útil que delectable, no es de aquéllas que suelen deshonrar a quien la posee. La poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar de ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni pulcada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio. Hala de tener el que la tuviere, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser venible en ninguna manera, si ya fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias, o en comedias alegres y artificiosas...»

— «Riña vuesa merced a su hijo, si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castiguele y rómpele, pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele; porque lícito es al poeta escribir contra la envidia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, conque no señale persona alguna.»



Parábolas de Han Ryner

DE MI SABIDURIA

La ruta que yo sigo, a veces tengo la impresión de crearla, de abrirla el primero a través de los árboles espinosos y floridos del bosque que por la ladera asciende. Pero también a menudo siento que otros hombres pasaron por allí antes que yo. En los troncos más viejos leo nombres grabados: Sócrates, Aristipo, Diógenes, Zenón, Epicteto. El niño, en el vientre de su madre, atraviesa en algunas semanas el camino donde, al decir de los evolucionistas, el animal se ha arrastrado durante milenios para llegar al hombre. Para ascender hasta su propia luz, todo amigo de la sabiduría abre un sendero que las zarzas y las corolas destruyen detrás de cada uno que pasa y que, sin embargo, es el más glorioso de los caminos históricos.

Nada se aprende si no es de uno mismo y de las circunstancias de su propia vida. Sólo la experiencia directa es verdaderamente educadora. No obstante, todo sucede como si uno se dejara guiar por las lecciones extrañas. Que los que detrás de nosotros vengán se guarden por lo tanto de obedecer a las palabras exteriores. Las encrucijadas son demasiado numerosas en las que se arriesgarían a escoger mal, a tomar, detrás de los doctores de mentiras, la ruta que desciende o la que lleva a los abismos.

Incluso si se llegara a evitar todo error, yo no encontraría detrás de otro, la felicidad que me es conveniente. Entre las palabras de los mejores, hay algunas que mi espíritu rechaza, como también mi carácter o mi corazón. Nadie más que yo puede crear mi armonía, respetando los matices que la hacen preciosa y única.

No es Sócrates, sino un seguro instinto el que me ha llevado a mirar en mí mismo, a buscar únicamente, no por cierto el conocimiento metafísico, sino al menos el conocimiento crítico del asunto: ¿qué es lo que quiero? y, ¿qué es lo que puedo?

Quiero la felicidad. Ingenuamente, creí primero hallarla en lo que la muchedumbre llama placer. Pero el placer, servido como a un amo, no utilizado como un medio, fue para mí creador de sufrimientos y decepciones. Por eso comprendí muy pronto que la primera condición de la felicidad, es la maestría de sí mismo. Entre los compañeros de este principio de viaje, vi al sonriente Aristipo.

Un conocimiento más claro de mí mismo me enseñó que no tenía ninguna necesidad de poseer las voluptuosidades pobres que provienen del exterior. De afuera, sólo he pedido una cosa: no hacerme dolor, no turbar la actividad espontáneamente alegre que yo soy. Evitar hambre, sed o frío, las privaciones que arrancan las alegrías de pensar, de soñar, de amar y que turban mi ritmo

natural, cosa suficiente para que yo siga siendo una llama continuamente ascendiente de felicidad. Este resultado que me iguala a los más grandes hombres de todos los sueños, como lo obtengo muy barato, sin casi concurso exterior, poca cosa me cuesta: un pedazo de pan y, en la cuenca de mis manos, algunas gotas de agua. Y en una emoción de seguridad, he mirado en torno mío. Me encontraba en el jardín de las puras y elegantes delicias, en el que me sonreían viejos amigos: Epicuro, Metrodoro, Leoncia.

Pero no es siempre el dolor evitable y a veces la vergüenza de huirlo, sería para mí una perturbación peor que el esfuerzo por sostenerlo. Desde que me he enriquecido con esta nueva inquietud, me he inclinado totalmente al lado de la filosofía de la fuerza defensiva. Después de este recodo del camino, en la dura cuesta, mi pensamiento, tendido e irritable como un esfuerzo de convalesciente, se afeó por algún tiempo a causa de no sé ya qué agresivo desprecio hacia los hombres. Próximos a mí, Antistenes y Diógenes me animaban igualmente para que subiera e injuriase la cobardía de abajo.

Por medio de un nuevo progreso, me he despedido de toda hostilidad. Un subjetivismo más puro me ha enseñado que solamente mis acciones interiores dependen de mí. Su resultado se me hace extraño como la piedra que mi mano ha lanzado y a la cual no puedo modificar la dirección. Forma parte de esas «cosas indiferentes» de los filósofos de la antigüedad y que un pensador moderno llama «los fortuitos». La felicidad del prójimo no puede ser la obra de mi violencia. Por mucho que mi voz grite, ¿por qué prodigio podrá hacer oír a los otros su voz interior? ¿Qué paradójica influencia permitiría que mis esfuerzos por los otros, crearan la actividad de éstos? Un viviente no puede construirse desde afuera. ¡Ah!, cómo es necesario que mi intervención sea oportuna, prudente y comedida, ¡para que no se arriesgue en producir un mal! ¿Qué fuerza extranjera puede empujar a los hombres hacia el paraíso, si éste no les es exterior? Los gestos apostólicos, multiplicados por los cínicos, no logran más que irritar. A Diógenes le falta una virtud: la que enseña, sin renunciar a uno mismo, a no herir a los hombres con palabras duras y para ellos incomprensibles; la que, cual tolerancia florida, hacía que Spinoza interrogara a su buena huésped sobre el último de los sermones pronunciadados. Amor inteligente y complaciente, permitía a La Boetie moribundo, escoger entre los aspectos de la verdad para decir a su mujer desconsolada vagas esperanzas de curación, mientras que a Montaigne, corazón valiente, le exponía las razones filosóficas por su muerte tan temprana.

Llamaban a esta virtud los estoicos *oikovomia*; Agustín la llama *dispensatio*. El europeo occidental no tiene para designarla más que una palabra usada por los siglos y vaciada de su rico contenido anterior: *discreción*. Yo le devuelvo su perdida plenitud y tal vez un poco más: le hago significar ese haz de caridad, de sonrisa y de afectuosa reserva que permite ver qué cantidad de verdad cada uno soportará, no lanzando nunca encima de las espaldas de los débiles una carga demasiado pesada. Así comprendida, la *discreción* supone un último y difícil desprendimiento de sí mismo; supone que nuestro orgullo y nuestra humildad se han purgado de toda vanidad, que la constatación de nuestra impotencia casi absoluta sobre el exterior va no ha de irritarse con esfuerzos rechinantes. Nuestro esfuerzo útil, en efecto, será casi siempre interior y subjetivo. Es mi solo pensamiento el que puedo encender. Pero que se vuelva un fuego de más en más grande a fin de llevar hacia los que tienen frío en las tinieblas, cada vez más luz y más calor. *Oikovomia* de los estoicos, ¿no eres la virtud que practicaba Jesús cuando, negándose ya a agitar hacia los vendedores del Templo un látigo que hería los cuerpos sin cambiar los pensamientos, decía: «Soy dulce y humilde de corazón?» *Oikovomia, dispensatio,*

discreción, última expresión de la virtud, sonrisa suprema y la más alta flor del subjetivismo, libérame de toda aspereza apostólica y de toda cólera contra los débiles. Elevado por la esperanza o la alegría de ayudar a los que quieren buscarse a sí mismos, me prometo de nunca más injuriar a los otros en el absurdo deseo de convencerlos, y es así como apercibo en torno mío las heroicas sonrisas de Zenón, de Cleanto y de Epicteto.

NOTA. — Por su conclusión, cabe decir que la sabiduría de Han Ryner, es primordial y esencialmente estoica. O mejor dicho *neostoica*. Al efecto, debo mencionar aquí lo que a su debido tiempo expresó sobre el gran misionero del estoicismo: «Por diversas razones, posiblemente deje insatisfecho al espíritu más fraternal. Por eso recomiendo a los hombres de buena voluntad, la asidua lectura del «Manual de Epicteto». En él, mejor que en otras partes, se encuentra la precisa respuesta a nuestras inquietudes y a nuestras dudas. En él, mejor que en otras partes, quien capaz sea del verdadero valor, encontrará ese valor». — V. M.

Próximo artículo: «No me escuches».



LAS DIFICULTADES DE FIDEL

«Que el traidor no es necesario, siendo la traición pasada».

CALDERON.

ESTE célebre médico y químico suizo, nació en Einsiedlen (Suiza) en 1541. La importancia de tan ilustre precursor de la Medicina moderna, el primero que observó directamente los fenómenos de la Naturaleza, convirtiéndolos en punto de partida de sus entonces novísimos sistemas curativos, ha sido desvirtuado por la turba de sus enemigos, y por los discípulos que, interpretando torcidamente el claro criterio del maestro, hicieron de él un prototipo de los magos, alquimistas y astrólogos medievales.

Nada más lejos de la verdad. Paracelso reprobó con firmeza toda práctica supersticiosa y más que ninguna la Astrología y la locura de la Edad Media, prolongada hasta los linderos de la Edad Moderna, o sea el arte de hacer oro, quimera perseguida durante centenares de años.

El verdadero nombre de Paracelso era Felipe Aurelio Teofrasto Bombast de Hohenheim, hijo natural de un noble de Suabia y médico que sucesivamente ejerció su profesión en Einsiedlen y en Villach (Carintia). Guiado por el autor de sus días, dio Paracelso los primeros pasos en el arte de curar; pero deseando visitar y adquirir grandes conocimientos recorrió casi todas las comarcas y Universidades de Europa, escuchando a los profesores de más fama, consultando a los mejores prácticos, y aun a los barberos — de popular importancia médica entonces —, a los alquimistas y a los magos. Bien pronto adquirió el convencimiento de cuán equivocados e inciertos eran los conocimientos médicos de su siglo y se propuso reformar radicalmente la terapéutica.

Infinitos sinsabores, persecuciones y peligros sin cuento, le proporcionaron la inquietud de su espíritu y el radicalismo de sus ideas científicas y sociales. Púsose abiertamente en contra de los viejos principios médicos de su época, abandonando a los textos griegos y árabes, en plena privanza en aquella época y, cerrando los libros, propúsose ajustar su ciencia a la Naturaleza. Poseedor ya de una gran experiencia, merced a sus viajes e incesantes estudios, quiso, no obstante, aumentarla, y al efecto emprendió nuevas peregrinaciones, de las que sólo sabemos que figuró como cirujano en varias campañas en Italia, los Países Bajos y Dinamarca. Entonces conoció varios remedios enérgicos, descubriendo las cualidades curativas del «láudanum». Merced a ellas, de regreso a Alemania, hizo varias curas maravillosas que le dieron gran fama, y por las que fue llamado a la Universidad de Basilea para en-

«Eres lo que muchos jóvenes y viejos: intrigante. Pero tus intrigas rezan sólo contigo. No estás satisfecho sin plantearte problemas trascendentales y regeneradores, problemas intrincados, pero con la particularidad de que una mujer los barre de tu mundo interior cuando ella quiere o cuando no quiere.» — (De « Quinet », ALAIZ).

(Aún quedan algunos ejemplares. Pedidos a nuestro Servicio de Librería)

Vidas

PARA

señar la Medicina. Usó para sus lecciones, rompiendo viejas costumbres, la lengua alemana, porque a su juicio la ciencia de curar no debía ser sólo el secreto de algunos iniciados; de allí tomaron pie sus enemigos para decir que era tan ignorante que desconocía el latín, lengua literaria en aquella época.

Pero Paracelso no temió exponer públicamente sus innovadoras teorías. Atacó con violencia los sistemas anteriores, se atrevió a quemar en su cátedra las obras de Galeno y Avicena, salvando y haciendo excepción del padre de la Medicina, Hipócrates, cuyo principio « Cúrate a tí mismo » fue glosado y propagado por Paracelso en varias de sus obras. Censuró sin reservas los abusos que los rutinarios cometían a diario, y nunca se abstuvo de exponer sus ideas francamente ateas y demoleadoras de los principios sociales, religiosos y filosóficos de la época.

Todo esto le atrajo muchos enemigos, que enviaban los asombrosos resultados obtenidos por Paracelso en el tratamiento de las enfermedades. La mezquina envidia y los intereses creados que dañaba, se conjuraron contra él, llegando a amenazar su vida. Respondió en un principio con valentía el innovador a sus adversarios, pero enemistado con un canónigo, al que había curado, porque el tal canónigo consideró excesivo el precio de sus honorarios, éste, aprovechando la ocasión que se le presentaba para perseguir judicialmente al médico, obtuvo de las autoridades una acción contra Paracelso, y éste vióse obligado a huir de Basilea, antes de que le encarcelaran.

Puestos ya en el terreno de la vil calumnia y la persecución alevosa, sus enemigos no vacilaron en denunciarle como mago, alquimista, ateo y acusándole ante las autoridades civiles y eclesiásticas de tener tratos con el diablo, acusación terrible en aquella época.

Fugitivo siempre, llevando una vida errante, el ilustre médico recorrió la Alsacia y varias comarcas de Alemania, la Moravia, Carintia, etc., estudiando con cuidado las enfermedades de dichos países y curándolas sin que nadie supiera de quien se trataba.

Pero continuó criticando con dura frase el pedantismo y la ignorancia de la mayoría de sus colegas, y sus enemigos se vengaron intensifican-

por Soledad

agitadas

CELSE

do la persecución, porque, a medida que la fama de Paracelso se extendía, y que él — secretamente, pero sembrando por doquier su ciencia — continuaba sus prodigiosas curaciones, crecía también el número de intereses dañados y de mezquinas envidias congregadas en torno a su gran figura.

Consiguieron del Comité Imperial de Censura que éste prohibiese la publicación de los escritos de Paracelso, malogrando su fama y quitando a la ciencia uno de sus más preciosos auxiliares. Sin embargo, a su muerte, creciente aún la fama del médico, engrandecida y aumentada por la leyenda que se formó alrededor de su silueta, sus obras fueron editadas con creces, hasta algunas que no eran suyas y que antes deshonran que favorecen la figura del ilustre hombre.

Vióse al cabo el sabio médico libre de persecuciones, merced a la protección de los Estados de Carintia, donde se estableció, y pasó en Salzburgo los últimos años de su agitada vida.

La base del sistema de Paracelso era el estudio profundo de la naturaleza. Quería una revisión completa de las nociones médicas transmitidas por griegos y árabes. Predicando con el ejemplo, relacionó los hechos y descubrió su ley. Poseyó el método científico y acreditó su perspicacia al decir que el médico no debe forzar a la naturaleza, sino seguirla con la mayor prudencia y variar sus remedios según las fases de la enfermedad. Admitía en cada organismo un motor secreto, el principio vital de los modernos, motor que vela por la reparación de las fuerzas y para eliminar las causas morbosas. Quiso fundar la Medicina en el conocimiento exacto de la naturaleza y de la química, la cual había estudiado bajo la dirección de su padre, del abate Tritemo y del famoso Segismundo Fugger.

Ideológicamente fue en absoluto racionalista, negando la existencia de toda divinidad y buscando explicación natural a todos los fenómenos. Y resulta verdaderamente pintoresco que a este hombre, de arraigados principios materialistas, la fantasía popular, desatada, le hubiese nimbado con tal aureola de misterio que hizo de él una figura casi fabulosa. Las supersticiones de la época, espoleadas por las calumnias preparadas por los interesados en dañarlo, y por otra parte la

admiración que causaban sus curas tomadas por milagrosas, su vida aventurera y libre, su tipo extraordinario, su vida reñida con todo prejuicio, su audacia, su intrepidez, y su indomable espíritu crítico y justiciero, tejieron alrededor de Paracelso una red de extravagantes cuentos, que desvirtuaron su figura y la hicieron casi irreconocible a los ojos de los historiadores que intentaron después reconstruirla y reivindicarla como una de las mayores glorias de la Medicina europea.

Hombre combativo y generoso jamás pensó en sacar provecho material de su ciencia. Muy despreocupado de las fórmulas, odió la adulación y el lujo, y las vanas preocupaciones morales de la época lo dejaron indiferente y desdenoso. Nunca solicitó nada de los poderosos y su mismo orgullo y sentimiento de la justicia le acercó a las masas populares. Era de carácter jovial, un poco brusco en el hablar, despreocupado con la urbanidad y quizás aficionado con exceso a las mujeres, lo que dio nuevo motivo a sus enemigos para calumniarle, acusándole de inmoral, cosa falsa, pues supo siempre mantenerse digno de sí mismo y jamás se dejó dominar por los placeres viciosos.

Murió humildemente en el hospital de Salzburgo, rodeado de contados discípulos, con muerte serena y digna de los estoicos. Poco tenía y lo poco que le restaba lo legó a los pobres, con los cuales había convivido y a los cuales esforzó en comunicar y hacerles comprensible su ciencia, al contrario de los demás hombres sabios de la época, que procuraban que el pueblo permaneciese a oscuras, ignorándolo todo, para así poder elevarse sobre él, aunque sólo fuese con la deleznable ventaja de disponer de su vida comerciando con ella en un lenguaje desconocido por las víctimas. El latín, desterrado de sus pláticas y de sus escritos, era la lengua de los elegidos de su época. Paracelso rompió con la norma, hablando y escribiendo en el idioma popular, haciéndose entender con frases rudas y asequibles a todas las inteligencias, designando a los males con nombres inteligibles para los más ignorantes y curándolos con remedios cuyos secretos arrancó a la naturaleza en horas de estudio incesante y a cambio de una vida agitada e intensa.

Saludemos en él a una de las más ilustres figuras científicas de la Historia, que con Miguel Servet y Arnaldo de Vilanova, forma la trilogía de hombres inquietos, rebeldes y perseguidos por las tiranías religiosas y políticas de sus viejas creencias y preparando el camino a las profundas revoluciones en todos los órdenes de la vida.

MUNDO NECIO

**Soy ya viejo y con lástima me miras,
mas aún tengo la fuerza de escupirte;
que otro modo no encuentro de decirte
el desprecio y la pena que me inspiras.**

BAZAL

GUSTAVO

(«Vaso de lágrimas», (poemas de guerra, poemas del exilio, poesía de la muerte), 170 páginas, precio 3,50 NF. Pedidos a nuestro Servicio de Librería)

La luz apagada

I

Alfonsina Storni, mujer de desdichas.

Alfonsina Storni, cosida al infortunio con manillas de hierro.

Alfonsina Storni, sepultada voluntariamente en el mar del Plata.

Nacida en Helvecia y llevada a América aún no adolescente.

Infancia apenas infantil, grave y triste, de emigrante, en un páramo argentino.

Día a día, el Destino va trazando su drama; está muy venidero su drama y no lo siente rebullir.

Corren los años...

¿Qué hay dentro de ella, además de un poco de locura, que no se ve ni se oye y está presente? Un verme—el de la Fatalidad—royendo su alma y anublado despacio su existencia.

Pero el sol, a intervalos, descorre las nubes negras y el inmenso azul resplandece.

Crece en recelo de predestinación, en vocación de suicidio.

El desengaño trastorna el sistema de su vida, rota para siempre: la fe con el hijo del amor a sus pechos quiebra y viene al suelo.

¿Qué es el suelo, sino la peana iluminada de las criaturas? ¿No es el espacio del subsuelo? ¿Hace mejor clima en la gusanera?

Su aserto:

«En la ciudad erizada de dos millones de hombres, no tengo un ser amado.

Una hoja rodante, caída en la cuneta. Rosa de papel de colores que el viento acerca al abismo, chispa de minúsculo carbunco jugando a encenderse y apagarse.»

«Bravo león, mi corazón tiene apetito, no razón.»

Apetito de morir y esperanza de no morir, como el varón de su verso, Sigfrido, tenía.

«Escalinatas lentas descenden al agua y llegan desvanecidas a mis pies.

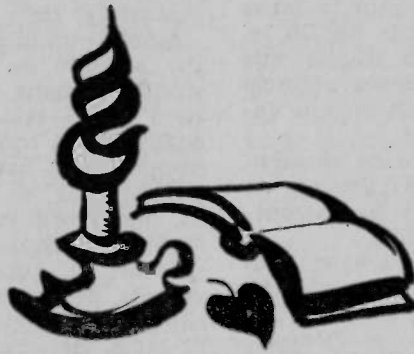
Por ellas ascenderé un día hasta internarme más allá del horizonte. Paredes de agua me harán cortejo en la tarde resplandeciente...»

Su última composición, «Voy a mo-

rir, aparecida en «La Nación», de Buenos Aires, dos días después del suceso, tiene el entono de una sentencia tribunalicia. ¿A quién le dijo adió? ¿Qué mano amiga estrechó por última vez? ¿Alguno trató de apartarla del vértice de sus pensamientos atropellados, de sus turbulenta maquinaciones, con una reflexión cariñosa?...

Se sabe lo que es morir; lo que es más morir, ho.

Con el postrer aliento de la carne combatida y vencida apagó de un soplo su luz para dormir eternamente en el fondo del mar, como Safo...



II

El camino que en las altas horas de la noche recorre la mujer está entapizado de sombras. Sus pasos, en cierto modo cautelosos, son firmes. Comprimese por efecto de la helor que le da en la cara y acelera la marcha. De arriba cuelgan invisibles seladices de humedad. Retiráronse los luceros y ennegreció la noche.

Burla burlando, el Malo embetunó el cielo.

El señor Enero ostenta un caparacho esmaltado de volutas de nieve: menos el cok, todo le viene bien.

Ha de hacer treinta y una de mano, y sólo cada veinticuatro horas da un paso adelante.

Llega la mujer a una plaza aforrada de negro con sarpullido de lucécillas friolentas que medio resplandecen tras la gruesa pared de niebla.

¿Si como el anís escarchado fuera bueno beber el relente...!

Escapa de la mazmorra del reloj la hora.

¿Tiene o no la paseante conciencia de sus actos?

En un buzón colorado, semejante a una caja de barquillos, ha tirado una carta. ¿Para quién?

Para un señor que se llama Futuro Imperfecto...

Los diques de la dársena forman una calle interminable de arboladuras marineras a un extremo y de tinglados con mercancías a otro.

El sereno encapotado la distingue con la linterna sorda y nada le dice.

Por último, no hay más camino practicable, no hay más tierra firme donde asentar los pies que el acantilado sobre el abismo.

La ciudad queda atrás, disminuida, entregada al primer sueño: sólo el Silencio está en vela.

El puerto abre de par en par la boca.

Viento. Oleaje. Alanceo de mástiles.

Lejanas luces bermejas dejan en el mar un rastro de sangre.

¿Nadie llama a esta mujer a la reflexión y la libra de un mal pensamiento?

Ahogándose va a terminar su ahogo. La inmensidad aparece más dilatada ante ella y el corazón se le encoge; mas como está hecha su decisión de morir, al llamamiento de una voz misteriosa reacciona.

De inmediato, el impulso trágico...

La pleamar la toma cayendo al peso y en una sábana de agua, en una mortaja de espumas la envuelve.

¿Cómo fue su última impresión en el vacío?

En el vacío debió de quedar sin vida.

Una Nereida más: Alfonsina Storni.

III

Arrojar flores en el Plata donde por expresa voluntad caíste—ninfas, tulipanes, nomeolvides—, no es propio sino de tierra; y tú descansas de tus fatigas en el sepulcro de plantas acuáticas a lo ancho del mar.

Las mareas te habrán preparado otra hamaca lejos de la costa en que resuene con mayor estrépito el arriscado oleaje.

Pesabas tan poco, que tal vez la materia Storni no haya descendido hasta el fondo del abismo y te encuentres en una zona intermedia, mientras el espíritu Storni, fiel a ti, sobrenada.

¿Te vestiste de gala para este conubio? ¿Te echaste con tus preseas

al agua? ¿Guarda el Plata tu postrer desconocido poema para arrullo de tu sueño, alargada en el mar, por hartura de «El Mundo de Siete Pozos»?

Tus versos dicen que, como Larra, Ganimet, Quental, Lugones, Zweig, José Asunción Silva, habías de quitarte la vida. Te cansaste de esperar, que es tu falta. ¡Esperar, saber esperar...! Tu gloria ha venido, y ahora, licuándote, no la palpas.

Ya lo sé: si mucho en esta vida es la fama, nada posterior a la muerte. Los vivos pretenden revelar el mundo de los muertos por medio de placas veladas: la muerte es misterio que alucina.

Leemos:

«Unamuno, aunque la soportaba en sus entrañas desde la juventud, la va acusando conforme avanza en edad. Como el héroe de Tolstoi parece decir a cada momento: No, yo prefiero todo a la muerte. Goncourt escribe que semejante idea atormentaba la vida de Daudet. Zola temblaba ante la muerte, produciéndole depresiones y pesadillas que hacían difícil su sueño. En la maravillosa descripción que Zola hace del entierro de Flau-

bert deja traslucir la repugnancia que la terminación de la vida le produce. El mismo Goncourt confesaba que si pudiera desterrar de su conciencia et recuerdo de la muerte aliviaría un gran peso que le entorpecía para pensar y escribir. La Rochefoucauld pierde su clásico estoicismo, cuando, en un momento de angustia, hace que su pluma grite: «Ni el sol ni la muerte pueden mirarse cara a cara». Acaso la satisfacción de los muertos sea tal, que si pudieran se reírían de preocupaciones.

La vida es sendero angosto, la muerte camino ancho.

Tú, Alfonsina, perdido el valor del sufrimiento, a saber en qué situación de ánimo emprendiste el viaje. La inteligencia falló y quedaste a oscuras. Este eclipse primero fue parcial y, por último, total. Ya habías dedicado aquella composición deprimente a un león enjaulado:

Alguna vez te he visto durmiendo la tristeza, la melena dorada sobre la piedra gris, abandonado el cuerpo, con la enorme pereza que las siestas de fuego tienen en un país.

Y sobre tu salvaje melena enmarañada mi cuello delicado sintió la ten-

tación de abandonarme al tuyo, yo como tú, cansada de otra jaula más vasta que la tuya, león.

¿Y ahora en esa cama hídrica, espaciosa en demasia? Cerrar para siempre los ojos, voluntaria e involuntariamente, es triste. ¿Puede ser más que una gota de mar, más que una burbuja, más que un grano de arena?

Demás están las flores donde no hay vestigios de muerte. Tu caso es distinto del de María Duplessis, enterrada en el cementerio de Montmartre en 1847 y en cuya sepultura todos los años las modistillas de París depositan gran cantidad de flores.

Tú no tuviste entierro, pero acompañamiento de astros.

En la noche serena tu sombra alongada temblaba de miedo de ti.

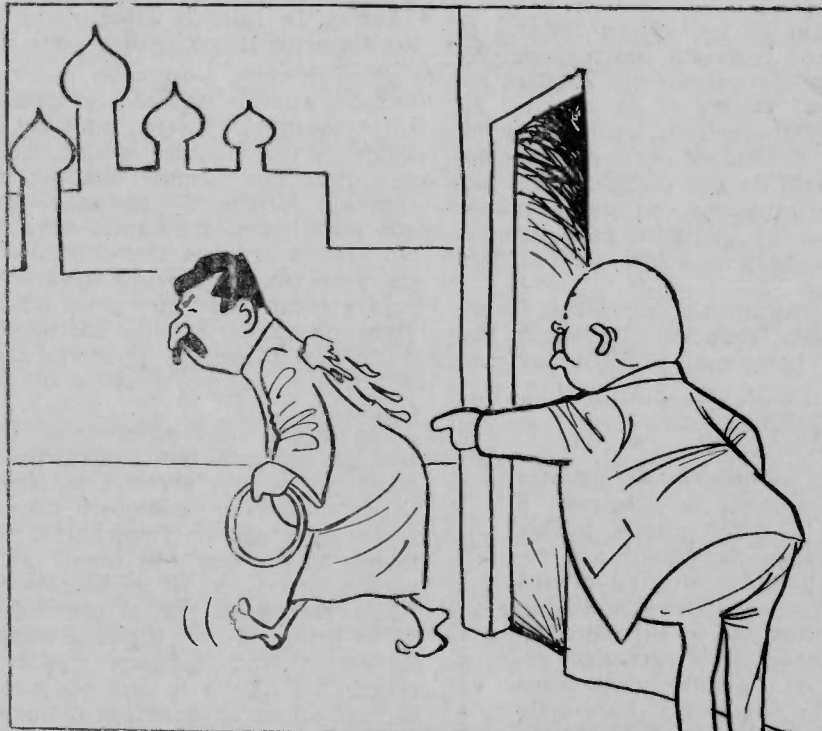
Tu cementerio es de agua.

Descansas en el seno del mar, sobre un túmulo de nácares y corales.

Las embarcaciones pasan por encima de ti y sus hélices ruidosas dejan un rastro de nítidas espumas.

... O de azucenas de las rosaedas del mar.

PUYOL.



— ¡Miserable!, dice el uno, y el otro dice... ¡Miserable!

ERASE un satírico que había ido descendiendo, hasta quedar en simple bufón. Libres, o casi libres todos los caminos cuando era joven, por todos se había lanzado. Reinaba en el mundo una larga paz burguesa, de comerciantes que han hecho buenos negocios y están satisfechos de su suerte. Las gentes a quienes el provecho de los negocios no había alcanzado, en espera de que les alcanzara, se rompían la tranquilidad de que en todas partes se gozaba. Había, sí, algunos descontentos — siempre los hay —; pero pocos: piedra arrojada en un lago. Pronto la confusión producida en las aguas desaparecía.

El satírico, abiertos los ojos, se burlaba de la calma, para él como de animales, en que los nombres vivían. La veía asentada en conformidad de los miserables, dondequiera numerosos, y la lástima que le inspiraba profundo menosprecio para quienes aun con su conformidad, les mantenían en semejante situación. Ni una de las miserias de éstos, de otro género, pero no menores que las de aquéllos, dejó poco a poco de serle evidente. Y a ellas dirigía las saetas de su sátira.

No bien disparadas, al principio. Más certeramente a medida que se adiestraba. Los que seguían, desde lejos o desde cerca, su ejercicio, tenían confianza en que todas, un día, partirían veloces al blanco. El arma estaba allí. Sólo faltaba el aprendizaje de su manejo. Muchas veces, al principio, la precipitación malograba el disparo. Se veían a dónde iba, pero no se le veía llegar a donde iba.

Antes de que ni una de sus saetas fallara, la calma en que el mundo reposaba fue turbada. No por los miserables: por los mismos que estaban satisfechos de su suerte. Puesta la de algunos en peligro, aquí y allá empezaron a avanzar ejercicios y a destruir, con la vida de parte de sus componentes, de gran parte de sus componentes, bienes durante siglos acumulados: en pocas manos que, por no perderlos, los perdían; pero que esperaban recuperarlos, para sí solas: compartirlos con menos.

El satírico estuvo, durante la tormenta, sobre casi toda la tierra caída, reducido al silencio. Había sustituido éste a la calma, y pocos tuvieron

LAS LEYES

La ley es una institución de agentes muy perniciosos. Cuando se empiezan a fabricar leyes no se acaba nunca. La ley profetiza; se encarga de determinar cómo obrarán los hombres en el porvenir. Sean cuales fueren los males que surjan de las pasiones humanas, la introducción de las leyes no puede ser el verdadero remedio. Mientras el hombre permanece en las redes de la obediencia, habituado a regular su paso al de otro, su inteligencia y la fuerza de su espíritu continuarán paralizadas. — GODWIN.

«NADA SE HACE CONTRA LA INJUSTICIA CERRANDO LOS OJOS A LA QUE NOS CIRCUNDA». — D.

EL

el valor de romperlo, como pocos, antes, habían tenido el valor de romper la calma. Era más peligroso intentar romper el silencio que intentar romper la calma había sido, y apenas nadie alzó la voz. Era de creer que el satírico afilaba sus saetas. Todo le ofrecía ya blanco seguro. Las miserias que había descubierto, con muchos, pero él en su aspecto más vulnerable, habían hundido el mundo en caos del que difícilmente saldría. Esperaban, esperaban, los que habían seguido sus ejercicios, el disparo de sus saetas como nunca certero.

Su país se había adelantado a salvarse de la tormenta, para caer en otra: hija aquélla, que jamás habría surgido sin aquella. No vio con buenos ojos el camino que su país tomaba. No había cerrado aún los ojos. Lo insinuó temeroso, sin usar su mejor arma, su única arma. Todas las miserias contra las cuales la había disparado se le aparecían allí, con distinta forma, pero las mismas. Le falló el valor, como antes muchos de los disparos. Hasta para repetir la insinuación.

Poco después, terminada la tormenta en todo el mundo, aunque dejando la atmósfera cargada para el estallido de otra, pudo de nuevo lanzarse a todos los caminos del mundo. Y encontrar, a donde quiera que llegaba, blancos para su sátira. A ninguno dejaba de disparar, con más destreza que antes, pero a ninguno daba, aun dando en él. No era ya arquero cuyo disparo valiera. El silencio sobre unas miserias quitaba fuerza al ataque contra otras. Ver unas y no otras era como si no viera ningunas. No hay sátira de lo ajeno sin la de lo propio igual a lo ajeno. Cae la burla sobre el burlador que no se burla de lo suyo que merece burla.

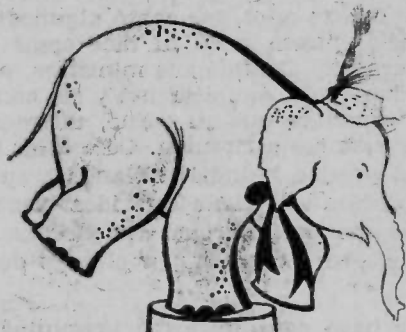
Era difícil, muy difícil la burla de lo suyo. No vencida esa dificultad, no arrostrada, no desafiado el peligro que arrostrarla suponía, sus ataques hacen sonreír, no enrojecer. Divertían, no herían. Nada decía que no fuera cierto, pero callar lo no menos cierto que allí donde venía sucedía, embotaba su crítica. Ni se juzgaba que fuera crítica. Podía el mundo por el criticado vivir tranquilo. Se le criticaba con vistas a sostener otro mundo no mejor. Nada se hace contra la injusticia cerrando los ojos a la que nos circunda. Denunciar el mal en la casa del prójimo y tender un velo sobre el que impera en nuestra casa, es sustentar el mal, no combatirlo. Todas las armas se vuelven contra el que así las usa. Sólo cuando te has lavado puedes llamar sucios a los demás. Con

por DENIS

BUFON

tus manos llenas de lodo, no es sátira a otros que no las tienen limpias, es bufonería: reirse de la joroba más pequeña, aunque sea más grande, que la propia.

Cuanto habían seguido paso a paso, la carrera del satírico, volvieron la mirada de él: él mismo había truncado su carrera. Salido de su país en muchas ocasiones, podía no haber vuelto. Y dirigirse, como a los otros, dardos bien afilados. Todos los que dirigía a los otros, sin modificación



alguna, habrían adquirido entonces valor muy alto: ninguno tenían ahora.

El temor cerraba su boca ante los blancos, innumerables, que su país ofrecía a la sátira. No era hombre para enfrentarse con el menor riesgo. Se le había llamado satírico sin que lo mereciera: por pruebas que ningún peligro entrañaban. Fácil tarea la agudeza ante el enemigo que te deja realizarla. Si la abandonas cuando el enemigo se opone, no habías nacido para ella. El satírico, usurpador ya de ese nombre, la seguía frente al enemigo que le dejaba realizarla, la abandonaba frente al enemigo que a ella se habría opuesto. Ni satírico, ni hombre. El silencio le habría salvado, hundiéndole en el olvido. No sabía callar. Ni tenía, al cabo, el talento de callar. Por dondequiera que pasaba dejaba tras sí manojos de burlas. Sin punta, aunque algunas veces bien aguzada la punta. Todas, todas podían devolversele, y más que ningunas las de la punta bien aguzada. Para usarlas allí donde no las usaba. Para que hirieran, tanto como quería que hirieran aquí, allí. No herían, por no usarlas allí, aquí.

El temor, que no le dejaba al salir de su país, que le acompañaba por todas partes a donde iba, que le hacía volver a su país cuando de él salía, acabó por precipitarle en la bufonería total. Ya no guardaba silencio ante unas injusticias y se indignaba ante otras. Vana está indignación por

aquel silencio. Ya prorrumpía en vejámenes de todo lo existente fuera de su país, y en alabanzas de todo lo en su país existente. Vejámenes que, con tanto fuego como sus sátiras primeras, quedaban ahogadas por la ceniza de las alabanzas: vulgares, vulgares: de redactor de anuncios. No otro parecía ya su destino: redactar prosa digna de aparecer, al día siguiente, en todas las esquinas. En elogio de cualquiera de los tiranuelos de su país, en elogio del que, como a los tiranuelos tenía a su país en las manos.

La tormenta para la cual la atmósfera había quedado cargada, al salir de la anterior, no tardó en estallar. El papel del país del satírico fue uno al principio, luego otro. Escogido el primero arrastrado el segundo. Las piruetas del satírico, ya hacia tiempo bufón, en defensa de aquél y de éste, mellaron las pocas armas que le quedaban. Con ellas melladas, continuó sus vejámenes y sus alabanzas. Era difícil distinguir, en aquéllos, una palabra que hiriera, aunque todas parecían hirientes. Era imposible encontrar, en éstas, una palabra de hombre. Querían aquéllos complacer al tirano, tendían éstas a halagarle. Se le llamaba bufón, desde que había dejado de llamarse satírico. Hasta los bufones habían rechazado su compañía. Jamás se había permitido una impertinencia, honor; en el deshonor, de los bufones. Y ahora menos que nunca.

Terminó la nueva tormenta, más asoladora que la precedente, y de nuevo la atmósfera quedó cargada para tormenta futura, que ya amenazaba con horrores apenas entrevistos. Otra vez el satírico, o el bufón, o el hombre hasta quien los bufones habrían despreciado se lanzó a los caminos del mundo, para él abiertos. En una ciudad, donde se le conocía, tropezó con alguien que le conocía, y que no le saludó. Se sintió ofendido. Corrió tras quien no le había saludado, le alcanzó, y le abordó:

— ¿No me recuerda usted?

Le miró el aborrecido, con mirada que a un hombre le habría ofendido mucho más que no ser saludado, y contestó:

— Sí, sí le recuerdo. Es usted quien no se recuerda de usted.

LA LIBERTAD

Vale más vivir en la anarquía, en la escasez, en la miseria, que disfrutar de todas las dichas materiales, de legalidad y de orden, pero sin libertad. Se está tanto más dispuesto a mantener esa fe cuanto que va unida a una viva esperanza de futuro bienestar. En tanto que sin libertad nada puede tenerse que sea verdaderamente bueno, se siente plena confianza en que bastaría con que la libertad fuera amada y mantenida para que todos los demás bienes fueran al fin logrados. — CECIL JANE.

El general...

visto por un periodista

UN periodista mejicano llamado Mario Monteforte Toledo, visitó España y como consecuencia de su viaje escribió un reportaje que publicó la revista « Siempre ». Por estimarla interesante, reproducimos a continuación la semblanza que del general... (1) ha trazado Monteforte:

Su vientre se ha inflado y sus cabellos encanecen y enrarecen; pero conserva la fisonomía de un hombre de cincuenta años y la mirada astuta del gallego que a los veinte se lanza a buscar fortuna.

Lleva una vida morigerada, casi austera. Nadie lo acusa de robar. A menudo se retrata con sus nietos en el ambiente de familia. Lee por las mañanas y se acuesta temprano. Su deporte es la cacería.

Es el político aldeano típico. Intriga, cabildea y nunca traduce lo que piensa. Carece por completo de principios en lo tocante a la vida pública; con la mano en la cintura renegó lo mismo del programa que había prometido a los españoles que de los amigos capaces de hacerle sombra.

Dionisio Ridruejo, que tan cerca estuvo de él durante cuatro años, me contó algunos rasgos de su carácter. Trata a sus subordinados con deferencia; nunca grita ni dice cosas desatendidas; sus reacciones son frías, subterráneas e implacables. Cuando sus ministros, a los que otorga bastante autonomía, adversan alguna de sus decisiones, simplemente y sin comentarios les somete los decretos a firma. Ríe poco; pero le complace que su yerno, un mequetrefe simpático que es marqués, le refiera los chistes que a su costa circulan. Odia a los norteamericanos, a quienes por haberse acobardado ante la presión mundial aislando a su gobierno, atribuye las penalidades que sufrió hasta hace pocos años. Tiene una idea brumosa de lo que es el comunismo; pero también lo odia porque le atribuye el origen de todos los males. Siempre admiró a Mussolini más que a Hitler, con quien tuvo choques por el pago de la ayuda que le brindó para derrocar a la república.

Nunca se sabe lo que ignora, que es bastante. Jamás hace comentarios o preguntas indiscretas. Conoce a fondo las debilidades y la idiosincrasia de su pueblo. Su inteligencia natural queda demostrada por la forma en que logró mantenerse hasta ahora sobre uno de los países más difíciles de la Tierra. También queda demostrada su crueldad; para defenderse no se detiene ante nada: lo mismo hace torturar que matar o perseguir hasta el exterminio.

Está convencido de que es una figura providencial y de que su buena suerte carece de límites. Uno a uno se han ido muriendo los generales que hubiesen podido empañar su prestigio: Mola, Sanjurjo, Queipo de Llano. Su último loteriazco es la guerra fría, de la que hoy arranca su prosperidad.

A nadie ha dejado crecer a su lado. Nunca habla de sucesión; cuando se le apremia, declara que España sigue siendo una monarquía, pero añade que seguirá «sacrificándose por su pueblo» mientras dure. Es imposible que ignore que el régimen entrará en proceso de rápida disolución apenas él falte; pero con nadie comenta esos temores. A las claras se siente de la estatura de Felipe II, de Carlos V, y en sus ratos desocupados, quizá a la altura de Dios.

No obstante el daño que ha hecho y que la historia agrandará hasta su tamaño real, los españoles lo admiran un poco, lo mismo que se admira a los políticos fabulosamente ladrones en los países donde cunde la subversión de los valores morales.

Quise hablar con él; pero me atajaron diciéndome que por ahora sólo hace declaraciones a los periodistas yanquis.

(1) Cuando Franco haya dejado de ser jefe del Estado, ya diremos de qué general se trata. (NDLR)—

En torno del juicio de un régimen

Fin del proceso Eichmann

No sabiendo si es cinismo o sinceridad pero ante la necesidad de seguir de cerca las cosas de España, ofrecemos a nuestros lectores el texto siguiente que, publicado en un periódico del régimen nazista español, se comenta por sí solo. — N.D.L.R.

No tardará en saberse la última decisión, si es que al publicarse estas líneas sigue ignorada aún. Ya se han cumplido todos los trámites: la acusación, la defensa, las pruebas, las conclusiones, el veredicto, la sentencia. Todo por sus pasos contados, desde el mes de marzo en que se abrieron las puertas de la Casa del Pueblo, de Jerusalén, transformada en audiencia, hasta hoy que, previamente exorcizada, habrá vuelto a su ser primitivo. Me cupo a mí aplacar mi curiosidad periodística asistiendo el pasado 10 de junio, en la 72 sesión del proceso, a uno de los innumerables episodios de esta dramática y exhaustiva requisitoria. Eichmann estaba allí, a pocos pasos de donde me encontraba yo, en su jaula de cristal tantas y tantas veces reproducida por los periódicos del mundo entero, con dos guardianes a derecha e izquierda, codo con codo, y un tercero fuera de la jaula propiamente dicha, que le servía de enlace con el doctor Servatius, su defensor. No sé por qué había supuesto en Eichmann una cierta actitud personal bastante distinta frente a sus jueces de la que, en realidad, asumía aquella mañana. Le imaginaba entregado a la fatalidad de una decisión que apenas le era hacedero modificar, convicto y confeso de su genocidio en el que, cero más o menos, poco afectaría a la sentencia definitiva y, por consiguiente, un tanto ajeno y, hasta si eso es posible, fatigado del espectáculo del que era sujeto activo y pasivo a la vez.

Le contemplábamos, desde el salón en que se celebraba el juicio, unas quinientas o seiscientas personas. Media entrada, diría cualquiera de los empresarios amigos, cubriendo con esa infalibilidad que depara el oficio la cuantía del billete vendido. Media entrada, sí, de un público heterogéneo en el que predominaba el sexo débil y que, como los espectadores de un combate de tenis, miraban sucesivamente ya a los juzgadores ya al juzgado. Este, sentado en el borde mismo de la silla, se aparecía ante mí con la ancha y desparramada frente, la inmensa calva sobre la que la cinta de los auriculares parecía formar parte ya de una especie de extraño tocado capilar, un si es no es abstraído, pero despertándose súbitamente cada cierto tiempo para garabatear unas palabras en



una cuartilla y mandárselas, por el mensajero, al doctor Servatius.

El fiscal discutía algunas cifras espeluznantes. La inmensa distancia que iba de unas a otras apenas si aumentaba su horror, porque, en realidad, lo mismo daba a la hora del crimen que los ejecutados hubiesen sido 750.000 —según un documento— o 1.750.000, según otros. Cualquiera de ambas eran suficientes para condenar al hombre responsable de ellas. ¿Lo era Eichmann, en efecto?

Yo llevaba mi idea preconcebida cuando entré en la sala del Juicio. Yo llevaba, sí, la idea de que Eichmann, el más monstruoso burócrata de la historia al servicio de un régimen siniestro, fue un organizador de una eficiencia a la vez satánica y genial. Ignoro los grados de su personal crueldad, de su cinismo, sin duda elevadísimo. Pero pienso también que es el hombre que, acaso sin haber dado una mala patada a nadie, ha asesinado a más gente con la máquina de escribir. En qué parte era un impasible e inhibido ejecutor de las órdenes de sus jefes y en qué parte un fanático convencido de su necesidad para el bien de su causa, esto se me escapa a mí que —sólo furtivamente— he echado una ojeada a las informaciones de la prensa, pero, al fin y a la postre, tal vez el elemento intencional resulte accesorio.

Aunque uno tiene bastante enmohecidas sus he-

ramientas profesionales y el doctor Servatius no causaba la impresión de necesitar consejos, es indudable que la única defensa posible era la de exaltar el burocratismo de Eichmann para convertir a éste en simple mandatario de instrucciones superiores. Así, todo, en cierto modo, podía explicarse. Sin salirnos del mundo de lo dantesco, la verdad es que el hombre al que se le da la orden de exterminar seis millones de seres y que por insensibilidad, por disciplina, o por sectarismo, lejos de rechazarla la secunda y cumplimenta con entusiasmo, ha de resolver problemas de tal envergadura que lo mismo pueden cargársele en la cuenta de su crueldad que en la de su eficacia.

Para matar seis millones de hombres es indispensable un método, una técnica que lo haga posible, sobre la base siempre de la rapidez y el ahorro de esfuerzos. Todos los sistemas conocidos de asesinar resultan pobres. Ni las pistolas, ni las ametralladoras, ni las bombas sirven de nada. Las cámaras de gas, si. No sé si Eichmann fue su inventor o, simplemente, su padrino. Desde luego, sin las cámaras de gas Eichmann no hubiera podido ser Eichmann.

Lo que sigue a esa aterradora carnicería tiene cierta lógica macabra. Alguno de los testigos ha contado que formaba en el equipo encargado de extraer los dientes y las muelas de oro de los interfectos y eso, que nos estremece, los economistas del tercer Reich lo defienden diciendo que el valor del oro que se recogía era mucho y el oro era indispensable a los presupuestos de guerra. Desde ese punto de vista, si hacerse una cartera con la piel del ahorcado en la pequeña cárcel provincial de Z es condenable, desaprovechar los materiales para fabricar seis millones de carteras pudo parecer un desperdicio a los jerarcas nazis.

Eichmann es, por tanto, un resorte, nada más, de una maquinaria horrible en uno de cuyos extremos andaba Rossemberg con sus teorías sobre la pureza de las razas y en el otro, Hitler, que soñaba con

la exterminación de los judíos como la cumbre de su gloria política.

El doctor Servatius buceó a la busca de los mejores argumentos para su informe, pero todos estaban viciados, y a su defendido se le condenó a muerte.

Ahora se especula sobre la posibilidad de que sea o no indultado. Es indudable que lo que se hizo en Jerusalén no fue el proceso Eichmann, sino del régimen de Hitler y aún, si se me apura mucho, el de las milenarias persecuciones de la raza judía que siempre han encontrado, a lo largo de la Historia, propulsores entusiastas.

Eichmann ocupa el puesto que merecían, por derecho propio, ya Martin Borman, ya Himmler o el Führer y esta circunstancia, que en nada atenúa la aberración que nos inspira su conducta, hace que le veamos más que como una persona física, como un símbolo. Si las tornas hubieran sido distintas, Eichmann, convertido en decano del Cuerpo Oficial de Exterminadores del Tercer Reich, habría explicado, frente a los aspirantes a ingreso, el éxito de los métodos con los que había batido todos los «records» de la destrucción. Aniquilar diez mil víctimas en 45 minutos sólo es posible, en efecto, con una técnica muy a punto y un singular talento organizador. Esto, gracias a Dios, no le será premiado ni ascendiéndole ni condecorándole, como lo hubiese sido —y sin duda lo fue ya— antes de la destrucción de la Cancillería, sino con la horca o la cadena a perpetuidad.

Israel, notorio es, se ha servido de Eichmann no tanto para aplicarle una ley rigurosa como para convertirle en reverberador de un cúmulo de atrocidades a cuya execración se invita a toda la conciencia universal. Por todo ello, el indulto o la ejecución de Eichmann es ya, a estas horas, un accidente que apenas si preocupa a alguien más que al propio interesado.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española

Esa

mujer

En el borde de un limón
color de angustia partida
pasea tu corazón,
mujerzuela de la vida.
Tu música patalea
con disgusto sobre el pecho.
Alguien llora sobre un lecho
mientras la noche pasea
por el viejo callejón.
Mujer: ¡me duele el jaleo
de tu risa de guadaña,
en tus ojos rotos veo
que hace su encaje una araña!
Y yo tengo que sentirte
como puñal entre venas
cuando vienes, por las buenas,
pretendiéndome, a morirme
en lo hondo de mi guarida.
Y tú, que no tienes vida,
ni muerte acaso, muchacha,

sabes que se deshilacha
tu sangre, como tu pelo.
¿Nadie ta habló a ti del cielo
para curarte esa herida?
¿Nadie asaltó tu aposento
a llevarte un ruiñeñor?
¿Nadie te habló a ti de amor
bajo las alas del viento?
Tus ojos ven de violeta
el blanco de mis pupilas,
y los nardos y las lilas
los ves del mismo color.
Hay en tu alma una grieta
y en tu espíritu una flauta
que sopla la boca incauta
del miserable dolor.
En el umbral del delirio,
por ti misma perseguida,
tú no puedes ser mi lirio,
mujercita de la vida.

ABARRATEGUI

El pensamiento anarquista

ORIGENES Y PROCESO

La afirmación de Michelet de que la Historia comienza siendo Geografía la retoca Eliseo Reclús y le da un ligero cambio al presentarnos la Geografía como una ciencia que se vuelve gradualmente Historia por la reacción del hombre sobre el hombre, quien obliga, a medida que se siente cada vez más seguro de su fuerza, a que todas las ciencias converjan hacia esta misma Historia, que es, en definitiva, la biografía de la humanidad desde sus más remotos orígenes.

Para encontrar los orígenes del anarquismo tendríamos que zambullirnos también hasta dar con los primeros capítulos de la historia de la humanidad porque el ser humano tiene el sentimiento de la libertad adherido desde siempre y el anarquismo, de acuerdo con su etimología y sus teóricos, es la concepción de un régimen social que niega el Estado y la Autoridad, implicando, precisamente, el máximo de libertad.

Este sentimiento inherente en el ser humano es lo que tratan de dramatizar los existencialistas como Kierkegaard y Sartre y el propio Ortega y Gasset cuando dicen que el hombre está condenado a ser libre, afirmación que arranca del propio Génesis en el momento en que la primera pareja opta por la libertad al desobedecer a Jehová y tomar los frutos del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal.

La negación del Anarquismo, pues, no se plantea, y los sociólogos anarquistas pueden colocarlo en el campo de la utopía o la entelequia, pero no pueden ignorarlo ni desconocerlo. La discusión y la polémica sobre el anarquismo se basa, no en su negación, sino en las posibilidades de realización que como régimen social presenta.

A la pregunta que se hacen los seres humanos, ¿puede el hombre vivir sin la presencia del Estado y de la Autoridad?, la contestan los anarquistas afirmativamente. Afirmativamente y en el más optimista de los términos, descartando la tendencia pesimista de los filósofos arriba mencionados, puesta de manifiesto por el fatalismo que encierra el vocablo «condenado» a ser libre.

Para el anarquista, el alcance de su ideal es una lucha y no una condena, una lucha que, como señalamos anteriormente, se confunde con los albores del ser humano en la historia y que a lo largo de la misma ha ido plantando jalones impercederos.

Sería pretensión vana calificar de anarquistas a cuantos rebeldes ofrecen el mito, la leyenda

y la historia. El anarquismo, el régimen social así denominado, no irrumpe en la palestra de las ideas revolucionarias sino a partir de Pedro José Proudhon, quien en el último capítulo de su libro *¿Qué es la propiedad?*, puesto a la venta en París el 30 de junio de 1940, inserta el siguiente diálogo:

«—¿Cuál se la forma de gobierno que vamos a preferir?

—¡Eh! ¿Y usted puede pedirlo?—responde sin duda uno de mis más jóvenes lectores—. Usted es republicano.

—Republicano, sí, pero esta palabra no precisa nada. **Res pública**, es la cosa pública; ahora bien, quienquiera que desee la cosa pública; bajo no importa qué forma de gobierno, puede decirse republicano. Hasta los reyes son republicanos.

—Bueno, entonces usted es demócrata.

—No.

—¿Cómo, sería acaso monárquico?

—No.

—¿Constitucional?

—Dios me guarde.

—¿Es usted, entonces, aristócrata?

—Absolutamente no.

—¿Quiere usted un gobierno mixto?

—Menos aún.

—¿Qué es usted, en definitiva?

—Soy anarquista.» (1)

Con todo, la heroicidad de Proudhon no habría tenido grandes repercusiones en lo que a la adopción del nombre «anarquista» se refiere si no hubiera sido por el giro que tomaron los debates de la Primera Internacional de Trabajadores, particularmente después del Congreso que tuvo la Asociación en Ginebra en 1866, en los que Marx y los suyos emplearon el vocablo «anarquista» en forma peyorativa contra James Guillaume y los bakuninianos, lo que fue motivo para que éstos se abrazaran al adjetivo con el mayor fervor y entusiasmo, desvirtuando en tal manera la intención de desprestigio emprendida por aquéllos.

Anterior a Proudhon, sólo William Godwin utiliza la palabra anarquía en la acepción correcta, pero con timidez manifiesta, bien que su obra *An enquiry concerning political justice and its influence on general virtue and happiness* (1793) es considerada como el punto de partida del anarquismo como doctrina social. En ella afirma God-

(1). — P. J. Proudhon. — « Œuvres Complètes » (Qu'est-ce que la Propriété). — Marcel Rivière. — París. — 1926. — pág. 335.

win que «el anarquismo es un mal efímero, el despotismo es casi inmortal».

Sobre Godwin y los precursores del siglo XVIII insistiremos más tarde, cuando hayamos remontado suficientemente la historia para alcanzar la idea anarquista como doctrina social tal cual la vemos incorporarse en la sociología moderna a partir de Godwin, Meslier y, sobre todo, Proudhon.

Anteriormente al siglo XVIII, el historiador debe efectuar un desbroce lo más objetivo posible, pero con escasos puntos de apoyo y basándose en los atisbos de libertad individual y rebeldía frente a la opresión.

De lo empírico de tal proceder nos dispensará el propio Azorín, que también fué anarquizante en sus años mozos, cuando afirma que la historia es arte de quiromancia.

Empero es innegable que en el escudriñar del pasado se hallarán numerosos hechos que, al reunirse, forman los fundamentos del anarquismo en su fase histórica, ética, filosófica y económica.

Escritores anarquistas como George Woodcock, Alain Sergent y Claude Harmel consideran que es obstaculizar la verdadera búsqueda del origen de la doctrina anarquista el remontar tan hacia el pasado el escarceo de los hechos de sello anarquista o libertario, mientras que, por el contrario, Kropotkin, Max Nettlau y Rudolf Rocker, entre otros, estiman necesario ir al encuentro de los primeros atisbos humanos en la tierra para demostrar que en el hombre anida el sentimiento de libertad desde que hace acto de presencia en el mundo y que, junto a este sentimiento inherente se sitúa otro tan remoto y tan fuerte como el de la libertad mismo: el de la equidad, sentimientos, ambos, que se consideran como puntos de apoyo básicos para el ideal anarquista.

Estos mismos pensadores, en particular modo Kropotkin, que dedicó gran parte de sus estudios en los orígenes de la sociabilidad y la ayuda mutua entre los humanos, añade un tercer punto de apoyo de tanta trascendencia como los dos citados, que es el de la solidaridad y el apoyo mutuo, surgiendo una primera discrepancia frente a Rousseau y Hobbes, quienes posponen la sociabilidad a un pacto o contrato social que los hombres contraen, violentando, inclusive, la propia naturaleza humana, según los autores de *El contrato social* y *El Leviatán*.

Los puntos de apoyo, pues, de los que arranca el anarquismo son: libertad, equidad y solidaridad, que, como los tres colores básicos, permiten, al combinarse, toda la gama de manifestaciones sociales que el pensamiento libertario puede suscribir.

La desobediencia, que no es sino una manifestación militante de la libertad, aparece, por ejemplo, en los umbrales de la religión y la mitología y el propio Bakunin manifestó repetidas veces su simpatía hacia Lucifer por considerarlo el desobediente más descollante del Viejo Testamento. El paralelo de Lucifer—que significa «portador de la luz»—lo encontramos en la mitología griega con la rebelión de los Titanes con Cronos al frente y, sobre todo, en Prometeo, defensor del hombre frente a

Zeus y mártir del paganismo helénico por haber querido ofrecer a los humanos el fuego.

Todas las religiones tienen sus rebeldes y sus desobedientes. Apap en la egipcia, Hel y Loki entre los mitos teutónicos, Ahi y Shiva en el hinduismo, Ahriman en el zoroastrismo, rebeldía y desobediencia que casi siempre implica un sinónimo de maldad conforme trata de inculcarlo el exégeta a través de las edades.

Sin embargo, y a pesar del apoyo oficial del sacerdote en contra de la desobediencia, los mortales guardamos, en lo más hondo de nuestro ser, una gran admiración para algunos de estos rebeldes que no se han podido incrustar en la historia y nuestra simpatía, por ejemplo, se vuelca más decididamente en favor de un Prometeo, valiente, temerario y suicida, finalmente vencido y condenado, que no en favor del Zeus omnipotente. Y ello es debido a que el hombre ve en el hijo de Japeto la manifestación de la libertad al rebelarse contra Zeus, de la equidad al querer que los humanos compartan el fuego con los dioses y la de la solidaridad al apoyar a los débiles frente a la tiranía del Olimpo.

Fuera de la consagración mítica y religiosa y forcejeando para irrumpir en la historia están los personajes de leyenda. Así vemos cómo precediendo a las tabletas sumerias que significan el primer capítulo escrito en la historia del hombre, se proyecta uno de los primeros rebeldes humanos: Kaueh, herrero de profesión y padre de dieciocho hijos. Ya las serpientes del rey Zohak habían trepanado los cráneos y comido el cerebro de diecisiete y se aprestaban a terminar con el último de los hijos de Kaueh cuando éste, esgrimiendo el mandil como estandarte atado en la punta a una pértiga, arrastró detrás de sí a otros compañeros de trabajo blandiendo toda clase de herramientas, obligando al feroz Zohak a escapar y refugiarse en las vertientes del Demavend, cerca del Teherán actual, donde el héroe legendario persa Feridum lo ajustició (2).

Todas las literaturas del mundo hablan de la Edad de Oro en la que reinaba la igualdad y el bien. En la que no existía la opresión y en la que los humanos se esmeraban en ser buenos y solidarios. Cervantes la pone en boca de Don Quijote cuando éste se dirige a los humildes cabreros con los que compartiera, con pan y bellotas, una de las mejores escenas de su libro inmortal: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces, los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mio». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes...»

Hay una añoranza en el hombre que desea regresar a la comunidad de la Edad de Oro en la que hasta ciertos animales tenían participación y podían expresarse inclusive en el idioma humano. Las

(2). — Citado por Eliseo Reclus. — « L'Homme et la Terre ». — Vol. 1. — Pág. 415. — Librairie Universelle. — París. — 1905.

fábulas de La Fontaine, de nuestros Iriarte y Samaniego, las de Esopo, todas ellas ramificadas en mayor o menor grado con el inagotable Panchatranta indostánico, significan esta añoranza.

La literatura cristiana se remite continuamente a puntos de partida de igualdad social, puntos de partida de leyenda, pero que, llegado el momento, hacen irrupción en la historia a través de los Eseños.

Las tabletas sumerias que copiara Samuel Noah Kramer (3) en el Museo de Antigüedades Orientales de Estambul conteniendo el poema «Emmerkar y el Señor de Aratta» son las primeras en hablar de la Edad de Oro:

«En otro tiempo, hubo una época en que no había serpiente ni había escorpión,
No había hiena, no había león;
No había perro salvaje ni lobo;
No había miedo ni terror:
El hombre no tenía rival.»

Y no son las únicas tabletas de arcilla que añoran la Edad de Oro. El mismo Kramer menciona el poema «Enki y Ninhursag», contenido en una tableta propiedad del Museo de la Universidad de Filadelfia:

«En Dilmun, el cuervo no da su graznido,
El pájaro-ittidu no da el grito del pájaro-ittidu,
El león no mata,
El lobo no se apodera del cordero. Desconocido es el
[perro salvaje devorador de cabritos.

Desconocido es el ..., devorador de granos.

Aquel que tiene mal en los ojos no dice:

«Tengo mal en los ojos»;

Aquel que tiene mal en la cabeza no dice:

«Tengo mal en la cabeza»;

La vieja no dice: «Soy un viejo»;

El viejo no dice: «Soy un viejo».

Aquel que atraviesa el río no dice:

A su alrededor no dan vueltas los sacerdotes sumidos en llanto,

El cantor no suelta ningún lamento,
Alrededor de la ciudad no pronuncia ninguna en-
[decha» (4).

En Lagash, la diosa suprema era Nanshe, que no toleraba la injusticia ni que se ocultara verdad. Las tabletas descubiertas en Lippur lo prueban; Nanshe era:

«La que conoce la opresión del hombre por el
[hombre,

La que es la madre del huérfano.

Nanshe se cuida de la viuda. Hace que se adminis-
[tre justicia al más pobre.

Ella es la reina que atrae al refugiado a su regazo,
Y la que encuentra un refugio para el débil.»

Más adelante se descifra:

«Para consolar al huérfano y hacer que no haya
[más viudad,

(3). — Samuel Noah Kramer. — «La Historia empieza en Sumér». — Aymá. — Barcelona. — 1958. — Página 169.

(4). — Kramer. — Op. cit. 199.

Para preparar un lugar donde serán destruidos los
[poderosos,

Para entregar los poderosos a los débiles...

Nanshe esfruta el corazón de las personas» (5).

En Egipto, y con pocos años de diferencia frente a las tablitas sumerias, se escriben estos versos en ataúdes elaborados hace 4.200 años:

«Te relato las cuatro buenas acciones hechas por
[mi propio corazón...

Para acallar el mal. Hice cuatro cosas buenas en
[el vestibulo del horizonte.

Hice los cuatro vientos para que todo hombre pueda
[respirar

como todo el prójimo de su tiempo,

Esta es la primera de las acciones.

Hice la gran inundación para que el pobre tenga
[derechos sobre ella lo mismo que el poderoso.

Esta es la segunda de las acciones.

Hice a cada hombre semejante a su prójimo.

No les mandé que hicieran el mal, sino que fueron

[sus corazones los que violaron lo que yo dije.

Esta es la tercera de las acciones.

Hice que los corazones dejaran de olvidar... oeste,

[para que puedan ser hechas las divinas ofren-

[das a los dioses de las provincias.

Esta es la cuarta de las acciones» (6).

La equidad está manifestada en la primera y en la segunda acción y en la tercera, donde el hombre es igual al hombre, el principio de igualdad queda establecido.

El interés de la historia emigrando de la Mesopotamia al Nilo nos coloca en otras latitudes, pero frente al mismo ser humano deseoso de justicia y equidad social. Y así pasamos al terreno de la historia. La leyenda quedará en manos de los utopistas y de los que no quieren narrar hechos, sino crearlos, como Platón y Rabelais, Hipodamos y Tomás Moro, Bacon y Campanella.

Es en Egipto en donde tiene lugar la primera huelga que registra la historia. En el más despótico de los imperios donde los engranajes de la máquina estatal no pueden registrar un fallo, se rebelan los esclavos y los trabajadores. El célebre papiro de Turín precisa que la huelga tuvo lugar en el año 1170 antes de nuestra era y fué motivada por la penuria de víveres y el retraso en el pago de los salarios. A mediados de noviembre el retraso era de dos meses:

«Año 29, segundo mes de la segunda estación, día 10. Este día el bando cruzó las cinco paredes de la necrópolis, gritando: ¡Tenemos hambre!..., y se sentaron a espaldas del templo.» John A. Wilson, que es quien nos ayuda a seguir los detalles de este interesante acontecimiento social (7), precisa que el templo era el de Tutmosis III. Tres inventores y sus ayudantes fueron a instarlos a que volviesen al recinto de la necrópolis e «hicieron

(5). — Kramer. — Op. cit. 155.

(6). — J. H. Breasted. — «Dawn of Conscience». — Citado por B. Cano Ruiz.

(7). — John A. Wilson. — «La Cultura Egipcia». — Fondo de Cultura Económica. — México. — 1953. — Páginas 391 y 392.



grandes promesas... **Podéis venir, porque tenemos la promesa del Faraón (Ramsés III)**. Sin embargo, no era bastante una promesa en nombre del rey, pues los huelguistas pasaron el día acampados detrás del templo, y no volvieron a sus habitaciones de la necrópolis hasta que se hizo de noche.

Añade John A. Wilson: «Volvieron a salir el segundo día, y en el tercero se atrevieron a invadir el Rameseum, recinto sagrado que rodeaba el templo funerario de Ramsés II. Precipitadamente huuyeron los contadores, los porteros y los policías. Un jefe de éstos prometió enviar por el alcalde de Tebas, qui, discretamente, no se había dejado ver. La turbamulta estaba resuelta, pero en orden, y la invasión del recinto sagrado parece que fué más eficaz que la actitud anterior. Los funcionarios dieron oídos a su protesta: «Hemos llegado a este lugar por causa del hambre y de la sed, por la falta de ropa, de pescado, de hortalizas. Escribidse lo al Faraón, nuestro buen señor, y escribidse lo al visir, nuestro superior. ¡Haced de modo que podamos vivir!» El tesoro real se abrió, y se les entregaron las raciones del mes anterior.»

La actitud de los trabajadores no cesó y la huelga duró ocho días, al final de los cuales también fueron entregadas las raciones del mes. Dos semanas más tarde, al faltar la paga del primero de mes, los trabajadores abandonaron de nuevo el trabajo. El Papiro de Turín no explica cómo quedó la situación y hay que remitirse al diario de la obra de la necrópolis, llevado por un escriba de Ramsés IX, o sea cuarenta años después. Parece ser que los trabajadores estuvieron ociosos durante muchos días. El diario precisa que cuatro años más tarde hubieron más protestas.

A medida que la historia va incorporando nuevos pueblos a sus páginas, vemos despuntar estos sentimientos manumisores cada vez que el cedazo del cronista lo permite. «En Judea—dice A. Hamon—, desde el siglo IX (o. de J.C.) se presentan casi diariamente ante el pueblo nuevos profetas que predicán la igualdad social. Primero es Amós, después Isaí; más adelante les siguen los salmistas, después los pobres (ebionim), los cuales son sus discípulos y beben las palabras inflamadas de estos profetas israelitas, que, según expresión de Renán, son fogosos publicistas que hoy designaríamos con el nombre de anarquistas o socialistas» (8).

En el Extremo Oriente, y en el seno de la civilización china, una de las seis que Toynbee estima como de nacimiento y desarrollo completamente independiente y sin influencias externas, durante la dinastía de los Chou (1027-256 años de nuestra era), se había establecido un sistema agrario que pone muy de realce el sentimiento de igualdad y el de solidaridad entre los coterráneos de Lao Tsé y

Confucio. Es el sistema conocido como el de «pozo», así llamado porque el parcelamiento, de nueve lotes cada vez, tomaba la forma del viejo signo ideográfico chino con el que se identificaba la palabra **pozo**, consistente en dos líneas paralelas horizontales cruzadas por otras dos paralelas verticales: Este trazado dividía un cuadrado de novecientos «mou» (60 hectáreas) en nueve partes iguales de cien «mou» cada una. Los ocho lotes periféricos eran distribuidos a las familias, una por lote, y el del centro pasaba a la colectividad y era llamado «campo público», siendo cultivado, por rotación, por cada una de las familias que integraban el conjunto de los ocho lotes. Su producto era destinado a los ancianos, ceremonias religiosas, viudas, huérfanos y personas desvalidas; lo que nos lleva, por asociación de ideas, al «ayllu» del incario y al «caupulli» del Anahuac, donde un sistema parecido (9) también había existido con anterioridad al impacto español en América.

Fuó precisamente en la dinastía de los Chou cuando Confucio coloca la Edad del Oro del gran país del Yangtsé y del Huang ho. Fué durante esta dinastía cuando el pensamiento filosófico chino, con los dos colosos Confucio y Lao Tsé, como iniciadores. Pensamiento, el de ambos filósofos, que da enjundia a la doctrina libertaria al extremo que Lin yu Tang no titubea en señalar: «Yo caracterizaría las ideas confucianas, en su parte política, como anarquismo estricto, en que la cultura del pueblo, haciendo el gobierno innecesario, se transforma en un ideal. Si se pregunta por qué los moradores de Chinatown, en Nueva York, no han tenido nunca necesidad de policía, la respuesta es: Confucianismo. Nunca existió policía en China durante cuatro mil años. El pueblo había aprendido a regular sus vidas socialmente, y a no confiar en la ley. La ley era el refugio de los pícaros» (La sabiduría china).

Y, sin embargo, el más anarquista del binomio Confucio-Lao Tsé era el segundo y no el primero. Lo afirma L. Carrington Goodrich al citar en su **Historia del pueblo chino**: «El anarquista Lao Tsé...» Lo sostiene Arthur Waley: «La doctrina de no gobierno (expuesta por Lao Tsé), del principio de éste y otros pasajes similares en otros libros taoístas—se refiere, sin duda, a los escritos de Chuang Tsé, discípulo de Lao Tsé, principalmente, ya que de Lao Tsé sólo se conoce un libro «Tao te Ching»—ha sido comparada a menudo con el anarquismo moderno» (10).

(9). — El sistema agrario incaico establecía una parte — una cuarta parte según Eliseo Reclus y una tercera parte según Louis Boudin — que la comunidad debía roturar, sembrar y cosechar en provecho exclusivo de las viudas, huérfanos, ancianos, etc.

(10). — Arthur Waley. — «Three Ways of Thought in Ancient China». — Pág. — 105. — George Allen & Unwin. — Londres. — 1953.

(8). — A. Hamon. — «La Revolución a través de los siglos». — Tor. — Buenos Aires. — 1945. — Pág. 20.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Romance de la venganza

Cazador alto y tan bello
Como en la tierra no hay dos
Se fue de caza una tarde
Por los montes del Señor.

Seguro llevaba el paso,
Listo el plomo, el corazón
Repicando, la cabeza
Erguida y dulce la voz.

Bajo el oro de la tarde
Tanto el cazador cazó,
Que finas lágrimas rojas
Se puso a llorar el sol..

Cuando volvía cantando
Suavemente a media voz
Desde un árbol, enroscada,
Una serpiente lo vió.

Iba a vengar a las aves,
Mas, tremendo, el cazador
Con hoja de firme acero
La cabeza le cortó.

Pero aguardándolo estaba
A muy pocos pasos yo...
Le até con mi cabellera
Y dominé su furor.

Ya maniatado le dije:
—Pájaros matasteis vos,
Y voy a tomar venganza
Ahora que mío sois..

Mas no lo maté con armas,
Busqué una muerte peor:
Lo besé tan dulcemente
Que le partí el corazón.

ENVIO

Cazador: si vas de caza
Por los montes del señor,
Teme que pájaros venguen
Hondas heridas de amor.

Alfonsina STORNI

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

« La amargura de la Patagonia », R. Dario	7 50
« La antorcha apagada », E. Zamacois	7 00
« La cuestión sexual », Forel » (tres tomos)	16 50
« La damita de la casa grande », J. London	6 00
« La Tierra », E. Zola (dos tomos)	2 40
« La torre de Nesle », Zevaco	1 80
« La tragedia de una vida », Zweig	1 20
« La guerra de dos mundos », Wells	1 20
« Fulgarcito »	1 80
« Romeo y Julieta », Shakespeare	1 20
« Siempre adelante », S. Marde	1 20
« Sinfonía Infinita » V. Marcos	2 90
« Viajes de Gulliver », J. Swift	1 80
« La importancia de llamarse Ernesto », C. Wiede	1 20
« La impotencia en el nombre », Stekel	3 00
« La incógnita de Indoamérica », V. García	0 80
« La incorporación de las masas », J. González	4 50
« La inteligencia de las flores », Maeterlinck	4 00
« La Internacional de los Trabajadores », Guillaume	0 50
« La ira », Séneca	1 40
« La isla del tesoro », Stevenson	1 80
« La campana de Aladino »	1 80
« La lámpara que no ardió », R. Mall	3 50
« La ley del número », R. Mella	0 50
« La lucha por el éxito », J. Salas	0 00
« La lucha por el pan », Rocker	1 60
« La Molinera », A. Casona	4 50
« La muchacha del Ideal », P. Mata	1 70
« La muerte del Cóndor », Vargas Vila	3 00
« La noche de San Bartolomé », Duterral	1 80
« La Odisea », Homero	2 00
« La panadera », X. de Montepin	2 00
« La primera República », Galdós	1 50
« La Princesita »	1 50
« La religión en el origen del capitalismo », Tawny	8 00
« La Reliquia », Queiroz	1 20
« La Revolución a través de los siglos », Hamón	1 50
« La Revolución de Julio », Galdós	1 50
« La Revolución húngara », (varios)	2 00
« Las águilas se reúnen », T. Daldiwel	8 40
« Las amistades de Mirón », Relgis	4 50
« Las bases físicas de la personalidad », Mottran	2 80
« La religión y la cuestión social », F. Montseny	0 30
« Las cien mejores poesías », Menéndez y Pelayo	1 70
« Las clases sociales en el Uruguay », C. Rama	15 00
« Las danzas de S. Bahay », V. Baum	6 00
« Las doctrinas de Anechino », J. Ingenieros	4 50
« Las dos hermanas », Zweig	5 00
« Las églogas », Garcilaso	2 50
« La segunda casaca », Galdós	1 50

MAS DE 80 AUTORES

« Las estrellas miran », Crokin	8 40
« Las inquietudes de Shanti », Baroja	1 70
« La Sión hispánica », J. Peirats	0 80
« La sirena negra », P. Bazán	2 80
« Laski y el gobierno », Harold	1 50
« Las máscaras », R. Pérez	3 80
« Las mil y una noches »	1 80
« Las minas del rey Salomón », Rider	1 20
« Las moradas », S. Teresa	1 20
« Las personas decentes », P. Mata	1 20
« Las raíces », E. Zamacois	2 25
« Las siete grandes religiones », A. Besant	8 00
« Las tormentas del 43 », Galdós	1 50
« La sublevación de Varsovia », B. Mark	3 50
« La suerte está echada », J.-P. Sartre	12 00
« ¿Se constituye el socialismo en URSS? », Lante	1 00
« Vaso de guerra », Bazal	3 50
« El proceso de M. Dugan », Wolff	1 40
« El retrato de D. Gray », Wilde	2 50
« El sentido común », Tashi	6 00
« El socialismo libertario », Souchy	2 00
« El soldadito de plomo »,	1 20
« El tamborcito valiente »,	1 20
« El temor sexual », Hirsch	5 50
« El terror de 1824 », Galdós	1 20
« En torno a nuestros objetivos », Santillán	0 50
« Entre campesinos », Malatesta	1 00
« En un lugar de los Andes », Relgis	2 00
« Epistolario », Queiroz	2 50
« España sin rey », Galdós	1 20
« Estudios literarios », F. Marois	3 00
« Eugenia Grandet », Balzac	1 70
« Facundo », Sarmiento	2 50
« Familia sin nombre », Verne	2 50
« Filosofía y ciencia », (Varios)	2 50
« Ganarás el pan », P. Mata	1 20
« Gerona », Galdós	1 20
« Gramática de la Lengua », Bello y Cuervo	2 50
« Graziella », Lamartine	2 20
« Guatemala en el año 2.000 », Johnson (1er tomo)	3 50
« Idem, idem, idem, (2º tomo)	3 50
« Guía de pecadores », Fray Luis de Granada	3 50
« Hansel y Gretes », C. D.	1 20
« Humo », Turguenief	2 50
« Irresponsables », P. Mata	1 40
« J.-Jacques Rousseau », Faguet	5 00
« Jesucristo nunca ha existido », Bossi	5 00
« J. Celyn », Lamartine	2 50
« Juan Martín el Empecinado », Galdós	1 20
« La alegría del capitán », Palacio	1 80

Pedidos a M. (ELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)

GENIIT

sociología
ciencia - literatura

PAISAJE ANDORRANO ★



Plácido Bravo: De los hechos a las ideas o de las ideas a los hechos.

Floreál Ocaña: Valor de la duda y del ser.

M. Maeterlick: El sacrificio.

Alberto I.: A Antonio Reyes.

Salvatore Ferrareti: León Tolstoi y la no violencia.

Soledad Gustavo: Torrijos.

Suno: Microcultura.

Puyol: El jesuita y Pérez Galdós.

Selección de W. Muñoz: Parábolas de Han Ryner.

Cosmos: Chispas.

Angel Samblancat: Termoneucleación rústica.

Denís: El Concejal.

Abarrategui: La verdad.

Cosme Paules: La calumnia vencida.

J. L. Acquaroní: Walt Whitman.

Victor Garcia: El pensamiento anarquista. (Folle-tón.)

136

ABRIL - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4º P 5523

Nuestra portada

Sendas de cabra, corralizas desiertas, cuevas inaccesibles que nos hablan del murciélago, el cuervo y la zorra. Enfrente, el sombrío, la ladera húmeda, poblada de espesos bosques madereros, el suelo esponjoso, color verde botella. Los prados son desgarraduras esmaltadas por el triscar de los rebaños. En fin, el río, que antes fue arroyo, y aun antes lago, que alimentan las nieves del ventisquero. El lago de las cumbres frías es el espejo en que se miran coquetonas las nubes y el águila. Las aguas, bulliciosas y transparentes, se escurren por las laderas a través de complicados surcos. Zapan las bases de las rocas y convierten en puentes las poderosas raíces de los abetos y robles. En el fondo del valle el río avanza sinuoso entre prados verdifloridos, el lecho cubierto de pequeñas rocas esmeriladas que al conjuro espumoso del agua semejan rebaño lanar en movimiento. Aquí la nota lúgubre del chopo, que es el ciprés del clima frío; allá el puente rústico, primitivo, con arco de medio punto, cubierto de plantas trepadoras; acullá la iglesia de puro estilo románico. Lo demás, la población, el conglomerado urbano, no ofrece interés singular. En él la música se ha convertido en ruido, el perfume en hedor acre, los colores vivos y lavados por la lluvia o el rocío, en gris monótono y triste.



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

GENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Abril 1962

Nº 136



De los hechos a las ideas o de las ideas a los hechos

BAJO este título disertó el profesor. La sala, con muchas sillas, casi desierta de oyentes. Signo de estos tiempos, pues que en los bares contiguos los hombres gritaban su contento entre copa y copa, fórmula paradójica, para acallar su descontento.

Impacientes, en grupo formando corrillo junto a la puerta, prejuizan más que comentan, el tema de la conferencia, varios asistentes.

—¡Bah!, dice uno, divagaciones de algún filósofo de cámara, bizantinas como todas ellas.

—Hablar por no callar —replica otro coincidiendo—; que si son galgos o podencos...

—En tanto que los conejos ¿dónde están, en la sala o la taberna? —pregunta ironizando un tercero.

Un cuarto terció a guisa de sentencia:

—Algún abogadillo de secano volviendo a las andadas con aquello de si primero la gallina y después el huevo, o viceversa. Habrá disquisiciones a porrillo, con muchos peros y pocas peras...

La campanilla del presidente cortó el diálogo convergente entre estos hombres, algunos materialistas, otros escépticos, pero que todos estaban de vuelta de todo sin jamás haber ido a parte alguna.

El presidente presenta, con títulos y referencias, al conferenciante: luego le cede la palabra para que sea él quien trate de convencernos sobre sus méritos.

«En esta sala sentimos frío; lo lógico, pues, es que busquemos cómo y dónde calentarnos. Entre una sensación y otra deben colocarse las primeras acciones o hechos humanos. Hechos primarios que dictaban los instintos, que propulsaban deseos intuidos, que emanaban de necesidades simples observadas en cualquier animal. Estos fueron, para mí, los inicios.

Sólo cuando el cerebro o el intelecto interviene, comparando los hechos que al hombre rodean, sólo cuando

empieza a deducir, a comprender, ciertos fenómenos y leyes, sus manos empiezan a ser algo más que los pies delanteros. En esta época deben colocarse los primeros tratados filosóficos, rudimentarios como se sobreentiende, y los primeros conocimientos científicos que a nosotros se nos antojan hoy erróneos o insignificantes, cuando sólo son zagueros. Es entonces cuando el hombre construye sus viviendas, utiliza ciertas cavernas ya semihechas para guarecerse del frío, del agua y de las fieras. Construye sus armas y herramientas, utiliza el calor y el fuego para muchos menesteres y experimentos. El hombre hace algo más de lo que sus instintos le ordenan; el hombre hace lo que su cerebro piensa. Y, ¿quién pudiera negar que en ocasiones el cerebro sueña? He aquí la clave de sus valiosos inventos, y de sus sangrientos dogmas; pues que el cerebro capaz de soñar, capaz de creer también había de ser.

El hombre no se contenta del cerebro como receptáculo de lo que captan sus sentidos, capaz de sintetizarlo y luego traducirlo por signos hablados o escritos; el hombre no sólo deduce de un hecho y otro hecho, no sólo experimenta; el ser humano va más lejos; nacen en él sus complejos, de lo que llamaremos alma, originando sentimientos, pasiones, buenos o malos; que llegarán a subyugar o a desorientar el cerebro. La abnegación y la envidia, el sacrificio y el aprovechamiento, el egoísmo furibundo y el altruismo complaciente tienen orígenes psíquicos, que ordenan al cerebro y que van más allá del practicismo de éstos o del empirismo de aquéllos, el arte emotivo, brotando de los sentimientos, será un hecho.

El ideal compendio de ilusiones y deseos, está ahí. Ahora bien, hay ideales, elucubraciones de místicos, que no entroncan con la realidad de los hechos, ni tienen en cuenta la frágil y voluble naturaleza del hombre. Como también es cierto que la perspectiva no es más que el ángulo

ideológico que escogemos para anillar los hechos, y que según él sea, así se nos figurarán los objetos. Ahora bien, las afecciones, los sentimientos, las predilecciones y las aspiraciones pueden ser humanas aun siendo múltiples y diversas. Una tendencia uniforme es la negación del hombre. De ahí que en el terreno histórico haya tantas teorías divergentes y contradictorias; que la historia misma del hombre no sea más que un desaguisado interpretativo, o un guisado cuyo arte culinario reside en acomodar los pasajes —los hechos— a nuestra propia salsa. Y sin que la ciencia pueda nada o gran cosa. Pero, ¿dónde está la ciencia que se ocupa de las afecciones intelectivas o psíquicas del hombre? ¡En pañales, desgraciadamente!

Y en un hecho hay que ver más que un objeto útil o inútil; anullarlo, valorarlo, es comprenderlo, y no podremos comprenderlo mientras no sepamos cuándo y cómo, y sobre todo por qué y por quién se hizo. De lo que pocos historiadores se ocupan por completo.

Además, si infantil es teorizar sin base, no lo es menos deducir el hecho por el sólo hecho, equivalente a aquella fórmula del arte por el arte. Lo que no impide que más pernicioso sea aún la actual: el arte por el dinero, equivalente al hecho según nuestro interés sórdido.

Concluyendo, toda idea es un hecho en potencia, y puede que, a la vez, toda idea no sea otra cosa que la esencia de un hecho. Engendrando y completándose sucesivamente.

Que lo que menos importa es aquello de que si era yelmo o bacía.»

Así finalizó el conferenciante, sin que fuera objeto, por parte del auditorio, de objeción alguna.

Tan atentos estábamos que no atinábamos a salir por la puerta. Y una vez ya fuera, sin murmuraciones intempestivas ni desplazados comentarios, el cerebro seguía indagando y sugiriendo.

Plácido BRAVO

Decíamos ayer

Valor de la duda y del ser

Lo psicológico es lo superior

VI

CONSIDERAMOS que lo psicológico es lo superior, lo más valioso de la existencia: más, inclusive, que lo fisiológico y lo biológico. En este trabajo trataremos de aclarar y probar esta afirmación antes que algunos partidarios de la rigidez determinista nos repliquen escandalizados diciendo que nada está por encima de los dos últimos valores vitales que citamos. No negamos que existan sobradas y muy buenas razones para que lo digan. ¿Qué hay fuera de la materia y sus funciones? Veán nuestros detractores cómo, en su nombre, hacemos la pregunta más fundamental que puedan hacernos, porque nos merece respeto su pensamiento y no queremos eludirlo ni falsearlo.

Es deseable la buena fe y la lealtad al interpretar ideas ajenas. Bien venidos los contradictores, pero penoso es que existan todavía detractores que se llamen «amigos». Tergiversen éstos, si tal es su gusto y su voluntad, nuestros conceptos eligiendo, por ejemplo — acción voluntaria —, siete líneas de entre las doscientas sesenta de un artículo, silenciando — ¿no es también un acto voluntario? — el sentido general del mismo y el porqué de su tono emocional, cuanto justifica, en fin, sobradamente, lo que expresan las pocas palabras que el doctor-escriptor transcribe y comenta a petición — como él mismo dice — de otro hábil escritor que es el que comentamos hace casi un lustro. Pero hoy no es ayer. El tiempo no pasa en balde. Al menos para nosotros. ¿Es que nada nos han enseñado los últimos largos años de luchas por la libertad, las experiencias vividas, los errores y los dolores, y el progreso general? He aquí por qué vamos a dar a lo psicológico toda la importancia que tiene como factor determinante en la formación del auténtico valor humano del sujeto.

Durante décadas hemos sido aludidos mil veces, bastante crudamente, y por no herir susceptibilidades permanecimos en silencio. Por nuestra parte, ésta será la tercera y última vez que aludiremos, conscientemente, que es decir voluntariamente, a los que en vez de esforzarse por exponer nuevas ideas o las mismas que tienen más de acuerdo con la época que viven, se dedican a detraer y a retrotraer cuanto, por haber sido superado, no merece se le dedique espacio alguno. Dado nuestro estado de ánimo actual, por lo vivido y sufrido en los últimos tiempos, seguiremos escribiendo, unos años, sobre experiencias psicológicas, fisiológicas y biológicas propias y ajenas. Necesitamos hacerlo en bien de nuestra propia higiene psíquica y mental. Es tarea que todos los hombres debieran ha-

cer, de tiempo en tiempo, en busca de un mejor equilibrio de sus vidas.

Tenemos gran interés de superarnos y que se supere moralmente, en particular, cuanto amamos y todos, absolutamente todos, los semejantes que nos rodean. Y la estimación a la revista que nos comenta, muy bien presentada, nos hace decir que debe cuidar algo más el fondo o su contenido que las galas. En su número de octubre de 1961 dice que usamos la palabra «animismo», que ni la hemos escrito al hablar de los procesos psicológicos en el individuo humano. Esto tiene poca importancia, lo peor es que el doctor-contradictor mal emplea dos páginas de la revista citada para repetir cosas viejas, sin ton ni son, y llamarnos, simplemente, «marxistas, sectarios, metafísicos, religiosos, etc.». Los lectores de CENIT y los de la revista que nos comenta podrán comprobar que sólo usemos las dos últimas palabras para combatir sus significados y, por otro lado, el contenido de nuestros trabajos, de carácter libertario, combate el principio de autoridad, político religioso, fuente de todos los sectarismos marxistas y con otros istas.

Cuando individuos normales, relativamente hablando, se expresan falsamente sobre el ser de otro semejante — bien voluntariamente por cierto aunque digan que no existen acciones voluntarias — para denigrarlo, cualquier psicólogo diagnóstica que se proyectan. Y es la verdad de la experiencia psicológica, científica y experimental, comprobada en miles de sujetos. Sin embargo no vamos a entretenerlos acusándolos de ser cuanto nos atribuyen, ni a trazar sus respectivas «estampas psicológicas». Que los juzgue su propia conciencia moral. Esta los juzgará menos benignamente que los juzgaría cualquier juez extraño. Con esta misma severidad nos hemos juzgado nosotros mismos por considerar que es lo más aconsejable y saludable para nuestra conducta presente y futura.

Sabiendo, por propia experiencia, que el que mal se comporta, mal habla y escribe sobre un semejante afin en ideas algún día se arrepiente, decidimos que, en adelante, no daremos por hablado ni escrito nada de lo hiriente que nos dirijan «amigos». Demos sólo importancia, valor, a lo que lo tiene: a lo bueno de cada uno. Que lo malo muera por falta de uso y por no prestarle atención alguna. Hacer daño a sabiendas al niño o a la niña, al joven o al adulto, en sentido individual y colectivo, es crueldad de la que solamente son capaces los autoritarios. Estos todo lo sacrifican al principio de autoridad, que es cruel por naturaleza: hasta a sus semejantes en guerras

u oprimiéndolos y explotándolos haciendo morir, prematuramente, a la mayoría.

Muévanos a todos sólo el interés de querer evitar errores que nos hacen o pueden hacernos daño. Esta será nuestra actitud en lo sucesivo por estar convencidos, precisamente, del valor superior de lo psicológico sobre todas las cosas. Esto último es lo que intentaremos probar. Y dado que nuestro contradictor de última hora es un doctor — que interviene en ayuda de otro contradictor, por invitación «especial» — expondremos experiencias de su propio campo científico para demostrar lo mucho que la conciencia y la mente pueden hacer en bien de las funciones de nuestro organismo y de su longevidad. Las influencias de estos factores psicológicos en el cuerpo fueron negadas por Watson y otros conductistas, de los que hablaremos, próximamente, porque vemos que sus viejos conceptos los sostienen, en nuestros días, hasta ciertos médicos que se hallan detenidos en posiciones científicas e ideológicas de hace medio siglo o más.

Entre cientos de ejemplos que tenemos archivados el que exponemos, seguidamente, por lo ilustrativo, puede resumirlos todos dado que se refiere al sujeto globalmente. Se trata de un hombre de ochenta años de edad que al descender de una acera, en Boston, fue atropellado y muerto por un camión. Al hacerle la autopsia los médicos llegaron a creer, firmemente, que el accidente se debió a que la víctima «era inválido». Al exponerle a su esposa lo que creían fue la causa de la muerte, les contestó que no era cierto, porque su marido, mientras vivió, siempre estuvo desarrollando gran actividad y jamás se quejó de molestias ni de dolores. Afirmó que, por el contrario: siempre tuvo buen humor, mucho ánimo y continuamente le decía a ella, a sus familiares y amigos que «a pesar de sus ochenta años estaba en perfecto estado de salud y que así continuaría viviendo: sano y salvo.»

Sin embargo, desde el punto de vista de la medicina, los médicos no encontraban explicación al caso asombroso que tenían a su vista. Su moral, su carácter, su personalidad, todo su ser psíquico, en dos palabras, compensó sus deficiencias orgánicas, dominó las distintas enfermedades que padecía obligando al organismo a mantener su capacidad de vivir activamente. Su caso representaba, y continúa representando, uno de los más sorprendentes que se dan en el mundo de la Medicina. Esta se vio impotente para explicar lo que sólo puede ser explicado, en su mayor parte, por la Psicología científica, porque pertenece a su campo especial de estudio, de investigación y de experimentación. Es lo que les cuesta aceptar a algunos fisiólogos, biólogos y médicos.

De no haber tenido la prueba material en sus manos los médicos norteamericanos — ni el español que nos contradice — jamás hubiesen creído que un individuo humano pudiera vivir en «perfecta salud», como proclamaba el accidentado, muy festivamente, sufriendo las siguientes enfermedades calificadas mayores por la Medicina, y cuyo

historial lo conservan en el Hospital de Massachusetts : «Se habían formado nuevas vías para impulsar la sangre a consecuencia de una gravísima cirrosis que se formó en el hígado; la tuberculosis le había minado los pulmones; los riñones teníanlos destruídos en una proporción extraordinaria y sorprendente por enfermedad crónica; el corazón había casi doblado su tamaño para mantener la circulación de la sangre compensando el endurecimiento asombroso de sus arterias y su presión arterial era mínima.»

A este hombre, que a no ser porque lo atropelló un camión hubiera seguramente vivido muchos años más, gracias a su feliz estado de ánimo, podemos llamarlo: el caso del hombre que quiso estar siempre bien. Y es digno de estudio, en particular, porque refleja cuán decisiva puede ser la influencia de lo psicológico en el cuerpo humano.

En sentido negativo también influye lo psicológico como oconstatamos en los individuos que, por cualquier aprensión, empiezan a sentirse enfermos, pretenden estarlo después y acaban hasta haciéndose lo creer a avisados y honestos médicos. Han llegado al extremo de engañar a cirujanos competentes que «convencidos» de la enfermedad dada «sintomatología descubierta» en el paciente, operaron para descubrir que el órgano «afectado» no estaba enfermo. Los síntomas de la enfermedad, no existente, eran enfermedades diversas por causas nerviosas o psíquicas. Esto de dominio público.

Las buenas razones con respecto al conjunto del cuerpo, según el ejemplo del hombre de Boston, son aplicables a las partes de éste o de otro sujeto. Durante la guerra se dieron casos desconcertantes que, al parecer, no los tienen en cuenta ciertos deterministas y fisiologistas puros. Veamos el caso del marinero que en Okinawa le destrozaron el lado izquierdo del cerebro con cuatro fragmentos de granada. Sirvió para dar varias conferencias científicas. Le volaron la mitad del cerebro y aunque no tuvo un fin funesto perdió la facultad de entender, de hablar y hasta la memoria. El daño a las áreas cerebrales no podía repararse. Pero tan pronto sanaron las heridas lo llevaron a un centro de aprendizaje especializado y la víctima, a los dos años de pacientes enseñanzas pudo comprender, leer y escribir como antes de ser herido y venció casi completamente, la parálisis de la cara, de un brazo y de una pierna. Otras áreas cerebrales habían sustituido, sorprendentemente, a las que quedaron inutilizadas. Y este resultado se obtuvo, mayormente, mediante un proceso psicoterapéutico y psicopedagógico. ¿Cómo puede negarse el factor psicológico fue lo superior, lo más decisivo en la reorganización o readaptación fisiológica del paciente, lo que le permitió una normalidad funcional que parecía imposible pudiera alcanzar?

Sobre el cerebro se hacen sorprendentes descubrimientos. No nos extenderemos ahora al respecto. Sólo citaremos unas palabras del doctor Neal Miller, de la Universidad de Yale, que las pronunció en el discurso de fines de agosto de 1961, al de-

jar el cargo de presidente de la Asociación Norteamericana de Psicología. Manifestó que los hombres de ciencia ya «no consideran el cerebro como un conmutador telefónico enormemente complicado sino como un mecanismo completo, una glándula y un órgano activo que ejerce considerable control sobre su propia sensibilidad y es capaz de procesar y analizar información. En el cerebro — como en el cuerpo — pues, el total que determina las partes y no la suma de éstas el todo. A esta conclusión llegamos los profanos, de acuerdo con los científicos, y dadas las experiencias que tenemos ante nosotros. Al parecer las partes tienen las mismas potencialidades. No otra cosa significa el ejemplo del marinero que en Okinawa perdió la mitad de su cerebro: al destruirse determinadas localizaciones cerebrales los actos pudieron ser aprendidos por otros centros del cerebro.

Rogers, en el desarrollo de sus descubrimientos y teorías terapéuticas, hablando, imparcialmente, con espíritu científico, y sobre la conducta y la autodeterminación, basándose en la manera cómo el paciente aprende a reaccionar y a recuperarse dice que sólo conseguiremos comprenderlo «admitiendo la presencia en el organismo de una fuerza espontánea capaz de integración y de cambio de dirección». Y afirma que «el poder directivo de la voluntad es una fuerza que debemos integrar en cualquier ecuación psicológica.»

Estamos de acuerdo con Rogers al comprobar que el hombre cuenta con potencial psíquico y fuerza de voluntad, y según logre reaccionar y usar, en su propio bien, esa energía espontánea, voluntaria, que es capaz de desarrollar, puede sustituir, más o menos perfectamente, ciertas partes de su organismo y hasta conseguir que éste continúe funcionando sin algunos de sus órganos llamados vitales. Veamos algunos ejemplos más. La Naturaleza no siempre forma tipos perfectamente sanos. En casos de debilitamiento muscular un enfermo ha mejorado extirpándole la glándula **timos**, como también se la extraen a enfermos que sufren **miastenia**, sin que se acorte la vida de los mismos ni perjudique su salud.

La tiroides fija el ritmo de las actividades del organismo, pero cuando provoca sobreactividad y pone en peligro la vida la extirpan, y mediante tratamiento adecuado la persona puede vivir muchos años con inyecciones de sal de calcio, extracto de tiroides, etcétera. Claro que es el médico y no un profano o el que ha de indicar las cantidades que necesita, cómo y en qué periodos ha de tomarlas.

La digestión de los alimentos es realizada, mayormente, por el intestino delgado, pero a veces se han hecho necesarias intervenciones quirúrgicas que han extirpado más de ocho décimas partes del mismo. El corto, muy corto intestino delgado que queda en el organismo aumentando su capacidad de absorción ha permitido vivir normalmente al individuo. Y el intestino grueso y el colón, de los que a menudo también se extirpan grandes partes, ayudan en esas funciones de absorción.

La mala función de los riñones puede envenenar

al cuerpo y matarlo; necesita funcionar permitiendo que toda la sangre del organismo pase por ellos cada veintiocho minutos realizando su purificación. Ellos representan el equilibrio químico; pero sin embargo tampoco son imprescindibles para la vida la existencia de los dos. Comprobamos que hay individuos que nacen con un riñón, que viven aunque éste esté enfermo, y a otros les extirpan uno de los dos y continúan haciendo vida normal. Lo que quiere decir que podemos vivir con menos del cincuenta por ciento de los riñones.

Lo mismo ha ocurrido con los órganos **pelvéticos** y la vejiga cuando, por ejemplo, en caso de **cáncer**, los primeros se han extirpado completamente sin que acarree la muerte, y al segunda ha sido sustituida con porciones del intestino delgado y del intestino grueso.

La función del hígado es considerada vital, sin embargo, médicos y cirujanos han probado que el paciente puede vivir extirpándole más de tres cuartas partes de este órgano, que deja espacio a las células nuevas destruyendo las células viejas de la sangre, de la cual extrae bacterias, almacena grasa, neutraliza sustancias tóxicas en los alimentos y segrega bilis para auxiliar la digestión.

Hemos hablado de algunas glándulas y de ciertos órganos del cuerpo humano funcionando por separado, comprobando cómo se sustituyen sus funciones peculiares y cómo pudo funcionar un organismo, como el del hombre de Boston, que vivió desarrollando grandes y permanentes actividades, con optimismo y alegría, hasta que fue atropellado octogenario, cuando al parecer, según los médicos, no podía siquiera mal vivir sufriendo mil dolores.

La conclusión a nuestro entender, es obvia: de lo puramente orgánico hasta la conducta humana, lo psicológico se nos manifiesta como factor activo, propulsor, situado por encima de lo fisiológico y de lo biológico, como psíquicamente mental integradora de los procesos vitales capaz de hacerlos cambiar de dirección, y hasta el punto que lo permite el aprovechamiento de los materiales que posee la naturaleza del hombre con ánimo de vivir feliz. Claro que sin dichos materiales nada puede hacerse. Cómo construir una estatua metálica, por ejemplo, sin metales. Lo mismo con respecto al ser humano y a sus componentes.

Esto último nos sugiere una idea. La concepción sobre las diferencias entre los precitados valores del sujeto la consideramos también fundada o más que la de los distintos «niveles» que damos a continuación con ejemplo que resulta, a nuestro entender, claro y comprensivo: que las bases o cimientos de un edificio, de una obra de ingeniería o de arquitectura, de una escultura, de un gran y complicado monumento, etc., ocupan un nivel inferior, visibles o invisibles — al ser subterráneas generalmente poco apreciados en su justo y fundamental valor; siguen en importancia los materiales diversos que se emplean en las demás partes o volúmenes que constituyen la totalidad de la construcción en las que se aprecian los contornos acabados, las formas definitivas, todos los deta-

les, pero consideramos superior lo idealizado por el ingenio humano, la idea que caracteriza la obra, el espíritu que brota del conjunto construido que nos atrae por su utilidad y acierto estético, por sus proporciones equilibradas, por su expresión concreta de arte que despierta en nosotros inmediata **empatía**.

Consideramos haber demostrado que lo psicológico ocupa el nivel superior de la vida humana, que es más valioso que lo llamado fundamental, que lo simplemente utilitario o funcional, mecánicamente hablando, de un objeto, cosa o cuerpo. Este reconocimiento no significa que menospreciamos lo inferior, lo básico, que es imprescindible, de lo que depende la estructura y la estabilidad o sostenimiento de lo superior, del nivel más elevado: de lo psicológico.

Ciertamente, el sujeto se debe a la herencia biológica, tiene una anatomía y fisiología determinadas: huesos, músculos, glándulas, órganos, etc., más o menos sanos: pero para opinar sobre su conducta al observador no se le ocurre investigar, ni preguntar, sobre la bondad de los materiales que constituyen el cuerpo de aquél, ni si cada una y todas las partes de su organismo funcionan adecuadamente aun reconociendo que influyen en su relativa normalidad psíquica y mental. Resultando, pues, que lo de más valor es la personalidad o la impresión global que ofrece el sujeto a los que lo observan.

Lo mismo nos sucede con lo inanimado que nos emociona: las impresiones y las sensaciones concomitantes no dejan siquiera que, de momento, nos preocupe saber con qué elementos y componentes diversos formaron la obra de arte o técnica que contemplamos, que atrae nuestra atención y admiración. Y en el orden de los valores psicológicos algo parecido ocurre entre la **empatía**, que citamos más arriba, y la **simpatía**. Para que ésta se establezca son precisas, al menos, primera y segunda personas que mental y emocionalmente coincidan y acaben compartiendo la misma experiencia emocional y mental. La simpatía es, pues, lo que no puede ser la empatía: factor esencial en las relaciones sociales. Es obvio que tienen cierta relación y que coinciden hasta cierto punto, pero no son, absolutamente, la misma cosa ni, por lo tanto, hemos de confundirlas.

Los tribunales de justicia

Si me parase un hombre en la calle y me pidiese el reloj, no se lo daría; si me amenazara con quitármelo a la fuerza, me parece que, aun cuando no tengo nada de bravucón, haría cuanto pudiese en su defensa; si, por otro lado, me manifestase su intención de conseguirlo por medio de los tribunales de justicia, me lo sacaría del bolsillo, se lo daría y me quedaría pensando que me había salido barata la cosa.—JEROME.

Esta es la conclusión en el área psicológica: que es natural y lógico que la simpatía sea superior a la empatía, porque sentirse atraídos hacia un objeto o cosa inanimada cualquiera, por obra de arte valiosa que sea, es evidentemente inferior al sentir con otros semejantes sentimientos afines o repetirse, en cada uno, relativamente hablando, la misma emoción. En todos los casos, de acuerdo con nuestra tesis, la superioridad radica en la mayor complejidad psicológica. Y en sentido general podemos añadir que no podríamos decir todos que la «psiquis» es lo más complicado del cuerpo humano si se debiera a simples y regulares funciones mecánicas internas, «totalmente conocidas», como afirman, gratuitamente, algunos fisiologistas del determinismo rígido y teóricos del viejo conductismo.

Cierto que gracias a la materia que se organiza y nos forma existe la «psiquis», que es la más alta manifestación de la primera, de la materia tomando conciencia — decimos conciencia que se adquiere — de sí misma. Pero no todo se debe al primer legado biológico y fisiológico. Consideramos que lo adquirido por el hombre a través de milenios de civilización y cultura es muy superior a lo que poseyó su semejante primigenio.

El valor del individuo humano se eleva con el desarrollo de la conciencia moral, que contribuye a dar útil y bello sentido a su vida. Esto significa muchísimo más de lo que pueden hablar los fisiólogos sobre el funcionamiento de uno o de todos los órganos del cuerpo. Y aumenta su importancia, en nuestros días, al constatar que la **condición humana de poder obrar a conciencia o a sabiendas, de conocer y saber qué hacer — que siendo adquirida parece innata —, coexistiendo con los provesos vitales permite al hombre dominar, controlar y superar el curso de éstos.**

Con los fisiologistas puros, es decir, con los que pretenden que la fisiología explica todo, absolutamente todo lo que se refiere al hombre — hasta su comportamiento — admitimos que el impulso inconsciente biológico y psíquico tiende a la conservación de la especie, con la conocida y correspondiente instintiva emoción que repercute en la conciencia; pero por el impulso consciente, espontáneo y voluntario, el individuo humano lucha por lo que no ha heredado, ni ha vivido, ni vive y que, posiblemente, jamás viva: por un ideal generoso que beneficiará a la Humanidad, por el esfuerzo y decisión de su voluntad.

La actividad psíquica consciente está influenciada por tendencias sensibles o psicofísicas innatas, pero mucho más todavía por las energías que originan a la primera: por la finalidad que el sujeto persigue, por el sentido que quiere dar a su vida y a la sociedad. El hombre enterizo, con valor moral cimero, con buena cultura psíquica-mental, lucha pensando, más que en sí mismo, en sus semejantes que viven hoy en los que nacerán mañana para los que anhela, de todo corazón, y desde lo más hondo de su conciencia, un mundo mejor.

Todo nos está haciendo comprender, de forma ló-

gica, natural, que la fisiología, repetimos, no estudia el comportamiento del hombre. Para estudiar su conducta y personalidad durante mucho tiempo se usaron los métodos llamados tipológicos con los que establecieron tipos estructurales. Y hasta hace pocos años la conducta también se estudió utilizando el rígido esquema de los instintos, como siguen haciendo, en gran parte, el doctor y el escritor que nos replican, sin contestar, realmente, nada y sin tener en cuenta que los instintos adquiridos pueden extinguirse — y se extinguen — por voluntad del sujeto o por no utilizarlos.

Hoy los estudios fisiológicos — como los biológicos y hasta los sociológicos — incluyendo los cono-

cimientos sobre la fisiología cerebral y los instintos, la Psicología contemporánea los toma como factores que intervienen e influyen en la conducta humana. En nuestros días los psicólogos de todo el mundo coinciden señalándonos que el comportamiento del hombre es estudiado por la teoría de la transformación dinámica de la energía psíquica formada por las observaciones y experiencias psicoanalíticas.

¿Quién puede dudar todavía que lo psicológico es lo más valioso del hombre, que se refiere a su proceder, que estudia y trata la Psicología y no la Fisiología?

FLOREAL OCANA

EL SACRIFICIO

CERTAS ideas sobre el renunciamiento, la resignación y el sacrificio agotan más profundamente que los grandes vicios, y aun que los crímenes, las más bellas fuerzas morales de la humanidad. Si, la resignación está bien y es necesaria ante los hechos generales e inevitables de la vida, pero en todos los puntos donde la lucha es posible, la resignación no es sino ignorancia, impotencia o pereza disfrazadas. Lo mismo puede decirse del sacrificio, que no es, muchas veces, sino el brazo debilitado que la resignación agita aún en el vacío. Está bien saber sacrificarse simplemente cuando el sacrificio viene a nuestro encuentro y causa una dicha verdadera a los demás hombres; pero no es juicioso ni útil consagrar la vida a la busca del sacrificio y considerar esta busca como el más bello triunfo del espíritu sobre la carne. — para decirlo de paso, se da por lo regular una importancia infinitamente grande a los triunfos del espíritu sobre la carne; y esos supuestos triunfos no son lo más frecuentemente sino derrotas totales de la vida —. El sacrificio puede ser una flor que la virtud coge al paso, pero no es para cogerla para lo que se ha puesto en camino. Es un grave error creer que la belleza de un alma se encuentra en su avidez del sacrificio; su belleza fecunda reside en su conciencia, en la elevación y el poder de su vida. Es verdad que hay almas que no se sienten vivir sino en el sacrificio; pero es verdad también que son almas que no tienen el valor o la fuerza de ir a la busca de otra vida moral. Es en general mucho más fácil sacrificarse, es decir, abandonar la vida moral, en provecho del que quiera tomarla, que cumplir el propio destino moral y realizar hasta el fin la tarea para la cual nos había creado la naturaleza. Es en general mucho más fácil morir moralmente y aun físicamente por los demás, que adaptarse a vivir para ellos. Muchos seres adormecen así toda iniciativa, toda existencia personal en la idea de que están siempre dispuestos a sacrificarse. Una conciencia que no va más allá de la idea del sacrificio y que se cree en regla consigo misma porque busca sin cesar la ocasión de dar lo que tiene, es una conciencia que ha cerrado los ojos y se ha amodorrado al pie de la montaña. Está bien darse y es además a fuerza de darse como se acaba por poseerse un poco; pero es prepararse a dar poca cosa no tener que dar a los demás sino el deseo de darse. Antes, pues, que dar, procuremos adquirir; y no creamos que dando estemos dispensados del deber de adquirir. Esperemos la hora del sacrificio trabajando en otra cosa. Esa hora acaba siempre por sonar; pero no perdamos nuestro tiempo en buscarla sin cesar en el cuadrante de la vida.

Hay sacrificio y sacrificio; y no hablo aquí del sacrificio de los fuertes que saben, como Antígona, renunciar a sí mismos cuando el Destino, tomando la forma de la dicha evidente de sus hermanos, les ordena abandonar su felicidad y su vida. Hablo del sacrificio de los débiles, del sacrificio que se repliega sobre su inanimidad con una satisfacción pueril, del sacrificio que se contenta con mecernos como una nodriza ciega, en los brazos enflaquecidos del renunciamiento y del sufrimiento gratuito.

MAURICE MAETERLINCK

A Antonio Reyes

Su ensayo sobre Averroes y su

concepto de la Hispanidad

El polígrafo venezolano Antonio Reyes es, sin duda, el mejor biógrafo y crítico de la obra magna de Raimundo Lulio. A ello ha consagrado gran parte de su tarea erudita. Es miembro en el grado de Magister de la Escuela Superior de Filosofía de Palma de Mallorca, en cuyo último congreso, al que concurrieron lulistas de todo el mundo, presentó una ponencia que fue premiada y ha sido editada en cinco idiomas.

Refiérase a la influencia luliana en la lírica mística del Siglo de Oro y explaya esta opinión en los siguientes términos:

Los versículos del «Libro de Amigo y Amado» certifican que Ramón Llull, antes de San Juan de la Cruz, había expresado aquella fragante y mística página en prosa que dice: «no supo vivir en la tierra», y no pocos versos en la producción emocional de Santa Teresa de Jesús vibran, a veces, con los mismos acentos de los versículos de Ramón Llull. Pero, sobre todo, lo que hace a Ramón Llull predecesor del beato Juan de Avila, del pulcro padre Granada, y del inspirado fray Luis de León y fundamenta en él la concepción de la expresión cristiana es su espíritu, que animaba y enardecía al corazón, no por vibración de sentimiento, sino más bien por persuasión de la inteligencia. Y así ningún místico como él pudo dar una definición más exacta del amor «sublime, cuando expresara en su insigne síntesis: «Amor está entre creencia e inteligencia, entre fe y ciencia».

Lulio, trovador, filósofo, creyente y poeta, influye así definitivamente en la clara orientación mística que anima a las grandes figuras del Siglo de Oro español.

Toda la producción juvenil de Ramón Llull, aun cuando de mejor factura y estilo, adolece de las características de los trovadores de aquellos tiempos: es erótica y extremadamente sensual. El mismo confiesa en una ocasión: «La hermosura de las hembras fue la pestilencia de mis oídos», y al referirse a sus antiguos compañeros, agrega: «Ya no se hacían sino canciones de lujuria y de vanidades», pero de manera especial destaca que los trovadores eran amados y distinguidos porque cantan, bailan y hallan versos y canciones, danzas y baladas».

También agrega que conceptúa el arte del trovador como degenerado en su tiempo, pero aboga con el mayor entusiasmo — sin desperdiciar ocasión propicia para ello — por su posible dignificación y restauración, ya que él mismo se titula «juglar de valer», puesto que ha utilizado su facilidad de rimar en sus empeños de llevar a los hombres a su credo y a la virtud, y asimismo le ha servido su destreza en la versificación para popularizar la enseñanza, haciendo más ameno y amable a los escolares el aprendizaje de su filosofía.

Al caso, atribúyese a fray Luis de León frase ilustrativa de los grabados que representan al maestro al enseñar especialmente durante el siglo XIX; «Tres sabios hubo en el mundo: Adán, Salomón y Raymundo». Sea cierto o no, resulta indudable que algunos de los pensamientos místicos de fray Luis y mucha parte de su ascética la hallamos en los libros lulianos y especialmente en el «Libro de Contemplación en Dios». Igualmente diversos versos del citado místico parecen inspirados en el «Libro de los Cien Nombres de Dios» y el «Libro del Amigo y Amado». Fray Luis de León debió de conocer a Llull cuando sus estudios estaban en boga y las escuelas lulianas de Salamanca y Alcalá florecían con manifiesto entusiasmo. Dicha sentencia atribuida a fray Luis es recordada por Menéndez y Pelayo, el cual dice: «Ramón Llull es el Jacopone di Todí español. El fue quien abrió la falange de los grandes místicos hispanos. Otros podrán llevarle ventaja en la cincelada forma artística, mas no en la originalidad y en el brillo de las concepciones, en la encendida y arrebatadora tempestad de los acentos». En cuanto a su «Libro de Amigo y Amado», escribe asimismo Menéndez y Pelayo: «Todavía no ha sido superada dicha obra por la de los demás místicos peninsulares y quizá sólo igualada por dos o tres místicos castellanos».

Repasando las «Obras completas» de A. Reyes, constituidas por un grupo de ensayos, se nota en seguida su predilección por los temas hispánicos, tanto filosóficos como históricos, sin olvidar las anécdotas que son, según Plutarco, los granitos de sal de la His-

toria. El más substancioso de estos ensayos es el que se titula el «Racionalismo averroísta», del que extraigo los siguientes juicios:

Averroes buscó en el sistema neoplatónico lo mejor de sus inspiración. Fue un peripatético que quizá no bebió en las fuentes originales de la filosofía griega los principios fundamentales, sino que, por el contrario, captó el sentido básico del sistema a través del sentir personal, ¡y a veces erróneo!, de traductores coetáneos.

No aceptaba, desde luego, el «apriorismo». Su concepto racionalista sobre la «eternidad de la materia» y al mismo tiempo sobre el «intelecto uno» — que según Ritter fueron los puntos capitales que conmovieron con mayor intensidad el sentimiento cristiano —, excluían de por sí la «demostración científica del dogma religioso». Pero con todo, merece repetirse el hecho de que Averroes no estuvo de acuerdo con el racionalismo crudo, que resume la casi totalidad de los afanes filosóficos árabes, llamados por amplitud y por antonomasia — aunque falsamente — «averroísmo», especialmente durante los siglos XIII y XIV.

Sin embargo, la labor de Averroes queda oculta durante muchos lustros en la urdimbre complicada del pensamiento arábigo. Más justo: no logra penetrar las murallas del territorio en que personal y de modo definitivo actuara el maestro. Es a principio del siglo XII cuando Occidente conoce su labor. Su introductor al mundo latino es Miguel Scotto (1115-1191). En síntesis, Averroes se distingue por una forma o método apenas conocido, y rompe con las reglas pautadas secularmente, que se creían hasta entonces incommovibles. Era un sabio filósofo, entregado a la reflexión, al estudio y a la investigación racional, no podía menos de sentirse feliz y dichoso al vivir en un tiempo en el cual podía ver con sus propios ojos a un hombre que había entrado ignorante en el retiro espiritual para salir de él como había salido, sin el auxilio de enseñanza alguna, sin estudio, sin lectura, sin aprendizaje de ninguna especie. Por eso exclamó: «Es éste un estado psicológico cuya realidad nosotros hemos sostenido con pruebas

racionales, pero sin que nunca hubiésemos conocido persona alguna que lo experimentase.

Señala Renán, con acopio de datos, cómo la Sorbona de París fue el centro principal donde se desarrolló con mayor intensidad la doctrina averrista en la Edad Media. Afirma el mismo que Santo Tomás de Aquino fue el adversario de mayor aliento que tuvo Averroes y su doctrina, y agrega después: «Sin paradoja se puede decir que fue el primer discípulo del gran comentador, a quien el mismo autor denomina «el héroe de la cruzada helénica».

La afirmación citada al respecto del Santo de Aquino no puede ser más justa y precisa: él fue ante todo y en cierta forma casi un racionalista, ortodoxo y teológico naturalmente, que aprovechó en su argumentación para combatir a Averroes muchas de las armas con las cuales aquel mismo había organizado sus tesis filosóficas. El,

mejor que ninguno, respondió a una necesidad urgente del momento.

Por lo demás, no hay que olvidar el hecho de que tanto Averroes como Santo Tomás fueron dos genuinos peripatéticos, y que este último mucho se interesó, en consecuencia, por los comentarios del primero. Con harta frecuencia Santo Tomás cita las traducciones de los «Comentarios» de Averroes, hechas por Miguel Scoto y de modo especial se interesa por ellos.

Lo más grave del caso fue que este averroísmo crudo, frío, todo negación, tuvo influencia trascendental en casi la totalidad del continente europeo.

¡La confusión resultó enorme!

Para Averroes existía un entendimiento básico: activo cuando realizaba las formas inteligibles, y pasivo, cuando se concretaba a recibirlas ambos unidos, que eran uno, lo señalaba como entendimiento individual. Para él esta marcha ascendente hacia la racionalidad pura se opera exclusi-

vamente por el estudio y por la especulación, por la liberación del influjo de las facultades interiores, singularmente de la fantasía, todo lo cual depende de la fuerza primitiva del entendimiento material principalmente.

Murió en hogar ajeno. No había podido regresar a Córdoba, la villa de sus afanes. Sus restos, pocos meses después, fueron trasladados de Marruecos a su ciudad natal. Una bestia de carga realizó la piadosa empresa; cargados en él, de un lado iba el cadáver, y al otro, sus libros. Sus libros fieles depositarios de la inmortalidad de su pensamiento.

Por lo fértil y ajustado de su erudición, por la flexibilidad y el color de su buena prosa castellana, yo le llamaría el Menéndez y Pelayo de Hispanoamérica. Ningún escritor, ni pensador de aquel continente ha calado tan hondo en el concepto de Hispanidad.

ALBERTO I.



León Tolstoi y la no violencia

1. — CUALIDADES ESENCIALES CARACTERÍSTICAS DE TOLSTOI

SEGUN muchos críticos y estudiosos, León Tolstoi debe ser examinado sólo a la luz de su potencia narrativa y del vigor de su literatura. Nosotros no negamos la grandeza del más grande novelista ruso, una de las figuras más representativas de la literatura de todos los tiempos y de todos los países, más bien afirmamos, sin temor de ninguna desmentida, que todos los escritos tolstoianos, desde las biografías de su primera juventud hasta las novelas y sabias polémicas, son obras de amor y fraternidad que servirán de texto, aun en lo por venir, en los problemas concernientes a la pacífica convivencia de las distintas comunidades humanas.

Veneramos a Tolstoi no solamente por su valor literario, sino por todo, por cuanto ha sabido decir de los hombres, aunque no siempre haya logrado hacerse comprender de sus contemporáneos y de la posteridad.

Es destino de todos los grandes hombres no ser comprendidos, desde Buda hasta Cristo y Gandhi, cuántas veces su pensamiento ha sido retorcido por obra misma de los secuaces y discípulos más fieles y consecuentes, como lo demuestran los diversos cismas y la intolerancia de los dogmáticos con sus semejantes y todas las escisiones, políticas y no políticas, las excomuniones y anatemas en todos los campos y especialmente en el religioso y filosófico.

Admiramos a Tolstoi en toda su vida, en toda su gigantesca obra y, ¿por qué no?, en todas sus contradicciones. Contradicciones que, si no se consideran aisladamente, sirven para atestiguar el duro trabajo de un alma atormentada, siempre en busca de perfeccionamiento, de mejoramiento, de amor a todo lo creado, desde el hombre hasta los animales y las plantas.

Se enroló en el ejército, pero pronto comprendió que la vida del ejército no era para él, potencialmente pacifista, más bien la consideraba inútil tanto que hubo de escribir:

«He desarrollado sólida actividad y he pasado el día en tristes obligaciones. Estoy muy cansado y he aprendido muchas cosas que, si bien nuevas, son del todo inútiles. Estuve en la revista de tropas. La mejor cosa que espero del servicio militar es el licenciamiento.»

Escribió páginas que parecían lo más patrióticas y después comprendió la inutilidad y los horrores de la guerra y anotó en su diario:

«¡Estúpida gente! Todos, especialmente mi hermano, beben, y eso me disgusta. La guerra es una cosa tan injusta y tan nociva, que quienes la hacen procura sofocar su conciencia ¿obro bien?

»Mis facultades mentales se han embotado en esta vida irregular y sin objeto y entre esta gente que no puede, ni desea, comprender nada que sea serio y noble.»

Perteneciendo a una noble y antigua familia rusa, despreció las riquezas y las comodidades propias de la aristocracia y no lo oculta ni en sus libros ni en su vida privada. Y a propósito de esto Máximo Gorki cuenta:

«Hemos paseado en el parque Yusupof. El ha magníficamente descrito las costumbres de la aristocracia moscovita. Una joven campesina trabajaba en un jardín encorvada en ángulo recto, mostraba unas piernas de color marfil y movía los senos. El la miró atentamente y dijo: «He aquí, en caríatides como aquéllas se sostiene nuestra aristocracia brillante e insensata. Se sostiene no sólo por el trabajo de los mujiks y de las campesinas, ni por los arrendamientos de tierras, sino por la sangre del pueblo, en el verdadero sentido de la palabra. Si de cuando en cuando la aristocracia no dispusiera de semejantes bestias de carga, desaparecería como una sola pieza.»

Combatió todos los prejuicios, desde los estatales y religiosos, hasta los militares. Criticó y trató de demoler todos los ídolos que se venían creando en todos los campos de la vida humana.

Enemigo de la guerra, del servicio militar y de la violencia, denunció abiertamente las contradicciones entre los diferentes sistemas políticos y jurídicas y los principios del amor y de la caridad cristiana. Combatió el artificio, el orgullo, la presunción y todo el andamiaje que el hombre construye para subyugar a sus semejantes.

Amante de la naturaleza y de lo bello, criticó severamente la falsedad artística. Primero en «La Guerra y la Paz» y en «¿Qué es el arte?»; después ridiculizando lo absurdo del teatro, la ópera y el ballet.

Maduró en él, en armonía con su ideología y con su temperamento artístico, un nuevo concepto del arte donde se lanza, con fervor iconoclasta (que se hace aún más intransigente en el ensayo acerca de Shakespeare, 1900, contra aquellos conceptos que considera falsos, y contra el alejamiento del arte de su función inmanente, que es la de realizar el ideal de la unión fraterna de los hombres:

«El arte no es un goce, un placer, un divertimento. El arte es una gran cosa. Es un órgano vital de la humanidad que transporta los conceptos de la razón al dominio del sentimiento.»

Criticó lo absurdo de la litúrgica y la Iglesia, lo consideró blasfemo y lo excomulgó, mas esto no le impide predicar «el verdadero cristianismo», refiriéndose, de modo especial al «discurso de la montaña» y sus principios fundamentales del Evangelio de Cristo: «Ama a tu prójimo como a tí mismo» y «no oponerse con violencia.»

Estas fueron sus máximas. Estuvo sobre todo contra la violencia, la guerra, la pena de muerte, y lo demostró muchas veces con sus escritos, con sus obras, con sus enseñanzas.

Y si no bastaran sus innumerables textos y sus sabias y publicaciones, además de la magistral «Guerra y Paz», para convencer a los inmutables, consideramos oportuno referir parte de una carta escrita, dos meses antes de morir, a Gandhi, para establecer cómo Tolstoi aborrecía la violencia y la muerte legalizada aunque fuera, sobre todo, justificada por el Estado con el beneplácito del poder eclesiástico.

«Cuanto más vivo — sobre todo ahora, que siento con claridad la aproximación de la muerte — más fuerte es la necesidad de expresarme acerca de lo que más vivamente tomo a pechos, sobre lo que me parece de inaudita importancia: vale decir que cuanto se denomina la **no resistencia** no es en resumidas cuentas, más que la enseñanza de la ley del amor, no deformada por interpretaciones mentirosas

»El amor, o en otros términos, la aspiración del alma a la comunión humana y a la solidaridad, representa la ley superior y única de la vida. Y eso cada uno lo sabe y siente en la profundidad de su corazón...

»Hoy la cuestión se plantea así: o sí o no; hay que escoger; o admitir que no reconocemos ninguna enseñanza moral o religiosa y dejarse guiar en la conducta de nuestra vida por el derecho del más fuerte, o bien obrar de manera que todos los impuestos cobrados por constreñimiento, todas nuestras instituciones de justicia y de policía, y ante todo, el ejército, sean abolidos.

»La primavera pasada, en el examen de religión en un instituto de señoritas, en Moscú, primero el instructor religioso, después el arzobispo que asistía, interrogaron a las muchachas sobre los **diez mandamientos**, y principalmente sobre el quinto: «No matar». Cuando la respuesta era justa, el arzobispo añadía con frecuencia esta otra pregunta: «¿Es siempre y en todos los casos por la ley de Dios prohibido matar?» Y las pobres muchachas, pervertidas por los profesores, debían responder y respondían: «No, no siempre. Porque en la guerra y para las ejecuciones es permitido matar. Sin embargo, una de aquellas infelices criaturas, al hacerse la pregunta habitual: «¿El homicidio es siempre un pecado?», se ruborizó y respondió conmovida: «¡Siempre!» Y a todos los sofismas del arzobispo replicó firme, que era prohibido siempre, en todos los casos, el matar y esto ya desde el Antiguo Testamento... A pesar de su habilidad oratoria, el arzobispo no pudo abrir la boca y la muchachita quedó victoriosa...» «No podemos ahogar el pensamiento porque todo hombre siente, más o menos oscuramente, como ella. El socialismo, el anarquismo, el ejército de salvación, la criminalidad, la desocupación, el lujo monstruoso de los ricos, que no cesa de aumentar, y la negra miseria de los pobres, el aumento de los suicidios, todo este estado de cosas testimonia la contradicción interna, que debe ser y será resuelta.»

Estas son las «contradicciones» tolstoianas. Contradicciones que demuestran la superioridad del hombre más todavía que el escritor. La enseñanza de humanidad que dan sus obras es grande, inmensa, y es por lo que admiramos y veneramos a Tolstoi, el paladín de la no violencia que supo infundir y perfeccionar, en tantos ilustres discípulos como Gandhi, y Romain Rolland, aquellos preceptos morales que van desde la objeción de conciencia al vegetarianismo, de la abolición de todo poder jerárquico, a la renuncia de todo bien terreno.

Supo conciliar el pensamiento de Buda, con el de Cristo; los principios de Lao Tse con los anarquistas de la abolición de la autoridad y del poder. En esto que otros llaman «contradicciones», está la grandeza de Tolstoi. Estos son los caracteres esenciales de la figura del pensador Tolstoi.

II. — HOMBRE DE FE, HOMBRE DE AMOR

El pensamiento de Tolstoi no partía de premisas filosóficas ni de proposiciones científicas, sino de la intuición religiosa o, más bien, mística, del amor como principio fundamental y esencial que solo puede originar la «verdadera vida».

Para vivir moralmente basta el Amor (sencillo, puro, a todos los seres vivientes), en su más noble acepción. Al alma que vive de amor, ninguna limitación, ninguna ley puede serle impuesta, ni de Iglesia ni de Estado, ni de ejércitos, ni de tribunales, ni de sacerdocio.

Detestaba los ídolos de cualquier especie o naturaleza, no admitía la bondad de los movimientos organizados en forma piramidal, hechos de adeptos a la dependencia de un jefe. Ostentaba su oposición a la creación de un movimiento tolstoiano organizado, del cual pudiera ser jefe.

Sea públicamente o en privado, en discusiones o en escritos, le gustaba definirse como anárquico cristiano y supo conciliar el cristianismo, y más exactamente las enseñanzas de Cristo, con el anarquismo, esto es, con la falta de autoridad gubernativa, considerada bajo la forma más brutal: **la violencia**.

Tolstoi daba como base de la doctrina cristiana el no resistir al mal con la violencia.

Jesús no sólo prescribió, a cuantos le seguían amar a su prójimo como a sí mismos sino mandó no resistir, y esto en oposición al antiguo precepto: «Ojo por ojo y diente por diente».

Pero el anarquismo de Tolstoi fue un anarquismo más moral que político y económico, más ascético y místico que filosófico.

Toda la teoría tolstoiana se basa en la no resistencia al mal por medio de la violencia. Las consecuencias que se derivan de tal concepto son incalculables, porque, en la práctica, la no resistencia pasiva, es decir, al negarse a obedecer las leyes del Estado concernientes al uso de la fuerza o de la violencia. La huelga general pacífica, por ejemplo, entra en el cuadro de las ideas de Tolstoi.

Tolstoi fue pacifista integral y no podía no serlo dados sus ideales de no violencia, pero esta no

violencia considerada por muchos como pasiva, es extraordinariamente activa en el campo del pensamiento. No sufrir pasivamente las prepotencias de otros, pero oponer a éstas, no los métodos violentos sino la razón. Los poderosos tienen necesidad de los humildes, de la masa, del pueblo, y está en los hombres el hacer pesar su propio valor cerca de los poderosos, y a este propósito escribe: «La salvación está en nosotros. Si en todos los países del mundo los trabajadores de las ciudades y de los campos cesasen de obedecer a los gobiernos, el poder de éstos desaparecería y al mismo tiempo desaparecería la servidumbre, que se mantiene en virtud de nuestra voluntaria sumisión.»

No se pueden tachar semejantes definiciones con el apelativo «pasivo» en el sentido despreciable de la palabra. No oponerse con violencia sino hacer comprender, con la fuerza y el vigor del razonamiento, los conceptos errados y caminos equivocados que la humanidad se apresura a recorrer. Y nuestra aserción es corroborada por la siguiente que el propio Tolstoi hace de la no violencia: «Un nuevo concepto de la vida cuya aplicación en la vida social tendrá como resultado la desaparición de la lucha entre los hombres.»

En su escrito «Pausas y Reflexiones», el concepto de no violencia es remachado aún con mayor claridad.

«La única objeción, o mejor dicho, la única pregunta que se puede plantear es: Si el amor del prójimo es inherente a la naturaleza humana ¿por qué han pasado tantos millares de años (ya que el mandamiento de amar a Dios no es de Cristo, sino que se remonta a Moisés) en los cuales el hombre, aun conociendo este camino, de la felicidad no lo ha seguido? ¿Qué es lo que impide la manifestación de un sentimiento tan natural y tan benéfico para la humanidad?»

Es obvio que no basta decir «Amaos los unos a los otros». Esto se viene diciendo desde hace tres mil años y ha sido repetido en todos los tonos, en todos los púlpitos, religiosos y laicos, pero los hombres continúan todavía exterminándose en vez de amarse. Hoy nadie puede dudar de que, si los hombres se ayudaran en vez de dilacerarse (cada uno busca su propia felicidad, la de su familia y de su país); si sustituyese el egoísmo por el amor y organizase la propia vida según el principio comunitario en vez del individualista; si se amase como se ama uno a sí mismo o si, por lo menos, no hiciese a otro lo que no quería que a él se le hiciera, como fue dicho dos mil años ha, entonces la cantidad adquirida de aquella felicidad personal que todo hombre procura sea más grande, y la vida humana en general sería razonable y feliz en vez de ser como ahora es: una sucesión de contradicciones y de sufrimientos.

Nadie duda de que, si al hombre se le continuara sustrayendo la propiedad de la tierra y los productos del trabajo, habrá de esperarse una represalia de los que sean así robados y que los oprimidos recobrarán con violencia y venganza lo que les ha sido quitado. Todos saben además que los preparativos de guerra hechos por las diversas nacio-

nes llevan a las terribles matanzas, a la ruina y a la degeneración de todos los pueblos que participan en esta carrera de armamento. Nadie duda de que, si el actual orden de cosas se prolongara una docena de años, el resultado sería la ruina inminente y general. No hay más que abrir los ojos para ver el abismo hacia el cual vamos. Mas parece que la profecía de Cristo haya de cumplirse entre los hombres de hoy: «Tienen oídos y no oyen, ojos y no ven».

El hombre continúa viviendo como ha vivido siempre, y no desiste de lo que ha de llevarlo inevitablemente a la ruina. Además el hombre de nuestra sociedad cristiana reconoce, si no la ley del amor por lo menos la obligación moral del principio cristiano que manda no hacer a los demás lo que no quisieras que te hagan a tí, pero no obra en consecuencia. Evidentemente una razón secreta pero superabundante le impide hacer lo que es de su provecho: lo que lo salvaría de los peligros que le amenazan, y que la ley de su Dios y de su conciencia le dicta. ¿Hemos de concluir que el amor aplicado a la vida es una quimera? Y si lo es, ¿por qué el hombre se ha dejado ilusionar por tantos siglos con este sueño irrealizable? Los tiempos son más que maduros para reconocer su futilidad. Pero el género humano no se arriesga a resolver seguir la ley del amor en la vida ni a renunciar a la idea.

¿Por qué? ¿Cuál es la razón de esta contradicción, que dura tantos siglos? No es porque al hombre de nuestra época le falte el deseo y la posibilidad de hacer lo que le dicta el sentido común y el peligro de la propia situación, y sobre todo la ley de lo que llamamos Dios y conciencia. Pero es principalmente porque hace lo que le aconseja su Zola, está tan ocupado, tan asido por el trabajo iniciado hace tanto tiempo, que se le hace imposible detenerse a recoger sus propios pensamientos y considerar qué es lo que debiera hacer. Todas las grandes revoluciones de la vida del hombre comienzan en el pensamiento. Haced sólo que acontezca un cambio en el pensamiento del hombre, y la acción seguirá la dirección del pensamiento, como la nave sigue la del timón...» «Y cuando el amor al prójimo se haya hecho natural al hombre, las nuevas condiciones de la vida cristiana se realizarán espontáneamente, así como en un líquido saturado de sal los cristales comienzan a formarse no bien se deja de mezclarlo.

Para que tal resultado se realice y el hombre se organice de acuerdo con su conciencia, no se requiere ningún esfuerzo positivo; al contrario, no tenemos más que desistir de los esfuerzos que ahora hacemos. Si el hombre emplease la centésima parte de su energía (ahora totalmente gastada contra conciencia en ocupaciones materiales) para aclarar lo más posible los datos de la propia conciencia, para expresarlos lo más lucidamente posible, para hacerlos conocidos y sobre todo para practicarlos, el cambio predicho por Dumas y por todos los profetas sería cumplido más rápidamente y más fácilmente de lo que pensamos, y los hombres adquirirían aquel bien que Jesús procla-

mó en sus buenas nuevas: «Procurad el Reino del Cielo y todo lo demás os será dado por añadidura» (1).

Estos postulados de fraternidad y de humanidad que se concentran en la **no violencia** constituyen el «todo» del pensador Tolstoi.

Pensador sobre todo de verdad, entendiendo la libertad del pensamiento a cualquier costo, su pensamiento puede ser comprendido en lo que escribió a Voissov el 11 de noviembre de 1902: «Perdonad si os he ofendido. No se puede decir la verdad a medias. Se debe decir la toda, o no decir nada».

C. R. Das., que después llega a ser amigo de Gandhi y jefe del partido swarafista indio (que se propone conciliar el método de la no violencia con la participación en los consejos legislativos) en los tiempos en que combatía la doctrina de Tolstoi y de la violencia, escribe al novelista ruso pidiéndole algunas palabras para su periódico. Tolstoi responde, con las que después fueron divulgadas en todo el mundo con el título «carta a un indio». En la respuesta Tolstoi remacha enérgicamente la doctrina del amor y de la no violencia, encuadrando cada parte de la argumentación con citas de Krishna:

«Se podría esperar que, en inmenso mundo bramano-budista y confucista, este nuevo prejuicio científico no hubiera tenido lugar, que los chinos, japoneses, e hindúes, comprendiendo la memoria religiosa que justifica la violencia, habrían llegado directamente a concebir la ley del amor, propia a la humanidad, que fue promulgada con tan estrepitosa fuerza por los grandes maestros de Oriente. Pero la superstición de la ciencia, que ha sustituido a la de la religión, invade cada día más los pueblos de Oriente. Ya subyuga al Japón y le depara los peores desastres. Se extiende a los que en China y en la India, pretenden, como usted, ser los conductores de sus pueblos...» «Dice usted que los ingleses han dominado la India, porque la India no resiste bastante con la fuerza? Pero es justamente todo lo contrario. Si los ingleses han dominado a los hindúes, no ha sido sino porque los hindúes reconocían y reconocen todavía la violencia como principio fundamental de su organización social; se sometían, en nombre de este principio, a sus reyezuelos; en nombre de este principio han luchado contra ellos, contra los europeos, contra los ingleses... Una compañía comercial — treinta mil hombres más bien débiles — han dominado a un pueblo de doscientos millones. ¡Diga eso a un hombre libre de prejuicios! No comprenderá lo que esta palabra puede significar... ¿No es evidente, por estas mismas cifras, que no han sido los ingleses, sin los propios hindúes los que subyugan a los hindúes?... Si los hindúes son dominados con la violencia, es porque ellos mismos han vivido en la violencia, viven al presente en la vio-

lencia y no reconocen la ley eterna del amor, propia de la humanidad... «Digno de piedad e ignorante es el hombre que busca lo que posee e ignora poseerlo! Sí, miserable e ignorante el hombre que no conoce el bien del amor que le circunada y que yo les he dado — KRISHNA.» «El hombre ha de vivir con la ley del amor, que es propia a su corazón y que encierra en sí el principio de la **no resistencia**, de la **no participación en ninguna violencia**. Entonces, no solamente un centenar de hombres no podrían dominar a millones, sino millones no podrían dominar a uno solo. No resistas al mal y no toméis parte en este mal, en la coerción de la administración, de los tribunales, del impuesto, y sobre todo del ejército. Y nada, ni nadie en el mundo, podrá dominaros.»

Tolstoi, como repetidas veces hemos expuesto, se opone a todas las violencias y a todos los abusos. A la violencia estatal, a la religiosa, a la instigada por la riqueza, procurando como muchos otros excelsos pensadores redimir al hombre sustrayéndole de la esclavitud y servidumbre al trabajo por obra de otro hombre.

Tolstoi abandonó las comodidades y riquezas, la familia y la casa, se fue, pobre, acompañado de un solo fiel discípulo, a propagar las ideas de fraternidad y amor que desde siglos, y por obra de muchos grandes maestros, circulan por todos los países y suenan, desgraciadamente, aun hoy ásperas al oído del hombre.

En el pensamiento de Tolstoi dominó siempre una necesidad de sinceridad, por lo que toda forma de «constructivismo» y todo el indultar en la fantasía parecen bandidos de fragmentos de vida que coordinó con los varios escritos en forma de novelas y de ensayos.

La defensa de todos aquéllos que eran perseguidos por sus ideas y por el propio pensamiento fue vehementemente. Buscó siempre el contacto con los que sufren, con los pobres, con los proletarios.

Tuvo relaciones continuas con los secuaces de las diversas sectas rusas; organizó socorros para los afectados por el hambre (1892-1893), hizo propaganda al problema de la cesión de las tierras a los campesinos, y sobre todo al problema del derecho personal a la riqueza y del derecho de la colectividad respecto a la muerte del individuo no dejaron de apasionarlo nunca.

Su obra multiforme es destinada toda a instaurar en la tierra «el orden nuevo en el cual reinará la concordia, la verdad, la fraternidad y del cual será desterrado todo fariseísmo, todo dogmatismo, todo orgullo individual o colectivo.»

Predicaba su fe, que era hecha de paz en el amor y de amor en la paz. Fe de libertad, de igualdad, de solidaridad humana y sobre todo de exención de toda prepotencia.

La fe de Tolstoi es la no violencia, canon principal de la maravillosa religión que es el amor entre los hombres y la igualdad por sobre todas razas, confines y credos.

(1) Es decir, fuera todo reino en la tierra. — (N.D.L.R.).

Vidas agitadas

TORRIJOS

ES Torrijos, con el Empecinado, Riego y Lacy, una de las más ilustres y desdichadas víctimas del siniestro Fernando VII y del ultramontanismo hispano.

Su vida agitada y su muerte trágica, su generosidad y su entusiasmo por la causa de la libertad, que era entonces la de los constitucionales, le hacen acreedor a esta glosa breve de su existencia y su fin.

Nació Torrijos en Madrid en 1781. Fué dedicado a la carrera de las armas. A los diez años era ya admitido entre los pajes del rey. A los dieciséis obtuvo el empleo de capitán. Distinguióse en la guerra de la Independencia por su valor combatiendo a los invasores, valor que a la terminación de la guerra le dió el título de brigadier, que tenía ganado con su sangre abundantemente derramada en aras de la libertad del suelo español.

Libertad que, salvándola del dominio napoleónico, echó a la España tenebrosa de aquella época en brazos de Fernando VII, verdugo de las libertades públicas, verdugo de toda independencia y todo derecho.

Torrijos, partidario entusiasta de la libertad, no podía sumar su voz a las voces de los que gritaban «¡Vivan las caenas!»

Su actividad revolucionaria, para derribar el régimen odioso que deshonraba a España ante todo el mundo, hizo que en 1817 fuese encarcelado, lo que no le impidió trabajar, desde la cárcel y secretamente, en favor de la revolución de 1820. Triunfante ésta, se confió a Torrijos un importante cargo militar en Valencia. A principios de 1823 se le nombró ministro de la Guerra. Su poder militar dentro de la Constitución duró poco, ya que, restablecido el absolutismo, Torrijos hubo de huir a Francia y más tarde a Inglaterra, donde se ganaba la vida traduciendo obras para los libreros de América del Sud. Aunque hubiera trocado la espada por la pluma y la actividad por la inacción forzosa, no por esto olvidaba sus entusiasmos y los rencores, deberes y compromisos morales que le ligaban a la suerte de la desdichada España.

Trasladóse de Inglaterra a la América del Sud, en donde fraguó sin cesar planes de insurrección contra el gobierno absolutista de España, planes que fracasaban sin desanimarle.

El éxito de la revolución francesa de 1830 le animó y excitó su entusiasmo y su impaciencia. Ni el fracaso de Mina, ni la trágica muerte del infortunado y valiente Manzanares, hicieron retroceder a Torrijos en su empeño. Trasladóse a Gibraltar, desde donde realizó dos tentativas revolucionarias. La primera a la cabeza de unos veinte hombres, en la noche del 28 al 29 de enero de 1831, desembarcando en la playa de Algeciras, en el punto denominado Aguada Inglesa. No tuvieron fortuna con esta primera expedición, pues las tropas del

por Soledad Gustavo

gobierno les hicieron frente y tras una lucha de corta duración, pero sangrienta para los revolucionarios, Torrijos comprendió que el golpe se había dado en vano, y no sin grandes peligros logró embarcarse, merced a su arrojo, y consiguió regresar a Gibraltar.

Era ya el único desterrado digno de temor para el gobierno de Madrid. Incapaces de reducirlo con las armas nobles, temiendo a cada momento su acción tenaz e intrépida, conociendo su valentía y su entusiasmo, se apeló ruinmente a la traición para vencerlo. El plan que hizo caer al desgraciado Torrijos y a sus no menos abnegados e infelices compañeros, en la sangrienta emboscada que acabó con el fusilamiento del general rebelde y 53 de sus compañeros, se atribuye a la terrible y siniestra sociedad «El Angel Exterminador».

El plan que se llevó a efecto con triste éxito, fue el siguiente: un coronel de Málaga ganó la confianza de un amigo del expatriado y le hizo creer que toda la guarnición de Málaga seguiría al primer hombre de prestigio que se sublevara a favor de la libertad. El engañado amigo de Torrijos, escribió a éste, y el traidor coronel, pretextando asuntos particulares, dirigióse a Gibraltar, de acuerdo con el general Vicente González Moreno, gobernador militar de Málaga, que ha pasado a la historia con el nombre de «verdugo de Málaga».

Torrijos coyó en la emboscada. El coronel entrevistóse con él en Gibraltar y los dos convinieron, de común acuerdo, que el primero desembarcase con los suyos en las Ventas Mismilianas, y en Málaga se dieron órdenes a los buques guardacostas para que los tan miserablemente engañados no pudieran escapar.

En la noche del 30 de noviembre al 1 de diciembre de 1831, salieron de Gibraltar, en dos pequeños y malos barcos, Torrijos y otros sesenta hombres, muchos de ellos antiguos jefes y oficiales del ejército español.

No quiso Torrijos llevar más gente, creyendo firmemente, como no dejaban lugar a dudas las afirmaciones del innoble coronel, que podía contar con toda la guarnición de Málaga y que la sola presencia de Torrijos, gracias a su prestigio militar y civil, levantaría en armas a favor de la constitución y contra el absolutismo inquisitorial de Fernando y su negra camarilla, a toda la nación española.

Antes de desembarcar los expedicionarios, fueron perseguidos por el guardacostas «Neptuno», siendo blanco de algunos disparos antes de llegar a tierra, circunstancia que les obligó a desembarcar precipitadamente en la Fuengirola, por haber ya embarrancado antes de llegar a Málaga.

Contando siempre Torrijos con la guarnición de esta última ciudad, pero pensando que los carabineros de la costa no conocerían el complot, se estableció con los suyos en la alquería del conde de Moína y, agitando una bandera tricolor, comenzó a dar vivas a la libertad para llamar la atención de los de Málaga.

González Moreno, que estaba en las Ventas Mismilianas, esperando con un cuerpo de ejército el desembarco de los desdichados conspiradores, al ser inmediatamente avisado de que los guardacostas habían hecho desembarcar a Torrijos y los suyos en la Fuengirola, corrió a la alquería y estableció en ella un bloqueo. Cinco días se resistieron en ella los liberales, desesperados y rabiosos por el engaño de que habían sido víctimas.

Al fin, extenuados, agotadas las provisiones, Torrijos pidió a Moreno una entrevista, en la que halló inexorable a su verdugo. Rindióse, sin otra solución, con todos los suyos. González Moreno avisó a Calomarde y a Fernando VII y éstos, satisfechos del éxito del infame engaño, dieron órdenes de que se castigara inmediatamente a los prisioneros. Conducidos a Málaga los liberales, a los pocos días, sin que mediara juicio alguno, por orden feroz y expresa del rey siniestro y su ministro, fueron fusilados Torrijos y cincuenta y

tres desdichados más. Entre ellos había un súbdito inglés.

El fusilamiento de Torrijos se ejecutó a las once de la mañana. Torrijos, en el acto de la ejecución demostró un valor y tranquilidad de ánimo tan extraordinarios que asombró a sus mismos verdugos. Modelo de cartas, por su ternura, su entereza y su serenidad, es la que escribió a su pobre esposa una hora antes de la ejecución.

El premio de esta infamia fue para Moreno la capitania general de Granada. Sin embargo, en esta ocasión no mintió el adagio de que «quien a hierro mata a hierro muere». González Moreno, el verdugo de Málaga y de Torrijos, se pasó al campo carlista y al fin acabó asesinado horriblemente por los suyos.

La España de entonces celebró con gran regocijo la muerte del infeliz Torrijos y de los liberales que le acompañaban. Bonet y Orbe, obispo de Málaga, festejó el fusilamiento del noble constitucionalista con un gran banquete, que adquirió proporciones de orgía, digna de los festines babilónicos.

La figura de Torrijos, ennoblecida y engrandecida por su trágico fin, es una de las que honran la historia española. La tiranía, con su alevo asesinato, no consiguió por eso retrasar el advenimiento de la idea liberal de su tiempo.

MICROCULTURA

1182. — Su biblioteca está incompleta si en ella falta la hermosa obra del profesor Jorge Hess: «¿Sabe usted Esperanto?» (Curso práctico de la lengua internacional, Liga Argentina de Esperanto, Castelli 265, Buenos Aires, Argentina).

1183. — Se llama «hemiatrofia» a la atrofia de la mitad de una región del alfabeto para ciegos.

1185. — La «epifilia» es cierta enfermedad de las plantas, de carácter epidémico.

1186. — Se acentúan todas las palabras agudas que terminan en vocal (café) o en consonantes «n» (camión) y «s» (Andrés).

1187. — Júpiter tarda 11 años y 86 días en su movimiento de traslación alrededor del Sol.

1188. — La «hemorraja» es un flujo de sangre muy abundante.

1189. — Se acentúan todas las palabras llanas que terminan en consonante, excepto «n» y «s» o en vocal: mármol, azúcar, etc.

1191. — Se dice que una voz es «estentórea» cuando es extraordinariamente fuerte o retumbante, pudiendo oírse a bastante distancia.

1192. — Se ha inventado un excelente motor a gas que refrigerará las casas de las zonas tórridas en los próximos veranos.

1193. — En Rodhesia y Nyasa (Africa central) hubo en marzo de 1959 grandes masacres de nativos negros efectuadas por los bárbaros colonialistas británicos.

1194. — En el hospital Peter Bent Brigham de Boston, se han hecho hasta la fecha siete operaciones felices de trasplantes de riñones.

1195. — Todas las palabras esdrújulas se acentúan: sábado, único, relámpago, etc.

1196. — La más potente estación astrofísica del hemisferio austral fue instalada (1959) en los Andes chilenos.

1197. — El 14 de marzo de 1648 falleció en Soria el poeta Gabriel Téllez (Tirso de Molina), el famoso autor de «El Burlador de Sevilla».

1198. — En 1868 nació en Nizhni Novgorov, el gran escritor ruso Alejo Maximovitch Pechkov (Máximo Gorki), autor de numerosas obras universales.

1199. — La palabra «estentórea» viene del nombre de un heraldo griego en el sitio de Troya, llamado Esténtor, cuya voz era tan fuerte que era utilizado para transmitir mensajes a cierta distancia.

2000. — En 1877 murió en Southhamton, Inglaterra, Juan Manuel de Rosas, execrable tirano argentino que tiranizó a su país bajo un baño de sangre y pretendió erigirse en amo de los países del Río de la Plata.

FIN

SUNO

El jesuíta y Pérez Galdós

FUE Pérez Galdós el literato español que con mayor brío atacó lo que hoy prevalece en España. Si no me equivoco, y me parece que no, llegóse incluso a « sabotear » la producción galdosiana, obedeciendo a una consigna jesuitica. Don Benito Pérez Galdós era estas dos cosas: anticlerical y ateo. Sentimiento exterior e interior, partes de un todo antireligioso. Ahí están sus obras, sus imperecederas obras — historia, novela y teatro — fiel reflejo de una conciencia libre. Prodújose contra el beaterio mojigato (« Doña Perfecta »), contra la cerril intransigencia (« Casandra »), contra los estupefacientes del espíritu (« Electra »). Galdós combatió la religión como vicio: el que en esta esfera puede mantenerlo consume haschisch, el que nó toma rapé. La religión tiene iglesias y el opio fumaderos.

Siendo los jesuitas la nata y flor de las órdenes religiosas, A.M.D.G., la Congregación de San Luis Gonzaga necesariamente había de apoyarse en los señoritos. El jesuita no es el pobre, el misero fraile piojoso, ni el orondo mesocrático que por abogada tiene la Sopa Boba, ni el que a la pelota y al barrón compete con los mozos seglares: el fraile casi civil, despreciador de los frailes y a su vez despreciado por ellos. Se llama lo suyo Compañía de Jesús porque Jesús rinde más provecho que Judas: lo de Compañía es un acierto.

El jesuitismo es un peritaje que se adquiere en Loyola (Guipúzcoa), patria chica de Iñigo. Estuvo en Roma, y lo mismo que el navarro Javier, su ayudante. El proyecto de esta negra milicia fraguóse en Monte Cassino, hoy una escombrera. «A decir verdad — escribe Voltaire —, el fundador de los jesuitas no fue recibido con tanta complacencia como lo fue San Benito cuando llegó a Montecassino y San Martín le cedió el sitio que ocupaba y se retiró a Mont Marisque.» Aunque trazó las líneas generales de la institución y dejó dicho que cada miembro de la misma fuese como

un cadáver en manos de sus superiores, los Padres han rebasado a San Ignacio, al rudo San Ignacio, patrón de los pesos pesados. El jesuita tiene algo de la boa — símbolo del saber y de la prudencia — alta jerarquía de los reptiles. La sonrisa jesuitica corresponde al ocultismo, cosa tan hermética e ignorada como la fórmula del «chartreuse», de otros reverendos.

Los « luises » son aprendices de jesuita, aunque no hayan de ordenarse, por más que no tomen el ceñidor, sin necesidad de tocarse con el bonete hacia la nuca. Pulgares de escultor tiene los Padres, especializados en la modelación de señoritos. Mucho barniz, mucha goma laca. En las aulas, cartagineses unos y romanos otros: brigadieres, cuestores de pobres, ediles de juego... Juventud áptera (de cortarles las alas se encargan ellos), como en las páginas de « Sebastián Roch » se manifiesta. Sin embargo, no todo es amputar a cerén: el señorito colegial necesita de sus atributos para dejar preñada a la criada.

San Luis Gonzaga, patrón de los jesuitas, nació en Castiglione (Italia) y murió a los veintitrés años, hecha renuncia de su título de marqués. Reinando Carlos III fueron expulsados de España.

Bravamente luchó contra la reacción el autor de « Fortunata y Jacinta ». El ateísmo y el anticlericalismo galdosianos dieron mucho juego allá por el novecientos. Removió la conciencia antirreligiosa con el estreno de « Electra ». Dos tipos contrapuestos, el odioso Pantoja, encarnación del jesuitismo, y el simpático Máximo, de cara a la luz y a la libertad. La obra se hizo en todos los teatros de España, y después de cada acto el público pedía a grito vivo la Marsellesa, el Trágala y el Himno de Riego. Incidentes graves produjéronse entonces. Era el despertar de la conciencia anticlerical y atea. Y Galdós el portaestandarte de esta conciencia y la cabeza visible de este movimiento.

PUYOL



Parábolas de Han Ryner

NO ME ESCUCHES SI PUEDES, ESCUCHATE

«Desgraciado, que buscas siempre fuera de ti la causa de tu verdad.»

DEMASIADO sé por qué te batías. Los tres últimos años, y quizás por más tiempo aún, tú te batías únicamente por fuerza, porque a ello estabas obligado materialmente. Lo sé, porque me lo dijiste. Y aunque no me lo hubieras dicho, también lo sabría. Los periodistas, los cancilleres y los ministros, los presidentes, los zares y los kaisers, los « intelectuales » bien disciplinados y los generales, todos los que no se baten o se baten con tu cuerpo y no con el suyo, te explicaron, gentil y elocuentemente, por qué tú te batías. Durante los primeros meses, repetías con la más ingenua y lamentable convicción, las idioteces que te decían, esos comediantes, con un acento sabiamente convencido.

Muchos defectos tienes tú, hermano, y tu sufrimiento no debe hacérmelos olvidar, verdaderas causas de tu sufrimiento, que están en ti. Claro, tu sufrimiento es injusto, haces bien en quejarte, cuando nos damos cuenta de quiénes son los que exteriormente te imponen ese sufrimiento. Pero, si no los hubiera escuchado... Si hubieras ensayado de escucharte a tí mismo... Recuerdo que llorabas al despedirte abrazando a tu mujer y a tus hijos. ¿Por qué, entonces, una hora después, cantabas en el tren con toda tu voz? ¿Acaso no era para no arriesgarte a oírte? ¿Por qué escribías en el vagón, en un idioma que yo ignoro: «Tren directo para París»; en un idioma que yo conozco: «Tren directo para Berlín»? ¿Qué es lo que tú querías hacer, tú de quien ignoro la lengua, en nuestro París? ¿Qué querías hacer tú, de quien conozco el idioma, en su Berlín?... ¿Por qué repetías esas grandes palabras que son nobles cuando salen del corazón, que son infames cuando los periodistas y los gobernantes te las dicen por cálculo, que ensordecen y enloquecen cuando, en lugar de decir las como surge un manantial, se las repite?

¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué?

Al lado del crimen de no respetar a todos los hombres, has cometido el crimen de honrar particularmente a ciertos hombres por otras razones que no vienen ni de tu humanidad, ni de tu corazón, ni de tu razón. ¿Qué es lo que digo? Ha sido tu tontería la que ha escogido para envolver con tu admiración, con tu veneración y, ¡por desgracia!, con tu obediencia, los menos hombres entre los hombres, ésos en que la función ha devorado toda humanidad. ¿Y a ésos llamas tú hombres? Si, tal vez, cuando sufren en su carne. Si, yo arrancarí la espina hundida en el mismo dedo de un kaiser o de un zar. Pero cuando eso habla, no es nada más que un kaiser, o un zar, o un rey, o un

presidente, o un oficial: el hombre ha desaparecido en ellos.

Para ser un hombre cuando se habla, hay que ser el portavoz de una conciencia. ¿Es que pueden tener una conciencia, un periodista o un gobernante, que mendigan los fondos secretos o las grandes ganancias? ¿Es que todo el que habla de disciplina no confiesa el carecer de conciencia?

¿Has leído al mejor de los gobernantes? No, no lo has leído. Pero conoces vagamente su nombre. Se llamaba Marco Aurelio. Y decía más o menos: «Como hombre y como filósofo condeno la guerra». Añadiendo más o menos, el infeliz: «Pero siendo emperador, tengo otros deberes». Y se iba a matar a los Cuados y Marcomanos, esos «enemigos del exterior», como se te ha enseñado a decir. También mataba a los cristianos, porque no pensaban como él y porque su pensamiento le parecía temible para el Imperio, porque no eran, como se te ha enseñado a decir, los «enemigos del interior». Hombre y filósofo, tenía una conciencia. Emperador, se imponía el extraño deber de enmudecerla. A veces, empujaba su celo patriótico hasta bromear de la filosofía, es decir, de su corazón, su razón y su conciencia: «¿Qué mezquinos políticos, esos enanos que pretenden arreglar todos los asuntos, según los principios de la filosofía! Son niños a los que hay que limpiar las narices con un pañuelo». Pero a pesar del estruendo de bromas y burlas con el que envolvía a sus voces interiores, no podía enmudecerlas. Por eso era profundamente desgraciado. Terminó por resolver el problema de una manera poco elegante, dejándose morir de hambre. Sin embargo, tu padre lejano, aunque fuera cristiano, obedecía a ese Marco Aurelio, cuando contra su conciencia, éste último mandaba matar a Cuados, Marcomanos y Sarmatas. Es que tu lejano padre, aunque fuera cristiano, en vez de interrogar su propia conciencia, escuchaba a los obispos y al emperador. Es que un tal Pablo, falseando la palabra de la conciencia y el verbo de Jesús, se había atrevido a proclamar, ¡el cobarde!, que «todo poder procede de Dios». Y tu lejano padre creía en la infame palabra de dicho Pablo.

Yo no sé si hay un Dios justo y bueno. Si hay uno, por cierto, ningún poder político debe venir de él, y, como decía Jesús: es Satán el que, disfrazado con diversas máscaras, es el príncipe de este mundo. Si hay un Dios que nos habla, no es por las bocas, es interiormente, por la conciencia. Pero tú prefieres escuchar a los sacerdotes, a los pastores religiosos, a los ministros, a los generales. Crees tal vez que Jesús era dios, y a pesar de una de sus palabras que tú debieras haber oído en ti, aunque nadie la hubiese pronunciado jamás, juzgas a los árboles según su posición y no según sus frutos. Comes confiado el fruto que te parece

venir de lo alto. Fruto que siempre está envenenado.

Esa mentira que permite a un hombre el atribuirse el derecho de mandar cuando tú has pasado la edad infantil de obedecer. ¿Crees tú que acaso pueda sostenerse si no es por innumerables mentiras? Obedecer, puesto que es olvidar el escuchar a tu propia conciencia, representa siempre un crimen. Crimen que te aplasta y que, sin cesar, cometes a través de los siglos.

¡Tú te has batido! ¡Tú te has matado, desgraciado!, porque obedecías. Por que durante todos los periodos pacifistas y al comienzo de cada guerra, te crees en el deber de obedecer. Cuando los horrores y los sufrimientos de una guerra que se prolonga, te hacen dudar de ese absurdo deber, te sientes encajado en la necesidad material de obedecer. Pero, ¿la trampa en que has caído y de la que no puede salir, ¿quién si no tú, la ha construido?

¿Es qué acaso comienzas, en un dolor interminable, a forjarte una conciencia propia?

No lo creo.

Ahora maldices la guerra. Pero la maldices, porque sufres sus consecuencias, no porque te ha arrastrado haciendo sufrir a tus hermanos. ¡Va!, aún no puedo amarte más que con piedad.

Desde hace un tiempo tú ya no crees en ninguna de las razones para batirte, que al principio siempre repetías. No obstante, hasta el fin, has continuado batiéndote.

Te quejas por el modo en que te han mutilado tus jefes, te han martirizado y te han saqueado. Pero tu servidumbre, por tanto tiempo, fue voluntaria...

Aun ahora, tú aún no te has liberado, ni siquiera en tu corazón. ¿Lo estarás alguna vez, tú, el hombre vulgar, el hombre de la muchedumbre?

Deja que de tí me aparte. Nada puede mi piedad por tí. Te hablo porque te amo. Pero sé cuán

inútil es hablarte a veces, y del peligro de hablarte. Si, por desgracia, mi voz te agradara, me escucharías como has escuchado a otros, en vez de comprender que lo que mi amor quiere de tí es que te escuches. Las cosas buenas que yo te digo podrían hacerte cumplir viles gestos. Porque te digo cuán odiosos e indignos de ser escuchados son tus jefes, si tú me escucharas demasiado, tú que eres incapaz de oírme con el corazón profundo, tal vez golpearías a tus jefes. Por consiguiente, si supieras escucharte, tu conciencia, luego de los inciertos balbuceos del niño que poco a poco se libera, te diría, frente a los que no serían tus jefes como frente a los que se llaman tus enemigos: « ¡ No matarás ! »

Si debes seguir siendo incapaz de escucharte a tí mismo, escucha a no importa quién. Pero no me escuches a mí. Que tus locuras sean hijas de otras locuras, no de mi sabiduría. Me agradaría más que, por culpa de otros, sigas siendo un esclavo y hasta un guerrero, en vez de, por mi culpa, te volvieras un hombre violento.

Sólo puedo en este caso callarme ante tí y llorar por tí, pobre ciego cuyos ojos no se abrirán nunca, desgraciado que buscas siempre fuera de tí la causa de tu mal, que crees siempre que tu mal puede arreglarse por gestos dirigidos hacia el exterior. Debo callarme ante tí y llorar por tí, violento incurable.

No me escuches. Si comprendieras la mitad de lo que te digo, la locura violenta te vendría de nuevo. Tus golpes solamente cambiarían de dirección. Esta vez, creyendo saber por qué te bates, golpearías aún más fuerte. No me escuches. Porque yo soy enemigo de todas las tiranías y de la violencia organizada, tú te volverías sin duda el amigo de la violencia caótica y tú serías aún un civil más violento que el mismo soldado que antes eras.

Selección de W. MUNOZ



CHISPAS

CREO que a pesar de todo es un buen servicio. De vez en cuando nos hace una «mala pasada», pero no se repite mucho, de manera que se puede soportar y aún es digno de elogio, por el bien supremo que nos hace cuando nos entrega noticias directas de los seres que estimamos de todo corazón.

CROQUIS DE RELGIS

Por fin, luego de 15 largos años de estadia en su refugio de Montevideo, Eugen Relgis, el «jornalero de las ideas» — junto con su compañera — ha podido viajar con rumbo a su «querida y vieja» Europa. Nos satisface la noticia, porque, sin duda, este viaje le proporcionará material objetivo para entregarnos a su regreso, un nuevo libro de impresiones viajeras. Es lo menos que puede esperarse de quien, en poco más de diez años, ha publicado en América, una treintena de volúmenes amenos, profundos vibrantes y pacificadores, en el verdadero sentido de la palabra.

¿OMNIPOTENCIA?

Es una verdadera aberración que después de las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki, aparte los 50 megatones del kamarada Krushev, el «santo padre» de Roma, continúe bendiciendo y proclamando como necesario, el aniversario del «nacimiento del cordero de Belén».

AMOR Y LIBERTAD MUY ESPECIALES

El «amor» vaticanista es lo más cínico y notablemente conocido; tan sólo se compara con la «libertad» ofrecida en la punta de las bayonetas estatales.

NO HAY PROGRESO EN LA MALDAD

Los trabajadores y las mayorías, aterrorizadas y dominadas por todos los vicios propagados en las radios, la literatura ofi-

cial, el cine, etc., siguen tras del carro del Estado y del Capitalismo, al parecer satisfechos de su esclavitud sin nombre. Han pasado ya el Rubicón que divide nuestro mundo del de la antigua Roma imperial, y, de seguir así, retrocederemos más aún.

LA CULPA

Quien tiene la conciencia tranquila y hace todo lo posible por evitar el caos colectivo, no tiene porqué sufrir culpas ajenas.

Y EL REMEDIO

El éxito obtenido por el XI Congreso de la A.I.T., demuestra que no todo está perdido, no obstante el empeño que algunos po-

nen en darla por fenecida, especialmente los líderes y liderillos del sindicalismo legalista. De nuestro tesón depende que la gloriosa A.I.T., continúe consecuente con los principios y finalidades que le dieron vida e historial.

..

Algunos desearían poder copiar las tácticas peculiares a toda secta política o religiosa: Predicar y no dar trigo, decir una cosa y hacer otra completamente distinta.

Hay que demostrar el movimiento andando y las ideas con los hechos. Lo contrario no vale y es jugar sucio.

COSMOS

La riqueza

¡Oh, riqueza! Tú no dices más verdad que la mentira; porque tú también eres aquella por quien claudica el juicio, la ley enmudece, la sabiduría es hollada, la prudencia encerrada y la verdad envilecida; unas veces te haces compañera de embusteros e ignorantes, otras favoreces con el brazo de la suerte la demencia, cuando enciendes y cautivas los ánimos a los placeres, cuando administras a la violencia, cuando resistes a la justicia; y, después de todo, a quien te posee no menos le ocasionas fastidio que alegría, fealdad que belleza, deformidad que ornamento; y no eres aquella que concluye con el fastidio y la miseria, sino que los cambias en otra especie, de modo, que en la apariencia eres buena, pero, en realidad eres muy malvada; en apariencia eres estimable, pero de cierto eres vil; al parecer eres útil, pero en efecto eres pernicioso atendiendo a que cuando por tu magisterio has investido de ti... a algún perverso —pues de ordinario siempre te veo en casa de los malvados, y rara vez entre los hombres de bien— has excluido la verdad de las ciudades, arrojándola a los desiertos, has roto las piernas a la prudencia, has hecho avergonzarse a la sabiduría, has cerrado la boca a la ley, no has hecho tener valor al juicio: todo, todo lo has envilecido.

GIORDANO BRUNO

Termonucleación rústica

LAS Revoluciones son como el Sol, novio siempre joven de la Naturaleza a la beneficencia de cuyos rayos fecundos, ni charcas ni estercoleros escapan. Aun vendidas y acogotadas por la cien veces negra reacción de hisopos y de charrascos, las Revoluciones legislan soberanamente aun para los que repudian su amor; y son la brújula conductora de la Humanidad navegante. Ejemplo: nuestro 19 de julio de 1936. Trazó esta fecha gloriosa una ruta redentriz del jornalero desheredado; a quien se le impidió a machete seguirla, por los resistentes tradicionales al progreso de la Especie, que son una barredora al vacío de la pública vergüenza. Y ahora, hasta el capitalismo agrario (terratiente y arvidetentadores) ven su sola salvación en nuestras ideas y en nuestras fórmulas. ¿Qué es, en efecto, lo que el Estado propugna hoy, para que los hambrientos, con las tripas ya en los zapatos, no se lo coman a él y a sus instituciones malélicas? Pues la concentración parcelaria. O sea: la abolición del parvifundio y la recogida de velas en el fraccionamiento de la fincabilidad. Implícitamente, la anulación de la propiedad privada — sobre todo de sentido común — de la tierra. La microdivisión, la lotificación y la trituración del latifundio han fracasado, como el latifundio mismo. El propietario minúsculo — con las excepciones de rigor — casi es tan miserable, ratero y retrocesivo como el mayúsculo. Engancha al arado, en yunta con un mulo, a su mujer. No deja fumar e ir al café los domingos a jugar una partida de «belote» a sus hijos. Se explota sanguinariamente a sí propio. Trabaja como una bestia, con sus pequeños, de sol a sol. No come por ahorrar unos ochavos invaleros, con que se paga fusiles, aviones de propulsarle a chorro a la desesperación y otras armas asesinas. Le estorba lo negro y no conoce alfa de otras betas, que las de sus huaraches. Y en cuanto tiene dos vacas y un corral con cuatro pollos tísicos, va a misa a arrodillarse ante un fantoche, y vota a la conserva de entrañas enlatadas. La producción minifundista es, por un vagón de razones, insatisfactoria: pone en reverse el « jeep », en que dando tumbos viajamos; pisa el pedal del freno de ese armatoste, en vez del acelerador. Requiere tan mezquina técnica, esfuerzo impropio y jadeo inaudito. Agota el suelo, no remineralizándolo. Se deshumaniza, por paradoja, al deshumanizarse. Los rendimientos son habas contadas, por exiguos, para el rentero. El magnifundio, por su parte, es

tá históricamente sentenciado y condenado a sede-electricación por su incivilidad verga y su brutal avorazamiento, por espoliador y hambreador de espaldas mojadas y de braceros decaídos, a quienes ni el famoso Punto IV salva. Dicho garrote patibular somete a régimen concentracionario el terruño, pero en beneficio sólo de un magnate, que es un Gran Turco, con su harem y todo, y que piensa menos que el cubo de un carro. Enriquecerá a un multiteniente, a una empresa, a un trust; pero al grueso de los nacidos nos relega a una inopia gusarapa y un arrastre de gusanos. El sistema de las chacras argentinas y de las « fazendas » del Brasil, abrasa también cuanto alcanza; y, por eso, lo proscribiste hasta la media onza de seso de un ratón. Lo desecha la sensatez agrícola, con ingenieros, peritos, caporales, manijeros y toda la pesca. No son, pues, tres o

.....
 por Angel Samblancat

cuatro elefantiasis de rancho en cada pueblo, lo que se necesita, sino una sola hacienda en él; una gran granja avícola, ganadera y lechera única, una cabaña pastora de común pro y nada más. Pero, el ómnium o todo de que hablamos, ha de ser propiedad indivisa y nuda de la población laborante entera. Ha de estar cultivando colectivamente, y no a golpe de guitarra y de bota, por cierto. No lo han de administrar campesinos nylon, que no distinguen un camote o un zapote de una chirimoya, y que van con sombrilla a la torre, para que no los moleste el calor. Ha de disfrutar, en fin, de la expresada parafernalia el laborariado vecinal de cada municipio, federado y confederado con sus similares, para utilidad mutua. Toda otra suerte de concentración de parcelas es monopolística; es señorial, latipredial y feudal; criminal, por tanto. Nos vuelve a la propiedad romana hasta el abuso y gótica o del derecho de pernada y de pernalada; al huerto de los frailes, que engorda priores y anemia legos y laicos; al cortijo de los toreros, especialmente de toda obligación y sanción; a la dehesa andaluza, para repasto de reses bravas; al vedado de caza ducal, a que van a correr juergas, con venadas y regazon de manzanilla, los señoritos y los landlores sin madre.

«... les había enseñado también por sus buenas maneras, buenas maneras, y por su repugnancia a la explotación, repugnancia, invencible, a la explotación.»

ERASE un hombre honrado, perdido en ciudad donde la honradez, como otras muchas cosas semejantes, parecía anticuada.

Artesano pulcro, dueño de una imprentita, no admitía más trabajo del que podía hacer con ayuda de un aprendiz, siempre como su hijo. En raras ocasiones, para atender urgencias de algún cliente, tomaba un oficial: partía con él, al fin de la semana, los ingresos. En perjuicio propio: porque de su parte, igual a la del oficial, tenía que pagar alquiler y contribuciones. Le era preferible esa pérdida que ser juzgado explotador. No quería llevar a su boca pedazo de pan por él no ganado.

«Honrado, sí — decían sus vecinos —, pero un poco simple. Con el aprecio en que se le tiene, ganaría cuanto dinero quisiera. El trabajo llovería sobre su imprenta, y él, que ya va para viejo, podría descansar. Y dejar a sus hijos una situación. No piensa en ellos. Cree que saldrán adelante, como él. Por honrado perjudica a su familia. No se es buen padre, al cabo, con la honradez.

Sus hijos se hacían eco de esas habladurías y, sin desear su muerte, esperaban que muriera para entrar en posesión de la imprenta y transformarla. No iban los clientes a abandonarles. Les llevarían trabajo que ahora llevaban a otras imprentas cuyos dueños no ignoraban qué tenían entre manos.

Les había enseñado el padre el oficio, y no trabajaban con el padre. Cosa nunca vista. Ni del trabajo de ellos, para quienes al fin habría sido el provecho, había querido aprovecharse. No le habían perdido el respeto, ni le guardaban rencor, pero le juzgaban lejos de la realidad. Y sin el afecto, desbordante, que les prodigaba, acaso se habrían separado para siempre de él.

Todos los aprendices que habían desfilado por la imprenta guardaban recuerdo delicioso del aprendizaje. Sin las diferencias, notables, de edad, habría cuajado el propósito de uno de ellos, que nunca dejó de visitar a su maestro, para él venerable: quiso formar una sociedad de antiguos aprendices del impresor, seguro de que todos, como él, serían hombres un poco diferentes de los demás, gracias a la influencia de maestro con tan pocos comparable. No se había contentado éste con ponerles en las manos un oficio: les había enseñado también, por su buenas maneras, buenas maneras, y por su repugnancia a la explotación, repugnancia, invencible, a la explotación.

La política vino a sacar al hombre honrado de su vida apacible. Un partido popular, enemigo del régimen imperante, había logrado, por el juego tan pocas veces limpio de la política, la mayoría en el municipio de la ciudad. Y entrados los nuevos concejales en el municipio como dueños, habían hecho mangas y capirotos de bienes públicos y privados. Ni uno de ellos había dejado de meter en su bolsillo cuanto le vino al alcance. Nadie dudaba

Nuevas versiones

por Denis

EL

que siempre había sido así. Pero nunca lo fue con tanto escándalo. No se hablaba, dondequiera, sino de los cambios de fortuna, visible, de los concejales des partido popular.

Era imposible que este partido, al llegar nuevas elecciones, pretendiera la reelección de sus miembros: ni aun desterrando de sus listas de candidatos a los concejales salientes. Ideó una estratagema —precursor de partido, también popular, todavía por nacer— para seguir disfrutando lo ya disfrutado: buscar por toda la ciudad hombres de moral irreprochable, y enfrentarlos con los del partido, defensor del régimen existente, ante el que su derrota era segura. Aquellos hombres, indudablemente, serían manejables. Sólo se trataba de que nadie advirtiera quién los oponía a los satisfechos con el régimen.

No lo advirtieron, naturalmente, y con eso bastaba, la mayor parte de los votantes. Pocos vieron, aunque los satisfechos con el régimen no dejaron de decirlo, quién había tras la candidatura de los hombres honrados, que así se la llamó. En aquella ocasión, para la mayoría de los votantes, los satisfechos con el régimen pasaron por calumniadores.

Fue tarea difícil, aunque la ciudad no era pequeña, encontrar hombres suficientes, de moral acrisolada, para llenar la candidatura. Se llenó, tras penosísimo esfuerzo, y su triunfo fue total. El partido defensor del régimen existente quedó una vez más en minoría. Sin saber qué hacían, los vo-

LA RELIGION

— el amor a la ética ideal y el deseo de realizar este ideal en la vida.

HUXLEY.

..

— el comercio de la Tierra con el Cielo.

R. COLLARD.

..

— el conjunto de las ilusiones y de las creencias que el hombre se ha formado a propósito de lo sobrenatural.

FUERBACH.

..

— lo que el hombre cree y tiene en el corazón y reconoce por cierto en sus relaciones esenciales con el universo misterioso.

CARLYLE.

..

— el movimiento poderoso que dirige las emociones y los deseos hacia un objeto ideal cuya

CONCEJAL

tantes daban fe de un estado de ánimo que prueba salud espiritual. Nunca fue ésta más baja que cuando el régimen existente, cualquiera que sea, es aceptado. Aunque su no aceptación, por el voto, sea insignificante, revela que la madera para construir cosa distinta está ahí. Aunque se construya con ella la misma cosa, o cosa peor.

A la cabeza de la candidatura de hombres honrados figuraba el impresor. Nadie habría podido disputarle aquel puesto, ni en una farsa, como la de que se trataba. No era él el farsante, ni los que con él formaban la candidatura. Se les había ido a sacar de su vida retirada, y a algunos, entre los que se contaba él mismo, ni habían sido consultados. Y todas sus protestas, cuando se vieron lanzados a la curiosidad pública, fueron vanas. Hacía falta una administración honesta de los bienes del municipio. Si las personas honestas se negaban a ir a él, ¿cómo había de ser honesta aquella administración?

Concejal ya, el impresor empezó a recibir visitas sospechosas. Ni sabía, ni quería saber de qué sus visitantes le hablaban. Haría, en el municipio, lo que juzgara honesto. Y cuando le asaltaran dudas sobre si una cosa era o no honesta, consultaría a sus compañeros, hombres honrados como él, a nadie más. Tal vez se habían equivocado los patrocinadores ocultos de la candidatura. Tal vez los hombres honrados no eran tan manejables como habían supuesto. No querían creerlo. Esperaban, es-

ES . . .

excelencia suprema y la justa superioridad sobre los demás objetos egoistas del deseo se reconocen,

MILL.

— el respeto de la humanidad idealizada y adorada por sí misma bajo el nombre de Dios.

PROUDHON.

— la protesta del alma humana contra las injusticias del mundo.

NEGRI.

— el sostén de todo lo que sufre contra todo lo que domina sobre la tierra.

P. LEROUX.

— el opio del pueblo.

LENIN.

peraban. El tiempo traería lo por ellos descontado.

El primer día que el nuevo municipio se reunió, tuvo que discutir innumerables asuntos, dejados pendientes por el anterior. Entre otros, una concesión, pedida por sociedad de altos vuelos, para reformar la ciudad. Todo estaba mal en la ciudad. Todo estaría después bien. Se harían plazas, y paseos; se levantarían jardines, y se levantarían monumentos; se derribarían barrios insalubres, y se construirían edificios majestuosos. Los turistas acudirían más tarde, en muchedumbre, a contemplar la ciudad de tal modo transformada. ¿Cómo rechazar petición tan razonable? La había discutido, durante sesiones y sesiones, el municipio saliente. Defendida por los concejales de súbito enriquecidos, éstos no habían logrado, por quedarse solos a la hora de votar, ponerla a votación. Los hombres honrados no tuvieron palabras para defender lo que tan razonable les parecía. Se contentaron con votarlo. Sorpresa, ya tarde, para la minoría, que se habría retirado de la votación, como en el municipio anterior, si hubiera sospechado el resultado. Quería, sin duda, que lo conseguido fuera a parar a otras manos. a alguna otra sociedad de altos vuelos, menos apresurada que la protegida por el partido popular, o protectora del partido popular, o protegida y protectora al mismo tiempo.

Vuelto el impresor, la concesión ya votada, a su despacho de concejal, encontró sobre la mesa un sobre cerrado, dirigido a él. Lo abrió. Ni una palabra: unos cuantos billetes, más que había tenido jamás en su poder. Enrojeció y, con los billetes en las manos, corrió al despacho de su vecino. También su vecino había encontrado, sobre la mesa, en sobre cerrado, cantidad pareja.

—Voy a devolver estos billetes ahora mismo—dijo el impresor.

—¿A quién?—le preguntó su vecino.

—A la sociedad cuya petición hemos votado. Deben proceder de ella.

—Te dirán que no es así, que no saben de qué hablas. Y si insistes, acaso te lleven a los tribunales, por calumnia.

—Los daré para cualquier suscripción de las que hay abiertas.

—Mal paso, mal paso. No faltará quien diga, con apariencia de razón, que apenas entrado en el municipio, ya tienes dinero para dar.

—¿Qué hacer, pues quedarme este dinero?

—Tal vez no haya otra solución. Tal vez tengamos, contra nuestra voluntad, que quedárnoslo.

—¡Imposible, imposible! No me atrevería a dar un paso por la calle con él.

Entró en este momento en el despacho, para felicitarle por su voto, uno de los concejales salientes. Le explicó el impresor, indignado, lo de los billetes, esgrimiéndolos como un arma.

Rió el concejal saliente, y comentó:

—Son unos ladrones. ¡Cómo se aprovechan de vuestra inocencia!

Y tras un corto silencio, no interrumpido ni por el impresor, tal era su sorpresa, terminó:

—A mi, me habrían tenido que dejar, por lo menos, la mitad más.

LA VERDAD

La verdad está por encima de su propio nombre: no se vende a quien la adula, sino a quien la vive; esquiva con matemática precisión todo movimiento humano que no la define en el gesto, en la actitud, como ley inmutable, propicia al hombre que la ajusta a sus pasos.

La verdad se nos escapa, enemistada, cuando tratamos de insinuarle que patrocine nuestros errores. Si, lejos de ella, nos postramos ante la forma que le damos a su nombre, en imágenes de barro o en teorías religiosas, no hacemos otra cosa que justificar vanamente, con su ausencia, nuestro error. Entonces ronda la confusión en torno nuestro.

En un acto de Verdad hay siempre un sacrificio personal. La adoración del sacrificio ajeno, aunque sea el de la cruz, es una ponzoñosa mentira propicia a las religiones.

La eternidad de la Verdad se especifica en calidad más que en el tiempo; pero el tiempo le da, con su augusta medida, la razón de su fruto.

Quien diga que ama a la Verdad, que se muestre en combate contra sus propios intereses.

La Verdad es liberal. Y el liberalismo puro se cifra en la perfecta sumisión a las leyes gratuitas de esa Verdad, como Vida que me persuade liberalmente a un esfuerzo permanente de amor por ti.

El Hombre no puede conocer su vocación real si no conoce sus recursos innatos. Quien ignorando

la Verdad tiene un poco sus dones naturales para desadollarlos libremente, se refugia oscura y vanamente en un medio vocacional extraño. De ahí nac la inadaptación y de ésta la insatisfacción de la vida.

Cuando mercenariamente, que lo es siempre, la Iglesia y el Estado se unen, destruyen la Verdad que representan: lo que queda, con fastuosa apariencia, no es más que la maquinaria que destruirá también las humanas y legítimas posibilidades de vida de todo un pueblo.

Di la Verdad y ponte a temblar.

La verdad con dinero, mal agüero.

Nútrete del bien, y verás a la Verdad creciendo contigo.

Mil años que hubieras estado amparado en la Verdad, no te valdrían para justificar el mínimo acto de egoísmo.

¡Y la Verdad nos acepta amorosamente, sea cual sea nuestra natural condición humana, si en verdad optamos por vivirla!

Pasé la noche en el desierto, solo... Al alba, vino la Verdad, toda de blanco y, pareciéndome un hermoso caballo sin jinete, le tendí el brazo, se detuvo y me permitió montarla. Y ahora cabalgo por delicados pastos, junto a arroyos de agua cristalina.

por ABARRATEGUI



Derechos del Hombre, Derechos del Niño, Estatuto de los refugiados, Constituciones, Garantías, Carta de las Naciones Unidas, Leyes de protección, Mandamientos, etc. etc.
Hay que ver lo feliz que sería la vida... si el ser humano fuese tan bueno como los papeles.

La calumnia vencida

EL tan conocido lema de los canallas y los desvergonzados : « Calumnia, calumnia, que algo queda », acaba de recibir un rudo golpe. En efecto: desde hacía largo tiempo, ciertos elementos perturbadores al servicio de intereses bastardos y clericales, venían predicando en todas las tribunas orales y escritas de México que Ricardo Flores Magón, no solamente no había sido el alma de la revolución de 1910 — como los conocedores a fondo de la vida y la obra de este gran revolucionario anarquista lo demostraban — sino que, por el contrario, según ellos, fue un «vendido al oro yanqui». ¿Habráse visto calumnia mayor y más injustamente cimentada?

A tal grado llegó la calumnia que ciertos círculos de historiadores sinceros y de escritores e incluso actores de la revolución, decidieron la celebración de un Congreso que, con documentos a la vista, dejase definitivamente aclarado el alto mérito que a Flores Magón le corresponde en la historia del país que le vio nacer. Dicho Congreso de Historia se llevó a efecto el 20 de noviembre y siguientes, del pasado año, en el Salón de Historia del Castillo de Chapultepec, en el que se enjuiciaron con toda amplitud y profundidad, las actividades del Partido Liberal Mexicano en la península de Baja California, cuyos hechos se ponían en tela de juicio, por los aludidos reaccionarios, precisamente por la intervención activa y decidida que en ellos tuvo nuestro inolvidable compañero. Numerosos historiadores y no historiadores, delegaciones obreras y toda clase de personas interesadas en el esclarecimiento de este importantísimo episodio revolucionario, se dieron cita en el Congreso, que fue todo un éxito, y un acontecimiento de primera línea cultural.

Los perturbadores que, por intermedio de «dos figuras de renombre», también hicieron acto de presencia en el Congreso, no pudieron aportar ningún documento probatorio de las inmensas calumnias que se han venido propolando, y que aún se atrevieron a defender frente a los estudiosos y entendidos que les pusieron los puntos sobre las íes, con infinidad de documentos que dejaron muy mal varados a los sicofantes, los cuales se retiraron de la Sala de Sesiones, como el gallo de Morón, sin pluma y cacareando. Todo era un bluff palabrero, una mentira odiosa que sólo contaba, para hacerse valedera, con el aire putrefacto de los malos intereses confabulados para hacerla circular a los cuatro vientos, intentando matar, en muerte, al mismo que la reacción asesinó en vida, en una mazmorra, por haberse enfrentado, con entusiasmo y sinceridad, contra los enemigos de la causa de los parias de México y del mundo.

Fue tal el desagrado que las personalidades li-

berales e intelectualmente honestas recibieron ante tamañas difamaciones, que en el Congreso se hizo innecesaria la intervención de nuestros compañeros en defensa de Ricardo, algunos de los cuales como Efrén Castrejón, vivieron intensamente la revolución mexicana. Su lugar le fue cedido a un joven estudiante que no tenía turno y que demostró amplios conocimientos sobre el histórico caso, patentizando la tradicional faceta ética que en vida distinguió al mártir. Cabe destacar, entre los que no tuvieron la oportunidad de intervenir — y cuyo testimonio, dada su personal valía, por sí solo habría sido suficiente para acallar la voz de los calumniadores — a la señora Turner, en su tiempo fiel colaboradora de Ricardo, a E. Blanquel, joven historiador de muchos vuelos que habría expuesto la doctrina social del discutido anarquista, a Cué Cánovas, historiador renombrado, y a otros muchos.

Asistieron e intervinieron también, en defensa de Ricardo, varios historiadores venidos de exproceso desde los EE. UU., quienes fueron portadores de una copiosa, precisa y valiosa documentación.

El Congreso acordó publicar una memoria del evento, más la decisión de la Comisión Nacional de Historia, documentos que aparecerán en breve, con la más firme y duradera rehabilitación de tan excelsa figura revolucionaria. Tal es así que los difamadores callan, luego de haber hecho mutis por el foro.

Por su parte, el periódico «Regeneración», que dirige nuestro compañero E. Castrejón, y que fue fundado por el propio Ricardo, en su número correspondiente a los meses de octubre y noviembre de 1961, publica diferentes documentos de gran interés histórico, en dos idiomas, el español y el inglés y que a más de significar un verdadero acierto y un esfuerzo por parte de los editores, tiene la virtud de la pertinencia que viene a dar mayor realce a las tareas del referido Congreso. Se publican en él sendos artículos que en su día escribieron Flores Magón y otra de las simpáticas figuras de la revolución, el anarquista Práxedes G. Guerrero, el cual merece capítulo aparte, por su carácter, entereza y valor frente a los difíciles problemas por los cuales pasó nuestro movimiento en México. Otro artículo que en ese número se publica y que debe ser destacado — por tratarse de un documento que basta para negar la inaudita infamia — es el que lleva por título: «El filibustero» Ricardo Flores, que se publica en primera página y que firma José Cota. Este documentado trabajo demuestra en forma concisa, pero no por ello menos suficiente, el criminal abuso que significa la pretensión de querer seguir dando vida a estas alturas a la peor de las calumnias lanzada por la reacción, en los primeros años del

presente siglo, contra el luchador que nos ocupa; siempre se ha denigrado, con el apelativo de bandidos, filibusteros y demás insultos soeces a los verdaderos héroes de la causa revolucionaria en todas partes. A Ricardo tampoco podía faltarle la viperina lengua que le colgase ese indecente sambenito: el «filibustero», para quien lo dio todo, hasta la vida, en defensa de los que, por haber sido vilmente robados por los acaparadores del poder y la riqueza, nada poseen. He aquí algunas palabras que pintan de cuerpo entero al luchador que fue Ricardo Flores Magón: «Las lágrimas no ablandan las cadenas. Con actitudes compungidas, con la dulce mirada vagando por el infinito, con golpes de pecho y plegarias al cielo no se desploman fortalezas ni se aplastan tiranías. La barricada es la obra de voluntades púgiles. No se rechaza al enemigo santiguándose, sino batiéndose.» No podía ser menos: estas simples frases muestran de parte de quien pudo y puede seguir siendo mantenida, injustamente y sin pruebas, la calumnia de el «filibustero», contra el vigoroso acorralado de la Baja California. El papel jugado entonces por la fuerza bruta que apoyaba Wall Street, ha cambiado de forma, pero no de contenido. La insana intención es la misma. En cierto sentido, podría hacerse un simil valedero entre el significado del siguiente pensamiento de Han Ryner, y lo que en el fondo persiguen los enemigos de la revolución, que disparan sus ponzoñosos dardos contra su principal animador: «Los sacerdotes han crucificado la doctrina de Jesús como su cuerpo; han transformado en veneno la bebida refrescante; y de las palabras falseadas del enemigo de todos los cultos exteriores, han organizado la más pomposamente vacía de todas las religiones», pues lo que realmente se persigue es continuar falseando y escarneciendo las ideas impulsoras de la gloriosa gesta de 1910.

Para terminar, transcribimos la fotocopia que se publica en el centro de la página en inglés, del citado número de «Regeneración», y que contiene un llamado, escrito de su puño y letra por Ricardo y que firman él y su hermano Enrique, junto con A. L. Figueroa y Librado Rivera, en el mo-

mento de ser detenidos por la policía. Dice así: «A todos nuestros compañeros: Quedan como representantes de la Junta y de «Regeneración», los compañeros Rafael Romero Palacios, Blas Lara y Francisca J. Mendoza. Esperamos que todos nuestros compañeros, hombres y mujeres, ayudarán con todas sus energías a nuestros representantes, cuidando de que la agitación no muera. Nosotros vamos tranquilos al presidio en la confianza de que todos y cada uno de nuestros amigos y amigas no desmayarán: ¡Adelante! Sed todos hermanos. A. de P. Araujo es el secretario de la Junta. Tierra y Libertad, Lol Angeles, Cal., junio 24 de 1912.»



Flores Magón moriría poco después de escrita la anterior proclama, en las garras de los esbirros estadounidenses que favorecían la contrarrevolución mexicana. Pero lo que no pudieron matar fue su ejemplo, su obra, sus ideas. Todo ello vive y vivirá eternamente, pese a los turiferarios que intentan a cada paso tergiversar la verdad de una existencia fructificante y humanísima. Las aguas cristalinas de la revolución mexicana no podrán ser enturbiadas, por cuanto fue tan esplendorosa la gesta de los anarquistas luchadores de la Baja California que a través de los tiempos se hace más nítida y querida por las nuevas generaciones que aspiran al desarrollo de los impulsos justicieros.

Felicitemos a los compañeros agrupados alrededor de «Regeneración», por la eficaz actividad desplegada en defensa del buen nombre de su fundador y de la causa abrazada en todos los tiempos por los hombres y mujeres de buena voluntad.

COSME PAULES

Walt Whitman

EN EL LXX ANIVERSARIO DE SU MUERTE

DEJANDO a un lado esta hora de impudores publicitarios, con toda seguridad que no hemos de encontrar en toda la historia de las grandes figuras literarias una iconografía más abundante, expresiva y hermosa que en Walt Whitman. El gran poeta norteamericano sintió la necesidad de entregar su original mensaje a la Humanidad, hecho por igual de alma y cuerpo — «Yo soy el poeta del cuerpo y soy el poeta del alma» —, fundido en total expresión de hombre, dando así a los cuatro vientos no sólo sus sentimientos, sino también su física carnal envoltura, realizándose en él esa difícil fórmula de «canto así porque así soy» o «porque así soy, así canto». De esta necesidad nació sin duda esa colección de admirables retratos que nos ha legado el poeta de Long Island, tan generoso por lo que se ve para entregar su espíritu en «Leaves of grass» — su libro fundamental — como su faz, y a veces su cuerpo, en hojas de cartulina.

De su extraordinaria, armónica unidad psicofísica nos han quedado inequívocas pruebas. Por sus obras se conoce al hombre, y también por su físico, debió pensar él, que no se cansó de exponerse al parpadeo mágico del objetivo por aquellos tiempos, estrenando casi las maravillosas revelaciones de la cámara oscura. Porque Whitman se fotografiaba — y antes de que el invento de Niepce y Daguerre alcanzase su divulgación, el poeta posaba para el dibujante, el duro boj o la lámina de cobre — con la misma naturalidad con que en otros tiempos el atleta se presentaba desnudo ante los miles de visitantes de Olimpia: sin asomo de narcisismo ni de gráfico egotismo. Y es que el poeta de la «barba llena de mariposas» era un clásico nacido con muchos siglos de retraso, teniendo en su alma y en su figura — que era fiel espejo de tal alma —, y por partes iguales, la prodigiosa fuerza de su verdad. Una verdad total de hombre. Una verdad cósmica: «Yo soy Walt Whitman: un cosmos, el hijo de Manhattan.»

Cosmos, unidad psicofísica, armonía... Whitman resulta un islote de claridad dentro de un mundo todavía enclenque por la clorosis romántica. En su tiempo viene a ser un fenómeno aislado, y de ahí que sorprenda y hasta escandalice a ciertos honorables metodistas de «indecente respetabilidad», que llegan a ver en el poeta un «sátiro peligroso». Está claro que de la voluntad de perfección del griego de la XIV Olimpiada se había llegado con el romanticismo, en carrera sin freno, a la voluntad de ruina del hombre de mediados del XVIII. «Esta armazón de huesos y pellejos», que dijo nuestro Bécquer.

En labor más bien impaciente he llegado a reunir casi una veintena de retratos distintos del poeta de los «Cantos adánicos», y la colección bien pudiera ser su poética. Sí: he dicho su poética, su definición de principios estéticos y humanos. «Ver» a Whitman, aunque no se conozca de él un solo verso, es estar «leyendo» a Whitman. Por su físico está claro que la suya ha de ser una poesía a plena oxigenación, naciendo de todo: de sus propias células, de la naturaleza circundante, del vivir no ya de cada ser aislado, sino hasta de la colectividad: «Lleno de vida ahora, compacto, visible, yo de cuarenta años de edad y en el año ochenta y tres de los Estados...»

«Compacto, visible», así era su mundo poético; un mundo poético al mismo tiempo que tangible impregnado de un formidable sentido místico y religioso. Más de una vez advirtió que no se sentía únicamente poeta de la verdad, porque no rehusaba «ser también poeta de la iniquidad». Estupenda lección para grandes parcelas de la poesía de hoy, pretenciosa — presuntuosa, mejor — de verdad y sólo de verdad. Para Walt Whitman todo tenía una primigenia razón de dignidad y de belleza. Y allá donde los demás no veían esa dignidad y esa belleza las encontraba él, en alcance comunión con la creación. Permanentemente joven de alma y de cuerpo, poseyó siempre un candor infinito de niño que fuera a cada paso estreñando el mundo. «Me pongo el sombrero como me da la gana dentro y fuera de casa», dice en uno de sus poemas. Y, pos supuesto, se lo colocaba siempre a la última moda. Porque «última» equivale a después, o sea con posterioridad al canon y a lo establecido, lejos del maniquí y el atildamiento.

Fuerte, sano, instintivo y autóctono; primitivo y sólido, equilibrado y humanísimo, así era Whitman poeta y Whitman hombre. Admirable equilibrio dentro de un caos físico todavía algo más que latente. Es verdad que ese equilibrio dimanaba en gran parte de su elemental filosofía y de su recta y sana naturaleza, pero no por eso deja de ser menos admirable. «A medida que se hace el hombre más armónico, más perfecto — decía Unamuno —; esto es, más acabado: a medida que va adecuándose más y mejor al ámbito en que vive y más íntimamente comulga con él, más espejo es del alma la cara.» Teoría que parece personificarse en el candor de la democracia con una rara exactitud. Dulce y salvaje a un tiempo, como por entonces era su Long Island nativo, recia, directa, limpiísima es también su poesía. Como toda su persona: fuerte, alto, de pie curtida por el sol y el aire de los días plácidos y por las ventanas de las duras intemperies; con unas barbas y un bigote patriarcales, lleno de dignidad, y una expresión

limpia, hiriente, verdaderamente hermosa. Su cabeza y su rostro resultaban de una singular belleza. Y luego la mirada. ¿Cómo era la mirada del poeta? ¿Qué expresaba? ¿Cómo asomaba por sus ojos el alma? Creemos que difícilmente se puede encontrar un mejor símbolo de la paz, de la paz terrenal, que el rostro todo de Walt Whitman. Esa voz se refleja como en una vuelta al equilibrio entre lo humano y lo divino, sintetizado en una especie de armonía absoluta. La paz del rostro de Whitman es paz de Universo, es armonía de estrella y nube y árbol y pájaro que no desean ser otra cosa que eso: estrella, nube, árbol, pájaro... Ya hemos dicho que Whitman era un hombre feliz, plenamente conforme. Y en este mundo todas las fealdades las produce la violencia, la deformidad, el andar sacando las cosas de orden, de naturaleza. Un rostro humano es feo en el momento que empieza a dejar de ser rostro humano para comenzar a ser rostro de pez, de corneja, forma de tubérculo o de mineral. En el principio de las cosas todo fue bello. Hasta que no comenzaron las desarmonías, las contranaturas, los trasvases, los pecados, no apareció sobre la tierra la fealdad: «¡Oh, la dicha de mi alma en equilibrio consigo misma!...»

Había un cierto primitivismo en la mirada de Whitman, un reflejo de esa autonomía, de esa independencia casi bárbara que fuera normativa no sólo en su vivir, sino en sus ideas estéticas y en su filosofía.

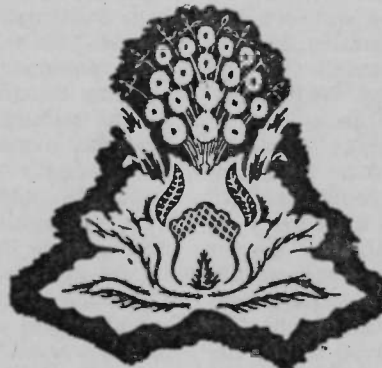
Además de por su físico, por su atuendo resultaba también de una gran originalidad e independencia. Alejado de todo atildamiento, sencillo, sobrio — en la medida que puede ser sobrio un poeta, un hombre de fantasía — y pintoresco a un tiempo; con el chasponazo bien marcado, el cuello entreabierto y la garganta libre, su manera de vestir ha pasado a ser legendaria. Para él no había etiqueta, y sólo reconocía un atuendo igual

para lo ordinario que para la más cumplida y solemne ceremonia. Su inseparable chambergo de poeta y vagabundo, el chambergo de las duras intemperies y las cordiales despedidas, ése que él presumía de ponerse como le daba la gana, resultaba inequívoco atributo de su persona. Y cuéntase que bajo el sol y en los días calurosos el poeta paseaba por el Broadway en mangas de camisa con una arrogancia tan natural que hacía olvidar a todos su irrespetuoso y antiacadémico desaliño.

Todo parece indicar que Walt Whitman se sentía cómodo en su envoltura carnal y deseaba en agradecimiento conservar y propagar su imagen. Lo que algunos han entendido narcisismo no era sino sencillo reconocimiento y gratitud. Y tal vez esto le lastrara un tanto el vuelo, ese vuelo de otros grandes poetas a las remotas zonas de lo metafísico puro. Que en este aspecto Whitman no pasó tampoco de ser un muchacho con una hermosa cometa en las manos, una cometa no demasiado por encima de los demás, aunque sí lo suficientemente elevada como para afirmar su presencia singular y su potencia; una cometa sin escapar nunca al bramante que la asía a la tierra, sin perder un solo instante las zonas de la atmósfera en donde se hace normal la respiración, sin buscar esos aires demasiado puros y sutiles en los que son precisas las oxigenaciones artificiales. Por eso la «acción» en él es tan espejo de la «ilusión» y viceversa.

Vida, obra y físico de Whitman son un prodigio de relación, dependencia y fidelidad mutuas. En él, el hombre, todo el hombre, es el estilo, resultando éste a un tiempo milagro y sencilla cotidianidad. Por eso fue la suya una vida alegre, cándida, conforme, multitudinaria, vertida en una obra trascendente y bellísima, reflejada en una iconografía sin par.

JOSE LUIS ACQUARONI



El pensamiento anarquista

(Continuación)

La negación del gobierno, que es el punto de distinción básico, en las ideologías modernas, entre anarquistas y arquistas, es, al mismo tiempo, el punto de apoyo descollante de la obra de Lao Tsé, y, al mismo tiempo, el punto donde toma inicio la bifurcación del pensamiento clásico chino, ya que Confucio ve la solución de los problemas que aquejan a la humanidad en un gobierno sabio y paternalista, en contradicción manifiesta con el Viejo Maestro (11), que reclama la ausencia de gobierno para obtener la felicidad del hombre.

Liu Wu Chi, analizando un pasaje del «Tao te Ching», hace un comentario que merece citarse. El pasaje dice así: «Gobierna un gran país de la misma manera que freirías un pescadito», y añade Liu Wu Chi: «El significado de esta criptica sentencia, bien que enigmática a primera vista, no es difícil de ser explicada. Para freír un pescadito se precisa poco tiempo y poca destreza. De la misma manera, gobernar un gran país será igualmente fácil y simple si el gobernante deja que el pueblo se las arregle por sí solo de manera que puedan vivir en paz y felices todos sin ser molestados por el gobierno. De ahí que el sabio diga: «No hago nada y el pueblo se reforma él mismo; amo la quietud y el pueblo, de por sí, se comporta con corrección no trafico en riquezas y el pueblo vive en la abundancia; no tengo ambiciones y el pueblo se manifiesta honesto y humilde» (12).

Arthur Waley cita en su *Three ways of thought in ancient China* un pasaje de Chuang Tsé, el discípulo y continuador de Lao Tsé, en el que, de nuevo, se pone de realce la nocividad que, para el Viejo Maestro, representaba el gobierno. Es un diálogo entre Ysui Chü y Lao Tsé: «Dices que no debe haber gobierno. Pero, si no hay gobierno, ¿cómo pueden perfeccionarse los hombres. —Lo último que tú debes hacer es inmiscuirte en el corazón de los hombres—dice Lao Tsé—. El corazón humano es como un resorte: si tú lo aprietas hacia abajo, cuando lo sueltas saltará más hacia arriba. Puede tener el ardor de una gran hoguera o la frigididad de un témpano de hielo...».

Su concepto de la bondad va paralelo con el que quinientos años más tarde se manifestaría en el célebre Sermón de la Montaña en Galilea: «Si tú no peleas, nadie en la tierra será capaz de pelear

(11). — Lao Tsé significaría, en español, Viejo Maestro u Oreja Grande, indistintamente.

(12). — Liu Wu Chi. — «A Short History of Confucian Philosophy». — Pág. 41. — Penguin Books. — Londres. — 1905.

contigo... Recompensa el daño con la bondad. Para los que son buenos soy bueno; para los que no son buenos también soy bueno, así todos llegan a ser buenos. Para los que son sinceros, soy sincero, y para los que no lo son, también soy sincero, así todos llegan a ser sinceros. La cosa más blanda choca con la más dura y la vence. Nada hay en el mundo más débil y más blando que el agua, y, sin embargo, para atacar las cosas que son firmes y fuertes no hay nada que pueda más que el agua. La hembra siempre vence al varón con su quietud» (13).

China, no hay duda, ha sido pródiga en lógica, abraza las teorías fisiocráticas. Hasegawa Nyoze Kan, citado por Shih Hsiang Chen (14), llegará a afirmar: «Algunos ingleses contemporáneos consideran al Estado como un mal necesario; pero los chinos comprendieron, hace más de dos mil años, como es de rigor en un país que tan abiertamente que el Estado era un mal inútil.» El propio Confucio, el Maquiavelo benigno de la China, sin principio que lo siga, tiene un toque de atención para los gobiernos despóticos cuando hace camino, con sus discípulos, hacia Lu. Hallaron una viejita llorando sobre una tumba y el maestro dijo a Lao Tsé que fuera a indagar la causa del llanto: «A mi suegro lo mató aquí un tigre, y a mi marido también, y ahora mi hijo ha sufrido la misma suerte.» Confucio preguntó el porqué de su empeño en vivir allí. «Es que no hay gobierno opresor aquí»—replicó la anciana. «Hijos míos—dijo Confucio a los suyos—, recordad esto. Un gobierno opresor es más feroz que un tigre» (15).

Desgraciadamente para Occidente, la China ha vivido tan alejada de nuestros meridianos que todo aquello que los laboriosos hijos de Han habían descubierto, inventado y perfeccionado en la cuenca del Yang Tsé y del Huang Ho, ha tenido que ser descubierto, inventado y perfeccionado por segunda vez en Europa por la falta de relaciones existentes entre ambos mundos. Lo mismo ha ocurrido con el pensamiento y su bifurcación hacia la religión y la filosofía.

(13). — Will Durant. — «La Civilización del Extremo Oriente». — Pág. 32. — Sudamericana. Buenos Aires. — 1956. — Hay un paralelismo muy sorprendente con San Mateo: «Porque si amareis a los que os aman, ¿qué recompensa tendris? ¿No hacen también los mismo los publicanos? — (San Mateo, Cap. 5, vers. 24).

(14). — Shih Hsiang Chen. — «Réflexions sur la Culture Chinoise» (L'Originalité des Cultures). — Unesco. — Pág. 47.

(15). — Will Durant. — Op. Cit. — Pág. 39.

Andan equivocados los occidentales cuando creen haber aportado al mundo el sentimiento de la solidaridad, por ejemplo, y así lo señala Paul Gille: «Es así que la moral china reposa sobre la idea de la solidaridad, de la que equivocadamente nos enorgullecemos los occidentales de haberla inventado» (16), idea que respalda Eliseo Reclus: «La solidaridad en todas las obras humanas, desde el pacífico trabajo de los campos hasta la peligrosa revuelta armada, es uno de los rasgos más notables del carácter chino» (17).

Esta ignorancia del «Chung Kuo» (18) y de la riqueza que también encierra el pensamiento de la península indostánica, donde el pacifismo alcanza su punto culminante en el jainismo y en los pasajes de los «Upanishads» y el «Bagavad Gita». Donde Gustama se anticipa a Jesús en quinientos años y Charwak a Epicuro en veinte siglos. El descubrimiento para Europa del Panchatranta, los Jatakas y las dos epopeyas literarias, el Ramayana y el Mahabarata, introducido todo ello en los años de los enciclopedistas solamente. Esta ignorancia, repito, obliga a los grandes helénicos a empezar a cero y a subir a pulso la pendiente del pensamiento que nos legaran a Occidente.

La secuencia entre el pasado y el presente se logra tan sólo a partir de los filósofos griegos, entre los que podremos realizar los primeros escauceos libertarios de origen genuinamente occidental empezando por los sofistas que conocemos a través de sus antagónicos, desgraciadamente. Del sofista Calistenes es la expresión: «Para la mayoría de las cosas, la naturaleza y la ley son opuestas entre ellas», y de Trasimaco, contemporáneo del gran Gorgias, es la afirmación que aparece en *La República* platoniana: «Los gobernantes erigen en ley aquello que les sirve. El derecho no es otra cosa que la ventaja del más potente.» El propio Sócrates se decía discípulo de Prodicus, y es sabido que éste recibía alumnos que Sócrates le enviaba. El pensamiento socrático nos llega a través de intermediarios de dudosa fidelidad, como lo son Jenofonte y Platón. La genialidad, la cultura y la inteligencia de este último no podía limitarlo a un simple transmisor del pensamiento más descollante de la gran Grecia. Es lícito pensar que si Sócrates nos hubiera llegado a través de un Aristipo o de un Epicuro, los cimientos de la filosofía occidental bien pudieran haber sido otros.

Aristipo se limitó a discutir con Sócrates y dejó que Jenofonte transcribiera los diálogos para las generaciones futuras. Por éste sabemos que Aristipo se negaba a ejercer el poder. ¿Mandar al ser humano? «¡Lejos de mí tal vanidad!» Fundador de la escuela cirenaica, abre paso a Teodoro, que se proclama ciudadano del mundo y niega la existencia de la divinidad. De aquí que se le conozca por «el

Ateo». «Sacrificarse por la patria es renunciar a la sabiduría para salvar a los dementes».

En Antifón encontramos la afirmación de la igualdad humana. En su *Acerca de la verdad*, papiro descubierto en Egipto y publicado en 1915 en «The Oxyrhincus Papyri», se explica que la desigualdad es producto convencional o institucional, como queda probado en muchas poblaciones del Peloponeso que debían cambiar de régimen en pocos momentos y según los avatares de la guerra peloponesa. El propio Platón defiende al igualdad natural y hace que un esclavo negro resuelva un problema geométrico.

Teofrasto va más lejos, ya que para él la humanidad tiene antecesores comunes, como comunes son la sustancia humana y lo fundamental de la conducta de todos los pueblos.

Aparecen los estoicos. Los griegos y después los latinos, que con un programa completo afectando la física, la lógica, la ética, la retórica, la gramática, la política y el derecho, tratan de asumir una actitud frente a la vida. Desde su fundador Zenón (336-264), el discípulo del cínico Crates, hasta Marco Aurelio (121-180 d.C.), una gama respetable de pensadores: Cleantes, Crisipo, Séneca, Epicteto, entre otros, han aportado materiales apreciables a los fundamentos libertarios, destacando la eliminación de toda coacción exterior en favor del impulso natural ético de cada ser humano como regulador suficiente de éste frente a la comunidad. «Los estoicos —dice Alfonso Reyes— son los primeros teóricos del derecho natural.» Ellos se anticipan a los cristianos en la aportación de la caridad y afirman que «es propio del hombre ser filántropo». Crisipo afirma que el esclavo es un obrero vitalicio. Su condición es patrimonial, pero no jurídica. Añade que la nobleza es un accidente histórico. «Nadie ha nacido para el provecho ajeno» (Séneca). El Derecho Romano sufre la influencia estoica en varias facetas, tales como la capacidad jurídica de la mujer y su facultad hereditaria paralela al hombre. Augusto emancipó de la tutela a las viudas con hijos, y Teodosio a todas las mujeres. Nerón llegó a dictar leyes contra la crueldad de los amos y Adriano castigó al matador de un esclavo. «Y aunque hubo recaídas, el ideal jurídico quedó establecido. En este orden, el Cristianismo continuó la línea de los estoicos. La persona humana comenzó a ser reconocida como un valor igual, sin atender a diferencias ocasionales y accesorias. Finalmente, el estoicismo intentó la protección de los niños contra la muerte que se aplicaba a los deformes, contra la mutilación para el circo, contra la venta para la prostitución, el atletismo, la mendicidad profesional» (19).

También Epicuro hace su aportación valiosa para la edificación de la filosofía anarquista. Su ética ha podido resistir los embates de los siglos y ha permitido que el joven Guyau nos ofrezca, remozada pero íntegra, en plena época moderna, la

(16). — Paul Gille. — «La Pensée Chinoise et son Rôle dans la Grande Synthèse Humaine». — Pág. 7.

(17). — Eliseo Reclus. — «L'Homme et la Terre». — Vol. III. — Pág. 80. — Librairie Universelle. — París — 1905.

(19). — Alfonso Reyes. — «La Filosofía Helenística». — Pág. 134. — Fondo de Cultura Económica. — México. — 1959.

moral de Epicúreo para el uso de las generaciones futuras (20). Epicuro se confía plenamente a la naturaleza y de ella aprende. Desconfía de los dictados de los dioses y se acerca a Budha en el principio de desestimar las riquezas: «Imposible de llevar una vida libre si se adquieren grandes riquezas, pues esta adquisición no es fácil sin volverse uno esclavo de la muchedumbre o de los monarcas; empero la vida libre posee todas las cosas en continua abundancia», «Es preciso librarse de la prisión de los negocios y de la política» (*Gnomologium Vaticanum*, textos de Epicuro). Rousseau coincide con él cuando Epicuro considera que la justicia, punto de apoyo de la sociedad, es el resultado de un convenio humano que facilita la asociación entre los hombres. En esto se opone a los estoicos y niega que haya justicia entre los salvajes y entre los animales, es decir, con anterioridad al convenio.

La síntesis epicureana, según Han Ryner, puede resumirse así: «Evitar todos los obstáculos que se oponen a la pureza, a la continuidad y a la plenitud del placer, no temer a la muerte que aniquila todo sentimiento, ni la divinidad que no se preocupa absolutamente de nosotros; despreciar el dolor, liviano cuando pueda prolongarse, breve y destructivo cuando se manifiesta fuerte; no dejar escapar las voluptuosidades pasadas, sino, por el contrario, retenerlas y alimentarlas por un recuerdo asiduo; ahogar en este vasto océano la pequeñez ridícula del presente cuando el presente, aislado, pudiera significar sufrimiento: he aquí la sabiduría, he aquí el arte sutil y delicado del epicúreo» (21).

Para Occidente, los atisbos primeros y el punto de partida de sus libertades están en Grecia. «El helenismo no es un modo de pensar exclusivo de un tipo étnico ni de un período determinado. Nunca quedó destruido aunque haya salido mutilado con la pérdida de las libertades políticas. No lo mató nadie, ni murió tampoco de muerte natural. Su filosofía palpita de Tales hasta Proclo, y luego, otra vez desde Ficino y Pico hasta Lotze y Brandley, tras un largo sueño que dista mucho de haber sido una muerte. Su religión se transmite sin interrupción verdadera a la teología y a los cultos cristianos. La Iglesia primitiva pensaba y hablaba en griego. En los días de la libertad griega, ser griego significaba ser ciudadano de determinado cantón helénico. Después de Alejandro ser griego significa poseer la cultura helénica» (22).

Era la ciudadanía militante y no dimisionaria. El ágora y la Asamblea del Pueblo (*ekklesia*), que celebraban los atenienses en la colina de la Pnyx,

tenían más importancia que las sesiones del Senado.

Decimos atisbos y punto se partida. Los helénicos estaban gestando una ética nueva y se debatían en la penumbra del prejuicio y la tradición, que pesaban fuerte, desgraciadamente, en sus leyes y costumbres. La esclavitud es considerada necesaria por Aristóteles y Platón. En el Atica había noventa mil hombres libres contra cuarenta y cinco mil metecos (habitantes sin derechos políticos) y trescientos sesenta y cinco mil esclavos. Estos mismos esclavos que, según Aristóteles, sólo desaparecerían cuando la lanzadera y el martillo trabajaran solos. Mientras tenían que subsistir.

Esta desigualdad, en aumento constante, por lo que ya tiene la visión de señalar Diodoro Sículo: «Sólo un loco podría pensar en establecer la igualdad ante la ley sin la previa igualdad de recursos», acabaría con el espíritu de la libertad ateniense. «La concentración y el aumento de la riqueza—dirá Luis Franco—trajo el desafortunado incremento de la masa esclava con el mortal desequilibrio consiguiente. Así murió, por asfixia, eso que fue la levadura, no sólo de la democracia, sino de la más noble cultura habida: la libertad griega» (23).

Independientemente al culto de la libertad de la Hélade y al papel jugado por las huestes romanas, que desplazaron el metacentro político-económico-cultural de Europa hacia Roma, convirtiéndose en el vehículo encargado de difundir el helenismo por todo el orbe, podemos observar tímidos ensayos de igualdad comunitaria que los relativamente recientes rollos descubiertos del Mar Muerto han puesto más de relieve.

En Palestina, encrucijada de culturas y civilizaciones, se desarrollaron, con anterioridad a la dominación romana, diferentes sistemas comunitarios entre los que descuella el de los esenios que Renán llega a considerar influenciados por los peregrinos budistas del lejano Indostán (24). Sin llegar hasta la afirmación rotunda, los científicos que se han volcado al estudio de los manuscritos del Mar Muerto consideran que las mayores probabilidades asocian a los esenios descritos por Filo de Alejandría, Plinio el Viejo, Eusebio y, sobre todo, Josefo con los hombres de la secta Qumran, basándose, entre otras cosas, en el puente de transición que representa el Documento Zakodita o de Damasco descubierto en el Cairo a principios de siglo y motivo de gran controversia hasta los hallazgos del Mar Muerto.

Después de 1947 el parentesco es tan sorprendente que A. Powell Davies se ve obligado a decir que «La comunidad de Qumran era, pues, una comunidad esénica; esto no lo podemos dudar, pero su relación con el resto del movimiento sólo puede ser conjetura» (25).

(23). — Luis Franco. — «Revisión de los griegos». — Pág. 93. — *Americalee*, 1960. — Buenos Aires.

(24). — Ernesto Renán. — «Vida de Jesús». — Página 148. — C. Gral. de Ediciones. — México, 1954.

(25). — A. Powell Davies. — «The Meaning of the Dead Sea Scrolls». — Pág. 70. — *The New American Library*. — New York 1956.

(20). — J. M. Guyau. — «Ensayo de una moral sin obligación ni sanción». — *Americalee* 1950. Buenos Aires y «La irreligión del porvenir». *Idem*.

(21). — Han Ryner. — *L'Individualisme dans l'Antiquité*. — Pág. 39. — *L'Idée Libre*, Conflans Honorine. 1924.

(22). — W. R. Inge. — «Religión». — Pág. 26 (*The Legacy of Greece*). — Oxford 1923, R. W. Livingstone.

El espíritu de igualdad comunitario de los esenios se transmitirá a los apóstoles y a los monásticos de los primeros años cristianos con alcance hasta el medioevo. Dirá Filo de Alejandria en su «*Quod Omnis Probus Liber*», escrito hacia el año 20 de nuestra era: «Su amor a la virtud revelándose él mismo por su indiferencia frente al dinero, posición social y placeres. Su amor a la humanidad por su bondad, su igualdad y su camaradería rebasando lo que en palabras pueda expresarse. Porque nadie tenía su casa privada, sino que compartía su vivienda con todos y vivían en colonias con las puertas siempre abiertas para cualquiera de la secta que se cruzara en el camino. Tenían un almacén común, ropas comunes, alimentos comunes comidos en *Syssitia* o mesa comunal. Esto era posible por el principio de poner todo cuanto ganaban diariamente en un fondo común del cual el propio enfermo era sostenido cuando no podía trabajar».

Josefo, en su *Antigüedad de los Judios*, ampliará los elogios de los esenios y dirá: «También merece nuestra admiración el ver cómo excedieron a todos los demás mortales en virtud y en entereza, y ello, verdaderamente, en un grado tal como nunca había aparecido antes en los hombres, fueran griegos o bárbaros, y no sólo por poco tiempo, sino que perduraba largamente en ellos. Esto está demostrado por su institución, la cual no admitía ninguna clase de impedimento que obstaculizara el tener todas sus cosas en común, en tal forma que el rico no podía disfrutar de sus propias riquezas, igualándose al pobre que no poseyera nada».

En parecidos términos se expresan los manuscritos de «Qumran», especialmente el «Manual de Disciplina»: comidas en común, rezos en común, asambleas, aportación total de las riquezas individuales y recepción, en cambio, de lo imprescindible para vivir.

Sus actividades comprendían todo lo indispensable para la buena marcha de la comunidad: limpiar las cocinas y habitaciones comunales, barrer los pisos de estuco, pasar el restrillo sobre aquellos de tierra batida. Algunos trabajarían en la alfarería, preparando la arcilla, torneando los jarros sobre la rueda, o cociéndolos al fuego. Los hornillos de la cocina se hallaron donde los cocineros preparaban las comidas comunales y la despensa donde la modesta vajilla era empilada para el uso de los sectarios. Continuos cuidados merecían las reparaciones y las alteraciones de la vivienda, en el invierno las canalizaciones del agua necesitaban ser limpiadas de barro y otros obstáculos que impedirían el mantenimiento de los cisternas. No hay duda que la reparación del acueducto era una tarea anual a llevar a cabo allá hacia el mes de octubre, después de ocho o nueve meses de sequía estival. Llegado este momento las cisternas vacías debían ser examinadas para reparar las grietas que, de lo contrario, permitirían la huida de la preciosa agua. El modesto techo de caña y marga requeriría cuidado después del sol del estío si tenía que resistir a las pesadas lluvias de invierno. Y durante todo el año los pastores y cabreros vigilaban sus rebaños en los alrededores, particularmente en la

fresca vegetación de Ain Feshkha, donde, sin lugar a dudas, se llevaba a cabo un cultivo modesto por parte de los miembros de la comunidad para atender a sus necesidades» (26).

El propio Jesús sufre la influencia de las sectas del desierto: «Acto seguido de haber recibido el bautismo de las manos de Juan, se retiró en el desierto y empezó un período de ayuno y rezo que duró, según se nos dice, cuarenta días. Estos días de retiro en el desierto son la llave de toda la vida y todas las enseñanzas de Jesús y empieza nuestra primera y concreta correspondencia con la Comunidad de Qumran» (27).

Las enseñanzas y la vida de Jesús, en aquella parte que la Historia puede aceptar, son sobradamente conocidas. Su Sermón de la Montaña va a influenciar enormemente al anarquista pacifista ruso León Tolstoi, quien, a su vez, influenciará a una de las figuras más descollantes de nuestro siglo: Mahatma Gandhi. La parábola de los obreros igualmente retribuidos, independientemente de las horas de trabajo de cada uno de ellos (San Mateo, Cap. XX, Ver. 1 al 14), establece la norma solidaria de «Cada uno según sus necesidades». La parábola del Samaritano que cura y salva al viajero asaltado y maltratado por los ladrones mientras el sacerdote había pasado de largo y el Levita también (Lucas, Cap. X, Ver. 30 al 37), establece que la solidaridad debe ir más allá de las fronteras y las creencias.

Los apóstoles también son comunitarios: «Y vendían las posesiones, y todas las haciendas, y repartíanlas a todos, como cada uno había menester» (Hechos de los Apóstoles, Cap. II, Ver. 45). «Y la multitud de los que habían creído era de un solo corazón y un alma: y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía; mas todas las cosas les eran comunes.» «Y que ningún necesitado había entre ellos: porque todos los que poseían heredades o casas, vendiéndolas, traían el precio de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; y era repartido a cada uno según que había menester» (Hechos de los Apóstoles, Cap. IV, Ver. 32, 34 y 35).

San Pablo se hace más rudo: «Porque aun estando con vosotros, os denunciábamos esto: Que si alguno no quisiere trabajar, tampoco coma» (Segunda Epístola a los Tesalonicenses, Cap. III, Ver. 10), rudeza que engarza Santiago: «Ea ya ahora, oh ricos, llorad aullando por vuestras miserias que os vendrán... He aquí el jornal de los obreros que han segado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado de vosotros.» (Epístola Universal de Santiago, Cap. III, Ver. 1 y 4).

El escarceo dentro del pensamiento cristiano nos permite descubrir a un ciudadano del mundo, a un universalista en Orosio; un universalismo diferente del nacionalista que trata de imponer Roma o Hitler, un universalismo humano; nos permite descubrir a un Taziano, quien, en su obra «El discurso a los Griegos», desprecia las leyes porque

(26). — J. M. Allegro. — «The Dead Sea Scrolls». — Pág. — Penguin Book. — Londres 1958.

(27). — J. M. Allegro. — Op. cit. — Pág. 155.

«tantos son los Estados, tantas son las disposiciones y lo que ahora es lícito en otra parte es prohibición, mientras que una sola y común a todos debería haber sido la norma de vida», pensamiento ratificado por Tertuliano cuando señala que «no se está obligado a respetar una ley injusta» (*Legis injustae honor nullus*), como lo hace Orígenes: «No es una cosa absurda constituir sociedades contra las leyes, en defensa de la verdad; como haría muy bien aquel que organizase asociaciones secretas para abatir al tirano» (*Contra Celsum*, I, 1). Sobre el mismo tema, pero en do sostenido, vemos que Juan de Salisbury reivindica el tiranicidio: «Porque matar al tirano no sólo es lícito, sino que es equitativo y justo» (*Policratus*, III, 15).

El concepto comunitario, en el pensamiento cristiano, se prolonga con Abelardo: «Las reuniones ciudadanas condujeron tan lejos la caridad del prójimo que, puestas todas las cosas en común, la ciudad parecía más bien una fraternidad...» Y más adelante: «En fin, un sapientísimo griego, sabiendo bien cómo estaban las cosas, dijo: «Como no puede dividirse el aire, ni el esplendor del sol, ni las demás cosas que en este mundo han sido dadas a todos en comunidad de posesión, así también, las demás cosas no deben ser divididas, sino que deben tenerse en común» (*Theologia Christiana*). En igual modo se expresa Lactancia: «Dios nos dió la tierra en común, no porque una avaricia irritante y despiadada se manifestase, sino para que los hombres vivieran en comunidad y nadie sufriera la falta de aquello que nuestra madre común había producido con tanta liberalidad» (*Divinae Institutiones*); y en lo mismo machaca San Agustín: «Los filósofos paganos creyeron que el régimen justo consistía en el hecho de que todos tuvieran las cosas en común, es decir, las públicas para el uso público, y las privadas para el uso privado. Sin embargo esto no está de acuerdo con lo que exige la naturaleza, ya que ésta dió a todos los hombres las cosas en común. Porque Dios dispuso las cosas en este modo, que el alimento y la posesión de la tierra fuera común para todos. Así, pues, ya que la naturaleza dió origen al derecho común, la usurpación es la causa del derecho privado.» Esta afirmación de San Agustín nos obligará a regresar para extendernos sobre el concepto de la propiedad como robo. Sigamos un poco más sobre el concepto comunitario que pasa de la especulación filosófica a la vida práctica en «La Regla» que San Benedito establece para el uso monástico: «En el monasterio, establece el autor, es necesario, sobre todo y desde las propias raíces, arrancar este vicio: que nadie ose dar o recibir nada sin el permiso del abad, ni tener la más mínima cosa propia, absolutamente ninguna... Que todo sea común a todos, como está escrito; y que nadie diga que algo le pertenece.» Luzzatto, que dedica varios párrafos de su obra «Storia Economica d'Italia» al estudio del monasterio beneditino dice: «En la intención del fundador, el claustro tiene, pues, el carácter de una pequeña comunidad de iguales, que trabajan y producen para el bien de todos, renunciando a todo producto del propio trabajo y participando a este producto en forma uniforme.»

Añade Gino Barbieri que «Esta severa abolición de la propiedad individual impuesta a sus monjes — por San Benedito — revela un profundo convencimiento madurado en el fundador del Monacalismo de Occidente: o sea que era necesario aplastar, por lo menos en estos ejemplos de reorganización ético-social como deberían ser los monasterios, todas las degeneraciones conexas con los abusos de la propiedad y con el exasperado individualismo, para reconducir a los hombres al sentido de la laboriosidad, fuera de todo criterio de privilegio y de todo aspecto de pereza y de ociosidad. «El ocio es el enemigo del alma» — afirma el capítulo 48 de «La Regla» — y por ende los hermanos deben en determinadas horas dedicarse al trabajo manual» (28).

Regresando ahora sobre el concepto vertido por San Agustín: «La usurpación es la causa del derecho privado», también veremos que la síntesis proudhoniana «La propiedad es el robo» ha sido considerada, tímida o abiertamente, por muchos pensadores cristianos. San Ambrosio, por ejemplo, dirá que Todo cuanto supera lo necesario ha sido adquirido por la violencia» (*Summa Theologica*). Posiblemente sea San Ambrosio el que más decididamente arremete contra las riquezas: «El pueblo tiene hambre y tú cierras tus graneros; el pueblo implora y tú abundas de piedras preciosas. Desgraciado, en tus manos está la suerte de numerosas personas; podrías salvarlas de la muerte y no tienes voluntad para ello. Sólo con la gema del anillo que cargas en el dedo podrías salvar una infinidad de vidas humanas» (La historia de Nabot y de Iezrael), y añade: «Vosotros, los ricos, de hecho no deseáis poseer lo que os es útil, codiciáis solamente de arrebatarse a los demás aquello que poseen legítimamente» (*L'Esamerone*). «Tú solamente, oh hombre, excluyes al hermano: aceptas inclusive a las bestias y construyes inclusive sus viviendas, mientras destruyes las moradas de los hombres, tus hermanos» (La Historia de Nabot y de Iezrael).

«Cuántos encuentran la muerte para que vosotros podáis tener lo que os agrada», «Un obrero cae de un andamio para preparar vastos graneros para vuestras riquezas». «Otro derrumbóse de un árbol mientras cosechaba las uvas para preparar el mejor vino para vuestras orgías» (La historia de Nabot y de Iezrael).

Ambrosio se vuelca abiertamente en favor del que trabaja, y pone en duda los privilegios de herencia, condenando el parasitismo de los que permaneciendo tranquilamente en casa ven aumentar sus riquezas «en virtud, como dicen, de no sé qué suerte genital», secundando así a Pablo de Tarso que señala: «El campesino que trabaja debe ser el primero en tener parte de los frutos» (Segunda Epístola a Timoteo, Cap. II, vers. 6). Es el pensador cristiano que más duramente ha atacado la propiedad privada y los privilegios humanos, bien que no el único, como ya hemos señalado. Sin ha-

(28). — «Il Pensiero Cristiano», Vol. V de «Grande Antologia Filosofica». — Pág. 1185. — Carlo Marzorati. — Milano 1954.

ber dedicado tanto espacio al asunto pero tan lapidario como Ambrosio, tenemos a Jerónimo, quien en su «Epístola CXX ad Hebidiam» declara que: «Todas las riquezas proceden de la injusticia y aquello que uno encuentra es que otro lo ha perdido.»

Igualmente, fuera de la corriente ortodoxa, los deseos de igualdad y de justicia son tema perenne, como lo demuestra el inquieto Karpokrates, de la escuela gnóstica, en Egipto, quien pugna por un régimen de comunismo libre en el siglo II de nuestra era.

Su hijo, Epifanio, muerto prematuramente, nos ha dejado un tratado «Sobre la Justicia» donde se manifiesta la continuidad de los ideales del padre: «Todos, en común, ven ya que no hace distinción — el Sol — de rico y de pobre, de pueblo o de soberano, de sabio o de ignorante, de macho o de hembra, de libre o de esclavo. Ni obra en forma diferente con los brutos. A todos los vivientes, por igual, vertiéndose desde lo alto en común, lleva a cabo, a favor de buenos y malos, la justicia, por el hecho de que nadie puede tener más y nadie es capaz de engañar al prójimo acaparando de su luz una doble porción. El sol es para todos los que viven y hace germinar el alimento común, con justicia para todos igualmente administrada. Y he aquí que frente a todo esto que se precisa para el sostenimiento de la vida se encuentran también los animales. La justicia para ellos es el comunismo... Pero el comunismo y las leyes sagradas de la igualdad, violados, generan al ladrón de los animales y de los frutos» (29). El hijo de Karpokrates hace una afirmación categórica: «La justicia está en la igualdad comunista.»

También en el maniqueísmo se hallan atisbos de igualdad comunitaria ya que nadie de los que profesaban la religión de Maniqueo podía ser propietario de vivienda, tierra o dinero, perteneciendo todos los bienes a todos.

Diremos, pues, que el cristianismo, tanto el ortodoxo como el de las herejías y el de las controversias, trató de introducir una cuña de equidad en el mundo romano ya que ante Dios no había, en principio, distinción de ninguna clase. El estoicismo encontraba un vehículo para la propagación de sus ideales de derecho natural, de solidaridad y de humanismo entre los hombres.

El propio Estado era aceptado como «remedio contra el pecado» y aparece solamente a partir de la corrupción humana, es decir, desde la expulsión del Edén. Una anticipación empírica, digamos, a

(29). — «Framenti gnostici», cit en «Grande Antologia Filisófica», Vol. V pág. 947.

la afirmación de Payne: «El Estado es un mal necesario.»

Sin embargo, la proyección social del cristianismo queda truncada desde el momento en que Constantino lo oficializa. Desde el Edicto de Milán (312) el cristianismo irá perdiendo la fortaleza y la mística de los primeros años al aceptar el estado de la sociedad en el siglo IV con sus injusticias sociales, económicas y éticas. «Al aceptar la estructura de clases de la sociedad — dice Ralph Turner — los cristianos se encontraron envueltos en antagonismos y conflictos sociales. En realidad, después de que la Iglesia se identificó con el Estado, los movimientos heréticos fueron sociales y económicos, tanto como doctrinales, en su origen y en su tendencia. El movimiento donatista encontró su principal apoyo entre los esclavos rebeldes y los campesinos empobrecidos. La Iglesia egipcia surgió en el curso de la lucha de los «felahs», contra los terratenientes extranjeros y aristócratas» (30).

Turner cita a James Westfall Thompson en su «Economic and Social History of the Middle Ages» para apoyo de su exposición: «En estos países, las masas odiaban, aún más que la aristocracia, al clero ortodoxo, aunque la Iglesia y el Estado operaban junto. Porque la Iglesia era el más grande terrateniente y sus campos estaban labrados por campesinos siervos o por verdaderos esclavos.»

El refugio a la injusticia, ya lo hemos visto, era el monasterio, pero éste se condenaba a muerte lenta al contraer un divorcio tan drástico frente al pueblo y a la sociedad surgían las aberraciones que señala Thomas C. Hall cuando analiza la vida monacal: «La obediencia de la índole más servil se exalta como una virtud *per se*. Un monje riega un árbol durante años por orden de su superior, simplemente para dar muestra de obediencia, y el trabajo duro en tareas inútiles se elogia continuamente. Esta distinción antinatural entre la virtud y su significado social da por resultado, de hecho, el embrutecimiento. Se elogia a un monje por quemar las cartas afectuosas de su familia sin leerlas, para que no le distraigan de sus oraciones. Un hermano rehusa el más sencillo acto de asistencia a otro sobre la base de que «está muerto» para el mundo. El marido abandona a la mujer que ama para «salvar su alma» (31).

(30). — Ralph Turner. — «Las Grandes Culturas de la Humanidad». — Pág. 1130. — Fondo de Cultura Económica. — México 1953.

(31). — Thomas C. Hall. — «History of Ethics with organized christianity». — Pag. 247, cit. por R. Turner, op. cit.

(Continuará)



POETAS DE AYER Y DE HOY

MI PODER

Tengo el mar, por decirlo claramente
en las manos de mi hambre de alegría,
y lo envuelvo con luz del mediodía
de mi alma bronceada y transparente.

Mi bella posesión no es solamente
la estancia que mi entraña pretendía:
es la causa de estar en la armonía
de un mundo que coincide con mi mente.

¡Señor soy yo del mar y del rocío,
del espacio en su entrada y su salida!
Y el sol, que cae en chorros de oro, es mío.

Y sujeta a mi alma está la brida
del brillante y gozoso poderío
que engarza en sí, constante, aroma y vida.

REFLEXION SOBRE UNA HORMIGA

¡Qué sentirá la hormiga, cuando luego
de correr trajinando por la casa,
se encuentra con un dedo que le pasa
su mole sonrosada por la frente!

Acaso se creará que un mundo ciego
o un fuego endurecido así la abrasa,
y así comprenderá que el cielo arrasa
la vida que le dio gozosamente.

Yo siento, cuando pongo allí mi dedo,
que un alma cual la mía se hace trizas,
y creo que hay quien lllore aquella muerte.

Por eso, a ti, hormiguita, yo no puedo
herirte, cuando a solas te deslizas
por mi casa, sin saber cuál sea tu suerte.

COMPRESION

Me pides comprensión ahora que vengo
de hallarte en el camino, en mi pisada,
abriéndose tu herida ensangrentada
y corro a darte, hermano, lo que tengo...

Te he vivido y, viviéndote, sostengo
tu vida de rosa trasplantada,
y me duele tu espina, y tu mirada
llorando quieta en mi alma la retengo.

Tú tienes ya mi comprensión completa,
te admito tal cual eres, cual te nombras
pasando por la sangre o por el fuego.

Si no, no fuera hermano, ni poeta,
el corazón tuviera en sombras
y entonces se diría que estoy ciego.

UN CORAZON

Forjando un corazón halléme un día
en la fragua ideal de una quimera
y pude, al concluir como quisiera,
saber que el corazón por fin latía.

Cerréme en mi interior, y al alma mía
le dije que a mi lado se viniera
y conmigo aquel fruto compartiera,
porque a solas sentirlo no podía.

Muy pronto me quedé, hueco, dolido,
el alma me dejó calladamente
y el viejo corazón lloró en su valle.

Y es que vióse que, aquello conseguido
por las pobres mentiras de mi mente,
era un sucio juguete de la calle.

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

«Mendizábal», Galdós	1 50
«Mercurial Eclesiástico», Montalvo	3 50
«Metafísica», Balmes	2 50
«Método práctico de autosugestión», P. C. Lacot ..	6 00
«Mi conciencia vestida de rosa», Chantepleure ..	1 50
«Mientras yo agonizo», Faulkner	6 00
«Miguel Strogoff», Verne	2 50
«1948», Orwell	3 50
«Mi lucha», Hitler	2 50
«Mi política», G. Ordás	15 00
«Misericordia», Galdós	1 50
«Mi tío Spencer», Huxley	4 50
«Montes de Oca», Galdós	1 50
«Nacha Regueles», Gálvez	1 50
«Napoleón en Chamartin», Galdós	1 50
«Narvaez», Galdós	1 50
«Nicolai y el pensamiento social»	1 00
«Nido de Hidalgos», Turgueniev	3 00
«No hay burlas con el amor», Calderón de la Barca	3 20
«Norte contra sur», Verne	3 00
«Nostradamus», Zevaco	1 50
«Novísimo diccionario escolar», Héctor F. Mivi ..	3 00
«Nubes de estío», Pereda	1 50
«Nuestra Señora de París», V. Hugo	2 50
«Obras del Marqués de Santillana»	2 80
«O'Donnell», Galdós	1 50
«Orientación Anarquista», Grave	1 00
«Origen del socialismo moderno», Rocker	1 20
«Origen y naturaleza de las ciencias», Babine ..	3 50
«Páginas selectas de Multatuli», Alaiz y Rocker ..	1 00
«Para abrirse camino en la vida», Roudes	6 00
«Paseo humorístico a través de las religiones», N. Simón	1 00
«Patología sexual», Torel	2 80
«Pequeño Diccionario Castellano», Supra	1 00
«Pequeño Diccionario», Parvus	1 00
«Pequeño Diccionario Enciclopédico», Brevis	4 50
«Persuasión», Austen	3 80
«Fiel de asno»	1 80
«Pinocho»	1 80
«Pleno de FF. LL. Regional núm. 2	0 50
«Poema del Cid», (Anónimo)	3 20
«Poesías completas», J. A. Silva	1 50
«Poesías completas», R. Pérez de Ayala	3 20
«Poesías juglares», R. Menéndez	2 80
«Port-Tarascón», Daudet	2 50
«Presencia del anarcosindicalismo», Mercier	3 00
«Prim», Galdós	1 50
«Príncipe y mendigo», Twain	1 20

MAS DE 80 AUTORES

«Problemas del sindicalismo», Peiró	0 70
«Procreación prudencial», Stopes	2 50
«Prosas prophanas», R. Dario	3 50
«Prontuario compuesto de conjugación», Larzati ..	6 00
«Proyección de Iberia en América», V. García ..	0 50
«¿Qué es el anarquismo?», Cano Ruiz	1 50
«¿Qué es arte?», Tolstoi	1 50
«¿Quo vadis?», S:enkiewicz	2 50
«Recuerdos de niñez y mocedad», Unamuno	2 00
«Reivindicación de la libertad», Ernestán	1 50
«Relatos de un cazador», Turgueniev	2 80
«Resurrección», Tolstoi	2 50
«Retrato de un matrimonio», Buck	5 00
«Río abajo», Lobodón	3 50
«Robinson Crusoe», D. Foe	14 80
«Revoluciones sociales del siglo XX», C. M. Rama ..	1 50
«Riverita», A. Palacio	3 80
«Romance de tradición», Cossio	2 80
«Romancero de la libertad», G. Oliván	1 50
«Ronda de la luna», Campio Carpio	1 50
«Rusia y España», García Pradas	1 50
«Salambo», Flaubert	3 00
«San Manuel Bueno Mártir»	2 80
«7 de julio», Galdós	1 50
«Sin novedad en el frente», Remarque	1 80
«Sinvergüenzas», P. Mata	1 50
«Sobre las viñas muertas», V. Vila	2 50
«Socialismo autoritario y socialismo libertario», M. Nettleau	1 00
«Sociología», Ingenieros	1 50
«Spinola», Yebes	2 80
«Stendhal», Zweig	1 50
«Sugestión de España», Alaiz	0 50
«Teorías del conocimiento», Hessen	4 00
«Titania», Benavente	2 80
«Trafalgar», Galdós	1 50
«Traición por traición», Zamacois	1 50
«Tratados», Gracián	3 00
«Tres camaradas», Remarque	1 50
«Tres poetas primitivos», R. Hernández	2 50
«Últimos días de Pompeya», Bulwer	2 50
«Una aventura demasiado fácil», Pedro Mata	2 50
«Una ciudad flotante», Verne	1 00
«Una esclavitud de nuestro tiempo», D. Meersch ..	2 50
«Una historia de los tiempos venideros», Wells ..	1 50
«Un billete de lotería», Verne	1 20
«Un capitán de 15 años», Verne	2 20
«Un capricho del doctor Ox», Verne	1 20
«Un descubrimiento prodigioso», Verne	1 20
«Un terrible experimento», Wells	1 50

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)

CENIT

sociología
ciencia - literatura



- Fláclio Bravo : Hoja por hoja.
Floreal Ocaña : Los determinismos.
José Maria Gironella : En el tren de Port-Bou a Barcelona.
Cosme Paules : El tono de una revista.
Severino Campos : Modalidades y esencia autoritaria.
Puyol : del osario.
Ildefonso : El inadaptado.
Federica Montseny : Los ecos de la tragedia de Chicago.
J. Ferrer : Santo Domingo Guzmán.
Angel Samblancat : Dos Américas distintas, pero iguales.
Amparo Poch y Gascón : Valor del principio individualista.
V. M. : Dos sueños de Pacificus.
La Masonería, según Bakunin.
Denis : El cortesano.
Victor García : El pensamiento anarquista (folleón).

4 P 5523
137

MAYO - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,00 NF



Nuestra portada

NO es asunto de ritos, ni tampoco evocamos la gesta por simple rotación del calendario. Se perpetúa, porque lo contrario sería traicionar al ideal y a la historia.

El Primero de Mayo es día espartacano, de rebelión y de victoria. Es día de progreso y de humanidad en el mejor sentido de la palabra.

No es la fiesta del trabajo sino de la dignidad, no del jolgorio, sino de la reflexión y del combate.

Triste sino para aquéllos que adoptan actitudes huidizas, para aquéllos que en lugar de sumarse al pueblo se alejan de él rindiendo nula su energía social.

El aislamiento de los libertarios en fechas como la del Primero de Mayo constituye un contraste con la actitud revolucionaria de los trabajadores de Chicago, que dieron el golpe mortal a las jornadas de trabajo agotadoras, que fueron pueblo allí donde el pueblo se manifestaba. Más fácil les hubiese sido a los Spies, los Parsons, etc., el elegir un lugar en donde campar y excursionar que el de mezclarse con el pueblo protestatario y anti-esclavista. Pero ellos vivían para cumplir su misión revolucionaria.

La imagen de nuestra portada consagra muy bien el triunfo y el alcance de aquella famosa gesta:

La muerte de los cinco mártires abrió un abismo en el que irá a enterrarse el sistema capitalista. Hasta la sombra de la horca hace crujir la potencia del dinero. Hacia el abismo se dirige el capitalismo gracias a la presión de la clase trabajadora organizada y a la acción social de los que como los anarquistas de Chicago

saben morir
como Cristo en Galilea
y beber,
como Sócrates, cicuta
por el símbolo excelso
de una idea.

CNT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, René Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

GENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Mayo 1962

Nº 137

HOJA POR HOJA



HINCADO estaba. Unos martillazos más y vamos a por el remache.

No se trata de incurrir en comparaciones incongruentes sobre si el uso de las letras es mejor palanca para levantar la marmórea losa o lápida de la injusticia, bajo la cual gemimos o expiramos.

De sobras sabemos que en desarmando el alma de todas sus tendencias agresivas, o arrancando del cerebro prujucios y telarañas, la ma-



no homicida suelta por sí sola la daga, y ni maldita la gana que le queda de volver a empuñarla.

Mas es cuestión de orden o cronología; pues ¿acaso puede negarse que es debido a esta espada suspendida sobre nuestras testas lo que impide que el libro se abra, se imprima, o que nuestras mentes serenas lo hilvanen? Sin embargo, tratándose de libracos, brevariarios, dogmas, decálogos legislados por el Estado, cuentos macabros y falañosos en guisa de Historia, y coplas de calañes, se retira la amenaza; pues entonces el libro hace pendiente con la daga, pócima soporífera que adormece cuando no mata.

No debe extrañarnos, vistas las cosas de este ángulo, que en lides y luchas de esta naturaleza primaria haya propensión al exceso; que por no haber sido tú en extremo respetuoso con lo mío, yo me sienta un tanto

por **PLACIDO BRAVO**

celoso de lo tuyo; y si esto que es de tan difícil justiprecio a las buenas y serenas, ¿cómo no iba a serlo a las malas y oscuras? Por eso es tan magnífico lo que el gran manco preconizara como ley del siglo de oro; que despreciando lo posesivo nos contentásemos con lo usativo, lo que no quiere decir que se deslizaran algunos abusativos o desaprensivos. Mas en tanto el «dar» dependa de la fuerza del que exige, o viceversa, el «quitar» de la resistencia que oponga el que lo retiene, no podemos soñar en relaciones armoniosas y apacibles. Pero en tanto que el dar dependerá de pedir, siempre habrá orgullo en el que da y humillación en el que toma. Esto sin contar que comúnmente, como ya dijera Quevedo hay patricios que sólo un dar les agrada: que es el dar un no dar nada. ¿Cómo tolerar esto, sin tan difícil es ya soportarlo?

Ahora bien, quede bien establecido: comprender las causas que indu-



cionaron al error o los móviles que condujeron al desafuero no implican estas justificaciones que tengamos que aprobar el uno y aceptar el otro. Muy al contrario, hay que exigir enmienda y rectificación, reparación y justicia.

Sin olvidar a quienes andan gritando esas libertades que no les conceden y ni siquiera apropiado uso hacen de las que tienen, de aquellas que nadie debe conferirles ni puede negarles.

Otros que vociferan contra el

egoísmo de los demás y no aciertan a ver el suyo del cual son prisioneros; que quejumbrosos se pasan los días achacando su desdicha a la insolidaridad, sin darse cuenta de que si están tan solitarios con sus penas es porque jamás, mucho ni poco, les afectaron las ajenas. Pues solidarios podemos serlo aunque nos desborde la congoja y la miseria.

Como otros infelices infieles consigo mismo y que cifran en la fidelidad la honradez de las mujeres, de las suyas por decirlo más propiamente, a la vez que hacen gala de sus dotes y triunfos donjuanescos. Y que cubiertos de la aurebla de los conquistadores, siempre en boca sus lances mujeriegos, no se dan cuenta que abren brechá para que salga su abundante cornamenta. Pues corriente es el caso de los esposados a la misma cadena, uno para constreñir a la obediencia, otro ingeniándose como soportarla con el menor daño posible y menosprecio. Total los dos prisioneros.


Como quienes despotrican contra las alturas y cada vez más van hundiéndose en el cieno de sus bajezas. Que hablan de cercenar cabezas por el hecho que otras sobresalen en varios palmos de las suyas, y sin embargo, solícitos, voluntariosos, no pierden ocasión para ceder sus lomos, que otros sinvergüenzas aprovechan para hacer el pedestal con tales basamentos.

Total, rogando, rogando, pero con el mazo dando.



Decíamos ayer | LOS DETERMINISMOS

«Hacia la anarquía marcha la Historia»



A una conciencia moral libertaria corresponderá una voluntad que seguirá los dictados de aquélla. Esto es lo normal: que el sujeto con voluntad libertaria lleve a la práctica lo considerado bueno para él y para el género humano. Lo mismo que nosotros opinan, en nuestros días, miles de escritores y hombres de ciencia sobre la existencia de la conciencia y de la voluntad. Al respecto, demos uno de los más voluminosos y recientes ejemplos. El 13 de febrero, del año en curso, a las 20 horas, el doctor Ralph Waldo Gerard, profesor de neurofisiología y director de los laboratorios del Instituto para la Investigación de la Salud Mental, de la Universidad de Michigan, Estados Unidos, ofreció una conferencia en el salón de actos del Instituto Mejicano-norteamericano de Relaciones Culturales, en la ciudad de México — Hamburgo, 115 — sobre el tema «Mente y Conducta».

El acto fue presidido por los doctores Manuel Sandoval Vallarta, eminente científico mejicano, de fama internacional, y Eduardo Máynez, poniendo de relieve la importancia que daban a la conferencia y al que la pronunciaba conocido en todo el mundo por sus investigaciones sobre el metabolismo, la actividad eléctrica y el desarrollo y organización del sistema nervioso humano. Asistieron fisiólogos, psicólogos, psiquiatras y médicos de diversas especialidades, pedagogos, escritores, etcétera. Entre los oyentes se hallaba la señora Amalia C. de Castillo Ledón, subsecretaria de Asuntos Culturales de la Secretaría de Educación Pública.

Ralph Waldo Gerard, científico liberal, de renombre mundial, ha sustentado cátedras en cinco universidades de gran prestigio y recorrido muchos países en misiones de enseñanza e investigación auspiciadas por dependencias gubernamentales y también por fundaciones particulares. Durante la conferencia, refiriéndose al desequilibrio en el mundo existente entre el progreso científico-tecnológico y el moral, que tan atrás del primero ha quedado, manifestó que «la ciencia moderna, abriéndose paso en los misterios de la naturaleza se enfrenta ahora a uno de los más severos retos. Nuestra esperanza es que en los hombres predomina la buena voluntad, que el altruismo se equipara, cuando menos, al egoísmo. La mayoría de las disputas proceden menos de un conflicto, o de intereses legítimos, que de la falta de confianza y el temor exagerados y de las medidas de contraataque resultantes.»

El conferenciante hizo las importantes afirmaciones siguientes: «El panorama total de la evolución patentiza el grado de supervivencia de la co-

operación y el altruismo y su aumento progresivo en el mundo; pero a menos que la cooperación entre los individuos supere al conflicto, ningún grupo o sociedad puede sobrevivir. El único enfoque razonable de la guerra consiste en suponer que más tarde o más temprano pueda ser eliminada de la condición humana.»

«Cualquier otra tesis — continúa diciendo Ralph Waldo Gerard — sólo nos conducirá a rendirnos fatalmente al aniquilamiento a medida que el hombre llegue a ejercer cada vez más un mayor control sobre la energía y los recursos materiales del mundo que habita. El ser humano difiere de los demás animales en la eficacia de su corteza cerebral, que es el instrumento de una conducta razonada; sólo puedo creer en la superioridad del hombre, comparable al dominio de la naturaleza, permitirá a los hombres vivir juntos en vez de morir juntos.»

Nos congratulamos de que un eminente e imparcial vocero de la ciencia nos dé la razón al esperar todo lo bueno para el hombre y su especie de los factores éticos, psicológicos, sociológicos, económicos y culturales que forman el contenido de las ideas libertarias que defendemos y dinamizan nuestra conducta en sentido individual y colectivo.

Anarquía es el orden natural basado en la sociabilidad integral, en la cooperación y el altruismo, que es igual a decir: prestarnos ayuda mutua los hombres y los pueblos, contribuir al bien de todos evitando perjudicar, conscientemente, a un ser humano siquiera, y menos a la mayoría de los habitantes del planeta Tierra. Lo contrario de lo que ocurre en el mundo actual formado por la autoridad de milenios de influencias y de violencias religiosas y políticas de todas las clases: lucha de uno contra todos y de todos contra uno en todas las actividades humanas que hace sufrir permanentemente a los seres humanos y sólo puede llevarnos a morir juntos.

Motivo de verdadera y sana alegría ha de ser para todos los mismos científicos, por evolución moral e intelectual, dejándose guiar por razones psicológicas, éticas, biológicas, sociales y humanas, de acuerdo con los intereses fundamentales de su especie, se atrevan a afirmar, con valor auténticamente humano, que «el panorama total de la evolución — afirma R. W. Gerard — patentiza el grado de supervivencia de la cooperación y el altruismo y su aumento progresivo en la humanidad» que es igual a afirmar: «Hacia la anarquía marcha la Historia».

Los verdaderos libertarios no tenemos, pues, porqué sentirnos pesimistas. Y el mundo de nuestros días ha de sentirse optimista al pensar que su sal-

vación está al alcance de sus manos: en la admisión y pronta aplicación de nuestros ideales en las sociedades humanas. Los detentadores de la riqueza del poder, desde el Tío Sam a Kruschev, llaman desorden a la vida anárquica, que es decir libre, porque en realidad viene a desordenar primero y a destruir, seguidamente, sus organizaciones políticas-estatales, todas sus estructuras autoritarias que mantienen la injusta existencia de tiranos y esclavos, de explotadores y explotados y la inevitable secuela: las competencias inhumanas, los odios y las guerras entre los hombres y los pueblos.

No importa qué doctrina hayan sostenido hasta hoy nuestros semejantes es preciso que comprendan, en seguida, que nuestras ideas son las suyas también, y no dirijan más sus miradas hacia soluciones políticas — estatales — religiosas que están haciéndonos perder un tiempo precioso. Y menos a las marxistas, resumen de lo peor en política y religión.

¡Arriba los corazones y las mentes! ¡A grandes males, grandes remedios! No retrasemos más la gran solución científica - humana - social - libertaria que nos alejará de las miserias y de la muerte, la única que nos permitirá vivir juntos, libres y felices, practicando la cooperación y el altruismo, una bien entendida solidaridad y equidad entre los hombres de todos los países. «Cualquier otra tesis — afirma el precitado sabio neurofisiólogo — sólo nos conducirá a rendirnos fatalmente al aniquilamiento a medida que el hombre llegue a ejercer cada vez más un mayor control sobre la energía y los recursos materiales del mundo.»

La autoridad — ¿qué ser humano puede, en nuestros días, pretender que es superior a la anarquía, lo opuesto? — aplicada por el Tío Sam, por Kruschev y los demás gobernantes nos tiene situados sobre un volcán bélico que contiene los más terribles materiales letales, y puede hacer erupción en cualquier momento. Basta que nos teng asometidos al temor y al terror. ¿Qué esperamos para cumplir con nuestro deber biológico y social, y defender, decididamente, todos los derechos humanos. Ya lo dijo Confucio: «Saber lo que es justo y no hacerlo es la peor de las cobardías».

Ralph Walde Gerard preguntó también: «La psiquis del hombre que involucra mente y conciencia, voluntad y determinación ¿traspasa el alcance de la ciencia? o bien, ¿son las inimitables propiedades del hombre de donde proceden las magníficas conquistas de la humanidad, el resultado de procesos comprensibles que pueden explicarse por la disciplina científica?» Para estas y otras preguntas dijo Gerard que «las respuestas deben buscarse en la relación que guardan cerebro y conducta.»

Constatamos que es un relevante hombre de ciencia, de fama mundial, en los campos de la Neurología y de la Fisiología, el que confirma, en febrero de 1962, cuanto sobre la conciencia y la voluntad estamos exponiendo en los modestos trabajos que vamos publicando en CENIT.

FIN DE LOS DETERMINISMOS

El determinismo ha muerto. Ha dejado de existir en las sabias manos de Werner Heisenberg. Al-

gunas personas continúan queriendo darle vida llamando en su ayuda al espíritu de Bakunin que mal entienden. Y en éste pretenden apoyarse en vez de buscar el apoyo en sí mismas basándose en los nuevos conocimientos. No han advertido que el determinismo ya no puede defenderse como si el progreso científico y tecnológico se hubiera detenido desde hace casi un siglo: el tiempo que Bakunin falta de nuestro lado. Y para nosotros tan admirable es éste como Malatesta, por no citar otros teóricos ácratas. Aquél fue determinista — ¿nada más? — y el segundo voluntarista. Y éste, Malatesta, acabó afirmando que aunque la ciencia lo negara él no dejaría de creer que de la acción voluntaria del hombre, de su voluntad depende que se supere y se libere de todas las servidumbres. Resuelta, indómita, consciente y ejemplar rebeldía la suya.

Werner Heisenberg certificó científicamente la muerte del determinismo, y los libertarios somos los más llamados — creemos — a enterrarlo, definitivamente, con todos sus factores negativos, contrarrevolucionarios, aunque parecían otra cosa. Por lo tanto, tenemos que hablar claro. Conviene empezar recordando, una vez más, que Malatesta rechazó firmar el «Manifiesto de los dieciseis» compañeros durante la primera guerra mundial (1914-18) en favor de las democracias. Algunos relevantes deterministas libertarios, previa larga deliberación — acto libre —, adoptaron una posición voluntaria al firmar el precitado manifiesto. Pese a todas las buenas intenciones que los movieron a hacerlo su actitud era, evidentemente, equivocada, contraria a sus propias ideas y, por consiguiente, a los verdaderos intereses psicológicos y biológicos de nuestra especie. Así negaban lo fundamental de la tesis determinista. El tiempo, ha confirmado, mil veces, que la conducta de los firmantes fue y es profundamente negativa. Opuestamente: la actitud voluntaria de los compañeros que coincidieron con Enrique Malatesta continúa siendo positivamente acertada, revolucionaria, contra todas las guerras y las causas que las producen: la brutal competencia de los Estados por obtener la hegemonía económica y militar en todo el mundo.

En esta hora que se ha empezado a negar la existencia del determinismo en la naturaleza es oportuno y necesario hacer constar que a Enrique Malatesta el tiempo le ha dado la razón bajo todos los puntos de vista: en el área científica-humana y en el terreno político-social. Y su verdad es bien verdad, porque no está desligada de ninguna otra verdad, condición de ser en el Cosmos.

Respecto a Bakunin consideramos que ha sido uno — por no decir el mayor — de los más altos exponentes universales de voluntarismo libertario: promovió, sin cesar, acciones revolucionarias manumisoras y saltó a las barricadas populares de todos los países en revolución, o simplemente amotinados, obedeciendo los dictados de su conciencia revolucionaria y su gigantesca voluntad de lucha por la libertad.

Si Bakunin viviera en nuestros días — ¡lástima que no existan dos docenas de Bakunin en el mun-

do! — aceptaría, sin duda, cómo no, con buena voluntad, la fórmula del sabio físico y matemático alemán, Werner Heisenberg, según la cual no nos cansaremos de repetirlo, «en la naturaleza no hay determinismo, ni causalidad, ni continuidad.» Lo mismo haría Pedro Kropotkin. Y éste con los demás firmantes del «Manifiesto de los Dieciseis» — tampoco se sentiría menos libertario por rectificar su errónea actitud al comprobar cómo han actuado las democracias desde 1914 a 1921 con el caso de España, y en todos los problemas políticos y sociales que se plantearon y se plantean en los pueblos de todos los continentes.

Consideramos que nosotros estamos más cerca del espíritu de Bakunin — o mejor dicho, de su pensamiento — que los que hacen uso y abuso de su nombre pretendiendo interpretarlo y defenderlo teniendo poco o nada en cuenta que a él le importaba, por encima de todas las tradiciones y cosas trasnochadas, la nueva verdad que, por sencilla que sea, es más valiosa que el más gigantesco y brillante de los nombres. Es así como concebimos a Bakunin agigantándose a nuestros ojos a través de los tiempos.

Desde Bakunin a Malatesta pasando por Kropotkin, Reclus, Mella, A. Lorenzo y todos los verdaderos libertarios, la iconoclastia es su peculiaridad ideológica basada en la verdad comprobable. La actitud determinista, por ejemplo, o más claramente: materialista de los ácratas que la adoptaron en el siglo XIX y principios del siglo XX estaba justificada para continuar enfrentándose, cien por cien, a las doctrinas religiosas y políticas. Y continúa justificándose fundamentalmente. Frente a las falsedades de las concepciones teológicas y estadistas, dogmáticas, igualmente religiosas — Dios o el Estado es lo mismo — inspirarse en las leyes naturales, en el materialismo para constituir una Ética humana superior válida para todos los miembros de nuestra especie, de acuerdo con el sentir y el pensar de Bakunin, era y es lo fundamental a sostener. Con más motivo en su época aunque entonces se desconociera cómo podía ser utilizado el átomo y se ignorara el principio de indeterminación de inseguridad en el movimiento de los materiales cósmicos y las leyes físicas que rigen en el universo.

El materialismo de Bakunin, que es lo esencial, queda en pie pese a que se haya descubierto la verdadera ley de la naturaleza que niega la existencia del determinismo. Y es que el materialismo expresa la verdad cosmobiológica, y tiene toda la

vida y libertad integral, sin límites, total, la propia, la que le es peculiar, que los deterministas pretendían, vanamente, reducir a pobres movimientos, a un mecanismo dado, siempre restrictivo, prefiriendo no tener en cuenta lo que saben, por ser verdad muy sencilla: lo rica que es la materia cósmica en la realización de transformaciones indeterminadas y por esto menos maravillosas. Consideramos que podrían aceptar, con nosotros, lo siguiente: que apartando lo superado y eliminado — el determinismo — el pensamiento bakuninista se fortalece con los descubrimientos hechos por la ciencia moderna. De vivir Bakunin cómo sabría aprovecharlos en bien de nuestras ideas y de la revolución social. Sin errores que defender, sin lastre determinista, caminaría más rápido y firmemente por el camino revolucionario. Crítico, demoleedor y constructivo, con la palabra, la pluma y la acción, se agigantaría más y más.

«A la crítica — afirma Eusebio C. Carbó en su artículo publicado en el número 121 de CENIT — se lo debemos todo nosotros, incluso nuestra justificación revolucionaria. ¿Cómo poner en duda que su valor sea tanto o más prometedor cuanto más completo se niegue a reconocer límites?» Esto hacemos, ni más ni menos y, en particular, desde mediados del año de 1961 — el que escribe con decenas de trabajos publicados en la querida «Soli» de París y en CENIT: combatir todos los límites a la libertad, incluyendo los del determinismo-mecanicista. No por sistema sino fundándonos en los nuevos conocimientos de la Astronomía, de la Física, de las Matemáticas, de la Química, de la Psicología, etc., y por ser libertarios que no queremos estar encadenados ni sometidos a ningún sistema limitador, por atractivo que se nos presente, aunque se denomine determinista. Primero es la libertad.

A nuestro entender, en lo sucesivo, la dialéctica determinista servirá para defender a un fetiche más y a otros fetiches religiosos y políticos. Estos serán sus últimos defensores: religiones y marxistas, en particular los sometidos a la dictadura actual rusa. Y libres son de usarla aquéllos a quienes les plazca; pero creemos que más justificado será hablar de si existe o no la voluntad humana mientras no se pruebe, científicamente, como parece estar probándose la inexistencia del determinismo en la naturaleza, de lo cual ya hablamos en los números 128, 129 y 130 de CENIT.

FLOREAL OCANA

«Monjas y frailes y pájaros pardales, no hay peores aves»

«Refranero español»

Voces de España

NI GRANDE NI LIBRE

En el tren de Port-Bou a Barcelona

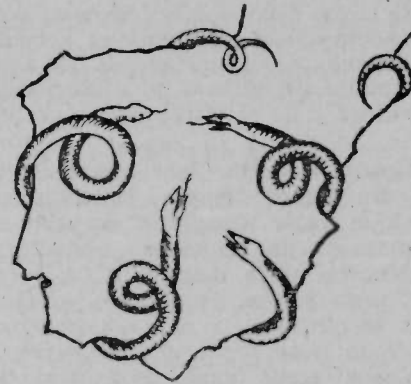
EN las pasadas fiestas de Navidad hice el trayecto Port-Bou Barcelona en un tren abarrotado de obreros españoles, en su mayoría, técnicos, que llegaban de Alemania para incorporarse por espacio de unos días al clan familiar. Cruzar la frontera de la patria les había exaltado. Pegados a las ventanillas se bebían con los ojos el paisaje de mi mundo natal, el Ampurdán, cantaban y lanzaban vitores extemporáneos, mientras varios pellejos de vino corrían de mano en mano. Entre ellos había torneros, albañiles, carpinteros e incluso un experto en cuestiones de fumigación.

Llegaban con pingües ahorros que oxigenaban felizmente el hogar y todos se hacían lenguas de los adelantos laborales de Alemania, de los pulcros sistemas de trabajo en las fábricas, de la previsión, así como de la resistencia y la calidad de los materiales. La opinión unánime era que allí no había la holganza, que era preciso arrimar el hombro; pero que ello tenía sus compensaciones económicas. Me interesé por el trato que se les daba desde el punto de vista espiritual y humano. La opinión fue también unánime. Trato cortés, pero frío, e imposibilidad absoluta de enmendarle la plana a la ley, de llegar a una compenenda. «No hay manera de arreglárselas de tú a tú. Aquello está lleno de « Prohibidos », de « Verboten ». Allí sólo está permitido trabajar, cobrar y beber cerveza.»

El rostro de esos españoles relataba el esfuerzo realizado. La emigración les satisfacía sólo a medias. En Francfort, en Munich, en Hamburgo, su situación personal, comparada con el pasado, significaba un paso adelante, pero echaban de menos nuestro clima y ese algo inefable que sólo la patria puede proporcionar. Admiraban a sus anfitriones, pero ironizaban sobre ellos. Varios vestían saharianas de cuero, de hombreras altas. Sus ojos se movían inquietos a lo largo del tren, eran unos ojos brillantes y astutos, ojos de obrero especializado. Traían regalos. Sus manos eran rudas, eran templadas, menos cómplices del acero y de la madera, que sin duda colocaban las piezas con precisión. Manos modernas que ejecutaban a diario pequeñas maravillas.

El experto en fumigación de árboles enfermos me confirmó el dato que yo conocía por los periódicos: el número de obreros españoles trabajando en Alemania se eleva ya a sesenta mil. Algún periódico nacional se había atrevido a escribir: «El milagro alemán ha sido realizado por españoles». Por lo visto la exportación de esos brazos capacitados llenaba de gozo a algunas personas.

El milagro alemán ha sido realizado por españoles.



En el tren, mi reacción fue la contraria. ¿No significaba esa emigración una dolorosísima sangría para la patria? Escuchaba con calma a los torneros, a los ajustadores, a los albañiles. No me hacía ni pizca de gracia que hubieran encontrado su oportunidad en otro país. De acuerdo con que las muchachas de servicio se marcharan por esas tierras de Europa a mejorar su salario. De acuerdo con que unas docenas de pastores vascos trasladaran su busto ciclópeo y su cayado a los Estados Unidos o a Australia. ¿De acuerdo incluso con que España exportara virtuosos sacerdotes a Sudamérica! Pero, ¿qué decir de la deserción de tanto vigor juvenil y técnico? en el momento en que el trabajo se mecaniza por doquier, en que el país necesita crear nuevas fuentes de riqueza y de consiguiente echar el resto, ¿era lógico permitir la huida de sesenta mil obreros especializados? Me ganó cierta perplejidad. Un grupo de aragoneses bromeaba a lo largo de los pasillos del tren. Los verdes de nuestros campos les parecían escualidos y por medio de expresivas interjecciones comparaban nuestros ríos con el ancho Rhin. Alguien gritó: «¡Llorar, Verboten!»

Me puse a meditar y sentí escalofrío. No, aquello no podía ser de ningún modo motivo gozoso para España y, por tanto, merecían plácemes las voces de los distintos organismos, entre ellos, los Sindicatos, que habían dado pública y reiteradamente la voz de alerta. Que los españoles realizaran el milagro alemán — afirmación, por otra parte, bufonesca y temeraria — no solucionaba ningún problema a este lado de los Pirineos. En todo caso sería de desear, sería encomiable, que los obreros capacitados realizaran el milagro español. ¡Había tanto que hacer desde Port-Bou a

Gibraltar, desde Galicia — tierra emigrante — hasta Huelva!

Los aragoneses afirmaban que, profesionalmente, estaban aprendiendo mucho, lo cual, a largo plazo, beneficiaría a la industria de nuestro país. El argumento me pareció destartalado. Para que ello ocurriera era preciso que dichos obreros regresaran definitivamente a España. ¿Y cuándo se produciría este regreso? Del brazo de mis interlocutores veíanse algunas muchachas rubicundas, alemanas, que lo miraban todo con ilusión y desconcierto. Llevaban en el dedo el anillo de boda y venían por vez primera a conocer su nueva patria. Por si fuera poco, las necesidades de España eran urgentísimas. «El problema es actual». Y he eran urgentísimas. «El problema es actual». Y había recientemente salidos de nuestras Universidades Laborales y de nuestras Escuelas de Capacitación.

Un fabricante catalán, que leía con paciencia admirable «El doctor Jivago», emitió su opinión. «Algo hay que hacer. Cataluña empieza a acusar las consecuencias de la sangría. Muchas industrias se resienten de la deserción, las vacantes se suplen con peonaje mal preparado, por lo que las mercancías se elaboran a ritmo lento y deficientemente». Y lo mismo ocurría, al parecer, en el país vasco y en otras zonas productivas del área nacional. «Lo que les estoy diciendo es grave, sobre todo pensando en la existencia y en las perspectivas del Mercado Común».

El fabricante estimaba — así lo manifestó — que el trasplante de especialistas no beneficia sino al país receptor y citó como ejemplo elocuente, normativo, lo ocurrido en Rusia y en los Estados Unidos. Ambas naciones, al término de la segunda guerra mundial, reclutaron con tacto científicos alemanes y eran precisamente dichos científicos los que habían construido los tantálicos ingenios que habían empezado a poblar el espacio. «Una vez más, los gobernantes de Rusia y de los Estados Unidos reaccionaron al unísono, de modo idéntico. Tienen tantas cosas en común que aca-

barán por repartirse el mundo como si partieran una bola de queso. Acabarán dividiéndolo en dos zonas de influencia de propiedad exclusiva».

No soy economista y, en contra de lo que se supone, las estadísticas y los números me marean con facilidad. Es posible, por tanto, que se me escape la enigmática razón que aconseja permitir esa emigración. Por otra parte, entiendo que el hombre ha de ser libre para trabajar donde le plazca y donde se sienta mejor compensado. Ahora bien, pensando en las palabras del fabricante catalán y en las necesidades urgentísimas de España, ¿no es paradójico lo que está ocurriendo? Sin embargo ¿cómo evitarlo? No se ve en el horizonte otra solución viable que la de crear y establecer en nuestro suelo oportunidades tales que las manos expertas no tengan ninguna necesidad de marcharse a Francfort o a Stuttgart. ¡Ardua cuestión! Sobre todo si se piensa, como se ha dicho, en el progresivo desarrollo del Mercado Común. El Mercado Común significa, si no estoy equivocado, lo contrario de la autarquía, el fuego cruzado de las economías. Los países son interdependientes, lo serán cada día más y una industria ahora rentable puede de la noche a la mañana convertirse en ruinosa, debido a que a tres mil quilómetros de distancia ha surgido una máquina diabólica.

Por mi parte, no puedo olvidar el tren precedente de Port-Bou que conducía a grupos de bulliciosos compatriotas contentos sólo a medias, vestidos con saharianas de altas hombreras. Cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo, España exportó tantos brazos que se quedó exhausta. A una escala más reducida, la situación planteada me aturde. ¿Acaso no son los técnicos, en el momento actual, la principal fuente de riqueza? Un técnico es, todo a la vez, oro y mirra. Y reclama y necesita incienso. Si yo tuviera uno en casa no lo dejaría escapar. Pero en casa no hay más que especulaciones teóricas, rayos de poesía resbalando sobre las cosas.

JOSE MARIA GIRONELLA

LA ESENCIA DE LA LIBERTAD RADICA PRE-
CISAMENTE EN QUE SOLO UNO PUEDE LIBE-
RARSE A SI MISMO. VENGO, PUES, A RENUN-
CIAR A MI TITULO DE LIBERTADOR.

BOLIVAR.

EL TONO DE UNA REVISTA

NOS parece oportuno citar a continuación las frases que de diferentes autores hemos elegido, como características del número 225, correspondiente a enero de este año, de la gran revista ácrata que se publica en la ciudad de México, bajo el título de EXTRAORDINARIO DE TIERRA Y LIBERTAD. Como se comprenderá, resultaría imposible pretender dar el tono general exacto de la mencionada revista en un solo trabajo periodístico. Quien quiera compenetrarse debidamente de la profundidad y altura de esta publicación, no tendrá más remedio que hacerse de un ejemplar, cosa muy sencilla (1). Obvio es decir que recomendamos, al lector acucioso, tomarse esa molestia: adquirir un ejemplar y meditarlo; aseguramos que no perderá el tiempo ni el esfuerzo que ello le reporte.

Hay tareas propagandísticas y ejemplarizadoras que merecen destacarse y ésta es una de ellas. El «Extraordinario de Tierra y Libertad» va en camino de llegar a ser —junto con un reducido número de obras similares—, una de las mejores revistas del mundo ácrata y, ¿por qué no decirlo?, de colocarse a la cabeza de las mejores publicaciones científico-social-revolucionarias que se conocen. Quiere ello significar que nuestro movimiento —internacionalmente considerado—, está en estos momentos bien representado, por no decir bien del todo. Pero vamos al grano y que, tanto los editores, como los autores que citaremos y, asimismo, los lectores demasiado exigentes, nos dispensen si la buena intención que nos guía, dados nuestros escasos recursos humanos, no nos permiten dejar estampado a continuación el verdadero sentido ardiente y sereno al mismo tiempo que los extensos y bien documentados textos insertos en la publicación que nos ocupa, no quedasen debidamente destacados en nuestro modesto resumen. «Errar es humano» y no nos cabe duda alguna de los muchos errores que habremos cometido al realizar la selección de frases. Iremos por orden, desde el principio al fin de la revista. Helas aquí:

DE B. CANO RUIZ:

Empezamos por señalar que este compañero merece capítulo aparte —y con seguridad que un día tendremos que hacerlo—, por su intrínseca cualidad artístico-pictórica. En cada número de la revista, Cano Ruiz deja estampado un dibujo extraordinario, de calidad indesmentible, de un especial colorido y de una sensibilidad de primer orden. Si su pluma y su amplia manera de razonar, contienen destacados kilates, su pincel sobrepasa o por lo menos conforma las mayores exigencias; pero donde llega el estilo proporcionado y adecuado a los temas que con tanto acierto sabe elegir para

sus ilustraciones, sólo llegan los fuertemente dotados. En la portada que tenemos a la vista interpreta el terror demencial del ser humano frente a la amenaza atómica, pero lo hace con una tal maestría vivida y un contraste de colores tan subido de tono, que realmente enerva y despierta, insoslayablemente, en todo corazón bien puesto, un verdadero sentimiento de odio a la guerra, junto con un escalofrío de vergüenza humana que induce a maldecir a los autoritarios capaces de imaginar, como posible, el descandamiento del átomo sobre el mundo. En el texto que acompaña la radiante pintura, él mismo expresa:

«Los Estados que gobiernan al mundo están tendiendo un puente hacia la locura. La historia de la Humanidad registra periodos en que la locura de las clases dirigentes la llevaron a estadios de locura colectiva que hicieron peligrar muy seriamente la propia existencia de esta rara humanidad a que pertenecemos, pero nunca esa locura tuvo caracteres tan fehacientes de aniquilación definitiva como la que se encuentra tras ese puente negro que el gubernamentalismo internacional está tendiendo con un ahínco de exarcebada morbosidad.»

Doblamos la portada y nos encontramos con diferentes textos diversos sobre los cuales nada diremos, ni citaremos, por ser de la redacción y de estilo netamente informativo, si bien muy objetiva y acertadamente tratados, bajo los tres siguientes titulares: El Mundo Estatal; La Ciencia; Los Libros y las Democracias. Pasamos a la página 10, donde encontramos unas **Reflexiones acerca de la revolución cubana**, escritas por JOSE VIADIU, y donde se lee:

«En nuestros medios no pueden ni deben existir problemas tabú. Ello significa siempre limitación e intransigencia, incompreensión o intolerancia. Todos los acontecimientos deben ser enjuiciados, debatidos, controvertidos. Precisamente por nuestra concepción libertaria la cosa debe ser así. Cuando se vulnera esta norma pensamos que es un oportunismo negativo.»

«...Es ingenuo o perverso pensar que donde maten baza los comunistas no vayan por el todo. Para ello basta el ejemplo de cuanto han venido propagando y haciendo en las llamadas repúblicas populares: Polonia, Checoeslovaquia, Hungría, lo que pretendían hacer en España, lo que han hecho por doquier, con traición y alevosía, contra cuantos han tenido la candidez o la buena fe de confiar en sus promesas. ¿Y cómo no iban a hacer lo mismo con los cubanos?»

Del Doctor Juan LAZARTE:

«La solución de los grandes problemas ha de ser mundial; lo parcial no rueda en un mundo enriquecido por las técnicas y unificado por la fantástica velocidad de las comunicaciones, descubrimientos e intereses.»

(1) «Tierra y Libertad». Precio: 1,50 NF
Pedidos a nuestro Servicio de Librería

«El verdadero federalismo no es una estructura política y humana de poder, sino de libertades sociales e individuales aseguradas, por ello es que los federalismos nacionales e imperiales fracasaron...»

«En un mundo nuevo caben pactos, alianzas, uniones, agrupaciones e individuos libres; sólo así puede emprenderse la nueva construcción del nuevo Hombre Universal.»

DE WILLIAM ROSE:

«Para comprender la mentalidad del pueblo norteamericano en la actualidad es esencial entender que el ambiente aquí está saturado de un miedo pocas veces confesado, pero siempre presente. Esta es la cruda realidad detrás de la brabuconería del gobierno y otros destacados personajes de la vida pública de este país. ¿Será lo mismo en Rusia? No lo sé, pero si no tienen el mismo miedo será por ignorancia del horror implícito en la guerra atómica. Me imagino que, por lo menos en los grandes centros, sienten el mismo pánico que nosotros, a pesar del aire matón que adopta tan a menudo su jefe.»

«...Estoy en favor de toda protesta cómo y dónde sea. ¡Nada de lágrimas y lamentaciones estériles! Tenemos que mantener robusta nuestra fe en el triunfo eventual de la humanidad que surgirá del caos y tinieblas actuales como «la columna entre ruinas» del gran pensador Eugen Relgis, o, en las palabras de Antonio Machado:

«Como el diamante clara,
como el diamante pura.»

DE VICTOR GARCIA:

«Aristipo se negaba a ejercer el poder. ¿Mandar al ser humano? «¡Lejos de mi tal vanidad!» Fundador de la escuela cirenaica, abre paso a Teodoro que se proclama ciudadano del mundo y niega la existencia de la divinidad. De aquí que se le conozca por El ateo: «Sacrificarse por la patria, es renunciar a la sabiduría para salvar a los dementes.»

«La síntesis epicureana, según Han Ryner, puede resumirse así: «Evitar todos los obstáculos que se oponen a la pureza, a la continuidad y a la plenitud del placer, no temer a la muerte que aniquila todo sentimiento, ni la divinidad, que no se preocupa absolutamente de nosotros; despreciar el dolor, liviano cuando puede prolongarse, breve y destructivo cuando se manifiesta fuerte; no dejar escapar las voluptuosidades pasadas, sino, por el contrario, retenerlas y alimentarlas por un recuerdo asiduo; ahogar en este vasto océano la pequeñez ridícula del presente cuando el presente, aislado, pudiera significar sufrimiento: he aquí la sabiduría, he aquí el bien soberano, he aquí el arte sutil y delicado del epicúreo.»

DE LESLIE FLINCK:

«...Aquella exaltación de la pobreza que predicaba Jesús ha desaparecido por completo y la propiedad privada y la fortuna se admiten y hasta se anhelan, aunque se las encubra con falsos ropajes de legitimidad y amor al prójimo desposeído.»

«Y en el siglo XIV, el papa Juan XXII condenó categóricamente los resquicios que aún quedaban de aquellos ideales de igualdad que florecieron en el cristianismo primitivo.»

«Así aparece Pedro Valdo en el siglo XII predicando la igualdad económica y la fraternidad social, fundando un movimiento bien nutrido de discípulos que quieren instaurar una sociedad sin curas, sin magistrados, sin amos, sin ricos: una sociedad anárquica con una economía socializada. «No hay otra riqueza que la que la propia Naturaleza nos ofrece y la que los hombres son capaces de crear con su trabajo. La primera pertenece a todos, pues nada de lo creado por la Naturaleza puede, en justo derecho, apropiárselo nadie en detrimento de los demás, y la segunda ha de ser producida por el bien común o es inmoral, pues nadie puede producir nada sin la ayuda, por mínima que sea, de los otros. El disfrute de las riquezas y su producción son funciones que han de hacerse en común y en la más completa igualdad.»

DE ADOLFO HERNANDEZ:

«O bien estamos en la antesala de logros que conducirán —con su inevitable sarampión sangriento— hacia la armonía social, o por efecto de una catástrofe nuclear, quedaremos reducidos a ser una subespecie animal, expuesta no sólo a las contingencias de una vida con ribetes primitivos, sino a quedar supeditados a la mejor adaptación de otras especies que podrían constituir otra fuente del terror humano en los siglos venideros. Algunos entomólogos nos dan prudente aviso al respecto.»

«Por otro lado el constante falseamiento de la palabra revolución mueve a asco y terror.»

«Los Concilios sirven para poner la disciplina eclesiástica «al día». Una notable elasticidad para las futuras relaciones entre los hermanos de la misma grey y las demás iglesias se contempla con asombro, pero da una idea del porqué el papa Juan XXIII surgió como sucesor del hierático Pío XII.»

DE CAMPIO CARPIO:

«...La Europa prisionera, después de Víctor Hugo no había sido sacudida de emoción hasta que aparecieron las estrofas de Guerra Junqueiro, con su aire atlántico, que trajeron un nuevo lirismo y se elevaron hasta alcanzar las notas más altas del pentagrama por sus épicos acentos.»

«Suyas son sus flaquezas y arranques heroicos. Sus emociones mantuvieron viva la llama de la fe, la justicia, el porvenir y la libertad. En composiciones únicas ha combatido la tiranía en todas sus formas, poniéndole delante la razón, la responsabilidad, la libre iniciativa, la igualdad social como principios básicos imprescindibles y legítimos de todos los pueblos.»

«Igual que Tolstoy, él también cavó la tierra, fue sembrador, hizo vendimias y cosechas y absorbió el paisaje que cantó en himnos de resonancia evocativa sin precedentes en ninguna otra lengua.»

DE HEM DAY:

«Es indiscutible que entre los anarquistas y los verdaderos pacifistas integrales hay una similitud de ideas en cuanto a su comportamiento hacia los Estados y los gobiernos, con referencia a la paz.»

«Tanto unos como otros denuncian, con justa razón, la actitud guerrera de los Estados y los gobiernos. Estos, por su propia constitución, no pueden comportarse de otra manera, y ello los condena irremisiblemente.»

«Cada vez que se presenta ante el pacifismo integral ese monstruo que es el Estado se oyen las mismas críticas, formuladas por aquellos que sinceramente han profundizado en el problema, anatematizado esa **superestructura** social que sólo sirve para obstaculizar la verdadera realización de la paz entre los pueblos.»

DE JOSE MUNOZ COTA:

«Ricardo Flores Magón nace en contacto con la ruda elocuencia de las montañas y nace —además— un 16 de septiembre, que es la fecha en que México se transformó en campana libertaria, en el año llameante de 1810. Poéticamente: nació predestinado.»

«Todo revolucionario es David frente a Goliath. Pequeño como una piedrecilla de río en el seno de la honda, terrible como la parábola que traza la honda hasta la frente del gigante.»

«¿Dónde andaba la libertad? ¿En qué rincón de la lucha se quedó secuestrada? La libertad estaba en donde ha estado siempre, en donde continúa: en el corazón del hombre libre.»

«Pero también estaba, ¡paradoja angustiosa!, confinada en la penitenciaría de Leavenworth, tras las rejas de una celda, con el número 14.596.»

«Ricardo era, ya no Prometeo, sino el preso 14.596. ¡Aunque sigue siendo Prometeo!»

DE ABA GORDIN:

«El proletariado, el término tomado en el sentido en que los socialistas lo usan, nominalmente, las masas trabajadoras, no es análogo al de burguesía. El hecho de que la burguesía actuó de cierta forma antes de actuar con la suya, no indica que el proletariado deba hacer lo mismo.»

«La formación de la monarquía fue fundada en el principio de que la totalidad de las propiedades rurales no pertenecían a nadie más que al rey. Esto era una especie de forma primitiva teórica de nacionalización de la tierra, algo semejante a la nacionalización de la industria y el comercio, realizadas por los bolcheviques en Rusia.»

«Aclaremos de una vez por todas el patente pensamiento de que el proletariado (según la interpretación socialista del término significa clase trabajadora), ocupa una posición respecto de su burguesía que se asemeja a la que tuvo el campesinado respecto a la aristocracia terrateniente.»

DE HERBERT READ:

«La paz puede ser física, un estado de reposo y armonía; o puede ser también espiritual o síqui-

ca, y ésta puede expresarse mejor entonces como un estado de progreso silencioso.»

«...Es significativo que en la antigua literatura y en el inglés de los traductores de la Biblia siempre que se referían a la paz lo hacían en este sentido transitivo o activo. El pueblo **tuvo** su paz; o **hizo** su paz; la paz fue una condición positiva que tuvo que ser creada o mantenida. No fue un estado de inacción o pasividad, sino más bien un equilibrio precario sostenido por un esfuerzo consciente.»

«Si las pasiones del género humano continúan desenfrenadas, ninguna regla puede restringirlas. Por lo tanto es obligada la conclusión lógica de que son las mismas pasiones las que deben ser dominadas y la única manera de hacer esto es hacerlo por el amor o, empleando un término más práctico, por la educación.»

DE MAHATMA GANDHI:

«Para mí, el poder político no es un fin, sino un medio de capacitar al pueblo para mejorar su condición en todos los momentos de la vida. Poder político significa capacidad para regular la vida nacional por medio de sus representantes nacionales. Si la vida nacional llega a ser tan perfecta como para ser autogobernada, toda representación se hace innecesaria. Hay entonces un estado de clara anarquía. En tal estado, cada cual es gobernante de sí mismo. El mismo se rige de tal manera que nunca es un obstáculo para su vecino. En ese estado ideal, por consiguiente, no hay poder político, porque no hay Estado.»

DE GUILARTE:

«En el rudo combate que durante más del primer tercio de este siglo hubo de sostener el proletariado español por la conquista y defensa de sus derechos y libertades, nuestros militantes dieron cátedra de hombría y capacidad de sacrificio. Fueron cuarenta años de lucha intensa, jalonados con multitud de hechos de verdadero heroísmo que situaron al anarcosindicalismo ibero, por su combatividad y dinamismo revolucionario, a la cabeza del movimiento obrero internacional.»

«Pero al lado de estos hombres que hicieron historia para ejemplo y a la vez bochorno del mastodóntico y domesticado movimiento obrero actual, otros seres, las más de las veces silenciosos y hasta ignorados, merecen nuestra atención y nuestro reconocimiento: las compañeras de sus vidas, sus mujeres, nuestras propias madres. Quizá éstas no hubieran leído a Proudhon, desconocieran a Bakunin y no tuvieran la más remota idea de quién fue William Godwin, pero atesoraban un alto sentido de su deber como compañeras de auténticos revolucionarios, y para cumplirlo no regatearon esfuerzos.»

DE EUGEN RELGIS:

«Quebrado bajo el peso de tesoros ajenos, un viejo esclavo apenas se abre paso a través de la espesura. La angustia lo taladra

porque el sol, somnoliento e irónico, se hunde
más allá del ramaje,
y él está muy lejos
de su amo feroz...»

«No siento que las pérfidas
garras lo laceran,
y ya no aulla más por el dolor
del devorado corazón:
lo hechizaron los ojos encendidos
por el fuego inclemente de la vida,
del implacable lince
que lo había mirado fijamente
cual si fuera una esfinge milenaria.»

DE ISMAEL VIADIU:

«Charla va y charla viene...
como a las olas que a la orilla llegan.
Y el hombre, todo él,
lengua, y sólo lengua,
ya viperina,
ya meliflua,
ya atropellada o llana.»

DE C.P.D.:

«Los bueyes, bajo el testuz por el yugo
que sobre ellos se abate,
siguen su paso tranquilo, al parecer lento y suave,
mas todo su cuerpo es un músculo firme y tenso
y en su empuje, cual de ariete, hay una dura be-
[lleza
que rima con los agrestes y gigantes peñascales.
Ya llegan los madereros... Ya atraviesan Piedra-
[laves...»

DE COSTA ISCAR:

«El verdadero científico es observador de fenó-
menos y sabe que la senda del conocimiento signi-
fica el descubrimiento de nuevos horizontes sin tener
meta divina.»

«El intento de aliar la ciencia con la religión y la
filosofía no proporciona sino vacuas disputas. Pri-
mero hay que armonizar las relaciones existencia-
les y después o conjuntamente, divagar cuanto se
quiera en los espacios espirituales.»

«... Si el fanatismo es siempre repudiable, no es
lógico afirmar que éste o aquél sean tantas o cuan-
tas veces peor que otro cualquiera... Siempre se es-
tá aceptando de dos males el menor, en vez de com-
batir al mal en toda su extensión y en todos sus
matices.»

DE MARCELO SALINAS (Cuento):

«Tres años después, amarrado a su fatigosa labor
de vendedor ambulante, haciendo duras caminatas
ora enterrándose en el fango pegajoso, ora friéndose
al sol y ahogándose con el polvo, muchas de las
ilusiones que abrigara Ignacio Ponce se habían di-
sipado: nada de los descansos solitarios a la som-
bra de un árbol; nada de las lecturas tranquilas al

resguardo de un portal amigo; nada, tampoco, de
la fructuosa propaganda entre los desposeídos cam-
pesinos: era siempre y siempre, la prisa por llegar
de un sitio al otro sitio, salvando charcos, atrave-
sando serventías, abriendo y cerrando tranqueras y
debiendo aliviar al pobre arrenquin ya medio ven-
cido. Y volver al pueblo de noche cerrada, a dispu-
tar negocio con el bodeguero, cambiando lo recogido
por mercancías, con muy escasa ganancia. Y
comprobar la apatía de los guajiros, metidos en la
política minúscula, con el único anhelo de huirle
al campo, para instalarse en la población, aun de
la manera más ruin, en cualquier humilde plaza
de barrendero o de policía. Si, aceptaban la posibi-
lidad de adquirir la tierra; pero la mayoría pensa-
ba en esa posibilidad por la de poder venderla y es-
tablecerse «entre la gente». «El campo para los
pájaros», decían. Y sin amor ni entusiasmo, se li-
mitaban a esquilmar las siete u ocho vaquitas, cul-
dando de que no bajara el precio de la leche, sin
sembrar frutales, sin arreglar los bohíos, sin pre-
ocuparse de dotarlos con los servicios más elemen-
tales. Si alguna vez demostraban su descontento,
era para culpar al gobierno por no hacer esto o lo
otro, convencidos de que todo debía venirles de los
que mandaban.»

DEL DR. R. MARTINEZ

«Modernamente se sabe de manera indubitable
que la personalidad humana depende directamente
del funcionamiento glandular, y esta personalidad
cambia completamente si las glándulas son hiper o
hipoestimuladas.»

«Y las glándulas sexuales (testículos y ovarios)
que son imprescindibles para las funciones de re-
producción, tienen una influencia tal sobre las si-
tuaciones psicológicas que se ha reconocido ésta sin
discusión por todas las civilizaciones que registra
la Historia.»

«Beaudelaire hacía una poesía muy diferente en
los primeros años de su vida poética, cuando ape-
nas su hígado demostraba algunas irregularidades,
de la poesía que producía cuando estaba en Bruse-
las ya enfermo de mucha gravedad y sus secrecio-
nes internas eran completamente anormales. La
música sublime de Chopin no la disfrutaría la hu-
manidad si las secreciones internas de aquel cuer-
po enfermo hubieran sido tan normales como lo fue-
ron en Franz Listz o tan exuberantes como en Ri-
cardo Wagner. Ni Bakunin hubiera sido el fogoso
revolucionario de haber tenido las secreciones glandu-
lares de Eliseo Reclus.»

DE UN «CORRESPONSAL» EUROPEO:

«Estamos lejos ya de la Revolución Francesa, que
hizo despertar al mundo, vejado y explotado. Los
Derechos del Hombre se olvidan piadosamente de-
masiado. El libre pensamiento ya no es lo que fue
y debiera ser; en él se han infiltrado la dejadez y
el consentimiento. En las organizaciones obreras
entró la política por la puerta grande y con ella
un liderismo hoy ya bastante difícil de extirpar, en

cierta parte por deserción de no pocos revolucionarios, que pretenden volver al verdadero sindicalismo perdiendo sus energías en organismos amorfos, o en otros donde el socialismo burgués o el bolchevismo, dogmático se han enquistado fuertemente, ya que el trabajador, cansado de oír tantas sirenas, ha optado por el mal menor...»

«El racismo es innegable en numerosos países. La absorción estatal lenta pero segura, en todos, al paso que vamos. O despertamos a la lucha, o un día seremos irremediablemente aplastados. Otro dilema no queda.»

DE GERARD DE LACAZE-DUTHIERS:

«La calumnia es una de las formas que toma la insignificancia par ahacerse la ilusión de que existe, aunque es ésta su apariencia más baja y peligrosa. Los hombres han calumniado siempre a sus semejantes por interés y aun, en ocasiones, por placer, especialmente cuando los calumniados se hallan en un nivel superior por su inteligencia privilegiada o por su genialidad artística.»

«El calumniador es aquél que acusa basándose en meras apariencias, sin pruebas concretas, tan sólo por deducciones arbitrarias y caprichosas, a veces por coincidencias insignificantes, que su mala fe o su odio aumentan en proporciones; y con tan risibles datos, grita y gesticula, afirmando que posee pruebas aplastantes de la infamia del adversario.»

«Diderot afirmaba que «la lengua del calumnia-

dor es más cruel y mortífera que el puñal de un asesino». Y todo ello es cierto, porque, por entereza moral que posea el atacado, la calumnia produce en su ánimo una herida de difícil curación.»

..

Y con esto damos fin. Las últimas páginas de esta magnífica revista son de redacción, entre las que merecen destacarse las que contienen el texto completo de una moción presentada por la Federación Anarquista de México, en el Congreso de Historia, recientemente celebrado en aquella ciudad y que por conducto de su delegado, Efrén Castrejón, se hizo presente en defensa de la memoria de Ricardo Flores Magón, la cual intentaron enlodar calumniadores reaccionarios que fueron debidamente desenmascarados en tan señalado comicio que tuvo por sede el Salón de Historia del Castillo de Chapultepec.

La contraportada nos muestra el maravilloso colorido y la luminosa acción de un dibujo titulado «Idealizar:::», que lleva la firma de B. Cano Ruiz y que realmente idealiza, con finos rasgos estilistas, la legendaria figura del inmortal Caballero Don Quijote de la Mancha, en valiente postura de vencedor de follones y gigantes que si bien eran molinos de viento, no por eso él dejó de enbestirlos con la mayor decisión y entusiasmo germinal.

COSME PAULES



MODALIDADES Y ESENCIA AUTORITARIA

Las constituciones republicanas, de carácter federal o unitarias, nunca resumieron los periodos de su vigencia gubernamental reduciendo los atributos autoritarios de sus funciones. El respeto a las determinaciones del Poder se impuso como « costumbre sensata ». Con medidas de rigor, unos y otros, sancionaron los actos antigubernamentales que, premeditadamente o no, se efectuaron.

A los poderes autoritarios nunca dejó de interesar el movimiento rutinario que hace girar a los pueblos en torno a la ley y a los mandatos. En la sumisión al principio de autoridad están interesados igualmente los demócratas como los liberales y dictadores. Romper esa trabazón, aunque sea para modificarla en el mismo crisol, equivale a una tempestad, en la que se agigantan las fuerzas más fieles a la tradición autoritaria, clamando por su eterna existencia.

El nacimiento del socialismo, en tanto que pensamiento filosófico y de perspectiva constructora, atrajo hacia sí la mirada afectuosa de las gentes que deseaban más libertad y no sabían cómo conquistarla. Tales afectos ya se desvanecieron casi por completo. Alegar que era y es encarnación de una nueva expresión teológica es herejía que algunas veces se sustancia en tribunales. Véase, si no, lo que ocurre en los países llamados socialistas.

Hoy, después de largas, penosas y trágicas experiencias, al través de lo cual vemos el índice autoritario en su más alto nivel, inflexible e indiscutible, pronto a la extrema severidad y a la acción eliminadora del individuo, aún hay devotos que auguran su desaparición por resolución voluntaria. La interpretación no puede ser más errónea; es antitética a las expresiones elementales de la ciencia, propia de ingenuos o de dialécticos de Partido.

¿Corolario de la tesis socialista? Política de conquista autoritaria, ejercicio y cultivo de la autoridad, robustecimiento del Poder. La inferencia no puede tener otras características ni otro fin. La homogeneidad política lograda en los países socialistas se ha logrado como consecuencia de grandes desgarros humanos; la exaltación autoritaria no ha concedido derecho a objeciones; el dilema ha sido, y sigue siendo, «obedecer o perecer».

Mas los que en estos menesteres de Poder omnimodo actuaron no todos escaparon a las consecuencias del rigor. Si las leyes tuvieran la virtud de actuar directamente sobre sus infractores, las primeras y más duras sanciones recaerían contra quienes las promulgaron; si el poder autoritario pudiera actuar sin intervención personal, aquellos que más lo consideran necesario serían los más afectados y los que más sufrirían. Es que la autoridad la creen buena y efectiva quienes la ejercen,

porque tal ejercicio es una manera de eludir sus molestias y sus agresiones. Al igual que la ley responde estrictamente al espíritu de los que legislan, el sistema, o grado, de autoridad, no es otra cosa que el sentimiento de dominio de quien o de quienes lo aplican.

En torno a este problema se lleva casi un siglo de intensas controversias. La esfera de pensamiento liberal ha ido alternando en ejercicios gubernamentales fluctuantes; de ella no queda un núcleo específico que en los avatares políticos no se haya visto comprometido. ¿Resumen de sus aplicaciones? Ninguno ha satisfecho las inquietudes y necesidades populares. Todos se asfixian o invalidan en los excesos autoritarios, finalidad ineludible a donde conduce la aceptación de un principio más fuerte que la más firme voluntad personal.

Los fisiócratas sólo fueron apologistas de un credo que murió en pañales. No tuvieron ocasión de hacer sentir en lo más mínimo su influencia gubernamental. De haber logrado algo en este sentido, en tanto que obedientes al principio de autoridad hubieran corrido la misma suerte que los demás gubernamentales. Alguien dijo que el mejor gobierno será el que menos sepa gobernar; se deduce de este aforismo, que podrá ser el mejor por reducir el poder autoritario a la mínima expresión. Si así es, se concede toda la razón al pensamiento ácrata. De este modo, la fisiocracia, que pretenden sea el mejor gobierno para todos los humanos, no tiene por qué entrar en las lides mandatarias. Si por descenso de autoridad, o de poder gubernamental, se cree entrar en vías de normalidad social, la desaparición de todo gobierno autoritario será la más eficaz de las conquistas humanas.

Desde los liberales a los fisiócratas colocan sus postulados en falsa posición. La autoridad gubernamental es un principio siempre dispuesto a cubrir las necesidades de su vida; los abusos de Poder, o excesos autoritarios, son reservas del mismo principio, puestas en circulación cuando los gobiernos presagian o constatan algún peligro a su existencia. De ahí que Ward, en su «Factores Psíquicos de la Civilización» nos diga: «Esta fisiocracia, como hábito de pensamiento más bien que como forma de gobierno, corre ahora con el nombre de individualismo, y se ha llevado a tales extremos por algunos, que viene a confundirse con el anarquismo práctico.»

El acervo que la sociología de mérito dialéctico nos ofrece es monumental; para estudios veraces, sanos e inconfundibles, de su volumen puede utilizarse muy poco. La autoridad estatal, el dominio de los pueblos, la explotación de sus disposiciones físicas e intelectuales, ¿qué Poder gubernamental no los ha practicado? No conocemos una sola excepción. Entonces, pues, la autoridad, esa fuerza

coercitiva e impositiva, en todo tiempo y latitud política tiraniza al hombre, radicalmente debe rechazarse o aceptarse.

Por la nitidez del pensamiento es como puede apreciarse la proyección ideológica. «Empero la sociedad, — habla Garofalo — si quiere existir, debe ignorar esta fórmula: «Conocerlo todo y perdonarlo todo». Lo que puede ser virtud en el individuo, es ciertamente vicio en el Estado. No obstante el espíritu de bondad que la informa, la doctrina de Tolstoi sería un sistema político disolvente. El Estado debe reprimir todo lo que, en su opinión, sea pernicioso. El Estado que no sabe rechazar la violencia por la fuerza, corre a su ruina». Obligado es admitir que nos hallamos ante una definición elocuente. «En su «Justicia y Civilización», Garofalo abunda en estos términos.

La acción gubernamental es dinámica permanentemente; su trayectoria no conoce la estática. O actúa o perece. Tiene situaciones de crisis pero siempre trata de superarlas; cuando una promoción de hombres se gasta en las aplicaciones estatales, la misma atracción del Poder pone en movimiento a

otros con la responsabilidad de gobernar. Para tales efectos la égida política cuenta poco; la esencia autoritaria es lo que importa. ¿Cuales son los recursos de esa permanencia, de esa continuidad de Poderes? La formación del hombre; en él tenemos la fuente del bien y del mal, del mando y de la obediencia.

De las dolencias sociales no culpemos a las divinidades o a determinadas formas gubernamentales; la libertad y la esclavitud, la dicha y la desgracia tienen un solo origen: La personalidad humana. La diversidad de creencias en las divinidades arranca de un denominador común: la fe; la variación de formas gubernamentales obedece a un solo fenómeno: El principio de autoridad. ¿Creéis que vale la pena disputarnos por cualquiera de ellas? Abandonarlas todas es la mejor composición de lugar que puede hacerse; importa mucho hacer comprender que en la vida, el hombre, sólo el hombre, debe ser medio y fin de sí mismo. Sobran dioses y mandatarios.

SEVERINO CAMPOS

DEL OSARIO

QUIEN lea el «Florilegio Español» de don Narciso Campillo, poeta, catedrático del Instituto de San Isidro y autor de una muy fácil Preceptiva Literaria, verá lo que dice que era España en tiempos del rey galán: «un país de mendigos y de ladrones». Cierto, de toda certidumbre. No hay más que remitirse a las obras satíricas de Quevedo, ingenio de aquella España. Contra el hambre quedaba el recurso de ceñir espada o de cantar misa. El que no era militar ni sacerdote hambreada. Sin la miseria extrema, entonces lo característico de la vida española, tal vez no existirían el Lazarillo, el Guzmancillo ni el Buscón. Lo mejor del siglo de oro, principalmente de tipo paisano, denota adefagia (hambre canina). Aumenta la delincuencia, pese a los castigos de la Inquisición. Arias Montano pide en carta al rey que conserve en su puesto a Puñonrostro contra los cacos y matasietes, por razones de profilaxis: pero no pide pan para los que, a causa del hambre, tienen que echarse a la vida airada. Conocemos el mapa picaresco de España por lo que dice el ventero machucho del «Quijote», y Zahara, tan almadraba como presidio suelto, por

la pintura al fresco del mismo Cervantes.

..

Como España ha vuelto a la época de los Felipes, se entiende a lo malo de aquella época, ladrones... y ladronas hay más que antes. El saqueo rige la vida nacional de arriba abajo: no se persigue a los estraperlistas en gordo o mayoristas, pero si a los murcios en flaco o ladrones... al detall. El robo impune fue siempre privilegio de personas de categoría en que hasta para robar hay clases. Yo he dicho que nadie se mudaría de casa si las paredes hablaran, y ahora digo que si el dinero tuviese voz y voto no habría más que personas intachables. El robo o da honras o quita la honra: o se es excelentísimo señor o nada. «Pensó el huésped que el haberlo llamado castellano había sido por haberle parecido de los llanos de Castilla, aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco...» Antojándosele a Don Quijote castillo la venta, alcalde le pareció el ventero y no «sano de Castilla», que en germanía significa ladrón.

..

Un señor que acaba de llegar de Barcelona viene asustado de la cantidad, de la enorme canti-

dad de ladrones y ladronas que a sus anchas operan. A él mismo le han sustraído la cartera sin darse cuenta de ello, limpiamente. Este señor iba todos los días a Correos, al negociado de carteras robadas, a preguntar por la suya. «¿Pero hay negociado de carteras robadas?» «Si, señor, y casi todas parecen, porque a los ladrones, después de guardarse el dinero, ¿lo demás para qué les sirve?» He aquí una hazaña digna del segoviano Pablos: Le quitan a un médico el reloj de plata creyendo quitarle el de oro y el caco dirigiéndose en un vuelo al domicilio del galeno le dice a su mujer: «De parte de su esposo que haga usted el favor de darme el reloj de oro, que tiene que asistir a una consulta, y aquí tiene usted el de plata». Y nada más, sino que el médico regresa a su casa y participa a su señora que le han sustraído el reloj de plata. «No, el de oro, porque el de plata está andando y lo tengo yo».

..

«En tiempos de Felipe IV España era un país de mendigos y ladrones». Ahora, con el hombre torvo ése, es un osario, en que los huesos mondos de España no los quieren ni los perros.

PUYOL

Croquis al carbón

El inadaptado

SU boca retorcida por un rictus amargo de decepción forzada. Sus ojos hundidos y sin brillo, empequeñecidos a fuerza de querer ocultarse. ¡Qué pocas veces brillaban sus ojos! Su cuerpo achicado por el peso de los días sin sol ni esperanza. Su vestir descuidado y su andar cansino. Todo hacía de él un ser anodino. De esos que si se codean al pasar nos trasplantan una sensación de disconformidad para con la vida y para con nosotros mismos. Eso era Redondés en sus «casi» últimos tiempos.

Su única alegría se daba chupando con fruición el mate, en tertulia de amigos viejos, recordando otros tiempos y otros lares. Frase a frase, llegaba en ocasión a la confidencia. Y en notas desgranadas, con voz un tanto arrastrada por la falta de sus dientes, relataba toda la angustia de su vida de inadaptado; todas las pequeñas y grandes alegrías de su vida de luchador. Era un vencido en el que alentaba, de tanto en tanto, la chispa fulgurante de la esperanza. Brillaban entonces sus ojos. Recobraba su cuerpo la tensión normal y Redondés era otro hombre, tan distinto del primero que no le hubiérais conocido al tropezarle...

«No le gusta trabajar a Redondés» — se decía muy a menudo. No obstante, no faltaba éste, cada tarde, al café de la Riera Alta, donde se «cantaba» la Bolsa del Trabajo de Lavadores de Autos, en busca de un jornal. Era cierto. No le «gustaba» trabajar al modo de los otros. Un lugar fijo, un jornal seguro, un hogar caliente, un vivir tranquilo. Prefería el vagabundeo del mañana incierto, de techo inseguro, de yantar difícil... «El Fogar», fondín de la calle Robador en el que se alquilaba plato y cubierto, cazuela y fogón, a los andariegos o a los bohemios o a otros que no eran lo uno ni lo otro, era testigo de su frugalidad, como era testigo de ejemplos solidarios entre la «peña» de los deportados «argentinos» y «uruguayos» que cada día llenaban sus mesas con más bullicio que manjares.

No quería trabajar, no, «para los burgueses». Pero nadie ignoraba su dedicación y su esfuerzo cuando de «trabajar» se trataba en lo que consideraba propio. Nadie ignoraba cómo sabía pegarse a la máquina, allá en la lejana Buenos Aires, cuando se trataba de tirar «La Antorcha» o «Nuestra Palabra». En la misma Barcelona, en ocasiones duras en que hacía falta un hombre para imprimir material vedado. Allí estaba horas y horas sin importarle — ¿cuándo esto le había importado? — el comer o el descansar. Como una pieza más a la máquina — el alma de la máquina — movable, vigilante, grasiento, sudoroso... Trabajando con una delectación incomparable.

Las jornadas de Julio revivieron en él al hombre. Se le vio activo, ufano, batallador... ¡Cómo

trabajaba entonces!... Sus ojos adquirieron nuevo brillo, más nerviosismo su andar, su voz era más clara, más vibrante... Había llegado el gran día...

Un poco tarde ya. Sus pulmones estaban destruidos. La irregularidad de su vida había atacado sus bronquios, sus tejidos, su sangre...

Redondés murió en el hospital, su cara iluminada por una sonrisa, su boca, ya normal, que quería decir algo...

**

De talla pequeña, barba roja e hirsuta y pelo descuidado bajo un más descuidado chambergo, gestos vivaces y penetrantes ojillos movedizos, metido más que vestido en un raído abrigo que ocultaba la falta de chaqueta y ciertas imprudentes roturas de su molido pantalón, tal era nuestro hombre. Así le conocimos en una plaza de la joven Buenos Aires.

Había recorrido todas las latitudes con su cuerpo menudillo, siempre inquieto e inquietante, recibiendo los trallazos de la suerte y de los bárbaros. En Grecia, su país de origen, fue de muy pequeño colgado al techo por los pulgares de los pies; en Bolivia, donde se aventuró en pregón redentorista, rompiéronle la mandíbula y el paladar a culatazos los indios coyas metidos a milicos; en Buenos Aires, en Montevideo, aquí y acullá moliéronle los huesos incontables veces por sus hazañas, que dieron que hablar mucho.

Mitnero de profesión, podía decirse, pues ¿qué otra cosa hacía Furnarakis? No os inquietéis. Hacía «changas» de «lavador», el gran refugio de los inadaptados y de los andariegos. Una «changa» a la semana. No más de una. No era exigente su estómago ni el total de su persona. Pero el cartel de la «Pirsos Forn» («Porta-Antorcha», en griego, él mismo nos hizo amable traducción) recorría plaza tras plaza y calle tras calle en las campañas por Simón Radowizky, por Sacco y Vanzetti y otras más.

Pero en verdad Furnarakis enarbolaba una filosofía propia — quiérase o no — positivista a su manera. No quería, tampoco, producir para el «burgués». «Vengo a por el jornal — decía, al entrar en el garaje — y no por el trabajo. Cinco pesos, vale decir, el pan de la semana, y todo se ha acabado». Para dormir un catre, un rincón en un garaje, un puente ¿qué importa dónde! Las más de las veces en el «quinto»... (Célebre cuadro del Departamento Central de Policía).

Expulsado por Uriburu le vimos más tarde en el Cerro que dió nombre a la ciudad de Montevideo. Era el mismo, inadaptado siempre, con su infaltable abrigo largo, tanto más largo cuando los días eran negros, y un libro, siempre el mis-

mo, bajo el brazo: « El Unico y su Propiedad », de Max Stirner.

Furnarakis llegó a España. Trabajó en La Coruña — alternando don causas buscadas — una porción de meses y en trabajo rudo, preparando las varillas de hierro para el cemento armado. ¿Es que se iba adaptando ya? ¡Quiá! Quien de entonces conoce a Furnarakis sabe todo lo contrario...

Murió el griego, sin patria ni frontera junto a otros valientes, como él sin patria. Atrincherados en una casa de La Coruña agotaron sus misiones en pelea brava. Cuando consumado el «hecho» se acercaron los esbirros de Falange, sólo encontraron cadáveres. Los ojos de Furnarakis, aún abiertos, miraban hacia el sol, que tanto amaba en su loco deambular de inadapado.

..

Descendía de familia pudiente, como Malatesta, como Berneri, como Fabbri. Cursó estudios y conoció la vida en sus contrastes. Sobre todo en sus contrastes. Y abandonó estudios y familia y marchó a América. Se ahogaba en el régimen fascista.

Hízose allí a los trabajos más rudos, y fue así por vocación, por volición propia, **por sentido responsable de la vida**. Ingresó en la FORA en calidad de obrero ladrillero. Y conoció así luchas cruentas y el amargo, qué digo, escaso pero dulce pan que entretiene la miseria digna, en los días de huelga o de parado. Dulce sobre todo para él, que había vuelto la espalda a una vida holgada y sin quebrantos, trocándola por la agitada vida de un luchador abnegado.

Seleccionado por la Patronal, tras una huelga en la que sonaron trancazos y más de un tiro, quedó sin trabajo, sin pan ni techo. Los obreros del gremio quisieron « compensar » su mala « estampa » con suscripción solidaria. El negóse a aceptarlo. « No es digno lo que hacéis — les dijo —. Necesito trabajo y no compasión ». Comprendieron todos la lección moral y por su reingreso al trabajo iniciaron nueva huelga...

La dictadura de Uriburu dió de nuevo con sus huesos en la aherrojada Italia. «La vida aquí me es imposible. Sometido a domicilio « coatto » no puedo dar un paso, hacer nada útil ni vivir lo que de digno tiene la vida. Si no hallo solución buscaré la libertad en el suicidio», escribió a Barcelona.

Amigos ocupáronse de él y a España llegó en

**LA VIDA DEL HOMBRE ES UN SI ANTE LAS
CIRCUNSTANCIAS QUE LE RODEAN.**

Ramón XIRAU

alegre día, burlados esbirros y fronteras. ¡Qué sonrisa inefable la de su cara que tan pocas veces sonreía!...

Llegó y pidió trabajo. «Soy ladrillero — dijo —, pero no importa en qué, yo puedo trabajar.»

Los compañeros pensaron otra cosa. Falaschi — este es nuestro hombre — poseía una vasta cultura, una pluma escogida, una inteligencia magnífica, una probidad ejemplar. Pensaron, y así se lo dijeron, situarle en « Soli ». Resistióse, pero no hubo otra fórmula. Cedió a la amistad y fue de mala gana, pero de muy mala gana. Con el deseo de estar muy poco tiempo.

¡Qué profundidad de ideas! ¡Qué galanura de pluma!, desbordóse entonces en nuestro viejo paladín. ¿Quién no recuerda, entre otras cosas aquellos sabrosos trozos de una nueva interpretación del vocabulario — Diccionario irreverente — que dió muestras de su agudo ingenio?

Pero al revés de Redondés y Furnarakis tenía otro criterio de la misión del hombre. Trabajar, producir, no importa en qué lugar ni de qué oficio, trabajando bien y a conciencia. «El trabajo responsable», era su divisa. Y un buen día, sin cobrar su «semanada», nuestro Falaschi se fugó de « Soli » en busca de trabajo. No se adaptaba — explicó más tarde — a una vida improductiva.

Vana fue toda gestión para encontrarle. ¿Dónde puede haber marchado? ¿Qué puede haberle ocurrido? Un día se señaló su paso por Zaragoza. Pero al personarse a los compañeros se quiso saber quién era y la noticia llegó a Barcelona. Al requerir su vuelta desapareció de nuevo. Apareció más tarde, en la «Modelo» de Madrid. Hasta allí había llegado «linyereando» al estilo criollo. Y allí conoció un nuevo contraste de su vida ya llena de contrastes. Detenido estaba por vagabundo, e incurso en la famosa ley impuesta por los socialistas para su deshonra eterna: « La ley de Vagos y Maleantes ». El, el hombre que huía porque quería, sobre todo, trabajar.

Sorpresa tuvo el juez cuando el abogado acudió en gestión de libertad presentando, como único y vibrante testimonio, aquel librito de Falaschi, breviarario de una moral tan limpia, emblema de su emblema: « El trabajo responsable ». Así salió a la calle, pero a trabajar... Inadapado siempre a las costumbres de los otros. Extraño para todos en su pensar extraño.

Murió en Aragón aferrado a una ametralladora, en una posición defendida por un puñado de italianos que como él allí murieron. Como él inadapados a una vida ingrata, como él, llevando como norma de sus allí truncadas vidas, un concepto sublime de responsabilidad consciente, firmes y consecuentes hasta el último momento, hasta frente a la irresponsable « consecuencia » de las balas.

ILDEFONSO

Los ecos de la tragedia de Chicago

A través del largo medio siglo transcurrido; persistentes y grandiosos, con acento de epopeya y sobriedad de epítafio, llegan hasta nosotros los ecos de la tragedia de Chicago

Hace 76 años, el mundo se conmovió viendo proyectarse hacia la historia las cinco horas con que el capitalismo americano pretendía contener las ansias manumiseras del proletariado yankee.

Y desde aquel primero de Mayo de 1886 en el que tomando pretexto de la bomba arrojada contra la Policía que pretendía disolver la manifestación organizada por los obreros de Chicago exigiendo la jornada de ocho horas, fueron encarcelados y condenados a muerte, Spies, Parsons, Lingg, Fischer y Fielden, la repercusión moral del crimen cometido y las consecuencias internacionales de la tragedia, determinaron la movilización de la clase obrera mundial, continuando en todo el orbe la obra revolucionaria iniciada en América.

Nada hay tan fecundo como la sangre de los mártires. Jamás represión alguna detuvo el desarrollo de los movimientos populares. Por el contrario, el propio avance social y político ha sido acelerado por los procedimientos brutales utilizados por las clases dominantes. Las ideas, ahogadas en sangre en unos cerebros, germinaban y se desarrollaban con más fuerza en la conciencia humana, al contagio y a la divulgación del sacrificio.

Y pocos ejemplos más fehacientes de esta verdad universal, que el que nos muestra la tragedia de Chicago y su eco a través de la historia. Vivos, los cinco muertos hubieran hecho una labor de hombres convencidos de una idea, propagándola, organizando las masas americanas, defendiendo sus reivindicaciones, luchando por ellas. Muertos, su sacrificio los incorpora al proletariado internacional, y, como el Cid, ganan la más gigantesca batalla de los tiempos.

**

Durante 35 años, en ninguna casa obrera española, francesa, italiana, inglesa, alemana, belga, suiza, sueca; en ningún hogar proletario de ambas Américas, faltó el cuadro que tantas veces mis ojos vieron; las fotografías de los cinco mártires en círculo, y, en medio, el grito estentóreo de Parsons, al pie de la horca: ¡Viva la Anarquía! y las palabras profundas de Spies, dirigidas al porvenir: «¡Salud, oh tiempos en que nuestro silencio será más elocuente que las voces que ahora queréis ahogar con la muerte!»

Y cada 1 de Mayo las masas obreras mundiales se lanzaban a la calle, declaraban huelgas generales revolucionarias, exigían a la burguesía y a los poderes públicos aquellas mejoras de condicio-

nes en el trabajo, de respeto a la personalidad humana, de reconocimiento del derecho de las organizaciones obreras, que fueron obligando internacionalmente, a la burguesía y al Estado, que es el mastín guardador de sus privilegios, a hacer concesiones y a conceder una parte, temiendo perderlo todo.

Esta es la simple, la universal verdad, por muchos olvidada: ninguna de las mejoras obtenidas por la clase obrera mundial se consiguió por la colaboración de clases, admitida y practicada por los social-demócratas internacionales. Todas son la consecuencia de una serie de años de luchas cruentas, de esfuerzos sangrientos de los trabajadores, que tenían su máxima expresión en las jornadas revolucionarias de cada 1 de Mayo en toda Europa y en toda América,

Y esa reivindicación de la jornada de ocho horas, por la que dieron la vida los cinco mártires de Chicago, se obtuvo después de una serie de los Primeros de Mayo de lucha, durante los cuales la sangre obrera se derramó a raudales. Y, fuerza mágica de los hechos, fecundidad de ese sacrificio, que resta y restará único en la historia del Movimiento obrero mundial: las propias organizaciones reformistas internacionales, los mismos socialistas en todos los países de Europa y América, declaraban el paro general en las jornadas memorables del 1 de Mayo. Y por millones iban los hombres a la cárcel; la fuerza pública cargaba sobre las manifestaciones obreras, al frente de las cuales la imagen de los cinco mártires era la bandera de combate, el ejemplo constante, el ferviente estímulo.

**

Eran cinco hombres magníficos: Spies, una voluntad y un pensamiento; Parsons, uno de los más grandes oradores que han tenido el anarquismo y el movimiento obrero; los que consiguieron oírle, decían que sólo ha podido comparársele Jaurès; Lingg, el hombre de acción, el organizador, el espíritu ardiente y cáustico (su réplica en el tiempo fue nuestro Ascaso); Fischer y Fielden, dos fuertes mentalidades, robustas y prácticas. Los cinco eran las figuras de élite de un proletariado joven, conglomerado humano compuesto por hombres afluídos a América desde los cuatro puntos cardinales.

La burguesía americana sabía lo que hacía al eliminarlos. Nadie pudo creer, ni por un minuto, en su culpabilidad.

¿Cómo podían haber arrojado la bomba por la cual se los detuvo y se los condenó a muerte, si estaban en la tribuna arengando a la multitud, cuando se produjo el hecho? Pero se quería ahogar en sangre el despertar del pueblo americano.

Y ellos eran las cinco cabezas visibles, las cinco presas codiciadas.

El proceso se montó. Fue un amaño monstruoso. Mas los cinco hombres fueron llevados a la horca.

Y el mundo se estremeció de horror, bramó de indignación ante el crimen alevoso y cobarde. La protesta alcanzó todas las capas de la sociedad, impuso un momento de pánico al capitalismo americano, impresionó al capitalismo mundial.

Y el eco de las palabras de Spies; el eco del grito de Parsons, como profundo: « ¡Germinal! » de Angiolillo ante la muerte, fue la ejecución del presidente Mac-Kinley, ajusticiado por León Czolgosca, joven polaco de 18 años, figura angélica de místico, de belleza sobrehumana, en cuyos ojos azules y serenos revivía la expresión dulce y concentrada del Juan Bautista de Rafael de Urbino.

Nada se pierde; ni una gota de sangre, ni un esfuerzo. Y la conciencia humana asimila e incorpora la lección de los grandes hechos cruentos, de los trágicos e inmensos sacrificios. Y las ideas se consolidan, adquieren majestad y prestancia, cuando, escapando de los libros, dejando de ser elucubraciones filosóficas, se hacen carne sangrante y viva.

¡1 de Mayo de 1886! ¡1 de Mayo de 1962! Setenta y seis años nos separan. Nada, en el curso de los siglos. Días de lucha, jornada heroica de acción y de combate.

Para nosotros, revolucionarios; para nosotros, combatientes de la guerra social, en España y fuera de España ha de ser, ha de continuar siendo, día ferviente de agitación y de protesta; de lucha activa y decidida contra Franco, contra Falange, contra el fascismo internacional, enemigo histórico de la libertad humana, encarnación moderna de la tiranía, de los privilegios y de los privilegiados que organizaron el crimen monstruoso de Chicago.

Que las sombras augustas de los cinco mártires nos acompañen en nuestra lucha; que ellas nos señalen, con la muda sobriedad de su ejemplo, el recto y fecundo camino. Los hombres pasan; las ideas restan. Las sociedades se transforman. El ascenso hacia la libertad, hacia el pleno y armonioso desenvolvimiento de la personalidad humana, nada ni nadie puede detenerlo. Y los crímenes de los tiranos, no hacen más que acelerar el ritmo de la historia.

FEDERICA MONTSENY



ADMINISTRATIVAS

En el próximo número publicaremos la lista de donativos que los lectores hacen a la revista.

Lector que no has contribuido, si puedes, contribuye tú también, CENIT atraviesa momentos difíciles.

Por otra parte, aún quedan algunos suscriptores que no han pagado el año... y el tiempo pasa.

HISTORIANDO

Santo Domingo Guzmán



QUE nadie se arrodille, que ni en broma vamos a distinguirles con una concesión a los curas, sino a echarles un petardo más,

Esta buena pieza de Domingo cuando aún no era adjetivado santo fue enviado al Languedoc en calidad de elemento catequista en compañía de otros cinco fanáticos, españoles y obispos cual lo era él.

Situémonos. A principios del siglo XIII una zona extensa, comprendiendo casi todo el Mediodía francés, resintió la influencia de una religión nueva, el catarés, aparecida como consecuencia del comportamiento falaz y abusivo de las autoridades eclesiásticas obedientes a Roma. Las mejores tierras, toda la industria y la mayor parte de las riquezas languedocianas, así como el catado de las mujeres en trance de casorio, eran bienes que colmaban la ambición de abates y prelados, de tal suerte que los feudales de aquel entonces y de aquellos predios se inclinaron por el movimiento religioso protestante por estimarse lesionados en su orgullo y en su poderío frente a la Iglesia. Infinidad de pregoneros cataresiarcas recorrían montañas y valles, aldeas y ciudades pregonando el retorno al verdadero cristianismo, alimentándose con frugalidad, vistiendo túnica negra con cruz blanca en el pecho, en contraste con los abades y priores extraordinariamente rollizos y envueltos en sedas y alhajas como huries del Gran Turco. El resultado de esta obstinada campaña de los propagandistas del catarés fue que los obispos católicos de Carcassonnes y Castelnaudary vieran menguada la adhesión del pueblo langueduciano a la religión del Papa en la expresión de 1 contra 9. El catarés emergía triunfante...

Es entonces cuando entraron en escena los 6 jабatos venidos de España por mandato de Roma. Había que desarticular al catarésismo, liquidarlo en su propia cuna antes de que el ejemplo escampara... Con Guzmán en cabeza, los obispos españoles peroraron ahincadamente, inquisitorialmente, a fin de convencer por susto a los incrédulos languedocianos. Tarea vana. El pueblo, ilustrado por la palabra de sus nuevos maestros y por la vida liviana que ni ahora desdeshaban los curas, se reía del Santo Padre y de la amenaza del infierno en las propias barbas de los enviados españoles, lo que decidió al jefe de estos, Domingo, a prescindir del curato indígena (por insolvente y cursi) y a entregarse a la tarea impropia de conquistar a la opinión mediante un sacrificio parejo al de los voceros de la religión enemiga. Siendo así, en adelante los caminos y los riscos de las comarcas del Razés, del



Minervois, del Lauragais, etc., vieron pasar afañosos y semi-hambrientos a Guzmán y a sus compañeros vestidos en sotana blanca con cruz negra sobre el pecho, es decir, contradiciendo los colores de la vestimenta y emblema de los predicadores rivales.

Domingo de Guzmán, temperamento incansable, quedó solo en el empeño; su séquito, menos apto para una vida tan ruda, pereció enteramente en un espacio de cinco años. Todo lo aguantable se había apurado, ¡y el pueblo no cedía! Ideó entonces Guzmán un encuentro hablado con sus enemigos; amañado, desde luego. El reto franco del cataresiarca mayor, Guilhem de Castres, jamás le había conenido.

Dispuso la polémica en la iglesia de Fanjeaux, pueblo situado en una altura al oeste de Carcassonne. El promotor estaría asistido del obispo de Castelnaudary y del prior de Bram. Guilhem de dos edictos suyos. Interesados, los vecinos de innumerables localidades se trasladaron a Fanjeaux ávidos de presenciar la discusión. Ya todos los contrincantes estaban presentes menos uno: el prior Bram. Pero una exclamación imponente y burlesca señaló su venida: el buen cristiano subía la cuesta montado en hermosa mula, hermosa por ella y por los áureos arreos que la adornaban. Tras este animal feliz seguían quince cuadrúpedos más llevando carga de pan candeal, jamones, asados, fruta, pasteles, vinos y licores a fin de quitar hambre y sed en un viaje de diez kilómetros...

Inmediatamente comprendió Domingo que gracias a este imbécil de prior Roma había perdido la partida. Le rogó retirarse, favor que no obtuvo. El orondo reverendo gozaba el favor del Santo Padre. Pidió entonces Guzmán que le dejara las manos libres, obteniendo este consentimiento. Inmediatamente, Guzmán elevó una hoguera en el interior del templo para arrojar en ella un papel, al tiempo

que decía a los tres polemistas de enfrente: «Este papel nos encomienda a todos a Dios. Si se quema, la razón está con vosotros, y si resiste al fuego, el error vuestro es evidente.»

El papel no se quemó, y fue nuevamente arrojado al fuego, con igual resultado. Guilhem de Castres, que anteriormente había dado la voz de «discusión abierta y nada de trucos», descubrió que la encomienda había sido químicamente preparada. Entonces el pueblo (el «populacho», dicen los «historiadores» de la Iglesia) abucheó al español malabarista, afirmándose más en sus convicciones de disidencia religiosa.

Poco después el obispo de Castelnaudary debía morir atravesado por un espadachín en Tarascon du Rhôno, y el obispo de Carcassonne sería violentamente arrojado de la catedral y fuera de murallas por haber insultado al público que atrajera a su templo merced al anuncio de un famoso cantor italiano de la época; el feudal de Saussens, tutor del vizconde Trencavel (reyezuelo de Carcassonne) había humillado a los monjes de un monasterio fortificado haciendo presidir en calavera un cónclave por el antiguo prior (el nombramiento del nuevo prior no había sido consultado al vizconde). Todos estos «agravios» irritaron considerablemente a fray Domingo, ya de suyo excedido por el fracaso de seis años de peregrinación encarnizada. Roma fue advertida y a su vez Roma advirtió al rey Luis VI (le Gros) para que declarara la guerra «a los impíos de Occidente». El Gordo vaciló, pero a la segunda invocación del Vaticano encomendó a los duques y feudales de su dependencia que organizaran un ejército de ocupación, lo cual fue hecho, utilizando mercenarios, presidiarios y gallofines, puestos bajo el mando de Simón de Montfort. De este ejército en avance, en el Languedoc se tenían vagas referencias, pero el taimado Domingo conocía su venida por él propiciada. Aborrecido —pero no maltratado— deambulaba como un sonámbulo por las alturas de Fanjeaux interrogando el norte, fingiendo implorar al cielo, cuando en realidad lo que esperaba era lo temible que avanzaba por las rugosidades de la tierra. Y es en esta cotidiana y crepuscular espera que el aprendiz de santo dijo haber visto caer del cielo tres luces que fueron a parar en Les Puilles, en donde hizo levantar una capilla. Y otro «milagro» tenía que anotarse en el día de san Juan —ya en el Languedoc de trabajo— al recriminar a unos segadores por segar en tan señalada fiesta. «O trabajas tú, o no estorbes a los que trabajan», le gruñó una mujer del equipo. Luego los dorados tallos de la mies manaron sangre, y los segadores, horrorizados, interrumpieron su trabajo. La sangre de un accidentado, la tradición la ha convertido en lago, en el cual la verdad debía ser asfixiada.

De pronto la ciudad de Béziers (1212) fue embesitada, devastada y su población pasada a cuchillo. Simón de Montfort y su ejército se habían hecho presentes: 3.000 mujeres, niños y ancianos, que buscaron refugio en la catedral, fueron quemados vivos en el interior de la misma. Camino de Carcassonne, la soldadesca del Santo Padre no dejaba

títire con cabeza divisando, tras esa marcha de horror, las torres de la Cité carcasonesa... Pronto la ciudad fue acometida y asaltada, quedando la famosa fortaleza por ganar. El estado mayor (seis cardenales venidos directamente de Roma) se estableció en una colina dominando Carcassonne, tras cuya operación empezó el sitio de la Cité, que debía durar dos meses. Trencavel (contando ahora veinticuatro años) se defendió bravamente en compañía de sus hombres, dispuesto a perecer en defensa de la libertad religiosa que escogiera su país. Pero la sed y la peste comprometieron su defensa, en vista de lo cual Pedro II de Aragón y Cataluña intercedió para un arreglo, obteniendo, del estado mayor papista, un alto el fuego con promesa de respetar al parlamentario enemigo. Fue este Trencavel en persona, el cual, al preguntar por las condiciones de rendición, fue declarado simple y llanamente detenido, para ser, días después, bárbaramente sacrificado. Indignado, Pedro II regresó a Cataluña para volver con sus huestes, peleando a Simón de Montfort en Muret (a unos kilómetros de Toulouse) hasta caer sin vida (1).

Tomada la Cité, perseguidos a sangre y fuego los partidarios del catarés, Roma impuso su dominio sobre la infortunada tierra conquistada, plantando la simbólica cruz, como ahora en España, sobre montones de casas y personas derribadas. Domingo de Guzmán, vencido en el terreno de la lógica, se erguía vencedor en este escenario de bestialismo consumado.

Aunque enemigos de reyes y religiones, contrastado ese Domingo intolerante y vengativo con el humano Pedro de Aragón y Cataluña, nuestra elección no es dudosa. Morir, debían hacerlo todos, Pedro y Trencavel en ejemplo, Simón de Montfort de una vil pedrada y Domingo de Guzmán de un ruín cólico nefrítico y con el orinal constantemente a su vera.

A pesar de ir para santo...

J. FERRER.

(1) Pedro II de Aragón y Cataluña era, en realidad, el padre carnal del joven Trencavel, a cuya madre sedujo con su arte de trovador.

La mejor sugestión de España en el mundo habría de consistir en encaminar nuestros pasos a España sin atribuirnos condición de héroes. Conviene atenuar la exaltación con el método y templanza de los improprios con la acción. Fuera de ésta no hay nada. Y dentro tampoco sin pensamiento.

Felipe ALAIZ en «Sugestión de España en el mundo» (1).

(1) Aún quedan algunos ejemplares, al precio de 0,50 NF. Pedidos a nuestro Servicio de Librería.

Dos américas distintas...

El compoblano, que se las picó, haciendo fu, de Estados Unidos, dándoles esquinazo a las chicharrinas atómicas que ya se huelen, me ilustra deshaciendo a zapatadas las nubes de humo, de que Prensa y Radio nos llenan la barretina, cantando las glorias del país del millón, el turrón y ¡un jamón! Así, a golpe de zoca, espantaba los mengues, que fraquovulcanizan los pedruscos descalabradores, un cura de mi tierra. Nada más que este *good fellow* iba vendimiando evangélicamente las viñas que no desendiablabla y mi doctrinante me endemonia con sus noticias a mí, clavándome entre las dos alas del hígado todo el dolor del averno.

Los 60 «Pátors» sin familia.— Los Estados Unidos enteros y verdaderos pertenecerán muy pronto solamente a 60 individuos sin madre y más estériles que una mula. Son los jefazos de los trusts, que agarrotan el público gaznate. Alguno de esos garroteiros y garrochistas preside él solo 200 consorcios papelmonederos, metalúrgicos, carrilianos, alimenticios, etc. Todos ellos tienen su número telefónico en Washington, junto a la sede del Gobierno y las cámaras intestinales. El Presidente —el hombre de verdad— es su muñeco de paja y un mandado suyo. «Cameramans» y ministros les obedecen como carroñas en descomposición. En cuanto su Waltham —el mejor reloj de América, según los evangelistas de la XEW— marque la hora H, estallará el Apocalipsis de otro evangelista: el atómico. Acaparan esos jebuseos el 90 % del oro del mundo. Y van por el 10 restante; y por los untos del Oriente Medio, los zocos morunos de Asia y las materias primas de todos los números primos de la tabla de Pitágoras, que aun escapan a su control. La trastocracia y tratrocracia democráticas han desembocado en la pesadilla de esta trustocracia, en la que no

Trustocracia

y trastocracia

se puede pensar sin espanto y helor de solomillo.

La araña y la mosca.— Toda la economía del País —su vida o su bolsa— se hallan inexorablemente presas en la red de esa gigante tela de araña. Están trustificados el acero, la briqueta de la panificación, el vestido, la guardilla, el auto judicial y el de llantas, la leche, la urea de burra, los cereales, la plancha de navegar, las conservas pesqueras, el pie fraituno (queso), la venta al detall en los supermercados, la electrotroticidad, la edición, hasta la mayonesa en botecitos de lustrarse las botas. Hace poco, fueron trillados en California millón y medio de bushels —50 millones de kilos— de patata, por no bajar de las nubes el precio de ese tubérculo. Millares de acres de cebolla hubo que dejarlos pudrir en tierra el año pasado, porque el trust comprador no cubría ni el gasto de arrancarlas. El albéchigo, el durazno, la cereza, los ha de abandonar el cultivador a los gorriones en el Valle Imperial, porque las amalgamadas y los konzerns no abonan lo que cuesta descender del árbol esos frutos. Un agricultor, que quiso sacudir el yugo ominoso, enviando por su cuenta un millar de vagones de lechuga a los Grandes Lagos, no consiguió más que arruinarse: la ensalada turista, adrede atascada en el viaje, llegó a su destino en perdición y hecha sopas. Al rancharo impecuoso, que no regala casi la cre-

ma de sus vacas y de su sien, le obligan los especuladores a be-bérsela, a regarse con ella el bróquil, como Popea, en romanos baños de asiento. ¡La desolación de la descaseación! Y ¡pobre del que recalcitra, intentando fabricar pies de capuchinos (quesos) y mantecas! Se les denuncian las instalaciones por insalubres y se le truena como a Hiroshima.

Extensión universitaria. — Los trusts bananeros y cañeros, con fines puramente hedonísticos, tiranizan bárbaramente a la América Central y financian peronismos y chacalisms totalitarios por nuestros rumbos del Sur. De Puerto Rico han obligado a emigrar a la mitad de la población, embargándole al guajiro la parcela, cuya explotación se le había hecho aviesamente anti-económica. De Hawai son dueñas absolutas dos o tres Compañías piñeras y cocoterías. Mac Arthur, en el Japón, exterminó por cuenta de los trusters las tres cuartas partes de la salsa amarilla. Al café pasado por el calcetín, le han declarado en la metrópoli el boicot los esclavistas sureños, y el 90 por 100 de la masa de color no trabaja. En Miami la echan a puntapiés de las aceras y no la dejan acercarse al centro de la elegante población. En Luisiana y ambas Carolinas, los mascarones del Ku-Klux-Klan impiden pistola en mano votar al pobre Panchito. En Alabama y 29 Estadúnculos más, las negrales mías hacen jornadas de trabajo galeóticas por 75 centavos de jornal. En Texas, al mexicano y hasta al ibero se les incluye entre el marro humano y la sangraza de raza inferior. «No ladréis» les dicen, cuando hablan en castellano. No, no hemos de ladrar los humillados y ofendidos de todas las estepas del mapa. Lo que habría que hacer es morder a lo caimán, con tres carreras de serruchos en cada mandíbula.

...PERO IGUALES

EL Presidente del Perú, Manuel Prado, se ha concedido el honor de unos días de vacación, hacer la vaca, para encharcarse en México, donde no a pocos enchinó el bucle esó de que proscribiera de la legalidad, al partido que tiene esto mismo por el eje con hoz y martillo y exilio a perpetuidad de las ganancias del libre respiro, al mujik en Rusia y en 20 Karajanias más.

En las bizarro-perulerías, hubo un general, durante la guerra del Pacífico, de la propia onomástica del actual jefazo inca, Mariano Ignacio Prado, tan ameno, que sobre loyolear nominalmente, aun marianizaba.

Este personaje de charreteras, le costó a su patria tanto territorio como Santannón a México «presque». De él dicen verídicos anales: «La conquista de la cruz se hubo a la sazón de enfrentar con el morbo tan endémico en las continentales mulaterías, de los militronchos apoderándose de la Nación; y del órgano de la supuesta defensa, convertido en plaga y langosta de los debidos defender; no dejando tras su huella, más que baba amarilla y pasto en serraduras».

Ignoro si Manuel Prado desciende en línea curva del ignaciano de marras. Nada tendría de particular, porque las democracias son tan tutmósicas y dinastizantes y «del si me quebras, te quebro», como las de los aplastados por las Pirámides.

Allí las mujeres de placer imitaban los cuellos de ibis, los ojos de loto y los cutis de papiro de las Faraonas. Como hoy a muchas gringas les da el histérico de remedar la nariz de pico de candil de mistress Kennedy, en competencia con los desmayos que les producen los gorigoritos del cantante Priestley o de la otra corneja Paul Anka.

Todos los mandamasas o mandamansos tienen los hígados verdes, la herramienta dental y la quijada sansónica de los cocodrilos.

Prada, no Prado

En el Perú, ha habido una pradera de genisidad y alta hombría, hombría de hache mayúscula, que a cuanta paja tocaban sus lindes la volvían ensalada jugosa y deslumbrante flor. Me refiero a González Prada.

No toda América es Canadá, «que nada ha». Se entiende en galas de espíritu. El desierto moral lo han atajado aquí Prajedes en Méjico, Barret en el Paraguay, Pacheco en la Argentina, Thoreau en la propia Gringolandia.

Son dichos cuates los verdaderos 5 megálicos de este Hemisferio, de tantas fieras; los auténticos santos Padres del saber de la iglesia laico-occidental.

Contra lo que a manta se opina, América, Indo o Iberoamérica, no adolece de castritis y cheguevaritis.

América es libertaria; revolucionaria, no epidérmica y superficial, plana e involuminoide. Los esporádicos son sus caudillajes. Los que sudan insustancia y ganas de personal son sus liderones.

Los Novi Mondis no serán nunca Vurikos, ni Sungs. Los que quieren poner a rédito el actual borborigmar que nos transporta, tendrán un fiasco. Morderán en hueso. Y tras en güeso, el polvo.

El «man» u «homo americanus», independentista ¡bien! Anticolonialista ¡correcto! Antiesclavónico ¡perfectissime!

A estatalizar hasta el aliento, a burocratizar incluso a las gatas de la domesticidad, que vaya el apostatado marxista a Oriente; a la sin buena ventura Asia; al Tibet lamaico; al indo bramón; a coolimania; a la Kagaranda jambarrera.

El peón de aquí —gaucho o guajiro— cuando algún leninista extravagante le pregunta para qué quiere la libertad, contesta

como el rayo, en chispas: Para no ser mucamo, carguero, yanacóna y macegual; siervo ciervo; bestia de baste y secuaz de reata de ningún mal nacido.

«Para pasear, después de rendir el esfuerzo razonable, en mi «jeep» de 20 lumbres, como todo un señor.

«Para que la escrófula no me degüelle la chamacada; y para que me huela bonito, como toronjil, el pecho de mi china.

«Para darle p'al pelo a mi caporal, si se me sube.

«Para irme con la bola al monte, en cuanto me pete.

«A hacerles la guerra a los cogotudos, a los chapetones, a los sanhopanzorros, a quienes no cunde más que el mofle y el jamón.

«A los que lunchonañ 6 veces al día.

«A los que se sorben el huevo de 2 yemas, que ponen las gallinas.

«A los que se toman en el «break-fast» la leche pasterizada, certificada, preferente; sin descremar y desuerificar; sin privarla de cáseo y avitaminarla.

«A los que en cuanto manosean 4 cuartos del concejo, empiezan por adquirir un Cadillac, para atropellar material escolar; construirse una residencia o comprarse un «chalet» de chalados; por agenciarse un ranchito, más grande que mi pueblo; por echarse de querida una lampadante cinesta, una cínica de cine; por hacer de cada pollona de su hogar el escaparate de una bisutería, la exposición de guarniciones de un talabartero.

«Para esas frioleras, queremos ser libres; dejar de ser liebres, huyendo delante de las escopetas y de los perros como lobos del orden.

«Para no hacer de montura de ningún herniado esparrancado.

«Para no aguantar potras o ancas, no andar a trancas, ni capuzar en todas las barrancas de la Creación.

«Para eso, nomasito».

Angel SAMBLANCAT

Valor del principio individualista

ARTURO Kœstler, en su tan propagada obra « El cero y el infinito », plantea el problema que turba muchas inteligencias. Se trata de decidir si el individuo vale y merece respeto y consideración por sí mismo, por algo peculiar, particular, «individual» o si, por el contrario, no es estimable y tenido en cuenta que como miembro de la Humanidad.

La cuestión, algo empujada, se ve surgir doquiera la observación se fije; hay una tendencia alarmante a supeditar cada vez más el individuo al grupo, de sumergir los derechos individuales en una cantidad creciente de deberes hacia la colectividad y de ahogar, en nombre de ésta, el espíritu crítico, el espíritu de independencia, el gusto del riesgo y el ánimo emprendedor.

Con todas estas cualidades quedan abatidas otras ro menos preciosas, como la confianza en sí mismo, y ese temple que no cede ni se deprime ante las contrariedades... No se ve, sin embargo, de qué manera una colectividad puede ser libre si está compuesta de individuos limitados por todas partes; ni qué potencia creadora alcanzará el pensamiento de la primera si sus elementos reciben las opiniones hechas, carecen de medios para tener ideas propias y no son dueños de sentir una oposición ni de manifestarla...

Con frecuencia se olvidan dos cosas elementales: una, que cuanto más poderoso es un grupo humano, más difícil es un acuerdo, a no ser en asuntos inmediatos y concretos; otra, que el acuerdo es también tanto más difícil cuanto más evolucionada y robusta es la personalidad, cuanto más acabada y completa es su formación. Los fines individuales son y serán siempre innumerables; podrán acallarse por el terror o por otras circunstancias que los reduzcan a silencio momentáneamente; pero no dejarán de existir nunca y su realización, más o menos perfecta o aproximada, es lo que da la sensación de felicidad. Esta es, pues, algo subjetivo y muy difícil de elaborar, ni siquiera aproximadamente, si no es por el mismo sujeto. Nunca parece más acertada que cuando se piensa en esto, aquella imagen por la que los individuos de distinto temperamento se comparan a personas que habitaran a los dos lados de un abismo infranqueable. Sólo de una manera aproximada, y aun en individuos afines por su constitución y manera de reaccionar, puede uno formarse idea de las emociones ajenas, de las cadenas de razonamientos, de las intuiciones, de los impulsos. Jamás un individuo de carácter tranquilo, un flemático, podrá comprender un emotivo y a la inversa; como un hombre sin curiosidad y de espíritu rutinario no podrá nunca explicarse el investigador incansable, siempre inquieto y curioso.

La felicidad, como la justicia, supone la diversidad y sólo puede alcanzarse... relativamente, cuan-

do el individuo conquista más y más su autonomía y cada vez en nuevos sectores de actividad.

El camino es el mismo que conduce a la magnífica eclosión de las ciencias y las artes, al acrecentamiento de la belleza en el mundo. La «multitud» tiene miedo u odio a la verdad; y la supeditación de la individualidad humana al grupo detiene, aunque sea pasajeramente, la marcha triunfal del Hombre.

Cuando el individuo no tiene defensa contra el poder arbitrario, se producen los casos que todos conocemos: Galileo encerrado entre tinieblas por querer estudiar el cielo; Semmelweis calumniado, perseguido por su propio maestro por sostener que la desinfección previa de las manos que intervienen disminuye la frecuencia de las infecciones puerperales; el inventor del teléfono en Boston detenido como estafador porque se consideraba imposible este modo de transmisión de la palabra, y porque, aunque se imaginara posible, no serviría para nada.

Tampoco se ve cómo los verdaderos valores morales podrían conservarse si la autonomía del individuo estaba de tal manera sacrificada a la colectividad que aquél no era dueño de decidir las cosas que quisiera sacrificar, a cuáles y por qué razones. Cuando el individuo observara una conducta que no obedeciera a principios generales admitidos universalmente, sino que obrase al dictado del exterior, sin capacidad de elección, las virtudes más respetables perderían todo su significado y valor. Uno y otro derivan de la libertad del individuo para decidirse, de la posibilidad que él tiene para sacrificar o no ciertos valores a otros.

Es verdad que, a veces, son muy buenas las intenciones que animan a los que mantienen firmemente el principio de soberanía de la colectividad y que no conceden valor al individuo sino como miembro de ella; pero las buenas intenciones no sirven para prejuzgar los resultados. Cuando se ha uniformado el saludo de los hombres obligando a levantar el puño, se ha abierto el camino a la uniformidad de la mano extendida; y nadie negará que el primero es anterior cronológicamente al segundo. Cuando se organizaron adolescentes y jóvenes uniformándolos en cuerpo y alma, no se hacía más que preparar el advenimiento de las «balillas» y de las juventudes hitlerianas.

El principio colectivista deformado tiene esto de peligroso: que arrebatando al hombre sus particularidades individuales, atropellando la esencia peculiar a «cada uno», crea una mentalidad que se nutre de consignas y propaganda, que pierde el saludable hábito de la decisión individual, de la crítica y de la confianza en sí y es presa fácil para cualquier extravío o aun para, siguiendo una lógica implacable, acabar con los tesoros espirituales que pretende defender.

H. Ryner Dos sueños de Pacíficus

MIENTRAS que los ejércitos combatían, torbellino de sangre y de rabia, el Genio de la Guerra apareció en sueños a Pacíficus:

Y lo interrogó en estos términos:
— ¿Eres francés o eres alemán? ¿Eres inglés o austriaco, o ruso, o turco, o serbio?

Extraños misterios tiene el sueño. En lugar de colocar con precisión en la vida de hoy, la pregunta actual transportó a Pacíficus hacia los días de antaño. Fue como si volviese a ver algunas de sus vidas anteriores o como si viese la existencia de algunos filósofos antiguos. Y lo que en seguida respondió no fue su presente, fueron algunos de sus pasados o fue el pasado de otros hombres.

Por consiguiente, en la confusión del sueño, las respuestas se dirigían a preguntas que no parecían haber sido planteadas.

PACÍFICUS

— Yo no soy ya cínico desde que ví a un cínico servirse de su bastón, no para aliviar su marcha, sino para refutar a un contradictor.

Y el extraño diálogo continuaba, enfrentándose con respuestas en donde tal vez las preguntas parecían huir.

— ¿Eres alemán? demandaba el Genio de la Guerra.

PACÍFICUS

— Yo no soy estoico desde que el estoico Marco Aurelio atormenta y mata a los cristianos... Cuando encuentre una filosofía que, emocionante para mi corazón y satisfactoria para mi espíritu, a nadie habrá golpeado, de nuevo tendré una filosofía.

EL GENIO DE LA GUERRA

— ¿Eres francés?

PACÍFICUS

— Fui cristiano, mientras el cristianismo no tuvo otros defensores que los mártires. Pero cuando el cristianismo produjo perseguidores, soldados y verdugos, repudié al cristianismo vuelto infame.

EL GENIO DE LA GUERRA

— ¿Eres inglés?

PACÍFICUS

— Fui hugonote mientras los hugonotes tuvieron la valentía de dejarse matar sin matar. El día en que Coligny llamó a las armas a todos los Reformados, me alejé de los Reformados... Cuando encuentre una religión que no haya matado, de nuevo tendré una religión.

EL GENIO DE LA GUERRA

— ¿Eres austriaco?

PACÍFICUS

— Fui francmasón mientras los francmasones fueron perseguidos. El día en que ese pueblo de vigilados se volvió un pueblo de vigilantes, huí de la maloliente ignominia... Cuando encuentre un grupo en que nadie intente perseguir al prójimo, daré mi corazón a ese grupo.

EL GENIO DE LA GUERRA

— ¿Me responderás al fin? ¿Eres francés o alemán, eres ruso, austriaco o inglés?

PACÍFICUS

— Cuando encuentre un pueblo que no derrame sangre humana, tendré una patria.

Algunas noches después de la noche que acabo de narrar, el Genio de la Guerra apareció por segunda vez a Pacíficus.



EL GENIO DE LA GUERRA

— Ha llegado la hora en la cual los destinos harán inclinar los platillos de la balanza. ¿Qué platillo deseas ver inclinado?

PACÍFICUS

— ¿Tendría algún peso mi deseo inclinado?

EL GENIO DE LA GUERRA

— Ensaya a ver lo que pasa.

PACÍFICUS

— Que la balanza se incline en favor de mi nación. Da a mi nación esa menor derrota que los locos llaman victoria.

EL GENIO DE LA GUERRA

— El flotamiento de los destinos se iba a inclinar hacia el otro sentido. Pero la diferencia en los pesos es débil y vacilante. Tu esfuerzo, en este momento, puede decidir los destinos. Añade en seguida al peso de tu deseo un peso más material.

PACÍFICUS

— Agarra los pocos bienes que tengo. Y toma mi vida. Y, si los sufrimientos tienen ante tus ojos algún valor, aplástame, durante la agonía, de cuantos sufrimientos quieras.

EL GENIO DE LA GUERRA

— Los destinos rechazan tu sacrificio. Exigen que traigas otro peso.

PACÍFICUS

— Si algo he olvidado en lo que me pertenece, que lo tomen.

EL GENIO DE LA GUERRA

— Escucha la exigencia de los destinos. En cambio de una victoria acordada a los tuyos, te piden que añadas en el amontonamiento fantástico de los cadáveres, otro cadáver más. Y llevan la dulzura hasta no exigir de ti ningún gesto mortífero, sino solamente una palabra de consentimiento. Di: «Sí» a la victoria y a la muerte.

PACIFICUS

— No puedo. ¡Mi vida! Toma mi vida. Pues la vida de otro no me pertenece y no puedo, por lo tanto, darla.

EL GENIO DE LA GUERRA

— Los destinos indulgentes te piden el cadáver de un enemigo: se contentan con un simple soldado. Lo exigen mediocre de inteligencia y de carácter, soltero, huérfano de padre y madre, sin familiares ni amigos. Dale ese hombre que no conoces y que es indiferente a todos.

PACIFICUS

— Ningún hombre me es indiferente.

EL GENIO DE LA GUERRA

— Nadie derramará una sola lágrima por él.

PACIFICUS

— Causaría mi remordimiento mientras viviera.

EL GENIO DE LA GUERRA

— Estaría el remordimiento en no haber querido conquistar, tan fácilmente, el montón de tesoros materiales y morales que esta sola palabra resume: la victoria.

PACIFICUS

— Ningún premio material iguala la vida del más humilde de los hombres y, para el asesino, no puede haber ya tesoro moral. Toma cuanto me pertenece y que te doy de todo corazón, o cesa con tu impotente tentación. Nada es lo bastante fuerte y seductor para hacer de mi corazón un homicida.

★

Pacificus se despertó. Su cuerpo estaba cubierto de sudor como luego de un gran combate; su cara estaba cubierta de lágrimas como después de un gran sacrificio.

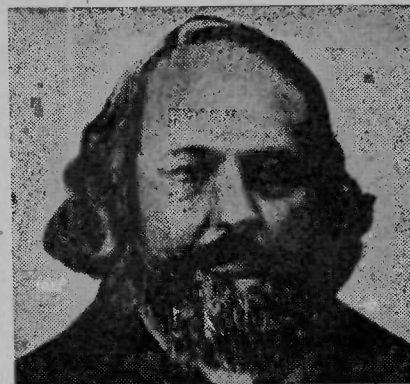
NOTA. — Extracto del libro inédito de Han Ryner, «Los diálogos de la guerra» (Dialogues de la guerre). — V. M.

«Los autores de la Biblia han dibujado a su Dios según su propio retrato, dándole todas las pasiones
Maitre N. Simón en «Paseo humorístico a través de las religiones y los dogmas.»

Precio: 1,00 NF. Pedidos a nuestro S. de Librería.



La Masonería, según Bakunin



EXPRESION genuina de la clase media, en su desenvolvimiento, por su creciente poder al principio y luego por su decadencia —dice Bakunin—, la Masonería ha representado en cierto modo el desarrollo, el poder y la decadencia intelectual y moral de dicha clase.

Antes de 1793 había reunido en su seno los espíritus más distinguidos, los corazones más ardientes, las voluntades más fieras, los caracteres más audaces, y había constituido una organización activa, potente y realmente bienhechora.

Era la encarnación enérgica y la realización humanitaria del siglo XVIII.

Todos los grandes principios de igualdad, libertad y fraternidad, razón y justicia humanas, elaborados primero por la filosofía de aquel siglo, se habían convertido en el seno de la Masonería en dogmas prácticos, y a manera de bases de una moral y una política nuevas, se había hecho el alma de una empresa gigantesca de demolición y de reconstrucción.

La Masonería en aquella época no fue otra cosa que la conspiración universal de la clase media revolucionaria contra la tiranía feudal, monárquica y divina.

Fue la Internacional de dicha clase.

EXTRACTO DE «PROVERBIOS MORALES»

«Ni habrá contento que quite
tan solamente una cana,
Ni vanidad cortesana
que deje al dueño que duerma,
Ni habrá fama que, si enferma,
no tenga difícil cura,
Ni se gana sin ventura
ni se conserva sin arte,
Ni por perder una parte
se ha de aventurar el todo,
Ni hay hombre que por su modo
no sea un loco perenal,
Ni con falta de caudal
es bueno levantar obra
Ni pienso que a nadie sobra
dinero para mal uso,
Ni tiempo al hombre confuso
para bien ni mal obrar.
Ni quien sepa moderar
el hambre del apetito,
Ni hay manjar tan exquisito
que siendo mucho no enfade,
Ni vicio, por más que agrade
que no remuerda o condene
Ni el que pocas fuerzas tiene
las probará si no es necio.

★

Es sabido que casi todos los actores principales de la primera revolución han sido masones, y que al estallar esta revolución encontraron, gracias a la Masonería, amigos y cooperadores decididos y poderosos en todos los demás países, lo cual indudablemente favoreció en gran manera su triunfo.

Pero es igualmente evidente que el triunfo de la revolución ha matado la Masonería, porque habiendo aquélla satisfecho en gran parte sus aspiraciones de la clase media, y habiéndole hecho ocupar el puesto de la aristocracia nobiliaria, la clase media ha venido a ser, a su vez, y de un modo muy natural, la clase privilegiada, explotadora, opresora, conservadora y reaccionaria, la amiga y el sostén más firme del Estado.

Después del golpe de Estado de Napoleón I, la Masonería se había hecho, en gran parte del Continente europeo, una institución imperial.

La Restauración la hizo revivir algún tanto en Francia.

Viéndose amenazada con la vuelta del antiguo régimen, se vio forzada a ser nuevamente revolucionaria, pero su espíritu había decaído ya muchísimo.

Con las revoluciones de 1830 y 1848 en Francia la Masonería acabó por completo su revolucionarismo, puesto que habiéndose hecho servidora de la clase media y hallándose ésta en el pleno goce de todos los privilegios, dominando verdaderamente al mundo, perdió también su razón de ser, conservándose hoy estacionaria e impotente, sin energías ni ideas nuevas que la hagan mover.

Puede compararse ahora la Masonería a un viejo buque que le entra el agua por todas sus anchas grietas, sin gobernalle ni brújula, esperando el momento de irse a pique al primer golpe de mar.

No por el golpe de mar, sino por la tremenda tempestad representada por el proletariado, que barrerá de la superficie las caducas instituciones con todos sus irritantes privilegios, que, cual el Caín de la fábula bíblica, asesinan a su hermano Abel, el proletariado, olvidándose de que éste le ayudó y fue su poderoso brazo para conquistar el triunfo, desconociendo los derechos de su hermano y que, sin embargo, representa la primera potencia social.

VERSIONES

por DENIS

EL CORTESANO

ERASE un conde, marqués o duque, poco importa, favorito del rey. Había ganado el honor del puesto con honor: metiendo a su mujer en el lecho del soberano. Cada cual juzga el honor a su manera. No está a nuestro alcance comprender honor tan alto como el del favorito y sus pares, gentes, nadie lo ignora, para las cuales el honor es como una protección.

No era nuevo, ni original, llegar a los puestos elevados por caminos tan directos. El propio favorito debía su título de conde, de marqués o de duque, a un hecho semejante: una abuela, metida también en el lecho del rey, lo había ganado. Tenía así el orgullo — cada uno se siente orgulloso de lo que puede — de que corriera por sus venas sangre real.

El puesto de favorito era muy envidiado. Dejaba las manos libres para gozar privilegios sin número: entre otros, el de tener en el lecho las mujeres de los que aspiraban a cargos de menos importancia.

Ni el rey, ni el favorito, ni los que envidiaban el puesto al favorito — espuma de la nación —, pensaban apenas en otra cosa que en tener mujeres en el lecho. Signo, como pocos de impotencia. El hombre de muchas mujeres no es un hombre, como la mujer de muchos hombres no es una mujer.

Para disputar al favorito el envidiado puesto, cada día eran llevadas al lecho del monarca otras

Mejor harían muchos plumíferos que del anarquismo se ocupan, a su manera, en buscar en sus bases filosóficas, morales y humanas algún ejemplo con que adornar su desdichada existencia.

¿Sociedad con gobierno? He ahí la broma, una broma archipesada, incongruente, que determina el que los hombres se consideren enemigos, que fomenta catástrofes de toda índole, que esclaviza y avasalla en todo el mundo. Una broma que no es broma, que es tragedia.

¿Por qué?

Por las fronteras que crea.

Por los ejércitos que constituye.

Por las dominaciones que engendra.

Por el imperialismo y el totalitarismo. Por el hambre y el caos social. Por... tantas cosas, que para saberlas todas tendremos necesidad de que los hombres digan lo que saben, y aun algunas cosas se habrán perdido tras las brumas de los tiempos.

R.

mujeres: lindas, pero que no debían tener, en privado, los encantos de la mujer del favorito. Porque ese sacrificio, si sacrificio había, era inútil. El favorito permanecía inmovible en el favor del rey.

Salvo en esa rivalidad, que no se manifestaba siempre con las maneras debidas entre personas de tan preclaro nacimiento, el favorito y sus envidiosos mantenían relaciones de una cortesía exquisita. La mujer de cada uno, antes o después de pasar por el lecho del rey, era la mujer de todos: comunidad no exenta de grandeza, ni de esa gran virtud que es la liberalidad.

Podía no saberse quién era el padre del hijo que a cualquiera le nacía, pero por las venas del hijo corría, y eso bastaba, sangre azul, no empañada. La casta elegida se perpetuaba sin mezclas adventicias.

No siempre. Nada hay en el mundo sin excepciones. Sucedia, a veces, por accidente, por desgraciado accidente, que la mujer traía al hogar un vástago de sangre impura. Y que su ejemplo, por los caminos más extraviados, era seguido.

El escándalo, cuando una mujer así olvidaba su rango, era ahogado, pero era un escándalo. Hasta tal punto que ningún miembro de la casta elegida metía ya en su lecho a la olvidadiza, como no fuese en secreto.

Y de aquí surgía la causa de que su ejemplo fuera seguido. El secreto en que se entregaba a aquello mismo que antes hacía a sabiendas de todos, le proporcionaba un placer sin medida. Siempre el secreto aviva el placer. Ese placer la transformaba. La hacía más bella, más graciosa, más ingeniosa. Brillaban más sus ojos. Sonreía con una alegría íntima casi contagiosa. Una transformación tan radical despertaba la curiosidad de las otras mujeres. Buscaban — no tenían otra cosa que hacer — sus causas. Y no tardaban en encontrarlas. Descubrimiento que traía tras sí una multiplicación de los accidentes desgraciados.

Tal era la vida del favorito y sus rivales, y de las mujeres que tenían en común, compartidas, por los accidentes desgraciados, váyase a saber con quién. A la que presidía, desde su altura, como una corona, el rey. Cuidadoso, a ratos perdidos, por los juegos de la guerra o de la diplomacia, de los intereses de la nación, que eran los suyos. No podía permitirse que sufrieran menoscabo. Estaba permitido, con menoscabo de los intereses de las naciones vecinas, su acrecentamiento. No hay, cualquiera que sea la época, otra política internacional. Ni otra moral internacional. Si el vecino toma por asalto una provincia es un acto de bandidaje. Si se toma al vecino, por asalto, medio país, es una conquista gloriosa.

Ese cuidado suponía gastos cuantiosos, a los

cuales se sumaban los exigidos por la existencia del rey, del favorito, de sus rivales, de sus mujeres comunes, que era una existencia lujosa, suntuosa. Se sufragaban, a veces con dificultades, gracias a unos animalillos, parecidos a hombres, que cultivaban la tierra, extraían el carbón de las minas, atravesaban los mares en busca de especias exóticas y realizaban, en fin, otra multitud de trabajos inverosímiles. Y que eran felices de que hubiera quien llevara una existencia lujosa, suntuosa. No habrían podido vivir, de otro modo. Vivían, tal vez no tan bien como fuera de desear, pero vivían, porque había quien consumía los frutos que cosechaban, quien quemaba el carbón que extraían, quien sazonaba sus comidas con las especias que transportaban, quien se rodeaba de las otras mil cosas que salían de sus manos. Si hubieran tenido ellos mismos que consumir los frutos, quemar el carbón, sazonar las comidas, rodearse de los objetos que fabricaban, eso no habría sido vivir, eso habría sido el más absurdo de los absurdos. Por fortuna, la providencia velaba por ellos y había quien llevaba una existencia lujosa, suntuosa.

Pero basta de esos animalitos. Ni el rey, ni el favorito, ni los rivales del favorito, ni las mujeres de todos ellos y de no se sabe quién más — ocupados en las altas tareas que se han visto —, les prestaban atención. Y es imperdonable, de nuestra parte, haberlos mencionado.

La tarea principal del favorito, que era mantenerse en su puesto, llegó con el tiempo a ser difícil. Su mujer había envejecido, y cuando el soberano, viejo ya también, seguía complaciéndose en su compañía, podía suceder que alguna mujer joven, de las muchas que le metían en el lecho, le complaciera más. Peligro que no encontraba — y era fértil en recursos —, modo de evitar. No tenía ninguna hermana adolescente, para sustituir a su mujer. Algunos rivales sí las tenían, y no vacilarían en ofrecerlas, fracasados con sus mujeres y con sus amantes. Era una lucha sorda, implacable, miserable, de una vileza sin límite.

Nada había desvelado jamás al favorito. Ahora, pasaba noches enteras en blanco, temeroso de no ser ya el favorito al levantarse.

Se ha dicho, por personas poco reflexivas, que los hombres se dividen en buenos y malos. Otras, que se han asomado a la intimidad humana con mirada más penetrante, los han encontrado buenos y malos a la vez. No es este juicio erróneo, pero es halagador. Por lo menos, para la mayor parte. En general, los hombres no son ni buenos ni malos. Son bajos.

Pero dejemos al favorito mismo decirlo.

Desesperados, sus rivales, de hacerle caer, cada uno por sus propios medios, se concertaron para, entre todos, buscar modo de que fuera sustituido, no importa por cuál de ellos.

Se habían reunido ya diversas veces y discutido varios proyectos, al fin desechados. Ninguno pareció eficaz para el objeto perseguido. No era el adversario fácil de vencer. Había que encontrar un arma que él no sospechara.

Uno de los rivales, que había sido amante de la mujer del favorito, y para quien la mujer del favorito guardaba todavía delicadas atenciones, fue comprometido, y se comprometió, a reanudar su antigua relación. Una vez reanudada, los demás se cuidarían de que el rey tuviera noticia de ella. Más aún: de que el rey mismo sorprendiera a la pareja en circunstancias que ninguna duda fuera posible.

El favorito tuvo confidencia de la conspiración y no trató, desde entonces, sino de sorprender a los conjurados. La suerte y el soborno le protegieron. Se le abrió una puerta, en palacio, tras la cual estaban todos sus rivales reunidos, dando la última mano a su proyecto.

Al ver entrar al favorito, palidecieron. Todo estaba perdido una vez más.

El favorito, sonriendo, les miró uno a uno, y dijo, suavemente, suavemente:

— Todas vuestras bajezas, hasta ahora, han sido inútiles. Espero que sean también en lo sucesivo.

Por fortuna, ya queda poca hiel que apurar en el fondo de mi copa, y un día se desprenderá de mis trémulas manos y quedará hecha añicos en el suelo.

Entre tanto, la levanto en alto, y bebo hasta la última gota, por amarga que sea, brindando con el mayor entusiasmo por el triunfo de la Anarquía entre los hombres,

Al nacer, jóvenes queridos, os entregaron vuestros padres la bella copa de la Vida, el único tesoro real que poseéis. Conservad puro su contenido y evitad que manos extrañas lo adulteren, vertiendo en ella las esencias de la explotación y de la tiranía. Solo así, al final de la jornada, cuando hayáis apurado su contenido, podréis dormir tranquilos el sueño de muerte, después de haber sembrado el bien en vuestra vida.

PEDRO VALLINA

El pensamiento anarquista

(Continuación)

La presencia de Santo Tomás de Aquino implica un renacimiento cristiano al esforzarse en mitigar las exigencias teológicas a fin de que fueran accesibles a las masas. Su llamada aristotélica: «El hombre es un animal político y sociable que vive en compañía en mayor intensidad que los demás animales, lo que demuestra la existencia y es consecuencia de una natural necesidad» (De Regimini Principium), tiende a encauzar este desvío que Thomas C. Hall pone de manifiesto más la confianza de las masas no pudo recuperarse y el cristianismo pasó a ser promesa para el más allá quedando el campo terrenal en espera de soluciones para este mundo.

Las soluciones no pueden ser las del laboratorio. El pueblo acude a la revuelta que es la consecuencia de toda sujeción, cuando ésta es vencida. La historia de Europa está jalonada de esta violencia. En una sola página de su obra «L'Evolution de L'Esclavage», Charles Letourneau nos hace sentir el vértigo de las revueltas europeas: «En el siglo III los colonos y los siervos galos, bajo el nombre de **Bagaudes**, se sublevan contra el fisco romano. Sumando cerca de cien mil arruinan los castillos y las villas, pero terminan por ser exterminados. En 1251 los Pastorales arrasan Francia y fueron también aplastados. En el siglo XIV las **jaqueries** se avalanzaron contra los castillos y torturaron a sus dueños. Estos son los grandes movimientos serviles, los que la historia ha tratado de tener en cuenta. En realidad, estallaban movimientos pequeños constantemente, ora sobre un punto, ora sobre otro de Europa. Un capitular de Luis el Piadoso habla de las conjuraciones de los siervos flamencos; en el siglo IX los **restauradores** sajones prueban en restablecer el paganismo. Hacia el año 1000 los siervos normandos se sublevan contra Ricardo II. En 1041, los pequeños **vavasseurs** del Milanés e inclusive algunos de condición servil, dice un cronista, el cenobita Epidanno, conspiraron insolentemente contra su señor y nombraron jueces e instauraron derechos y leyes. El obispo de Milán y los demás dignatarios (senadores) de Italia, debieron empuñar las armas para reprimir tanta insolencia. En el siglo XIV, los campesinos del Alto-Valais imaginaron, para deshacerse de sus barones opresores, el siguiente procedimiento, llamado de la **mazza**: cuando un barón se volvía demasiado molesto, se fabricaba, en madera, una estatua, que lo representaba; era la **mazza**. Este emblema era llevado de casa en casa y todo aquél que votaba condenando al barón plantaba un clavo en ella.

Después, cuando la **mazza** estaba cubierta de clavos se iba a depositarla a la puerta del condenado. Regularmente éste huía y su castillo lo demolió» (32).

La rebelión aparece en proporción directa a las injusticias. No es, en principio, el punto de partida de la revolución social. El objetivo es arrasar con la opresión que pesa sobre los humildes sin programa que proyecte un cambio estructural una vez terminada la violencia. Es una represalia sangrienta contra los opresores y contra sus bienes. La represalia que Hesiodo narra y que llevaron a cabo los campesinos de Magara en el año 640 antes de nuestra era cuando sacrificaron el ganado de los grandes terratenientes, por ejemplo.

La de Espartaco contra la omnipotente Roma. La de las «Jaqueries» en Francia. Las inglesas, especialmente la que encabezara John Ball, discípulo de John Wycliffe, el precursor de la Reforma, de la que también es prólogo la rebelión de los albigenses. La de Pierre Valdo, fundador de la heresía valdense, que se despoja de sus bienes en favor de los pobres y ataca a la curia por su amor desmedido al dinero. La de Jacob Van Maerlant en Holanda y la de Segarelli en Italia, ambos del siglo XIII. Represalias, rebeliones y deseos de sociedades más justas, todo ello impulsado con la mística del Medio Evo, la misma mística que levantaba las catedrales, pero que le niega, como el juriconsulto Pierre Dubois en pleno siglo XIII también, el poder temporal al Papado, y arma a los «Hermanos de los Apóstoles», institución creada por Segarelli, contra las tropas del Papa.

Aparecen también los «Hermanos y Hermanas del Libre Espíritu», que rechazan toda clase de autoridad y proclaman la comunidad de bienes. Cuando son destruidos en Francia vemos aparecer brotes afines en Holanda y Flandes con el nombre de «Klompdraggers» y «libertinos». A los **husitas** suceden los partidarios de Chelchicky, quien se anticipa a León Tolstoi en sus prédicas de conducta moral y social. Sus partidarios se bifurcaron y una nueva corriente, conocida por la de los «Hermanos Moravos» tuvo cierto ascendiente. Sus normas eran la comunidad de bienes, el trabajo en común y educación para todos. Como Pedro Chelchiky estiman que todo soldado es un asesino y la guerra el más terrible de los males. Máxima señera: todo el mundo debe trabajar.

(32) — Citado por André Lorulot. — «Histoire Populaire du socialisme mundial. — Pág. 66. — L'Idée Libre. — Herblay, 945.

Estás salidas de madre de las inquietudes populares fueron regresando a sus cauces cristalizando en la Comuna, la conquista social más importante de la Edad Media.

«En esta manera — dice Rudolf Rocker — las victoriosas comunidades ganaron sus «Cartas» y crearon sus constituciones ciudadanas en las cuales el nuevo «status» legal encontró su expresión. Inclusive allí donde las comunidades no eran bastante fuertes para rematar una independencia completa ellas obligaron al poder reinante a estimables concesiones. Esto ampara desde el siglo X hasta el siglo XV, la gran época de las ciudades libres y del federalismo donde la cultura europea era protegida de la inmersión total y la influencia política de la realeza creciente se veía confinada a las regiones no urbanas. La comuna medioeval era uno de estos sistemas sociales constructivos donde la vida, con sus innumerables formas, fluía desde una periferia social hacia un centro común y siempre cambiando, introducía múltiples conexiones abriendo para el hombre nuevas perspectivas para su ser social. En estos tiempos el individuo se siente, él mismo, como un miembro independiente, lo que hace su trabajo productivo, da alas a su espíritu y lo protege del estancamiento de la mente.

«En este ambiente social el hombre se siente libre en sus decisiones, bien que interfiere en un sin número de facetas en la comunidad. En esta verdadera libertad de asociación la que da fuerza y carácter a su personalidad y contenido moral a su voluntad. Lleva la «Ley de Asociación» en su pecho y de ahí que toda coacción externa aparezca sin sentido e incomprensible. Siente, donde quiera que sea, la plena responsabilidad que surge de las relaciones sociales entre él y sus compañeros y hace de ello, la base de su conducta personal.»

«En este gran período de federalismo donde la vida social no estaba aún catalogada por una teoría abstracta y cada uno hacía lo que la necesidad de las circunstancias le exigían, todos los países estaban cubiertos por una red muy densa de asociaciones fraternales, gildas de oficio, parroquias de iglesias, asociaciones distritales, confederaciones ciudadanas e innumerables alianzas surgidas del libre acuerdo. Según el dictado de las necesidades del momento sufrían cambios o reconstrucciones completas e, inclusive, desaparecían, para dar lugar a las ligas completamente nuevas, sin tener que esperar la iniciativa del poder central que lo dirige y guía todo desde arriba. La comunidad medioeval era en todos los campos de sus ricas actividades sociales y vitales arreglada de acuerdo a consideraciones sociales y no gubernamentales. Esta es la razón por la cual los hombres de hoy, quienes, desde la cuna hasta la tumba, están siempre sujetos a la «mano ordenadora» del Estado, encuentran aquella época completamente incomprensible. De hecho, la estructura federalista de aquella época se distingue de los tipos de organización más recientes y las tendencias centralizadoras surgidas con el desarrollo del Estado moderno, no sólo por la forma de su organización técnica puramente, sino, principalmente, por las actitudes men-

tales de los hombres, los cuales encontraban la expresión en la unión social.

«La vieja ciudad no era solamente un organismo político independiente; constituía también una unidad económica separada cuya administración estaba sujeta a sus gildas. Tal organización tenía que fundarse, necesariamente, en un continuo reajuste de sus intereses económicos. Este era, de hecho, una de las más importantes características de la cultura de la vieja ciudad. Esto era lo más natural porque las diferencias de clase fueron, por mucho tiempo, ausentes en las viejas ciudades y todos los ciudadanos estaban, por ende, igualmente interesados en la estabilidad de la comunidad. El trabajo, en tal modo, no ofrecía la oportunidad para la acumulación de riquezas visto que la mayor parte de los productos eran usados por los habitantes de la ciudad y sus alrededores. La vieja ciudad no conocía la miseria social de la misma manera que desconocía sus profundos antagonismos» (33).

La fase comunal, en lo que respecta al derecho, defensa y orígenes, la amplía Pedro Kropotkin: «El precioso derecho al procedimiento judicial propio, que en aquel tiempo implicaba el derecho a la administración propia y a la legislación propia, se conservó en medio de todas las guerras y conflictos. Ni siquiera los jurisconsultos que rodeaban a Carlomagno pudieron destruir este derecho; se vieron obligados a confirmarlo. Al mismo tiempo, en todos los asuntos relativos a las posesiones comunales, la asamblea comunal conservaba la soberanía y, como ha sido demostrado por Maurer, a menudo exigía la sumisión de parte del mismo señor feudal en los asuntos relativos a la tierra. El desarrollo más fuerte del feudalismo no pudo quebrantar la resistencia de la comuna aldeana: se aferraba firmemente a sus derechos; y cuando, en el siglo noveno y en el décimo, las invasiones de los normandos, árabes y húngaros, mostraron claramente que las mesnadas guerreras en realidad eran impotentes para proteger al país de las incursiones, por toda Europa los campesinos mismos comenzaron a fortificar sus poblaciones con muros de piedras y fortines. Miles de centros fortificados fueron erigidos entonces, gracias a la energía de las comunas aldeanas; y una vez que alrededor de las comunas se erigieron baluartes y murallas, y en este nuevo santuario se crearon nuevos intereses comunales, los habitantes comprendieron en seguida que ahora, detrás de los muros, podían resistir, no sólo los ataques de los enemigos exteriores, sino también los ataques de los enemigos interiores, es decir, los señores feudales. Entonces una nueva vida libre comenzó a desarrollarse dentro de estas fortalezas. Había nacido la ciudad medioeval» (34).

La comuna fue un hecho permanente que nada tenía que ver con la revuelta y la represalia de los

(33). — Rudolf Rocker. — «Nationalism and Culture». — Págs. 90-92. — Freedom Press. — Rocger Publications Committee. — Los Angeles 1937.

(34). — Pedro Kropotkin. — «El apoyo mutuo». — Págs. 196-197. — Americalee. — Buenos Aires 1946.

desposeídos y los maltratados. Fue una fase constructiva, social, política, económica y cultural que pudo hacer frente a toda autoridad interna y externa hasta que el desarrollo del Estado moderno y su tendencia centralizante fue yugulando el espíritu federalista y centrifuga de la comuna.

El abate de Nogent-sous-Couci, escribía en el siglo XII que la «Comuna es un juramento de ayuda mutua (mutui adjutori conjuratio) ...un nombre nuevo y detestable. Y he aquí lo que se entiende por este nombre: los siervos pagan solamente una vez al año a su señor la renta que les deben. Si cometen algún delito se les absuelve mediante una multa legalmente establecida.»

Las «Cartas» que cada ciudad aprobaba contenían la firme voluntad de llevar hasta el fin sus deseos de libertad y libre acuerdo, de solidaridad y de justicia. La de la ciudad de Aire, sometida a Felipe, conde de Flandes y aceptada por éste dice: «Todos los pertenecientes a la amistad de la ciudad han prometido y confirmado bajo juramento que se ayudarán mutuamente como hermanos en todo lo útil y honesto; que si alguno ofende al otro, de palabra o de hecho, el ofendido no se vengará por sí mismo ni lo harán sus allegados... presentará una queja y el ofensor pagará la debida indemnización por la ofensa, de acuerdo por la resolución dictada por doce jueces selectos que actuarán en calidad de árbitros. Y si el ofensor o el ofendido, después de la tercera advertencia, no se somete a la resolución de los árbitros, será excluido de la amistad como hombre depravado y perjurado.»

Aquiles Luchaire en su obra «Les communes Françaises», cita numerosos textos de las Cartas comunales del medievo, tales como las de Amiens, Abbeville, Soissons, Compiègne, Senlis, en los que reza: «Todo miembro de la comuna será fiel a sus conjurados y les prestará ayuda y consejo de acuerdo con lo que le dicte la justicia.» «Todos se ayudarán mutuamente, cada uno según sus fuerzas, en los límites de la comuna, y no permitirán que uno tome algo a otro comunero, o que obligue a otro a pagar cualquier clase de contribución.»

La autoridad centralista y feudal es mantenida a raya. Hay un paralelo impresionante entre el párrafo de la ordenanza de la ciudad de Bayona: «El pueblo es anterior al señor. El pueblo que sobrepasa por su número a las otras clases, deseando la paz, creó a los señores para frenar y reprimir a los poderosos...» y el de los fueros aragoneses espetándole a Carlos V: «Nos, que solos valemus tanto como vos y todos juntos más que vos.»

Querer, con la retina de nuestro siglo, exigir una depuración inquisidora a todos los atisbos que la historia nos brinda como materiales propensos a ser aprovechados para la edificación de la doctrina anarquista, no sería lógico. La humanidad ha llegado por senderos muy lentos hasta su estado actual y las costumbres y los prejuicios han sido transferidos de generación en generación y sólo muy lentamente el hombre se ha podido sacudir conceptos y creencias que la ciencia y el progreso han ido desenmascarando como erróneos.

Todos los ensayos, pues, que del pasado han legado a nuestro conocimiento, adolecen de detalles que el pensamiento anarquista moderno nunca podrá suscribir. Empero, es deber del historiador y del sociólogo el desbrozar en este pasado aquellos hechos que dan título de nobleza al anarquismo y que, como hemos podido apreciar en el escarceo efectuado a lo largo de este capítulo, son muchos y significativos.

El anarquismo no ha brotado por generación espontánea ni ha sido obra de un pensador genial que podríamos llamar Godwin o Proudhon. La generación espontánea, en las ideas, está tan descartada como en la biología y el propio marxismo es deudor en sumo grado a muchos filósofos y economistas que precedieron a Marx en la cronología del pensamiento humano. El anarquismo está constituido, pues, de hechos y gestas que han permitido al historiador y al sociólogo antiautoritario descubrir que el ser humano tiende siempre a una mayor dosis de libertad, de igualdad y de solidaridad.

Ha sido misión de este sociólogo, después, el utilizar estos materiales que le brinda la historia, la antropología y las ciencias del hombre en general para estructurar un sistema de vida y de conducta bajo el cual la sociedad pueda regirse sin Estado ni Autoridad.

II

UTOPIAS

El pensamiento de Anatole France: «Las utopías de ayer son las realidades de hoy, las utopías de hoy serán las realidades de mañana», todo y pecando de optimista, sintetiza el perenne deseo del ser humano en desear lo que está más allá de su alma y materializar, hacer del deseo una imagen, lo anhelado a fin de hacerlo accesible.

Esta «imagen del deseo», de la que nos habla Buber, se proyecta igual hacia el pasado, en busca de la edad dorada, que hacia el futuro que es, en definitiva, donde debe hallarse la utopía. Como dice Saint Simón: «La edad de oro que una tradición ciega ha puesto, hasta hoy, en el pasado, se halla delante nuestro.»

En todas las épocas surge el escritor que no se resigna a verse encuadrado en el tema de la historia y la rebasa para crear regímenes ideales donde los hombres viven en armonía.

Regímenes completos, con instituciones y constituciones, normas urbanísticas y educacionales, tratados y códigos, todo previsto y todo solucionado gracias a la imaginación del escritor que no quiere dejar nada al azar, siempre con proyección hacia una mejor vida, una humanidad más evolucionada.

Platón está entre los primeros. Sus obras «La República» y «Las Leyes», son regímenes políticos de utopía donde todas las actividades humanas están previstas y, también, reglamentadas por añoranza, quizás, de aquellas leyes de Licurgo,

que hicieron de Esparta un Estado sin cupo para lo imprevisto (1).

Empero, y a pesar de todos los resabios arquistas, Platón sugiere ya soluciones que son dignas de tener en cuenta. Así vemos cómo en «La República» afirma que «un Estado en el cual existen dos clases no es un Estado; forman dos Estados. Los pobres constituyen el primero y los ricos el segundo; ambos viven juntos pero espíandose recíprocamente y sin cesar...»

«Ahora bien — dice en otra parte — toda esa juventud con habitación y mesas comunes, y no poseyendo nada particularmente, estará reunida...», y veremos más adelante, siempre en el libro V, que insiste sobre la comunidad de las cosas: «Y por lo tanto, la cizaña y los pleitos no se producirán por decirlo así en un Estado en el cual nadie tendrá nada suyo propio, excepto su cuerpo, y en donde todo será tenido en común.»

En «Las Leyes» insiste de nuevo sobre el tema de la abolición de la propiedad privada: «Donde quiera que esto se realice o deba realizarse, es necesario que las riquezas sean comunes a todos los ciudadanos y que se haga el máximo de esfuerzo en desarraigar del comercio de la vida hasta el nombre mismo de la propiedad...»

Otro utopista lo es San Agustín, que en el año 426 inicia su «Ciudad de Dios» que tardará diez años en terminar. Serán 22 libros dedicados a demostrar la pugna de dos ciudades, una volcada a Dios y la otra a Satán con la obtención de la eterna felicidad por la primera y los suplicios eternos para la segunda.

Los proyectos de sociedad, sin embargo, despuntan sólo modestamente a lo largo de la historia y de la literatura hasta que el descubrimiento de América viene a inflamar los ánimos de los europeos que encuentran, a través de las narraciones de los navegantes, lugares concretos donde poder implantar los regímenes que sus cerebros imaginativos crean.

Américo Vespucio habla en su «Mundus Novus» de «Pueblos que viven con arreglo a la naturaleza y mejor los llamaríamos epicúreos que estoicos... No tiene propiedad alguna sino que todas son comunes», «viven sin rey y sin ninguna clase de soberanía y cada uno es su propio dueño.

El primero en inflamarse es Tomás Moro; el primero, también, en introducir la palabra utopía. Consejero de Enrique VIII, poeta, filósofo, teólogo, humanista y, por haber manifestado desacuerdo en que Enrique VIII asumiera la máxima jerarquía de la Iglesia anglicana, mártir, ya que fue decapitado en 1535, Tomás Moro se vale de la gran zanja oceánica como de un puente de transición que aproxime visión y realidad y nos ofrezca su «Utopía» que la narra el compañero imaginario de Américo Vespucio, Rafael Hitlodeo.

Más tarde, a medida que las naves irán domes-

ticando el océano, el libro de Moro alcanzará América y «Utopía» se convertirá en libro de cabecera del gran benefactor don Vasco de Quiroga: «El joven investigador mexicano Silvio Zavala, en su estudio «La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España» (1937), ha llamado por vez primera la atención sobre un hecho que, a mi entender, reviste extraordinaria importancia: lo influencia de la «Utopía» de Moro en los «hospitales» fundados por don Vasco de Quiroga. Ha llamado la atención y puesto en evidencia documental el alcance de estas influencias. Para cualquiera que conozca las diversas interpretaciones, sin que falten las banales, que ha recibido el «utopismo» de Moro, este estudio de Zavala aporta un dato significativo: que la «Utopía» de Tomás Moro ha sido, además de la primera, la primera también que, con anticipación de siglos, es ensayada en la práctica y en suelo de América» (2).

La utopía dejaba de serlo para convertirse en realidad. América surte los materiales para que Moro la edifique y América, a través de los indios tarascos del Michoacán, la acoge de nuevo, ya transformada y en condiciones de aplicación.

La parte más interesante de «Utopía» se halla en el libro segundo de la obra donde Rafael Hitlodeo narra como es el sistema social de la isla de los utópicos «que mide doscientas millas en su parte central, que es la más ancha; durante un gran trecho no disminuye su latitud, pero luego se estrecha paulatinamente y por ambos lados hacia los extremos. Estos como trazados a compás en un perímetro de quince millas, dan a la totalidad de la isla el aspecto de una luna en creciente.»

La isla está compuesta de 54 ciudades y su capital es Amauroto en la que anualmente tres delegados de edad y de experiencia, representando a cada ciudad, se reúnen para tratar los asuntos comunes.

Todos los habitantes tienen la obligación de conocer los trabajos agrícolas y se establece un servicio de rotación de dos años a fin de que todas las familias pasen por la experiencia campesina. Los magistrados son nombrados por las propias familias y llevan el nombre de Sifogrante. El día lo dividen en 24 horas y dedican sólo seis días al trabajo.

«Al llegar aquí hay algo que debemos examinar más detenidamente, a fin de evitar cualquier error. Podriase pensar, en efecto que, como los utópicos sólo trabajan seis horas, llegarían a escalear entre ellos algunas cosas indispensables. Pero lejos de ocurrir así, no sólo les basta dicho tiempo, sino que aún les sobra para conseguir con creces cuanto requieren sus necesidades y su bienestar. Esto se hará fácilmente comprensible si se considera cuán grande parte del pueblo vive inactiva en otras naciones: en primer lugar casi todas las mujeres, o sea la mitad de la población,

(1). — Aristóteles, en cambio, considera que Esparta fue un pueblo inútil para la ciencia, para la paz, para el progreso y para la civilización.

(2). — Eugenio Imaz, en la introducción de «Utopías del Renacimiento», pág. 15. Fondo de Cultura Económica. México 1956.

pues si en alguna parte trabajan es porque los hombres descansan en su lugar la mayoría de las veces. Añádase esa multitud, tan grande como ociosa, de sacerdotes y de los llamados religiosos. Unanse a éstos los ricos propietarios de las tierras, denominados vulgarmente nobles y caballeros. Súmenseles sus servidores, famosa mezcla de truhanes armados. Agréguese finalmente los mendigos sanos y robustos que, para justificar su holgazanería, fingen alguna enfermedad y resultará que el número de los que producen con su esfuerzo lo necesario para la vida humana es mucho menor de lo que se cree. Considérese además el exiguo contingente de hombres ocupados en trabajos útiles, porque, donde todo se mide por el dinero, es inevitable la existencia de profesiones en absoluto vanas y superfluas, destinadas sólo a fomentar el lujo y el placer.»

El abastecimiento también presenta algo nuevo: «Cada ciudad se divide en cuatro zonas en cuyo centro existe un mercado provisto de todo. Las familias llevan a ciertos edificios situados en el mercado mismo los productos de su trabajo, los cuales, según su clase, se distribuyen en distintos almacenes. Los cabeza de familia piden en ellos lo que necesitan y se lo llevan sin entregar dinero ni otra compensación. ¿Cómo había de negárseles cosa alguna si todo abunda y no se recela que nadie solicite más de lo necesario? ¿A qué pensar que alguno pida cosas superfluas estando seguro de que nada ha de faltarle? La codicia y la rapacidad son fruto, en los demás seres vivientes, del temor a las privaciones y en el hombre exclusivamnete de la soberbia, que lleva a gloria superar a los demás con la ostentación de lo superfluo. Pero este vicio no tiene cabida entre los utópicos dado el carácter de sus leyes.»

Son pacíficos y «abominan la guerra como cosa totalmente bestial, aunque ningún animal la ejerce tanto como el hombre.» En religión existe la más completa libertad de cultos: «Diversas son las religiones así en la isla como en cada ciudad. Unos adoran al sol, otros a la luna y otros a alguna estrella errante. Hay quienes consideran, no sólo como a un dios sino al supremo dios, a algún hombre que se haya destacado en otro tiempo por su gloria o sus virtudes. Pero la mayor y más discreta parte de Utopía no admite ninguna de estas creencias y reconoce una especie de número único, desconocido, eterno, inmenso e inexplicable, que excede a la capacidad de la mente humana, y se difunde por el mundo entero llenándolo, no con su grandeza, sino con su virtud» (3).

(3). — Tomás Moro. — «Utopía» (Utopías del Renacimiento), pág. 40 y siguientes. FCE. — 1956.

La época, empero, obliga a Tomás Moro a incurrir en algo que la posteridad tendrá que censurarle: En la isla de los utópicos existe la esclavitud.

Moro ha realizado un esfuerzo inaudito que nos sorprende a cuantos tratamos de situarnos en aquel comienzo del siglo XVI (4). Los principios democráticos de los insulares; la visión del papel que juega el parasitismo en la sociedad; el sistema del libre reparto, sin coacción ni tasa, debido a la abundancia de los productos; la ausencia del dinero; la condenación de la guerra; la abolición de la propiedad privada, todo ello puede ser fruto solamente de una imaginación privilegiada con propiedades proféticas casi. La mácula de la esclavitud nos llama a la realidad para demostrarnos que Moro no se había sacudido totalmente el peso ambiental que hubiera permitido, si lo consigue, hacer de la Utopía un programa social apto aún para nuestra época.

Sin embargo el vocablo estaba lanzado y tenía que hacer su carrera brillante a pesar del acento peyorativo que refleja el léxico marxista cuando lo emplea (5).

Con el Renacimiento se soñó también en regresar a las Arcadias. Antón Francesco Doni escribe su «Il mondo savio e il mondo pazzo»; Mambrin Roseo vierte sobre las cuartillas «Elogio de Garamanti», Francesco Patrizi nos brinda «La Citta Felice», Ludovico Agostini prueba con «Struttura e spiriti della republica imaginaria», Matteo Buonamico con «L'Isola di Narsida» (6).

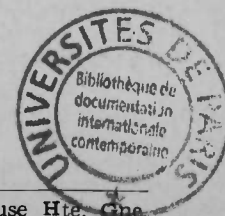
En 1544 Sebastian Müünster escribe su «Kosmographie» y describe los habitantes de las **nuevas islas**: donde se vive libre de toda autoridad, donde no se conoce lo justo y lo injusto, donde no se castiga a los malhechores, donde los padres no dominan a sus hijos. No hay ley, libertad completa en las relaciones sexuales. Ni un solo atisbo de dios, ni de bautismo, ni de culto.»

(Continuará.)

(4). — La primera edición de «Utopía» aparece en 1516, en latín.

(5). — El capítulo de «El Manifiesto Comunista» de Marx y Engels titulado «El socialismo y comunismo crítico-utópico» va dedicado a cuantos no participan del «cientifismo» marxista, que también son llamados socialistas burgueses.

(6). — Carlo Curcio. — «Utopisti italiani del Cinquecento». — Colombo. — Roma, 1944.



POETAS DE AYER Y DE HOY

LA ABEJA Y LOS ZANGANOS

A tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría.
Para disimular su inútil ocio;
Y para librarse de tan fea nota
A vista de los otros animales,
Aun el más perezoso y más idiota
Quería, bien o mal, hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro
Y el enjambre inexperto
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro,
Con acudir a una colmena vieja,
Y sacar el cadáver de una abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa:
Hacerla, con la pompa más honrosa.
Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales
De lo ingeniosa que era
En labrar dulce miel y blanda cera.
Con esto se alababan tan ufanos,
Que una abeja les dijo por despique:
¿No trabajáis más que eso? Pues, hermanos,
Jamás equivaldrá vuestro zumbido
A una gota de miel que yo fabrique.
**¡Cuántos pasar por sabios han querido
Con citar a los muertos que lo han sido!
¡Y qué pomposamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: ¿los imitan?**

★

CALLA, CORAZON...

Calla, corazón, ¡no cantes!
Calla, corazón, ¡no hables!
El hablar está prohibido...
¡No hay razón para que cantes!
Corazón... ¡Ay corazón!
¿Por qué me parió mi madre?

Canta y habla el africano
(Ayer no más, tan salvaje).
Y yo con tan larga Historia...
Corazón, no, tú no hables!
Corazón, ¡ay corazón!
¿Por qué, por qué me parió mi madre!

España, marzo 1962.

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

«Mendizábal», Galdós	1 50
«Mercurial Eclesiástico», Montalvo	3 50
«Metafísica», Balmes	2 50
«Método práctico de autosugestión», P. C. Lacot	6 00
«Mi conciencia vestida de rosa», Chantepleure ..	1 50
«Mientras yo agonizo», Faulkner	6 00
«Miguel Strogoff», Verne	2 50
«1948», Orwell	3 50
«Mi lucha», Hitler	2 50
«Mi política», G. Ordás	15 00
«Misericordia», Galdós	1 50
«Mi tío Spencer», Huxley	4 50
«Montes de Oca», Galdós	1 50
«Nacha Regueles», Gálvez	1 50
«Napoleón en Chamartin», Galdós	1 50
«Narvaez», Galdós	1 50
«Nicolai y el pensamiento social»	1 00
«Nido de Hidalgos», Turgueniev	3 00
«No hay burlas con el amor», Calderón de la Barca	3 20
«Norte contra sur», Verne	3 00
«Nostradamus», Zevaco	1 50
«Novísimo diccionario escolar», Héctor F. Mivi ..	3 00
«Nubes de estío», Pereda	1 50
«Nuestra Señora de Paris», V. Hugo	2 50
«Obras del Marqués de Santillana»	2 80
«O'Donell», Galdós	1 50
«Orientación Anarquista», Grave	1 00
«Origen del socialismo moderno», Rocker	1 20
«Origen y naturaleza de las ciencias», Babine ..	3 50
«Páginas selectas de Multatuli», Alaiz y Rocker ..	1 00
«Para abrirse camino en la vida», Roudes	6 00
«Paseo humorístico a través de las religiones», N. Simón	1 00
«Patología sexual», Torel	2 80
«Pequeño Diccionario Castellano», Supra	1 00
«Pequeño Diccionario», Parvus	1 00
«Pequeño Diccionario Enciclopédico», Brevis	4 50
«Persuasión», Austen	3 80
«Piel de asno»	1 80
«Pinocho»	1 80
«Pleno de FF. LL. Regional núm. 2	0 50
«Poema del Cid», (Anónimo)	3 00
«Poesías completas», J. A. Silva	1 50
«Poesías completas», R. Pérez de Ayala	3 20
«Poesías juglares», R. Menéndez	2 80
«Port-Tarascon», Daudet	2 50
«Presencia del anarcosindicalismo», Mercier	3 00
«Prim», Galdós	1 50
«Príncipe y mendigo», Twain	1 20

MAS DE 80 AUTORES

«Problemas del sindicalismo», Peiró	0 70
«Procreación prudencial», Stopes	2 50
«Prosas prophanas», R. Darío	3 50
«Prontuario compuesto de conjugación», Larzati ..	6 00
«Proyección de Iberia en América», V. García ..	0 50
«¿Qué es el anarquismo?», Cano Ruiz	1 50
«¿Qué es arte?», Tolstoi	1 50
«¿Quo vadis?», Sienkiewicz	2 50
«Recuerdos de niñez y mocedad», Unamuno	2 00
«Reivindicación de la libertad», Ernestán	1 50
«Relatos de un cazador», Turgueniev	2 80
«Resurrección», Tolstoi	2 50
«Retrato de un matrimonio», Buck	5 00
«Rio abajo», Loboión	3 50
«Robinson Crusoe», D. Foe	14 80
«Revoluciones sociales del siglo XX», C. M. Rama ..	1 50
«Riverita», A. Palacio	3 80
«Romance de tradición», Cossio	2 80
«Romancero de la libertad», G. Oliván	1 50
«Ronda de la luna», Campio Carpio	1 50
«Rusia y España», Garcia Pradas	1 50
«Salambo», Flaubert	3 00
«San Manuel Bueno Mártir»	2 80
«7 de julio», Galdós	1 50
«Sin novedad en el frente», Remarque	1 80
«Sinvergüenzas», P. Mata	1 50
«Sobre las viñas muertas», V. Vila	2 80
«Socialismo autoritario y socialismo libertario», M. Nettelau	1 00
«Sociología», Ingenieros	1 50
«Spinola», Yebes	2 80
«Stendhal», Zweig	1 80
«Sugestión de España», Alaiz	0 50
«Teorías del conocimiento», Hessen	4 00
«Titania», Benavente	2 80
«Trafalgar», Galdós	1 50
«Traición por traición», Zamacois	1 50
«Tratados», Gracián	3 00
«Tres camaradas», Remarque	1 50
«Tres poetas primitivos», R. Hernández	2 50
«Últimos días de Pompeya», Bulwer	2 50
«Una aventura demasiado fácil», Pedro Mata	2 50
«Una ciudad flotante», Verne	1 00
«Una esclavitud de nuestro tiempo», D. Meersch ..	2 50
«Una historia de los tiempos venideros», Wells ..	1 50
«Un billete de lotería», Verne	1 20
«Un capitán de 15 años», Verne	2 20
«Un capricho del doctor Ox», Verne	1 20
«Un descubrimiento prodigioso», Verne	1 20
«Un terrible experimento», Wells	1 50

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



INDUSTRIAL FREEDOM

- Unas líneas de Felipe Alaiz.
William Rose : Una voz europea en América.
Federica Montseny : Las mujeres en la revolución española.
Floreál Ocaña : La psicología y la conducta humana.
Puyol : Luminosidad en la sombra.
John Davies : Henry Stephens Salt.
V. Muñoz : La vida y los libros.
Pedro Vallina : La copa de la vida.
Felipe Ximenez : El arte de la réplica.
J. Ruiz : Ideas sobre educación.
José Vega : Resurrección y doctorado de Charlot.
Emile Armand : ¿Y a eso llamais vivir?
Victor Garcia : El pensamiento anarquista (folleón).

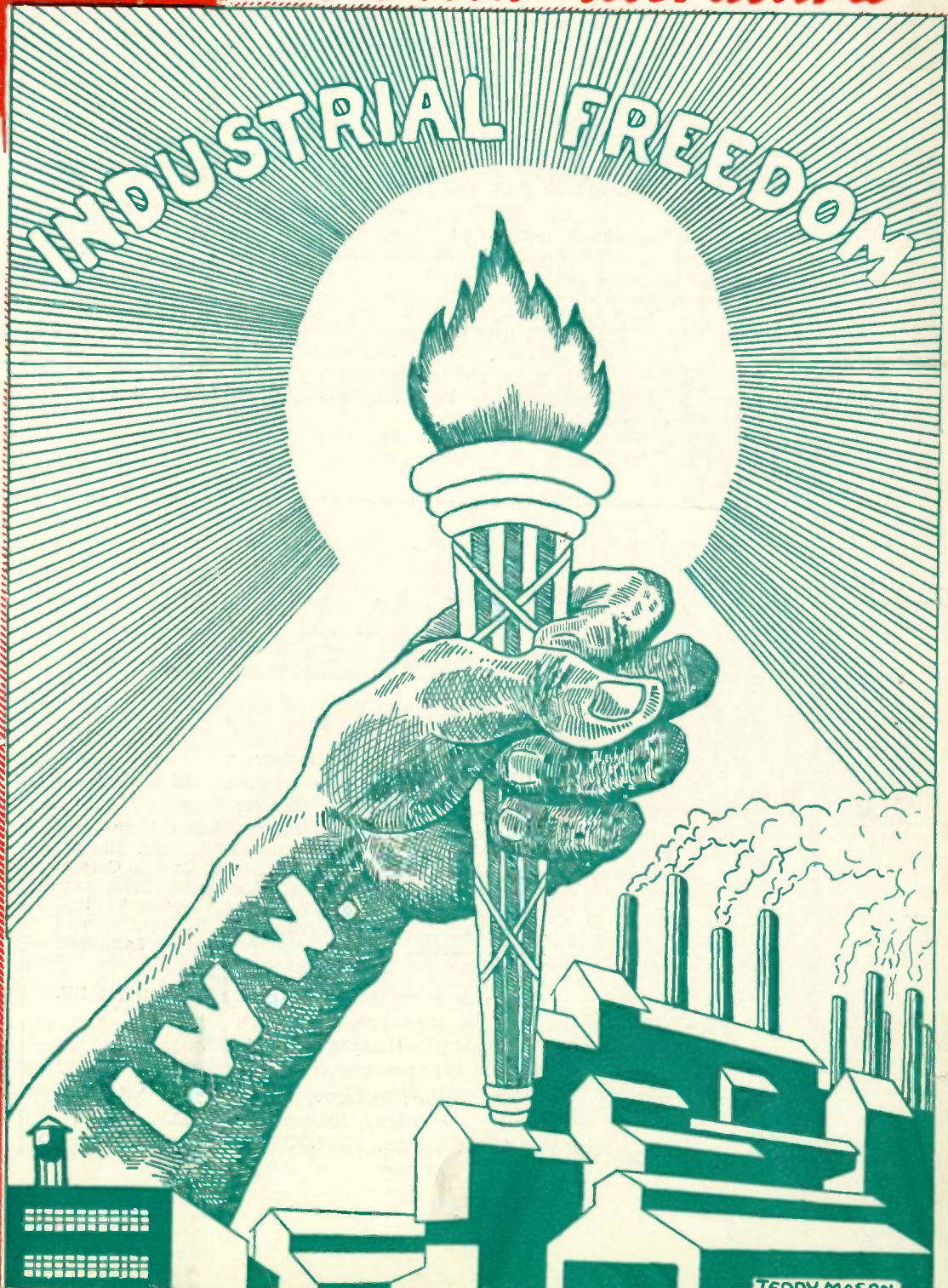
138

JUNIO · 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

40.2.5523



Nuestra portada

En el Nuevo Mundo, pero principalmente en Norteamérica, la I. W. W. (Industrial Workers of the World) es la Organización equivalente a lo que en Europa y algunos países latinoamericanos es la A. I. T. (Asociación Internacional de los Trabajadores).

Su portavoz « Industrial Workers » aparece con el lema « Organización, Educación, Emancipación », tenazmente defiende la causa de los trabajadores, combatiendo a la explotación y a los explotadores sin que ni la sombra de una conllevancia, sin que la idea de congraciarse con los banqueros, los patronos, los renteros, ni con ninguna de las caretas con que suele presentarse la avaricia y el parasitismo tenga entrada en sus columnas.

CENIT, que también y tan bien comparte esas ideas y esa batalla, rinde homenaje sincero a tan fraternal Asociación dedicándole en una de sus portadas uno de los gráficos que simbolizan su lucha y sus objetivos : la emancipación por medio del trabajo, la batalla al parasitismo y la explotación y la luz que alumbra y guía a los cerebros.

La I. W. W. no solamente se preocupa por sus reivindicaciones materialistas de tipo limitado, está preocupada y se muestra solidaria para con sus hermanos de clase y de trabajo de este otro lado del Atlántico. Es así como su órgano, en el número del 14 de mayo, y en primera página, contiene un estudio profundo y sincero bajo el título en español : « ¡Abajo Franco! ». Idea, según ellos, que constituye la esencia de las huelgas protestatarias de Asturias y demás regiones.

Sensible, CENIT responde y dice : Sí. Por encima de todo, organización de los trabajadores, educación social y emancipación de los explotados.



REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia : Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior : Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Junio 1962

Nº 138

Como si los días no pasaran

UNAS LINEAS DE ALAIZ

LOS españoles exilados en Francia se encuentran frecuentemente en graves apuros de economía. La moneda está en baja respecto a su capacidad adquisitiva. Por otra parte, el trabajo exige una contribución dura, sin contrapartida en la nutrición. Los Hospitales están colmados de enfermos españoles, como los Sanatorios. Nos decía un doctor especialista que el cincuenta por ciento de los exilados españoles padecen del hígado.

Todo esto es profundamente doloroso. Si añadimos el sufrimiento moral de la dispersión también, la incertidumbre respecto al porvenir y los desplazamientos obligados por cese de trabajo, no nos extrañará que las listas negras de nuestro censo —del censo general del exilio— lleguen a ser densas, mucho más después de haber pasado tantos españoles por los campos de exterminio de Alemania, por los campos de concentración y Compañías de Trabajo en Francia, etc.

Pero convengamos con toda cordialidad en este hecho cierto: hay muchos españoles que se crean ellos mismos enfermedades del ánimo que se sugestionan y obsesionan planteándose y planteando problemas inexistentes, o dando a un problema sencillo proporciones volcánicas de Apocalipsis. Y entonces aparecen enfermedades ciertas, efectivas. No sólo enfermedades de índole moral y sentimental, sino enfermedades que pasan desde la iniciación sentimental y moral al malestar físico catalogable en la clínica.

El hígado, el corazón, la presión arterial, el desnivel nervioso, la desazón terrible del crítico eruptivo que cree ser franco, pero que en realidad tiene una franqueza que es un acceso de malaria, todo eso se produce a cada paso. Los humores virulentos surgen con la predisposición al sarcasmo y a la broma que sustituye al llanto. El paciente se avergonzará de llorar, pero bromea, como «Figaro», para no sumirse en lágrimas, haciendo del humor—valor formidable cuando se produce normalmente— una cosa fúnebre y afeminada. Todo eso es patente, terriblemente doloroso para quien lo sufre, y por sufrirlo quiere contagiarlo a los demás. Pero ha de cortarlo cada cual. No se puede cortar por decreto.

Es preciso decir que ya tenemos bastante con las enfermedades hasta cierto punto inevitables. Ya tenemos bastante con las consecuencias del trabajo excesivo, con las mentiras de la diplomacia —que no actuarían en sentido adverso si fueran despreciadas concluyentemente—. Ya tenemos bastante con el kilo de papel que necesitamos para andar por la calle. Ya tenemos bastante con la lucha por la vida, con el disgusto de contemplar la muerte que diezma. Ya tenemos bastante con nuestros amigos y familiares arrebatados a la vida y a la libertad por el verdugo oriental de la cordillera carpetovetónica. Ya tenemos bastantes cuentos de miedo circulantes sin cesar uno tras otro. Ya tenemos bastantes misterios y secretos que van rodando por pasillos, esquinas y mentideros, por aparatos de radio, películas y cafés. Ya tenemos bastante con todo eso...

Si encima inventamos problemas artificiales, y no sólo los inventamos, sino que les atribuimos un carácter de **potencia ocupante** del ánimo, tal como Hitler ocupó el territorio francés, resultará inevitable que los españoles razonables y equilibrados aspiren a vivir en una especie de «maquis». Dentro del sector vociferante del politiquero del exilio, a vueltas con el

(Pasa a la página 3715)

Una voz europea en América

por William ROSE

Una visión de América de un intelectual europeo es siempre de interés, y más cuando se trata de un escritor y pensador de tanta solvencia intelectual y moral como Eugen Relgis. Autor de unos 54 libros que se han traducido en 14 idiomas, Relgis es, sin embargo, poco conocido en los Estados Unidos. Es de esperar que se remedie esta situación, y ya hay indicios de un interés creciente aquí en su obra. (1) Sería una verdadera lástima que no fuese así, porque la obra nutrida de este poeta, novelista y filósofo goza de estimación y respeto desde hace años en Europa, y ahora en Latinoamérica a través de la edición castellana de sus libros.

Nació Relgis en Yassy, Rumania, el 2 de marzo de 1895. Se dio a conocer en 1913 con un libro de fantasías literarias, «El triunfo del No Ser», su primera colección de poemas escrita cuando el autor, todavía colegial, tenía 17 años; «La locura», en 1914; y en 1919 con la novela «Voces en sordina» (publicada en castellano bajo el título «Mirón el Sordo») prologada por Stefan Zweig. De 1915 a 1917 escribió una trilogía de novelas de la adolescencia titulada «Pedro Arbol», publicada en rumano en 1924 y otra vez en 1946, revisada y en un solo tomo. No se ha traducido todavía al castellano. Sin embargo, sus obras más características son sus relatos de viajes como «Doce capitales — peregrinaciones europeas» (Ediciones «Humanidad», Montevideo, 1960), y especialmente los libros de ensayos como «La columna entre ruinas» (Américalee, Buenos Aires, 1958), «La paz del hombre» (Ediciones «Humanidad», Montevideo, 1961), etc., en que elabora la filosofía que llama «el humanitarismo». Fundamental a todo estudio de esta doctrina pacifista y universalista es el libro editado en castellano con el título «El humanitarismo» por la editorial Americalee (Buenos Aires, 1956). Relgis, idealista hondamente preocupado por los problemas sociales, sostiene que para la convivencia pacífica y el progreso ascendente de la raza humana es necesario un sistema filosófico-moral que trascienda fronteras, ideologías políticas y religiosas y, en fin, todo lo que separa al hombre de sus semejantes y causa los conflictos bélicos. Como pensador práctico y nada utópico, Relgis comprende la necesidad de asentar las bases de esta evolución progresiva sobre un proceso constante de conquistas siempre más amplias en el plano social y económico. Tal filosofía le acarrió la persecución de cuatro regímenes dictatoriales en su país natal, y por fin llegó a Montevideo en 1947 en calidad de refugiado político. El impacto de este pensador en una América sedienta de nuevos rumbos puede verse en el siguiente testimonio del académico argentino Arturo Dapdevila:

«Usted, Eugen Relgis, debe contarse entre los

viajeros beneméritos. Vino, vió y conoció. Conoció con mirada penetrante una realidad compleja y vasta. Por eso nos ha podido entregar con su libro un mensaje valiente y vital. Podrá usted decir en adelante que no padeció en vano, grave y hondamente, los dolores del espíritu. Su voz será oída: toda su lección aprovechada.» (De una carta a Eugen Relgis sobre su obra «Perspectivas culturales en Sudamérica.»)

Es la proyección a América del escritor que, como dijo Stefan Zweig en el prólogo de «Mirón el Sordo», «lucha infatigablemente por la gran fraternidad de los espíritus.»

II

En 1958 la Universidad de Montevideo editó un ensayo de Relgis dedicado totalmente a los problemas de la América contemporánea. Este libro, «Perspectivas culturales en Sudamérica», recibió el premio del Ministerio de Instrucción Pública en ese mismo año y fue saludado por Arturo Dapdevila en los términos que hemos visto arriba. Contiene en síntesis el mensaje que Relgis, como intelectual europeo, ha traído a América.

Relgis comienza diferenciando claramente entre «civilización» y «cultura». Muestra que aquella es la forma temporal transitoria que adopta la sociedad en cada fase de su desarrollo, mientras que ésta, la cultura, es su contenido básico intelectual, moral y artístico que persiste a través de las diversas mutaciones que pueden operarse en la civilización u organización externa de un país o grupo de países. Sugiere el autor que el continente americano tiene actualmente varios tipos de civilización, pero que están todavía por desarrollarse una cultura o culturas propiamente americanas. Sin embargo, estima que América es terreno extremadamente fértil para la creación cultural, si los intelectuales americanos saben aprovechar debidamente sus posibilidades. Y, dentro de Sudamérica, afirma Relgis que el Uruguay es el país más indicado para la iniciación de este proceso, que es un «país del porvenir».

En primer lugar cree que los países pequeños pueden conservar su independencia espiritual del abrazo letal de las potencias luchando ahora por el dominio del mundo mejor que naciones más grandes y estratégicas, y así escapar de la tendencia visible en estos gigantes y sus satélites hacia la deshumanización y mecanización de la vida, antítesis de los ideales humanistas de Relgis. Dice que los países pequeños al margen de la guerra fría ofrecen «al hombre perseguido... un refugio

para su trabajo honesto, conforme a sus posibilidades, y que le haga recuperar su dignidad de individuo y de compañero solidario de sus hermanos, sus semejantes» (P. 87).

Pero aún más importante para Relgis es la tremenda mezcla racial del Uruguay y del continente entero, que le parece en vías de producir un tipo humano nuevo: «el tipo del hombre integral que soñamos: el cuerpo sano y fuerte, que goza de los beneficios de la civilización y de la naturaleza, y cuya inteligencia puede desenvolverse sin las trabas de una cultura superrefinada, sin los terrores de una mentalidad encadenada por los dogmas, las ideologías tiránicas o las supersticiones ancestrales» (P. 64). Se parece mucho este «hombre integral de Relgis» a la «Raza Cósmica» de Vasconcelos, pero creo que la concepción de Relgis es más amplia por su universalidad, como se ve en la siguiente descripción del tipo de cultura que creará el nuevo hombre americano: «Es por eso que creo en el porvenir americano. No como una manifestación específica de cierta época y de ciertas naciones, sino como un desenvolvimiento más sano y más armonioso de la cultura universal, como la eflorescencia más variada de una ciencia y de un arte humanizados, que estaban demasiado confinados en los laboratorios y los museos de Europa» (P. 60).

Es decir, la misión cultural de América consiste en una cuidadosa selección de los valores eternos y universales de Europa y su asimilación y depuración en el ambiente americano para crear valores propiamente americanos que luego, trascendiendo los límites continentales, llevarán su mensaje de paz y fraternidad al mundo entero. Tal es la visión de Relgis, quien sueña del renacer de la cultura europea a través de la cultura americana. Esto es lo medular del mensaje contenido en esta obra: «Por el neohumanismo que creemos haber descubierto en algunos centros culturales de América, y sobre todo en nuestro refugio que es el Uruguay, es posible devolver a Europa por lo menos una parte de sus propios valores antiguos, falsificados o destruidos por sus guerras nacionales, civiles e imperialistas, por todos sus regímenes autoritarios, absolutistas, anticulturales y antihumanos... Pagándole nuestra deuda, servimos, a través de Europa, a la Humanidad entera» (Páginas 101-102). Y recuerda Relgis al respecto la profecía que le hizo en Berlín hace más de treinta años el biólogo alemán Jorge Fr. Nicolai, ahora profesor en la Universidad de Santiago de Chile: «La nueva Europa volverá a nosotros por el camino de la América del Sur» (P. 56).

Pero Relgis también ve varios peligros que podrían malograr el desarrollo de una auténtica cultura americana y universal. De estos peligros el más aparente es la plaga de las dictaduras y de la mentalidad política, en el sentido partidista de la palabra: «La política, con su mentalidad mezquina, utilitaria, y sus procedimientos opresivos y arbitrarios, se infiltra en todos los lados, aun debajo de las puertas de las instituciones sociales, humanitarias, culturales, que ostentan la digna

etiqueta de la Autonomía» (P. 68). Para contrarrestar la influencia perniciosa de esta tendencia y evitar los desastres que ha padecido Europa, es necesaria la inteligente acción social para crear las condiciones propicias a la libre investigación: «Solamente precisamos que la primera condición de la libertad de conciencia y de todas las libertades prácticas que de ella dimanar, es evitar los errores del oscurantismo, las opresiones de todo dogmatismo político o eclesiástico, educativo, ético o mismo estético... Las supersticiones y los fetichismos de arriba, montados y sostenidos por las clases dirigentes, son más tenaces y dañinos que los del pueblo» (p. 96-7).

Otro peligro que señala el autor es la tendencia creciente hacia la mecanización y deshumanización de la vida, analizada ya por Ortega y Gasset y otros muchos pensadores, con la destrucción consiguiente de todos los valores preciados por Relgis. Para combatir esta tendencia, así como el mal tradicional del autoritarismo e incluso sus aspectos, es imprescindible una nueva ideología humanista y dinámica capaz de hacer de los intelectuales una fuerza efectiva en la lucha. Y Relgis considera que el pensamiento de Rodó es básico en la elaboración de esta filosofía: «Podemos considerar a Rodó como un precursor del humanismo en su país, y situarlo entre los mejores humanistas de nuestro tiempo, porque ha dado a su concepción una amplitud que abraza a la vez la ética y la estética, sin olvidar que el punto de partida de todo idealismo es el individuo que se realiza a sí mismo, libremente, sobre el doble plano del conocimiento y la acción» (p. 88-89). Cree Relgis que esta filosofía neohumanista basada en el individuo ya se está elaborando en Latinoamérica, y que se enlaza con su propia concepción filosófica, el «humanitarismo integral»: «Para nosotros, ese neohumanismo significa el humanitarismo integral. Este reside en la conciencia que el hombre puede tener de su condición en el conjunto de la naturaleza; de las relaciones entre el individuo y su especie, en el tiempo y en el espacio; de la interdependencia de las agrupaciones sociales; y, en fin, de los medios pacíficos y solidaristas que debe emplear para fomentar su propia evolución creadora. Esos medios, esas «armas» de combate son: la libertad, que no tiene más límites que los de la libertad de otros, y el amor que sabe discernir, que en la diversidad de las expresiones, de las formas y grados de desarrollo busca siempre lo que une de una manera armoniosa y no lo que divide y empuja hacia los abismos del odio y de la matanza» (p. 92-3). Es en el Uruguay especialmente que Relgis cree haber encontrado el terreno indicado para este desarrollo cultural.

El proceso se ha iniciado, pero los peligros son muchos. Por eso, Relgis aconseja prudencia a Latinoamérica en el camino que ha emprendido: «No os europeicéis, es decir, no adoptéis los malos hábitos de intolerancia y violencia de nuestra desgraciada Europa. Y tampoco os americanicéis con exceso, es decir, no os volváis esclavos del maqui-

nismo que triunfa en el Norte, y de esa falsa moral del provecho, que cuenta los minutos del tiempo mercantilizado y juzga el valor de un hombre de acuerdo a sus apariencias materiales» (p. 65).

III

Aunque lo grueso de las obras de Eugen Relgis está escrito en prosa, inició su carrera como poeta y lo sigue siendo. Además de sus libros de poemas y prosa poética, ciertos ensayos y especialmente sus libros de viajes contienen una prosa tan rica, variada y lírica, que se advierte en seguida que son los productos de un temperamento esencialmente poético. Y la vena puramente poética, interrumpida por los acontecimientos trágicos en Europa antes y después de la Segunda Guerra Mundial, ha vuelto a aparecer en América. En 1954 se publicó una colección de poemas escritos en rumano con el título « Sudamérica ». Estos poemas, traducidos al castellano por Pablo R. Troise, acaban de editarse en 1960 en los « Cuadernos de Julio Herrera y Reissig » de Montevideo en un tomito titulado « En un lugar de los Andes ». En ellos Relgis expresó líricamente los temas expuestos en el libro que acabamos de estudiar.

Se siente sobre todo la presencia de una naturaleza ruda y gigantesca que domina a veces al hombre y humilla su orgullo:

«Aquí estás, extraviado
en algún sitio de los Andes
erguido sobre el hilo del sendero,
entre dos precipicios.

Apenas eres alguien
— eres sólo una hormiga
que ya ignora su olla,
tiritando de miedo
aquí y allá,

entre un abismo ciego, estrecho y hondo,
y otro que sube y sube
inquebrantable,

luchando con el mundo,
añorando los copos azulados
tendidos entre picos,
cuando quiere llegar hasta los astros
que salpican el cielo» (p. 21).

En el mismo poema, « Alma Mater », desde las alturas nos muestra América en forma de un gigante tendido en los océanos, revelando así la unidad de su visión continental, esencial a la comprensión de las ideas del autor sobre el Nuevo Mundo:

«Desde siglos, el ídolo es el mismo:
en el Norte, la frente entre las brumas
— coronilla nevada desde siempre;
rostro clavado en los témpanos de hielo.

Los hombros angulosos,
las espaldas talladas
y las costillas rotas;
los músculos rocosos
y las venas hinchadas.

El apoya sus brazos
en las olas,

aferrando los dedos
en el fondo;
cogiendo las entrañas
pegajosas de sangre,
y parece que intenta levantarse,
ya jadeante, gimiendo
...o resoplando
de furia y de dolor» (p. 23).

Como sugiere la imagen poética, América debe ser un continente unido en la opinión de Relgis:

«¿Tres Américas? ¡Sin UNA!,
con sus tribus y sus pueblos
— todos creciendo en su senda,
bajo igual sol e igual cielo» (p. 26).

La misión americana propuesta por el autor es proclamada por el gigante mismo:

«— Un corazón de fuego
late bajo la tierra,
y ella es sólo una gota
desprendida del sol,
teniendo voz y aliento
no para un continente,
sino para los cinco
que ella misma engendrara,
crecidos en el yunque del trabajo.
Porque la tierra es buena
y generosa,
y a todos alimenta» (p. 27).

El poeta no soslaya, por otro lado, los problemas americanos. Como hemos visto antes toma posiciones firmes, y sin titubeos.

En el poema « Indios » (p. 28-9) los describe:

«Cabizbajos, encorvados, deshechos... acurrucados,
están sentados en rueda; sin moverse esperarán...»

«¿Desde cuándo en esta tierra son víctimas perse-
[guidas,
y hasta cuándo serán siervos de su propia sole-
[dad?]

pero no duda de su destino, que describe metafóricamente:

«Suben, suben el sendero buscándose hacia el
[Oriente,
con los brazos levantados en silente adoración
— herencia de los ancestros con tanto tiempo en la
[frente —
llevando la ofrenda ardiente rumbo a la gloria del
[sol...]

Expresa también el dolor del exilio de su amada Europa:

«Y aquí estoy, al fin del rumbo; lejos del país que
[llora,
sin mis hermanos deshechos, si es que en sus ojos
[hay vida.

Mis padres, los que murmuran, y aquéllos por los
[que implora
— más allá del horizonte hermoso — mi voz tran-
[sida» (p. 38).

Y expresa su agradecimiento por el acogimiento
fraternal que le ha hecho el Uruguay:

«¡Oh, mano hermana posada sobre mi espalda
[cansada!

Siento otra vez el aliento que se había ido de mí.
— La casa es tuya. ¿Qué penas nublan así tu mi-
rada? —

...Y en un soplo de esperanza vuelve la fe que
[perdí» (ibid.)

Luego, en el ciclo poético «Petrópolis», nacido
de su peregrinaje al Brasil a la tumba de otro
gran europeo, Stefan Zweig, entendemos más cla-
ramente lo que le atrajo a este peregrino del hu-
manismo a América. Dice en la primera estrofa del

poema «De profundis — A la tumba de Stefan
Zweig — »:

«Es por ti que he venido desde otro continente.
Mis pasos van hollando tu último camino» (p. 57).

Y al fin del mismo poema expresa Relgis la ac-
titud que le pareció típica de la vida de Stefan
Zweig y que quisiera adoptar — y ha adoptado en
la suya propia:

«Tan firme como él mismo quisiera mantenerme,
llevando en las espaldas la carga de la vida.
Aspero, mudo y frío delante del destino,
incommovible bajo los golpes del dolor...» (p. 59).

Versos que pueden servir de lema a la vida de
Relgis y de todo un continente, América, que él
ve destinado a soportar en sus anchas espaldas
el porvenir de la cultura occidental.



UNAS LINEAS DE ALAIZ

(Viene de la página 3711)

barullero botón de la radio, a vueltas con mil secretos a voces, diez mil diálogos para mo-
lestarse unos a otros y cien mil misterios de esfinge, no es posible vivir.

Dentro del volcán crítico que invierte en murmurar, en quemar y en quemarse tanto
tiempo como en respirar, es preciso aislarse, ir al «maquis», saturarse de intemperie, libros
y silencio. No se puede imponer silencio al que moriría de rabia si no pudiera hablar de lo
que dicen que habían dicho que dirían. Emburallando con las informaciones manipuladas
por los partidos —todas falsas—, la carencia de información directa y el torrente de inven-
tiva, el barullo llega a extremos de asfixia. Entre tantos Gobiernos como se crean sin cesar
falta uno: el de los que no quieren ser asfixiados.

¿Qué se espera? ¿Un milagro? «El sector que destacará a uno de los suyos para sacar a
Franco —se dice—, ganaría la partida contra Franco.»

He aquí claramente expresado el concepto de milagrería, y la confesión terrible de que
veinticuatro millones de enemigos de Franco no pueden contra él lo que podría uno solo o
un pequeño grupo. Esto es falso. Es redentorismo, religión, afición al milagro. Pero lo peor
es que quien habla así piensa políticamente en que el acto lo consuma otro, no él. Y está de
un humor endiablado viendo que no sale a escena el otro. El que en España va a perder la
vida contra la ignominia falangista, no chillani piensa en el otro.

Lo peor es el ambiente de milagrería que no imita a los activistas y los deja solos. No
se generaliza la acción por eso, y en vista del fallo, la crítica mordaz, no la racional, ocupa
el lugar de los actos.

Nadie está obligado a ser héroe forzoso. Pero se impone la discreción y la tregua cuan-
do se quiere ser espectador, no actor, de hechos y acciones.

FELIPE ALAIZ

Las mujeres en la revolución española

por Federica MONTSENY

HAY un cúmulo de prejuicios sobre la mujer, y más sobre la española, y es preciso rendir justicia a su abnegación porque se asoció en todo momento a la lucha y contribuyó denodadamente a ella a lo largo del proceso evolutivo de la Humanidad.» No sólo es preciso recordar la actitud de la mujer en los días de julio del 36. Sería incompleto. El 19 de julio tiene justificación en el pasado. Todos descendemos de ese pasado. La acción de la mujer en la lucha por la libertad es poco conocida. Por otra parte, ha tenido que enfrentarse ella con el ambiente hostil que la relega «a las labores propias de su sexo» y se ha visto sitiada, como bloqueada por el concepto casero, rémora de siglos y siglos contra la libertad de la mujer.

Si en algunos países ha sido factor determinante, en España no ha podido serlo por circunstancias evidentes. La Iglesia hace de ella el motivo más patente de influencia, y el sentir general la sitúa en terreno desfavorable por la preocupación de minimizar su carácter. Aparte las figuras de mujer que como María de Molina o Isabel de Castilla ocuparon un trono o tuvieron relieve culminante en los acontecimientos políticos apenas existe la mujer. Casi no se sabe nada de ella. Sin embargo, hay un extenso repertorio de actividad femenina eminente que no podemos olvidar.

En la Revolución francesa de 1789, no sólo intervino en la lucha abierta. La Enciclopedia había dado ideas a la Revolución, influyendo en los dos sexos dedícidamente. En los movimientos refractarios de España, hubo siempre mujeres activas que marcaron los jalones dignos de loa y dieron ejemplo a otras mujeres y a los mismos hombres. La Historia permanece muda cuando los poetas no cantan hazañas, cuando pintores y escultores no plasman hechos destacados, pero dentro del pueblo en esa cantera inagotable de valores, la mayor parte anónimos, la mujer tuvo su acción también. No nos legaron sus nombres tantas mujeres, pero supieron combatir en horas difíciles y animar la lucha. Sea para ellas nuestro homenaje.

Los nombres históricos se confunden con la leyenda y dan a ésta valor cierto. Recordemos a María la Brava, viuda de Padilla, decapitado éste cuando el emperador reprimió tan duramente la sublevación de los Comuneros de Castilla. La viuda de Padilla se hace fuerte en Toledo. Resiste allí con entereza a las hordas de Carlos V. Se bate como un hombre valiente. Una traición abre las puertas de Toledo y María la Brava es condenada a clausura perpetua en la cárcel conventual de las Huelgas de Burgos.

Aquella lucha no era aún social, pero representaba un antagonismo vibrante contra el poder cesarista, contra el absolutismo de la corona. Las

Germanias de Valencia, como la lucha aragonesa que representó Lanuza, decapitado por el poder real, tienen carácter semejante, igual que Rafael de Casanova en Cataluña. Contemporáneo de María la Brava fue en Cataluña Juana de Torrellas, viuda de Serrallonga. Reunió Juana de Torrellas a unos cuantos guerrilleros dispersos por las montañas, ocupando las Guillerías y el Montseny. En la viuda de Serrallonga, como en los que combatían más con ella que por ella, latía el espíritu de las libertades populares catalanas.

Teresa de Jesús desbordó el marco estricto de los dogmas con sentimiento activo inconformista y ardor de mujer contra los prejuicios de su tiempo. No podemos dejar que la Iglesia se asimile aquella personalidad extraordinaria que pertenece al acervo de la mujer española. Teresa escandalizó a sus contemporáneas y concitó contra ella las iras de la Inquisición.

En el cultivo de la ciencia botánica aparece un nombre de mujer ilustre: Eulalia Sabuco, pensadora que tuvo el noble empeño de abordar el dominio de lo desconocido, espíritu inquieto que entró por derecho propio en las luchas de su época y se vinculó a la causa de la cultura y del experimento contra el terror de la teología. Otras mujeres tesoneras y decididas podríamos citar. Agustina de Aragón, combatiente contra las huestes de Napoleón; Mariana Pineda, ahorcada en Granada por bordar el estandarte de la libertad y las mujeres catalanas asesinadas por los esbirros del general Zapatero. Va creándose a lo largo de los siglos una nueva mística. Ya no será la mujer instrumento pasivo, sino que contribuirá arduamente a la lucha, y muchas veces ejemplo del hombre.

No se da en España el caso de una Julieta Recamier. En España, la mujer se va incorporando a la mística nueva, a la pelea ardiente que sucede a la magia de los dogmas. El arte, la literatura, la ciencia, los ideales progresivos prenden en el corazón de la mujer, que tiende a ser abnegada porque lo es ya anónimamente en el hogar en la crianza de los hijos. Rosalía de Castro cultiva la poesía. Emilia Pardo Bazán la novela, el ensayo, la crítica. Amalia Domínguez Soler da un alto ejemplo de humanismo, desbordando también, como Teresa de Jesús, todo particularismo.

Concepción Arenal introduce en el mundo penitenciario las ideas más generosas. Ella prueba que el delincuente no es delincuente sino enfermo, un huérfano de comprensión. Concepción Arenal quiere curar en vez de castigar. En realidad fueron discípulos de Concepción Arenal hom-

bres ilustres como Dorado Montero, Salillas y el mismo Francisco Giner de los Ríos. Tuvo que enfrentarse Concepción Arenal con engolados juristas de su tiempo, pero triunfó. Sus ideas son las del porvenir. Internacionalmente, los pensadores más dignos de este nombre tienen a Concepción Arenal como precursora de ideas reparadoras, ideas que están en la base de todo sistema positivo de progreso y verdadera justicia.

Amalia Domingo Solera procedía del librepensamiento. Era físicamente una mujer deficiente: jorobada, medio paralítica, débil en extremo. Pero condensaba toda su energía en el cerebro y tuvo una actividad altamente honrosa y una vida de sacrificio. Soledad Gustavo, mi madre — séame permitido este recuerdo — contribuyó con Gabarró a fundar la escuela laica. Muy joven tomó parte en el memorable Primer Certamen Socialista. Su cultura, su profesión y vocación de maestra contribuyeron al renacer del movimiento de las ideas anarquistas y actuó con Lluñan en la redacción de «Las Dominicales».

¿Y qué diremos de Teresa Claramunt? Obrera de fábrica de Sabadell, con una inteligencia despierta y una lealtad constante para nuestra causa, espíritu puro y autodidacta, llegó a ser la mejor oradora de España. Su heroísmo, su firmeza, su clara interpretación de las ideas, fueron constantes estímulos. La mitad de su vida la pasó de cárcel en cárcel, de destierro en destierro. Figuró en el proceso de Montjuich. Al ser conducida, atada, al castillo, le preguntó un guardia:

— ¿Tienes miedo, Teresa?

Y contestó ella:

— ¿Desde cuándo nos conocemos?

La réplica dejó al esbirro sin palabra.

Sacaba cartas del castillo valiéndose de su audacia y habilidad. Recibía armas del exterior, era madre de todos los presos. Fue encerrada junto al tristemente calabozo cero, lugar histórico de martirios. Tenía que oír gritos de dolor de los torturados. Su temple no quedó atenuado un solo momento. Requerida por el verdugo Portas para que denunciara a compañeros activos, replicó contundentemente. Asistió a siete fusilamientos obligada por los sayones y fue deportada a Inglaterra con 28 refractarios.

Pasó a Francia desde Inglaterra. El cerco policiaco y las privaciones de todo orden no dejaron a Teresa un minuto de reposo. Ante el espectáculo doloroso de un joven preso ruso que se moría de hambre y de tuberculosis, Teresa robó leche y pan. En España volvió a sufrir el rigor de todas las represiones, siendo condenada a ocho años de prisión por tenencia de explosivos y casi a otros tantos por una huelga de Zaragoza.

De los 63 años que tenía cuando murió en Barcelona en abril de 1931, había pasado 20 en cárceles y lugares de destierro. La lucha clandestina fue su vida, su actividad y su vocación. Y aún pudo parir ocho hijos.

La vieja Cayetana, otra mujer extraordinaria, era enlace entre Montjuich y la calle. Circulaba mensajes y documentos y se entregaba, entre peli-

gros inminentes, a favorecer a los presos y a sus familiares. Francisca Saperas era otro arquetipo de abnegación, algo así como la Madona de los proscritos. Partía su pan con ellos. La represión fusiló a su compañero y a su yerno. Su espíritu fue indomable y tenaz hasta la muerte. Hay una floración anónima de mujeres heroicas que no podemos olvidar.

En 1917, el movimiento en pro del abaratamiento de subsistencias tuvo en las mujeres admirables animadoras, propulsoras activas y luchadoras ardientes. Por cierto que aquella fecha marca la primera coincidencia entre la U.G.T. y C.N.T. Al dar la guardia civil una de sus cargas más brutales Rosario Dolcet desafió a los tricornios y con buen número de compañeras se sentó en el suelo en vez de huir.

En 1909, las mujeres interceptaban la circulación de trenes cargados de reclutas enviados a Marruecos. Las mujeres se daban enteras a la causa justiciera y estuvieron en la vanguardia del ideal y de la acción directa. Sólo guiaba a aquellas luchadoras la satisfacción del deber cumplido.

Diréis que exalto las cualidades de la mujer y que silencio sus insuficiencias para no desbordar un marco de perfección. No. Conozco las omisiones, pero no puedo avenirme a juzgarlas sin comprensión. La frivolidad, la ausencia de dimensiones profundas, los mismos excesos de la mujer son evidentes. Incluso me dan motivo para enunciar una teoría viendo que el mundo no se pronuncia contra la mujer no es mejor que ella.

La mujer es un pájaro sin libertad. El hecho de que a veces use la libertad sin discernimiento, es cierto. Pero no es menos cierto que aquella libertad se ve constantemente reprimida y que si linda con el exceso, no llegaría a él de tener la mujer en uso constante la libertad de que la privan y sólo alcanza excepcionalmente, presa en los convencionalismos de curso general. El padre primero, el esposo después o el hermano, la consideran menor de edad. Jurídicamente lo es. Está incapacitada por la ley. Días después del 19 de julio se dijo que la mujer española se desenfrenó. Pero no hay que ser injustos. Acostumbrada a verse siempre en lugar secundario, la mujer quiso demostrar y demostró que era capaz de luchar como el hombre. Todos pudimos presenciar actos de heroísmo y responsabilidades compartidas.

En otros países la mujer puede ser una especie de reina sin trono y aparecer como superior al hombre. En España, la Iglesia mantuvo retraídas a las mujeres. Cuando éstas quieren propagar las ideas se encuentran con verdaderas sorpresas. Recuerdo que en Valladolid las hermanas de Oro-bón Fernández no asistieron a un acto público donde hablaba yo y se disculparon diciendo que estarían mal vistas si iban al mitin. En Andalucía, en la zona minera de Huelva, en 1932, los chiquillos iban gritando por la calle cuando pasaba yo: «Ahí va la mujer que habla...» Que mi madre en el Ateneo de Madrid hablara de nuestras ideas como habló era un caso insólito, un acontecimiento desusado, una especie de aurora boreal.

Cuanta más libertad racional tiene la mujer más libertad merece y gana. Durante la guerra del 14 la mujer ocupó la plaza del hombre en los lugares de trabajo y ya no los abandona. Y en cuanto a los mujeres que trabajan secularmente, recordemos las epopeyas de las cigarreras y la huelga de La Coruña. Hasta las amas de cría participaron en el movimiento. Por lo que se refiere al 19 de julio, si hubo mujeres fáciles que fueron al frente otras mujeres impulsaron a los hombres y se prestaron en hospitales y ambulancias, a las buenas obras, lo mismo que la producción. Los fallos de unas están bien compensados con las virtudes de las más. Y herederas de éstas son las mujeres españolas que hoy resisten con denuedo al oprobio del franquismo.

Recordemos el nombre de María Silva, «La Libertaria», y el de la compañera de Cordón, ambas asesinadas. Recordemos las huelgas silenciosas, la intervención de las mujeres en la España de hoy como enlace heroico entre héroes. Ellas defienden la vida de los compañeros con firmeza extraordinaria, con iniciativas y abnegación ejemplares a riesgo de perder la vida. Y recordemos a las mujeres de 1902, de 1909, de 1911, de 1917, de 1919, las luchadoras contra la dictadura del 23 y tantas otras dignas de evocación.

¿Se ha preocupado el hombre por la mujer? Sólo se tiene a ésta por «sexo contrario». Hubo un articulista — Viadiu — que llegó a escribir: «¡Que los dioses nos libren de una mujer emancipada!» Los hombres admiráis a la mujer que sube a la tribuna, a la que propaga las ideas. Pero la admiráis a condición de que no sea la vuestra.

Bakunin ya dijo que era indispensable ganar la conciencia de la mujer para el triunfo.

En general se admira a las luchadoras como Luisa Michel, a las vengadoras rusas. Pero que no sean las mujeres propias. Y si reflexionamos bien, veremos que el esfuerzo de la mujer en la lucha es más meritorio que en el hombre. Ha de sufrir más que éste, rodeada de obstáculos: la familia, el ambiente hostil, el hombre mismo, que tiene en España a menudo posos de sangre árabe y se cree dominador, amo y celoso. Con esta mentalidad, la emancipación de la mujer es difícil.

Creo que los buenos estímulos harían de nuestras mujeres propagandistas de calidad en la tribuna de la prensa. Las mujeres inteligentes que se casan, no dejan de ser inteligentes para ser madres, pero siendo madres abandonan todo lo que no sea el hogar. El marido dice a la mujer: «Tú para mí y para nadie más». Emma Goldman llegó a anular su condición de mujer, pues no quería desatender la lucha. Creo que los hombres habrían de tener una visión inteligente para interesar a fondo a la mujer. Un ideal propagado por ésta, tiene más atractivo que el mismo ideal propagado por un hombre.

El Vaticano tuvo y tiene el enorme poder que vemos porque lo concentra en la conquista de la conciencia femenina. A pesar de que los jerarcas de la Iglesia ven en la mujer la encarnación del diablo, todo lo edifica, todo lo funda la Iglesia en

la mujer. María es la figura central del retablo cristiano y madre de la divinidad. La Iglesia cultiva el ñoño sentimentalismo femenino, es decir, la debilidad mujeril, atrae a la mujer para la confianza y estimula su predisposición a lo patético con el culto a los corazones.

Lo usual en la mujer es el impulso dispuesto al sacrificio, tan vivo en el instinto maternal. La mujer se incorpora a las ideas más por el corazón que por la mente.

No pidamos responsabilidad a la mujer si la tenemos por ser inferior, sometida a tutela. En ninguna actividad permanece rezagada. Ya véis que en Francia la mujer vence al hombre en los concursos docentes. Si sólo se pide a la mujer que sea guapa, lo será hasta el delirio aunque el hombre sea un Adán, pero se inclinará — como el hombre — por la ligereza y la frivolidad. Esto no es patrimonio exclusivo del llamado sexo débil.

La mujer tiene virtudes puras y es susceptible de un intercambio mental y moral con el hombre que no se crea amo. No exalto a la mujer, pero me sublevan las injusticias que se cometen con ella.

Ninguna transformación efectiva de la sociedad, ningún avance, ningún ideal se harán realidad sin intervención de la mujer. ¿Quién forma a los hijos? La madre. Pi y Margall tuvo una hija y dos hijos. La mujer de Pi y Margall era creyente y la hija se hizo monja. Yo misma debo mi formación a mi madre. Los hombres de mañana, los hombres de todos los mañanas, los formará la mujer. En las Revoluciones rusas desde principios de siglo, las estudiantas instruían a los hijos de los aldeanos.

Cada mujer puede ser una artista en la vida. En ella reside la eternidad con el genio de la especie. Primero ha de modelarse ella y luego ella modelará al hijo. El sentido altruista lo posee la mujer en grado eminente. No lo estorbéis. Pensad que haremos más por la Revolución mundial estimulando la selección de una élite femenina que conquistando cuatro o cinco mil hombres. Que se ciegue la fuente de los egoísmos en el hombre, que se suprima de raíz el concepto de propiedad que tiene de la mujer.

Nada enriquece el valor íntimo de la mujer, nada eleva y dignifica a ésta como el convencimiento de que no es un ser inferior. Si ese convencimiento es efectivo, las vanidades y frivolidades quedarán reducidas hasta desaparecer, y el sentido superior de la vida neutralizará el concepto peyorativo de la mujer que tiene a veces ella de sí misma como hoja a merced del viento.

La vida es yunque. En él se moldea el temperamento. Cuando la mujer consiga la serenidad laboriosa de moldearse en el yunque, serenidad que consiste en hacer de la propia vida una obra de arte, cuando se vea estimulada y ayudada por el compañero de su vida, el ideal le parecerá más grande, pero también más asequible. Nada empuje y descorazona tanto como la vida frívola, incapaz de ascensión espiritual. Hay que ele-

La psicología y la conducta humana

El sexo, el hombre y la sociedad

VIII

RECIENTES sucesos ocurridos en París y en Londres nos hacen escribir sobre el instinto sexual que influye, grandemente, en las funciones orgánicas, en las actividades del hombre, en su carácter y en su personalidad. De elevar o no la función sexual a la categoría de vicio puede inclinarlo hacia la decadencia fisiológica y psíquica o en el sentido de la superación moral, mental y física. Y sabido es que el sexo es la condición orgánica que diferencia a los individuos pertenecientes a las especies animales y vegetales clasificándolos, en el seno de cada uno, como machos y hembras.

En nuestra especie lo normal es que el sujeto pertenezca al sexo masculino o al femenino, y las tres variedades de homosexuales, de las que hablaremos más adelante, son enfermos mentales y no tipos intermedios entre los sexos. Hoy la Psicoterapia afirma que no hay ninguna variedad homosexual incurable si el enfermo colabora a su propia curación. Y lo hace, generalmente hablando, convencido o persuadido de que es anormal creer que es hombre siendo mujer, o a la inversa, y que es cosa impropia y contraria a la raza humana, a las necesidades naturales, biológicas, de conservación y propagación sana y feliz del individuo y del género humano.

Exponemos, en líneas generales, lo que intentaremos demostrar, en este trabajo, llanamente, estimulados por las noticias que a continuación transcribimos y comentamos, como asimismo probar que las organizaciones políticas-sociales de nuestros días originan gran número de enferme-

var la mirada. Y entonces se perdona porque se comprende.

A los hombres les digo que Villiers de l'Isle Adam, en su «Eva futura» nos presenta una mujer especie de «robot», que obedece a la automática y representa para las generaciones manicomiales el ideal femenino. No, no. La Eva futura estará en la comunidad perfecta del amor. No puede éste existir en el hombre si se cree amado por un ser inferior. No se puede amar integralmente al ser que se desprecie. Incluso por egoísmo, por egoísmo legítimo se entiende, el hombre ha de ayudar a la mujer, a callar atavismos propios, desprenderse de preocupaciones ancestrales. La personalidad humana tendrá entonces espacio para desenvolverse con libertad en los dos sexos y surgirá el necesario equilibrio. Para terminar, quisiera que vosotros, hombres, reflexionárais, y que vosotras, mujeres, os decidiérais a compartir la reflexión y la decisión.

dades entre las cuales contamos la de la homosexualidad. Es preciso que las ideas salvadoras desarraiguen de los entendimientos los inveterados hábitos mentales, los viejos prejuicios, todas las ideas anticuadas que se resisten a desaparecer.

La prensa mundial hizo público que el día 16 de marzo, próximo pasado, en París, se casó Jacqueline Dufresnoys, que después de varias operaciones quirúrgicas se convirtió en mujer. Antes llevó el nombre masculino de Jacques. Dos días después, el 18 de marzo de 1962, desde Londres, se dió al mundo la noticia de que un hombre de 40 años de edad, que había sido homosexual desde los 18 años, ha sido curado por medio de una droga y de grabaciones magnetofónicas, según reveló, en la precitada fecha, el **British Medical Journal** (Diario Médico Británico).

El doctor Brasil Jones informó, desde esta publicación, que el homosexual, individuo graduado universitario, había sido sometido a previo tratamiento psiquiátrico, sin éxito alguno. Manifiesta que tras un intento de suicidio se le puso bajo el cuidado de un médico que le inyectó apomorfina, una droga que causa náuseas y vómitos. Cuando el paciente se sentía presa de las náuseas, le mostraban fotografías de los distintos tipos de hombres con los cuales había tenido relaciones. Entonces se le obligaba a escuchar, a intervalos de dos horas, grabaciones en cinta magnética que explicaban los orígenes de la homosexualidad. El siguiente paso del tratamiento consistió en despertarlo todas las noches, cada dos horas, para referirle lo bien que estaba respondiendo la curación.

Más adelante, le mostraron fotografías de mujeres de anatomía atractiva, y se le hizo escuchar música grabada por cantantes femeninas de voz sensual.

El tratamiento, afirma el precitado doctor, duró veinte semanas y, según el artículo, «el individuo se ha convertido, en todos sentidos, en una persona normal, que tiene una acompañante del sexo opuesto, y una mejor vida en lo profesional y lo personal.»

Estamos escribiendo a mediados de abril. Hemos dejado pasar un mes y la información dada, con toda seriedad, por el **Diario Médico Británico** no ha sido rectificada, aclarada ni ampliada en ninguna de sus partes. Tampoco lo ha hecho el periodismo internacional que la difundió, en todos los idiomas, dando por admitido que tuvo éxito el tratamiento de dicho médico después del «caso de los métodos psiquiátricos».

Acogemos con agrado la noticia de la precitada curación, pero nos subleva parte de la misma por significar, a nuestro entender, injusticia y false-

dad que no podemos silenciar. Y hablamos desde CENIT deseando que no sea la única revista o publicación que señale, divulgue y vulgarice lo que consideramos la verdad científica. Bien que hablen los profanos, pero psicólogos y psiquiatras debieran tomar la palabra, hacer oír su docta voz. Nosotros intervenimos impulsados por nuestra conciencia, por la probidad intelectual, la ética y el respeto que nos merecen la Psicología, la Psiquiatría y los hombres que ejercen estas ciencias. Admiramos más a estos científicos que a los atómicos, por ejemplo, porque realizan la más urgente y noble de las tareas: mejorar el equilibrio psíquico-mental de los individuos humanos y de la sociedad, de la que no obtienen la colaboración que necesitan, más que otros científicos, para bien de la Humanidad.

No es difícil intuir lo sucedido en el caso de Londres por la misma información del *British Medical Journal*, que tenía el deber ético y científico de hacer al artículo las aclaraciones y ampliaciones pertinentes. Si lo inadmisibles, por error, pasó inadvertido, bien pueden rectificarlo ahora al darse cuenta. « Más vale tarde que nunca ».

Historiales de enfermos mentales nos enseñan que es común, generalmente hablando, la resistencia del sujeto sometido al psicoanálisis. Aunque ansía, verdaderamente, resolver el conflicto psicológico que lo angustia sobremanera se resiste al psicólogo y al psiquiatra más competente; quisiera que se lo resolvieran sin descubrir ciertas de sus intimidades, algunas partes de su mundo subjetivo que quiso siempre ocultar o que ignora y van descubriéndose en el curso del tratamiento con sus verdaderos valores cuantitativos y cualitativos. Sin embargo, de descubrir las, de llevarlas al nivel de la conciencia y analizarlas depende, en unos casos, el principio de la curación y, en otros sujetos, ser curados automáticamente y totalmente: quedar sin la angustia al conocer la causa que la producía. Y pese al enfermo mental, psicólogos y psiquiatras tienen que proseguir la tarea de conocer al sujeto que en momentos dados, llega a odiarlos y a veces «escapan», negándose a colaborar a su propia salvación.

No nos extraña lo más mínimo que el homosexual precitado llegara en su desesperación, en el paroxismo de la resistencia psicológica, a intentar «escapar de la vida» mediante el suicidio, arrastrado por irreprimible impulso de destrucción. ¡Morir para no sufrir tanta vergüenza! Deducimos que le faltó valor humano para resistir el momento álgido, crítico de las pruebas psicológicas. No nos cabe la menor duda de que ese fue el instante de crisis psíquica-mental salvadora, el que señaló la iniciación de la curación efectiva. Por razones que desconocemos, el paciente, después de haber fracasado en su intento de suicidio, fue a parar a manos de otro médico, no psiquiatra, que lo curó.»

El doctor Brasil Jones olvidó — o no pudo ver, cegado el entendimiento por la vanidad y un mezquino sentimiento de competencia — que cuando un médico fracasa en el caso que otro médico

triumfa no quiere decir que falló la ciencia de uno y triunfó la del otro sino que fue más entendido o tuvo más suerte dado que la ciencia es una y sólo una. Pero la conducta del precitado doctor es peor: de modo gratuito proclama que fracasó el tratamiento psiquiátrico cuando es evidente que fue el paciente quien sufrió, en el momento decisivo, una derrota — sin ser vencido — en su lucha por recuperar la salud psíquica y mental perdida hacia veintidós años.

Con su frustrada acción suicida el sujeto hizo adición de su voluntad a continuar resistiendo y, al mismo tiempo, reconocida lo miserable de su existencia dominada por el homosexualismo por el que sintió, en aquel instante, honda aversión como jamás había experimentado. Antes del tratamiento psiquiátrico nunca intentó destruirse, recurrir al suicidio, lo que quiere decir que se había elevado el nivel de su conciencia psicológica — de mayor comprensión — y el de conciencia moral sobre todo. Seguramente, el temor a que le faltara voluntad positiva para alcanzar el ajuste heterosexual le hizo preferir no soportar más su existencia anormal.

El doctor «triumfante» obtuvo la curación gracias a los médicos psiquiatras que se la facilitaron. Esta es la verdad, aunque envanecido por el buen resultado, con soberbia impropia de un verdadero científico, hace público, ruidosamente, que donde fracasó la Psiquiatría triunfó «él» con la Medicina. Que recurrió a la primera para salvar al sujeto enfermo de homosexualidad lo dicen sus propias palabras. Y viendo cómo el precitado doctor se antepone a sus colegas y a la misma Ciencia no creemos exagerar al decir que no ha notado que sufre un complejo psicológico de carácter egocéntrico con perfiles egolátricos bien marcados.

Los mismos psicólogos y psiquiatras, consecuentes con los principios sobre higiene mental, de tiempo en tiempo, cuando lo consideran conveniente piden ser psicoanalizados por otros colegas. Decimos esto para que no se agrave el tan mencionado médico de Londres — que por su proceder proyecta carácter muy susceptible — si le aconsejamos que se deje psicoanalizar con más motivo que lo hace, voluntariamente, cualquier psicólogo para asegurarse, relativamente hablando, cuán normal es o de que tanto equilibrio psicológico goza. Lo reclama, a nuestro entender, la conducta anormal que observa según los datos psicológicos que ha ofrecido públicamente, y otros que desconocemos nosotros y él mismo, seguramente, que se encadenan siempre con los conocidos y comprobados.

Por otra parte, el doctor Brasil Jones confunde la Psicología con la Psiquiatría o pretende negarles el amplio campo de actividad científica que tienen. En nuestros días el comportamiento del hombre no es estudiado y tratado sólo por el psicoanálisis — psicología profunda — y la fenomenología, que se complementan, y las distintas pruebas psicológicas, sino también por la psiquiatría genética, la psicología constitucional, la endocrinología, la psiquiatría bioquímica, etc.

Entre las Ciencias Médicas dedicadas a curar enfermedades del cuerpo, la Psicología y la Psiquiatría son las que se especializan a prevenir y curar las mentales como la homosexualidad, que es enfermedad de origen psicológico. ¿Por qué, entonces, en las columnas del *Diario Médico Británico* se permiten proclamar el sedicente fracaso del tratamiento psiquiátrico en un sujeto homosexual? ¡Vanidad de vanidades y summum de debilidades humanas!

Concretamente: al homosexual precitado, que quiso dejar de serlo — factor psicológico —, le aplican recursos médicos psiquiátricos extremos, el tratamiento psicoterapéutico que reclamaba su situación particular, su caso especial, la naturaleza concreta del mismo. Conocidos los factores dinámicos de ésta, de acuerdo con los datos exógenos y endógenos, verificados, pudo aplicársele la terapia más adecuada y acertada.

La Psicología y la Psiquiatría contemporáneas dan importancia superlativa a la higiene mental y a la psicología clínica para resolver los problemas emocionales y de conducta del hombre. Y en nuestros días puede afirmarse que con la colaboración de la Medicina es posible extirpar la homosexualidad de la naturaleza humana.

Son muchas las personas — entre las que se encuentran médicos — que por no haber entrado en contacto con las precitadas ciencias siguen defendiendo que la homosexualidad es determinada biológicamente, que es un problema a resolver de carácter totalmente fisiológico, constitucional, en fin, que se debe a causas orgánicas. Y menosprecian al psicólogo y al psiquiatra, a los que algún día se les reconocerán sus verdaderos valores en este mundo desequilibrado que vivimos en el que sólo vale el « dinero ». Por eso nos solidarizamos con aquéllos, que son consecuentes, y refutamos lo afirmado en el *British Medical Journal*. Reconocemos a la Psicología y a la Psiquiatría — y a todas las demás ramas de la Medicina en sus respectivas áreas de especialización — el crédito que tienen en el estudio y tratamiento de todas las anormalidades psicológicas incluyendo las sexuales.

Sin ser científicos, como simples estudiantes amantes del saber, hacemos un somero estudio sobre la homosexualidad. No incluimos el tipo hermafrodita, por ser excepcional rareza patológica casi incontrolable en la raza humana. Que lo estudien médicos y fisiólogos lo mismo que estudian un raro ejemplar humano que nace unido a otro, con dos cabezas, etc. Los estudios que se refieren a las perturbaciones homosexuales no pueden partir del rarísimo sujeto hermafrodita por no afectar, para bien ni para mal, al equilibrio psíquico-físico-mental de núcleo social alguno y menos, por lo tanto, al del género humano. Y no se confunda, como es muy corriente, al hermafrodita, fenómeno poseedor de las características orgánicas de los dos sexos, con la variedad bisexual, con el tipo que se siente atraído hacia los hombres afeminados y las mujeres hombrunas.

Las cuidadosas mediciones antropológicas hechas

en todo el mundo en miles de sujetos de ambos sexos, de todas las razas, comparándolas con las de tipos normales, no han podido probar que a las diferencias halladas en algunos casos corresponden las tendencias a la homosexualidad y sus peculiares reacciones afectivas. No se ha encontrado la evidencia, en fin, que en los tipos homosexuales coinciden determinadas estructuras corporales han coincidido en corto número de sujetos enfermos, y han resultado semejantes a otras de tipos normales.

Tenemos que llegar a la conclusión de que el tipo biológico homosexual no existe: hay enfermos de homosexualidad curables, como otros muchos semejantes sufren distintas enfermedades y vicios adquiridos que enferman. Los homosexuales, que fueron normales, más o menos largo tiempo, los desviaron, degeneraron y enfermaron malos costumbres, malos hábitos y vicios, repetimos, adquiridos en el ambiente que los rodea. Considerando, pues, que la homosexualidad es engendrada por factores psicológicos queda rechazado, automáticamente, que se deba a causas biológicas innatas.

Hemos afirmado, de acuerdo con la Ciencia, que entre los heterosexuales — que son los tipos normales — y los homosexuales, pocas diferencias — y ninguna en la mayoría de los casos — se encuentran en sus respectivas características congénitas. Y antes de exponer cómo se reconoce, corrientemente, a los que sufren perturbaciones sexuales, digamos que algunos psicólogos y médicos psiquiatras coinciden en señalar que son tres los tipos homosexuales: el homosexual genuino; el eunucoide o pseudo homosexual y el bisexual, que muchas personas lo confunden con el hermafrodita. Y salvo raras excepciones psicólogos y profanos los descubrimos a simple vista por su forma de andar, de hablar y de mirar, de comportarse, más fácil, pronto y seguramente que por sus estructuras corporales, por sus medidas anatómicas que, en ciertos casos, pueden confundirnos y hacernos cometer lamentables equivocaciones.

Las medidas de la estructura corporal coincidieron, al parecer, en el caso que hemos citado más arriba, verdaderamente excepcional, del «varón» Jacques hoy mujer llamada Jacqueline, recientemente casada, y que seguramente será feliz con su marido. No hay por qué creer lo contrario. En las fotografías publicadas, a Jacqueline la vemos radiante de felicidad a la que se aferrará, más fuertemente que otras mujeres, porque significa su normal vivir, tan ansiado, y por el que tanto expuso, para hacerlo posible, en tres intervenciones quirúrgicas. Predominando en su naturaleza el sexo femenino por él se determinó psicológicamente pidiendo y permitiendo que extirparan lo anormal de aquélla favoreciendo al sexo que, en adelante, la distinguiría, absolutamente, del varón.

Constataremos que aun en los rarísimos casos de anormalidad orgánica heredada, como el que acabamos de comentar, la tendencia biológica y psicológica del sujeto es poseer, física y morfológicamente, una sola condición humana: ser mujer u hombre, pertenecer a uno u a otro sexo comple-

tamente, y no a medias, aunque corra el riesgo de serle peligrosa la maternidad, si opta por ser mujer, o se vea imposibilitado, el hombre, de realizar la función sexual. En este último caso significaría impotencia y no otra cosa, pero también curable en casi todos los casos.

Distinto al de la señora Jacqueline es el caso del homosexual de Londres atendido, en la última etapa de su curación, por el doctor Brasil Jones y colaboradores. El paciente declaró que sufría esta enfermedad desde los dieciocho años de edad, que son, precisamente, los de la indeterminación sexual. Al período de reacciones afectivas, que ocurren desde la niñez a la pubertad, cuando la libido es imprecisa, no puede llamarse tendencia biológica a la homosexualidad. Sin embargo, dado el ambiente viciado que respiramos por doquier, que malea a los individuos, puede arrastrarlos a ésta. He aquí la necesidad de la higiene psíquica y mental desde temprana edad para favorecer el desarrollo normal de la peculiar sensibilidad sexual de cada individuo humano.

« Vale más prevenir que curar ». Hay que pasar por encima de toda clase de mojigaterías, y evitar se constituya una entidad morbosa, un anormal estado psicológico que engendre desviación sexual que puede producir honda y grave psicosis difícil de curar.

Es la evidencia misma: si las perturbaciones que producen la desviación de la libido en el sujeto éste las adquiere quiere decir que es posible desarraigarlas, que el homosexual no es un tipo intermedio entre los sexos, que las tendencias inadvertidas puede el mismo sujeto eliminarlas y más, seguramente, si cuenta con la ayuda del psicoterapeuta.

La experiencia de Londres y miles de otras experiencias más complejas, que han necesitado más largos estudios y tratamientos, y a las que no se ha dado tanta publicidad — porque los psicólogos y psiquiatras especializados son más responsables y discretos — demuestran que cuando el paciente coopera en la curación logra el ajuste heterosexual aunque haya tenido — que es el peor de los casos — inclinación biológica a la homosexualidad como es probable la tuviera Jacqueline más o menos tiempo. No podemos asegurarlo, porque nada haré dicho al respecto los informes periodísticos, pero lo consideramos posible. Lo importante es constatar que todos los homosexuales pueden dejar de serlo, y acabar con la escuela tirana de anomalías psíquicas y físicas que, un tiempo, les produjeron goces enfermizos, anormales.

Todo coincide en negar que la enfermedad homosexual, de cualquier tipo, sea de origen constitucional o endocrinológico. Lo prueban las estadísticas y experiencias que tenemos a la vista, que sería prolijo transcribir, y también la higiene psíquica mental aplicándola tempranamente, a los seres humanos, de ambos sexos, asegura el normal desarrollo de sus respectivas inclinaciones sexuales.

Por otra parte, la homosexualidad no es sinónimo de delincuencia y de criminalidad como dan a

entender los Códigos Penales de algunos Estados que la condenan por sí misma, persiguiendo a los homosexuales como si fueran delincuentes natos. Además de ser falso mejor sería que organizaran más centros psicoterapéuticos, de higiene mental, para curarlos — a éstos y a otros tipos de enfermos mentales — porque ganaríamos elementos útiles para la vida social. Con la persecución despiadada, sistemática y castigos o condenas a prisión que sufren los homosexuales en ciertos países se obtienen los peores resultados: aumentan los focos de degeneración sexual, de inmoralidad, podemos decir rabiosa, de vicio clandestino que exige ser mejor pagado por los riesgos que se corren, como sucedió en los EE. UU. — con las debidas proporciones en cada caso — al imponer, en 1920, la «Ley seca», que tuvieron que suprimirla en 1933, porque en vez de reprimir el alcoholismo sirvió para aumentarlo y creció el bandidaje y el crimen.

Lo cierto es que los turbios impulsos sexuales de las gentes sin moral, pervertidos, con cartera más o menos llena de dinero, que pululan por los medios del homosexualismo sitúa al homosexual en una encrucijada peligrosa. Por el hecho de serlo no tiene tendencias propias del delincuente y menos las criminógenas. En ese medio se malea más y más y comprendemos que, en momentos dados, relajados los frenos inhibitorios, ansiando independizarse y reducir el tiempo que sufre humillaciones mil, sintiéndose desventurado en exceso, víctima de ricos viciosos, de impotentes obscenos, de depravados y depredadores sin escrúpulos, etc., es arrastrado a la delincuencia y al crimen.

No nos detenemos a determinar el grado de culpabilidad del homosexual que delinque por considerarlo en cierto modo, un irresponsable, un enfermo mental necesitado de la ayuda de la sociedad que, por el contrario, hoy lo empuja a delinquir favoreciendo el desarrollo del medio que origina y agrava su enfermedad, como tantas otras plagas permanentes de origen social y psicológico. ¿Qué pena merece la sociedad que lanza al sujeto a la corriente de las malas costumbres, de las degeneraciones funcionales y psíquicas de toda clase, de las inversiones y perversiones sexuales, de las anomalías cualitativas de los sexos?

Es evidente la responsabilidad directa y total de la sociedad autoritaria en todas las inmoralidades que existen en su seno. No pueden ocultarlas las plumas a sueldo ni los bienintencionados — o timoratos — periodistas y escritores especializados en temas científicos que consideran al homosexual seguro candidato a la delincuencia, como si entre sus inclinaciones morbosas contara — siendo falso — la tendencia innata al latrocinio y al crimen. Cabe que ignoren o no quieran tener en cuenta que en el sujeto influyen con complejo de factores ambientales, económicos y sociales, y de fuerzas bioculturales muy profundas que son las que dan origen a sus diversos trastornos neurofuncionales.

Prensa y libros, con mal contenido, todas las malas lecturas y los peores ejemplos de los que nos rodean, el alcoholismo, la prostitución, la pobreza

y la miseria impuestas por las clases privilegiadas, la televisión, el cine y la radio con sus programas malos, etc., contribuyen a arrastrar a muchos sujetos a la delincuencia y a la criminalidad.

La mayoría de nuestros semejantes podrían ser sujetos normales, equilibrados, si desapareciera la injusta organización social que fabrica los ricos y los pobres fabricando también, al mismo tiempo, los delincuentes y asesinos entre los ricos para ser más ricos, y entre los pobres — educados para ambicionar el poder y el dinero — para ser menos pobres. Y los viciosos, hombres y mujeres, roban y matan para satisfacer los vicios que la misma sociedad fomenta.

En el actual mundo autoritario todos somos más o menos delincuentes, y estamos propensos a serlo en tal grado, llegando a la criminalidad, forzados por los sistemas de vida que aquél impone a los hombres. A todos los obliga a que despojen cuanto puedan al prójimo. Y muchos lo hacen despiadadamente.

El foco de los homosexuales es uno de los menores entre los grandes focos de la delincuencia y del crimen organizados que existen por doquier atizados por las instituciones estatales que dirigen la vida política, social, económica y cultural de los pueblos en todo el orbe. Dentro del cuadro, o de los límites que establecen, llamados leyes, se permiten los más gigantescos latrocinios y crímenes. Si los sujetos desheredados por no poder «invertir» para depredar en gran escala, faltos de voluntad para encontrar mejores caminos, o perseguidos por mil desgracias, se colocan fuera de las leyes de explotación y dominación estatuidas, son perseguidos, procesados y encarcelados. En realidad sufren el rigor de las leyes que proclaman la injusticia vigente acusados de no realizar los despojos del modo que aquéllas lo determinan, de forma cruel, porque a sabiendas dañan y matan: arrebatando el fruto del trabajo a los trabajadores, a los verdaderos productores de las riquezas, de todos los bienes que éstos no disfrutan ni para satisfacer sus más primordiales necesidades mientras las despilfarran los detentadores de las mismas.

Combatimos la homosexualidad y defendemos al enfermo homosexual que la sociedad tiene el deber de salvar — como a tantos otros viciosos y enfermos de origen social y psicológico — eliminando las causas que lo producen. ¿Por qué dejarse engañar las personas inteligentes y buenas porque simulen combatir minúsculos efectos cuando las causas, entrañas mismas de la sociedad autoritaria, permanecen y se alimentan, multiplicando los mayúsculos malos efectos, cada día que pasa más peligrosos para la supervivencia misma de la especie humana?

En no importa qué sentido o dirección dirigimos las miradas vemos que «razones» comerciales antihumanas, antibiológicas y antisociales sostenidas por la fuerza por todos los regímenes autoritarios, son las fuentes de las injusticias y de las inmoralidades, hasta de los conflictos bélicos entre Es-

tados bajo cualquier pretexto, mintiendo ideales de libertad cuando son provocados por extender las áreas de dominación económica. Y para hacer posibles guerras deshumanizan a los seres humanos desde la más tierna infancia, formando en ellos hábitos belicistas, sentimientos patrióticos y militaristas, destructivos.

Observando y estudiando el panorama político-social universal los libertarios comprendemos y sentimos hondamente, la necesidad de echar abajo todas las estructuras autoritarias, todas las formas de explotación y dominación del hombre por el hombre, que desequilibran a los individuos y a las sociedades humanas.

Es preciso constituir formas de convivencia social equitativas, justas y libres en las que no sea posible comerciar con las mismas miserias fisiológicas de nuestros semejantes desheredados, con la vida y con la muerte; en las que el comercio con cuerpos y conciencias de hombres y mujeres, de los más diversos e inmorales modos, inventados en este mundo que todo lo declara comerciable, hasta los sexos, y lo más noble que pueda concebirse, no sea realizable; en las que, en fin, la condición humana, moral y social, se supere más y más sin restricciones perjudiciales, en bien general de la comunidad, sin exceptuar a uno siquiera de sus miembros: de los intereses psicológicos y biológicos del género humano que defendemos los libertarios frente a los intereses mezquinos, miserables, de facción, de grupo, de religión o Estado cualquiera, de clases privilegiadas que embrutecidas por egocentrismo brutal llegan en la insana invención de vicios y deleites perversos, a favorecer el cultivo y aumento de la homosexualidad.

La mala cultura y la civilización podridas por el principio de autoridad — que se manifiesta con máxima virulencia, en su mayor grado biológico de desarrollo político, en dictaduras como la de Kruschev, apoyado por el «Partido del Crimen», mal llamado comunista, o la de Franco, sostenida por el «Partido Iglesia Católica» y el Tío Sam, etc. — hemos de extirparlas de las sociedades humanas, porque sólo pueden producir malos frutos que corrompen a los hombres. Por más que desechen algunos, ocultándolos en el fondo de oscuros calabozos o «eliminandolos» después de haberlos expuesto a la picota pública, por sus Tribunales cómplices, para simular que los repudian y persiguen depurar el medio social, continuarán abundando y aumentando «los productos» malos de la autoridad, del árbol del mal creado por la imaginación inhumana, perversa y destructiva. Siendo invento del hombre de éste mismo depende extirparlo de su mente hasta las más profundas raíces enfermas, que lo enferman de autoritarismo y de mil distintas enfermedades sociales y psíquicas desarraigables para siempre. Mientras no lo destruyamos totalmente no será posible iniciar la buena cultura y la vida sana, libre y feliz de los individuos humanos de todos los pueblos del planeta Tierra.

FLOREAL OCAÑA

Luminosidad en la Sombra



PERSECUCION de los cristianos por figuras tan crueles que parecen miticas. Déjense de abstrusas teologías. Cristo crucificado en el Gólgota espera a la Humanidad con los brazos abiertos: sus puertas. El que ignora a qué vino Cristo al mundo lo confunde con un espantajo y no le ama. La familia del Redentor es esencia.

A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, conviene al justo: el justo quiere su parte, mas no la del león.

Desgracia grande para el pobre es que su igual llegue a rico: el dinero disminuye la memoria y aumenta la avaricia.

Quizá los fastos del cristianismo son tan censurables como los del paganismo.

No se explote más a Cristo y desclávese de la cruz, que hora es ya.

El joven rico que no quiso seguir a Jesús tiene adeptos significados, muy significados en todas partes, entre quienes menos sería de esperar.

Si Cristo presintiera que sus pasos se convertirían en oro, tal vez se habría amputado los pies.

Toda sustancia religiosa tendente a modernizar, a «civilizar» a Cristo, es contraria a su doctrina y por tanto herética.

¿Quiénes se han apartado del *statu quo* de los principios doctrinales, los ortodoxos o los heterodoxos? Verdaderamente, los heterodoxos se han mantenido dentro de la tradición y no han dado un paso adelante contra ella.

Según Han Ryner, por orden de los poderosos o pagándoles bien, los jueces declararían que Abel mató a Cain. Y que Pilatos es la víctima de Jesús nazareno, agregó yo.

Católico quiere decir universal. Ninguna acepción de esta palabra guarda relación con Cristo: es el marbete que han puesto a una mercancía más material que espiritual los civilizadores de Jesús de Nazaret y trastrocadores de su doctrina.

Aunque a Cristo viniendo al mundo le horrorizasen las riquezas de la Iglesia, no por eso los que las detentan y disfrutan renunciarían a ellas. ¡Quiá! Muchos santos exornados de oro y pedrería no estarían con su permiso en altares y si les valiera apedrarían con las alhajas o las echarían a la repuña. Se me ocurre preguntar: ¿Por ventura tuvo la primitiva Iglesia camisa que poner?

¿Para qué si no para morir hemos nacido? Lo que esto tiene de natural tiene de injusto. Y ya que así es, la muerte debía ocurrir por sorpresa, sin dolor, con el espacio por cementerio.

Mayo es un libro de rosas. En cada página de este precioso libro gorjea un pájaro. Conforme irrumpen los batallones de golondrinas, la Muerte

deja el campo libre a la Vida. ¿Conocen las golondrinas la tristeza? ¿Por qué, pues, llevan luto? Por los sin vocación de suicidio que se suicidan. La cigüeña se pone a hispir el nido después de reforzarlo. Se pueblan los jardines de colorinescas mariposas. La mariposa — dice Madariaga — es un relámpago de belleza. Cesan los disturbios invernales que dificultaban la marcha del tren. La bola da vueltas con mayor celeridad, teniendo por ápice el vivificante estío... ¿Cuál será después, el ápice? No importa, las estaciones son altos transitorios en el camino de la eternidad: Ya que llorando aparecemos aquí, aprendamos a desaparecer con alegría, luego de sembrarnos.

☉

«Es curioso — dice Ortega y Gasset — que quien siente menos apetitos vitales y percibe la existencia como una angustia omnimoda según suele acaecer al hombre moderno, supedita todo a no perder la vida. La moral de la modernidad ha cultivado una arbitraria sensiblería en virtud de la cual todo era preferible a morir. ¿Por qué, si la vida es tan mala? Por otra parte, el valor supremo de la vida — como el valor de la moneda consiste en gastarla — está en perderla a tiempo y con gracia. De otro modo, la vida que no se pone a carta ninguna y meramente se arrastra y prolonga en el vacío de sí misma, ¿qué puede valer? ¿Va a ser nuestro ideal la organización del planeta como un inmenso hospital y una gigantesca clínica? Seamos poetas de la existencia que saben hallar a su vida la rima exacta en una muerte inspirada.»

**

No hagamos demagogia alrededor de los muertos, por más que éstos sean de nuestra nidada. La muerte del mártir es para aprender a ser mártir, y para aprenderlo hasta del verdugo, que es otro mártir.

Lo que llevan de uno a enterrar es escoria y no se concibe que por miserables despojos se llore sin consuelo. Intacto se retira de nosotros lo perdurable, más fuerte que la muerte. Esto es abeja que obra con las alas (una chispa, una gema, una gota de sol), y mientras humanamente anida, construye alcázares de miel.

Los mártires están siempre presentes porque son historia heroica y tienen la conciencia universal por tumba. Lirios de la flora humana que huelen a holocausto.

Se puede sondear el océano, el heroísmo no. «Todo héroe — ha dicho Gracián — participó tanto de felicidad y de grandeza, cuanto de virtud,

Galería de hombres ilustres

Henry Stephens Salt

El interés de los amigos de Thoreau en Henry Salt reside natural y principalmente en el hecho de que escribió una biografía, puede añadirse, que es aún mirada por muchos como el mejor relato sobre Thoreau considerado como un hombre que tenía algo que decir a sus conciudadanos en la importante cuestión de si sus vidas debían ser tan desesperadas como eran.

No es difícil el ver porqué Salt se sintió tan profundamente atraído por Thoreau y sus escritos, hasta el punto de emprender la tarea de publicar la vida de un autor entonces tan poco conocido y leído en Inglaterra.

El hecho es que los dos hombres tenían marcadas similitudes de carácter, perspectivas y conceptos, y lo que es bastante extraño en los medios que disponían para el logro de sus fines. Salt, como Thoreau, se había graduado en una universidad, enseñó en una escuela y cuando aparentemente estaba bien colocado para una exitosa vida académica, confortablemente protegido del rudo mundo exterior, encontrándose en desagrado con el sistema educacional vigente, con su característica negación a todo compromiso, dimitió su puesto en Eton, yéndose a vivir con su esposa a una pequeña finca de campo en Surrey, para proseguir allí su inclinación literaria y social y desde entonces y hasta el fin de su vida, vivir en casi humildes circunstancias comparadas con las condiciones del mundo exterior.

Mental e intelectualmente, también, y aquí hemos de ver otro parecido en ambas, Salt gozó con la compañía y amistad de los más notables escritores y pensadores de su día, incluyendo Shaw, Edward Carpenter y W. H. Hudson y, como secretario por muchos años de la Liga Humanitaria, conoció y tuvo el amistoso apoyo de Russell Wallace, Thomas Hardy, George Meredith, G. K. Chesterton y muchos otros escritores y pensadores. Más que no importa qué, Salt era un hombre de letras, y cuando dejó Eton a la edad de 33 años, deliberadamente se dedicó a la profesión de escritor, logrando, como sus muchas publicaciones lo prueban, considerable habilidad en la expresión lúcida.

porque corren paralelas desde el nacer al morir.» La tierra no tiene suficiente capacidad para un solo héroe, de aquí que éste se espacie en el espacio, su patria. ¡Y lloramos a los que se van a vivir a las estrellas! ¡Y vamos al cenicero de sus cenizas a prometerles! ¡Y les llevamos flores siendo ellos inagotable vivero!

Nuestra vida y nuestra muerte es estar en viaje, como la vida y la muerte de todo. Y esto es lo único que no miente.

PUYOL

Además de su biografía de Thoreau, sus escritos incluyen una excelente biografía de Shelley «Poeta y Pionero», vidas de Richard Jeffries, James Thompson (B. V.), el escritor de la «Ciudad de medros anoche», De Quincey y otros. «Setenta años entre los salvajes» parece algo así como un tratado de antropología, pero, como escribió el crítico de «The Times»: «Entre esos salvajes, amable lector, nos encontramos usted y yo». El libro es virtualmente una autobiografía escrita después que alcanzó los setenta años de edad. Otros trabajos suyos con las traducciones que hizo de Lucrecio y de «La Eneida» de Virgilio; y sus ensayos «Memorias de Bygone Eton», «Derechos animales», «La lógica del vegetarianismo» y, escrito casi al fin de su vida, «El Credo del parentesco». Este último puede decirse que resumía la madurez en las ideas y las consideraciones de Salt, con toda certidumbre. Una alocución que fue leída en su funeral y que él había escrito para tal propósito, contiene lo siguiente: «Y cuando digo que he de morir como he vivido, racionalista, socialista, pacifista y humanitarista, debo expresar claramente mi pensamiento. Soy completamente incrédulo en la presente establecida religión; pero tengo una firme fe espiritual propiamente mía — un Credo de Hermandad, como yo lo llamo —, una creencia en los años que vendrán, habrá un reconocimiento de la Fraternidad entre los hombres, entre los países, entre los humanos y los que aún no lo son, que transformará nuestro estado semisalvaje en que vivimos, en una vida de verdadera civilización.»

Poca duda puede haber de que la reputación literaria de Salt sufrió debido a que se tuvo que limitar a algunas causas particulares, tales como el socialismo y el humanitarismo. Pero lo hizo debido a la urgencia que tenía por ellas, pero en su naturaleza no cabía el compromiso. Thoreau dice: «Ninguna manera de pensar o de accionar, por muy antigua que sea, debe sin pruebas creerse al pie de la letra», y Salt examinaba a conciencia todos los innumerables y venerables aspectos del pensamiento.

Ninguna nota sobre Salt sería completa sin poner un énfasis sobre su fino humor, fuente inagotable de delicias para quienes lo visitaban. Una vez que nosotros fuimos a verlo cuando tenía 85 años, nos relató cómo, muy temprano aquel día había tenido la visita anual del representante comercial, quien debía pagarle su anualidad, añadiendo: «El buen hombre, que era joven, trató de esconderme su descontento al ver que aún vivía.» En sus últimos años, hacía constantes referencias a que ya había pasado su tiempo y que se había vuelto una carga para todos sus amigos, y una vez humorísticamente nos sugirió que debíamos arreglarle una eutanasia, añadiendo lastimeramen-

te que «por cierto nada mata la vitalidad de la sal (salt).» De nuevo, cuando discutíamos la justificación de su título «Setenta años entre los salvajes», decía: «Pero, me supongo que tengo razones para estar agradecido, pues no llegaron éstos a practicar el canibalismo.»

Salt nunca se cansaba de discutir a Thoreau, tratando de lograr la significación esencial de sus escritos, y un ejemplo de su constante modestia era que solía preguntar o prestar toda su atención a opiniones sobre puntos en los cuales era claramente mucho más competente para juzgar que sus amigos.

Henry Stephens Salt nació en la India en 1851, hijo de un coronel de artillería. Traído cuando niño a Inglaterra, estudió en Eton y más tarde en Cambridge, en donde obtuvo el primer premio en los exámenes de 1875 y una medalla de oro por los epigramas griegos. Que era un notable erudito puede verse en su nombramiento para ocupar una cátedra en Eton, y no hay duda de que hubiera ido lejos en la carrera académica si hubiera preferido quedarse en ella. Murió el 19 de abril de 1939.

Consciente naturalmente de sus privilegios de nacimiento, educación e intelectuales asociaciones, no había en él, el menor sentido de superioridad: muy temprano abrazó la entonces impopular causa del socialismo libre, siendo uno de los primeros miembros de la Federación Social Democrática. No se vestía como un «contador» y no podía ser inducido a que se pusiera un traje especial para tal o cual ocasión. En un tiempo, cuando tantos de nuestros obreros sin trabajo, recibían una paga semanal del Ministerio del Trabajo debido a la ley de los seguros, y eran objeto de las bromas de nuestra prensa como «suplicadores de limosnas», a menudo nos decía que él siempre había estado en la necesidad, pues nunca había tenido una fuente de recursos regular.

Un momento de completa satisfacción en su vida fue cuando al lado de Salt en una plataforma, Gandhi relató ante numeroso auditorio reunido bajo los auspicios de la Sociedad Vegetariana de Londres, cómo cuando era un joven estudiante en Londres había sido influenciado por un libro escrito por Salt, para en lo sucesivo tomar una decisión en la futura dieta. Fue a través de otro pequeño libro publicado por Salt cuando Gandhi por primera vez conoció la existencia del ensayo de Thoreau «Desobediencia civil», que tanto influen-

ció al gran campeón de la libertad de la India en su movimiento de resistencia.

Salt era un hombre de mucha cultura, cordura y encanto, y una persona tan amistosa que era un placer hacer frecuentes viajes de Londres a Brighton para ver a Henry Salt, aun en los últimos momentos de su vida, cuando se sentía enfermo y débil, entre los recuerdos más queridos de su vida.

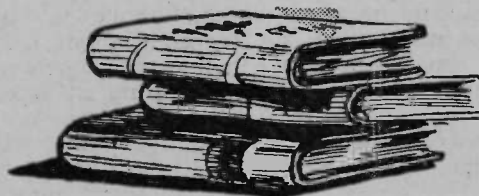
JOHN DAVIES

(Trad. V. Muñoz)

NOTA DEL TRADUCTOR. — Mr. Davies era uno de los amigos íntimos de Salt en el último periodo de su vida. Joseph Ishill, el artista libertario animador de la « Oriole Press », publicó cuarenta y una cartas de Salt con el título: «Un grupo de cartas inéditas escritas por Henry Salt a Joseph Ishill», en 1942. Extractamos a continuación el tributo que le envió Salt para su libro sobre los hermanos Elías y Eliseo Reclus, publicado por Ishill en 1927; extraído precisamente de su libro «Setenta años entre los salvajes»:

«UN HOMBRE DE MULTIPLE GENIO

«El conde Tolstoi, no hay que decirlo, simpatizaba completamente con nosotros, lo mismo que aquel múltiple hombre de genio que fue Eliseo Reclus. Famoso como geógrafo, filósofo y revolucionario, estando un tentado de resumirlo con el vocablo «poeta», pues aunque no escribió en verso, era un gran maestro del lenguaje, no sobrepasado en la lucidez del pensamiento y en la serena belleza del espíritu. Era un vegetariano, y sus creencias al efecto están detalladas en un luminoso ensayo que nos escribió para la Liga Humanitarista. Muy hermoso, también, es su artículo sobre «La Gran Hermandad», meritoriamente traducido al inglés por Edward Carpenter, en el cual relataba a las primitivas relaciones de la humanidad en sus más lejanas razas, filosofando sobre las más maravillosas posibilidades del futuro. Sus conceptos anarquistas lo prevenían contra toda unión a cualquier organización que practicase la acción legislativa; pero su ayuda era aportada libremente. «Le envió mi pequeña suscripción» — me escribió — sin prometer que le he de pagar en el futuro, no sabiendo de antemano si el año próximo podré tener estos céntimos para hacerlo, pues soy pobre.» Solamente vi una vez a Eliseo Reclus, fue en ocasión de un mitin anarquista en el que tomó parte, impresionándome de tal manera que creí que era bien él el Gran Anciano sin par ni rival; nunca habiendo yo visto en parte alguna tal energía magnífica y tal entusiasmo, combinados con semejantes dones maravillosamente intelectuales.»



LA VIDA Y LOS LIBROS

ANARCHISME (El Anarquismo), por Henri Arvon, Colección *Que sais-je?* núm. 479 de las «Presses Universitaires de France», segunda edición, 1959. — Es éste un librito que había querido leer hace tiempo, pero que hasta ahora no he podido procurármelo. El hecho de hallarse comprendido en la valiosa colección precitada, que pretende ser «le point des connaissances actuelles» (el punto de los conocimientos actuales), le daba un sello de garantía. Tras su lectura dáse uno cuenta de que se halla ante la «encuesta» (enquête) de un universitario joven, influenciado un tanto por el existencialismo y por el marxismo, a caballo sobre el aspecto hegeliano de la filosofía alemana.

Desde luego, su encuesta es algo más legible que la que hizo el juez alemán Elztbacher y rotulada en una traducción castellana «El Anarquismo según sus más ilustres representantes». Sin embargo, mejor hubiera sido que la titulase «La Influencia del hegelianismo en el anarquismo». La imagen que ofrece del anarquismo es harto limitada y la idea que sugiere como que el anarquismo es un fenómeno histórico sobrepasado por la realidad social (o socialista, según su tesis), cuyos últimos resplandores ocurrieron en las postrimerías de los tiempos que precedieron a la Primera Guerra Mundial, es relativa y no absoluta. Dice que si se le objetase que el anarquismo está lejos de haber muerto, respondería que «sus pocas manifestaciones literarias o filosóficas actuales nos hacen pensar en los últimos brotes de un tronco en donde la savia solamente asciende muy parsimoniosamente.» Arvon, parece no haber captado la idea matriz de la obra reclusiana (que cita), *Evolución, Revolución y el Ideal Anarquista*. Basándonos en ella, nuestra época regresiva no es concluyente en cuanto a un ocaso del anarquismo. El escritor libre Fontaura, estudiando el fenómeno («La mística del anarquismo», CENIT núm. 133, enero 1962) y adentrándose precisamente en el existencialismo de Karl Jaspers, concluye a nuestra manera de ver, acertadamente: «Y pese a las prosaicas características de nuestra época, no obstante el atravesar circunstancias adversas, la Historia ha ofrecido siempre sorpresas. Cabe que llegue una fase evolutiva, que la alcancemos aún nosotros, o vivida por quienes nos sucedan, donde la mística del anarquismo tome un realce superior al que jamás ha tenido. ¿Quién ha de poder probar lo contrario?»

Jorge Guillermo Federico Hegel (1770-1831), fue un filósofo alemán que influenció bastante al pensamiento europeo. Creía que la mente precede a la materia, hipótesis que muchos aceptaron, mientras otros, entre los que se destaca Marx (materialismo dialéctico), optaron por lo contrario. Pues bien, en los cinco teóricos del anarquismo

que expone, Godwin, Stirner, Proudhon, Bakunin y Tolstoi, encuentra Arvon persistentes influencias de Hegel. La representación del anarquismo por las cinco personas citadas, como él mismo reconoce, es más bien limitada. Como muchos expositores de origen europeo cae en el error de generar al anarquismo en su continente. Nettlau, primerísima voz en la materia, en «La anarquía a través de los tiempos», inicia la época del anarquismo moderno en América del Norte. Aseveración de historiadores alejados de las concepciones del anarquismo también, como Enrique de Gandía, en el complemento al «Esquema de la Historia» de Heriberto Jorge Wells. Arvon, de soslayo, afirma que Tucker fue «el padre del anarquismo americano», lo cual es un error de información. Este último en su libro *Instead of a book* (En lugar de un libro), reconoce que dicha paternidad le es atribuida a Josiah Warren, «the first American anarchist» (el primer anarquista americano), como algunos con razón lo llaman. Las teorías y las realizaciones prácticas de Warren, son dignas de colocarse en cualquier objetiva exposición del anarquismo y, anteriores a la mayoría de los precursores europeos. Conocida es también la misiva que escribió Arvon al veterano Armand, respondiendo a una indicación de éste último, sobre la omisión de su aportación al stirnerismo y al individualismo anarquista en particular.

No incluir a Kropotkin (aunque cite a libros suyos) es hacer una omisión de peso. Pues como es sabido, la obra capital de la exposición anarquista es *El Apoyo Mutuo*. Es la afirmación del sentimiento fraternal del anarquismo, frente al egoísmo imperante en la Naturaleza debido al instinto de la supervivencia (expuesto por Darwin en «El origen de las especies»).

La fase de la «propaganda por el hecho» no está en Arvon estudiada como merece. No hace el dualismo que representan aquellos hechos desesperados frente a las masacres colectivas del «anarquismo» (exterminaciones bélicas, aniquilación de Hiroshima, bombas «megatonales», etc.) Dualismo que ni siquiera cita.

Aunque ve algunos vestigios de influencia anarquista en la época presente (mutualismo, cooperativismo, etc., que atribuye a Proudhon), su balance termina en desfavor hacia el anarquismo. Cree que el Estado democrático en su fase actual ha demostrado el crepúsculo anarquista. El librito, desde luego, baja el telón con algunas palabras favorables, sobre su aspecto moral: «En este momento en donde el mundo amenazado por un nivelamiento general se rebela contra la deshumanización a la que parece conducir el maquinismo, el anarquismo, en la medida en que se confunde con un individualismo sano, puede prevalecer con una actualidad renovada». Palabras

que no atenúan este fresco descolorido del anarquismo.

Creemos por nuestra parte que el anarquismo en sí (no su nombre, que es meramente vocablo, sino lo que representa), es inmortal como la inherente aspiración del ser humano hacia la libertad, entendida aquí como la absoluta soberanía de su individualidad. En el supuesto de que el último anarquista hubiera bajado a la Tierra de Hados, no por eso el anarquismo habría fenecido. Dicho lo que antecede, puede leerse este librito, aunque sea meramente a título de curiosidad.



ZAMENHOF, CREATOR OF ESPERANTO

Zamenhof, creator of Esperanto (Zamenhof, creador del Esperanto), por Marjorie Boulton, impreso por «Routledge and Kegan Paul», Londres, 1960. — Henos aquí ante la mejor « vida » del ilustre Zamenhof que, aunque la autora (ferviente joven esperantista inglesa) entienda que no se trata de la biografía « definitiva », es una realización acabada y que documenta mucho más que los escritos de Privat y otros admiradores del gran oculista polaco. Hemos mencionado la oftalmología del maestro, pues grande fue también en su profesión, al curar y cuidar sin beneficio monetario los ojos de numerosos pacientes pobres, hecho que nos es por demás simpático.

Solamente en este bello libro hemos encontrado un pequeño error que pueda subsanarse en otra edición, la carencia de una cronología, que toda obra biográfica de la altura de ésta, debería tener. Aunque como el filósofo William James creamos que importan más las ideas que las figuras, no es menos cierto que toda obra biográfica sin imágenes es algo así como lo que nos sugieren las primeras palabras del « Petit Larousse » aseverando que «un diccionario sin ejemplos es un esqueleto. Por lo tanto, esta hermosa obra va magníficamente ilustrada, incluso con facsimiles de la escritura del maestro.

«Luis Lázaro Zamenhof — nos dice Marjorie —, creador del lenguaje internacional Esperanto, estudiante pionero de la psicología de las relaciones internacionales, nació el 15 de diciembre de 1850, en una pequeña habitación situada en el piso más alto de una rústica casita de madera, en el número 6 de la calle Zielona, en Bialystoc, Rusia polaca. Su padre tenía veintidós años y su madre diecinueve». Bialystoc en el curso de la reciente historia ha sido ora rusa, ora polaca. Actualmente se encuentra en Polonia. Las «democracias populares» fueron adversas al Esperanto en los primeros tiempos y, actualmente, le son favorables. Súrca los mares el moderno vapor « Zamenhof » con matrícula en un puerto yugoslavo. El centenario del nacimiento del maestro fue muy celebra-

do en Polonia, etc. Murió el maestro en la ciudad de Varsovia, en el número 41 de la calle Krolewska, el 14 de abril de 1917. En esa existencia de cincuenta y ocho años, Zamenhof dio al mundo lo mejor de él mismo con sus dos ideas matrices: el Esperanto y el Homanarismo.

Vivían en su ciudad natal cuatro razas diferentes, con sus lenguajes propios. Pueblos distintos abrigados por el mismo seno de una ciudad, que no se comprendían y a menudo llegaban a la violencia por cuestiones discordantes. El joven maestro ideó entonces un idioma internacional que, en el numeroso acervo de los ensayos lingüísticos internacionales (anteriores o posteriores) es el único que en verdad ha sobrevivido. Bialystoc era, pues, una imagen del mundo en pequeño, con sus idiomas diferentes. En el mismo Esperanto, como siempre ocurre cuando un movimiento gana en extensión, pero pierde en calidad, surgieron el Ido y el Esperantido, idiomas internacionales que no han sobrevivido, aunque cuentan con algunos adeptos. El maestro, filólogo ilustre, creó asimismo una simplificación del idioma hebreo, para hacerlo más asequible a los israelitas de diferentes dialectos.

Bien conocido es el Esperanto, idioma auxiliar internacional, que de ninguna manera se opone a los lenguajes nacionales o regionales, sino que, más bien, trata de servir como vínculo idiomático entre la inmensa variedad filológica de la humanidad. El Esperanto se publicó por primera vez en 1887. Una persona puede saber Esperanto y conocer además dos o tres idiomas importantes (el inglés, aproximadamente hablado por 200 millones; el chino, por 280; el ruso, por 100, el español, por 100; el japonés, por 100; el alemán, por 100; el francés, por 70, etc.). La tesis contraria, a saber: de que hay que conocer solamente el idioma nativo y el Esperanto, nos parece errónea. El mismo Zamenhof hablaba corrientemente varios idiomas.

El Esperanto es asequible a cualquier persona de buena voluntad. Es un poco más difícil para la persona que solamente posee el idioma nativo. Los que tienen conocimientos de otros idiomas, lo aprenden con más prontitud, pues su vocabulario está compuesto por numerosas raíces provenientes de diferentes lenguajes (birdo del inglés « bird » o pájaro; tago del alemán « tag » o día; crayono del francés « crayon » o lápiz, etc.).

Aceptado por la UNESCO, organismo cultural de las Naciones Unidas, como idioma de relación, actualmente el Esperanto cuenta con numerosos partidarios. Dos son los movimientos esperantistas más importantes: la « Universal Esperanto Asocio » (Asociación Universal del Esperanto) con sede en Holanda; y la « Sennacieca Asocio Tutmonda » (Asociación Popular Internacional) con sede en Francia. Las revistas publicadas en Esperanto son numerosas, siendo una de las mejores la que edita la Asociación Universal con el título de « Esperanto ». Los libros traducidos al Esperanto son también muchos, pudiendo ya leerse en el idioma de Zamenhof, las obras más ilustres de la literatura mundial.

No olvidamos que el libro de Marjorie Boulton habrá sido recibido con inmenso placer por todos los esperantistas de lengua inglesa y, que una traducción al Esperanto no tardará, para que pueda ser leída por todos los esperantistas. Asimismo, debería ser traducido a los idiomas de gran circulación, para que en éstos se tuviera un estudio serio y cabal sobre el gran maestro y sobre

la gran belleza humanitarista que significa su creación.

Digamos para terminar que el Esperanto ha contado entre sus partidarios y adeptos a personalidades tales como León Tolstoy, el gran librepensador ruso, además de otras notables figuras del pensamiento humano.

V. MUÑOZ

LA COPA DE LA VIDA

MIS padres al nacer, me hicieron la amorosa entrega de la más bella copa de la vida. La llenaba, hasta rebosar, el licor generoso de la vida, que tenía yo que apurar en mis jornadas de paso por la tierra.

Aquel elixir había sido destilado en el alambique del amor y contenía las esencias de la Bondad, de la Belleza y del Trabajo.

En mis primeros pasos por la senda sin abrojos de la vida, bebí con ansia loca de aquella copa, y mi infancia se deslizó en el juego, como un torrente de alegría.

Ninguna nube empañaba el cielo azul de mi existencia, y el amor maternal me cobijaba con sus alas de oro.

Yo era una nota que palpitaba en las armonías naturales como la flor, el pájaro y la mariposa.

La escuela no fue para mí motivo de regocijo, sino de tristeza.

Aquel caserón sucio y destartado, donde anidaban, como telarañas gigantes, la rutina y la violencia, convertía mi espíritu.

Falsos educadores vertieron en copa las esencias tóxicas de una patria que divide a los hombres, de una falsa ciencia que justifica los privilegios y de una religión que embota el pensamiento.

¡Cuánto luché en mi juventud para conservar pura mi copa, como me había sido legada por mis progenitores!

Jamás consentí que nadie vertiera en ella los diabólicos ingredientes del amor interesado, del abuso de nuestros semejantes y del culto de la mentira.

Pero al rodar mi copa por prisiones y destierro, perdió su forma la gentileza, su contenido la transparencia, y su sabor el aroma.

A medida que pasaban los años, ya en la edad madura, mi copa se deformaba y su contenido se convertía en un filtro infernal, que si lo bebía es porque el hombre a todo se acostumbra.

Allí vertieron el odio, la envidia,

la incapacidad, la traición y la calumnia sus peores esencias.

Hasta hubo veces que tuve que esgrimirla, siendo todo amor, en defensa propia y golpear con ella la frente de los malvados, que querían arrebátarmela.

Hoy, en la vejez, mi copa de la vida perdió su pulimento, y el contenido se ha convertido en un bebis-trajo nauseabundo que aproximo a mis labios con la mayor repugnancia.

Por fortuna, ya queda poca hiel que apurar en el fondo de mi copa, y un día se desprenderá de mis temblantes manos y quedará hecha añicos en el suelo.

Entre tanto, la levanto en alto, y bebo hasta la última gota, por amarga que sea, brindando con el mayor entusiasmo por el triunfo de la Anarquía entre los hombres.

Al nacer, jóvenes queridos, os entregaron vuestros padres la bella copa de la Vida, el único tesoro real que poseéis. Conservad puro su contenido y evitad que manos extrañas lo adulteren, vertiendo en ella las esencias de la explotación y de la tiranía. Solo así, al final de la jornada cuando hayáis apurado su contenido, podréis dormir tranquilos el sueño de muerte, después de haber sembrado el bien en vuestra vida.

PEDRO VALLINA

Suscripción a favor de CENTIT

Aguilar A., Cugnaux	4 50
Requena A., Toulouse	10 00
Jurado A., Labruguière (Tarn)	4 00
Crias P., Blou M. & L.	6 00
«Cultura Proletaria», N. Y.	240 00
Freire A., N. Y.	25 00
Barrancos, Castelsarrasin	2 00
Jiménez J., Albertville	10 96
Bernal, Toulouse	2 00

(Que cunda el ejemplo)

★

Volvemos a decir a nuestros lectores que la revista tiene vida... SI CADA LECTOR ES PUNTUAL EN LOS PAGOS.

Ya estamos en el sexto mes del año, y, aunque casi todos han pagado la suscripción, hay algunos que no.

En virtud de ello, en breve enviaremos un « Mandat-carte » completando el pago hasta el 31-12-62.

LA ADMINISTRACION

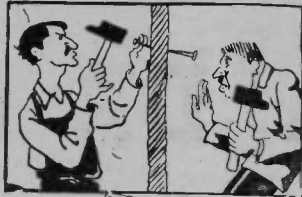
El arte de la réplica

TODOS estamos de acuerdo en reconocer la decadencia de una de las facultades más maravillosas concedidas por su Creador al ser humano: el diálogo. Cuando la humanidad desconocía esos paraísos artificiales que son el libro, el periódico, la radio, el cine, la televisión y los cócteles, los hombres y las mujeres se buscaban los ojos, los gestos, las palabras, con propósito de hallar diversión y enseñanza en el intercambio vivísimo de las ideas, las sensaciones y las impresiones personales. La dialéctica y la polémica requerían un arma buda y sutil, que sustituyera a la quijada de asno o la honda, la lanza o las flechas en las reyertas y guerras primitivas. La réplica y la contrarréplica más ágiles e intencionadas, centelleaban bajo los soles de Grecia y Roma en las ágoras, las academias y los foros, dejando para la eternidad esos monumentos de elegancia y sabiduría que son los Diálogos de Platón o de Luciano.

Andando el tiempo, los poseedores del don de la palabra, fueron inventando nuevos palenques en donde celebrar justas verbales que, sucesivamente, fueron llamándose mentideros, salones, logias, clubs, tertulias de café o casino, parlamentos y superparlamentos. El mundo conoció millones y millones de horas de conversación, de juegos de ingenio, de agudeza mental, expresadas en réplicas tajantes, que pronto se difundían fuera del círculo estricto en el que se pronunciaban, para dar fama universal a sus autores. Todavía en nuestro tiempo, los españoles hemos conocido y admirado a algunos de esos maestros en el arte del bien replicar con una frase breve —alfilerazo, estocada o greguería con carga de cinuro— a la impertinencia o la estupidez de su interlocutor.

Como todo en la vida, el arte de la réplica tiene su grandeza y su servidumbre. La primera supone la difusión admirativa de la frase, que, a veces, llega a ser absorbida y asimilada por el lenguaje popular, convirtiéndose en modismo de uso público, como aquella, bien conocida, de don Ramón del Valle-Inclán, al contestar a un policía que le reprochaba haber insultado a alguien llamándole «animal»: «¡Eso no es un insulto; es una definición!».

La servidumbre estriba, en cambio, en la facilidad con que al hombre con la máquina de su ingenio siem-



pre en movimiento, se le suelen atribuir atrocidades o groserías que jamás hubiera sido capaz de pronunciar. Al inolvidable Agustín de Foxá —a quien entre 1936 y 1946 se le colgaron cuantos sarcasmos, chistes y apodos circularon por Salamanca, Burgos, Madrid y Europa entera en aquella década —le oí muchas veces lamentarse de las ordinarietas apócrifas con que los zafios pretendían empañar el brillo de su ingenio —como en las anteriores se había hecho con el de don Jacinto Benavente—, «fabricando» frases «de Foxá» que, sin el menor escrúpulo, aseguraban haber captado directamente de sus labios. (También en una ocasión recuerdo haberle visto fingir pesadumbre por alguna que se le achacaba y que «por desgracia» —decía— no era suya.)

Ahora, ya no existen tertulias literarias en donde se acuñen espontáneamente para las antologías, réplicas como las de Valle-Inclán, Benavente y otros ilustres conversadores. De los cócteles y los bares elegantes ha desaparecido para siempre la rutilante y jocunda vivacidad del conde de Foxá. En los parlamentos y superparlamentos nacionales e internacionales, se leen ahora monótonamente los discursos, sin posibilidad de que vuelen como avispas las interrupciones y las réplicas. Todo lo más que

alguna vez se permite es golpear con un zapato en el pupitre.

El arte de la réplica está en la agonía, como consecuencia de la agonía del diálogo y de la decadencia de la palabra. Dificilmente se atrevería hoy un médico a dar a un prominente enfermo la réplica que el doctor bávaro Schweningen, llamado en 1883 a la cabecera del príncipe de Bismarck gravemente enfermo, dio al canciller de hierro. Ante el severo interrogatorio a que le sometía el galeno, tronó iracundo el creador del Imperio alemán: «¡No me gusta que me hagan preguntas!». A cuyo exabrupto, y sin tener en cuenta la categoría del omnipotente personaje ante quien temblaba Europa entera, respondió, sin inmutarse, el médico: «¡Pues entonces, ya puede su excelencia llamar a un veterinario, que esos nunca interrogan a sus pacientes!».

Por fortuna, aún quedan en el mundo hombres inteligentes capaces de replicar rotundamente. Hace poco, me han referido esta deliciosa réplica del gran pianista Arturo Rubinstein. Interrogado en París por un periodista, acerca de los méritos de un joven y sensacional pianista ruso, Rubinstein hizo —como siempre suele hacerlas el artista viejo y cargado de gloria del principiante que inicia el aspero camino— grandes alabanzas del nuevo «astro» musical. El reportero, comentó: «Pues él no hace los mismos elogios de usted, maestro». Rubinstein, sin pestañear ni titubear, se echó a reír y dijo: «¡Bueno...! Pero todo el mundo sabe que él y yo somos los dos mayores embusteros de la tierra».

Felipe XIMENEZ

Entre mujeres

— Mi marido, decía una mujer muy moderna, es capaz de hablar durante tres horas sobre no importa qué tema.

— ¡Ah!, pues el mío es más, respondió otra no menos moderna. El mío está cuatro sin necesidad de tema alguno.

IDEAS

sobre

educación

XII

LA EDUCACION CORTESANA

OTRO aspecto de la educación en estos tiempos se manifiesta cuando las clases llamadas superiores, que acostumbraban a mandar a sus hijos a las escuelas de humanidades, debido al abismo que abren las luchas sociales y religiosas entre los nobles y los pudientes de una parte y la clase media y más humilde de otra, se produce la necesidad para los primeros de una clase de educación que forme a los jóvenes aristócratas para el servicio y deberes del Estado y de la Corte.

Para hallar modelos de estas ideas no tenía que inventarse nada, pues retrocediendo en el tiempo unos pasos hacia atrás encontrarían el patrón de ellas en las escuelas del Renacimiento italiano y más reciente aún en muchos libros publicados en toda Europa sobre la educación de príncipes, etc. Hallados los medios que conducirían al fin propuesto, la juventud sería educada bien en casa por tutores particulares o en academias especiales para la nobleza, las cuales tomarían incremento considerable particularmente en Alemania y en Francia. A cargo de la educación de niños de alto abolengo podía contarse a hombres de inmensas cualidades e influencia en el mundo de las letras. En Alemania Leibnitz dirige la educación y estudios del hijo del Barón von Beyneburg; Bossuet y Fenelón en Francia son tutores de dos hijos de Louis XIV; J. Luis Vives y R. Ascham en Inglaterra se encargarían de la educación de las que llegarían a ser reinas María e Isabel respectivamente, y más tarde Milton mismo escribiría sobre educación en este sentido y el gran filósofo J. Locke haría de tutor del hijo de Lord Shaftesbury.

En Inglaterra, con la Guerra Civil se cortaron los vuelos de la aristocracia, creándose un ambiente de oposición a la creación de las academias, y en Alemania, convencidos los nobles de su nada refinada educación y costumbres, aceptaban sin mayor resistencia lo que en buenas maneras pudiera llegarles de otros sitios. En este respecto la Corte de Francia fue ganando fuerza en pompa y lujo y poco a poco se convertiría en el centro de estas corrientes de educación. La Corte de Luis XIV llegó a adquirir en toda Europa una indiscutida preeminencia y sin lugar a dudas era



guiendo la corriente de la época murió en la agitación y cambios de finales del siglo XVIII.

la que marcaba la pauta intelectual y social de toda la nobleza europea. A Paris y a Versailles varíanse llegar jóvenes nobles de todos los confines del mundo, acompañados de tutores y guardianes, a aprender las buenas maneras y el refinado conocimiento de la vida al contacto de la nobleza francesa para volver a casa con las costumbres e ideas adquiridas del caballero ideal.

Pero a pesar de que la base de esta educación podamos hallarla en estudios anteriores a esta época esto no quiere decir que la nueva formación de la nobleza, tanto si tenía lugar bajo el sistema tutorial como bajo el académico, fuera un remedo de la anterior. Los tiempos imponían a la nobleza un mayor esfuerzo de acción que le preparara la vida pública y el servicio del país, más bien que los programas anteriores que le llevaron a una vida académica. Para ello los cursos de estudios habían de sufrir ciertas alteraciones, empezando por las lenguas clásicas, las cuales si no serían abolidas de los programas si serían estudiadas de forma más bien de adorno o como para aquéllos que no tenían por qué escribir o expresarse en ellas. En puesto de éstas se alzarían los estudios de las lenguas modernas así como el de sus literaturas, llegando a hacerse casi cosmopolita el idioma francés. La filosofía escolástica, sería reemplazada por la filosofía cartesiana, y el viejo cuadrivium sería reemplazado por el estudio de las matemáticas y de las ciencias aplicadas al sentido práctico de la vida, prestándosele gran atención a la geografía, las leyes, la política y la historia como elementos necesarios y de sumo interés en la organización social. Una educación con todos los elementos que podían producir al humanista, con las ventajas de un entrenamiento en el arte de las buenas maneras, en toda clase de juegos que podían contribuir al robustecimiento del cuerpo en una vida de actividad, tales como el baile, la caza, el tennis, la esgrima, etc., pero que no obstante su un tanto marcada flexibilidad si-

De los hombres que actuaron como tutores y escribieron sobre educación, François de Salignac de la Mothe Fenelón, merece especial atención y por ello el que nos ocupemos de algunos de sus escritos. Fenelón (1651-1715) pertenecía a una familia noble francesa de la que muchos de sus miembros se habían dedicado al servicio de la Iglesia y del Estado. El, como sacerdote, fue nombrado director de una hermandad femenina que llegó a establecerse en París a fin de ganar las chicas de los hugonotes para la causa del catolicismo. Su actividad en este sentido movió a la duquesa de Beauvilliers a pedirle consejos sobre la educación de sus hijas. Como respuesta a esta demanda escribió su obra « Sobre la educación de las niñas ». Más tarde, al ser publicado este trabajo y llegar a conocimiento de Luis XIV, éste le encomendaría la educación de su nieto, el duque de Borgoña. Dicen que el nieto de Luis XIV era de un temperamento brusco y violento, sin admitir la menor oposición a sus caprichos, pero con el cuidadoso trato y ejemplos de Fenelón llegó a ser una criatura agradable, humilde y austera y hasta con un desinterés marcado en la vida de la Corte.

Por medio de la educación Fenelón se proponía, a través del discípulo real, hacer cambiar las costumbres no sólo de la corte francesa sino la de todo el reino. El método empleado en la enseñanza del duque fue descrito en su libro « Sobre la educación de las niñas » y como complemento a éste escribió el eximio tutor sus « Fábulas », « Diálogos de la Muerte » y el « Telémaco ». La publicación de este último libro con sus ideas sobre el Estado y otras antipatías que le trajeran la actitud del autor frente a las ideas teológicas de la época, le llevó a perder el apoyo real y el título de preceptor de los niños franceses que le había sido conferido anteriormente, teniendo que retirarse a su arzobispado a pasar el resto de su vida.

Fenelón no tenía ideas muy elevadas de la mujer, pues no tenía fe en las mujeres de letras creyendo que la mujer no necesitaba muchos de los conocimientos que posee el hombre, ya que ellas no tienen que hacer la guerra, entrar en las órdenes sagradas, formar parte del Estado; por lo que podía pasarse sin la filosofía, ciencias políticas, teología, etc. « Es bastante si un día ellas son capaces de gobernar una casa y obedecer a sus maridos sin discutir ». Pero mantenerla en la ignorancia es tanto como dejarla en la ociosidad continua por no saber ocupar su tiempo, lo cual redundaría en perjuicio tanto moral como mental. Su actitud y conocimiento psicológico de la mujer no es superior a lo común de su tiempo, si bien el ocuparse de la educación de la mujer ya era un gran atrevimiento cuando las ideas sobre la educación de la mujer que florecieran años antes se habían olvidado y cuando las muchachas recibían una educación muy limitada.

« Ellas desean saber, dice Fenelón, lo que se ha dicho y lo que se sabe. Ellas quieren que se les diga todo para volverlo a decir otra vez. Ellas son vanas y su vanidad las hace locuaces. Ellas son

frívolas y su frivolidad les impide la reflexión que a menudo les retendría la lengua. »

Como remedio a esta debilidad femenina Fenelón propone una enseñanza sólida apropiada a su sexo con religión, lectura, aritmética y escritura; música y pintura y una preparación fuerte en los asuntos domésticos. En las cuestiones generales sobre educación nuestro autor define sus puntos de vista con más lógica por abarcar conceptos que grandes educadores antes que él expusieron o aceptaron y que hasta estos momentos son debatidos con más o menos calor. Consideraba que era necesario que los chicos empezaran su educación en sus primeros años, incluso antes de que pudieran hablar debidamente, pues el cerebro de éstos es muy blando y recogen las impresiones con mucha facilidad. Al aprender a hablar no sólo confían un gran número de palabras a la memoria, sino que al mismo tiempo van sacando ideas del sentido de las mismas. Da gran importancia a la influencia que puedan ejercer sobre el niño las personas que le rodean y por tanto aquí debe prestar bastante atención el que esté a cargo de su educación.

El empezar la educación a una edad temprana no significa para Fenelón el que desde un principio se haya que ir a atiborrar al pequeño con las disciplinas impropias de su edad y fuera del alcance de su inteligencia, que ésta es débil. Tampoco puede apelarse a la razón no tanto porque ellos carecen de las ideas y principios generales de la razón que más tarde adquieren, sino porque en su ignorancia de muchos hechos no pueden aplicar la razón que ellos poseen, y porque la inestabilidad de sus cerebros les impide pensar con coherencia. Los deseos del niño se inclinan hacia el placer, y la educación ordinaria no teniendo en cuenta esto, separa el placer y el esfuerzo y asocia el esfuerzo con el estudio, y el placer con los juegos. Esta situación, dice, debe ser cambiada para hacer el estudio agradable y esconder el esfuerzo bajo la máscara del placer y los entretenimientos. « Yo he visto a muchos niños, escribe Fenelón, aprendiendo a leer en sus juegos. Todo lo que había que hacer era contarles cuentos divertidos sacados de un libro en presencia de ellos y conducirles a dominar las letras sin que se diesen cuenta. Después de eso ellos se aprestan a ir a las fuentes de este placer por sí mismos. »

Como los realistas, Fenelón creía en las posibilidades que el contacto directo con los hechos y la naturaleza tiene de ayudar a la instrucción de los chicos por la curiosidad que despierta en éstos el desarrollo de cualquier fenómeno, natural o artificial.

« En el campo, por ejemplo, ellos ven un molino, y quieren saber que es esto; y se les debe enseñar cómo el alimento que nutre al hombre es preparado. Ellos notan los segadores en acción; y se les debe dar una explicación de lo que están haciendo, y cómo se siembra el trigo y como éste se multiplica en la tierra. En la ciudad ellos ven los talleres donde se llevan a cabo muchos oficios y donde se venden infinidad de artículos. Muéstrala

les que sus preguntas acerca de estos asuntos le satisfacen; al hacer esto les enseñará poco a poco cómo todas estas cosas, que rinden servicio al hombre, están hechas. Gradualmente, sin estudio determinado, ellos aprenderán la forma de hacer todas las cosas que ellos necesitan y el precio de cada una de ellas. Si de esta manera se les despierta la curiosidad, sus cerebros almacenarán una buena masa de materiales y a su debido tiempo ellos los ordenarán por sí mismos y razonarán metódicamente.»

Otro de los aspectos de la educación según Fenelón es la instrucción indirecta por la tendencia del chico a imitar a los que le rodean. Para él el medio ambiente era de una importancia capital en la educación del infante, por lo que había de llevarse a tomar contacto sólo con aquellas personas que fueran modelos apreciables de imitar, y el maestro a su vez debía hacer lo posible por neutralizar los malos efectos de acciones y costumbres ya adquiridas y que desdijeran de las buenas maneras y recta moral.

Los « Diálogos de la Muerte » no es un tratado de educación, sino apuntes históricos donde hombres de todas las edades intervienen para hacer interesante el estudio de la historia universal. Las « Fábulas » son un compendio de moralejas muy liberales, muy atrevidas que critican las malas costumbres, vicios e inclinaciones humanas hacia la sed de riquezas, poder, lujuria, vanidad, etc. Siempre con ese afán de ser libre o de llevar el amor de la libertad hacia los demás nos dice en uno de sus párrafos en el diálogo de las abejas y los gusanos de seda : « Nosotros, dice un gusano, no somos sino pequeños gusanos y no tenemos ni ese gran valor para la guerra, ni esas leyes sabias, pero cada uno de nosotros muestra las maravillas de la naturaleza y se consume en un trabajo útil. Sin leyes, vivimos en paz, y en nuestra casa no se ven nunca guerras civiles, mientras que las abejas se matan entre ellas cada vez que cambian de reina... » El « Telémaco » es el tratado por el que Fenelón pensaba llevar a su real alumno, el nieto de Luis XIV, hacia la cordura, el desinterés material, al buen gobierno, al repudio de las vanidades humanas y por medio de él a la reforma de la Corte y más aún a la de las instituciones del país incluso, Telémaco, en su deambular en la búsqueda de su padre, Ulises, recorre lugares y encuentra a gentes que en todo momento tientan los apetitos del joven griego, como cuando visita a la diosa Calipso, quien tanto tiempo tuvo prisionero a Ulises, su padre.

Calipso al ver al joven griego con la ropa mojada y en desorden debido al naufragio que acababa de sufrir, ordena a sus ninfas que le traigan ropas para mudarse, y éstas serán « de una lana finísima, bordadas de oro... » Pero Mentor, al ver que su protegido se entusiasma a la vista de tanta púrpura corre a amonestarle diciendo : « Oh, Telémaco, son ésos los pensamientos que ha de abrigar el corazón del hijo de Ulises? Piensa bien en guardar la reputación de tu padre y en vencer la fortuna que te persigue. El que gusta de ata-

viarse vanamente como una mujer, es indigno de la sabiduría y de la gloria : la gloria no se debe más que a un corazón que sabe sufrir el dolor y arrojar por tierra los placeres. »

En este libro magnífico, su autor da rienda suelta a su pensamiento de soñador y crea pueblos e instituciones que no desdican en nada de las grandes y buenas utopías que aparecieron en la época. No pensamos seguirle muy lejos, ya que como decimos, este libro no es un tratado de educación, sino más bien un complemento a lo que ya tenía escrito sobre pedagogía, pero citemos una vez más uno de los muchos consejos que Mentor da a Telémaco : « Si llegares a heredar el reino de tus padres, dice el viejo sabio, ama a tus vasallos como a tus hijos, goza el placer de ser amado de ellos; y haz que nunca puedan sentir la paz y la alegría sin acordarse de que es un rey bueno quien les ha traído esas riquezas. Los reyes que no sueñan más que en hacerse temer y en apalar a sus súbditos para hacerlos más sumisos, son el azote del género humano. Ellos son temidos como lo quieren ser, pero son odiados, detestados, y tienen más que temer de sus súbditos que sus súbditos de ellos. »

En Inglaterra el filósofo John Locke, ha sido discutido siempre tanto o más por sus escritos sobre educación que por sus obras filosóficas. Locke nació en una aldea del condado de Somerset, Inglaterra, en 1632, y los primeros años de su vida los pasó bajo la vigilancia y cuidado de su padre adicto a la corriente puritana inglesa. Estudió en la escuela de Westminster, pasando más tarde a Oxford, donde por algún tiempo explicó griego, retórica y filosofía. La lectura de Descartes le llevó a rebelarse contra el escolasticismo de Oxford y también contra la estricta teología puritana. Al heredar las propiedades de su padre se halló en libertad para poder dedicarse al estudio de la medicina experimental, la cual llegó a practicar durante un corto tiempo, pero sin llegar a graduarse completamente. En su capacidad de médico hizo amistad con Lord Ashley de quien llegaría a ser secretario particular y quien más tarde le encargaría el cuidado de la educación de su hijo y de su nieto. En todo el farrago de una vida llena de trabajo y de intrigas políticas, Locke halló tiempo para dedicarse al estudio de la ciencia y de la filosofía, por lo que después de un número de años de incansable labor, en 1690, aparecería su famosa obra « Ensayo referente al entendimiento humano », y a continuación entre sus obras de menor extensión « Algunos pensamientos referentes a la educación », en 1693. Esta última obra parece escrita de forma fortuita ya que consta de una serie de cartas escritas a un amigo dándole consejos sobre la educación de su hijo, y por lo visto no estaban destinadas a la publicación. Las cartas están basadas, sin embargo, en la experiencia adquirida por Locke durante su tutoría con el hijo y nieto de Lord Ashley, sin dejar de lado el sello que imprime en ellas el sentido práctico de una inteligencia clara y altamente filosófica como la del autor.

Locke, al exponer sus puntos de vista sobre educación se coloca en contraposición no sólo de la escuela establecido sino de todas las escuelas. Partiendo del criterio filosófico suyo de que no existe más fuente de verdad sino la experiencia, prescinde de toda la enseñanza escolar y de las mismas escuelas, pidiendo que la educación debe ser privada y adaptada a la capacidad de cada alumno; pero el maestro no debe en forma alguna imponer sus ideas sobre éste, sino limitarse a guiarle en la consecución de sus conocimientos. Si bien Locke reconoce que existen algunas ventajas en la emulación que proporciona la enseñanza en común, éstas las destruye la naturaleza de la escuela misma. La educación para nuestro autor es una disciplina, idea que si bien reforzaba la idea prevalente, era una idea más amplia que la sostenida por los maestros de escuela. Locke decía que el objetivo del esfuerzo intelectual debería ser encaminado hacia el amor por la verdad; lo que debería guiar al hombre en la búsqueda de la verdad en todas las actividades de la vida, era la razón. Pero la mente humana sólo era capaz de alcanzar la verdad o simplemente formularla, cuando estuviera educada para este fin y para determinar esta educación había que poner más énfasis en el proceso de enseñar que en la cosa enseñada.

« El trabajo del tutor, nos dice Locke, es moldear el vehículo y formar la mente, sentar buenos hábitos en su alumno y los principios de la virtud y sentido común; es darle poco a poco una noción del género humano e introducirlo en un amor e imitación de lo que es excelente y digno de alabar; y en la prosecución de ello darle vigor, actividad y laboriosidad. Los estudios en que lo encamina no son sino, como eran, el ejercicio de sus facultades y el empleo de su tiempo; para apartarlo de la haraganería y de la ociosidad; para enseñarle aplicación y acostumbrarlo a que se moleste en trabajar y darle a probar un poco de lo que su propia laboriosidad debe perfeccionar.»

Locke divide la educación en moral, física e intelectual, y trata por todos los medios de hacer una distinción concreta y clara entre educación e instrucción, ya que había, como ha habido y habrá hasta quién sabe cuándo, quien no sabía distinguir entre una y otra.

« Es a la virtud, a la virtud directa, que es la parte sólida y valedera en educación a dónde hay que apuntar y no a una osada petulancia o a cualquier pequeña arte de engaños. Todas las demás consideraciones y realizaciones deben dar paso y ser aplazadas para esto. Este es el bien sólido y sustancial del que el Tutor no solamente debe leer, enseñar y hablar, con el que el trabajo y arte de educación debe proveer al cerebro y afirmarlo allí, y no cesar nunca hasta que el joven haya tomado sabor verdadero al mismo y ponga sus fuerzas, su gloria y su placer en él. »

Como vemos Locke va siempre encaminando la enseñanza no hacia una senda fortuita, sino al camino bien marcado del método que pueda crear

el hábito del estudio en el educando : hacia lo que él llama disciplina. « Como la fuerza del cuerpo reposa mayormente en el ser capaz de soportar las penalidades, nos dice, lo mismo hace la de la mente, y el gran principio y fundamento de toda la virtud y valor radica en esto : Que un hombre sea capaz de negarse a sí mismo sus propios deseos, descartar sus inclinaciones y simplemente siga lo que la razón marque como mejor, aunque el apetito se incline al otro lado. A mí me parece que el principio de toda virtud y bondad radica en el poder negarnos a nosotros mismos la satisfacción de nuestros propios deseos, cuando la razón no los autoriza. Este poder ha de obtenerse y mejorarlo por la costumbre hecha fácil y familiar de una práctica temprana. »

Esta educación por medio de la disciplina moral propone nuestro autor que debe llevarse a cabo haciendo remarcar la autoridad de los padres o maestros, pero siempre va en contra de la severidad injusta y arbitraria en las escuelas, como era el uso común del castigo corporal por la menor falta o negligencia de los educandos y el sistema hecho ley por la costumbre en los centros docentes en que los muchachos novicios tuvieran que hacer de criados de los mayores, tal como limpiarle la habitación, hacerles la cama, servirles el desayuno y hacerles de recaderos.

La educación física la consideraba Locke : « Una mente sana en un cuerpo sano es una descripción corta pero completa de un estado feliz en este mundo. Aquél que posee estas dos, poco más tiene que desear. « Yo no me ocupo de lo que concierne a la salud y al cuerpo, lo cual se reduce a Mucho aire libre, ejercicio y dormir, dieta simple, la observación de unas cuantas reglas fáciles : no beber vino o bebidas fuertes, muy poco o nada de purgante, vestidos simples y no muy calientes, especialmente guardar la cabeza y los pies fríos; los pies acostumbrados al agua fría y a ser expuestos a la humedad. »

La educación intelectual para Locke es la confirmación de sus ideas de que la educación es la formación de la costumbre de pensar por medio de la perseverancia y la disciplina.

« Las facultades de nuestras almas son mejoradas y hechas útiles para nosotros justamente de la misma forma que las de nuestros cuerpos. Para que un hombre escriba o pinte, baile o esgrima bien, o realice otra operación manual cualquiera con destreza y facilidad, aunque tenga mucho vigor y actividad, flexibilidad y desenvolvimiento natural, nadie esperará esto de él al menos de que esté acostumbrado a ello y haya pasado tiempo y trabajo en acostumbrar y moldear su mano o partes exteriores a estos movimientos. De esta manera justamente es la mente: para que un hombre razone bien, debe acostumbrársela con tiempo a ejercitar su mente a observar la conexión de las ideas y seguirlas en su curso. »

Para acostumbrar al individuo a un ejercicio apropiado a fin de educar la mente a pensar con claridad y orden Locke dice : « Nada hay que haga esto mejor que las matemáticas, las cuales,

creo yo, deberían ser enseñadas a todos aquéllos que tienen tiempo y oportunidad, no tanto para hacerlos matemáticos como para hacer de ellos criaturas razonables, pues aunque nos llamemos tales porque hemos nacido para ello, si queremos, no obstante, podemos decir que la naturaleza nos da solamente la semilla de ello. Hemos nacido, si queremos, criaturas racionales, pero es el uso y el ejercicio el que nos hace tales, y así, no vamos más allá de lo que la industria y la aplicación nos han llevado... He mencionado las matemáticas como un medio de sentar en la mente un hábito de razonar estrechamente y en orden, no es que yo piense que todos los hombres tengan que ser matemáticos, sino que habiendo adquirido un medio de razonar, el cual el estudio de las matemáticas trae a la mente, sean capaces de transferirlo a otras partes de conocimientos que tengan lugar. »

Con todas sus ideas, críticas y consejos sobre educación, parece no darse por satisfecho de haber acertado en dar un rumbo definitivo a esta cuando declara : « Aquél que haya encontrado una forma de cómo conservar el espíritu del niño dulce, activo y libre, y, sin embargo, al mismo

tiempo, retenerle de muchas cosas que tiene en mente, y llevarlo hacia cosas que no le son fáciles, aquél, yo digo, que sepa reconciliar estas cosas o aparentes contradicciones, en mi opinión, ha conseguido el verdadero secreto de la educación. »

Y terminemos con unas líneas de Karl Schmidt, citadas por Cubberley en su « A history of education » sobre lo que John Locke representa en el mundo de la pedagogía :

« Locke, nos dice Schmidt, es un perfecto inglés, y el principio que subraya su educación es el principio de acuerdo con el cual se ha desarrollado el pueblo inglés. De aquí, su teoría de educación tiene en la historia de la pedagogía el mismo valor que la nación inglesa en la historia del mundo. El se sostuvo en fuerte oposición contra el escolasticismo y la formalizada educación corriente de su tiempo, fue una protesta viva contra la pedantería existente; en el desarrollo universal de la pedagogía él dio impulso al movimiento que plantó a la educación sobre principios psicológicos sanos e hizo hincapié sobre la creación y formación del carácter. »

J. RUIZ



Resurrección y doctorado de Charlot

A los setenta y tres años de edad Charlie Chaplin, el incaducable rey tragico de la risa, prepara una película que será como una resurrección del « tiempo perdido ». Resurrección, más que busca, puesto que el héroe reaparecerá en colores, y víctima de los tiempos actuales, ya bajo el regusto nuclear. (No se resucita impunemente). Hermoso panorama para el hombrecillo aventurero de « La quimera del oro ». El hongo y el bastón volverán a dramatizar cómicamente en el celuloide. ¿Cuál será la aventura del peregrino sin fronteras, del buscavidas del mundo, en ésta que, acaso, según él mismo ha dado a entender, sea su última andanza cinematográfica? Aunque también pensó que lo sería — y su argumento testamentario lo abona — « Candilejas ».

Esta milagrosa pervivencia del

genio mimico no debe, por otra parte, extrañarnos. Está en su manera de hacer, de actuar. Es el secreto, la fuerza de los temas inmarcesibles, para los que actuar significa actualizar, poner al día lo que por su esencia no tiene ocaso. Recordamos a este respecto dos preguntas que un periodista hizo a Pérez de Ayala :

— ¿Le interesan los escritores jóvenes?

— Mucho — respondió el novelista.

— ¿Y cuáles son sus preferidos?

— Shakespeare, Cervantes... — dijo el autor de « Belarmino y Apolonio ».

Y no había paradoja en su contestación. La juventud no es de ayer ni de hoy. Es un mañana actual, vivo de continuo, como el amor y la muerte. Es la fecunda madurez que cantó un poeta.

Charlot va a revivir su vida en

la vida de hoy. No será su ficción menos amarga que las anteriores, si acaso más prieta de solicitudes desoídas, de ruidosos vacíos, como nuestro tiempo pide, exige o impone. Será, al parecer, un Charlot de los ya presentidos en « Tiempos modernos », pero sin el agobio embrutecedor y enloquecedor de la máquina, sin el tornillo que barreña el cráneo y cementiza la sensibilidad.

« Quisiera — ha dicho Charlot — reaparecer como fui.

¿Es que ha reaparecido en ningún otro momento de otra manera? ¿Es que su artístico quehacer — salvo el atuendo — no ha respondido en toda hora a su tónica perdurable? ¿Es que ha dejado alguna vez de ser el mismo? No. Si el bastoncillo y el hongo — atributos magistrales — no impresionan ni apostillan las últimas películas, siguen brillando por su ausencia. Aquí viene justa la expresión. Las dichas

prendas ausentes « brillan » cuando no aparecen. Es decir, se las puede echar de menos, porque su infeliz usuario nunca dejó de ser el que era, el que es. Lo mismo si interpreta a un emigrante, que a un falso juerguista, que a un obrero, que a un Petiot o Barba Azul, o que a un rey destronado. Es el vagabundo orbico, con harapos, mono de dril, chaleco de Don Juan al día, o dalmática. De botas, zapatillas, zapatos yanquis o coturno. En Charlot, como en la frase saes-periana de « El rey Lear », las cabañas puede ser palacios y las ermitas catedrales.

Al cabo de tantos años — casi cincuenta — uno siente curiosidad por ver en la pantalla de hoy al nuevo héroe de los pasados gestos. Curiosidad relativa, pues asistimos a una vieja función inserta en renovado marco, el marco explosivo, centelleante de las urbes hormigueras, agravado por interrogaciones de supina angustia.

Apuntamos antes que no ha dicho Charlie Chaplín el argumento de su próxima película, suponiendo que sea la próxima y no la interfiera otra de humor más inmediato, que se le venga encima o se le encuentre a la vuelta de una encrucijada, en un sueño solitario entre la multitud, como la mayor parte de sus creaciones. Porque Charlot es siempre el buscador sorprendido por lo que no quisiera en-

contrar, y por lo que, desgraciadamente para él, encuentra. Tal es el sino de su gloria y la grandeza de su miseria, de su infortunio, de su paso hecho de traspies a lo largo de la vida. ¿Qué culpa tiene nadie de que la humanidad resulte bronca al simple o al ingenuo? La cosa se hace inevitable. Nuestro Cervantes lo dice muy donosamente en su « Don Quijote » : « Que cada uno es como Dios le ha hecho, y aún peor muchas veces. »

Coincide el anuncio del próximo film de Charlot con otra noticia más solemne sobre éste, dada por la Prensa mundial. La noticia de su investidura como doctor « honoris causa » de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Durham. La ceremonia tendrá efecto el día 6 de julio del presente año.

¿Qué impresión nos producirá el hombrecillo cuando le sepamos nada menos que doctor, y sin trampa, con honorable título universitario de rango excepcional? Aunque no debiera sorprendernos tal espaldarazo, ya que si hay un hombre que en la práctica artística merezca ser doctor en filosofía ese hombre es el genio del séptimo arte. Ningún tratado de conocimiento humano se ha vivido con mayor pureza y apuro que lo vivió, como principal protagonista, la máscara sin doblez de Charlie Chaplín. Y no hay desmesurado elogio o par-

cialidad admirativa en esta valoración. Vivir la filosofía de relación es tanto, por lo menos, como escribirla. Es predicar con el ejemplo. Pero Charlot no es mendigo de sus cuitas ni de sus ilusiones. Es su héroe. Su héroe primo (con los significados que quieran darse a esta palabra).

¿Qué bien aguantará el humor charlotesco — chaplinesco — esta prueba doctoral! ¿Con qué sería ironía puede exhibir el birrete filosófico quien ostentó los más expuestos grados de la convivencia y la insolidaridad de los hombres! Señor entre señores togados, con aire de paraninfo, de aula magna, quien respiró vientos fuertes de la calle, sabidurías del suburbio, incomprensiones de tantos presuntos doctos. La figurilla de Charlot se aquilatará de prestigiosos letrados, se hará mayor, parecerá otra... Vanamente; sí, vanamente. No faltará — estamos seguros de ello — el soplo burlón que levante un poco los pliegues de la toga para descubrir un pantalón raído, con rodilleras y flecos... que Charlot se habrá dejado en casa por unos minutos. Los precisos para doctorarse. Pero nada más que los minutos de la ceremonia. Porque su calzón de doctor en humanidades al aire libre, al invierno sin fin de la vida «perra», son los que mejor le han sentado — le han caído — siempre.

JOSE VEGA

¿Y a eso llamáis vivir?

Reciente el fallecimiento de Emile Armand, uno de los pensadores anarquistas de mayor actividad en la propaganda, y de más originalidad en sus concepciones, el presente trabajo, traducido para CENIT, evidencia su peculiar manera de pensar.

LEVANTARSE al amanecer. A paso ligero, o por conducto de algún rápido medio de locomoción, ir al « trabajo »; es decir: encerrarse en local espacioso o reducido, aireado o sin aire. Sentado ante una máquina de escribir, teclear, teclear, transcribiendo cartas que, si menester fuera hacer a mano no se enviarían ni la mitad. O bien elaborar, accionando algún mecanismo, piezas siempre iguales. O aún hallarse cerca de un motor con misión de controlar su marcha o vigilar su funcionamiento. O, en fin, mecánicamente, automáticamente, de pie delante de un telar, repetir los mismos movimientos. Y ello durante horas y horas, sin variar, sin tomar ninguna distracción, sin cambiar de atmósfera. Todos los días.

¿ Y a eso le llamáis « Vivir » ?...

¡Producir! ¡Producir! ¡Producir siempre! Como ayer. Como anteayer. Como mañana, si es que no se llega a estar enfermo, o se muere. ¿ Producir ? Cosas que parecen inútiles, y que se realizan, pese a que sean superfluas. Objetos complicados, de los que solamente se tiene entre manos una parte ínfima. De los que se ignora el conjunto de fases que intervienen en su fabricación. ¿ Producir ? Sin saber el destino de lo que se ha producido. Sin poder negarse a producir porque no le agrada a uno lo que hace. Sin poder dar muestras de la menor iniciativa individual. Producirlo todo pronto, de un modo apresurado. Ser un instrumento en función de rendimiento, al que se estimula; al que se induce a activar, al que se atropella; al que se agota hasta que no se le pueda extraer nada más; ni un céntimo más de beneficio.

¿ Y a eso le llamáis « Vivir » ?

Partir, de buena mañana, a la caza de clientela. Perseguir, acosar al comprador formal. Saltar del metropolitano a un taxi, del taxi al autobús, del autobús a un tranvía. Hacer cincuenta visitas al día. Derrochar la saliva, elogiando una mercancía. Esforzándose en desvalorizar la de los demás. Regresar, por la noche, ya tarde, excitado, insensible, agotado, amargando con el propio malhumor a los familiares; vacío de toda vida interior, de todo impulso hacia una superación moral.

¿ Y a eso le llamáis « Vivir » ?

Marchitarse entre los cuatro muros de una celda. Sentir, bajo el influjo de una acusación, la incertidumbre de un porvenir; separado de los vuestros, de aquéllos a quienes se guarda afecto; o de aquéllos a quienes una común responsabilidad. Sufrir, una vez condenado, la sensación de que vuestra vida os escapa, que nada ha de poder hacerse para encaminarla. Y ello por espacio de meses, de años. No poder ya luchar. No ser más que un número, un juguete, un pingajo, un objeto matriculado, espiado, explotado...

¿ Y a eso le llamáis « Vivir » ?

Vestir un uniforme. Durante uno, dos, tres años, repetir los movimientos de un matador de hombres. En plena flor de juventud, en plena explosión de virilidad, encerrarse en grandes edificios, de los que ni se sale ni se entra más que a una hora fija. Consumir pasearse, pasar el tiempo a una hora fija. Y todo con objeto de aprender a manejar instrumentos que quitarán la vida a hombres a quienes no se conoce. Para prepararse a caer un día, alcanzado por algún proyectil, llegado de leguas de distancia, lanzado también por manos de personas desconocidas. Entrenarse a morir o hacer morir. Marioneta, peón entre las manos de los privilegiados, de los poderosos, de los monopolizadores, de los acaparadores, cuando no se es privilegiado, ni poderoso, ni poseedor de nada.

¿ Y a eso le llamáis « Vivir » ?

No poder aprender, amar, aislarse, ni deambular a su gusto. Tener que permanecer encerrado cuando luce el sol, mientras las flores silvestres esparcen su perfume. No poder cambiar de clima cuando aparece un cierzo glacial y la nieve bate las ventanas. O bien cuando el calor es tórrido y quema la hierba en los campos. Siempre, en todas partes, topar con leyes, postes de fronteras, morales, convenciones, guardias, jueces, fábricas, cárceles, cuarteles, hombres en uniforme que protegen, mantienen, o defienden un orden de cosas molesto; o impidiendo el desenvolvimiento del individuo.

¿ Y a eso le llamáis « Vivir », oh, panegiristas de la « vida intensa », turiferarios del « progreso », los que empujáis la rueda del carro de la « civilización » ?

Yo llamo a eso vegetar. Yo llamo a eso morir.

EMILE ARMAND

(Traducción de Fontaura).

El pensamiento anarquista

● Continuación ●

Contemporáneo de Münster fue Francisco Rabelais, quien esboza en su «Gargantúa» una sociedad libre que ha sido continuamente citada por los anarquistas modernos. La Hermita de Theleme descrita por Rabelais es la manifestación más completa de ausencia de autoridad que escritor alguno hiciere hasta aquel momento. La leyenda del frontispicio: «Fay ce que veux» (Haz lo que quieras) sugiere ya la intención de los moradores: «Toda su vida estaba empleada, no por leyes, estatutos o reglas, sino por su querer y libre arbitrio. Se levantaban cuando bien les parecía; bebían, comían, trabajaban, dormían cuando el deseo lo reclamaba... Su regla no era otra que esta cláusula: «Haz lo que quieras», porque gente libre, bien nacida, bien instruída, conversando en compañías honestas, tienen por naturaleza un instinto y un aguijón que siempre los impulsa hacia los hechos virtuosos y los preserva del vicio.» Nos hallamos, a pesar de los muchos siglos que nos distancian de los estoicos, de nuevo frente a la coacción moral que el anarquismo quiere implantar en detrimento de los códigos civiles.

En 1623, Tomaso Campanella publica, en latín, su «Civitas Solis» (La Ciudad del Sol), en la que concibe un comunismo teocrático cuya inspiración, según Benedetto Croce en su «Intorno al Comunismo di Tomaso Campanella», es «la religión natural, o, lo que es idéntico, el cristianismo despojado de todos sus abusos.»

La ciudad está bajo el mando de Hoh, el sacerdote supremo y sus tres adjuntos: Pon (Poder), Sin (Sabiduría) y Mor (Amor), a cada uno de los cuales incumbe todo lo relacionado a la buena marcha de la ciudad. La vida en común la describe el Almirante en su diálogo con el Gran Maestro: «Son comunes las casas, los dormitorios, los lechos y todas las demás cosas necesarias... Las artes mecánicas y especulativas son comunes a hombres y mujeres. Hay sin embargo, la diferencia de que los ejercicios más pesados y que exigen caminar (como arar, sembrar, recoger los frutos, trabajar en la era y en la vendimia, etc), son ejecutados por los varones...». «Ellas — las mujeres — hacen también la comida y preparan la mesa, pero el servir la comida es obligación peculiar de los niños y de las niñas hasta que cumplen la edad de veinte años...» «...cada cual tiene lo necesario y además todo aquello que contribuye a hacer grata la vida.»

«Entre los habitantes de la Ciudad del Sol no

hay la fea costumbre de tener siervos, pues se bastan y sobran a sí mismos. Por desgracia no ocurre lo mismo entre nosotros.» «En cambio, como en la Ciudad del Sol las funciones y servicios se distribuyen a todos por igual, ninguno tiene que trabajar más que cuatro horas al día, pudiendo dedicar el resto del tiempo al estudio, a la discusión, a la lectura, a la narración, a la escritura, al paseo y a alegres ejercicios mentales y físicos. Allí no se permiten los juegos que, como los dados y otros semejantes, han de realizarse estando sentados. Juegan a la pelota, a los bolos, a la rueda, a la carrera, al arco, al lanzamiento de flechas, al arcabuz, etc. Opinan que la pobreza extrema convierte a los hombres en viles, astutos, engañosos, ladrones, intrigantes, vagabundos, embusteros, testigos falsos, etc., y que la riqueza los hace insolentes, soberbios, ignorantes, traidores, petulantes, falsificadores, jactanciosos, egoístas, provocadores, etc. Por el contrario, la comunidad hace a todos los hombres ricos y pobres a un tiempo: ricos, porque todo lo tienen; pobres, porque nada poseen y al mismo tiempo no sirven a las cosas, sino que las cosas les obedecen a ellos. Y en esto alaban profundamente a los religiosos cristianos, especialmente la vida de los apóstoles» (7).

Cuatro años más tarde, en 1627, Francis Bacon hacía su aportación a la literatura de las utopías y publicaba «New Atlantis» (Nueva Atlántida), que describe la ciudad de Bensalén abarrotada de sabios dedicados a la búsqueda científica y basando su vida en un ideal de convivencia ético-político.

Otro sajon volcado a la visión futurista lo fue James Harrington, que en 1656 escribe su «Oceana», obra que ha ejercido cierta influencia en el pensamiento social del Nuevo Mundo. Encierra un tratado, uno de los primeros, en el que pone de relieve que la libertad política está condicionada a la económica. La sociedad por Harrington concebida se basa en treinta mandamientos que regulan la vida de los ciudadanos. Descolla, entre otras, las tesis de que la propiedad, en particular modo la de la tierra, es la base del poder político. Temeroso de la influencia nefasta que ejerce el poder entre los hombres, considera que el mismo debe ser controlado el menor tiempo posible por los mismos hombres.

(7). — Tomaso Campanella. — «La Ciudad del Sol» (Utopías del Renacimiento), pág. 107 y siguientes. — FCE, 1956.

En el mismo siglo y faltando ya muy poco para alcanzar el de la revolución francesa, en 1699 exactamente, aparece el célebre «Telémaco» de Fenelón, en el que se describen regímenes de sociedades antiguas y primitivas muy diferentes a los conocidos en Europa.

Es cuando la humanidad irrumpe en el siglo XVIII, que tan profundamente conmovió los cambios políticos sociales de la sociedad.

El valor renovador y revolucionario de las utopías queda patente cuando nos fijamos en la suerte que la mayoría de los creadores sufrieron.

Tomás Moro muere decapitado el 6 de julio de 1553. Campanella permanece 27 años encerrado. Bacon también se ve encarcelado en la Torre de Londres. Harrington se vio prohibida la publicación de su «Oceana» por Cromwell y, más tarde, Carlos II lo encerraba en la Torre de Londres también. El «Telémaco» hace que Fenelón caiga en desgracia frente a Luis XIV. Las utopías traían semillas de rebelión escondidas tras los fondos risueños e inocentes, al parecer, de sus descripciones de sociedades mejores y más justas.

El siglo XVII no lo podemos dejar sin citar también a Denis Veiras, el autor de «L'Histoire des Sevarambes» (1677) partidario del comunismo y «verdadero padre de la fórmula social de los tres ochos», según Maurice Dommanget (8), quien establece que todos los ciudadanos Sevarambes deben contribuir al bienestar general por la obligación de un trabajo útil y moderado: «Así la vida se pasa con mucha dulzura —dirá Veiras—, los cuerpos son ejercitados por un trabajo mediano, y no se desgastan por una inmoderada fatiga. Los espíritus están agradablemente ocupados por un ejército razonable sin hallarse abrumados por los cuidados, los disgustos y las inquietudes. Las diversiones y los placeres que suceden al trabajo recrean y reaniman el cuerpo y el espíritu, y en seguida, el reposo los refresca y alivia. Estando así los hombres ocupados en el bien, no tienen tiempo de pensar en el mal y no caen casi en los vicios a que los llevaría la ociosidad, si no la rechazaran por medio de las ocupaciones honestas».

En el siglo XVIII y en el período que va desde el año 1700 hasta la Revolución Francesa, la literatura de las utopías se enriquece con nuevas aportaciones a cargo de Bernardin de Saint Pierre con sus bucólicas «Paul et Virginie» y «Chaumière Indienne», de Daniel Defoe con su popular «Robinson Crusoe»; de Denis Diderot con su «Supplement au Voyage de Bougainville» en el que narra un viaje imaginario a la isla de Tahití, donde todos viven en comunidad y no existe lo mío ni lo tuyo hasta que llega Bougainville y deposita la manzana de la discordia de la civilización.

Naturalmente, el espíritu más decollante de la época y el que más influenció a los escritores del período pre revolucionario fue, sin lugar a dudas, Juan Jacobo Rousseau y entre sus numerosas obras la que más cuña introdujo en el ánimo de los utopistas fue su «Discurso sobre el origen de la desigualdad» y, en menor grado, «El Contrato Social» y «Emilio». Su polifacetismo ofrece pasto para todas las tendencias, pero escapa de cualquier etiqueta que pudiéramos tratar de colgarle. Un motivo permanente de Rousseau, el antagonismo entre civilización y naturaleza, es interpretado muy diferentemente según el temperamento que lo estudia. Hay un paralelo entre él y los chinos Confucio y Mencio en lo que hace referencia al origen bondadoso del hombre que la sociedad corrompe. Desde el momento en que se franquea el umbral de esta última el contrato social se impone coincidiendo así, a pesar de partir de dos puntos bien opuestos, con Hobbes.

A los utopistas, si nos ceñimos al tema, les atraen estas cosas a la naturaleza y la insistencia de Juan Jacobo en dar el máximo de espontaneidad a la educación de la infancia.

En el mismo año que aparecía el «Discours sur l'origine de l'inegalité parmi les hommes» (1755), Morelly publicaba sur «Le Code de la Nature» (Código de la Naturaleza) que por mucho tiempo fue atribuido a Diderot. El libro lleva un subtítulo: «El verdadero Espíritu de las leyes» y su preámbulo ya advierte que «para comprenderme debes renunciar a todos los prejuicios por queridos que sean; deja por un instante que caiga este velo y te darás cuenta con horror de la fuente y el origen de todos los males, de todos los delitos, justo allí donde se pretende alcanzar la sabiduría. Verás, entonces, las enseñanzas más bellas y más simples de la Naturaleza contradichas por la moral y la política vulgar».

Morelly se manifiesta enemigo de la propiedad, fuente de todos los vicios y todas las maldades. Los hombres son grandes en proporción del esfuerzo que hacen para ser mejores. La pereza y la inactividad son los verdaderos males y crimines del hombre.

La sociedad, por estar basada en la propiedad privada, no puede desembocar a otro punto que al actual de injusticia y desigualdad social. Más concentrada se halle la propiedad en manos de los menos, más sufrimientos aquejarán a la sociedad. Aquellas sociedades que más felicidad reunían fueron aquellas donde no existía la propiedad o en muy poca escala o, aún, en donde no estaba fuertemente establecida.

Establece, inclusive, un reglamento con riguroso orden numérico como hemos visto en algunos de los utopistas del siglo anterior :

«Art. I. — En la sociedad nada pertenecerá singularmente o en propiedad a nadie, a excepción de aquello que sea de uso efectivo para las necesidades y los placeres personales y, también, para el trabajo cotidiano.

II. — Todo ciudadano será persona pública, alimentada, mantenida y ocupada mediante dispensa pública.

III. — Todo ciudadano contribuirá, por parte suya, a la pública utilidad y según sus propias fuerzas, su talento y su edad. Es sobre estas bases

(8). — Maurice Dommanget. — «Historia del Primero de Mayo», pág. 14. — Americalee. Buenos Aires, 1956.

que se regularán sus deberes en conformidad con las leyes distribuidoras.»

Estima necesario constituir la autoridad a base de pequeñas instituciones a fin de evitar las tiranías y facilitar, al mismo tiempo, el ejercicio administrativo a todos los ciudadanos.

Cree necesario aplicar una rudeza máxima a los criminales: «Todo ciudadano que sea desnaturalizado al extremo de matar o de herir mortalmente a alguien; que pruebe, tramando o de otra manera, de abolir las leyes sagradas para introducir el detestable principio de la propiedad, una vez sea reconocido culpable y juzgado por el Senado supremo será encerrado por toda la vida como loco furioso y enemigo de la humanidad...»

De su «Código de la Naturaleza» despuntan varios principios revolucionarios que Ugo Fedeli sintetiza así:

Primeramente afirma que la base principal de toda sociedad es el trabajo, que todos deben trabajar, cada uno según sus propias capacidades y aptitudes.

Cada uno trabajará cuánto y cómo pueda y todos comerán de acuerdo a sus necesidades.

Para facilitar el intercambio la república estará abastecida de grandes almacenes que desempeñarán la función del reparto de los productos, y donde cada productor podrá ir a retirar todo lo que pueda servirle, a él y a su familia.

Es precisamente en esta concesión de la producción y la repartición donde nosotros encontramos los primeros elementos que hacen de Morelly un precursor del socialismo» (9).

Dos obras utópicas más, de la época, lo fueron «Los Diálogos de Foción», de Gabriel Mably, y «El año 2440», de Mercier.

Llegó 1789. El dique contenedor de las iras populares no pudo aguantar más tiempo. Los enciclopedistas habían minado las bases de la monarquía absoluta y los humildes decidieron escribir una de las mejores páginas de la historia de las revoluciones.

La utopía trataba de hacerse realidad en el acto quemando etapas. Se trató de poner fin a la desigualdad entre los hombres tomando las prédicas de Rousseau como mira; se quiso terminar con las religiones como establecía Voltaire. Violentamente habiase desparramado fuera de madre el pueblo francés al romper el dique que lo contuviera durante siglos. El 9 de Termidor lo forzó de nuevo a volver a su cauce y siguieron los veinte años napoleónicos que la historia aprovechó para desparramar por toda Europa la trilogía de la Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Las utopías que siguieron trataban de apoyarse en andamiajes menos empíricos en los que el deseo de una sociedad mejor pisara terrenos más firmes que los lejanos países de Utopía, Oceana, Civitas Solis, New Atlantis y Theleme (10).

(9). — Ugo Fedeli. — «Un viaggio alle Isole Utopia», pág. 58. — Quaderni del Centro Culturale Olivetti — Ivrea. — 1958.

(10). — Chappuis había presenciado, por ejemplo, en la Asamblea Constituyente, un proyecto de comunidades

Había deseos fervientes de no dejar para las generaciones futuras los proyectos de las nuevas sociedades y se trabajaba teniendo en cuenta el material humano existente, con sus defectos y sus taras, descartando los seráficos personajes que Tomás Moro, Campanella, Bacon, Rabelais y Harrington utilizaban para sus concepciones:

Rousseau, Morelly, Mably, Diderot lo habían dicho: el hombre no es malo sino la sociedad. Bastaba, pues, modificar la sociedad, hacerla justa y buena, para que el hombre fuera, a su vez, justo y bueno también. En realidad las utopías pasaban a ser verdaderos programas sociales empezando por el de Juan Bautista Say, que publica en 1800 «Olbie, ou essai sur les moyens de réformer les mœurs d'une nation» (Olbie, o ensayo sobre los medios de reformar las costumbres de una nación). Sigue en cronología e importancia Saint Simón, quien en 1814, junto con su discípulo A. Thierry, publica «De la Réorganisation de la Société Européenne» (Reorganización de la Sociedad Europea) y en 1825 «Le Nouveau Christianisme» (Nuevo Cristianismo) cuyo desarrollo provoca la ruptura definitiva entre Saint Simón y Augusto Comte. Su enunciado es: «Toda la sociedad debe esforzarse hacia el mejoramiento de la existencia moral y física de la clase más pobre; la sociedad debe organizarse en la mejor manera posible para alcanzar este objetivo.»

Contemporáneo de Saint Simón aparece Francisco Carlos María Fourier. Contemporáneo y adversario al mismo tiempo, llegando inclusive a enfilarle sus iras en una obra que titula: «Pièges et charlatanisme des sectes, Saint Simón et Owen» (Trampas y charlatanismo de las sectas, Saint Simón y Owen). Sus proyectos falansteristas son para realización inmediata y, como la mayoría de los programadores, establece todo cuanto puede afectar al Falansterio desde el primer momento. En su «Traité de l'Unité Universelle» (1821) nos narra su unidad social: el Falansterio :

«Es necesario, para una asociación de 1.500 a 1.600 personas, un terreno conteniendo una buena legua cuadrada, es decir, una superficie de seis millones de toesas cuadradas.

»Que el lugar esté provisto de una buena corriente de agua, cortado de colinas y propio al cultivo variado; que esté junto a un bosque y poco alejado de una gran ciudad, pero lo bastante para evitar a los inoportunos!

La falange de ensayo, estando sola y sin el apoyo de las falanges vecinales, tendrá, como consecuencia de este aislamiento, tantas lagunas de atracción, tantas calmas pasionales a temer entre sus integrantes que será necesario proporcionarle el auxilio de un buen local apropiado a las varie-

colectivas muy parecido a lo que Fourier presentaría más tarde como «falansterio».

Mejor suerte, relativamente hablando, tuvieron Babeuf y sus compañeros con el «Manifiesto de los Iguales» y su proyecto de comunismo sobre el que tendrémos que insistir cuando citemos a Sylvain Marechal, autor intelectual del manifiesto.



dades de sus funciones. Un lugar llano sería un inconveniente. Habría que buscar, pues, una región accidentada... o por lo menos un hermoso valle...»

Tanto empeño tiene en realizar su doctrina que invita a los cuatro vientos a los capitalistas y gentes adineradas para que participen al proyecto. En el restaurante donde comía, durante días y días, hacía instalar frente a él un cubierto preparado para recibir al capitalista que aceptara su invitación y fuera a la cita para tratar la puesta en práctica del programa.

Su fórmula de asociación no discriminaba. Los que aportaban el capital tendrían su retribución estipulada previamente. La falange fourierista era una sociedad por acciones en la que participaban tres factores: El capital con las 4/12 partes, el trabajo con las 5/12 partes y la inteligencia con 3/12 partes.

«Nadie ha analizado mejor que Fourier, el parasitismo moderno, parasitismo que comprende categorías múltiples. Inclusive entre los hombres que se extenuan trabajando, ¡cuántos hay de inútiles! Las experiencias que Fourier ha hecho durante toda su vida le dan argumentos para denunciar las taras comerciales y los desperdicios de las mercancías necesarias» (11).

El fourierismo lo abarca todo. La policía era innecesaria, igualmente lo eran los cotos y las vallas. La educación alcanza metas muy atrevidas: «Fourier daba tanta importancia como Owen a educar a los niños en buenos hábitos y actitudes sociales; pero confiaba, sobre todo, no en conseguir que creyesen en lo que para el interés general convenía que creyesen, sino en guiarles para hacer, espontáneamente y gozando en su acción, lo que demandaban tanto sus propios deseos como el bien de la sociedad. Este fue el aspecto de la doctrina de Fourier que más atrajo a libertarios como Kropotkin y William Morris» (12).

El trabajo debía ejecutarse en la forma más agradable posible. Le desagradaba la producción en gran escala, la centralización, el automatismo. Daba gran valor a la vida que iba más allá de las horas de trabajo y pensaba, tanto como en la producción, en que las comunidades vivieran felices, los grandes en sus propios apartamentos que integraban el falansterio, los niños en su «crèches» (casas cunas). Difería de los que quieren cambiar el medio para cambiar al hombre porque alegaba que la naturaleza humana era inmutable. Su punto de partida era precisar que lo imprescindible es ofrecerle al hombre el medio social apropiado a esta naturaleza inmutable y no violentarlo como hace la sociedad a lo largo de la historia. Fourier

(11). — Paul Louis. — «Cent cinquante ans de pensée socialiste», pág. 63. — M. Rivière, Paris.

(12). — G. D. H. Cole. — «Historia del pensamiento socialista», vol. I, pág. 79. FCE 1957.

(13). — Max Nettlau. — «La anarquía a través de los tiempos», pág. 36. — Guilda de Amigos del Libro. — Barcelona 1935.

clamaba el haber descubierto la «ley de atracción» entre los hombres.

El programa de Fourier lo encontramos en sus múltiples obras entre las que destacan: «Théorie des quatre mouvements» (1808); «Traité de l'unité universelle» (1821); «Sommaire du Traité de l'unité» (1823); «Le nouveau monde industriel ou sociétaire» (1829); «Pièges et Charlatanisme des sectes Saint Simon et Owen» (1831), y «La fausse industrie» (1835).

Sus ideas se extendieron por varios países europeos y del cotejo entre ellas por un lado y el saint-simonismo y el owenismo por el otro, surgieron grandes polémicas en las que los fourieristas llamaban a los partidarios de Saint Simon y Owen plagiarios. En Inglaterra Hugh Doherty, con el título de «The passions of the human soul» (Las pasiones del alma humana) (1851), vertió al inglés lo más descollante de las ideas de Fourier.

Empero, fue necesaria de nuevo la presencia de una América plétórica y deseosa de novedades para que la utopía se convirtiera en realidad una vez más. Alberto Brisbane y Horacio Greeley, habiendo ya muerto Fourier, trabajaron fervoramente para la creación de colonias todas ellas de efímera vida, por cierto. Entre las más importantes estaba la «Brook Farm Community» fundada por un grupo de intelectuales de Nueva Inglaterra en 1832.

En Francia, Godin también crea en Guisa su famoso «familisterio» que lleva el sello inconfundible de Fourier pero toca a Victor Próspero Considerant el dar continuidad filosófica a la doctrina de Fourier lográndolo magníficamente en sus obras: «Manifeste de l'Ecole sociétaire» (1841); «Le socialisme devant le Vieux Monde» (1848) y en muy particular modo «La destinée sociale» (1834).

«En ninguna otra parte está tan bien elaborada la «Comuna societaria» como en los escritos de Considerant — dirá Max Nettlau —. En una palabra, del fourierismo partieron mil caminos hacia un socialismo libertario y hombres como Elías Reclus, se sintieron atraídos toda su vida por esas dos ideas: asociación y Comuna; es decir, su sentimiento les dijo que esas dos concepciones, ampliamente comprendidas, no constituyen más que una sola: el esfuerzo por organizar una vida armoniosa fuera de esa inutilidad nefasta: el Estado» (13).

La influencia de Fourier en estos atisbos socialistas modernos era compartida por Robert Owen en Inglaterra. Ambos, junto con Saint Simon, cargan con el calificativo de «socialistas utópicos» (14).

Sin embargo, qué lejos está Owen de aquellos utopistas que se conformaban a dar rienda suelta a su imaginación y hacían correr la pluma sobre el papel para legarnos sus sueños y sus anhelos. Su mística era para proyectarse en el mismo momento y toda su vida fue un batallar constante para convertir en hechos todo cuanto creaba su imaginación febril.

A los 29 años (1800) consigue la dirección y participación en el capital de la fábrica de algodón de

(14). — G. D. H. Cole. Op. Cit. Pág. 44.



New Lanark, que será su trampolín para lanzarse a la propagación de sus ideas de comunidad y de cooperativismo. Su vida fue jalonada de éxitos y fracasos pero no llegaba a desanimarse nunca. La experiencia de New Lanark con la reducción drástica del horario de trabajo; la abolición de lo que era una epidemia social, la embriaguez; el establecimiento de las primeras cooperativas que eliminaban al intermediario y abarataban considerablemente el producto; el origen de la primera escuela para niños que James Buchanan crea gracias al soporte de Owen, el mejoramiento de la vivienda de los obreros, todo ello son victorias sociales que van a convertirlo en un hombre admirado de trabajadores y políticos. New Lanark se convierte en un lugar de visita imprescindible para todos los que deseen estudiar el mejoramiento social de las masas. Owen quiere ir más lejos, en su «Report to the County of Lanark» (1820) ya precisa que no son las reformas sino las transformaciones lo necesario para la humanidad. En este informe desarrolla la teoría del valor-trabajo que tan oportunamente sabrá explotar Carlos Marx. Ya en 1813 había publicado su «A new view of society, or essays on the principle of the formation of the human character» (Nuevos aspectos de la sociedad o ensayos acerca de la formación del carácter) donde puede verse la discrepancia que cuando hemos hablado de Fourier se ha señalado entre los precursores del socialismo moderno. Owen quiere cambiar el medio para cambiar al hombre en contra de Fourier, que quiere proporcionar un medio ambiente que se ajuste a la verdadera naturaleza humana deformada por los ambientes actuales.

Los fracasos de Owen fueron varios. En 1825 invierte casi toda su fortuna en la adquisición y organización de la comunidad de «New harmony». Son cerca de 800 hectáreas compradas a la comunidad religiosa de los Rappites en Indiana (Estados Unidos). Tres años más tarde Owen pierde cuatro quintas partes de su inversión o sea alrededor de 40.000 libras esterlinas.

No desespera y funda la de Queenwood en 1839, en los Estados Unidos también. Siete años más tarde se disuelve a su vez motivado por el choque interno de los inversionistas y los obreros que participaron en su creación.

En Escocia, cerca de Glasgow, y en Irlanda, en Ralahine, se crearon dos comunidades owenistas también (1825-1828 y 1831-1833 respectivamente) en las que Owen no tuvo participación.

El auge de la industrialización puso, por reacción, en auge el movimiento sindicalista y se creó la «Grand National Consolidated Trade Unions» en 1833, que el gobierno reprimió muy duramente al extremo que seis obreros de Dorchester fueron condenados en 1834 a reclusión en colonias penales por el delito de tratar de organizar una socie-

dad de trabajadores agrícolas. Estas convulsiones pospusieron a segundo plano el owenismo y el propio Owen se sintió arrastrado por la mística del movimiento obrero por varios años, en la que se volcó resueltamente colaborando a la creación de uniones y sindicatos y participando, en el seno de la «Sociedad para la Regeneración Nacional», junto con Doherty y John Fielden a la campaña para la consecución de la jornada de las ocho horas.

Para la fase que nos ocupa diremos que las premisas de Robert Owen pueden sintetizarse así: La educación prepara la transformación social; la industria debe supeditarse a la agricultura y las comunidades deben tener una población que oscile entre 500 y 3.000 personas; el trabajo es la fuente de la riqueza y los precios deben ser el resultado de la materia prima, su costo, y el tiempo empleado para transformarlo; los « bonos de trabajo » pueden substituir, para los efectos de transacción, el dinero; el comercio puede ser llevado a través del cooperativismo y la producción igual.

«Sin embargo, las ideas fundamentales de Owen eran pocas — dice G.D.H. Cole, quien pone de relieve además, la influencia que William Godwin ejerció en Owen —; la impresión de variedad que daba nacia de su celo infinito en aplicarlas. Su « socialismo » fue, sobre todo, resultado de dos cosas: de una opinión acerca del proceso de formación del carácter, que concibió o adoptó muy pronto a su vida, y de su experiencia como fabricante, primero en Manchester y luego en New Lanark. La opinión es esencialmente la misma que William Godwin había expuesto el «Political Justice»; parece probable que Owen no llegase a ella por sí mismo, ni leyendo a Godwin (no era gran lector), sino tomándola de alguien. En la década de 1790, en los círculos de gente avanzada, el godwinismo era muy conocido y Owen, como miembro activo de la sociedad literaria y filosófica de Manchester y como íntimo del círculo que se reunió alrededor de John Dalton, el químico, en el Unitarian College, tuvo que oír muchas discusiones acerca de las teorías de Godwin...» (15).

Owen influenció a todo el socialismo de la segunda mitad del siglo XIX, tanto el autoritario con Marx y Engel al frente, como el libertario. John Francis Bray, que llegara a resumir mejor que nadie las teorías de Owen, formula una serie de conceptos owenistas que en manos de Carlos Marx fueron materiales fundamentales para sus teorías sociales, tales como la que hace referencia a la plusvalía, la de que la estructura política era consecuencia de la economía y Marx hasta se vale de Bray para argumentar contra Proudhon cuando escribe su «Miseria de la Filosofía».

(15). — G. D. H. Cole. Op. Cit, Pág. 94.

● Continuará ●

POETAS DE AYER Y DE HOY

La infanzona de Medinica

Doña Estefaldina teje su calceta,
Puesta de mitones, cofia y pañoleta,
En el saledizo de su gran balcón.
Doña Estefaldina nunca fué casada,
Así que en la falda, de cintas picada,
Tres gatos malteses hacen el ron-ron.
Doña Estefaldina odia a los masones,
Reza porque mengüen las contribuciones,
Reprende a las mozas si tienen galán.
Oprime en las rentas a sus aparceros,
Los vastos salones convierte en graneros,
Da buenas palabras al que llora pan.
Doña Estefaldina los puntos recuenta,
Y al pie de su silla cose una sirvienta
Que prende en el moño cintado cairel.
El busto en el ruedo del halda amarilla
Parece un chamizo que enciende Castilla:
Bayeta amarilla es grito de hiel.
Bajo el roto alero de hierbas nacido,
Con el garabato de un vuelo atrevido
Fulmina el vencejo su torvo zig-zás.
¡Caserón de Vargas, viejos artesones,
Pinturas de santos, desnudos salones,
Caserón de Vargas, en el polvo das!
Desfila un ringlero de seminaristas,
Bayetas peladas como los sopistas,
Tricornios jaranos, negrura montés.
Cencerrea la recua de mulos hastiales,
Negros y zancudos, sin goces nupciales,
Y el mulero canta canto aragonés.
Doña Estefaldina recuenta los puntos,
Del tiempo y las siembras haciendo barruntos,
Y cuando la plaza cruza el capellán,
Dobla la calceta, pide el rebocillo,
Se prende alfileres, y con un banquillo
Corre a la novena con trote de can.
Doña Estefaldina, sangre de los Vargas,
Teje su calceta en las tardes largas
Bajo el torvo alero que pica el gorrión.
¡Con qué ceremonia en los ademanes
Responde al saludo de los capellanes
Doña Estafaldina desde su balcón!

RAMON DEL VALLE INCLAN

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

MAS DE 80 AUTORES

«Adela y Matilde», D. R. S.	2 00	«Bolchevismo y anarquismo», Rocker	1 40
«Agente presidencial», Sinclair	8 40	«Botánica experimental», Bruno	2 75
«Ahora somos hermanos», Lania	5 60	«Breve historia de Francia», Gerard	3 80
«Alta-Tettahuen», Galdós	1 50	«Breve historia de la Anarquía», Nettlau	1 80
«Aladino y la lámpara maravillosa»	1 80	«Breve historia del Mundo», Wells	2 50
«Albores de libertad», Relgis	1 70	«Buenas rutas» (La salud mediante la botánica) ..	5 00
«Alejandro Korn», Romero	1 00	«Buridan», Zevaco	2 30
«Algunas consideraciones sobre literatura», Una-		«Búsqueda en la noche», Esteve	3 00
muno	2 20	«Cadena perpetua», Runyon	3 50
«Ali Babá y los cuarenta ladrones»	1 80	«Cadiz», Galdós	1 50
«Alicia en el país de las maravillas»	1 80	«Calvario», Castenuovo	2 50
«Al séptimo día», Barclay	1 50	«Camaradas errantes», Steinbeck	4 60
«Altar mayor», Espina	2 00	«Cañaveral junto al mar», J. Carmona	2 50
«Amadeo», Galdós	1 50	«Canción de gesta», Montseny	0 50
«Amalia», Marmol	2 30	«Canovas», Galdós	1 50
«Ama usted Bramhs?, Sagán	3 60	«Capitalismo, Democracia y socialismo», Souchy ..	1 00
«Amor e ironía», Yutang	7 00	«Carmén», Merimée	1 50
«Amor, pasión y aventura», Flynn	1 00	«Carne y espíritu», De Meersch	5 00
«Amor sin mañana», Montseny	0 25	«Carta a un joven poeta», Rilke	3 60
«Ana Karenina», Tolstol	2 30	«Carta municipal acordada», Alalz	0 50
«Anatomía de la paz», Reves	3 50	«Cartas amorosas», Florangel	3 00
«Anselmo Lorenzo», Montseny	0 50	«Cartas a su hijo», Chesterfield	6 00
«Ante la bandera», Verne	1 00	«Cartas de amor, arte y desconsuelo», Beethoven ..	1 50
«Antología de pensamientos», G. Prada	0 70	«Cartas de la prisión», Toller	3 90
«Antología de prosistas españoles», Menéndez	3 80	«Cartas de un corazón angustiado», A. Carlos	1 00
«Antología libertaria»	1 50	«Cartas sobre el existencialismo», J. Salas	6 50
«Antología poética», Storni	6 00	«Cartas sobre regilión», Figola	1 00
«Antología poética», Unamuno	2 60	«Carteles», González Facheo	13 50
«Años de juventud», Valdés	2 50	«Cartas de muñeca», Ibsen	1 50
«Arte accesible», Alalz	0 25	«Casanova», Zveig	1 50
«Arte de escribir sin arte», Alalz	0 25	«Catecismo del agricultor y del ganadero»,	0 50
«Arte, poesía y anarquismo», Read	1 50	«Ciencia y conciencia», Dantec	6 00
«A secreto agravio secreta venganza», Calderón ..	2 20	«Ciencia y filosofía», Tannery	2 50
«Aspectos de América», Vallina	2 00	«Ciencia y filosofía», Antología	6 00
«Astilla», Barruso	1 00	«Cien días de la vida de una mujer», Montseny ..	1 40
«A través del espejo», Carroll	2 00	«Cirano de Bergerac», Rostand	1 50
«Autobiografía», Attlee	4 50	«Cita con Venus», Tickell	3 50
«Aventuras del Barón de Munchausen», Burger ..	8 00	«Civilización del trabajo y de la libertad», Cha-	
«Aventuras de Tom», M. Twain	3 50	raviglio	6 00
«Aversión y atracción en el matrimonio», De Vele ..	8 50	«Cómo educar a nuestros hijos», Fr. N.	0 50
«Babbit», Sinclair	8 00	«Cómo he curado la tuberculosis», Hevia	1 50
«Bailén», Galdós	1 50	«Cómo se educa un carácter», Dr. T.	0 50
«Bajo la media luna», Hamsun	1 20	«Cómo se forma una inteligencia», Dr. T.	0 50
«Barba Azul»	1 50	«Comunidad de los grandes espíritus», Nicolás ..	2 80
«Bases», J. Alberdi	1 00	«Conciencia y conocimiento (Ant.)	6 00
«Ben-Hur», Wallace	2 30	«Confesión de Claudio», Zola	2 75
«Benjamín Franklin», Cowther	3 50	«Conflictos entre la Religión y la Ciencia», Draper ..	1 30
«Bestias, hombres y dioses», Ossendowski	2 50	«Confesión de sentimientos», Zweig	1 50
«Biografía de Bakunin», Guillaume	0 00	«Congreso de constitución de la C. N. T.»	0 80
«Blanca Nieves»	1 80	«Conocimiento y error», March	3 50
«Bodas Reales», Galdós	1 50	«Continencia y placer», Krüger	2 50

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)

CENIT

sociología
ciencia - literatura



- Plácido Bravo: Hoja por hoja.
- Puyol: Filosofía y letras.
- Angel Samblancat: Camote en el Boulevard.
- Ildefonso: El que estaba en todas partes.
- G. C. D. Dampier-Whetham: La ciencia.
- Fontaura: Simone Weil y el hombre máquina.
- Luis Louvet: Carlos Caffiero.
- Eugen Relgis: Marcelina Desbordes-Valmore.
- Miguel Utrillo: Miguel Utrillo y Morlius, visto por su hijo.
- Han Ryner: De mi individualismo.
- Dr. J. Alvarez Sierra: Riquezas humanas.
- J. Ferrer: Noviazgo entre Dios y la Anarquía.
- Carpio Carpio: En nuestra tierra de utopía.
- Denis: El Diputado.
- Angel Carmona: En defensa de la alegría.
- V. Muñoz: Eliseo y Elias Reclús.
- Victor Garcia: El pensamiento anarquista (folleón).

40 P. 5523

139

JULIO · 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



NUESTRA PORTADA

Fabio Luz

CENIT se honra reproduciendo en su portada el noble semblante del Dr. Fabio Luz, figura señera de nuestro movimiento en América, que la muerte nos arrebató demasiado pronto, a pesar de que ya había producido rico y abundante fruto: una obra densa, enjundiosa, toda ella impregnada de amor y de fe en las ideas anarquistas, y un hijo que la continúa en la misma brecha ideal y científica.

Tenemos a la vista uno de los últimos trabajos que escribió, ya que en nuestra revista se publicó hace ya nueve años. Tenía por título «Sepamos vivir en anarquía». En esas líneas claras y comprensivas, sencillas, exponía su concepción de las ideas y su sentido práctico de la vida anarquista.

De él, el mejor elogio que podemos hacer es decir que pocos hombres como el Dr. Fabio Luz han sabido vivir tan plena y conscientemente en anarquía. Fabio Luz era de los que creían que el anarquismo, más y mejor que una ideología, es una actitud ante la vida, una manera de vivir la vida.

El, escritor, hombre de ciencia, pensador de enjundia, fue ante y sobre todo, un hombre que vivió en anarquista, que jamás desmintió su actitud anarquista en la vida social y en todos los conflictos y problemas que nos crea la existencia.

Como González Prada, como González Pacheco, como Práxedes G. Guerrero, como Ricardo Flores Magón, como el profesor Oiticica, Fabio Luz dejó honda huella en América. Gracias a esos hombres, el anarquismo ha sido conocido y amado por sucesivas generaciones de obreros y de intelectuales en Latino-América.

CENIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, René Lambert, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Julio 1962

Nº 139

Hoja por hoja



ERA alto y sumamente flaco. Su cabeza tenía forma de ovoide. Además, una calvicie prematura habíala completamente despoblado, hasta el extremo de que era harto difícil poder situar la línea fronteriza de su frente. Su lívida tez formaba marcado contraste con la espesa negrura de sus cejas, y bajo cuyas cavernas brillaban, acerados, sus diminutos ojos de obsidiana. Cabe añadir que jamás vi asomarse átomo alguno de ternura en semejante mirada; cuando nos fijaba, oblicuándola, eran puñales que rasgaban nuestras almas infantiles. Su nariz afilada, no sé por qué intensas pasiones, caía perpendicularmente sobre su boca enorme, festoneada por delgados labios, más aptos para fulminar anatemas que para musitar plegarias.

Tal era este profesor de cruz en pecho y rosario en mano, originario de una orden eclesiástica que no recuerdo, aunque nunca olvidé las draconianas ordenanzas por él servidas, de peor tomar que las de botica. Llevaba negros hábitos, pero más que los que ostensiblemente lucía, veamos aquéllos que en su docente ejercicio tenía.

Aquella escuela de rígida disciplina, antesala de cuartel o umbral de presidio, era famosa. No por lo que aprendíamos, mas por lo que sufríamos. El código pedagógico tenía estrecho parentesco con el castrense. En fin, de ella, si salíamos sabiendo poco, la abandonábamos temiendo mucho.

Los zagales, temerosos y encogidos, nos acercábamos silenciosos al lúgubre edificio. Pronto, las ocho campanadas fatídicas dábales el reloj catedralicio, retumbando en el silencioso burgo podrido. En el dintel, esperando el ritual besamano, haciendo severo recuento, estaba el pastor erguido. Reparto de empellones a retardatarios y de pellizcos a los más discolos.

Una vez formados, uniformados con guardapolvos grises, empezábamos el suplicio de la oración matutina. Arrodillados sobre las baldosas frías, cabizbajos, en signo de humillación, exigiendo en veces la postración, rezando pasábamos media hora. Luego, otra media transcurría cantando sal-

mos, súplicas y otros cánticos al redentor en crucifijo.

Finalmente, terminado el introito religioso, rompíamos filas. El tremebundo poncio sentábase en su alto sitial, cómodo sillón de terciopelo granate. Nosotros, los eternos irredentos, en las peladas banquetas de roble, frente a los pupitres. En su mesa, su diestra mano, semejante vara de fresno sin pulir, a su siniestra, siniestro látigo; en el centro un montón de libros polvorientos y ennegrecidos: Evangelios, Historia Sagrada, Doctrina de Cristo y otras zarandajas de parecido estilo. Por ellos conocíamos la moral, la filosofía, la historia y demás ciencias. Los fenómenos eran milagros, las leyes sentencias divinas, los principios abstracciones incognoscibles, los fines secretos de esfinge. Conocíamos el principio del mundo y el origen de la Vida. Bien es cierto que este parto divino — del que salieron culebras y sapos, montañas y ríos, valles y mares, astros y microbios, ranas y estrellas, hombres y cerdos, insectos y paquidermos, lobos y corderos, selvas y páramos, ballenas y sardinias — jamás pudimos diferirlo, pese a nuestra peculiar fantasía dispuesta siempre al recreo imaginativo de tanta maravilla.

Cuando, años más tarde, trabamos relación con los intelectos de Spencer y Darwin, Copérnico y Newton, Tolstoi y Descartes, diluyéronse estos conocimientos de baratijo.

Todos, sin excepción, habíamos ya probado las caricias de la vara y del látigo. El banquillo de los acusados estaba siempre de bote en bote. Arrestos que no se levantaban hasta altas horas nocturnas, todos habíamos sufrido. Para él, todos éramos satánicas criaturas; el motivo era nuestras idóneas diabluras. Para premiar laureados concursantes solía hacer reparto de piadosas estampas, mientras nosotros, para vengarnos, le premiábamos con grotescas caricaturas furtivamente diseñadas en alguna hoja volandera del cartapacio.

Pero entre los cincuenta rapaces había uno que era el blanco preferido del iracundo reverendo. El más discolo e irreverente era, a la vez, el más hábil y despiadado caricaturista. Su álbum era una joya de arte.

Cierto día, de imperecedero recuerdo, sucedió un épico encuentro. Proseguíase un monótono interrogatorio sobre abstracciones celestes cuando llegó el turno a nuestro quebrantado artista.

— ¿Cuál es la composición sacra del tríptico cristiano ?

El zagal, algo azorado, respondióle :

— Padre, Hijo y... la Virgen Madre.

— ¡Zopenco impuro! ¿Y del Santo Espíritu qué haces?

— Caricaturas, reverendo padre, caricaturas — espetó con singular aplomo, el interrogado.

Allí sí que fue Troya. Levantándose bruscamente, impelido por un furor divino, dió tal vareo al infeliz, que de no mediar una volcánica insurrección de la comunidad estudiantil, le dejara hecho fiambre.

Diz que en España hay aún de estas cavernas. Y que beluarios con títulos docentes ejercen en sus cátedras.

Quando los alumnos salen de sus aulas, presto han de estar para vivir en jaulas.

PLACIDO BRAVO



FILOSOFIA Y LETRAS

SONRIO ante la decisión de mi sobrino de cursar la carrera de Filosofía y Letras. Algo bien en los días de los Felipes, en los de los Borbones y aun en los difíciles de don Amadeo de Saboya : en 1962, un disparate. A menos que las materias a « empollar » sean otras, porque en la enseñanza se operase — lo dudo — radical y completo cambio. Siempre que los catedráticos expliquen de distinto modo lo griego y lo latino, y en los días que duró el diluvio, pongo por tope, se conozcan los clásicos, mas que no sea en su propia salsa. Igual se sale del paso con una cultura chapada en oro. Resúmenes, que la vida breve de suyo tiende a abreviarse : ecuaciones, logaritmos, binomio de Newton, cálculo infinitesimal, leyes físicas, fórmulas químicas, descomposición del átomo eutanasia aplicable (« hoy las ciencias adelantan... »), planos al minuto, altos hornos..

¡Y mi sobrino dispuesto a habérselas con Santo Tomás, como en los buenos tiempos salmantinos, de cara a la « Summa », mirando al « Fuero Juzgo », en amor y compañía del rey Sabio, distinguiendo la divisa de los Toros de Guisando (de la ganadería de doña Celsa Fonfrede) y a la vera de ambos Luises. Si todo esto caducó, ¿cómo he de aconsejarle que se acoja a la Metafísica para librarse de la Física ? ¿ Cómo he de aconsejarle que estudie para viejo ? La moderna mentalidad se despreocupa del corazón — Segismundo, en « La Vida es Sueño », quiere arrancárselo — y hace caso omiso de las musas. Llegará a no haber nubes — « Amo las nubes que pasan a lo largo, las maravillosas nubes... », dice Baudelaire —, ni pájaros de flores, ni mariposas. Contra el parecer de Rubén Darío, la Poesía no tendrá donde hacer su panal, y todo serán rascacielos. En la antigüedad

los bardos fueron la literatura viva de los grandes señores. Bardo significó siempre muerto de hambre. Ahí va un puñado : Tasso, Milton, Camoens, Cervantes, Lesage, Corneille, Dryden, Spencer Wondel, Royer Buttler, Floyen, Sydenham, Rushvorth, Rousseau, Malfilâtre, Chenier, Chatterton, Vigny, Bécquer...

Vamos hacia el hombre milano : el paracutista (un motor la cabeza, un depósito de gasolina el izquierdo). No atemorizando la muerte, que es lo que de grande y bello tiene — sin ella, dice Schopenhauer, difícilmente se habría filosofado —, Dios se jubilará o estará en vacaciones.

Asimilate el nuevo sentido de la vida : para senil y estrafalario tu tío, que el 16 de mayo cumplió 80 años, pudiendo decir con Ovidio : « Ha llegado el día en que conmemoro mi nacimiento : día superfluo. Porque, ¿ de qué me ha aprovechado a mí el haber nacido ? » ¿ O es que tan ciego estás que no ves llegar todo esto ? ¿ En qué te fundas para decir que se ha acabado la guerra ? ¿ Ignoras que esta desgracia es « el estado normal de la Humanidad », el exceso de problemas diminuido del sobrante de criaturas ? Nos suprimimos porque en este pequeño capacho no cabemos,

El propio Gracián, conceptista, menospreciando la cultura escolástica, advierte : « En Salamanca no tanto se trata de hacer personas cuanto letrados ». Y Larra : « La filosofía es para el hombre lo que la peluca al calvo ».

La carrera de Filosofía y Letras que mi sobrino quiere seguir, la carrera de cazador de moscas. Sigala si quiere — allá él —, mas no con la venia de su tío. Para una carrera práctica, desde ahora la tiene : para la que más se parezca a un oficio.

PUYOL

CAMOTE en el BOULEVARD

EN la guerra de la yarda (anglosajonismo) y la cultura (hispanidad liberal) en estos cañares de azúcar, Rubén Darío es un enemigo nuestro. No porque el cerúleo poeta de oro y « Azul » saxoamericanice gorjeando, sino porque era un afrancesado cursi. La galiciana española del alba del 900 se apegaba plausiblemente a la Revolución. Que su Majestad persa, como Gómez Carrillo, labraba de cara a las frivolidades de « La Belle Jardinière » y las « Galeries Lafayette », ilustre modisto éste último, como se sabe.

Francia tiene unas Humanidades, en que late el aliento de lo mejor de nuestra roida especie: Julio Vallés, Zola, Tailhade, Bruant, Steinleu, Blanqui, la buena Luisa, Ravachol. Púgiles todos, sumergidos en el mar de gomosidad ambiente. Si alguno de ellos se evoca, como Sebastián Faure, santo ateo, es para decir la clerical ponzoña, que se entregaba en « La Ruche » a pateologías muy de la dilección de los hermanos del barbero y de todas las Congregaciones. Rubén a esa « Rue de la Paix » fantasía no se asomó jamás. Ahí no corren cheques.

También América tuvo en su tiempo bravos artistas malditos: Florencio Sánchez, González Pradas, Almafuerte, Vargas Vila, Ghiraldo; y, sobre todo Bonafoux, azote de Dios y de todo Dios, mandado borrar de la tierra. En vida, boicot; muerto, el lazareto y el ghetto. Como rata por tirante, vuello hacia igual Edén. Como ninguno de los que se desangran creando, tiene tenedor en las bachatas del presupuesto, Darío iba a cancanear al « Moulin » en que había « galette ».

Conocí al quetzal de Nicaragua con motivo de una lectura de poemas que dió en el Ateneo de Barcelona, cuando yo bacalaurizaba, con mucho más amor al bacalao que a la bachillería. Sordamente llevaba nuestro Pindaro una cogorza pindárica; es decir, imponente. Sus espaldas de changador la porteaban garbosas, como a una bolsa de trigo con hemorroides o que se escurre por abajo. Talleyrand tropical, vestía de etiqueta. Un negro, envasado en el frac del Lord Maire de Londres y calzado con la bimba de Loubet, no habría hecho reír más.

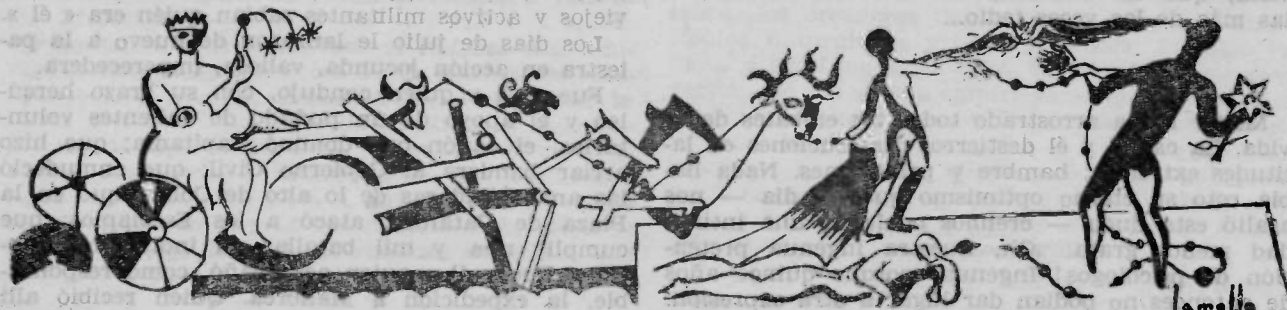
En París representaba diplomáticamente la política de juerga continua y sangre bebida a morro del general Zelaya, un Somoza de antier, a quien las musarañas o Musas arañas hacían de alcahuetas. En esos Montieles, el mirlo de que hablamos ni quitaba ni ponía rey: su ojo de águila no perdía ningún plato de vista. Y como al ensabanarse y a la hora de pulverular, se sacudiesen como las ángeles, lo mismo le daba un demócrata que un pluteócrata. El burgués argentino Guido, que financió a nuestro apolonida una revista de líricas anemias, sabe algo de las flaquezas de la carne parnásica.

Por cuenta de los « blagueurs », que ahí le bailaban el agua, con vistas a colaboraciones y ediciones, que eran el cuento del tío de América y de la tierra pintada en La Habana, dedicóse don Rubén Simeón Levi a deshispanizar espiritualmente este Hemisferio.

Como si aspirase a una plaza de groom en « La Rotonde » o al título de camelot del **Boul-Mich**, que es escasamente lo que llegó a ser, exaltaba en sus crónicas del bulevar el carnaval cocotesco y tabarinesco, endosándose ya una chaquetilla de « chasseur », ya un blanco chaleco de « barman », ya una roja casaca de tzigán. Para el caitado o pelado de su país, que le pagaba las agamenónicas pitimas, no tuvo, en cambio, nunca más que un gesto agrio de afrikándér.

Cristiancide y franciscanoide de un snobismo escéptico, manicuro y pedicuro de Merodes, con una idolatría eunuca de los brillos mundanos, manifestaba el cha centroamericano una propensión sospechosa hacia los estetas más equívocos o menos inequívocos: Verlaine, Rimbaud, Jean Lorrain; hacia aedas y aedones sólo un garón de « Maxim's », que le lustra con la cara las botas a un « truster » ensalsichado de anillos, echaría para la calle con la escoba al panida de más zoqueta que nos escupieran las nubes. Ni se percató tampoco de que en el chamizo que a él como a un trompo se le bailaba, inmortales e « inmortalas » de la lengua abrigaban todos la misma vaciedad infinitísima bajo sus pamelas pajariconas y sus chisteras de cochero.

ANGEL SAMBLANCAT



El que estaba en todas partes

SU cara era cetrina. Su andar, largo y pausado. Nada, al parecer, podía alterar sus nervios. Escuchábase a sí mismo cuando hablaba. Qué deleite si a su vez, alguien, no importa si uno o algunos, se agregaban a su « yo » para escucharle.

El infeliz mortal que a su vera andaba — regocijado en principio pero maldiciendo al final su mala estampa — recibía codazo tras codazo, en los ijares... El hablador exigía una atención despierta.

Murió hace un tiempo, después de arrastrar por el mundo su figura escuálida, su egolatría irresistible, su verborrea — creedlo — en ocasiones amena, no pocas veces grata.

La escena — basta con una escena cada semana repetida, y repetida también entre semana ante otros auditores — se desarrollaba en Montevideo (1931). Presentes entre otros se hallaban Luis Fabbri, con su eterna, sonriente bonhomía; su hija Luce, con aquel mirar eusente, sus ojos persiguiendo ensueños lejanos; el eufórico Coteló, rojo, grueso, sanguíneo, de verbo fácil y picante; Santillán, con su aire — entonces — modesto y comedido, apuntando con timidez una sonrisa; Carreño, con su mirar grave y su decir oportuno y chispeante; Hugo Tréni, con su inveterada sed de conocimientos y su rostro ancho y bondadoso; y uno o dos más cuyo recuerdo se esfuma en mi memoria, y el que con mano inhábil traza estos croquis...

Se trataba... de esto o aquello, y había alguien que siempre, de antemano, todo lo sabía. En tal año, en tal sitio, ante tales y tales, ya se había planteado la cosa; « él » mismo la había planteado. Había asistido a tal acontecimiento. Había previsto tal hecho. Había lanzado tal idea. Y siempre el « yo », con un tono más marcado que las otras palabras, sonaba con machacón repetir en nuestros oídos.

Se hallaba entonces de moda el juego del « yo-yo ». Así motejamos a nuestro contertulio. Su insistencia no decaía y las reuniones se sucedían unas a las otras con esta incidencia siempre prevista, que en ocasiones nos arrancaba sonrisas, las más de las veces tedio...

Meiter había arrostrado todos los embates de la vida. La cárcel y el destierro; persecuciones en latitudes extremas; hambre y privaciones. Nada había roto su eterno optimismo que un día — nos asaltó esta duda — creímos ocultaba una intimidad menos grata. ¡Oh, nuestra ingenua pretensión de psicólogos! Ingenua, porque quince años de entonces no podían dar lugar a otra expresión.

Meiter había « vivido » las más extrañas y apasionantes aventuras. Habíase codeado con los hombres más eminentes de la época y, cosa extraña, hasta de otras épocas un tanto dudosas a pesar de su edad incierta. Un escuadrón entero de cosacos — era ruso — se lanzó en su busca y captura. No imagináis cómo « liquidó » una parte y ahuyentó el resto. Las gestas más inauditas fueron hijas de su esforzado brazo y de su temerario valor. Así anduvo por los más dispares rincones de la tierra, derrochando valor y dando prueba de intuición y sabiduría. Si hubierais sabido lo que dijo a Bakunin en cierta ocasión; lo que insistió ante Reclus; cómo enmendó la plana a Rocker; refutó a Gori; hizo ver a Malatesta; increpó a Caffiero; aconsejó a Gorki; demostró a Kropotkin; señaló a... ¡el universo entero!...

Los jóvenes escuchábamos embobados tal genio de intuición, tal don de ubicuidad, tal valor incomparable...

Una noche, en el tranvía que va de la Boca a Barracas, en Buenos Aires, volviendo de una conferencia que un compañero había dado sobre: « Historia del Movimiento Obrero Anárquista en la Argentina », Meiter nos confió al oído:

« No ha estado « muy mal del todo ». ¿Qué quieres? Para lo que sabe... Si hubiera hablado yo hubieras visto. Para contar la Historia hay que vivirla, hay que tener experiencia, hay que saber. Por ejemplo, yo hubiera dicho... »

Désde aquel día, joven irreverente e ingrato, comencé a dudar de los dones, los hechos y las cosas del buen amigo Meiter...

..

Las huelgas del 19, en Barcelona, conocieron su actividad, su valor probado. Su labor incansante, enérgica, provechosa, le hizo la « vedette » del momento. Para su mal personal. La Patronal le colocó en la « lista negra » y la vida se le hizo difícil.

Hubo de retirarse, cambiar de nombre, pasar al anonimato, sin dejar de laborar con tesón por sus caros ideales. Pasaron así varios años y sólo los viejos y activos militantes sabían quién era « él ».

Los días de julio le lanzaron de nuevo a la palestra en acción jocunda, valiosa, imperecedera.

Fue « él » quien condujo, con su brazo hercúleo y el apoyo de un puñado de valientes voluntarios, el cañón que dominó Capitanía; que hizo arriar bandera al Gobierno Civil; que enmudeció las ametralladoras de lo alto de Colón; que en la Plaza de Cataluña atacó a los Escolapios; que cumplió una y mil batallas en inolvidables horas... Fue « él » quien acompañó, como responsable, la expedición a Mallorca. Quien recibió allí

arteramente y por la espalda, la bala que le atravesó el pulmón y que le postró en camilla por largo tiempo.

Fue « él », quien desde su camilla, asistió a las jornadas gloriosas de la Roja y Negra. Fuera de su camilla ya, a batallas memorables: Monte Aragón, Estrecho Quinto y otras más...

Rodó luego por los campos de Francia, Argelés, Barcarés, Rivesaltes, fugado a veces, oculto otras... Perpignan, Narbonne, Bagnères de Bigorre, Mari-gnac, en el disciplinario de Muret, por un gesto de rebeldía, en las Compañías de Trabajadores, no sé cuántos sitios más... En las minas del Val de Burat, su cuerpo taladrado de balazos, vigoroso aún a pesar de los años, empujaba las vagone-tas de « ramblée », tonelada cumplida, realizando labores que a jóvenes y sanos fatigaban y rompían la resistencia física, la tensión nerviosa, la esperanza de un día de libertad.

Allí te vi por última vez, inolvidable e inolvida-do Lecha... He aquí tu nombre, al parecer anóni-

mo, pero esculpido para siempre en las páginas de la Historia... Donde quiera que te halles, si es que aún « estás », querido Lecha, créelo, quien te conoció, no te olvidará jamás.

En mis momentos de amargura intensa, íntima, feroz, de esa amargura férrea que corroe la vo-luntad y las entrañas, pienso en ti, amigo Lecha, y recuerdo tu faz cubierta, sonriente, bonachona, fraterna, tu entero y eterno optimismo. Siento en-tonces una profunda vergüenza de mi mismo y me aferro de nuevo a la lucha, pensando en ti, Lecha, que nunca decaíste...

..

Basta por hoy, basta, porque si no diréis que yo también « estuve en todas partes ». Ello es muy fácil, lo habéis apreciado, en algunos aspectos. Pocos logran « estar en todas partes » como lo estuvo Lecha...

ILDEFONSO

LA CIENCIA

La palabra latina *scientia* (de *scire*, aprender, conocer) en su sentido más lato significa sabiduría o conocimiento. Pero es corriente emplear la palabra « ciencia » en un sentido restringido a la ciencia natural, si bien el vocablo germano más cercano, *wissenschaft*, comprende todo estudio sistemático, no sólo de lo que nosotros llamamos ciencia, sino también de las disciplinas históricas, filológicas o filosóficas. Para nosotros, pues, la ciencia puede ser definida como un conocimiento ordenado de los fenómenos naturales y de las relaciones entre los conceptos en que se expresan estos fenómenos.

El origen de la ciencia física hay que buscarlo en la observación de los acontecimientos naturales, tales como los movimientos aparentes de los cuerpos celestes, y en la invención de las herramientas toscas con la ayuda de las cuales el hombre se esforzó en aumentar la seguridad y comodidad de su vida. Análogamente, la ciencia biológica debe haber comenzado con la observación de las plantas y animales, y con la medicina y cirugía primitivas.

Pero en una primera fase el hombre casi universalmente emprendió una senda equivocada. Llevado por la idea de similitud, trató de atraer la lluvia y el sol, o de dotar de fertilidad a los campos imitando la Naturaleza por medio de ritos de magia simpática. Insatisfecho de los resultados logrados, el hombre pasó a otra fase, a la creencia animista de que la Naturaleza debía hallarse bajo el imperio de ciertos seres más poderosos que él: el Sol pasó a ser el fulgurante carro de Fe-

bo y los truenos y los rayos eran las armas de Zeus. A estos seres trató el hombre de tenerlos propicios mediante ritos que serían los mismos o derivados de aquéllos que predominaron en la etapa más primitiva. Por otra parte, el examen del movimiento constante de las estrellas o del movimiento errabundo de los planetas, condujo al hombre a la idea de un Hado inmutable que regía los destinos humanos, los cuales podían leerse en el firmamento. Está fuera de toda duda que la magia, la religión y la astrología fueron las precursoras de la ciencia, si bien no puedan reconstituirse las relaciones que mantuvieron con ésta.

Comienza a dibujarse cierto orden en el conocimiento científico de los testimonios del antiguo Egipto y Babilonia — unidades y reglas de medida, aritmética rudimentaria, calendarios del año, reconocimiento de la periodicidad de los hechos astronómicos, incluso de los eclipses —. Pero los primeros que sometieron tales conocimientos al examen racional, los que trataron de señalar las relaciones causales entre sus partes, en una palabra, los creadores de la ciencia, fueron los filósofos naturalistas griegos de Jonia. La más remota y afortunada de tales tentativas fue la conversión de las reglas empíricas empleadas para la medición de terrenos en la ciencia deductiva de la geometría, cuya iniciación se atribuye tradicionalmente a Tales de Mileto y a Pitágoras de Samos, en tanto que la formulación final de esta ciencia fue llevada a cabo por Euclides de Alejandría trescientos años más tarde.

G. C. D. DAMPIER-WHETHAM

Simone Weil y el hombre máquina

CONTINUA preocupando, sugiriendo toda clase de comentarios, en revistas de Europa y América, la compleja personalidad intelectual de Simone Weil, esa muchacha, profesora de Filosofía, delgada, de mirada miope, de expresión bondadosa, de porte sencillo, que pasó por la vida como un meteoro falleciendo apenas traspuesta la treintena. Su muerte prematura debióse quizás, como apunta una de sus amistades, a una extraordinaria y constante actividad cerebral, a la par que una total negligencia de la vida material. Su obra de escritora ha sido discutida por su singular hondura de pensamiento, por su agudeza filosófica. Nos lo prueba con su libro « L'Enracinement », en su « Diario », y en la recopilación presentada, a la manera de los « Pensamientos » de Pascal, por Gustavo Thibon, con el título « La pesanteur y la Grace ».

Al referirme a Simone Weil no es para hacerlo con respecto a sus años de militante de izquierdas, ni con referencia a su actuación como miliciana en la Revolución española del 36, tampoco he de referirme a su « conversión » al catolicismo, o más bien al socialismo cristiano. Simplemente, voy a dedicar el presente artículo a comentar brevemente el último libro que de ella se publicó bajo los auspicios de Albert Camús, libro que tiene por título « La condition Ouvrière ».

A primeros de diciembre de 1936 Simone Weil, cesando voluntariamente en su cargo de profesora, quiso conocer y vivir la existencia de los trabajadores de las grandes fábricas. Con este propósito ingresó en uno de los grandes talleres de metalurgia que hay en la « banlieue » de París, en calidad de peonaje especializado en máquinas. Estuvo una buena temporada trabajando en la metalurgia; cambió dos o tres veces de taller; y como sus compañeras de trabajo solteras, vivió en una reducida habitación de hotel.

Para una sensibilidad **hipersensible**, por así decir, como era la suya, la vida del taller, el monótono trabajo en serie, fue un tormento continuo. Ella, que tenía ese concepto de la dignidad humana, que fue consubstancial a los antiguos moralistas griegos, experimentó el choque brusco, brutal, de lo que representa la tarea intensa, realizada de un modo mecánico, con precisión de autómatas. Así, refiriéndose a la producción que se lleva a cabo por los obreros especializados en las máquinas, dice en el citado libro « La condition Ouvrière ».

« Para llegar, hay que repetir, movimiento tras movimiento, a una cadencia que, más rápida que el pensamiento prohíbe dar curso, no solamente a la reflexión, sino incluso a las ilusiones. Es menester, situándose ante su máquina, matar su al-

ma durante ocho horas diarias, su pensamiento, sus sentimientos, todo. Está uno irritado, triste, disgustado; ello puede amenguar la cadencia, lo propio si se trata de la alegría ».

En la gran industria moderna, el ser humano deviene, con el trabajo en la máquina, un apéndice de ella. Ese « robot » a que aludía Bernanos, para el que de poco ha valido la famosa « Declaración de los Derechos del Hombre ». El « robot », el **hombre máquina**, antítesis del « homo sapiens » de los humanistas. Concepción idéntica tanto para el mundo anglo-sajón como en el ambiente de la Rusia comunista.

Simone Weil deduce que, para no sufrir moralmente, lo que importa, lo que interesa, es esforzarse en no pensar. El ejercicio del pensamiento, la reflexión, induce a constatar que se es esclavo. Dice : « Mis camaradas creo que no tienen en el mismo grado ese estado de espíritu. Ellos no han comprendido plenamente que son esclavos ». Agrega también, en carta dirigida a un director de taller : « He sacado, en suma, dos lecciones, de mi experiencia : la primera, la más amarga y la más imprevista, es que la opresión, a partir de un cierto grado de intensidad, engendra no una tendencia a la rebelión, sino una inclinación casi irresistible a la sumisión más completa. La segunda es que la humanidad se divide en dos categorías, las gentes a quienes se considera en algo, y las gentes que no cuentan para nada. Cuando se está en la segunda categoría, se llega a hallar natural el no contar para nada, lo que no quiere decir que uno no sufra por ello ».

La monotonía del trabajo, hace que, aun a pesar suyo, la escritora lance su pensamiento en pos de las quimeras del ensueño. ¡Ah, pero el despertar brusco se impone! Hay que vigilar la tarea. Un descuido puede malograr el trabajo, inutilizar las piezas. Y esto no es aún bastante : se ha de producir a ritmo acelerado, para llegar al cupo de producción demandado por la Dirección.

Según los psicólogos, el trabajo parcelado, siempre idéntico, tiende a la neurosis, a los desarreglos mentales, al embrutecimiento del individuo. Ya, a fines del siglo pasado, Engels escribía : « No se inventará un método más perfecto de embrutecimiento que el trabajo de fábrica ». Desde entonces, la « racionalización » del trabajo ha progresado. Se produce a un ritmo más acelerado y con un instrumental de mayor precisión. Por todo lo cual, obvio es decir que hace falta poner una mayor atención.

Simone Weil, dotada de intensos sentimientos humanitarios, quiso conocer, experimentar, lo que representa el trabajo de autómatas que efectúan miles y miles de hombres y mujeres en fábricas y talleres. ¡Ah!, pero ella era libre para cesar en

FIGURAS DE ACRACIA

Carlos Caffiero

EN la población italiana de Barletta, provincia de Bari, cantos y gritos resonaban el 8 de septiembre de 1946, en tanto que un importante cortejo, precedido de banderas y oriflomas negros, seguía el curso de las calles. Eran nuestros compañeros de la Federación Anarquista Italiana, que conmemoraban el aniversario del nacimiento de Carlos Caffiero.

Este nombre, evocación de todo un pasado glorioso, en el curso del cual el anarquismo se afirmaba como doctrina social, está íntimamente ligado a los nombres de Bakunin, Emilio Covelli, Malatesta, Fanelli, etc.

Herederó de una riquísima familia, el joven Carlo hace sus estudios en un seminario de Melfetto. Parte después a estudiar Derecho a la Universidad de Nápoles. Nada le predestinaba a la vida de los anarquistas. Sus amigos le incitaban a entrar en la diplomacia; sigue sus consejos, pero asqueado pronto del medio en el que vive, deja a los diputados, a los adeptos de la embajada y marcha a Londres, donde no tarda en entrar en relación con los primeros internacionalistas. Así frecuenta asiduamente a Marx y a Engels y con su contacto abraza la causa del socialismo y de la Internacional.

En 1870 visita a París y vuelve después a Italia, donde comienza su agitada carrera de militante revolucionario.

Con el viejo conspirador Giuseppe Fanelli — bien conocido de los anarquistas españoles por el papel que jugó en nuestro país en el momento de la Primera Internacional — Caffiero y el joven Errico Malatesta, reconstituyen la sección de Nápoles de la Internacional, que había sido disuelta algún tiempo antes. Funda entonces el periódico « La Campana », que con vigor aboga por la transformación social.

Infatigablemente, Caffiero y Malatesta, durante más de diez años, uno al lado del otro, van a emprender una agitación sin límites. La primera In-

su trabajo y volver a la sosegada vida de estudio. Los obreros y obreras que fueron sus camaradas de trabajo no podían hacer lo mismo, condicionados por el imperativo económico de la subsistencia; sujetos, además, al temor de quedar sin trabajo, por causa de esas crisis de producción que originan el cierre de fábricas y el pacto del hambre para los que en ellas se ocuparon.

Una sociedad que crea hombres esclavos de las máquinas, tan sólo puede ser agradable para quien carece de dignidad. Puede ser tolerada, soportada con resignación de inconscientes o vencidos, por quienes han llegado al extremo de tener la insensibilidad de la máquina.

FONTAURA

ternacional se divide por la lucha de Marx y Bakunin. No es nada fácil quedar neutro en la Organización. Además, nadie piensa en ello. Engels escribe sin descanso a Caffiero. Pérfidamente, trabajando con insinuaciones, trata de adquirir al fogoso militante difamando a Bakunin. El juego vale la pena. El resultado es contrario a los esfuerzos empleados. Ante tanta mala fe, Caffiero se hace un propagandista anarquista. A Engels hay que agradecerlo.

El 20 de mayo de 1872, Caffiero, acompañado de Fanelli, encuentra a Miguel Bakunin en Locarno. Desde este día, Caffiero es en cuerpo y alma un anarquista.

En 1872, en la Conferencia de Rimini, funda la nueva sección italiana de la Internacional, pero entrando en Italia para asistir a un Congreso, es detenido en Bolonia, con Malatesta y algunos otros. Puesto en libertad, va a Suiza, donde compra la famosa « Baronata », villa que destina a la Internacional, para abrigar a los proscritos. Instala allí un gran número de compañeros y entre ellos a Bakunin. Pronto se arruinó por este camino. Entonces, para ganar su vida, vuelve a Italia y entra como empleado en casa de un fotógrafo de Milán.

Pero es en 1877 cuando Caffiero rinde todo su esfuerzo como revolucionario. De acuerdo con Malatesta y Krafchinsky, había organizado un movimiento entre las masas campesinas tendente a instaurar en Italia meridional un régimen libertario.

Su plan fue revelado a las autoridades por un estipendiado. Bruscamente, Caffiero y sus amigos, pasan a la acción. Fue aquello la epopeya conocida bajo el nombre de insurrección de Benavento. Duró la misma siete días, durante los cuales una heroica juventud mantuvo a raya al ejército enviado para reducirles.

Después de haberse apoderado de los pueblos de Lefino y Gallo e intentado sublevar los habitantes de las provincias vecinas, debieron ceder ante la fuerza.

Detenidos de nuevo, esta vez con las armas en la mano, Caffiero y sus amigos sufrieron un encarcelamiento de un año y recobraron la libertad cuando el jurado del Tribunal que hubo de juzgar los hechos del « Monte Matese » rindió su veredicto.

Después de haber desenmascarado en Turin al confidente Carlo Terzaghi, habiendo abusado de sus energías, Caffiero siente flaquear su salud. La fiebre con la que se dió a la propaganda venció a sus nervios y en 1883 entró en una Casa de Salud. Privado de razón, murió en Nocera el 7 de junio de 1892, a los 45 años, de tuberculosis intestinal.

La biografía y colección de escritos de Caffiero están por hacer. A Jacques Guillaume se deben la mayor parte de los informes que constituyen este

Marcelina Desbordes - Valmore

LOS más grandes poetas de Francia : Baudelaire, Samain, Victor Hugo, Verlaine y también el escéptico Anatole France, han elogiado a la poetisa que falleció el 23 de julio de 1859, y cuyos restos yacen en el cementerio de Montmartre, cerca de la tumba de Heine. Su gloria aumenta en nuestros días. Los nuevos volúmenes consagrados a su vida y obra, testimonian que ni la más oscura y modesta existencia escapa a la curiosidad literaria y al homenaje, muchas veces tardío, como expresión del reconocimiento.

Marcelina Desbordes-Valmore no ha tenido infancia. Desde la edad de 14 años, en que perdió a su madre, ha sabido lo que significa ganarse el pan de cada día. Actuó en las tablas de los teatros de París y provincias; deambuló de una ciudad a otra, luchando continuamente con su implacable destino. Soportó todos los sufrimientos humanos : no solamente las preocupaciones diarias, las enfermedades y la miseria. Fue seducida por un hombre « que puso a prueba su ingenuidad »; fue abandonada por aquél que amaba como si fuera una encarnación del ideal; perdió a su hijo, fruto de su primer amor. Valmore, su esposo, actor mediocre, pero de buen corazón, le prodigó incesantes sacrificios; ella le ocultó todos sus desesperados esfuerzos para aliviarle con una sonrisa y ofrecerle un refugio después de las

cruces miserias soportadas detrás de los bastidores del teatro. Además, tenía que prestar ayuda a su hermano y a su padre. A los hijos que tuvo con Valmore los crió con desmedida devoción, para verlos morir después uno tras otro (de cinco perdió cuatro). Los golpes del Destino caían siempre sobre ella; no obstante, Marcelina Desbordes-Valmore ha conseguido forjar, con las lágrimas de sus sufrimientos, tesoros de poesía.

Nadie se encontraba más lejos de la literatura como ella. No poseía una cultura seria, ni siquiera sabía escribir correctamente. Disponía, sin embargo, de un sentido musical que de un modo natural, casi inconsciente, encontraba su expresión en los versos. Es así como escribió esas poesías en las cuales el alma de una mujer se desenvuelve con toda sinceridad; muy pocas fueron, en verdad, las mujeres que escribieron acerca de sus secretos espirituales con la naturalidad y simplicidad de esta poetisa. Sus anhelos, sus sufrimientos y sus esperanzas fueron volcados en el papel, sin pensar que algún día serían publicados. « Su arte es sin arte ». Rimas pobres, imágenes comunes. Mas toda su poesía es música pura; es el cantar de aquella que desborda sus sufrimientos, es el canto que mece el alma martirizada en las armonías de una confesión rara veces encontrada en la literatura universal.

Cuando, en las postrimerias de su

vida, un Sainte-Beuve, un Lamartine, un Victor Hugo ofrecen sus homenajes a esa poesía de profundas resonancias, Marcelina Desbordes-Valmore no los acepta. Cree, más bien, no merecerlos. Después de sus padecimientos de amor, después de la tortura de la miseria, después de su encarnizada lucha con las enfermedades, no puede recibir la gloria. La teme igual que a la felicidad. Toda su vida fue sufrimiento y renunciamento. Vivió para los demás. Fue pródiga con su vida, instante tras instante, y cantó en versos solamente para aliviar su corazón. Aun después de haber publicado sus primeros volúmenes continuó escribiendo como si no tuviera ningún testigo de su alma, fuera de dios. Por eso sus poesías tienen el valor puro de la vida inalterable con los cálculos literarios. Y su calvario, desde la infancia hasta la soledad de una vejez que esperaba la muerte como una liberación, permanece cual un gran ejemplo frente a los embaucadores del arte y los privilegiados de la industria literaria, si es que todavía éstos son sensibles ante tal drama de la vida y de la creación, descrito por un Stefan Zweig con conmovida comprensión y con esa compasión atenuada por las consolaciones que únicamente la verdadera poesía nos puede proporcionar.

EUGEN RELGIS

artículo, pero lo que debe decirse es que vivo, tan sincero, tan modesto, no pudo escapar a la calumnia. En la prisión, después de la revuelta de Campania, cuando, para engañar el tiempo, escribía el admirable « Extracto del Capital » de Carlos Marx, esperando comparecer ante sus jueces, se encontraba con Lenoit Malon, en Bélgica, escribiendo, para difamarle, un Hermann Greulich, para tratarle de agente provocador, un Jules Guesde para tratarle de « desertor ». Todos estos pontífices, refugiados detrás de sus despachos, no podían concebir un revolucionario, que contra sus propios procedimientos, no hacía la revolución con la piel de los otros.

Aparte de su « Extracto », que sería preciso reeditar un día, Caffiero escribió numerosos artícu-

los, de los cuales un gran número bajo el cubierto del anonimato. Es en su periódico « La Campana » donde mejor se pueden apreciar sus cualidades de periodista y propagandista.

¿Qué mejor homenaje puede rendirse a un hombre que elevó su desdén por la fortuna — y por la suya propia — a la altura de una institución que esta apreciación de Pedro Kropotkin, que describía así a Caffiero : « Fue un idealista de los más puros; dio a la causa un considerable patrimonio; no preguntó nunca cómo viviría al día siguiente. Un pensador, ilustrado de sus apreciaciones filosóficas; un hombre que jamás odió a nadie ». Nada hay que añadir a tal apreciación.

LUIS LOUVET

Miguel Utrillo y Morlius



EL día 20 de febrero del año 1862 venía al mundo, en una casa de la muy barcelonesa plaza de San Jaime, un niño que, andando el tiempo, tenía que convertirse — gracias a su talento y a su acusada sensibilidad — en un hombre extraordinario: me refiero concretamente a don Miguel Utrillo y Morlius, mi padre.

Podrá parecer raro que sea precisamente yo, su hijo primogénito, quien escriba y aplique tan rotundos como gráficos adjetivos. Pero, a excepción de los míos y de mi fiel servidora Dolores, o de algunos de los muchos amigos que dejara esparcidos por el universo mundo, ¿quién, por estas fechas se habrá acercado al cementerio de Sitges, donde está enterrado, precisamente frente a la tumba del que fue su inseparable amigo de juventud, el malogrado grabador Ramón Canudas, para depositar un ramo de flores?

Las empresas más variadas y hermosas

Y sin embargo, fue un hombre que a lo largo y a lo ancho de su vida supo animar las empresas más variadas y hermosas. A los catorce años era secretario del « Centre » Excursionista de Cataluña con los Arabia, Bofill, Arnet, Avellán, etc., llevando por la comezón de los descubrimientos y de las excursiones, a las que permaneció fiel durante toda su vida. Luego, exilado mi abuelo, primero en Amelie-les-Bains, luego en Aviñón, abogado ilustre que ayudó a traer las aguas de Dos Rijs a Barcelona, con Víctor Balaguer, Gaspar Núñez de Arce, Juan Tutau, Tomás Fábregas, etc., vocales todos de la Junta Revolucionaria del 68, supo aprovechar las lecciones de francés, que le diera un poeta de excepción: Stephane Mallarmé. De francés y de sensibilidad, de la que antes hablé.

No es extraño, pues, que, al través de los estudios de sus años juveniles, sintiera hacia Francia, que por aquellos años era auténticamente « douce », un amor sincero, demostrándolo de muy diferentes maneras, incluso dando su nombre a otro Utrillo, que tenía que ser, andando el tiempo, quien universalizara el apellido.

visto por su hijo

Periodista, pintor, falsa bohemia

Fue periodista. Se hizo pintor. Fue amigo de trabajo y vivió una falsa bohemia, precisamente en la « Butte » de Montmartre, y luego en la siempre adorable Isla de San Luis, de Rusiñol, de Casas, de Clarassó, de Zuloaga, de Paco Durrio y de tantos y tantos artistas y soñadores que nos legaran, burla burlando, unas obras, algunas de las cuales, son, aún hoy, sencillamente geniales.

Permutó varias veces los pinceles por la pluma. Y al través de las páginas de las revistas que con Ramón Casas crearon, « Pel & Ploma » y « Forma », como antes en « Luz » y bajo el seudónimo de A. L. de Baran, como desde las páginas de « La Vanguardia » — mientras también Rusiñol escribía sus cartas « Desde el molino », tomando el título de las que escribiera su común amigo Daudet — se convirtió en el introductor de un cierto impresionismo que, trasladado a la plaza de Cataluña, como respondía a la obra de talentos reconocidos, pronto tomó arraigo y se abrió paso. Ayudó a revalorizar la obra de El Greco, y fue él y no otro quien, por ejemplo, convenció a Ramón Casas, el genial, para que llevara a cabo aquella serie de retratos al carbón, hoy en el Museo de la Ciudadela, al través de los cuales se puede seguir la iconografía de una gran parte — la más destacada y brillante — de la intelectualidad nacional de la época. Pero al mismo tiempo, justo es reconocerlo, y era ésa, una de sus máximas satisfacciones, daba la mano a la juventud, representada por Isidro Nonell, el de los « cretinos » de Bohé y de las gitanas con alma, y a Joaquín Sunyer, entre otros, de la misma manera que anteriormente, y en el marco que él también bautizó y animó de los « Quatre gats », había organizado y cantado las glorias de un joven malagueño de ojos despiertos, dotado de un talento de excepción, como lo sigue siendo Pablo Ruiz Picasso. En el Laberinto de Horta, y de la mano de don



Juan Maragall el insigne, presenta « Ifigenia », fasto aún hoy recordado. Organiza cabalgatas. Anima, también, representaciones inolvidables a través del Teatro Lírico Catalán. Se convierte en un crítico de arte estimado, y temido, hablando no ya sólo de sus amigos, con justa ponderación, sino también en todo cuanto respirase juventud. Es nombrado director artístico de la Enciclopedia Espasa, en donde realiza una labor a todas luces hoy increíble y varia. Y un poco cansado y escéptico se retira a Sitges, el « Blanco Refugio » cantado por Diego Ruiz, en donde, al revés de su íntimo amigo Santiago Rusiñol, que fue un poco ave de paso, se casa y crea un hogar.

La hora de « Mar y Cel »

El Utrillo animador de empresas artísticas se convierte en un burgués que se acuesta a buena hora, a eso sí, habiendo leído el « Times », y nuestra casa es punto de reunión de amigos y de artesanos admirables, todos ellos estupendos personajes de altísimo valor humano, como fueron Salvador Robert, el primer amigo que en Sitges tuvo, así como los Pascual, los Marsal y los Selva, gracias a los cuales y a la magnificencia de Mr. Charles Deering, se hizo posible aquel milagro del « Mar i Cel », entonces repleto de maravillas artísticas de incalculable valor, hoy triste y vacío palacio, pero, eso sí, propiedad de la villa de mis ensueños.

Un mal día todo esto se truncó. La envidia dio paso a un estado de cosas absurdo, seguido de una expropiación vergonzosa. Y la multitud debió de pensar que adorando al becerro de oro podía cambiar las circunstancias cuando, en realidad, luego bien se vio, piezas capitales de la historia del arte patrio, como el famoso retablo bordado de Qüesana, salieron para siempre de España.

Yo, si hoy recuerdo estas cosas no es a título de recriminación, porque siempre he sido más amigo de la verdad que de las utopías. Pero asistir a una dispersión tal, a pesar de mis pocos años, recuerdo que me produjo un vacío enorme que aún me dura, así como el sonrojo, años más tarde, al ver tales maravillas en el Museo de Miami...

Otro hombre hubiera, quizá, de no ser burgués y escéptico, emigrado. Pero mi padre, un auténtico enamorado de Sitges, en Sitges continuó, limitándose a pasear por la plazuela que hoy lleva su nombre y que da entrada al barrio universalmente conocido por el « Mar i Cel ». Y volvió, como en sus años mozos, a crear y animar empresas, devolviendo con creces a Sitges, la patria de sus amores, las resultantes de su fina sensibilidad. Casas existen aún hoy, en el pueblo blanco, en donde el buen gusto se da cita. Y aún más adelante, gracias a la fantasía de un sabadellense de pro, José Armengol, otro gran olvidado, hicieron posible, ayudados por el arquitecto José María Martino, la zona residencial de Terramar, hoy orgullo de mi pueblo.

Un mundo de recuerdos

Miguel Utrillo, mi padre — José María Sert, el genial, su mejor amigo, me lo había dicho infini-

dad de veces — tuvo la desgracia de que su obra quedara, como buen escéptico, dispersa. Porque al revés de lo que sucede en los días de estío con aquellas torres humanas conocidas por los « Xiquets de Valls », mi padre, digo, era de los que hacen posible que las torres puedan levantarse. Y mientras la multitud aplaude al niño que saluda desde arriba, olvida, porque cosa humana es, los potentes músculos de los que soportan a la torre y al niño.

Las cosas se produjeron así, y así han quedado para los humanos. Y sin embargo, su obra, dispersa, sí, pero no menos importante, es hoy materia de consulta. Junto a los panegiristas que le han salido a Picasso, figura su nombre en el primer puesto de tan especial escalafón. Como gracias a él, y no a otros (porque fue él quien a ruegos del entonces alcalde de Barcelona, don Fernando Alvarez de la Campa, tuvo la feliz « idea »), se hizo posible esa maravilla que después, andando el tiempo, había de ser el « Pueblo Español » de Montjuich, ayudado por los arquitectos Ramón Raventós y Francisco Folguera, así como aquel excepcional dibujante que fue Xavier Nogués.

Asistir al primer centenario del nacimiento de un hombre que además de mi progenitor fue en todo momento mi mejor amigo, es cosa gratisima. No creo que sea falta grave esparcir a los vientos las virtudes de sus obras. Estos días, precisamente, y de cara a su biografía, que estoy preparando, encuentro, a través de cientos de recortes de prensa y de cartas, y vuelvo a revivir, por lo tanto, de aquel hombre delgado y siempre jovial, su manera de ser. Cierro los ojos y lo veo, por el paseo del Mar, de Sitges, charlando con C. H. Chesterton, o H. G. Wells, a quienes trajo al pueblo. Camino de la Cueva de San Vicente, previa charla en « El Estallá » con Alfredo Sisquella, en donde descubrió una muy importante estación prehistórica, lo que demuestra que durante el paleolítico otros sitgesanos existieron. También me parece aún hoy estar viviéndolo, sentado en la terraza del Hotel Colón de la plaza de Cataluña, formando parte de la peña de artistas que presidía aquel catalán de pro que se llamó don Luis Plandiura. O discutir de arte, en el taller parisino de Sert — 2, Villa Segur — durante horas y más horas. O bien en Vich, vigilando la colocación de las pinturas de Sert.

Todo un mundo de recuerdos, gratos unos, tristes otros, estos días, me salen al encuentro. Parece imposible, pero aquel andar nervioso, y su manera de poner, por ejemplo, los dedos de las manos en la mesa, aún hoy los veo. Y sin embargo, se cumplen ahora cien años ya de que viera la luz primera. Uno, encontrándose justamente « nell mezzo del camin di nostra vita », ha tratado de recordar, de un hombre de excepción, su paso terreno, mientras con el pie en el estribo — porque éste parece que sea mi sino — me dispongo a ir a depositar unas flores sobre la tumba de quien fue mi buen padre y mi más íntimo amigo.

MIGUEL UTRILLO

Han
Ryner

De mi individualismo

¿ Soy individualista ?

Sí, soy individualista.

¿ Y qué es lo que yo entiendo por individualismo ?

Por individualismo entiendo la doctrina moral que, sin apoyarse en ningún dogma, en ninguna tradición, en ninguna voluntad exterior, está de común acuerdo con la conciencia individual.

¿ Es que la palabra individualismo no ha designado siempre dicha doctrina ?

A menudo se ha dado el nombre de individualismo a apariencias de doctrinas destinadas a cubrir con una máscara filosófica, el egoísmo cobarde o el egoísmo conquistador y agresivo.

Cita un egoísta cobarde que a veces se califica de individualista.

Montaigne.

¿ Conoces a egoístas conquistadores y agresivos que se proclaman individualistas ?

Todos los que extienden entre las mutuas relaciones de los hombres la ley brutal del combate por la vida.

Cita algunos nombres :

Stendhal, Nietzsche.

Nombra a algunos verdaderos individualistas : Sócrates, Epicuro, Jesús, Epicteto

¿ Por qué amas a Sócrates ?

Porque no enseñaba una verdad exterior a quienes le escuchaban, sino cómo encontrar la verdad en ellos mismos.

¿ Cómo murió Sócrates ?

Murió condenado por las leyes y por los jueces, asesinado por la Ciudad, mártir del individualismo.

¿ De qué se le acusaba ?

De no comulgar con los dioses que la Ciudad honraba y de corromper a la juventud.

¿ Qué significaba esto último ?

Significaba que Sócrates profesaba opiniones desagradables al poder.

¿ Por qué amas a Epicuro ?

Porque bajo su elegancia descuidada, fue un héroe.

Cita aquella ingeniosa palabra de Séneca sobre Epicuro :

Séneca llama a Epicuro « un héroe disfrazado de mujer ».

¿ Qué bien hizo Epicuro ?

Liberó a sus discípulos del temor de los dioses o de Dios, que es el comienzo de la locura.

¿Cuál fue la gran virtud de Epicuro ?

La temperancia. Supo hacer una distinción entre las necesidades naturales y las necesidades imaginarias. Enseñó que es preciso bien poca cosa para satisfacer el hambre y la sed, para defenderse contra el calor y el frío. Y se liberó de todas otras necesidades, es decir, de casi todos los

El sindicalismo reformista de ahora, es cosa artificial, desigual. Contiene sus jefes y sus seguidores, sus aprovechadores y sus engañados. Comprendo muy bien al individualista que de él se separa tapándose las narices, como se aleja de las iglesias. Aquí como allí, la política todo lo invade; allí como aquí, se explotan los sentimientos fraternales. Y encuentro poco interesante que el explotador se llame cura, secretario, pastor religioso o delegado sindical.

deseos y de casi todos los temores que esclavizan a los hombres.

¿ Cómo murió Epicuro ?

Falleció a causa de una prolongada y dolorosa enfermedad, enorgulleciéndose por su perfecta felicidad.

¿ Es que generalmente se conoce al verdadero Epicuro ?

No. Los vicios de discípulos infieles han cubierto su doctrina, como se esconde una úlcera bajo un manto robado.

¿ Es culpable Epicuro por lo que de él dicen los falsos discípulos ?

Nunca se es culpable por la tontería y por la perfidia del prójimo.

¿ La deformación de la doctrina de Epicuro representa un fenómeno excepcional ?

Si es escuchada por muchos hombres, toda palabra de verdad es transformada en mentira por los superficiales, por los hábiles y por los charlatanes.

¿ Por qué amas a Jesús ?

Porque vivió libre y errante, ajeno a toda cadena social. Fue el enemigo de los sacerdotes, de los cultos exteriores y, en general, de todas las agrupaciones doministas.

¿ Cómo murió ?

Perseguido por los sacerdotes, abandonado por la autoridad judicial, murió crucificado por la soldadesca. Es, junto a Sócrates, la más célebre víctima de la Religión, el más ilustre mártir del individualismo.

¿ Se conoce generalmente al verdadero Jesús ?

No. Los sacerdotes han crucificado su doctrina como su cuerpo. Han transformado en veneno la bebida vivificante. Y falseando las palabras del enemigo de las organizaciones doministas y de los cultos exteriores, han fundado la más organizada y la más pomposamente vacía de las religiones.

¿ Tiene la culpa Jesús por lo que han hecho de su doctrina los discípulos y los sacerdotes ?

Ya he dicho antes que uno no es culpable por la tontería y por la perfidia del prójimo.

¿ Por qué amas a Epicteto ?

El estoico Epicteto soportó valerosamente la pobreza y la esclavitud. Fue perfectamente feliz en situaciones que de por sí son muy penosas para los hombres ordinarios.

¿ Cómo conocemos la doctrina de Epicteto ?

Su discípulo Arriano recogió algunas de sus palabras en un librito titulado « Manual de Epicteto ».

¿ Qué opinas del « Manual de Epicteto »?

Su nobleza precisa y sin desfallecimiento, su simplicidad exenta de todo charlatanismo, hacen que para mí sea más precioso que los Evangelios. El « Manual de Epicteto » es el más hermoso y el más liberador de todos los libros.

¿ Ha habido en la historia otros individualistas célebres ?

Los ha habido. Pero los que he nombrado son los más puros y los más fáciles de comprender.

¿ Por qué no has nombrado a los cínicos Antístenes y Diógenes ?

Porque la doctrina cinica es un bosquejo de la doctrina estoica.

¿ Por qué no has nombrado a Zenón de Citio, el fundador del estoicismo ?

Su vida fue admirable y, según testimonios de la antigüedad, no se diferenció en nada de su filosofía. Pero es hoy menos conocido que los ya nombrados.

¿ Por qué no nombras al estoico Marco Aurelio ?

Porque fue emperador.

¿ Por qué no nombras a Descartes ?

Descartes fue un individualista intelectual. No fue bastante netamente individualista moral. Su verdadera moral parece haber sido estoica. Pero no se atrevió a hacerla pública. Hizo conocer solamente una « moral provisoria » en la cual se recomienda obedecer a las leyes y costumbres de su país, lo que es contrario al individualismo. Parece además haber carecido de valor filosófico en otras circunstancias.

¿ Por qué no nombras a Spinoza ?

La vida de Spinoza fue admirable. Vivía sobriamente, con algunos granos de trigo mondado y con un poco de sopa de leche. Rechazando las cátedras que le ofrecieron, ganó siempre su comida por medio de un trabajo manual. Su doctrina moral es un misticismo estoico. Pero, demasiado exclusivamente intelectual, profesa una extraña política absolutista y no reserva contra el poder más que la libertad de pensar. Su nombre, además, hace pensar más en una gran potencia metafísica que en una gran belleza moral.

COMUNISMO LIBERTARIO E INDIVIDUALISMO FRATERNAL

Se me pregunta si el individualismo puede conciliarse con el comunismo. ¿ Por qué no me preguntan también, si la respiración puede conciliarse con la circulación de la sangre, el pensamiento con el sentimiento y la actividad con el reposo ?

En su expresión abstracto, algunas de nuestras necesidades aparecen contradictorias; las palabras y las definiciones cavan, si así se puede comparar, fantasmas de fosas; pero bajo el pie valiente el terreno sigue siendo sólido y firme.

En lo concreto, en la salud, nuestras necesidades se armonizan por sí mismas, a pesar de los nombres batalladores. En la enfermedad, o las armonizamos o morimos. El espacio y el tiempo son más ricos que la lógica, esa derrochadora ciega. Sus movimientos, de fricciones a veces un poco rudas, traen, cual sol y estrellas, hermosas luces simultáneas o que alternan.

Si comunismo e individualismo no hicieran en el hombre una unión verdadera, ¿ cómo podría el hombre subsistir ? Bien es verdad que hasta ahora tal unión no es muy buena, pero felizmente, el hombre persiste en ella. El enojo teórico importa poco; el enfado práctico es la cruel enfermedad de la humanidad. Su acuerdo, siendo de más en más sonriente, he ahí la gran esperanza y la riñete claridad del horizonte. Tierra prometida, ¿ es nuestro desierto un camino hacia ti ?

El espíritu es rebelde. Que lo sea un poco más y nos salvaremos. Sé, espíritu mío, lo bastante rebelde para negarte a ser conquistado, para negarte a toda conquista. Sólo una claridad interna puede renunciar a toda provocación. Se me parecen los demás, si así se puede decir, por esa necesidad de diferir, por esa independencia, por ese sentimiento de que su evolución es belleza y felicidad si su ritmo sigue siendo libre. Que mi verdad no se ofrezca, pues, nunca como un dogma. Como yo no conozco directamente a los otros, yo ignoro si en cierta medida mi verdad es una verdad humana. Aunque yo le suponga un carácter universal, no podrá florecer más que en las conciencias que se iluminarán a sí mismas; no es el cielo quien ilumina las estrellas; es la múltiple claridad de las estrellas la que hace del cielo una luz rutilante.

De modo que el individualismo es la gran verdad de mi espíritu.

Pero cierto comunismo es la verdad de mi corazón; cierto comunismo, es la verdad de mis manos. El beso no debe costar ningún sacrificio ni a mi pensamiento ni al pensamiento que vela detrás de la fuente de mi amiga. Aunque sólo fuera por una hora, nuestra aproximación puede producir al niño que, él, será común para siempre y hacia el que se inclinarán dos corazones igualmente maternales, igualmente paternales.

Mis manos, rebeldes como mi espíritu, cuando, siervas de mi espíritu artista, inscriben encima de la materia un poco de mi libre arabesco interior, son en otros momentos fraternales y están solícitas por encontrar otras manos que, para las elementales necesidades, quieren producir mucha vida. Que este acuerdo sea libre; en seguida el ritmo común se vuelve alegre y hermoso como una danza.

El comunismo será liberación y duradera conquista de todos cuando conscientemente se apoye en el individualismo. El individualismo no

podrá florecer en todo su esplendor hasta el advenimiento de una sociedad libremente comunista.

EL UNICO ESFUERZO UTIL

Si, en el presente, individualismo fraternal y comunismo libre parecen ser adversarios, es tal cosa una de las innumerables condenas del presente. Individualismo y comunismo son los dos polos de la verdad humana, nuestras dos necesidades más profundas. Mientras no podamos apaciguarlas, conciliarlas, unir las, hacer de esos dos enemigos aparentes dos colaboradores felices, el hombre seguirá siendo cosa incompleta, malhumorada e impotente.

Individualismo : verdad esencial de mi espíritu.
 Comunismo : verdad esencial de mi corazón y de mis manos. Yo sólo puedo pensar por mí mismo. Mi corazón busca el calor de otros corazones. Celosas y solitarias en la obra de arte, mis manos, desde que se trata de tareas para la vida material, están deseosas por ayudar y por recibir ayuda.

Y no he dicho más que un solo aspecto. El equilibrio está aún más mezclado y mejor anudado.

En la misma vida intelectual, el individualismo se completa con el comunismo. Tal pensamiento que yo protejo contra las infiltraciones y las banalizaciones, le deseo hacer carne y verbo, hacerlo sensible e inteligible, darlo como el árbol da su fruto.

Todo comunismo razonable se equilibra con individualismo. Si no se devuelve algún amor por mi amor, huyo. Si de los productos del trabajo común, no se me da mi legítima parte, protesto mediante reclamaciones, por la rebeldía, o por un sistema desdeñoso o por la abstención, o por el cájculo o por la pereza.

Existen asociaciones que son inevitables; hay otras que son deseables. El individualista no las rechaza sin examen. A todas, les pide que sean naturales, iguales y abiertas. Y quiere que sirvan a todos sus miembros en vez de servir solamente a algunos de ellos. Y no quiere que, útiles por dentro, sean saqueadoras y paralizaciones por afuera.

El sindicalismo reformista de ahora, es cosa artificial, desigual. Contiene sus jefes y sus seguidores, sus aprovechadores y sus engañados. Comprendo muy bien al individualista que de él se separa tapándose las narices, como se aleja de las iglesias. Aquí como allí, la política todo lo invade; allí como aquí, se explotan los sentimientos fraternales. Y encuentro poco interesante que el explotador se llame cura, secretario, pastor religioso o delegado sindical.

También comprendo al individualista que en el sindicato ama con inquietud y esperanza un germen y una promesa. Envenenado hoy por el ambiente, tal vez tenga la robustez de rechazar las toxinas y luego cooperar al saneamiento del medio. Tal vez sea el rudimento y el compás de espera de la organización que permitirá vivir al otro día de la Revolución.

Lo importante es que, en el sindicato o fuera

del sindicato, yo sea yo mismo. Lo importante es no olvidar que una organización es natural si los delegados obedecen a una voluntad general aparente. Lo importante, es saber que una sociedad natural no es posible más que entre individuos, entre únicos, entre hombres lo bastante subjetivistas para que ninguno se sacrifique, lo bastante poco subjetivistas para que ninguno quiera el sacrificio de los demás.

En el sindicato o fuera del sindicato, lo importante es el no dejar adormecer al individuo que hay en mí y, cuando la ocasión se presenta, despertar a otros individuos en mí alrededor. Vendrá la salvación cuando las conciencias sean numerosas, armonizando razón y corazón. Equilibrio que no permitirá ser engañado ni dejarse engañar.

Esta labor lenta es la sola que dará, en su tiempo, resultados duraderos. Lo demás no es más que apariencia y engaño.

EL CREPUSCULO DE BIAS

Aunque muy debilitado ya por su vejez, Bias, el más sabio de los Siete Sabios, había querido, ante el tribunal de Priena, defender a un amigo acusado. Y había logrado su libertad. Agotado por ese esfuerzo tan grande, se había desmayado al pronunciarse la sentencia. Pero su síncope fue algo así como un deslumbramiento y se le oyó decir, alegre, cayendo en los brazos de su vecino :

— ¡Un bien más que me llevaré conmigo!

Lo llevaron a su casa y lo acostaron en la cama. Todos se dieron cuenta de que iba a morir y él mismo, saliendo de su desmayo, comprendió que se moría.

Sus labios dibujaron una dulce sonrisa como, al pie del monte Micalo sonríe el último recodo y el último murmullo del río Meandro. Y pronunció otra vez la frase que repetía con amor :

— ¡Todos mis bienes me los llevo conmigo!

Pero su hijo Teutamos preguntó, tratando de contener sus sollozos :

— ¿ A qué llamas tú bienes, padre amado y venurado.

— A lo que sólo puedo llevarme.

— ¡Oh, el más sabio entre los sabios! Otros sabios han dicho que ningún bien se lleva cuando se muere.

— Hijo mío, alguna apariencia te ha engañado. No puede ser sabio quien no da un nombre glorioso y fiel al bien que siempre va con uno mismo a todas partes.

— Padre, ¿ qué es lo que tú te llevas ? Dime, ¿ cuáles son esos bienes que nunca se pierden ?

— Son muy hermosos para que tengan un nombre. ¿ O crees tú que existen nombres capaces de expresar la belleza de las cosas verdaderas ?... Me llevo lo que sé... lo que conozco más allá de las palabras... los bienes que no pueden ni perderse ni darse... que cada uno debe lograr por sí mismo... que se han encarnado en mí mismo... que no se pueden dejar ni recibir en herencia... que florecen, más allá de las palabras, en el espíritu

emocionado y en el corazón encantado..., que no se distinguen de mi corazón encantado y de mi espíritu emocionado... Me llevo conmigo lo que la vida me ha enseñado.

— ¿ Y qué es lo que la vida te han enseñado ?

— A vivir.

— ¿ Y nos enseña algo la muerte ? ¿ O es que la muerte no es la desaparición de todo ?...

— Hijo mío, no acabes la mentira que ibas a decir. La muerte enriquece como la vida. Todo acontecimiento fluye hacia el recipiente que yo soy. Y el sabio es un recipiente que no deja perder nada.

— ¿ Qué me enseñará la muerte ? Si la vida me enseña a vivir, la muerte sólo me puede enseñar a morir.

La sonrisa de Bias, en este momento, hizo pensar en una llama ascendiente.

— No sé, dijo el sabio, lo que la muerte podrá enseñar a Teutamós. En cuanto a mí, la muerte me enseña a vivir.

— ¿ Qué dices ?

— Entre otras cosas, la vida me ha hecho conocer que vivir es morir. La muerte me enseña, entre otras cosas, que morir es vivir.

— Hablas incomprensiblemente, padre.

— ¿ Crees que yo me enriquecía solamente cuando estaba sentado, o cuando estaba de pie, o cuando estaba acostado ? ¿ No me fueron la enfermedad y la salud enseñanzas iguales ? ¿ Es que no veía nada cuando a las cosas miraba o cuando a mí me miraba ? ¿ Es acaso una hoja un espectáculo menos inagotable que un bosque y hay menos materia de meditación si miras uno de tus dedos o si viajas a través de países lejanos ? Todo es vivir y todo enseña a vivir. Estar vivo o estar muerto, todo es vida y, si eres capaz de aprender, es la vida una continua enseñanza. Quien niega el nombre de vida a una sola forma, a un solo aspecto, a una sola actitud, a un solo paisaje, se proclama incapaz de escuchar la lección diversa

y fiel de la vida. ¿ No lo podrán comparar al démente que siempre optaría por quedarse de pie o acostado, y nunca comería o caminaría ?... Me llevo hacia la muerte todo mi bien aprendido en la vida.

Bias calló, sus ojos se cerraron. Pero su sonrisa hacía pensar en bellezas calmas y vastas, y en no se sabe qué rica paz de luz. Y luego de un largo silencio, el sabio dijo de nuevo :

— Cuanto más te sonrió, ¡oh, muerte!, más me sonríes. Proyectado hacia tu beso enriquecedor, te llevo el dote del poco bien que he podido recoger en la vida.

El silencio, esta vez, dejó abierta la boca. Los ojos, que antes se cerraron por cansancio o por voluntad, volvieron a abrirse. ¿ Qué espectáculo contemplaban que los vivos no podían mirar ?

Teutamós besó aquel cuerpo. Y balbuceó, ensayando de contener su dolor :

— Si tú no has perdido nada, padre mío, ¿ no lo he perdido yo todo ?

Luego, su dolor triunfó. Teutamós, llorando, se dejó caer en un asiento y, con la cabeza en las manos, lamentó :

— Vida a Muerte, ¿ podrán enseñarme otra cosa que no sea llorar ?

FIN

NOTAS. — Los siete sabios griegos eran : Tales de Mileto, Pitácoras, Bias, Cleóbulo, Misón, Chilon y Solón.

Yo he llegado a la meditación de que la Vida es lo siguiente : « La vida es la transformación lenta o brusca, más incesante, de toda la materia cósmica y de la fuerza que la anima ». La Muerte pues, no existe más que de nombre. Dicho de otro modo : « Morir es renacer a la Vida Universal ». — V. M.

Política de ayer y de hoy

«De donde resulta que los que son adversarios por tales innovaciones lo son por haberse aprovechado de las antiguas leyes, y hallan ocasión de rebelarse contra aquellas innovaciones por espíritu de partido, mientras que los otros sólo las defienden con timidez cautelosa, lo que pone en peligro al príncipe. Y es que cuando quiere uno discurrir adecuadamente sobre ese asunto, se ve forzado examinar si los tibios tienen suficiente consistencia por sí mismos, o si dependen de los otros; es decir, si, para dirigir su operación, necesitan rogar o si pueden obligar. En el primer caso no aciertan nunca,

ni conducen cosa alguna a buen fin, al paso que, si pueden obligar, rara vez dejan de conseguir su objeto. Por eso, todos los profetas armados han sido vencedores y los desarmados abatidos.

Conviene notar, otro sí, que el natural de los pueblos es variable. Fácil es hacerles creer una cosa, pero difícil hacerles persistir en su creencia. Por cuyo motivo es menester componerse de modo que, cuando hayan cesado de creer, sea posible constreñirles a creer todavía.»

MAQUIAVELO

RIQUEZAS HUMANAS

CUANDO contemplamos los portentosos avances de la ciencia especializada : posibilidades de viajes interplanetarios, transmisión a distancia de la visión y de la palabra, análisis del mundo ultramicroscópico, drogas mágicas antibióticas, intervenciones quirúrgicas en que se opera a corazón abierto, teniendo en la mano el órgano más importante de nuestra anatomía cuanto tiempo es preciso, triunfos de especialización que bordean la sorpresa de lo milagroso, aun admirándolos, no dejamos de pensar que este triunfo, la división en parcelas del conocer universal, ha sido posible y fructífera gracias a los enciclopedistas decimonónicos que prepararon el camino y actuaron como esforzados precursores. Aquella frase de Latamendi : « Del médico que no sabe más que Medicina, podéis decir que ni Medicina sabe », se extendió implícitamente al maestro que sólo sabía el texto que explicaba o el arte que ejerciese, malogrando su obra al perder la conexión de la unidad y universalidad.

El último en España de aquellos grandes enciclopedistas fue don Eduardo Saavedra, cuatro veces académico y cerebro tan polifacético, que salta con magnífica agilidad mental de la Filología a las Matemáticas; de la Literatura a la Geofísica; de la Historia de la Química a la Arqueología y al más allá de la Física, o sea, la Metafísica. Su gran acierto consistió en dar la clave de lo que debió ser el verdadero enciclopedismo, el soñado por Diderot y d'Alembert, o nuestro padre Feijóo, ajeno a incursiones políticas y sólo inspirado en la comunidad de los movimientos intelectuales; en saciarse con una entrega absoluta de la vida al estudio y a la investigación.

Asistimos cuando éramos jóvenes al entierro de don Eduardo Saavedra en la sacramental de San Justo el 13 de marzo de 1912; todo cuanto en Madrid tenía una significación social fue tras su carroza mortuoria. Los periódicos compararon su obra con las de Codera y Menéndez Pelayo; grandes la una y la otra, pero ninguna de las dos resiste competición victoriosa, ni confrontación concienzuda con la de Saavedra, el polígrafo más excepcionalmente culto de la España finisecular y novecentista.

Había nacido en Tarragona el 28 de febrero de 1829, y trasladado a la corte muy niño, ingresó con el número uno, a la edad de catorce años, en la Escuela de Ingenieros, simultaneando sus estudios de alta Matemática con los de Filosofía y Letras, obteniendo cuando tenía dieciocho, en 1847, el título de Regente de Lengua Árábica, análogo al actual de licenciado para poder ser catedrático de Instituto. Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos en 1851, hace después la carrera de arquitecto para finalizarla en 1855. Al mismo tiempo, y en los

años subsiguientes, cursa otras disciplinas universitarias no por adquirir nuevos títulos académicos, sino por ampliar el círculo de sus trabajos científicos y literarios mediante la base indispensable de concienzudo historiador, geógrafo, arqueólogo, etc. En la historia de la Universidad española no se conoce un caso como éste de pluralidad de cultura. Excepción hecha de la Facultad de Medicina, se sentó en los bancos de todas las cátedras, y en todas ellas alcanzó grados docentes de alta puntuación. Lo sorprendente es que compartió dichos estudios con las funciones de importantes cargos oficiales : ingeniero de la provincia de Soria, director de los Ferrocarriles del Noroeste, profesor de Mecánica Aplicada en la Escuela de Arquitectura y de Proyectos en la de Caminos.

Siendo casi un adolescente, recién hecho ingeniero, logra determinar con maravillosa exactitud el emplazamiento de la heroica Numancia, lo que le vale el sillón de los inmortales en la Academia de la Historia. Escribe por entonces su obra magnífica : « La Vía Romana de Uxama a Augustobriga », en la que sabe unir lo técnico de la ingeniería con la erudición arqueológica. Al mismo tiempo que salen de la imprenta sus « Lecciones sobre resistencia de materiales », lo hace otra obra prodigio de erudición y belleza expositiva : « Escritos de los musulmanes sometidos al dominio cristiano ». También son de tipo literario los titulados : « La mujer leonesa », « La invasión de los árabes en España », « Idea de los antiguos sobre la tierra atlántica ». En todos ellos se demuestra su dominio de la Retórica como escritor castizo que conoce como pocos el idioma castellano.

Una de las últimas veces que acompañé a mi maestro Cajal en el clásico Café del Prado, allá por el año 1920, le encontré leyendo el discurso necrológico de don Eduardo Saavedra pronunciado por Gómez Ocaña en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Al sentarme a su lado cogió con la mano el ejemplar del grueso folleto y dando con él unos golpecitos sobre la mesa, me dijo : « Esto es lo mejor que ha hecho don José, se lo voy a dejar para que conozca una de las vidas más gloriosas y rigurosamente científicas que han brillado en nuestra patria; cerebro polifacético, cuatro veces académico; pero académico por derecho propio que cultivó todas las ramas del saber ». Jamás le había oído yo expresarse con semejante entusiasmo respecto a nada y a nadie; nuestro gran Premio Nobel era habitualmente parco en palabras y elogios, había llegado a la serena situación psicológica de poder mirar las cosas y las personas por encima del bien y del mal.

No fue don Eduardo Saavedra el único polígrafo de su tiempo, pero superó a todos por la amplitud de sus conocimientos : de las Ciencias a las Letras; de la improvisación periodística al libro saturado

Noviazgo entre Dios y la Anarquía

EN nombre de la tolerancia, ya llega a predicarse eso. Y, curiosos por conocer el resultado de esta extraña propaganda, ahí se nos tiene aguardando a que salga el primer anarquista vestido de cura, o viceversa.

Indudablemente, si hay algún chiflado que se le ocurra proclamarse anarquista con inclinaciones prostermativas, no seremos nosotros quienes se lo vayamos a impedir. Cada loco



con su tema y cada rascador con su eczema. Pero me figuro el asombro de algún secretario de la FAI... italiana, pongamos por caso, puesto en la obligación moral o celestial de tenerle que librar carnet al compañero sacristán del templo de la esquina.

Hasta aquí el misticismo anarquista llegaba a comprenderse. Lo que resultará de difícil comprensión, es que la mística libertaria tenga que des-

de doctrina. Se ve que su cerebro poseía condiciones especiales para poder asomarse a cuantos ventanales pudiesen satisfacer su curiosidad y afán de saber. Ahora que tan de moda se han puesto los artículos y conferencias de vulgarización científica, bueno será recordar que nuestro primer gran divulgador de los adelantos del siglo XIX, fue él, que en las colecciones de la « Ilustrada Española » y en los « Lunes » de « El Imparcial » prodigaba su firma. Y todo ello en un léxico rico, frases de gran propiedad, exposición metódica y precisa en que las ideas se ordenan y suceden encabezadas por cláusulas pequeñas según corresponde a un pensador reflexivo y de bien razonado discurrir.

DR. J. ALVAREZ SIERRA

cender, poquito a poco, hasta el bajo fondo clerical. ¿Que en religión existen esencias inextingibles? ¿Qué Cristo fue un anarquista inmejorable? ¿Que el clásico «Ni Dios ni Amo» puede trocarse por gaje de modernidad, en «Con Dios y sin Amo» Papparuchas, niebla, nada. Hace dos mil años que los abogados de la esclavitud convienen en aquello y los carneros les salen estupendos. Aún hoy, la pretendida vigencia del Evangelio les es tan necesaria a déspotas y esquiladores de pueblos como a Franco la pervivencia del régimen staliniano.

Misticismo es voluntad extremada, arrobamiento por una idea. Si bien ocurre que el místico del Porvenir sigue el camino del horizonte, en tanto el creyente en dioses naricea el suelo husmeando su propia tumba, creyendo que en esta su gusanera habrá paraje para el cielo que los pillos le hurtaron en la tierra.

¿Morir para gozar? ¿Sufrir para admirar? A ver, compañero sindicalista, añade eso detrás de lo que reza: «La unión hace la fuerza», a ver si pega, o si los consocios nos pegan, o si los compañeros obispos nos la pegan.

Si una entidad está completamente libre del prejuicio deísta, esa es la nuestra. Pero ahora la sacrosanta tolerancia de alguien sugiere la libertad de cultos en nuestros medios. Si



la ocurrencia obtuviera predicamento, el anarquista ateo confraternizaría con el fanático religioso con tal de que éste se proclamara también anarquista. Puntos de contacto, claro que los habría, mayormente entre manos y mejillas, entre zapatos y posaderas. Porque aún no se ha aclarado lo de si Dios es Cristo, o si Dios se sienta en la mesa de los ricos, o si Dios es hijo de padres desconocidos (lo cual se asemeja a un agrio insulto) o si Dios es un supremo hacedor de milagros, entre ellos el de eternizar la existencia del capitalismo para fastidiar a los sufridos. Sin Pan y para acreditar el «siempre habrá pobres y ricos», que dijera el sermoneo de la montaña.

Abramos la puerta de nuestra casa a la beatería, al frailismo y al cardenalismo «anarquistas», y habrá que pensar en la restructuración de nuestros sindicatos y de nuestros grupos y en fundir «Las doce pruebas de la inexistencia de Dios» de fray (¡digo!) del compañero Sebastián Faure, con el «Dios inmutable» del compañero (¡redigo!) del padre Claret.

Por Alá, por Buda y por el Dios de Cafrería (cuyo nombre de momento desconocemos) que la idea de clericalizar nuestros medios no prospere. Que no tengamos que apostolar a Kropotkin, ni canonizar a Anselmo Lorenzo, ni rezar por el alma de Mateo Morral. Que no se nos ocurra confundir «La conquista del pan» con el «Kempis», ni la «Historia de la Anarquía», de Max Nettlau, con «El martirio de los santos». Que los hados nos preserven de acudir a las reuniones a toque de campana y de confundir la luz del sol con el débil y oscilante flameo del cirio.

Y que el deseo de parecer originales se aleje de nosotros para siempre jamás, amén.

J. FERRER



EN NUESTRA TIERRA DE UTOPIA

DESPUES DE COMPRENDERLO

«Juventud, divino tesoro», ha dicho el príncipe de los poetas del nuevo mundo. De ella poco podemos agregar los hombres que nacimos con el siglo, preocupados por una asombrosa experiencia. Los años juveniles absorbieron nuestras ilusiones por la realización de ideales que nutrieron las raíces de la esperanza. El progreso se presentó a nosotros como una carrera sin altibajos de lógica.

El movimiento político conmovió las sociedades que, por artificio del ideal, era posible transformar al conjuro de la imaginación. El glorioso y asombroso siglo XX, que nos empujaba hacia adelante, siempre adelante, nos arrullaba en brazos de la buena voluntad, en aquella edad en que no hay dificultades. Y a lomos de sus prodigiosas iniciativas crecimos con las corrientes de su pensamiento pletórico amasadas en el portento de cuantos descubrimientos se fueron sucediendo en la ciencia, la técnica, la economía, el arte, la filosofía en medio de las cuales se formó nuestra cultura.

Atravesamos las etapas del nacionalismo, el fascismo, el comunismo y llegamos a 1962 montados en las ruinas de dos guerras ruinosas, los milagros de la radio, la televisión, la industria de los plásticos tributaria de las múltiples aplicaciones de los hidrocarburos, la fuerza atómica, los vuelos espaciales y el contacto de la mano del hombre con los satélites de nuestro globo.

Venimos de la antigüedad clásica atesorando los conocimientos de las culturas egea, cretense, micénica, ateniense. El alba de Roma, las civilizaciones aborígenes de egipcios, sirios, aztecas, mayas e incas nos siguieron de tan cerca en un trotar de cinco mil años y devorando sentimientos religiosos que no podíamos desconocer, formaron nuestra personalidad y abrieron el horizonte de la tierra para las más inaccesibles acepciones. La física de Newton, la biología de Lamarck, la teoría de la evolución de Darwin en aquel principio de la incertidumbre entre las palabras de dios y del hombre, nos enfrentó seguidamente con Galileo, Espinoza, Copérnico, Descartes y Pascal, que sirvieron de alimento en busca de lo inhallable.

Absortos ante tales prodigios, luego de asimilar cuanto Grecia nos ha regalado en bondad y armonía, estuvimos a punto de encontrar la verdad en la ilustración de los hombres del Renacimiento que nos plantaron frente a principios y consecuencias definidas trescientos años después en el gran acontecimiento de la revolución francesa, el avance de la maquinaria industrial, la telegrafía sin hilos, el teléfono y sus hermanos imaginativos como la luz eléctrica, la máquina de vapor. La técnica moderna nos identificó con la genética, la cibernética, el automatismo. Y hoy, a través de las ondas sono-

ras y de las hormonas, nos habla ya de la ereditaria como una posibilidad de evolución mental hacia la creación de un animal superior obtenido de laboratorio por hibridación química que podría distinguirse como robotcántropo.

Negando primero —y aceptando por comprobación científica después—, comprendimos las transformaciones de las sociedades, la formación y derrumbe de los imperios, las luchas de los pueblos para encontrar una estabilidad a sus afanes. Asistimos al descubrimiento de la Tierra con sus climas dispares y remotos, la erección de ciudades y desaparición de otras, la revolución en el sistema de transportes terrestres y aéreos, movimos por fuerza hidráulica, energía eléctrica, el motor a explosión y comprendimos la gran importancia de los subproductos del carbón y del petróleo que hacen rodar la imaginación a través de las tierras, mares y cielos sin los cuales quedaría a oscuras nuestra civilización creadora.

La biología nos identificó con el mundo de lo infinitamente pequeño hacia la formación del universo. La física nos descubrió a nosotros mismos, en esta caparazón que presentamos, haciéndonos comprender por qué circulamos rectos y cómo, mucho antes de la simple nebulosa, ya la vida era un noble concepto, más antigua que la existencia animal propiamente dicha y nosotros un minúsculo producto carente de significación en el concierto universal.

Todo eso y más aprendimos en lo que va del siglo —y que nos valoriza por haber digerido esos conocimientos—, remolcándonos a una creación de sueños que deja muy atrás las concepciones poéticas de Bión, Hesíodo, Homero y el entendimiento de Pitágoras y Euclides y la genealogía descendiente del pensamiento griego que nos atrapó en sus redes a lo largo de la historia, considerándonos como imperceptibles infusorios ante lo mucho que nos queda por aprender en un deambular entre selvas, desiertos y ciudades para entender noumenos y especulaciones de la filosofía contemporánea, que se enfrentan a nosotros, riéndose de nuestra pobreza mental, pese a lo creado, a ese patrimonio que tenemos por tesoro de la cultura. Qué podremos ser, cómo concebir la civilización del año 2.000, que ya nos abre sus puertas, tal el dilema de la Esfinge que no alcanzamos a descifrar.

SEGUIMOS ERRANDO EL CAMINO.

Hasta aquí, el mundo ha colaborado con nosotros. Y hora será entonces que le devolvamos algo de lo que tan prodigamente recibimos. Por lo pronto, los materiales de que disponemos, la ciencia, las artes, las necesidades que vamos creando a diario por virtud de un mayor contenido de satisfacciones;

la industria de los plásticos que nos encandila, los antisépticos y antibióticos —producto de ese trabajo silencioso de laboratorio donde millones de personas actúan pacientemente en un mundo desconocido— toda esa labor conduce a alargarnos la vida. Y nos permite dar un pasito más adelante, superando apremios económicos, ambicionando otras inquietudes propias de la vida moderna.

Pero proseguimos alimentándonos de carnes, cereales y vegetales, en cantidades tan voluminosas y tan pobres para nutrir nuestro organismo que ignoramos si son los más adecuados. Por la abundancia y encontrarse al alcance de la mano, nos servimos de ellos en despiadado derroche y en algunos casos hasta los dilapidamos, olvidándonos cuánto cuesta un trozo de pan y de carne puestos en nuestra mesa. Porque la mesa de un artesano consciente, de un letrado o de un capitán de industria en nuestros días simboliza el grado de democracia, de libertad y de civilización por las que nuestros abuelos lucharon. Y ese disfrute, cuando excede los límites satisfactorios, tiene que ruborizarnos al pensar que en otros pueblos y naciones, donde el hambre milenaria hace estragos inmisericordes, carecen de los más elemental para subsistir.

Tal como llevamos encaminada la trayectoria social, política y económica —con qué quebrantos, disputas y tragedias que fácilmente pueden desencadenar en otras guerras, haciéndonos avanzar o retroceder varios siglos—, nos obliga a la reflexión acerca de cuál podrá ser el nuevo orden de la vida futura en este juego de pasiones y necesidades que ante nosotros pone el destino.

Actualmente el mundo entero cuenta con 3.000 millones de habitantes, una cuarta parte de los cuales goza del privilegio de una defensa llevadera. En el año 2000 seremos 7.500.000.000 personas que aspiramos al disfrute de tales comodidades. Actualmente producimos apenas para mantener un nivel standard en algunas comunidades y nos desenvolvemos en una economía de guerra almacenando alimentos, retaceándonoslos a otras porque no disponen de medios para pagárnoslos a los precios que nos permitan, a europeos y americanos, esos pequeños lujos que nos estamos dando merced a un trabajo llevadero en el marco de la civilización, divertirnos y dormir sin mayores preocupaciones. Pero en otros extremos de la tierra hay seres que pelean y se despedazan para conseguir el acceso a los depósitos y almacenes que nosotros les tenemos cerrados. Y procedemos de ese modo para disfrutar de los prodigios de vestir, pensar, asearnos, pintar nuestra casa y dentro de ella, amparar nuestra familia, tomar contacto con el mundo exterior a través de la radio y la televisión y observar cómo el hombre se va desplazando de su medio moral, de su centro de gravedad como representante de la creación y se entretiene en el aventurado ejercicio de ser lanzado al espacio, dar vueltas a la tierra y regresar para la satisfacción de traernos el mensaje de lo desconocido en ese gemebunda y silente oscuridad inmediata al traspaso de la capa atmosférica.

Entre tanto, o sea, en los próximos 14.000 días el mundo experimentará un aumento del 150 por

100 de la población. Cada hora que trascorra somos 5.000 personas más que están pidiendo tomar parte en el banquete de la vida. El continente asiático integrado por la raza amarilla que hoy está constituido por 1.500.000.000 de almas, el año 2000 contará con 3.900.000.000; es decir, que superará en 1.000.000.000 la población actual del mundo desde la prehistoria hasta nuestros días.

TENDREMOS QUE RECOMENZAR

Con nuestra lentitud de movimientos, el pasado encadenamiento de la riqueza, prejuicios y principios que retrasan el acelerado progreso que aquellas entidades nos reclaman y aun asistidos por la técnica, hoy mismo tenemos graves complicaciones para entendernos los 3.000.000.000 de personas que actuamos en este concierto. Bien estará que reflexionemos respecto del mañana cuando seamos 7.500.000.000 para comprendernos mejor. Sin embargo, a este paso todo indica que los problemas pueden complicarse más todavía a no ser que el milagro del uso de la razón, el buen sentido común y el ingenio científico vengan rápidamente en nuestro apoyo.

Cierto que con nuestro pobre cerebro traemos el mundo al revés. Con tan corto antecedente histórico durante el cual aprendimos tan poco, tal vez podamos atribuirlo a esa deficiencia la circunstancia de no haber puesto orden en las cosas de la tierra. Mas, a tenor del crecimiento de población y sólo para mantener el mismo índice actual de bienes de uso y abuso, tendremos que desarrollar un esfuerzo equivalente al mismo 150 por 100 de capacidad imaginativa, científica, estudiosa y productora indispensables para cubrir el déficit inmediato. Pero la velocidad del tiempo es pasmosa y ya está agujerándonos. La ciencia, la cultura, el entendimiento no evolucionan tan rápidamente. La humanidad actual ha necesitado 6.000 años de trabajos forzados para elaborar nuestra mentalidad y vemos que no está preparada para impulsarla a golpe tendido de caballo árabe en los próximos 500 meses.

Lo que tenemos es obra de músculos y pulmones, de inventiva muchas veces artificial y sin lógica. La producción de alimentos extraídos del suelo ya no alcanza para una dieta seminormal si la distribuimos entre la población del globo. Las tierras actualmente en cultivo intenso, con la técnica y medios de labor que poseemos, ofrece pequeñas perspectivas de solucionar el problema, si la revolución mecánica no atruena nuestros campos, valles, y hasta desiertos, con sus ruidos motores. Las fuentes de recursos minerales con fines de industria se realizan con métodos clásicos, muy anticuados. Sólo las explotaciones petrolíferas van en aumento incesante para mantener en movimiento la fuerza energética, perforando la corteza terrestre de suelos y mares. De lo contrario, si no descubriéramos sucedáneos rempazantes para permitir el movimiento impulsor de nuestra vida material e industrial, no será improbable que tuviéramos que volver al carro de ruedas y al trineo.

En tanto nosotros descansamos, cientos de millones de personas se desgañitan por encontrar un lugar al sol. Y escuchamos el lamento monocorde del huir de ese submundo dentro de cuyas fronteras geográficas no procuramos un lupar para ellas, olvidados de nuestra bondad y generosidad espirituales. Es verdad que, aun con todos los errores, vivimos un silencioso período revolucionario sin sangre por la carrera veloz que impulsamos a nuestro saber y energías. No menos cierto es que disponemos de bombas atómicas y otros medios defensivos para enfrentar al que se atreva a arrebatarnos este pobre pedazo de pan y las mínimas comodidades de la democracia. Sin embargo, el crecimiento inusitado de la naturaleza nadie podrá detenerlo. Y el continente asiático —hoy enjaulado en sus fronteras empobrecidas— se desborda para alcanzar suelos ricos, tierras profundas para cultivos de donde extraer alimentos y satisfacer la primera condición animal de una superpoblación de 2.400.000.000 de habitantes que tendrá el año 2000.

COMO ENCONTRAR SOLUCION.

Europa, ya harto saturada, apenas si podrá alimentar a sus 592.000.000 de personas realizando un gran esfuerzo de ingenio, pues contará entonces con 150.000.000 de población superior a la actual. El Africa, en tan corto período —y a fuerza de apremios acelerados, industrializándose velozmente—, tal vez logre alimentar el índice de 270.000.000 más de habitantes que tendrá entonces. Solamente América, que hoy cuenta con 373.000.000 de personas y al año 2000 tendrá 904.000.000, no encontrará dificultades para alimentar 530.000.000 más de población, sino que al propio tiempo, a lo largo de su perímetro geográfico, podrá dar asiento a un contingente muchísimo mayor del alud emigratorio que no permitirá absorber la capacidad de Oceanía.

Cada día que pasa, trabaja en ese sentido. Y nos acerca al desenlace fatal en que va desembocando el movimiento de rotación y traslación del universo humano, tangible y exacto como una ecuación matemática. Esa es la incógnita que asalta al poeta y al profeta con afán de mitigar los efectos de ese inframundo que se mueve bajo nuestros pies, si atendemos el lenguaje inequívoco de la estadística.

Por lo pronto, mantener en nuestros días el equilibrio de fuerzas defensivas entre ambos mundos políticos, exige un esfuerzo anual que sobrepasa los 180.000.000.000 de dólares. Supuesto que ese gasto se mantenga inalterable en el curso de los inmediatos 38 años de paz, el gasto por ese concepto ascenderá a la astronómica cifra de 6.840.000.000.000 de la misma moneda, si bien todo indica que será superada en mucho a medida que la técnica vaya exigiendo remoción del material defensivo, por otro más moderno, complicado y costoso.

LO QUE NUESTROS MAESTROS OLVIDARON

Mucho tendremos que imaginar cómo nos despertará el año 2000, supuesto que alguno de los hijos del siglo podamos asistir a ese advenimiento. El buen Lucrecio y el abuelo Tomás Moro, así comp

los ungidos celestiales Savonarola y Campanella y los insignes Juan Grave, William Morris, Bellamy y Esteban Cabet nos enternecieron con odas y relatos tan próximos a nuestra realidad interpretativa que aún estamos escuchando, enseñándonos el camino menos pedregoso hacia este refugio del alma humana. Algunos han confiado en la ciencia empírica y otros agitaron nuestros sentimientos dormidos y emociones que hoy acaparan principios tradicionales, costumbres y necesidades orgánicas apremiantes que minimizan al hombre expresado en minúsculo engranaje de nuestra civilización. Pero una verdad indiscutible es que pretendieron un mundo sencillo, sin complicaciones, movido por la fuerza de la buena voluntad. Pero nos dejaron a mitad del camino, abandonados a nuestra suerte, considerándonos mayores de edad como para defendernos y abrir las puertas del horizonte al ideal.

Es bien probable que el año 2000 agregue notas distintas al pentagrama musical. Lo que hoy negamos a ojos cerrados, vaya perfilándose en nuestra inteligencia como algo admisible y aceptable en el marco de la realidad. El pensamiento se ha quedado detenido, en compás de espera, en tanto se deshace el hechizo para poder responder al porvenir. Pero ya estamos aprendiendo un lenguaje nuevo, una forma de expresión y construcción idiomática que obliga al individuo a cultivarse, a lavarse con los aceites del futuro y sumergirse en el océano de la fantasía para desentrañar el misterio de la poesía que ya se anuncia en jerarquías fecundadas de signos atlánticos y profesiones ebrias con sus calderas de trópico jalonadas de música. Nos habla en 1962 de la flora numérica, del abuelo vencedor de tormentas, conocedor de las catástrofes, cazador de las cavernas, amigo del venablo y de la flora, creador de vasijas, vestido con la angustia de apellidos propietarios enterrados entre los dolores que nos crucifican. Y nos presentan el viento gladiador aboliendo pelucas de generaciones guadañadas entre instrumentos de polvo y hemorragias tuteando luciérnagas como romances de monopolio bancario, y del niño capitán de cereales, nieto de finanzas y átomos protegidos por la ventura eléctrica del cobrador de contribuciones.

Esta ya es una realidad como un rezo o como un beso, en la que no toma parte la ciencia comprometida, confiada como está en que para entonces ya se habrá explorado los fondos oceánicos y descubiertos los tesoros naturales allí depositados —a los que hasta hoy no hemos podido tener acceso— a partir del enfriamiento del globo. Y espera que tanto los productos como los minerales que podrán extraerse de ese mundo subterráneo, podrá hacernos felices a todos aun durante muchas generaciones, si asociada a iniciativa sometemos a cultivo intenso los páramos y cordilleras para la producción de cereales y tejidos animales que sólo crecen a superficie.

Se trata de evitar con ello que nuestro sistema digestivo se achique sobremedida, alimentándolo solamente con vitaminas en grajeas, pues contando entonces con medios atómicos de traslación de un extremo a otro, las extremidades pueden entume-

ERASE un abogadillo provinciano al que entró, tarde, y como contagiado de enfermedad general, la comezón política. La abogacía era ya profesión de escaso provecho y de muy poco lucimiento. Aunque las gentes seguían disputando por los mismos intereses — él no los llamaba mezquinos — y mántandose empujadas por las mismas pasiones, era difícil sobresalir en su ejercicio: ni en allegar riquezas, ni en conquistar fama.

Fue a la política en busca de aquello que la abogacía le negaba. Por su gusto — no en vano tenía sus letras — se habría alistado en uno de los partidos gubernamentales. Pero habría vegetado en él, en los últimos rangos. Los primeros estaban ocupados, y otros hombres, llegados antes que él, esperaban sustituir, cuando desaparecieran, a aquéllos que los ocupaban. Ingresó, no había remedio, en un partido de oposición.

No sin repugnancia. Sabía que le esperaba en él: roce y trato con personas ineducadas, cuando no groseras: obreros, en su mayor parte, mal vestidos, a los que tendría que sonreír, a los que tendría que dirigirse como a sus iguales. Sacrificio inaudito, si no tenía recompensa.

Pronto descubrió que la recompensa no vendría fácilmente. También allí los primeros rangos estaban ocupados. Podía, desde luego, desbancarse a algunos de sus ocupantes. Era cuestión de competir con ellos en demagogia. Tarea, aunque hacedera para un abogado — se lo confesó —, a la que tendría que acostumbrarse.

Se acostumbró en pocos meses. Y en el primer gran mitin en que tomó parte, logró ya distin-

cerse y será necesario enriquecer el organismo con células para que la transformación se opere lentamente. La rutina diaria será bien distinta a la presente, ya que el automatismo dejará al individuo en disponibilidad para consagrarse a otros fines de bienestar común. Por vía del estudio intensivo y de los ejercicios físicos a que será sometido el organismo humano, el cerebro se irá desarrollando proporcionalmente. Y habremos desterrado, por tales medios, las penurias del infortunio humano.

La función de la burocracia administrativa será transferida a las máquinas electrónicas y el esfuerzo muscular ha de ser reemplazado por la técnica mecánica hasta en sus mínimos detalles. Los ejércitos podrán ser desmantelados y sus cuerpos técnicos se dedicarán a la construcción de ciudades, vías de tráfico y de tránsito. No existirán abogados porque no tendrán pleitos en qué litigar. Se habrá alcanzado constituir la República mundial, sin función política de sector ni partido, al punto que el mismo cargo de presidente será cubierto por licitación periodística y mediante presentación de limpo curriculum vitae de sus aspirantes...

A todo esto y mucho más podrá conducirnos los tiempos futuros, cuyo ideal arrobó en preocupaciones los tiernos sueños de nuestra edad formativa y que a partir de ahora entre en la etapa de la segunda juventud.

CAMPIO CARPIO

VERSIONES

EL

guirse. Faltaba el trabajo porque los gobernantes, a los que no quería calificar, de nada se preocupaban, y menos que de nada, de las necesidades del pueblo. Allí estaba el país esperando ser cruzado por caminos y canales, y por ferrocarriles. Allí estaban los montes incultos esperando ser poblados de bosques. Allí estaban los ríos, a lo largo de kilómetros y kilómetros no unidas sus orillas por ningún puente. Trabajo, más que sobrado, para todos. Trabajo, que quiere decir bienestar, riqueza. Podíamos vivir en un país próspero. Vivimos en un país miserable. El día que las riendas del poder caigan en nuestras manos, que son las manos del pueblo, y en las únicas que deben estar, nuestro país tomará la senda del progreso, que ahora no sigue, que ahora diríase huya de ella.

Nadie dudó, terminado el mitin, de que en cuanto hubiera elecciones el abogado obtendría número crecido de votos: se le había aplaudido más que a ninguno de los otros oradores. Por su parte, rebosaba de satisfacción y se veía ya diputado. No había equivocado el camino, no. Le esperaba, si no tan pronto como había pensado, muy pronto, fama y honores. Y provecho, no había que decirlo. De eso no se habla.

Fue elegido en las primeras elecciones, como nadie dudó, y como él esperaba, diputado. Otros mitines, a los que tal vez no habría sido invitado por los oradores, pero en los que los oyentes era seguro habrían reclamado su presencia, acrecentaron su prestigio. Pocas veces orador alguno había interpretado tan bien las necesidades del pueblo. Ni había encontrado, para ellas, tan fácil remedio. Era cierto cuanto decía. No había más que ponerse a trabajar para que hubiera trabajo. Con unos pocos hombres como él, apenas quedaría problema no resuelto. De todos, de todos tenía idea clara, y para todos tenía solución. No se solucionaban, era evidente, como él afirmaba, porque los gobernantes no querían. Ocupados en quién sabe qué.

Su entrada en las Cortes causó al abogado espanto. Se hablaba allí de mil cosas de las cuales no tenía noción alguna. Los ministros, a los que

ALTA POLI

«La razón y la experiencia nos enseñan que el hombre que se halla armado no obedece con gusto al que está desarmado, y que el amo desarmado no se encuentra seguro entre sirvientes armados.»

por DENIS

DIPUTADO

tanto había censurado, le parecieron hombres superiores. Contestaban con desenvoltura a todos los diputados, y sobre todas las cuestiones. Como si las conocieran todas, como si las hubieran estudiado a fondo, todas. A veces, algún diputado intentaba insinuar que el ministro hablaba por hablar. Un alud de protestas caía sobre él y le confundía. Nadie sabía nada allí, salvo los ministros. Cualquiera que fuese la cosa que se discutiera, salían de la disputa airosos. Y sus adversarios, confusos. Insistían éstos, al día siguiente, en sus puntos de vista, con argumentos que parecían nuevos, pero que eran los mismos: solamente apoyados por citas, en multitud, allegadas en las pocas horas transcurridas vaya usted a saber dónde. Los ministros no dejaban de sonreír ante aquel aluvión de datos, o de números, o de estadísticas, como desde una altura inaccesible. Parecían saberse de memoria cuanto oían, y no atribuirle la menor importancia.

«Haré aquí un mal papel — se confesó, no sin vergüenza —. El camino que juzgué se me abría se cierra. ¿Qué voy a decir yo de instrucción pública, por ejemplo, cosa de que nunca creí tener que ocuparme? Decir que se construyan escuelas no es bastante. Eso estaría bien en un mitin. Aquí, sería ridículo. ¿Dónde están los maestros para las escuelas que se construyan? Un maestro no se improvisa. Se pueden improvisar, sí, los títulos de maestro: no los maestros. Tendríamos escuelas para nada. ¿Qué voy a decir, si rehuyo la instrucción pública, de política internacional? Nada, nada puedo decir. Ni de hacienda, ni de industria, ni de comercio. Acaso, un poco, de justicia, por el oficio. Tendré que ponerme a estudiar, yo que creí haber dejado para siempre los libros en reposo, yo que creí no tener necesidad de ellos ya.»

Poco a poco el espanto del abogado fue pasando. Atento, atento por su temor de tener que abandonar el camino emprendido, en el que tan espléndida cosecha esperaba, fue descubriendo que eran raros los diputados que no se hallaban en su caso; y los ministros. Todos, diputados y ministros, tenían vagas, muy vagas ideas de aquello de que se ocupaban. Salían del paso, unos y otros,

como podían. Todo era en ellos, más que conocimiento, palabras. El que hablaba mejor, cualquiera que fuera su conocimiento, parecía tener razón, aunque no la tuviera. Los ministros eran ministros porque hablaban bien, únicamente porque hablaban bien, únicamente porque hablaban bien. Y la práctica, el tener que hablar diariamente, les había adiestrado en la tarea de hablar: hasta un punto realmente asombroso.

Pero aquí el abogado estaba en su terreno. También él hablaba muy bien. Se lo dijo a sí mismo, contento, contento.

Había transcurrido ya un mes desde su entrada en las Cortes, y ni una palabra había pronunciado: observaba, observaba, con los ojos muy abiertos. No le era necesario observar más. Sabía ya a qué atenerse. Y justamente el día en que, convencido de saber ya a qué atenerse, llegó a las Cortes sonriente, sonriente, desechado todo temor, se encontró con que se discutía el problema agrario, grave, grave. En toda la superficie del país los campesinos arrastraban vida angustiada. Pidió la palabra, un poco tembloroso. No seguro aún de tener que hablar aquel día, no sospechando que se había de discutir cosa en que su intervención la juzgaba fácil, ningún apunte tenía ante sí. Titubeó, unos momentos, cuando le llegó el turno y se puso en pie. Unos momentos, solamente. Pronto cogió las bridas a su oratoria, torrencial. Más de una hora duró su discurso. Interrumpido, no pocas veces, por los miembros de la mayoría. Ni les miraba, entregado por entero a sus palabras, que surgían unas tras otras, bien encadenadas. Poco importaba, lo sabía, el fondo. Lo importante era la forma. Y no admitía, en este particular, lecciones de nadie.

Arrastrado por su elocuencia, y recordando cómo había obtenido el acta, proclamó: «El problema agrario es, de todos los problemas, el más fácil de resolver. Basta repartir las tierras de los latifundios a los campesinos — afortunadamente él no era propietario sino de una finca de pocas hectáreas —. Todo lo demás es perder el tiempo.»

Tuvo, la solución por él propuesta para resolver el problema agrario, mucho eco en el país. Y de ella hizo, después, tema de su nueva campaña electoral. Pero el país estaba ya, por el descontento, cuando la nueva campaña, revuelto, revuelto.

Acabó por generalizarse la revuelta. En no pocos lugares los campesinos, hambrientos — no faltaba quien consideraba eso una disculpa —, habían comenzado a repartirse las tierras de los latifundios, como si fueran suyas, como si no tuvieran propietario y como si no hubiera quien defendiera los derechos de los propietarios. Se extendió la noticia de ese hecho, como una epidemia, de un rincón a otro del país. Y aquí y allí se procedía, sin titubear, a hacer lo propio. Era el caos. Así lo juzgó el diputado, y se apresuró a huir al extranjero, temeroso, temeroso.

Y a un amigo, que volvía del extranjero y se encontró con él en la frontera, explicó:

— ¡Es el acabóse, es el acabóse! ¡Quiéren llevar a cabo misión que era nuestra!

TICA BAJA

«Por ende, es necesario que un príncipe que desee mantenerse en su reino, aprenda a no ser bueno en ciertos casos, y a servirse o no servirse de su bondad, según las circunstancias lo exijan.»

MAQUIAVELO

En defensa de la alegría

PRESIENTO la acusación de insistencia reiterativa en los mismos temas que, seguramente, caerá sobre mis espaldas por llevar una vez más a la prensa la figura del gran poeta Joan Salvat-Papasseit. Yo apuntaría, en mi descargo, que hay en la vida y en la obra de los personajes «que dejan huella» (siempre habida cuenta, claro es, de que su magisterio resulte positivo por razones de tiempo y de lugar) un fecundo cúmulo de sugerencias e incitaciones, para toda conciencia vigilante, que no debemos desaprovechar de ningún modo.

Quisiera, de entrada, señalar la encomiable labor de Ediciones Ariel, empresa que asume el honor y el riesgo de dar a la estampa, reunida en un volumen, la obra poética completa de Salvat, cuya próxima aparición, de ello tenemos ya pruebas evidentes, representará, pese a la muerte de su autor en 1924, muy luminosos horizontes para las más jóvenes y prometedoras avanzadas de nuestra cultura. Sólo un pequeño reparo, no precisamente por lo hecho, sino por lo que ha omitido, opondremos al meritorio esfuerzo de la referida editorial: no haber pensado en la conveniencia de llevar a más amplios sectores del pueblo la voz compañera y elocuente de Joan Salvat-Papasseit, a través de una edición «al alcance de todas las fortunas». Porque uno cree firmemente en el posible éxito popular de los poemas de Salvat, que, hombre nacido del pueblo, del pueblo recogió un acento vital y alegrísimo que, según justicia, al pueblo ha de volver. Por cierto que, a propósito de la invencible alegría que arrastra la voz de nuestro poeta hacia la rotunda bendición de todas las cosas, expone Joan Fuster, junto con un profundo conocimiento de las corrientes artísticas y literarias de nuestro siglo y otros muy ciertos puntos de vista, una opinión que pudiera ser discutida, o, al menos, matizada en amistoso diálogo, para evitar una interpretación al pie de la letra que no creo aportase muchos beneficios a las jóvenes promociones. Joan Fuster viene a decir que, siendo el autor de «La rosa als llavis» más propicio, por temperamento, a captar la belleza del mundo que su fealdad y sus taras sociales, su obra, a fin de cuentas, se halla inspirada por un tono conformista. Estamos de acuerdo en los peligros que comporta el escamoteo y falsificación de la realidad, cobardemente maquillada en un clisé rosáceo y dulzón de «flors i violes i romani», pero, a nuestro entender, no se da tal fenómeno en el poeta que nos ocupa.

No se puede afirmar, desde luego, que Salvat dijera todas las palabras que nuestro tiempo necesita; se lo impidió, por un lado, su temprana muerte, y, por otro, la época que le tocó vivir, en verdad

interesante y agitada, pero un tanto confusa desde el punto de vista ideológico. Pero, tengamos este fenómeno muy en cuenta, para su tiempo resultó atrevido hasta el punto de constituir piedra de escándalo; cuando la circunstancia se da en un escritor, parece erróneo considerarle conformista. Aunque no escapase al desorden mental, abigarrado y anarquista, padecido por tantos rebeldes ibéricos (de semejante *dolencia* no se libró por entero ni la ilustre generación del 98), bueno es recordar la furia jacobina de su libro en castellano «Humo de fábrica», fruto balbuciente de una juvenil protesta; el carácter combativo de las hojas volanderas que, con los títulos «Un enemic del poble» («Fulla de subversió espiritual»), se publicaron bajo su dirección; la vocación de poeta tribuno de la plebe que alienta en su «Manifest Futurista»; su canto, tan dentro de la línea que hoy sigue la mejor y más auténtica poesía social, a los trabajos y los días del pueblo, en ocasiones con el acento orgulloso (así en «Nocturn per a acordió») de quien procede de sus filas; su ya en sí verdaderamente revolucionaria hazaña poética, tal vez con parangón posible sólo en la obra de Walt Whitman (recuérdese «La rosa als llavis»), al descubierto, con rotundo acierto de hermosura, la noble castidad que alienta en el misterio del sexo. En lo que respecta a la fundamentalmente jubilosa inspiración de sus poesías, me atrevo a opinar que tal vez sea ésta precisamente su mejor enseñanza para los jóvenes escritores de nuestro país.

Para quien crea que la aventura del hombre es, en su conjunto, algo más que una funesta equivocación, no está nunca fuera de lugar el canto de alegría, siempre que, repito, no sirva el referido canto de cortina de humo frente al dolor y los entuertos que padecen los hombres, pecado en que no incurriría Salvat, en su doble condición de gran artista y guardián de madera en los muelles proletarios. La mejor, la sagrada rebeldía de los pueblos, la que lleva en sí la certidumbre de la victoria venidera, comporta siempre, pese al inevitable dolor del alumbramiento, el gozo de abrir un camino más en la historia. No, no caigamos en el grave error de confundir el noble inconformismo con la hipocondría y el resentimiento del pequeño burgués; ello podría llevarnos a un pesimismo y una desconfianza que, siniestro canto a la impotencia, a la larga prolongarían más de la cuenta nuestros males. Sin afirmar que sean de todo punto inútiles, hoy sobran plañideras en nuestro país. Como dijo, en lengua castellana, otro gran escritor español.

«Triste guerras
si no es amor la empresa.
Tristes, tristes».

Amigos, si, con palabras de Antonio Machado, «el mundo se esfuerza en ir para joven», no será congruente insistir mucho en el llanto estéril. Si el pesimismo llega al extremo de suponer dañadas las mismas raíces de la vida, ¿para qué, nos diremos, intentar mejorarla, si todo esfuerzo será vano? ¿No habrán abusado nuestros artistas y hombres de letras del hipócrita sermón farisaico, alegato del sombrío predicador del absurdo y la fealdad de todo, que sólo para él reserva el pedestal de la virtud? ¿No habrá, en determinadas manifestaciones de la cultura contemporánea, más que rebelión contra la injusticia, odio puro y simple a la imagen del hombre, arrojada por Samuel Beckett en «Fin de partida» al cubo de la basura y encarnizadamente perseguida, hasta la total eliminación en sus obras, por el arte abstracto?

Con los poemas de Salvat vuelve, sin duda, la imagen siempre antigua y siempre nueva del hombre, con su cortejo de amor, de cólera, de trabajo y de esperanza. Tanto es así, que José Guinovart, pintor que últimamente se inclinaba, al parecer, hacia el «no figurativismo», encargado de ilustrar esta nueva edición, en obediencia a la probidad artística que le imponía, en tal circunstancia, la fidelidad interpretativa respecto al mundo del poeta, ha vuelto a pintar hombres y mujeres, con alegre color, con trazo popular y expresionista que recuerda su época de pintor del campo, la fábrica y el suburbio (época, por cierto, que, asunto fuera de mi competencia, ignoro si fue mejor o peor que la actual; sólo sé decir que colmaba con generosidad mis exigencias de contemplador ingenuo y algo carcomido por la literatura). Bien, me doy cuenta de que, hablando de poesía, nos hemos ido a las artes plásticas. Ello, sin embargo, no nos aparta del meollo de la cuestión, que, al fin y al cabo, según ya dijimos, es el mismo que señalaba el viejo legislador catalán en el Código de Tortosa: «Puesto que ninguna cosa hay en el mundo tan digna como el hombre y que deba estar delante de todo, conviene empezar hablando del hombre.» Por otra parte, ante una posible renovación humanista de nuestra cultura, las artes plásticas revisten espe-

cial importancia si, como sospechamos, es cierta la más o menos tópica afirmación de que, para el catalán, predomina la plástica sobre las restantes corrientes estéticas.

En 1961 se saludó con gran alborozo, dedicándose todo un libro a este fin (1), la audacia del pintor Todó, el cual, sin que apareciese todavía la figura humana en sus obras, entraba ya en el mundo de la representación concreta, prohibido por la ortodoxia del «arte informal», pintando altos hornos, bicicletas y útiles de peón caminero. En 1962, bajo la bandera jovial de Joan Salvat-Papasseit, se advina el retorno completo del hombre a la plena luz del arte, con paso decidido y cabeza alta. Quiero dar testimonio en estas páginas de dos artistas que han realizado ya tal «proeza», sin renunciar un ápice a cuanto pudo haber de fecundo en la aventura estética de nuestro tiempo: Agustín Rio, pintor, con fuerza bondadosa y profundo conocimiento, de la misma vida sencilla que cantó Salvat, y el escultor Marcelino Giné, fabuloso mensajero de la más noble y desafiante belleza campesina. En esta tierra, cuyo idioma, según se ha dicho, es «pastoso como arcilla», vivido como paleta de pintor, receptivo como las quietas aguas de su mar, no es utópico se cumpla hoy mismo en el arte (¿qué menos se puede pedir!) la premonición de León Felipe, por vía más espectacular ya realizada por otros países en el mundo de la ciencia y la técnica:

**«Les oirá la Luna
(zancos de mástiles
serán nuestros coturnos aquel día),
que correrá despavorida,
más pálida que nunca,
a despertar a las estrellas gritando:
El Hombre,
el Hombre,
ya viene el Hombre.»**

ANGEL CARMONA

(1) «Tres ensayos polémicos sobre la pintura de Todó», por O. Bohigas, J. M. Castellet y C. Rodríguez Aguilera. Editor, J. Horta.



Galería de hombres ilustres

Eliseo y Elías Reclus

IN MEMORIAM

RECUERDO que cuando las fuerzas del fascismo español habían ya tomado Girona, siendo yo un niño casi, llegaba a la frontera de Francia por las proximidades de Port-Bou. Atravesé la frontera por la montaña. Cerca del límite fronterizo había esparcidos por el suelo los objetos más variados, abandonados allí por los que huían hacia Francia y, casi extenuados, no podían soportar más su carga. Con los pies llagados, hambriento y desfallecido, sentí gran lástima por no poder llevarme conmigo los voluminosos ejemplares de «El Hombre y la Tierra» (Ed. de la Escuela Moderna, versión española de A. Lorenzo, bajo la revisión del profesor Odón de Buen, Barcelona, calle de Bailén 56. Publicación de 1906 en seis tomos de gran formato), la obra magna de Eliseo Reclus, que algún lector reclusiano había abandonado allí probablemente. Luego pude leerlos en su idioma original, en Francia, en un pueblecito cerca de Reims, cuya biblioteca popular los poseía. Más tarde en América logré introducir la misma edición de la Escuela Moderna en mi pequeña biblioteca, comprada a un librero de libros usados a un precio desde luego un poco elevado para mis modestas posibilidades económicas. En buen estado, a los cincuenta y seis años de haberse publicado en España. De los otros libros de Reclus que pude procurarme cabe destacar los perdurables tomos titulados «Lo Montaña» y «El Arroyo» (en ediciones americanas), como así «Evolución y revolución» (edición de lujo de Sempere, Valencia, sin fecha, pero probablemente a principios de siglo) y «Mis exploraciones por América» (editado por Estudios, de Valencia, sin fecha).

Hay personas que poseen tesoros materiales y de ello se sienten halagadas. Yo poseo también en buen estado los dos tomos que escribió el doctor Max Nettlau sobre Eliseo Reclus editados por la Revista Blanca de España, la magnífica publicación de la familia Urales. Mi última adquisición a base de intercambio de libros, ha sido la obra «Elisée and Elie Reclus: in memoriam», publicada el año 1927 en Estados Unidos y, a mi juicio, uno de los libros más valiosos de toda la literatura libertaria.

Su compilador, el artista libertario Joseph Ishill, ha sido biografiado en las «Memorias» de Rudolf Rocker (tres tomos de Americalee, Buenos Aires), en páginas que fueron transcriptas por mí en la revista CENIT de Francia. El humanitarista Eugen Relgis, rumano de origen como Ishill, le ha dedicado también algunos sueltos. Ambos conocieron en el lejano país balcánico a Panait Istrati Musciou, la figura libertaria de más relieve en aquel país, a menudo citado por Max Nettlau en sus estudios históricos (véase al efecto también

«Los libertarios en Rumania» del citado Relgis, ensayo ampliamente difundido tanto en América como en Europa).

Ishill nació en el campo allá en Rumania. Amanente de la cosa impresa, siendo niño, al bajar un día a la ciudad, quedó maravillado ante la visión de una vieja imprenta en acción. Emigró a principios de siglo a Estados Unidos, donde ya anciano, sigue residiendo. Adquirió una vieja máquina de imprimir y de ella han salido (siguen aún saliendo) maravillas impresas en cuanto al arte de Guttenberg y en cuanto a su contenido. Una de ellas es este libro de tributos a los dos hermanos mayores de la familia Reclus, uno de ellos de tan amplia estima en los medios libertarios del mundo entero.

El libro va precedido por una introducción valiosa, rotulada «Reflexiones de un proletario» del propio Ishill, en la que éste cuenta cómo lo hizo. De oficio tipógrafo, trabajaba durante el día en Nueva York para ganarse el sustento. De vuelta del trabajo, luego de cenar, se acostaba para levantarse a medianoche y empezar a trabajar tranquilamente en él, hasta el canto del gallo y hasta que el traqueteo del primer tren de la madrugada que pasaba por un ferrocarril cercano, le indicaba que debía prepararse a tomar el desayuno y apresurarse hacia la estación para tomar su tren que lo conduciría al trabajo de la gran ciudad. Y así durante dos años hasta que lo terminó, en una edición limitada a doscientos noventa ejemplares. Cuarenta de ellos — entre los que se cuenta el mío — están impresos en papel Alexandra Japón, de calidad tan buena que puede durar siglos en circunstancias favorables.

Vienen luego los ensayos, tributos y apreciaciones de las siguientes personas: Paul Reclus, Elie Faure, prof. Albert Heim, E. Armand (verso), Jean Grave, Anne Cobden-Sanderson, Havelock Ellis, Pedro Kropotkin, Ch. Appunh, Henry S. Salt, Luigi Galleani, Dr. Pierrot, Bernard Lazare, François Dumartheray, Jacques Gross, A. Pratelle, Amy Putnam, Richard Heath, L. Zibelin-Wilmerding, Gustave Brocher, Nadar, L. Guérineau, Henri Sensise, Pierre Ramus, William C. Owen, B. P. Vandervooy, Edward Rothen, Prof. Patrick Geddes, Zamfir C. Arbore-Ralli, Dr. N. Roubakine, Luigi Fabbri, Jacques mesnil, Dr. Max Nettlau, profesor Paul Ghio, Therese Dejongh, Eliseo Reclus (sobre su hermano Elías) y Johann Mos.

Vemos ahora las no menos valiosas ilustraciones: Fotografías de Elías Reclus en Clarens (1880-90); de Zeline Reclus, la madre de los dos hermanos, tomada por A. Perlat; del pastor Jacques Reclus, padre de los dos hermanos, tomada por Bonnal; Elías Reclus antes de 1870, por Jamin; Eliseo Reclus antes de 1870, por J. H. Tourtin; Eliseo Reclus (1870-90) por Paul Reclus; el grupo familiar Reclus fotografiado en 1881, conteniendo treinta personas; Eliseo Reclus en Clarens, 1885, por Paul Reclus; Elías

Reclus y su esposa, por Paul Reclus; Eliseo Reclus, en fotografía autografiada para el profesor Paul Ghio (dice el autógrafo: «La lâcheté par excellence es le respect des lois», o sea, «la cobardía por excelencia es el respeto de las leyes», Elisée Reclus); Elías Reclus en Clarens (1880-90) por Paul Reclus; Eliseo Reclus en 1896, por Nadar; y una litografía del castillo de Vascoeuil en Normandía.

Dibujos de Eliseo Reclus (frontispicio) por Maurice Duvalet; Eliseo Reclus por William Pogrebsky; dibujo de una de las tapas de un folleto de Eliseo Reclus, por Steinlen (en realidad del libro «Evolución y Revolución», publicado en folletos por «Temps Nouveaux» (Tiempos Nuevos) de Jean Grave); Elías Reclus por Maurice Duvalet; Eliseo Reclus por Theo. van Rysselberge; Elías Reclus por William Pogrebsky; y otra vez éste último por Luce.

Xilografías encabezando y terminando cada capítulo por el gran xilógrafo Louis Moreau, no ha mucho desaparecido en Francia; como así otras dos maderas grabadas de éste último sobre cada uno de los hermanos Reclus.

Facsímiles de cartas: una de Eliseo Reclus a Alfred Gietzen; y otra de Miguel Bakunin a Eliseo Reclus. Un facsímil asimismo de un manuscrito inédito de Elías Reclus.

A guisa de epígrafe un facsímil de la primera edición inglesa de la «Utopía» de sir Thomas Moore, como «Un mensaje inglés del Pasado» enviado a Ishill por Anne Cobden-Sanderson, el cual traducimos: «Para decir llanamente lo que hay en mi corazón, debo expresarme libremente ante ustedes, que mientras exista la más mínima propiedad, y mientras el dinero sea la medida de todas las cosas, no puedo de modo alguno creer que una nación pueda ser gobernada con justicia o felicidad.»

La parte primera, la de los tributos, contiene los siguientes ensayos, enumerados por orden, siendo sus autores los detallados ordenadamente más arriba: Unos pocos recuerdos de los hermanos Elías y Eliseo Reclus; Elías Reclus; Recuerdos de Elías y Eliseo Reclus; Eliseo Reclus; idem; idem; Elías Reclus; un Recuerdo de Eliseo Reclus; Eliseo Reclus; una Escuela de Libertad; Eliseo Reclus; idem; Elías Reclus; Eliseo Reclus; idem; Elías Reclus; Recuerdos de Eliseo Reclus; Eliseo Reclus; en Memoria de Elías Reclus; el Optimismo de Eliseo Reclus; Eliseo Reclus, un Gran Geógrafo; Reminiscencias de Eliseo Reclus; Eliseo Reclus y los lectores rusos; la «Correspondencia» de Eliseo Reclus; Eliseo Reclus; Eliseo Reclus y Miguel Bakunin; en Memoria de Eliseo Reclus; los hermanos Reclus y la Universidad Nueva; Elías Reclus (1827-1904), tributo póstumo de su hermano Eliseo; y Eliseo Reclus (corto tributo en idioma alemán de Johann Most, con su correspondiente traducción inglesa, la cual vertemos a continuación: «Eliseo Reclus... El mundo ha perdido en él al más grande de los geógrafos. El Anarquismo a uno de sus paladines más importantes. La Revolución Social a un combatiente de rara devoción y consistencia, a un mártir de sus convicciones y de su amor por la humanidad.»)

La parte segunda contiene extractos de corres-

pondencia de Eliseo Reclus a diferentes personas. Como parte tercera los siguientes trabajos de: Eliseo Reclus (El Gran Parentesco, El Arte y el Pueblo, El Futuro de nuestros niños, y, Anarquía); Elías Reclus (La Justicia en Francia); y por último del filósofo chino clásico (El Fin de la Guerra), adversario de Confucio y legendario, de existencia problemática, Lao Tsé.

Digamos aún que cada tributo va terminado con extractos de los escritos de ambos hermanos, impresos con un tipo pequeño. El tipo del texto es en general grande, muy legible e impreso a conciencia. Los títulos van impresos con tinta azul. Hermosas y grandes letras iniciales en cada iniciación de escrito, con tinta azul y fondo artístico en negro-blanco.

Cronologías bio-bibliográficas sobre ambos hermanos terminan el libro.

He aquí, pues, realmente, una verdadera obra de arte. Nos hemos extendido en el detalle para los bibliófilos y, también para resaltar la importancia de esta obra, con el fin de ser tenida en cuenta para una futura y probable publicación.

Los tributos son todos muy valiosos, hermosos y amenos. Algunos son de corta extensión, otros extensos. Destaquemos al que el propio Eliseo escribió sobre su hermano Elías; el del hijo de éste último, Paul Reclus, sobre ambos hermanos; y el importantísimo escrito por el Dr. Nettlau sobre Eliseo Reclus y Bakunin. En el del Dr. Nettlau, puede leerse la carta que Bakunin escribió a Eliseo Reclus (Lugano, 15 de febrero de 1875), considerada por Nettlau como el testamento político de Bakunin». De haber tiempo y espacio, estos tres ensayos se irán publicando en las páginas de CENIT.

El testamento del propio Eliseo Reclus (Elías solamente dejó un trabajo importante, traducido a varias lenguas, entre ellas la cervantina, y titulado «Los primitivos») puede considerarse su libro «Evolución, Revolución y el Ideal Anarquista» (los primeros editores españoles le cortaron el complemento «y el ideal anarquista», habiéndose seguido siempre la publicación del libro con tal defecto). Eliseo no creía que una revolución violenta abriría el umbral de un nuevo mundo, pero sí creía que era necesaria para avanzar la evolución en tal sentido. No era un pacifista anarquista en el sentido del anarco cristiano León Tolstoi o del anarco-hele-nista Han Ryner, pues su participación en la Comuna de París lo prueba. Por esta última acción fue encarcelado en los buques cárceles que fueron habilitados como prisiones en el puerto bretón de Brest.

La revolución sería, pues, algo así como el estallido violento y propulsor de la incesante evolución. Ambos fenómenos humanos deberían estar, por supuesto, orientados por el «ideas anarquista», pues de no ser ello posible, serían accidentes sin norte y estáticos, en el sentido de que no existiría progreso posible. Eliseo entendía y definía a la Anarquía «como la más alta expresión del orden».

Eliseo Reclus será recordado, asimismo, por su amor por la naturaleza, en el sentido que Manuel Devaldes (libertario desaparecido, individualista ácrata, creador de la tendencia del libertarismo

llamada «pacifismo científico»), denominaba «biostética natural». La naturaleza sin el Arte no sería nada más que caos. Devaldes lo especifica bien en su folleto «La Guerra en la Naturaleza». Claro que Eliseo Reclus no ha sido el máximo exponente del naturalismo libertario, honor que recae en el anarco-naturalista Henry David Thoreau, autor casi desconocido en castellano y que hemos tratado de hacerlo conocer a través de las páginas de CENIT. Las obras naturalistas perdurables de Eliseo son esas dos historias, la de un arroyo y la de una montaña. Bellas descripciones de la orografía y la hidrografía fluvial, «La Montaña» y «El Arroyo», perdurarán siempre en los medios libres y naturalistas. Sus otros libritos naturalistas («El Océano», «Nieves, ríos y lagos», «La Atmósfera», etc.) han sido ya sobrepasados por la actual documentación científica y, sólo merecen ser leídos a título de curiosidad. «El Océano», por ejemplo, no puede compararse con la excelente obra tan popularizada de la oceanógrafa estadounidense Raquel Carson, titulada «El Mar que nos rodea» (existe edición castellana publicada en México, Editorial Atlante, 1952). No dudamos que el propio Eliseo se hubiera maravillado ante la obra de Raquel Carson. En tal sentido ha sido también superpasada la hermosa «Geografía Universal», que también se publicó traducida en seis tomos, creemos que en Valencia.

Como trabajo etnográfico inspirado por el ideal anarquista, «El Hombre y la Tierra», será una obra perdurable. Una nueva edición debería ser remozada en los detalles geográficos, en los pictóricos (láminas y dibujos) y en algunos históricos dilucidados ahora por la incesante investigación geográfico-histórica. No olvidemos que tan magna obra fue obra de su tiempo, del siglo decimonono y, a mitad del siglo vigésimo, la acumulación científica ha sido asombrosa.

Todos los escritos anarquistas de Eliseo son perdurables y deberían ser reunidos en sendos volúmenes. El anarquismo reclusiano (que tuvo su cultor en el ibérico Felipe Alaiz), es eminentemente humanista, respetuoso por el concepto ajeno, comprensible ante la diferenciación y la diversidad humanas. Podrá encontrarse en CENIT el trabajo de Armand sobre Eliseo, cuando ambos solían verse en Bruselas: Eliseo, consecuente vegetariano, tal vez más por respeto a la vida de nuestros hermanos los animales, que por creencia en la terapéutica o preferencia vegetales en la afirmación de la salud física; Armand, omnívoro, como lo somos la inmensa mayoría de los seres humanos. Pero am-

bos, amándose como hermanos por encima de las inclinaciones de cada cual. La amistad, decía Han Ryner, está por encima de las opiniones.

Entre las figuras precursoras del anarquismo, Eliseo Reclus siempre tendrá un merecido puesto de honor. Se destaca como uno de esos macizos del Himalaya o de los Andes, siempre puro e incontaminado. Por su posición científica, podría decirse que es el Darwin del anarquismo. Motivo de extrañeza ha sido para nosotros que en su país de origen, Francia, no hayan publicado los libre pensadores su biografía. Que la escrita por el Dr. Nettlau más arriba mencionada no haya sido traducida y publicada en la lengua de Molière. Eliseo es un pensador que debería ser conocido con amplitud en su lengua nativa y en su propio país. Las traducciones siempre son pálidos reflejos de los originales. Merece ser aprendido el francés con el fin solo de leer a Eliseo en el idioma de Molière.

En inglés tampoco Reclus es ampliamente conocido. Indudablemente, la obra bellísima del artista libertario Joseph Ishill, representa el más hermoso tributo dedicado a Eliseo, junto a su hermano Elías. Casi todas las traducciones fueron hechas por el Dr. Max Nettlau. Sin embargo, la biografía castellana de Nettlau tampoco existe en el idioma de Shakespeare. La obra de Ishill sobre los hermanos Reclus, si ello hubiera sido posible, se debería haber reeditado en numerosas ediciones de millares de ejemplares, por el bien de la educación de las gentes, especialmente de los jóvenes, a los que les cabe la tarea de sembrar ideas en la existencia que tienen por delante.

Mientras ello no sea posible, llamamos la atención sobre esta obra, que está depositada en las bibliotecas más importantes de Estados Unidos y algunos centros de Estudios Sociales y Universidades Europa. Su lectura será, no lo dudamos, de indudable provecho para los estudiosos. Toda ella representa material de origen, hoy difícil o casi imposible de procurarse. También hará conocer este trabajo, un poco más, lo esperamos, a la interesante figura de Joseph Ishill, el gran impresor libertario, autodidacta y artista, creador de obras de arte tipográfico que serán recordadas y anotadas por los estudiosos del futuro, como muestras evidentes de lo que puede el genio de un hombre libre, cuando está inspirado por un ideal libre, en el que la llama flamígera de los conceptos reclusianos arde sin cesar.

V. MUNOZ



El pensamiento anarquista

Aparte la influencia de Godwin en el andamiaje social de Owen tenemos, para ayudar al fortalecimiento de los cimientos anarquistas su insistencia en las asociaciones libres, la propiedad en común de los medios de producción, su interés manifiesto en mantener siempre alejado al Estado de sus ensayos y su firme voluntad de descentralización demostrada en el empeño de que sus asociaciones libres deberían contener entre 500 y 3.000 personas solamente.

Influenciado en mayor grado por Tomás Moro que por sus contemporáneos vemos a Etienne Cabet que logra convertir en realidad su utopía «Voyage en Icarie» (1840) y consigue, en 1848, que un buen grupo de entusiastas abandonen con el Francia para fundar «Icaria» en el centro mormón evacuado de Nauvoo, en Illinois.

La colonia llegó, en su momento de prosperidad, a alcanzar una población de 1.500 habitantes y con muchos reveses y hasta el cambio del nombre (pasó a llamarse Nueva Icaria después) logró perdurar hasta 1895.

La utopía de Cabet se convirtió en realidad a base de dejar jirones del programa inicial y el principio de comunidad total tuvo que dar paso a un arreglo en el que tuvo cabida la propiedad individual.

Aparece en esta época un utopista completamente convencido de los ideales anarquistas. José Dejaques quien publica en «El Libertaire» de New York, en el curso de los años 1858-1859 su propia utopía a la que llama «Humanisferio».

Dejaques es un obrero, un empapelador-decorador que las jornadas de 1848 en París lo sorprenden con 28 años y una inquietud que lo lleva a empuñar el fusil y a purgar su rebeldía en la cárcel durante un año. De allí sale revolucionario convencido y lo continuará siendo hasta el día de su muerte en 1867.

Su «Humanisferio» está compuesto de tres partes. La primera está dedicada al pasado en el que la piqueta demoledora de Dejaques se ensaña. Su segunda parte empieza así: «¿Qué es la utopía? Un sueño no realizado, pero no irrealizable. La Utopía de Galileo es ahora una verdad, ha triunfado a despecho de la sentencia de sus jueces: la tierra gira. La utopía de Cristóbal Colón se ha realizado a pesar de los clamores de sus detractores: un nuevo mundo, la América surgió a su conjuro, de las profundidades del Océano. ¿Qué fue Salomón de Caus? Un utopista, un loco, pero un loco que descubrió el vapor. ¿Y Fulton? También un utopista. Preguntad más bien a los académicos del

Instituto... Todas las ideas innovadoras fueron utopías en su nacimiento» (16).

Dejaques transporta lejos su «Humanisferio». Interpone un puente de mil años entre su gestación y su realización: Diez siglos han pasado sobre la frente de la Humanidad. Estamos en el año 2858...» Todo lo actual es remoto, prehistórico. La misma civilización es arcaica: «La utopía anárquica es a la civilización lo que la civilización es al salvajismo.»

El mundo es ya perfecto casi. La armonía rige las acciones de los mortales bien que la imaginación de Dejaques, en lo que a la técnica respecta, se queda en pañales, lo que nada tiene de extraño cuando vemos lo rezagados que también quedaron Wells y Bellamy a pesar de sus condiciones científicas. Dejaques ve aún carruajes y caballerías, vehículos anacrónicos y edificios que la urbanística y la arquitectura actual ya han superado.

Empero, el valor social del «Humanisferio» reposa en las concepciones de tipo estructural y ético: «Entre los hijos de este nuevo mundo no hay divinidad ni papismo, ni realeza ni dioses, ni reyes ni sacerdotes. No quieren ser esclavos ni amos. Siendo libres no tienen otro culto que el de la libertad; de modo que la practican desde la infancia y la confiesan en todos los momentos y hasta en los últimos instantes de su vida. Su comunismo anárquico no tiene necesidad ni de biblias ni de códigos; cada uno de ellos lleva en sí su ley y su profeta, su corazón y su inteligencia. No hacen a otro lo que no quisieran lo que otro les hiciera. Queriendo el bien para ellos, hacen el bien para otros» (17).

«Allí, en esa sociedad anárquica, la familia y la propiedad legales son instituciones muertas, jeroglíficos de los que se ha perdido el sentido; una e indivisible es la familia, una e indivisible es la propiedad. En esta comunión fraternal, libre es el amor» (18).

«En el Humanisferio, nada de gobierno. Una organización atractiva ocupa el lugar de la legislación. La libertad soberanamente individual preside a todas las decisiones colectivas.» La autoridad es nociva. Es el suicidio individual: «Consultad vuestros recuerdos y veréis que la más grande ausencia de autoridad ha producido siempre la suma más grande de armonía.» «En el hombre es la enfermedad la que produce la obstrucción de

(16). — Joseph Dejacques. — «El Humanisferio». Página 62. — La Protesta, Buenos Aires. — 1927.

un conducto; en las multitudes es la policía y la fuerza armada; la enfermedad lleva entonces el nombre de autoridad. La anarquía es el estado de salud de las multitudes» (19).

Sin etiqueta socialista pero profundamente emocionado de la miseria que aqueja a la mayoría de los seres humanos, entra en palestra el húngaro Theodor Hertzka que nos ofrece en 1890 «Freiland, ein soziales zukunfts-bild» (Tierra libre, una imagen del futuro) y en 1893 «Reise nach Freiland» (Un viaje a Tierra Libre). El mismo nos dirá: «Evidentemente estos hombres no representan nada para mí, pero tienen hambre, frío y languidecen en la miseria y la humillación. El pensamiento que es mi deber correr en su ayuda no me deja tranquilo.»

Removió cielo y tierra para conseguir los fondos necesarios a la instalación de su «Tierra Libre» en el Africa, donde se halla el altiplano de Kenya, pero los obstáculos legales opuestos por diferentes gobiernos hicieron fracasar el proyecto y no se llevó nunca a la práctica.

Hertzka trazó un sistema completo también con leyes de avanzada social como podemos ver:

1. — Todo habitante tiene los mismos innegables derechos a la tierra comunal y al conjunto de los medios de producción.

2. — Las mujeres y los niños, los ancianos y los inválidos tienen derecho a ser mantenidos según el nivel de la riqueza general.

3. — Nadie puede verse obstaculizado en el ejercicio de su libre libertad individual, salvo que su acción no perjudique los intereses y los derechos de los demás.

El humanismo de Hertzka queda de manifiesto cuando pone en boca de uno de los protagonistas lo siguiente:

«Nunca he oído decir el que nadie haya cumplido su propio deber ni el que un hombre capaz haya eludido el trabajo. Para los que no quieren trabajar tenemos gran compasión y no los dejamos morir de hambre.»

Hugo Fedeli, en su «Un viaggio alle Isole Utopie» (1958) se refiere a Tierra Libre y dice que «La Utopía de Hertzka es quizás aquella que más que cualquier otra, basándose en la experiencia de la vida actual y los hombres tal cual son hoy en día, se aproxima a un ideal liberal-socialista.»

A pesar del desbroce que hemos efectuado a través de la literatura utopista escrita en el siglo XIX es obligado que algunos autores queden marginados, tales como Bulwer Lytton que escribió «The coming race» (1871), Samuel Butler, autor de «Erewhom» y «Erewhom revisited» (1872 y 1901 respectivamente) y, sobre todo, Edward Bellamy, que fue particularmente prolijo en su «Looking backward» (1888), vertido al castellano bajo el título de «En el año 2.000». Ha sido una omisión premeditada porque hemos considerado que el contenido de estas utopías descuidan aquella parte ético-social sobre la que hemos tratado de in-

sistir al querer demostrar que la mayoría de los visionarios de regimenes futuros tienden a eliminar la autoridad y la propiedad privada en beneficio de una mayor libertad, una estructura más equitativa de la sociedad y el máximo desarrollo de la solidaridad. El propio H. G. Wells, que publica sus obras a principios del siglo XX, «Anticipations» (1901), a «A modern Utopia» (1905), «New worlds for old» (1908), y muchos trabajos más, nos desconcierta por las veleidades que enmarca su carrera fantástica que desde «The time machine» (1895) hasta su última obra «Mind at the end of its tether» (1945) nos lleva del optimismo al pesimismo, pasando por el maquinismo, el fabianismo y la fe en lo trascendental, debido a lo cual tampoco hemos querido citarlo a pesar de reconocer la importancia y la solidez de su obra.

Al que no podemos marginar bajo ningún aspecto porque cierra con broche de oro la secuencia utopista del siglo XIX es a William Morris, quien escribió en 1890 su muy comentada obra «News from nowhere» (Noticias de ninguna parte).

Es la descripción de una utopía más que llega a nosotros a través del diálogo que sostiene el visitante que llega, desde nuestra sociedad, a la Tierra Prometida. Aquél pregunta: «¿Cuál es el milagro de esta sociedad que da libertad, bienestar y felicidad a todos sus miembros?», y los habitantes de «Ninguna Parte» van narrando las condiciones de vida que el pensamiento anarquista de Morris, sensible en extremo por su condición de artista y artesano en la vida común, va desdoblado.

Tres condiciones son necesarias para que el ser humano se sienta plenamente satisfecho: Una obra digna de ser realizada; una obra que guste a uno mismo, y una obra hecha en condiciones que no signifiquen un exceso de cansancio y de dolor. —A la vez, en una sociedad libre y organizada de acuerdo con los máximos deseos de felicidad, otras tres cosas deben poder hallarse en ella: Un trabajo que agrade y dignifique al ser humano; una vivienda sana y bella, y el tiempo necesario para el descanso del cuerpo y el espíritu.

En «Ninguna Parte» Morris establece la coacción moral como principio de conducta en lugar de la obligación material. Todos trabajan porque encuentran felicidad y bienestar en la actividad. La sociedad no tiene gobierno: «El gobierno — dirá Morris —, resultado necesario de la tiranía insaciable, sin límites en aquellos tiempos (los actuales) era el mecanismo de la tiranía. Ahora, ésta ha terminado y no es necesario tal mecanismo; no podemos utilizarlo puesto que somos libres. Por ello, en el sentido que se daba a la palabra, nosotros no tenemos gobierno» (20).

En las reuniones tratan de llegar a la unanimidad y si hay discrepancia, dentro de lo posible, dejan la discusión para otra asamblea y en el intervalo los hombres habrán intercambiado nuevas ideas que posibilitan la unanimidad en el próxi-

(17, 18 y 19). — J. Dejaques. Op. Cit. Págs. 77, 80 y 104.

(20). — William Morris. — «Noticias de Ninguna Parte». — Pág. 100. Buenos Aires. 1928.

mo comicio. En la segunda asamblea, caso de que quede una minoría discrepante casi siempre ésta conviene en sumarse a la voluntad mayoritaria pero, en caso contrario, se va a una tercera.

Morris no quiere colocar en « Ninguna Parte » una perfección absoluta y admite la presencia de la discrepancia y hasta el atropello. En tal caso, en lugar de estimar que existe un culpable se considera que hay un equivocado, un amigo que ha procedido mal: « En una sociedad en la que no hay que evitar castigos, vencer a las leyes, el remordimiento sigue a la infracción. »

Con Morris hemos llegado a la vuelta del siglo XIX. La técnica y la ciencia tomarán el siglo XX al asalto y rebasarán sorpresivamente las creaciones de todos los utopistas incluidas las subyugantes quimeras de Julio Verne.

En este siglo vendrán nuevos utopistas a tratar de dar continuidad a esta rama social literaria, pero el avance científico fuerza a retirarse resueltamente hacia el pasado este estilo.

La versión futurista del siglo XX tendrá giros menos alentadores y mucho más pesimistas que los vertidos por la rigidez de un Campanella. Aldous Huxley nos hará añorar un pasado de naturaleza, amor y humanismo al ofrecernos su « Brave New world » (Un mundo feliz), donde todo está cronometrado y dirigido, clasificado y previsto. La aparición de un salvaje en la obra hace el efecto para el lector, de un oasis inesperado y no por ello menos deseado.

George Orwell nos llevará mucho más lejos en el terreno de la congoja en sus « 1984 » y « Animal Farm ».

Las visiones hacia el futuro se tornan aterradoras. Aquella ciencia que prometía ayudar al hombre al logro de la felicidad se vuelve cada vez más dominante y pasa de sirviente a tirano.

La humanidad teme al futuro y se refugia en los versos de Manrique:

« Cualquiera tiempo pasado fue mejor ».

CAPITULO III

Por hilvanar la trayectoria de la utopía hasta el máximo, prácticamente, hemos descuidado un tanto la cronología y toca ahora regresar al siglo XVIII para señalar a los que, con bastante objetividad, podemos considerar como los precursores del socialismo libertario y el anarquismo.

Sin duda que el precursor de renancia y de mayor solidez, al extremo que puede ya codearse con los teóricos del anarquismo, es William Godwin, mas sería injusto descuidar las aportaciones de un puñado de filósofos y revolucionarios que despuntaron en el siglo de la gran revolución francesa, y antes también, y que vislumbraron la posibilidad de un régimen social sin autoridad y sin Estado.

Sin remontarnos hasta Rabelais, a quien Eliseo Reclus lo proclama « notre grand ancêtre » (1), o los « levellers » (niveladores) a quienes el cromwe-

lismo llama « los guardias suizos del anarquismo » o también los « diggers » (cavadores) en los que despuntan Gerard Winstanley y William Everard, partidarios de la abolición de la autoridad y la propiedad y autor, el primero, de un célebre panfleto « The new law of righteousness » (1649) La nueva ley de la rectitud).

Igualmente, dedicando una cita a Etienne de la Boétie (1530-1563), quien en su obra « Discours de la servitude volontaire » (1570) se extiende sobre el gregarismo y su consecuencia directa, la tiranía : « El fuego de una chispa se extiende fortaleciéndose más y más, quemando la madera que encuentra; sin necesidad de tirarle agua para apagarlo, solamente evitando de poner más madera a su alcance, se consume a sí mismo, pierde la forma y deja de ser fuego. De igual modo ocurre con los tiranos, más actos de pillaje realizan, más exigen; más arruinan y destrozan, y más se les da, más se les sirve; más se fortifican, en mejor condición se encuentran para destrozar y aniquilar; y si no se les da nada, si no se les obedece, sin combatir, sin golpear, helos desnudos y deshechos y ya no san nada : así, la raíz que no tiene savia ni alimentos se vuelve una rama seca y muerta. Tomad la decisión de no servir y seréis libres ». « Los tiranos no tienen ventajas mayores que las nuestras, que aquéllas que nosotros les concedemos, más autoridad que aquélla que les conferimos y que redundada toda contra nosotros mismos y nuestro bienestar ». « Son los mismos pueblos los que se dejan, o mejor dicho, se hacen aplastar, ya que cesando de servir serían libres; es el pueblo que se mete en servidumbre, que se degüella, que pudiendo escoger entre ser esclavo y ser libre, rechaza la libertad y toma el yugo; que consiente su mal y lo busca ». « Para tener la libertad basta solamente desearla; es suficiente un simple acto de voluntad ».

Esbozando el pensamiento del holandés Edmond Burke, que nos lega « Vindications of natural society » (1756) donde expresa la idea de que ningún gobierno, sea cual fuere, es mejor que otro.

Limitando la cita hasta donde el espacio lo tolere tan sólo, vemos que se proyecta una época en la que eclosiona en bastantes mentes geniales la idea de que el Estado no merece la aureola de la que se ha revestido. En Inglaterra John Bellers (1695) se pronuncia por un socialismo voluntario y el escocés Robert Wallace (1761) publica sus « Prospects » abogando por un federalismo descentralizador.

Es la época que hace exclamar a Thomas Paine en su « Common sense » (1776) « que en todos sus grados la sociedad es un bien pero que inclusive en el mejor de sus aspectos el gobierno era un mal necesario y en el peor de sus aspectos, un mal intolerable ».

En 1796 aparece en Oxford « The inherent evils of all State Government demonstrated » (Demostración de los males inherentes a todo Gobierno), un folleto que se atribuye a A. C. Cuddon y que, posteriormente el anarquismo individualista tratará con sumo cariño.

(1) Nuestro gran predecesor.

En el propio Japón, y sin trascendencia alguna hacia nosotros los occidentales, aparece en los primeros años del siglo XVIII el doctor Ando Shoeki, al que E. Herbert Norman dedica un extenso volumen (2). Ando Shoeki escribió, a mediados del siglo XVIII una obra que, originariamente y según el propio Norman, estaba compuesta de 100 volúmenes (kan) y 92 libros (satsu)... cada libro conteniendo alrededor de 50 hojas. El título, en japonés, era « Shizen shineido » (El camino de la naturaleza y el trabajo) y gran parte de él es anatemático contra el Estado y la religión. Para Ando Shoeki sólo hay una clase, entre las múltiples que integran el complicado sistema de los Tokugawas en el Japón, que está en el lugar que le corresponde y ésta es la productora : « En este mundo de leyes —señala Ando Shoeki— el dirigente vive a expensas de los nobles de la corte, los nobles viven a expensas del shogun, el shogun vive a expensas de los señores feudales, los señores feudales viven a expensas de los oficiales, los oficiales de los samurais, los samurais de los soldados, éstos en las bajas clases de los artesanos y los comerciantes y todos ellos sobre los últimos del escalafón : los sirvientes » (3). Más adelante encontramos : « Cuando hay pocos campesinos y muchos glotones, el mundo no puede sentirse seguro » (4).

Su piqueta demoledora no deja nada en pie. Arremete contra el confucismo y el budhismo, el taoísmo, el shintoísmo y ninguna religión merece su aprobación. El sistema feudal lo socava completamente y es irreconciliable con todas las clases parasitarias volcando todo su amor en el campesino, el único puntal del mundo para nuestro revolucionario.

Llega a imaginar su utopía, también, que la llama « Shizen-Sei » (El mundo de la Naturaleza) : « No se encuentra un hombre rico aquí ni otro pobre allí; tampoco se ven superiores ni inferiores; hombre y mujer viven una vida armoniosa de manera que son inocentes de relaciones inmorales entre otros hombres y mujeres...

« No hay gobernante explotando al gobernado. No hay lujo ni codicia. Desde el momento que no hay clases superiores tampoco las hay inferiores... No hay sacerdotes depravados para crear una leyenda fabricada de infierno y paraíso o para devorar los productos honestos de las masas populares. A nadie se decepciona por falsas bellas palabras de herejía egoísta. Y puesto que no hay enseñanza errónea de los sacerdotes pecadores, no hay truhanes, pediguños, intocables, mendigos, sacerdotes vagabundos y otros parecidos que no cultiven la tierra y se dedican a devorar el producto de los demás » (5).

Ando Shoeki permaneció ignorado inclusive por sus propios compatriotas hasta que en 1899 el doc-

tor Kano Kokichi lo descubrió de nuevo. El propio movimiento anarquista de principios de siglo le dedicó una especial atención existiendo actualmente una edición resumida de la obra de Ando Shoeki conocida bajo el nombre de « Wasurerareta Shisoka » (El filósofo ignorado).

La desaparición del « Shizen Shineido » obligó a los hombres del anarquismo contemporáneo japonés a aferrarse sólo y exclusivamente en los teóricos occidentales tales como Kropotkin y Proudhon y el propio Godwin, ignorando la presencia de un teórico sólido y consistente que había nacido en su propio suelo, en Akita, con más de medio siglo de ventaja sobre el propio Godwin, el verdadero precursor del anarquismo moderno en Occidente (6).

Volviendo a Europa cabe señalar la presencia de Jean Meslier y su « Testamento », que tanto impresionara a Voltaire. Meslier despunta antes que nadie en el siglo XVIII, ya que muere en 1729, cuando ya contaba 84 años de edad. Su testamento fue guardado e ignorado en vida del autor y sólo en 1735 es cuando a Voltaire se le comunica su existencia. En 1762 publicará un resumen y la obra de Meslier sólo será publicada íntegra una sola vez en Amsterdam y en 1864. Su edición constará de tres tomos y su verdadero título demostrará ser menos breve que el imaginado ya que dirá : « Memorias de los pensamientos y los sentimientos de Juan Meslier sobre una parte de los errores y los abusos de la conducta y el gobierno de los hombres, donde se ven las demostraciones claras y evidentes de la vanidad y la falsedad de todas las divinidades y de todas las religiones del mundo para ser dirigidas a sus feligreses después de su muerte y para servirles de testimonio de verdad a ellos y a todos sus semejantes. *In testimonium illis et gentibus. Math. X, 18.* »

El « Testamento » hará su camino y diferentes pasajes de Meslier pasarán a ser citados intermitentemente a partir del día en que Voltaire lo descubrió al mundo : « La religión y la política no deberían acomodarse juntas... Ellas se entienden como dos ladrones de bolsas. El gobierno político sostiene a la religión, por tonta y vana que ésta pueda ser... Es la fuente (la religión) de todos los males que abruman a los hombres y de todas las imposturas que los mantienen cautivos en el error y en la vanidad de las supersticiones como bajo las leyes tiránicas de los grandes de la tierra. »

Religión y gobierno van a la picota irremisiblemente. Meslier pone en boca de un hombre que tenía mucho sentido común el deseo de ver a todos los tiranos ahorcados con los intestinos de los curas, sentencia que reúne mayor gravedad cuando se tiene en cuenta que lo afirma el propio cura de Etrépigny. El origen divino de los reyes lo discute : « Las primeras monarquías eran una re-

(2) E. Herbert Norman. — «Ando Shoeki and the Anatomy of Japanese Feudalism», 340 págs. The Asiatic Society of Japan, Tokyo, 1949.

(3) Op. cit. pág. 78.

(4) Op. cit. pág. 79.

(5) Op. cit. págs. 222-2224.

(6) Morichika Umpei, editor del periódico anarquista «Nihon Heimin Shimbun» (Periódico del Japonés Plebeyo), de Osaka, publicó en el número 16, correspondiente al 24 de enero de 1908, un artículo titulado «Un Anarquista de hace 150 años», en el que destacaba los conceptos libertarios de Ando Shoeki.

unión de bandidos, piratas y ladrones ». Igualmente los nobles que : « los primeros eran gentes sanguinarias, crueles, opresoras y parricidas .»

Su concepto de la sociedad lo tenemos en esta forma : « Los hombres deberían todos poseer en igualdad de condiciones y gozar en común de todos los bienes y de todas las riquezas de la tierra... Y para apretar más estos lazos de paz y de unión considero que las ciudades u otras comunidades vecinas deberían hacer alianzas entre ellas y que la buena fe se viera inviolablemente preservada, pudiendo ayudarse y socorrerse mutuamente en la necesidad, ya que sin ello el bienestar público no puede subsistir y en consecuencia la mayor parte de los hombres son miserables y desgraciados. »

Se descubre partidario ferviente de la acción directa y descarta completamente la necesidad del Estado : « Vuestra salvación está en vuestras manos. Vuestra liberación sólo depende de vosotros mismos, si es que sabéis entenderos entre todos... Uníos, pues, pueblos, si sois inteligentes; uníos, pues, si tenéis valor para liberaros de vuestras miserias comunes. Comenzad comunicándoos secretamente vuestros pensamientos y vuestros deseos. Propagad por todas partes y lo más hábilmente que se pueda los escritos parecidos al presente, por ejemplo, que hagan conocer a todo el mundo la vanidad de los errores y las supersticiones de la religión y que hacen por todas partes odiosos a los gobiernos tiránicos de los príncipes y los reyes de la tierra. Retened vosotros mismos, por vuestras propias manos, todas las riquezas y todos los bienes que hacéis posibles mediante el sudor de vuestros cuerpos. Retenedlos para vosotros mismos y vuestros semejantes. No déis nada a todos los soberbios e inútiles, a los gandules que nada hacen de útil en este mundo. »

Hasta Meslier, el que escudriña en el pensamiento revolucionario de los filósofos, no consigue sino dar un zigzag que va de la libertad a la autoridad y viceversa en cada uno de los pensadores estudiados. La rebeldía y la desobediencia que se yerguen contra la autoridad un día, caen inconscientemente en otra autoridad una vez ha sido derrocada la primera. La solidez libertaria no se ha formado suficientemente tal cual se concibe en la actualidad. Desde Meslier el progreso es manifiesto. Este rechaza decididamente el Estado y no cae de nuevo en el círculo vicioso de los que lo han precedido. Meslier condena al Estado definitivamente, todos los gobiernos y no solamente al-

gunos. Estamos frente a un pensador que va a la negación del Estado con todas sus consecuencias. **Un auténtico predecesor del anarquismo**, según Alain Sergent y Claude Harmel; **un socialista con grandes tendencias anarquistas**, según A. Hamon; **la transición entre John Ball y Bakunin**, según Andrés Lichtenberger.

Estamos ya en los umbrales de la Revolución Francesa y podemos citar de soslayo Restif de la Bretonne y, sobre todo, a Dom Deschamps, que nos lega un manuscrito en 1770, en el que opone la fuerza natural de las costumbres a la arbitraria de las leyes y donde afirma « que debemos atender nuestra dicha por la dicha de los demás, si queremos que los demás atiendan la suya por la nuestra ». A. Hamon lo considera un predecesor directo de Hegel y clasifica su ideal social de **comunismo anárquico**.

Con el gran advenimiento de 1789 surge poderoso e irresistible el sentimiento de llevar a la libertad hacia lo más avanzado posible. Los revolucionarios extremistas que consiguen escalar el poder se proyectan más lejos aún. Es así que aparecen « Les enragés » (Los rabiosos) quienes en su deseo de ver una revolución sin gobierno revolucionario y manifestándose fervientes partidarios de la acción directa abrazan abiertamente tácticas y finalidades anarquistas.

La toma del poder implicará el estancamiento de la fracción que lleve a cabo la empresa. La Gironda, la Montaña, la propia oposición representada por las figuras de proa de Babeuf y Herbert, partirá siempre del principio de que es necesario un gobierno que haga la revolución y la solidifique desde la cúspide. Sólo Marechal, redactor del « Manifiesto de los Iguales » tendrá sus dudas sobre la eficacia gubernamental y las habrá patentes en el manifiesto : « Disparaissez, enfin, révoltantes distinctions de riches, de pauvres, de grands et de petits, de maîtres et de valets, de gouvernants et de gouvernés » (7). El resto de los « Iguales » no pensará como Marechal y el propio Babeuf fue el primer sorprendido por este párrafo que clama por la desaparición de **gobernantes y gobernados**.

(7) Desapareced, en fin, sublevantes distinciones de ricos, de pobres, de grandes y de pequeños, de dueños y de lacayos, de gobernantes y de gobernados.

● Continuará ●



Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

MAS DE 80 AUTORES

«A caballo del Ande», Samblancat	0 50	«Botánica experimental», Brunó	2 75
«Adela y Matilde», D. R. S.	2 00	«Breve historia de Francia», Gerard	3 80
«Agente presidencial», Sinclair	8 40	«Breve historia de la Anarquía», Nettlau	1 80
«Ahora somos hermanos», Lania	5 60	«Breve historia del Mundo», Wells	2 50
«Aita-Tettahuen», Galdós	1 50	«Buenas rutas» (La salud mediante la botánica) ..	5 00
«Aladino y la lámpara maravillosa»	1 80	«Buridan», Zevaco	2 30
«Albores de libertad», Relgis	1 70	«Búsqueda en la noche», Esteve	3 00
«Alejandro Korn», Romero	1 00	«Cadena perpetua», Runyon	3 50
«Algunas consideraciones sobre literatura», Unamuno	2 20	«Cádiz», Galdós	1 50
«Ali Babá y los cuarenta ladrones»	1 80	«Calvario», Castenuovo	2 50
«Alicia en el país de las maravillas»	1 80	«Camaradas errantes», Steinbeck	4 00
«Al séptimo día», Barclay	1 50	«Cañaveral junto al mar», J. Carmona	2 50
«Altar mayor», Espina	2 80	«Canción de gesta», Montseny	0 25
«Amadeo», Galdós	1 50	«Cánovas», Galdós	1 50
«Amalia», Marmol	2 30	«Capitalismo, Democracia y socialismo», Souchy ..	1 00
«Ama usted Bramhs?, Sagán	3 50	«Carmén», Merimée	1 50
«Amor e ironía», Yutang	7 00	«Carne y espíritu», De Meerersch	5 00
«Amor, pasión y aventura», Flynn	1 50	«Carta a un joven poeta», Rilke	3 50
«Amor sin mañana», Montseny	0 25	«Carta municipal acordada», Alaiz	0 50
«Ana Karenina», Tolstoi	2 30	«Cartas amorosas», Florangel	3 00
«Anatomía de la paz», Reves	3 50	«Cartas a su hijo», Chesterfield	6 00
«Anselmo Lorenzo», Montseny	0 50	«Cartas de amor, arte y desconsuelo», Beethoven ..	1 50
«Ante la bandera», Verne	1 00	«Cartas de la prisión», Toller	3 90
«Antología de pensamientos», G. Prada	0 70	«Cartas de un corazón angustiado», A. Carlos	1 00
«Antología de prosistas españoles», Menéndez	3 80	«Cartas sobre el existencialismo», J. Salas	6 50
«Antología libertaria»	1 50	«Cartas sobre regilón», Figola	1 00
«Antología poética», Storni	6 00	«Carteles», González Pacheco	13 50
«Antología poética», Unamuno	2 80	«Casa de muñeca», Ibsen	1 50
«Años de juventud», Valdés	2 50	«Casanova», Zveig	1 50
«Arte accesible», Alaiz	0 25	«Catecismo del agricultor y del ganadero»,	0 50
«Arte de escribir sin arte», Alaiz	0 25	«Ciencia y conciencia», Dantec	6 00
«Arte, poesía y anarquismo», Read	1 50	«Ciencia y filosofía», Tannery	2 50
«Aspectos de América», Vallina	2 00	«Ciencia y filosofía», Antología	6 00
«Astilla», Barroso	1 00	«Cien días de la vida de una mujer», Montseny ..	1 40
«A través del espejo», Carroll	2 00	«Cifra y Prueba», Alaiz	0 25
«Autobiografía», Attlee	4 50	«Cirano de Bergerac», Rostand	1 50
«Aventuras del Barón de Munchausen», Burger ..	8 00	«Cita con Venus», Tickell	3 50
«Aventuras de Tom», M. Twain	3 50	«Civilización del trabajo y de la libertad», Charaviglio	6 30
«Aversión y atracción en el matrimonio», De Velde ..	8 50	«Comicios históricos de la CNT. Barcelona, 1918» ..	1 80
«Babbit», Sinclair	8 00	«Cómo educar a nuestros hijos», Pr. N.	0 50
«Ballén», Galdós	1 50	«Cómo he curado la tuberculosis», Hevia	1 50
«Bajo la media luna», Hamsun	1 20	«Cómo se educa un carácter», Dr. T.	0 50
«Barba Azul»	1 50	«Cómo se forma una inteligencia», Dr. T.	0 50
«Bases», J. Alberdi	1 50	«Comunidad de los grandes espíritus», Nicolás ..	2 80
«Ben-Hur», Wallace	2 30	«Conciencia y conocimiento (Ant.)	6 00
«Benjamín Franklin», Coowther	3 50	«Conferencia Intercontinental 1947»	0 60
«Bestias, hombres y dioses», Ossendowski	2 50	«Confesión de Claudio», Zola	2 75
«Biografía de Bakunin», Guillaume	0 80	«Conflictos entre la Religión y la Ciencia», Draper ..	1 30
«Blanca Nieves»	1 80	«Confusión de sentimientos», Zweig	1 50
«Bodas Reales», Galdós	1 50	«Congreso de constitución de la C. N. T.»	0 80
«Bolchevismo y anarquismo», Rocker	1 40	«Conocimiento y error», March	3 50
		«Continencia y placer», Krujer	2 50

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2ème - Toulouse (H.G.)

Solidaridad con el pueblo español...

Por intrascendente que aparezca el reciente movimiento de huelgas registrado en España, el mundo entero puso los ojos sobre ese pueblo que ha osado manifestarse en gesto protestario. Nada de particular tendría si el régimen fuese otro. Cerca de 200.000 huelguistas no es nada al lado de más de millón y medio que en la misma época se declararon en Italia, por ejemplo, sin que casi nadie se hiciese eco de tales manifestaciones del pueblo laborioso italiano.

La importancia de las huelgas en España revisten cualidades y arrojo mayúsculo por el hecho de tener lugar en un país de imperio nazista.

CENIT quiere dejar testimonio gráfico de la solidaridad internacional hacia los obreros españoles. De ahí las cinco fotos que reproducimos.



EN FRANCIA

Los trabajadores parisinos manifestaron su solidaridad al grito de ABAJO LAS DICTADURAS, as, en plural, y VIVA LA HUELGA. Los trabajadores franceses no se dejan amilanar por el peligro que el fascismo hace pesar sobre su país y aún tienen energía para ponerse al lado del pueblo español que vive bajo el fascismo. A ver si por fin la solidaridad internacional que no supo hacer frente el año 36 sabe cumplir con su deber y saldar la deuda que tiene contraída con el pueblo español.

EN EL CANADA

También en Montreal el 12 de mayo un importante grupo de neo-canadienses, de origen española, manifestaron delante del consulado franquista. Demostraron con ello su solidaridad para con el pueblo español en huelga. El responsable de la Liga Democrática española en el Canadá ha declarado que el objeto de la manifestación era de alertar a la opinión pública canadiense hasta obtener toma de posición por parte de los obreros y de la intelectualidad a favor de la España mártir.



...los trabajadores del mundo manifiestan

EN BELGICA

En Bruselas las mismas manifestaciones y por los mismos motivos. Aquí una inmensa pancarta pide **LIBERTAD PARA ESPAÑA**, mientras que la bandera roja y negra de la C. N. T., primera y más genuina Organización sindical española, se iza en cabeza de los manifestantes. Reunió mucho personal de entre lo mejor del mundo del trabajo, del estudiantado y del profesorado. Después de recorrer el centro de Bruselas, colocaron un ramo de flores en la estatua de Francisco Ferrer, símbolo de la lucha anárquica y racionalista.



EN ALEMANIA

También en Frankfurt, en donde abundan los recientes emigrados españoles, las manifestaciones han sido muy concurridas. Las pancartas numerosas que han enarbolado son contundentes. Ello nos permite decir que, en efecto, el fascismo no ha castrado al pueblo español, no ha logrado sus propósitos. Ni aun poniendo en práctica la promesa de que «fusilaria hasta la quinta generación», conseguirá el hitler español acabar con la rebeldía de ese pueblo indomable.

Además de París, Montreal, Frankfurt, Bruselas, otras muchas ciudades han manifestado. Entre ellas: Perpiñán, Montpellier, Nimes, Clermont-Ferrand, Carcasón, Dijón, Toulouse, Castelsarrasin, Tours, Saint-etienne, Givors, Lieja, Zurich.



GENIIT

sociología
ciencia - literatura



Plácido Bravo: Hoja por hoja.

Ildefonso: «La Protesta» en su 65 aniversario.

Floreal Ocaña: Nace el Hombre-cósmico.

Eusebio C. Carbo: Los «modernos» abominan francamente del clasicismo.

V. M.: Claude Tillier.

Severino Campos: La estaticación del hombre.

R. M. P. y M.: La vida y los libros.

Abarrategui: Alas sin cielo.

Fabio Luz, padre e hijo.

Han Ryner: El rebaño que bala.

Herbert Spencer: La creencia.

Jovellanos.

Puyol: Mi caja de estampas.

Denis: El crítico.

Victor García: El pensamiento anarquista (folle-tón).



140

AGOSTO - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,40 NF

4 P 5523

NUESTRA PORTADA

El Charlot de los 21 años que vemos en la portada tiene el semblante de la bondad y el retiro, de la timidez y la indiferencia. Sin embargo, cuán diferente ha sido su obra.

En cualquier de las películas proyectadas por Charlot surge potente la bondad, pero no el aislamiento, el atrevimiento y no la timidez, las sublimes preocupaciones de regeneración humana y no la indiferencia.

La recia personalidad de este hombre acredita muy bien su origen judío. Cualidad principal: gran corazón e incansable tenacidad.

Antes que nadie fue Charlot quien engrandeció al séptimo arte. Para los niños de siete y quince años, las aventuras de Charlot influían más que la monotonía litúrgica del cura en párvulos y escuelas graduadas. Tarzán y Charlot eran más conocidos que Cristo y la libertad de amar de su madre.

Viendo a Charlot en la pantalla uno descubre el equilibrio, la ironía, el creador; la lucha y la manera de luchar, lo mismo contra los gobiernos como contra la insaciable sed de mando de los hombres de ídem. **ES LA CRIATURA FRENTE A TODO, ES DAVID FRENTE A GOLIAT, ES EL ANARQUISTA FRENTE A LA SOCIEDAD CORRUPTA.**

En estos momentos en que se anuncian sus memorias, CENIT se honra dedicándole una portada a tan insigne educador.



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestré, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CÉNIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Agosto 1962

Nº 140

HOJA POR HOJA

CARAS RAZONES, LAS INTERESADAS

DECÍA cierto autor —para mí difícil de desautorizar, pues que no tengo ni pizca de autoridad en la materia— que si el fenicio Cadmus introdujo los signos alfabéticos en Grecia, fue con propósitos materialistas, interesado como estaba en facilitar las transacciones comerciales entre los pueblos euro-asiáticos. Gracias a su sistema facilitó lo que hoy llamamos: hipoteca, testamento, letra de cambio, etcétera. Complemento vino a ser lo que luego nos endilgaron sus compatriotas al desparramar sus signos monetarios, pues por ello fue posible el crédito y la credulidad, a base de factorías y bancas.

Pero lo cierto para mí es que el viejo Cadmus debía sospechar, por lo menos, que su valiosa introducción alcanzaría mayores vuelos en los intercambios de ideas o en las operaciones espirituales; pues imposible imaginar, sin su aportación, la precisión, sutileza y coherencia, la velocidad y longevidad alcanzadas por el lenguaje humano, escrito o hablado. Esta supremacía del hombre que le permite traducir lo que siente, descifrar lo que otros piensan y finalmente expresar sus aspiraciones o evocar sus recuerdos. Suprema síntesis facilitada por el lenguaje.

Así que, sin negar las pingües fortunas amasadas por los financieros y comerciantes de Sidón y Firo, más afortunados, creo yo, debieron sentirse los filósofos y dramaturgos de Atenas con el regalo de Cadmus, y de los cuales nosotros hemos heredado sus diálogos y sus decálogos, sus comedias y sus tragedias.

Ahora bien, lo que no entra en mi ánimo, pues necio sería negarlo, es que a pesar de la ofrenda de Cadmus, y de los felices hallazgos de Gutenberg, Edison y Marconi, el pensamiento y el lenguaje de nuestra época siguen arrastrándose por inmundos lodazales; pues pese a la acumulación de vocablos expresivos, a la técnica gramatical alcanzada por los diversos lenguajes y a la ciencia lograda por el pensamiento humano, el hombre sigue expresándose como un párvulo, pero algunos de ellos como párvulos malvados.

En efecto, por ahí andan infinidad de malabaristas de la elocuencia, con mucha gramática parda, oblicuando razones y confundiendo verdades. Que siguen alzando fronteras o bajando telones, ar-

Por ahí andan infinidad de malabaristas de la elocuencia, con mucha gramática parda, oblicuando razones y confundiendo verdades.

mando los cuerpos de censores de tijeras formidables, que ven peros y pelos aun en los pensamientos más calvos, creando intereses a mares y trazando dogmas selváticos, y en cuya defensa el raciocinio se pierde o naufraga.

Razones que so pretexto de defender lo mío te arrebatan lo tuyo. Razones que escapan a la lógica filosófica, que cocean contra la justicia social, cornean los principios científicos, pisotean las más elementales leyes artísticas y sólo entroncan con nuestro interés inmediato. Razones que si convencen a pocos y a nadie persuaden, y vencen a los más osados; por aquello que detrás de ellas están el cayato, el báculo u otros garrotes más o menos viles.

Pero en este torneo de razones, son, indudablemente, los estadistas quienes se llevan el campeonato. Las razones de Estado son algo tabú; por eso sus defensores no hablan, ni piensan, ni discurren como los demás mortales.

Probáronlo ha poco, irrefutablemente, los mentores castrenses de cierto Pentágono, al aconsejar a los dirigentes políticos de la Casa Blanca ciertas fórmulas insensatas. Y olvidando las primeras nociones matemáticas de Pitágoras y las más elementales de la geometría de Euclides, estos hombres que de álgebra y trigonometría hacen alardes, tuvieron, para que les salieran sus cuentas galanas con respecto a España, que contar así: cien fascistas de la peor ralea multiplicados por diez mil antifascistas de la más pura cepa, es igual a un millón de soldados para defender la democracia dolariana. Y en búsqueda obsesionante de bases, llegan a olvidar los cimientos, que es tanto como buscar la redondez de la pirámide o la cúspide de la esfera. No es de extrañar, pues, que con tales contables y estrategias haya que lamentar en breve resbalones fatales, o sea, seguidos de fracturas dijera el rey Pirro: «Otra victoria como ésta y estamos perdidos.»

Peligroso juego éste del pierdo ganando. Como mortales.

Y lo peor es que haya gentes que por ellos se pirren.

PLACIDO BRAVO

« La Protesta » en su 65 aniversario

1897 - JUNIO - 1962

Las jóvenes generaciones de militantes que se incorporaron a la lucha social después de la segunda guerra mundial desconocen toda una época fecunda en hechos y en hombres. Un profundo apagón cubrió el mundo y algo como un cataclismo destruyó contactos, actividades, proyectos y realizaciones, bibliotecas, archivos e innumerables vidas de una suerte de combatientes que no figuran en los partes de guerra: los que no adoptaban patria ni aceptaban otra bandera que la de la LIBERTAD. Aquí o en América los hay que sólo conocen de oídas los momentos crueles, verdaderamente dantescos, por los que atravesó la humanidad en casi dos décadas y media, partiendo del 1930. En verdad las fuerzas negras comienzan a desatarse y a cobrar vigor y violencia al inmediato de la Revolución rusa, en reacción defensiva primero y francamente ofensiva luego contra la Revolución Social, anunciada desde fines del siglo pasado a toque de trompeta por parte de los más insignes teóricos y luchadores de aquel tiempo.

Estas generaciones de jóvenes no pueden tener una idea de la importancia ni de la influencia internacional que adquirió **La Protesta** en los medios obreros y anarquistas. En parte era ello posible por tratarse de un diario. La regularidad y la persistencia cotidiana cobra valor siempre ascendente. Lo vemos hoy en el movimiento francés, aislado y cada día menos conocido por carencia de un vocero que mantenga ingente contacto popular y que ofrezca una orientación permanente, de diaria constancia, ante los acontecimientos que no se detienen, que no se pueden detener ni contener. La influencia y el prestigio de **La Protesta** se afirmaba porque se había sabido rodearla y nutrirla de colaboradores de primer plan y de todos los rincones del globo. Sus redactores supieron mantener un órgano vivo, «actual» en su tiempo, abierto a todas las preocupaciones, en un continuo forjar de ideas, en un afán de investigación, de examen, de permanente renovación de conceptos, en procura siempre de las soluciones que a la cuestión social no dará la revolución —la mítica— si ésta no se halla previamente madurada en el cerebro y en la conciencia de sus promotores.

Decía Ugo FEDELI, quien desde lejanos tiempos colaboró a esta publicación: «Por muchos años, especialmente los que corren entre las dos guerras mundiales, el diario y las iniciativas de **La Protesta** han sido verdaderas y útiles palestras abiertas a todas las tendencias del anarquismo social, y de su

escuela y de su redacción saldrán algunos hombres que se encontrarán después en el primer plano de la revolución de España. Y es en la voluminosa e importantísima colección de este diario que el estudioso, cualquiera que desee conocer ideas y movimientos anarquistas de la primera mitad de nuestro siglo, encontrará elementos para estudiar y comprender hombres, cosas y acontecimientos. Porque, no obstante las derrotas, **La Protesta** ha resurgido siempre y todavía hoy es como un faro que ilumina nuestra senda.» (Pág. 34. Suplemento, 1957. Buenos Aires.)

Veterano entre los voceros veteranos del anarquismo internacional, **La Protesta**, de Buenos Aires, cumplió este 13 de junio de 1962, sus sesenta y cinco aniversario. Se codea en años con **Freedom**, fundado en Londres con la participación de Kropotkin en 1884; con **Recht voor Allen**, que comenzó a ver la luz en La Haya allá por el 1885; con **Le Libéraire**, fundado por Luisa Michel y Sebastián Faure en 1895, y que encuentra un precedente nada menos que en 1858-1861, en **Le Libéraire** —«Journal du mouvement social», New York; con **L'Adunata dei Refrattari**, que se halla en sus cuarenta primaveras de sostenida existencia, siendo, a su vez, continuador de **Cronache sovversive** fundada por Galleani en 1903 (al 1919), en Barre Vermont (U.S.A.), siendo a su vez éste la continuación de **La Question Social**, fundada en marzo de 1885 en Torino (que sustituía a su vez a **Proximus Tuus**, del que seguía su numeración) y que aparece en su segunda época en Paterson, desde 1901 al 1903, siempre dirigida por Galleani; no olvidaremos la publicación bilingüe **Le Réveil, Il Risveglio**, fundada por Luigi Bertoni al nacer este siglo, que en 58 años de su vida tuvo una corta reaparición y se halla hoy nuevamente en suspenso.

DE EL «PERSEGUIDO» A «LA PROTESTA HUMANA»

Podría considerarse **La Protesta** como una prolongación de **El Perseguido**, que vio la luz por primera vez el 18 de mayo de 1890, manteniéndose hasta el 31 de enero de 1897. Podemos atribuir esta correlación porque los dos se reclaman de la misma tendencia comunista-anárquica y porque fundadores del primero forman parte del segundo.

El 13 de junio de 1897 se inicia en Buenos Aires la publicación de **La Protesta humana**. Su primer director es un ebanista catalán: Gregorio Inglán Lafarga. A través de su larga y accidentada historia ocupan su dirección firmas tan valiosas como las

de Jean Crehage, José Prat, Enrique Nido, Eduardo Gilimón, Alberto Girarlo, R. González Pacheco, Florencio Sáncheá, quien en ocasiones llegó a escribir todo el periódico él solo. José María Acha, E. López Arango, Diego Abad de Santillán, limitándonos a citar los más conocidos. Como colaboradores directos contó desde sus viejos tiempos con Malatesta, Esteve, Gori, Mella, Guaglianone, José Ingenieros, F. Basterra, Pellicer, Julio Camba, Zamboni, Maturna, Hucha, Onrubia, J. R. Barcos, Carulla, Quiroule, Antilli, Montemayor (O'Ristor), Jean Grave, Kropotkin, Virgilia D'Andrea, Borghi, Gigi, Damiani, A. Meschi, Roberto D'Amicis, Bastian, Colomer, Armand, Han Ryner, Acharia, Lu-Chien-Bo, Bertoni, Berneri, Luigi Fabbri, Luce, Fabbri, Hugo Treni (Fedeli Max Nettelau, Bernard de Ligt, Ernestan, Hem Day, R. Rocker, Leo Campión, S. Faure, A. Souchy, L. Lecoin, M. Villar, etc. A través de los años la lista de los colaboradores se ampliaba a la vez que se ampliaba el radio de acción y de interés despertado por la publicación en sus diversas fases y aspectos. Es así como a través de sus columnas hemos llegado a conocer por vez primera a Damela Niewenhuis, Cornélise, Pierre Ramus, Pierre Besnard, A. Gorelick, Voline, Schapiro, Archinoff, Maximoff, Mackno, E. Goldman, A. Berkman, L. Chorny y tantos otros que escapan a nuestra memoria.

Por entonces y hasta bien entrado el siglo la emigración era libre hacia los países de América. Se viajaba casi sin inconveniente de país a país, de continente a continente. Podríamos decir que la Primera Internacional nació en una época de internacionalismo practicable y practicado. En no importa que rincón del continente americano se constituían verdaderas colonias de emigrantes de lenguas diversas. Era tal su densidad que ello permitía dar vida a publicaciones ideológicas o políticas en una profusión asombrosa, como era el caso en Argentina o en Estados Unidos. El naciente movimiento anarquista argentino recibió la visita, la aportación y la influencia directa y personal de propagandistas magníficos que se fundieron o se integraron inmediatamente a todas las actividades posibles. Los militantes españoles y los italianos se hallaban en un ambiente próximo al de sus temperamentos ingénitos. Los primeros encontraban la ventaja de una misma lengua. Los segundos, una vasta colonia de emigrados y una lengua que asimilaban fácilmente. Malatesta y Gori, principalmente el primero, han sido incontestablemente los que han dejado más huellas de su paso.

Sobre estas favorables circunstancias dice D. A. de Santillán en la página 36 del volumen titulado *Certamen Internacional de «La Protesta»* (1):

«Malatesta llegó a Buenos Aires a comienzos de 1885. Con uno de sus amigos de Italia, Francesco

Matta, tuvo un pequeño taller mecánico. Hizo también una expedición a la Patagonia. Quedó en el país hasta mediados de 1859. En ese tiempo realizó una excelente propaganda, fundando *La questione sociale*, en español y en italiano. Contribuyó a formar el premio de panaderos con Hectos Mattée y otros emigrados en agosto de 1887. A Malatesta se debe en gran parte la temprana prevalencia de los anarquistas en las luchas sociales de la Argentina, porque las corrientes autoritarias del socialismo, que no habían nunca disfrutado en el país de grandes simpatías, no pudieron ofrecer una propaganda oral y escrita tan sólida como la desarrollada por Malatesta»...

En la página 38, del mismo volumen, anota Santillán:

«En junio de 1898, poco después de irse José Prat, llegó a la Argentina un gran propagandista de la anarquía: Pietro Gori. Por su elocuencia, por sus conocimientos, por sus cualidades personales; Gori se convirtió de inmediato en el centro de la vida intelectual del país. En noviembre de 1898 sacó Gori el primer número de *Criminología moderna*, que tuvo un éxito considerable como exponente de nuestras ideas. Así fue Gori el iniciador de una vasta corriente de estudios penales y psicológicos a la cual quedó ligado íntimamente José Ingenieros. No quedó una ciudad importante del país donde no acudiera Gori a dar conferencias; no se había conocido un orador de su talla y la popularidad que disfrutó el anarquismo en la Argentina se debió a la labor brillante del gran propagandista.»

Encontramos confirmación en los recuerdos dejados por E. Gilimón y, sobre todo, en las notas de M. Nettelau; que nos aportan un rico caudal de nombres y de fechas y —en garantía incontrovertible— una cantidad de títulos de publicaciones editadas en la Argentina y otros países de América, cada una en lenguas distintas.

**

Indudablemente, las pruebas abundan, eran aquellos unos tiempos fecundos para la propagación de las ideas subversivas. Ya fuera por las condiciones de la época, enfrentada a grandes transformaciones políticas y económicas o por el entusiasmo revolucionario que supieron suscitar los internacionalistas, puede situarse el periodo que va desde 1870 hasta 1920, entre los más extraordinarios para la propaganda y la progresión de las ideas y de las organizaciones anarquistas.

No eran aquellos días idílicos, reflejo de calma ni de reposada siembra ideológica. Cada jalón requería particular esfuerzo y a menudo se lograba tras ardiente batalla. Se vivía una psicosis revolucionaria de la que quedó impregnada toda la literatura de la época y sobre todo la prensa libertaria de todos los países. La propaganda y la acción se inspiraban en la idea de una revolución cercana, inminente, incontenible e irrefutable. Se afianzaba en reivindicativos planteados por un proletariado que entraba en la lid con un sentido que hoy se desconoce en las luchas obreras. Parecía que el movimiento obrero tomaba confianza en su propia fuerza, daba idea de que adquiría una conciencia social

(1) *Certamen Internacional de La Protesta*. En ocasión del 30 aniversario de su fundación, 1897-13 de junio 1927. Editorial *La Protesta*. Buenos Aires 1927. 160 páginas, 27,5 x 19 (encuadernado en tela). Escriben: Max Nettelau, D. A. de Santillán, J. C. Valadés, E. L. Arana, Luigi Fabbri, Hugo Trene (Fedeli), B. Aladino.

cada vez más precisa. Aún no se había contaminado los sindicatos por el reformismo político. No existían aún los «partidos de masas» y la llamada conciencia proletaria se hallaba en su estado puro. Eran también aquellos los tiempos de la «propaganda por el hecho», del «ilegalismo» y de la acción violenta. Razones morales justificaban los atentados románticos y los vindicativos. Por su parte la burguesía no se andaba con manos tibias y las represiones policiales eran violentas, en ocasiones feroces.

La mayoría de los militantes que hemos citado llegaban a los países de América huyendo de las persecuciones de sus países despectivos. Al poco tiempo debían huir del soñado «puerto de reposo» o eran encarcelados, torturados, expulsados. Los propios nativos no corrían mejor suerte.

OTROS PERIODICOS Y PUBLICACIONES

En el mismo año en que se fundó *La Protesta humana* se publicaba en Buenos Aires: *Ciencia social*, revista, y *El Rebelde*, periódico. Y en lengua italiana *L'Avvenire* y *La nova civilita*, sin contar los numerosos periódicos gremiales, pues cada entidad gremial (sindicato) poseía su órgano propio, por lo regular mensual. Solamente en Buenos Aires, sin contar el resto del país, existían en 1896 unas 30 organizaciones gremiales (2).

Max Nettlau señalaba que entre los años 1890 y 1904 aparecieron en Argentina, con un ritmo bastante sostenido: 43 periódicos de orientación anarquista (entre ellos 21 de origen gremial) en lengua española; 18 en lengua italiana; 3 en lengua francesa. Aparecían, además, en la misma época seis revistas de Arte, Literatura, Filosofía, Ideas, de entera orientación anarquista. Se editaron en el mismo espacio de tiempo 126 títulos diferentes, entre libros y folletos, traducidos del italiano, inglés, francés, alemán, a la lengua española. Parte de estos títulos se editaron simultáneamente —en Buenos Aires mismo —en diversas lenguas, tal como el italiano el inglés el francés y el portugués.

Debe advertirse a quienes tales referencias asombran, que en Argentina se encuentran raíces de actividades anarquistas que remontan a 1853. Se señala el 1871 como probable fecha de fundación de una Sección de la Internacional. La floración de publicaciones data de éstas fechas lejanas. Vale

(2) Una de las características esenciales de la F.O.R.A. es la de considerar que el Sindicato es un medio, no una finalidad. Su estructura se vertebra a partir de los gremios (sindicato de oficio y rama de oficio): gremio de albañiles; gremio de pintores, de carpinteros de obra; etc., etc. Cada agrupación gremial conserva su autonomía. Este orden de descentralización funcional, dentro de la Federación, permite una mayor armonía con las concepciones anarquistas. Se estima que el Sindicato de Industria, que engloba todas las ramas de oficios convergentes a una misma industria, establece y alimenta un principio de centralización. Los partidarios del sindicalismo autosuficiente o constructivista han combatido el sistema «forista» tildándolo de ineficaz.

decir que en 1897 el movimiento anarquista se hallaba en cierto estado de madurez, fuerte de consistencia y fervoroso de entusiasmo. Puede colegirse que *La Protesta Humana* se afirmaba en terreno firme, con serio apoyo y con el augurio de larga vida.

En todo tiempo, a lo largo de la historia del anarquismo en Argentina, existieron simultáneamente varias publicaciones. Reflejaban algunas tendencias diversas discrepantes entre sí. Varias fueron de origen polémico y su vida fue relativamente corta. Como *Nuestra palabra*, por ejemplo, o *Ideas*, de La Plata, en el tercer decenio de este siglo. Respondían otras a posiciones definidas y maduras, como, por ejemplo, *La Antorcha*, convertida luego en *La Obra*, y que existe aún como grupo afinitario. En una y otra condición aparecieron gran cantidad de títulos. No nos detenemos a detallarlos, ya que nos limitamos hoy a *La Protesta* en una simple mención de homenaje, no en estudio profundizado. Ni siquiera salimos de los límites de la capital, por lo que interesa decir que en provincias hubo también una gran profusión de publicaciones.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA REPRESION

Impulsados por la euforia revolucionaria de principios de siglo, los anarquistas habían declarado guerra sin cuartel a la burguesía. Se insistía en actos y proclamas acerca de la proximidad de la *Revolución social*. Las organizaciones obreras de tendencia anarquista y los grupos afinitarios tenían la intuición en nada equivocada de que era entonces —o nunca— la hora de la vindicta decisiva.

Efectivamente. La aparición de los grandes partidos de masas coincidió con la reorganización represiva, así como con el reajuste de la revolución industrial iniciada hace ya dos siglos casi. Hoy no se habla ya de la «burguesía» sino del capitalismo, entidad más concreta, más organizada, de más difícil derribar.

Sea como fuere, en 1902 las luchas sociales en Argentina llegaron a ser de tal empuje y alcance que las autoridades se veían impotentes para tranquilizar a una burguesía alarmada y para satisfacer las exigencias de un capitalismo desequilibrado ante el empuje sostenido de las huelgas, de los boicots y de los sabotajes. En el mes de mayo del 1901 tuvo lugar un Congreso gremial al que concurrieron unas 50 delegaciones, representando alrededor de 35 gremios. Participaba a este Congreso el conocido propagandista Pedro Gori, representando a los ferroviarios de la ciudad de Rosario. Se determinó allí proceder a la fundación de la Federación Obrera Argentina. La labor orientadora de *La Protesta Humana* había facilitado las tareas organizadoras.

Los momentos eran duros para los proletarios. La desocupación aumentaba con la llegada de emigrantes, los salarios eran bajos y las condiciones de trabajo penosas. Un conflicto que se produjo en el Mercado Central de Frutos provocó una situación tal de violencia que las autoridades decidie-

ron tomar medidas de emergencia. La agitación social se atribuía a los extranjeros, obreros cultos y bregados en la lucha. La constitución argentina era hasta tal punto garantía de independencia y de libertad individual que el gobierno se vió precisado a votar una ley especial destinada a yugular el avance a todas vistas alarmante del movimiento obrero, ostensiblemente orientado por los anarquistas. (3).

En el volumen dedicado al Certamen Internacional **La Protesta**, dice D. A. de Santillán, explicando las medidas tomadas por el Gobierno :

«El presidente Roca envía el 22 de noviembre un proyecto de «Ley de Residencia» al Senado, con carácter urgente. El Senado se reúne en sesión extraordinaria a las seis de la tarde; a las ocho ya se había aprobado la Ley. A las nueve y media de la noche se reunió la Cámara de Diputados levantando la sesión a las once y media, después de aprobar el Proyecto de Ley Cané. En la misma noche es sancionada por el Poder Ejecutivo y entra en vigor.»

Se trata de un precedente extraordinario en los anales legislativos. Y de una prueba de temor que despertaba entonces la acción obrera. En menos de seis horas se habían reunido, tratado y aceptado la Ley, todos los cuerpos que forman el armatoste justificativo de un Estado Democrático. Así se estableció la tristemente célebre «Ley de Residencia», utilizada para la deportación de los militantes obreros extranjeros y que por repercusión servía para proceder al confinamiento de los nativos, enviados al frío presidio de Ushuaia, en Tierra de Fuego.

A partir de entonces, en períodos que se escalonan en los años 1902, 03, 05, 09, 10, 12, 18, 21... y después recomenzando a partir del 1930 hasta el 1938, el movimiento anarquista y la F.O.R.A. han sufrido terribles sangrias en las personas de sus militantes más destacados. Desde 1938 hasta la caída de Perón las persecuciones se efectúan de otra manera. Por otra parte, el movimiento anarquista y obrero se halla diezmado por la puesta en práctica de la Ley sobre Asociación Ilicita.

A través de las breves notas que ofrecemos en relación con los avatares y las vicisitudes de **La**

(3) La Constitución argentina fue fruto del espíritu de la Revolución Francesa, que impulsó a toda América del Sur hacia la Independencia. En su Art. núm. 14 se afirma que todo extranjero habitando su territorio tiene derecho a expresar sus ideas, de palabra o por escrito. Se reafirma el derecho de reunión y de asociación. Constitucionalmente no existían justificantes a una represión contra hombres, ideas u organizaciones. La Ley de Residencia rubrica uno de los gestos más represivos de aquel país. Más tarde la Ley de Emergencia completa la anterior. En la década de 1930 se promulga la de Asociación Ilicita. La F.O.R.A. no aceptó nunca el reconocimiento legal. Se pronunciaron condenas que llegaban a cinco años de cárcel por el único delito de comprobarse la afiliación del acusado a la F.O.R.A. Después de las deportaciones fue esta Ley así como el golpe de gracia aplicado contra esta organización.

Protesta, podrá deducirse la enorme vitalidad que animaba al movimiento obrero anarquista en aquel país y en aquellos tiempos. Los talleres de **La Protesta Humana** y de los órganos que la sucedieron en diferentes circunstancias, fueron varias veces saqueados y arrasados a fuego por parte de la policía y de las «patotas» patrioteras. Sus redactores eran detenidos, apaleados, expulsados o enviados a presidio. Pero se respondía de tú a tú y de fuerza a fuerza. Tanto que en septiembre de 1903, desde las columnas del periódico se aconsejaba abiertamente a los militantes «el recibir a tiros a los policías que intentaran allanar un local o un domicilio sin orden judicial expresa».

En más de una ocasión se confiscaba un número. En otras, la policía o grupos especialmente encomendados a tal tarea, arrancaban los paquetes de diarios de las manos de los vendedores, maltratándoles si se resistían. En un gesto ejemplar, el doctor Jean Creaghe decidió responder personalmente a este género de provocaciones, reivindicando el derecho a la difusión del periódico. Cargó en un coche varios paquetes de ejemplares y pistola en mano fue voceándolo por las calles de Buenos Aires.

« LA PROTESTA » DIARIO

A pesar de la violencia de la reacción, de las persecuciones y deportaciones, de los actos de barbarie y de la «Ley de Residencia», el movimiento obrero anarquista vertebrado en torno de la F.O.R.A. continuaba en su marcha ascendente. Logró tal trascendencia en los medios sociales y en los círculos de avanzada, que se hizo necesaria una publicación diaria, capaz de atender, recoger y divulgar el curso creciente de las actividades.

En su número del 7 de noviembre de 1903 **La Protesta Humana** modifica su nombre. Aparece con el título de **La Protesta**, con el que continúa. Este es el título con el que comienza la publicación diaria en la fecha del 1 de abril de 1904. En 1962 este hecho adquiere un valor comparativo desdénable.

Nos explica Max Nettlau que los primeros cotidianos anarquistas fueron los que lanzó Proudhon. Acto seguido nos dice : «Durante la Comuna de París, 1871, la **Liberté**, de Bruselas fue diario; durante algunos años antes de 1886 y aun algún tiempo después la **Arbeiterzeitung**, de Chicago, redactada por August Spies, prohibida desde el 11 de noviembre de 1887, fue un cotidiano anarquista militante: **El Productor**, de Barcelona, 1 de febrero de 1887, fue cotidiano durante algunos meses en sus comienzos, y el **Journal du Peuple**, de París, 6 de febrero de 1899 a diciembre de ese año, fue un cotidiano redactado por anarquistas, pero formaba parte de las numerosas publicaciones especialmente creadas para la propaganda dreyfusista de aquel entonces : No recuerdo otros y la creación del cotidiano **La Protesta** y el hecho de mantenerlo durante esos 22 años (el escrito de Max Nettlau data de 1927) es, pues, un fenómeno tan raro como notable, sobre todo para un movimiento tan joven.»

DECIAMOS AYER :

El indeterminismo y el ser NACE EL HOMBRE-COSMICO

IX

EL Hombre es superior en inteligencia a los individuos de las demás especies, y lo será, también, en sentido sociable, moral, definitivamente, cuando de la condición humana elimine la guerra. Llegó a sentirse impotente frente a terribles enfermedades, pero al ir las venciendo fue adquiriendo más salud, longevidad y más confianza en poder vencerlas todas. Y cierto es que durante largo tiempo se sintió el «rey de la creación», el puédelo todo, pero acababa empequeñeciéndose al comprender y sentir, angustiado, que estaba a merced de las fuerzas cósmicas.

Lo que antes de la **Era atómica** era gratuita presunción, falso, insostenible, empieza a ser realidad. El hombre ha comenzado a dominar las precitas fuerzas y todas, en sus manos, las va manejando como «juguetes» aunque temibles, muy peligrosos. Las mueve a su antojo, sorprendiéndose él mismo del inmenso poder que adquiere: ¡supremacía sobre cuanto lo rodea!

En el Hombre de nuestros días se está iniciando la formación de un sentimiento cosmo-psíquico-biológico omnipotente y libertario sin darse él mismo perfecta cuenta. No es extraño que así sea por hallarse en desarrollo incipiente. Es un **nuevo sentimiento** de invencibilidad, de indestructibilidad que se forma en su ser en presencia de los resultados debidos a las nuevas actividades tecnológicas y científicas que desarrolla. Se resiste a creer lo que está sintiendo de manera imprecisa: que podrá sobrevivir aquí, en el planeta Tierra, o en otro lugar del Universo que ya explora directamente. Va vislumbrando que de su inteligencia, de su **conciencia** y de su **voluntad**, en particular, dependerá realizar la precitada magna proeza, la cimera y más extraordinaria de las obras de todos los tiempos.

Seamos más explícitos. El Hombre ha puesto en juego nuevas energías psíquicas-mentales, y está ganando cada día incruentas batallas a las fuerzas materiales que lo circundan moviéndose «sin orden ni concierto», o mejor dicho: con **inseguridad** o sin la seguridad y el sentido que desea la inquieta vida humana. Es él, el Hombre, el que irá tratando de ordenarlas, según más le convenga, en las áreas cósmicas que vive o pretenderá vivir en el futuro si ve amenazado de extinción al globo terráqueo. Sabe que, lo más creíble, según la ciencia moderna, es que dentro de unos miles de millones de años quedarán al descubierto los fuegos blancos del núcleo del Sol, y olas espantosamente cálidas llegarán a aquél. La primera ola de calor inmenso lo alcanzará a los pocos, muy pocos minutos de partir del astro solar; una radiación mortal «bañará» la Tie-

rra que seguirá recibiendo olas de luz y calor de millones de grados que incendiarán la atmósfera, evaporarán las aguas de los lagos, de los ríos y de los mares, derretirá las rocas, volverá, en fin, al fuego primigenio transformándose éste en nubes y polvo que será lanzado en todas direcciones del Universo por la radiación luminosa del Sol que terminará, asimismo, con todos los satélites, con todos los astros del sistema solar.

¿Permanecerá el hombre con los brazos cruzados esperando ocurra éste previsto fin natural de la Tierra? No lo creemos y menos viendo cómo va dominando las fuerzas cósmicas, constatando que no estamos en visperas de que los materiales del globo terráqueo tengan que volver a desvanecerse en el Cosmos.

Siente el Hombre lo que apenas se atreve a expresar a viva voz: que algún día, no muy lejano, la suerte de su especie ya no estará ligada, absolutamente, a la vida natural, aproximada, concedida por la Ciencia al planeta Tierra, su maravillosa morada actual. Posiblemente decida salvarla y salvarse con ella. Ya entrevé la posibilidad de poder hacer cambiar el rumbo de esta «nave» terráquea espacial que hiende sin cesar la materia cósmica, de abandonarla en parte o totalmente, o bien permanecer mejorando las condiciones de vida en la misma, y hacerla habitable para siempre a salvo de la influencia letal del Sol.

El hombre va adquiriendo el poder de ser cósmico consciente, indomable, libre de toda clase de trabas. Esta superioridad psico-cósmica la asegurará al dominar todas las leyes físicas del Universo. Podrá, seguramente, cambiarlas o modificarlas como logró aprovechar la energía del átomo y transformarlo por otro mediante ciertas substracciones y adiciones negando así lo que se creyó, durante mucho tiempo, generalmente hablando, en todo el mundo: que los átomos de elementos diferentes no podían ser transmutados en otros, etc.

Cuanto imaginamos y decimos se basa e inspira en los hechos: el Hombre ya ha empezado a dar las más extremas respuestas constructivas y destructivas. He aquí el porqué la suprema **necesidad** de que adquiriera elevada **conciencia moral**. Es el gran problema ético que el Hombre tiene que resolver previamente, con urgencia, si pretende sobrevivir y ser feliz, aunque descuidara, un tiempo, los problemas de pura superación científica y tecnológica.

Consideramos que hoy el hombre puede empezar a pensar que tuvo principio, pero que su fin —nos referimos al del género humano— depende de él mismo, de sus dinamisismos **psicológicos** superiores. Estos pueden ser los determinantes dado que **en la naturaleza no existen determinismos ni causas**. En

medio de todos los movimientos **indeterminados** de la materia cósmica es él, sólo él, el Hombre, ser consciente, el que puede buen o mal uso de sus conocimientos, de su creciente saber, de los materiales cósmicos y de todas las fuerzas que lo circundan. Todo podrá utilizarlo para desaparecer con su especie, por propia mano insensata, o para existir, permanentemente, entre las maravillas del Cosmos, rodeándose de las condiciones necesarias a tal fin vital.

— ¿Qué causa la gran actividad que el Hombre desarrolla en todas las ramas del trabajo y del saber?, nos pregunto un amigo que dejó de ser **determinista**, pero que usó, una vez más, por costumbre el concepto que hoy rechaza. Ante la **necesidad** de saber, expresada por nuestro interlocutor —y de contestarnos **sentimos coaccionados**, moral y mentalmente, a **satisfacerla** en la medida que nos es posible. Y al responder nos extendimos —se extendió el que escribe que habla en nombre de los afines— en consideraciones que se complementan con lo escrito más arriba, que concretamos a continuación.

No pudiendo admitir una verdad a medias si el **determinismo** no es ley de la naturaleza, si la casualidad y la continuidad no existen en ésta, llegamos a la conclusión que el Hombre tampoco lo impulsan o mueven **causas**, como no sea que usemos la palabra **causa** de modo convencional, sin valor científico, como se usan los vocablos arriba y abajo, hoy y ayer, pasado y presente, etc.

Acabamos de decir qué nos movió a responder al amigo que nos preguntó. Y es que interrogándonos a nosotros mismos hallamos las respuestas más racionales y humanas. Constatamos que de acuerdo con lo fundamental de las concepciones biológicas, fisiológicas y psicológicas, particularmente, el Hombre se mueve y actúa por la **coacción** de las **necesidades vitales y efectivas, variables**, de toda clase y orden. Lucha por satisfacerlas en cada situación que vive. Y es hasta por la **coacción moral** que el Hombre superará su condición humana. Con razón Ricardo Mella —y otros teóricos del anarquismo— escapando a la influencia **determinista**, que mucho presionaba en su época, dió suma importancia a la **coacción moral** para influir en las conductas de los individuos humanos y mejorar las relaciones sociales. Claro que su influencia será mayor en un medio social más evolucionario que el presente. Hoy a su desarrollo normal se opone el mundo autoritario que defiende —lo que ha de desaparecer— la Injusticia Social, **coaccionando** a los hombres con la amenaza de leyes, de soldados, de policías y jueces a «sueldo», de cárceles y carceleros, etc.

Verner Heisenberg, en los campos de las Matemáticas y de la Física —como Ricardo Mella en el terreno social— tuvo que prescindir del pasado y paralizador **determinismo** para descubrir todas las leyes físicas del Universo del que Einstein sólo descubrió una: la de la relatividad general. Esta teoría emitida en 1916 por Einstein después de cuarenta y seis años solamente es comprendida por un corto número de personas. Se comprende, «en parte», que Verner Heisenberg haya decidido no hacer pública hoy la fórmula —que elaboró con la colaboración

de otros científicos alemanes— que afirma «es básica para todos los aspectos de la naturaleza», porque aunque dice «es básicamente sencilla al ser demasiado complicada no sería comprendida por los profanos».

No obstante, si según la forma resulta que «en la naturaleza no existe el determinismo, la casualidad, ni la continuidad» nos basta para poder afirmar, de acuerdo con esta nueva concepción física-matemática, válida para todo el Universo, que en ella quedan comprendidos tanto el «cuadro» físico descubierto por Einstein como el descrito por Ricardo Mella de carácter psicológico y social libertario: el de la **coacción moral**. Y consideramos que esta teoría psicológica que descubre y señala los mejores medios para establecer la más amplia y efectiva armonía social sin violencias, entre hombre libres, queda más sólidamente fundada al probarse que es uno de los factores superiores de la dinámica universal que sustituyen al concepto **causa-efecto**.

Cierto que en el Cosmos «los cuerpos se atraen en razón directa de sus masas y en razón inversa al cuadrado de sus distancias»; pero ni esta disposición relativa de los mismos se debe a una razón, a una causa, ni a una necesidad de organización de la materia cósmica, sin principio ni continuidad. Todo es, en estos aspectos, más sencillo y básico que la fórmula enunciada por Heisenberg, en la que nos inspiramos: simplemente existir, ser de los materiales cósmicos produciéndose, de forma **indeterminada, sin causarlo necesidad alguna**, infinitas combinaciones de cuerpos y fuerzas en todos los sentidos del Universo. Y aunque parezca perogrullada añadimos que nada le importa a éste que en algunas de sus regiones se formen cuerpos más o menos voluminosos que puedan dar o no origen a especies vegetales y animales.

Sólo lo que el hombre organiza y fabrica con los materiales cósmicos, se mueve del modo que él determina. Habla de inercia y movimiento —en el Cosmos todo es movimiento sin causa que lo produzca—, de **causas y efectos** o a la inversa, convencionalmente, refiriéndose a cuanto halla en estado natural en la Tierra, a lo que inventa y construye que es la «sombra» o la obra del Hombre que queda tras él, abandonado, cuando es inservible, o bien lo acompaña, por útil, en su Evolución Progresiva. Y siempre llegamos a la misma conclusión: que el Hombre es la única realidad física-psicológica capaz de combinar y transformar la materia y las fuerzas, los objetos y las cosas, de decidir que se muevan en el sentido que lo precisa o necesita en o fuera del planeta Tierra.

Los **determinismos psicológicos** —que a la conciencia y a la conciencia del sujeto se deben, porque los adquiere— son los únicos que existen en el Universo. ¡Nace el Hombre-Cósmico que hecha abajo todos los falsos **determinismos** haciendo añicos los teológicos! ¿Qué más puede desear el Hombre racional, positivista, que hasta hoy ha estado defendiendo el **determinismo** basándolo en el concepto **causa-efecto**? Mientras todos los demás determinismos religiosos se derrumban, estrepitosamente, sin

quedar ni polvo de los mismos, él salva—salvamos—lo esencial de sus concepciones: el **materialismo**. Ha evolucionado: antes basábase en la **causa** como origen del movimiento, pero ahora halla, por fin, el concepto que lo sustituye con ventaja, definitivamente, fortaleciendo su posición ideológica, su criterio racionalista —humanitario o científico— humano. Y lo descubre, precisamente, en él mismo, «fuente» de todos los dinamismos psicológicos superiores: la **coacción**, potencia psíquica propulsora tan intensa como lo sea la necesidad —o necesidades— que tenga el Hombre de satisfacerla.

Toda actividad o acto del sujeto, más o menos complejo, responde a una **necesidad**, vital o no, con la **coacción** concomitante en grado que corresponde a la intensidad que aquella es sentida, siguiéndole la **ejecución** y la **satisfacción** que experimenta al lograr satisfacerla. No cabe corolario más racional: **necesidad - coacción y ejecución - satisfacción**, y no el seco concepto: «no hay causa sin efecto, ni afecto sin causa». Por poco que se reflexione se comprenderá que éste es maquinismo puro extraño a la vida humana y, en general, a la **Existencia Universal**, con elementos y componentes tan cambiantes. Decimos extraño a la vida humana, en particular, porque el **acto-máquina** o movimiento maquinales cesa al conseguir el objetivo, al término de una labor o de una tarea determinada, mientras que la **satisfacción** psíquica-mental prosigue después de ejecutado un trabajo, una obra de arte, técnica o científica, etc.

Ciertamente, al satisfacer el individuo humano una **necesidad** creadora o constructiva —incluso instintiva—, pese a quedar paralizado el factor psicológico **coactivo** se prolonga el gusto o la **emoción** por lo que realizó con empeño, más o menos apasionadamente: continúan las **satisfacciones** estéticas, morales, efectivas e intelectuales, persistiendo algunas hasta el fin de sus días.

Con respecto al comportamiento del hombre, en particular, basta, a nuestro entender, constatar, en nosotros y por nosotros mismos, los precisados procesos filiológicos y psicológicos para rechazar que el **determinismo** con su concepto **causa-efecto**, de complejo o estímulo-respuesta, pueda describir la conducta global del sujeto en la situación —o situaciones— psicológicas que vive en relación con el mundo que lo rodea. De lo erróneo que resulta diagnosticar por el concepto de complejo ya hablaremos en otro trabajo.

Querer satisfacer una **necesidad** cualquiera, vieja o nueva, periódica o permanentemente, es **sentirse** el individuo humano **coaccionado**, por la **necesidad** misma, a **satisfacerla**, en el grado que desea o necesita, recurriendo a todos los medios. Por otra parte, la universalidad del concepto **necesidad-coacción y ejecución-satisfacción** permite sea aplicable a todas las necesidades del Hombre: orgánicas o fisiológicas, de trabajo, artísticas, científicas, técnicas, sociales, económicas, culturales, etc., incluyendo su más compleja necesidad de última hora: la de controlar, dominar y aprovechar las fuerzas cósmicas.

Que los especializados, con su docta voz y preclara

inteligencia, lo prueben y lo expliquen con términos científicos, pero nosotros —el que escribe con los que así piensan—, libertarios, aunque profanos, no nos abstenemos de decirlo desde las columnas de CENIT, por primera vez, rompiendo el silencio y lo tradicional, con lo que creemos verdad: que el reinado absoluto de los determinismos y del concepto causa-efecto ha llegado a su fin. A éste, repetimos, lo sustituye la precitada concepción científica-humana válida para el sujeto y para cuanto lo circunda: desde el átomo y sus partes al Universo, como afirma Verner Heisenberg, desde el punto de vista físico-matemático, con su célebre fórmula.

La verdad resplandece más vivamente al no existir contradicción, y menos oposición, entre sus innumerables componentes.

Las conclusiones se sobreentienden: no debiéndose la materia cósmica a una **causa**, ni a una **necesidad** de existencia, el **determinismo** ha de desvanecerse en las mentes que lo «crearon» al quedar sin el principio fundamental en el que pretendía apoyarse; que, sin embargo, en el seno del Universo, de la materia cósmica, sin principio ni fin, sin **causalidad** ni **continuidad**, imperecedera, si pueden combinarse infinitas formas de ser, con o sin la intervención del Hombre, pero con una influencia cada día mayor del mismo en la organización y dirección cósmica; que el Hombre-Cósmico es el único capaz de «crear» más y más necesidades, de todas las clases, malas y buenas, y el que estas últimas predominen para elevarlo a niveles psicológicos superiores constructivos, estables, también de él depende.

Desde las cavernas cuanto el Hombre imaginó o intuyó lo llevó a cabo audazmente. En nuestros días, al alcanzar la categoría de Hombre-Cósmico, se **siente** capaz de realizar las empresas que, más que arriesgadas, parecen irrealizables fantasías de su pensar y sentir soñador.

También puede realizar lo mejor, lo que más importa que comprenda hoy: cuán urgente es que tantos esfuerzos se dediquen al bien común, y que más que Hombre-Cósmico sea **Ser Humano**, más humano, siempre más humano su comportamiento en la vida social.

Como en todas sus actividades cuando los Hombres sensibles, sin «complejos», **coaccionados por la necesidad de humanitarismo**, decidan que lo primordial es vivir sin temores eliminarán a los regímenes de los Estados guerreros —a **conciencia** que todos lo son, porque se inspiran en el principio de autoridad— y a la propiedad privada. Nada ha de quedar en pie de lo que representa violencia organizada de los menos contra los más —los trabajadores—, ni a la inversa, egoísmos insanos, odio, brutalidad y crueldad, destrucción y muerte.

Es hora que nos decidamos a prescindir de todos los factores psicológicos y sociales negativos, de infelicidad, para disfrutar de libertad y bienestar, de Paz y Equidad. Los que temen a la Libertad piensen que lo más temible, cada día, es la Autoridad. ¡A conquistar la tan ansiada Armonía Universal por la que luchamos los libertarios para bien de España y de toda la Humanidad!

Los «modernos» abominan francamente del «clasicismo»

LEMENTABA Proudhon, en una de sus correspondencias íntimas, que las letras de molde **no tengan alma**. Un alma capaz de transformar su docilidad negativa y peligrosa.

Y tenía razón. Siguiendo la metáfora proudhniana, es una verdadera lástima que las letras de molde digan siempre todo aquello que a cualquiera se le ocurra obligarlas a decir. Es una lástima que traduzcan con idéntica precisión los absurdos más gigantesecos que los destellos más sublimes. Y que de igual modo vehiculen la barbarie en su expresión más baja, que las magnificencias de la más alta cultura. Y que lo mismo sirvan a los señores para justificar su despotismo, que a los esclavos para justificar sus santas rebeldías. Y que, simultáneamente, sean utilizadas por los mantenedores de la iniquidad y por los enamorados de la justicia.

Sí. Es una lástima que puedan emplearlas, indistintamente, los sisifos del ideal para entonar himnos de fuego a sus principios, y los Tartufos para cubrir con elegante velo sus grotescas volteretas y sus infamantes apostasias, presentándolas como la evolución racional de unas convicciones que jamás tuvieron...

..

En unas notas preliminares a la historia de la revolución y la guerra de España, se dicen varias cosas —de verdadero bulto— que merecen ser recordadas. Porque si el sofisma campea en sus formas más burdas en aquello que ha de ser punto de apoyo de una historia determinada, la historia será falsa de punta a rabo. Y en una historia falsa se desnaturaliza todo: los acontecimientos, los principios que sirven de motor al hecho historiado, y las actitudes de los hombres que en él intervinieron.

Sin el peligro de las funestas derivaciones que ciertos modos de enjuiciar pueden tener mañana, acaso fuera lo mejor pasarlos en silencio, considerando que no vale la pena molestarse y que es inútil pediles peras al olmo. Pero pueden tenerlas muy graves al reanudarse la marcha, puesto que no ofrece duda que, tardando un poco más o un poco menos, será reanudada.

Es preciso levantarse contra aquellas sofisticaciones encaminadas a justificar lo injustificable. Es preciso sostener que no entroncan en ningún sentido con el espíritu revolucionario. Es necesario demostrar que la postura que ellas marcan está a los antipodas del anarquismo. Es indispensable que no quede en pie ni uno solo de los mil equívocos que vitriolan la fisonomía de nuestras tendencias, mantenidos, en general, por los fabricantes —*prodomo sua*— de nuevas virginidades... imposibles.

..

«El imperio de las frases hechas no es una realidad sólo en los ambientes de la rutina cotidiana, perezosa y conservadora. Incluso en los movimientos revolucionarios aparece más a menudo de lo que uno se imagina, dirigiendo de una manera tiránica a los individuos y a las colectividades. Generalmente no se reflexiona, no se medita cuando se habla y cuando se obra. El peso del ambiente, los hábitos mentales, los automatismos adquiridos realizan la función que debería corresponder en todo instante al pensamiento libre y alerta.

Cuando se preparaban las elecciones de febrero de 1936, nos encontramos ante un dilema que la rutina habría solucionado sin estremecimiento alguno, pero que, con un poco de reflexión y cordura, ofrecía un panorama preñado de consecuencias funestas.

Si proseguíamos o nos reafirmábamos en nuestro abstencionismo electoral, dábamos, sin duda alguna, el triunfo a la dictadura propiciada por Gil Robles. Y dar el triunfo a Gil Robles equivalía a sancionar la prosecución de las torturas de octubre y el mantenimiento de treinta mil hombres en las cárceles. Teníamos, según la actitud que adoptara, las llaves de las prisiones y el porvenir inmediato de España. Si triunfaba Gil Robles y asumía legalmente el poder supremo, entrábamos en un período de fascismo con apariencia legal. Si nos declarábamos partidarios de intervenir en las urnas para aumentar las perspectivas de las izquierdas, se nos habría podido acusar de hacer dejación de nuestros principios. Las frases hechas del antiparlamentarismo pesaban como montañas alpinas en las decisiones de nuestro movimiento...»

Resumamos por nuestra cuenta, ya que no vale la pena seguir transcribiendo. Algunos militantes reunidos en *petit Comité*, después de muchísimos años —según rezan las notas preliminares que comentamos— se atrevieron a hablar sinceramente. Es la confesión tácita de que hasta entonces, o sea mientras hablaban del antiparlamentarismo y del antielectoralismo, habían sido siempre hipócritas. Sus palabras habían estado siempre en pugna, hasta aquel momento, con sus convicciones y con sus sentimientos. Les ahogaban las frases hechas. Transigían, por falta de energía para rebelarse contra ella, con la rutina que se niega sistemáticamente a intervenir en las elecciones.

Es esto lo que se confiesa paladinamente. Y aquellos militantes, tras haber hablado con sinceridad por primera vez después de muchísimos años, optaron por una fórmula en *casus belli* permanente con la más elemental sinceridad, con la entereza que caracteriza a los revolucionarios, con el valor cívico de que a lo largo de su historia ha hecho siempre gala el anarquismo. Hamlet era el director

espiritual de sus actitudes. No se atrevieron a sostener abiertamente sus más íntimas convicciones. Y en vez de decir a los trabajadores, como siempre se hiciera hasta entonces: ¡Desertad las urnas!, explicando con elevados argumentos de transformación social el significado del voto, se les dijo: **Esta vez nosotros no podemos aconsejaros que no votéis.**

¿No era aquella una forma cobarde de decir: ¡Votad, trabajadores! ¿No era su equivalencia matemática?

..

¡Las frases hechas del antiparlamentarismo!

¿No notáis la orgullosa altanería que esas palabras encierran? ¿No percibís el tufillo de un **no se sabe qué** indefinible que caracteriza al **magister** o al sabihondo incomprendido?

¿No os parece que en el fondo de esa arrogancia sin fondo palpita con fuerza aquel simpático eclecticismo en virtud del cual lo mismo es exaltado el anarquismo a las nueve, que se le combate sin miramientos a las diez, que se intenta una hora más tarde en formas destempladas, bien que discretas, ponerle en ridículo?

Salta a la vista que los «modernos» abominan sin reservas del «clasicismo» lo vituperan, lo escarnecen, convencidos de que la **modernidad** estriba en no contraer compromisos en ningún sentido. Consideran que cualquier compromiso estorba para vivir a la que salta en el terreno de los principios.

¿Puede calificarse de exagerada o ligera la afirmación de que determinados conceptos reflejan el más completo galimatías e inducen a pensar en el desequilibrio? En casos semejantes lo sano es no pronunciarse, ni por el desprecio ni por la conmiseración, sin ver antes qué es lo que dicen los antecedentes clínicos.

Porque resulta inconcebible en seres normales el desenfado con que la **superhombria** extiende certificados de cretinismo a cuantos mantenemos, sin quitarle ni una tilde, el concepto, inconfundiblemente libertario, de las falsedades, de la inutilidad absoluta y de la significación autoritaria del sufragio universal, contra aquellos anarquistas de nuevo cuño que, situándose a extramuros de toda la experiencia histórica y cerrando los ojos a todas las realidades de nuestros días, respaldan —nada más que circunstancialmente!— uno de los puntos medulares de la teología estatal. Y reputan absurdo mantener **criterios rígidos**.

Es abiertamente sofístico hablar de las elecciones en la forma que se hace. Es descabellado sostener que el hecho de intervenir en ellas es digno de encomio o es abominable, según las circunstancias de tiempo, de medio o de lugar. Y habrán de ser los rabadanes de más alta categoría los llamados a decidir en cada caso lo que más convenga hacer. ¿No es así? Por consiguiente, las cosas, las situaciones, los principios, el sentido de la coherencia, etcétera, dejan de tener un valor **per se**. Ese valor queda subordinado al justiprecio de unas cuantas notabilidades.

¿Cuándo, dónde y por quién fueron sostenidas semejantes barbaridades en nombre del anarquismo? Nunca, en ninguna parte y por nadie. Si al-

guien se hubiese atrevido a ello, habría sido retirado **incontinenti** de la circulación en nuestro campo. Porque, a despecho de cuánto ergóticen los cantores afónicos del **nuevo modo**, se zapan las bases del anarquismo, se le presenta en formas totalmente caricaturescas, se siembra una confusión espantosa y no hay medio de entenderse.

Y así resulta que, además de sofística a todas luces y en extremo peligrosa, la postura de quienes aprueban en **determinados casos** la intervención en las elecciones, es de una vacuidad escalofriante.

Hemos de verlo al examinar al detalle las **razones** que aducen para justificar lo injustificable.

..

Pero es oportuno recordar antes lo que en 1936, polemizando sobre el mismo asunto —y refiriéndose concretamente a las elecciones españolas del 16 de febrero—, decía «L'Adunata», ya que no tiene vuelta posible de hoja:

«... Cada uno de nosotros profesa principios que varían más o menos; pero los principios que cada uno profesa constituyen el lineamiento de su identidad política, o revolucionaria, o moral. El individuo sin principios es un individuo sin identidad, dispuesto a adoptar en cada circunstancia de la vida actitudes diversas, sin otro nexo entre ellas que el capricho o el interés de quien las adopta. En política semejante individuos se llaman camaleones, volatineros o **girouettes**.

Por el contrario, se llaman anarquistas aquellos individuos que profesan en común determinados principios fundamentales rigurosamente indispensables para caracterizar su anarquismo. Tales principios —y no otra cosa— constituyen los lineamientos de su identidad anarquista. Quien los repudia, en todo o en parte, puede llamarse anarquista si le da la gana, pero en realidad no lo es. Las opiniones personales de cada anarquista pueden variar al infinito sobre una multitud de cuestiones, pero todos los anarquistas que son tales coinciden plenamente acerca de unos cuantos problemas fundamentales importantísimos.»

Y luego, para dejar sin puerta de salida a ese eclecticismo admirable que sin probidad y sin conciencia se propone establecer —¡siempre de manera circunstancial, huelga decirlo!— imposibles, absurdas armonías entre la ayuda al Estado y las tendencias que lo niegan y que en esa negación encuentran la esencia misma de su naturaleza, añadía «L'Adunata»:

«Los principios son, pues, algo más que opiniones individuales. Son la definición de donde arranca una línea particular de pensamiento y de conducta, y tienen en las ciencias sociales la misma evidencia y la misma función que en las ciencias experimentales tienen las leyes naturales.»

No hace falta decir más para demostrar que aquello de las **frases hechas del antiparlamentarismo** que caracterizan a la **rutina**, una agresión de quienes se han librado del **prejuicio de los criterios rígidos** y una procacidad que sólo puede ser tolerada porque es irresponsable.

El afán desmesurado de cohonestar uno de esos oportunismos destinados a producir más estragos

que cien epidemias y que están en oposición irreductible con el anarquismo, se atreve a todo.

Veámoslo a través de sus alegatos con motivo de lo sucedido en España a raíz de las elecciones del 16 de febrero 1936.

..

Desde luego, los presos no eran treinta mil, ni veinticinco mil, ni veinte mil, y ni siquiera quince mil. Pero su número es lo que menos importa al fondo del asunto. ¿Desde cuándo medimos nosotros la injusticia por su alcance cuantitativo? ¿Es que treinta mil no son treinta mil veces **uno**? ¿Cómo se explica que nunca se haya pensado hacer por **uno** en elecciones anteriores, o por cincuenta, que eran siempre otras tantas veces **uno**, lo que en el caso que examinamos se hizo buscando la justificación en el hecho de tratarse de un grupo mayor de veces **uno**? ¿Es que hablábamos por capricho, sin ton ni son, estúpidamente al afirmar millones de veces que mientras haya «**uno**» **victimado por la injusticia, la injusticia amenaza por igual «a todos»**?

¿Es que alguien consideró jamás lícito, serio, coherente, digno luchar contra la tiranía —respaldada en infinidad de casos por el Parlamento— por medio del parlamentarismo?

Si los presos eran treinta mil cuando las elecciones de febrero del 36, había treinta mil razones más que de ordinario abogando por el mantenimiento riguroso del abstencionismo. ¿De qué se trataba en suma? Lo hemos visto ya. Eran dos los fines perseguidos. Por una parte, la liberación de los presos; por otra, impedir que Gil Robles, asumiendo legalmente el poder supremo, entráramos en un período de fascismo con apariencia legal.

¡Oh, santa simplicidad! ¿Qué pretexto les quedaba a los **despreocupados**, a los eclécticos, a los que parten en guerra contra las **frases hechas del anti-parlamentarismo**, para intervenir en las elecciones no pudiendo batir el parche de los treinta mil presos?

Está ya probado que los trabajadores españoles no votan, en general, cuando en las campañas anti-electorales les dicen los anarquistas que no voten. En 1936 votaron porque se les dijo que **esta vez** no les podían decir que no votaran. Cuando votan, es forzoso que triunfen en las urnas las izquierdas, y las derechas cuando sucede lo contrario. Y como quiera que el triunfo de las derechas implica siempre el peligro de un fascismo franco o larvado, la conclusión aparece clara como el agua clara: el único medio viable de evitar esa contingencia... **por los medios legales**, consistirá en votar por las izquierdas en todas las elecciones.

Si nuestras derechas supieran ser más positivamente conservadoras —a la inglesa, por ejemplo— y hubiesen hecho caso de las previsiones de Lerroux, quedaba desbaratadas en un momento todas las combinaciones intervencionistas, volando en fragmentos todos los pretextos.

Supongamos que dos o tres semanas antes de las elecciones de febrero, el gobierno que tenía a su cargo la sangrienta represión de Asturias hubiera lanzado un manifiesto al país concebido en los siguientes o parecidos términos:

«Obligados a mantener el orden y el imperio de la ley, cuando el orden se altera, y la subversión gana la calle, y la ley es violada, hemos probado ya tener la mano de hierro. Pero cuando el espíritu público entra en una etapa de sosiego y todo indica que no han de repetirse los dolorosos hechos pasados, sabemos poner nuestra magnanimidad a la altura de nuestra rudeza. Por consiguiente, lo mismo porque el gobierno sabe olvidar cuando ya nada le obliga a cumplir la triste obligación de no detenerse ante ciertas severidades, que por desear que intervenga el mayor número posible de ciudadanos en la próxima contienda electoral, ejercitando el derecho ciudadano de votar, ha decretado una amplia amnistía que devuelve a sus afectos y a sus ocupaciones ordinarias a todos los ciudadanos que sufren condena a raíz de los acontecimientos de octubre de 1934.»

De todos modos, la liberación de los presos dejaba en pie, con todas sus posibles consecuencias, la seguridad de una etapa fascista. ¿Qué tendrá que ver que sea establecida legalmente o no?

¿Cuál habría sido en tal caso la conducta de quienes estiman que no obliga a nada **el imperio de las frases hechas**? Después de rebelarse contra la ortodoxia de las frases hechas, cayendo en la ortodoxia de todos los sostenedores de la autoridad y del privilegio, enemigos jurados de las finalidades que persigue el anarquismo, ¿cuál habría sido su actitud?

..

Probablemente, seguir cavándole la fosa a la libertad-única virtud que tiene el voto electoral, por ser una forma positiva de colaboración con lo estatuido —so pretexto de salvarla. No es admisible que decidieran apelar entonces —con **menos motivo**, por estar libres ya los presos, y habiéndoseles ido de las manos uno de los más poderosos acicates, uno de los más importantes factores psicológicos que empujan a las multitudes— a la acción revolucionaria.

¿Con qué autoridad moral podían hacerlo aquellos que poco antes aconsejaban —¡por una vez!— el sometimiento voluntario —que es el más degradante de todos— a una legalidad que consagra la dominación del hombre por el hombre y la sublevante injusticia del privilegio, sus tentáculos principales del actual sistema?

¿Con qué autoridad moral podían hacerlo quienes acababan de afirmar —de manera que no por ser indirecta era menos efectiva— que la acción parlamentaria tenía más virtudes, por lo menos en aquel caso concreto, que el esfuerzo del pueblo?

¿Con qué autoridad moral podrán hacerlo mañana aquellos que ayer pusieron todo el empeño de su voluntad en asegurar a los esclavistas el estúpido consenso de cuantos permanecen uncidos a su férula odiosa?

Las tendencias de extrema izquierda social no incurren jamás impunemente en determinadas contradicciones, ya que su prestigio sale minado de ellas. Y no tienen derecho a olvidar en ningún caso lo que les han dicho millones de veces a los trabajadores en millones de artículos y discursos,

negándolo rotundamente a la hora precisa en que más conviene y es más saludable tenerlo en cuenta.

La historia del sufragio universal se resume en pocas palabras. De nuestros labios y de nuestras plumas la aprendió el pueblo: Primero, luchas cruentas para conquistar ese **sagrado derecho**. El Poder lo niega. Después, ese derecho es codificado. El pueblo lo ejercita esperando sus milagros. Más tarde, el pueblo, desilusionado, viendo ya claro que nada puede esperar de aquello, se vuelve poco a poco de espaldas a las urnas. El anarquismo, con sus demostraciones palmarias y persistentes, contribuye poderosamente a ello. Y por fin llega el momento en que el ejercicio de aquel derecho, antes negado, se torna obligatorio.

¿Se necesita más para afirmar de manera categórica que intervenir en las elecciones —una o cien veces— es abiertamente negativo?

El **modernismo**, sin embargo, considera que todo esto es **peccata minuta**. Pero quedan otras cosas que obligan a preguntar: ¿para cuándo la revolución propiciada por los anarquistas? Porque si el hecho de triunfar las derechas en una contienda electoral significa la amenaza de un período fascista, lo mismo puede decirse —y con más razón— de una tentativa revolucionaria sin fortuna, seguida del fracaso. ¿Es que basta para considerar que **todo está perdido**? ¿Es que ello justifica el propósito de dejar a la revolución... **in soffita**? ¿Qué revolucionarismo es ese que ningún revolucionario que haya pensado seriamente en la urdimbre de las revoluciones es capaz de comprender? ¿Qué nombre merece en realidad?

Las revoluciones no estallan jamás mientras el pan abunda más o menos, y existen en mayor o menor escala la seguridad, y el Poder respeta hasta cierto punto las libertades y los derechos conquistados a través de cruentas luchas.

Las revoluciones estallan siempre en períodos de miseria, cuando la iniquidad amenaza a todo el mundo, cuando las cárceles están abarrotadas de gente y cuando el despotismo aprieta brutalmente las clavijas.

Por consiguiente, y aun cuando nuestras afirmaciones hagan brincar de indignación al **modernismo**, en el sentido revolucionario, convenía que las elecciones de febrero dejaran sin representación parlamentaria a los elementos de izquierdas —únicos de quienes espera todavía más o menos un pueblo que odia entrañablemente a las derechas y sabe que de ellas no puede venirle otra cosa que **misericordias** y cadenas— y los supuestos treinta mil presos en las mazmorras. Los pueblos se disponen a la acción directa cuando han perdido el último vestigio de su fe en la legalidad. Con Gil Robles en el Poder y sin oposiciones parlamentarias, esa fe se hundía estrepitosamente.

Por consiguiente, o la C.N.T. era el gigante con pies de barro de que se habló por alguien un día y el anarquismo español no servía para nada, o aquella era una oportunidad superior a todas las precedentes para una tentativa revolucionaria a fondo.

Y lo era. Indiscutiblemente. Para negarlo hace

falta haber perdido toda confianza en la acción del pueblo, que es quien lo hace siempre todo, esperar todavía algo de la acción parlamentaria y sentirse dominado por el convencimiento de que son **las generaciones futuras** las encargadas de encarrarse definitivamente con el capitalismo y con el Estado con propósitos de transformación social inmediata. Hace falta, además, no tener la menor prisa.

Y cuando es ese el estado anímico de los individuos, lo mejor que pueden hacer es buscar acomodo en un partido político, a fin de convertirse en electores regulares y regularmente elegibles.

..*

A dos años fecha de aquel traspié gigantesco del anarquismo español y de la C. N. T., que **mermó** en proporciones incalculables el prestigio de que gozaban en el Universo entero, uno de los que entonces hablaron por primera vez con **sinceridad** después de **muchísimos años**, con la misma soltura que ofreciera ejemplo al referirse a **las frases hechas del antiparlamentarismo**, hubo de escribir las siguientes palabras:

«... Hoy podemos reivindicar aquella conducta, nueva (¡y tanto!) en el movimiento libertario mundial, y afirmar como exactos nuestros puntos de vista de entonces. Sin la victoria electoral del 16 de febrero no hubiésemos tenido el 19 de julio. Los esfuerzos de algunos pseudo-puritanos para contrarrestar nuestra manera de ver, fueron frustrados fácilmente.»

De manera, pues, que ni siquiera hay contricción. Mañana se repetiría sin titubeos la suerte. El tiempo transcurrido no ha bastado para que triunfe la razón serena, ni para que determinados individuos se dieran cuenta de la pugna estridente, irreconciliable, absurda entre su conducta y los principios en cuyo nombre pretenden seguir hablando.

Sin embargo, hay un punto en que, a pesar de las enormes distancias morales y políticas que nos separan, coincidimos con ellos.

Es cierto. Sin el triunfo electoral del 16 de febrero, no habríamos tenido el 19 de julio. De acuerdo. Totalmente. Sin reservas. Pero nosotros sacamos de ello una consecuencia muy distinta a la del **modernismo**. Nosotros afirmamos que sin aquel triunfo electoral **habríamos tenido un 19 de febrero**, con mil ventajas positivas, indubitables, concluyentes, que nos faltaron el 19 de julio, puesto que **de febrero a julio la reacción puso en orden todos los elementos necesarios para ganar la partida, en tanto que nosotros disponíamos de idénticos elementos, sin medio de aumentarlos, en la segunda que en la primera de esas dos fechas.**

¿Cómo poner en duda tan formidable diferencia?

Por lo demás —y conviene repetirlo—, o se niega rotundamente que la perspectiva del fascismo engendraba en España fermentos indescriptibles y que el anarquismo y la C. N. T. no constituían una fuerza ni irradiaban en la forma que hemos dicho siempre, o es obligado admitir que la derrota de las izquierdas en las elecciones de febrero habrían anticipado de cinco meses los acontecimientos del 19 de julio.

EUSEBIO C. CARBO

Claude Tillier

CLAUDE TILLIER nació en Clamecy (Francia), durante el año 1801. Era su padre un pobre cerrajero. La inteligencia precoz del pequeño Claudio habiendo sido observada, su villa natal le otorgó una beca, la cual le permitió hacer estudios secundarios. Dinero bien colocado : le debemos dos obras maestras : « Mi tío Benjamín », « Bella planta y Cornelius ». Dinero lamentablemente empleado : espíritu y carácter independientes, Claudio Tillier no podía labrarse un porvenir en aquella sociedad francesa que ya, hace cien años, perseguía como a dos enemigos, al pensamiento libre y a la dignidad individual.

Obrero, Tillier habría vivido como su padre en una sombra protectora. Intelectual y desprovisto de las cualidades del perfecto lacayo, murió a los 43 años, luego de una existencia casi siempre miserable.

Pasante de colegio, luego profesor al par (es decir, sin otro salario que la comida y el alojamiento) en una institución de enseñanza, no es bastante servil ante los alumnos ricos y ante los señores superiores. Por dos veces se hace despedir. Entonces a menudo le ocurre de no comer y, cuando tiene donde dormir, de no levantarse para menos sentir los agujones del hambre.

Después de su servicio militar, es por algún tiempo director de una escuela comunal. No es sólo con los jesuitas donde hay que ser dócil como un cadáver. Ese funcionario se permite, ¡oh horror!, reflexionar sobre los métodos y sobre los programas que se le imponen. Desde que su razón los condena, se niega a continuar embruteciendo a los alumnos según la fórmula oficial. Da su dimisión y abre una institución libre que por de pronto tiene éxito. Lo cual aprovecha para casarse y tener cuatro hijos.

Pero se dan cuenta pronto de que lo mismo trata a los escolares ricos que a los escolares pobres. La indignación de los padres ricos, el desdén de los padres pobres, le hacen perder, uno tras otro, a todos los alumnos. Nuevo período de miseria bajo el fardo, ahora, de una familia. Y como los amigos le reprochan de no saber conducirse en la vida, el desgraciado y honrado joven incurable, responde : «El lobo, cuando degüella al cordero también sabe conducirse en la vida.»

Se hace periodista. Su diario « La Asociación » es una maravilla de malicia y de risa. Las actualidades son divertidas, excepto para los actores. Y en folletón da su obra maestra de sana risa, « Mi tío Benjamín ». Aun para divertirse, el público no consiente fácilmente subir hacia el pensamiento y la risa, si ésta no es ingenua o vacía, o que no atente contra alguna estupidez o alguna injusticia proclamadas sagradas. El diario no obtiene mucho éxito y muere en seguida bajo el peso de las multas.

Claudio Tillier no se sobrevive mucho : la tuberculosis y la miseria se lo llevan en 1844.

Su póstumo destino es por mucho tiempo oscuro e injusto como su vida. Este hombre que había tenido verdaderamente espíritu, vio triunfar a todos los mediocres de su época. Porque su risa contiene pensamiento y noble rebeldía, medio siglo después de su muerte, nuestra dulce Francia, siempre a la vanguardia, como se sabe, en los caminos de la justicia, de la belleza y de la civilización, ignora aún la obra de Claudio Tillier. Por lo tanto existían algunas ediciones francesas de « Mi tío Benjamín », pero para el exclusivo uso, parece, de los romandos y los walones y una traducción, excelente según se afirma, hizo la obra popular en Alemania. « Mi tío Benjamín » ha terminado por ser leída en Francia; pero se obstinan los franceses en no dar igual mérito a « Bella Planta y Cornelius ».

Los pocos fragmentos de estas dos obras y de los « Pamfletos » que se leerán en el presente folleto lejos están de ser los solos en donde se expresa la rebeldía y el buen sentido, contra la tontería religiosa. Pues se encuentra en Claudio Tillier tanta risa valiente contra la estupidez de nuestros jueces, como contra la pesada insensatez de las autoridades políticas.

NOTAS :

Prefacio de Han Ryner a un folleto de Claudio Tillier.

Existe una traducción española de « Mi tío Benjamín » editada en Edimburgo y, hoy agotada. « Mon oncle Benjamín », en francés, tiene su merecido lugar en nuestras bibliotecas, al lado de las obras de Rabelais y de los grandes reidores de la historia. — V. M.



La estatificación del hombre

TODAS cuantas observaciones hamecos nos muestran que el Estado es absorbente de los movimientos humanos. El pensamiento centralizador, desde el desenvolvimiento hogareño a la orientación política de contenido nacional, no concede facultad de independencia de ninguna clase, donde pueda ejercerse la propia voluntad del hombre.

Las tendencias de los Estados se orientan a superar sus facultades; la super-estructura es ambición de todos ellos. Quienes penetren en la intimidad de sus proyecciones, al instante se darán cuenta de los diseños modernos, cuyos alcances son de dimensión internacional.

Hasta muy recientemente, los Estados nacionales decían gozar de cierta independencia, en todo lo concerniente a su existencia, para orientar a su respectivo país; esta característica dejó de existir. Demócratas o dictadores, por grado o por fuerza, buscan trabazones que les fortalezcan, que garanticen sus dominios, que vitalicen su existencia. En busca de cuyo fin, el denominador que les es común es la centralización de todos los recursos humanos y naturales.

Todas esas prerrogativas tienden a establecer límites cada día más opresores para el hombre; lo que éste deja de sí, en sugerencias y libre determinación, el Estado lo gana para su propio robustecimiento. Es una función arrolladora que efectúa, en cumplimiento de su fundamental misión, tendente a fortalecerse, sin mirar si deteriora o no valores personales.

«Todo individuo debe disfrutar de un grado de libertad, todo lo perfecto o que sea compatible con el privilegio igual de otros individuos».

Aunque Spencer quiso condicionar la existencia del Estado, jamás hizo patente en el hombre el derecho a ignorarlo. Si el pensamiento que acabamos de citar no tiene cabida en la estructura estatal, los opuestos se hallan fácilmente en la argumentación que establece. Ningún sistema estatal comprenderá que los individuos pueden y deben ser equivalentes a sus libertades. Frente a ese razonamiento, a ese anhelo y a esa práctica, propia de hombres sensibles y condescendientes en alto grado, se levanta la pretensión de un Poder que pretende serlo todo.

El pensamiento spenceriano, sobre la facultad del Estado para con los derechos y libertades del hombre, fué erróneo. Si bien el autor de «El Universo Social» demostró ser agudo psicólogo, no alcanzó el grado de penetración que permite ver lo que el estatismo pretende y puede hacer. Sus bosquejos filosóficos tienen el extraordinario mérito de acuciar el pensamiento; pero sin llegar a comprender que

el Estado no razona, que sólo confía en su fuerza, y que las condiciones que se le antepongan las anulará tan pronto como pueda hacerlo.

La integridad estatal siempre descansará sobre la desintegridad individual; todo cuanto se cede al Estado se sustrae al individuo. Premisa equívoca; ante ella, las aspiraciones de personas que sienten similares inquietudes, en aras a las prerrogativas del Estado no pueden tener vínculos directos. De ahí que, la eficiencia de esa sociología del pensamiento humano, de ese calor entrañable que de hombre a hombre puede aplicarse, quede reducida y mixtificada por la intervención del factor estatal.

Los fundamentos de reciprocidad bienhechora, al interceder algo que impide la libre y espontánea trabazón, no se canalizan por las vías que pretenden aquellos que más las sienten. Y esto equivale, a más de un retardo en realizaciones que el hombre puede efectuar para su comodidad, una alteración psicológica que malea mucho.

Por los ejemplos que de tal guisa se dan, podemos persuadirnos de que la esfera de actividad estatal no puede originar y alentar pensamientos generosos; tampoco sentimientos benévolos. En aras al respeto que el hombre merece, jamás el Estado arbitrará límites donde sus prerrogativas queden inactivas; el estatismo se cree con facultad y derecho a serlo todo, a estar en todas partes, a dominarlo todo. Su misión es estatificar, y como quiera que el hombre constantemente se halla dentro de esa esfera estatal, el Estado lo juzga como propiedad suya, sin derecho a deliberar sobre mejores formas de existencia.

La teoría spenceriana, todo y admitiendo la lenta evolución tendente a la desaparición del Estado, carece de lógica social para llegar a tal fin. En el supuesto de que históricamente hubiese sido indispensable la existencia del estatismo, ¿cuáles debieron ser sus atributos legítimos? Quienes estudiaron este fenómeno nunca se pusieron de acuerdo. El sociólogo Ward, contrariamente a Spencer, defensor de las más amplias y elevadas potestades estatales, estudiando la evolución de los fenómenos sociales llega a la conclusión de que el Estado llegará a hacerse innecesario.

Con el autor de «Compendio de Sociología» nos hallamos ante un caso curioso y sugestivo. La coherencia de sus análisis es única; y con tanta imparcialidad, aunque no con ritmo permanente de este sentimiento, que llega a la conclusión de que el Estado se hará innecesario, gracias a su método científico de estudio. En nuestro sentimiento toma asiento la impresión de que ese hombre, en cauces analíticos, y sin la salvedad permanente de que su persona se debía a un rango académico elevado de

LA VIDA Y LOS LIBROS

«Cuán verde era mi valle»
de RICHARD LLEWELLYN

CUANDO una novela sirve a Hollywood para realizar una película que marca un suceso comercial; y cuando se agrega a esto el hecho de que el libro ha conseguido un ruidoso éxito editorial en Estados Unidos y en América Latina, todo ello aconseja una actitud de prevención ante la obra. Las excepciones no dejan de ser anomalías. Parece que el cine americano necesitará una novela mediocre para producir una película que triunfe en la taquilla y, por otra parte, parece también que la condición exigida para que el lector estadounidense agote sucesivas ediciones de un libro, es la mediocridad literaria de éste. (Un ejemplo entre ciento: «Lo que el viento se llevó», operación comercial con saldo a favor de Hollywood y éxito editorial de la profusa y difusa Margaret Michell; otro caso semejante: «Rebeca», un lucrativo negocio cinematográfico, basado en un libro más lucrativo todavía de la inefable Dapne du Maurier. Sobrarán recordar que una y otra novela no pasarán a la Historia).

¿Quiere esto decir que la ley del número nada tiene que ver

con la literatura ni con el cine? Me temo que sí. Un espíritu irónico podría incluso formular la correspondiente ley: «El valor de un libro crece en proporción inversa a las sendas sonrisas del editor y el productor cinematográfico...» Ley que, si implica un escepticismo poco alentador en cuanto al buen gusto del público y la legitimidad de su aplauso, no por eso es menos lógica: los «records» editoriales y de taquilla son casi siempre un «record» de mediocridad. Y la mayoría, simplemente, el termómetro del mal gusto organizado.

«Cuán verde era mi valle» plantea un problema semejante. Su versión cinematográfica adquirió fama mundial y se proyectó en todas las pantallas de la tierra con memorable éxito. Y en cuanto a la aceptación del libro por parte del público americano, bastará mencionar como indicio significativo que, en Argentina, se agotaron ocho ediciones en siete años; calcúlese entonces cuál habrá sido la cifra registrada en Estados Unidos, el país de las sucesivas ediciones que inundan un mercado insaciable. Richard Llewellyn — cuya obra anterior, si existe, desconozco por completo — ha conseguido con su novela, en muy poco tiempo, un renombre mun-

dial: seiscientas páginas y varios metros de «film» han bastado para realizar el milagro. Un milagro quizás injusto, desconcertante, ilícito — Llewellyn es el hombre de un libro, el meteoro sin trayectoria conocida — pero milagro al fin.

Veamos ahora el valor de su novela. La infaltable propaganda que se ha hecho en torno a ella — y que más de un lector ha repetido en virtud de ese mecanismo reflejo que la propaganda sabe impulsar — afirma que la obra es poemática y cargada de lirismo. En rigor, puede decirse que la novela está recargada de lirismo: un lirismo, además, espeso y empalagoso por su generosa abundancia. Llewellyn es el poeta ingenuo — y aquí la ingenuidad roza la sensiblería — que canta la idílica paz de un valle; las antiguas tradiciones de una vida sencilla y rústica, exagerada en sus rasgos de pureza, le sirven para ofrecer un relato emotivo y tierno en el que sabe hacer gala de su copioso lirismo. Pero esa emotividad y esa ternura pierden su mayor fuerza en una técnica narrativa desprovista de sobriedad, carente de un sentido discriminatorio entre la sensibilidad y la sensiblería, entre el elemento auténtico y el convencional de lo poemático. «Cuán verde era mi valle» es una acuarela de colores recargados, algunos de cuyos tonos se acercan a la cursilería y rayan en el ridículo.

No por esto, sin embargo, el libro puede calificarse de cursi. Hay escenas que escapan a ese juicio, y que logran mantener una fuerza emotiva digna de aprecio. Lo lamentable en Llewellyn es su aceptación masiva de todos los recursos que tiendan a provocar una lágrima y, en general, a dirigirse a la sensibilidad del público; sólo plantea situaciones en la medida en que ellas pueden lograr un eco de ternura, una simpatía o antipatía emocionadas. Su deseo supre-

Estados Unidos, sus conclusiones habrían estado impregnadas de acratismo. Pero ya hemos quedado en que el Estado es absorbente.

La potencia que el Estado erige para sí se debe a múltiples factores. De todos ellos, el esencial es de carácter psicológico. Desde que el hombre nace, el interés preferente de todo estatismo es crearle un sólido complejo de obediencia; conseguido esto, el desenvolvimiento de todo sistema gubernamental resulta relativamente fácil. Lograda esa formación, que halla abono para su permanencia en todo el ámbito estatal, la rectificación de esa personalidad es tarea muy difícil. Liquidado ese período de existencia personal que permite una formación casi definitiva del hombre, sólo accidentes especiales de la vida podrán abrir la marcha de una rectificación que, por saludable que sea, nunca logrará depurar lo que el Estado le ha impuesto.

SEVERINO CAMPOS



mo parece ser la creación, en el lector, de un estado anímico predisuelto al sentimentalismo y a la intensidad dramática: su objetivo es emocionar, su máxima aspiración arrancar un sollozo. Y esta obsesión — que tiene en él tanto de fin como de medio — es justamente la que le hace perder un amplio campo de posibilidades: olvida lo imprescindible de una hábil graduación dentro del factor emotivo de una obra, y a fuerza de pretender mantener siempre una difícil intensidad, presenta en más de una ocasión páginas dignas de una novela por entregas. Quiere volar a cada instante y a veces las caídas son mortales.

Legendó uno la novela concibe uno perfectamente el éxito de su versión cinematográfica. « Cuán verde era mi valle » es el libreto ideal para conseguir una película capaz de imponerse al público. El alma de los personajes no

es demasiado complicada — recuérdese que la buena psicología es difícilmente filmable — el argumento es simple y al mismo tiempo rico en episodios, los conflictos planteados poseen en su totalidad una clave al alcance de la mentalidad común. Y además, un hecho categórico y preciso: el método de Llewellyn — quizás sea esa su mejor definición — es por excelencia « cinematográfico », profundamente y esencialmente cinematográfico. Su ritmo, sus diálogos, sus pasiones — todos sus rasgos tienen la característica inconfundible de un drama, si no concebido y construido para la pantalla, magníficamente adecuado para ella. Hasta el lirismo desbordante que en cada página, desde el principio al fin de la obra, es cualidad que el cine parece indicado para aprovechar, puliéndola sutilmente y refinándola sin quitarle lo medular. « Cuán verde era mi

valle » debe más a la cinematografía que a la literatura, mal que pese a la pluma de Llewellyn y a sus ambiciones de novelista.

Quede el libro como ejemplo de una técnica novelística supe-
rada. Un intento abortado — así quiero pensarlo, al menos — para resucitar un romanticismo ingenuo cuyo símbolo es el llanto; su único símbolo y su único lema. Esa explotación de lo emotivo, de lo lírico, de lo poemático, aparece en cada época como tímido ensayo para volver atrás y detener el tiempo. Richard Llewellyn ha querido desenterrar la novela romántica e idílica, el clásico poema de la rusticidad y el paraíso perdido, pero ha logrado solamente el libreto de una película. En literatura — una vez más hay que repetirlo — no existen los milagros ni las resurrecciones.

R. M. P.

PARA el común del público de hoy, la palabra Anastasia evoca la menor de las hijas del zar Nicolás II, cuya identidad, fundadamente o no, se arroga una anciana retirada en Alemania. Pero en los años de nuestra mocedad ese nombre designaba popularmente la censura gubernativa, tomándolo de los franceses y a recuerdo de la virgen de Sirmium que, en vano martirizada con tijeras cuando las persecuciones de Diocleciano, ganó la Gloria en la hoguera. Diego fuego, y ya piensan ustedes en el escrutinio del cura y el barbero a daño de la biblioteca de don Quijote, en los autos de fe, en las Inquisiciones y primores tales. Pero, sobre que en todas partes cuecen habas (digalo Miguel Servet, en la libre Ginebra; díganlo las luminarias nazis, de libros y cuadros), resulta que esa «anastasia» de las tijeras o el fuego es de todo tiempo, y muy anterior a la mártir cristiana. Ahí está Sócrates, invitado a darse muerte por «corruptor de la juventud»; ahí los filósofos presocráticos Anaxágoras y Protágoras, cuyos libros fueron dados a las llamas y que salvaron la piel con la huida. Valga, en fin, el testimonio que arrojan las quinientas y más páginas del concienzudo estudio «Censura en el Mundo Antiguo», ahora publicado con el pie de Revista de Occidente por el helenista Luis Gil.

Nacida con los barruntos del poder político, inapreciable arma para el Estado en cuanto se percata de la

Anastasia, la heroica y la otra

enorme fuerza propagandística que hay en una literatura hábilmente dirigida y también de los peligros inherentes a una falta de control, la censura deja muestras de sí en la Grecia arcaica, sirve a los «tiranos» para justificar su ilegítimo acceso al poder, enmienda al propio Homero y suprime pasajes de Hesíodo. Por miedo a la palabra escrita, dejó Esparta en meramente orales sus leyes y desterró a los maestros extranjeros y a los libros. Atenas, patria de la libertad, fue quien primero estableció la censura literaria: «contra los excesos del libre pensamiento y la sinceridad de las gentes». En beneficio de la Pax Romana, del imperturbable orden público que «al hacer desentenderse a los ciudadanos de los negocios públicos —apunta nuestro autor—, los torna egoístas, los induce a concentrarse en sus vidas privadas y favorece el afán de placeres y riquezas», el Imperio prohibía la circulación y tenencia de ciertos libros, condenándolos a la hoguera. Augusto, tan generoso con la literatura oficial y laudatoria, impedía los cantos a la antigua libertad o la crítica de su política; Tiberio desterró a los cómicos, a causa de sus alusiones que ovacionaba el público; a raíz de la conjura de Pison, la literatura enmudeció durante el resto del reinado del intelectual Nerón; Vespasiano deste-

rró de Italia a los filósofos y subvencionó a poetas y escritores para contrarrestar la propaganda de la oposición; Domiciano dio muerte al rétor Hermógenes y crucificó a los copistas que divulgaban su obra. Al liberalismo del siglo II sucede la decadencia de las letras latinas y griegas en el siguiente, como que de entonces fue intervenir la correspondencia y las informaciones de las provincias. las ejecuciones por un mero chiste o por interrogar al oráculo sobre la salud y sucesión del emperador, la destrucción de los textos cristianos y los libros de alquimia, la imposición de una censura organizada, el falseamiento, en fin, de la historia. Aunque la censura alcanzó a la postre menguados resultados, salvo donde iba respaldada por armas más eficaces, entiéndase la acerada dialéctica y la asistencia de razón.

Muy graves, en cambio, fueron sus efectos en el orden cultural. En primera, la pérdida de tantos textos clásicos, superficialmente atribuida hasta hoy a la incuria de los antiguos o a su desvío de obras que ya no estimaban valiosas y, por lo mismo, no se reprodujeron en nuevas copias. Y más sensiblemente la «dner-tia dulcedo», tristemente señalada por Tácito: «el enfermizo languidecer de todo pensamiento noble y erecto —explica el autor—, la pasividad intelectual a que obligaba el medio ambiente hostil, en un principio aborrecida y finalmente amada como una droga enervante». — M.

ALAS SIN CIELO

por **ABARRATEGUI**

PRIMER CAPITULO

Todos los capítulos de esta historia transcurren en la barraca de Elvira y Bernardo : aposento de pescadores, de dos solas piezas, una sobre la otra. La de abajo, cocina y todo, excepto dormitorio que está en el piso y al que se asciende por una rústica

escalera, como la de un palomar. Todo es blanco, pulcro, sencillo. Hay bronces y vistosas flores de papel y viejos retratos de padres y abuelos, que parecen esfumarse. El dormitorio tiene una amplia ventana que da al cielo. La puerta de la planta baja

se abre frente al mar. Y parece, en fin, respirarse en el ambiente un rico sabor de algas.

Abriendo bruscamente la puerta, entra con los la negra silueta de una anciana pletórica de energías perwersas. Es doña Reyes.

DONA REYES. — ¡Gaviota!

(El dormitorio se llena también de luz solar. Cubriéndose con discreto pudor, porque está en prendas interiores, Elvira se retira de la ventana, que acaba de abrir, dispuesta a vestirse).

ELVIRA. — Me llamo Elvira.

DONA REYES. — El dolor del miserere debiera ser tu nombre. ¿No bajas?

ELVIRA. — ¿Quién la llama a usted aquí?

DONA REYES. — Mi hijo.

ELVIRA. — Bernardo no regresa hasta el jueves.

DONA REYES. — Oye : mira cómo te brillan los bronces. ¿Quién te los limpia?

ELVIRA. — Ya le he dicho que Bernardo no está aquí. Salga de mi casa.

DONA REYES. — Te los limpia Jaime, lo sé. Viene todas las tardes, el muy simple, con el cuento de traerte limones y arenilla de la Cueva Blanca. Fíate de los tontos. Están llenos de lujuria.

ELVIRA. — Bueno, ¡y qué! Jaime me trae lo que quiere.

DONA REYES. — Te debiera traer lo que yo sé.

ELVIRA. — Yo no tengo lugar para la envidia.

DONA REYES. — ¿Envidia yo? ¿De qué y de quién?

ELVIRA. — Mira, déjeme en paz.

DONA REYES. — ¿A que no sabes que se dice por ahí?

ELVIRA. — A mí no me importa lo que diga la gente, señora. Me ocupó de mi marido y de mi casa. Y Bernardo...

DONA REYES. — Sí, lo que te ocupas tú de mi Bernardo, de mi hijo, de mi vida... Pues quieras o no, tendrás que oírlo: Se dice que, aunque está muerta, todavía te entrevistas con tu tía.

ELVIRA. — Yo me entrevisto con quien me da la gana.

DONA REYES. — Qué bonito contestarme a mí así, como a una cualquiera. Zorra. Que se te pudra el alma cada vez que respire.

A ti, Elvira, porque tú eres España y porque tus alas no podrán ser impedidas jamás, aunque cierren el cielo.

Te agradezco lo que me has enseñado, en la abierta página de tus eternidades íntimas, tan mías como de los que ven en ti simbolizado el tesón insobornable, de quien por amor a la Vida ama ante todo la Libertad.

Te agradezco tu virtud callada y tus errores no encubiertos, que tienen la virtud de traslucir la calidad del cor de tu alma.

Te agradezco la rebelión que encarnas y que gritas, con la pasión sangrante de quien, por saber amar, sangre ante todo.

Y el sol, que en la penumbra de recónditas soledades, has esparcido en derredor tuyo y que ha llegado hasta mí.

Como a algo muy mío.

ELVIRA. — Respiro siempre y es usted la que se pudre. ¿Quiere irse de aquí?

DONA REYES. — ¿A quién tendrás contigo en tu cama, que tardas tanto en bajar?

ELVIRA. — Tengo... Lo que tengo, doña Reyes, es la pena de no disponer de una lengua de fuego para abrasarla sólo con decirle que sí. Si viene usted a tomar café, en la cafetera hay. Caliéntele, échese una taza, bébaselo achicharrando y váyase, que no quiero verla. No quiero verla.

DONA REYES. — Ni yo a ti, ni yo a tí. (Se dirige al fogón, vierte café en un cazo y lo calienta en un infiernillo de alcohol. Se lo sirve y se lo va tomando a sorbos ruidosísimos, mientras habla con Elvira).

ELVIRA. — ¿Y a qué viene usted aquí si no a verme rabiando a causa de su lengua viperina?

DONA REYES. — Tú sabes bien que eso entra en el cálculo de mi maldición.

ELVIRA. — ¿Méritos para ir al cielo?

DONA REYES. — Si logro tu infierno, sí. Castigar a las almas pervertidas, y tú eres una de ellas, tiene su recompensa en el paraíso.

ELVIRA. — ¿Se lo ha dicho el señor obispo al oído?

DONA REYES. — Maliciosa. Nadie me diría al oído lo que se dice de ti.

ELVIRA. — Estoy harta de saberlo. Y usted se pudre porque sus calumnias no me tocan la piel : Que soy una mala puta, que me entiendo con los desahuciados de la vida, que incluso a los muertos les hago caso, que Dios me da lo que me da porque tuve un novio republicano, a quien amo todavía, y porque mi marido no me produce más que náuseas; que soy espiritista, hija de espiritistas, masones, rojos embrutecidos, ¿qué más? ¡Ah!, que se me oye cantar en las noches de plenilunio y los corazones de mis vecinos saltan en sus pechos con sospechosos sobresaltos.

DONA REYES. — (En lo suyo). Pues sí, han llegado extranjeros al pueblo.

ELVIRA. — No sería la primera vez.

DONA REYES. — Pero esta gente tiene color nuevo.

ELVIRA. — (Interesada, sin poderlo evitar). ¿Negritos de Cuba?

DONA REYES. — Gentes que recuerdan la guerra.

ELVIRA. — La guerra, la guerra... ¿No ha terminado todavía?

DONA REYES. — Desde entonces, no hemos visto caras nuevas por el pueblo.

ELVIRA. — Caras nuevas... ¿Pueden volver los muertos? Máchese de una vez.

DONA REYES. — Ya me voy, niña, ya me voy. Pero antes me tomaré mi cafelito. (Elvira ha terminado de vestirse y componerse con sencillez; pero luce en todos sus gestos un brio apasionado, una sensibilidad limpia, mezclada a una sensualidad fina e insatisfecha, a pesar de que toda ella trata de comportarse desconfiada y brutalmente. Bajo la apariencia de la mujer acosada por una sociedad obtusa, se manifiesta de modo sutil la actitud soñadora de quien se conforma en la vida con las caricias de una bellísima quimera. Su ventana abierta al cielo, o la puerta de la planta baja de su casa, que parece franquear la entrada al mar, son los altares anónimos de una esperanza imposible. Doña Reyes, entre los sorbos ruidosos de café, pregunta) : ¿Has pagado las contribuciones?

ELVIRA. — Sí, y los derechos de sol y luna. En España vamos a pagarnos hasta el derecho de nacer. Pero ¿quién nos paga el de pudrirnos de impotencia?

DONA REYES. — Dices unas cosas... Como bruja que eres. Pues lo que te digo : dos hombres, dos extranjeros. Los dos se hospedan en el mismo hotel. ¿Sabes tú? Lo único bueno que tiene es que haces un café muy decentito. Lástima que seas tan pendonada y que me detestes. Hija... los padres ante todo.

ELVIRA. — ¿Acabará usted de irse? Usted no es mi madre, pero si lo fuera...

DONA REYES. — La gente está que arde. Naturalmente, tu nombre anda por medio.

ELVIRA. — ¿Mi nombre?

DONA REYES. — ¡Gaviota!

ELVIRA. — ¿Gaviota?

DONA REYES. — Sí. Y dicen, lo que debe ser cierto, que uno de ellos es inglés. (Elvira, sobresaltada, desea descender; pero se contiene con tal de no ver a doña Reyes, presa en su curiosidad y agitación). Anda, mira : un botón por el suelo. Y es un botón de pantalón — dice cuando lo recoge — ¡Ay, como este botón no sea de mi Bernardo! (Mientras examina el botón): Pues también se dice que mientras estés viva seguirán pasando cosas extrañas en el pueblo.

ELVIRA. — Si me quieren muerta, ¿qué esperan?

DONA REYES. — Si no fuese porque mi Bernardo dejó a tiempo las filas de los rojos, no sé qué sería de tí, bribona. La Falange tiene eso en consideración.

ELVIRA. — Y por eso me han puesto en hornacina de calumnias y humillaciones. Les estoy muy agradecida, señora...

DONA REYES. — (Sin mucha convicción). Además, temen a Dios.

ELVIRA. — Lo que esa gente teme es quedarse sin algo o sin alguien a quien perseguir. Hay gente que nace y vive para eso.

DONA REYES. — Yo me acuerdo de cierto pañuelo con sangre.

ELVIRA. — Yo me acuerdo de la noche horrenda en que a usted la engendró el diablo.

DONA REYES. — El pañuelo era de un inglés.

ELVIRA. — ¿Qué sabe usted de cierto? Suposiciones. Sospechas. Malicia que mira ciega, para verse reflejada. Bueno, ¿Y qué quieren ahora esos, después de tantos años de persecución estática? ¿Volver a zaherir mi vida para justificar consuelos patrióticos? Mis intimidades son mías, y las defiendo con la voz legítima de mi sangre. Y son míos hasta mis yerros. Y si los yerros son míos, ¿por qué esa gente necesita escudarse atentando contra mi suerte?

DONA REYES. — El inglés es muy hermoso.

ELVIRA. — La hermosura no tiene nacionalidades. ¿Y a mí qué me importa?

DONA REYES. — ¿Por qué guardas aquel pañuelo?

ELVIRA. — ¡Canallas!

DONA REYES. — ¿Ves como no contestas? Se te paraliza la sangre en la pregunta. Y es rubio. (Con sarcasmo, aunque a Elvira no se le caiga el peine). ¿Se te ha caído de la mano el peine? Pécora, ésa es señal de que estás temblando, que los dedos no aguantan ni el menor atisbo de pudor. El goce te va y te viene por el cuerpo con semejantes noticias. Dos extranjeros. Están aquí por tu culpa, si lo sabré yo... Pero la honra de mi Bernardo no me la pisoteas más de lo que está. Si te fuera posible, ahora mismito echarías a volar, como antaño hacías cuando, valiéndote de los hechizos de tu tía Gertrudis te convertías en gaviota. Y nada más que para eso : para ponerle al alcance de esa canalla extranjera... ¿A cuántos habrás visto tú morir en el delirio de tus besos de zorra?

ELVIRA. — No haga usted que baje. No haga usted que su repugnante pescuezo se encuentre entre mis manos, que no me faltan bríos para... Salga de mi casa.

DONA REYES. — No, no me iré sin decírtelo todo. ¿Y sabes por qué? Pues porque el otro extranjero no es inglés, no... Es un alemán. ¿Sabes? Alemán y vamos, yo no sé, yo no puedo explicarme que después de dos guerras, las que nos hicieron a nosotros para ver cómo les iba, y la que luego se hicieron ellos mismos con tanto lujo, vengan a dejarse caer por el pueblo dos fantasmas que fuman tabaco rubio, cuando nos agarramos a nuestras entrañas para tratar de vivir en paz.

ELVIRA. — ¿Y es así como trata usted de vivir en paz. Salga de una vez de mi casa.

DONA REYES. — Sí, niña... alemán. A ver si tú nos explicas de una vez qué quiere decir eso... Y los dos, ¿sabes? los dos han pronunciado chapu-

rreando el nombre de ese pájaro con alas... (Por infinita cólera o indecible emoción, Elvira está callada, mirando por la ventana abierta al exterior). ¿Verdad que no te quedan ganas de decir nada? ¿Verdad que en silencio se está mejor? ¿Verdad que la luna es luna sólo por eso?

ELVIRA. — (Como un susurro, para sí misma). ¿Verdad que la tarántula de tu lengua no tendrá ya jamás reposo?

DONA REYES. — ¿Pronuncias algún conjuro?

ELVIRA. — Pronuncio mi cólera como puedo.

DONA REYES. — ¿No vienes a darme la cara?

ELVIRA. — Que se la dé Lucifer, si es que se atreve.

DONA REYES. — (Dispuesta a salir). Allá tú. Volveré con mi Bernardo. Ya lo creo que volveré. No se te acabará, así como así, mi clavo ardiendo.

ELVIRA. — Lo contrario pondría en evidencia las formas de sus dios.

DONA REYES. — Ese corazón que tienes te chorrea de locura, locura.

ELVIRA. — Pues que no le caiga una gota de mi locura en sus ojos, porque podría usted ver caer de un tajo la cabeza grotesca de sus miserias.

DONA REYES. — Pero no creas, que ya me quedaré yo al acecho, con mucho gusto, dispuesta a arrancarte mil veces los ojos o lo que sea; como te vea salir al encuentro de alguien... (Sale dando un fuerte portazo).

ELVIRA. — Tendría usted que volar muy alto. (Se retira de la ventana para no verla más que fugazmente al salir doña Reyes. Cierra las puertas de la ventana con un hondo y callado suspiro y luego descende al piso bajo, de prisa.) se prepara café y al tocar los objetos que sabe ha tocado la vieja, se estremece de repugnancia, los lava y se lava las manos. Toma su café, callada. Enjuaga luego la taza que seca con los demás objetos usados y después de sacarlos los coloca en la alacena. En sus quehaceres evidencia Elvira que ella está, con su finura y su elegancia, de pura integridad moral, muy por encima del mundo misero en que vive. Se echa, al fin, un mantoncillo y se dispone a salir. Al abrir la puerta encuentra en silueta, con fondo de luz matinal, a Esteban). ¿Otra vez? Vete o te abro la cabeza. ¿me queréis dejar tranquila? Soy Elvira, la de Bernardo Matas. Si él viene y te sorprende te ahogará.

ESTEBAN. — ¿Bernardo? El no tiene... Además, está en Alicante, yo lo sé. Emilio Trujillo lo vio allí anteayer. Iba con una fulana del brazo.

ELVIRA. — Chivato, cobarde. ¿Qué adelantas con decirme nada? Bernardo puede ir con quien le dé la gana.

ESTEBAN. — Y tú, ¿por qué no?

ELVIRA. — Porque por muchas ganas que de eso tuviera, tú, como él y como todos los que quedáis en el pueblo me dais asco, ¿lo oyes?

ESTEBAN. — El ideal te mata, tonta. ¿Ves? Yo no creo en nada. Me gustan los toros. Esos no defraudan.

ELVIRA. — Pues búscate un toro y ahora mismito estás saliendo de mi casa.

ESTEBAN. — Si no te vendes por nada, Gaviota, date por lo menos cuando ves que te suplico tus caricias con todo el hambre de mi corazón.

ELVIRA. — (Riéndose, asqueada). ¿Tu corazón? No me hagás reír. Aparta.

ESTEBAN. — (Temblando de pura lascivia). No puedo.

ELVIRA. — Oye, oye, ¿qué es eso? Yo no sabía... Voy a cerrar la puerta. Contento, hombre. Aguanta. (Cierra la puerta y se detiene tras ella). Por lo visto no hay más mujer deseable de vuestra impudicia que yo. De vuestros deseos insatisfechos llueven también calumnias. Esta vez deberías tener razón. No tiembles así, Esteban. La noche oscura de esta España harapienta no ha hecho más que grabaros mi nombre en vuestras mentes, para mancillarlo y escupirlo. Hacéis de España, tú y los de tu desvanecida Falange, lo que habeis hecho conmigo : tratarme como a una puta. ¿Has perdido la memoria, Estebanico? Pues bien, vamos a ver, ¿qué es lo que tú quieres que yo pueda darte? ¿Amor de a cinco pesetas? Mira : yo te lo dejo de balde. Pero con una condición : que se lo digas a la gente, que les digas eso, que hago frente, como una leona, a vuestra impudicia con lo que me queda que lucir de mi acosada integridad : Aquí me tienes. Anda, embiste, desayuna.

ESTEBAN. — (Petrificado por el desconcierto que le produce la bravura de Elvira) Bueno, ¿tú sabes? Yo, verdaderamente... (Se deja caer débilmente en una silla).

ELVIRA. — Levántate. (Esteban se levanta como un autómatas). Ahora, acércate, pedazo de grito sin ternuras, anda.

ESTEBAN. — ¿Quién te ha dicho a tí que... ?

ELVIRA. — Corre, approximate, imbécil. Acaríciame, bésame. Si tus dedos me sujetan sin temblores lascivos y mis ojos te brillan con gloria, haz lo que quieras.

ESTEBAN. — (Ahogado por la emoción de un insospechado temor) : Gaviota...

ELVIRA. — ¿Lo ves? Tú no sabes lo que quieres. Tú eres un pelanas y la posibilidad sin sombras que ofrezco a tus oscuros deseos te incapacita para satisfacer tu deseo de siglos. Y tú no sabes, no, tú no sabes que yo en tus brazos sería como la aurora en un carro de estiércol. Anda, anda, vete. Así podrás decirle a la gente otra vez que has estado con la Gaviota, que me has tenido en tus brazos, que te has metido tal como eres en mi cama. (Con desbordante tristeza). Mi cama. ¡Ay, si la gente supiera cuánta soledad hubo siempre en mi cama.

ESTEBAN. — Yo soy un hombre.

ELVIRA. — Y la luna es un circo, y el mar un hilo de sangre, y el cielo una podrida caja de arenques. ¿A qué te sabe a tí la vida, hijo raquítico de mi pueblo?

ESTEBAN. — (Deseando escapar cuando es Elvira quien, riéndose trágicamente, se lo impide). Bueno, ¿me dejas salir? ¿No quieres que me marche? Puede venir Bernardo, déjame salir.

ELVIRA. — Si pudieras me matarías. Pero no pue-



des. No puedes porque te doy miedo. Las calumnias han hecho de mí una especie de héroe maldito. Tú crees que, como otras veces he podido convertirme en una gaviota, podría ahora, en un instante, convertirme en una víbora para dejarte en los labios ese veneno con el que tan rápidamente podrías ir donde no hay más banderas victoriosas que las que pueden blandir, a su modo, los hombres — y las mujeres — que supieron vivir su dignidad. Así interpretáis la luz cuando la luz se os presenta como navaja que destripa tinieblas.

ESTEBAN. — Ya está bien, Elvira, déjame salir. No diré nada a nadie. Déjame.

ELVIRA. — Anda, pasa, vete. (Abre la puerta, magnífica, y deja pasar a Esteban, quien sale lleno de confusión, como alma que se lleva el diablo). Vete a la mar y lávate la boca con espuma de olas, y no vengas más a estrellar tus pretensiones de sátiro en el quicio de mi puerta. Revienta de ganas si es que con ganas de mi carne te mueres. Que yo ya no soy de carne a fuerza de ser mujer. Que yo soy una bandera de trapos rotos, pero limpios. Aguantáos tú y los que acarician esperanzas mezquinas, como los pájaros sombríos que os acechan, como los perros que se conforman con ladrarle a la luna y los toros, que se resignan a embestir de lejos la cama roja del ocaso. (Abatida, vuelve a sentarse sin ninguna intención de salir. La vida le pesa en la yema de los dedos. Mira en derredor suyo, a su casa vacía, sintiendo en sí misma un vacío indecible. Leonor, una joven de presencia modesta, delicada, la llama a lo lejas).

LEONOR. — ¡Señora Elvira, señora Elvira!

ELVIRA. — Pasa, Leonor, estoy aquí.

LEONOR. — (Entrando, con pena). Ha vuelto a estar aquí ese hombre, lo he visto correr hacia el pueblo como un perseguido. Iba balbuceando maldiciones. Tengo miedo.

ELVIRA (Lejana). — ¿Recuerdas, Leonor? ¿Te acuerdas de aquel día, hace años, tú eras todavía una chiquilla : Me querías regalar tu muñeca. Pues ¿sabes? Me parece que ahora tengo ganas de jugar con tu muñeca.

LEONOR. — Aún la tengo sentada sobre mi cama.

ELVIRA. — ¿Habéis tenido noticias de Antonio?

LEONOR. — Sí, ayer recibimos una carta. Dice que me va a mandar muy pronto la carta de llamada. Luego me pondré a servir, de criada, hasta que todos los papeles estén listos para la boda.

ELVIRA. — ¿De criada?

LEONOR. — Sí, señora Elvira, ¿qué podría hacer si no?

ELVIRA. — Es verdad, ¿qué otra cosa va a hacer una española fuera de España : Servir.

LEONOR. — Dicen por ahí que para servir, como una española, ninguna.

ELVIRA (con amargura). — Mira qué bien. Nuestro orgullo soberano tiene algo precioso por gala.

LEONOR. — ¡Ay, si usted pudiera venirse conmigo a Francia!

ELVIRA. — ¿A qué?, ¿a servir? No, Leonor; mi sitio está aquí, con mi marido. Así me lo ha impuesto la vida... nuestra vida. Esta es mi casa. Yo me moriré aquí, sin ver más cielo que ése que se que la Santa Madre Iglesia monopoliza, pero del que yo puedo obtener por mi cuenta, ¡que nadie lo sepa!, un poco de sol y mucha ilusión. ¿Quién ha dicho que de ilusión no se vive ya? ¿De qué vivimos nosotros? No. Es verdad. De qué vivimos, no; de qué morimos en España. (Elvira se ha quitado el mantoncillo que tiembla en sus manos trémulas y cae luego al suelo, como un símbolo. Leonor, sálica, lo recoge y lo ofrece a Elvira, como otro símbolo, mientras cae el telón coincidiendo con las últimas palabras).

(Continuará.)

ABARRATEGUI



FABIO LUZ, PADRE E HIJO

PARA abrirse paso en el campo de batalla de nuestro siglo, Fabio Luz Filho no necesitaba ser hijo de un padre ilustre. Pero las circunstancias han querido que tuviera como antecedente hereditario, médicos de probada ciencia y saber, canónigos de profunda fe meditativa, militares que no llevaban armas de guerra y, muy cerca de él, células vivas incrustadas en sus venas sedientas de libertad.

Nació en Río de Janeiro con la alborada de 1900 y es el hijo mimado de una estirpe que se extingue. Su padre, Fabio Luz, médico de profesión, literato de oriente tolstoiano, educador, dramaturgo, ensayista y sociólogo, que durante más de cincuenta años mantuvo el prestigio intelectual brasileño en las páginas del periodismo de su país, falleció hace apenas una docena de años. Y quiso que el joven se identificara con el universo espiritual a través de los clásicos, en las disciplinas literarias, poéticas y sociales, a lo largo y lo ancho de toda la filosofía.

Echado a tan ubérrimos pastizales, desde muy joven comenzó a dominar las ciencias y las artes de la antigüedad y a tomar posición en las trincheras del pensamiento contemporáneo que, en estos momentos se encuentra en pleno desarrollo revolucionario con el fin de demostrar a los hombres si diez mil años de conocimientos históricos y dos mil de huérfana religión cristiana sirven para algo.

Después de cursar humanidades, la Universidad carioca le graduó de ingeniero agrónomo. Pero, acuciado por su madre, doña Rita Luz Furtado, prosiguió los estudios hasta doctorarse en ciencias económicas. Bautizado así en las aguas de Adán Smith, de Ricardo, Juan B. Say, Rousseau, Hobbes, Feurier y Bentham y las escuelas positivista y racionalista que nos antecedieron, Fabio Luz llegó a nosotros, luego de domesticar la luminosa etapa filosófica que expira con Fouillée y Guyau con fuegos e ideales de la Revolución francesa.

Por el histórico remanso de la democracia, desembarcó en el puerto de la libertad, sometida en este

instante a sus pruebas más duras, como consecuencia de un afán de estudiar al hombre como entidad humana, como sembrador, pionero, precursor. Estudiante y siempre estudioso, Fabio Luz Filho se quema la vista y el alma en una cárcel cuyos muros pretende derribar, para hacer algo que contribuya a mitigar una parte de los 360 grados de las soluciones humanas. Presa de tan dinámico imperativo, entiende que si bien el cooperativismo no puede resolver la totalidad de los problemas, está en él atenuarlos, por su misma función específica de solidaridad y ayuda mutua. Porque, cual nos encontramos ubicados en nuestra esfera terrestre, la solución fundamental, aun en el mejor de los casos, no puede ofrecérsenos en bandeja de plata, ni resolverse a través de decretos ni resoluciones internacionales o mundiales, sino que ha de obtenerse en el mismo núcleo de fuego del metal ígneo.

Si bien al cooperativismo no se le puede pedir más, aunque no sea un fin, es un sólido vehículo en el que podemos ir seguros camino del supremo objetivo, con su indiscutible buena voluntad de unir a los hombres por los medios de las necesidades más íntimas, que es una gran virtud. Y ese pensamiento, tanto en la letra como en el espíritu, es el que capea en **El cooperativismo y el Estado** en su esencia más pura. Y es que el autor, idealista como todo poeta y profeta visionario, se sirve del instrumento cooperativista para hacer algo por iniciativa propia, sin apoyo ajeno, con ideas suyas, para demostrar que las obras se inician por el comienzo y puede llevarse a término con férrea voluntad, acción constante y decisiva.

Más de 40 trabajos publicados en torno a tema tan apasionante jalonan el esfuerzo de Fabio Luz Filho que, en América latina y en varias otras naciones, se le distingue como uno de los cooperadores de mayor fuste que, sincera y resueltamente, encara los problemas económicos mundiales y se esfuerza por vencerles. **El cooperativismo y el Estado** puede considerarse como el ideario del autor, que lo ha escrito exprofeso para InterCoop y que se complace en ofrecer al público castellano.



Parábolas de Han Ryner

El rebaño que bala

ENTRE los discípulos muchos parecían mudos mientras Psicodoro estaba allí. Pero entre los que hablaban, se habían hecho notar desde los primeros días. Eubulo de Andros era hábil en seguir el sentido flotante de las parábolas. A menudo, continuaba el pensamiento del maestro. Afirmaban algunos que se parecía a Psicodoro como un hijo se parece a su padre. Sin embargo, rubio y dulce, dicho joven tenía en la sonrisa y en el espíritu la ternura que Psicodoro jamás tuvo y mucha menos malicia.

Pero Excyclo de Megara era un ser apasionado y singularmente cambiante. Con una facilidad pueril pasaba de las lágrimas a la carcajada sonora. A veces exageraba el pensamiento del maestro hasta hacerlo repelente al mismo maestro; y entonces solamente amaba él dicho pensamiento. Casi siempre, se encarnizaba contra lo que se había dicho; y tenía la manía de disputar sobre todas las cosas, como un perrito de dolorosos dientes muerde a cuanto objeto encuentra. Vanidoso y obstinado, se esforzaba en hacer admirar la ingeniosidad y la independencia de su espíritu. Chispeaban sus ojos cuando creía mediante una pregunta engañosa, dificultar al viejo filósofo. Pero detestaba a las parábolas y a todas las respuestas que sonríen y se ondulan como la luz. Quisiera que se le hubieran opuesto fórmulas precisas, de esas afirmaciones y negaciones rígidas que el espíritu capta, con irritada mano, para romperlas y desgarrarlas.

Un día después que Lycon se había ido, Excyclo interrogó en estos términos :

— Oh, Psicodoro, ¿ produce menos males la moneda que el manantial envenenado del cual hablabas ayer ?

Recibió, pues, esta respuesta :

— La moneda produce más males ella sola que todos los manantiales y todos los torrentes que caen de las montañas.

— Pero, volvió a decir, el que la inventó pensó solamente a ciertas ventajas que produce. Quiso ser el bienhechor de los hombres; quiso facilitar los cambios que el trueque hacía penosos o inciertos. Me parece, pues, que debes absolverlo como absolvistes al manantial. O quizás te gusta y admiras.

Psicodoro levantó los hombros.

La palabra de Excyclo se volvió áspera :

— Si bien comprendo, oh maestro, con la respuesta poco precisa con que dignas honorarme, en verdad cometes una injusticia, puesto que de dos actos semejantes, condenas a uno mientras absuelves a otro.

— El inventor del dinero, hijo mío, no se parece al manantial alto. Fue preciso para finalizar en tal invento, un pensamiento singular aplicado

a las cosas bajas. Y nada ha dado que corresponda a las necesidades sanas del hombre. ¿ Qué cosa ha producido que pueda satisfacer tu hambre, o protegerte contra el frío, o ponerte al abrigo del temor y del deseo ? Mas bien es el envenenador que, entre el manantial y la ciudad, ha interpuesto la fábrica; envenando así las aguas, ensucian-do con reflejos metálicos y fétidos lo que viene a nuestra boca.

Psicodoro se calló un instante y sus labios, antes plegados como sintiendo asco, se volvían lentamente una sonrisa.

— La naturaleza, prosiguió, ha querido que los frutos, las carnes y las otras cosas necesarias se conserven poco tiempo. Esta sabia previsión estableció entre los hombres una fraternidad y algo así como una necesidad de bienestares recíprocos. Antaño, el que tenía demasiada comida la daba a su vecino, aunque ese vecino no poseyese nada útil para el trueque. La generosidad era el solo remedio al sufrimiento de ver perecer al bien inútilmente.

Los ojos del filósofo parecían mirar a un lejano y dichoso horizonte. Una tristeza, al contrario, los cerraba casi siempre mientras terminada su discurso :

— Hoy, por desgracia, el dinero permite cambiar lo que perecería contra una materia duradera, sin uso y sin valor en sí misma, pero que nuestra locura acepta como riqueza real. Bajo una forma tan dura como un corazón de rico, el que tiene demasiado amontona lo que le falta a los otros; edificando, con el hambre de los pobres, el edificio de su potencia y de su servidumbre. El inventor de la moneda ha perfeccionado algo : ha perfeccionado la tiranía de la esclavitud; ha hecho duradera, sólida y creciente a la desigualdad que antes era precaria, ligera e incierta. Es el padre de miriadas de muertes, de miriadas de mentiras, de miriadas de violencias y de miriadas de bajezas. ¿ Ha previsto algunos de sus crímenes o los ha querido, bandido que ríe enmascarado ? No lo creo. Era más bien como aquéllos que el pensamiento vil perjudica cuando pretende servir, como aquéllos que solamente dan su basura y que reparte al azar su estiércol, lo mismo encima del pan que acaba de cocerse que sobre el campo que se va a sembrar...

— Sin embargo, objetó Excyclo, los pueblos alaban al dinero y eternamente lo alabarán.

— ¡ Noble argumento para un filósofo!, exclamó Eubulo.

A lo cual respondió Psicodoro :

— Escuchad una parábola :

Un hombre dijo a un rebaño de carneros :

— Debéis quererme, pues he afilado con arte el

LA CREENCIA

ME niego a seguir a sir W. Hamilton en la confusión que establece entre dos sentidos distintos, y aun radicalmente opuestos, de la palabra **creencia**. Esta «se aplica de ordinario a las afirmaciones de conciencia de que no se puede alegar ninguna prueba; unas siendo indemostrables porque son la base de toda demostración, otras porque los argumentos faltan». En otro lugar he expuesto esta distinción en los términos siguientes:

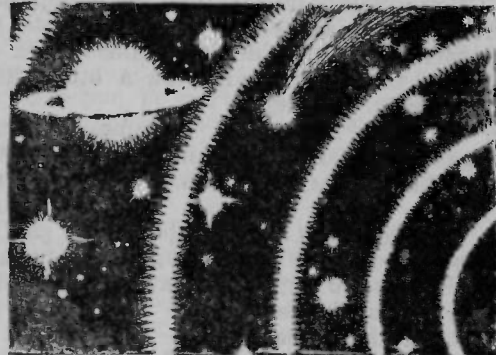
«En general, cuando decimos que «creemos» una cosa, es porque no podemos dar una prueba decisiva, o porque sobre ese asunto hemos sido sometidos a alguna impresión indefinible. **Creemos** que la próxima Cámara de los Comunes abolirá los impuestos de iglesia; **creemos**, aún que tal persona de la que miramos el rostro tiene buen carácter. En otros términos, cuando no podemos dar de una cosa que pensamos sino pruebas insuficientes y confesadas como tales, o cuando no podemos dar ninguna, la llamamos una «creencia». Y lo que caracteriza esas creencias y las distingue de los conocimientos, es que es fácil en ellas romper el lazo con los estados de conciencia antecedentes: lo cual es difícil en cuanto a los últimos. Pero, en desgracia, la palabra «creencia» se emplea también para las relaciones indisolubles que se forman en la conciencia y que duran en ella algún tiempo o persisten para siempre, y que se hacen aceptar por la única razón de que no podemos deshacernos de ellas. Cuando digo que siento un dolor, que digo un sonido, que veo una línea y que me parece más larga que otra, es como si dijera que se ha producido en mi estado cierto cambio, y no puedo dar de este hecho una mayor prueba después de éste: que está presente en mi espíritu... Se ha tomado, acabamos de decirlo, la palabra «creencia» para expresar una convicción de que no podemos

cuchillo que ha de degollaros. Aclamad, pues, a vuestro bienhechor.

Al oír esto los carneros balaron en conjunto. Pero no pude adivinar si el balido significaba una aprobación. Ya que el balido de los rebaños y de los pueblos aclama siempre a los matarifes que afilan los cuchillos. Sin embargo, a veces su sentido es oscuro, equivoco y estremeado. Afirman algunos que la voz del Pueblo es la voz de los dioses. Tal vez tienen razón y — hasta que un sacerdote o un orador los traduzca de modo que complazca a los tiranos —, el rugido del trueno, el vuelo de los pájaros, el balido de los carneros y los gritos discordes del Pueblo no significarán absolutamente nada.

HAN RYNER

(Trad.: V. M.)



dar sino una razón insuficiente y reconocida como tal, cuando podemos dar alguna: de ahí viene que, si se nos apremia demasiado a decir sobre qué base reposa cualquiera de las afirmaciones primeras de la conciencia, respondemos, a falta de poder alegar ninguna razón, que es para nosotros una creencia. Así, un mismo nombre reúne dos cosas situadas en los dos polos del conocimiento. Por consiguiente, estas dos ideas, la de las relaciones de pensamiento más fuerte y la de las menos coherentes, se influyen una a otra: de ahí grandes errores.»

Ahora, la creencia en un dios personal, tal como pretende obtenerla de los sentimientos morales y religiosas, no es una de esas creencias que escapan a la demostración porque sirven de fundamento a toda demostración; eso es muy claro. Basta recordar que, en los libros de teología natural, se deduce la existencia de un dios personal de esos sentimientos; no está, pues, contenida en ellos, no está asociada a ellos como una intuición, que sería inseparable de ellos. No hay ahí una creencia del género de éstas: que a esta hora amanece, que tengo delante de mí un espacio libre; éstas, no las podemos demostrar, pero es porque son tan simples y no menos ciertas que en cada uno de los elementos de una demostración. Si la primera entrara en este género de las creencias muy ciertas, todo argumento sería superfluo: no hay una raza de hombres, no hay ni un individuo que no se hubiera adherido invenciblemente a ella. Es, pues, claro, que sir W. Hamilton confunde los dos estados de conciencia que llevan el nombre de creencia, que son por otra parte tan diferentes, y que atribuye al segundo una certidumbre propia del primero y sólo a éste.

HERBERT SPENCER

Jovellanos

FUE Jovellanos uno de los políticos más grandes de su tiempo, uno de los mejores escritores del siglo XVIII, un extraordinario y regocijante poeta Asturiano, de Gijón, Sería bueno que los compañeros conocieran *La ley agraria* y *El delincuente honrado*, de Melchor Gaspar de Jovellanos. Pérez Galdós lo elogia tanto como vitupera a otros dieciochistas. Oigamos a Galdós:

«Siglo XVIII, frivolidad y amaneramiento. A. Benegasi, Bernaldo de Quirós y Alvarez de Toledo, no hay paciencia que los resista. Gerardo Lobo y Diego Torres Villarroel, no valen mucho más. El marqués de Lazán es poeta de gabinete (menos que de juegos florales). Ignacio Luzán no es un gran poeta ni un gran estilista. Montiano Luyando, criticaastro, dice esto de la segunda parte falsa del *Quijote*, de un tal Avellaneda: «No creo que ningún hombre de juicio pueda declararse en favor de Cervantes». Nasarre, enfático, detractor de Calderón de la Barca, simpático, afable, bondadoso, luzanista, afrancesado, puro idólatra de la forma. Su poesía carece de virilidad. **Guerras civiles entre los ojos negros y azules** es una estupidez. Todas sus obras carecen de brío. Los verdaderos valores de este tiempo son Jovellanos y Ramón de la Cruz.»

Así como Carlos III fue rey y hombre, su hijo Carlos IV no fue ni uno ni otro. Prescindió de Floridablanca y Aranda, ambos la mitad y una buena parte más del reinado de su padre, sobre todo el oscense don Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda, que fue quien llevó a cabo la expulsión violenta de los jesuitas. El decreto decía lo siguiente: «Estimulado de gravísimas causas relativas a la obligación en que me hallo constituido de mantener en subordinación, tranquilidad y justicia mis pueblos, y otras urgentes y necesarias que reservo a mi Real ánimo, he venido en mandar se extrañen de todos mis dominios de España e Indias y Filipinas y demás adyacentes, a los religiosos de la Compañía, así sacerdotes como coadjutores o legos que hayan hecho la primera profesión y a los novicios que quisieran seguirlos.

Para Jovellanos, ministro de Justicia, no era la vergüenza de soportar a Godoy en una corte que hedía a majada y a cuernos consentidos, debiéndose a esto su caída y encierro en la Cartuja de Mallorca. Ocurre el motín de Aranjuez, y el Príncipe de la Paz salva su vida detrás de unas esteras arrolladas donde la reina adúltera lo escondiese. El quinto rey Borbón, en lo moral, se diferencia apenas de Enrique el Impotente y de Carlos el Hechizado, y las reinas, principalmente la segunda mujer de Enrique IV, madre de la Beltraneja, se dan la mano con María Luisa de Parma. La última esposa del «Trompa» (Fernando VII), al enviudar, salió de España volando:

pero chiflada por Fernando Muñoz, guardia de Corps, reapareció en la Corte isabelina (su hija Isabel II, otra que tal baila...) arreglado su matrimonio morganático o de la mano izquierda con Muñoz, hecho aprisa y corriendo duque de Riansárez.

Jovellanos era un gran admirador de los enciclopedistas, como el aragonés Aranda, como el portugués Pombal, moralmente muy parecido entre sí, con una actuación política coincidente. Se consoló de sus sufrimientos, muchos y grandes con la poesía. De Melchor Gaspar de Jovellanos dice Azorín tanto como diría un anarquista, a saber, si acordándose de cuando él empezó escribiendo en anarquista... para terminar escribiendo en fascista. Vamos a verlo:

«Ardientemente se levanta contra los vicios y podredumbres de la sociedad de su tiempo; con extrema dureza condena a una aristocracia estólida y ruin. A la «humilde» plebe hace apelación para que irrumpa violentamente en la vetusta sociedad y la vivifique. A la justicia impreca: la justicia que «mueve crudamente su brazo» contra los infelices, impulsados al delito por la necesidad o la ignorancia, y perdona el desorden cobijado bajo «dorados techos». Su visión de un futuro va tan lejos como pueda soñarlo el más paradisiaco visionario. ¿No vendrá el día — pregunta — en que la Humanidad, cansada de duelos y de lágrimas, viva tranquila, unida fraternalmente? ¿En que «del uno al otro polo» reine la paz y la justicia? ¿No llegará el día en que los hombres tengan odio a la guerra? ¿En que apelliden bárbaro y lo tengan por común enemigo al que hable de la guerra? En la propiedad ve nuestro poeta el origen de todos los males; día vendrá en que ese obstáculo formidable desaparezca. «El fatal nombre será detestado primero y luego desconocido». «¡Infame, funesto hombre — exclama el poeta — fuente y causa de todo mal!» Cuando ese obstáculo desaparezca todos los hombres serán hermanos: un solo pueblo llenará la tierra: una gran familia será la Humanidad. Ni cultivará entonces la tierra el labriego «para un ingrato y orgulloso dueño»; ni el marinero surcará los mares en busca de oro, en bárbaros países. «para un malvado»: ni a ese oro dará forma el artesano en fraguas ardientes o en hediondos sótanos...»

Compañerito: lee las obras de Melchor Gaspar de Jovellanos que, junto con las de nuestros maestros contribuirán a tu capacitación y harán de ti un instruido y completo anarquista.



CIUDAD LEVITICA

Mi caja de estampas

MENOS importante que la de Castejosa, la estación de Ludeta dista mucho del tranquilo apeadero. Castejoso, una estación: Ludeta, ciudad navarra con cerca de veinte mil almas. Puente sobre ancho río: el Ebro. Almadias que de la parte de Tarragona vienen resbalando por el río: de lejos, el timonel aparenta un niño enhiesto conduciendo un patín. Vale un imperio la Mejana, y otro Mofera. Fábricas de conservas, la antiquísima de fósforos, la de fuegos artificiales y la relativamente moderna Azucarera Ludetana. Rica en vinos, frutas y legumbres. Por no recuerdo qué ardid político, a que se refería mi abuelo de palo, Castejoso disfruta la estación de primera clase proyectada en Ludeta. Tiene en más sus antiguos fuegos que sus célebres espárragos y sus codiciadas alcachofas. Iglesia catedral, iglesias, santuarios, conventos, seminario, colegio de jesuitas...

A recordar me pongo mientras llega el autovía de Turiasa-Episcopo, en sustitución del trenillo de antaño, «el escachamatas», que enlazaba a duras penas con el tren. Mucho ha llovido (sobre mi) desde que no piso esta tierra. A los nueve años mis padres, pudientes, me trajeron de Romeral del Queiles al Colegio de San Francisco Javier (jesuitas), que haberosa dama fundase. Retengo el número 43, apellidos de PP., nombres y apellidos de alumnos. Recuerdo también mi expulsión el tercer año de bachillerato por rebelde.

«In mente» deambulo por la ciudad. A la salida de la estación, la calle del músico Echenique conduce al Paseo del Invierno. En mejor punto no pudo construirse la Plaza de Toros: anchura, alegría, liños de acacias. Con mi padre, el caballero Puyo, asistía a la feria santiagueña, en vacaciones, tremante de gozo. Orquestas, gaiteros foranos, gente de limpio. Baile y fuegos artificiales en la Plaza de los Fueros, ahora en Santiago, tan concurrida como por el Descendimiento del Angel: Comedias de capa y espada, Carral y la Remigia (titeres), Faico y Minuto, cuando no Mazzantini. Y la desconunal parada de la Pepa. Conforme vamos a la Corredera, el hotel Virtudes, tan solícita, la fonda de Urbez, más rocera, en la cantonada; la Glorieta, con su animación. Contiguo al Prado —sembroso, idílico— el Café Ludetano, frente al Pretil, demasiada rumba para el Queiles.

Ya estoy en la Corredera. Tal vez el organista don Jeromín va dando lecciones de música a domicilio y en el portón de las Clarisas tropezamos. Vara y media mide, siendo un liliputiense buen mozo. Hablamos del compositor Echenique, ludetano, a quien el organista del Carmen —eso es don Jeromín— tanto admira.

—Mire usted que Echenique vale más componiendo motetes que obras grandes,

—¿Motetes Echenique?... Perdone usted que no le haga caso.

Y entra en el Círculo —jabardillo de ociosos—, frente a la Posada de Colambrea. Aquí, el arco-boca de la Plaza; los del extremo hacia el cementerio y el matadero, ojos; la nariz, chata, la pone el tritón de la fuente. Banda siniestra: el hospital con su balcón corrido y su poyo bajero de parte a parte. Derecha: la escribanía de Ibiza, la lotería de Casanueva, distribuidor de la Arrendataria y encargado del Giro Mutuo, más el Café de Urbano (buen soconusco a la española, soletillas de canela, bolados y refrescos con suplicaciones). Dudo entre meterme por el ojo que a las Ferrerías conduce —en el Matadero el chiribitil de Espaimé, la imprenta de Bajarán, y el Teatro Echenique, frente al comercio del desorejado Azpelicueta —o curvarme por la Concarena, en dirección al Abasto. Me tienta la confitería de Pardinás, la tienda de Melitón convertida en «De Profundis» —el señor Deán, el rupustre Merendola y el violinista Landete, entre otros tertulianos—, el vistazo a las hijas de Melero (ultramarinos y del país) y la trulla de recovecos y marchantes en el Mercado. Opto por las Ferrerías. Entraré un momento en la botica de mi tío Angel. Mi tía Gertrudis, mis primas, mis primos —principalmente el mudo—, sin comprender que salgo harto de Urbano y de Pardinás, se enojarán si no hago honor a los azafales con cerezas alvidriares y ciruelas amacenas, máxime si no encomio el nuégalo de mostillo y naranja, especialidad de tía Tula; Item, las exquisitas frutas de sartén.

Las Ferrerías tienen árboles como la Corredera, pero el acerado es más ancho. Casalicios habitados por señores de pro con robadas de tierra en la Bardena y heredades en Rudiana, bonetes de coro alto, boinas coloradas, apollilladas togas, bastones de mando, el omnipotente cacique y el hidalgo de gotera descaecido. Mi colegio, en San Gundián, próximo al de mi hermana Maria, no lo visito. El membrillar, sí; fuente cuca, iglesia de barrio, escuelas (meadinas). Varga arriba, la fragua Unzué, ruidosa, molesta; en ella Boccacio (cuentos verdes). Holgazanes en San Roque, por bajo a la sombrerería de Gandaria, junto a la fuente-obelisco, por remate la alharaca del farolón; las mozas llenan los cántaros con tubos parecidos a cetros. En la calle torrentera, el Mercado de espaldas. En seguida, el cuartel sin soldados y la Prevención con bribones. ¡Y todo esto es medio siglo a costillas! El tren.



PUYOL

Creo que cuanto más se piensa
menos se escribe, y que escribir
mucho es signo de pensar poco.
D.

ERASE un aldeano iletrado, pero, sin letras, poeta y filósofo.

No hacedor de versos, ni constructor de sistema alguno del mundo: creador de belleza (olor de hierba, rumor de árboles, murmullo de aguas transfigurados), y fuente pristina de sabiduría, derramada en sentencias breves, simples, no originarias de nada aprendido y con sabor de siglos.

Un trotamundos, compañero suyo de juegos en la infancia, que cuando pasaba unos días en la aldea no buscaba otra compañía que la suya, porque le oía cosas nunca en parte alguna oídas, porque era para él ejemplo de hombre en ningún lugar visto, le enseñó —tenía ya treinta años— a leer. Sin que él se lo pidiera: para estar más horas a su lado, para gozar más tiempo del balbuceo con que transfiguraba las cosas, de las frases en que resumía hechos y acontecimientos, actos del hombre y el hombre mismo, obra inacabada, como él le llamaba.

Fue el aprendizaje fácil y difícil. Fácil, porque el aprendiz parecía saber ya cuanto se le enseñaba; difícil, porque no disponía el maestro de libro adecuado para su enseñanza, ni quería buscarlo, y a poco le pareció ridículo buscarlo. El mismo trazó las letras, luego las sílabas, luego las frases. Ninguna suya; ninguna copiada aquí o allá. Todas del aprendiz. Sonreía éste al deletrear, lentamente, sus propios pensamientos. Como si los hiciera nacer otra vez. Y muchas veces, nacían otra vez. «No, no —exclamaba—, no es así. ¿Para qué tantas palabras? Está mejor de otro modo». Y lo que antes había expresado en cinco vocablos, lo expresaba ahora en tres. Aprendía el maestro al enseñar, y partió, cuando el aprendiz leía ya correctamente, cargado de saber nuevo. No útil: saber que había enriquecido su ser, que se había incorporado a su ser y le haría asistir al espectáculo del mundo con otros ojos.

El aprendiz, partido el maestro, no pudo, en mucho tiempo, hacer uso de lo aprendido. No había en la aldea, miserable, miserable, libros que leer, y raros eran los habitantes que hubieran podido leerlos. Un solo periódico que llegaba, lo reci-



VERSIONES

por DENIS

EL

bía hombre que, por dueño absoluto de la aldea, trataba desde lejos a sus convencinos. Nunca había hablado el ya lector con él, y no sentía ningún deseo de hablarle, ni aun para leer. Pensar en adquirir libros, era un disparate. ¿De dónde sacar el dinero? Como muchas veces de las que se aprenden, habría aprendido a leer en vano. Y tal vez otros hombres habían visto las cosas como él las veía, o mejor que él las veía. Y tal vez otros hombres habían escrito de las cosas lo mismo que él pensaba de ellas, o algo diferente, pero más exasto. Tal vez el hombre no era para ellos, y nunca sabría por qué, una obra inacabada. Tal vez no verían en la sonrisa de los arroyuelos, sonrisa sonora, sosiego de toda inquietud, y tampoco nunca sabría por qué.

Un vecino, al que había ayudado a sacar adelante la nidada de sus hijos, con sus consejos y con su ayuda, amaneció un día rico: un tío, en América —las leyendas se basan en la realidad—, le había dejado (único sobrino), fabulosa fortuna. Pronto, aunque disminuida (habían puesto mano en la herencia, antes, las leyes y sus intérpretes: abogados y notarios), entró en posesión de ella. Marchó a la ciudad, el mismo día, y volvió, al siguiente, con ropas y zapatos para sus hijos, para su mujer y para él. Y entre las ropas y los zapatos, sesenta volúmenes para su amigo: las obras completas de un poeta y dramaturgo, historiador y novelista, crítico y a ratos perdidos filósofo, poco hacía muerto, y cuyo nombre había resonado como ningún otro durante más de medio siglo: hasta en la aldea, donde nadie leía.

Regalo conmovedor: no sabía leer el que lo hacía. Difícilmente habría encontrado, para aquel a quien lo hacía, prueba más delicada de su afecto. Se estrecharon la mano, en silencio, el agradecido de ayer y el agradecido de hoy, y el agradecido de hoy salió para su casa —¿habría sitio en su casa para colocar los sesenta volúmenes, grandes, grandes?— con su preciosa carga.

Aquella misma noche comenzó la lectura. Entrada en un universo nuevo. No desconocido. Nada, nada —se lo confesaba, no con orgullo: con humildad— le era desconocido. Había estado una sola vez en la ciudad. Ninguna sorpresa le asaltó en la

ALTA POLI...

«En toda ciudad existen dos inclinaciones diversas, una de las cuales proviene de que el pueblo desea no ser dominado y oprimido por los grandes, y la otra de que los grandes desean dominar y oprimir al pueblo.»

«Si los grandes ven que no les es posible resistir

CRITICO

visita. Había visto ya, sin verlos, aquellos hombres y aquellos jardines, y aquellos paseos, y aquellos edificios, y aquellas calles. Se repetía ahora, con la lectura, idéntico fenómeno. Había visto ya lo que el poeta veía, había sentido ya lo que el poeta sentía, había pensado ya lo que el poeta pensaba. Pero mucho, mucho más simplemente. No con menos acierto: con más cierto. «¿Para qué, para qué —se decía con frecuencia— tantas palabras?»

Dos años duro la lectura, lenta, lenta y silenciosa, en su pobre casita, después del duro trabajo del día. Sin cansancio —descanso para el cansancio del trabajo—, aunque rara vez descubría sentimiento o pensamiento que le fuera nuevo. Cuando, de tarde en tarde, muy de tarde en tarde, la trompa de los versos o el río tumultuoso de la prosa le ofrecían perla no sospechada, hacía al margen un signo apenas visible: volvería, así, cuando quisiera, a contemplarla.

Quando ya había dejado atrás más de la mitad de los volúmenes, un día que la trompa de los versos demasiado sonora, le había aturdido, recibió carta del trotamundos: la primera que en su vida recibía.

«No té he escrito hasta ahora —le decía el amigo— porque nada importante tenía que decirte. Hoy sí tengo que decirte algo importante. Trabajo y gano dinero. Cosa rara, porque trabajando nunca se gana. Quiere decir eso que aquello de que trabajo es un modo de decir. Gano dinero, eso sí. Y lo primero que he pensado, al ganar dinero, ha sido en enviarte libros. Dime qué has leído, si has leído algo, qué lees, si algo lees, y qué te gustaría leer. En cuanto reciba tu respuesta te enviaré libros, tantos como quieras. No quiero ser yo quien elija tus lecturas. Al contrario, si has leído ya algo, me aconsejaré de ti para leer.»

Con gran dificultad —había aprendido menos a escribir que a leer—, el aldeano contestó a su amigo qué leía, y le rogaba que, por el momento, nada le enviara. Después, cuando hubiera terminado la lectura en que estaba metido, hablarían si podían, hablar. Porque le intranquilizaba un poco eso de que ganara dinero. Como no se gana trabajando, ¿dónde se había metido su amigo? ¿Podría, en lo sucesivo, ser su amigo?

...TICA BAJA

al pueblo, comienzan por formar una gran reputación a uno de ellos y, dirigiendo todas las miradas a él acaban por hacerlo príncipe, a fin de poder dar, a la sombra de su soberanía, rienda suelta a sus deseos.»

MAQUIAVELO

Llegó otra carta del trotamundos, respuesta a la del aldeano. Sin una palabra sobre el dinero, tema peligroso, con muchas sobre las lecturas. Entre otras: «Hay más de cien volúmenes sobre el poeta que lees. Empiezo a adquirirlos para ti. Sabrás quién fue, qué hizo, a dónde estuvo, cómo y cuándo estudio, cuál fue, en fin, su vida, y qué nos ha dejado con su obra. Ni uno de sus pasos te será desconocido; todos sus versos han sido analizados; y todos sus dramas; sobre todos los personajes de sus novelas se han hecho estudios que te harán verlos por completo, comprenderlos por completo; todos los acontecimientos que ha historiado han merecido comentarios que los aclaran, que nos ayudan a interpretarlos, que nos hacen asistir a ellos; ni una frase suya ha dejado de merecer la atención de críticos y escoliastas.»

Contestó nuevamente el aldeano, con menos dificultad.

«Veremos, veremos si me interesa leer esos cien volúmenes. Sospecho que no. He analizado yo los versos del poeta, estudiado los personajes de sus dramas y de sus novelas, e interpretado sus relatos. En cuanto a su vida, la que no esté en su obra, ¿qué interés puede tener? No más que la tuya, o la mía, o la de no importa quién. La vida nos es común a todos: no la obra. Y en lo que la obra no nos es común, saliéndose de lo común, ¿qué vale? No he encontrado, en la del escritor que leo, tan fecundo, grandes cosas. Y las pocas que he encontrado, enterradas entre montones de palabras inútiles. Han tomado otros, sin duda, las palabras inútiles, por valiosas. ¿Para qué leerles? Temo que hayan multiplicado las palabras inútiles. Hojearé, si, sus libros: no me meteré a averiguar cómo descifran lo por mí descifrado. Buscaré otros autores que descifrar yo. Menos, menos caudalosos que el ahora leído. Creo que cuanto más se piensa menos se escribe, y que escribir mucho es signo de pensar poco. Y que no hay, para las cosas graves, sino las palabras graves: escasas, escasas. Y para las cosas bellas, las palabras bellas: más escasas aún. ¿Por qué darías aquellas envueltas entre otras que nada dicen, éstas mezcladas con otras que les quitan esplendor?»

Llegó el trotamundos a la aldea con muchos, muchos libros para su amigo. Más deseoso que jamás de estar en su compañía, de oírle, de verle.

—¡Pobre poeta! —le dijo, cuando el amigo le hubo mostrado los signos apenas visibles trazados en los márgenes de los sesenta volúmenes—. ¡Qué has dejado de su obra!

—He dejado justamente su obra: unas doscientas páginas.



El pensamiento anarquista

(Continuación.)

Se puede decir que Sylvain Marechal se sumó a Babeuf por las grandes ansias que tenía de actuar pero sus alcances sociales no iban paralelos con el comunismo estatal anunciado por los « Iguales ». La frase introducida en el manifiesto era una corroboración a sus ideas de arcadias sin gobierno exteriorizadas en « L'âge d'or, recueil des contes pastoraux par le berger Sylvain » (1782) y en « Livre échappé au déluge ou psaumes nouvellement découverts » (1784). Más adelante, en 1788, escribe « Apologues modernes à l'usage d'un dauphin », donde mediante la huelga general los productores proclaman la sociedad libre y los gobernantes y reyes se autodestruyen en una isla desierta : « Algún día, los trabajadores, llevados al extremo por la crueldad de los ricos, se negarán a continuar sirviéndoles y contestarán a sus amenazas : Somos tres contra uno. Nuestro propósito es de restablecer para siempre las cosas sobre sus antiguas bases, sobre el estado de cosas primitivo, es decir, sobre la más perfecta y la más legítima igualdad. Pongamos la tierra en común entre todos sus habitantes. Si hay alguien entre nosotros que tenga dos bocas y cuatro brazos, es muy justo asignémosle doble ración. Empero, si todos estamos hechos por el mismo patrón, repartamos el pastel en igualdad de condiciones. Y, al mismo tiempo, metamos todos las manos en la masa. Que todos los hombres, de una punta al otro del universo, se den la mano. »

Marechal está más próximo del anarquismo que Babeuf se imagina. Su personalidad intelectual impone el derrotero anarquista al manifiesto en muchos de sus apartados y esto origina que durante el proceso contra los « Iguales » éstos desaprueben algunos de los enunciados del manifiesto, especialmente el que dice : « Desapareced, en fin, distinciones sublevantes... de gobernantes y gobernados ».

En realidad todo el manifiesto rezuma una nitidez de expresión perfecta y en el mismo no asoma el menor atisbo de demagogia. « La inteligencia no aumenta la capacidad del estómago », dirá para aquéllos que sean partidarios de **a cada uno según su capacidad**, y añadirá : « Hay opresión cuando uno se agota trabajando y le falte todo, mientras que otro nada en la abundancia sin hacer nada... Nadie ha podido, sin cometer un crimen, apoderarse exclusivamente de los bienes de la tierra o de la industria... En una verdadera sociedad no debe haber ni ricos ni pobres ».

La obra escrita de Sylvain Marechal tiene cier-

ta amplitud. Además de los títulos ya señalados más arriba, Marechal escribió el « Almanach des honnêtes Gens », en el que suprimió todos los santos. Colaboró asiduamente en el periódico de Proudhomme : « Révolutions de Paris ». Fue uno de los iniciadores del Calendario Republicano; en 1793 publicó su « Correctif à la Révolution », más tarde escribe « Dictionnaire des athées anciens et modernes » (1800) y acto seguido — muere en 1803 — « Pour et contre la Bible ».

El verdadero puesto de Marechal estaba junto a los « Enragés », junto a Jacques Roux, Leclerc d'Oze y Jean Varlet, los « enragés » que más se distinguieron en la Revolución Francesa. Estos serían denunciados en la barra de la Convención por la viuda de Marat, quien presenta una moción, redactada por Robespierre con toda seguridad, acusándolo, a Roux y a Leclerc de instigar « al pueblo para que éste proscriba toda clase de gobierno » (8).

Ahora bien, el ideal anarquista ha ido adquiriendo, a medida que Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Reclus y Malatesta, por no nombrar más que a unos pocos, han aportado sus sugerencias, un bagaje inmenso que ampara todas las actividades de la vida humana; empero, la jácena maestra sobre la que se apoyan las múltiples facetas del ideal libertario es la **negación del Estado** y los « enragés », en este aspecto están pisando terreno anarquista, como lo prueba la denuncia de la viuda de Marat, instrumento del dictador Robespierre.

Jacques Roux, por ironía de la Historia, fue un sacerdote, como lo había sido el propio Meslier, bien que ya había declarado y publicado que desde hacia tiempo había deseado « abandonar su estado, casarse, montar una imprenta y fundar un periódico ». Fue con atisbos de crueldad fanática que se negó a aceptar el testamento que le tendía Luis XVI al tiempo que le decía : « Yo sólo estoy aquí para llevaros al cadalso ». Jean Jaurès y A. Mathiez no regatean citas, el primero en su « Histoire Socialiste : la Convention » y el segundo en « La Vie chère et le mouvement social sous la terreur », para poner de manifiesto las veces en que Roux, producto de un periodo de violencia, exteriorizaba sus iras y sus odios. Su humanidad estaba llena de contrastes y si por un lado

(8) A. Mathiez. — «La vie chère et le mouvement social sous la terreur», citado por Alain Sergent & Claude Harmel: «Histoire de l'Anarchie». Le Portulan, 1949. Página 41.

lo vemos cruel frente a Luis Capeto, también veremos que adopta un huérfano y que en 1792, cuando Marat tiene que esconderse, es con Roux con quien confía bien que más tarde lo atacará sin piedad y hasta con la calumnia, obligando a Roux a echarle en cara la hospitalidad que le dió a riesgo de su seguridad física : « Durante seis días he dormido en el suelo, he hecho la cocina y hasta he tenido que vaciar le pote de tus necesidades; he hecho, en una palabra, todo lo que pude por ti, todo lo que un buen patriota podría hacer y lo que haría de nuevo para mis perseguidores y mis verdugos » (9).

El programa de Jacques Roux toma forma en un 1º de diciembre de 1792, cuando pronuncia su célebre discurso « Sobre el último de los Luises, sobre la persecución de los agiotistas, los acaparadores y los traidores » en la sección del Observatorio. La exposición tiene una primera parte de crítica : « Hay cobardía — dice, en tolerar a los que se apropian de los productos de la tierra y de la industria, que amontonan en los graneros de la avaricia los víveres de primera necesidad... » y una segunda parte de análisis en la que el anarquismo tiene un punto de apoyo : « El despotismo que se propaga bajo un gobierno de muchos, el despotismo senatorial es tan terrible como el centro de los reyes, ya que tiende a encadenar al pueblo, sin que él se dé cuenta, ya que se encuentra envilecido y subyugado por las leyes que él mismo ha dictado. Empero, ciudadanos, vosotros no os habréis sacudido el yugo de los Borbones, no os habréis sustraído de la humillante dominación de los reyes para doblaros bajo el yugo de los agentes prevaricadores. Después de haber franqueado irrevocablemente el intervalo inmenso entre el esclavo y el hombre, no váis a permitir que vuestros mandatarios atenten a la legitimidad de vuestros derechos, que ellos se aparten de la opinión pública, la única en dictar leyes, mostrándose siempre recta y poderosa » (10).

Otra figura destacada de « Les enrágés » es la de Jean Varlet, quien en 1792 alcanzara a tener veinte años solamente. Es la edad de la generosidad, en la que el ser humano se da completamente. La Revolución hizo de él y a ella se volcó todo entero sin apartarse del pueblo al que consideraba un punto de referencia infalible para pisar terreno firme : « Desde hace cuatro años, siempre en la plaza pública entre los grupos del pueblo, en la « sans-culotterie », entre los andrajos que estimo, he aprendido que, ingenuamente y sin coacción, los pobres diablos de los zaguanes razonan con más seguridad, más atrevidamente, que los señores, los grandes habladores, los sabios tanteadores; si éstos quieren aprender ciencia de la buena, que hagan como yo y vengan a escuchar al pueblo » (11).

(9) A. Sergent & C. Harmel. — Op. cit. pág. 52.

(10) Op. cit. pág. 54.

(11) Jean Varlet. — « Déclaration Solennelle des Droits de l'Homme dans l'Etat Social » (1793), cit. por Sergent & Harmel, pág. 59.

El pensamiento de Varlet coincide con el de Roux antes de que lleguen a cruzarse en el camino de la revolución. Como Roux, Varlet duda de que un representante pueda dejar en buen lugar el pensamiento y el sentir del representado : « inclusive sobre aquéllos que han reunido nuestros sufrágios no podemos evitar la desconfianza », porque raramente se limitan a invocar la voluntad de los sufragistas y degeneran hacia el despotismo, ya que « los palacios de los reyes no son las únicas moradas de los déspotas ».

Al igual que Roux, que edita « Le Publiciste » y Leclerc, quien también aparece con el « Ami du Peuple », Varlet hace irrupción en la prensa de París con « L'Explosion », tan explosivo como su título lo indica. Robespierre ha sido ejecutado, pero la tiranía continúa y toca a Varlet el denunciarla desde las páginas de su portavoz : « ¡Qué monstruosidad social, qué obra maestra del maquiavelismo, en efecto, es este gobierno revolucionario! Para todo ser que razone, gobierno y revolución son incompatibles ».

Varlet se anticipa a los temores que los anarquistas exteriorizaron frente a la provisionalidad que Marx, Engels, Lenin y el propio Stalin, aseguraban que tendría el Estado comunista : « Sentimos ahora que es necesario frenar, tenerlas por la brida, a las autoridades creadas, sin lo cual éstas se vuelven todas potencias opresoras; no busquemos el contrabalancearlas entre ellas : todo contrapeso que no sea el del pueblo mismo es falso. El soberano debe constantemente presidir el cuerpo social.

Junto con Roux y Varlet podemos incluir en las filas de « Les enrágés » a Leclerc, tan joven como Varlet casi ya que había nacido en 1771. Llegado de Lyon a la vorágine parisina, Teófilo Leclerc representa un apoyo considerable para el pensamiento de « Les enrágés » y lo vemos figurar en numerosos actos y comités. Crea su periódico también, « L'Ami du Peuple » (El Amigo del Pueblo), con lo que quiso dar perdurabilidad al órgano de Marat cuando éste fue asesinado por la Corday. Del número correspondiente al 30 de agosto de 1793 es lo que sigue : « Tres horas pasadas frente a la puerta de un panadero formarían un legislador mucho más competente que cuatro años de residencia en los bancos de la Convención ».

En el paralelogramo de las fuerzas, la de « Les enrágés » no puede con la de los de La Montaña ni, terminado el Terror, con la de los « Termidorianos ». Las jornadas del 30 de junio, 1 y 2 de julio fueron decisivas para ellos. « Los gérmenes de los falsos insurgentes », como dice Varlet, impidió que el « Evéché », lugar donde se efectuó la asamblea del 30 de junio, que decidió llamar al pueblo a la insurrección y en cuya asamblea ejercieron gran influencia los « enrágés », no se hiciera dueño de la situación en la ciudad.

La Montaña, más oportunista, tomó la iniciativa y Dantón, después de haber conseguido que la Convención votara la detención de los Girondinos se vuelve ya contra los « enrágés » y proclama

ma que « hay que hacer entrar al « Evêché » en la nada ».

El 9 Termidor y su consecuencia : Napoleón, sufocan los sentires revolucionarios de Francia. Los sociólogos franceses que, con posterioridad a la Revolución Francesa, aportan sus contribuciones en el campo de la ciencia social, si en algo se han aproximado a las ideas libertarias, ya hemos tenido ocasión de citarlos en el capítulo anterior.

Hasta Proudhon, pues, ese país no nos ofrece nada nuevo y hemos de franquear el Canal de la Mancha para dar con el más destacado y el más importante de los precursores anarquistas : William Godwin (12).

Godwin recibe, desde el otro lado del mar, los impactos de la Revolución Francesa, también. Se convierte en un crisol que recibe, generosamente, a d'Holbach, a Rousseau, a Helvetius, a Jonathan Swift. Hijo de un sacerdote, ha tenido ocasión de sumergirse en los clásicos latinos y devorar a Bacon y a Moro, Platón y Aristóteles. La severa disciplina de su padre lo llevó a ejercer como pastor presbiteriano durante cinco años pero terminó por sacudirse la carrera y volcarse definitivamente al campo de la sociología. En 1791 integra un comité patrocinador de la obra de Tomás Paine : « The Rights of Man » pero ya anda dedicado de lleno en la confección de su obra que tanta resonancia tuviera entre la intelectualidad de aquella época y que lo colocara, en forma definitiva, como el más grande precursor del anarquismo : « An enquiry concerning political justice and its influence on general virtue and happiness » (1793) (Investigación acerca de la justicia política y su influencia sobre la virtud y la felicidad general).

La obra no fue perseguida por el gobierno de Pitt a pesar de que se le señaló su peligroso contenido porque la misma se vendía a un precio prácticamente prohibitivo. La esposa de Shelley e hija de Godwin al mismo tiempo dice : « He oído decir frecuentemente a mi padre que la « justicia política » escapó de la persecución porque apare-

ció en una forma demasiado costosa para la adquisición general. Pitt observó, cuando se discutió la cuestión en el Consejo privado, que un libro de tres guineas no podía causar mucho daño entre aquéllos que no podían ahorrar tres chelines ».

La verdad fue que la obra se vendió, a pesar del precio muy rápidamente y se llegaba a constituir grupos para sufragar el costo colectivamente. En 1796 aparece una segunda edición y dos años más tarde una tercera.

Vale decir que la obra de Godwin tuvo una resonancia enorme que está muy lejos de extinguirse todavía. Es punto de referencia obligado al que tiene que acudir el estudioso de la sociología libertaria porque si bien, como hemos tenido ocasión de ver a lo largo de las páginas que preceden, el inherente sentimiento de la libertad des-punta siempre en los pensamientos de avanzada, ello ha sido en forma intermitente. A partir de Godwin la negación del Estado adquiere una consistencia definitiva y los anarquistas que seguirán verán en las páginas del libro de Godwin un asidero consistente.

« Este libro — dirá Kropotkin — contiene la exposición completa y sincera de lo que más tarde ha sido propagada con el nombre de anarquismo » (13).

Quiere decir que Godwin se anticipa al adjetivo bien que afronta sin temores el vocablo en diferentes ocasiones a pesar de la injusticia etimológica de la que fuera objeto la palabra **anarquía** en su época : « No se ha comprendido suficientemente la naturaleza de la anarquía. Constituye, ciertamente, una gran calamidad, pero es menos horrible que el despotismo. Allí donde la anarquía ha causado centenares de víctimas, el despotismo ha causado millones, con el único resultado de perpetuar la ignorancia, el vicio y la miseria entre los hombres. La anarquía es de corta duración mientras el despotismo es casi permanente... La anarquía es estimulada por el despotismo. Si el despotismo no se hallara siempre en acecho, dispuesto a aprovechar despiadadamente los errores de los hombres, el fermento de la anarquía habría de evolucionar por sí mismo hacia un estado de normalidad y calma. La Razón es siempre progresiva. El error sólo puede perpetuarse cuando se le convierte en institución y se le otorgan las armas del poder » (14).

Más adelante reincide en el tema con redundancia inclusive : « La anarquía es, por su propia naturaleza, un mal de breve duración. Cuando más grandes son los errores que causa, más rápidamente se extingue... »

« A pesar de todo eso, debemos cuidarnos de la apresurada conclusión de que los males de la anarquía son más graves que los que puede producir el gobierno. En lo que a la seguridad personal

(12) Nació en Wisbeach, Cambridshire, en Inglaterra, en el año 1756. Bien que limitamos nuestro estudio a su obra «Investigación acerca de la justicia política», Godwin fue bastante prolijo con la pluma, pudiendo citar, entre otras, las siguientes obras: «The Life of Chatham» (1783), «The Herald of Literature» (1784), «Things as they are; or, the Adventures of Caleb Williams» (1794), «Considerations on Lord Grenville's and Mr. Pitt's Bills» (1795), «The Enquirer: Reflections on Education, Manners and Literature» (1797), «Memoirs of the Author of a Vindication of the Rights of Woman» (1798), «Antonio: A tragedy in Five Acts» (1800), «The Life of Geoffrey Chaucer» (1803), «Fleetwood: or the New Man of feeling» (1805), «The History of England» (1806), «Faulkener; a Tragedy» (1807), «The History of Rome» (1809), «The History of Greece» (1811), «Mandeville: a Tale of Seventeenth Century in England» (1817), «Of Population: An Enquiry concerning the power of Increase on the Numbers of Mankind; being an answer to Mr. Malthus's Essay» (1820), «History of the Commonwealth of England, from its Commencement, to the Restoration of Charles the Second» (1824), «Thoughts on Man, his Nature, Productions and Discoveries» (1831), «Deloraine» (1833), «Essays» (1873)...

(13) Pedro Kropotkin. — «Origen y evolución de la Moral», págs. 237-238. Americalee, 1945. Buenos Aires.

(14) William Godwin. — «Investigación acerca de la Justicia Política», pág. 243. Americalee, 1945. Buenos Aires.

se refiere, la anarquía no es ciertamente peor que el despotismo. Con esta diferencia : mientras la anarquía constituye un estado de cosas transitorio, el despotismo es, por naturaleza, de carácter permanente. »

« Queda otro aspecto donde anarquía y despotismo contrastan violentamente entre sí. La anarquía despierta las mentes, suscita energías y difunde el espíritu de empresa entre la comunidad, si bien no lo cumple del mejor modo posible, ya que sus frutos, de apresurada madurez, no pueden ofrecer la vigorosa fibra de una auténtica perfección. Bajo el despotismo, por el contrario, el espíritu es pisoteado del modo más odioso » (15).

Este último párrafo nos coloca de lleno sobre lo que Godwin considera básico para alcanzar la sociedad ideal : la educación : « En ningún país es el pueblo enemigo real de la libertad, sino aquellos estratos más altos que se aprovechan de un sistema contrario. Incúlquense opiniones justas acerca de la sociedad a cierto número de los miembros liberalmente educados y que reflexionen; dénsese a las gentes guías y maestros y el asunto está resuelto. Sin embargo esto no es para ser cumplido sino de una manera gradual, como se verá más plenamente después. El error consiste, no en tolerar las pésimas formas de gobierno por un tiempo, sino en suponer impracticable un cambio, y en no mirar incesantemente hacia adelante para su cumplimiento » (16).

« Cuando es cuadro del futuro bienestar ha sido descubierto por los espíritus más profundos, no puede esperarse que las multitudes lo comprendan antes de que trascurra algún tiempo. Es necesaria intensa divulgación, lecturas y conversaciones frecuentes, para que se familiaricen con esta posibilidad. Las nuevas ideas descienden gradualmente desde las mentes esclarecidas hasta las menos cultivadas. El que comienza con ardientes exhortaciones al pueblo, demuestra conocer muy poco acerca del progreso del espíritu humano. La brusquedad puede favorecer un propósito siniestro, pero la verdadera sabiduría se adapta mejor a un lento pero incansable avance » (17).

Godwin se opone resueltamente al concepto de que el hombre arrastra las cualidades y los defectos del que lo precede en su paso por el mundo. La mayor influencia es la del medio ambiente y su optimismo va parejo con la generación de la Ilustración de la que, temperamentalmente, forma parte. Para el hombre « no es una criatura perfecta, pero es perfectible », dirá en consecuencia : « El hombre es un producto de sus hábitos. El mejoramiento gradual constituye una destacada ley de la naturaleza. Así, cuando la comunidad llega a realizar determinada etapa del progreso, esa etapa tiene, a su vez, la virtud de contribuir a una mayor ilustración de los hombres... El intelecto humano navega sobre el mar infinito de la verdad y aun cuando avance constantemente, su

viaje jamás tendrá término... Formar la mente de un joven, procurar inculcar nuevas ideas en la de una persona madura, parece significar una tarea de poca trascendencia, pero sus frutos no dejarán de hacerse sentir en forma sorprendente. El imperio de la verdad llega sin pompa ni ostentación. La simiente de la virtud germina siempre, aun cuando parezca haberse secado... » (18).

Sin embargo, Godwin ve un peligro en la educación mediatizadora « ...el principio de educación nacional debe ser rechazado en razón de su evidente alianza con el principio de gobierno. Se trata de una alianza de naturaleza más formidable que la antigua y muchas veces repudiada unión entre la Iglesia y el Estado. Antes de poner una máquina tan poderosa en manos de un agente tan equivoco, debemos reflexionar bien en las consecuencias de tal acción. El gobierno no dejará de emplear la máquina de la educación para fortalecer su propio poder y para perpetuar sus instituciones » (19).

Esta fe ciega en la evolución, en la educación que puede convertir a los hombres en ciudadanos aptos para sociedades mejores implicará la condena inexorable de Godwin hacia las revoluciones violentas : « Las revoluciones, tal como se han manifestado generalmente en el mundo, son momentos en que la voluntad y el temperamento de la nación son menos consultados » (20).

« Debemos, pues, distinguir cuidadosamente entre la acción de instruir al pueblo y la de excitarlo. La indignación, el furor y el odio deben siempre ser desplazados. Todo lo que debemos propiciar es pensamiento sereno, claro discernimiento e intrépida discusión. ¿Por qué fueron las revoluciones de América y Francia expresión unánime de casi todas las capas de la población, sin divergencias (si tenemos en cuenta las grandes multitudes que en ellas intervinieron), mientras que nuestra resistencia contra Carlos I dividió a la nación en dos partes enconadas ? Porque esta acción tuvo lugar en el siglo XVIII. Porque en los casos de América y Francia, la filosofía había difundido ampliamente los principios de libertad política; porque Sydney y Locke, Montesquieu y Rousseau habían persuadido a la mayoría de los espíritus acerca de los males de la tiranía. Si esas revoluciones se hubieran producido más tarde aún, no se hubiera derramado quizás la sangre de un solo ciudadano, ni se habría producido un solo caso de arbitrariedad y violencia » (21).

Sin duda estamos aún muy lejos del demoleedor Bakunin. El anarquismo se manifiesta en forma tímida y optimista a través de Godwin. Su timidez perderá ciertos matices cuando Proudhon releve a Godwin en la misión de mantener erguida la antorcha de la anarquía. Empero, en Proudhon existirá aún la tendencia reformista de Godwin, la cual prevalecerá sobre la insurreccional que posteriormente desarrollarán Bakunin, Kropotkin,

(15) Op. cit. pág. 339.

(16) Op. cit. pág. 48.

(17) Op. cit. pág. 125.

(18) Op. cit. pág. 132.

(19) Op. cit. pág. 307.

(20) Op. cit. pág. 113.

(21) Op. cit. pág. 124.



Malatesta y la mayoría de los anarquistas.

Sin embargo la cabeza de puente del anarquismo moderno queda establecida. William Godwin ha realizado la proeza sin preocuparse de darle nombre. Esto irá a cargo de Pedro José Proudhon cuarenta y siete años más tarde. Desde que aparece la « Investigación acerca de la justicia política » la negación del Estado queda establecida sobre un sistema filosófico lo suficientemente sólido para esperar ulteriores aportaciones que le den una consistencia definitiva para presentarse en la sociología moderna en igualdad de condiciones, por lo menos, a las ideologías estatófilas.

Hemos dicho anteriormente que la jacena del ideal anarquista es la negación del Estado y a ello dedica Godwin la especulación más intensa de su libro empezando por el despotismo monárquico más absoluto y terminando con los gobiernos llamados demócratas. Muy ingeniosamente defiende la independencia de las generaciones que suceden a las que contraen un compromiso y con cáustica ingenuidad reclama que se le precisen los periodos de duración de los contratos sociales : « Poco se habrá ganado para la causa de la justicia y de la igualdad, si nuestros antepasados, al establecer la forma de gobierno bajo la cual les agradaba vivir, hubieran enajenado al mismo tiempo la independencia y la libertad de elección de sus descendientes, hasta el fin de los siglos. Pero si el contrato debe ser renovado en cada generación, ¿ qué periodos se fijarán al efecto ? Si estoy obligado a someterme al gobierno establecido hasta que llegue mi turno de intervenir en su constitución, ¿ en qué principio se funda mi consentimiento ? ¿ Aca-so en el contrato que aceptó mi padre antes de mi nacimiento ? »

« En segundo lugar, ¿ cuál es la naturaleza del consentimiento que me obliga a considerarme súbdito de determinado gobierno ? Se afirma generalmente que basta para ello la aquiescencia táctica que se deriva del hecho de vivir en paz, bajo la protección de las leyes. Si esto fuera cierto, estaría demás toda ciencia política, toda discriminación entre buena y mala forma de gobierno, aun cuando se trate de un sistema inventado por el más vil de los sicofantes. De acuerdo con semejante hipótesis, todo gobierno que es pasivamente soportado por sus súbditos, es un gobierno legal, desde la tiranía de Caligula hasta la usurpación de Cromwell. La aquiescencia no es generalmente otra cosa que la elección, por parte del individuo, de lo que considera un mal menor. » (22).

Thomas Paine le sugiere el inicio de la exposición mas Godwin lo rebasa rápidamente : « Si el pueblo o los individuos que constituyen el pueblo no pueden delegar su autoridad en su represen-

tante, tampoco puede un individuo aislado delegar su autoridad en la mayoría de una asamblea de la que forma parte. Las normas que han de regular mis acciones son materia de consideración enteramente personal y nadie puede transferir a otro la responsabilidad de su conducta y la determinación de sus propios deberes. Pero eso nos lleva nuevamente al punto de partida. Ningún asentimiento nos libra de la obligación moral. Constituye ésta una especie de propiedad que no podemos enajenar y a la que no podemos renunciar y, por consiguiente, es inadmisibles que un gobierno derive su autoridad de un contrato original » (23).

Del párrafo citado descuellan algo que es motivo permanente en el ideario anarquista : la coacción moral que desbrozaran los estoicos y que, en la época moderna, abrazan resueltamente los anarquistas. Pero volvamos hacia la imposibilidad que existe, según Godwin y el anarquismo, de que el individuo pueda delegar y dimitir en otro su personalidad : « El abuso de la doctrina de la confianza ha dado lugar quizás a mayores desgracias para la humanidad que cualquier otro error del espíritu. Si los hombres hubieran actuado siempre según los dictados de la propia conciencia, la depravación moral no se hubiera extendido sobre la tierra. El instrumento que ha permitido perpetuar graves males a través de las edades, ha sido el principio que consintió convertir grandes multitudes humanas en simples máquinas manejadas por unos pocos individuos. Cuando el hombre obedece a su propio juicio, es el ornamento del universo. Pero se convierte en la más despreciable de las bestias cuando obra por determinación de la obediencia pasiva y de la fe ciega. » (24).

La desconfianza de Godwin hacia el Estado es, pues, absoluta : « Debemos, pues, lamentar, no su inactividad y apatía, sino su peligrosa actividad. Debemos buscar el progreso moral de la especie, no en la multiplicación de las leyes, sino en su derogación. Recordemos que la verdad y la virtud, lo mismo que el comercio, florecerán tanto más cuanto menos se encuentren sometidas a la equívoca protección de la ley y la autoridad » (25).

« La ambición y el desorden son males que los gobiernos introducen por vía directa sobre multitudes de hombres, a través de la acción de la presión material que ejercen. Pero hay otros males inherentes a la propia existencia de los gobiernos. En principio, el objeto del gobierno es la supresión de la violencia, interna o externa, que amenaza eventualmente el bienestar de la colectividad; pero los medios de que se vale constituyen de por sí una forma sistematizada de violencia » (25).

(23) Op. cit. pág. 102.

(24) Op. cit. pág. 108.

(25) Op. cit. pág. 272.

(22) Op. cit. pág. 91.

(Continuará.)

GRÁFICOS DE...

Perón:

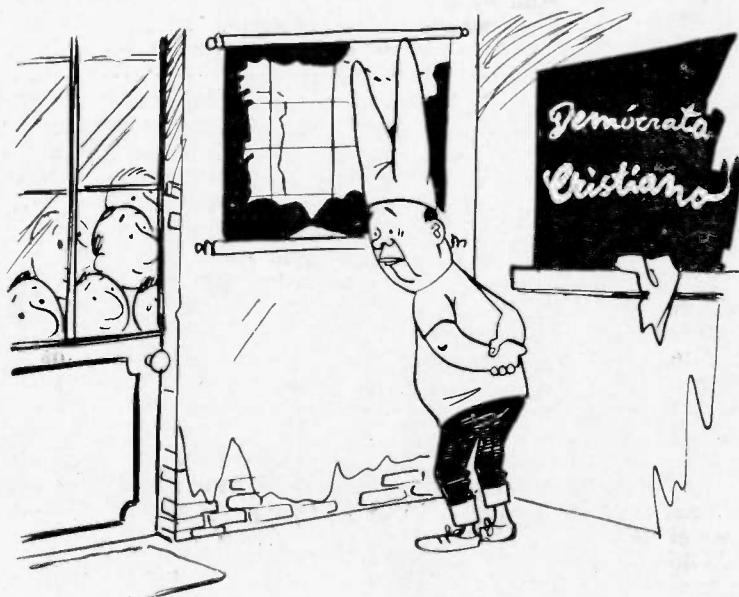
Gracias a la astucia de unos y a la idiotez de otros, me llamarán, me llamarán.



Á Perón lo reclaman los sindicatos peronistas.

(Los diarios)

...A VER...



Gil Robles ha sido castigado por Franco.

(Los diarios)

(El castigado al hitlerito español)

Te juro que, como en 1936, te volveremos a llamar en cuanto te necesitamos, o como en Argentina, haremos que los hambrientos te llamen.

...Y DE HOY

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

EN CASTELLANO

«Problemas sociales de Derecho Penal»,	5 00
«Problemas y cantarazos», J. Peiró	3 00
«Prosas», Berceos	2 50
«Psicoanálisis del hombre», G. Richard	3 00
«Psicoanálisis y Religión», E. Fromm	6 00
«Pueblos y Razas», Antología	6 50
«Puerto Chol», M. Luya	4 00
«¿Qué es el arte?», Tolstol	1 20
«¿Qué es la sociología?», Bougle	2 00
«Quinet», Alaiz	5 00
«Racismo, Nacionalismo», Ribe	2 00
«Raíces al cielo», Rojas	3 50
«Rebeca», D. Maurier	1 80
«Régimen político y de convivencia en España», A. Zamora	4 00
«Reivindicación de la libertad», G. Ernestán	1 00
«Resplandor en el cielo», Waldick	7 00
«Retorno al amanecer», V. Baum	2 00
«Ricardo», E. Castelar	1 20
«Robespierre», Korngald	5 00
«Rojo y Negro», Stendhal	5 00
«Romance del amor», R. de León	9 00
«Romeo y Julieta», Shakespeare	1 00
«Rosas de la tarde», V. Vila	2 50
«Shopenhauer», T. H. Rileot	4 50
«Se alquila», J. Galsworthy	6 80
«Seis cuentos de un conocido», Castelmar	3 60
«Selma Lagerloff», A. Jansen	3 50
«Shakespeare», G. Landauer	12 00
«Silvia», Gerard de Nerval	1 50
«Sinónimos Castellanos», Roque Barcia	5 00
«Stefan Zweig», F. M. Zweig	4 80
«Stendhal», S. Zweig	1 20
«Teatro», Cervantes	2 50
«Teatro», Feijoo	4 50
«Teatro argentino» (dos vol.),	16 00
«Teatro completo», R. González Pacheco (dos to- mos)	10 00
«Teoría de la acción», J. A. Dos Reis	2 00
«Testimonio sobre la Revolución Cubana», A. Sou- chy	1 40
«Traición por traición», E. Zamacois	1 20
«Tratado del encadenamiento de las ideas», Cour- not	7 50
«Tratado de los deberes», Cicerón	3 00
«Tres camaradas», E. M. Remarque	3 50
«Tres maestros», S. Zweig	1 20
«Trust y Carteles», R. Lewinson	5 00
«Una hija de las nieves», J. London	6 00
«Un hombre se asoma a su pasado», C. Weyer ..	5 00
«Veinte años de lucha y experiencia», D. A. Po- rras	4 25
«24 horas de la vida», S. Zweig	1 20
«Viaje al Congo», A. Gide	4 00
«Verbo de admonición», V. Vila	2 50

EN FRANCES

«Juan de Mairena», Machado	6 90
«Juan Maragall», Corredor	3 40
«La mécanique de la vie», Le Dantec	2 00
«Le guide des convénances», Plusieurs	3 40
«Le jardin d'Épicure», A. France	4 50
«Le jardin des supplices», O. Mirbeau	2 50
«Le militarisme», G. Ferrero	3 50
«L'Énéide», Delille	5 00
«L'envers du journal», Gide	3 00
«Le paradis perdu», Delille	5 00
«Le sang plus vite», García Calderón	3 75
«Les armoires frigorifiques», Degoux	5 80
«Les bandits tragiques», V. Méric	2 90
«Les Chouans», H. de Balzac	2 00
«Les damnés de la guerre», R. Mondin	2 00
«Les derniers jours de Pékin», P. Loti	2 00
«Les fleurs du mal», Baudelaire	3 10
«Les géorgiques», Delille	5 00
«Les influences ancestrales», F. Le Dantec	3 40
«Les maximes», La Rochefoucauld	2 00
«Les mystères des couvents», Princesse de Torino ..	4 00
«Les sorcières de Salem», A. Miller	5 50
«Les trois règnes de la nature», Delille	5 00
«Le suaire de Turin», Abbé Turmel	1 50
«Le théâtre d'Ibsen», Lourrié	2 00
«Le tourment du passé», A. Breton	4 00
«Lettres inédites sur l'iniquité moderne»	2 50
«L'évolution des idées», Ribot	3 00
«L'imagination», Delille	5 00
«L'incubation artificielle», G. Paulan	3 10
«Livre blanc sur les camps d'internement en Es- pagne»	4 50
«Livre blanc sur les camps d'internement en Grè- ce»	4 50
«L'Unité coopérative», Fournière	1 50
«Mandates Lassu», Galleani	2 00
«Manuel d'économie», G. Delarche	3 00
«Manuel du Bâtiment»	4 00
«Marceline Desbordes», S. Zweig	1 20
«Mauvaise graine», M. Azuela	2 50
«Mécanique de la vie», Le Dantec	1 00
«Miettes de mon enfance», Rictor	1 00
«Miséricorde», Galdós	1 00
«Notre Dame de Paris» (2 vol. 2 50 x 2 00), Vic- tor Hugo	5 00
«Notre destinée et nos instincts»	5 25
«Évres» (jours d'exil), Cœurderoy	9 00
«Fensées», Pascal	9 00
«Pour assurer la paix», Besnard	2 60
«Pour vaincre sans violence», B. de Ligt	1 50
«Frères et moines», Dubois	5 00
«Propos subversifs», Faure	5 00
«Quais aux fleurs», Salvy	5 00

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)

CENIT

sociología
ciencia - literatura



L
E
V
D
E

I
M
P
R
E
N
T
A

- Plácido Bravo : Hoja por hoja.
- Ildefonso : «La Protesta» en su 65 aniversario.
- Puyol : Tarayuela.
- Abarrategui : Alas sin cielo.
- F. Ocaña : El hombre y los complejos del mundo autoritario.
- Dr. Arthur Samuel Jones : El encarcelamiento de Thoreau.
- Fontaura : Tierra y sol de Levante.
- Conrado Lizcano : La cultura y la dictadura.
- Angel Samblancat : Repúblicas y Rehidepúblicas.
- Denis : El editor.
- Herbert Spencer : Hombre y mujer.
- Max Nettlau : Eliseo Reclus y Miguel Bakunin.
- Victor Garcia : El pensamiento anarquista (folletón).



A medida que pasan los días el problema de la libertad en España se presenta más agudo. Su solución más apremiante.

La libertad de prensa es, quizá, el primero que deberá ser considerado y que deberá permitir que los españoles se expresen libremente sin que ello conlleve la idea de delito ni el riesgo del castigo.

Claro que con el régimen actual, ninguna «liberalización» puede ser efectiva, ya que todo el aparato de represión está, cual espada de Damocles, dispuesto a «evaporar», según expresión de Orwell, al primero que ose levantar el dedo.



141

SEPTIEMBRE · 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,00 NF

4P 5523

NUESTRA PORTADA

Però una cosa es cierta, que los directores de prensa podrían atreverse a muchas cosas. No se atreven por el temor, no se atreven porque no hay valentía, no se atreven, como no se atrevieron los escritores rusos a protestar en favor de Pasternak cuando éste fue condenado por sus gobernantes.

De tal forma, que bien podemos decir, sin peligro de error, que la peor ley contra la libertad de prensa en España es hoy la docilidad y falta de dignidad de los encargados de prensa.

Para los libertarios la conciencia de un encargado de prensa debe estar por encima de las leyes.

Para alentar a unos, para sondear a todos, para poner a prueba a muchos, el exilio tendría su papel a jugar en este sentido. Ya hay, según se dice, quien lo juega, aunque muy tímida y parcialmente, el Movimiento Libertario también debería prestar a este asunto la atención que merece.

CENT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Mcntseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Septiembre 1962

Nº 141

HOJA POR HOJA

INMORTALIDAD O TRASCENDENCIA

EL alma humana es inmortal. Cuando el hombre exhala su postrer suspiro, si muere en gracia, su alma se escapa hacia dos regiones distintas. (Que la fantasía de unos hombres sitúan no sé dónde, puesto que ni geógrafos ni astrónomos aún no han localizado.) Una de ellas es el llamado paraíso; allí sola especie, pues la vida pasajera es el *ma pura e immaculada gema*. A otra, apodada purgatorio —lugar donde se purgan empachos y espulgan pecados—, es la morada de pecadores mediocres, condenados temporalmente.

Hay una tercera destinada a los que mueren en desgracia y sin pizca de salvación; aquellos que su alma podrida sale disparada como un cohete hacia la región infernal, los condenados a tormentos perpetuos y que no merecen siquiera la certeza descarga de un fusil.

Así se expresaba el profesor de teología en la tribuna de cierto instituto libre.

Cabe decir que esto sucedía en un país de templanza religiosa, y que, como quiera que la disertación del reverendo no tuvo lugar desde el sacro púlpito catedralicio, las versiones contrarias podían ser expuestas sin amenazas ni riesgos inquisitoriales.

Tanto fue así que un auditor juzgó errónea la tesis del célebre teólogo, y en calidad de miembro de cierta secta protestante, protestó de esta manera:

—No, esto no es cierto. El hombre que muere, al cortarse el resuello, de su cuerpo emigra el espíritu, y después de errabundos vuelos por diferentes regiones etéreas, se produce el misterio de la reencarnación; espíritus inmortales que, como las go-

londrinas, vuelven a construir sus nidos en otras regiones, en otros cuerpos de barro tierno.

Y es en este trasiego o transmutación donde reside el principio evolutivo de la especie, pues la vida pasajera es el filtro purificador del espíritu eterno, y es el espíritu quien moldea al hombre cada vez más perfecto gracias a este sagrado e inmutable experimento.

Un ateo también arrimó su tea a la elevada discusión, pero éste la abordó con llaneza, a ras de tierra, y en nombre de la ciencia.

Empezó así:

—¿Por qué esta obstinación de ciertos hombres en querer explicar, cuando no imponer, a los demás lo que ellos ignoran y no siempre creen?

Acepto que ciertas fantasías se enciendan, pero no para pegar fuego al templo de la razón edificado por la ciencia y la técnica.

Yo no niego la existencia de ciertos problemas muy complejos, pero confiar susolución a la fantasía nada resuelve y mucho complica. Tales como el origen de lo que parece nacer y vivir, y el destino de lo que se nos antoja que muere y desaparece.

Para mí sé que todo lo que el hombre es o hace no es transferible ni

transmutable, ni luce ni trasluce. Pero lo cierto es que todo lo que se forma es a base de transformaciones.

Así yo no comprendo este lenguaje que habla de eternidades, de inmutabilidades o inmortalidades. Yo digo transcendencia relativa.

Hay que vivir al día, pero pensando que la noche se nos viene encima, es decir, que la mejor manera de vivir el hoy es trabajando para el mañana.

Hemos recibido una herencia de nuestros ascendientes, hagamos de manera que este patrimonio transferible vaya en constante aumento.

Pues, cuando el hombre y el árbol mueren, queda algo más que ceniza o polvo, gusanos o fiemo. Cuando se retira la savia del árbol, que sus ramas se despellejan, sus cuatro hojas raquíticas se desprenden y las raíces se quedan secas, aun algo queda: la semilla de sus frutos; su esqueleto será, previa transformación por las manos del hombre, soporte de nuestra cama, rellano de la escalera, tablero de nuestra mesa, y el hombre pervive por sus obras, sus ideas y sus sentimientos, si ellos sin ser inmortales, logran por lo menos cierta transcendencia. Ejemplos: el canal por sus manos abrieron para regar la abrasada vega. El árbol que planta. El puente tendido sobre el anchuroso río. El trazo del camino para facilitar el tránsito entre las dos ásperas vertientes. En fin, el pensamiento impreso, el arte concretado en el mármol, en la partitura o en la tela.

Y grato recuerdo aquella sonrisa del niño ingenuo. Y horrible el del tirano que sonreía ante el montón de víctimas. Pero ninguno de ellos llega a la categoría de imperecederos.

PLACIDO BRAVO



« La Protesta » en su 65 aniversario

Continuación

DOS DIARIOS ANARQUISTAS EN UNA MISMA CIUDAD

Sin que se disminuya la importancia de **La Protesta** diario, se puede agregar hoy que **Umanità Nova** fue diario en algunos cortos períodos; **Solidaridad Obrera** fue diario a partir de 1931 en Barcelona; encontraríamos en España otros títulos en breves períodos sin contar el de 1936-39, época excepcional en la que aparecieron varios diarios regionales. Las circunstancias en que aparecieron obligan a una mención de otro orden, desde el punto de vista comparativo. No olvidamos **Abertarem**, en Suecia. Pero no se trata de una publicación específicamente anarquista y en la actualidad no es ni siquiera diario.

Desde la fecha del trabajo de Max Nettlau, **La Protesta** se mantuvo tres años más como diario, hasta el mes de septiembre de 1930, en que su imprenta fue clausurada por los esbirros del general Uriburu. Continuó apareciendo cierto tiempo clandestinamente, sufriendo las consabidas peripecias. Gómez, el administrador que sucedió en el cargo a Torrente, se encargaba de la impresión nocturna y sacaba los paquetes por la carbonera. Finalmente fue detenido y deportado. Le vimos por última vez en La Coruña, en 1935, así como a Seoane, otro militante de la administración de **La Protesta**. Gómez volvió a Buenos Aires clandestinamente acariciando la idea de sacar el periódico. Son otros tiempos y otros recuerdos...

Llegó el momento en que un solo diario era insuficiente. Prueba irrefutable de la importancia y del dinamismo de un movimiento que logró hacer mella en la historia del movimiento social en América del Sur y al que podemos dedicar en esta nota todo el espacio y atención que se merece. José Ingenieros, profesor y escritor insigne, dejó páginas elocuentes de un testimonio histórico objetivo, en las que se refiere a la influencia que el movimiento anarquista ejerció en el desarrollo social y cultural del país. Citamos a Ingenieros por su probidad y porque no perteneciendo al movimiento anarquista no puede ser sospechado de partidismo. Por su parte, E. Gilimón dejó un volumen de notas vividas. M. Nettlau nos ofrece una labor de erudito. D. A. de Santillán dedicó largo espacio a historiar el movimiento anarquista, la F.O.R.A., **La Protesta** y otras particularidades. Sus trabajos son los del militante que ha tomado posición en el vasto campo de matices, de variedades, de contradicciones a veces, que ofrece un movimiento rico

en incidencias no pocas veces apasionadas y personalistas.

En el 1910 se constata que un solo diario no cubre las necesidades crecientes del movimiento obrero y anarquista. Considerado el problema se decidió lanzar otro diario impreso en los mismos talleres. **La Protesta** continúa como órgano matutino y se funda **La Batalla** como diario de la tarde. Su primer número aparece el 7 de mayo de 1910.

No fue ésta la única vez que **La Batalla** apareció como diario. En 1920, habiéndose clausurado una vez más **La Protesta**, se trató de sustituirla con **La Batalla**. La policía la suspendió a los pocos días. En 1921 se lanzó **Tribuna Obrera**, diario por los mismos motivos.

Dos diarios anarquistas en una misma ciudad constituye un precedente extraordinario. Sobre todo si se tiene en cuenta que al mismo tiempo continúan apareciendo en la propia ciudad de Buenos Aires (y en el resto del país) una cantidad respetable de periódicos — semanales o mensuales — órganos de grupos unos y de gremios de la F.O.R.A. otros.

Esta situación no fue muy duradera. Se celebraba ese año el Centenario de la Independencia, fecha de constitución de la República Argentina. Los conflictos sociales habían recrudecido considerablemente y la F.O.R.A. anunciaba la huelga general para los días festivos del Centenario, como un desafío directo al Gobierno por su intervención brutal en las lides obreras.

A fines de abril de 1910 las calles de Buenos Aires se hallaban invadidas por la policía y por el ejército. Todas las fuerzas públicas se hallaban en pie de guerra. A pesar de ello las acciones de protesta y las manifestaciones callejeras se sucedían « in crescendo ». La prensa burguesa informaba del desarrollo de una manifestación a la que acudieron más de 50.000 participantes, lo que en aquel tiempo representaba una cifra enorme. El Gobierno teme por su propia seguridad y toma medidas de emergencia. El 13 de mayo se desencadena la reacción, se allanan locales y domicilios, se encierra a los militantes y se los apalea en los locales de la policía. El 14 de mayo asaltaban e incendiaban la imprenta en que se imprimían **La Protesta** y **La Batalla**. Vuelta a la clandestinidad. A la reconstrucción paciente de toda la obra...

★

Se sucedían muy a menudo escaramuzas callejeras sangrientas. Tres hechos graves figuran en la historia negra del país con anterioridad a 1930. Los del 1 de mayo de 1909, los de la « semana trágica » de 1919 y los de la Patagonia en 1921, que

empalideció por su barbarie la matanza de obreros en Gualaguaychú.

El 1 de mayo de 1909 tenía lugar una manifestación en la Plaza de Mayo. Provocados por la actitud violenta del jefe de las fuerzas del «orden» se produjeron algunos incidentes. El coronel Falcón ordenó tirar contra los manifestantes. Se recogieron 8 muertos y 105 heridos. Se declaró la huelga general de protesta y durante ocho días menudearon los tiros, los heridos, las detenciones... El 14 de noviembre Simón Radowitzky lanzó una bomba contra el auto del jefe de Policía, el coronel Falcón. Este y su secretario, Lartigau, murieron en el acto (4).

El 7 de enero de 1919 se produce un choque sangriento frente a los talleres metalúrgicos Vasena. Resultaron cuatro muertos y veinte heridos. La indignación fue incontenible. La manifestación que acompañó a las víctimas al cementerio terminó en verdadera insurrección popular. Huelga general revolucionaria, asalto a las Comisarias de barriada, barricadas en las calles, tiroteos a todas las horas. Según las cifras burguesas el balance de los hechos que se desarrollaron durante una semana se saldó con 700 u 800 muertos, unos 4.000 heridos, 555.000 obreros detenidos.

Durante varios días **La Protesta** apareció en dos ediciones diarias exhortando a la lucha armada y a la revolución. El 14 de enero se clausura la imprenta pero el 21 el diario vuelve a aparecer. Al mismo tiempo aparecía semanario **La Obra**, de Antilli-R. G. Pacheco, el semanario **El Burro**, con cerca de 40.000 ejemplares de tiraje y **Bandera Roja**, con 20.000 ejemplares semanales. La semana sangrienta de enero de 1919 pudo convertirse en la soñada revolución...

Todo a lo largo de 1921 tuvo lugar en la Patagonia un movimiento huelguístico de suma importancia. Lo habían desencadenado los braceros,

(4) Espiritu puro, dotado de una extraordinaria sensibilidad y de una gran entereza moral, Simón Radowitzky llegó a ser un símbolo viviente del principio de libertad, del derecho a la rebeldía y de una moralidad fraterna y solidaria. De origen ruso participó de muy niño en la lucha social. En su cuerpo persistían cuellas de heridas recibidas en 1900. Semejaria a una paradoja el afirmar que atentó contra Falcón en un exceso de bondad. Nadie que le haya conocido y tratado podrá negarlo. Pasó más de veinte años en Tierra del Fuego, terrible penal situado en el extremo argentino. Sufrió allí torturas y castigos y se consideró un milagro de resistencia física el que haya salido indemne. Fue el «alma buena» de los presos y el abanderado de cada protesta contra los carceleros. Hubo intentos de fuga. Junto con Barrera — que fue a rescatarlo — llegaron a las aguas chilenas, pero fueron entregados a las autoridades. Veinte años de campañas populares culminaron en su libertad, a condición de vivir fuera del país. Residió en Montevideo cuando estalló la revolución en España. Allí acudió. De los campos de concentración franceses marchó a México donde falleció en 1956. Varios folletos registran su historia. Agustín Souchy firma una recopilación de documentos en homenaje póstumo.

obreros de la tierra, sujetos a condiciones inhumanas en una región por entonces poco menos que inhóspita. El gobierno envió como pacificador al teniente coronel Varela. La matanza fue terrible y el procedimiento «ejemplar». Los prisioneros debían abrir su propia fosa y se los fusilaba con la paña en las manos. Los heridos sufrían suerte más horrible. Apilados, rociados con petróleo, quemados vivos... El país entero sufrió una gran conmoción ante la llegada de noticias tan espeluznantes. Un obrero alemán, Kurt Wilkens, lanzó una bomba contra Varela (5).

COMPLEMENTO DE ACTIVIDADES.

EL SUPLEMENTO. EDICIONES

Sin desmerecer el entusiasmo ni la aportación de ninguno de sus fundadores y continuadores, se puede decir que el doctor Juan Creaghe, de procedencia inglesa, fue durante largo tiempo el «alma mater» de la publicación. Nervio impulsor y mentalidad constructiva; inclinada a las realizaciones metódicas, concretas. Acariciaba la idea de adquirir un terreno y construir un gran edificio para el periódico, dotando el taller de todos los materiales modernos. No se llevó a cabo iniciativa tan amplia pero se adquirió una imprenta que fue enriqueciéndose en máquinas y materiales hasta convertirse en una Editorial de importancia. Este esfuerzo se repitió reiteradas veces a través de la larga historia de **La Protesta**. Cada vez que la imprenta fue destruida por las hordas patrióticas o por los comandos policiales.

Repetidamente, como en la leyenda de Sisifo, se reconocía la labor modesta, concienzuda, pertinaz, de reconstruir una casa de ediciones. Y volvía a salir el diario, se lanzaban otras ediciones. Hubo folletos que se editaron repetidas veces en tiradas que cada una alcanzaba de 10.000 a 50.000 ejemplares. Se vendían a los militantes gratuitamente. Alguno de estos folletos, como el de Anselmo Lorenzo, «El banquete de la vida», sumaba 64 páginas. Los títulos más repetidos eran los de «En el Café», «Anarquía», «Entre campesinos», de E. Malatesta; «A los jóvenes», de P. Kropotkin; «A mi hermano el campesino», de E. Reclus; algunos títulos de S. Faure, de J. Grave; de R. Rocker, como «La maldición del practicismo»; tenía

(5) El acto de Kurt Wilkens mereció la simpatía popular. Tanto por su significación como por su delicadeza. Durante varios días retardó su gesto para no herir a una niña que acompañaba a Varela hasta el vehículo que le conducía. Finalmente tiró el artefacto cubriendo a la niña con su cuerpo. Varela murió y Wilkens quedó herido de gravedad. Wilkens fue ejecutado en la cama en la enfermería de la Penitenciaría. Un carcelero le mató a tiros de fusil. Se hizo pasar al carcelero por irresponsable y en previsión se le condujo al manicomio. Hubo un vengador que integró el manicomio haciéndose pasar por enfermo y en el establecimiento ejecutó al ejecutor de Wilkens.

repetidas ediciones la «Carta gaucha», de Juan Crusso, redactada en un lenguaje popular... (6).

La empresa editorial más importante se reafirmó en 1925, al iniciarse la publicación de las «Obras completas de M. Bakunin». Se llegaron a editar cinco volúmenes de los diez programados por M. Nettelau y que jamás han logrado editarse en ninguna lengua. Se lanzaron dos gruesos volúmenes con la biografía de Johan Most, por R. Rocker; de M. Nettelau se editó una vida de Malatesta; «Documentos inéditos» (sobre la Internacional); «Miguel Bakunin y la Internacional en España»; etc., etc. Seguía una colección de utopías que comenzó con «Noticias de ninguna parte», de William Morris, seguido de «El Humanisferio», de J. Dejacque; en otra colección figuraban «Mi comunismo» y «Temas subversivos» de S. Faure; «Certamen Internacional de La Protesta»; «Cartas a una mujer sobre la anarquía», de Luis Fabbri (encuadernado en tela); «Influencias burguesas en el anarquismo», de Luis Fabbri; etc., etc. Esta labor, animada por D. A. de Santillán, fue trunca-da en pleno apogeo en 1930 por la dictadura de Uriburu.

No poseemos índice completo de las ediciones de **La Protesta**, como no lo poseemos en cuanto a los libros y folletos publicados por otras editoriales paralelas. La Editorial Argonauta, en la misma época que **La Protesta** editó «Artistas y rebeldes», de R. Rocker y varios folletos del mismo autor, del que recordamos «Anarquismo y bolchevismo»; de Luigi Fabbri un grueso volumen titulado «Dictadura y revolución» y varios trabajos menores; de Archinoff publicó su «Historia del movimiento maknovista»; de Pierre Ramus «La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico»; de D. A. de Santillán «El movimiento anarquista

(6) El medio social crea sus tipos clásicos y característicos. La extensión territorial argentina, sus pampas semi-desiertas y el método de explotación de la tierra en uso hasta hace poco, habían dado nacimiento al «croto» y al «linghera». El primero eludía el trabajo tanto como le era posible. El segundo gustaba cambiar de lugar y de ocupación. Ambos recorrían el país de extremo a extremo valiéndose de todos los medios posibles : a pie, a caballo o en tren garguero. Estos elementos andariegos constituía un magnífico sistema para la circulación de noticias y para la difusión de ideas. Muchos propagandistas adoptaron el procedimiento y de esa forma el anarquismo se extendió por todo el inmenso territorio. Cro-tos y lingheras llevaban a la espalda una especie de mochila con algunos alimentos, el consabido mate, la yerba y la bombilla. Pero llevaban sobre todo una sobrecarga de periódicos y de folletos. Los compraban por centenares para repartirlos gratis en sus correrías. Aprovechando los puentes de ferrocarriles tenían costumbre de practicar una cavidad en el muro, colocaban unas tabillas y depositaban folletos, periódicos, manifiestos y hasta algún libro. Los que pasaban tenían ocasión de leer el material de propaganda. En las estancias buscaban conversación con la peonada y practicaban su siembra verbal y escrita.

en la Argentina» (desde sus comienzos hasta 1910); etc., etc.

Las ediciones de Bautista Fueyo, iniciadas casi a principios de siglo (Bautista Fueyo fue uno de los administradores de las primeras épocas de **La Protesta**) cuentan por decenas, tanto en folletos como en libros. Resulta irrisorio citar algunos, pues requeriría varias páginas de paciente catálogo citar todo lo que Fueyo llegó a editar o reeditar, sea en originales españoles o en traducciones de diferentes lenguas. Publicó tanto o más que entre todos los grupos editores, agregando a éstos las iniciativas aisladas que se limitaban a un par de títulos o así.

..

Con posterioridad a 1930 y a pesar de las situaciones críticas por las que atravesó el país, las iniciativas editoriales continuaron. Entre las más importantes se sitúan **Nervio** (revista, libros, folletos); **Imán**, (continuadora de **Nervio**); **Reconstruir** (publicación quincenal — hoy revista mensual — y además folletos y libritos de un centenar de páginas); **Radar** (continuación de ediciones **Reconstruir**); **Tupac** (continuadores de **Argonauta** y de **La Obra**); ediciones diversas de grupo ocasionales; actualmente, además de las dos últimas citadas : **Proyección**.

Eliseo Reclus, en su prólogo a la «Bibliographie de l'Anarchie», de Max Nettelau, editada en 1897, se declara asombrado ante la proliferación de la literatura anarquista, ya en aquellas épocas, presentada a través de un ensayo que el propio autor consideraba incompleto : «Por mi parte confieso — dice Reclus — que no sabía que éramos tan ricos : la importancia que asume esta compilación, aun incompleta, me ha sorprendido grandemente.»

No obstante nuestra literatura es poco conocida del gran público. Las ediciones son reducidas, no logrando cada título gran popularidad; infinidad de ocasiones imprentas, librerías y depósitos, han sufrido confiscación y los volúmenes se han quemado o destruido; un tanto descuidados somos y no se procura que de cada edición se guarde vestigio en archivos públicos o privados o en bibliotecas apropiadas. De ahí surge la gran dificultad para nuestros historiadores y biógrafos que intentan trazar la historia de los movimientos sociales de tendencia anarquista. De ahí parten también nuestras dificultades de reedición. Todo ello redundando en perjuicio de la propaganda y resta facilidades para la reconstrucción de nuestro movimiento en las ocasiones y países en que, como Argentina, Italia, Francia (mañana España), se ha de partir casi de cero para reemprender un difícil proselitismo.

EL SUPLEMENTO DE «LA PROTESTA»

El 1 de mayo de 1908 aparece por primera vez **El Suplemento de La Protesta**. Se presenta en forma de revista y salen once números en ritmo mensual. La imprenta fue devastada determinando la suspensión del **Suplemento**. Al mismo tiempo se publicaba el semanario **La Mentira** y otros periódicos.

dicos en la capital y provincias. Nada de esto perjudicaba a **La Protesta** diario. Por el contrario, todos se complementaban.

No era nueva la iniciativa de un suplemento que pudiera abordar otros problemas que los candentes de la lucha diaria. Ya en 1905, Alberto Ghirardo publicaba la revista semanal **Martín Fierro** que, con el mismo título pasó a ser suplemento semanal de **La Protesta** a partir de principios de octubre. Simultáneamente Federico Gutiérrez, ex-oficial de policía convertido al anarquismo publicaba la revista **Hierro**. Tiempo más tarde, Alberto Ghirardo fundaba la revista **Ideas y Figuras**, así como J. Maturana, en 1912, lanzó la revista **Nuevos Caminos**. Vale decir que cuando el **Suplemento** se suspendía, forzado por las circunstancias, no faltaba una revista que le suplantara. Y más de una vez aparecían dos o más revistas simultáneas.

En 1915 aparecen cuatro números quincenales de **La Obra** (a título de suplemento de **La Protesta**) con 16 páginas en forma de revista. En enero de 1922 reaparece el **Suplemento** como semanario ilustrado. Llega así hasta el número 255, en diciembre de 1926. A partir de entonces se publica como revista quincenal, de 32 páginas, hasta 1930.

Constituyó **El Suplemento de La Protesta** una de las publicaciones más importantes del anarquismo internacional a causa de los estudios y polémicas suscitados desde sus páginas. Interventían en ellas las plumas más avezadas del movimiento anarquista de todos los países. Su sección literaria era cuidada y selecta (se traducían a Mirbeau, Han Ryner, Multatuli, etc., incluidos textos escogidos en castellano) y la poesía hallaba buena acogida. Una sección de crítica e introducción al arte en sus manifestaciones diversas, aportaba un serio complemento de cultura. Leo Campión enviaba críticas de teatro, ensayos literarios, todo ilustrado con sus propios dibujos. Las ilustraciones eran escasas pero selectas. En sus páginas conocimos el nombre de Holbein y gustamos la sátira incisiva de Groos...

Han aparecido dos números del **Suplemento**. Uno en septiembre 1957 (60 aniversario) y otro en octubre 1960, 64 páginas (compendio 1957-60), con la intención de continuar publicándolo.

SU SESENTA Y CINCO ANIVERSARIO

En ocasión del sesenta y cinco aniversario de **La Protesta** hemos considerado oportuno trazar esta nota de homenaje y de fraterno recuerdo. Su nombre se halla estrechamente ligado a la Historia del Movimiento Anarquista y Obrero Argentino; de la F.O.R.A.; de los internacionalistas que le dieron vida, orientación, raigambre e impulso; de toda América del Sur, alentada e inspirada por sus páginas y por la proyección considerable del movimiento obrero argentino. La elaboración de esta historia reclamaría varios volúmenes nutridos, ricos en incidentes y sobre todo en enseñanzas siempre útiles para trazar el futuro.

En varias épocas **La Protesta** fue órgano oficial de la F.O.R.A. Muy a menudo mantenía una ce-

losa independencia. He aquí cómo explica la cosa E. Gilimón, en «Hechos y comentarios» (pág. 54).

«En agosto de 1906 un núcleo de anarquistas indicó a la redacción la conveniencia que había para la continuidad del diario, que cediera su lugar a otros elementos. La Redacción tomó en cuenta lo indicado y resolvió entregar **La Protesta** a la Federación Obrera. Aunque la Federación Obrera había en todo tiempo marchado con **La Protesta** y para todos el diario era un órgano oficioso de ella, la resolución de los redactores — o mejor dicho, director — fue acogida con general desagrado y protesta —. La Federación tenía un matiz anárquico, pero en su esencia era un organismo obrero, dentro del que había trabajadores sin ideales sociológicos y había socialistas. **La Protesta**, como diario perteneciente a la Federación corría el riesgo de dejar de ser una publicación anarquista, a nada que predominasen en ella elementos que no tuvieran el ideal anárquico. Entre los mismos anarquistas de la Federación se tuvo esto presente, y en una reunión a la que asistieron delegados de las sociedades de resistencia y de los grupos anarquistas, se resolvió que el diario continuase siendo independiente de la Federación...»

El órgano efectivo de la F.O.R.A. — que en ocasiones sirve de relación interna y en otras asume su representación pública — fue en sus años iniciales **La Organización**. Más tarde se llamó **Organización Obrera**. Así sigue llamándose en la hora actual en que de nuevo es órgano público de la Federación.

En sus últimos tiempos **La Protesta** era órgano efectivo y oficial de la F.O.R.A. Tras largos períodos de clandestinidad la F.O.R.A. comenzó a reconstituirse, debatiéndose en amargos conflictos internos. Desde hace una decena de años **La Protesta** aparece como órgano independiente. Como simple hoja a multicopista primero, pasando por varios formatos y diverso número de páginas, de 8 a 16, en ocasiones semanal, en otras quincenal, se publica hoy a intervalo mensual y con ocho páginas. Corresponde a los grupos anarquistas que la animan y mantienen. Pero siempre aparece en orientación solidaria hacia la F.O.R.A. Reiteradas veces desde la caída de Perón, la F.O.R.A. ha sugerido a su grupo editor el integrar la publicación a la aguerida organización obrera. En verdad, dada la situación interna, de este organismo, los tiempos no están maduros para una reintegración efectiva de **La Protesta** a la F.O.R.A.

Existen actualmente en Argentina varios organismos de calificación anarquista y varias publicaciones. La enumeración de cada entidad y de cada publicación, con sus respectivas características funcionales y de orientación reclama estudio aparte y desborda los límites de este trabajo.

La Protesta se halla hoy lejos de sus años mozos y carece de imprenta propia. Sometido como estuvo el movimiento obrero y anarquista de la Argentina a más de 35 años de sucesivas dictaduras de los más variados signos, las filas diezmadadas por las persecuciones, encarcelamientos, deportaciones o asesinatos de sus mejores militantes. Se

TARAYUELA

TARAYUELA, un puñado de casas a la terminación de una cuesta, con coscojas y liecos terrazgos a las orillas. Tras la subida los poyales de la iglesia, cabe la cual destaca un pobo mayúsculo, invitan a descansarse.

El pequeño burgo, sin nada de particular, es de una simplicidad manifiesta: el pobo, he aquí lo más conspicuo de Tarayuela. Merece cartel en el tronco con los datos de la plantación, conocida la importancia que todo árbol tiene.

Ignoro lo que vive el álamo blanco, el ciprés muchos años.

Los juegos u hogares de Tarayuela pasan de un ciento, dos partes lo menos vacantes, así como las corralizas en las que el señor de la comarca encerraba al pie de un millar de corderos. Los pastores y los rabadanes son partidos entre la pobre gente ociosa que se moría de hambre.

En el señorío de Tarayuela, medio deshabitado, sólo vive la muerte. Casi vale más ser coscoja que persona.

Las puertas de las viviendas están sordas y ciegos sin excepción los vanos.

Superflua es la manida de la fuente que canturrea geurgicas.

Huello de animal duendo — perros, gallinas, caballerías — no se ve por ninguna parte: lo informe, lo incorpóreo, sólo está presente. Clima opesarante. Sobrecoge la soledad, atemoriza la quietud, impone el silencio. La nota pardusca de la tierra domi-

na en todo. ¡Todo cuán viejo y desagradable! Sólo el sol brilla en un cielo limpio de nubes. ¡Ni chimenea humeando! ¿Estará Tarayuela deshabitado? ¿Será Tarayuela realmente una pardina? ¿Cómo es que la iglesia está abierta?

Lo primero, la pila seca encajada en la pared. Capillas no hay, las contadas imágenes aparecen enhiestas en ménsulas sencillísimas. El altar mayor es con una pequeña verja de extremo a extremo sobre una grada baja. En medallones de escayola, el «Vía Crucis». Un confesonario. En un rincón, las cuerdas de las campanas.

Iconos que parecen seres vivos cansados de estar de pie y como si saltando de las ménsulas fueran a sentarse en los bancos de la iglesia. No hay velas que en-

cender y la lámpara ascendente y descendente no tiene óleo. La sacristía está cerrada con llave.

De nuevo la fuente, el pobo y los poyales. Tarayuela, en inalterable continio, calla. Sin embargo, no es noche aún para tal silencio, a menos que la noche sea infinita en Tarayuela.

Entro de nuevo en la iglesia y toco a rebato. Nada. Nadie. La lechuza lanzando un resoplo y ocultándose detrás de una imagen.

Sí, esto es un lugar sin gente por falta de vida. Esto es una pardina, ingrata e inmisericorde, al remate de una cuesta bordeada de coscojas, donde las casas se desploman con estrépito de vez en cuando como si las abatieran a cañonazos...

PUYOL

Insignes paparruchas

Muchos artículos para el Código civil; muchos artículos para el Código penal, y si para los de moral reúnes los de las diversas religiones (partidos y organizaciones diríamos ahora) que a tu lado se desenvuelven, más la diversidad de leyes especiales y reglamentos laicos de nuestra bienaventurada civilización, crearás que todo eso es algo muy serio, en efecto, si es que no has llegado a adquirir la experiencia necesaria para saber que ese venerable cuerpo de códigos, aparentemente respetable, no es otra cosa que una insignie paparrucha.

Todo eso, amigo, vive en la letra de los textos, pero no en el espíritu de los hombres prácticos que los soslayan y los burla con el más admirable de los desenfados humanos.

F. LLES

han perdido varios eslabones en la cadena de generaciones; demasiados viejos unos, y los otros jóvenes que se buscan sin hallar el asiento de sus raíces. No se cuenta hoy con fuerzas suficientes para volver a reiniciar de momento su publicación diaria. Se limita hoy, **La Protesta**, a cumplir una función modesta ansiando recuperar su vigor, su posición y toda la influencia de un pasado magnífico y aleccionador.

ILDEFONSO

Paris, agosto 1962.



ALAS SIN CIELO

CAPITULO SEGUNDO

(El mismo lugar, por la tarde. Elvira plancha ropa. Jaime saca más ropa para lavar de un saco y la amontona en un rincón. Jaime viste camisa azul, de falangista español. Es, según la gente del pueblo, un simple, acaso porque escapando de la trayectoria común de la razón mediocre de las masas, se atreve a expresar ingenuamente el sencillo sentir de su persona. Elvira tiene en él un buen amigo).

JAIME. — ¿Y por qué me tendría que cambiar de camisa, Elvira? Esta y dos más es lo que Auxilio Social le dio a mi madre, además de las dos pesetas y el desayuno diario, después de fregar sus suelos durante dos años. En mi casa no hay ahora más hombre que yo para ganar dinero. Cuando me echaron del sindicato, donde usted sabe que yo era enlace, porque decían que yo hablaba mucho, no culpé de injusticia a la Falange, y eso que me jugaron el poco pan de mi casa. Si llevo más zurcidos de la cuenta, eso a nadie le importa y a mí me da gusto. No sé por qué, pero me lo da. ¿Que es deshonra?

ELVIRA. — Tú haces bien, Jaime. La gente impone el dogma del sol que más calienta así como así. Y a tí por simple, y a mí por loca, nos calienta, digo yo, la luna de un pozo muy hondo, muy sombrío. Sin embargo...

JAIME. — ¿Cuándo va a necesitar más arenilla para fregar las perolas?

ELVIRA. — Todavía me queda. Espera por lo menos una semanita.

JAIME. — ¿Y limones?

ELVIRA. — ¡Qué hermosos eran los últimos que me trajiste!

JAIME (Sacando camisas de buena calidad). Como se nota que hay extranjeros en el hotel.

ELVIRA (Sobresaltada). — ¿Ya me mandan ropa de ellos?

JAIME. — Camisas. Y qué camisas. Hasta huelen como hembras perfumadas. Esos extranjeros...

Y, mire, tela no les falta. Vea qué largos fondillos. No son estas camisas como las mías, que cuando me agacho se me salen del pantalón.

ELVIRA. — Entonces, es cierto que hay extranjeros en el hotel. A ver Jaime, dame esas camisas. (Se estremece al cogerlas). ¿Tú los has visto?

JAIME. — Pues claro que los he visto. He sido yo quien los llevó de la estación al hotel.

ELVIRA. — ¿Llegaron juntos, digo, el mismo día?

JAIME. — No, pero en un pueblo donde nunca llega un extranjero, cuando no hace mucho que han terminado dos guerras, unos días de diferencia, ¿qué son sino un solo instante? Y eso da mucho que pensar a las almas cuerdas, no a las simples como yo.

ELVIRA. — Las gentes van a volver a ponerme en el blanco de sus manías. Un fuerte vendaval, una inundación cualquiera, la muerte repentina de un niño, todo se vuelve culpa de Elvira, la Gaviota. Mi tía Gertrudis debió ser hechicera de verdad, porque nunca se metieron con ella. ¡Pobre tía!

JAIME. — ¿Es verdad lo que se dice que, cuando la velaban en la caja, los cirios humeaban sin estar encendidos y en la humareda se veían diablos retorcidas?

ELVIRA. — Mira, Jaime, yo misma no sé ya qué es cierto o que es mentira. Yo me pregunto muchas veces si lo que se dice de mí, lo que de mí se ha dicho durante tantos años corresponde o no con la realidad. No es que me importe aceptar una cosa u otra, no hay fiera más inofensiva que la que se ve venir. Lo malo, lo que me asusta, es estar en medio de lo que ignoro. Y es de esa ignorancia de la que quiero huir. Pero, ya ves tú, entre tanta cerrazón, me muevo sin temor de volverme loca, porque de lo que oigo hago mío lo que comprendo y me gusta, para darle a mi corazón, de algún modo, el vuelo que necesita. La gente...

JAIME. — La gente es mucha gente. Ahora, ya ve usted, no llevamos camisas azules más que los que no tenemos otra camisa que ponernos. Perdió la guerra el eje y, sin bandos discretos, todo el mundo se puso de acuerdo para guardar las viejas camisas azules en los sótanos o en los desvanes. Ahora ya no se les ponen multas a quienes dicen « good morning ». Hasta el Padre Hidalgo come chicle y fuma americanos. Las iglesias no saben ya qué hacer con el pobre fundador de la Falange, que debe estar hartito de ver tantas coronas podridas a sus pies. Los de la vieja guardia han visto otro relevo, mucho más abajo que sobre los luceros y se eclipsan entre flechas y yugos de amarga impostura. De mí se reían porque tardé en darme cuenta de que los ideales españoles si no se fuman se esfuman. Pero yo prevalezco, Elvira. Yo tengo redaños. Yo me siento un macho. A mí no me dice nada que otros hayan perdido su guerra para no olvidar que nosotros hemos ganado la nuestra, no sé de qué modo, pero ganada, al fin y al cabo. Y si la hemos ganada, ¿Por qué ocultarla cuando creemos que por mostrar nuestros laureles va a venir alguien con tijeras de podar? Dígame, Elvira, ¿no cree usted que si hay alguien que realmente haga guarda sobre algún lucero estará orgulloso de mí, de Jaime Gómez Lafuente?

ELVIRA. — Sin duda alguna. Pero tú sabes que yo estoy al margen de lo que se piensa y de lo

que se siente. Veo lo que vivo. Y lo que vivo parece extraño a mis apetencias de mujer.

JAIME. — Usted es de los míos, Elvira.

ELVIRA. — Contigo nadie se mete.

JAIME. — Los simples no estorbamos a nadie. Y lo que estorba por ahí es gente que, por demasiado luminosos, den demasiada sombra.

ELVIRA. — ¿Y qué hacen de las tinieblas?

JAIME. — Las mujeres son el blanco de todos los tiros de las lenguas, cuando tienen, como usted, la verdadera guapura. Esa guapura se goza con algo más que ojos. Y cuando un marido como el suyo anda siempre fuera no faltan machos que, azuzados por las malas lenguas, vengan a rondarla, perdoneme, como algo que, por ser imposible, se hace deseable.

ELVIRA. — ¿Quién se atrevió a decir que tú eres un simple? (Jai mese encoge de hombros con una sonrisa complaciente). No te desearía yo de otro modo del que eres.

JAIME (complacido). — ¡Quién pudiera estar toda la vida con usted! Yo no sé desearla como a veces he deseado a Rosa. Mi madre dice que Rosa me va bien, pero a mí me parece zafia y me hiere porque se rie estúpidamente de todo. Cuando me dice simple, muerta de risa, me dan unas ganas tremendas de estrangularla, aunque reconozco que es una buena moza. A mí, lo que me gustaría, sería encontrar una mujer que me mirase como usted mira.

ELVIRA (sonriente, complacida). — ¿Y cómo crees que te miro yo?

JAIME. — Como las leonas, cuando se les devuelven sus cachorros. Como las lobas cuando tendiéndoles las manos, blancas y sin temblores, se les da pan.

ELVIRA. — Te vas a enamorar de mí, Jaime. Esto te echaría a perder.

JAIME. — ¿Yo? Quién sabe... Pero sería porque siendo usted lo que es, no le importa que yo sea un buen falangista.

ELVIRA. — ¿Falangista tú, Jaime?

JAIME. — Tengo hambre. ¿Tiene usted por ahí algo que comer?

ELVIRA. — En la alacena hay un plato con sardinas fritas. Puedes comértelas. Si quieres pan y vino, cógelos, ya sabes dónde está el porrón. Mira a ver si hay bastante pan en la bolsa.

JAIME. — (Va a la alacena, coge el plato de sardinas, luego el porrón de vino y el pan que va colocando sobre el fogón de la cocina. Pone una sardina sobre un pedazo de pan, se sirve un vaso de vino y con eso se aproxima de nuevo a Elvira, gozando intensamente). ¡Qué bien me sabe todo lo que usted hace! Yo me pregunto porqué y me digo: Eso es que Elvira tiene la casa abierta para ti solo. Por eso, y por otras cosas, a mí no me importa que alguna vez haya usted podido volar, como dicen, convertida en gaviota, sobre el mar de los acantilados. Si a mi alcance hubiera estado, yo hubiera hecho otro tanto, aunque supongo que las alas que yo hubiera lucido no hubieran sido otras que las de un grajo.

ELVIRA. — ¿Tú también crees eso?

JAIME. — Yo creo, como usted dice, lo que me gusta. No se ofenda...

ELVIRA. — Si no me ofendo...

JAIME. — Su leyenda va a errar a través de varias generaciones sobre este pueblo. A mí no me importa lo que la maldad inventa. Me importa lo que yo creo. Y yo no miro que usted vuele o no, porque yo creo en usted como algo muy noble, muy generoso, que nunca ha zaherido mi corazón. En su vida, Elvira, hay un misterio. Su misterio me gusta. Pero me gusta porque por ser el misterio de la Gaviota es alto, radiante, sublime.

ELVIRA. — Gracias, Jaime; todo eso me hace mucho bien.

JAIME. — No más que usted a mí... ¡pero qué ricas están estas sardinas!

ELVIRA. — Son de ayer.

JAIME. — Frías están mejor.

ELVIRA. — ¿Has visto hoy a mi suegra?

JAIME. — Es una vieja garduña.

ELVIRA. — Me extraña que no haya venido por aquí a ver si...

JAIME. — Yo la fulminaría, pero sin embargo es ella la que nos hace trizas a los demás.

JAIME. — Si yo fuese un jerarca... Mas yo no tengo autoridad para fulminar a nadie. A ella sí que tendrían que darle ricino, pero a jarros.

ELVIRA. — No te estropees el alma, muchacho.

JAIME. — Ahora, ¿sabe usted?, no hace otra cosa que merodear por los alrededores del hotel, a ver lo que ve.

ELVIRA. — ¡Ah, la víbora! ¿En qué noche estrecha y sin salida dormía yo cuando le ví al hijo la gracia de un esposo que se acostara conmigo?

JAIME. — Lo que yo veo es que ciertas mujeres toman, como usted, decisiones que les pudre la vida. El amor...

ELVIRA. — Lo mío no era amor. Era atavismo. Una se casa porque se tiene que casar. Yo viví durante muchos años en un sopor tan grande que me impedía tomar decisiones. Cuando desperté era tarde y, entonces, la indiferencia se me volvió asco, asco de todo, hasta de mí. ¿Ves? Hace rato ya que estoy estrujando estas camisas en mis manos y contra mi pecho y, un grito que toca la bóveda del cielo, me está pidiendo que corra... ¿sabes a dónde?

JAIME (con la boca llena de pan, absorto). — No, ¿a dónde?

ELVIRA. — A la tumba de mi tía, a hacer lo que la gente dice que hago, a ver si su espíritu se reúne allí conmigo y me concede, como antaño, el poder de volar, de volar por esos cielos con tantas alambradas.

JAIME. — Yo iría con usted... si fuese capaz de vencer el miedo.

ELVIRA. — ¿Te dan más miedo las ánimas en pena que la pena de vivir sin ánima?

JAIME. — No sé. Tengo miedo, nada más.

ELVIRA. — Luego, ¿tú crees también en mi leyenda?

JAIME. — Usted misma lo está diciendo. ¿Es que no es verdad?

ELVIRA. — Quiero creer que ella se llevó el sortilegio. Si no, cuántas veces hubiera volado, aunque no hubiera encontrado nada nuevo detrás del primer horizonte por el cielo del alto mar... volar; volar... (Pausa). Pero no es cierto. Estamos aquí, pisando un suelo de hastío. Tengo que lavar ropa sucia de otros porque no sé cómo lavar lo mío nada más. Hay que ayudarse a vivir, si a esto se le llama vivir, porque mi hombre apenas gana para dar de beber a las mujeres de los puertos. Y así me veo planchando interiores de hombres cuyos nombres ignoro. Pero, dime, Jaime, ¿estas camisas no son de ellos?

JAIME. — Eso lo pregunto yo: ¿No son de ellos?

ELVIRA. — ¿Por qué no? Puede ser. Quizás han vuelto atraídos por mi ideal.

JAIME. — ¿Su ideal?

ELVIRA. — Sí, el ideal de ser mujer; pero Mujer, con mayúscula.

JAIME. — Así es como yo leo, con mayúsculas. Por eso me descubro ante usted. Por eso no la tuteo como a los demás.

ELVIRA. — No, no sé lo que soy... Pero sé lo que persigo.

JAIME. — ¿Ve usted? ¿No es eso mucho mejor?

ELVIRA. — Me necesitan, Jaime, me necesitan.

JAIME. — Hable claro, mujer.

ELVIRA (obcecada por un pensamiento fijo y remoto). — Pero hay una barrera entre la pasión, si es pasión lo que me domina, y la realidad, si es realidad lo que amenaza.

JAIME. — No la comprendo.

ELVIRA. — Echaría a correr en busca de lo que deseo, pero me niego en la negación de todos los impulsos.

JAIME. — No tema : usted no es tan vieja que pueda creer que sus senos han dejado de ser las brevas de sus mocedades. (Comiendo siempre, de muy buenas ganas las sardinas con pan). Su marido no sabe qué es la piedad.

ELVIRA. — A él lo vaciaron de dignidad cuando le obligaron a retractarse de sus ideas liberales.

JAIME. — ¿Le obligaron?

ELVIRA. — Sí, con unas lentejas y un pase de favor a esta vida de tan extraños sudores.

JAIME. — Quizá le quedó algo por dentro... Me refiero al ideal.

ELVIRA. — Cuando queda por dentro un ideal que no se pregona, se pudre, por muy bello que sea; a nosotros nos corrompe y atenta en amargo silencio contra los demás.

JAIME. — Escriba usted eso.

ELVIRA. — ¿Dónde?

JAIME. — En una hoja del calendario.

ELVIRA. — ¿Para qué, para que la censura le ampute un ala al tiempo?

JAIME. — ¡Ay, cómo me gusta oírlo cuando se encabrita y a su boca le afluyen las verdades! Me parece entonces que soy el más afortunado de los hombres.

ELVIRA. — Eso es lo bueno que tienes, que no

hay cura que te convenza de que soy una zorra y una bruja.

JAIME (ufano). — ¡Yo maté a un cura!

ELVIRA. — Lo sé.

JAIME. — Y lo tengo a gala.

ELVIRA. — Matar es pecado.

JAIME. — ¿Usted cree? El cura ése, el que yo maté, me decía con frecuencia que en ciertas ocasiones matar no era pecado. Y él murió porque yo me aproveché de esa ocasión.

ELVIRA. — Me vas a hacer reír.

JAIME. — Pues riase. Verá : Aquel maldito era uno de los que hacían listas de nombres confesados por los mismos condenados...

ELVIRA. — Por algunos condenados que esperaban, así, salvar el cochino pellejo.

JAIME. — Su nombre, que él no había podido leer, porque sus ojos estaban abotargados de sangre, era el último... por lo menos en su lista. Y lo escribí yo por amor a mi lógica de hombre que dice lo que siente. Menos mal que a los simples se nos perdona todo. Porque todo tiene arreglo en la España falangista y clerical. Yo he resultado ser un bendito y aquel maldito cura, un mártir.

ELVIRA. — Pero esos juzgados azules, ¿cómo analizan mi causa?

JAIME. — ¿Qué causa?

ELVIRA. — La de haberme convertido más de una vez en gaviota.

JAIME. — Convertirse en gaviota no es un delito que pueda castigar la ley, digo yo.

ELVIRA. — Y yo digo que la ley que se escribió pasando por alto los vuelos de las gentes, se cobija en vete tú a ver qué artículos para impedir y castigar la menor intención de fuga por esos aires de Dios. Y ay de mí si ellos tuvieran una sola pluma de las alas que me ayudarían a volar. Pero... Jaime, no me refiero a mi leyenda solamente, sino a mi incapacidad de aceptar yugos que no entiendo.

JAIME. — Deje el agua correr.

ELVIRA. — El agua, sí. La sangre, no.

JAIME. — ¿Y quién le pide su sangre?

ELVIRA. — Ellos, cuando tratan de cortarme estas aias que tengo. Ellos cuando nos cubren el cielo con doradas alambradas; ellos, cuando nos colocan las trabas de un « marisabidilleo » irracional. Ellos, ellos...

JAIME. — Mire, Elvira, hablemos mejor de fútbol.

ELVIRA. — O del color que tiene la barriga panzuda de un sapo.

JAIME. — Se adelanta más.

ELVIRA. — Lavaré esas camisas cuanto antes. Y tú las llevarás bien planchadas al hotel. A ver si cuando esas prendas se lleven por los acantilados ve alguien descender de sus soledades a las rocas una gaviota blanca. ¿No esperan las beatas del Padre Hidalgo que pase algo gordo por mi causa? A ver si así es. Yo pasaría muchísimo gusto al verlas reventar a causa de mis pecados.

JAIME. — Y yo también.

ELVIRA. — Pues si las ves, díles en secreto, para

que así lo divulguen más pronto, que tú me has visto volar, de blanco y con deleite, desde mi ventana, como una gaviota. Dí que es muy cierto lo que se cuenta de mi tía Gertrudis, que aún escupe, aparecida, en mis manos con tierra y que pronuncia un bellissimo conjuro.

JAIME. — Si usted quiere... ¿por qué no?

ELVIRA. — Hazlo, muchacho, y ya verás...

JAIME. — Pero si repito esas cosas, me creerán mucho más simple. Y me harán muy poco caso...

ELVIRA. — La gente hace caso de cuanto sirve para excitar sus misteriosas pasiones.

JAIME. — Por eso me hacen siempre preguntas. Yo les digo que lo que deben hacer es ocuparse en barrer sus casas y dejar tranquilos a los demás. Ahora, con dos extranjeros en el pueblo, qué revuelo de chismes...

ELVIRA. — No sólo de pan se vive en España (Se estremece).

JAIME. — ¿Qué tiene, Elvira?

ELVIRA. — ¡Ay, muchacho, qué voy a tener! Temblores que anuncian realidades; que me acechan dos sombras de las que huyo y a las que vuelvo. Que yo misma no sé qué es verdad ni qué es mentira. Que busco mis ilusiones para hacerlas mías y las encuentro en manos de otros, como delitos. Que ardo a fuerza de no saber por dónde echar mis pasos y antes de andar me encuentro hecha ceniza. Que sospecho un deleite a la puerta de casa y sin necesidad de abrirla tropiezo con una espina agresiva.

JAIME. — ¿Y qué dice Bernardo?

ELVIRA. — Qué va a decir, si su boca no le sirve más que para rumiarse amarguras y morder otras bocas sin besos.

JAIME. — Si él nos oyera...

ELVIRA. — ¿Qué ha de oír! El no tiene oídos. No tiene tus oídos.

JAIME. — Porque mis oídos de simple casan con sus voces de loca...

ELVIRA (sonriendo). — ¿Un simple tú, una loca yo? Tu simplicidad estriba en no aceptar lo que no razones. Mi locura, en vivir por encima de toda razón. Tú tienes la clara lógica de los que ponen la mente en el corazón y el corazón en la mente. Yo, la valentía de alzar mi vida por encima de toda lógica. Y el buen sentido de las gentes de nuestro pueblo consiste en darle ceba a la vida aceptando con pernicioso indulgencia lo que los aprovechados les dan ya hecho. Y ya ves lo que pasa, que tú le arremetes a la vida haciéndote falangista a las tantas porque unos uniformes azules es todo lo que tu madre sacó después de haber fregado tantos suelos para la patria.

JAIME. — Para Auxilio Social.

ELVIRA. — ¿Auxilio Social y Patria no es misma cosa? Y esa patria que auxilia con pan que sustenta la miseria del pobre, ¿qué piensa de sí misma? Ese auxilio es un mérito para ganar cielos muy bajos cuando puede ser que haya un cielo que esté asqueado de ver tanta miseria social.

JAIME. — El pueblo necesita pan y garbanzos.

ELVIRA. — El pueblo necesita luz para ganarse el pan y la carne con los frutos nobles de su dignidad. Pero, ¿dónde, Jaime, dónde está esa luz? En fin... Tú cantas el « Cara al Sol » y eres falangista como hubieras podido ser un polichinela si a los jefes del Movimiento se les hubiera ocurrido vestir sus devaneos políticos, tan ambiciosos, de tan graciosa manera. Mira, mejor hubiera sido. Tú, como muchos españoles, tienes la virtud de saber amar lo que te cae, aunque sea una desgracia, y te agarras a lo que amas con el fanatismo que por nacer equivocado de donde tuvieron que nacer los nobles ideales, te redime de todas tus simplicidades. Y si has aceptado una calamidad, idealista, por muy tonto que seas, no la mudes porque otros vientos de fuera, más convenientes, hayan soplado en el magín de los que te la impusieron. Ellos no saben, no saben bien que tú simple y yo loca, estamos al margen de nuestras vidas como dos sombras que a la orilla de un río van a esfumarse, viendo pasar el cuerpo ahogado que fue una promesa de eternas posibilidades.

JAIME. — Se están casando nuestras almas ante un altar de alegrías.

ELVIRA. — Mucho mejor.

JAIME. Donde no estorban las camisas.

ELVIRA. — No.

JAIME. — Donde uno no tiene lugar para la vergüenza. Que el tiempo no pase, señora, que el tiempo se detenga aquí. Que nadie venga a llamar a esa puerta. Ahora sé que está usted sola y sin esposo.

ELVIRA. — Nos está uniendo un hilo de verdades con una aguja de cariño.

JAIME. — Que nadie se encele, porque esa aguja pasa y no pincha.

ELVIRA. — Sola y sin esposo.

JAIME. — Y su marido...

ELVIRA. — A mi marido verdadero me lo liquidaron otros falangistas. Pero no acabaron con la verdad que lo sostenía, y la verdad viene a estamparse ahora en ti, y yo te estimo por eso, muchacho. La calidad del amor no estriba en la persona amada, sino en los sentimientos que nos capacitan para amar. Ya ves tú que yo no entiendo de política; pero entiendo de verdades, a las que tengo derecho por libre albedrío, y las que uso en mi boca para darle gozo a mi corazón. Mi alma clama por una vida digna con todo lo que en ella hay de humano, de legítimo o de divino. Por eso te pido que no te vistas de nada cuyo color no tenga antes el de tu alma. Y defiende lo que aceptes, aunque sean los cuernos de la luna creciente que despunta dentro de ti. Por eso vi en mi novio mi marido, y juntos caminábamos ya por una alborada de vida. Nunca ama más una mujer a un hombre que cuando sabe que es su hombre quien está dispuesto a dar su vida en testimonio de amor a la libertad de todo un pueblo...

JAIME. — Sí, Elvira, de ahí parte toda su leyenda.

ELVIRA. — ¿Mi leyenda, o mi historia, Jaime?

La psicología y la
conducta humana

El hombre y los complejos del mundo autoritario

A mediados del año en curso leímos en la prensa el llamado que el Tío Sam hizo a los psicólogos norteamericanos pidiéndoles le ayuden a resolver los muy diversos y complejos problemas interiores y exteriores de los EE. UU. En Rusia el Zar Rojo esa colaboración o ayuda la impone a los científicos de todas las especialidades que tiene bajo su férula. No se toma el trabajo de pedir-sela.

Vea todo el mundo qué ha llegado a imponer hoy el actual dictador ruso: que el Estado se encargue de los alumnos desde la edad preescolar hasta terminar la escuela secundaria, fuera de sus hogares, colocándolos en internados. Y a los fisiólogos, psicólogos y profesores los obliga a que contribuyan a «educarlos», aplicándoles las técnicas paulonianas. Esta terrible y monstruosa experiencia anti-pedagógica la empezaron con 180.000 alumnos y para 1970 esperan tener internados al 50 por 100 de los niños de la U. R. S. S.

Este plan de «educación», el peor inventado por un Estado, lo comentaremos en trabajo aparte. Sobre el mismo ahora nos limitamos a decir lo que es obvio persigue el Zar Rojo: que los instructores-modeladores de criaturas humanas, asesorados por hombres de ciencia, «fabriquen caracteres» —caricaturas de hombres, mejor dicho— a la medida que pide, «robots» humanos sin conciencia y sin voluntad para obrar por su cuenta.

Cierto que el régimen dictatorial ruso hará daño, demasiado daño, a millones de niños, pero no logrará exterminar la tendencia de la naturaleza humana a la libertad, porque tendría que acabar con el hombre mismo. De antemano está fracasado tanto el intento de pretender el Zar Rojo deshumanizar al hombre, para hacerlo su esclavo, imponiéndole las técnicas de **acondicionamiento** de Pavlov, etc., como tratar de comprender y explicar la

conducta humana por medio del **concepto de complejo**.

Por otra parte, observamos que lo que acabamos de exponer, en último lugar, es todavía defendido por médicos, fisiólogos, psicólogos y escritores especializados en temas científicos, de otros países, pese a ser enemigos de toda clase dictaduras. Vamos, pues, a tratar de demostrar lo contrario en defensa de la salud misma de nuestros congéneres que nos importa más que al Tío Sam y al Zar Rojo, que a todos los regímenes democráticos y dictatoriales, que a todos los Estados, no importa cómo se denominen.

No hacemos diferencias entre los Estados, y a todos los incluimos en el mundo autoritario que hemos de destruir y sustituirlo por el nuevo Mundo Libertario o de la Libertad, porque ser Estado más o menos tiránico e injusto depende de la resistencia que oponen los desheredados y gobernados a ser sometidos, dominados o humillados. Tan pronto en éstos, en los trabajadores de todas clases, se forma una **conciencia social** elevada que les decide a exigir la desaparición de las clases parasitarias de la sociedad, el derecho a ser libre y a disfrutar, equitativamente, las riquezas que producen, entonces cualquier Estado, el más democrático, al ver en peligro de desaparecer cuanto forma parte de su naturaleza misma, por ley de biología política definiendo su existencia con los medios más violentos, y no vacila en recurrir a la dictadura si es preciso. Esta forma parte del proceso biológico de todos los sistemas autoritarios. Mentira, pues, que algunas concepciones estatales sean, realmente, progresistas. Los pueblos sólo disfrutan de la libertad y el bienestar que pueden conquistar, y nada más.

Hemos expresado qué nos ha hecho **sentir la necesidad** de intervenir, frente a los llamados y a las exigencias del Tío Sam y de Kruschev, en defensa del niño, del hombre y de la sociedad, sin hacer excepciones entre los autoritarios, porque todos están dispuestos a no dejar morir a la Autoridad, lo opuesto a la Libertad. Empezaremos, pues, hablando sobre los mejores métodos psicológicos y psicoterapéuticos para acercarnos al conocimiento del hombre, y terminaremos acusando y probando que el mundo autoritario es el que lo obliga, en todos los continentes, a adquirir los peores **complejos** y la constitución de los malos hábitos que fortalecen las tendencias insanas y destructivas que tenemos el deber biológico, psicológico, social y humano de eliminar, tanto como nos sea posible, de la naturaleza humana.

Es sabido que desde que la conducta empezó a estudiarse científicamente por Wilhelm Wundt en

JAIME. — ¿Lo sabe usted?

ELVIRA. — ¿Qué importa? Lo que sea es mío.

JAIME. — Y todo lo suyo, por muy abstracto que parezca, es una pura verdad. Yo daría... qué sé yo, por oír la contarme toda su historia.

ELVIRA. — No tienes que dar nada. Siéntate. Escucha. (Jaime, que hacía rato había dejado de comer y de beber, va a sentarse, con la sencillez de un muchacho limpio, cerca de Elvira, y cuando ésta, después de una breve pausa, va a iniciar su historia, lentamente va cayendo el telón).

(Continuará)

ABARRATEGUI

1879 dejó de ser interés de la intuición y de la observación simplemente y de rama de la filosofía y de la psicología general pasó a ser psicología experimental. Algunos psicólogos consideran que se inició con Fechner. No vamos a discutirlo, porque se deba a éste, a aquél o a otros científicos nada de fundamental rectifica de nuestra tesis. Sin embargo, con respecto a lo esencial del tema planteado, si reconocemos, en seguida, porque no somos dogmáticos, que con la reflexología de Pavlov, con la psicorreflexología de Bechterev, el conductismo de Waston, de Cladk Hull y los estudios y experiencias de otros fisiólogos y conductistas se ha contribuido al progreso de la psicología moderna. Pero no estamos de acuerdo con los que hoy todavía defienden, entre otras cosas, que con el **concepto de complejo** puede preverse y explicarse, totalmente, el comportamiento del hombre.

Podemos afirmar que las actividades del sujeto, sus necesidades, sus pasiones, sus emociones y fuerzas instintivas vitales no pueden ser descubiertas —y menos previstas—, conocidas, estudiadas y explicadas, en todas sus partes, por medio del estricto **concepto de complejo**. Ha de tenerse en cuenta que en el individuo humano intervienen pensamientos y sentimientos, deseos y fantasías, la vocación, aptitudes y habilidades, ambiciones, ideales y temores, etc. Y en él influyen el ambiente interior y exterior del hogar que contiene innumerables factores: familiares —con múltiples problemas—, sociales, políticos y religiosos, económicos, de trabajo, culturales, las relaciones con gentes, con personalidades distintas viviendo situaciones diferentes unas y parecidas otras a las suyas, etc.

Hay inter-relación e inter-acción de todos los factores precitados, y mucho más, serie compleja de dinamismos que participan, todos, en mayor o menor grado, en las acciones del sujeto, en su conducta. Y más difícil resulta interpretarla sabiendo lo cambiante que es dado que en nuevas situaciones se toman otras decisiones. Además, generalmente no se piensa, o no se advierte, que **vivir el sujeto su vida** es mucho más complejo que el referirnos a su comportamiento. En breve introspección la propia experiencia psicológica nos enseña —al escribir esto mismo— que el hombre es realidad complejísima que está presente, en su totalidad, globalmente, con todos los valores que representa, obrando todo su ser en cada acto que realiza. Y constatamos que las complejidades del obrar humano aumentan por las recíprocas influencias de todas las inter-relaciones e inter-acciones entre el sujeto y el ambiente.

La dinámica del individuo humano es cambiante o constantes interjuego dinámico. Por eso decimos también que la personalidad es dinámica. Por lo tanto, sometido el sujeto en el consultorio a tests y a preguntas, a pruebas diversas, no puede, en estado pasivo, dar a conocer su conducta. El especialista en **complejos** se queda sin poder conocer la mayor parte de la misma, y, por consiguiente, está imposibilitado de ofrecer un diagnóstico psicológico acertado, por muy ruso que sea. Para acercarse lo más posible al conocimiento de la conducta

del sujeto es preciso estudiarlo obrando en su propio medio, averiguando qué ha hecho, qué hace, por qué hizo esto, aquello o lo otro, qué se dispone hacer y por qué, etc.

Observado y estudiado el sujeto antes, durante y después de los actos voluntarios e involuntarios que ejecuta, en cada situación que vive o trata de vivir, mucho podrá explicar sobre su comportamiento la misma sinceridad o espontaneidad del **sentido** que da o se esfuerza por dar a sus acciones y el **tono emocional** —no tenidos en cuenta por los pavlonianos y conductistas —de las mismas al ejecutarlas, procesos psicológicos que no pueden producirse en la frialdad del consultorio.

Seguid los pasos al individuo humano cuya conducta y personalidad han sido estudiadas en la clínica o en el hospital por el fisiólogo y psicólogo que se guía por el estudio de los complejos. Al salir a la calle, apenas choca con el ambiente tratando de resolver sus problemas cotidianos, adopta actitudes que desmienten todo o la mayor parte del estudio psicológico que le hicieron en situación distinta a las verdaderas situaciones que vive. Es en el desarrollo de éstas donde el sujeto pone de relieve nuevas fundamentales peculiaridades psíquicas y mentales, gran número de nuevos datos psicológicos que descubren lo que ocultábase en profundos repliegues de su modo de ser o de querer ser y muestra su verdadera estructura psicológica.

No es de extrañar que hasta médicos no versados en Psicología, sin seguir los progresos de ésta, y sin siquiera hacerse serias introspecciones, considerando que el **concepto de complejo** deriva —afirmamos nosotros mismos— del concepto funcional, en contacto sólo con la Fisiología, no admitan que los actos son bastantes más que simples movimientos. Cuando éstos significaban —afirmaron médicos psiquiatras de los EE. UU., el 27 de abril, próximo pasado, refiriéndose a dos hombres y a una mujer, casos que comentaremos aparte— que tres esquizofrénicos, hospitalizados en Los Angeles, «tenían que agravarse en el grado que alcanzaron en el proceso de su enfermedad mental, como ocurre en circunstancias similares, en todos los casos», la oportuna **comprensión** de la gravedad de su situación hizo reaccionar a los pacientes en sentido normal, contrario a lo previsto, al proceso patológico que seguían, y se salvaron, a sí mismos, simultáneamente, pese al diagnóstico adverso de los especialistas psiquiatras. Todos sus **movimientos** —dicen los médicos que los trataron— «indicaban que sufrirían largo internamiento, y que uno de los pacientes estaba irremisiblemente perdido». ¡Oh las incógnitas de la mente humana!

En el futuro gracias a éstas y a otras recientes experiencias de la Psicología y de la Psiquiatría, de las que hablaremos oportunamente, miles de nuestros semejantes podrán, en el mundo, recuperar el equilibrio psíquico mental. La lección dada por los tres pacientes de Los Angeles ha sido bien recibida, propagada y aprovechada por los psiquiatras. Ahora podrán rectificar y mejorar sus métodos psicoterapéuticos. ¿Por qué no lo admiten también los médicos y escritores que siguen defendien-

do el **concepto de complejo**, en términos excesivos, y decídense a vulgarizar los nuevos descubrimientos psicológicos? Contribuirían a hacer bien a pacientes mentales y, en particular, al inmenso número de nuestros semejantes propensos a serlo en medio de la sociedad desequilibrada que vivimos.

Nuestras propias experiencias psicológicas y la de los demás confirman que para acercarse a comprender la conducta humana lo primordial es conocer la situación que vive el sujeto con otros semejantes, su propia vida en esa situación determinada o en un conjunto de situaciones. Es así cómo será posible descubrir si un complejo —caso que lo tenga— es de origen inconsciente o traumático, aunque la mayoría de los complejos, generalmente inadvertidos, no tienen esas características.

Los **complejos** son una realidad psíquica, pero afirmamos, de acuerdo con la Psicología científica, que diagnosticar por medio de la hipótesis de los complejos es quedarse casi en lo superficial del sujeto. Y si éste no sigue los impulsos de un complejo, aunque lo posea, al omitirlo, como ocurre a menudo, sus actos no aparecerán como derivados del complejo, y erraría el fisiólogo o psicólogo que asegurara que no lo posee.

De todas las maneras sería absurdo que rechazáramos, totalmente, el **concepto de complejo**, término que, no en balde, introdujo Jung en la Psicología y en la Psiquiatría, como tampoco podemos rechazar, negar, repetir, la reflexología y la psicorreflexología de Pavlov y Bechterev, respectivamente, etc. Entiéndonos todos de una vez: lo que no aceptamos y combatimos es que se tome la parte por el todo como continúan defendiendo sedicentes científicos en Rusia, por miserables conveniencias políticas del régimen dictatorial allí imperante, y algunos fisiologistas puros en todo el mundo.

Reconocemos que los estudios, experiencias, técnicas y teorías de los precitados científicos rusos y de otras nacionalidades fueron en su época, durante cierto tiempo, lo más avanzado en las investigaciones fisiológicas y psicológicas. La Psicología estática, por ejemplo, no podía explicar muchos de los procesos psicológicos que pudieron aclararse con la idea o **concepto de complejo**. La Historia de la Psicología admitió su utilidad y le sigue reconociendo, en el presente, el lugar que le corresponde ocupar en la misma: de «participación» en el estudio del comportamiento del hombre.

En nuestros días los estudios y las investigaciones para obtener el mayor conocimiento del sujeto se orientan, preferentemente, a conocer los datos históricos, sociales, económicos, culturales y psicológicos sin prescindir, naturalmente, de los fisiológicos y biológicos. Así logran conocerse peculiaridades de su estructura dinámica que jamás se descubrirían por medio del fisiologismo y del biologismo, porque están fuera de sus especiales campos de estudio, de investigación y de experimentación.

Es un gran error pretender explicar el comportamiento humano por medio de los factores fisiológicos y biológicos. Estos se refieren al funcionamiento del cuerpo, pero no constituyen **situación social** alguna, ni pueden referirse al lugar que el

sujeto ocupa en aquélla, en relación con sus semejantes entre los que actúa. De lo que quiere, puede o desea hacer cada uno de estos componentes de una o varias situaciones depende la conducta recíproca y la vida de cada sujeto gozando y sufriendo éxitos y fracasos, continuando adoptando otras conductas y personalidades, malas y buenas, viviendo entre dificultades, riesgos y facilidades, y más disyuntivas. De éstas, por ejemplo, podrá hablarnos la Psicología, pero ni una palabra podrán decirnos la Fisiología y la Biología. Y es que lo psicológico sólo puede estudiarse con métodos psicológicos. Es lo más sencillo y gráfico que podemos decir al respecto, y consideramos que defender lo contrario es perder y hacer perder el tiempo a nuestros semejantes.

Hablando sobre la conducta y la personalidad no podemos silenciar el psicoanálisis. Nos hemos referido, llana y sucintamente, a cómo ha evolucionado el pensamiento psicológico desde antes y después del **concepto de complejo**. Este sigue usándose en las investigaciones psicoanalíticas, pero es innegable que ha sido rebasado por las nuevas aportaciones de la ciencia psicológica, como asimismo fue rebasada la doctrina freudiana aunque no sea posible prescindir de la misma al estudiar la «psiquis» humana y se reconozcan, de suma importancia, los factores inconscientes de la personalidad.

Todo estudio serio que se realice sobre la psicología y la conducta humana no puede pasar por alto el papel que juega el inconsciente. Admitimos lo esencial de la doctrina de Freud, pero consideramos equivocada, fuera ya de lugar, la ortodoxia freudiana que no reconoce el papel importantísimo que en el comportamiento del individuo humano juegan los factores sociales y culturales. Por otra parte, a los psicólogos antifreudianos les decimos que los progresos de la psicología experimental han venido a ensanchar la teoría psicoanalítica, y no a desvirtuarla, a suplantarla ni a eliminarla como ellos pretenden.

A Freud le debemos, y le agradecemos, la fundación de la psicología clínica. Es indudable que sueños y fantasías, la larga serie de fenómenos y hechos que constituyen el conjunto de los procesos inconscientes tienen explicación gracias a la teoría freudiana. De ninguna manera podrían explicarse. Intenten sus detractores, particularmente religiosos, explicarlos de otros modos. Ninguno lo ha logrado. Por lo que respecta a la Psicología, a la Psiquiatría y a la Psicoterapia hoy están relacionando los nuevos conocimientos que han aportado que influyen, indudablemente, en la conducta y en la personalidad del sujeto con los fundamentales descubrimientos de Freud.

La Psicología Científica-Natural y la Psicología Científica-Cultural-Social no son opuestas: se diferencian por lo especial de sus respectivos estudios y métodos de investigación y experimentación, pero se complementan, y en nuestros días, con cuantos nuevos hallazgos científicos se hacen, forman una sola corriente: la Psicología contemporánea.

Tan aceptable es la heredabilidad de bienes fisiológicos y biológicos como la de los bienes psicológicos y culturales gracias a los cuales —por eso los

consideramos superiores— los primeros se acrecientan y mejoran. Lo inaceptable, lo inadmisibile, y lo repetiríamos mil veces, es que el conjunto de todos los buenos bienes heredados los disminuya y los malee la sociedad autoritaria aumentando otros mal llamados bienes que son artificiales, falsos: pergaminos, escrituras, títulos de propiedad, dinero, etc., signos antivitales e inmorales, de injustas desigualdades económicas, sociales y culturales entre los hombres.

Precisamente, es en defensa de los primeros, de los bienes de carácter vital, social y moral, debidos a la herencia natural y a la buena cultura, que los libertarios elevamos la voz pidiendo la acción solidaria de todas las mujeres y de todos los hombres del orbe para derribar al mundo autoritario y acabar con el déficit biológico y psicológico que sufre el género humano.

Al plantear los problemas psicológicos, sociales y humanos del hombre y de la sociedad, y tratar de resolverlos, siempre tropezamos con el ambiente ruin y perverso del mundo autoritario que obstruye la solución normal y efectiva de los mismos. En su seno no es posible realizar la integral profilaxis e higiene psíquica-mental individual y colectiva. Los psicólogos, los sociólogos y los pedagogos de todos los continentes han de comprender —y con ellos todos nuestros semejantes, de no importa qué raza y color— que el precitado mundo obliga a los hombres a cometer inmoralidades, de todas las clases, y a adquirir complejos que deshumanizan. A todos les exige que observen las conductas más indignas y opuestas a sus propias vidas, y les impone su inmoral «filosofía» del empleo del tiempo: que en todas las etapas de sus existencias luchen unos contra otros, como enemigos irreconciliables, sin dejar de llainarse amigos, practicando la hipocresía, desgradándose, envileciéndose, anulándose, en fin, como elementos sociables y solidarios, de buen progreso social y moral.

Los actuales detentadores de las riquezas mantienen una lucha despiadada, terrible contra todas las tendencias buenas de cooperación y altruismo que predominan en la naturaleza humana. Se es-

fuerzan, continuamente, por evitar que en los hombres se desarrollen los sentimientos de sociabilidad y de solidaridad a los que nuestra especie debe haber sobrevivido y alcanzado el grado de evolución que conocemos. No cesan de influenciar a los seres humanos para que sean egoístas, agresivos, malignos y crueles como lo son sus propios sistemas de explotación y de dominación del hombre por el hombre o por el peor patrón o amo: el Estado, como el que sufre actualmente el pueblo ruso.

Observad con mirada atenta y escrutadora el panorama mundial. Por doquier veréis a los individuos, que se llaman «humanos», apresurarse más y más; van siempre a prisa, más y más de prisa, atropellándose los unos a los otros, a menudo entre familiares, sin las más mínima delicadeza, sin miramiento alguno, sin importarles pasar por encima del prójimo para alcanzar más poder y más riqueza o tan sólo unas pocas monedas más antes que otros semejantes aunque las necesiten menos. ¡Ni siquiera se detienen a pensar qué le ocurrió a uno, a cualquier caído, pisoteado por todos, o en qué será del mismo en el futuro! ¡Y cuidado tengan los caídos, por maltrechos que queden, de aceptar manos cualesquiera que les tiendan para humillarlos después quienes se las tienden, provocando, seguidamente, la caída física o moral de la que ya no puedan levantarse jamás!

No extrañe, pues, a las personas satisfechas o no de vivir en este mundo de sátrapas y mercaderes sin conciencia moral, que haya individuos humanos que no quieran luchar más entre y contra sus semejantes, ni presenciar las escenas de violencia que se desarrollan ante su vista y prefieran, aunque la «Fortuna» les sonría, como a Zweig, autor de **Brasil, país del futuro**, y de otros buenos libros, cerrar los ojos para siempre, voluntariamente, después de expresar unas últimas palabras —o desaparecer más pronto sin decir las, por no permitirlo las circunstancias, como han hecho y hacen otros sujetos— de sensatez y amor dirigidas a todos sus semejantes.

F. OCANA

LA ASOCIACION

Hasta cierto punto, al asociarte garantizas tu libertad si las obligaciones sociales quedan suprimidas.

La asociación se hace para asegurar la libertad del conjunto; pero, sobre todo, para conservar la libertad y la personalidad de cada individuo.

Imponer, obligar, vencer, es contrario a la libertad.

El encarcelamiento de Thoreau

«Thoreau's incarceration» (El encarcelamiento de Thoreau) fue escrito por el Dr. Samuel Arthur Jones, uno de los más tempranos y abnegados estudiosos de Thoreau. Contiene el más completo relato de la encarcelación de Thoreau que haya sido publicado. El «Mr. S.» es en el artículo Sam Staples. El «M. X.» de las cartas es indudablemente Alfred Hosmer de Concord que, a pesar de las mofas de algunos de sus conciudadanos, tanto hizo para reunir y clasificar para las futuras generaciones, los elementos efímeros tan rápidamente desapareciendo de la vida de Thoreau.

WALTER HARDING

ESE es el hombre que encarceló a Thoreau; espere y se lo haré conocer.» Quien así hablaba era una mujer de Concord, que amablemente se ofrecía como guía a un forastero y peregrino en el renombrado pueblo. Acabábamos de regresar de una visita hecha a una anciana que había conocido íntimamente a la familia Thoreau, cuando mi amiga vió a un hombre sentado en el pórtico de una casa muy hermosa situada en la calle principal. La seguí hasta el portón, y al aproximarse a la verja una voz animada dijo: « Buenas tardes, señorita H. » « Buenas tardes, Mr. S., está usted disfrutando este hermoso día? » Fui entonces presentado a un substancial, a un espécimen de aspecto enhiesto de la humanidad, quien, aunque había pasado los sesenta años de edad, estaba excelentemente bien preservado, cuyo rasgo principal era el de juntarse en seguida al buen humor, que por cada poro de él parecía alegremente surgir. Evidentemente se encontraba « perfectamente en Sión », y aparentemente pensaba que los demás también lo debían estar. No se trataba, su humor, de algo estrepitoso que a un forastero le hubiera parecido « fingido », sino de una efusión espontánea de su alegría tan sin afectación como los rizos de un arroyo o los trinos de un pájaro.

Mr. S. era un poco más alto que la mediana estatura, enhiesto como un pino, bronceado por la vida de los campos, bien encarnado como para pasar lo bastante por un « sólido » ciudadano, y el tiempo se había portado tan bien con él que aún tenía su cabello negro y unos ojos lustrosos y morenos que alegremente parecían chispear. Todo en él parecía de buen gusto excepto aquel gran diamante que deslumbraba desde la parte delantera de una camisa más bien sucia y que silencio-

samente parecía un reproche por la condición de su ropa blanca. En gran contraste frente a dicho mal colocado lujo veíanse sus ropas, hechas de buen paño, de un color no llamativo y enteramente libres de aquella afectación en el vestir sugerida por la deslumbrante gema. Su lenguaje enteramente explicaba la incongruente situación del diamante, debido a que dicha piedra preciosa denota los extremos sociales representados por la cultura y por la vulgaridad; y desgraciadamente el presente poseedor se encontraba en la vorágine de la última categoría. Impresionaba a uno como un hombre que ha aprendido sus maneras en el mercado más bien que en el salón y que, en la tormenta y la tensión de la vida, había mantenido sus ojos en mar de barlovento, escapando por lo tanto al naufragio con sus compañeros en la lucha por la vida. Naturalmente, algo parecía decir en él con bastante llaneza: « No es mi culpa el encontrarme con mi destino; puedo permitirme el gratificar mis deseos; y, con perdón de ustedes, con nadie trato de disputarme ». Más que esto aún, le hacía sentir a uno que miraba a la vida como a una gran broma; que estaba desprovisto de cualquier concepto de lo trágico, que, en resumen, consideraría a su propio funeral como parte de la gran y siempre presente broma. Y con todo, nada había de desagradablemente ofensivo en él; podía uno mirar aún la discrepancia del diamante como una perdonable extravagancia suya.

Cuando supo que yo era « uno de los admiradores de Thoreau, que vienen por aquí cada verano », pareció como si cada recuerdo de su famoso vecino de repente surgiera en su memoria, para ponerlo a mi servicio. Su flujo de reminiscencias constantemente asociaba a Emerson con Thoreau; pero de todas ellas solamente retuve una y tal vez la recuerdo porque presenta a Thoreau en un carácter insospechado: el de un humorista.

Parece que surgió una duda entre los límites de un campo perteneciente a Emerson y al mismo Mr. S., que me dijo el último había pasado a ser suyo recientemente mediante un « regateo » con alguien cuyo nombre no pude retener. Thoreau había sido empleado para hacer las necesarias medidas (« y lo hizo con toda justeza, le aseguro »); y habiendo terminado su trabajo dijo que daría su opinión a ambos en casa de Emerson. No podré nunca olvidar cómo Mr. S. en su informe de aquella reunión me hizo sentir la blanda dulzura de la naturaleza de Emerson. « Era un hombre, señor, incapaz de matar a una mosca », dijo Mr. S. lo más enfáticamente. Luego prosiguió explicando que no había habido ninguna « disputa » entre Emerson y él mismo; solamente habían querido « saber nada más, sabe usted, cuáles eran los verdaderos límites ».

Thoreau se encontraba ya en casa de Emerson cuando llegó Mr. S., y en seguida se pusieron a aclarar la duda. Mucha fue la sorpresa de Emerson, cuando Thoreau dijo y probó con un mapa que había confeccionado que su — la parte de Emerson — se había introducido con su cerca varios pies de distancia en la propiedad adjunta; y sin esperar una palabra del tan asombrado inconsciente transgresor, prosiguió declarando que la apropiación del terreno había sido intencional, sólo que Mr. S. ha demostrado ser demasiado listo para ser vejado; « todos estos años ha estado usted levantando su nariz cual un ciudadano modelo y un ejemplo para todo el mundo, no obstante que cada vez que trabajaba en su cerca, bien sabía usted que la colocaba siempre un poco más lejos, hasta que robó suficiente terreno como para alimentar una vaquilla en un año; pero Mr. S. ha sido demasiado listo para cualquier astuto muchacho como vosotros, y estoy contento exponiéndole así a usted, aunque representa para mí un tremendo desengaño ».

« Caramba — dijo Mr. S. — si Emerson hubiera sido agarrado vaciando los bolsillos en una reunión pública del pueblo, no se hubiera sentido tan desgraciado como entonces. Thoreau estaba hablando con firmeza, y debería haberlo usted oído cuando luego caminaba por el camino de Lexington. Me sentí tan confuso que lo único que podía hacer era mirar al suelo; pero mientras Thoreau le estaba diciendo las cosas claras y acababa justamente de decir algo que me asombró, empecé a mirarlo, y cuando vi sus ojos empecé a reír tan fuerte que se me podía haber oído desde lo alto de la colina del cementerio. Sabe usted, se estaba solamente burlando de Mr. Emerson, y cuando acabó, todo pasó como si no hubiera dicha nada. Era el hombre más bueno que haya pasado por la faz de la tierra ».

Seguramente que esta sorprendente broma a expensas del « sabio de Concord », hará una buena pieza de compañía, junto a la famosa extemporánea danza en el salón de Mr. Ricketson — ¡y pensar que era de este Thoreau del que Lowell opinaba «que no tenía humor!»

Exactamente cuándo el asunto del encarcelamiento de Thoreau surgió en nuestra conversación no puedo ahora recordar, pues las reminiscencias del carcelero se seguían una a otra tan indiscriminadamente como las hojas otoñales que a nuestros pies caían aquel día. En la marea montante de sus recuerdos dijo : «Henry sabía que tenía una orden de prisión para él, pero no fui a detenerlo, porque sabía que podría arrestarlo cuando quisiera».

Thoreau fue detenido temprano en el atardecer, mientras se encaminaba a recoger un zapato que había sido arreglado por un zapatero remendón, con el fin de poder pilotear una excursión para cosechar arándanos americanos que se debía efectuar al día siguiente. El asunto de la orden de detención no fue luego mencionado en las reminiscencias del carcelero, como tampoco dio ningún detalle del arresto, sino simplemente dijo que ha-

bía encerrado a Thoreau «y el resto de los muchachos» para pasar la noche. Un poco más tarde él mismo se encaminó al centro del pueblo para algún asunto. Durante su breve ausencia alguien golpeó la puerta del apartamento privado del carcelero. Su hija la abrió, oyendo a una joven mujer con un velo que decía : «Aquí está el dinero para pagar el impuesto de Mr. Thoreau» e inmediatamente se fue. La demanda de la ley estando ya satisfecha, Thoreau ya no era más un culpable, y debiera haber sido dejado libre al retornar el carcelero; pero cuando me lo narraba, dicho benemérito, en la manera más friamente imaginable, dijo : «Me había sacado ya las botas y estaba sentado cerca del fuego cuando mi hija me lo dijo, y no iba a tomarme la molestia de abrir de nuevo cuando todos los muchachos habían sido encerrados para pasar la noche; por lo tanto, lo dejé encerrado hasta el almuerzo del día siguiente y entonces lo dejé salir».

Fue naturalmente una sorpresa para mí el saber cuán cerca el recalcitrante reformador había escapado su sola noche de prisión debido solamente a la comodidad del carcelero para pasarlo bien, de otro modo habríamos perdido la experiencia más chispeante que Thoreau nos ha legado. Nada dije en aquel momento aunque interiormente rumié el informe del carcelero; pero al leer posteriormente el relato que hizo Thoreau del acontecimiento, encontré que confirmaba el hecho al aseverar que había sido puesto en libertad al día siguiente después del almuerzo en la cárcel de Concord.

Pregunté a Mr. S. si sabía quién había pagado el impuesto de Thoreau. Contestó que no lo sabía, pero creía que había sido el juez Hoar — «la chica que trajo el dinero tenía algo envuelto en su cabeza, por lo tanto no se le podía ver la cara» —, pero le parecía que había sido Elizabeth Hoar. Dijo que Thoreau «al salir de la cárcel estaba tan furioso como un diablo».

Me interesé mucho tiempo por el destino del compañero de celda de Thoreau en aquella noche tranquila, y pregunté qué había sido de él. «Era un buen muchacho», replicó Mr. S., y me explicó que en la próxima sesión del tribunal lo habían dejado libre. Había sido arrestado por incendio premeditado, pero era realmente inocente, como Thoreau había vaticinado que sería el caso.

Cuando me fui de Concord en 1890 la cuestión de quién pagó el impuesto de Thoreau no había sido resuelta, aunque había hecho diligentes averiguaciones en todas direcciones. Cuatro años después leí un artículo de diario firmado por Mr. Irving Allen en el cual definitivamente se afirmaba que la mujer velada era la tía de Thoreau, llamada Maria. En seguida escribí a Mr. Allen para saber la fuente de dicha información y recibí esta contestación :

Norwich, Conn., 7 de mayo de 1894.

Mi querido Sr. : En contestación a la suya del 15 del corriente, recibida esta mañana, me veo obligado a confesar que no puedo ofrecer evidencia alguna sobre la exacta verdad de mi informe referente al pago del im-

puesto de Thoreau. Las viejas señoras Jane y Maria Thoreau eran amigas mías muy queridas y apreciadas en mi juventud y no tengo duda de que el informe me vino por haberlo oído a una de ellas.

Cuando escribí el artículo que usted menciona, no me pasó por la mente el asunto del origen de mi convicción; me parecía que hace años lo sabía en el sentido de que había sido la buena tía Maria quien vino en socorro de su excéntrico sobrino; pero no puedo probar que estoy en lo cierto. Sugiero que escriba usted al profesor E. J. Loomis, Washington, D. C.; que era un amigo muy íntimo de la familia Thoreau, y puede ser posible que él tenga la evidencia en este asunto.

El profesor Loomis escribió :

Querido Sr. : Concerniente al asunto de sobre quién pagó el impuesto de Thoreau, creía saber que había sido su tía Maria Thoreau y no Jane, que era sorda, pues todos los asuntos concernientes a las dos eran despachados por Maria.

He tratado de recordar si Maria Thoreau me dijo alguna vez que había pagado el impuesto, pero aunque positivamente lo creo, por cierto que no puedo decir si me lo dijo. Pero para tener algo definido y auténtico que decirle sobre esto, he escrito a un amigo de Concord para encontrar el hecho y hacérmelo saber. Tan pronto como tenga sus noticias, le escribiré de nuevo. El asunto del pago del impuesto me parece que está entre dos personas : Maria y R. W. Emerson.

Mr. Emerson visitó a Thoreau en la cárcel y el encuentro entre los dos filósofos tuvo que ser interesante y algo dramático. Maria Thoreau si recuerdo que me narró dicho encuentro : «Henry, ¿por qué estás aquí?» — «Waldo, ¿por qué no estás aquí?»

Recibí ayer una fotografía de Henry, que es algo diferente al retrato hecho por Rowse.

Estaba en la casa de Mr. Thoreau pasando un verano en el tiempo en que Rowse trabajaba en el retrato, y Henry y yo caminamos, paseamos en bote y hablamos sobre todo concerniente al Concord antiguo. Días deliciosos para mí que siempre recordaré.

Excúseme esta carta algo extensa; espero que pronto tendrá algo definitivo y se lo escribiré.

El amigo de Concord, al que el profesor Loomis propuso que me escribiera, me envió la siguiente carta :

Concord, 17 de mayo de 1894.

Mi querido Doctor : Recibí una carta del profesor Loomis después de haberle yo enviado una de las fotos de Thoreau, en la cual quera saber quién pagó el impuesto de Thoreau, «para un caballero de Ann Arbor».

Fui a ver a Mr. S., el carcelero, la última noche, y me dijo que al atardecer encerró a Thoreau; que a eso de las nueve y media pasadas, mientras estaba fuera de casa, una mujer llamó a la puerta del frente, y que su hija respondiendo a la campanilla salió, y dicha mujer le entregó un sobre diciéndole : «Esto es para pagar el impuesto de Thoreau». Su hija no la reconoció, pues era de noche y la mujer llevaba un velo. Me dijo que en cuanto a él siempre había creído que había sido Elisabeth Hoar. Escribí al juez Hoar sobre esto y su contestación fue de que estaba fuera del pueblo en aquella ocasión; pero que siempre había creído que fue la tía

Maria quien lo hizo. No cree que su hermana lo hubiera hecho. Había sin embargo algo cierto en este asunto y es que Emerson no lo había hecho.

Piensa S. que Emerson no pudo ver a Thoreau en la cárcel, pues estaba oscureciendo y la cárcel fue pronto cerrado. Habiendo sido pagado el impuesto aquella noche, Thoreau, después del almuerzo, fue en seguida dejado libre, y como lo expresó S. : «tan furioso como un diablo». Dice que siempre quiso a Henry Thoreau; que había trabajado mucho con él luego tirando los cordales cuando ambos median diferentes campos, etc.

Cuando le dije para quién deseaba dicha información, empezó a reír, diciendo : «Ah, sí, para esa persona de baja estatura, con un traje G. A. R.». Luego me resumió su conversación con usted, diciendo : «Dígale que no debe creer al pie de la letra cuanto digo, pues cuando empiezo a hablar, puede decir algo más de lo que expreso».

Si el profesor Loomis dice que tía Maria le dijo que Emerson visitó a Thoreau en la cárcel, debemos creerlo, pues la historia es demasiado buena para perderla y muestra la diferencia entre los dos hombres : «Henry, me apena verte aquí». — «Mr. Emerson, por qué no está usted aquí?». Repetí esto a S., con la nota de que Thoreau siempre estaba dispuesto a respaldar sus principios, mientras Emerson no lo estaba. «Si, X., eso es», fue su respuesta.

Se ha visto cómo el juez Hoar (senador Hoar) está de acuerdo con el profesor Loomis en lo concerniente al pago del impuesto. El hecho no fue mencionado durante la vida de Thoreau, pues amargamente se hubiera resentido; por lo tanto, el asunto puede dejarse como concluido y resuelto.

En cuanto a la entrevista Thoreau-Emerson en la cárcel de Concord, el profesor Loomis escribe :

Washington, 21 de mayo de 1894.

Querido Sr. : Acabo de tener noticias de Mr. X desde Concord, Mass., a quien escribí por informes relativos al asunto del pago del impuesto de Thoreau, que según veo yo el mismo se los ha escrito a usted, y que están de acuerdo con mi propio recuerdo del asunto tal como me lo dijeron.

En cuanto al encuentro de Mr. Emerson con Henry Thoreau en la cárcel de Concord, esto es lo que me dijo la tía de Henry, Maria : «Henry, ¿por qué estás aquí?» — «Waldo, ¿por qué usted no está aquí?».

Se lo oí contar varias veces y siempre lo mismo decía, sin variar una palabra.

No hay, pues, duda razonable sobre esta verdad. Fue impresa por vez primera en 1862, por George William Curtis, en un obituario sobre Thoreau (*Harper's Monthly*, vol. XXV, p. 279). Nunca ha sido refutado y es característico en ambos hombres. Thoreau era el hombre de pensamiento, Thoreau de acción. Fue Thoreau y no Emerson, el que primero levantó su voz en defensa del capitán John Brown.

Dr. ARTHUR SAMUEL JONES

Trad. : V. MUÑOZ

NOTA DEL TRADUCTOR. — El encarcelamiento de Thoreau, reeditado por el artista libertario Joseph Ishill en ocasión del centenario de la muerte del filósofo (mayo

de 1962), fue por primera vez publicado en diciembre de 1898 en *The Inlander*, de Ann Arbor, Michigan, Estados Unidos.

Hubo orden de detención contra Thoreau porque se negó a pagar los impuestos al Estado, debido a que dicho Estado contra su sentir, era partidario de la esclavitud de los negros y de la guerra con el vecino México. Thoreau, por las causas relatadas (alguien pagó por él un impuesto), fue liberado y solamente pasó una noche en la cárcel. El acontecimiento en sí no sería tan importante (hubo quien ya lo hizo por idénticos motivos en su mismo pueblo, por ejemplo, el educacionista y filósofo Bronson Alcott), si no fuera que debido a él, Thoreau escribió luego su famoso ensayo *Resistencia al Gobierno Civil*, conocido posteriormente con el título de *Desobediencia Civil*. Predica en él la abstención en cuanto al voto, la tesis de que el individuo nunca puede estar representado en un gobierno, el no pagar impuestos a la coacción gubernamental, la resistencia pasiva a las fuerzas del mal, etc. Ensayo que cautivó a personas como Tolstoi y Gandhi. Este último lo hizo su «biblia» para descolonizar a la India.

Sam Staples fue luego ayudante de Thoreau, cuando el filósofo en los últimos años de su vida practicaba la profesión de agrimensor y asistió a los últimos momen-

tos de la vida del sabio, cuanto éste se moría. «Nunca vi —dijo Sam—, morir a un hombre con tanta serenidad.»

Veamos lo que dice el mismo Thoreau del asunto en su obra maestra *Walden* (tomado de la traducción de Julio Molina y Vedia): «Cierta tarde, hacia fines del primer verano, habiendo ido yo a la villa a recoger unos zapatos del taller del remendón, fui tomado preso y puesto en la cárcel, porque, como lo he relatado en otra parte, no había pagado un impuesto, o sea, no había reconocido su autoridad al Estado que compra y vende hombres, mujeres y niños, como ganado, a las mismas puertas de su senado. Yo había ido a los bosques para otros fines. Pero dondequiera que haya un hombre, los hombres lo perseguirán y lo manosearán con sus inmundas instituciones, y si pueden le obligarán a pertenecer a su inevitable sociedad de *oddfellows*. Yo habría podido resistir violentamente con más o menos éxito, podía haber corrido el *amok* contra la sociedad; pero preferí que ella lo corriera contra mí. Fui liberado al día siguiente, obtuve mis zapatos remendados y volví a los bosques a la hora de tomar mi comida de gayubas en la colina del Bello Refugio. Nunca me molestó ninguna persona, excepto las que representan al Estado.»

Aspecto moral del anarquismo

Afirmación del valor original del individuo.

Libertad de cultivarse, opinar y trabajar según propios conceptos.

Promesa inquebrantable de ser libre, que es ser uno mismo.

Garantía de que la asociación es para hacer en la vida social una prolongación de nuestra vida individual.

El anarquismo, en la medida que se confunde con un individualismo sano, decidido y responsable, puede jactarse de ser más actual que nunca.

Tierra y sol de Levante



DE vez en cuando llega como una ráfaga de noticias de nuestra tierra, de esos lugares de España que hemos amado por el encanto de su paisaje, por las sensaciones que han despertado en nuestro ser. Y las noticias avivan los recuerdos; diríase que reviven las sensaciones experimentales en nuestra existencia andariega, o las que han brotado en la placidez de una atenta lectura.

Unas cartas nos hablan de Levante. No hace mucho, un crítico de arte escribió sus impresiones al respecto de cierta exposición de cuadros en que el artista esforzase en evocar el paisaje que Gabriel Miró describe en su postres obra «Años y Leguas». Y, en torno a Miró, acabamos de leer un ensayo donde se estudia la influencia que sobre el gran escritor tuvo la literatura griega, «el mundo helénico». Y Levante, ese Levante feliz, ese inefable ambiente levantino, en el arte y en la literatura, se abre ante nuestra retina. Y el grato recordar crea una ínfima e inexpressable satisfacción.

Cuando el recuerdo nos lleva a Levante, pensamos en Gabriel Miró. Y nos consuela el contraste de vivir bajo un cielo desolado, plomizo, con débiles intermitencias de un sol anémico, relejendo una página o un capítulo de esos libros que se acarician al tocarlos, como se hace con los «libros de cabecera», con las obras maestras. «Años y leguas», «El Libro de Sigüenza», «El Obispo leproso», y los cuentos: «Nómada», «Corpus», «Dentro del cercado», reflejan todo ese Levante de contornos y tonos suaves, de costumbres arcaicas, de nitidez y laboriosidad. Otros escritores levantinos se han esforzado en plasmar en el papel la imagen del paisaje vernáculo, pero ninguno como Miró se adentra en su entraña, lo palpa, lo siente, y hasta diríase que lo absorbe, como esas abejas que liban el cáliz de las flores para después elaborar la miel. Sí, otros han hablado de Levante: Blasco Ibáñez, «Azorín», Vicente Medina, pero ¡cuán distantes de las páginas de Miró! El autor de «La Barraca» nos da la sensación de un hombre sanguineo, impetuoso, que a grandes zancadas recorre esas tierras meridionales; y con trazos vivos, ampulosos, trata de reflejar lo que ve. «Azorín», meticuloso en el detalle, diríase que se nota cómo va haciendo literatura, impasible, herméutico ante el paisaje; con mucho talento para la evocación, pero sin dejarse llevar jamás de la emoción. El poeta Vicente Medina diríase que escribe para las almas sencillas, elabora una poesía para ellas, pulsando siempre la misma cuerda, apegado al terruño y escribiendo para los del terruño.

Dijo Nietzsche, en uno de sus libros, aquello que tanto se ha citado, o sea, que amaba que el escritor pusiera en su obra su propia sangre. Es lo que notamos al través de las obras de Gabriel Miró: el hombre que con exquisitez, con inigualada sensibilidad, se ofrece y se funde en su propia obra. La mirada clara, absorta, de Miró, se posa en las cosas y capta la imagen, el matiz que nosotros vemos como él, una vez nos lo ha hecho conocer, nos lo ha revelado, nos lo ha descubierto. Hay en varios de los libros de Gabriel Miró un personaje andariego, soñador, es Sigüenza, El escritor nos descubre sus impresiones, su vida, sus reacciones ante su «mundo circundante»: esas gentes sencillas que viven en el campo alicantino, bajo un cielo sereno; a veces de un azul impecable durante meses y meses, sin que lo empañen esas nubes cenizas que tanto ansian esos humildes campesinos, a quienes el agua de lluvia les da vida y contento. Miró trasmite en el sentir de Sigüenza es él, con sus afectos, con sus cualidades, con su leve ironía, con la neblina de sus tristezas, con su profunda, intensa percepción. «Sigüenza — dice — se ve como espectáculo de sus ojos, siempre a la misma distancia siendo él.»

Sigüenza siente el goce de caminar para dar encanto, placer, a la mirada embelesada de paisajes. Andar a la ventura, pisando esas sendas que se pierden, unas veces para llegar a la paz de los casales, blancos, enjalbegados, embellecidos por el verde claro de los parrales, o el verde oscuro de las higueras. «Sendas frescas — dice Miró — como si principiasen a correr esta tarde. Sendas humildes hechas de pisadas ajenas, y siempre parece que se dejan abrir virginalmente por nuestros pies. Nuestros pies obedecen las viejas pisadas de otros hombres, y afirman la senda para los que han de venir. Seguimos y creamos. Y ofreciendo su elogio, inspirado por la felicidad de hoy, Sigüenza ve un resplandor azul de los riegos, y exclama: «¡Ser como el agua de estos manantiales, agua estremecida de todas las imágenes del camino; la misma agua desde la sierra al llano; el mismo cuerpo en cada gota y en las distancias; en su conjunto y multiplicadamente, sin perderse en su unidad!».

Miró evoca ese claro de luz del paisaje levantino, acariciado por el sol. «El horizonte, la costa, el pinar, y las labranzas se quemaban en una luz de miel.» Así, en todas sus páginas, la visualidad que ofrece en sus descripciones, que como decía Gómez de Baquero, puede decirse que alcanzan un sentido plástico, es fiel trasunto de esa luz diáfana que llena las cosas de un encanto singular. Desde la piedra inerte hasta la minúscula

PULSO

La cultura y la dictadura

ENTRE las víctimas selectas de la última represión franquista figuran una escritora, un poeta, un crítico (cinematográfico) y un abogado. En otro trabajo anterior de CENIT nos ocupábamos del aporte notable de la nueva generación intelectual española a la lucha contra el fascismo, e incluso la bautizamos con el honroso patronímico de «La Guerrilla del Espíritu» (1).

En efecto, si la Dictadura pudo contar siempre con el concurso entusiasta de la aristocracia, el Ejército y la Iglesia, lo más vivo y grande de la intelectualidad escapó, en cierto modo, a su ominoso control, siendo como dos «seres» obligados a vivir juntos que se vigilan, desconfían, critican y difieren continuamente. Exceptuando algunas viejas plumas que quedaron para limpiar las losas taconeadas por las botas protorianas salpicadas de sangre, los más recios valores de la nueva novelística, la poesía y el cine se dieron cuenta en seguida que su puesto estaba al lado del pueblo escarnecido, al lado de quienes, como dijo el hombre im-

(1) CENIT, núm. 123.

yerbecilla, en la prosa de Miró adquieren calidades que los hacen ser merecedores de la mirada que acaricia, capaz de comprender lo que representa el conjunto de unidades, valorizadoras, indispensables para dar fuerza y color al paisaje.

No tiene — ya se ha repetido muchas veces — la prosa castellana, otro escritor que, como Gabriel Miró, haya sabido aunar el poder evocador de la imagen a la belleza expresiva. La mayor parte de los libros de Miró se leen y releen con la fruición del que paladea una exquisita golosina; con la veneración del que posee y ama una joya y sobre ella detiene la mirada con embeleso. De ahí que, cuando la nostalgia nos lleva a recordar el paisaje de España, o cuando otros lo evocan, entre los escritores que en realzarlo han puesto calidad y afecto, descuella con prestigio literario inconfundible el estro creador del levantino Gabriel Miró.

FONTAURA

poluto de Nazaret, «tienen hambre y sed de justicia».

Es cierto que al principio estos intelectuales disconformes mantenían una actitud excesivamente blanda que hacían pensar que no estaban, en realidad, frente a la tiranía. Era comprensible. Ortega y Gasset lo reflejó muy bien en aquella serie de libros que escribiera bajo el cielo madrileño y que llevan por título «Es Espectador». La inteligencia columbra el horizonte con una mayor precisión, con unas luces más vivas, con un ánimo más sereno. Los cuatro puntos cardinales del mundo diplomático convergían en otro concéntrico visiblemente negativo, hostil, en cuanto a las posibilidades reales de la caída de la dictadura. Franco era el hijo natural de la Europa fascista y medrosa de 1935-1942. Con el final político de la última gran guerra, Europea debía cambiar, pero en cuanto a Iberia de una forma más lenta, alternativa y claudicante. El duelo ruso-americano o guerra fría venía a constituir una serie aplicada de balones de oxígeno que salvan, in extremis, al tirano de España. Si Europa lo parió es ella misma la que (imitando a esa madre fran-

cesa que dio a luz un monstruo, matándolo después), está asfixiando a Franco. La reunión de Munich fue un primer apretón apretón a su garganta enfermiza. Luego el «mercado común», las huelgas obreras empalmadas, las bombas que estallan por doquier, la Alianza Sindical CNT-UGT y el entendimiento entre todas las fuerzas políticas de la oposición son nudos y tendones de la misma garra grande que acabará, un día u otro, por extraerle su lengua viscosa y arrancarle el último suspiro.

Este nuevo horizonte europeo es el que ha visto la vanguardia de la joven generación intelectual española que mira lejos, piensa hondo y pisa fuerte cuando el momento llega. Ahí está sino el ejemplo dado por una escritora, un poeta, un crítico y un jurista que por haberse manifestado públicamente en favor de los obreros en huelga y contra el régimen ignominioso que encarna Francisco Franco están purgando una pena que es la más brillante condecoración, el mayor título de gloria, que pueden ostentar hoy los hijos espirituales de Cervantes, Costa, Unamuno, Baroja, Menéndez Pidal, Alaiz, Besteiro, Issac Puente, Ortega, J. Ramón Jiménez y Federico García Lorca.

Decididamente, la Cultura es el antípoda natural de la Dictadura.

CONRADO LIZCANO

Francia, septiembre 1962.



Repúblicas y Rehídepúblicas

LIMALLA. — Las maravillas de la gran República de los dólares unidos del Norte de América, me las mete a puñados por los ojos — las maravillas, no los dólares — el cuatezón que ha salido estos días de allá en motocicleta; es decir, entre una pedarada y tronamenta de cuescos, que echaron el firmamento abajo, si Dios y el cielo lo fueran dos fulerías y dos tomaduras del rizo, tan monumentales como las dos pencas del Continente que bailando nos aguantan.

No deja de tener su encanto — no me digan — que en la misma farmacia, en que te venden por la tercera fuerza un ojo de la contrafaz, remedios que nada curan, haya kiko o nevera y barra de bar, en que te sirven vermús, licores y venenos que matan como el rayo. Del mismo modo que en más de una iglesia existen chocolaterías y cremerías, con producción elaborada a remo.

Quizás a los turistas les ponga también los ojos en blanco la ganga de que, al desembarcar en Puerto Rico — isla arruinada por los otros trusts yanquis del azúcar, del café, del tabaco y de la caña — chicas apenas de diez años les ofrezcan el esmirriado cuerpo y hasta la inocencia de hermanitas menores por 20 cents. no más.

Pero, ya hace menos gracia que, cuando un automóvil te pasa por encima — y no hay Navidad, en que esas fieras mecánicas no hagan pastillo de cuatro o cinco mil borrachos — para admitirle en el hospital, te exijan un depósito de seis veces el valor probable de la atención médica.

Libertad de cultos y de eso mismo sin t. — No sé si dije ya que el 60 por 100 de los matrimonios van en Samuelia seguidos de divorcio por adulterio o disenso mutuo, al año escaso de la consumación y de la consumición por asco de ambos yunteros o cónyuges. En esas pantomimas o vovediles, que debieran presidir las kilométricas dos ancas del actor Santpere en calzoncillos, es declarado siempre culpable el marido y obligado a cargar con los alimentos de la divorciada, de hijos que muchas veces no son de su padre y del rodrigón a quien ha salido la prole. Los presbíteros son los que pegan a los bóvidos del yugo de Apis y las flechas de Cupido, bajonazos más traicioneros. Hay unas tres mil religiones en los Estados Unidos, a pesar de que en las estadísticas no figuran más que 256. Cualquier pueblo de cinco o seis mil habitantes cuenta con 38 iglesias, desde las que operan un centenar de córvidos, con un agarre que ni el dragón del Apocalipsis (capítulo XIII). Y bien: a toda esta caballería de misa y triduo les llenan la olla las mujeres, a cambio de que ellos les pongan a ellas a hervir la otra olla.

El mejor oficio, no calentarse el lomo. — A demócratas y republicanos — los mismos perros con placa y trabuco distintos — les tira la reacción más que la taberna y el convolar a justas nupcias con disolución a 30 días toque. Inmigrante español, que a nado llega a Filadelfia o a Nueva Orleans, sin documento posible, y huyendo de los mondongos de Franco, lo echan de nuevo al agua. Si se lo comen los tiburones, mejor. ¡Un rojo menos! En cambio, los nazis achicharradores de judíos cuentan desde luego con todas las sonrisas oficiales: « ¿German? ». « Ya, yes ». « Come in, my dear ». Ser policía en la Unión de los qué barras, es tan relindo como ir a pescar cámbaro y sacarse en la punta del anzuelo la mitra de Trajanópolis. Se calcula en 40 millones de familias norteamericanas — toda la Nación laborante — no emponchan más de 150 dólares de ingreso al mes; o sea, 100 menos de los que se necesitan para no vivir con la cuerda al cuello. Pues bien: cada agente del tifus, vulgo autoridad, devenga 12 dólares diarios por 9 horas de jornada, pasadas en la cántina, dejándose convidar por tahuces y pellejas. No se fatigan así más que cinco días a la semana. Y disfrutan al año de dos meses de vacación pagada. Las horas extras — pan nuestro de cada día — las cobran doble. ¡Y que vengan huelgas y gangsters políticos o de Chicago, a hacerles la cusca! A los 25 años de derrengamiento en bares y pellejerías, los retiran con todos los honores y honorarios. Y gozan de preferencia en Bancos y factajes, para empleos de cobrar por lucir gaya patilla. Pero, aún es prebenda con más magro y gordo la de sorche. Los que hacen el conquistador a lo tenorio por Europa, perciben los que menos 100 dólares cada trenteneta, con todos los gastos cubiertos. Rosbif de falda tienen gratis el que quieren. Alguna gatita de ésas que maullan cuando oyen decir «miss, miss», escupe en la cara o arrea un bofetón de cuello vuelto al que la palpa sin las licencias del Ordinario. A la mayoría las doblega y las hace capitular como a Madrid la conjuración del mundo entero contra su virtud: hambre, desnudez, etc. Muchos héroes de la liberación de Europa volvieron a sus lares, sin haber oído un tiro; y con 30 mil dólares ahorrados o raziados, en la cartera. El Estado sintético — e plúribus unum — regaló dos mil lincolns a cada fierabrás de pacotilla. Y cada uno de los Estados de la cuadrilla hizo a sus boys obsequios semejantes. En espera de otro alburito tan desopilante, los desmovilizados, ex combatientes efectivos o supósitos, se han afiliado a la Legión Americana, patota de talle o tipo fascista, que no dejó hablar en público a Wallace y que, so pretexto de cerrar el paso al comunismo, corta la

El conocedor de todas las lenguas se marchó, sin tiempo, al cuchitril en que vivía, lleno todo él de libros : su fortuna. Ni para comer, el día que nada tenía que comer, imaginaba desprenderse de uno.

ERASE un editor al que las pocas letras no impidieron, más bien facilitaron, amontonar fortuna cuantiosa. Había llegado a la ciudad no sabía cuándo, cómo, ni dónde. Sin oficio ni profesión, se puso a vender libros por los cafés y otros lugares públicos : libros que mostraba y libros que no mostraba sino a escondidas. Más aceptados éstos que aquéllos en los cafés, y otros lugares públicos, no importa dónde.

El peligro, no grande, pero peligro, que había corrido con los libros vendidos a escondidas, le apartó más tarde de dedicarse a editarlos, aunque ningunos habría editado con más gusto, seguro de su rendimiento. Por fortuna, había entre los otros muchos que también se vendían, y no un día sí, y al siguiente no : todos los días. En cuanto reunió unos pocos ahorros — era muy económico — editó uno de aquellos libros por su cuenta. ¿Para qué dar a otros dinero que él podía ganar?

El libro, con cubierta digna del texto — una mujer que desesperada se lanzaba en los brazos de un hombre — se vendió más que antes. Pronto editó otro, de texto parecido y cubierta parecida, y pronto otros y otros. Así había llegado a tener el catálogo más nutrido del país, y a ser el editor más popular del país.



respiración a toda tendencia libre. Hace poco celebró la Legión un Congreso en New York. Gran parte de los legionarios, hospedados en un hotel de Broadway o su cintura, hicieron en las orgías nocturnas en que velaban las armas, destrozos de vajilla y de muebles por valor de 45 mil dólares. Cuando a esos peludos los inspiraba el espíritu santo del whisky, no podía aventurarse nadie por las cercanías, porque de ventanas y balcones llovían botellas, cubetas de hielo y platos de salsa; y hasta bidets, gomas usadas y caperuzas de todo género de puputs.

ANGEL SAMBLANCAT

VERSIONES

por DENIS

EL

Nunca tuvo trato con los autores, salvo con los que le pagaban por editar sus libros : libros que no se vendían, pero que le importaba poco, puesto que se los habían pagado, que no se vendieran. Los autores de los otros, de los que se vendían, era una casualidad, pero todos hacía tiempo que habían muerto. Una pejuquera menos, porque sin duda no habría logrado entenderse con ellos : habrían querido compartir con él un dinero que sólo él ganaba.

Sus luchas con los traductores, con los cuales si se vió obligado a tratar, se lo mostraban. Ponían en la lengua del país libros que les gustaban, que era para ellos un placer traducir, y encima querían cobrar. Y no cualquier cosa, cantidades fabulosas : como si hubieran realizado un trabajo, como si no hubiera sido, lo hecho por ellos, un entretenimiento, un puro entretenimiento.

Sin el apremio en que se veía de aceptar sus traducciones, los habría mandado a paseo. Si, señor, a paseo : hombres sin maneras, que parecía mentira tuvieran conocimiento de otras lenguas. No podía mandarlos a paseo. Había publicado ya todo cuantos otros, muertos como los autores, habían traducido. O tenía que dejar de editar, o contentarse con las reediciones de lo ya editado, o tenía que afrontar la lucha con ellos. Era preferible afrontar la lucha, con todos los disgustos que le proporcionaba. El público estaba allí, consumiendo todos los géneros — los llamaba así — que ponía a la venta.

Acabó por encontrar modo de salvarse de los disgustos de la lucha, constantes, constantes. Buscó un director, sin otra misión que la de entenderse con los traductores. No su doble, pero casi su doble. Con tan pocas letras como él, y con juicio semejante al suyo sobre los traductores, sobre quienes querían cobrar como un trabajo cosa que no era sino un pasatiempo.

Entre los innumerables libros que había publicado el editor, figuraba uno que se vendía tanto como el que más, y que era reeditado tres o cuatro veces por año. El libro, que trataba de la mujer a través de los tiempos, razón de que vendiera tanto, no sin duda de que se leyera, porque era ilegible, tenía diez o quince veces más notas que texto. Y con las diferentes ediciones, en ningún

Los hombres se asocian para persuadirse y convencerse, no para imponerse ni vencer.

Vencer por votos o por agotamiento físico es indigno de una asociación de trabajadores.

El objeto más importante de una organización libre es la defensa de las libertades individuales.

EDITOR

modo cuidadas — no valía la pena cuidar ninguna, a juicio del editor — una línea que pertenecía allá aparecía aquí, otras se habían perdido y no habían sido sustituidas, otras, en fin, habían ido a parar a las notas desde el texto, que se había quedado simplemente sin ellas, sin perder nada. Con el trastoque de las lienas de las notas, por otra parte, citas de Luciano aparecían como de San Agustín, citas de Tolstoi como de Aristóteles, y citas de Aristóteles como de cualquier novelista conemporáneo del autor, nada exigente en su investigación, y que había amontonado al pie de las páginas de su libro todo lo que le había caído en las manos.

Algunos lectores, algunos de los raros lectores que habían hojeado semejante libraco, se habían quejado ya del maremagnum que eran sus notas. Y precisamente el día que el director — el hombre en quien había descargado el editor la tarea de luchar con los traductores — acababa de leer la protesta indignada de uno de los raros lectores del libraco, un traductor le presentó a un amigo que buscaba trabajo.

Extraño tipo el amigo del traductor. Salido de quién sabe qué tiempos. Desde la niñez no le había llamado la atención otro estudio que el de las lenguas, y las había aprendido todas: las muertas y las vivas. Y con todas las lenguas, las muertas y las vivas, a cuestras, se iba muchos días a dormir sin haber abierto la boca para llevar a ella un pedazo de pan. No tendría que haber aprendido sino unas cuantas palabras de cada una para ganarse bien la vida en cualquier menester. Tenía — ya se ha dicho que hombre salido de no se sabe qué tiempos — horror a todo menester ajeno a las letras. ¡Pobrecillo, pobrecillo!

— Viene usted de perilla — le dijo el director —. Tenemos aquí un libro, que no se vende mal, y en el que, al parecer, se han deslizado algunos errores. Reviselo usted, ponga las cosas en orden, y ya encontraremos después otra cosa. Se ha abierto usted una puerta.

Entregó al protegido — no otra cosa que un protegido — un ejemplar del libraco, y le explicó, rápidamente, el trabajo que de él esperaba. No gran cosa, desde luego. Con una simple lectura notaría dónde faltaba algo, y dónde sobraba.

El verdadero papel de una asociación consiste en defender y proteger, con toda su fuerza colectiva, la persona y la personalidad de cada uno de sus miembros, sin que en ningún caso quede mermada ni la una ni la otra, pues el individuo permanece tan libre como antes de coger un carnet.

El conocedor de todas las lenguas se marchó, sin tiempo, al cuchitril en que vivía, lleno todo él de libros: su fortuna. Ni para comer, el día que nada tenía que comer, imaginaba desprenderse de uno.

Comenzó, sin tardanza, su tarea. Nada fácil. Apenas había nota que no tuviera que traducir de nuevo. El autor de la investigación sobre la mujer a través de los tiempos, que no había investigado nada, las había cogido imposible averiguar dónde. El texto mismo no era en gran parte suyo, aunque no lo decía. Daba como suyos fragmentos ajenos, que perdían toda su gracia manipulados por él, metidos entre su prosa, que no era ni prosa: amontonamiento de palabras entre el que las palabras que nacieron con vida la habían perdido.

No se atrevió a tocar el texto, salvó donde faltaban líneas. Procuró allí enlazar lo roto, esforzándose en no salir de la vulgaridad general. Con las notas fué otra cosa. Desde la primera a la última — tenía los textos a la mano, en su lengua original, y cuando no iba a buscarlos a las bibliotecas — las redactó de nuevo: hizo decir a los autores, en la lengua del país, aquello que decían en la suya. Consultando, sí, cómo los habían traducido otros, salvando, por cómo los habían traducido otros, algunas dificultades. No siempre su interpretación era la exacta. No siempre otras — lo comprendo —, eran tan exactas como la suya.

Le ocupó ese trabajo, gozosamente, unos cuantos meses. Durante los cuales vivió no habría sabido decir cómo. Muchos, muchos días como cuando no trabajaba: sin comer. Ya comería después. Ir a pedir dinero, un poco de dinero, a cuenta de su trabajo, no, no, en modo alguno. El director había sido amable, muy amable para él. Tal vez pedirle dinero acabara con su amabilidad.

Terminada, al fin, su tarea, se encaminó, satisfecho de ella, a entregarla. No estaba el director. Le recibió el editor, para quien era desconocido, y al que tampoco él conocía y que, creyéndole un traductor nuevo — un enemigo —, le preguntó:

— ¿Qué trae usted aquí?

Explicó, el conocedor de todas las lenguas, qué llevaba.

— ¡Trabajo inútil, trabajo inútil! — dijo el editor.

Y sin dejar al que había trabajado inútilmente decir nada, concluyó:

— Ese libro se vende muy bien tal como está.



Hombre y mujer

ES un hecho reconocido que la diferencia entre los hombres y las mujeres en lo físico no es igualmente marcada en todas las razas. Esa diferencia es más grande, por ejemplo, en las razas barbudas que en las razas imberbes. En las tribus de la América del Sur, el hombre y la mujer tienen una semejanza general en las formas, etc., que deja atrás lo que se ve de ordinario en otras partes. De donde una cuestión que se presenta por sí misma: La diferencia de los sexos en cuanto al carácter mental, ¿es constante, o variable en grado? No es verosímil que sea constante; desde entonces ¿cuál es la extensión de la variación y bajo qué condiciones se produce?

La comparación entre los sexos puede naturalmente subdividirse de la misma manera que la comparación entre las razas. Ante todo, habrá que considerar la masa y la complejidad mental relativa. Si se admite que la distribución muy desigual entre los dos sexos de la tarea en la obra común de la reproducción es la causa de su desemejanza en cuanto a la masa mental, como en cuanto a lo físico, se podrá estudiar esta diferencia refiriéndose a las diferencias de fecundidad de las diversas razas, a las diversas edades en que la fecundidad comienza a la extensión del tiempo que dura.

Esta cuestión apela otra, que es vecina suya: ¿En qué medida el desenvolvimiento del espíritu en los dos sexos recibe una influencia de sus costumbres respectivas de alimento y de actividad física? En muchas razas inferiores, la mujer, tratada con extrema brutalidad, es en lo físico muy inferior al hombre: la causa de ello está sin duda a la vez en el exceso de trabajo y la falta de alimento. Esta causa ¿no produce al mismo tiempo una interrupción en el desenvolvimiento mental?

Si la desemejanza física y men-

tal de los dos sexos no es constante, entonces, suponiendo que todas las razas son ramas sólidas de un mismo tronco primitivo, es preciso que en cada sexo las diferencias se hayan transmitido a través de las generaciones acumulándose. Si, por ejemplo, el hombre prehistórico fué imberbe, entonces, para que una variedad de hombres provistos de barba se produjese, ha sido preciso que en esta variedad los varones transmitían a sus descendientes del mismo sexo una barba cada vez más abundante. Si la herencia puede así ser limitada a un sexo, y tenemos ejemplos numerosos de ello en todo el reino animal, el hecho puede perfectamente suceder en cuanto a las disposiciones del cerebro, lo mismo que en cuanto a las de otros órganos. De donde esta cuestión: En los diversos tipos de la humanidad, las diferencias de los sexos en cuanto al carácter mental ¿no pueden ser de géneros y grados diversos?

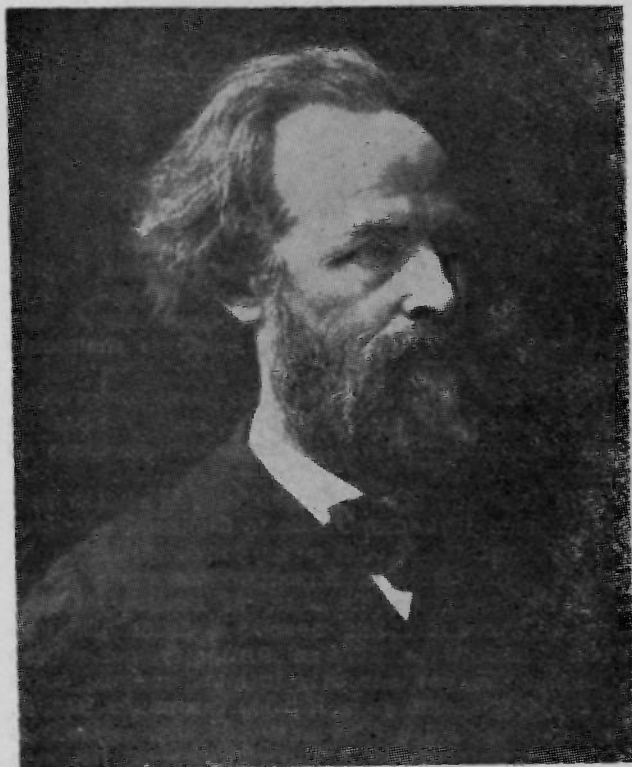
¿Se puede observar alguna relación entre esas diferencias variables y las partes variables que los dos sexos pueden tomar en los trabajos de la vida? Admitamos que los efectos de la costumbre sobre la función y la estructura del órgano se acumulen, que la herencia sea limitada por el sexo; en ese caso, si, en una sociedad dada, los actos de un sexo difieren, durante largas generaciones, de los actos del otro, el espíritu de cada sexo, debe esperarse, sufrirá una acomodación propia. Se pueden citar algunos ejemplos en apoyo. Entre los africanos de Loango y de otras comarcas, como también entre algunas tribus montañosas de la India, hay una diferencia radical entre el hombre y la mujer: él es blando, ella activa: sin duda una vida industriosa ha llegado a ser tan natural a las mujeres, que no tienen necesidad de ser obligadas a ella. Evidentemente, tales hechos ha-

cen venir a la mente toda una larga serie de cuestiones. La limitación de la herencia a un solo sexo puede explicar las diferencias que separan el espíritu del hombre del de la mujer en todas las razas, y las diferencias particulares de cada raza o de cada sociedad. Un problema secundario, pero digno de interés, sería saber en qué medida esas diferencias pueden ser invertidas por la inversión de las relaciones sociales y domésticas, tal como se observa entre las tribus montañosas de los Khasi, donde las mujeres tienen hasta tal punto vara alta que despiden de manera expeditiva a sus maridos si las desagradan.

Como se comparan las razas, del mismo modo se pueden comparar los sexos en cada raza, en lo que concierne a la agilidad mental. ¿Se puede erigir en verdad absoluta la proposición, que parece en general cierta, de que las mujeres son menos capaces de modificaciones, y los hombres más? Las mujeres tienen más el espíritu conservador; están más fuertemente unidas a las ideas y a los usos establecidos: eso es lo que se ve claramente en muchas sociedades civilizadas o semicivilizadas. ¿Sucede lo mismo entre los salvajes? Un ejemplo curioso, en el que se ve cuán más apegadas están las mujeres a la costumbre que los hombres, es el que Dalton ha recogido en los juangos, una de las más bajas entre las tribus salvajes de Bengala. Hasta estos últimos tiempos, el único vestido para los dos sexos era en ellos un poco más ligero que el vestido atribuido por la leyenda hebrea a Adán y Eva. Hace algunos años, los hombres se dejaron persuadir a ponerse una faja de tela alrededor de los riñones; pero las mujeres sostienen con tesón el uso primitivo: ¿se habría esperado ver el espíritu de conservación manifestarse así?

HERBERT SPENCER

ELISEO RECLUS Y MIGUEL BAKUNIN

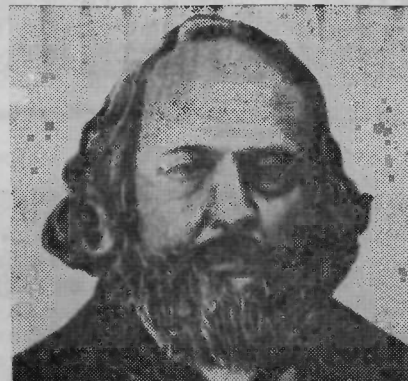


SE conocían los dos muy bien, como hombres y como anarquistas, aunque no llegaron a una completa y práctica cooperación. Entre la joven generación revolucionaria que Bakunin, después de doce años de ausencia en la prisión y en el exilio (1849-61), trató de ganar para sus ideas y coordinar como un sólido cuerpo revolucionario, los hermanos Elías y Eliseo Reclus de París no escaparon a su perspicaz atención. Además Elías Reclus y Bakunin tenían algunos comunes amigos poloneses y a través de éstos los tres se encontraron cuando en noviembre de 1864 Bakunin retornó de Estocolmo y Londres a Italia. Había entonces planeado y empezado a formar una sociedad secreta que, como podemos ver en documentos escritos en 1866 se llamaba la *Société internationale révolutionnaire* y que, desde que sus activos miembros se llamaban *Frères internationaux*, pronto fue denominada la *Fraternité internationale*. Tenían la intención de dar a la próxima revolución que el ocaso de la autocracia de Napoleón III aparecía hacer inminente e inevitable, un carácter social revolucionario, destructora del Estado y bien guardada contra los peligros que hicieron de pre-

vias revoluciones, dictaduras, exclusivas explotaciones de intereses burgueses, etc. Europa sería reconstruida sobre la base de la autonomía local y la federación, sin respeto por las presentes fronteras de los Estados; el trabajo sería distribuido por la más amplia aplicación del principio de la asociación; el privilegio sería abolido mediante la supresión del derecho de herencia; toda propiedad de alguna importancia resultante de la muerte de su actual propietario sería vertida a un fondo para la educación, instrucción y aprendizaje de todos los niños, de manera a dar en el marco de una generación iguales posibilidades para todos. Estas ideas y su correspondiente acción revolucionaria, en donde fuera posible, se realizarían mediante grupos y sociedades de todas clases que serían formadas secretamente y su acción coordinada, controlada e inspirada en un sentido completamente revolucionario por las hermandades nacionales e internacionales. Elías y Eliseo Reclus aceptaron esta idea que en aquel tiempo, cuando Mazzini y Blanqui habían reunido a los nacionalistas de varios países y a los socialistas autoritarios de Francia en sociedades similares, representaba una idea muy práctica, concebida antes de que la Asociación Internacional de los Trabajadores fuera fundada. Eliseo Reclus hacía ya tiempo que era un anarquista de corazón y deseaba soportar todos los esfuerzos que se hiciesen en tal sentido; en aquel tiempo no existía ningún movimiento anarquista y el ensayo de Bakunin era lo primero que se hacía en dicha dirección. La erupción del Monte Etna, en la primavera de 1865, hizo que Eliseo viajara a Sicilia, describiendo este viaje en *La Sicile et l'Eruption de l'Etna en 1865, récit de voyage en La Tour du Monde*, el popular periódico geográfico, vol. III (1865), páginas 353-416 y en la *Revue des deux mondes*, 1 de julio de 1865, págs. 110-138. Fue entonces cuando se detuvo en Florencia para visitar a Bakunin y así se interiorizó más en el trabajo de la sociedad secreta, viendo a los miembros italianos de la localidad, entre ellos Angelo de Gubernatis que se casó con una conocida rusa de Bakunin y que por un corto período se interesó en estas ideas. Eliseo continuó su contacto con Bakunin por correspondencia, pero todas las cartas se han perdido.

Cuando el Congreso de Ginebra, que finalizó con la fundación de la *Liga de la Paz y la Libertad*, fue convocado el 11 de junio de 1867, los hermanos Reclus, como muchos otros, firmaron la primera lista de adherentes. Bakunin participó en el Congreso (septiembre de 1867), su primera aparición a lo que fue considerado como la primera convención de la democracia europea. Los dos Reclus eran activos en esta organización y Eliseo,

que asistió al segundo congreso, que tuvo lugar en Berna (septiembre de 1868), hizo un verdadero relato gráfico del trabajo interior de dicho congreso en una carta a su hermano impresa en la «Correspondencia», vol. I. La Liga, después de todo, fue esencialmente burguesa y Bakunin, con sus amigos, distanciaron sus contactos con ella al finalizar el Congreso de Berna, en donde Bakunin expuso sus ideas en un número de espléndidos discursos. Entre los 18 que firman la **Protesta colectiva de los miembros disidentes del Congreso**, estaban Bakunin, que la escribió, y los franceses Eliseo Reclus, Aristide Rey, Victor Jaclard, Carlos Keller, J. Bedouche, todos de París, y Alberto Richard, de Lyon. La mayoría de éstos y sus compañeros de otras nacionalidades fundaron entonces la **Alianza internacional de la democracia socialista**. Los que eran miembros del íntimo círculo de Bakunin, la **Fraternidad**, formaron una secreta organización por debajo de la nueva Alianza. Bakunin consideraba importantes tales arreglos con el fin de asegurar una cooperación puntual; Reclus era de quienes no se inmiscuían en el detalle de todo ese trabajo de organización. Por aquel tiempo tuvo lugar una revolución española, el destronamiento de Isabel, y Elías Reclus, que estaba en contacto con los republicanos, viajó a España junto con Aristide Rey, un socialista avanzado, pero no un hombre de acción. Las impresiones de Elías Reclus sobre España fueron impresas en la **Revue politique et littéraire** de París, en los meses siguientes. El más activo compañero italiano de Bakunin, Giuseppe Fanelli, también se trasladó a España con propósitos puramente revolucionarios: organizando allí las primeras secciones de la Internacional en Madrid y en Barcelona, seleccionando a los primeros iniciados también, impartiendo en ellos las ideas de Bakunin tan completamente, que, por cierto, la completa y amplia organización de la sección española de la Internacional fue construida como una secuela de esta iniciativa y en el espíritu de las ideas de Bakunin que también eran la de los italianos y de una parte de los internacionalistas suizos y franceses. No sabemos lo que Eliseo Reclus hubiera reaccionado ante tal situación, pero lo cierto es que Elías Reclus no estaba satisfecho con los procedimientos de Fanelli; encontrándose así cohibido ante sus amigos republicanos y resentido ante la acción consecuente de Fanelli que minaba la fe de todos los políticos, y, por lo tanto, también en los republicanos federalistas. Este hecho y la inevitable acción de Bakunin, además de su protesta literaria contra la sombra particular de socialismo propuesta en París por una señora socialista, Madame André-Leo, que era partidaria de ideas temporizadoras, en una social cooperación entre burgueses y obreros —esta señora que también era amiga de los Reclus—, causó más bien un profundo distanciamiento entre Bakunin y Elías, mientras que nunca tuvo diferencia alguna con Eliseo, al menos que yo sepa. Eliseo Reclus no se inclinó hacia ningún lado, respecto a Bakunin, amando a su hermano y, como aún no había pa-



sado por el acontecimiento de la Comuna de París y la crueldad de Versalles, probablemente se inclinó por las moderadas concepciones de su hermano más bien que por las perspectivas realmente revolucionarias de Bakunin.

Debe esto tenerse en cuenta para comprender las palabras de Bakunin sobre Eliseo y Elías en un manuscrito de 1871, tratando de las ideas de Mazzini:

«Ella (Madame André-Leo en una alocución pronunciada en 1871, después de la Comuna) aún cree en la reconciliación de la burguesía y del proletariado... No tengo el honor de conocerla personalmente, pero, no obstante, sé mucho de ella, primero por sus bellas novelas sociales que han hecho famoso su nombre en Europa, y, por último y sobre todo, por sus más íntimos amigos, entre los cuales mencionaré a los dos hermanos Reclus, dos hombres de estudio y al mismo tiempo los más nobles, desinteresados y puros hombres, los más religiosamente dedicados a sus principios que he encontrado en mi vida. Si Mazzini los hubiera conocido como yo los conozco, tal vez se hubiera convencido de que se puede ser profundamente religioso, a la vez que se profesa el ateísmo. No son hombres que llevan el sentido del deber hasta su punto culminante y, sin embargo, han cumplido su deber hasta el fin. Los dos lucharon en la Comuna. No sé lo que ha sido del mayor, pero sé que el segundo (Eliseo) está en Brest en un barco-cárcel, con miles de guardias nacionales prisioneros como él, a los que consuela con su siempre serena inteligencia, su amor sin límites y su admirable fuerza moral.»

«En los principios siempre estuvimos unidos a menudo, pero casi siempre separados en la cuestión de la realización de dichos principios. También ellos, como su señora amiga, creían, al menos hicieron tal cosa hace dos años, en la posibilidad de la conciliación de los intereses de la burguesía con las legítimas reivindicaciones del proletariado. También creían, como Mazzini, que el proletariado debería unir sus esfuerzos con la burguesía radical para el logro de una revolución que primero sería exclusivamente política, de manera a proceder luego con la ayuda de la misma bur-

guesia a las reformas económicas y sociales.»

«Ellos, antes que nada me enseñaron a conocer a Madame André-Leo, su amiga...»

Naturalmente, sería necesario diferenciar las ideas de Elías, Eliseo y Madame André-Leo, que no eran del todo idénticas, pero el pasaje citado enseña, después de todo, las profundas impresiones del carácter de los dos hermanos que hicieron mella en Bahunin: a muy pocos seres elogió con similar alabanza.

El Diario de Bakunin de 1872 anota cómo se encontraron de nuevo. El 11 de abril en Locarno: inesperada llegada de Eliseo Reclus; el 13, carta a Eliseo Reclus incluyendo cartas para los internacionales de Milán; el 18, Bakunin y Fanelli viajaron por el lago Maggiore hasta Luino, y de aquí hasta Lugano, en donde pasaron el día entero con Reclus que a la sazón residía allí; el 2 y el 3 de mayo: se intercambian cartas y Eliseo envía té a Bakunin; otra correspondencia los días 17 y 18 de mayo, el 1 y el 4 de junio, y el 3 y el 6 de noviembre. En Zurich, Bakunin visita a Elías Reclus (el 7 de julio y el 11 de octubre). Eliseo visita a Bakunin en diciembre de 1872, en Locarno; en una carta a Luis Pindy, un miembro de la Comuna de París, Bakunin, cuyos Diarios ulteriores se han perdido, escribía el 11 de enero de 1873:

«Nosotros, y sobre todo yo, tenemos tan pocos amigos franceses. Usted, Alerini, Camet, he ahí todo nuestro círculo. ¡Ah! No debo olvidar a ese excelente Eliseo Reclus que vino a verme hace tres o cuatro semanas (el 17 y el 18 de diciembre), y con quien llegamos siempre a una mejor comprensión. Es el modelo de un hombre —tan puro, noble, sencillo, modesto y olvidadizo de sí mismo—. Tal vez no tiene todo el deseable **diable au corps** (expresión favorita de Bakunin para describir la ilimitada energía e iniciativa revolucionarias), pero ésto es un asunto de temperamento y «la más hermosa muchacha no puede dar más de lo que tiene» (proverbio francés). Es un amigo de valor, de lo más seguro, muy serio, enteramente sincero y completamente afecto a nuestra causa.»

Estas notas permitan también ver que Eliseo se mantenía distanciado del particular e interno movimiento, pero que gozaban, no obstante, del mayor respeto y simpatía de Bakunin. Cuando la segunda esposa de Eliseo Reclus, Madame Fanny Reclus, murió en Lugano, Bakunin envió la siguiente e inédita carta:

«Locarno, 19 de febrero de 1874.

Amigo mío: Qué terrible desgracia. En presencia de semejante catástrofe, no existe consuelo. La sola posible cosa es conformarse a esa fatalidad, hacer

lo que debe hacerse, hasta el amargo fin. Después de ésto existe una especie de dulzura en la simpatía de un pequeño número de amigos... eso es todo. Los asuntos públicos desde hace varios años, desde la caída de la Comuna de París, han dejado de ser una compensación, son un deber y uno de los más duros... ¿Cómo los pobres niños soportaron la muerte de su madre adoptiva? Afortunadamente usted no está solo —dos buenas almas cerca de usted comparten su tristeza.

Espero que me escriba pronto, soy afecto a usted con todo mi corazón.

Su abnegado, M. Bakunin.»

Cuando en el otoño de 1874, ahora retirado de la vida militante, se propuso escribir sus Memorias —una idea que comunicó a su viejo amigo ruso Ogárev (11 de noviembre de 1874)—, y de las cuales el fragmento «Historia de mi vida», relativo a su infancia, es tal vez la sola parte que se escribió; pidió a Reclus poner éste y otro libro en ciernes de Bakunin en buen francés, pues Bakunin ignoraba las exigencias de las proporciones literarias, y su francés, excelente como era, adolecía de italianismo aquí y allí, después de haber pasado diez años en lugares donde se hablaba italiano. Una carta de Reclus, escrita el 13 de diciembre de 1874, no fue recibida por Bakunin; cuando ésto se hizo evidente, Reclus volvió a escribir (La Tour 'de Peilz), en Clarens, Vaud, con fecha 8 de febrero de 1875; en esta carta asegura a Bakunin que «soy siempre vuestro sincero amigo e independiente hermano», encontrándose casi listo para revisar el manuscrito. «Espero con impaciencia sus «Memorias» y el «Estado de mis ideas». Trabaje, amigo mío, pues tendremos tiempo libre para trabajar. El desbordado río de la Revolución entra de nuevo en su cause sin haber causado muchos estragos.»

También dice más abajo:

«Debo decirle que no me siento enfadado por lo que ocurre en Francia, aludiendo a la incesante reacción de dicho periodo. La evolución que prosigue su camino, es una normal evolución. Es la burguesía en su estado abstracto, sin tegumentos exteriores, sin los viejos símbolos, la que reinará sobre nosotros. Darán de sí lo mejor que puedan en la medida de su verdadero valor. Pasaremos a través de días muy malos, pero al fin esta experiencia será conclusiva y completa.

Mis pequeñas muchachas, por cuya educación debo dejar Lugano, se están portando bien. Saludos para su esposa y amigos.

Su viejo compañero, Eliseo Reclus.»

(Continuará)

MAX NETTLAU

El pensamiento anarquista

Continuación

« La ambición y el desorden son males que los gobiernos introducen por vía directa sobre multitudes de hombres, a través de la acción de la presión material que ejercen. Pero hay otros males inherentes a la propia existencia de los gobiernos. En principio, el objeto del gobierno es la supresión de la violencia, interna o externa, que amenaza eventualmente el bienestar de la colectividad; pero los medios de que se vale constituyen de por sí una forma sistematizada de violencia » (26).

El mal lo lleva el gobierno en la base de su propia sangre. Como organismo tiende a desarrollarse y a dominar siempre más y esto siempre se lleva a cabo en proporción inversa a la felicidad del individuo : « El deseo de ganar más territorios, de someter o atemorizar a los Estados vecinos, de superarlos en las armas o en la industria, es deseo fundado en el error y el prejuicio. El poder no es la felicidad. La seguridad y la paz son bienes más deseables que una fama capaz de hacer temblar a las naciones. Los hombres somos hermanos. Nos asociamos a través de distintas regiones y latitudes porque la asociación es necesaria para nuestra tranquilidad interna o para defendernos contra el brutal ataque de un enemigo común. Pero la rivalidad entre las naciones es creada por la imaginación. Si la riqueza es nuestra finalidad, ella sólo puede ser conseguida por el comercio. Cuanto mayor sea la capacidad de compra de nuestro vecino, mayor será nuestra oportunidad de vender. En la prosperidad común está el común interés » (27).

« Todos los males comprendidos en la idea abstracta de gobierno, se agravan en relación directa con la magnitud de la zona en que ejercen su jurisdicción y disminuyen proporcionalmente en el sentido opuesto... Las conmociones populares, por otra parte, capaces, como las olas del mar, de producir los más tremendos efectos cuando se manifiestan sobre una extensa superficie, son suaves e inocuos cuando se circunscriben dentro de un humilde lago. La sobriedad y la equidad son propias de los círculos limitados » (28).

La crítica negativa de Godwin empieza a perfilar su deseo constructivo. Sus manifestaciones tienden a una sociedad que esté estructurada a base de reducidos núcleos. El peligro, para Godwin, está en la inmensidad y en los grandes Estados. Su perenne punto de mira es el hombre como in-

dividuo y teme que se convierta en engranaje minúsculo del gran aparato estatal en detrimento de su personalidad y su integridad moral.

No podemos perder de vista que Godwin persigue, por encima de todas las cosas, el bien común, pero no en la forma abstracta que proyecta un Estado próspero en riquezas. El bien común, tal como lo concibe nuestro filósofo es la suma de las felicidades individuales y la prosperidad económica pasa a condición secundaria.

Por ende, considera Godwin : « Las instituciones que la humanidad adoptara en una etapa futura de su progreso, asumirán probablemente formas similares en los diversos países, pues nuestras facultades y nuestras necesidades son semejantes. Pero ha de prevalecer sin duda el sistema de núcleos políticos autónomos, con autoridad sobre pequeñas extensiones territoriales; esto ha de permitir a los habitantes de las mismas decidir mejor las cuestiones que les afectan, puesto que conocen mejor sus comunes necesidades. Ninguna razón aboga en favor de una vasta unidad política, salvo la de la seguridad externa » (29).

Lentamente Godwin va descartando leyes, propiedad privada, guerras, religiones hasta presentarnos su ideal sin gobierno : « He ahí la más espléndida etapa del progreso humano. Con qué deleite ha de mirar hacia adelante todo amigo bien informado de la humanidad, para avizorar el glorioso momento que señala la disolución del gobierno político, el fin de ese bárbaro instrumento de depravación, cuyos infinitos males, incorporados a su propia esencia, sólo pueden eliminarse mediante su completa destrucción » (30). Lo descarta todo previo análisis que sus resabios puritanos no permiten que sea excesivamente objetivo bien, y pese a este mismo puritanismo, no está exento de originalidad.

Para negar el Estado era de rigurosa secuencia atacar los puntos de apoyo que lo sostienen y la piqueta de Godwin lo lleva a cabo con empeño encomiable. La propiedad se ve atacada desde las primeras páginas del libro : « Dos de los más grandes abusos relativos a la política interior de las naciones que prevalecen en esta época en el mundo se admitirá que consisten en el traspaso irregular de la propiedad, primero por la violencia y, en segundo lugar, por el engaño ». « En tal caso ha de observarse primero que en los Estados más cultos de Europa se ha elevado a una altura alarmante la desigualdad de la propiedad » y a

(26) Op. cit. pág. 250.

(27) Op. cit. pág. 248.

(28) Op. cit. pág. 250.

(29) Op. cit. pág. 250.

(30) Op. cit. pág. 258.

este estado de cosas conducen : « En primer lugar, la legislación... en general favorecedora del rico contra el pobre », ya que « el robo y otras ofensas, que la parte rica de la sociedad no siente ninguna tentación de cometer, son tratados como crímenes capitales y acompañados de los castigos más rigurosos, a menudo los más inhumanos. Los ricos son alentados a asociarse para la ejecución de las leyes más parciales y opresivas. Los monopolios y las patentes son dispensados pródigamente a los que puedan comprarlos; mientras tanto la política más vigilante es empleada para impedir las combinaciones de los pobres a fin de fijar el valor del trabajo, privándoles del beneficio de la prudencia y del juicio que elegiría la escena de su industria » (31).

Igualmente censura al que hereda la riqueza como al que la consigue directamente. Del primero afirma que es « despreciable el motivo del aplauso de que es objeto el hombre rico. **Aplaudidme porque mi antepasado me legó una vasta propiedad**, parece decir su ostentación... ¿Pero qué mérito hay en ello? », del segundo dirá que « el que haya ascendido de la miseria hasta la opulencia, debió emplear medios que no hablarán muy bien en favor de su honestidad. El hombre más activo e industrioso, logra con grandes esfuerzos resguardar a los suyos de los rigores del hambre » (32).

En la propiedad ve Godwin un motivo del crimen, el mayor motivo : « La fuente más proficua del crimen reside en el hecho de que unos hombres posean en exceso aquello de que otros carecen en absoluto », pero enemigo hasta el fin de la violencia se dirigirá a los ricos para que razonen y cedan buenamente evitando el derramamiento de sangre : « De la actitud de esta clase (la rica) depende sin duda que el futuro de la humanidad sea de tranquilidad o de violencia. Nos dirigiremos a ellos en los siguientes términos : « Es vana vuestra pretensión de luchar contra la verdad. Vale tanto como la de detener los desbordes del océano con vuestras solas manos. Ceded a tiempo. Buscad vuestra seguridad en la contemporización. Si no queréis aceptar los dictados de la justicia política, ceded, al menos, ante un enemigo al que jamás podréis vencer. Muchísimo depende de vosotros. Si sois juiciosos y prudentes, si queréis salvar vuestra vida y vuestro bienestar personal del naufragio del privilegio y la injusticia, tratad de no irritar ni desafiar al pueblo » (33).

También en lo que a la religión concierne Godwin se extiende sobre un tema que le afectó de muy cerca en su infancia y en sus años mozos. La frase con la que remata el segundo capítulo del libro sexto es lapidaria : « Constituye un sacrilegio creer que Dios necesita la alianza del Estado. Debe ser una fe en sumo grado falsa y artificiosa, aquella que necesita, para subsistir, la desgraciada intervención del poder público ». Y más adelante añadirá : « En realidad las religiones constituyen siempre una componenda con los prejuicios

y las debilidades de los hombres. Los creadores de religiones hablaron al mundo en el lenguaje que éste quería escuchar. Pero ya es tiempo de que dejemos las enseñanzas que son convenientes para mentalidades pueriles y de que estudiemos los principios y la naturaleza de las cosas » (34).

La propia institución del matrimonio recibe los dardos de la crítica godwiniana cuando con motivo de tratar el problema de la convivencia roza el tema : « La convivencia permanente no sólo es repudiable porque traba el libre desarrollo del intelecto, sino además, porque es incompatible con las tendencias y las imperfecciones del ser humano. Es absurdo esperar que las propensiones y los deseos de dos personas han de coincidir por tiempo indefinido. Obligarles a vivir siempre juntos equivale a condenarlos a una vida de eternas disputas, rozamientos y desdichas. No puede ocurrir de otro modo, desde que estamos muy lejos de la perfección. La creencia de que una persona necesita compañero vitalicio, se funda en un conjunto de errores. Es fruto de las sugerencias de la cobardía. Surge del deseo de ser amados y estimados por méritos que no poseemos »; « la institución del matrimonio constituye, pues, una forma de fraude permanente » (35).

Nada de violencia, lo hemos visto en diferentes partes de las citas. Godwin sólo confía en la razón, en la educación : « No hay modo eficaz de promover el mejoramiento de las instituciones de un pueblo si no es a través de la ilustración. El que trate de afianzar la autoridad sobre la fuerza y no sobre la razón, podrá ser animado por la intención de hacer un bien, pero en realidad cometerá el mayor daño » (36).

« El pensamiento engendra el pensamiento. Nada puede detener los progresivos avances del espíritu, salvo la opresión. Pero en el régimen que vislumbramos, cada ser humano, lejos de ser oprimido, se sentirá libre, independiente e igual a cualquiera de sus semejantes. Se ha observado que la fundación de una república da lugar a un gran entusiasmo popular y a un irresistible espíritu de iniciativa. Siendo la igualdad la esencia del republicanismo, ¿puede creerse que su influencia será menos eficaz? Es verdad que tarde o temprano este espíritu decae o languidece. El republicanismo no es un remedio que ataque las raíces del mal. La injusticia, la opresión y la miseria pueden hallar refugio bajo la República, pese a su feliz apariencia. ¿Pero qué detendrá el afán de superación y progreso, allí donde el monopolio de la propiedad sea desconocido? Este argumento adquirirá mayor fuerza si reflexionamos acerca de la cantidad de trabajo que será necesario realizar bajo un régimen de propiedad igualitaria. ¿Cuál será la magnitud de los esfuerzos que se supone querrán rehuir muchos integrantes de la sociedad? Se tratará, en conjunto, de una carga tan leve que tendrá la apariencia de un agradable es-

(31) Op. cit. págs. 39-41.

(32) Op. cit. pág. 368.

(33) Op. cit. pág. 411.

(34) Op. cit. pág. 370.

(35) Op. cit. pág. 399.

(36) Op. cit. pág. 246.

parcimiento o de un saludable ejercicio más que de verdadero trabajo. En tal comunidad nadie pretenderá excluirse del deber de realizar un trabajo manual, alegando razones de privilegio o de vocación. No habrá ricos que se tiendan en la indolencia, para engordar a costa del esfuerzo de sus semejantes. El matemático, el poeta, el filósofo, derivarán nuevos estímulos de su trabajo material, que les hará sentir más profundamente su condición de hombres. » Godwin abandona el cálculo frío de las latitudes inglesas y se deja llevar por el entusiasmo que despierta en él la visión de una sociedad futura donde reina la igualdad y « donde no habrá personas ocupadas en manejar los diversos rodajes de la complicada máquina del gobierno; no habrá recaudadores de impuestos, ni alguaciles, ni aduaneros, ni funcionarios o empleados de otra categoría. No habrá ejércitos ni armadas, no habrá cortesanos ni lacayos. Los oficios innecesarios son los que actualmente absorben la actividad de la mayor parte de los habitantes de toda nación civilizada... » (37).

Godwin teme, de las utopías que él conoce, la fase que pone de relieve un sistema semi cuartelario. Por ello trata de descartarlo de su sistema de **propiedad igualitaria**: « No hay necesidad de trabajo en común, ni de comidas en común, ni de almacenes comunes. Estos son métodos erróneos, destinados a costear la conducta humana, sin atraer los espíritus. Si no podemos ganar el corazón de las gentes en favor de nuestra causa, no esperemos nada de las leyes compulsivas. Si podemos ganarlo, las leyes están demás. Ese método compulsivo armonizaba con la constitución militar de Esparta, pero es absolutamente indigno de personas que sólo se guían por los principios de la razón y de la justicia. Guardáos de reducir a los hombres a la condición de máquinas. Haced que sólo se gobiernen por su voluntad y sus convicciones » (38).

Kropotkin estaba en lo cierto: la obra de Godwin contenía una exposición completa y sincera del ideario anarquista. Su esfuerzo, sin embargo, fue de poco provecho. Los teóricos del anarquismo del siglo XIX, muy probablemente, aparte el propio Kropotkin, no llegaron a conocerlo.

Por estas paradojas de la historia, la persona que más directamente sufrió la influencia de William Godwin fue, muy posiblemente, Robert Owen quien, de acuerdo con el biógrafo de Godwin, George Woodcock, puede haber inculcado a su vez, el godwinismo en Proudhon cuando ambos tuvieron ocasión de verse en París. « La teoría de cooperación de Owen — dirá Woodcock — convirtiós, muchos años después, en el complemento de la libertad individual en la que insistía Godwin y que el comunismo anarquista impulsó hacia adelante a través de Kropotkin y de Elíseo Reclus » (39).

(37) Op. cit. pág. 384.

(38) Op. cit. pág. 395.

(39) George Woodcock. — William Godwin», pág. 249. The Porcupine Press. — Londres, 1946.

Cuando Godwin muere el 7 de abril de 1836 pesa ya sobre él una confabulación del olvido que se entreabrirá un momento para permitir al « Gentleman's Magazine » un párrafo insultante: « Habría sido mejor para la humanidad el que este hombre no hubiera existido jamás. »

EL ANARQUISMO

PROUDHON

CAPITULO IV

Nuestro capítulo anterior termina con una cita que hace George Woodcock en la biografía que le dedica a William Godwin. Es el mismo Woodcock quien nos ayuda a iniciar este nuevo capítulo cuando reconoce que: «El pensador social de quien arranca el movimiento libertario fue Pedro José Proudhon quien marcó la distinción en el pensamiento libertario y político muy claramente, cuando dijo:

«Todos los partidos sin excepción, en tanto que deseosos de lograr el poder, son variedades de absolutismo, y no habrá libertad para los ciudadanos, ni orden para las sociedades, ni unión entre los trabajadores hasta que en el catecismo político, el renunciamiento a la autoridad haya remplazado a la fe en la autoridad. No más partidos, no más autoridad, absoluta libertad del hombre y del ciudadano. Esta es mi confesión de fe política y social.» (1).

Ya en las primeras páginas de este ensayo hemos tenido ocasión de citar el pasaje de Proudhon en «Qu'est-ce que la Propriété», donde nuestro filósofo se proclama abiertamente anarquista en 1840. Después de Godwin, pues, cuarenta y siete años fueron necesarios para que el ideal anárquico irrumpiera decididamente en el campo social. Tuvo que pasar la Convención, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Restauración, la Nueva Carta, Luis Felipe, en fin, para que el despunte del pensamiento social empezara a perfilarse de nuevo en Francia.

Tocaba a Proudhon el dejar la timidez que aún se manifiesta en Godwin y declarar abiertamente que: «La política es la ciencia de la libertad: el gobierno del hombre por el hombre, bajo no importa que nombre se disface, es la opresión; la más alta perfección de la sociedad se encuentra en la unión del orden y de la anarquía» (2), pensamiento precursor del que, medio siglo más tarde, nos legara Elíseo Reclus: «La Anarquía es la más alta expresión del orden.»

A partir de Proudhon, la concepción de un régimen que elimine la presencia del Estado y abogue por un máximo de libertad, tiene ya un nombre: el anarquismo, y si bien Proudhon, preso del ambiente y la costumbre, dejará escapar alguna que

(1) George Woodcock: «William Godwin». Pág. 253-4. The Porcupine Presse. Londres, 1946.

(2) P. J. Proudhon: «Qu'est-ce que la Propriété». Página 346. Marcel Rivière. Paris, 1926. Proudhon hará un hincapié permanente en el asociar el orden y la anarquía. En la misma obra —pág. 339—, dirá: «De la misma manera que el hombre busca la justicia en la igualdad, la sociedad busca el orden en la anarquía.»



otra vez el concepto peyorativo del vocablo cuando en sus «Système des Contradictions Economiques» habla de «la protesta, con razón, contra esta competencia anarquista» y, sobre todo cuando en «De la Capacité Politique des Classes Ouvrières», deja escapar: «La ausencia de unidad ha sido concebida como el principio del reino satánico: la anarquía, la disolución, es la muerte»; la palabra seguirá abriéndose camino y, como hemos señalado en anteriores ocasiones, ganándose un puesto en el campo de la palestra social como único ideal que concibe una sociedad, lo más libre posible, sin la presencia del Estado y de la Autoridad.

G. D. H. Cole dirá, al estudiar a Proudhon: «En realidad merece llamarse el padre del movimiento anarquista, aunque como hemos visto la teoría del anarquismo había sido ya desarrollada, antes de que surgiese el nombre, por bastantes escritores anteriores, sobre todo por William Godwin» (3).

En Proudhon hallaremos ya todos los materiales necesarios para edificar un sistema social completo y aunque corrientes anarquistas más recientes hayan abrazado otras direcciones que las fijadas por Proudhon y hayan desestimado el mutualismo, el banco del crédito gratuito, su evolucionismo y su alergia a la huelga como medida de reivindicación económica, la actualidad de Proudhon tiene tanta importancia en el siglo XX como la tuvo en el siglo XIX y en sus múltiples obras van los anarquistas modernos a documentarse y a fortalecer sus conceptos con igual provecho que lo hicieron Kropotkin, Bakunin, Guillaume y el propio Marx en el siglo pasado.

La viga maestra proudhoniana es la Justicia como muy bien lo ha puesto de relieve Paul Eltzbacher (4). Proudhon es, como Gowin, moralista y evolucionista. En diferentes parte de su obra ya nos advierte de que él no es un «basculateur» y de que la violencia no conduce a ninguna parte. Sus herramientas para hacer nueva sociedad, a pesar de que en su obra sobre el «Sistema de las Contradicciones Económicas» esgrima la consigna latina «Destruam et aedificabo», son el trabajo, la justicia, la libertad, el libre contrato.

De su último capítulo del libro sobre la propiedad son estos pasajes: «El **derecho** es el conjunto de principios que rigen la sociedad; la justicia, en el hombre, es el respeto y la observación de estos principios. Practicar la justicia es obedecer el instinto social; hacer acto de justicia, es hacer un acto de sociedad. Entonces, si observamos la conducta de los hombres, entre ellos en un cierto

(3) G. R. H. Cole: «Historia del Pensamiento Socialista». Vol. I, pág. 219. Fondo de Cultura Económica. México, 1957.

(4) Es lo que trata de demostrar, a su vez, Roger Picaud, al introducir a Proudhon y su «Sistema de las Contradicciones Económicas» cuando señala que Marx ha «discernido con un instinto muy seguro el nervio del pensamiento de Proudhon, que es y que lo será todo, a través de su obra, la idea de la justicia».

número de diferentes circunstancias, nos será fácil reconocer cuándo hacen sociedad y cuándo no

hacen sociedad; el resultado nos dará, por inducción, la ley.

Empecemos por los casos más simples y menos dudosos.

«La madre que defiende a su hijo con peligro de su propia vida y que se priva de todo para alimentarlo, hace sociedad con él: es una buena madre; aquella que, por el contrario, abandona a su hijo, es infiel al instinto social, del cual, el amor maternal es una de sus numerosas formas: es una madre desnaturalizada.»

«Si me arrojo al agua para retirar a un hombre en peligro de perecer, soy su hermano, su asociado; si en lugar de socorrerlo, lo hundo, soy su enemigo, su asesino.»

«... es por la reflexión y el razonamiento del que parecemos dotados exclusivamente (frente a los animales) que nosotros sabemos que es nocivo, para los otros y para nosotros, resistir al instinto de sociedad que nos gobierna y que llamamos **justicia**; es la razón que nos enseña que el hombre egoísta, ladrón, asesino, traidor a la sociedad, en una palabra, peca contra la naturaleza y se vuelve culpable hacia los otros y hacia él mismo cuando hace el mal con conocimiento de causa.» La justicia, añadirá Proudhon, se puede definir como «El reconocimiento en el prójimo, de una personalidad igual a la nuestra», «**Sociedad, justicia, equidad**, son tres términos equivalentes». «La equidad es la sociabilidad elevada por la razón y la justicia hasta el ideal; su carácter más ordinario es la **urbanidad** o la **educación**, que, en ciertos pueblos, resume por sí sola casi todos los deberes de la sociedad.»

«El pauperismo, los crímenes, las revueltas, las guerras, han tenido, como madre, la desigualdad de condiciones que fue hija, a su vez, de la propiedad, la cual nació del egoísmo, que fue engendrada por el sentido privado, que descende en línea recta de la autocracia de la razón. El hombre no ha empezado ni por el crimen, ni por el salvajismo, sino por la infancia, la ignorancia, la inexperiencia. Dotado de instintos imperiosos, mal situados bajo la condición del razonamiento, primero reflexiona poco y razona mal; después, a fuerza de errores, poco a poco sus ideas se enderezan y su razón se perfecciona.»

«En una sociedad determinada, la autoridad del hombre sobre el hombre está en razón inversa del desarrollo intelectual al cual dicha sociedad ha llegado, y la duración probable de esta autoridad puede ser calculada sobre el deseo general de un gobierno verdadero, es decir, de un gobierno según la ciencia.» (1).

Sobre la justicia, cimiento básico del ideal proudhoniano, por ser motivo de fondo para nuestro filósofo, hay pasajes excelsos a lo largo de su obra: «Debo respetar y, si puedo, hacer respetar al prójimo como a mí mismo, tal es la ley de la conciencia. ¿En consideración de qué le debo yo este respeto? ... lo que yo respeto en mí semejante no son las dotes de la naturaleza o los encantos de

(5) P. J. P.: «Qu'est-ce que la Propriété»; pág. 298 y siguientes.



la fortuna; no es ni su buey ni su asno, ni su sirviente, como dice el decálogo; ni inclusive el saludo que yo espero de él a cambio del mío: es su cualidad de hombre» (6).

«Todo lo que la sabiduría humana ha enseñado como lo más razonable en lo que a la justicia concierne, está contenido en este adagio: **Haz a los otros lo que quieres que se te haga; no hagas a los demás lo que no desees que los demás te hagan**» (7).

«Que todo el tiempo que el hombre trabaje para subsistir y trabaje libremente, la justicia será la condición de la fraternidad y la base de la asociación» (8).

Su obra más extensa y, según varios críticos y sociólogos, una de las más sólidas, está dedicada a la justicia precisamente, su título: «De la Justice dans la Révolution et dans l'Eglise».

Se dirá que la justicia está implícita en la mayoría de los teóricos sociales, pero nadie le ha dedicado tanto tiempo, afección y estudio como Proudhon. Un ideal cimentado en la justicia que es capaz de anular y hacer innecesario el Estado, para un escritor que empieza prácticamente a cero, ya que, según dice Cole, sólo conoció a Godwin de oídas y a través de Owen, posiblemente (9), sin puntos de apoyo como los que él ofrece posteriormente a Bakunin, Kropotkin, Guillaume y todos los anarquistas, es de una importancia que no se ha sabido ponderar lo suficiente.

La justicia implica la libertad para Smith, el interés general para Locke y Quesnay, el deber de conciencia para Kant. Es subjetiva para los Saint-Simonianos, positiva en Conte, empero, en ninguno de ellos tiene un puesto de realce tan importante como vemos en Proudhon.

La antipatía y la incompatibilidad de caracteres existente entre Proudhon y Marx ha motivado, debido al auge del marxismo, su entronización en Rusia y el culto cada vez más creciente por la autoridad; la propagación de un concepto falso sobre Proudhon que arranca de la célebre disputa que ambos entablaron y que alcanzó su punto culmi-

(6) P. J. P.: «De la Justice dans la Révolution et dans l'Eglise». Vol. I. Citado por Paul Eltsbacher en «L'Anarchisme», pág. 96. Marcel Glard. Paris, 1923.

(7) «Qu'est-ce que la Propriété». Págs. 143-4.

(8) P. J. P.: «Système des Contradictions Economiques». Vol. I, pág. 104. Marcel Rivière. Paris, 1923.

(9) Bien que Proudhon lo cita, a Godwin, siempre lo hace en términos colectivos y para engrosar la nómina de las personas citadas. Por otra parte, el nombre de Godwin aparece muy pocas veces en la obra proudhoniana. En el Vol. II de sus «Systèmes des Contradictions Economiques», pág. 342, leemos: «Malthus era sincero cuando, respondiendo a los hipótesis del comunismo de Wallace, Condorcet, Godwin, Owen...»

nante con la publicación de la obra de Marx «La Miseria de la Filosofía» (1847), contestación al «Sis-

tema de las Contradicciones Económicas o Filosofía de la Miseria» (1846).

Desde entonces se ha tratado de desvirtuar a Proudhon y toda una Academia de Ciencias de la URSS no titubea en descender a terrenos poco científicos para ensañarse, con la calumnia inclusive, con Proudhon y el anarquismo: «Ya en la primera etapa de su desarrollo (el marxismo) quedó establecido, con precisión, el deslinde entre la concepción científica del mundo por el proletariado y por la burguesía, así como el alejamiento de todas las corrientes pseudo-socialistas y socialistas utópicas —portavoces siempre de la ideología burguesa y en algunos casos de la feudal (el «socialismo feudal») — que se manifestaban entre el proletariado. Una de estas corrientes pseudo socialistas estaba representada por la teoría surgida en la década del 40, de Proudhon, uno de los progenitores del anarquismo y del social-oportunismo.

«Ya se ha señalado que, en el libro «Miseria de la Filosofía», aparecido en 1847, Marx había puesto al descubierto de modo brillante la esencia reaccionaria, la ideología que lo burguesa, de Proudhon» (10).

Ahora bien, el modo brillante con que Marx pone al descubierto la «esencia reaccionaria y pequeño burguesa de Proudhon», la etiqueta pulverizadora de la calumnia endosada al adversario, fue de una mediocridad tal que hasta pasa desapercibida como señala Benoit Malon en su artículo «Karl Marx et Proudhon», aparecido en la Revue Socialiste del mes de enero de 1887, y, añade, que Marx continuó ignorado del público francés. Siete años más tarde, en 1894, el alemán Muelberger en su trabajo «Zur Kenntniss des marxismus» va más lejos y tilda el trabajo de Marx de ininteligente e injusto.

Proudhon, que tuvo la visión de no contestar a Marx, lo que exasperó aún más a éste, se limitó a escribir unas acotaciones al margen de las páginas en las que señala, numerosas veces, que lo dicho por Marx es una repetición de sus conceptos y teorías. En la página 106, por ejemplo, escribe Proudhon: «He ahí, pues, que tengo la desgracia de pensar aún como usted! La verdadera causa de la obra de Marx es que él lamenta el que por todas partes haya yo pensado como él y que lo haya dicho antes que él. Toca al lector el creer que es Marx quien, después de haberme leído, lamenta pensar como yo. ¡Qué hombre! Más lejos, en la acotación correspondiente a la página 111, leemos: «¡Qué tontería después de lo que yo he escrito! Verdaderamente, Marx está celoso.»

(10) Academia de Ciencias de la URSS: «Historia de las Ideas Políticas»; pág. 517. Editorial Cartago. Buenos Aires, 1959.

GRAFICOS DE AYER Y DE HOY



Por ahora...

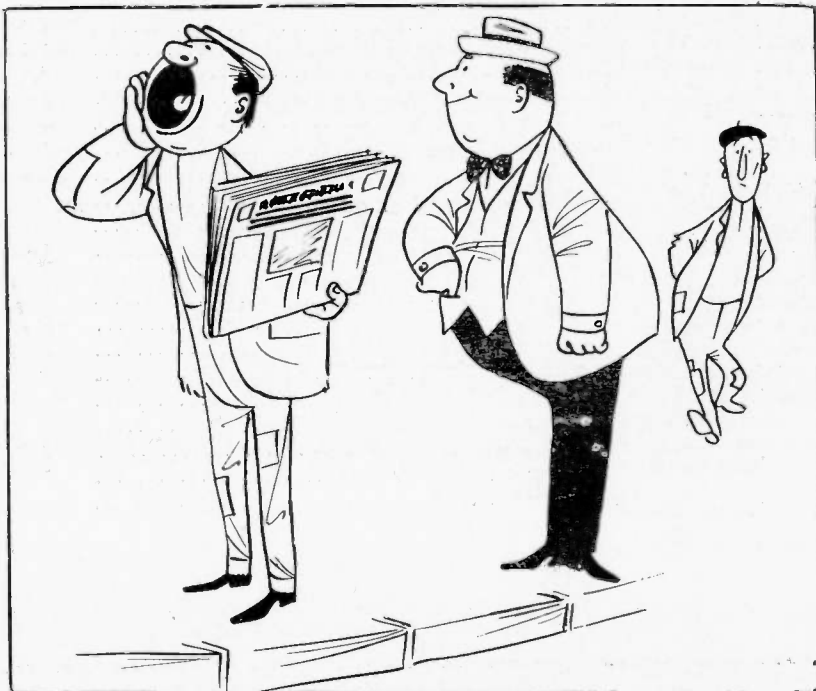
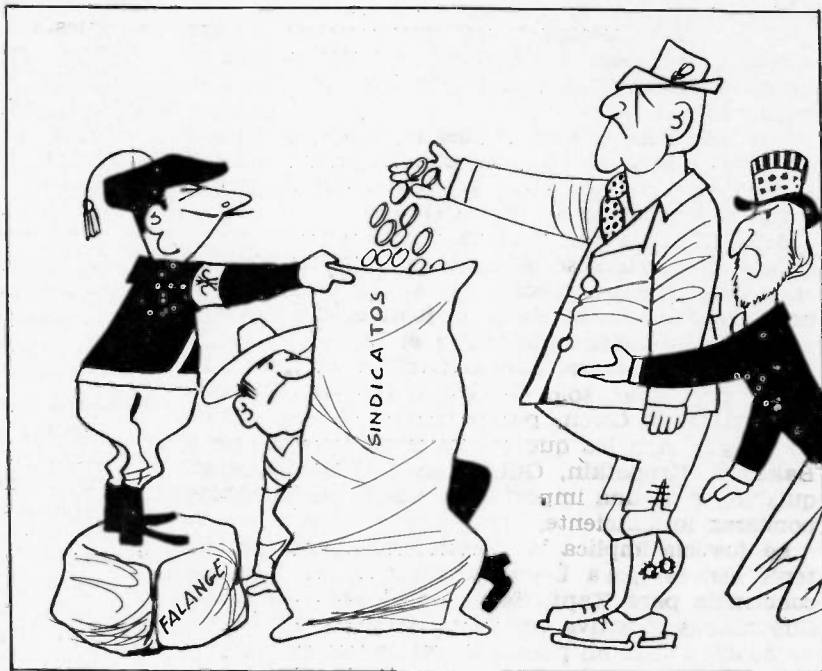
¿...?

No podéis decir que no ayudamos.
Ese que está detrás no tiene más
que hacer como el que apara el sa-
co... y veréis cómo también le dare-
mos.

No es culpa nuestra si no dáis se-
ñales de más amplia actividad...

Es decir, ¡venced! y nos tendréis
a vuestro lado.

Mientras: ¡Ay del vencido!



De momento...

Un ministro falangista ha dicho
que en España no hay censura de
prensa.

Ello quiere decir que hay libertad
de imprenta, libertad de escribir.

Al compañero Llatser, último di-
rector de «Soli» clandestina, que sa-
be lo qué es intentar usar de esa li-
bertad, le hemos preguntado y nos
ha dicho:

«Hay libertad de escribir... lo que
quieren los directores... que los na-
zis pagan y autorizan... claro está,
a favor, en provecho y para regocijo
de los que tienen dinero.»

Nunca croquis como éste ha sido
más actual.

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

EN CASTELLANO

EN FRANCÉS

«Problemas sociales de Derecho Penal»,	5 00	«Juan de Mairena», Machado	6 90
«Problemas y cintarazos», J. Peiró	3 00	«Juan Maragall», Corredor	3 40
«Prosas», Berceos	2 50	«La mécanique de la vie», Le Dantec	2 00
«Psicoanálisis del hombre», G. Richard	3 00	«Le guide des convénances», Plusieurs	3 40
«Psicoanálisis y Religión», E. Fromm	6 00	«Le jardin d'Epicure», A. France	4 50
«Pueblos y Razas», Antología	6 50	«Le jardin des supplices», O. Mirbeau	2 50
«Puerto Chol», M. Luya	4 00	«Le militarisme», G. Ferrero	3 50
«¿Qué es el arte?», Tolstoi	1 20	«L'Enéide», Delille	5 00
«¿Qué es la sociología?», Bouglé	2 00	«L'envers du journal», Gide	3 00
«Quinet», Alaiz	5 00	«Le paradis perdu», Delille	5 00
«Racismo, Nacionalismo», Ribe	2 00	«Le sang plus vite», García Calderón	3 75
«Raíces al cielo», Rojas	3 50	«Les armoires frigorifiques», Degoux	5 80
«Rebeca», D. Maurier	1 80	«Les bandits tragiques», V. Méric	2 90
«Régimen político y de convivencia en España», A. Zamora	4 00	«Les Chouans», H. de Balzac	2 00
«Reivindicación de la libertad», G. Ernestán	1 00	«Les damnés de la guerre», R. Mondin	2 00
«Resplandor en el cielo», Waldick	7 00	«Les derniers jours de Pékin», P. Loti	2 00
«Retorno al amanecer», V. Baum	2 00	«Les fleurs d'umal», Baudelaire	3 10
«Ricardo», E. Castelar	1 20	«Les géorgiques», Delille	5 00
«Robespierre», Korngald	5 60	«Les influences ancestrales», F. Le Dantec	3 40
«Rojo y Negro», Stendhal	5 00	«Les maximes», La Rochefoucauld	2 00
«Romance del amor», R. de León	9 00	«Les mystères des couvents», Princesse de Torino	4 00
«Romeo y Julieta», Shakespeare	1 00	«Les sorcières de Salem», A. Miller	5 50
«Rosas de la tarde», V. Vila	2 50	«Les trois règnes de la nature», Delille	5 00
«Shopenhauer», T. H. Rileot	4 50	«Le suaire de Turin», Abbé Turmel	1 50
«Se alquila», J. Galsworthy	6 80	«Le théâtre d'Ibsen», Lourrié	2 00
«Seis cuentos de un conocido», Castellar	3 60	«Le tourment du passé», A. Breton	4 00
«Selma Lagerloff», A. Jansen	3 50	«Lettres inédites sur l'inquiétude moderne»	2 50
«Shakespeare», G. Landauer	12 00	«L'évolution des idées», Ribot	3 00
«Silvia», Gerard de Nerval	1 50	«L'imagination», Delille	5 00
«Sinónimos Castellanos», Roque Barcia	5 00	«L'incubation artificielle», G. Paulan	3 10
«Stefan Zueig», F. M. Zweig	4 90	«Livre blanc sur les camps d'internement en Es- pagne»	4 50
«Stendhal», S. Zweig	1 20	«Livre blanc sur les camps d'internement en Grè- ce»	4 50
«Teatro», Cervantes	2 50	«L'Unité coopérative», Fournière	1 50
«Teatro», Feijoo	4 50	«Mandateli Lassu», Galleani	2 00
«Teatro argentino» (dos vol.)	16 00	«Manuel d'économie», G. Delarche	3 00
«Teatro completo», R. González Pacheco (dos to- mos)	10 00	«Manuel du Bâtiment»	4 00
«Teoría de la acción», J. A. Dos Reis	2 00	«Marceline Desbordes», S. Zweig	1 20
«Testimonio sobre la Revolución Cubana», A. Sou- chy	1 40	«Mauvaise graine», M. Azuela	2 50
«Traición por traición», E. Zamacois	1 20	«Mécanique de la vie», Le Dantec	1 00
«Tratado del encadenamiento de las ideas», Cour- not	7 50	«Miettes de mon enfance», Rictor	1 00
«Tratado de los deberes», Cicerón	3 00	«Miséricorde», Galdos	1 00
«Tres camaradas», E. M. Remarque	3 50	«Notre Dame de Paris» (2 vol. 2 50 x 2 00), Vic- tor Hugo	5 00
«Tres maestros», S. Zweig	1 20	«Notre destinée et nos instincts»	5 25
«Trust y Carteles», R. Lewinson	5 60	«Evres» (jours d'exil), Cœurderoy	9 00
«Una hija de las nieves», J. London	6 00	«Fensées», Pascal	9 00
«Un hombre se asoma a su pasado», C. Weyer	5 00	«Pour assurer la paix», Besnard	2 60
«Veinte años de lucha y experiencia», D. A. Por- rras	4 25	«Pour vaincre sans violence», B. de Ligt	1 50
«24 horas de la vida», S. Zweig	1 20	«Frères et moines», Dubois	5 00
«Viaje al Congo», A. Gide	4 00	«Propos subversifs», Faure	5 00
«Verbo de admonición», V. Vila	2 50	«Quais aux fleurs», Salvy	5 00

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.G.)

CENIT

sociología
ciencia - literatura



Plácido Bravo : La confesión y el secreto.

Campio Carpio : Tres generaciones de animadores de « La Protesta ».

F. Ocaña : El hombre y los complejos del mundo autoritario. « Autopsia psiquiátrica » de Marilyn Monroe.

R. : La ley del menor esfuerzo.

Max Nettlau : Eliseo Reclus y Miguel Bakunin.

Dr. J. Alvarez-Sierra : Doctor Esquerdo, primer psiquiatra español.

William Boven : El carácter.

Abarrátegui : Alas sin cielo.

Puyol : La llega.

Denis : El Emisario.

Conrado Lizcano : ¡Por el amor de Dios!

Han Ryner : Las parábolas cónicas.

Victor García : El pensamiento anarquista (folleto).

Fichas y Fechas.

47P 5523
142

OCTUBRE - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,00 NF



NUESTRA PORTADA

El pastor fué, antes que nadie, el pilar de la observación, de la meditación, del naturismo, de la psicología y, sobre todo, de la paz como fruto de equilibrio, naturalidad y conocimiento de la materia y del espíritu.

El pastor debe conocer sus animalicos cualquiera que sea su género, cual un siquiatra sus pacientes. Mientras el rebaño de ovejas padece, el humilde pastor observa una planta, una piedra; escudriña el cielo, las nubes; interpreta los vientos; « adivina » los cambios de temperatura; lee en los movimientos de las aves; escucha voces divinas en cada piar, en cada croar, en cada graznido.

El ha sido el primer botanista, el primer astrónomo... Ha distinguido como nadie las plantas alimenticias de las inútiles o nocivas. Ha conocido las indicaciones de las estrellas y del cielo. ¿Cuántos momentos de análisis, de experimentación y de ciencia ha necesitado para llegar a conclusiones valideras?

Hombre de paz, por excelencia, ha debido batirse contra los lobos, contra los animales ofensivos, contra las aves de rapiña como contra los reptiles venenosos.

Más que el barquero, háse visto obligado a luchar contra las tempestades. Contra las inclemencias del tiempo ha usado su ingenio a fin de preservarse y abrigarse.

Según la leyenda él fué también la primera víctima de la envidia en la persona de Abel.

A todas estas cualidades que lo hacen célebre, el escultor V. de los Ríos, con su cincel en la estatua dedicada al pastor, ha agregado la rocosa silla, su inseparable; la vestimenta del hombre que debe andar entre peñascos y abrojos; el chaleco necesario a todo el que debe afrontar los puñales de la brisa y el viento helados y, también, la sonrisa, la bondad y los gestos del que encarna la paz de su corazón la tranquilidad de una conciencia limpia, y el todo de un cerebro repleto de saber arrancado a la madre natura.

CENT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, René Lambert,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Octubre 1962

Nº 142

LA CONFESION Y EL SECRETO



SON los secretos unos fardos de tal pesadez que raramente logramos arrastrar hasta la última morada; rémora voluminosa que abandonamos al primer puerto accesible, cuando no la soltamos en pleno océano, cortando las amarras de la discreción. Y ligero, más que el pájaro algunas veces. Se entreabre la puerta de la jaula y se nos escapa sin poderlo retener. Nuestras fuerzas pocas veces nos permiten remolcarlos, y nuestra ligereza muy a menudo impide guardarlos. Faltos de reservas y reserva, la indiscreción surge a discreción.

Sin embargo, hay secretos que guardamos, que el miedo hace que guardemos. ¡En guardia! Estos son tan envidiables que mucho temo nos los arranquen; de raíz, aunque muera el árbol. Secretos hay también que la memoria no registra, ni la conciencia, oficiando de secretaria, toma acta. Mal que roe, cáncer que muere las entrañas sin que lo veamos ni lo sepamos. Secreciones de la psiquis muy necesarias, pero la tarea está en localizar las ponzoñosas fuentes, en donde se encharcó el agua.

La confesión es un exutorio necesario, pero sólo hasta cierto grado. Lo bello sería poder pensar, decir y hacer cuanto nos viniese en gana, abiertamente, sin ampararse en la oscuridad, escudarse en el secreto, o confinarse a la intriga.

¡Qué cinismo!, se exclamarán muchos. Se teme el ejemplo, ¿verdad, tartufos? Pero ¿es que no es preferible el cínico al hipócrita si los dos son viciosos o virtuosos? Hay muchas enfermedades, y de las más recalci-

trantes, que sólo curaron cuando pudieron contactar con la luz y el aire. En tanto permanecieron secretas, y a fuer de vergonzosas escondíanse las infecciones, hoy localizables, se extendían voraces, como las epidemias en las épocas medievales. La higiene era imposible y el mal se propagaba sin poder identificarlo. La conjunción del hambre con la suciedad originó no pocas epidemias de peste y esto es lo que ya ni puede ocultar la historia oficial.

Además, no hay hombre famoso que no haya sido difamado. Pocos precursores halláramos glorificados por la posteridad que sus contemporáneos no hubiesen despreciado e incluso agredido. Y viceversa, cuantos ídolos que en vida forzaron admiración — aunque parezca que no pueda forzarse ni encargarse dicho sentimiento — después ni han podido evitar el olvido, y si se les recuerda es para citarlos como ejemplo de maldición.

Sócrates, pese a que algunos eruditos hurguen constantemente entre sus privados vicios y sus inclinaciones pecaminosas para sacarles a relucir, es reivindicado por todos, y el pueblo lo ama aun cuando poco lo conozca. En oposición, Nerón, aunque ciertos sicólogos se dan a impresionantes trabajos de análisis sobre sus tendencias agresivas, crueles, vanidosas, etc., y aun logran científicamente descargarle de algunos de sus crímenes más característicos; que ciertos políticos admiran secretamente y aborrecen públicamente, que ciertos filólogos dieran excesiva importancia a algunos de sus versos, el emperador está desacreditado y se-

rá aborrecido por los siglos de los siglos.

Y esto es de gran consuelo a los que andamos muy ocupados por el presente precisamente por estar pre-ocupadísimo por el futuro. Y poco o mucho todos deberíamos estarlo más. Pues sin que haya significación vana alguna en cuanto a nuestra inmortalidad, tenemos que aceptar como necesarias ciertas especulaciones; tanto, que de lo que nosotros vivamos depende lo que ellos vivirán, en longitud, densidad e intensidad.

Hay dudas de que no podemos enterrar, y deudas que debemos reconocer aunque no pueden saldarse; esperanzas e ilusiones en las que debemos esperar y confiar, pero derechos que debemos rápidamente exigir y conquistar. ¿Que para ello se necesita mucho temple? De acuerdo. Pero ya lo dijo nuestro Figaro: « Hay momentos que es de muy cuerdo arriesgar la vida, sobre todo cuando se sabe ciertamente que, sin correr este riesgo, el peligro inminente de perderla se nos echa encima.

Hay secretos que son pedazos muertos que llevamos amortajados en nuestro organismo y que debemos expulsar, cueste lo que cueste. Y antes que confesarlos a nadie; que recurrir al sacerdote, al amigo, a nuestra querida, al psicoanalista, a nuestra madre, a nuestro hermano o al público; hay que tener la valentía y honradez de confesarnos a nosotros mismos. Que como dijo Guyau respecto a los pecados: « Con saberlos y tenerlos debemos hallar penitencia y gracia ».

PLACIDO BRAVO

Tres generaciones de animadores de

«La Protesta»

EN el gélido mes de junio de 1962, «La Protesta» cumplió dos tercios de su centenario y entra en una nueva fase de su existencia turbulenta. Con motivo de ese acontecimiento, la colectividad anarquista bonaerense se dió cita en el paraninfo de Construcciones Navales para celebrarlo y, como corolario de conversaciones iniciadas desde varios años atrás, se acordó proporcionarle los tónicos morales y materiales para hacerla quincenal y, eventualmente, semanal. Son albricias que mueven al elogio por el buen sentido común que parecía olvidado en la colectividad, desde antes del periodo ennegrecido iniciado en 1930 y que continúa manchando las páginas de la historia social de la República.

Estas circunstancias, por lo que tienen de proyección para el porvenir de nuestra propaganda, dando vuelta a la hoja o repasando la historia de los grandes animadores de nuestras ideas, vemos que una de sus obras que todavía perduran es «La Protesta». Bien sabemos todos, qué de vicisitudes no han transcurrido en ese periodo de sesenta y pico de años de que esta publicación es testigo. Y pocos saben hoy, hombres ya maduros que nacieron al finalizar la primera guerra mundial, lo que significa mantener, a pulmón, en el curso de todas las tormentas políticas, una bandera como para la anarquía representa esta publicación. Los hombres de hoy, que ya dimos la vuelta al medio siglo de parmenecer en este mundo, en el que no hay grandes cosas para ver, se hicieron en otra escuela, bajo otros predicados de la libertad ganada por sus padres y abuelos con el sacrificio de sus vidas. En aquel entonces, ser republicano de avanzada, socialista y más tarde comunista, implicaba el caos con mil infiernos ardiendo a cien mil calorías cada uno, multiplicados por cultivo. La Iglesia, tan devota siempre y cínicamente magnánima, presentaba a los anarquistas como producto adulterado de la naturaleza.

Los que pensamos a la manera de antes, los anticuados que mantenemos la divisa de la Primera Internacional al predicar que la «liberación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», vemos cómo las ideas se deforman, los conceptos se adulteran y los hombres se tornan maleables, dúctiles y fácilmente fosilizan; entendemos que el movimiento anarquista internacional tendría que hacer algo para evitar la pérdida de estos valores nuestros de que es cantera tan rica el movimiento. Ciertamente hoy no podremos recuperar la palabra de un Bakunin, de un Grehage, Kropotkin, Malatesta, Salvochea, Lorenzo... Ni la de Noi del Sucre, Pestaña, Boal, Ricardo Mella y cuantos, entre cientos de miles de ellos, cual mejor, animaron con sus destellos nuestros días. Pero lo que no puede repararse por el pasado, que no tiene cons-

trucción, está todavía en nosotros despilfarrar ese capital en el diamante que constituye el amigo, compañero nuestro, aún hoy, y que nos alienta y estimula. Qué de enseñanzas no podrían recibir las generaciones futuras si se posibilitara la grabación en cinta magnética de los recuerdos y cien mil anécdotas que podrían relatarnos, por ejemplo, un compañero como Pedro Vallina. ¡Qué portento de hechos no podría servir como basamento para la construcción de la historia futura, si la fértil imaginación de Diego Abad de Santillán pudiera plasmar en relato lo visto y vivido sobre las mil circunstancias en que tuvo la muerte en la mano y en qué sabe de quiénes la tuvieron también! Y quien menciona a Santillán, se lamenta hasta mismo de Rocker que no pudiera darnos cuánto supo y pudo. Ciertamente el relato escrito puede resultar bellamente expuesto, pero cuesta mucho trabajo y falta el tiempo para ocuparse de ello, pues que, salvo en el campamento comunista, el cultor de ideas es un lírico en buen romance, que tiene que volverse tortilla para conquistar su pan. Qué no podrá representar para los hombres del mañana la palabra de estos compañeros que en la mitad del presente siglo han tenido ante sí los destinos futuros de la humanidad, sino en posiciones dirigentes propiamente dichas, en la responsabilidad de sus palabras, de sus ejemplos, de sus hechos! Ese patrimonio es de urgencia recuperarlo para el acervo anarquista, en el relato, en el folleto, en el libro. Es la proclama, el manifiesto prohibido. El movimiento internacional debe atesorarlo y encontrar un sitio para ponerlo a recaudo del malón, de las invasiones militares, del alud totalitario, de esta regeneración del pensamiento democrático que se diluye en las alcantarillas de los llamados «partidos demócratas cristianos» de última moda.

No conseguiremos ya resucitar a Nettlau, a Reclus o Grave, Urales, Bertoni, Fabio Luz, sino a través de su obra escrita; pero estamos en situación de escuchar a muchos como hasta ayer pudimos oír la de Felipe Alaiz, de Alberto Carsí y de tantos otros que conviven en nuestra compañía como Nicolás T. Bernal, Efrén Castrejón, José C. Valadés que recuerdan lo que tiende a olvidarse de los comienzos de Tierra y Libertad, una vez desaparecidos los hermanos Flores Magón, Librado Rivera, Práxedes Guerrero, Sarabia y José Donato Padua, animadores de la revolución mexicana.

Y mencionamos, al galope de la memoria, solamente unos cuantos nombres de la gran cantera anarquista; quedan muchísimos de los buenos entre los mejores que viven y actúan de una u otra for-

ma: de los que no están, Rangel, Durruti, Ascaso, Fabbri, González Pacheco, Ghiraldo, Acín... Para todos, junto con Liberto Callejas, que nos sirve de locutor, estampamos aquí el recuerdo más emotivo, sin olvidar a López Arango. Todos estos tenían algo que decir. Algunos de ellos han pronunciado su mensaje y otros se esfuerzan todavía por animar a un movimiento juvenil que, precisamente por ello, pervive y se hace carne en las generaciones de todos los tiempos. El anarquismo no puede olvidar a sus artilleros, sus guerrilleros, sus pioneros desde los más humildes a los elevados estratos. En esta tierra de nadie que es la lucha diaria, todos tomamos parte. Para todos hay un lugar en la trinchera, cualquiera que sea su estirpe. Y la juventud, la generación que nos precede, la que sigue nuestros pasos, ha de empujarnos un poquito para reivindicar las inquietudes más simples, para volcarlas en esa gran ilusión que integra la Federación Anarquista Universal.

La nómina de los hombres que han pasado por «La Protesta» ya es casi interminable. En sesenta años de existencia activa para una causa que dignifica la Argentina, América y el mundo entero, dicen mucho más que las reacciones que ha tenido que soportar el movimiento anarquista. Con ser tan virulentos en América como en Rusia, alrededor de la mesa de redacción de «La Protesta» se han sentado las figuras más descollantes de la literatura rioplatense. Más propiamente, se han formado en «La Protesta». Florencio Sáncheá, José de Maturana, Alberto Ghiraldo, Elías Castelnuovo, Juan Carulla, y mil más, todos hicieron sus primeras armas en nuestras publicaciones.

Los hombres que alentaron «La Protesta» y la vincularon al movimiento obrero, que luego iba a congregarse en la Federación Obrera Regional Argentina, con sus lógicas derivaciones como ocurre en todo cuerpo social, fueron Juan Greaghe, Héctor Mattei, Eduardo García Gilimón —cuyo libro «Hechos y Comentarios» espera su imprescindible reedición—, Martínez Paiva, Dardo López, Zamboni, Balsán y Florentino Giribaldi. Ellos han vestido de fiesta «La Protesta», presentándola al público con sus mejores galas, en la primera etapa de su existencia. Juan Greaghe, médico irlandés que recientemente había llegado al país con su diploma expedido por la Universidad de Dublin, con treinta años en las venas y un título chorreando tinta bajo el brazo, fue el alma de la iniciativa. Habíase instalado en Luján, ciudad cercana a Buenos Aires, desde donde seguía las pulsaciones de la República. Había tomado contacto con hombres como Bartolomé Víctor y Suárez, corresponsal de la Regional Española de la Asociación Internacional de Trabajadores, editor de «El artesano», primero y de la «Crónica del Progreso» después.

«La Protesta», que anteriormente llevara el nombre de «El oprimido» y de la «La Protesta Humana» más tarde, adquirió mayoría de edad el primero de abril de 1904 en que aparece como diario. En los años anteriores había tenido en Gregorio Inglán Lafargue, y en José Prat después, dos de sus más empujados animadores junto con Elan

Vevel, prosiguiendo la etapa trazada por el doctor Greaghe, que se hace cargo de la administración. Y una generación de hombres que surgían entonces y que más tarde habría de tener descollante actividad en el movimiento le dan vida a la empresa durante dos años en que Alberto Ghiraldo se hizo cargo de la dirección. Entre los distintos redactores recordamos al excelente poeta uruguayo Angel Farco, a quien, con emoción, saludamos en estas páginas; a Maceira, el pequeño Bakunin, que tenía la idea precisa y la palabra certera para expresar el pensamiento anárquico; Teodoro Antillí y Rodolfo González Pacheco, dos figuras prominentes que desde distintos ángulos han realizado una labor de permanencia en el campo de las ideas; a Moscoso, Arín, Paniza, Dardo López, Senra, Anderson Pacheco, Monilla, «Richard»...

El movimiento anarquista cuenta entre sus teóricos con médicos como Juan Lazarte, Pedro Vallina, Marc Pierrot, Juan Greage, Fabio Luz, quienes, al margen de su doloroso ministerio ha tenido tiempo para soltar la imaginación y la palabra para hacer acto de presencia en la calle, en el local, en el salón de conferencias, en la redacción del periódico, revista o diario. Juan Greage salió de Buenos Aires para trasladarse a México porque había escuchado el grito de Tierra y Libertad, en 1911. Recordó que pertenecía a una sociedad de médicos y que sus estatutos prescribían entregar una determinada suma a aquellos socios necesitados. Le entregaron tres mil pesos. Una fortuna. Ese dinero le permitió plantarse en la capital azteca, donde Francisco Madero se hacía fuerte e inclinaba el carro de la revolución al costado capitalista, en tanto Pancho Villa, cruzado de brazos, observaba, como Emiliano Zapata, ágitado por los compañeros de «Regeneración», se consumía en una lucha cruenta donde se jugaban los destinos del futuro mexicano.

Allí permaneció Juan Greaghe poco tiempo, pero el suficiente como para identificarse con México y los grandes problemas de aquel movimiento social que él quería hacer conocer a los trabajadores argentinos. Pensó dar a publicidad un manifiesto sobre estas cuestiones, pero reflexionando sobre el caso, en 1913 volvió a la Argentina para hacer conocer ese primer esfuerzo revolucionario a través de la prensa anarquista. La palabra de Greaghe no fue escuchada. Las generaciones que se encontraban en pleno apogeo de la lucha, no lo entendieron; los jóvenes y los viejos consideraron desafortunada su iniciativa, viendo en aquel movimiento no una revolución social, sino un golpe político para sustituir un gobierno por otro. Cansado de discutir y viendo que nada podía hacer, ni como médico ni como luchador, a fines de ese año decidió ausentarse definitivamente. Se incorporó al grupo editor de «Renovación», residente en Los Angeles. Allí vivió al calor de los ideales, quemando los últimos cartuchos, de aquel cargamento que trajera de Irlanda «allá lejos y hace tiempo», como titulara un libro Guillermo Enrique Hudson, ofro de los anarconautas que entraron al espacio vital de América por el ombligo del Río de la Plata.

Con los compañeros de «Renovación» estuvo el doctor Grehage hasta el momento de su fallecimiento, en el Western Hotel, Hospital de Washington, el 19 de febrero de 1920. De esta manera justificó su existencia. Para algo su madre lo había dado a luz. Su altruismo, el gran caudal de ideas que le hervían en el cerebro, su constancia y confianza en el porvenir dicen todo lo demás. En su clínica de Luján cumplió con su deber de médico en los límites más amplios de la solidaridad que el juramento exige a un profesional de la medicina. Optimista, y convencido de que los pueblos están llamados a constituir un día la gran familia universal, él quiso acelerar ese advenimiento. Para eso se había quemado los ojos y la masa encefálica al hacer diario a «La Protesta», para que fuese portador del mensaje anarquista, llevando su protesta de injusticias a todas las fronteras del mundo. Con ese fin ha salido a la calle, voceando el diario en las narices de los polizontes, revólver en mano, anunciando con todo entusiasmo y con toda valentía la revolución social.

«La Protesta» y el movimiento anarquista internacional:

En la última etapa de su agitada existencia como diario, luego que Grehage se ausentó del país, ha sido objeto de todos los atropellos, como órgano de publicidad y cuerpo físico de ataque en sus animadores. El periodo de la primera guerra mundial lo sorteó con todas las dificultades. En ese entonces se han sucedido varias personas en su redacción, todas animadas a dar cuerpo a un movimiento obrero de conciencia. La tarea resultó muy dolorosa, pero ha sido un campo de experimentación que todavía está en desarrollo. Al terminar las hostilidades, el movimiento obrero se encontró exhausto económicamente. Pero a medida que el país se iba recobrando, después de un bloqueo de cuatro años, tomó brío la propaganda anarquista que pareció dormida o desaparecida del plano nacional. La guerra, como todas las guerras, la habían declarado ellos, los otros, los que tenían intereses en juego. Y la perdimos nosotros, los trabajadores, los explotados, los que no tenemos asiento en el banquete del progreso a menos que nos lo conquistemos por el único medio conocido: el de la acción directa.

Resurgió así el movimiento que fue tomando cuerpo y posiciones ideológicas más firmes, tan luego en este momento en que la revolución rusa parecía absorber las energías del proletariado internacional. Las polémicas se suceden a las polémicas y era necesario encontrar un punto de apoyo firme que mantuviera en alto el estandarte anarquista, y canalizara aquellas energías hacia fines positivos. Que esto ha producido sus efectos no tiene discusión porque acontecimientos posteriores que se han desenvuelto en la década de 1920 al 1930 así lo testimonian.

Dos hombres sobre todo han comprendido la importancia del momento: E. López Arango y Diego Abad de Santillán. En «La Protesta» del 22 de julio al 7 de agosto de 1926, se ha publicado un resumen de la «situación del movimiento y de la propaganda

anarquista en los diversos países». Siendo entonces el único diario anarquista del mundo, y uno de los órganos más viejos ya del movimiento sobre todo en América latina, el grupo editor supo ubicarse dentro del tiempo y de las circunstancias que vivía el mundo. Tanto Santillán como López Arango, perfectamente identificados con la trayectoria del movimiento, dieron un impulso magnífico de claridad y definición, cuando el comunismo apuntaba con su dictadura. A través de una labor diaria, con un artículo de fondo al que los ojos se iban tomando el ejemplar, pudo liberarse el movimiento de ser absorbido por el despotismo, aunque no logró evitar el despedezamiento por las desidencias, inoperancias y falta de visión en el momento crucial. La lucha de tantos años y contra tanto enemigo que partía de agrupaciones interesadas en su desprestigio, de sindicatos pagados ya con dinero mal habido por el comunismo, de desviaciones sindicalistas que pretendían imprimir al movimiento una tónica nueva al margen de todo lo conocido, de ligas patrióticas que veían hasta en la más inocente biblioteca anarquista una sucursal luciferiana y el poder policial que mantenía su control sobre todos los movimientos opositores y los iba ubicando por los medios propios de tan poderosa institución, terminaron con una obra de tan vastos alcances como ya bien pocos hombres de la última generación conocen.

Emilio López Arango, que ha tenido un fin muy lamentable, era de una rectitud formal a la resistencia del fuego. Su artículo de fondo de que es testimonio viviente la colección del diario en ese periodo, respondía a una condición de lógica. Poco emotivo en el juego de las palabras, lo que escribía tenía pocas refutaciones y para hacerlas preciso era colocarse a la altura superior de su razonamiento. El artículo de fondo y un artículo interior, comentando la actualidad, eran las dos faenas más importantes de su actividad. Culto, con un estilo literario que le singulariza, el movimiento ha encontrado en él uno de sus mejores expositores. Al lado de Gilimón y de Florentino Chiribaldi —que dos veces ha pasado por «La Protesta»—, López Arango dejó la huella profunda de su paso por el diario.

Santillán se quedó en Buenos Aires a su regreso de Berlín, a donde había acudido como delegado al Congreso constitutivo de la Asociación Internacional de Trabajadores. Su capacidad intelectual unida al conocimiento de los idiomas europeos y una sana y fértil imaginación, propias de su juventud y de su tiempo, han impreso el sello cultural que distingue al movimiento anarquista de lengua castellana. Estudioso a carta cabal, con una dosis de sacrificio casi inconcebible, mientras estuvo en «La Protesta» los días para él tenían 48 horas. Su gran capacidad de trabajo y de reunión de elementos, dieron cuerpo a la bibliografía anarquista del periodo 1920-1930 y al que, aún de allí en adelante, aportó varias traducciones. Dejando al margen su actuación en España, donde tuvo primerísima participación en la formación de las milicias confederales que con Durruti llegaron a Barbastro y se pusieron a tiro

de Zaragoza, la actividad de este compañero en el diario supera a cuanto es imaginable.

Su artículo diario en primera plana a la derecha; su comentario de alto vuelo sobre cualquier aspecto de la vida internacional, sus sancochados sobre los múltiples aspectos, eran de rigor. Había que escribir una página completa por día, otra era de colaboración, la última del movimiento. Y un diario sale todos los días, de manera que Santillán no tenía tiempo para enfermarse. Las enfermedades le han tratado con benignidad. Ordenar el diario, preparar el Suplemento Semanal de «La Protesta», con sus 8 páginas, para salida del lunes en que no lo hacía el diario, las múltiples traducciones tanto para el Suplemento como de libros y folletos, la redacción de sus propios libros y folletos, la investigación y... la discusión de problemas intrascendentes, finalmente le hicieron caer de bruces, por agotamiento, sobre el embaldosado del piso de Perú 1537. El levantamiento militar de 1930 obligó a que alguien lo sacara a rastras del local. Ha sido una liberación. Quizás a ese acontecimiento desgraciado se deba que todavía Diego Abad de Santillán esté vivo.

A Santillán se debe que el movimiento anarquista de habla castellana conozca la obra de Luigi Fabbrì, Emma Goldman, Juan Grave, Agustín Hamón, Enrique Malatesta en su copiosa labor de propaganda, Ricardo Mella, Max Nettlau en toda la amplitud de nuestra admiración, Domela Nieuwenhuis, Marc Pierrot, los hermanos Reclús, José C. Valadés, Rodolfo Rocker, Pedro Archinoff, Volín, Neno Vasco, Agustín Souchy, William Morris, J. Dejacque, Néstor Mackno, la obra de Luis Bertoni, Hugo Treni y que haya podido cumplirse buena parte de una editorial como la de «La Protesta» que, comenzando por los primeros cinco tomos de las Obras Completas de Miguel Bakunin, se fue extendiendo a la vida de «Jhon Most», de Rocker, a «Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España 1883-1886», de Max Nettlau, «Cartas a una mujer sobre la anarquía», de L. Fabbrì; «Los anarquistas», de Lombroso y Mella; «Mi comunismo» y «Temas subversivos», de Sebastián Faure, e infinidad de folletos, que fueron todo un acontecer en nuestro movimiento.

A Santillán se le debe, además, la iniciativa de la Guilda de Amigos del Libro, institución de corta pero simpática existencia en nuestro ambiente y además la organización del Certamen Internacional de «La Protesta», la Encuesta «Los Iconoclastas», de Steubenville, y su colaboración en toda iniciativa altruista en pro de nuestras ideas.

Bien claro está que no ha sido Diego Abad de Santillán solamente quien ha desarrollado el cien por cien de esta labor gigantesca. El ha tenido algunos colaboradores por veces que le han «dado una mano» en las faenas más comunes, pero contó con el auxilio Lucía y de Joaquín Gómez, de Mario Torrente, de Carto Fontana, de Apolinario Barrera, que le han punzado, azuzándolo a que siguiera, estimulándolo, ennobleciéndolo en su trabajo silencioso, anónimo casi, para todos los cuales tenemos el recuerdo de un cordial respeto.

A esta nueva etapa de «La Protesta», bueno sería agregar siquiera los nombres de varios pioneros como lo fueron en su tiempo Salvadora Medina Onrubia, Gabriel Biagiotti, Denambride, Enrique Nido..., sin olvidar a Bautista Fueyo y a su hijo Flolidario, que acaba de fallecer, lo mismo que a Juan Raggio, e infinidad de los mejores que no se han mencionado. El compañero Tato Lorenzo y Pascual Minotti, que residen del otro lado del río se sorprenden que una población de 9.000.000 de habitantes en el radio de Magdalena hasta Luján y desde el Tigre a Buenos Aires no cuente con un caudal ideológico y económico suficiente como mantener un diario. Se lamentan que en una nación de 20.000.000 de habitantes, en 1962, con las reservas morales propias de nuestro tiempo, no se atrevan a llevar adelante la iniciativa. La respuesta se ha dado y es de esperar que lo demás vendrá por consecuencia lógica.

América está ausente de estos problemas en buena parte de las comunidades que la integran. Con excepción de México, Venezuela y el Uruguay, es en la Argentina donde el movimiento se resiste a desaparecer. Los políticos del socialismo, primero corrompieron a los trabajadores que les seguían, domesticándolos en un sindicalismo amarillento, que después le presentaron al peronismo. Luego se despedazaron entre sí. La clase trabajadora no tiene una tabla de salvación, un refugio donde guarecerse, un ideal que le aliente en sus conquistas futuras. Amaestradas en sindicatos políticos, dispuestas a darles el voto al orador de turno que le promete una migaja, reside ahí todo el ideal de este momento histórico. Pocos, o muy pocos, saben que el mundo vive el periodo más agudo y peligroso a la vez de su existencia. Un pedazo mayor o menor de pan son simples cataplasmas aplicadas al cuerpo social, que nada resuelven. Eso es lo que tiene que decir un órgano anarquista al obrero que no entiende, al letrado (médico, escribano, abogado), que tampoco entiende; al niño y al joven que levantan alas y que no quieren ser embarcados con castillos de mentiras, con ideas inoperantes, sino de realización inmediata, de conquista, en seguida, antes de que la avalancha nos atrape. Todo eso tendrá que decir la publicación que esperamos... e incluso zarandearnos a los viejos, anquilosados, caprichosos y pasados al inventario de «almas muertas».

CAMPIO CARPIO



El hombre y los complejos del mundo autoritario

(Continuación.)

En el mundo autoritario, vacío totalmente de humanitarismo, sin más ética que la que suena a metálico, pocas manos nobles, desinteresadas, comprensivas y generosas se tienden entre los hombres. En el seno de aquél cuanto más dinero y bienes materiales acumule el sujeto tanto más moral se le considera, entre los autoritarios, por inmoralmente que los haya conseguido. Este y otros sujetos como él ¡cómo van a comprender el gesto de humana protesta de Zweig ni cuán tranquilos ven llegar la hora final los individuos que dedicaron sus vidas a la solidaridad, al bien común, aunque acaben poseyendo sólo lo que cubre sus cuerpos!

¡Ah de los desheredados y de los rebeldes e idealistas que, por ser Quijotes, humanos, muy humanos, sin dinero llegan a la edad proveyta! Quedan, generalmente hablando, desamparados, aislados, solos. Apenas se les acercan los más allegados —salvo excepciones muy honrosas— que cerca los tendrían si nadaran en la abundancia económica. Vedlos alejarse de ellos más y más, pasar muy cerca de los mismos a veces y preferir no verlos, alejarse prontamente para no ser advertidos, y servir cualquier pretexto para provocar la separación definitiva: unos absorbidos por el mundo autoritario, luchando para adquirir privilegios y riquezas, sin importar cómo, y otros, soñando en un mundo mejor, sonrientes y felices con sus sueños que saben algún día serán realidad. Por eso no les duele no disfrutar de reciprocidad solidaria; lamentan solamente no haber logrado todavía terminar con todos los sufrimientos humanos, de carácter social y psicológico y desean que sus hijos o sus nietos, biznietos, y todas las generaciones que seguirán, a las que ya aman, sin conocerlas, no vean ni sufran las desdichas y las miserias morales que hoy se desarrollan a nuestro alrededor.

A los soñadores de cierta edad avanzada, o pensando como Zweig —pero sin dinero—, pocos los quieren a su lado, y tienen que emprender la marcha, como idealistas errantes, en busca de otros horizontes más humanos, para no ser carga de los que un día lo fueron para otros sin haber éstos preferido quejas. Y si retrasan la partida y no dejan de soñar, a tiempo se les acercan sujetos que los sacuden y «despiertan» exigiéndoles salden a deudos que contrajeron en momentos desgraciados de sus vidas, por enfermedades propias o de familiares y muerte de alguno de éstos, por ejemplo, etc. Que siempre cumplieron sus compromisos, pero esta vez no pudieron cumplir, porque la desdicha los desequilibró y perdieron hasta el deseo de vivir: nada

les importa. Pagad; dadnos el dinero que os prestemos; lo que os ocurre no nos interesa. Sólo los sinvergüenzas se quedan sin pagar. Etc. Por lo tanto, si no pagáis, el juez y la cárcel os ospera.

En los «mejores casos», no pudiendo recurrir a estos extremos recursos, por X causas, los que nadan en dinero —bien o mal adquirido o «venido», o lo poseen en suficiente cantidad para vivir holgadamente, con pasado más o menos «borrascoso», que prestaron cantidades pensando que las iban a recuperar pronto, o de lo contrario no las hubiesen prestado, pese a comprobar que aún queriendo los deudores no pueden saldarles las deudas metálicas por la terrible situación que atravesaron, los señalan con el índice acusándolos de grandes sinvergüenzas —a sus espaldas, como perfectos bellacos—, de no cumplir con la ética capitalista. Lo curioso es que no faltan los que prefieren —por ser inmorales de pies a cabeza— no cobrar, que no puedan pagarles para poder despotricar contra los deudores que en el curso de sus largas vidas rectas sólo cometieron un error, el mayor de sus errores: haberles pedido una vez ayuda que hoy maldicen, que pagaron con creces con la parte de su «tesoro moral» que les arrebataron, más valiosa que sus viles monedas.

Los devotos del «Dinero», impacientes o no por recuperar, con o sin réditos, las cantidades que prestaron, y los que más que las monedas prefieren hundir moralmente al deudor que les echó en cara sus inmoralidades, pueden, todos, medirse con su propia vara: la misma ética capitalista impone voluminosas sanciones monetarias a los sujetos que denigran a otros, en privado y públicamente, en el medio donde aquél se desarrolla, de palabra o escrito, creciendo las compensaciones económicas en proporción al tiempo que han realizado su inmoral obra en perjuicio del buen nombre y de la buena conducta del o de los ofendidos.

Razonando como razonan los que están de acuerdo con la ética capitalista a sus razones otros razonamientos de la misma mala índole les responde. Pero a fin de cuentas poco valdrían las mejores razones «legales» de no tener bastante dinero para comprar a los jueces, y no perder el caso aun teniendo la mayor razón del mundo. Sin embargo, desde el punto de vista libertario, sin dolor, y sin rencor, el mal hecho a la **persona humana** hecho está, por ejemplo, y es **deuda moral** que ningún dinero basta para saldarla. Los que deuda de tal carácter contraen sólo pueden saldarlas elevando, a la vista de todo el mundo, su propia **condición humana**, volviendo a ser **auténticamente humano**.

Muchos de nuestros semejantes, tarde a veces,

piensan y sienten que no cumplieron con mínimos deberes de solidaridad, que fueron inhumanos, que se comportaron peor que las bestias con personas que, por mil buenas razones, agrandadas con el tiempo, llamaron queridas durante muchos años. La conciencia los acusa que, un día aciago, movidos por insanos egoísmos, pensaron, muy quedamente, que preferían olvidar que existieran siquiera las personas que les hicieron bien, y hasta los ejemplos de sus vidas heroicas para no **sentirse**, en cierto modo, obligados a la reciprocidad. **Sienten**, al fin, haberse dejado arrastrar por las pasiones y ambiciones mezquinas engendradas y cultivadas por el mundo autoritario para que el sujeto sólo piense en su propio futuro a disfrutar a sus anchas. Pero lo cierto es que, si no mueren antes de alcanzarlo, el último y más largo período de sus vidas carecen de los elementos afectivos que las hacen dichosas, agobiadas por los **complejos de culpa**.

¡Qué poca ventura da a muchos sujetos el dinero por el dinero mismo! Con éste la mayoría obtiene satisfacciones pasajeras, efímeras que poco, muy poco, tienen que ver con lo que nos hace felices, permanentemente, hasta el fin de nuestros días: contribuir a la felicidad de los demás. Observad a los que van acumulando dinero, avaramente, regateando solidaridad hasta a sus más allegados por temor a pasar, algún día, por lo que llaman penosa —por no decir «vergonzosa»— **situación** de éstos, que no pensaban en sí mismos, y que sufren muchos otros congéneres. Sin embargo, visto desde un riguroso punto de vista social y humano lo verdaderamente penoso, triste, es constatar la miseria moral de los que así proceden. Son dignos de compasión, porque en realidad los **vencedores** —corto es el número que llegan a serlo— en la competencia por adquirir riquezas a costa, generalmente hablando, de los demás, son los **vencidos** por el mundo autoritario que los deja sin un girón siquiera de lo **humano** de lo más valioso del hombre de lo que le da verdadera **categoría humana**.

Desaparezca el desamor entre los seres humanos considerando que todos los llamados vencedores y vencidos somos víctimas de tal mundo regido por el principio de autoridad. En su sistema físico y nervioso, el ser psicossomático de cada sujeto está tranquilo, sin sosiego, alerta, en permanente actitud hostil, de combate frente a sus semejantes, considerándolo su peor enemigo, el más astuto e implacable que puede malograr sus propósitos, que son los suyos también. Todos y cada uno de los seres humanos está siempre dispuesto a sorprender y no ser sorprendido por su competidor ávido de riquezas. Al sentirse inseguros, en peligro mortal, se entregan, casi completamente, con todas sus energías, a competencias instintivas primarias, antivitales; se mueven y se agitan como fieras en acecho, peor que en la selva; temen siempre ser sorprendidos y destruidos por sus congéneres.

Este es el sufrir, que no el vivir decentemente, en todos los regímenes autoritarios que mantienen, en todos los países, la lucha de uno contra todos y de todos contra uno, en vez del construc-

tivo principio social, moral y solidario **todos para uno y uno para todos**, que defendemos los libertarios.

La sociedad autoritaria embruteciendo y maleando a los hombres impide, en la mayoría de éstos, la formación de buenas estructuras psicológicas y debilita las de los que las tienen relativamente bien constituidas gracias a ser más conscientes, amar más a la Libertad y realizar sus voluntades esfuerzos positivos por ser mejores. Pero en todos forma malos hábitos y les provoca trastornos nerviosos, neurosis y psicosis, toda clase de anomalías y desequilibrios psíquicos y mentales que enferman, en realidad, a la Humanidad toda.

En medio de la civilización y de la cultura bárbaras de nuestros días, vacías de morales, de nobles, de bellos y generosos ideales pocos sujetos escapan a tener defectos y complejos peculiares de la misma «sociedad» autoritaria desequilibrada de pies a cabeza: el complejo de poder, que enajena y tantos dislates hace cometer; el de individualismo insociable; el de acaparamiento, aunque lo acaparado se eche a perder sin aprovecharlo otros semejantes que lo precisan para no morir prematuramente pudiendo satisfacer sus necesidades primordiales; el egocéntrico y el ególatra exacerbados por el mismo ambiente; el de inferioridad y el de superioridad bestial, que se confunden y se unen a otros complejos, etc. Y todos se desarrollan tanto en los dominios del Tío Sam como en los más sombríos del zar rojo.

Todos los componentes de la sociedad autoritaria, privilegiados y desheredados —éstos en grado superlativo— están sometidos al temor permanente de la guerra y a la inseguridad del mañana sin pan, sin cultura, sin abrigo, sin casa, de abandono y miseria. Esta última situación la mayoría de nuestros semejantes están, de antemano, condenados a sufrirla. Y muchos peor: en el arroyo. Y para escapar a estas terribles situaciones la inmensa mayoría de los sujetos cometen las acciones más reprobables y atroces, y se forman complejos de culpa de todos los tipos por mil distintos comportamientos observados contra familiares, amigos y personas conocidas o no.

Vemos, pues, que no todos los complejos son de origen inconsciente o traumático. La mayoría los adquieren los sujetos, y se extinguirán tan pronto hagamos desaparecer al mundo autoritario que los genera y los cultiva; tan prontamente decidamos vivir en una sociedad libertaria basada en la igualdad efectiva, y bien entendida, de derechos y deberes, en la que cada miembro de la misma pueda elegir el trabajo manual o intelectual para el que tiene, realmente, más vocación, aptitud y habilidad. Y trabajando cada uno y todos, según sus fuerzas y consumiendo según sus necesidades, practicando la equidad, se vivirá la verdadera justicia social.

No caben términos medios en la lucha contra los complejos y contra todos los males de origen social y psicológico: por la mala o la buena cultura, por la actual sociedad que basándose en el

principio de autoridad se opone al desarrollo de conciencia moral, que se dé útil y elevado sentido a la vida individual y colectiva o por la sociedad que ha de venir, basando su organización en el principio de libertad, que persigue esos nobles fines por los que luchamos los libertarios en España en 1936-39. Precisamente por esto, la revolución social española tuvo la oposición de todo el mundo autoritario, desde el Tío Sam al zar rojo, que hoy piden y exigen a los hombres de ciencia que los ayuden a sostener al precitado mundo in-mundo.

Hoy el llamado que los libertarios hacemos a nuestros semejantes de todo el orbe, con buen sentido común, es el llamado mismo consciente de la especie humana, que no quiere desaparecer aplastada bajo las estructuras eutoritarias que amenazan ruina pese a sus apariencias sólidas. Son engañosas, falsas. Recuerdan que su «debilidad» es la guerra y al no poder eludirla, porque forma parte de su naturaleza misma, en cualquier momento puede producir el fin de todas las especies biológicas.

Se trata de curar a la sociedad del mal autoritario que tantos males ocasiona a los hombres. Y el medio o método psicoterapéutico más recomendable dada, sobre todo, la gravedad de su estado, es acabar, radicalmente, con el autoritarismo que lo engendra. Lo demás son paliativos que provocan recaídas más graves. Abundan los ejemplos de pueblos que después de adoptar sistemas «democráticos» de gobierno al poder desenvolverse los hombres con menos «dosis de tóxico autoritario», al recuperar alguna salud psíquica, mental, — evoluciona — como en el Perú actualmente — y reclamar la libertad, la que es capaz de practicar y en general, más derecho a la vida, vuelven a ser víctimas de más opresión, de la autoridad, armada hasta los dientes, que pretende que los hombres sólo formen rebaños, y vuelven los regímenes dictatoriales.

Los médicos y los psicólogos, en particular, saben que a un alcohólico, a un fumador, en fin, a cualquier vicioso no se le ha de aconsejar que deje el vicio poco a poco, fumando, por ejemplo, cada día menos. La experiencia médica y psicoterapéutica demuestra que ese método es, generalmente hablando, ineficaz. Hoy la Medicina, la Psicología y la Psicoterapia aconsejan drásticas y eficaces medidas : que abandone el vicio, cualquier vicio, inmediatamente; que siga el tratamiento adecuado, si el caso lo exige, pero que lo combata, totalmente, desde el primer instante que toma la decisión de desarraigarlo de su naturaleza, que no tiene por qué ser esclava, dominada, por ningún vicio. Y esta decisión ha de hacerla saber a los demás, proclamarla a los cuatro vientos; no ha de callar lo que está dispuesto a hacer desafiando y combatiendo a los mismos Estados que fomentan los vicios para comerciar hasta con la salud física y mental de las personas.

Lo bueno para el cuerpo humano lo es para el cuerpo social, como malo es para éste lo que hace mal a la mayoría de sus componentes. La conclu-

sión es obvia : el sano equilibrio individual y colectivo exige terminar, rotundamente, con el mundo autoritario, intoxicador permanente de las relaciones del individuo humano con sus semejantes, entre los miembros de cada familia y de la sociedad en general.

Las verdades más sencillas y esenciales son casi siempre las que más tardamos en advertir en un mundo de violencias que se empeña en complicarlo todo para desorientar a los hombres y a los pueblos. Y la verdad fundamental que exponemos los libertarios, que tratamos de establecerla en España en 1936-39 ha de ser, pronto, antes que sea demasiado tarde, advertida, admitida y defendida por nuestros semejantes de todo el mundo.

Enorme es la responsabilidad social y moral que en esta hora pesa sobre las conciencias de las mujeres y de los hombres de ciencia o no, pero plenamente conscientes del momento dramático que viven. Es hora ya de negarnos a colaborar con los Estados : no abduquemos más en favor de los fabricantes de vicios, de discordias entre los seres humanos, de armas y de sistemas de explotación y de dominación del hombre por el hombre. No más favorecer la continuidad de las situaciones dolorosas, antisociales y antibiológicas, de guerra permanente entre los miembros de nuestra especie.

Obremos de acuerdo con nuestras conciencias inspirándonos en los sentimientos de sociabilidad y de solidaridad. Por respeto que nos merezca la familia, por el mismo amor que sentimos por cada uno de sus miembros, empezando por los progenitores, por respeto a nosotros mismos, no admitamos se avasalle nuestra personalidad, que la humillen pretendiendo hacerla abdicar, atarla al pasado que nada puede solucionar en el presente. El ayer, con todos sus errores, que nos acercan a un cataclismo atómico, ha de morir haciendo triunfar la concepción de universalidad con ética científica-humana válida para todos los hombres del mundo. Basta que a los jóvenes de todas las edades físicas y mentales pretendan continuar haciéndoles pensar y sentir como viejos, de acuerdo con todo lo que los amenaza de muerte. Precisamente, por amor a los que más queremos, a propios y extraños, a todos nuestros semejantes, no hemos de admitir, en la era atómica, las influencias de partido, de facción, de grupo político y religioso que tan sujetos están a la tradición, a lo trasnochado, a todo lo que se opone a la corriente de humanización de la vida social en todas sus manifestaciones.

No nos falta valor humano para eliminar el complejo formado por mal sentido a nuestra vida, que nos deshumanizó un tiempo; pensemos que lo peor — lo saben bien los psicólogos y las personas evolucionadas — es la insistencia en seguir, por cobardía o por mezquinas conveniencias personales, la misma ruta que nos hizo perder jirones de nuestra condición humana.

Reconozcamos cuando dejamos que las malas cosas pasaran por encima de nosotros dañándonos o dañando sólo a los demás sin oponernos, resuel-

La ley del menor esfuerzo

AS confesiones religiosas y los partidos políticos se disputan la fe dogmática y la obediencia de cadáver de sus feligreses y correligionarios. La fe dogmática no es más aceptable que la obediencia de cadáver. Obediencia y fe conllevan la renuncia de la personalidad en aras de un principio autoritario.

Trescientos años de librepensamiento, de herejía científica, de crítica del dogma y de arrogancia iconoclasta, no han logrado liberar al hombre del grillete de la esclavitud, soporte a la vez toda opresión y material.

La teoría del menor esfuerzo y la pereza mental, la rutina y el hábito de reata, han venido frenando y malogrando todo avance sensible del progreso social. Entre la frondosa variedad de dogmas autoritarios se halla el tabú de hablar al pueblo francamente, con sinceridad brutal, haciendo caso omiso de ciertas liberalidades y especulaciones, convencionales o demasiado interesadas.

tamente, a las mismas o sin intentar, al menos, evitarlas, pero dispuestos a no cometer los mismos errores. Evaluemos las acciones y los hechos, pasados y presentes, sin tratar de eludir la parte de culpa que en todo nos corresponda pensando que la culpable, casi la única culpable es la sociedad autoritaria summum de fealdades y de inmoralidades.

Nuevo rumbo a las vidas humanas y a la sociedad que ha de cumplir, realmente, con la misión fundamental de ayudar al individuo y a todos los individuos humanos que la forman. Lo esencial es la libertad. Pues a defenderla, a no transigir con ninguna forma de autoridad. Cada una y todas mantienen el militarismo, la violencia organizada para defender sistema de organización política — mal llamada social — anormales, antisociales, desequilibradoras.

Vale la pena aceptar cualquier riesgo por la actitud erecta, humanísima, que adoptamos frente al mundo autoritario. Lo denigrante, lo peor, repetimos, es negarnos a nosotros mismos, como humanos reflexivos y experimentados, persistiendo en el error.

La liberación del hombre de los egoísmos bestiales, de todas las servidumbres, de las tendencias de agresión bélicas, y de todos los malos complejos negativos, destructivos, ha de empezarla él mismo desarraigándolos de su naturaleza y sacudiéndose el brutal dominio del mundo autoritario que ha de morir por injusto, por inhumano, por cruel.

F. OCANA

Intocable es la pereza mental de las grandes masas definidas como cuarto Estado, como clase proletaria o más generalmente bajo el burdo común de «pueblo».

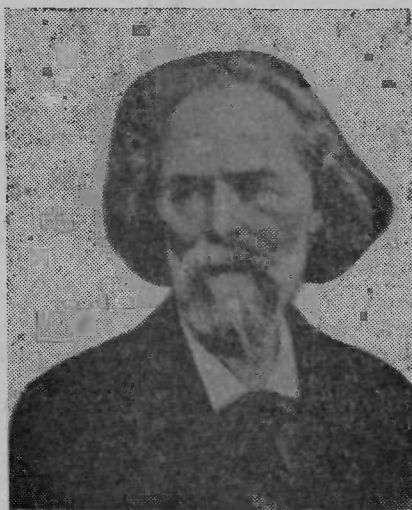
El verboso siglo que vivimos juzga natural organizar con la masa sangrientos festines en honor a Marte, todo y exaltando las virtudes del pueblo. Los devaneos autoritarios de los Estados, el totalitarismo manicomial, son a la vez cantores y ejecutores; ejecutores de matanzas masivas e intensivas y fogosos apologistas de las prerrogativas populares. La reclame patriótica que antecede a toda movilización popular es una verdadera exaltación de quintaesenciadas virtudes cuyo consignatario es el pueblo.

La inmensa mayoría de los actos oratorios son misas cantadas en sufragio del público presente. Este escucha los arrebatos verbosos de los misioneros políticos con delectación bovina.

Quitad al rito religioso, católico o protestante, la parte contagiosa por vía de la rutina o de la frivolidad; quitadles a los feligreses la oportunidad de concertar citas profanas e hilvanar negocios materialistas en complicidad con los santos, monaguillos y sacristanes; quitadle a la religión la parte espectacular, el boato escenográfico en ciertas fechas señaladas y reduciréis a los curas a la inanición. El merodeo del curato de cara a la limosna pía es un síntoma de penuria pía. El mitin político ha arrebatado a la iglesia su feligresía. En el mitin político no se vomitan imprecaciones contra las ovejas; no se les atemoriza con tremebundas visiones del infierno ni con amenazas de penitencias dantescas. En el acto político se maneja el incensario con mayor pericia que en el templo de Cristo. Se halagan hasta la abyección virtudes reales, dudosas y supuestas. Y el pueblo que no quiere pensar, que siente pereza de pensar, que siente la embriaguez del olvido o se olvida en la embriaguez; el pueblo que se resigna a obedecer acatando la ley vulgar del menor esfuerzo, perdona todas las ofensas, la jornada de sol a sol, el látigo del capataz, el picadero del cuartel y el picadillo de la guerra a cambio de una cascada de zalamerías y de pródigas promesas sin consecuencias.

Ninguna tiranía se sostiene sin la complicidad moral y material de sus propias víctimas. Canteamos menos las excelencias de la masa y fustiguemos más sus debilidades y complicidades. Despertemos en el hombre, en el fuero interno del individuo, la contención, la dignidad y la rebeldía. Dejemos de ser soporte y pedestal, y la tiranía, toda tiranía, caerá en el vacío.

R.



(Continuación.)

A esta carta Bakunin respondió el 15 de febrero de 1875 con una carta que puede llamarse su testamento político, pues por última vez relata sus opiniones sobre el futuro europeo, cual lo predecía. Cartas posteriores a su amigo Reichel y a otros, aluden también a las cuestiones generales, pero ninguna lo hace con la precisa forma de ésta:

«Lugano, 15 de febrero de 1875.

Mi muy querido amigo: Le agradezco sus palabras tan amables. Nunca dudé de su amistad; este sentimiento es también recíproco y juzgo el de usted por el mío.

Sí, usted tiene razón, la Revolución por el momento ha vuelto a su cauce, retrocedemos al período de las evoluciones, es decir, en las subterráneas, invisibles y a menudo insensibles revoluciones. La evolución del día presente es muy peligrosa, si no para la humanidad, al menos para ciertas naciones —se trata de la última reencarnación de una clase agotada, jugando su última carta bajo la protección de la dictadura militar— la dictadura del bonapartista Mac Mahon en Francia, y la de Bismarck en el resto de Europa.

Esto de acuerdo con usted al decir que la hora de la evolución ha pasado, no debido a la temerosa desgracia de la cual hemos sido testigos, y a las terribles derrotas cuyas víctimas más o menos culpables hemos sido—, sino porque para mi gran desesperación he averiguado y me doy cuenta cada día, que el pensamiento revolucionario, la esperanza y la pasión no existen absolutamente en las masas, y cuando éstas están ausentes, aunque hagamos todo esfuerzo posible, no lograremos nada. Admiro la heroica paciencia y perseverancia de los Jurasianos y los belgas —(de la Internacional)—, esos últimos mohicanos de la última Internacional, que a pesar de todas las dificultades, adversidades y obstáculos en medio de la general indiferencia, oponen un frente obstinado a la ab-

ELISEO RECLUS Y

solamente contraria corriente de las cosas, que continúan tranquilamente haciendo lo que hicieron antes de las catástrofes cuando el movimiento estaba en ascenso y cuando el más pequeño de los esfuerzos creaba nuevas fuerzas.

Su trabajo es mucho más meritorio desde el momento en que no madurará en frutos, pero pueden estar ciertos de que su labor no será vana —nada se pierde en el mundo— y las gotas de agua, invisibles en sí mismas, no por eso dejan de engrosar el océano.

En cuanto a mí, mi querido amigo, me he vuelto demasiado viejo, demasiado enfermo, demasiado cansado, y debo decirlo, en muchos aspectos muy desilusionado, para sentir el deseo o tener el vigor de participar en dicho trabajo, me he casi decididamente retirado de la lucha y pasaré el resto de mis días en la contemplación, no en una ociosa contemplación, sino al contrario en una intelectual y muy activa contemplación que, espero, no dejará de producir algo útil.

Una de las pasiones que me dominan en esta hora, es una inmensa curiosidad. Desde el momento que he debido reconocer que el mal ha triunfado y que no puedo impedirlo, he empezado a estudiar las evoluciones y los desarrollos de dicho mal con una casi científica pasión que es bastante objetiva.

Qué actores y escenas: Como telón de fondo, dominando toda la situación europea, está el empujador Guillermo y Bismarck a la cabeza de una gran nación de lacayos; contra ellos están alineados el Papa con sus jesuitas, la iglesia católica romana entera, rica en millares, gobernando una vasta parte del mundo mediante las mujeres, la ignorancia de las masas y la incomparable habilidad de sus aliados incondicionales que tienen puestos los ojos en todas partes y sus manos en cada cosa.

El tercer acto: la civilización francesa encarnada en Mac Mahon, Dupanloup (el arzobispo) y Broglie (el duque), forjando las cadenas para un gran pueblo decaído. Luego a su alrededor, España, Italia, Austria, Rusia, cada una poniéndose una máscara según la ocasión, y a alguna distancia Inglaterra, incapaz de levantar de nuevo su frente para volverse algo, y a una distancia aún mayor la república modelo de los EE. UU., coqueteando ya con la dictadura militar.

¡Pobre humanidad!

Es evidente que solamente se puede escapar de todo esto mediante una inmensa social revolución... Pero, ¿cómo puede lograrse dicha revolución? Nunca la reacción internacional europea fue tan formidable y estuvo tan armada contra los movimientos populares. La represión ha sido hecha una nueva ciencia enseñada sistemáticamente

MIGUEL BAKUNIN

por los tenientes de todos los países en las escuelas militares. Y ¿qué es lo que nosotros tenemos para atacar tan inexpugnable fortaleza? Las masas desorganizadas. Pero, cómo organizarlas cuando ni siquiera se sienten apasionadas para su propia salvación, cuando ignoran lo que deberían desear, y cuando no quieren lo que sólo podría salvarlas.

Está, desde luego, la propaganda, como la que los Jurasianos y los belgas están haciendo. Esto sin duda es algo, pero es muy poco: unas pocas gotas de agua en el océano, y si no hubieran otros medios de salvación, la humanidad tendía tiempo de pudrirse diez veces antes de que fuera salvada.

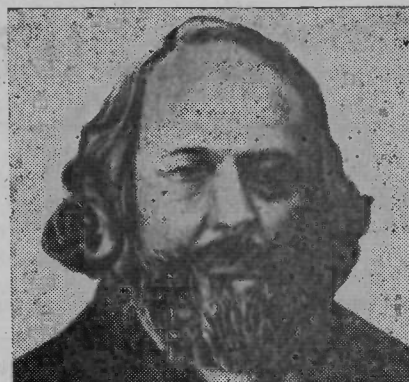
Queda otra esperanza: la guerra universal. Esos inmensos Estados militares deberán pronto o tarde destruirse y devorarse entre ellos. Pero qué perspectiva...»

Aquí termina la cuarta página de esta carta; Bakunin previó cosas ocurridas hasta 1914: las masas permanentes y estáticas, sin espíritu, la propaganda y la organización infructuosos, la interdestructiva guerra mundial acercándose —«¡qué perspectiva...!»—; apenas que Reclus no haya preservado el resto de esta carta. Replicó (La Tour de Peilz, 7 de abril de 1875): creyendo que la república en Francia duraría, siendo ahora una pura forma de dominación burguesa que no requeriría por mucho tiempo a una persona como Napoleón. Se simplificaría así la cuestión entre el capital y el trabajo.

«... Esto no prevee —continúa Reclus—, en mi creencia como en la suya, el resultado definitivo. Desde hace ya bastante tiempo no creo en la fatalidad del progreso; es muy posible que seamos derrotados, pues nosotros tenemos solamente un muy débil espíritu de cohesión, y sólo tenemos caprichos y no voluntad. Pero lo que me tranquiliza es el gran movimiento científico de nuestro tiempo. Aun si desapareciera lo que usted llama civilización francesa, poseemos algo mejor que ella en la evolución darwiniana, en el estudio de la conservación de la energía, y en la sociología comparativa. Yo no digo como ya no recuerdo qué apóstol «la verdad nos hará libres», sino que al menos nos hará la mitad de la tarea...»

Debo añadir que también Bakunin en su carta de 1875 fue animado por los movimientos anticlericales de su tiempo, en Alemania, en Francia, como también en el cantón suizo del Ticino (Tesino) en donde vivía; escribiendo a Adolph Reichel con fecha 19 de octubre de 1875, lo que sigue:

«... Ahora me parece que de nuevo soy útil y necesario para animar al viejo, grande y olvidado grito de los Enciclopedistas: «Ecrason l'infâme» (Aplastemos al infame); y como en mi buen viejo fanático tiempo cuando solía decir: ¡No me habléis



de imparcialidad! Nosotros dejaremos toda imparcialidad al Señor; por lo tanto, empiezo de nuevo a preocuparme poco de la justicia abstracta: todo lo que arruina al clero y a los sacerdotes es justo y hermoso para mí...».

Aquí de nuevo vemos que Bakunin y Reclus están enteramente de acuerdo en principios; en la esperanza que ambos derivan de los esfuerzos para la emancipación intelectual de la humanidad al menos; pero en la práctica Reclus se vuelve hacia la ciencia, y Bakunin renueva el glorioso viejo grito: ¡Ecrasons l'infâme!

Eliseo Reclus había contribuido muy poco hasta entonces en las publicaciones definitivamente anarquistas. Había, sin embargo, escrito: **Algunas palabras acerca de la propiedad** para el Almanaque Jurasiano del Pueblo de 1873 (Saint Imier, Propagande Socialiste), artículo idéntico al panfleto que más tarde había de aparecer con el título **A mon Frère le Paysan** (A mi hermano campesino), que en los últimos años, desde 1893, ha sido a menudo reimpresso y traducido; existe vertido en lenguas menores como el armenio (1893) y aún en dos dialectos bretones, el de Treguier y el de Vannes (Guin-gamp, 1912).

La sección internacional en donde Reclus vivía, en el lago de Ginebra, era muy pequeña; en una carta del 7 de abril de 1875, dice a Bakunin:

«... La pequeña sección de Vevey marcha bastante bien. En ella hay dos hombres que tienen mucho fervor y otro que es medio entusiasta. Puede ver que es bastante ya...»

En 1876 el movimiento revivió. El 19 de marzo la sección de Lausana tuvo un mitin especial y muy grande para conmemorar a la Comuna. El discurso pronunciado por Reclus no ha sido preservado, pero dice la tradición que en este mitin por vez primera se declaró un anarquista ante una numerosa audiencia.

Parece que entre él y Bakunin —que murió el 1 de julio de 1876—, no tuvieron lugar más comunicaciones; pero después de la muerte de Bakunin, cuando otros no vieron oportunidad para hacer conocer sus escritos, la sobria y perspicaz mirada de Reclus profundizó en los manuscritos de Bakunin que estaban inéditos, durante dos veces; y en

Líneas de humor

A las tres de la mañana sonó el teléfono. El compañero se despertó en un sobresalto y cogió el auricular.

—Hable.

Una voz femenina se oyó inmediatamente.

—Soy la vecina del piso de encima. ¿Quiere usted hacer el favor de tranquilizar a su perro que no hace más que ladrar? No puedo pegar un ojo.

El compañero colgó refunfuñando el aparato.

A la mañana siguiente, hacia las tres de la madrugada, ruido de teléfono.

La vecina fue despertada con sobresalto y se puso el auricular en el oído.

—Hable.

—Soy su vecino del piso de abajo. ¿Es usted quien me pidió ayer noche que hiciese callar a mi perro?

—Sí, afirmó la señora, pero a estas horas no se despierta a la gente...

—Dispéñeme, quería solamente decirle que yo no tengo perro.

ambas, logró hacer publicar « La Comuna de París y la concepción del Estado » (1878) y la obra maestra « Dios y el Estado » (1882). Mientras que los escritos publicados de Bakunin, la mayoría tratando asuntos momentáneos, se volvieron raros y casi olvidados, « Dios y el Estado », este teórico y sin embargo práctico fragmento, se abrió camino por todas partes desde 1882, mediante reimpresiones y traducciones, manteniendo vivas las ideas de Bakunin y el deseo de saber algo más de él, que de tiempo en tiempo se extendió considerablemente. Tomé parte en ésto y puedo decir que en en el momento en que Kropotkin y Eliseo Reclus vieron mi interés en ello y mi perdurabilidad al efecto, me ayudaron en cuanto pudieron. Fue entonces cuando a menudo hablé con Reclus de Bakunin y escuchado algunos de los detalles mencionados más arriba y muchos otros. Reclus era el más completo y verdadero anarquista que Bakunin conoció, exceptuando a Proudhon : por lo tanto, aunque no fue influenciado por la personal influencia de Bakunin, fue siempre para él lo que en 1875 llamó su **hermano independiente**. El respeto y la amistad entre estos dos hombres que ampliamente diferían en muchos aspectos, representa un honor poro cada uno de ellos.

MAX NETTLAU

(Trad.: V. Muñoz)

Doctor Esquerdo,

VARIOS entierros de médicos famosos hemos conocido, cuyo cortejo fúnebre fue impresionante por el desbordamiento del alma popular al acompañar hasta su última morada los restos de quienes habían dedicado sus actividades a curar enfermos y aliviar dolores; pero ninguno como el de don José María Esquerdo en aquel primero de febrero de 1912, hace justo medio siglo. Tras de la carroza mortuoria los representantes de la Facultad de Medicina, colegas y discípulos; después, la masa anónima de los que, conociéndole o sin conocerle, se consideraban unidos a él por la universalidad de su nombre y su admiración devota.

Acreditado como el mejor siquiatra español de su tiempo, fundador, en Carabanchel Alto, del primer centro asistencial para la curación de los dementes, sacándolos de las mazmorras y ambiente carcelario característicos de los viejos manicomios, para instalarlos en clínicas que fuesen prolongación del propio hogar, introdujo en España las nuevas ideas sobre fisio-patología y terapéutica de los trastornos sicopáticos. Pero aparte de esta faceta de su personalidad, existe otra menos conocida y que sus diferentes biógrafos han olvidado.

El doctor Esquerdo, antes que siquiatra, ejerció como médico de familia, siendo el arquetipo de esa figura tan simpática y acogedora que en el siglo XIX significaba la salvaguardia de la salud de todos los hogares, lo mismo ricos que pobres. Con sus barbas apostólicas, ojos de mirar profundo, largas melenas, chistera señorial, cordialidad afectiva y fuerza de sugestión sobre sus pacientes, lograba más curaciones con su presencia y sus palabras que con las recetas.

Cuando en el año 1868 se estableció la libertad de enseñanza y en el Hospital General de Madrid una escuela libre de Medicina, se encargó de la cátedra de Patología General, explicando unas lecciones admirables que para escucharlas acudían no sólo estudiantes, sino médicos de la capital en ejercicio y algunos de provincias. Discípulos suyos fueron entonces los eminentes don Angel Pulido, don Manuel Tolosa Latoud, don Carlos Cortezo, don Simón Hergueta, don Alejandro San Martín, don Enrique Isla, don Manuel Alonso Sañudo...

Por circunstancias político-universitarias que no son del momento, la cátedra de Patología General no había tenido en el Colegio de San Carlos el relieve e importancia que corresponde a tan trascendental materia; el último titular había sido un antiguo alumno del Colegio de Cádiz, que acompañó al último virrey del Perú y que a su vuelta, para premiarle sus servicios en aquel difícil viaje, le dieron en la Universidad Central la referida cátedra, desempeñándola hasta que murió octogena-

primer siquiatra español

rio, y dando lugar a un anecdotario pintoresco de andaluz ocurrente que refiere en sus Memorias don Federico Rubio. De aquí, que el primer verdadero maestro de esta fundamental disciplina fuese el doctor Esquerdo, señalando ya nuevos rumbos, poniendo jalones para sistematizar la Patología General; lo que luego hicieron Letamendi, en Madrid, y don León Corral, en Valladolid.

Esquerdo no podía negar su origen levantino. En su tipo, en su fisonomía y modo de ser lo demostraba claramente. Había nacido en Villajoyosa, uno de los vergeles del Reino de Valencia, el 2 de febrero de 1842. Quedó huérfano de padre y recogido y educado por un hermano de su madre, virtuoso sacerdote, que le inculcó el amor al estudio y le hizo aprender latín con toda perfección.

Durante tres años estudió en el Seminario Conciliar de la provincia. Faltándole la vocación necesaria, se trasladó a Madrid para seguir la carrera de Medicina, terminándola con nota de sobresaliente, el 14 de junio de 1865. Sus maestros predilectos, los que influyeron en su formación intelectual, fueron don Pedro Mata, don Luis Martínez Leganés y don Rafael Martínez Molina. A raíz de su licenciatura, en atención a sus excepcionales méritos, es nombrado ayudante facultativo y médico agregado del recién creado Hospital de la Princesa. En 1867 se anunciaron oposiciones al cuerpo médico de la Beneficencia Provincial. Tomó parte en ellas y obtuvo el número uno, ingresando como médico de sala. Con este cargo comienza para el doctor Esquerdo un período de intensas actividades que le llevaron a las más altas cumbres del prestigio profesional. Actuó como clínico de visita selecta y numerosa, como maestro, como orador, escritor y político. Bajo este último aspecto definió tanto su personalidad, que, dentro del partido republicano, era uno de los jefes de mayor prestigio, propuesto para ministro, cargo que no aceptó.

La vocación por el ejercicio práctico y humanitario de su carrera le llevó a formar un equipo quirúrgico —como ahora se dice— cuando la guerra civil del Norte, el año 1872. Con anterioridad, se distinguió por la asistencia de cientos de coléricos en Talavera de la Reina, Villa del Alamo, Carabanchel, y, en Madrid, en la barriada de las Peñuelas.

Lo característico de la vida del doctor Esquerdo, lo que después define su personalidad, es la obsesiva preocupación por los problemas relacionados con las enfermedades nerviosas y mentales. La de enajenados, mal estudiados y peor clasificados, se debe a él. Las primeras aplicaciones del laboratorio a la clínica: utilización de la anatomía patológica como base para definir las lesiones del cerebro y médula, fueron en manos de Esquerdo armas

de divulgación y engrandecimiento científico que elevaron nuestro nivel médico intelectual ante los extranjeros, como se reconoció en el Congreso Internacional de 1904.

Sus trabajos en defensa de los locos delincuentes; informes frenopáticos del regicida Oliva y del célebre asesino «Sacamantecas»; así como sus modificaciones a las reformas del Código penal, pueden ser leídos y analizados hoy, en la seguridad de que el nombre del gran siquiatra queda a la misma altura de los especialistas médicos forenses contemporáneos: Lagranje, Petrangeli, Maestre Piga, Royo Villanova, Pérez de Petinto.

No deja de ser interesante y aleccionador recordar cómo nació en su vehemente imaginación levantina la afición por la medicina siquiátrica. Un día, en sus paseos juveniles, se aproximó al manicomio de la ciudad en cuyo seminario cursaba la carrera sacerdotal; llegaron a sus oídos gritos de angustia; la curiosidad le llevó a inquirir su origen y presencié el castigo corporal que estaban imponiendo a uno de los desgraciados vesánicos allí recluido. Aquel espectáculo le impresionó grandemente; vibró su ya entonces sutilísima emotividad. Aquella noche no le acudió el sueño tan presto como de costumbre, y en su vigilia percibió el cuadro que le repugnaba aún, sólo por impulsos de su propio corazón, puesto que los conocimientos que poseía entonces no podían evidenciarle lo científicamente inhumano de tal proceder.

Desde aquel momento —se lo escuchamos muchas veces— partió su compasión hacia el loco y sus afanes y deseos de redimirle; juróse entonces dedicar a ello su vida entera y todas sus energías. Refugiado en sus dos grandes amores: el histórico hospital de la calle de Santa Isabel y el sanatorio de Carabanchel Alto; colmado de honores y de amigos leales, llegó a la noche del 30 de enero de 1912. Hombre infinitamente bueno, presentaba dos características: la integridad moral de su temperamento, y la austeridad, teniendo por lema el perdonar a sus enemigos. Así, cuando presentado para ser académico de Medicina, fue derrotado, al día siguiente buscó en los claustros del hospital al causante de su derrota para decirle que estuviese tranquilo, pues jamás le guardaría rencor. Y así fue, pues luego siempre tuvieron cordial amistad, y no volvió a presentar su candidatura.

Doctor J. ALVAREZ-SIERRA



En el mundo autoritario «Autopsia psiquiátrica» de
MARILYN MONROE

NO puede hablarse de la conducta humana y del vivir global del sujeto sin referirnos a su medio social circundante, al campo de reacciones, vario y amplio, de fuerzas exógenas de toda clase que influyen en él, permanentemente, y viceversa. Del medio autoritario que nos toca sufrir, en nuestros días, inadecuado al desarrollo normal de la vida humana, Norma Jean Baker (Marilyn Monroe) es un prototipo del mismo o símbolo de lo trágico que es vivir en él, para la mujer en particular. Presentamos y estudiamos su caso por ser de actualidad y estar vinculado a la industria cinematográfica, a la actualidad más « brillante » de este medio hostil al progreso moral del individuo y de la sociedad que ha victimado a esta famosa artista del cine mundial.

Los médicos que hicieron la autopsia a la desventurada y malograda Marilyn Monroe anunciaron que ésta se suicidó tomando, aproximadamente, el doble de la dosis de barbitúricos considerada mortal. Esto lo declaró, el 6 de agosto, al día siguiente de su muerte, el toxicólogo de la policía de los Angeles. Marilyn quiso, pues, asegurar, doblemente, su « huida » del mundo de los « vivos » — que matan —. Muerta la encontraron a las 3,50 del 5 de agosto del año en curso en Los Angeles, en la misma ciudad que nació el 1 de junio de 1926, donde sufrió una niñez y una adolescencia tristes, atormentadas y desgraciadas.

Marilyn Monroe, cuando parecía triunfante en el fulgurante y cegador mundo del cine tuvo raras horas felices, muy pocas, al lado de su ex esposo Joe di Maggio, no por él mismo — que carecía de los valores intelectuales que posee el dramaturgo Arthur Miller, su siguiente y último esposo, del que también se divorció — sino, porque alternaba con su familia y gozaba de lo que nunca disfrutó antes : del calor hogareño. No es raro que seres humanos eminentemente sociables, al quedar solos lleguen a apurar la soledad y acaben decidiendo volver, con serenidad, sin dirigir reproches a nadie, prematura y voluntariamente al seno de la madre Naturaleza, que nos da, en silencio, el abrazo eterno como nos dió, calladamente la vida consciente, y no es cruel como muchos de los semejantes que nos rodean.

Lawrence Olivier, el famoso actor inglés, al opinar sobre la muerte de Marilyn Monroe declaró : « La opinión popular y todo lo que la promueve hace que la vida sea inestable y ella fue explotada más allá de la capacidad de nadie ». En efecto, ya lo hicimos constar en el capítulo anterior al hablar sobre el hombre y los complejos del mundo autoritario : éste es un mundo indecente

e inhumano, sórdido, de falsos valores, movido por el dinero y no por una moral superior. Y en él, como afirma Olivier, la vida de los individuos humanos es insegura, « inestable ».

Las declaraciones del precitado gran actor británico las complementó Kim Novak, famosa actriz del cine norteamericano. Y puso de relieve, con la fuerza sincera y emotiva de la hora, lo que en ella existe — como en toda mujer en su misma infortunada amiga Marilyn, aparentemente frívola — de sensible y humana que no descubre el gran público maleado por la propaganda comercial e inmoral que perturba y desquicia las mentes y los cuerpos de los seres humanos.

Kim Novak, en la entrevista televisada de la Columbia Broadcasting System (EE. UU.), celebrada en la noche del 7 de agosto, hizo públicas las palabras siguientes que, en cierta ocasión, le fueron dirigidas por el director de un estudio cinematográfico : « Recuerde y nunca lo olvide, que todo lo que usted es, es un pedazo de carne, como en una carnicería ». Y añadió : « Es bastante terrible... que eso es lo que es una; que hay que mirarse a sí misma de esa manera. Y lo peor es que una es tratada de ese modo. A Marilyn así la trataron también. No podemos andar por ahí diciendo : « Por favor, sea bueno conmigo. Soy un ser humano, trátame bien ».

Es la viva y cruda realidad : la sociedad autoritaria, esencialmente mercantilista y guerrera, a todos los individuos humanos, por muy humanos que sean, los considera simple carne de explotación. Tanto produce en el campo comercial, tanto vales para nosotros, que exigimos continúes dejándote explotar. Lo afirma Olivier : « Marilyn fue explotada más allá de la capacidad de nadie ». Y cuando llega la guerra provocada por la competencia económica entre los Estados éstos sacrifican rebaños de humanos, al por mayor, haciendo del mundo una inmensa carnicería. En lo particular como en lo general, ésta es la concepción autoritaria sobre el valor de la vida humana que se la recordaron brutalmente a Kim Novak.

Marilyn Monroe rogaba que la respetaran como merecía : como persona humana. Pero no la hacían caso, como caso alguno hacen a los millones de trabajadores, de todas las clases, norteamericanos y de todo el orbe, que son explotados por el mundo autoritario defensor de la propiedad privada. Y Marilyn protestaba a su manera. Para no herir y hacer reflexionar a los que la rodeaban, que la explotaban o la deseaban suciamente, poco antes de matarse dijo a los periodistas con seriedad, que no la tenían en cuenta porque sólo admiraban su jovial y bello ser : « Esta industria —

se refería a la cinematográfica — debiera actuar como una madre cuyo hijo ha escapado y corre frente a un coche a gran velocidad. Pero en lugar de asegurar al niño para que eso nunca le ocurra, todos comienzan a castigar al chico. »

Así habló la adulta Marilyn Monroe, que en sus primeros dieciséis años ¡había vivido en doce hospicios! Con sus palabras se proyectaba, de modo inconsciente, pero de forma hondamente sentida, reflejando todos los deseos más nobles que no pudo jamás satisfacer, todas sus ansiedades, todas las lacerantes angustias que sufrió durante toda, absolutamente toda su existencia : expresaba la necesidad que sintió siempre de madre y padre — al que nunca conoció — de sus tiernos afectos y cuidados desinteresados, que la cuidaran y orientaran para aprender a evitar dolorosos o fatales atropellos. Y este vacío afectivo, que nunca pudo ser llenado, más lo añoraba al verse atropellada por todos los « sujetos » que la rodeaban o se acercaban repentinamente, como el coche que se lanza sobre el niño y puede matarlo.

« No sé por qué las personas no son más generosas unas con otras », manifestó Marilyn Monroe en la última entrevista que concedió pocos días antes de terminar con su vida. Se acercaba el desenlace, el fin de su propio drama y lamentaba que éste tuviera tal final amando como amaba tanto la vida, una forma de vivir más digna que todo y todos se lo impedían. Al mismo periodista que publicó las últimas palabras pronunciadas por Marilyn para la prensa, le dijo : « Dicen lo que no comprendo : que simbolizo lo sexual. Un símbolo del sexo se convierte en una cosa. » Era el grito sensible y pudoroso, lanzado a la faz del mundo deshonesto, de la que, pese a todas las apariencias, quería que la consideraran mujer y no hembra, simple cosa para placer sexual.

Cuando el 12 de agosto, próximo pasado, leímos que en su cuenta bancaria tenía sólo cuatro mil dólares recordamos que recientemente vino a México — donde reside el que escribe — y donó mil dólares para desayunos escolares de niños de primaria que necesitaban tanto o más nutrir el cuerpo que el cerebro. La generosidad no era en sus labios vana palabra. En proporción con lo que poseía en dinero su donativo o acto solidario se comenta por sí solo. Los niños la recordaban su propia niñez más desamparada y desgraciada todavía : sin siquiera el calor afectivo y el apoyo moral de los progenitores.

El insensible y frío mundo del dinero le exigía más y más, que representara lo que no quería ser, lo que ya le producía repugnancia, aunque al principio de su carrera cinematográfica, dadas las penurias que sufrió, de toda clase, sola, en medio del mundo, frente a todos, consintió lo que quisieron los productores de películas para enriquecerse e independizarse : simbolizar lo sensual y lo sexual aprovechando su atractiva y bella anatomía.

Ciertamente, iba desfilando por las películas haciendo cautivadoras sonrisas que descubrían los hondos repliegues de su estructura psicológica, sus

ansias inmensas de vivir contenta y feliz, risa y alegría contagiosas que eran mal comprendidas. Su intensa vida interior afectiva, deseando felicidad, bien entendida, provocaba su exuberante *savoir être*, la gracia de sus gestos y de sus movimientos que, generalmente hablando, atraían sexualmente a la mayoría de los varones, mientras la verdadera Marilyn Monroe, que anhelaba ser comprendida y amada, y no sólo deseada, sufría lo indecible, se desgarraba interiormente y lloraba lágrimas amargas.

¡Oh, mundo autoritario y maldito, que educas a los seres humanos para que se hagan mal a sabiendas y sean crueles! La extraordinaria intuición femenina de Marilyn Monroe no pudo ver y comprender a tiempo que se hallaba entre los representantes de la civilización y de la mala cultura, autoritaria y comercialista, responsables de la crisis moral que sufrimos, que provocan la quiebra de todos los valores humanos.

Recientemente, de forma espontánea, con palabras que parecían lágrimas, declaró : « Nunca tuve la suerte de conocer la felicidad... ». Y otro día, refiriéndose a tener o no tener seguro el trabajo en la industria cinematográfica manifestó : « Sería un gran alivio ser liquidada ». Esta y otras frases que explicaban su conflicto psicológico, lo íntimo de su tragedia y de su personalidad no han sido comentadas por el periodismo cursi y comercial que quedó sorprendido de que mujer tan bella decidiera huir del mundo autoritario del modo terrible que lo hizo.

Marilyn Monroe no hallaba la felicidad; no triunfaba en lo que quería. ¡Y a tan infeliz mujer el mundo la consideraba triunfante! ¡Cuántos de nuestros semejantes piensan y sienten como Marilyn y, como ella, acaban liquidándose por no tener a su lado familiares y amigos que bien los quieran, y que más que comprender practiquen — sobre todo en casos extremos que se intuyen — la familiaridad y la amistad de acuerdo con el valor moral y social que contienen y representan esas dos palabras. Para muchos sujetos son sólo simples palabras... Si Marilyn Monroe hubiera tenido a su lado familiares y amigos de buena calidad humana, no hubiesen tomado a broma lo que decía, que la perturbaba y concordaba con lo que proyectaban sus actos, y seguramente viviría dando nuevo rumbo a su existencia hasta el fin normal de sus días.

Sucedió lo irremediable, sin haber hecho, los que la rodeaban, algo práctico, generoso, desinteresado, para evitar su triste y acusador fin. Hoy muchas de las personas que contribuyeron, con su indiferencia, su egoísmo, o su maldad, a provocarle el trauma psíquico, se arrepienten de haberla ofendido y tratado mal.

Ayer todos los hombres, en particular, generalmente hablando, atentaban a su pudor de mujer. Sus patronos, sus mismos socios y « amigos » se esforzaban por presentarla, en todas las películas como cosa — lo que no quería ser — morbosa, como la hembra de todos, y como tal la miraban, en todo el mundo, la inmensa mayoría de los hom-

bres : como mercancía sexual, o símbolo de la misma, a la que cada uno y todos podían pretender. Todos se consideraban con derecho a poseerla o al menos de besarla con sus miradas lascivas, porque por y para eso pagaban el boleto de entrada a los cines que la exhibían en sus pantallas. ¡Qué asco de mundo en que vivimos!

Marilyn Monroe se sentía desolada, sumida en profundas indignidades, en hondos abismos de degeneración física, moral y mental que la entristecían y la herían, pero tenía que volver a salir a la superficie de la vida llamada « moderna », sonriendo para deslumbrar a todos sus semejantes con fulgores de « estrella » máxima del firmamento cinematográfico que explotaban productores y empresarios de películas. Pensaba salvarse esforzándose por alcanzar la mayor altura de los « astros ». Y en su desenfrenada y torturante carrera cinematográfica en la que existe tremenda competencia, alcanzaba metas — películas — que significaban ríos de oro para sus explotadores.

Terribles fueron los últimos meses de vida de Marilyn Monroe. El insomnio y mil ideas destructivas la dominaban. Disminuídas sus fuerzas, decepcionada y frustrada, viendo desestimado, pisoteado, herido y maltrecho lo que era su verdadero yo, decoroso, trascendente, se fue fijando en ella la idea, la obsesión de acabar con el cuerpo, con el suyo, que hacíanlo servir para lucrar despertando pura sexualidad, bestialidad. Jaurías libidinosas la seguían por todo el mundo alimentando la esperanza de hacerla algún día su presa.

Marilyn Monroe, acosada por la publicidad indecorosa, por todos los públicos y por todos los que con su talento y belleza lucraban, cansada de padecer angustiosos y torturadores rebajamientos llegó el momento que no pudo resistir más la terrible tensión psicológica... Y la « estrella », tan ambiciosa y tan ansiosa de proyección artística sublime y espiritual, destrozada moralmente, viendo hechos mil pedazos todos sus más nobles y bellos sueños cayó del cielo filmico para no levantarse jamás.

La sociedad autoritaria cometió contra ella el perfecto crimen psicológico. Pero Marilyn, con el postrer acto de su vida, con su última acción, desenmascaró a esta sociedad cruel que exprimió, despiadadamente, sus energías físicas, psíquicas y mentales y la arrastró al suicidio. Consciente o inconscientemente Marilyn Monroe se dignificó. Antes de caer el telón y quedar, para siempre, fuera de la escena donde actuó entre y frente a sus semejantes, se arrancó, con la existencia, la máscara de la falsa alegría de vivir del mundo actual, que se la puso en su hermoso rostro, y dejó al descubierto su tragedia y la faz del feo y repelente cuerpo autoritario que angustia y hace sufrir a la Humanidad produciendo, sin cesar, millones de víctimas entre sus componentes. Fue el último esfuerzo de su dignidad, que tan relajada y disminuída se la habían dejado.

¡Ay de los débiles que se dejan arrastrar por el torbellino de las malas pasiones y de los malos hábitos que el mundo autoritario engendra!

A Marilyn sus propios « socios-amigos » la envanecían y la arrastraban a la actividad agotadora que repudiaba, no la dejaban seguir el metódico tratamiento psiquiátrico que necesitaba, de profilaxis y reposo psíquico-mental. De esta manera no podía salvarse. En el curso de su última noche de vida llamó al psiquiatra para decirle que no podía dormir. Seguramente no le era posible dormirse porque esperaba la llamada telefónica misteriosa de la que todavía se habla, y de la que nosotros hablamos más abajo. Pero ni el consejo dado por teléfono por el psiquiatra, ni la misma visita personal de éste podían descargarla de la enorme y compleja carga emocional que gravitaba sobre ella, que sofocaba su vida sin poderla resistir más.

La solución misma favorable del problema último, que tanto la perturbaba, que esperaba se la comunicaran por teléfono, es más que probable que sólo habría alargado el plazo de su desaparición. Carecía de lo más valioso que ayuda a vivir, que hace estimar la vida y tener interés en conservarla : amar y ser amado, compartir afectos sinceros dentro y fuera del hogar. De éste careció totalmente, y no pudo formarlo por su cuenta. Los buenos amigos brillaban por su ausencia. Los de la « Fox » la querían para hacerla firmar otro contrato, el último que firmó, y por el que se vió obligada a empezar a trabajar después de dieciocho meses de haber estado inactiva por sentirse indispuesta.

Marilyn Monroe reanudó sus actuaciones con brio, pero en seguida recayó, volvió a sufrir trastornos nerviosos y se vió imposibilitada de continuar filmando. En una escena de la película la coaccionaron para que apareciera desnuda bañándose en una piscina. Para la propaganda comercial la reprodujeron en diarios y revistas de todo el mundo. Todos la hemos visto. Pero también sabemos que Marilyn iba a aparecer con traje de plástico color carne, bien ceñido al cuerpo. El director acabó rechazándolo por considerar que se notaba demasiado que era artificial. Al principio Marilyn se resistió a la escena nudista, pero sus asociados acabaron convenciéndola, como es fácil intuir, recordándole que ya posó sin ropa, por inferior precio, para los almanaques. Tenía su casa hipotecada, poseía vestidos, joyas, muebles, coche, etc., pero estaba casi sin fondos : con una cuenta bancaria de poco más de cuatro mil dólares que eran nada o casi nada para sostener los gastos en el medio en que vivía.

Marilyn Monroe que seguramente pensó mil y más veces que se había alejado del pasado borrascoso, que jamás retornaría o que nada se lo recordaría, él volvió, de nuevo, en circunstancias distintas, interviniendo también la presión económica. Y aunque al fin aceptó manifestando — lo que le dictaron sus verdugos, los productores — con sonrisa que ocultaba su pesar y su tragedia, que « por el arte y su carrera estaba dispuesta a realizar cualquier sacrificio », sus mismas palabras significaban que la hacía contra su volun-

tad. Habló de sacrificio y sacrificada fue por los que sólo entienden de negocios.

Es indudable que el acto nudista de Marilyn Monroe ante gentes sin escrúpulos, a las que ya no consideraba amigos, porque sólo les interesaba lucrarse con su cuerpo, sin importarles sus sentimientos, que no se detenían a pensar qué le ocurría a ella, le produjo un tremendo choque psicológico recordándole sus tiempos de hambre y de miseria, cuanto tuvo que ceder y conceder para ocupar el lugar que había conquistado en la industria cinematográfica. Recordamos que su desnudo para los almanaques norteamericanos le sirvió, hace unos años, para tomar la primera comida del día invitada, por el fotógrafo y la esposa de éste y ganar, por su trabajo, cincuenta dólares.

¡Oh, sus amigos — socios de la « Fox », que se refocilaban porque habían logrado que Marilyn Monroe apareciera en la piscina sin ropa alguna! Cuando sufrió hondas perturbaciones, y dejó de presentarse a trabajar, le quitaron el papel, y de complicación en complicación acabaron suspendiendo la producción de la película. Y obrando de acuerdo con la ética capitalista — en la Rusia actual obran peor, porque condenan a muerte a cuantos individuos humanos perjudican a los negocios del Estado — reafirmaron que en los negocios no existen amigos, que « los negocios son los negocios », y para realizarlos hay que pasar por encima de todo : hasta de los amigos. Y pasaron por sobre su buena amiga Marilyn Monroe, que les estropeaba un buen negocio que, en este caso, querían hacer con ella misma. Sin importarle que estuviera nerviosa en exceso, enferma, la acusaron de no cumplir el contrato, y la demandaron pidiéndole 500.000 dólares de indemnización. Así la perturbaron en grado sumo, se sintió completamente frustrada y vencida, y la obligaron a que se preparara a dar el último paso hacia su destrucción.

Ya no nos cabe la menor duda de que de la noticia nocturna, buena o mala, que Marilyn esperaba que le llegara por medio del teléfono, habiéndole de si cedían o no los sujetos de la « Fox », dependía su vida o su muerte o al menos el aplazamiento de ésta. Ya tenía arreglados todos sus asuntos, y continuar viviendo o no lo dejó a la suerte : al esperado sí o no telefónico.

Eunice Murray, ama de llaves de Marilyn, declaró que la última llamada telefónica que ésta recibió en la noche la dejó muy « perturbada ». ¿Se investigó o simplemente simularon que investigaban quien la hizo? Se hace silencio, porque nada se sabe o se sabe demasiado al respecto. Consideramos que prefieren callar tanto el que habló — por la cuenta (\$) que le tiene — favoreciendo a los que permitieron la muerte de Marilyn Monroe, y ya nada pueden remediar, como, asimismo, las autoridades por no tener delito que perseguir.

En Hollywood, y en todos los periódicos y revistas de los EE. UU., en grandes titulares estuvieron diciendo que « nunca se sabrán las causas de la muerte de Marilyn Monroe ». Y lo escribían basándose en manifestaciones oficiales. El 9 de agos-

to, por ejemplo, cuatro días después de fallecer aquella, las mismas autoridades de Los Angeles declararon que « las causas de su repentina muerte posiblemente nunca serán aclaradas. »

El 10 de agosto, próximo pasado, se hizo público que el médico forense Theodore Curphey nombró un equipo de psiquiatras para que investigaran e informaran si la « estrella » se quitó la vida. Cinco días después este mismo médico declaró a la prensa que « no daría a conocer íntegramente el informe tóxicológico hasta que los psiquiatras concluyeran su misión, que calificó de « autopsia psiquiátrica ».

Sabíamos ya que era suicidio por todos los datos psicológicos conocidos de Marilyn, y por el precitado informe, imparcial, del toxicólogo de la policía de Los Angeles, que intervino en la autopsia. Fue hecho sin pensar en la conmoción que su muerte iba a producir en el mundo. Coincidiendo con ésta sonaba raro, pues, que el médico declarara que no se daría a conocer íntegramente el informe tóxicológico hasta recibir el de los psiquiatras. Dadas las circunstancias que intervinieron en el deceso de Marilyn intuimos, en seguida, que tratarían de salvar la responsabilidad de ciertas gentes.

La última declaración del médico forense oía a algo policíaco-judicial, estilo norteamericano, no muy limpio, como todo lo que a esta materia se refiere, que resulta siempre muy complicada y poco limpia. Pero dada la opinión mundial que ya se había formado sobre el caso, que rechazaría fueran más injustos con Marilyn todavía, no podían desprestigiarse totalmente fabricando un informe excesivamente parcial. Decididos a salvar de la quema lo que pudieran buenamente dictaminaron procurando no aludir a los personajes políticos y financieros — que siempre van ligados — que influyeron en Marilyn para que se desesperara y se suicidara.

Con la intervención de los psiquiatras seleccionados pretendieron dar más seriedad al dictamen, que se admitiera como estaba escrito pasando inadvertidas sus grandes lagunas. Confirman en él lo indudable, lo que todo el mundo sabe sin saber de medicina ni de psiquiatría; pero con la « pompa » psiquiátrica trataron de eludir hablar de las causas — qui significaría hablar de los causantes — que provocaron el suicidio de Marilyn Monroe.

El 18 de agosto de 1962 la prensa informó que el día anterior, en Los Angeles, se leyó el informe definitivo sobre la muerte de Marilyn Monroe. Publican una fotografía en la que se ve una mesa, con psiquiatras y el médico forense en el centro dando a los periodistas las conclusiones del « Caso Marilyn Monroe » que conmovió a todo el mundo. Pero lo más que se atrevieron a decir para ser publicado en la prensa es que « Marilyn estaba atormentada y sujeta a severos temores y frecuentes estados de depresión anímica, que sufría perturbaciones psíquicas desde hacía mucho tiempo, y que había intentado suicidarse en oportunidades anteriores ».

« En el momento de morir, Marilyn Monroe desempeñó, sin saberlo, y desgraciadamente, el mejor papel de su carrera », dijo emocionado el médico forense expresando su sentir y el de los psiquiatras que lo acompañaban. Afirmó que « fue suicidio, y que la muerte de Marilyn la causaron cincuenta nembutal que se administró ella misma ».

Su afirmación de que « Marilyn Monroe desempeñó el mejor papel de su carrera » unido a lo que sigue constituye lo más importante del informe cuyo fondo ha de ser descubierto por los que lo leen, ya que ni los mismos psiquiatras se atrevieron a hablar más claro. Se callaron los detalles esenciales de la llamada « autopsia psiquiátrica ». Dicen : « En nuestra investigación hemos logrado saber que la señorita Marilyn Monroe había expresado su deseo de abandonar la lucha y hasta morir ».

¿Qué les hizo comprender y saber que Marilyn « quería abandonar la lucha y morir »? Es lo que callan, y por eso hemos querido hacer, a vuela pluma, con la llaneza de profanos, sin ser científicos, como humanos que razonan por sí mismos, la investigación psicológica y la « autopsia psiquiátrica » que es, en gran parte, esencialmente, la del mismo mundo autoritario. Y tratamos de explicar porqué Marilyn se vio obligada a « desempañer, al morir, sin saberlo, el mejor papel de su carre-

ra ». Posiblemente los psiquiatras quisieron dar a entender lo que interpretamos : que fue el acto que más de acuerdo estuvo con la cruel realidad que vivía, con la situación antivital que le habían formado los que la rodeaban.

En las palabras de los mismos psiquiatras descubrimos que se sintieron angustiados, hondamente perturbados al investigar, examinar y verificar los hechos y las causas que atormentaban a Marilyn y la tenían « sujeta — como afirman — a severos temores y a frecuentes perturbaciones psíquicas. » Y los psiquiatras, al conocer el testamento de Marilyn Monroe, que fue abierto en la corte de Nueva York, menos podían acceder a presiones extrañas y miserables, prestarse a hacerle más daño del que entre todos le hicieron. Como hombres de ciencia les repugnó decir, por ejemplo, lo que cabía dadas ciertas penosas coincidencias : que siendo hija de una enferma mental no era extraño que después de otros intentos de suicidio esta vez lograra su propósito, inconscientemente, de forma accidental. Esto lo han insinuado algunos periódicos, pero conocemos cuanto Marilyn Monroe hizo y hasta su último día de vida con el sentimiento sociable, elevado, humano y a la cordura que mucha falta les hace a ciertos periodistas, a los de la « Fox » y a millones de personas de todo el mundo.

FLOREAL OCANA

EL CARACTER

¿QUE es el carácter? Carácter quiere decir huella. Como siempre, la etimología encierra un sentido profundo. Es la huella, por presión de la vida sobre el individuo y del individuo sobre la vida. En una palabra : **un carácter es la psicología de un individuo.**

Insistamos sobre ello. La vida es una lucha entre el ser humano y el ambiente. «Por un lado, el individuo con sus energías propias, sus impulsos y sus apetitos, con el esfuerzo de una expansión que empuja y penetra; del otro, la inmensidad de la vida, es decir, las contingencias de la naturaleza y las exigencias de los hombres, fuerza oceánica aplicada sobre todo el contorno del individuo, conformándolo. Dos potencias en lucha. El carácter participa tanto del medio como del hombre; es la traduc-

ción de poder y debilidad, ataque y defensa, laxitud, testarudez; no traduce solamente las cualidades de lucha, sino que expresa también los procedimientos y los medios. El ambiente condiciona el carácter por la resistencia que le ofrece o por la presión que éste ejerce sobre aquél. Puede realmente decirse que lo moldea.

El carácter es, por tanto, una actividad continua. El carácter es una huella, pero una huella plástica, maleable y modelada sin cesar por presiones y contrapresiones; de ahí que no esté determinado en cada momento por su ambiente momentáneo. **Hay en él lo actual y lo pretérito.** Todas las manifestaciones de su forma son resultado de la composición del pasado y el presente. Pueden verse gentes que fueron desgraciadas en cierta época y que ahora viven inquietas en

un ambiente de calma y reposo, y es que la serenidad actual no ha logrado apaciguar la angustia de lo pasado. La actitud impuesta anteriormente por la vida persiste en un ambiente en absoluto dispar. Y son paradojas de este tipo las que parecen negar la verdad : **un carácter es el producto de un hombre y de un medio.**

Adoptemos de una vez para siempre esta concepción a la vez fija y móvil. Que la palabra carácter no evoque nunca más en nosotros la visión confusa de un sistema de abstracciones más o menos coherentes, sino la imagen de una actividad de lucha, con avances y retrocesos que señalan sus fases y peripecias. Bosquejo bélico dirán algunos; pero ¿es preferible acaso la imagen de un idilio?

WILLIAM BOVEN

ALAS SIN CIELO

TERCER CAPITULO

(Cuenta Elvira lo que ocurrió años antes. En el dormitorio en penumbra están acostados Elvira y Bernardo. Como en el primer capítulo, la puerta del piso bajo se abre y entra, también con sol y de negro, doña Reyes).

DONA REYES. — ¡Elvira! ¡Hijo mio! Soy vuestra madre. ¿Dormís todavía? (El dormitorio se llena de luz solar porque Elvira abre la ventana. Bernardo se yergue en la cama, la abandona luego y, tristemente, como Elvira, se viste).

BERNARDO. — ¿Qué pasa, madre?

DONA REYES. — ¿Qué va a pasar? Que es hora de estar apañando el arte.

BERNARDO. — Ya habrá tiempo, madre. Ahora tengo tiempo de gozar de la compañía que tanto me ha faltado.

DONA REYES. — ¡Vamos, que ya hace más de un mes que saliste de presidio! ¿Qué le pasa a Elvira, hijo?

BERNARDO. — ¿Qué quiere usted que le pase?

DONA REYES. — Está su madre aquí y todavía no ha sido para darme los buenos días.

ELVIRA. — (Se viste tristemente). — Buenos días... madre.

DONA REYES. — ¿Qué te pasa, hija? Parece como, si desde que Bernardo salió de la prisión, se te hubiera quitado el poco gusto que te quedaba por vivir.

BERNARDO (molesto). — Calle, madre. ¿Quiere guardarse sus pensamientos para peor ocasión? Usted no conoce a Elvira.

ELVIRA. — Dile a tu madre que se vaya.

DONA REYES. — ¿Qué estáis cuchicheando? Seguramente hablando de mí. Lo que tengas que decir, hija mía, me lo dices en la cara. ¿Me oyes?

BERNARDO. — Madre, si ha venido usted a tomar el desayuno con nosotros, encienda usted la lumbre y deje a Elvira en paz. Vamos a ver, tú, ¿qué tienes?

ELVIRA. — ¿Qué voy a tener? Nada.

BERNARDO. — Esa no es forma de contestarme.

ELVIRA. — ¿Qué quieres que te diga? Anda y acaba de vestirme y baja cuanto antes. Hay mucho que hacer.

BERNARDO. — ¿Sabéis que han vuelto a encontrar el cadáver de otro aviador inglés por los acantilados? Desde ayer tarde está en el depósito de cadáveres. Esperan que el consúl inglés venga y le busquen un cementerio protestante. Ese inglés tenía más cangrejos que el alemán en los bolsillos de su uniforme. Extrañas preferencias de los animalitos.

ELVIRA. — (Se le cae el peine con que se estaba

peinando). Tu madre, siempre con noticias tremendas.

BERNARDO. — Déjala... espera : yo te cogeré el peine.

DONA REYES. — (Maliciosa). ¿Se te ha caído el peine, Elvira?

ELVIRA. — Date prisa y baja. Toma el café con tu madre, que se hinche y que se vaya. Esto no es posible. (Recoge el peine y continúa peinándose).

BERNARDO. — Sólo te ha preguntado si se te ha caído el peine. ¿Eso es malo?

ELVIRA. — Lo malo está en el veneno que tu madre pone hasta para hablar del perdón. Te repito que no quiero verla.

BERNARDO. — (Desciende y se deja besar por su madre, sin ninguna efusión). Buenos días, madre.

DONA REYES. — (Comiéndoselo a besos). ¡Ay, hijo, mi hijo! ¡La vida cómo es! ¡Cómo te ha cambiado la cárcel! Si hubieras seguido mis consejos... Si nunca hubieras pisado aquel centro sindicalista, tú, tan pacífico, tan bueno... Pero hay también muchas otras cosas que tú no mereces, mi sol. ¿Quién supiera apreciar la estima que se le tiene!

BERNARDO. — Deje en paz a Elvira, madre. ¿Por qué hablar del aire y nombrar el pez? Hablemos de otra cosa. Dígame, ¿sabe usted algo de Juanito Delgado?

DONA REYES. — ¿Juanito de « Las Columnas »? Hijo, ese no se merecía que su madre lo hubiera traído a este mundo. ¡Menudo tunante! Y su madre, la muy tonta, tan engreída de que el hijo era un idealista. Fíate tú de los idealistas en estos tiempos. Cada cual va a lo suyo. La decencia es lo que conviene al hombre y menos política. Tú no tienes que pensar ya más en los amigos de antaño. Lo pasado pasó. España se ha tomado un buen purgante.

ELVIRA. — (Para sí misma). Con bofetadas falangistas.

DONA REYES. — Una era de paz y seguridad se ha abierto para nosotros.

ELVIRA. — (Igual). Paz de sepulcro. Seguridad de ratas enjauladas.

ELVIRA. — Y con la victoria del Eje, nuestra patria será una gran potencia occidental, una nación como Dios manda.

ELVIRA. — Si eso es lo que Dios manda, adiós a Dios, que me voy conmigo misma.

DONA REYES. — Ahora habrá justicia para todos... Los que quedamos. Mira cómo no ha sido en vano que tu madre haya removido tierra y cielo para demostrar tu inocencia, tu buena fe, tu verdadero ideal de español... nacional sindicalista. ¿A que no sabes qué resultó ser aquél

- que en el pueblo dirigía los mítines del Centro Obrero allá por el año treinta y cuatro? Nada Me lo callo, no te lo digo. Vergüenza me da pensarlo.
- BERNARDO. — Tiene usted razón, madre. Uno está ya más tranquilo. Pero siempre volvemos a lo mismo. Un año de prisión ya está bien.
- DONA REYES. — Pues todavía no te he dicho lo que el jefe de Falange me dijo que merecías. ¡Qué hombre más recto! El fue quien me recomendó al teniente jurídico de capitania, que es primo del obispo de Palencia y de los marqueses de Todomeloquedo o como les llamen. Si hubieras visto a tu madre removiendo conciencias y sacudiendo papeles. ¿De qué no será capaz una madre para salvar la vida al hijo? Y ya lo ves, no tardaron mucho en comprobar, con tu inocencia, tu buena conducta, tu docilidad a las exigencias de la prisión, a pesar de la incompreensión de esos rojos empedernidos.
- BERNARDO. — Madre, por favor. Echeme el café, ande.
- DONA REYES. — Cualquiera diría que le estás cogiendo miedo a esa... (Con la cabeza indica el piso alto, donde Elvira arregla el dormitorio lentamente, con tristeza, sin ningún deseo de bajar, pero conteniendo los impulsos de hacerle frente a Doña Reyes).
- BERNARDO. — ¡Le suplico que se calle!
- DONA REYES. — ¡Ay, hijo! Es así como recompensas los sacrificios de tu madre.
- ELVIRA. — (Ha dejado repentinamente sus quehaceres y se decide a bajar mientras dice) El sacrificio de revolcarse a los pies de los fascistas, como lo que es usted: una alfombra rota y polvorienta. Eso no es sacrificio, señora. Eso es pecado.
- DONA REYES. — (Excitada, pero triunfante por haber logrado prender la mecha de la indignación). Mira, quién va a hablar de pecados. ¿No lo oyes, hijo, cómo disparata?
- BERNARDO. — ¡Madre, es natural! Ella no puede olvidar al pobre Benito, ni a su hermano el desaparecido.
- DONA REYES. — ¡Qué obcecación! ¡Qué vergüenza! Y mi hijo, qué es, ¿una moza? Más hombre es que tu Benito y que todos los tuyos.
- BERNARDO. — (Queriendo imponerse, inútilmente). — Ya está bien, ¿me oye usted, madre? Y tú, mujer, ¡a callar!
- ELVIRA. — Que se marche ella, si no...
- BERNARDO. — Madre, márchese, por favor. Déjenos en paz.
- DONA REYES. — Paz no tendrás en esta casa mientras tu mujer te domine. ¿Estamos? Mal empezamos, hijo. Si mi pobre Eustaquio, que en gloria esté, hubiera visto todo esto, nos hubiera partido a ti y a mí las costillas. ¡Vaya! ¡Una mujer imponiendo su voluntad en la casa de un Matas!
- ELVIRA. — ¡Esta casa es mía!
- DONA REYES. — ¡Ay, con quien te casaste, Bernardo de mis entrañas!
- ELVIRA. — ¡Con la novia del amigo a quien en todo envidiaba!
- BERNARDO. — ¡Yo siempre te he querido, Elvira!
- ELVIRA. — ¡Puede ser si a eso que tú sientes le llamas cariño! ¡No es tu culpa no saber quererme! ¡Yo tengo la culpa de todo! ¡Lo que yo te pido, nada más es que tu madre nos deje a solas con lo nuestro. Esta casa es tuya, sin ella; con tu madre, esta casa es sólo mía.
- BERNARDO. — Ya lo oye, madre... ¿quiere usted dejarnos?
- DONA REYES. — Os dejo, pero vais a oirme. ¡Ya lo creo que me oiréis! Y mientras yo viva, esa pantera va a tener por enemiga una sierpe, ¿Lo oís? ¡Y qué sierpe! ¡Con tres cabezas y seis hermosos pares de ojos!
- ELVIRA. — ¡Los que tiene!
- DONA REYES. — ¡Ay, ay, Virgen Santísima! ¿Quién puede aguantar esto sin arañar los techos? ¡Lo propio de una roja!
- ELVIRA. — Lo propio de una mujer que, roja o verde, no vende su alma al diablo.
- DONA REYES. — ¡Más te valiera callar!
- ELVIRA. — ¿Qué tengo yo que temer?
- DONA REYES. — Lo que temen las mujeres que son decentes cuando sus maridos están tanto tiempo en el presidio.
- ELVIRA. — Le dije que si cuando me juró por no sé qué honra que nunca cambiaría su ideal.
- BERNARDO. — Yo estaba equivocado. Estos me han convencido.
- ELVIRA. — ¡Tú has chaqueteado!
- DONA REYES. — ¡Ahógala!
- BERNARDO. — Yo nunca he traicionado mis sentimientos. Lo que se dice a veces no siempre se siente.
- ELVIRA. — ¡Lo que se siente en el corazón hay que decirlo a veces, hay que gritarlo con toda la boca o, por lo menos, no negarlo! Yo nunca he ido al catecismo, pero en mi alma siento un pataleo de amarguras cuando le doy la cara a un judas, como tú y como tantos otros. ¡Y yo quisiera saber por qué torpe equivocación tengo frente a mi esa imagen tan espantosa!
- DONA REYES. — ¿La oyes decirte esas injurias y te quedas mirándola embobado? ¡Parguela; ¡No me tenéis que echar de esta casa! ¡Me voy sola! ¡Vergüenza me da de ti, calzonazos! ¡Mano dura, mano dura hay que tener en esta casa, y en España, para acallar voces como esa y las de otras bocas como la de ella! ¡Que la Virgen de los Remedios tenga misericordia de nosotros! (Abre la puerta, dispuesta a salir, pero aún se vuelve en el umbral).
- BERNARDO. — ¡Esta no es forma de arreglar nuestra vida, Elvira!
- ELVIRA. — ¡Esto no tiene arreglo, Bernardo! Mi vida me la habéis envenenado vosotros: tú y los que pensáis como tú. El consuelo no lo encontraré en tu cariño porque tú ya no sabes querer, ni lo sabrás ya nunca. Tú me das asco. Pero me aguanto, aguantándote a ti. ¿Te parece poco Yo me las apañaré para sacarle algún

- gusto a mi vida, aunque sea el gusto que los topos le encuentran a la luz de la luna.
- BERNARDO. — ¿Qué te he hecho yo, Elvira?
- ELVIRA. — ¡Nada! ¿Te parece poco? Ser carne de la carne que pende de la cuerda de tu traición. ¿O es que no la sientes? Tú ves que a fuerza de penar he acabado por saber de dignidades. Es una ciencia que nos entra para ocupar el lugar de algo que estuvimos dispuesto a perder y que tan ampliamente simboliza la sangre.
- BERNARDO. — ¿Qué sabes tú de dignidades? Eso es cosa para ciertos hombres, en ciertas circunstancias.
- ELVIRA. — ¡Ya lo oye usted, señora! ¡Ni ideal! ¡Y la culpa es de usted!
- DONA REYES. — ¿Y tú, qué? (Con sorna) ¡Pura, sin mancha! ¡Bah!
- ELVIRA. — ¡Sí, señora, también es culpa mía! ¡Por eso mi vida me dió asco a mí misma! ¡Y por eso me da asco ahora, porque tengo que compartirla con quien no ha sabido encadenar su convicción al pilón de la dignidad!
- BERNARDO. — ¿No querrás decir, al pelotón de los condenados?
- ELVIRA. — ¿Qué más da?
- DONA REYES. — ¿Querías tú que a mi hijo me lo echasen al infierno de los rojos? ¿No sera ésta, hijo mío, la querida de Lucifer?
- ELVIRA. — (Sin hacerle caso). ¡Y si no es nuestra la culpa, lo será del dios albino, cegato e insustancial que nos han pintado con sangre de hombres, y con mitos de beatas, en los muros espantados de los cementerios y en las fachadas untosas de las iglesias!
- DONA REYES. — ¡Hay para matarla! ¡Hay para matarla! ¡Si tú no la llevas al cuartelillo, a que le den su merecido, es que eres un cagueta y, no eres digno de ser mi hijo! (Escupe groseramente).
- ELVIRA. — ¡A él le toca hacer frente a lo que por su culpa de usted le ha tocado! Su hombría se verá con la decisión que tome. ¡Yo grito con lo que tengo, con lo que soy!
- DONA REYES. — ¡Ya vendrás por mi choza cuando quieras, hijo mío! (Desaparece dando un portazo).
- BERNARDO. — (Después de un penoso silencio). ¡Esto es demasiado, Elvira! ¡Lo siento!
- ELVIRA. — ¡Más lo siento yo!
- BERNARDO. — ¿Por qué no evitamos disgustos? ¡La gente...!
- ELVIRA. — A mí no me importa la gente. Me importa yo y lo que hay en derredor mío.
- BERNARDO. — Mi madre, ¡ya sabes cómo es! Hay que soportarla perdonando.
- ELVIRA. — ¿Perdona ella? ¿Perdonas tú? ¿Por qué exigis perdón cuando no perdonáis a nadie?
- BERNARDO. — Ella, no sé. Yo, sí. Y es conmigo con quien te has casado.
- ELVIRA. — No, Bernardo. Tú no perdonas. Tú aguantas y quieres que yo aguante como tú. Tú lo aguantas todo porque ya no sabrías de qué color volverte ni qué cara darle al sol entre los hombres del pueblo si supieran que tú y yo es-
- tamos tan distanciados como las estrellas. Tú no me persuades a perdonar, sino a vivir tu comedia, a ser tu mujer, como las mujeres calladas y resignadas de España, que destrozan sus libertades genuinas en un silencioso gesto de amargura. Tú quieres que yo sucumba a tu necesidad de macho aparente, que gobierno, que domine, que imponga lo que le place sin consideración ninguna. ¡Y eso no puede ser!
- BERNARDO. — Debiera estrangularte... ¡pero yo te quiero, mujer!
- ELVIRA. — ¡Ni eso podrías!
- BERNARDO. — ¡No me tientes!
- ELVIRA. — ¡Pobrecillo!
- BERNARDO. — Elvira, por piedad... No tienes por qué compadecerte de mí.
- ELVIRA. — ¿De quién si no? Hay para llorar toda una vida.
- BERNARDO. — ¿Lamentas más mi gesto que la desesperación de no haber salido con las tuyas? ¡Eres muy soberbia, Elvira! ¡Y yo no sé por qué sinrazón te quiero tanto!
- ELVIRA. — Preferiría que apretases tus manos contra mi cuello. Pero no tienes bríos, ni en los dedos ni en el alma.
- BERNARDO. — ¡Estás azuzando la bestia de mi cólera!
- ELVIRA. — No quiero despertar más como hoy, con el diablo a la puerta, gritándome mi error. En tus manos está mi alivio.
- BERNARDO. — La pervención te devora. ¡Ay, pero te quiero con todas las fuerzas de mi sangre! ¡Te quiero con toda esta carga de emociones que chispean como lluvia fina por mis poros! ¡Y yo no sé, no puedo distinguirlo, si es tu fiereza, tu brío, tu apasionada manera de vivir o el tesón de tus razones, lo que te hacen más hermosa y deseable!
- ELVIRA. — Me quieres con aberración del alma porque te complace mi desprecio.
- BERNARDO. — ¡Tiemblo de puro amor!
- ELVIRA. — ¡Lascivia sin sentido!
- BERNARDO. — ¡Tu alma!
- ELVIRA. — ¡Mis carnes, que en tus manos no han encontrado la savia de mi amor, ni la encontrarán! ¡Demasiado tarde, Bernardo!
- BERNARDO. — ¡Bueno, y qué importa! ¡Eres mi mujer! ¡Está escrito en nuestras leyes!
- ELVIRA. — ¡En vuestros papeles de iglesia!
- BERNARDO. — ¡En lo que sea, está escrito y eres mía! ¡Y quieras o no, tienes que oirme, tienes que sentirme, tienes que aguantar mis caricias y mis besos...! ¡Te quiero mía por las buenas! Pero, si en tu locura desprecias la oportunidad que te doy, ¡ay, Elvira! ¡ay, Elvira!, tu vida será la peor de las muertas.
- ELVIRA. — (Se encoge de hombros, sospechando que quizá ha ido demasiado lejos). ¡Está bien! Continuemos la parodia del vivir... a vuestro modo. ¿Cuándo sales al mar?
- BERNARDO. — ¿Ves? Es mejor así. Yo no soy malo.
- ELVIRA. — (No puede evitar otro gesto de profundo disgusto). ¡No!

BERNARDO. — Te necesito en tu realidad permanente.

ELVIRA. — ¿No te importa lo que se dice de mí?

BERNARDO. — La fantasía del pueblo es muy grande.

ELVIRA. — ¿Y si yo te dijese que esa fantasía es una pura verdad?

BERNARDO. — ¡Estás muy excitada y no sabes lo que dices, Elvira! ¿Por qué sospechar la realidad de algo imposible? Claro que, verdaderamente, tú tienes amplios vuelos de gaviota.

ELVIRA. — ¿Y no crees que sirvo entonces para dar algún consuelo a los moribundos que el mar arroja sobre nuestras playas y por los acantilados?

BERNARDO. — Creo que eres capaz de todo. Pero eso es imposible.

ELVIRA. — ¡Mi tía Gertrudis, ya sabes tú cómo era! Ella fue quien convirtió en lagarto al cura de Bujalance. ¡Eso dice la gente! ¡Y lo que tanto dice la gente, ¿no llega a ser verdad?

BERNARDO. — ¡Ah, no! Tú no serías capaz de caer desde el cielo para mancharte de sangre esa boca, con la boca sangrenta y viscosa de los moribundos.

ELVIRA. — ¿Por qué no? Cuando te vas de pesca, tú corres por las callejas de los puertos y caes de bruces sobre la carne putrefacta de esas mujeres de a seis reales.

BERNARDO. — ¡Bah, tú...! Bueno, déjalo. No puedo concebirlo.

ELVIRA. — Yo tampoco puedo concebir que se nos impongan mitos como leyes, y que vivamos al rescoldo de lo poco que de cierto nos queda y no sucumbamos antes de que los gallos vuelvan a cantarle al alba gris de nuestra España. En este régimen de luceros y de flechas, ¿qué dardos fugaces no son posibles?

BERNARDO. — Tú quieres que yo crea, a pies juntillas, las sandeces que se dicen.

ELVIRA. — Una más, ¿qué te costaría?

BERNARDO. — Explicáte.

ELVIRA. — ¿Más aún?

BERNARDO. — Creía que te ibas a esforzar en callar.

ELVIRA. — No puedo.

BERNARDO. — ¿Qué más quieres decirme?

ELVIRA. — Que creas lo que también puede ser una gran verdad.

BERNARDO. — Cálmate.

ELVIRA. — ¡Lo gritaré primero! ¡Siéntate! Oyeme.

¡Después que me oigas, haz lo que te parezca! Si eres capaz de seguir compartiendo mi lecho, te aceptaré calladamente; si no, allá tú.

BERNARDO. — ¡Tú sabes muy bien que yo no te dejaré nunca!

ELVIRA. — (Con su habitual exaltación). ¡Y tú sabes que cuando fusilaron a Benito comenzaron también a decirte otras cosas. Todavía no habían venido a por ti. Ibamos a casarnos tú y yo. Te echaron el guante al día siguiente de nuestra boda. Pero ya aquella noche había comprendido que si te faltaba calor para mi necesidad de amarte, te faltaría siempre calor para

todo, para mujeres como para ideales. Se burlaron de ti tres veces y tú cediste hasta posarte a los pies de sus cristos muertos y hasta levantar al sol de sus pretensiones el brazo que debió mantenerse protegiendo valerosamente la hombría, tu hombría... Mientras tanto, corrían rumores de que Benito había desaparecido, de que no estaba muerto, de que alguien lo había visto en Gibraltar con uniforme de las fuerzas voluntarias aliadas. ¡No me hubiera extrañado nunca eso de mi Benito, quien tanto amaba su libertad y la libertad de los suyos! Pero también se me decía, con intenciones lacerantes, que Benito había quedado, con una mueca violenta y vigorosa, a dos pasos del agujero de tierra común que él mismo se había preparado para su muerte. Pero yo creí, he creído y sigo creyendo lo que conviene a mi esperanzada ilusión y, entre dar su recuerdo como vida consumada o prometedora posibilidad de ver realizados mis ensueños, he preferido lo segundo, Bernardo. He preferido lo segundo porque el torrente de amor que adivinas en mí, aquí lo tengo aún, delirante y exquisito, para ofrecérselo a un hombre. Y el hombre no está en un solo hombre, sino en el instante en que algunos hombres han sabido vivir como tales. ¡No sé si tú me comprendes! ¡Esos hombres de que te hablo, entre los que por fuerza debía encontrarse mi Benito, son mi ideal, porque el ideal de ellos es el de afirmarse a la hombría con tesón incorruptible. ¿En qué ideal pienso? ¡No importa qué ideal! ¡Cualquiera! El ideal no se manifiesta con colores, ni con ropas, ni con hojas de condecoraciones. El ideal verdadero es el que se estampa en la vida con la garantía de la vida, la muerte si es preciso, cuando son sometidos a la prueba del soborno con la amenaza de esa muerte. Y porque yo amo a ese hombre simbólico de la vida, es por lo que no puedo contigo, es por lo que me contento con mi leyenda de gaviota que no busca peces en el mar, sino hombres, ¡si los hay!

BERNARDO. — ¿Para qué, Elvira? (Y se enciende en un sórdido rencor).

ELVIRA. — (Digna, valiente). Para amarlos.

BERNARDO. — ¡Hasta dónde!

ELVIRA. — ¡Hasta donde sin abandonar la hombría, ellos me han pedido!

BERNARDO. — ¿Quieres decir que soy un cornudo?

ELVIRA. — Si así interpretas mi leyenda, sí; pero eres cornudo de un modo que no envilece y que por lo tanto no puedes merecer.

BERNARDO. — ¡Maldita! ¡Eres una bruja! ¡Eres un monstruo de perversión! ¿Cómo soportar las confesiones de una loca? ¡Esto no hay quien lo aguante!

ELVIRA. — ¡Tú sí! El dragón azul de vuestro convencionalismo te obliga. Tú ya lo aguantas todo: hasta el agua hirviendo de la ignominia. Sólo podrías escapar de ti mismo por la puerta de la muerte, y la muerte te horroriza. ¡Aguanta, pues, Bernardo, como yo estoy aguantando

la realidad de mi existencia por muy irreal que te parezca!

BERNARDO. — (Dispuesto a marcharse). ¡Estás loca, estás loca! Tú disfrazas la impudicia con trapos de ideales. Mi madre tiene razón: ¡las novelas por entrega te han vuelto loca! Pero voy a ser yo, ¿me oyes? quien te enderece. No te voy a matar. Voy a vivir contigo. ¡Y tú conmigo! Vas a conocer la disciplina que mereces! ¡Vas a beber aceite de ricino hasta que revientes! ¡Y esa hermosa cabellera, mañana estará quemada! Te vamos a pelar al rape; ¡Esto lo arreglo yo! ¡Maldita, maldita! (Sale).

ELVIRA. — (Gozosamente exaltada). ¡Corre, corre, defiéndete con las armas que te han dado! Mis palabras han promovido en ti lo que eres: un cobarde. ¡Muestra ahora tus virtudes de cabrón! ¡Reúne a tus compañeros falangistas y pregona a los cuatro vientos que vengo de casta de hechiceros y de prostitutas! ¡Está bien! Me sentaréis en el mugriento taburete de la comarcal, frente a la silueta de la efígie que capitanea vuestras oscuras ambiciones y mientras cortéis los bucles de mi caballera, me deleitaré en libar en mi alma un sentimiento gigantesco de con-

miseración. ¡Corre, porque yo ya estoy volando sobre el mar de los acantilados! ¡En pleno cielo mediterráneo. Allí abajo veo, perdidos sobre sus botes que brincan sobre los arrecifes, dos o tres desahuciados! Puesto que en ti no la hay, voy a ver si encuentro en ellos el gesto viril que debió tener mi novio, cuando vosotros le quitabáis la vida con un alarido de fusiles. Sus carnes laceradas, no desean, como tú, esta carne mía. Necesitan mi alma, mi consuelo, mi caricia, una caricia de esperanza y un encuentro de miradas donde por un instante se puedan identificar los goces eternos de la vida. ¡Los verá partir gozosamente, conscientes de que alguien los ha amado con amor incorruptible e imperecedero! ¡En esta existencia llena de aberraciones, aún me queda a mí un beso purísimo que dar! ¡Vosotros no lo entendéis; ¡No me importa! ¡A cambio de mi postura tengo que soportar el aguijón de vuestras calumnias! ¡Yo no puedo impedir, ni quiero, desde mi alma ansiosa de goces perfectos, la podrida visión ni las patrañas sin tino que os forjáis de mí, de Elvira, de la Gaviota...!

TELON

La Llegada

LA llega es con aporreo de puertas por las calles del pueblo a la hora justamente de la siesta. La gente está en las entradas con lo que allega — trigo y moneda — al aguardo del manto para besarlo.

El manto, que viene a ser un capotillo, como la esclavina de una capa, lo trae al brazo el síndico, más la bandeja del petitório, y se acompaña del mayordomo, dos ministros, un guardajurado y el espolique vacía el robo de grano en el esportizo sobre la caballería. Todos de gala, y de levita y chistera el síndico.

En verano ocurren las llegas, varias, a fin de allegar recursos con antelación a las fiestas cívico-religiosas de septiembre en honor de los patronos de la ciudad.

La algarabía y no los picaportazos cesan.

— ¡La llega!

Las amas de casa o las sirvientas bajan a la calle a tocar el manto, tras de allegar una medida rasa de trigo de que menos.

En la batea se ven algunas monedas de oro y bastantes de plata.

Aún se me acuerda la pregun-

ta de seña Paula Albillo, cuasi centenaria, sobre si era admitido echar maravedis en la bandeja, pues ella tierras de pan llevar no tenía.

— Se admite y agradece todo, pero usted, tía Paula, queda exenta.

Mi madre :

— Vecina Paula, eche este pesetón.

— Gracias, Jovitica.

Piden los donantes, conviene a saber :

Que se pague una onza por el sermón al prior de Monteagudo, sin perjuicio de proporcionarle buen alojamiento.

Que se den comidas extraordinarias en el hospital y en la casa de misericordia.

Que lleven a los pobres de las cuevas abundantes viveres.

Que las dos bandas de música hagan las paces y amenicen las fiestas.

Que los fuegos artificiales corran a cargo de un pirotécnico de fama.

Que las vaquillas sean de acreditada ganadería.

Que venga una buena compañía de teatro, etc.

¡Ay, aves de corral, qué poco os queda de vida!

No implica al sacrificio de las mismas que empiecen a matar en septiembre y que pregonen tocino magro.

Adiós pernils colgados en los hórreos desde enero.

Ahora echan la casa por la ventana.

Hicieron blanqueo general.

Los hornos no paran de cocer golosinas.

Sacan del arca las galas antiguas olorosas a membrillo.

Mozas y mozos por fiestas, más o menos, engueran.

Abunda el personal forastero.

La vida está en la calle, donde la animación y la alegría chorean...

¡Buenas, buenas sesiones de baile!

.....
¿Será verdad que yo tengo 80 años?

No, porque nadie hace caso de los viejos y a mí me da muchos disgustos la gente.

Acabemos :

La llega,

ni asturiana ni gallega,

ni tampoco vizcainarra

ni mucho menos manchega.

La llega

es natural de Navarra.

PUYOL

ERASE el tercer emisario que el cielo enviaba a la Tierra para poner orden en cosa que en la tierra empezaba a ponerse en orden.

La historia había comenzado así: Un sacerdote moderno, que había sido admitido en el cielo por error —el traje engaña mucho—, lo había trastornado todo en el cielo. En los días que los muertos permanecen en la entrada, en espera de ser enviados a los lugares pertinentes, no había cesado de escandalizarse del atraso incalificable que reinaba en el otro mundo. Ni había teléfono, ni electricidad, ni radio, ni periódicos. Era increíble. Nada se sabía allí de las cosas de la Tierra, de las cosas maravillosas de la Tierra. Ni de las terribles. Los muertos, en general, como si salieran del infierno, lo olvidaban todo al llegar allí. Y si alguno no lo olvidaba, hacía como que lo olvidaba, temeroso de que no se creyeran sus relatos. El no había olvidado nada, se encontraba muy bien en la Tierra, a pesar de las cosas terribles, y había sido un drama para él abandonarla. Ver la situación en que el cielo se hallaba, había hecho más intenso ese drama. Todo lo habría dado, hasta su salvación eterna, por volver a su vida terrenal. Vida mundana, acaso, para algunos, censurable, pero deliciosa.

Llegaron los rumores de sus quejas por el atraso del cielo, y de sus lamentaciones por haber sido arrancado a la vida tan gozosa de la Tierra, a oídos de Pedro, que dormitaba siempre en su portal, tranquilo, tranquilo. Quiso éste ver al descontento, caso único: nadie, hasta entonces, se había quejado de nada, ni lamentado de nada. En cuanto lo tuvo en su presencia, se prometió a sí mismo ser más severo en autorizar la entrada en el cielo, no dejarse de nuevo engañar por el traje. No era aquél lugar para hombre tan moderno.

—Sí —afirmó el sacerdote, en cuanto Pedro le dirigió la palabra—, es inimaginable el atraso en que esto está sumido. Se recorrería la Tierra entera y no se encontraría comarca comparable al cielo en atraso. Al lugar más apartado llegan los periódicos, vehículos de ilustración. Sí, vehículos de ilustración, a pesar de que no siempre cuiden su lenguaje, y a pesar de que no siempre se mantengan en los límites que la religión manda. Ese exceso es corregido por sí solo. El hombre ilustrado vuelve siempre a nosotros. Parece oveja descarriada, pero nunca es oveja descarriada. En toda la Tierra se sabe lo que sucede en toda la Tierra, por otra parte. Aquí no es posible saber qué acontece en cualquier otro lugar. No hay teléfono, para preguntar. No hay nada. No tenéis, y esto sí que es el colmo, electricidad, maravilla de las maravillas. No podéis imaginar el efecto de una iglesia toda ella como en fuego por esa maravilla. Se acabó en las iglesias el misterio de la oscuridad, cosa de tiempos remotos. No tenéis radio, a falta de periódicos, para informarnos, en cada instante, de ir y venir de los hombres.

Pedro oía al sacerdote sin pestañear, sorprendido, sorprendido.

—Tendrás que ir a ver al Viejo —se llamaba así

VERSIONES

por DENIS

EL

en el cielo, cariñosamente, al que no debe nombrarse en vano— para hablarle de todas esas cosas.

—Es mi mayor deseo.

—No creas que sea fácil lograrlo. Haré yo, por mi parte, cuanto esté de mi mano para que te escuche. Y te confieso que me siento curioso de saber qué dispondrá respecto a ti.

—Sea lo que fuere, no será peor para mí que verme aquí, en esta vida que no es vida.

Fue Pedro a ver al Viejo. Nada quería saber éste del sacerdote. «Haz con él lo que te plazca», le dijo.

Pedro no sabía, al volver, qué decir al sacerdote. Por fin, para salir del paso, murmuró:

—El Viejo está muy preocupado con las jugarretas que le hace el Diablo, su enemigo mortal. No está de humor para recibir a nadie. Casi no me ha escuchado a mí.

—Precisamente le habría hablado yo de la jugarreta más grande que le ha hecho el Diablo —respondió el sacerdote—, y de la cual, sin duda, no

¡Por el amor

LA Iglesia romana ha anunciado estos días a bombo y platillos la celebración suntuosa de un Concilio ecuménico, Vaticano II, es decir, el pleno mundial de los arzobispos, organizaciones, compañías y gentes de todo linaje que le son afectas. De las pocas novedades que figuran en el Orden del Día, queremos destacar la que se refiere a una eventual participación de las ramas cristianas heterodoxas e incluso de otras «iglesias» que, originalmente, le son hostiles tanto en el dogma como en los métodos.

El Vaticano pugna por salir de la concha sectaria en que lo hundiera la egolatría y ambición de los papas que se ciñeron la tiara siguiendo a Pedro, después de haber sostenido, durante siglos, guerras terribles; tras haber hecho derramar torrentes de sangre a los pueblos ignaros y consumir espantosas ruinas, so pretexto de que «dios era Cristo» o que había nacido en Belén y no en la Meca, Roma trata de pasar la esponja llamando afablemente, humildemente a los ayer «protestantes perjurios», «abominables judíos», «pérfidos ortodoxos», mahometanos crueles) y «budistas falsarios». Desbordando el vaso del cinismo, hasta el patriarca soviético de todas las Rusias ha sido cordialmente invitado. Juan XXIII quiere hacer tabla rasa del negro pasado táctico del catolicismo inaugurando la era de la mano tendida a todas las otras ramas y troncos del oscuro pensamiento religioso expandido por el mundo. ¿Por qué motivo? ¿A qué se debe este cambio brusco en la tra-

EMISARIO

está enterado. He podido comprobar que nada sabéis aquí de la Tierra.

—¿De qué se trata? —preguntó Pedro, sin curiosidad, por preguntar algo.

—En gran porción de la Tierra, por obra del Diablo, se había expulsado al Viejo —no quiero nombrarlo de otro modo que tú—, de todos los lugares. En cuanto a sus representantes allí, no me preguntes qué se hizo de ellos. Todos los horrores que imagines nada son comparables con semejante horror. Pero las aguas vuelven a su cauce. Las iglesias, que habían sido convertidas en museos o en escuelas —los ateos querían disimular su maldad—, vuelven a abrirse. Algunos de los representantes del Viejo, que se habían ocultado o huido, vuelven a ser sus representantes. El Diablo empieza a perder terreno. Sería menester que el Viejo enviara a alguien con autoridad para precipitar esa obra que se inicia.

No le pareció descabellada la idea del sacerdote

de Dios!

vectoria vaticana? ¿Cómo es que el nuevo Pontífice no repara en echar sobre la tumba de los que le precedieron el baldón de tanto crimen, tanta injuria, tanto despojo, persecuciones y calumnias de que hicieron víctimas a las que ahora se consideran como «iglesias hermanas», seres iguales en el cultivo de la fe, en la sincera creencia en Dios, no importa el color teologal del cristal con que se mire?

Simplemente, el peligro que corre en la «era atómica» la existencia misma de la idea religiosa y en particular las privilegiadas instituciones que le sirven de sostén. Hoy los pueblos son cada vez más agnósticos. El sentimiento religioso se ha trocado en algo rutinario, superficial, «político», que sólo se aguanta merced al apoyo que le presta la fatuidad y el dinero de ciertas clases sociales que ruedan por el abismo de la decadencia. Ahora no hay más «milagros» que los que realiza la Ciencia en el Cosmos, rasgando sus virginales inmensidades y destruyendo, al mismo tiempo, los cien mitos y leyendas propalados por la literatura teologal.

Por eso el Vaticano, a través del pomposo Concilio Vaticano II, trata de «conciliarse» con sus «parientes» ideológicos de no importa que origen. Hay que unirse, hermanos, estrechar filas, apoyarse mutuamente, preparar las armas dialécticas para librar la última batalla al temible azote ético, científico y social de nuestro siglo: el Ateísmo.

Francia, octubre 1962.

CONRADO LIZCANO

a Pedro, y fue Pedro de nuevo a conversar con el Viejo, no ya del sacerdote, sino de su idea. Tampoco al Viejo pareció la idea descabellada. La dificultad estaba en elegir al emisario. Después de mucho meditar, después de haber elegido y haber desechado muchos emisarios, convinieron Pedro y el Viejo en enviar a Juan, el evangelista, célebre por su dulzura. Hay que empezar siempre por ahí, por la dulzura.

Juan aceptó la misión, y, bien aleccionado, partió. Tenía que volver un mes más tarde para dar cuenta de cómo iba su trabajo. Pero paso el mes y no volvió.

—El Diablo me ha debido hacer una de sus jugarettas —dijo el Viejo a Pedro, al ver que Juan no volvía.

Y Pedro, que no estaba menos preocupado que el Viejo por la suerte de Juan, creyó oportuno enviar otro emisario. La dificultad en elegirlo era ahora mayor. Si la dulzura había fracasado, ¿a qué podría recurrirse?

Se recurrió a la paciencia. Fue elegido Job, que también aceptó la misión y partió, con las mismas recomendaciones, y algunas nuevas, que Juan. Y tampoco Job, pasado un mes, volvió.

«Ese sacerdote —murmuraba Pedro para sí— nos ha metido en una aventura de que no se ve el final. ¡Tan tranquilos como estábamos, antes de que él viniera! Habría valido más mandarle a una isla, con su modernidad, y no escucharle. Ahora, es tarde. No hay otro remedio que continuar la aventura. Amenaza ésta dejarnos sin gente buena, pero ¿qué hacer?

Si no para que le inspirara para ver qué decía, dijo Pedro al sacerdote que Juan y Job, enviados como emisarios a la gran porción de la Tierra que había expulsado al Viejo, y que ahora volvía, aunque poco a poco, a recibirle, no había vuelto.

—¡Claro! —exclamó el sacerdote—. ¡Cómo que es un error! ¿Qué es eso de la dulzura y de la paciencia? Virtudes, si alguna vez lo fueron, de otro tiempo. Ahora no hay más que la acción, o la palabra. Enviad a un hombre activo, muy activo, y si no disponéis de un hombre activo, a un hombre que hable, que hable, que hable, Bien o mal, poco importa: que hable. Que si es posible no calle nunca. Se acabará por atenderle. En el peor caso, para que calle.

No le pareció tampoco ahora a Pedro descabellada la idea del sacerdote. Ni al Viejo, cuando Pedro le habló de ella. Y eligieron, para tercer emisario, no sin largas horas de recogida meditación, a Elías, el profeta. Tal vez no respondía Elías enteramente a lo que el sacerdote recomendaba. Pero era un hombre que hablaba, con acento que a Pedro y al mismo Viejo no dejaba indiferentes.

Partió Elías, mucho más bien aleccionado que Juan y Job. Sonreía, al partir, como seguro de su triunfo. Y horas después de haber partido, triunfante ya, hacia llegar al cielo un telegrama, el primero que al cielo llegaba, que decía:

«Juan y Job, en libertad.»

Firmado así:

«Elías, Comisario del Pueblo.»

Las parábolas cínicas

L
 A verdad, nube múltiple con las metamorfosis del capricho, la ve el dogmático como un sistema de bloques que sus manos creen agarrar. Resplandores flotantes y sombras que danzan, todo ese alegre derumbe, se imagina poder disponerlo en un orden inmutable y asentarlo en construcciones de eternidad y necesidad. Al escucharlo, parece no dejar detrás de él, el menos desequilibrio, la más ligera sacudida, ya que su argamasa de lógica une las sólidas piedras sobre las cuales discípulos y sucesores subirán sin peligro y construirán aún.

Sin esfuerzo, enseña la crítica que cualquiera de esas pretendidas piedras solamente es neblina y nada: símbolo lejano e intangible de la inefable Realidad o ensueño enfermizo y pesadez vacía de pesadilla. El pretencioso edificio ni siquiera tiene la consistencia para derribarse; ninguna ruina existe en el lugar donde se creyó erigirlo, lo que no impide que se intente la construcción de monumentos sucesivos; y el viento que, uno tras otro, se los lleva, no se carga siempre con un recuerdo... Un filósofo lo ha dicho: « Nada más fácil y nada más inútil que refutar a un filósofo ».

Así el dogmatismo aparece desde luego como ingenuidad y afirmación. Mirándolo de cerca, ¿es que acaso no se vuelve negación y pobreza? La línea, para purificarse en toda su longitud se desvanece; la superficie, para liberarse de todo espesor se dispersa; el pensamiento, para huir de toda contradicción pierde toda la vida. Por cierto que los verdaderos ricos, saben gozar mejor de la realidad cambiante. No tratan de escoger entre los ensueños maravillosos de las cosas. Varios, para nuestra alegría, hacen flotar en el flujo y reflujo del diálogo, sus maravillas viajeras y sus sonrisas alternadas.

Pero he aquí a los sabios. El espejismo que hoy los atrae, los emociona con la misma risa que los espejismos en donde el pasado creía refrescarse. Tanto como a las escolásticas caducas desprecian a la nueva escolástica, a la que su tiempo da un nombre de confianza y de gloria: gnosis, revelación, ortodoxia, doctrina o ciencia. La armadura lógica que a cada prueba cede y que Don Quijote se obstina en remendar y revestir, si por un momento detiene sus miradas, es como si se tratase de un objeto de museo bueno para alegrar la vista. Pero en uho u otro de los aspectos sin número, en ellos mismos aperciben, innegable salvo por goce filosófico, la montaña del ser que se afirma. Para ellos, naturaleza, sabiduría, amor, y virtud, abnegación, libertad, armonía no son, como para los otros hombres, deslumbrantes nombres o vanos ruidos; pues son, emocionados y tendidos, los dedos que indican las pendientes de la Felicidad.

Demasiado cierta para permanecer impotente en los países de las locuras pretensiones, su misericordia se aleja de los profesionales deformados que, en una gloria de luz burlona, llevan sus tumores de doctrina, sus jorobas de erudición, sus dóciles callosidades, sus bocios de recuerdos mal tragados. Vueltos hacia el vulgar cuya ignorancia, mientras no es levantada en tempestad por los oficiales, sigue titubeante, menos agresiva, a veces confiante, y cuya tontería, en la gracia matinal, parece curable, los sabios hablan. Su grande — ¡pero cuán rara! — victoria, es hacer ascender a un simple al conocimiento de sí mismo, a esa noble ciencia socrática que, con una palabra, separa lo externo inútil e inaccesible: « Todo lo que sé es que no sé nada ».

Sea para afirmar sus certidumbres prácticas, sea para cantar el flotamiento de ensueños que mañana eclesiásticos y universidades afearán y paralizarán con sistemas, el sabio narra con voluntad — acción precisa como un hermoso cuerpo de mujer, pero pensamiento velado en donde se desfiguran los rasgos, los ojos brillan y la sonrisa se indefine — la parábola.

En no importa qué siglo viva el sabio y en no importa qué región habite, parece que siempre tal perfume deba emanar de él.

De los numerosos escritos de los filósofos cínicos sólo quedan los títulos: varios incan compendios de parábolas. Los gestos cínicos que la leyenda nos ha transmitido, ¿es que son otra cosa que parábolas en acción? Y las parábolas cínicas que nos han llegado, desde que se las considera como conclusiones de parábolas, he aquí cómo se aclaran con una nueva y feliz luz. Su genio cómico inspiró a Diógenes símbolos tan relevantes y casi tan groseros como los inspirados a Ezequiel por Iahvé.

Criticado por frecuentar a los pecadores y a los publicanos, responde Jesús en el Evangelio: « No son los que están bien los que necesitan el médico, sino los enfermos ». Al mismo reproche replicó Antístenes según Diógenes Laercio: « A casa de los enfermos es donde van los médicos ». En un caso parecido, Diógenes de Sinope responde: « Penetra el sol hasta en las letrinas y no se contamina ».

Temerario sería afirmar que una u otra de las tres respuestas fue hecha directamente a adversarios en las circunstancias que indican los créditos biógrafos. Para la audacia de tal certidumbre, habría que olvidar las leyes de la leyenda y las direcciones familiares a la potencia transformadora. La leyenda es una poesía que dramatiza. De buena gana hace acciones con las palabras; por sus libros y discursos se figura los gestos y las actitudes del escritor y del orador. Tal relato,

surgido de la boca de un decidor de parábolas, se vuelve para ella anécdota vivida por él; y las narraciones sobre el fabulista Esopo no son acaso un divertido compendio de fábulas? Cada una de las respuestas que acaba de leerse fue tal vez, no un proyectil lanzado al enemigo presente que ataca, sino más bien, sobre un relato que marcha armoniosamente y sonríe, el repentino resplandor de una conclusión y de una corona.

Sin duda, otras palabras, presentadas desnudas por Matías, por Lucas, o por el libro VI de Diógenes Laercio, fueron primeramente el centro y el cuerpo de parábolas cuyos vestidos abigarrados, ante ojos que se divierten y que han de recordar, caen lentamente. Entre las obras escritas, para olvidar cuarenta títulos significativos de Antístenes y de Diógenes, no parecería que vivieran parábolas en esas **Cartas divertidas** de Menipo, en donde « había introducido a dioses como personajes ». Y qué podían ser, sino compendios de parábolas, esos libros de Mónimo en donde « agradables invenciones envolvían un sentido serio »?

Los cristianos que, a veces por indiferencia y a veces por sistema, han destruido un tan gran número de libros antiguos, no han dejado en pie ningún monumento de la sabiduría cínica. Osada y continuada apología de la naturaleza y del individualismo, burla de la Ciudad, de la Religión y

de todas las docilidades que hacen marchar al rebaño, bajas las cabezas, aquella literatura debía herir el corazón de los acaparadores de Antifisia, los organizadores de la autoridad, los profesores del respeto. Pero el fondo no era aquí el solo escándalo y más de un fanático se irritó porque, cinco siglos antes que el Evangelio, tantas parábolas fueron pronunciadas con una significación demasiado evangélica para ser ortodoxa.

De todos modos, al ensayar de restituir la nobleza del pensamiento cínico, una forma se me ha impuesto y Psicodoro, discípulo de Diógenes, me ha parecido que sólo podía hablar mediante parábolas.

HAN RYNER

(Trad. V. Muñoz).

NOTA : Este prefacio sirve de introducción a las cincuenta y dos parábolas cínicas de Ryner, reunidas en libro. « Las parábolas cínicas » de Han Ryner es posiblemente su libro más ejemplar y legible, abarcando todo un universo del pensamiento. Su otro libro, que forma **pendant**, « Los viajes de Psicodoro, filósofo cínico », presenta problemas ya más arduos para la mente humana. Muy pocas de estas parábolas han aparecido en castellano (siempre en las publicaciones libertarias).



El pensamiento anarquista

Tres páginas más adelante leemos: «¿Es que Marx tiene la pretensión de dar todo esto como suyo, en oposición con algo contrario que yo habría dicho?», y en la página 116 exclama nuestro francés: «¡Por todo esto es mío!, y en la 117: «Yo he dicho todo esto». En la 119 va más fuerte y escribe: «Plagio de mi primer capítulo», y explota cuando Marx escribe: «¡Volvamos al señor Proudhon!»: «¡Cómo! ¡Volvamos! ¡Pero si las páginas que preceden son una copia de las mías!».

Max no quiere reconocer la deuda que tiene contraída con Proudhon y su egolatrismo lo llevará a calumniarlo, olvidando que dos años antes, en su obra «La Sagrada Familia o Crítica de la Crítica» (la menos popularizada de todas), ha escrito: «Proudhon se ha propuesto analizar de un modo crítico, la base de la economía nacional, la propiedad privada, y ha sido la suya la primera investigación enérgica, considerable y científica al propio tiempo. En esto consiste el notable progreso científico que ha realizado, progreso que revolucionó la economía mundial, creando la posibilidad de hacer de ella una verdadera ciencia. ¿Qué es la Propiedad?», de Proudhon, tiene para la economía la misma importancia que la obra de Say, «¿Qué es el tercer Estado?», ha tenido para la política moderna.» En otra parte de la obra añade: «Proudhon, no solamente escribe en favor de los proletarios, sino que él es también un proletario, un obrero: su obra es un manifiesto científico del proletariado francés.»

El «Delenda est Proudhon», anatema que Marx ha cedido en herencia a todos los teóricos del socialismo de Estado, he producido mucho daño debido a que la gran avalancha de las publicaciones comunistas alcanzan a todos los rincones y el «calumnia que algo queda» se ha mostrado efectivo una vez más.

Sin embargo, el concepto revolucionario de Proudhon no puede ser puesto en duda para aquellos estudiosos que quieran sumergirse en su prolija obra literaria.

Volviendo a su «Sistema de las Contradicciones Económicas», que tanta furia despertara en Marx, Proudhon trata, a base de dos volúmenes, rebasando un total de ochocientas páginas, de poner de realce las contradicciones que presenta la economía y la sociedad en general y, a la vez, armonizarlas. Proudhon ha leído a Kant y se ha sentido impresionado por sus antinomias. Marx ataca estas contradicciones porque considera que Proudhon ha sido incapaz de interpretar el principio hegeliano de la tesis, la antítesis y la síntesis que él mismo le enseñara en París en 1844, según se desprende

del ya mencionado libro (11), cosa incierta, ya que Proudhon estaba familiarizado con Hegel antes de su encuentro con Marx, como lo prueba su carta del 23 de mayo de 1842 dirigida a su gran amigo Ackermann: «No me dejo abusar en nada por la metafísica de Hegel, llamo un gato un gato y no creo que esté mucho más avanzado por decir que este animal es una diferenciación del gran todo y que Dios llega a la subconsciencia de mi cerebro.» No hay que descuidar que, como buen francés, no aceptaba a los alemanes sino a regañadientes, en carta al señor Tilloy del 25 de febrero de 1858, escribía: «De tomos modos los alemanes tienen dificultades para llegar a la idea; son pesados, difusos, confusos y sus conclusiones no son felices.»

El que da en el justo punto de la cuestión es uno de sus biógrafos, Sainte Beuve, quien en la biografía que nos hace de nuestro sociólogo, dice: «Por otra parte su método, si se levanta la máscara alemana, es sencillo y audaz, simplemente; hubiera podido abstenerse del término hegeliano «antinomía». En toda cosa hay el «pro» y el «contra», y hay verdad en las dos partes. Proudhon debía y podía, naturalmente, decirse: «Si la propiedad que ataco es falsa, inicua, ¿cómo es que existió y duró desde el principio del mundo?». Esto lo condujo desde entonces a reconocer que una cosa puede ser falsa y verdadera a la vez. La naturaleza de los hechos sociales y de las instituciones es diferente de la del mundo racional. Lo relativo y lo absoluto, la historia y la filosofía se hacen la guerra desde el origen, ¿cómo lograr un día conciliarlas?. Proudhon, en su trabajo por llegar a ello, hubiera podido también practicar su método en descubierto, claramente, a la francesa, y hacerlo remontar a Pascal, quien se complació en poner de relieve las

(11) «Durante mi estancia en París —escribe Marx— en 1844, entré en relaciones personales con Proudhon. Cito esta circunstancia porque hasta un cierto punto soy responsable de su sofisticación, palabra que emplean los ingleses para designar la falsificación de la mercancía. En las largas discusiones, a menudo prolongadas toda la noche, yo lo infectaba de hegelianismo, para su perjuicio, ya que, no sabiendo alemán, no podía estudiar la cosa a fondo.»

G. D. H. Cole en su «Historia del Pensamiento Socialista», Vol. I, pág. 217, comentando las contradicciones proudhonianas, dice: «Esto no es expresión de un hegelianismo mal entendido, sino de una filosofía enteramente distinta, que tiene menos de común con Hegel que con la concepción de Kant de la «sociabilidad insocial de los hombres». Fue Marx el que no comprendió a Proudhon, no Proudhon el que dejó de comprender las lecciones de Marx acerca de la dialéctica hegeliana.»

contradicciones en el hombre: «Lo elevo, lo hundo, hasta que comprenda que es un monstruo incomprendible» (12). Pero el reformador audaz y complejo no lo tenía en cuenta: emplea más artificio, tiene una pretensión más ambiciosa por la ciencia y por una ciencia completamente nueva» (13).

Quizás, en el fondo de esta tan discutida obra de las Contradicciones Económicas, encontremos, junto a la riqueza de materiales que nos ofrece, el verdadero temperamento proudhoniano quien, polemista como pocos, entabla la contraversia consigo mismo haciendo gala de una genialidad única. No se trata de la fría búsqueda de la tesis y la antítesis para dar con la solución hegeliana: la síntesis. Las soluciones que aporta Proudhon tienden a buscar la armonía entre el «pro» y el «contra» de que nos habla Sainte Beuve, la armonía que surja del encuentro entre el valor de uso y el de cambio, la armonía que debe existir de la división del trabajo, por un lado, y el maquinismo por el otro, ambos tendientes a aumentar la riqueza de la sociedad, pero que, al mismo tiempo, se ensañan con el desposeído creando mayor pauperismo y mayor embrutecimiento de las clases productoras, la armonía que hay que procurar conseguir de la competencia que tiende a estimular la inventiva y la producción, en cantidad y en calidad, y que, sin embargo, arrastra a los obreros al desempleo y a la disminución del poder adquisitivo, la del monopolio factor de capitales y, por el otro lado, yugulador del menesteroso, la del impuesto que debería permitir a la sociedad el mejoramiento de sus servicios públicos y tendría que limitar los poderes del monopolio, pero que, debido a la ingerencia de los monopolistas en la confección de la estructura del impuesto, éste se vuelve contra la propia sociedad y, en particular modo, contra la clase desposeída. La familia, la propiedad, el crédito, la propia religión, todo pasa por el cedazo de Proudhon con «pro» y «contra» sorprendentes cada vez, llevando al lector de un extremo a otro de la palestra social.

Proudhon, decimos, ha tocado todos los temas que al filósofo, al economista, al sociólogo y al filólogo (14) le son permitidos. Sin embargo, Proudhon se reivindica siempre obrero, siendo posiblemente el único con autoridad para tal gloria entre los muchos teóricos del socialismo que la historia nos presenta (15). El propio Marx lo ha reconocido y le ha rendido honores como hemos visto más arriba. Un obrero que clama por la «Acción Directa» medio

(12) Por senderos independientes Sainte Beuve y Miguel de Unamuno llegan a idénticas conclusiones. Dice don Miguel: «... su lógica (la de Pascal), no era una dialéctica, sino una polémica; no buscaba la síntesis entre la tesis y la antítesis, se quedaba como Proudhon, otro pascaliano a su modo, en la contradicción». Miguel de Unamuno: «L'Agonie du Christianisme»; página 117. Rieder, París, 1925.

(13) C. A. Sainte Beuve: «Proudhon». Pág. 186. Americana. Buenos Aires, 1945.

(14) Los conocimientos filológicos de Proudhon eran sorprendentes y fue su primera ciencia. Al igual que Ernesto Renán, Proudhon penetró en la filosofía usando a la filología de cayado.

siglo antes que los sindicalistas franceses adoptaran la expresión: «El proletariado, poco a poco desjacobinizado, pide su parte, no solamente de sufragio directo en los asuntos de la sociedad, sino de acción directa» (16). Mas un obrero, al mismo tiempo, que se opone a las huelgas y a la violencia: «A pesar de mi simpatía por el mejoramiento de la suerte de la clase obrera, es imposible, lo declaro, que las huelgas, seguidas de aumento de salario no conduzcan a un encarecimiento general: esto es tan cierto como dos y dos son cuatro. No es con estas recetas que los obreros llegarán a la riqueza y, lo que es mil veces más precioso, a la libertad» (17).

«Hoy, las coaliciones y las huelgas de obreros parecen haber cesado sobre todos los puntos de Inglaterra, y los economistas se congratulan con razón de esta vuelta al orden, digamos inclusive al buen sentido» (18).

En su especulación de la antinomia llega a escribir con mayúsculas que la huelga es ilegal, lo que aprovecha el inescrupuloso marxista Amaro del Rosal en su obra «Los Congresos Obreros Internacionales en el siglo XIX» para decir que «Proudhon termina renegando de todo principio revolucionario». La inescrupulosidad de Amaro del Rosal consiste en que no plasma íntegro el pensa-

(15) «Nacido y educado en el seno de la clase obrera — escribe en la Memoria que dirige a la Academia de Beçanson, el 31 de mayo de 1837, con deseos de obtener la beca Suard, lo que consiguiera—, perteneciéndole aún por el corazón y por los afectos y, sobre todo, por la comunidad de sufrimientos y de deseos, mi mayor alegría, si obtuviese vuestros sufragios sería poder, desde ahora, trabajar sin descanso por la ciencia y la filosofía, con toda la energía de mi voluntad y toda la potencia de mi espíritu, en el mejoramiento moral e intelectual de quienes me agrada llamar mis hermanos y compañeros.»

G. D. H. se complace en señalar, también, el origen obrero de Proudhon: «... es casi el único entre los profetas importantes del socialismo que nació entre los de la *classe la plus nombreuse et la plus pauvre*, para emplear una vez más la frase de Saint Simón.

G. D. H. Cole., Op. cit., pág. 202.

(16) P. J. P.: «Confessions d'un Révolutionnaire». Página 372. Marcel Rivière, París, 1929. Al respecto es interesante señalar la acotación que el mejor biógrafo de su juventud: Daniel Halevy, hace: «Es singular el encontrar, bajo la pluma de Proudhon, esta expresión que readoptarán los sindicalistas de principios del siglo XX: No es a Proudhon que ellos la deben sino a los *activistas* de 1892, Paul Desjardins et Charles Maurras. Paul Desjardins fundó la «Acción Moral», en colaboración con Vaugeois que llevó a Maurras al título de «Acción Francesa», de donde los sindicalistas sacaron «Acción Directa». Sin saberlo, encontraban a su maestro.»

(17) P. J. P.: «Système...». Vol. I; pág. 152.

(18) Op. cit., pág. 184. Esta oposición a la huelga se reflejará, veintidós años más tarde, en los que integran la Primera Internacional como grupo parisino quienes presentarán en el Congreso de Ginebra de 1866 un manifiesto en el que descartan el sistema de las huelgas y abogan por la organización del mercado del trabajo, la enseñanza técnica y la organización del cambio según el sistema mutualista proudhoniano.

miento de Proudhon ya que si llegamos al fin de la secuencia veremos la profundidad de su apreciación: «...mientras que la huelga de los obreros es ILEGAL. Y no es solamente el código penal quien dice esto, es el sistema económico, es la necesidad del orden establecido. Mientras el trabajo no es soberano debe ser esclavo : la sociedad sólo subsiste a este precio» y aquí hace una llamada que contiene lo siguiente : «Le es tan imposible a la sociedad fundada sobre el principio propietario de no desembocar a la distinción de clases, como a la democracia de no llegar al despotismo, a la religión de ser razonable, al fanatismo de ser tolerante. Es la ley de la contradicción : ¿Cuánto tiempo nos será necesario para comprenderlo? (19).

Proudhon es ateo. Llega a decir que «Dios es el mal», empero, si se viera forzado a abrazar una religión abrazaría la del trabajo que lo pone frente a Dios : «El hombre, entre todos los animales, es el único que trabaja, da el ser, la existencia, a las cosas que la naturaleza no produce, que Dios es incapaz de crear, porque las facultades le faltan.»

Hay hasta poesía, cosa rara en Proudhon, cuando se entrega al tema : ¿Qué es, pues, el trabajo? Nadie lo ha definido aún. El trabajo es la emisión del espíritu. Trabajar es gastar la vida; trabajar, en una palabra, es consagrarse, es morir. Que los utopistas no nos hablen más de devoción : la devoción es el trabajo expresado y medido por sus obras... El trabajo, frenando los anticipos de la miseria, pone fin a la antropofagia; al mito feroz y divino sucede la verdad humana y providencial; la alianza está formada por el trabajo entre el hombre y la naturaleza y la perpetuidad de ésta asegurada por el sacrificio voluntario de aquél» (20).

«El arte, es decir, la búsqueda de lo bello, la perfección de lo verdadero, en su persona, en su mujer y sus hijos, en sus ideas, sus discursos, sus acciones, sus productos : tal es la última evolución del trabajador, la fase destinada a cerrar gloriosamente el círculo de la naturaleza. La Estética, y por encima de la estética, la Moral, he ahí la piedra angular de la bóveda del edificio económico».

«El conjunto de la práctica humana, el progreso de la civilización, las tendencias de la sociedad, son testigos de esta ley. Todo lo que hace el hombre, todo aquello que ama y que odia, todo lo que le afecta y le interesa, se vuelve, para él, materia de arte. La compone; la pule, la armoniza, hasta que, por el prestigio del trabajo él ha hecho, digámoslo así, desaparecer la materia».

«El hombre no hace nada de acuerdo con la naturaleza : es, si me atrevo a decirlo en algún modo, un animal «hacedor» (21). Nada le gusta si no le aporta afectación : todo lo que él toca es necesario

que lo arregle, lo corrija, lo purifique, lo recree» (22).

Por esto, por ver en el trabajador un artista, un amante de la obra que acomete, se revela contra la división del trabajo que, antes que él ya denunciara Adam Smith. ¿Con qué amargura cita a J. B. Say en su «Tratado de Economía Política» cuando éste había del obrero embrutecido porque durante toda su vida no ha hecho más que una parte insignificante de la unidad de un producto! : «Un hombre que durante toda su vida no hace más que una sola operación, llega, con toda seguridad, a ejecutarla mejor y más rápidamente que otro hombre; pero al mismo tiempo se vuelve menos capaz de toda otra ocupación, sea física, sea moral; sus otras facultades se apagan, y de ello resulta una degeneración del hombre considerado individualmente. Es un triste testimonio a presentar el no haber hecho otra cosa que la décimo octava parte de un alfiler : y que no se piense que sea únicamente el obrero que toda su vida empuña una lima o un martillo que degenera así de la dignidad de su naturaleza; es inclusive el hombre que ejerce, por estado, las facultades más desligadas de su espíritu... En resultado se puede decir que la separación de los trabajos es un empleo hábil de las fuerzas del hombre; que aumenta prodigiosamente los productos de la sociedad, pero también anula algo de la capacidad de cada hombre tomado individualmente».

De aquí que Proudhon vea, con el advenimiento de la máquina, la salvación del obrero, ya que la máquina, por poder ser perfeccionada al infinito, puede acometer la elaboración y terminación completa de un producto, cerrándose así, el ciclo antinómico del trabajo, división del trabajo y, por último, reunión nuevamente del trabajo. «La introducción de las máquinas en la industria se cumple en oposición a la ley de la división y para restablecer el equilibrio profundamente comprometido por la esta ley» (23).

«En la sociedad, la aparición incesante de las máquinas es antítesis, la fórmula de la división del trabajo; es la protesta del genio industrial contra el trabajo parcelario y homicida. ¿Qué es, en efecto, una máquina? Una manera de reunir diversas partículas de trabajo que la división había separado. Toda máquina puede ser definida : un resumen de numerosas operaciones, una simplificación de resortes, una condensación de trabajo, una reducción de gastos. Bajo todos estos aspectos, la máquina es la contrapartida de la división. De donde, por la máquina, habría una restauración del trabajador parcelario, disminución de esfuerzo por parte del obrero, baja de precio sobre el producto, movimiento en la proporción de los valores, progreso en los nuevos descubrimientos, aumento del bienestar general» (24).

(22) Op. cit. Vol. II, pág. 375.

(23) Op. cit. Vol., pág. 168.

(24) Op. cit. Vol. I, pág. 171. Marx, por el contrario, sostiene, en su «Miseria de la Filosofía», que el maquinismo y la concentración de la industria desarrollan la división del trabajo en lugar de restringirla.

(19) «Système des contradictions Economiques». Página 324. Vol. I.

(20) Op. cit. Vol. II, págs. 362-3.

(21) «Façonner» en el texto francés.

No se puede vaticinar cuál sería la reacción de Proudhon dentro de nuestra época en la que el maquinismo ha alcanzado proporciones enormes que acorralan al obrero a campos cada vez más reducidos de forma que si la división del trabajo era una amenaza evidente contra la salud física y moral del obrero, el maquinismo, en la actualidad, lo divorcia completamente del producto que fabrica faltando este cordón umbilical que, en lo artesano, fusionan producto y productor.

Queda en pie el empeño y la solidaridad, nunca desmentida, de Proudhon frente al productor, al ser humano que, gracias a la ciencia económica, nuestro filósofo quiere proporcionarle una sociedad libre, sin coacción, sin Estado, sin autoridad. Esta ciencia económica tiene tanta importancia para Proudhon que, a través de ella quiere proporcionar el conocimiento general. Edouard Droz, otro de los biógrafos de Proudhon, dice que la economía era, para el autor del «Sistema de las Contradicciones Económicas»: «Una ciencia inmensa de la cual dependen toda nuestra vida y todo nuestro pensamiento, más capaz que ninguna otra filosofía de intruarnos respecto al hombre, su origen, su destino y su Dios» y el propio Proudhon en la obra citada afirmará que «estudiar las leyes de la economía social, es hacer la teoría de las leyes de la razón y crear la filosofía».

Su cultura autodidacta ha hecho que se dispersara, como ocurre con todos los que han tenido que aprender a pulso y sin programa, encontrando sus tendencias y sus materiales cuando ya se han asimilado montañas de libros, y no se concentraba en una especialidad donde hubiera podido profundizar más. El universalismo del que nos habla Alexis Carrel permite una mayor amplitud de miras, pero ello redundaba en detrimento de la intensidad de un tema determinado. Dé aquí que en Proudhon aparezcan continuamente diferentes soluciones, contradiciéndose inclusive, lo que hacen decir a G. D. H. Cole: «De aquí se sigue que mientras para Marx sólo hay una síntesis posible capaz de resolver los antagonismos de tesis y antítesis, la filosofía de Proudhon admite una variedad de soluciones posibles estando por esto en oposición directa con el determinismo de Marx y con su creencia en la posible predicción científica del curso futuro de la civilización. Aunque oculto a veces por los términos de la discusión suscitada entre los dos, en esto consiste su verdadero y profundo desacuerdo. En lenguaje moderno diríamos que Proudhon era esencialmente un pluralista, mientras que Marx era monista y, sin duda, un pensador monolítico» (25).

Y sin embargo, la genialidad de sus teorías económicas está fuera de dudas y la manera como

desarrolla la formación del capital y, en muy especial modo, su exposición de la «fuerza colectiva» tiene un interés sorprendente: «El capitalista, se dice, ha pagado las jornadas de los obreros; para ser exacto, es necesario decir que el capitalista ha pagado tantas veces una jornada como obreros ha empleado cada día, lo que no es, bajo ningún aspecto, la misma cosa. Porque esta fuerza inmensa que resulta de la unión y la armonía de los trabajadores, de la convergencia y de la simultaneidad de sus esfuerzos, no la ha pagado. Doscientos granaderos han levantado, en algunas horas, el obelisco de Luksor sobre su base; puede suponerse que un hombre, en doscientos días, hubiera conseguido lo mismo? Sin embargo, en la cuenta del capitalista, la suma de los salarios habría sido la misma. Y bien, un desierto a ser cultivado, una casa a ser construida, una manufactura a ser explotada, es el obelisco a enderezar, es una montaña a cambiar de lugar. La más pequeña fortuna, el más simple establecimiento, la puesta en marcha de la más mezquina industria, exige el concurso de trabajos y de talentos tan diversos que un mismo hombre no lograría realizar jamás. Es asombroso que los economistas no lo hayan notado» (26).

Contestando a Ch. Comte en su «Tratado de la Propiedad», quien reivindica el mejoramiento de una ciénaga o del suelo en general para el propietario ya que éste, según Comte, ha pagado el mejoramiento mediante alimentos y salarios, Proudhon nos lega una página maestra: «Este precio no basta: el trabajo de los obreros ha creado un valor y, en consecuencia, este valor es su propiedad. Ni ellos la han vendido ni cambiado ni usted, capitalista, la ha adquirido. Que usted tenga derecho parcial sobre el todo por los abastecimientos y las subsistencias procuradas, nada es más justo: usted a contribuido a la producción, usted tiene derecho al disfrute. Pero nuestro derecho no anula el de los obreros, quienes han sido vuestros colegas en la obra producida. ¿Habla usted de salarios? El dinero con el que usted paga a los trabajadores cancelaría apenas algunos años de la posesión perpetua que ellos os abandonan. El salario es el gasto que reclaman el mantenimiento y la reparación diaria del trabajador; usted se equivoca al ver en este salario el precio de una venta. El obrero no ha vendido nada; no conoce su derecho ni la extensión de la cesión que le hace, ni el sentido del contrato que usted pretende haber pasado con él. De la parte de ellos, ignorancia completa; de la de usted error y sorpresa, caso que no querramos decir robo y fraude» (27).

(26) «Qu'est-ce que la Propriété». Pág. 215.

(27) Idem, idem. Págs. 213-4.

(25) G. D. H. Cole: Op. cit. Vol. I, pág. 209.

(Continuará.)



Fichas y fechas

Cien años de guerra

1828-1829. — So pretexto de la emancipación de Servia, Rusia y Turquía se hacen la guerra. Resultado : los servios esclavos continúan como antes, excepto varios centenares de miles de jóvenes que mandados por los militares profesionales creyeron que iban a matar cuando iban a morir.

1830-1848. — Conquista de Argelia por Francia. El reverso ya lo conocemos. Los resultados también.

1832-1842. — Los poderosos « pacifistas » de Inglaterra hacen guerrear a su pueblo contra los trabajadores de Afganistán. Los poderosos de Afganistán hicieron lo mismo que los ingleses. Pretexto : innecesario.

Al mismo tiempo, otra guerrita fue emprendida por los militares británicos contra las poblaciones del Niger. Duró hasta 1861, es decir, 29 años.

1833. — Otra guerra emprenden los militares ingleses contra Argentina. Resultado : la ocupación de las Malvinas.

1839. — Victoriosos los kakis ésos, tras otra operación bélica, las tropas inglesas ocupan Aden.

1840. — Insaciable, Inglaterra, o sea, sus militares y chusqueros ocupan Nueva Zelandia.

1844-1849. — Inglaterra contra las Indias. Motivo : espacio vital.

1846-1848. — La misma contra Birmania. Resultado : reconquista.

1854-1856. — Los militares de Inglaterra, Francia y Turquía lanzan a la juventud de los tres países contra la de Rusia, lanzada a su vez por sus jefes contra la de los tres anteriores. Resultado : dolor y muerte.

1855. — Inglaterra, tras una breve guerra ocupa Nueva Guinea.

1856. — Militares anglo-franceses contra militares chinos.

1859. — Francia contra Austria y viceversa. Resultado : menos juventud y más huérfanos.

1859-1860. — España contra Marruecos. Pretexto : limitación de fronteras. Resultado : la deshonra de España por haberse dejado mandar por gente sin alma.

En el mismo período, Inglaterra y Francia vuelven a intervenir, matando y muriendo, en China.

1860. — Rusia contra colonias Resultado : además de los muertos, expansión de sus dominios.

1861. — Norteamérica contra el cantonalismo. En la misma época Inglaterra, la pacifista, ocupa Lagos.

1861. — Francia interviene en Méjico. La contienda dura seis años.

1862. — Los anglo-franceses vuelven a intervenir en China.

1863. — Polonia se subleva contra Rusia. Francia, por su lado, ocupa Dahomey.

1864. — Prusia contra Dinamarca.

1865-1870. — Los militares de Argentina, Brasil y Uruguay contra los de Paraguay. Resultado : la juventud de los cuatro diezmada y la moral relajada.

1866. — España contra el Perú. Pretextos... de alcoba.

1868. — Abisinia no se deja civilizar por los pretorianos de Inglaterra y ésta le declara la guerra.

1870. — Prusia contra Francia, es decir, la juventud de la una contra la juventud de la otra.

1874. — Francia ocupa en China el territorio de Annam.

1875. — El Japón ocupa las islas Kuriles.

1876. — En los Balcanes, Montenegro y Servia se declaran en estado de beligerancia contra Turquía.

1877. — Inglaterra conquista Beluchistán. Anexiona el Transvaal y prepara nuevas expediciones. Un año después ocupa el Walfisch.

1879-1898. — Bolivia y Perú contra Chile, o viceversa.

1881. — Francia ocupa Túnez y Tahití.

Inglaterra, por su parte, ocupa Egipto. Dos años después ocupa el Sudán y cuatro años más tarde, domina totalmente Nueva Guinea.

Esta vez, a medias con Alemania, ésta conquista además, Togo y Camerún.

1885. — Inglaterra anexiona, por entonces definitivamente, Birmania.

Al mismo tiempo Servia se declara en guerra contra Bulgaria.

1890. — Inglaterra ocupa Nigeria.

(Continuará)

Facilitado por el A. B. I. C.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Poema a la emigración

En las orillas del río Bidasoa
he tirado mis ojos
como un anzuelo al agua.

Las aguas del río Bidasoa
bajan al mar Cantábrico
un mensaje de historia
que lanzan las montañas
del Pirineo.
Jóvenes, sumisas, prometedoras ellas,
mirad,
también emigran las aguas.

En las orillas del río Bidasoa
me detengo y lloro.
Miro a través de lágrimas
mis manos
traídas desde las tierras pobres
del sur de Andalucía,
donde quedan más manos,
muchas manos paradas.

En el puente del río Bidasoa
pongo un pie sobre Francia
y otro pie sobre España.
Cómo tira esta tierra de mis dedos,
hoy raíces movidas
hasta el último metro de tierra de mi pa-
[tria.

En las aguas del río Bidasoa
veo todos los ríos españoles:
Miño, Duero, Tajo, Guadalquivir
y Júcar;
me asomo a las comarcas andaluzas
por los ojos dormidos del Guadiana.
A esta tierra domadora de ríos
¡ay! la están llevando el alma.

En las orillas del río Bidasoa
veo por vez primera la estructura de Eu-
ropa,

en posición de sueño,
que se levanta:
países, grandes países, subiendo calles,
haciendo calles para subir,
residiendo en las fábricas,
donde la enfermedad habita con la muer-
[te,
tiene un pulmón de acero,
que se desgasta.

En las orillas del río Bidasoa
pienso que en la ciudad de Büchen
(Alemania)
a la hora en que las calles vuelven
llenando de españoles las avenidas
y traen oscuras
ocho horas de hierro y de carbón en unos
[ojos

acostumbrados más al agua;
pienso que el joven moreno,
con los ojos perdidos hacia el Mediterrá-
[neo

no dirá «Ich liebe dir»
sino dirá: «Te quiero» a todas las mucha-
[chas.

En las orillas del río Bidasoa
mirando a Francia
se me han vuelto los ojos
a las espaldas
y en vez de ser dos ojos
eran dos lágrimas.

ANGEL SANTIAGO (1)

(1) Autor de «Castilla la nuestra», pró-
ximo a aparecer.

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

MAS DE 80 AUTORES

«A caballo del Ande», Samblancat	0 50	«Botánica experimental», Bruno	2 75
«Adela y Matilde», D. R. S.	2 00	«Breve historia de Francia», Gerard	3 80
«Agente presidencial», Sinclair	8 40	«Breve historia de la Anarquía», Nettelau	1 80
«Ahora somos hermanos», Lania	5 60	«Breve historia del Mundo», Wells	2 50
«Aita-Tettahuen», Galdós	1 50	«Buenas rutas» (La salud mediante la botánica) ..	5 00
«Aladino y la lámpara maravillosa»	1 80	«Buridan», Zevaco	2 30
«Albores de libertad», Relgis	1 70	«Búsqueda en la noche», Esteve	3 00
«Alejandro Korn», Romero	1 00	«Cadena perpetua», Runyon	3 50
«Algunas consideraciones sobre literatura», Unamuno	2 20	«Cádiz», Galdós	1 50
«Ali Babá y los cuarenta ladrones»	1 80	«Calvario», Castenuovo	2 50
«Alicia en el país de las maravillas»	1 80	«Camaradas errantes», Steinbeck	4 00
«Al séptimo día», Barclay	1 50	«Cañaval junto al mar», J. Carmona	2 50
«Altar mayor», Espina	2 00	«Canción de gesta», Montseny	0 25
«Amadeo», Galdós	1 50	«Cánovas», Galdós	1 50
«Amalia», Marmol	2 30	«Capitalismo, Democracia y socialismo», Souchy ..	1 00
«Ama usted Bramhs?, Sagán	3 00	«Carmén», Merimée	1 50
«Amor e ironía», Yutang	7 00	«Carne y espíritu», De Meerersch	5 00
«Amor, pasión y aventura», Flynn	1 50	«Carta a un joven poeta», Rilke	3 50
«Amor sin mañana», Montseny	0 25	«Carta municipal acordada», Alaiz	0 50
«Ana Karenina», Tolstoi	2 30	«Cartas amorosas», Florangel	3 00
«Anatomía de la paz», Reves	3 50	«Cartas a su hijo», Chesterfield	6 00
«Anselmo Lorenzo», Montseny	0 50	«Cartas de amor, arte y desconsuelo», Beethoven ..	1 50
«Ante la bandera», Verne	1 00	«Cartas de la prisión», Toller	3 90
«Antología de pensamientos», G. Prada	0 70	«Cartas de un corazón angustiado», A. Carlos	1 00
«Antología de prosistas españoles», Menéndez	3 80	«Cartas sobre el existencialismo», J. Salas	6 50
«Antología libertaria»	1 50	«Cartas sobre regilón», Figola	1 00
«Antología poética», Storni	6 00	«Carteles», González Pacheco	13 50
«Antología poética», Unamuno	2 00	«Casa de muñeca», Ibsen	1 50
«Años de juventud», Valdés	2 50	«Casanova», Zveig	1 50
«Arte accesible», Alaiz	0 25	«Catecismo del agricultor y del ganadero»,	0 50
«Arte de escribir sin arte», Alaiz	0 25	«Ciencia y conciencia», Dantec	6 00
«Arte, poesía y anarquismo», Read	1 50	«Ciencia y filosofía», Tannery	2 50
«Aspectos de América», Vallina	2 00	«Ciencia y filosofía», Antología	6 00
«Astilla», Barroso	1 00	«Cien días de la vida de una mujer», Montseny ..	1 40
«A través del espejo», Carroll	2 00	«Cifra y Prueba», Alaiz	0 25
«Autobiografía», Attlee	4 50	«Cirano de Bergerac», Rostand	1 50
«Aventuras del Barón de Munchausen», Burger ..	8 00	«Cita con Venus», Tickell	3 50
«Aventuras de Tom», M. Twain	3 50	«Civilización del trabajo y de la libertad», Charaviglio	6 30
«Aversión y atracción en el matrimonio», De Velle ..	8 50	«Comicios históricos de la CNT. Barcelona, 1918» ..	1 80
«Babbit», Sinclair	8 00	«Cómo educar a nuestros hijos», Pr. N.	0 50
«Bailén», Galdós	1 50	«Cómo he curado la tuberculosis», Hevia	1 50
«Bajo la media luna», Hamsun	1 20	«Cómo se educa un carácter», Dr. T.	0 50
«Barba Azul»	1 50	«Cómo se forma una inteligencia», Dr. T.	0 50
«Bases», J. Alberdi	1 50	«Comunidad de los grandes espíritus», Nicolás ..	2 80
«Ben-Hur», Wallace	2 30	«Conciencia y conocimiento (Ant.)	6 00
«Benjamín Franklin», Coowther	3 50	«Conferencia Intercontinental 1947»	0 60
«Bestias, hombres y dioses», Ossendowski	2 50	«Confesión de Claudio», Zola	2 75
«Biografía de Bakunin», Guillaume	0 10	«Conflictos entre la Religión y la Ciencia», Draper ..	1 30
«Blanca Nieves»	1 80	«Confusión de sentimientos», Zweig	1 50
«Bodas Reales», Galdós	1 50	«Congreso de constitución de la C. N. T.»	0 80
«Bolchevismo y anarquismo», Rocker	1 40	«Conocimiento y error», March	3 50
		«Continencia y placer», Krujer	2 50

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)

GENIIT

— sociología —
— ciencia — literatura



GUARDIA



Plácido Bravo: ¿Obedecer sin comprender?

Dr. P. Janet: La tristeza.

F. Alaiz: La estatua viva. Noventa días de mi vida en un convento.

Puyol: D. Juan de Austria. Contra la guerra y por la libertad.

Sobre la verdad y el error.

J. M. Peman: Desde arriba.

Alfonso Vidal y Planas: Sobre la cultura.

Campo Carpio: La política y el hambre en el mundo.

Costa Iscar: El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Abarrategui: Alas sin cielo.

E. Relgis: De mi calendario

Floreál Ocaña: «Autopsia psiquiátrica» de Marilyn Monroe.

Samuel Gottecho: Thoreau y las flores del campo.

R. Mella: Las pasiones.

R. González Pacheco: Del pesimismo.

Denis: El extranjero.

Víctor García: El pensamiento anarquista (folletón).

40 P. 5523

143

NOVIEMBRE · 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



NUESTRA PORTADA

La antigua Gerunda, legado que era del primogénito de los reyes de Aragón, es una de las ciudades viejas, de raigambre histórico y de lugares pintorescos. Fue dominada y gobernada por los moros durante muchos años. El hijo de Carlomagno se las conquistó en el año 797, pero el triunfo fue poco duradero. En el siglo XVII los franceses gobernaron en dueños y señores durante once años. Famosa es su batalla cuando a principios del XIX, 1809, resistió durante nueve meses contra las tropas de Napoleón. Cruel destino el de esta ciudad por lo mucho que ha sufrido su población de los apetitos guerreros de las gentes. Asedios de hambre y de muerte lo fueron también el que sostuvo Felipe III el Atrevido en 1285, y el del general Frim en la guerra carlista, 1843.

Calles tortuosas, pendientes rápidas, escalinatas... Tres pequeños ríos, el Oñar, el Ter y el Güell, la bañan.

Lo más típico, sobresaliente y original son sus arcadas, sus pasarelas y sus puentes.

Gerona tiene barrio judío (1). Muy importante sería rememorar la influencia judía en esta zona.

La calle que vemos en la portada es la que conduce al Palacio del Vizcondado. En Gerona está la tumba de Ramón Berenguer III, conde de Barcelona, llamado el Cabeza de Estopa.

Al norte de la ciudad, en el encantador Valle de Llimana, se notan cúspides volcánicas observándose en algunas vertientes la lava solidificada.

Gerona es también el lugar desde donde en 1939, el Comité Nacional de la C. N. T. lanzó su último manifiesto antes de pasar a Francia.

(1) Sin judíos, claro está.

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hera Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21

4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

GENIIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Noviembre 1962

Nº 143

¿OBEDECER SIN



NO seremos tan categóricos como ciertos soñadores racionalistas del siglo pasado que pretendieron demostrar, decálogos científicos en mano, que en un futuro inmediato todos los pasos y andanzas del hombre seguirían los caminos geométricos trazados de antemano por el raciocinio; caminos de tránsito y tráfico bordeados de experiencias históricas y jalonados de axiomas filosóficos, única forma de evitar los periódicos extravíos.

De estas premisas, un tanto precipitadas, a la creencia del advenimiento de una era de paz, progreso y justicia, no había más que un paso, pronto dado por la inflamada imaginación de estos discípulos de la Enciclopedia. Sin embargo, su error deductivo nos es grato. En fin de cuentas, como alguien dijo, la fe en la cordura del hombre quizás sea la única digna de mantenerse contra viento y marea. Es más, estamos convencidos de que el rumbo de la vida solamente esta brújula es capaz de marcarlo para llegar a buen puerto.

Ahora bien: de ahí a profetizar dichosos siglos bajo la égida de esta diosa hay un trecho que no podemos salvar sin correr el riesgo de caer en el vacío de la hipótesis. Ello sería tanto como dotar a esta facultad de un inmenso poder; hacerla capaz de contrarrestar pasiones, confundir intereses, evitar locuras, etc. Y esto no lo permiten los hechos históricos, ni lo garantizan los conocimientos científicos.

Más aún. ¿Qué sabemos del recinto en donde se elaboran las ideas? Decir que es el cerebro, situarlas en el interior de esta viscera, es decir algo tan vago como si se nos indicara el pajar donde se halla la diminuta aguja en cuya búsqueda hemos pasado años por miles. Falta encontrar la mecánica de esta elaboración, el origen de esta substancia químico-psicológica; des-

cubrir además la trayectoria de ésta a través del sinuoso dédalo nervioso, por cuyo conducto visual, auditivo, táctil, etc., observamos, captamos y apreciamos. Y esto, pese a los esfuerzos de Cajal, aún no está a nuestro alcance.

Cuántas veces la razón más firme no ha sido desbordada por el motor sentimental, locomotora cuyas trepidaciones hacen que el mecánico pierda el control y salga de la estrecha vía de la lógica con todo el convoy que arrastra, mecánico inclusive. No menos catastróficos suelen ser los brutales frenazos de la razón para contener las desbordantes pasiones que, por ser tales, no son menos nobles y dignas de tenerse en cuenta que lo es la razón fría o especulativa. El grano de locura que toda obra genial contiene, ¿no es, en resumidas cuentas, la razón puesta al rojo vivo por la pasión? ¿Y no debemos precisamente a esta aleación la conquista y descubrimiento de las realidades y verdades de mayor alcance y densidad?

Todo lo expuesto no debe llevarnos, sin embargo, a perder la fe en la razón. Muy al contrario, no faltan pruebas que proclaman su supremacía, y ello debe inducirnos a propiciar su máximo desarrollo, pues todas las crisis tienen un origen común: la ausencia de la razón crítica. Pero esto nos autoriza a designar los límites apropiados a la razón, como también a negar todas las razones que se nos trate de imponer como artículos de fe; que exijan creencia sumisa, obediencia ciega, acatamiento forzado. Y adjuntamos el calificativo al sustantivo porque hay creencias centrifugas que, si bien nos someten, son la base de nuestras razones vitales, de la misma forma que hay mandatos centripetos a los que obedecemos conscientemente como insoslaya-

bles deberes porque nos permiten reivindicar a la vez nuestros derechos; acatamos no pocos acuerdos que, aun minimizando nuestra libertad personal, refuerzan las libertades colectivas en cuyo seno encontramos seguridad y el ambiente propicio para desarrollarnos completamente.

Precisamente en el menosprecio y olvido de esta supremacía de la razón con todos sus atributos — facultad crítica, inquietudes, curiosidades y predisposición al sacrificio, siempre latentes en el hombre en mayor o menor grado — está el origen y la llave de múltiples dramas psicológicos que jalonan la vida de los regimenes policiacos, basados en el estricto *ukase*, sostenidos por el terror, y en los que el miedo hace indiscutible lo que el *Magister Dixit*. Dramas que se rubrican con *firos* en la nuca o en la sien, y se pretenden atenuar con teatrales autocriticas. En realidad, es en estos hechos en los que radica la garantía de un futuro de libertad, en la que es imposible no tener fe.

Los resbalones o defecciones de tal o cual jefe, subalterno o simple subdito — y ejemplos no faltarían para atalarlos — son el balbuceo de unas conciencias caídas en el pozo herético. Sus correligionarios podrán llamar a todo esto traiciones, reniegos o debilidades; para nosotros es la virilidad de la razón que, erguida contra el absurdo dogmático al constatar el error, propicia el total desmoronamiento de su ciega fe.

En estos momentos de duda cabe situar sus vacilaciones, que les delatan fatalmente a los inquisidores del dogma; porque cuesta trabajo fingir el celo por una causa que ya no se siente, y observar las ordenanzas que no se comprenden o se comprenden demasiado bien.

PLACIDO BRAVO

COMPRENDER?

La tristeza

La tristeza es un estado emotivo que comúnmente aparece en el curso de la vida normal, motivado por la constante lucha a que el hombre está sujeto y por las vicisitudes que acompañan a esa lucha. Hay un equivalente patológico de dicha emoción: la melancolía, la cual se presenta ya como una enfermedad perfectamente limitada, ya como complicación en los padecimientos mentales en que aparecen a la vez la depresión y el agotamiento.

Hemos dicho anteriormente que la tristeza es un dolor moral, o, expresado de otro modo, que tiene un fondo penoso o de sufrimiento.

Al aplicar el análisis psicológico a la tristeza, el resultado del trabajo emprendido nos ofrece siete caracteres, que reunidos completan el cuadro al cual se refieren. Vamos a revisar metódicamente cada uno de esos caracteres:

Primero. — El dolor moral se distingue del dolor físico, porque no tiene localización como éste. En la pena o en la tristeza no hay lesiones precisas, ni sitios a los cuales referirlas.

Segundo. — Entre las ideas que acompañan a la pena, se destacan ante todo las **catastróficas**, que no hay que confundir con las de desvalorización vistas en el sentimiento de vacío. En éste, los objetos son reales, y son los enfermos quienes los suprimen. Cuando se trata de la tristeza, los objetos no son suprimidos, pero se les niegan sus cualidades, como en el caso de una enferma que, contemplando un ramo de flores, dice que están secas. La melancolía torna mustias las violetas; de ahí que repugnen a la persona que adolece de ella. Esto recuerda la antigua leyenda de Fausto, en la escena de Siebel, en que la maldición que hizo el diablo provocó la muerte temprana de las flores.

Las ideas catastróficas existen más o menos en cada uno de nosotros, pero aisladas. No así en la melancolía, donde constituyen todo un sistema...

Tercero. — Ocupan también lugar importante, al lado de las ideas catastróficas, las de **empeoramiento** o perjuicio, ideas que son despreciativas, denigrantes, que forman parte de las ideas calamitosas y que es difícil separarse de ellas.

Cuarto. — En la tristeza existe un miedo a la acción que puede presentar diferentes grados, desde el incipiente hasta aquél que en virtud de su exageración, llega a convertirse en miedo del miedo mismo. A esta altura se presenta el síntoma interesante de la inversión de los sentimientos, en el cual los individuos expresan lo contrario de lo que son, a pesar de que Jouffroy dice que sólo se siente lo que se tiene...

Quinto. — Cuando tenemos miedo, huimos de la situación que nos lo provoca, intervengan en esa situación objetos o seres...

Los prometidos, por nada de este mundo llegan

a una ruptura inmediata, a la que temen, y por eso, salvo en casos excepcionales, huyen de las situaciones que pudieran favorecerla.

Sexto. — El fracaso en una empresa hace que se la repudie como no conveniente; pero hay individuos que no suprimen su terquedad y viven en fracaso perpetuo, de modo que una acción de pésimo resultado es seguida de otra, y ésta a su vez de otra, y más tarde de otra, y de otra, y de otra, etc. La consecuencia en este caso es terrible. Esos individuos acaban por buscar la inmovilidad, el reposo, el sueño, actos a los que va comúnmente ligado un lenguaje especial. Se habla sin cesar de la muerte, aunque los que piensan en ella no se mueren. Sobre este particular podría citarse el caso de una mujer que agonizaba cada mañana, pero que de ahí no pasaba. En cambio, un magistrado atacado de una pulmonía, y al que se había hecho un pronóstico fatal, no aceptaba el estado de su agonía. Es difícil saber lo que pasa en los agonizantes, y la clase de conducta organizada que les corresponde, pero en los constantemente fracasados la muerte es un acto imaginario, que llega a la categoría de comedia. Son personajes que cotidianamente representan la comedia de morir.

Séptimo. — En la bancarrota de la vida en que el sempiterno fracasado actúa, llega un instante en que la representación de simple comedia pasa a lo dramático y a lo trágico y es porque al miedo de obrar lo sustituye el miedo de vivir. Hay condiciones extrínsecas e intrínsecas que favorecen tan tremendo epílogo. La fatiga de los caminos seguidos y de los trabajos malogrados, así como de los castillos en el aire destruidos; la reacción de esfuerzo debilitada; el reposo que no conforta y el debilitamiento que se acentúa, además de la exageración hiperbólica de los sufrimientos, a los que se supone no encontrar remedio alguno, precipitan a los enfermos de tristeza en un abismo, en el que se quiere la conclusión del dolor moral y no se encuentra otro refugio que el de la supresión misma, es decir, el suicidio.

DR. PIERRE JANET



La palabra al maestro

La estatua viva

LOS periódicos publicaron en cierta ocasión un telegrama informativo, procedente de Milán. Era un texto conciso y breve, pero sustancioso: « Con objeto de demostrar la superioridad de la verdad sobre el arte, una joven artista rumana se desnudó rápidamente junto a la estatua de Leonardo de Vinci, situada en un lugar céntrico de la ciudad, alrededor del mediodía y pronunció un discurso que oyeron los asombrados transeúntes. Apeló a éstos para que juzgaran si el cuerpo de una mujer moderna no es mucho más artístico que todo lo que han creado los pintores y escultores del Renacimiento. Se aglomeró la multitud, a pesar de la lluvia, frente al teatro de la Scala, escuchando la arenga hasta que las autoridades municipales, avisadas telefónicamente, llegaron con ropa y mantas.

Los agentes tropezaron con dificultades para vestir a la joven, que se defendía enérgicamente; pero consiguieron por fin meterla en un taxi y conducirla a una clínica mental. En el camino continuó atacando a Leonardo de Vinci, haciendo resaltar lo mediocre de sus esfuerzos.

He aquí otro caso de salvajismo fascista. El que dice la verdad se ve, indefectiblemente, en la cárcel o en el manicomio. Y he aquí una coincidencia de las camisas negras policíacas con todos los académicos del mundo, que a última hora no son más que policías del idioma, del sonido o del color.

El carácter de sublimidad y de objetos sagrados que tienen los cuadros de un museo o las estatuas, linda con el mesianismo « tabú ». Al paso que se ensalza el arte clásico se crea una especie de Olimpo para escritores y artistas actuales; un Olimpo, un altar, una hornacina o una capilla o cenáculo.

Pero, en realidad, los artistas, como los escritores, sólo obtienen la beligerancia de la gente de dinero y para obtenerla huyen del pueblo. La artista rumana tuvo el honor de desnudarse para hacer una demostración tan alejada del descoco como de la mojiganga puritana; buscó el anhelo popular y no se equivocó. La estatua de Leonardo de Vinci debió parecer junto al cuerpo lleno de vida palpitante de la rumana, un trozo de piedra.

La literatura que surge como de un surtidor de cada museo, de cada exposición o galería, envuena al ingenuo lector y le hace creer que un paisaje pintado requiere más gusto y más arte que un paisaje construido en el suelo por jardineros y cultivadores; que una figura pintada por Velázquez o Goya es más estimable que el talle de una jovencita.

Paulatinamente se convierte el arte en algo delirante y apasionado, en algo que se cree superior a la vida. Se amontona palabrería para hacer del

arte una divinidad nueva cuando todo el esfuerzo de Miguel Angel y los pinceles de Leonardo de Vinci no valen lo que un cuerpo vivo. Y mirando a los artistas se llega a comprarles un cuadro por un dineral, a creer que son unos comadrones de la civilización siendo, en realidad, unos aduladores de los ricos.

Goya era el más repugnante de los cortesanos, el hombre que vivía perpetuamente inclinado ante el rey; como Velázquez, que no pasó de ser un criado humilde. De los famosos artistas del Renacimiento nadie hubiera hecho caso de no ser ricos, de no vivir como príncipes entre juergas, borracheras y queridas.

¿Qué artista es capaz de rechazar los doscientos mil dólares que le ofrecieron al matemático Einstein por una juerga en Hollywood? ¿Quién contestaría como él que una hora de laboratorio vale más que todas las riquezas que pueden ofrecerle los peluceros?

Se odian los artistas acerbamente, con odio de mujeres histéricas, con odio inextinguible. Se odian más unos a otros de lo que odia a todos esos cómicos y danzantes del reclamo un hombre normal.

Una obra de arte no es más ni menos sagrada que un pan o un rail, que una flor o una estilográfica. ¿Qué es eso de categoría divina vendida a los ricos para ellos o al Estado para meterla en un panteón llamado museo y poner entrada?

Cualquier advenedizo de la cultura se cree artista por el hecho de admirar a los artistas que admira su crítico. ¿Quién hace un motor? ¿No es el motor un objeto de maravillosa síntesis? ¿Lleva firma? No. En cambio cualquier pintorcillo pone la firma al pie de un engendro. Para construir un motor se necesita mayor espíritu de precisión que para dosificar un azul o un verde; más ojo requiere refinar un motor que una paleta.

Cuando se pinta un paisaje se ve por los ojos del pintor predilecto y cuando se es pintor predilecto por los ojos de la moda. Picasso ha inventado unas doscientas maneras para deslumbrar cada año a los snobs con un estilo nuevo. Unos artistas son partidarios de pintar una calavera tal como la ven; otros pintan no la calavera sino lo que ven al contemplar la calavera.

En América vivía Huntington, un millonario que compraba cuadros a diestro y siniestro; cuadros de autores que son el polo opuesto, que se repelen por oposición; cuadros grandes. Los compra a buen precio a condición de que tengan muchos metros cuadrados de superficie. Para eso es millonario.

El mundillo del arte es una cosa manicomial. Hay que tratar a los artistas para comprender que

Noventa días de mi

FUE a fines del año 1935, cuando la miseria obligaba a muchas familias pobres a despojarse de sus hijos desde muy temprana edad, que mi madre, en ausencia de mi padre y en convenio con las monjas de Monzón, decidió enviarme como criada a Lérica, al nuevo convento que iba a inaugurarse en breve. El Noviciado de la Congregación de Santa Ana enviaba cuatro monjas para su representación en aquel claustro.

Y allí fui yo, para irme preparando a esa nueva vida que tenía, por voluntad materna, preparada. Parece ser que el claustro ofrecía condiciones buenas para mi temperamento pacífico y humilde; el proyecto formado por mi madre y esas santas mujeres era esperar que tuviera yo dieciséis años y el objetivo se hallaba en el mismo pueblo, y como cumbre Santa Clara. Pero para ello había que prepararme y en esa condición se me enviaba con las otras.

Al hacerse la distribución del edificio recién ocupado, los dormitorios, naturalmente, fueron puestos en los sitios más ocultos y la sala mejor se convirtió en santuario, donde mis rodillas tendrían que posarse diariamente una hora, sin contar las que pasaba en la iglesia de enfrente, antes de que me hubiera podido despertarme del todo.

En cuanto a mi dormitorio, cuando pienso hoy en él, dudo que en aquellos momentos alguien de los que entraban en la casa pudiera adivinar que en lo que llamaríamos una carbonera se encontrase un catre donde reposaba siete horas diarias, una criatura de doce años.

A los pocos días de entrar en el convento, pude ya descubrir todo mi infortunio. La monja encar-

gada de la cocina —allí era donde yo trabajaba— se llamaba Gloria. Triste ironía la de los nombres. Yo no sé si Gloria se vengaba en mí de su propia fealdad y su desdicha. Sus únicas palabras para mí eran insultos y por nada me pegaba. Nunca, sin embargo, me quejé, y eso quizás contribuía a darle ánimos.

Me enseñaban a temer a Dios, y yo temía mucho más a Gloria. ¡Cuántas noches, dolorida por los golpes recibidos y llorando como una Magdalena, estaba yo a punto de acostarme, creyendo haber terminado ya las tareas de la cocina, y en el momento en que iba a reconciliarme con Dios y con el sueño, aparecía ella —juez e inquisidor— a decirme que me levantara!

—¿Qué hay, hermana Gloria?

—¡Míralo y verás! ¡Inútil, que no sirves para nada!

Ya estaba yo de nuevo llorando, llena de pánico. Y cuando me levantaba, yendo de prisa a la cocina, sólo veía una cosa sin hacer: la ventana, siempre la ventana. Daba ésta a una galería, y aunque se cerraba por dentro, había que ponerle además una barra de hierro atravesada, para mayor seguridad; y casi siempre se me olvidaba esto, o creía yo que así ocurría, pues a veces he pensado que Gloria lo hacía exprofeso para no dejarme tranquila y tener el placer de martirizarme.

★

No mentir es uno de los mandamientos de la ley de Dios. Y sin embargo, ¿por qué fueron ellas las que tuvieron que mentirme primero?

El 28 de diciembre de aquel año fue cuando por primera vez conocí la mentira y el engaño. Hasta entonces mi alma se había mantenido en una pureza inmaculada; no concebía la mentira ni concebía que nadie se sirviera de ella para situarse en un escalón superior al de los demás. Aquel día surgió en mí otro ser que yo hasta entonces había desconocido. La creencia en Dios y en su poder se desvaneció, como por obra de magia, de la forma más sencilla que imaginarse pueda.

La congregación de Santa Ana conserva el rito de hacer, en el día de los Inocentes, una fiesta en la cual la monja más joven del noviciado, o sea la última que ha profesado, pasa a tomar el cargo de la superiora, y ésta debe obedecerle como las demás. Yo ignoraba el rito.

Imaginaos por un momento mi alegría, cuando me dicen: «Ya no tendremos más a la hermana Gloria por cocinera, sino que su sitio lo ocupará la superiora...» Esta tenía un temperamento más dulce y yo, pensando que mi compañera de todos los días habría de ser en lo sucesivo ella, me sen-

en general tienen alma de esclavos, alma clasificada. Hay que oír a los artistas cómo se burlan de sus admiradores cuando les sacan los cuartos y cómo pagan a los críticos doctorales como juementos.

El arte divinizado es baja inferioridad. El arte, sin cronistas ni firmas que hay en un pañuelo estampado en una talla de pastor, en una máquina de escribir, superan al arte mimado del filisteo. Esa mujer que se desnudó para poner en ridículo a Leonardo de Vinci es un sér superior, y, naturalmente, los fascistas la recluyeron en un manicomio.

FELIPE ALAIZ

Paciencia, la suficiente, pero no la del cordero.

MIGUEL HERNANDEZ
« El labrador de más aire »

vida en un convento

tía feliz y cantaba gozosamente —cosa que hacía mucho tiempo no me ocurría.

Aquel día lo pasé fuera. Y al siguiente, al despertar, cuando vi que era la hermana Gloria quien empezaba a preparar el café, no pude por menos que exclamar:

—Pero, ¿no es la madre superiora que tenía que estar aquí?

—Ayer, sí, no hoy —replicó con su habitual gesto brusco Gloria.

—¡Mentirosas! —dije entonces llorando de indignación—. ¡Son ustedes unas mentirosas!

—¿Qué dices?

—Que son ustedes embusteras... ¿Por qué haber creado en mí una ilusión y una esperanza?

—Tendrás que pedir perdón a Dios por esos insultos —dijo colérica la hermana Gloria.

—¿Perdón de qué? ¿De haber sido inocente, y de que sean ustedes, precisamente ustedes, «hijas de Dios», unas embusteras? ¿De qué tengo que pedir perdón? ¿De que por culpa de ustedes se haya desterrado una fe que se mantenía inocente y pura?

★

En ese hecho simple, intrascendente si se quiere, nació mi alma rebelde. Pero al mismo tiempo caí en una tristeza inmensa, hasta el punto de no creer ya en nada ni en nadie. Escribí entonces a mi padre para que viniera a buscarme —nada podía decirle, sino que estaba enferma—, pero en el convento quemaron la carta: nada podía hacer sin que lo supieran.

Como si el destino se hubiera puesto de acuerdo, al poco tiempo enfermó mi madre y tuvo que ir al hospital. Mi padre, que había regresado, me escribió diciéndome que fuese, pues él no podía con los pequeños. Aquella carta, como la mía, pasó al fuego, y la vida siguió su curso: todos los días comenzaba mi martirio y todos los días se repetía.

Injurias, castigos, injusticias, torturas de toda índole. Yo lloraba amargas lágrimas. Los gustos que se me imponían no eran los míos; ni mis pasos me pertenecían, ni mis palabras tampoco. Sólo era dueña de pensar, y ¿qué puede pensar una niña de doce años?. Me adentré más en mi mundo de silencio, un mundo ajeno al de los demás, donde todo lo veía negro como el hábito de las monjas y como el alma de la que causaba mi infortunio. Aislada en mi soledad, la alegría de los demás terminaba por hacerme daño. Huía la compañía de los niños de mi edad y prefería estar sola. ¡Cuántas lágrimas derramadas! Y, lo que es peor, mi niñez perdida o jamás hallada.

Sola con el peso de mi pena, no tenía ni el consuelo de escribir a mis padres contándoles mis des-



gracias; las únicas cartas mías que podían llegarles eran las que las mismas monjas me dictaban, diciendo que estaba bien y que nada me faltaba.

Mi padre, hombre de poca paciencia, se cansó un día de verme reclusa. Y así, una mañana me llamó la superiora, diciéndome algo que estaba yo lejos de esperar:

—Prepara tus cosas para marcharte a tu casa.

Puede imaginarse el lector mi estupor. No creyendo ni mis oídos ni mis ojos lo que oía y veía, me quedé mirando a la monja como quien ve visiones.

En cinco minutos tuve todo arreglado, lista para marcharme. Cuando, ya en el umbral de la puerta, me llamó, regresé temblando y pensé: «¿Me habrá engañado, habrá sido sólo un simulacro para saber si verdaderamente deseaba dejarlas?» El pánico debió dibujarme en mi rostro, cuando me dijo con marcada ironía:

—Tienes tantas ganas de irte, que ni siquiera has preguntado los motivos que nos han inducido a tomar tal decisión. Toma, entérate... y verás que no queremos que en esta santa casa haya un escándalo.

Me tendió una carta de mi padre, tan breve que jamás olvidaré. Decía así:

«Feli, si mañana no estás aquí, pasado mañana saldrás a puntapiés...»

La verdad es que era capaz de hacerlo, y eso temieron las monjas. Así salí de aquel infierno, para no volver a entrar más.

★

Tal es la simple historia de una fe perdida en la infancia. Hoy, a través de estas líneas evoco aquellos noventa días de mi vida en un convento como quien evoca una pesadilla horrible. Ni siquiera el tiempo ha podido borrar todo el sufrimiento pasado.

Hay hombres que aprovechan su popularidad mientras dura, como los enfermos las medicinas mientras los curan.

Pr. MONDOR

Don Juan de Austria

VISITAN, en El Escorial, la tumba de don Juan de Austria, y el informador, al dar cuenta a los visitantes, titula infante de España al vencedor de Lepanto. Me va que apeteció este título y no lo consiguió, por negarse a ello obstinadamente su hermano Felipe II. Hasta última hora no supo Felipe que tal hermano tenía. Carlos V no quiso llevarse consigo este secreto, y al morir en Yuste se lo reveló a su legítimo hijo, interesándose por don Juan, porque todo dice que el emperador verdaderamente le amaba.

Pensaron dedicarlo a la Iglesia, pero se negó a ingresar en ninguna orden religiosa, toda vez que sus aspiraciones iban por otro camino: el de las armas. Tenía mejor figura que el rey y, sobre todo, más simpatía. Juan era afable, Felipe seco; aquél, alegre; éste, huraño; popular uno e impopular otro. Se cubrió de gloria en la Alpujarra, combatiendo contra el moro. Sus éxitos en Granada decidieron a Felipe II a entregarle el mando de las escuadras, al constituirse la Santa Liga, lo cual que en la batalla naval de Lepanto quedó consagrado como soldado excelente.

La acción subsiguiente de Navarino-Modón deslució la anterior campaña. Muere el Papa Pio V, y los venecianos pactan con el enemigo. Fracasa también la tercera campaña de Túnez. Felipe II, quería únicamente «destronar al turco Aludi-Ali, para restablecer al moro Muley-Mohamed, y demantelar unas fortalezas costosísimas de mantener, al paso que el príncipe hermano, a quien negaba el dictado de infante de España, trataba de coronarse en aquel país, donde los españoles desde Carlos V estaban poseyendo el fuerte de La Goleta.»

La desobediencia de don Juan irritó a su hermano, quien receloso de lo que aquél tramaba le ordenó retirarse con el grueso de las tropas a Lombardía, acaeciendo que los turcos tomaron La Goleta y el fuerte aquel mismo año.

Don Juan de Austria murió en Flandes, brillando tan sólo por reflejo de su atractivo personal en la corte de un rey hosco en que lo único que brillan son las sombras. Entre sombras queda la misteriosa muerte del príncipe Carlos, entre sombras el asesinato de Escobedo, secretario particular de don Juan, acaecido en Madrid la noche del 31 de marzo de 1578 y en cuyo asunto aparecen mezclados el rey, Antonio Pérez, Mateo Vázquez y la princesa de Eboli, viniendo a pagar los vidrios rotos el Justicia de Aragón don Juan de Lanuza.

Es muy posible que Felipe II se negase a conceder a su hermano el título de infante de España por saber que su padre había tenido este hijo con la criada de una posada de Ratisbona.

A propósito del IV centenario del nacimiento de Cervantes, los fascistas llevaron a la tumba de don Juan de Austria coronas de flores, y el informador de la jira a El Escorial le tituló infante de España. Si que lo mereció, pero sospecho que fué tan infante como el hijo bastardo de Felipe IV, llamado igualmente Juan de Austria.

Peor bastardía es la de Paco Pitimini — Paco, como el marido de paja de Isabel II — y hace ahora las veces de rey.

PUYOL



El lobo y el pastor

Cierto lobo, hablando con cierto pastor :
Amigo — le dijo —, yo no sé por qué
Me has mirado siempre con odio y horror.
Tienesme por malo, no lo soy, a fe.

Mi piel en invierno, ¡qué abrigo da!
Achaques humanos cura más de mil.
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que no la piquen pulgas, ni otro insecto vil.

Mis uñas no trueco por las del tejón,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes, ya sabes cuán útiles son,
Y a cuántos con mi unto he dado salud.

El pastor responde : Perverso animal,
¡Maldigate el cielo, maldigate, amén!
Después que estás harto de hacer tanto mal,
¿Qué importa que puedas hacer algún bien?

Al diablo los doy
Tantos libros lobos como corren hoy.

Ante un porvenir confuso

Contra la guerra y por la libertad

LA alarma política se deja sentir por todas partes. A cualquier capa social que se pertenezca, a juzgar por lo que dicen los que en ellas actúan, la preocupación en torno a lo que ocurrirá mañana se deja sentir como algo insoluble. ¿Guerra? ¿Revolución? ¿Paz condicionada por convenio de Estados? Muchas son las conjeturas; todas llevan en sí algo de probable.

¿Qué solución ofrece cada una de esas probabilidades? Aquí es donde cabe introducir el pensamiento; las conclusiones que éste nos dé serán la mejor orientación. Y aun así habrá derivaciones erróneas, nocivas, porque no todos los hombres, ni todas las corrientes de opinión política o filosófica elevarán su voz, y realizarán sus actividades, en aras del conjunto humano.

Aunque así sea, ¿se perderá todo el esfuerzo que se haga en el sentido expuesto? De ningún modo. Siempre queda algo. Más, mucho más que si se permanece inactivo, oscilante. Estas dos posiciones no caben en ningún elemento que diga desvelarse por la Humanidad. El momento que vivimos es vertiginoso; al que no se mueve lo mueven; al que no tenga criterio se lo impondrán.

Hemos de hacer constar que nosotros lo tenemos. De perfil inconfundible; bien arraigado; con un propósito; con normas propias de desenvolvimiento.

¿De la guerra? Ni media palabra más; ya lo tenemos bien discutido. ¿De la revolución? Pero ¿de qué revolución? No todas las revoluciones son progresivas; no todas son buenas en el sentido de tender a reducir los sufrimientos del género humano.

Mas lo que acabamos de decir no implica que rechazemos contundentemente a la revolución. La deseamos a nuestra manera. Es decir, desde el punto de vista liberador, humanista, porque, aunque esto choque con ciertos criterios pacifistas, el gesto revolucionario es protector de la Humanidad cuando tiende, consigo o no, a reducir los sufrimientos. Es ahí donde tenemos una fuente de probabilidades para mejorar la vida, un campo de actividad donde pueden florecer exponentes de vida plausible y meridiana.

La paz condicionada la consideramos inadmisiblemente. ¿Se trata de suprimir temporalmente el ejercicio de las armas en los campos de batalla? ¡Oh, qué dicha!, dirán algunos. La verdad es que hay gentes que se conforman con bien poca cosa. ¿Y qué suerte correrá la mayoría de los hombres en esa paz condicionada? Además, ¿se ha calculado seriamente lo que significaría para el progreso de

los pueblos un entendimiento internacional de todos los Estados? Vale más que no lo veamos.

El porvenir es un engendro del presente; el presente un engendro del pasado. No veremos ni viviremos mañana buenas condiciones de vida social si desde hoy no nos disponemos a engendrarlas. Si esperamos otras circunstancias para empezar, la espera será otro eslabón que hará más fuerte la cadena que decimos es difícil romper; si nos falta el espíritu acometedor, de iniciativa, arriesgado, aunque nos acompañe la sombra del fracaso, caminamos sobre pautas que de sobra sabemos no conducen a ningún buen resultado, lo pretérito de la historia política recobrará actualidad.

Se hace indispensable situarse de otro modo. El éxito está por otros derroteros. La creación del mundo de la paz, del trabajo y de la libertad, debe verse protegida por el ímpetu de los temperamentos, de las inteligencias y de los sentimientos innovadores. Sin esperar la marcha lenta de los que perdieron vigor para empujar el progreso; sin consideración a los que se pronuncian con torpes zigzagueos por haber perdido la brújula orientadora.

No equivale lo dicho a la pretensión de iniciar una marcha tropélica. Todos los frenesís tienen su caída apocalíptica. Lo que defendemos como medida salvadora de la Humanidad, es un método de desenvolvimiento que empíricamente ponga al alcance de los humanos lo que desean, dentro de sus normales exigencias, lo que les hace falta para que la vida tenga su expresión normal.

¿Combatir al capitalismo? Es algo pero no bastante. Y es poco, muy poco, casi nada, cuando se le combate porque el capital lo tienen otros y nosotros no. Hay que inspirar el ambiente de lucha por la natural repulsión que nuestra persona siente a lo que es nocivo para todos; hay que acariciar y defender una interpretación del porvenir por la seguridad de acariciar y defender una interpretación del porvenir por la seguridad de que en él existe la base fraterna que a todos corresponde por igual.

Así debemos situarnos; por esos senderos podemos llegar a un fin de seguridad personal. Pasemos por encima de los actos despreciables que al conjunto de la Humanidad se ofrecen por determinados sectores de opinión; no nos dejemos influir por ellos, ni para respirar maldiciones haciendo a todos los demás blanco de ellas, ni para inhibirnos del lugar y acción capaces de dar realce a lo bueno que el hombre crea o puede crear.

Sobre la verdad y el error

SE está hoy de acuerdo para reconocer que el espíritu humano es capaz de distinguir la verdad del error. O más bien las verdades de los errores. Porque no hay un solo tipo de verdad ni de error.

Se define, de ordinario, la verdad : el acuerdo del pensamiento con el objeto, o el acuerdo del pensamiento con la realidad. Pero la definición se aplica mal a las verdades matemáticas, para las cuales no hay objeto exterior; a las verdades psicológicas, que son esencialmente subjetivas; a las verdades históricas, porque, por definición misma, el objeto al cual se aplica el pensamiento ha desaparecido.

Podemos preguntarnos si la definición se aplica incluso a las verdades experimentales, porque, ¿qué es, para nuestro espíritu, un objeto exterior, sino un grupo de sensaciones y de imágenes?

No hay una verdad de un solo modelo. Hay tantas verdades como ciencias o grupos de ciencias. La verdad es el producto de un pensamiento científicamente dirigido. Pensar científicamente es pensar cierto.

La verdad matemática es el carácter de las proposiciones que el espíritu deduce lógicamente de los principios planteados en el punto de salida de la ciencia.

La verdad experimental es el carácter de las proposiciones que resumen toda la experiencia de la humanidad, todas las imágenes de todas las ciencias.

La verdad psicológica es el carácter de las proposiciones adecuadas a la reflexión profunda de cada hombre.

La verdad histórica es el carácter de las proposiciones sacadas con la ayuda de un buen método, de documentos auténticos.

La verdad moral es el carácter de las proposiciones aplicadas a la acción que, imponiéndose a la conciencia individual, son adoptadas por todos los hombres competentes y parecen deber ser un día aceptadas por todos los hombres.

La verdad — la verdad única y total — no pue-

de ser sino el conjunto coherente de esas verdades parciales. Según la idea profunda de Augusto Comte, la verdad es caracterizada por el hecho de que realiza el acuerdo de todas las ideas en el espíritu del individuo, y realiza asimismo, en un momento dado, o al menos realizará, en la sociedad humana, el acuerdo de todos los espíritus : es decir, por la convergencia moral.

Acuerdo necesariamente provisional : la verdad es provisional porque es el producto de ciencias que progresan.

La verdad no es la contemplación perezosa de un modelo eterno: es, como la justicia social, el resultado de un lento y penoso esfuerzo humano.

Hay, del mismo modo, tantos géneros de errores como de verdades.

El error matemático consiste en una falta de razonamiento. El error experimental tiene por causa una observación mal hecha o una generalización prematura. El error psicológico proviene de una reflexión insuficiente o superficial. El error histórico depende de la aplicación de un mal método o del empleo de documentos no auténticos.

El error tiene una de sus causas en la ignorancia, pero la ignorancia no es su sola causa. No nos engañamos cuando ignoramos y confesamos nuestra ignorancia y nos negamos a afirmar. No nos engañamos cuando ignoramos y suspendemos nuestro juicio.

El error viene de que se afirma cuando no se sabe. No se sabe, y se afirma como si se supiera. No se sabe y se cree saber.

El error proviene de una ignorancia que se ignora. Tiene por doble causa la ignorancia y el orgullo.

Para evitar el error, es preciso, por una labor intelectual encarnizada, reducir la propia ignorancia. Y por una crítica severa, es preciso acostumbrarse a distinguir bien lo que se sabe con una certidumbre relativa; lo que se cree saber; lo que se considera como probable; lo que se considera como posible; lo que se cree y por qué razón se cree.

Lineas de humor

A la salida de una reunión un refugiado está nervioso, habla entre dientes y echa miradas duras a todo lo que ve y a todos los que apercibe.

Otro no menos colérico se pasea alrededor del anterior aunque a cierta distancia, diciendo en voz firme, serena y sin afectación : Ten paciencia Lauro, ten paciencia, es necesario que por esta vez te domines, llegue lo que llegare.

Una señora, viendo la escena de los dos hom-

bres, se acerca y en un « patois » que traducimos dice:

— Hace usted bien de aconsejarle templanza y serenidad. ¿Se llama Lauro su colega?

Al oirla el refugiado, tras una mirada de acero a la mujer, le contesta :

— No, madame, no me dirijo a ése para nada, Lauro soy yo mismo.

Conozcámoslos

Desde arriba

EL que el dominio de los pueblos, sus vaivenes e imposiciones se vayan a resolver en adelante desde el aire — quiero decir por la aviación, cohetes o « misiles » — tiene una realidad y consecuencias más anchas que las meramente bélicas y tácticas. Un mapa es un pliego de papel que ha perdido bastante importancia con relación a esta forma de decidir las cosas. Bien mirado, el aire, con su continuidad incolora, es todo lo contrario de un mapa. La « geopolítica » ha pasado a ser cosa menos decisiva. Antes, el estar juntos o separados, el tener fronteras comunes, con monte o río, era muy trascendente. La política se hacía, a menudo, con anchas metáforas físicas, y que Suiza tuviera una centralidad geográfica en Europa o que España estuviera en un pico o extremo se resolvía en derivaciones psicológicas de neutralidades o extremismos. Cuando la guerra de Sucesión en España, el estar en el centro mesetario o en las costas periféricas de la Península significaba ser partidario de los Borbones de Francia, en contacto por tierra a través del ancho istmo pirenaico, o partidario del archiduque de Austria porque Inglaterra le apoyaba y era dueña del mar. La playa o la tierra adentro eran dos poderosas razones políticas. Y es que entonces resolvía el mundo la geografía y el sitio donde estaba. Hoy, en el aire, se está en cualquier parte, y son otras razones más abstractas de cantidad y poder que deciden.

Pero esta realidad no creo yo que tenga únicamente consecuencias técnicas y bélicas. Un mundo dirigido desde arriba tiene que ser radicalmente un mundo distinto. Los mapas que conocemos son el resultado, sin duda, de un mundo construido por la infantería. La « nación » fue mil veces una arbitrariedad estratégica, y las fronteras han tenido por mucho tiempo alma de trincheras y alambradas. El sistema de cojinetes aislantes por el que la Francia de Richelieu se almohadilló con una serie de nacioncitas o provincias — Países Bajos, Alsacia, Lorena, Rosellón ¡y si hubiera podido algo de Cataluña y Vasconia! — es bastante parecido al empleado por Rusia con el cinturón de corcho de los países satélites. Todo esto mirado horizontalmente parece la flor misma de la sabiduría estratégica y política. Pero todo esto, mirado desde arriba, adquiere un aire bobalicón de rompecabezas y juego de colores bastante incoherente.

La nación, aparte de toda rectificación doctrinal, empieza a ser un valor decaído. Volar de Madrid a Calcuta en pocas horas es perderle el respeto a cinco o seis naciones. La diferencia que hay entre el vuelo con su neutralidad de cristal y su rectitud indiferente y el aeropuerto con sus

setenta nombres de compañías, sus veinte lenguas y sus cien ventanillas nos marca la diferencia entre lo que empieza a ser futuro y lo que empieza a ser pasado. El aeropuerto es nacionalista, receloso, policíaco, políglota como la torre de Babel. El aire es universal como la pez : y claro que también como el diluvio.

Pero de esta nueva « aeropolítica » en vez de « geopolítica », se pueden deducir otras consecuencias organizativas, muy fecundas para la paz. Hasta ahora está pasando que la organización internacional, al construirse sobre la « nación » como unidad constitutiva, peca de la misma artificialidad que la organización interior cuando se hace sobre los « partidos ». La Organización de las Naciones Unidas tiene dos términos que expresan orden y paz, « organización » y « unidad », flanqueando un término polémico nacido, por esencia, para el recelo y la pelea : la nación. Cuanto se hace en el terreno « internacional » tiene un poco el defecto del hospital epigramático que hizo don Juan de Robres. Antes de hacer el hospital hizo los pobres. Aquí se quiere hacer asamblea, organización y unidad después de construir una serie de naciones artificiosas y polémicas.

Daría más rentabilidad de eficacia y paz en el orden exterior, como en el interior, la construcción de un orden orgánico sobre las realidades sociales, vivas y ciertas. Ya se ha visto cómo las exigencias económicas se han coagulado antes que nada, anticipándose a las políticas. El carbón o el acero fueron internacionales antes que las naciones. Una organización de paz sería más fecunda si en ella tuvieran escaños las familias, las universidades, los sindicatos. Todo eso tiene tanta sustancia universalista como pueda tenerla la Interpol. Los ladrones son fácilmente internacionales y la Policía también. Yo creo que no hay razón para que no lo sean los « robados » en potencia, o sea los ciudadanos.

La guerra y la paz, antes de ser artificialmente una cuestión de las naciones y gobiernos, es un problema de las peluqueras, los médicos y las cocineras. El clásico, en lugar de los adjetivos enfáticos que luego se le añadieron a la guerra, dijo de ella : « matribus detestata » : detestada de las madres. Una asamblea de la paz sería más realista cimentada sobre organizaciones universales que canalizaran la auténtica detestación de las madres.

Tan cierto es esto, que las realidades vivas se buscan veredas y salidas para ligar esas amistosas pacificaciones que el arbitrio nacionalista no logra. Se va poniendo de moda esto de que las ciudades, dejándose de mayores niveles estatales, se entiendan entre sí. He leído estos días que Lé-

Sobre la cultura

HAY cultura de muchas clases. Un buen sastre, por ejemplo, es persona culta en su oficio, tan honroso y útil este oficio como la carrera del más estirado catedrático. Tan honroso, en efecto, porque no hay sino una honra, y todo el que la tiene, o todo lo que la tiene, es igualmente honrado. No hay « más honrado » ni « menos honrado »; hay sólo « honrado » o « no honrado ». Como « honrillas », en cambio, hay tantas o más que seres pensantes, unos podemos tener « mayor honrilla » que otros; pero — quiero volver a decirlo — ninguna persona honrada puede tener « mayor honra » que otra persona honrada. Ninguna persona ni cosa alguna. La aguja sastreril simbólica, si es honrada, es decir, si el sastre hace con ella buenas obras profesionales, o sea, buenos trajes, es tan honrada como el birrete del catedrático que enseñe bien, esto es, como el birrete que sea honrado. Y dichos birrete y aguja son asimismo tan honrados, cuando son honrados, como las tenacillas del sacamuelas, que no extraiga por mala ninguna muela buena, o como el bisturí del médico

rida se ha hecho amiga de Foix y que Pamplona le ha pedido relaciones a Bayona. Si todos los alcaldes del mundo se van haciendo amigos así, por colleras, de dos en dos, puede que nos encontrásemos con una organización de paz construída con inesperada solidez. Porque no parece fácil que ya nunca Foix y Bayona le hagan la guerra a Lérida y Pamplona, ni que el conde de Mayalde se pelee con el alcalde de Nueva York.

Mil tensiones de este tipo se deslizan cada vez más, en el mundo, por las rendijas de la desajustada organización política. En la hispanidad tenemos, por ejemplo, los gemelos y tocayos: los Toledos, Guadalajaras o Madrides de ambos hemisferios. Luego hay los congresos de médicos, químicos o peluqueros. Las exposiciones. Las peregrinaciones. El turismo. Y la costumbre cada vez más extendida de intercambiar niños, exportando un Pérez e importando un Smith. Lo que necesita todo esto es perfeccionarse. Trabajar hasta que consigamos traer niños chinos, rusos y congoleños. Persuadirse de que el pueblecito de San Pedro de Alcántara también es tocayo de San Petersburgo. Y que nos encontremos un día con que Bilbao ha tenido la iniciativa de trabar personales relaciones con Belgrado. El mundo no tiene otra solución sino hacer como los niños malos, que se arreglan con sus novias sin permiso de sus papás.

JOSE MARIA PEMAN

que no opere de apendicitis al que sufra de tifus, o como la espada del héroe militar — ¡toquemos hierro! — que nunca sea desenvainada al inicuo y cobarde servicio de la injusticia. Y creo que ya he dicho bastante en cuanto a honroso. Y, en cuanto a útil, diré sólo que nadie tiene derecho a creer que los catedráticos hagan más falta en la Tierra que los sastres — por lo menos mientras una de las muchas manías de la humanidad loca sea la de vestirse y desnudarse, por cierto que siempre a escondidas, como si se hiciese algo indebido —. Ni nadie tiene tampoco derecho a creer que los dentistas hagan más falta que los cocineros, a los que tanto trabajo quitan; ni que los médicos sean más necesarios que los enterradores, a los que tanto trabajo dan. Todos los dignos oficios son, por lo menos, de tanto provecho común como todas las dignas carreras.

Sí, hay cultura de muchas clases. Cultura es cultivo; y en la naturaleza humana, como en los terrenos, se cultiva también lo malo. El tabaco, por ejemplo, es dañino, pero se produce en tierra culta mejor que en la inculta. Y así, un fino ladrón, manitas de plata, que sepa aligerar limpiamente los bolsillos del despreocupado prójimo, no es menos culto en las malas artes que un diestro matarife en las peores, ni que un « científico vivisector » en las pésimas. Ni todo lo que se cultiva en la tierra es bueno, ni todas las culturas humanas son honrosas.

Pero aquí se está tratando solamente de culturas honrosas. En cuanto a los buenos cultivos y a las buenas culturas, téngase bien en cuenta lo que a continuación digo muy en serio: La tierra no se cultiva solamente para jardines que den bellas y fragrantas flores; que no sólo de flores vive la humanidad, desgraciadamente. La tierra se cultiva también para huertas que produzcan vulgares y benditas patatas, prosaicas y ungidadas zanahorias que tan santamente santiguan el estómago, plebeyas y airosas judías, malolientes cebollas y apestosos ajos que tan ricamente perfuman el manjar, presumidos tomates con colores de encendidas rosas, etcétera. Y se cultiva asimismo la tierra para árboles frutales, para trigo, para cebada, para maíz... Pues bien; la cultura humana no es sólo el cultivo intelectual del hombre para darle una ilustración universitaria, sino que es también el cultivo de sus capacidades físicas para dar al ser humano una ilustración de destreza y dominio de cualquier oficio. Ni la tierra que da flores es más culta que la que produce vegetales alimenticios, ni el ingeniero que levanta un puente es más culto que el hombre que hace pan.

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

La política y el hambre en el mundo

EN el orden económico, traducido a cifras, la política de los dos grandes bloques en que políticamente se ha dividido al mundo, encontramos una situación poco promisoría en materia de alimentación a base de cereales. Efectivamente, tomando cifras de 1960, observamos que Estados Unidos de N. A. tiene una población de habitantes 151.500.000 y una producción de cereales pan de toneladas 37.238.000: 5 por 100 de centeno y 95 por 100 de trigo, y Rusia tiene una población de habitantes 209.000.000 y una producción de cereales pan de toneladas 45.000.000: 85 por 100 de centeno y 15 por 100 de trigo.

Para los norteamericanos, la producción de cereal como alimento humano no significa un problema porque su dieta está constituida por otros artículos y el consumo de pan es muy bajo. En cambio, es básico para Rusia, pues constituye el 50 por 100 de la alimentación de su pueblo.

Se necesita una superficie de cultivo de 30.000.000 de hectáreas a un rendimiento de 2.000 kilos por hectárea.

Según el señor N. Kruschew, Rusia necesita por año —cereales alimenticios—: Necesidades totales, 62.000.000 toneladas; por descartes y usos industriales diversos 25 por 100, 15.500.000 toneladas; para panificación y subproductos alimenticios, 46.500.000 toneladas per cápita en el área soviética, calculando 209.000.000 de población, 600 gramos.

Y en 1960 ha obtenido sólo una cosecha de: Necesidades totales, 45.000.000 toneladas; por descartes y usos industriales diversos 25 por 100, 11.400.000 toneladas; para panificación y subproductos alimenticios, 34.200.000 toneladas; per cápita en el área soviética, calculando 209.000.000 de población, 450 gramos.

De manera que está experimentando un déficit de: Necesidades totales, 16.400.000 toneladas; por descartes y usos industriales diversos 25 por 100, toneladas 4.100.000; para panificación y subproductos alimenticios, 12.300.000 toneladas; per capita en el área soviética, calculando 209.000.000 de población, 150 gramos.

Es decir, una cuarta parte de sus necesidades, índice muy alto si se tiene en cuenta que es elemental para alimentar a su población que, con las naciones irredentas del Báltico únicamente anexadas a su imperio, es de 112.000.000, e incluyendo Alemania Oriental, Hungría, Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia y Albania, puesto que Polonia y Yugoslavia fueron asistidas por los países capitalistas, 97.000.000. Acusan un total de 209.000.000 de habitantes.

Pero aun en su euforia de producción, Rusia no sólo en 1961 no está en condiciones de prestar ayuda económica de orden político a su poderoso

socio la China, que podría servir de paliativo para cegar momentáneamente su mirada hacia Siberia, con perspectivas de llegar a América por el mar helado de Behring y a través de Alaska, sino que ni siquiera se encuentra en condiciones de atender las necesidades de su propio pueblo. Ese dramático saldo negativo, que en los meses pasados indujo a que se decapitaran cabezas dirigentes del séquito comunista, le impide además proteger a sus satélites, que deben suplir sus necesidades alimenticias contorsionándose como puedan en el marco de las respectivas necesidades.

Con resultar asombrosa la superficie de 30. millones de hectáreas que tiene Rusia en gran cultivo para la producción de cereales alimenticios, escasamente podrá experimentar un aumento tan pronunciado en los próximos años que rebasa el volumen de las necesidades, pueda atender a sus satélites y proteger y llevar adelante la política de expansión económica que se había propuesto.

Los chinos, rusos y demás pueblos del actual bloque de Estados comunistas, representarán en 40 años aproximadamente la mitad de la población de la Tierra. Siguiendo duplicándose la población terrestre cada ocho lustros, dentro de 400 años contaríamos con tres billones de almas, de modo que apenas habría sitio para todos en la parte habitable del globo, aun cuando permaneciéramos de pie, según lo sonsigna el doctor Fritz Baado en su libro «La carrera hacia el año 2.000». Y añade que, el área del suelo arable, de actualmente 1.300.000.000 de hectáreas, que representan apenas un décimo de la superficie sólida de la tierra, fácilmente se podría triplicar. Podrían ararse, sin el menor perjuicio, algunos cientos de millones de hectáreas de prados y pastos. Otros 400 millones de hectáreas de terrenos baldíos podrían ser explotados para la agricultura. Incomparablemente mayores son las reservas que encierran las vastas áreas de bosques y junglas. Bastaría ya un aumento del rendimiento del área hoy cultivada para alimentar a 7.500.000.000 de hombres, pero a condición previa de volcarnos de cabeza desde ahora mismo a la modernización e intensificación radicales de la rotación con métodos ultramodernos, nutrición de las plantas e introducción de sistemas distributivos del ingenio humano y de los productos. Exige una labor de titanes para desarrollar esta acción gigantesca, con sólo llevar adelante una campaña eficaz contra los animales dañinos y la instalación en gran escala de obras hidráulicas para incrementar la agricultura. Tan sólo al pasar de la tracción animal a la tracción motriz podría causar un aumento de la producción de víveres que alcanzaría para 1.000.000.000 de hombres. Aparte de las considerables riquezas para cuyo

aprovechamiento nos ofrece considerables perspectivas la técnica de la congelación y refrigeración, puede decirse que resulta factible resolver dichos problemas dentro de la fatiga que nos acerca al año 2.000, con tal de que la humanidad se abstenga de desperdiciar sus energías en disputas ideológicas con derramamiento de sangre, cooperando unánimemente en pro de esa gran obra a que nos concita el porvenir inmediato.

China, Manchuria, Japón, Corea y Sinkian, pero China particularmente empecinada en su ideal expansionista, tienen sus líneas de fuego dirigidas a Siberia y a la India, en ambos flancos, y están golpeando a sus puertas con las bayonetas. Las palabras, un poco en serio y luego en broma del señor N. Kruschew encierran un secreto que ya no puede ocultarse y el recelo con que los chinos comunistas alientan ese ideal, que va conteniendo la acción de Rusia en su histórica aspiración de rebasar el Bósforo. Los 1.500.000.000 de almas que están haciendo presión sobre 400.000.000 habitantes de la India es tan significativa que hacen crecer el pelo al señor Kruschew y pasman a los dirigentes del Kremlin. Esta marejada humana despierta de una inercia de siglos, que la religión y el feudalismo contuvieron desde milenios. Con pequeñas variantes el objetivo fundamental es idéntico y nadie podrá contener ese alud que lentamente va desplazándose al oeste y al norte, acuciado por el hambre, en procura de un clima más benigno, de tierras fértiles que posibiliten un standard de vida más rendidor a sus penurias. Son golpes de tanteo mientras su comunismo no se sienta seguro de su fuerza individual. Es una corriente de avance con puntas de flechas dirigidas hacia América por dos rutas, de clima variado y tierras profundas, de zonas ricas aun en seco y exuberantes en regadío, con valles inmensos. En el centro de ese avance se encuentra Rusia titubeando actualmente entre llevar adelante su política de absorción o tender sus líneas con miras a encontrar en los países occidentales un apoyo para enfrentar al coloso chino. Saben que estos pueblos ya no actúan bajo el imperativo de la religión, sino de una libertad aherrojada por el despotismo. Es un lenguaje nuevo, distinto al de los sacerdotes, que lleva por divisa la sentencia lapidaria de que « el hombre que no lleva el hierro en las manos terminará por llevarlo en los pies », que con fuego puso en la eternidad González Prada. La unión de la China con la India y el área que comprende la Manchuria y Siberia, con centro en Pekín, desarticulan la geografía política y económica de la tierra. Tanto chinos como indios lo saben y van en procura del destino, en este rodar de tan pocos años, a través del sacrificio.

El historiador y filósofo británico, Arnold Toynbee previno que si el mundo no despierta, el hambre volverá a acechar a la humanidad. La civilización ha adelantado tanto en su lucha para reducir el número de muertes que causan el hambre, las enfermedades y la guerra. Hemos comenzado a imponer al juego cruel de la naturaleza un orden humano de nuestro propio cuño. Pero una vez que

el hombre ha empezado a intervenir en la naturaleza, no puede permitirse detenerse a mitad del camino, dijo en Roma en la sesión inaugural de la X Convención de la F.A.O.

No podemos imaginarnos cuántos habitantes tendrá el mundo el año 2.000, es decir, cuando nuestros hijos y nuestros nietos alcancen madurez. En este siglo, dice Mario Monforte Toledo, no sólo hemos visto consolidarse un nuevo concepto del tiempo, sino un nuevo concepto del espacio; las distintas fracciones de la humanidad están cada día más indisolublemente ligadas por el comercio, la transculturación y el destino inmediato; dos sistemas de vida diametralmente opuestos entrecocan y plantean a diario avatares de guerra o de paz que involucran a todos los pueblos, a los muchachos en edad de combatir y a los adultos en edad de reposar. La respuesta para hoy y para mañana, para la paz o la guerra es la misma.

Producción mundial de trigo en 1960 :
(Continente europeo)

<u>País</u>	<u>Población</u>	<u>Toneladas</u>
Austria	7 021 000	590 000
Alemania Federal	52 592 000	4 872 000
Bélgica	9 053 000	719 000
Dinamarca	4 448 000	350 000
Holanda	9 625 000	571 000
Francia	44 600 000	10 881 000
Italia	48 739 000	7 000 000
España	30 000 000	3 580 000
Portugal	9 040 000	440 000
Reino Unido	52 000 000	2 993 000
Irlanda	2 900 000	400 000
Suecia	7 424 000	816 000
Grecia	8 216 000	1 750 000
Yugoslavia	18 397 000	3 940 000
Noruega	3 541 000	626 000
Area soviética : trigo y centeno	209 000 000	45 000 000
	516 596 000	84 528 000

(Continente africano)

Argelia	10 265 000	1 247 000
Túnez	3 783 000	800 000
Marruecos	10 330 000	983 000
Egipto	23 000 000	1 500 000
4 países	47 372 000	4 330 000

(Continente americano : Norte)

Estados Unidos	151 500 000	37 238 000
Canadá	16 000 000	13 325 000
	167 500 000	50 563 000

(Continente americano : Sur y Centro)

Argentina	21 000 000	4 600 000
América Central	9 000 000	

Bolivia	3 300 000
Colombia	13 000 000
Brasil	63 500 000
Cuba	6 500 000
Chile	7 200 000
R. Dominicana	2 800 000
Ecuador	4 100 000
Panamá	1 500 000
Uruguay	2 700 000
Venezuela	6 500 000
Perú	10 500 000
Paraguay	1 700 000
México	32 300 000

123 600 000

(Varios)

Australia	9 952 000	6 250 000
Irán	19 000 000	2 500 000
Turquía	24 100 000	8 615 000
Siria	4 400 000	553 000
India	307 500 000	10 150 000
Pakistán	86 000 000	3 970 000
Japón	89 200 000	1 531 000
	630 152 000	38 569 000

China (no hay estadísticas).

CAMPIO CARPIO

El muerto al hoyo y el vivo al bollo

○TRA vez la barbarie autoritaria desató su furia. Dos bandos en pugna de poder han consumido las obras del trabajo útil y derrochado energías fraticidas. Salieron a relucir, como siempre, la negrura de las sotanas y las melifluas palabras mentirosas, absurdas, de todos los que se desviven por el poder temporal, aunque lo *disimulen* grotescamente con el místico deseo del « reino del espíritu ». Las armas atronaron la paz mansa e inconsciente de los ciudadanos. Brillaron al sol primaveral los choques asesinos de los espadones. La sangre de las víctimas inmoladas a la patria y a todas las farsas que maneja la violencia organizada empapó los caminos del hombre. Los desmanes y las depreciaciones con que se embriagan los energúmenos del mando y de la obediencia, ante la estupidez popular, se justifican como una necesidad en pro de la « fuerza del derecho ». Los triunfadores en este zafarrancho aturden a las gentes pasivas con sus oraciones, sermones promisorios, proclamas fanfarronas y esperanzas... futuras. La rémora del rebaño seguirá dando su lana, su sangre y su carne a la monstruosa insaciabilidad del Estado Déspota... Si, Estado y Despotismo son inseparables. Los pueblos se conforman, porque siempre prefieren de dos males el que les parece menor... En vez de combatir al mal en toda su extensión... Y ¿cuándo han podido elegir los pueblos?... Jamás se vió esta realidad, que se esfumó en las sugerencias políticas... ¿Democracia, dictadura blanca, negra o roja?... ¡Qué asco para los pocos que aún razonan en este mundo enajenado!... Son pocos los libertarios y muchos los que son esclavos y esclavistas... Seguirá la trágica comedia hasta que esta humanidad imbécil ahogada en sus propias deyecciones. Ya que es incapaz de vivir biológicamente, todos los medios

que posee para ser razonable y vivir en paz y en equidad, los emplea en su propia destrucción. Hasta que llegue su fin, seguirá invocando a dios, maldiciendo al diablo y produciendo extravagancias. Continuará haciendo los más peligrosos e insensatos equilibrios. Y no logrará el equilibrio que dé seguridad a todos en este mundo desquiciado por una sociedad de malhechores, corruptora de menores, autoritaria, religiosa, mercachifle, estafadora, ladrona, envenenadora y asesina... Y ello a pesar de que en ella también pululan los « salvadores », « curadores de almas » y doctores de toda especie... incapaces de curar este cuerpo decadente de la civilización, ¡falsa civilización!, en que se asfixia el género humano. Y no hay que olvidar que los generales y los purpurados mueren en lecho de rosas mientras la juventud tiene que abonar, con sus cuerpos destrozados por la metralla, la tierra gorda de los cementerios... ¡Que la muerte benigna se nos lleve antes de ver los síntomas de los finales horrores en que perecerá nuestra « divina » especie y dejará así de ensuciar su morada terrestre!...

COSTA ISCAR



ALAS SIN CIELO

(Continuación)

Acaban de entrar en la barraca, con Doña Reyes, que cierra la puerta tras sí, tres beatas del Padre Hidalgo : DOMINGA, MILAGROS y FERMINA. Vienen a figonear, con orden concreta de registro oficial.

DOMINGA. — (Persignándose). Que la Purísima Concepción me libre de todo sortilegio.

MILAGROS. — Ave María Purísima...

FERMINA. — Sin pecado concebida.

DONA REYES. — (Imitándoles.) Que San Agapito el Manso ponga su mano bendita sobre nosotras.

MILAGROS. — Si oleis a azufre, persignaos rápidamente con el pensamiento puesto en las llagas del sagrado corazón.

DOMINGA. — Usted se merece el cielo Doña Reyes.

DONA REYES. — Y usted que lo diga. Hija, qué cruces de yel y sal no habré yo cargado con haber casado a mi Bernardo con una criatura así.

MILAGROS. — Y su hijo, qué valor...

DONA REYES. — Y tanto... El pobre mío no tuvo nunca más pecado que el de haberse quedado idiota el día que puso sus ojos en esa pécora.

FERMINA. — Bueno, hermanas, ¿comenzamos el registro, o qué? No vayan a decir que estoy deseando conocer los interiores de nadie, que la Virgen Santísima me libre. Deseandito estoy de salir de esta casa.

MILAGROS. — ¿Dónde está el dormitorio? Porque es en el dormitorio donde se guardan las cosas íntimas.

DONA REYES. — Arriba. Suban conmigo. Con cuidado, no vayan a caerse. Despacito. Yo sé que en uno de los cajones de la cómoda tiene la Elvira una caja de lata donde guarda viejas fotografías. Las tiene aún del antiguo novio. Entre las fotos hay papeles y en esos papeles deben de encontrarse escritas cosas comprometedoras.

MILAGROS. — No sé cómo aún existen en España criaturas de su condición.

FERMINA. — Benignas que somos.

DONA REYES. — La caridad es torpe, hijitas.

DOMINGA. — Pero esto es perjudicar a nuestra intachable sociedad católica.

MILAGROS. — Apostólica y Romana.

DONA REYES. — Callen ustedes, que el ricino que va a tomar le va a quitar las ganas de oler siquiera los brevajes mágicos de la hechicera de su tía Gertrudis. A ver si la suavizan y aprende a supeditarse a la autoridad de su esposo.

DOMINGA. — ¿Qué se puede esperar de una mujer de la vida, como ella? Abra usted ese cajón, Doña Reyes.

DONA REYES. — No me atrevo... Háganlo ustedes, que son las comisionadas por el Padre Hi-

dalgo. Que no se diga luego que porque una es suegra...

FERMINA. — Usted cumple un deber sacrosanto.

MILAGROS. — La santidad de la familia ante todo.

FERMINA. — Nuestra Santa Madre Iglesia exige la pureza y la rectitud de las almas.

MILAGROS. — Y las que están descarriadas deben ser barridas.

DOMINGA. — (Abre el cajón, mientras las otras curiosean por doquier, hasta que acuden a ella). Miren, miren, aquí está la caja. Rodéenme, persignense, invoquen a las ánimas benditas no sea que nos sorprenda en la faena algún demonio conjurado.

FERMINA. — No se preocupe, que yo ya me llevo rezados entre dientes dos « padres », y por lo menos quince « aves ».

MILAGROS. — Vaya unas fotos... son buenas.

FERMINA. — Esta debe ser de ella. Qué aires...

MILAGROS. — De cupletista.

DOMINGA. — A ver, déjeme ver, Fermina.... igualito que ésas... Pero, guapetona lo es un rato, no se puede negar.

DOMINGA. — El diablo las quiere bien guapas.

FERMINA. — Pues una no es tan fea..., y además no hay que confundir. La Virgen de los Milagros es preciosa.

MILAGROS. — Y tanto, porque es mi virgen. Pero cierren esas lenguas viperinas y cuidado con lo que se dice. Las devotas de la Adoración Nocturna deben poner coto al diablo de la ligereza de palabra y la frivolidad de pensamiento. Realicemos nuestro trabajo social con tacto y buen sentido.

FERMINA. — Vean estos papeles. Cartas a amantes, sin duda.

MILAGROS. — Esto es... un recibo de contribuciones.

DOMINGA. — Y eso es una patente.

DONA REYES. — Todo de la barca de mi Bernardo.

FERMINA. — Una fe de bautismo de Elvira. Nació el...

MILAGROS. — Hermana.

FERMINA. — Informarnos es nuestra misión. Déjese de escrúpulos si quiere ser eficaz, hermana Milagros.

DOMINGA. — ¿Dónde están escondidos los pellejos de piel de gato donde dice que tiene escritos los sortilegios? Hay quien asegura que tiene un baúl lleno. Aquí no tiene ningún baúl.

FERMINA. — A menos que lo tenga enterrado.

DOMINGA. — La tía Berenguela cuenta con minuciosos detalles que hay en la sierra una cueva donde la señora Gertrudis tenía su laboratorio, su cuartel o sala de encantamientos.

- FERMINA. — A mí me han jurado con los brazos en cruz que, cuando la Elvira quería convertirse en gaviota, tenía que hacer, además de unas preparaciones complicadísimas, unas caricias impúdicas al diablo, que se le presentaba transformado de masón protestante. Y hay quien la ha visto con uno de ellos disfrazado de soldado del ejército americano. Pretextos para fornicar con el primer prójimo.
- MILAGROS. — Santiguete, Fermina; por poco pecas.
- FERMINA. — (Se santigua velozmente, asustada).
- MILAGROS. — Levantemos el colchón a ver si hay algo debajo.
- DONA REYES. — Tienen tiempo de sobra. Rebusquen bien entre esos papeles. Verán, verán.
- FERMINA. — Si será ese papel verde...
- MILAGROS. — A ver, lee.
- FERMINA. — Eustaquio falleció lunes tarde. Péssames. Alfonso. Es un telegrama. ¿Quién era Alfonso?
- DONA REYES. — Un cuñado, marido de una hermana suya.
- DOMINGA. — ¿Y Eustaquio?
- DONA REYES. — Un primo.
- MILAGROS. — ¿De quién?
- DON AREYES. — Yo creo que de ella. A mí, su familia me trajo siempre sin cuidado.
- MILAGROS. — ¿Era rojo también?
- DONA REYES. — ¿Eso es para el informe o...
- MILAGROS. — Para el informe, por supuesto.
- DONA REYES. — Pues, la verdad, no lo sé. Supongo que sí. Yo no sé cómo ni cuándo llegó a Francia. Lo que sí sé es que estuvo en un campo de concentración y que enfermó del pecho.
- FERMINA. — Eso se hereda.
- DONA REYES. — Que yo sepa, nadie de su familia estuvo nunca así.
- DOMINGA. — Sería de constitución débil. Pero usted acaba de decir que esa familia le traía a usted sin cuidado.
- DONA REYES. — Y claro que sí. Lo que pasa es que hay cosas que se saben porque sí.
- DOMINGA. — Luego usted se contradice.
- DONA REYES. — Y usted me joroba. Quiero decir que qué importa.
- MILAGROS. — Claro que importa. Mirad: ¿No es esto una carta? Sí... aquí dice algo interesantísimo; escuchen (Leyendo): « Mi amadísima Elvira... » Lo que digo: un amante.
- DONA REYES. — (Sofocada, molesta ya). Ande, calle, mujer, que esa carta es de mi Bernardo, cuando estuvo preso. No sé cómo las guarda. Creí que las había quemado.
- MILAGROS. — (Autoritaria, también molesta por el tono de Doña Reyes). ¿Nos da usted permiso para leerla? A veces, por donde menos se espera... surgen las pruebas.
- DONA REYES. — Pero es que mi hijo no tiene nada que ver con todo esto.
- FERMINA. — Lo que nuestra hermana le pregunta es si se puede leer o no. ¿No tendrá usted ningún inconveniente, verdad?
- DONA REYES. — Por mí, pueden ustedes leer esa carta y el Quijote.
- MILAGROS. — (Severa con ironía). Gracias. Pues bien, aquí dice: « Vivo con la esperanza de salir pronto. Corren rumores de que nos llevan a la prisión del pueblo a dos paisanos y a mí, y que nos revisarán la causa ». Aquí sigue algo tachado por la censura, lástima. « Se está comprobando mi inocencia y como mi comportamiento es bueno y acepto humildemente la disciplina de la prisión, estoy seguro de que pronto podré abrazarte. Te quiere con toda el alma éste que no te olvida un instante y que lo es Bernardo ».
- DONA REYES. — No era necesario haber leído esa carta, vamos, digo yo.
- MILAGROS. — Eso debió usted haberlo tenido en cuenta mucho antes. Su culpa es que estemos nosotras aquí. Y sepa usted que más nos desagrada a nosotras meternos en la vida privada de nadie.
- DONA REYES. — Bueno, ¿y yo qué he dicho? ¿Protesto acaso? Cumplan ustedes con su deber, hacen bien. La observación no tenía ninguna importancia. Una es madre.
- FERMINA. — ¿Y de qué tiene usted que avergonzarse?
- DONA REYES. — ¿Avergonzarme yo? Lo que quiero es que traten de encontrar el modo de dar un justo castigo a esa bruja.
- DOMINGA. — Sugiéranos otro escondrijo. Aquí no hay más que papeles inocentes, fotos de bodas, de bautizos, de comuniones, de carnaval...
- DONA REYES. — (Amargamente.) ¡Eso, de carnaval! Vean en esos cajones y yo miraré en la mesilla de noche.
- FERMINA. — Algo debe haber en la casa. No es posible que hubiera sospechado nuestra visita de investigación. Yo veré en esa alacena. Y en esa bolsa de costura.
- DONA REYES. — (Sacando una foto del cajón de la mesita de noche.) ¡Ah, la pécora! Aquí tiene otra foto de Benito.
- FERMINA. — ¿El primer novio?
- DONA REYES. — Ese que aún después de muerto la tiene dominada.
- DOMINGA. — ¿Tan guapo era?
- DONA REYES. — (Mostrando la foto, indignada.) Un loco, un visionario. Tenía, eso sí, una labia de miedo. Pero ese no la hubiera podido hacer feliz, de ningún modo. A esa no la hace feliz más que el vicio... Y si ella está loca por él, no es más que para tener un pretexto cuando dice que va a encontrarlo entre esos cadáveres de marinos y aviadores que traen las olas a las costas neutrales de España. Lo que digo: loca de remate o rematadamente viciosa. Lástima de mi Bernardo.
- DOMINGA. — (Sacando un par de zapatos de alguna parte.) Aquí hay un par de zapatos blancos.
- FERMINA. — ¡Y que son de raso! También la gente del mar tiene sus extravagancias.
- DONA REYES. — Son los zapatos de la boda...

- MILAGROS. — ¿Cómo? ¿No se casó de luto por su padre y por su hermano?
- DONA REYES. — ¡Si no me dejan ustedes acabar, leñe! Digo que son los de la boda que proyectaba con su adorado Benito, el novio rojo. No sé cómo Bernardo le consiente guardar estas reliquias.
- FERMINA. — En la hermandad de pescadores le deben estar enseñando la práctica de la humildad.
- DONA REYES. — ¿Eso es humildad? Yo a eso le llamo cobardía. ¡Vamos, señoras! A veces me pregunto si después que se ha vuelto la camisa se le habrá soltado alguna pieza del corazón.
- FERMINA. — El corazón no tiene piezas.
- DONA REYES. — Es un decir.
- MILAGROS. — Y de ser así, ¿lo lamenta usted?
- DONA REYES. — (Inquieta.) ¿Lamentar, el qué? ¿Que mi Bernardo haya sido razonable y haya reconocido que sólo un régimen como el que goza España podría colmar nuestras esperanzas? De ningún modo, señora, de ningún modo. Yo grito, arriba España, como la primera... Lo que me inquieta en mi Bernardo es verle tan incapaz de romperle la cabeza a la Elvira cuando ella se sale de sus casillas.
- DOMINGA. — ¿Lamenta usted que su hijo no sea un salvaje?
- MILAGROS. — Lamenta que no sea un tío como debe ser.
- DONA REYES. — ¡Eso!
- FERMINA. — Pues le rezaremos a Santa María-Casilda del Valle-Umbroso, que es patrona de los hombres débiles.
- DONA REYES. — Pero es que mi hijo... no es un débil.
- FERMINA. — Cualquiera le toca a su hijo, señora. Bueno, se acabó. ¿Han mirado ustedes en esa caja de cartón?
- MILAGROS. — Precisamente, es eso lo que yo pensaba hacer. (Abriendo la caja y rebuscando en ella.) Vean, pañuelos. Pañuelos blancos. Y esto, ¿qué es?
- DONA REYES. — Ese pañuelo no lo había visto yo.
- MILAGROS. — Y está manchado de sangre. Porque esto son manchas de sangre.
- FERMINA. — Sí que lo parecen.
- MILAGROS. — Lo son.
- FERMINA. — Sin dudá, de su Benito.
- MILAGROS. — Eso es mucho decir. El pañuelo es del ejército. Y no del español. Aquí se ven unas iniciales. Miren, miren. Una erre, una a y una efe...
- DOMINGA. — Claro, la RAF. La aviación de los ingleses.
- FERMINA. — ¿Qué mayor prueba de culpabilidad contra Elvira? Es lo que yo me figuro: una espía. Lo de las brujerías no es más que un truco. Esa gente sabe más... ¿No creen ustedes que ya hay suficientes pruebas para acusarla de espionaje y mandarla a la hoguera?
- MILAGROS. — Querrás decir fusilarla, hermana. Lo de la hoguera se estilaba en otros tiempos.
- DONA REYES. — Qué más da una cosa que otra. No se disgusten por eso.
- DOMINGA. — Animas benditas del purgatorio, interceded por nosotras. Acercaos, en postración humilde al Sagrado Corazón de María con el ruego de que vuestras devotas servidoras consigan la justa extinción de nuestros enemigos... De nuestros enemigos, libranos por nuestras manos, Señor.
- MILAGROS. — Ave María Purísima.
- LAS DEMAS. — Sin pecado concebida.
- MILAGROS. — ¡Ay, qué alivio! Anden, vayámonos ya. Basta por hoy. (Se disponen a bajar, seguidas por Doña Reyes; pero Dominga y Fermína, intencionadamente, se distraen un instante más contemplando el dormitorio que ellas han revuelto.)
- DOMINGA. — Hermana Fermína, ¿sabes qué he encontrado?
- FERMINA. — No, si no me lo dices, hermana.
- DOMINGA. — Un emblema militar.
- FERMINA. — ¿Por qué no se lo has dicho a la hermaná Milagros?
- DOMINGA. — Porque este emblema no es de los aliados, ¡mire! Es de un uniforme alemán.
- FERMINA. — ¿Está segura?
- DOMINGA. — ¿Cómo no he de estarlo, si mi hermano Emilio está en la División Azul y en casa nos sabemos de memoria todo lo que a los ejércitos del eje se refiere!
- FERMINA. — Pues, entonces, hace bien en ocultarlo. Eso estropearía nuestros planes. (Pausa.) Verdaderamente, esa mujer es un bruja. No lo comprendo.
- MILAGROS. — (Gritando desde abajo a las rezagadas.) Sí, ya vamos. Estábamos observando la hermosa vista que tiene este palomar. Se ve el mar allá lejos, tan azul, tan bonito. Las pocas ventanas que yo tengo en mi casa dan a un patio muy sombrío.
- DONA REYES. — (Murmurando aparte.) Como su alma.
- MILAGROS. — ¿Decía usted?
- DONA REYES. — (Entre dientes, sin ganas.) Que sí, que estamos bien. (Fermína y Milagros han bajado y se disponen, con Dominga, a salir.)
- FERMINA. — ¿Quién tiene el pañuelo ensangrentado?
- MILAGROS. — Yo. Lo tengo guardadito en mi bolso. No soy tan tonta que lo olvide.
- DOMINGA. — ¿Se viene usted, doña Reyes?
- DONA REYES. — (Con fastidio, hipócritamente.) No, hijitas mías. Yo me quedo para poner un poco de orden aquí. Vayan ustedes con Dios. Y a ver si pierden ese pañuelo y se queda mi nuerá sin ganarse lo que merece. Anden, no se preocupen por mí.
- FERMINA. — Bueno, adiós.
- MILAGROS. — Muy buenas...
- DOMINGA. — Quede usted con Dios... (Salen las beatas santiguándose.)

ABARRATEGUI

(Continuará)

De mi calendario

NO podemos hablar hoy de literatura nacional en un sentido político, limitándola a las fronteras de cierto Estado. La interdependencia cultural es tan evidente como la interdependencia económica y los elementos culturales circulan en todas partes, realizando la endósmosis y exósmosis espirituales entre los pueblos situados en varios planos de la evolución. Lo que dirige en nuestros días del mundo es la ley de la unidad, a pesar de los desmentidos sangrientos de las guerras entre Estados y las revoluciones internas entre clases sociales y partidos políticos.

Toda literatura vale por los elementos universalistas, humanos en general, que puede expresar. Naturalmente existen variedades, como las hay en las flores de un jardín. En cada país se pueden encontrar características de orden antropológico, « telúrico », formas de vida popular, más o menos pintorescas, costumbres determinadas por las condiciones físicas de la existencia; pero detrás de esas apariencias del momento social o político, tenemos que buscar siempre lo que es común en todas las colectividades humanas, indiferentemente de la raza, la religión o el grado de desarrollo de la civilización.

En conclusión, aceptando las variedades locales, queremos descubrir los valores permanentes incluidos en formas específicas, eliminando, a nuestro juicio, todo criterio de orden exclusivista, personalista o sectario.

La literatura de los pequeños países, como Holanda, Dinamarca, Suiza, Bélgica, se ha incorporado a la literatura universal precisamente por sus valores humanistas, por lo que puede unir a los hombres de todas partes, creando un puente de unión entre las poblaciones de varias regiones.

Aplicando ese criterio a la literatura de los países sudamericanos, podemos reconocer que en el siglo pasado la literatura nacional se ha manifestado en una forma embrionaria, más bien documental, expresando las tendencias de las « soberanías nacionales », apenas en sus comienzos. Pero nosotros, pese a las discrepancias políticas entre los veinte Estados de este continente, consideramos a Sudamérica como un conglomerado unitario, no sólo lingüístico, sino también cultural. En ninguna parte hay tantos elementos comunes como en Sudamérica; y tenemos que insistir en ese sentido, para combatir lo que se llama el orgullo nacional, la famosa « soberanía » y tantos otros lemas de orden político, en relación con los intereses momentáneos de los gobernantes.

Como escenario, la literatura nacional de esos países es muy variada, por su cuadro geográfico, por sus peculiaridades étnicas y psicológicas; pero

todas esas literaturas regionales constituyen la múltiple eflorescencia de la literatura sudamericana, que expresa la unidad del continente, considerado como una gran reserva de la cultura del Porvenir.

..

No es una exageración decir que el **homo americanus** es también el prototipo de lo que ciertos americanistas entienden por **homo cósmico**. Para nosotros, dicha expresión está limitada a los elementos humanitaristas, valederos en todas partes.

Y no ignoramos los influjos de la cultura europea durante siglos, que han determinado en Sudamérica algunas formaciones propias y aun creaciones originales. Creemos en una síntesis de los valores culturales europeos y americanos, por encima de los intereses políticos y económicos del momento. Para dar un solo ejemplo de esta fusión de valores euroamericanos, es en el Uruguay donde podemos descubrir el abstracto de una cultura en lento pero evidente desarrollo. El humanismo tiene en este país algunos precursores. He analizado en un capítulo de mi libro « Perspectivas culturales en Sudamérica » ese neohumanismo a través de la obra de Rodó, cuya aparición — según su compatriota, el profesor y poeta Emilio Oribe, « es inexplicable en nuestro medio y en nuestra raza... Rodó se nos aparecía como un ejemplar anticipado de ese espíritu definidor... de resonancia cósmica y raíces telúricas que concretará lentamente en formas artísticas, culturales y políticas, distintas y más perfectas que las extranjeras y que lograrán ser las realidades representativas y originales de nuestro continente. »

No sé si esas formas, esas realidades serán « más perfectas que las extranjeras ». Sólo me atrevo a sugerir cual es la forma de cultura que prefiero : es una síntesis armoniosa entre el antiguo humanismo europeo, enriquecido por la ciencia moderna y las fuerzas nativas, creadoras, apenas explotadas y explotadas de las realidades biológicas, sociales y espirituales de esas partes del continente llamadas hispano, ibero o Latinoamérica, Indioamérica o Amerindia. Hay quienes, ampliando el concepto Europa-América, emplean los vocablos Murindia o Ameropa.

Pero lo que hace falta todavía es el espíritu crítico. Muy pocos, en este continente, tienen una visión integral del fenómeno cultural, es el criterio histórico y bio-bibliográfico. Es verdad que en nuestros días no hay en Sudamérica un ambiente cultural extenso, unitario, sino tan sólo islas de cultura o, como dijo el profesor C. Vaz Ferreira, esos pulmones de cultura que son las Universidades. Sin embargo, el espíritu crítico es tanto

En el mundo autoritario

«Autopsia psiquiátrica» de

(Continuación)

Demasiado hicieron los psiquiatras en favor de los causantes de la muerte de Marilyn, no señalándolos con el índice. No se han hecho cómplices de sus « asesinos psicológicos » en el grado que éstos pretendían y nosotros no podemos ni queremos hacernos cómplices morales de los mismos comprendiendo y callando el porqué del acto de Marilyn, y lo que de protesta humana significa contra los que la trataron con tanta crueldad mental, de forma tan inhumana.

Tenemos la seguridad de que los médicos psiquiatras « seleccionados » que intervinieron en el « caso Marilyn Monroe » se alegrarán de que salgan a la palestra escritores con dignidad e independencia intelectual, y muchas voces del Pueblo, como las nuestras, para hablar claro y fuerte, sin cortapisas, a los « poderosos » intereses políticos y comerciales o económicos que hacen cerrar las bocas de funcionarios públicos y a otros, que no lo son, por temor a sufrir las represalias económicas — y otras « peores » — de los tiburones del poder y de las finanzas.

De lo sucedido a Marilyn Monroe ha hablado toda la prensa mundial, incluyendo la de la URSS y la del Vaticano. La de estos Estados, en particular, ha intervenido poniendo más de relieve que lo hacían en favor de sus respectivos y mezquinos intereses políticos y religiosos que representan dejando en realidad malparada a Marilyn. La prensa del « zar rojo » — que en su feudo ruso aniquila a los individuos humanos que aman y defienden la libertad — acusa al Tío Sam de que « fabricó una Marilyn que luego él mismo destruyó ». Por su parte, el « zar negro », el dictador del mundo ca-

más necesario en la fase de formación de toda cultura regional o racional.

Ya llegó el tiempo de salir de los estrechos círculos académicos, de las capillas literarias, de las salas donde se festeja con un banquete la publicación de un librito de poemas, y de reemplazar los actos de homenaje en tantas ocasiones personales por el ejercicio del espíritu crítico que busca, en toda la obra, al lado de los valores genuinos del autor, su aporte a la cultura supranacional, es decir, humanística y universal.

La crítica auténtica es, en una palabra, trabajo de cirugía. Es menester los tumores de las vanidades personales, las excrescencias cultivadas artificialmente por cenáculos exclusivistas y fomentar con sincera, asidua y desinteresada colaboración las iniciativas independientes y los empeños — demasiado a menudo solitarios e ignorados — en todos los dominios de la creación literaria, artística, filosófica y científica.

(Continuará)

EUGEN RELGIS

tólico, el Papa de Roma, por vez primera, pese a que condena el suicidio y consecuente, debiera haber callado, aprovechó el frío cuerpo de Marilyn para friamente, con cálculo materialista, ofrecerlo como ejemplo de a dónde conduce — y puede conducir a otros semejantes — el materialismo que predomina en nuestra época. Añadimos que ha predominado, en todas las épocas del mundo autoritario y continuará predominando mientras éste exista.

¿Cómo se atreven a hablar con tanta impudicia los voceros de Kruschev y del Papa y todos los representantes de Religiones y de Estados que amasan inmensas fortunas símbolos del capitalismo — privado o de Estado como existen, actualmente, en Rusia y en el Vaticano — del materialismo que los dos « zares », en particular, simulan combatir públicamente? ¡Cuánta pobreza moral exponen a la vista de la parte de la humanidad que tiene los ojos bien abiertos! Un hecho o problema eminente y profundamente humano y social lo tratan desde el punto de vista de sus conveniencias materialistas, estrechamente egoístas, políticas y religiosas.

Marilyn Monroe fue víctima del mundo autoritario hipócrita y ruin que aquéllos y otros autoritarios políticos y religiosos representan. Estos tendrían derecho — para tenerlo debieran dejar de ser lo que son en el mundo de las ideas — a dar lecciones de moral desde Rusia, desde Roma o de cualquier otro lugar del planeta Tierra si las dieran con los actos de sus vidas, en esta vida, como Cristo — Marilyn se sacrificó por los suyos como demostraremos más abajo — y el « Quijote » que existieron y existen, de carne y hueso, en nuestros días, en todos los pueblos del orbe aunque, por desgracia, en corto número.

Cuantos no tengan cegados sus entendimientos, por dogmas y prejuicios comprueben cómo coinciden para beneficiarse en sus respectivas posiciones políticas y religiosas un jefe de Estado que se llama ateo y el de una religión, jefe del Estado de la ciudad vaticana, como han coincidido, desde épocas que se pierden en la noche de los tiempos, en el sentir, en el pensar y en el hacer el « Quijote » y el « Cristo », con cualquier nombre, éstos y aquéllos, al tratar, de forma radical, y diametralmente opuestas, los problemas sociales, económicos, culturales y humanos.

Proyectándose ante la opinión pública mundial, la crítica que la prensa vaticanista y Radio Vaticano han pretendido hacer al materialismo de Marilyn Monroe, a su « mala vida » es, inconscientemente un homenaje a la misma, reconocerle un valor humano que no se explican y, por lo tanto, no han podido comprender para explicarlo. De haberlo comprendido hubieran callado. Pero algo humano, al margen de deísmos, les hizo ha-

MARILYN MONROE

blar y significa un reproche de su propia conciencia moral humana a su conducta religiosa y política que hace ostentación de inmensas riquezas con las que podrían evitarse muchos dolores y salvar millones de vidas de sus semejantes. Adoptan el comportamiento contrario para defender sus dogmas y los fabulosos intereses que representan y gozan.

Los ensotados del Vaticano sintieron lo humanitario, lo noble y rebelde del acto de Marilyn, que lo realizó sin darse perfecta cuenta de la honda significación del mismo. Y aunque incompatible con la religión que defienden, sintiéndose al fin humanos no pudieron reprimir comentarlo. En realidad tomaron la palabra en defensa del mundo inhumano que acabó con la vida de Marilyn Monroe por ser su propio mundo. Instintivamente trataron, también, de defender sus falsas o antiprogresistas y antihumanitarias creencias, y salvar su responsabilidad moral con respecto a lo ocurrido a la artista precipitada. Pero no escapan a ésta, porque está bien probado que son los principales sostenedores del mundo autoritario como lo demuestra, sobradamente, un solo hecho : que aceptan, propagan y exigen la sumisión que éste impone a la mayoría de los hombres, a los trabajadores en beneficio de las clases privilegiadas que detentan las riquezas que aquéllos producen.

Es lamentable comprobar en pleno siglo XX, en la Era Atómica, el gran número de personas inteligentes, hasta con uno y más títulos académicos y universitarios, que moldeadas sus mentes y sus « psíquis », religiosa o políticamente, desde la más tierna infancia, no se dan cuenta de una verdad fundamental muy sencilla que, cuando la adviertan, producirá la rebelión de sus espíritus : que los conceptos sedicentes humanistas y moralistas de las religiones y políticas, de toda clase y color, forman su bagaje de engaños, burdos unos, y sutiles otros, sin los que no atraerían — como el torero se sirve del engaño para engañar al toro y el pescador para pescar — a sus doctrinas ni a una persona siquiera, y menos en nuestros días de avances tecnológicos y científicos. Para engañar han de hablar de amor y referirse a lo humano, común a todos, anhelado por todos, pensando que a nada se comprometen, y que « una cosa es predicar y otra dar trigo ».

Religiosos y políticos, en general, los vividores de todas las religiones y de todas las políticas, saben que sus doctrinas, que se empeñan en sostener por todos los medios a su alcance — negando así que sean progresistas — son perjudiciales a la vida de las sociedades humanas como lo prueban, rotundamente, sus esfuerzos permanentes, dignos de mejor causa, por hacer de los hombres siervos de Dios, del Estado o de cualquier dictador, en

vez de ayudar a que se formen individualidades con personalidad propia que se concierten para practicar la cooperación, el altruismo, la solidaridad y la equidad en la vida social como hermanos de especie.

El progreso moral, del que tan necesitada está la humanidad, no se favorece exigiendo la uniformidad — que significa estancamiento y muerte — en el pensar y sentir de todos los hombres de acuerdo con las consignas de Kruschew o del Papa, por ejemplo — por no citar a otros Estados y a cientos de religiones que todavía existen en el presente — y formando simples rebaños de humanos que sigan, dócilmente con espíritu gregario el camino que les señale cualquier pastor político o religioso con o sin sotana que es lo mismo.

Penosísimo es para el hombre de pensamiento verdaderamente libre de trabas extrañas, de tradiciones trasnochadas y de prejuicios, contemplar cómo muchos de sus semejantes abdican, se humillan, a las buenas o a las malas, o por calculadas conveniencias vegetativas, materialistas, ante santos laicos llamados Marx, Lenin, etc., obedeciendo los dictados de « El Capital » — biblia marxista — leídos e impuestos por Kruschew u otro dictador de la hora que obra como Papa en nombre del nuevo Dios moderno : el Estado.

La conclusión es obvia : ni por la biblia laica de cualquier Estado ni por la biblia religiosa que coinciden en no admitir cambios — sólo los hacen bajo presiones revolucionarias — en sus respectivos textos, por considerarlos sagrados e infalibles y, por otra parte, exigen la supeditación de los hombres a sus símbolos : a la cruz o a la bandera, dispuestos a sacrificarse por la una o por la otra, o por ambas al mismo tiempo. La historia está llena de páginas que nos hablan de guerras continuas, sangrientas, religiosas y políticas, sucediéndose las unas a las otras, usando, unos y otros, religiosos y políticos las armas más terribles inventadas en cada época, haciendo víctimas a los pueblos de sus innobles ambiciones de poder y de dinero.

Razonen por sí mismos nuestros semejantes y digan si es moral, por ejemplo, ser tratados como ovejas, acudiendo al redil — Iglesia — mansamente, donde, a viva voz, para cultivar su mansedumbre su servilismo, los califican como tales el pastor. Aunque no lo parezca son tratados, realmente, como tratan a los presos y a los soldados : como números o cosas, pero con libertad o no de penetrar en el aprisco eclesiástico. Así ponen a prueba su grado de automatización llamándolos ovejas. Resistiendo y admitiendo el calificativo la abdicación de la persona humana es mucho mayor, más humillante, que la que hacen, voluntariamente o no los soldados que van al cuartel. Y éstos, en pie, alta la cabeza y mirando de frente,

a veces, pidiendo permiso, pueden replicar a un oficial, al duro pastor militar encargado de mayor o menor rebaño de humanos; pero el aparente blando pastor religioso que ocupa el púlpito no admite la más mínima réplica, y menos la impugnación, por comedida y sensata que pretenda hacerle una persona. Aun de rodillas y doblada la cerviz sería tratada de sacrilega y expulsada del templo. Y si pidiera perdón por el atrevimiento, muy humano, de exponer alguna duda donde no admiten dudas, sólo después de severas, de largas y mortificantes penitencias, volvería a ser admitida la oveja que se descarrió. A las ovejas, con figura humana, no las reconocen personalidad alguna, y las imponen el deber de obedecer, sin rechistar, sumisamente, al pastor político, religioso o militar que las hablan en nombre del Estado o de Dios.

Razonar el hombre por sí mismo y defender lo que piensa es más razonable y justo para la mayoría de sus semejantes, aunque choque contra todo lo estatuido, es el gran pecado que condenan, con terrible severidad, desde Kruschew al Papa pasando por el Tío Sam, Franco y demás compañía política y religiosa mundial. Todo ser humano inteligente y sensible ha de negarse a perder atributos humanos superiores y por el respeto que le merecen todas las psicologías humanas ha de rebelarse contra todos los domesticadores de hombres. Y el Hombre — con hache mayúscula — que se respete y como tal ha de ser siempre él mismo : jamás ha de abdicar su personalidad y su voluntad consciente en favor de nadie, y menos de mitos de historial guerrero, cruel y sangriento.

Concretamente : todas las religiones y todas las políticas — para nosotros sólo tiene valor lo social

que deriva de sociable bien entendido y aplicado — son, esencialmente absurdas y malas para el individuo y la sociedad, porque son anquilosadas y retrógradas. Y aunque Biblias y Constituciones hablen de derechos humanos éstos han sido escritos con la sangre de los Pueblos oprimidos y explotados que no cesan de sufrir y de luchar para gozarlos realmente. Si de algunas precarias libertades disfrutaran no es por concesión graciosa de religiosos y de políticos, logreros y frenadores de todas las revoluciones populares, sino porque los esclavos — hoy los trabajadores lo son del salario — las han conquistado sacrificando millones de vidas generosas en todos los pueblos del mundo.

A algunas personas que nos leen les parecerá que nos hemos desviado del tema, pero no es así, a nuestro entender, porque teníamos que exponer y probar que todos los sistemas de vida social autoritaria defendidos hasta el presente enferman, desequilibran y matan, prematura y permanentemente, cada día a personas como Marilyn Monroe y a incontables trabajadores de todas las clases. Convenía hacer constar que tanto el Estado político, civil o militar, como el Estado religioso — el Vaticano — todos los Estados de no importa qué color, con las religiones admitidas en el seno de los mismos, son partes del mundo autoritario, en el que compiten por la hegemonía económica, política o religiosa, y quedan incluidos en la autopsia psiquiátrica que de éste hacemos al tratar el « caso Marilyn Monroe », que murió ignorando la conmoción que iba a producir, y los alcances de su actitud profundamente humana en el universo social.

FLOREAL OCANA

Jules Romains :

Los hombres no deben olvidar los detalles : a veces una sopa es incomible por un pelo.

★

BENJAMIN FRANKLIN :

La experiencia sigue siendo una escuela muy querida : los tontos no aprenderán en ninguna otra.

Thoreau y las flores del campo

ESA HADA DELICADA de los prados de mayo, la poligala orlada de color magenta, ocasionalmente, pero no a menudo, florece en forma blanca. El 23 de mayo de 1853, Thoreau descubrió dicha rareza en los bosques de Harrigton e hizo en sus **Diarios** el comentario siguiente: «Gran abundancia de poligalas orladas de un blanco purísimo, muy delicado, en el fangoso sendero que existe en la hondanada de Harrigton. Es así cómo muchas flores, cual hermanas religiosas, vense vestidas de blanco.»

En Concord, Massachusetts, reside la señora Leslie Anderson, cuyos antepasados han vivido allí durante varias generaciones. Pues bien, mucho tiempo ha sido dedicado por ella al estudio de las flores silvestres que crecen en los lugares mencionados por Thoreau, habiendo encontrado todavía a las poligalas orladas blancas, floreciendo un siglo después en el mismo lugar. Hace unos pocos años tuvo la gentileza de enseñármelo, siendo un privilegiado al ver y fotografiar dichas flores, la generación centenaria de las plantas que Thoreau había observado. Existía allí aún el mismo seto, entre cuyas hojas caídas vi aquellas bellas y poco comunes flores del campo. De modo que si sus condiciones de crecimiento no se ven perturbadas, una especie de plantas puede casi alcanzar la inmortalidad. Un siglo había pasado y aquellas hermosas flores seguían aún viviendo.

Mucho fue el interés que tuve en mi juventud por Henry David Thoreau, habiendo leído **Walden** y sus otros libros. Hice un peregrinaje a Concord en el año 1908 y tomé fotografías del lago Walden. Negativos que hoy representan una valiosa posesión. Cuando me casé, mi interés principal fue la fotografía, que más tarde se volvió mi profesión. Tarea que si disminuyó mi interés por el filósofo, no por eso dejó mi afición por sus libros siempre al alcance de la mano, los que a menudo leía para encontrar, como siempre, estímulo y placer.

En 1943, me volví profundamente interesado por nuestras nativas flores del campo, sobre las que consulté numerosos libros. Por lo tanto, constantemente los comparaba a los extractos que al efecto existen en los **Diarios** de Thoreau. Esto renovó mi interés por el hombre y por sus escritos, pero ahora desde el punto de vista de la historia natural y especialmente de la botánica, lo que a la vez me hizo apreciar mejor su filosofía. Leí varias de las más importantes biografías que sobre él se escribieron, los catorce volúmenes completos de sus **Diarios**, como también mucho material descriptivo y crítico sobre su vida y sus obras.

La lectura de los **Diarios** me hizo ver con claridad la amplitud de sus intereses botánicos. Intentaré aquí mencionar a Thoreau como a un aficio-

nado botánico de cierto prestigio y con un particular cariño por las flores silvestres, que trasciende el mero conocimiento de los detalles botánicos y de su identificación. Intentaré, mediante los escritos de sus **Diarios** sobre las flores, probar su contribución a la literatura de las flores del campo. Pero para una comprensión cabal, la historia de la publicación de esos catorce volúmenes deber ser conocida.

Durante numerosos años Thoreau había observado el progreso de las estaciones. Campo afuera todos los días no importa el tiempo que hiciere, invierno o verano y a menudo de noche, meticulosamente anotaba, día a día, cuanto había visto y lo que filosóficamente le sugería.

Los escritos de Thoreau están contenidos en treinta y nueve grandes libros de oficio que, después de su muerte en 1892, pasaron a ser propiedad de su hermana Sophia. En 1876, los legó al que fuera amigo íntimo de Thoreau, Harrison G. O. Blake. El público lector corriente no tuvo acceso a dichos escritos hasta 1881. El señor Blake seleccionó extractos que especialmente trataban sobre la naturaleza y su primer volumen apareció dicho año con el título de **Primavera temprana en Massachusetts**, siendo seguido en 1884 por **Verano**, en 1887 por **Invierno** y en 1892 por **Otoño**. Predomina en estos libros el interés por la historia natural, sobre el aspecto filosófico y moral de su pensamiento. Mientras que **Una semana en los ríos Concord** y **Merrimack** y más tarde **Walden** habían llamado la atención, haciendo conocer a Thoreau como filósofo, y en cierto grado como naturalista, la reputación de Thoreau empezó a crecer debido a los citados libros extractados de los **Diarios**. Luego de la muerte del señor Blake, los treinta y nueve libros manuscritos fueron legados a su amigo E. Harlow Russell. Fue en 1906 cuando los **Diarios** completos fueron publicados en catorce volúmenes, conteniendo cada uno unas quinientas páginas. Por lo tanto, lo que había sido publicado previo a los manuscritos sólo fue una pequeña parte de lo que en consecuencia reveló la publicación del material completo.

Las páginas de los **Diarios** nos lo presentan como filósofo, moralista, humanitarista, economista y, por último, en no menor escala, como narrador de todos los aspectos de la naturaleza vista en Concord y en sus alrededores o en otras partes. Sobre esta última categoría atrae a todos los interesados en general por la historia natural, como así a los que se confinan en ramas especiales de dicha ciencia, cual es el estudio de los pájaros o de las flores del campo.

En sus observaciones naturales estaba dotado por la naturaleza con una percepción sensorial aguda y, en las entradas que hace en sus **Diarios**

aprende uno mucho sobre sus reacciones personales sobre los paisajes, los sonidos y los perfumes que cada día encontraba.

Extraordinariamente buena era su vista a grandes distancias. Afirmaba que podía distinguir un olmo a varias millas de distancia sin necesidad del antejo. Era sensible a los más delicados matices de los colores — don excepcional que uno se da cuenta al leer su ensayo *Tintes de otoño*, basado en muchas páginas de notas que aparecen en el volumen noveno de sus *Diarios* —. Versa este ensayo sobre el color y la belleza del follaje otoñal, sobre las hojas de los olmos, arces, robles, álamos, sauces, etc. En realidad, sobre todas las hojas de los arbustos y árboles de la comarca de Concord. Ningún escritor naturalista de su tiempo y posterior a él, háse aproximado con semejante amplitud y detalle, describiendo a las hojas otoñales como él lo hizo.

Su oído era también muy fino. Thoreau podía rápidamente distinguir sonidos que eran inaudibles para las orejas ordinarias. Lo mismo se maravillaba ante el suave murmullo de una brisa a través de los árboles, como percibiendo el vibrante zumbido de los hilos telegráficos. Su música era ésta última, aunque a menudo se extasiaba oyendo el tañido de un cencerro o la zanfonía de un organillo, sobre los que luego compondría una prosa pagana ante tan deleitables sonidos.

El sentido del olfato que poseía puede decirse que más bien era el de un sabueso que el de un ser humano. Las fragancias de la estación primaveral lo cultivaban en extremo, pudiendo percibir el perfume fugitivo de flores ligeramente perfumadas, que escapaban a la más rústica sensibilidad de las personas corrientes. Cuando los racimos de uvas silvestres estaban maduros, podía fácilmente encontrarlos siguiendo el perfume que venía desde las orillas, mientras remaba en medio del río.

Centenares de páginas representan las observaciones de Thoreau sobre botánica en general y en especial sobre las flores del campo de la comarca de Concord por él visitada. Observaciones que son su trabajo campestre y cuyas experiencias tienen su paralelo con las nuestras de hoy. Aunque son solamente pensamientos sin pulir y momentáneos, escritos en notas, son retratos de flores silvestres de un gran encanto, gemas de la escritura naturalista, esparcidas a través de dichas páginas. Fragmentos sobre especies y familias botánicas que han sido luego transcritos por numerosos escritores.

¿Cuál era el encanto y el secreto de Thoreau cuando escribía sobre las flores del campo? Ante todo, cabe confesar que era muy buen escritor, con poderes de observación agudos y excepcionales, amén de que su interés sobre la botánica era absorbente. Se sentía muy atraído ante la belleza de una flor silvestre, produciendo en él un sentimiento poético, que luego se reflejaba en su prosa.

Pero, ¿se trataba acaso de un botánico? En el volumen noveno, página 157, informa que nunca estudió botánica. Por lo tanto, podemos darnos cuenta de que nunca asistió a los cursos que de

botánica se enseñaban en la universidad de Harvard, durante los cuatro años que permaneció allí. En sus años mozos, puede decirse que la botánica no le interesó grandemente. No fue hasta 1850, cuando tenía treinta y tres años, que encontramos en sus escritos referencias sobre las flores del campo y sobre la botánica. Vuélvese reminiscente cuando en el volumen noveno, página 156, (4-II-56), narra que empezó a usar el libro *Plantas de Boston y de sus alrededores*, de Jacob Bigelow, allá por 1837, como su primer libro de referencias. Muy útil para él con el objeto de identificar solamente las plantas y flores de la comarca de Concord, aprender sus nombres, como así los lugares familiares en que crecían. Podemos deducir que estudió el libro sin sistema y que pronto lo olvidó. Por lo visto, no se sentía inclinado a cortar las flores o a cultivarlas en el patio de su casa. Podía también haber usado el libro de la señora Almira H. Lincoln titulado *Lecturas familiares sobre botánica*, entonces obra de texto en las academias y en los seminarios femeninos; mas si lo hizo, nunca lo menciona en sus *Diarios*, tal vez por no tenerlo en gran estima o porque no se dió cuenta de su existencia.

No fue hasta 1850 cuando su interés al efecto fue más serio y que bien pudiera haberse desarrollado luego de la primera edición de la *Botánica* de Gray, aparecida en 1848. Cabe deducir que entonces estudió seriamente. Poseo ejemplares de los dos tomos que consta la obra y puedo asegurar que en contraste con nuestras populares botánicas de hoy, con sus excelentes ilustraciones en color, Thoreau debía limitarse a un estudio cuidadoso de las descripciones que venían asentadas en un lenguaje botánico.

Comenzó por traer flores a casa para prensarlas y estudiarlas, empleando la cavidad de su sombrero de paja para traerlas, cual informa en el volumen cuarto, página 133, (23-VI-1852): « Creo que mi sombrero, hundido por la mitad al formar una especie de compartimento, es tan bueno como cualquier caja de botánico y tal vez más conveniente, pues algo hay en su oscuridad que preserva a las flores durante mis largas caminatas ».

En 1850 empezó su anotación de las floraciones y de los nombres de las plantas que veía durante sus cotidianas idas al campo, mencionando particularmente aquéllas que florecían pronto. Ocurría que visitaba cierta planta cuatro o cinco veces durante unas semanas, a menudo caminando veinticinco o treinta millas para encontrarse con aquellas amigas de los bosques y de los prados.

Más tarde Thoreau leyó muchos tratados sobre historia natural y sobre botánica. Su conocimiento del latín le facilitó la lectura de Linneo en el original, concluyendo que dicha obra le había enseñado más sobre botánica que todas las que anteriormente había leído o consultado. Con su aproximación científica, su aguda vista para percibir colores, formas y otros conspicuos detalles, podía darse cuenta de las diferencias en las estructuras de plantas y flores, detalles que escapaban a los observadores corrientes.

Para que el lector tenga una idea del tipo de laboratorio natural en que trabajaba Thoreau, séame permitido transcribir del volumen segundo, página 38 (20-VI-1850), lo siguiente : « Y para mis paseos vespertinos tengo un jardín mucho mayor que cualquier jardín artificial de que yo tenga noticias y por cierto mucho más atractivo para mí — millas y millas de paseos umbríos, de los cuales ningún noble podría alabarse, por donde corren libres los animales en su medio, desde el primer día de la creación — que comienzo en el umbral de mi puerta, sin que luego encuentre alguna, ni sea cruzado por algún camino, excepto las sendas de los zorros y de los visones. Sus paisajes terrestres o acuáticos son de una notable variedad y, lo que es por cierto más interesante, tan apartado que es en extremo raro por allí puede encontrarse a algún caminante solitario ».

Lo que acaba de leerse y el siguiente extracto de la página 52 del mismo volumen, ofrecen una imagen de los campos vírgines por los que transitaba Thoreau, cual observador de aquellas soledades : « Puedo con facilidad caminar diez, quince, veinte, cualquier cantidad de millas que hay en mi vecindad sin que a mi paso encuentre un solo caminante, a lo largo de los ríos o arroyos, por prados y florestas. ¡Qué hermosa soledad! »

El amante de la naturaleza de hoy, limitado por el « Prohibido el paso » de los letreros, las cercas y toda clase de impedimentos para el libre deambular por el campo, tal vez mire con nostalgia la ilimitada libertad de movimientos que tenía Thoreau.

A medida que el tiempo avanzaba, continuaba en cada estación anotando la floración de las plantas, visitándolas y observando su desarrollo. A menudo se encontraba circunscrito por la incertidumbre de la identificación, particularmente la de los juncos y enneas, como así de las hierbas que aún hoy véense con dificultad los botánicos para detallar. Empezó estudiando a las plantas y a las flores del campo en relación a su habitat, tratando de averiguar el porqué algunas de ellas se encuentran en ciertos lugares, anticipando así nuestro presente interés por los temas ecológicos.

No se vaya a creer que sus intereses eran en aquellos años puramente académicos. Lejos de tal cosa, pues sus sentimientos hacia las flores eran semejantes a los que los niños sienten por ellas, con su instintiva apreciación, mucho más completa que la demostrada por meros botánicos. Es en un aspecto similar cuando escribe sobre los libros de botánica de aquel entonces, en el volumen tercero, página 252 (30-I-1852), expresándose así : El sistema natural posiblemente nos haga saber el valor de una planta medicinal, alimenticia o artística; pero por cierto nada nos dice como hacia Linneo, que con mayor amplitud la relaciona con el hombre, para poder así calibrar la belleza en las propiedades de las flores. Muchas son las páginas que existen sobre las propiedades medicinales de las flores, pero ni un solo párrafo hemos visto sobre su significado para la vista, como si las primulas fueran mejor verdes que amarillas».

Las primulas, que algunos llamaban centella, eran empleadas a la sazón, como lo son también ahora por algunos campesinos, cual remedio medicinal. Por eso podemos pasar por alto este humorístico juego de vocablos.

Más adelante en el mismo volumen, páginas 480 (29-IV-1852), anota algo más sobre las primulas : « Soles de los prados, con su brillante amarillo, en ricos ramilletes, contrastando con el verde vivaz de las hojas en medio de opacos y profundos charcos de agua. Son algo así cual flores igneas que brotaran en las grietas de los campos ».

La floración de los lúpulos ocurre un poco más tarde y en la página 56 del mismo cuarto volumen, (4-V-1852), se encuentra esta descripción encantadora : « Los nivelados y asentados lúpulos, con tres o cuatro deliciosas hojas de un verde pálido, de contornos transparentes; con su tallo tan hermoso a la vista; con su única flor, cayendo modesta y graciosa, limpida, de perfume fugaz y ricamente variado; enfrenta al suelo donde yace la hojarasca seca, queriendo tal vez demostrar que no vale la pena enfrentarse a los cielos. Trátase de una visión muy hermosa, de un descubrimiento muy agradable, el primero de la estación; flores hermosas que crecen desparramadas en la humedad de los bosques y de los pantanos ».

Allí cerca también crece la *Aquilegia canadensis*, la aguileña, que le inspiró el siguiente comentario del volumen cuarto, página 57, (16-V-1852) : « Por crecer entre las grietas de las rocas me parece que aquí es la aguileña más notable que la saxígrafa, y tal vez mejor sería nombrarla con este último nombre. Cual verdadero ornamento de las rocas, se encuentra ahora en su lozanía. Algo hermoso es ver sus grandes ramilletes de flores espléndidas, rojas y amarillas, creciendo entre las hendeduras de este acantilado grisáceo ».

Más lejos, en la página 99 del volumen cuarto, (14-VI-1852), encuentra que la estación se desarrolla tan rápidamente que no puede marchar al unísono de las floraciones observadas cada día, al escribir : « ¡Cuán rápidamente se abren las nuevas flores! Se diría que la naturaleza dáse prisa por terminar su trabajo en seguida. Mucho tiene unó que trabajar para observar a las flores que sucesivamente abren sus corolas. Se trata de una revolución floral, a la cual muy pocos son los que asisten. Sábese cuán poca atención prestan los humanos a las flores... que fueron hechas para ser vistas y no meramente ojeadas ».

Flor favorita de Thoreau en junio y julio era la orquídea orlada y purpúrea. A menudo dedica algún párrafo a esta bella flor fragante y, al igual que muchos de nuestros presentes observadores, cae en la duda de si se encuentra ante la pequeña especie *Habenaria pycodes* o la gigante conocida como *H. Fiambrata* o *H. Hrandiflora*. Informa en el volumen cuarto, página 103, (15-VI-1852) : « También aquí, en el prado existente en la hondonada Head, que se denomina Well, observé una orquídea orlada y purpúrea, inesperadamente hermosa, aunque de un bermejo algo pálido y liláceo, asemejándose a una espiga floral y purpúrea. ¿Por

qué ha de crecer aquí solamente, en tan remoto pantano y tan alejada de la vista del público? ¿No es acaso significativo que algunas raras y delicadas flores sólo puedan hallarse en pantanos silvestres e intransitados? Allí donde las más hermosas flores crecen, tiene su alimento el espíritu de los hombres y los poetas encuentran su inspiración ».

Dos años más tarde, en el volumen sexto, página 337, (9-VI-1854), añade : « Encontré las grandes orquídeas orladas aparentemente unos dos días o tres..., creciendo en un pantano frondoso y sombreado, entre éléboros, helechos, selicios áureos, etc. Me parece que nadie más anualmente encuentra en Concord. ¡Que esa bella reina de las flores deba anualmente florecer tan raramente, en lugares tan intransitados, alejados y discretos, al punto de que pocos son los ojos que la ven!

Algunos de mis más tempranos recuerdos de la infancia sobre las flores del campo son acerca de las rosas silvestres, que recuerdo crecían en unos pastizales de las tierras altas y que en mi memoria aparecen asociadas con los tañidos de los cercos. Dichas rosas se encuentran frecuentemente mencionadas en los Diarios y con particular interés en su entrada del volumen quinto, página 256, (15-VI-1853), cuando anota : « Muchas rosas silvestres se encuentran aquí, al noroeste de los bosques Trilium. Como es tan común, con frecuencia no valoramos suficientemente a esta flor. Pero es que acaso, ¿no es también otra reina de nuestras flores? ¡Cuán amplios son sus pétalos y de qué colores tan brillantes, medio escondidos en el verdor de sus cálices! Tienen estas flores cierta noble y delicada civilidad — nunca rusticidad —. Hacia casa me llevo ahora tiernos capullos, que pondré en un jarrón con agua, para que a la mañana siguiente se abran y con su fragancia perfumen toda mi habitación ».

Por el tiempo en que Thoreau empezó a estudiar las flores del campo, nuestra negruzca Susana, *Rubdeckia hirta*, había tomado carta de ciudadanía en Nueva Inglaterra. Nativa de las praderas, hacia el este vino en los fardos de heno seco y era muy raro encontrarla en los primeros tiempos. Léase lo que Thoreau dice de ella en el volumen

sexto, página 383, (2-VII-1854) : « Una nueva flor cónica, que es planta paciente aquí, la *Rubdeckia hirta* (sobre la cual estoy en desacuerdo con Woods, pues éste califica a su disco de un marrón suave y yo de un purpúreo oscuro), acabo de observar en los prados de Arethusa. Vi una que habían cortado el 25 de junio y que probablemente floreció ese día. Ayer pude contemplar muchas en los prados que hay más allá del hospicio, arribadas a tal lugar probablemente desde el oeste y no hace mucho tiempo ». Buenas condiciones de crecimiento encontró en todos los Estados del este, siendo hoy una de las más conocidas y queridas entre las flores silvestres.

Durante sus frecuentes viajes en bote por el río, Thoreau se volvió muy experto con las plantas acuáticas, como así con los sauces y sicomoros que marginan las orillas. Entre las numerosas páginas dedicadas a esas « excursiones fluviales », menciona a menudo a las pondeterias (hierbas de sollos), los nenúfares amarillos y las saetillas (cabezas de flecha); pero su atención principal la merecen las lilas de agua. Observa cómo abren sus corolas al amanecer y cómo las cierran al mediodía. Las trae a casa para gozar con la belleza de su forma y el perfume de su fragancia. Narra la costumbre que tenían unos jóvenes, recogiendo lilas mientras se bañaban los domingos en el río, para luego llevarlas a la iglesia. En el volumen quinto, página 238, rapsodia sobre la primera lila acuática de la estación : « Exquisitamente hermosa, no parecida a nada semejante de lo que tenemos, es la primera lila de agua que acaba de florecer en una laguna poco profunda en donde el agua parece lavarla, perfectamente pura y fresca, antes de que los insectos la descubran. ¡Cuán admirable es su pureza! ¡Cuán significativo es que el rico y negro lodo de nuestra quieta y mansa corriente produzca la lila de agua, puesto que de tan fértil fango surge esta flor de sin par pureza! Notable es que estas flores de la más emblemática pureza deban crecer en el barro ».

SAMUEL GOTTECHO

(Traducción de W. Muñoz).

Líneas de humor

En la cárcel :

Llegada de un prisionero.

El director de la cárcel le llama y le dice :

— Aquí todo el mundo trabaja ¿qué oficio prefieres?

El prisionero, un obrero del Alto Aragón, reflexiona un poco y responde :

— Viajante.

* LAS PASIONES *

NO creo que sea necesario ningún esfuerzo... para admitir que el hombre no es ni bueno ni malo. La Naturaleza es indiferente al bien y al mal, y en la Naturaleza está el hombre. Mecanismo sometido a leyes, conjunto de energías combinadas, fuerza viva capaz de actuar en todos los sentidos, reúne el hombre las condiciones necesarias para producir el bien o el mal, según la dirección que al mecanismo se le imprima.

No me importa averiguar si el ser humano obedece al determinismo de la materia o es soberano de sí mismo por el libre albedrío. No ventilamos ahora problemas de psicología fisiológica. Y basta, por tanto, observar que el hombre, socialmente considerado, se manifiesta bueno o malo, con arreglo a su temperamento, su educación, su cultura, etc., etc., y sobre todo, conforme a las diversas condiciones del medio en que se desenvuelve. En este supuesto puede afirmarse que las pasiones humanas son los movimientos más o menos acentuados que el hombre ejecuta en virtud de la atracción o repulsión de las cosas que pueden causarle placer y dolor.

Y claro está que si el hombre no es bueno ni malo por sí mismo otro tanto ocurre con sus pasiones. Digan de ellas lo que quieran las preocupaciones religiosas o filosóficas, son simplemente buenas o malas las pasiones según la dirección en que se las impulsa, y así llevan a las grandes virtudes como a los grandes vicios, así conducen a los más nobles heroísmos como a los más repugnantes crímenes. Una buena educación unida a un organismo bien equilibrado, excluyen toda contingencia pasional extraviada. Las pasiones extraordinarias se dan en los hombres extraordinarios. Son la excepción, no la regla.

Exteriorización de la propia naturaleza del hombre, son las pasiones como la relación necesaria entre sus órganos y las cosas que se estiman o se odian, que se desean o se repugnan...

Considerar las pasiones, según las ideas de los estoicos, como enfermedades del alma; rechazarlas y pretender destruirlas como un gran mal de la vida, según hacen los creyentes de todas las religiones, vale tanto como proclamar el aniquilamiento del hombre mismo. En el fondo, no otra cosa suponen las tétricas teologías y las filosofías místicas que niegan la vida en aras del más allá ignoto.

¿Qué sería del hombre sin esos movimientos de atracción o de repulsión por los objetos queridos o aborrecidos? ¿Qué sería del hombre sin el amor, sin el deseo de bienestar, sin el anhelo del placer?

El odio mismo, pasión implacable, es altamente beneficioso cuando mueve al hombre contra la tiranía, contra la inmoralidad, contra todo atropello

llo a la dignidad humana, contra la injusticia y la iniquidad.

La cólera, terrible sentimiento capaz de los mayores daños, es natural y necesaria en ciertos límites, plausible cuando nos arroja a las tragedias en que las vilezas sociales, las infamias humanas quedan sojuzgadas.

El amor propio, con frecuencia molesto, es, no obstante, acicate de dignidad que nos impide degradarnos.

Todas las pasiones, aún las peor reputadas, dentro de su medio natural de expresión, constituyen el fondo real de la vida, y ellas hacen que el progreso humano no sea una simple palabra, que el trabajo, el arte, la ciencia, no sean conceptos vacíos de sentido. Sin la temeridad, no habría héroes. Sin el amor, no habría artistas. Sin la curiosidad, no habría ciencia. Sin las necesidades de la vida, no habría trabajo, no habría sociedad, no habría hombre. Sin el deseo de placer, el mundo se convertiría en un inmenso cementerio. Sin el amor de la gloria, sin ambición de la gloria, si se quiere, todos seríamos unos pobres diablos.

Inútil declamar contra las pasiones; más inútil pretender aniquilarlas. Así como se dice del escritor « el estilo es el hombre », así se puede decir del ser humano que « las pasiones son el hombre ». Sin ellas sería un leño o una estatua, según la expresión del filósofo. Y como el hombre no es por naturaleza ni lo uno ni lo otro, se deduce en buena lógica que sus pasiones son necesarias y útiles a su propio desenvolvimiento y al desenvolvimiento social.

RICARDO MELLA



CARTELES

DEL PESIMISMO

EN qué feliz experiencia reposará el pesimista su criterio negativo de todo valor humano? ¿Y en qué examen de conciencia se graduó de profesor de esa materia infeliz? ¡Vaya a saber! Lo evidente es que ambas posturas son como la boca y la cola de un mismo perro: tanto como aquella ladra, ésta se encrespa. Y entre las dos corroboran lo que él cree de sí y los otros: que en este mundillo, lleno, hasta estallar, de incapaces, el solo capaz es él. ¿Capaz? Capataz, también. De capataz es su entraña.

Si, señor. El pesimismo ha nacido con el primero que tuvo el emperrado interés de capatacear al hombre. Y se propagó en aquel que no podía soportarle su alegre espontaneidad ni su florecer confiado. Y reventó en todos esos que niegan que cualquier vida, aun la más ruda o humilde, puede hacerse por sí sola, y crecer y mejorarse, hasta ser alta y ser bella.

Porque « hay tiempos de lechuza y hay tiempos de halcón » — ponía sobre sus libros Gonzalo de Reparaz —. Mas, para los pesimistas sólo hay un tiempo, y él no es ni el de pelear ni aprender, sino el de sembrar la duda en el corazón del pueblo: para que nunca sea el tiempo de aplastar a los tiranos. Pues, al fin, de éstos son perros, contra la libertad, que es a la que ellos le temen siempre, y más que a un terremoto.

Nadie marcha por su gusto a tirarse a un precipicio. (No hablo de locos ni estúpidos) Ni al caos social ni a la guerra tampoco, hasta hoy, marchó nadie porque fuera su real gana. Nada quiere... Pero, ladra el pesimismo, y es el marchar y el tirarnos. Campo atrás, y alrededor, ésta es la absurda verdad que señorea y nos hoca. Y de esto es de lo que hay que erguirse y saltar a lo que venga. ¿Qué más malo puede ser?... ¿A quién le asusta el futuro, cuando el ideal anarquista ya fue expresado y echado campo adelante?

¡Adelante! Una libre humanidad sólo puede reposar sobre un criterio optimista. Lo primero para el hombre es tener confianza plena en su vida libertada. Y lo segundo y siguiente, mandar al coño, o más lejos, a todos los capataces.

RODOLFO GONZALEZ PACHECO



VERSIONES

EL

por DENIS

A PUYOL, homenaje tardío a sus páginas, tan finas, sobre el Quijote de Alcalá, nuestro Cervantes.

ERASE un rey absoluto, dueño de vidas y haciendas.

No tan dueño de vidas y haciendas, si se ha de decir la verdad, como un dictador moderno. Comparado con cualquiera de éstos, el rey de mi historia, como todos los reyes absolutos, apenas era un aprendiz de tirano. Temblaban ante él cuantos le rodeaban, pero luego cada cual hacía lo que quería, o poco menos. Y los que no le rodeaban, casi ignoraban su existencia. Hoy, pocos tiemblan ante el dictador, pero todos le obedecen, todos hacen lo que él quiere y sólo lo que él quiere. Y hasta en el último rincón del país está presente, imponiendo su voluntad. Cuando os asalten dudas sobre la realidad del progreso, pensad en este ejemplo. Desaparecerán en seguida.

De súbito, el rey adquirió unas costumbres que desolaban a las gentes de la Corte. Se le veía, vestido como todo el mundo, y con vestidos ya no muy nuevos, en teatrillos y tabernas, hablando con el vulgo, discutiendo a veces con hombres groseros, siguiendo a muchachas del pueblo. Era un horror.

Cuando alguno, encontrándole, le saludaba, le miraba con asombro, como si fuera un desconocido. Era evidente que no quería se le reconociera. Pero, ¿cómo no reconocerle?. ¿Cómo pasar junto a él y no saludarle? ¡Si al menos, en privado, les hubiera prevenido! Nada les había dicho, nada les decía. Ni al que horas antes le había saludado, al volver una esquina, desde su coche. ¡Desde su coche, al rey que iba a pie, como un transeúnte cualquiera.

Se celebraron reuniones, a escondidas —reuniones clandestinas, como de vulgares conspiradores—, entre los que más confianza gozaban del rey, para ver qué se podía hacer. El pueblo podía enterarse de que el rey se mezclaba a él en los lugares menos convenientes. ¿No le perdería el respeto, si se enteraba?

—Si nos consultara —dijo el que hoy llamaríamos jefe del ministerio—, podríamos aconsejarle. Pero como nada dice, es de temer su cólera si le significamos conocer la vida que hace.

—Sabe que sabemos lo que hace —dijo un embajador, de paso en la capital—. Casi todos le hemos saludado ya en sitios a donde es increíble que vaya. Nos ha mirado con extrañeza, al saludarle, como para decirnos que no se da por enterado de que le hemos visto, pero le hemos visto y él nos ha visto.

—Cierto, cierto, así es —replicó el jefe del ministerio—. Pero eso mismo nos veda hablarle. «¿No

EXTRANJERO

os he dicho ya, con esas miradas de extrañeza —nos diría—, que no teníais por qué inmiscuirnos en lo que hago? Tengo mis razones para hacerlo.» Y aquí se habría terminado nuestra conversación.

—Hay, sin embargo, que hacer algo —insinuó un conde, o tal vez un marqués—. Ayer, por primera vez, lo ha encontrado una dama de la Corte, mezclado en una turbamulta de trabajadores que salían de un taller. La dama ha caído enferma. Tanto la sorpresa la ha emocionado. Hablará, sin duda, de la causa de su enfermedad, con otras damas de la Corte. Alguna de éstas, es posible que hable a la reina. La reina es extranjera. El país de que es la reina, espera una ocasión para hacernos la guerra. ¿Quién nos dice que no aproveche la conducta del rey para hacérnosla?

Las sospechas del conde, o marqués, en lo que se refiere a que la dama hablaría, eran más que fundadas. Todo el mundo femenino de la Corte estaba ya enterado de las andanzas del rey. Y una de las cortesanas había exclamado:

—¿Qué busca el rey fuera de Palacio? ¿No tiene aquí todo lo que pudiera desear?

La reunión de los que más confianza gozaban del rey terminó sin hallar salida para el conflicto en que estaban envueltos.

Una vez terminada, el jefe del ministerio pidió audiencia al soberano para tratar otros asuntos, pero con la secreta esperanza de que algo le permitiera exponerle, discretamente, la conveniencia de que cesara, al menos en la forma que lo había hecho hasta entonces, o sea de modo que todo el mundo podía conocerle, en sus paseos por la capital.

Su esperanza fue vana. El rey no le permitió aludir a lo que tanto le preocupaba.

Salió de la sala de audiencias cabizbajo, pensativo. ¿A dónde nos llevará esta actitud del rey? —pensaba.

Ya en la calle, al ir a subir a su coche, vio al rey, con su vestido habitual de lo que él debía juzgar incógnito, alejarse por la acera.

«¡Cómo! —exclamó—. No ha tenido tiempo de cambiar de traje. Además, ha tenido que salir antes que yo. Y no ha salido. No lo he visto adelantarse a mí. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?»

Volvió a entrar en Palacio. Pidió nueva audiencia al rey, alegando que había olvidado algo importante que tenía que decirle. El rey no le hizo esperar. Respiró a sus anchas, contento, contento. El hombre que todos habían tomado por el rey no era el rey. Dijo al soberano alguna cosa, no se sabe si importante o no, y salió.

Corrió, corrió realmente hacia la calle. Montó en su coche y dijo al cochero:

—A escape. Hay que alcanzar al hombre que iba hace un instante por la acera.

El coche partió, veloz. El hombre que hacía un momento iba por la acera deambulaba, no lejos, sin prisa, como quien no tiene nada que hacer.

El jefe del ministerio lo reconoció —¿cómo no reconocerle?— mucho antes de que el coche lo alcanzara.

Cuando el coche lo alcanzó y se detuvo, saltó, más que descendido de él, y dirigiéndose al desconocido le preguntó:

—¿Quién es usted?

El desconocido, sorprendido de verse así interrogado, respondió:

—Y usted, ¿quién es?

Dijo el jefe del ministerio quién era, y el desconocido, entonces, contestó:

—Soy un extranjero hace poco llegado a este país.

—Bien, bien. Necesito hablarle, sin falta, mañana, en Palacio.

—No tengo por qué no acudir.

—Perfectamente. Le espero a usted, pues. Vaya por la tarde. Pregunte usted por mí. No le haré hacer antesala.

El jefe del ministerio tuvo, al día siguiente, a primeras horas de la tarde, una larga conversación con el rey. Contó a éste todo lo sucedido. Cómo un extranjero, que era semejante al soberano, había sido tomado por el soberano; cómo, cuantos le encontraban, le habían saludado como si fuera el soberano; cómo había preocupado a la Corte verle por la calle, expuesto a mil peligros; cómo no habían osado inmiscuirse en lo que, al que juzgaban el soberano, hacía.

—¿Un hombre como yo, que vosotros mismos habéis creído que era yo? —exclamó el rey, colérico—. Hay que encerrarle en una prisión, o que matarle. No está permitida semejante osadía.

El extranjero no fue encerrado en una prisión, ni asesinado. El rey absoluto, dueño de vidas y haciendas, no era un dictador moderno.

Apaciguada su cólera, un instante después, dijo:

—Es divertido. Me agradaría ver a ese extranjero.

—Previendo los deseos de Su Majestad —dijo el jefe del ministerio— le he citado aquí, en Palacio, para esta tarde. No tardará en llegar. Me pareció un hombre serio.

El extranjero llegó, en efecto, poco después, y el jefe del ministerio lo recibió en seguida, cambió con él algunas palabras y le acompañó, ya prevenido, a presencia del rey.

Cuando el rey le vio entrar, no supo disimular su asombro. Estaba ante sí mismo. El extranjero era otro él mismo.

Sonriente, luego de haber respondido, cortés, al saludo cortés del extranjero dijo:

—Nunca hubiera creído en un parecido igual.

Y añadió:

—Su madre, ¿ha vivido en este país?

El extranjero enrojeció. Había recibido, en pleno rostro, como una bofetada, la ofensa.

La devolvió gentilmente, también como una bofetada:

—Mi madre, no. Mi padre.

El pensamiento anarquista

Proudhon llega con paso seguro a la teoría de la Plus Valía, que tan bien iba a desarrollar Marx. El propio Proudhon no la descubre ya que la expone en 1805 Charles en su libro «The Effects of Civilisation», la recoge un poco después Hodgskin y diferentes economistas que discrepan con el ricardismo. La dispersión de Proudhon y su empeño en abarcar mucho no le permiten hacer un monumento de economía como es «El Capital». El «pluralismo» que le adjudica Cole lo desautoriza pero sus esbozos y, más que esbozos, ensayos críticos, ofrecen todo el material necesario para edificar una teoría completa. La Plus Valía no tiene ningún efecto en lo que a la formación de capital respecta hasta que el hombre empieza a explotar la fuerza colectiva que nos describe Proudhon y, más tarde, la presencia de la máquina que inicia la industrialización. «Todo trabajo debe dejar un excedente» señala Proudhon y el excedente se transforma en algo importante ya que, en manos del usurpador, pasa a ser capital y ello porque, como señala Proudhon, al obrero se le continúa pagando para que satisfaga sus necesidades, independientemente de la cantidad de trabajo que rinde gracias a la fuerza colectiva y a la industrialización. El trabajo, que como Walras dice, es una guerra declarada a la parsimonia de la naturaleza, acelera su ritmo debido al progreso, pero no por ello sale mejorada la situación del obrero. La ley de la oferta y la demanda limitan, naturalmente, los lucros del capital cuando la competencia se hace presente pero el primer reajuste, cuando de reducción de beneficios, se trata, pesa siempre sobre el salario. El salario que tiene origen en la máquina precisamente: «Las máquinas nos prometían un aumento de riqueza; han cumplido la palabra, pero dándonos, al mismo tiempo, un aumento de miseria. Nos prometieron la libertad y voy a probar que nos han traído la esclavitud.»

«He dicho que la determinación del valor, y con él las tribulaciones de la sociedad, empezaron con la división de las industrias, sin la cual no podía existir ni el cambio, ni la riqueza ni el progreso. El período que recorremos en este momento, el de las máquinas, se distingue por un carácter particular: es el **asalariado**» (28).

Sus puntos de vista económicos, en varios aspectos, coinciden con los de Marx, o mejor dicho, para ser felices a la cronología, algunos puntos de vista de Marx coinciden con los de Proudhon. Ya hemos visto que la teoría de la **plus valía** está im-

plicita en lo que expone Proudhon. El afirma como Say que un producto vale lo que cuesta y para Proudhon —puede haber mucha discrepancia en fijar un costo— el costo lo representa sólo y exclusivamente el trabajo: «Trabajar es producir de la nada» dice en «Solución del problema social» y debe ser así porque las generaciones que nos han precedido no reclaman rentas ni intereses por todas las aportaciones científicas e invenciones que han hecho. Así, aquél que, gracias a los estudios que ha podido realizar, puede aportar mayor esfuerzo para el bienestar de la sociedad, está en el deber ineludible de hacerlo. Este es un tema que, como veremos más tarde, es querido de los anarquistas y Kropotkin, en muy especial modo, lo ha tratado ampliamente. Rafael Barret lo sintetiza en un pensamiento breve: «el sabio que no enseña lo que sabe comete un robo contra la humanidad». Proudhon penetra el tema también y dice: «De la misma manera que la creación de todo instrumento de producción es el resultado de una fuerza colectiva, de igual modo el talento y la ciencia en un hombre son el producto de la inteligencia universal y de una ciencia general lentamente acumulada por una multitud de maestros, y mediante el aporte de una multitud de industrias inferiores. Cuando el médico ha pagado a sus profesores, sus libros, sus diplomas y sus gastos, no ha pagado su talento en modo alguno como tampoco el capitalista ha pagado su dominio y su castillo con el salario dado a los obreros. El hombre de talento ha contribuido en producir en él mismo, un instrumento útil: es coposeedor; no es propietario de este instrumento. Lo tiene todo a la vez, es un trabajador libre y un capital social acumulado; como trabajador debe proceder al uso de un instrumento, a la dirección de una máquina, que es su propia capacidad; como capital, no se pertenece, no se explota él mismo sino para los demás» (29).

Un hombre que a los 31 años llega a revolucionar la intelectualidad y la política de París con su célebre memoria «¿Qué es la propiedad?», en la que discute toda clase de derechos que los proletarios se atribuyen para llegar a la frase lapidaria de «La propiedad es el robo», ha tenido tiempo e inteligencia para profundizar «empezando de nuevo», como él mismo dice, la estructura social y descubrir sus fallas. El comienzo del primer capítulo es lapidario y concluyente: «Si tuviese que responder a la siguiente pregunta: ¿Qué es la esclavitud? y que en una sola palabra yo replicase:

(28) «Contradicciones...». Vol. I, pág. 191.

(29) «Qu'est-ce que la Propriété». Págs. 235-6.

Es el asesinato, mi pensamiento sería comprendido en seguida. No tendría necesidad de un gran discurso para demostrar que el poder de quitarle al hombre el pensamiento, la voluntad, la personalidad, es un poder de vida y muerte y que hacer esclavo a un hombre es asesinarlo. ¿Por qué, pues, a esta otra pregunta : **¿Qué es la propiedad?** no puedo responder en igual modo : **Es el robo**, sin tener la certidumbre de no ser comprendido, bien que esta segunda proposición no sea más que la primera transformada?».

No es que tratemos de atribuir a Proudhon la absoluta paternidad de la idea. Ya hemos visto, a lo largo del primer capítulo, cómo en diferentes ocasiones y en muy particular modo los Padres de la Iglesia, San Basilio, San Ambrosio y San Jerónimo en especial, han llegado a conclusiones parecidas, pero nadie, antes que Proudhon, ha ido tan lejos en el análisis y el proceso de la vivisección de la propiedad. La mayoría se ha limitado a condenarla sin sumergirse en el **por qué**. Proudhon rebate uno a uno los derechos que las leyes han consagrado a través de las edades, el derecho natural, el de ocupación, el del trabajo, el del consentimiento, todo ello mediante sus antinomias que seis años más tarde desarrollaría totalmente en su «Sistemas de las Contradicciones Económicas».

Su exposición es tan revolucionaria y tan opuesta al concepto reinante en todos los medios, incluidos los revolucionarios de la época, que Proudhon ve necesario, al final de su memoria, de hacer su profesión de fe anarquista como aparece en nuestro primer capítulo. También se da cuenta Proudhon, a pesar de que es amante de la ducha de agua helada, de que el impacto producido en el lector es demasiado brusco y tres páginas más adelante resume una teoría evolucionista en aras a minimizar el choque : «A medida que la sociedad adquiere luces, la autoridad real disminuye : es un hecho del cual toda la historia ofrece testimonio. Al nacer las naciones, los hombres tratan de reflexionar y razonar : sin métodos, sin principios, no sabiendo, inclusive, hacer uso de su razón, no saben si están en lo justo o si se equivocan; entonces la autoridad de los reyes es enorme, no habiendo conocimientos adquiridos capaces de contradecirles. Pero poco a poco la experiencia da los hábitos y éstos las costumbres; más tarde las costumbres se formulan en máximas, se manifiestan los principios, en una palabra, se traducen en leyes a las cuales el rey, la ley viviente, se ve obligado a rendir homenaje. Viene el tiempo donde las costumbres y las leyes se han multiplicado tanto que la voluntad del príncipe está, por decirlo así, encercada por la voluntad general; que cuando toma la corona está obligado a jurar que gobernará conforme al uso y a la costumbre y que él solo es la potencia ejecutiva de una sociedad en la que las leyes se han hecho sin contar con él»

«De esta manera, en una sociedad determinada, la autoridad del hombre sobre el hombre está en razón inversa del desarrollo intelectual al cual dicha sociedad ha llegado y la duración probable de

esta autoridad puede ser calculada sobre el deseo general de un gobierno verdadero, es decir, de un gobierno según la ciencia. Y de la misma manera que el derecho de la fuerza y el derecho de la astucia se restringen ante la determinación cada vez mayor de la justicia y deben terminar por apagarse en la igualdad; de la misma manera la soberanía de la voluntad cede ante la soberanía de la razón y terminará por desaparecer en el socialismo científico. La propiedad y la realza se están demoliendo desde el comienzo del mundo, como el hombre busca la justicia en la igualdad, la sociedad busca el orden en la anarquía».

«**Anarquía**, ausencia de amo, de soberano, tal es la forma de gobierno a la cual nos aproximamos todos los días más y que la costumbre inveterada de tomar el hombre por regla y su voluntad por ley hace que la miremos como colmo de desorden y expresión del caos. Se cuenta que un burgués de París del siglo XVII, habiendo oído decir que en Venecia no había rey, no pudo salir de su asombro y pensó morir de risa ante la primera nueva de una cosa tan ridícula. Tanto es nuestro prejuicio...» (30).

Este prejuicio subsiste siempre. El hombre, cuando, mentalmente, elimina al Estado, se encuentra en razón del hábito, el ambiente y las costumbres que se han ido sucediendo de siglo en siglo, frente a un vacío al que mira con horror. El vértigo que produce este vacío, el temor de lo desconocido, hace que retroceda y se abraza de nuevo a la Autoridad y a su máxima expresión : el Estado, posponiendo para futuras ocasiones la reivindicación de su mayoría de edad política y su deseo de ser determinante en el curso que la sociedad se trace.

Proudhon, pues, ha hecho su profesión de fe : el anarquismo. El anarquismo que es sinónimo de orden, de equidad, de libertad. «Yo no creo ni en las constituciones ni en las leyes — le escribe a Herwegh —. La mejor constitución no podría satisfacerme. Nos hace falta otra cosa, pasiones, vida y un mundo nuevo, sin leyes, y por consiguiente libre...»

Proudhon hace, en sociología, lo que él mismo dice que el **trabajo hace de la nada** : crear. Pero no crea una utopía futurista con las que siempre ha estado en pugna y desea realizaciones inmediatas. Debido a ello no veremos en Proudhon un programa completo ni un deseo de erigirse en futuro profeta del género humano : «Busquemos juntos, si usted quiere, le dice a Marx en carta fechada en Lyon el 17 de mayo de 1846, las leyes de la sociedad, el modo con que estas leyes se realizan, el progreso según el cual llegamos a descubrirlas; pero después de haber demolido todos los dogma-

(30) Págs. 338 y 339. Insiste en «Les Confessions d'un Révolutionnaire»; págs. 180-1: «Los políticos, en fin, sea cual fuere su bandera, repugnan invenciblemente a la *anarquía*, que confunden con el desorden; como si la democracia pudiese realizarse de otra forma que por la destrucción de la autoridad, y que el verdadero significado de la palabra democracia no fuese la destitución del gobierno.»

tismos *a priori*, no pensemos a nuestra vez en endoctrinar al pueblo; no caigamos en la contradicción de vuestro compatriota Martín Lutero, quien, después de haber derribado la teología católica, se pone, acto seguido, con gran refuerzo de excomuniones y anatemas, a fundar una teología protestante... Aplaudo de todo corazón vuestra idea de exponer al día todas las opiniones; hagamos una leal y buena polémica; demos al mundo un ejemplo de una tolerancia sabia y previsora, pero, por el hecho de que estamos a la cabeza de un movimiento, no nos hagamos los jefes de una nueva intolerancia, no nos coloquemos como apóstoles de una nueva religión, fuese ella la religión de la lógica, la religión de la razón».

La visión de Proudhon es más profética que ninguna otra de su tiempo : Marx se convirtió en jefe de una nueva intolerancia y una nueva religión : la del Estado.

Precisamente el Estado contra el que Proudhon ha dirigido sus más enconados ataques. Su posición era la de arrebatarle todas las prerrogativas posibles y minimizarlo hasta llegar a cero. **La fábrica lo hará desaparecer**, llega a decir en un artículo en el que rebate el socialismo místico religioso de Pierre Leroux publicado el 13 de diciembre de 1849 : «En cuanto al Estado, la conclusión definitiva es que el problema de su organización confundiéndose con el de la organización del trabajo, se puede y se debe inducir que un tiempo vendrá, donde, el trabajo estando organizado por el mismo, según la ley que le es propia y no teniendo más necesidad del legislador ni del soberano, la fábrica hará desaparecer al gobierno».

Para minimizar al Estado es para lo que crea su célebre Banco del Pueblo, tendente a posibilitar la circulación de crédito entre los trabajadores. Al respecto dice Proudhon :

«El Banco del Pueblo ha sido fundado para tres finalidades :

1º Aplicar los principios de constitución social expuestos más adelante y servir de prelude a la reforma política por un ejemplo de centralización espontánea, independiente y social;

2º Atacar el gubernamentalismo, que no es otra cosa sino la exageración del comunismo, dando impulso a la iniciativa popular y procurando, de más en más, la libertad individual por la mutualidad;

3º Asegurar el trabajo y el bienestar a todos los productores organizándolos unos con relación a los otros como principio y fin de la producción, en otros términos, como capitalistas y como consumidores».

«El Banco del Pueblo, dando el ejemplo de la iniciativa popular, igual para el gobierno que para la economía pública, desde este momento identificadas en una misma síntesis, volviase, pues, a la vez, para el proletariado, principio e instrumento de emancipación : él creaba la libertad política e industrial. Y como toda filosofía, toda religión es la expresión metafísica o simbólica de la economía social, el Banco del Pueblo, cambiando la base material de la sociedad, preludiaba la revolu-

ción filosófica y religiosa : es así, al menos, que lo habían concebido los fundadores» (31).

«Cread el crédito gratuito, el crédito que asegura a la vez, a cada productor, sin condición alguna de asociación solidaria, el instrumento de trabajo y la salida de su producto : y la comunidad, el gobierno del hombre por el hombre, bajo todas las formas y todos los grados, será para siempre jamás imposible» (32).

Su Banco lo defiende en la propia Cámara de Diputados, adonde ha ido a parar elegido por el departamento del Sena y como consecuencia de su campaña periodista en «Le Representant du Peuple». Es una concesión que hace creyendo que podrá sustraerse del engranaje paralizador de los intereses creados de la política y que podrá convencer a los diputados de la belleza y la utilidad de sus proyectos, llevándolo, esta desgraciada experiencia a una amargura parecida a la que sufrió Joaquín Costa unos años más tarde. Thiers, el profesional de los escaños de la Cámara lo envolvería en su red demagógica, cuando Proudhon tratara, en las sesiones de los días 15 y 17 de julio de 1848, de convencer a los diputados del alcance inimaginable del crédito : «Si los 35 millones de hombres componiendo la nación francesa se acreditaran recíprocamente la misma suma no habría, en realidad, ninguna pérdida para nadie y habría un movimiento del que se aprovecharían todos».

Devorado por su proyecto no cesa hasta verlo realizado y el 31 de enero de 1849 depositaba los estatutos constitutivos del Banco sobre el despacho del notario para su legalización. Sus ataques a Napoleón III en las columnas de «Le Peuple» motivan que la Asamblea autorice su encarcelamiento. Proudhon logra escapar hasta Bruselas, pero regresa clandestinamente y el 5 de junio es detenido y encarcelado hasta el 4 de junio de 1852 en Santa Pelagia. El Banco del Pueblo tuvo, al faltarle su puntal más firme, una vida efímera y desaparición de la escena económica francesa.

Posiblemente el Banco del Pueblo fuera lo que más polémica suscitara entre sus coetáneos economistas, que se rebelaban frente a la tesis del «crédito gratuito» y a ciertos articulados de sus estatutos que veían exactos a los de Mazel y muy parecidos a la teoría crediticia de Owen. Es indudable, empero, una cosa, el convencimiento y la mística de Proudhon en lo que estaba realizando. Su entusiasmo iba al par con su energía, ambos, creía él, eran capaces de revolucionar al mundo. A Ackermann, el más asiduo de sus confidentes, le decía en carta del 2 de julio de 1846 : «Pero esto es una materia vastísima para darle una idea de la cual apenas si bastarían ocho días enteros de conversación. Bástele saber que de aquí a un año, o habré caído completamente por lo absurdo y ridículo de mis teorías, o habré inaugurado el vasto movimiento revolucionario, el más radical, el más decisivo que se haya visto sobre el globo». Nuestro hombre era jactancioso, no hay duda, pero su va-

(31) «Confessions d'un Révolutionnaire». Pág. 247.

(32) Op. cit. Pág. 265.

ticinio encerraba una verdad, ya que para la Primera Internacional de Trabajadores, y más allá, a través de los movimientos anarquistas que no le discuten a Proudhon un buen grado de paternidad, las ideas de Proudhon implicaban el comienzo de un «vasto movimiento revolucionario» que, por primera vez en la historia social consideraba necesaria la abolición del Estado.

De la novedad de sus ideas nos informa el propio Proudhon en el «Sistema de las Contradicciones Económicas». Considera haber efectuado el descubrimiento más descollante del siglo, de los siglos, mejor dicho: «La definición de la propiedad es mía. Y toda mi ambición es probar que he comprendido el sentido y la extensión. ¡La propiedad es el robo! No se dicen, en mil años, dos frases como ésta. No tengo más bienes en la tierra que esta definición de la propiedad, pero la considero más preciosa que los millones de Rothschild y me atrevo a decir que será el acontecimiento más considerable del reino de Luis Felipe».

Proudhon no se hundió al cabo del año de haberle escrito a Ackermann. Por el contrario, su pensamiento se propagó por toda Europa. En España Francisco Pi y Margall traduce seis de sus más importantes obras y se convierte, siguiendo los pasos de Proudhon, en la figura más destacada del federalismo ibérico. En Bélgica influencia grandemente en las ideas de Emilio Leverdays, el autor de «Les Assemblées Parlantes» (1883) y E. Potelle, que fue redactor en jefe del diario «Le Proudhon». En Alemania sucede otro tanto, la mayoría de sus sociólogos han bebido en los manantiales proudhonianos, incluyendo a Lasalle y al propio Marx. Se repite el caso con los rusos, Bakunin a la cabeza, siguiendo Scholoff y Alejandro Herzen. Giuseppe Ferrari, Saverio Friscia y Nicolo Lo Savio son los proudhonianos de Italia. Tucker y Beverley Robinson se encargan de propagarlo en los Estados Unidos y Plotino Rhodokanaty lo lleva a cabo en México traduciendo su obra «Idea general de la revolución en el siglo XIX» (Biblioteca Socialista, México, 1877).

El editor del Diccionario «Larousse» le encarga la definición de la palabra Anarquía, como más tarde la «Encyclopedia Britannica» depositará en Pedro Kropotkin esta misión.

Un año antes de su muerte, el 20 de agosto de 1864 exactamente, escribía al respecto, a la dirección del «Dictionnaire Larousse»: «En cuanto a la Anarquía, su redacción me ha parecido más exacta y mejor. He querido, con esta palabra, marcar el término extremo del progreso político. La Anarquía es, si se me permite la expresión, una forma de gobierno, o de constitución en la cual la conciencia pública y privada, formada por el desarrollo de la ciencia y del derecho, es suficiente por sí sola al mantenimiento del orden y la garantía de todas las libertades y en donde, por consiguiente, el principio de autoridad, las instituciones de policía, los medios de prevención o represión, el funcionarismo, el impuesto, etc., se encuentran reducidos a su expresión más simple; con mayor razón también, donde las formas mo-

nárquicas, la alta centralización, reemplazadas por las instituciones federativas y las costumbres comunales, desaparecerán. Cuando la vida política y la existencia doméstica se verán identificadas; cuando, por la solución de los problemas económicos, los intereses sociales e individuales estarán en equilibrio y serán solidarios, será evidente que, habiendo desaparecido toda coacción, estaremos en plena libertad o anarquía».

Su legado a las generaciones futuras, enriquecido posteriormente por todos los teóricos del anarquismo, además del nombre del que se reviste desde entonces la ideología antiestatal, ha sido variado y rico destacando el mutualismo, el federalismo, el contrato por libre acuerdo, la acción directa, la organización de la sociedad por el trabajo de todo lo cual hemos podido esbozar aspectos a lo largo de este capítulo. Podríamos añadir, quizás, lo que escribió en sus confesiones: «Lo que hace la centralización en los Estados, despóticos o representativos, es la autoridad, hereditaria o electiva, que del rey, del presidente o directorio descende sobre el país y absorbe sus facultades. Por el contrario, lo que hace la centralización, en una sociedad de hombres libres, quienes se agrupan de acuerdo con la naturaleza de sus actividades y de sus intereses y entre los cuales la soberanía, colectiva o individual, no se abdica ni se delega jamás, es el contrato. El principio, pues, ha cambiado: desde entonces la economía ya no es la misma; el organismo, procediendo de otra ley, se ha invertido. La unidad social, en lugar de resultar, como antes, del cúmulo y la confiscación de las fuerzas por uno que se llama mandatario del pueblo, es el producto de la libre adhesión de los ciudadanos. De hecho y de derecho, el gobierno, por el sufragio universal, ha cesado de existir» (33).

La visión futurista de Proudhon era, para nuestros años, lo que la de George Orwell para 1894. En su «Du principe fédératif» señala que: «O bien el siglo XX introduce la era de la federación o la humanidad se verá sumida por otros mil años más en el purgatorio». No ha llegado el advenimiento de la era federalista y se cumple su vaticinio: «una democracia compacta, con apariencia de estar fundada en la dictadura de las masas, pero en la que las masas no tendrán más poder que el necesario para asegurar la general servidumbre de acuerdo con los siguientes preceptos tomados del antiguo absolutismo: indivisibilidad del poder público, centralización agotadora, destrucción sistemática de todo pensamiento individual, corporativo y regional, policía inquisitorial... No nos engañemos, Europa está enferma de ideas y de orden; está entrando en una era de fuerza bruta y desprecio de los principios».

Erich Fromm, partidario de un socialismo humanista es quien cita a Proudhon en el empeño que vuelca para que el hombre recupere su lugar perdido en la sociedad actual. Se vale de la correspondencia de Bakunin para fortalecer el humanis-

mo que descubre en Proudhon y cita una carta del anarquista ruso escrita en 1868 : «El gran maestro de todos nosotros, Proudhon, dijo que la combinación más desdichada que podría tener lugar sería que el socialismo se uniera con el absolutismo : la lucha del pueblo por la libertad económica y el bienestar material a través de la dictadura y la concentración de todos los poderes políticos y sociales en el Estado. Que el futuro nos proteja contra los favores del despotismo; pero que nos libre de las desgraciadas consecuencias y entontecimientos del socialismo endoctrinado o del Estado. Nada vivo y humano puede prosperar sin libertad, y una forma de socialismo que acabara con la libertad que no la reconociera como único principio y base creadores, nos llevaría directamente a la esclavitud y la bestialidad» (34).

Es muy significativo el cotejo y la conclusión a que llega el profesor de la Universidad de Méjico estudiando a Marx y a Proudhon : «No pudieron (Marx y Engels) liberarse de la idea tradicional sobre la importancia del Estado y del poder político, de la idea de la primordial importancia del mero cambio político, idea que había sido el principio guía de las grandes revoluciones de la clase

media de los siglos XVII y XVIII. En este respecto, Marx y Engels fueron pensadores mucho más «burgueses» que hombres como Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Landauer. Aunque parezca paradójico, el desenvolvimiento leninista del socialismo representa una regresión a los conceptos burgueses del Estado y del poder político, y no el concepto socialista que expusieron mucho más claramente Owen, Proudhon y otros» (35).

La humanidad, frente a la encrucijada de la que divergían los dos caminos, el de la libertad, el federalismo, el libre acuerdo, y el de la autoridad, el centralismo y la sumisión, optó por el último, que es el más simplista, por la dimisión que hace el hombre de sus privilegios en favor del Estado omnipotente. El hombre, como dice Nietzsche, continúa siendo «un camino, una encrucijada, un puente, una gran promesa», pero no llega a cristalizarse. Para Proudhon el dilema era : o el hombre recobra su personalidad o su presencia en la tierra no tiene sentido : «La personalidad es, para mí, el criterio del orden social. Más libre, más independiente, más emprendedora es la personalidad en la sociedad y mejor es para esta sociedad».

(34) Eric From : «Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea». Pág. 208. Fondo de Cultura Económica.

México, 1960.

(35) Op. cit. Pág. 214.

F I N



POETAS DE AYER Y DE HOY

CANCION DE PROMETEO

Desde aquel mismo día
que un loco deslindó sus propiedades
lanzando su demencia a las edades,
terminó la armonía :

— ¡Esto es lo mío!
— fue su grito feroz — : ¡Esto es lo mío!

De allí partieron todos,
robando, asesinando y deshonrando,
en guerras fratricidas lapidando,
de mil diversos modos,
lo más humano :
ensuciando virtudes con... la mano.

Los hijos del hurtado
quedaron por las calles mendigando;
las hijas de la noche comerciando
con lo más apreciado;
los inhumanos
gozando el bienestar de los marranos.

Se fueron heredando
riquezas, libertad, justicia, orgía,
para los endiosados, mas un día...
Prometeo, clamando,
rompiendo amarras,
mató de un manotazo las chicharras.

★

AL PUEBLO HERIDO

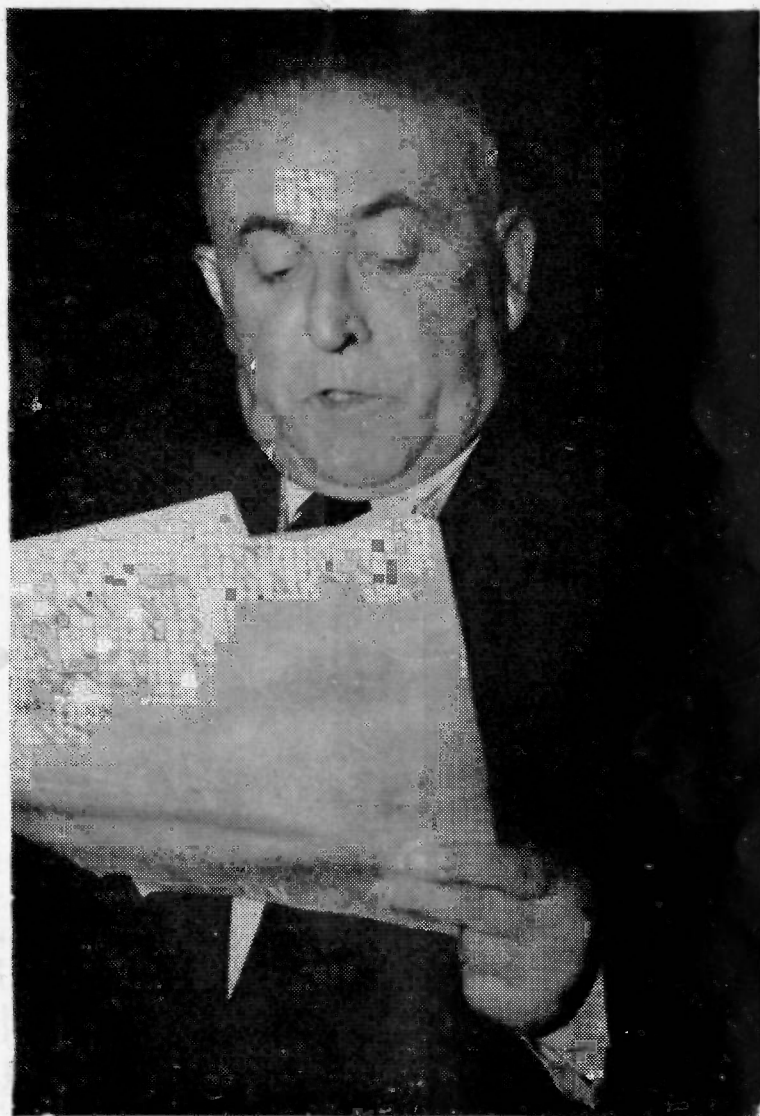
¡Gloria a tí!, pueblo herido y soberano,
dechado de potencias millonarias,
que venciste milenios con humano
valor de hermanas frentes solidarias.

Si un día de mañana muy temprano,
las represas y cadenas falsarias
que te imponen deberes de gusano,
crujen bajo tus fuerzas planetarias,

creeré que superan tus virtudes
a los vicios que tanto mal te han hecho,
pues, osado en tu afán de plenitudes,
brisas del mar azotarán tu pecho.
¡Pueblo!, levanta la cerviz y marcha,
o serás presa de invernial escarcha.

COSME PAULES

EN BREVE...



el segundo tomo de las obras de F. ALAIZ

"TIPOS ESPAÑOLES"

CENIT

— sociología —
— ciencia — literatura



Sumario

- P. Bravo** : La armonía entre los sexos.
C. Carpio : Diálogo de dos mundos.
Puyol : Jerez de la Frontera.
E. Relgis : De mi calendario.
M. de la Revilla : Lo cómico.
S. Gottecho : Thoreau y las flores del campo.
F. Ocaña : Autopsia psiquiátrica de Marilyn Monroe.
A. Albornoz : Lo que fue la restauración borbónica.
Fontaura : La estela imborrable.
A. Zozaya : Tras la cumbre.
M. Celma : La vida y los libros.
L. Romero : El hombre vestido de gris.
I. Sisifo : Morir al alba.
Denis : El feminista.
R. Flores Magón : Los utopistas.
Abarrátegui : Alas sin cielo.
Fichas y fechas.
Índice general de autores y colaboradores de CENIT durante los años 1961-62.

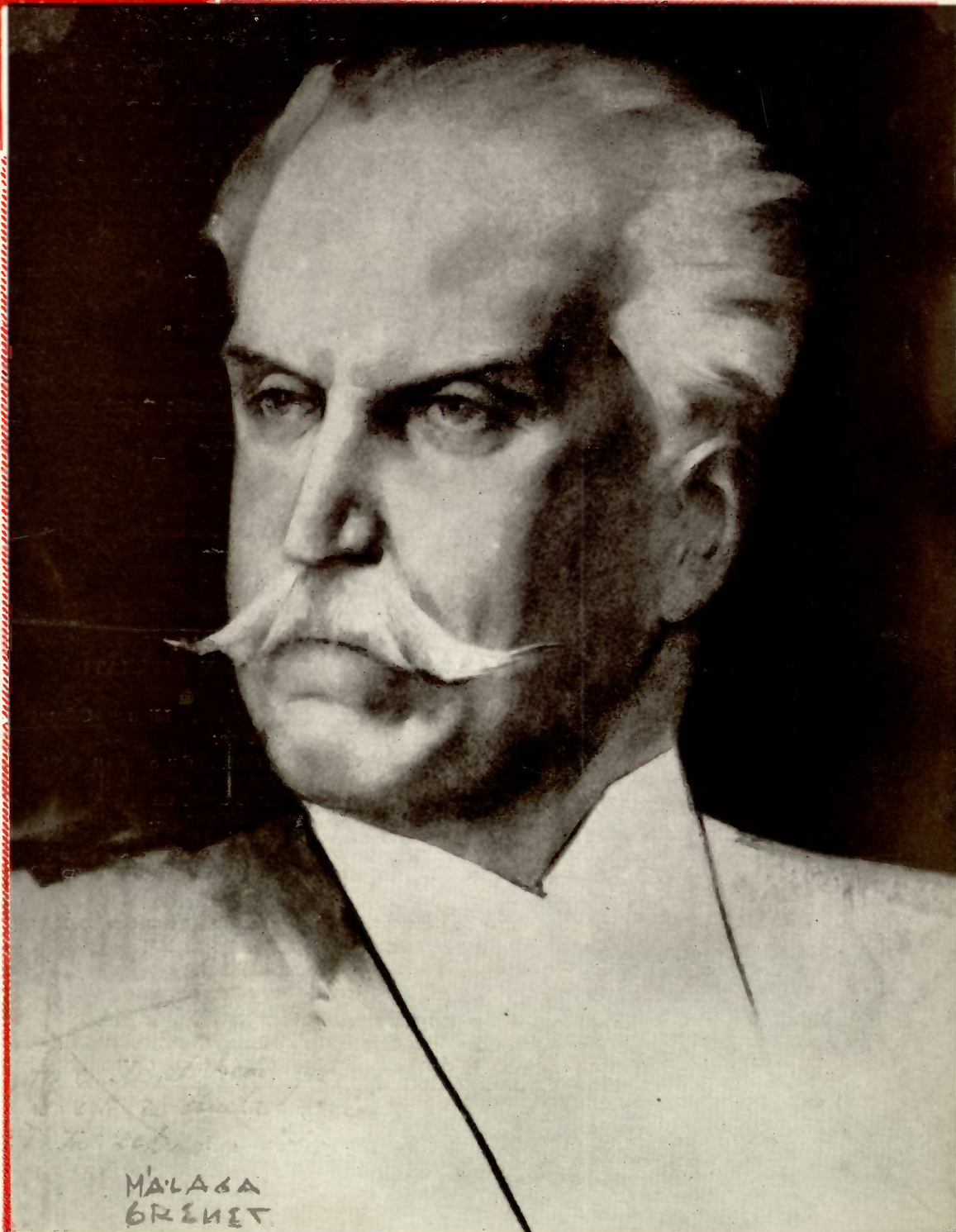
144

DICIEMBRE · 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NT

4P 5523



MÁLAGA
GRENET

NUESTRA PORTADA

La figura gigantesca de González Prada llena no sólo la historia social del Perú, sino de toda la América latina. Es hoy el maestro de una juventud estudiantil que en sus pensamientos ha encontrado la fuente y la justificación de su rebeldía.

Hijo de una familia acomodada, como Kropotkin, como Pisacane, como Tarrida del Mármol, como tantos y tantos otros, vino al movimiento obrero y anarquista por idealismo, por sentimiento y por irresistible vocación de libertad y de justicia.

Sufrió persecuciones, sin cuento, intervino activamente en todas las huelgas y movimientos revolucionarios, no sólo del Perú, sino de todos los países de América, acuciados por la sed de pan y de justicia.

Fué un escritor magnífico, un verdadero cincelador de la lengua castellana. Fué un hombre de vastísima cultura. Su influencia actual es mayor, si cabe, que la que tuvo, en vida, sobre la juventud y la intelectualidad de su tiempo.

Mejor que cuanto podamos decir nosotros, hablan por él esos pensamientos recogidos en una « Antología » poco divulgada y conocida, que nuestros lectores pueden encontrar en todos nuestros Servicios de Librería. He aquí algunas de estas joyas filosóficas y literarias.

« Para el verdadero anarquista, no hay una simple cuestión obrera, sino un vastísimo problema social: no una guerra de antropófagos entre clases, sino un generoso trabajo de emancipación social. »

« Lo nuevo se construye con lo nuevo; y el gobernante que para modificar a un Pueblo se vale de instituciones añejas y leyes retrógradas, se parece al arquitecto que se vanagloria de levantar una casa nueva cuando toma un viejo caserón y le remienda con adobe desmochados, maderas apolilladas y hierros enmohecidos. Los individuos y las naciones no edifican algo nuevo y estable sin fundarlo en la verdad y la justicia. »

« Las religiones son las herejías de la razón. Dios es cortesano y político y va siempre del lado de los fuertes. »

« Sin el apoyo de la fuerza bruta o militar, no se habrían consumado las grandes persecuciones religiosas ni los autos de fe: al lado de inquisidores y verdugos; al pie de la hoguera, estuvo siempre el soldado. Hoy mismo, los sables sirven de puntales a la cruz. »

Y así podríamos llenar páginas y páginas de pensamientos lúcidos y profundos. CENIT honra, en la figura de Manuel González Prada, una de las grandes luces encendidas por el anarquismo en la filosofía, en la literatura y en la historia.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, René Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Diciembre 1962

N° 144

La armonía entre los sexos

TODA nivelación prolongada, sobre nuestro planeta esferoide, es una ilusión. Podremos atenuar ciertas escarpaduras verticales, decapitar ciertas alturas para colmar abismos, abrir nuevos y más amplios horizontes, pero el planeta seguirá su trayectoria elíptica y su movimiento rotativo, y sobre el océano más apacible continuará, pese a su llaneza, escondiéndose la nave cuando se aleja.

Así también, toda generalización rigurosa de la ciencia tiene sus más y sus menos, es decir, sus múltiples excepciones y enormes exageraciones. Resulta muy cómodo hablar del agua y definirla como un cuerpo líquido. Casi todos los cuerpos sólidos contienen algo de este líquido primario, y la misma atmósfera está saturada de agua. Pero agua como la hay de millares de especies, cada una compuesta de diferentes productos, de muy diversas propiedades y variadas formas. Agua la gota del rocío, y agua el copo de nieve; agua el chorro del manantial, y la espumosa ola oceánica; aguardiente y aguarrás; aguas ferruginosas, y aguas calcáreas, aguas calientes y frías, dulces y salinas.

Plantación sediente, ajada, marchita; irrigadla con agua salifera y la abrasaréis en seguida. Si amarillenta, anémica perdida, dadle de comer gallinaza, pero no le regateéis la bebida, si no queréis sacarle hasta las raíces.

..

Si tan arriesgado es generalizar sobre cuerpos tan simples, cuánto más lo será la simplificación respecto a los cuerpos complejos. El humano, por ejemplo.

Fácil resulta —cuando de nuestra especie se trata, y el clásico distintivo se muestra— decir: esto es un macho, aquello es una hembra. Y todo junto, una simpleza, nosotros añadiremos.

Cierto que cada una de las células femeninas y masculinas llevan la estampilla de su sexo respectivo. Que en el aspecto reproductivo cada uno jugará un papel específico. Que para vestirse escogerán prendas distintas, pese a la actual tendencia consistente en feminizarse el hombre —blusas floreadas y melenas, rizos y depilaciones— y en varonizarse la mujer: pantalón con perneras, corte de pelo a lo «garçon», y partidas de «catch».

zarse la mujer: pantalón con perneras, corte de pelo a lo «garçon», y partidas de «catch».

Pero no es menos cierto que el padre y la madre contribuyen por partes sensiblemente iguales en la formación del núcleo de la célula original. Y es por ahí por donde se efectúa el traspaso de poderes, dicho de otro modo, el fenómeno o registro hereditario, el principio de la vida.

La determinación del sexo, interrogante sin respuesta eficiente ni convincente, no puede anular lo que el padre da de sí mismo a la hija en gestación, o viceversa, lo que la madre da al hijo que en sus entrañas se gesta. Ovulo y espermatozoide, al fundirse mezclan sus propiedades para formar el nuevo ser. Pero en tal fusión no hay exclusivismo, anulación de uno en provecho del otro.

De ahí que la pureza del sexo sea una rareza, pura filfa. Así lo demuestran los trabajos de sexología moderna, que intentan justificar las inversiones más vergonzosas por medio de exigencias fisiológicas.

Nosotros nos quedaremos más cortos, nada se nos perdió en tales lejanías, y aún creemos en los distintivos de este orden. Sin embargo, mujeres hemos visto que por sus formas, su lenguaje y sus bigotes —con zurriaga al cuello, pantalón de terciopelo, faja, faca y chalequillo— frente a una buena reata, en nada habrían desmerecido al arriero más corrido.

Y hombres que por sus gestos equívocos, sus andares menudillos y sus andanzas mundanas, sus manos ensortijadas y un sentido innato de la li-sonja y la coquetería, exasperarían a las cortesanas más finas.

..

Aceptamos que la determinación del sexo impulse o dificulte el desarrollo de ciertas facultades o virtualidades innatas del individuo. Que la mujer tenga, por ejemplo, y debido a su constitución fisiológica, un sistema sensorial más agudo y una sentimentalidad más densa y compleja que el hombre; y que éste la deje en zaga en el terreno del pensamiento, que se distinga en las grandes espe-

culaciones, se eleve en el terreno de la abstracción y en la solución de las ecuaciones profundas. Y esto pese a las excepciones del calibre de una Eva Curie en el terreno científico, y a la presencia de un Petrarca en poesía. Pero la incongruencia mayúscula aparece cuando se intenta hacer del sexo un determinante rígido en todos los aspectos de la vida. Cuando se pretende que es él quien lo delimita todo, cuando por tales atributos se intenta señalar atribuciones impermeables y fronteras.

Así, por ejemplo, encontramos erróneo el que se hable de psicología puramente femenina. ¿Cuándo se comprenderá que el complejo de inferioridad, peculiar en la mujer, suele ser un reflejo originado por las infulas o agallas masculinas en su manía de establecer en todo jerarquías?

Absurdo medir la fuerza del hombre o la debilidad de la mujer, poniendo en los platillos de la misma balanza, los ovarios y los testículos. Esta fuerza quizás sea, a la postre, nuestra mayor debilidad, como se demuestra en la clásica Lisistrata.

Y no lo es menos, suputar el poder creador de los respectivos sexos contabilizando los millones de espermatozoides fecundos del varón, y los pocos de óvulos fecundos de la hembra.

No podemos suscribir aquello de que el chismo-reo sea un vicio de mujeres, cuando frente al lavadero está la barbería, y en un mismo parlamento los parlamentarios masculinos dejan zagueros a los femeninos en los torneos de demagogia y zalamería.

Ni rubricar aquello de que la prostitución sea una mácula y un fenómeno específicamente femenino. Y para el hombre participe, que la fomenta, la sufraga y la exige, galardón de conquistador, título honorífico.

No, nosotros no concebimos el dualismo sexual como dos factores irreconciliables, exclusivistas, en quereila continua. Lo entendemos como un todo que se complementa y armoniza.

Si poco nos dicen las generalidades que se hacen tomando por base el ser abstracto, menos aún nos dicen las divisiones primarias que se intentan tomando únicamente el sexo como punto de referencia.

Concebimos al hombre y a la mujer sin limitaciones ficticias y de un valor equivalente. Y deseamos cada uno de ellos con personalidad propia.

Preferimos vivir el drama de ser dos, con sus roces, estridencias y asonancias; que la tragedia de ser sólo y seguido de pesado lastre.

Por ello nos identificamos con los versos de Boscán, el poeta barcelonés contemporáneo del famoso Garcilaso, cuando dice obscuramente:

Uno soy, y en uno dos:
Hay un ser sólo entre nos,
Eso que muy claro nuestro,
Que imposible es no ser vuestro,
Siendo vos, señora, vos.

PLACIDO BRAVO.

Sermón inútil

«Comprended que los monos no se matan nunca entre sí. Pensad que para esto no han necesitado evangelistas ni evangelios. Ved que no son deistas ni sublimes en nada, y después de ponderar todo eso, sabréis que en la moral de especie, por lo menos, nada podría enseñarle a un gorila el más austero predicador de virtudes de todos los credos religiosos del mundo.»

LLES

Dice

Campio Carpio:

Diálogo de dos mundos

PARA la construcción de las Pirámides, se gastaron en rábanos, cebollas y ajos nada menos que 1.600 talentos de plata, el cereal como alimento data de mucho antes que Moisés, porque los ángeles ya convivieron con pan a Lot, que vivió varias centenas de años antes del Exodo. Cuando Jehová recibió las ofrendas de su pueblo en el altar de su tabernáculo sólo permitió que se colocara un pan.

Los pueblos de Oriente, Grecia y Roma conocieron el pan de cereales desde sus orígenes. No hay libro sagrado que no lo mencione en sus pasajes: la Biblia, el Corán, el Talmud, todos hablan del pan « salido de la tierra para nosotros », y se lo anuncia con unción de culto.

Los estudios de las religiones comparadas revelan que en la antigua Roma únicamente el sumo sacerdote podía tocar la harina de trigo. Pero mucho antes, bajo las distintas dinastías faraónicas el cereal, cultivado a los bordes del Nilo, constituía la gran fortuna que llenó de alimentos y de riquezas los graneros de Egipto durante muchos años de abundancia, permitiendo el ensanchamiento del imperio más allá de Babilonia.

Tan remota es la antigüedad del cereal como pan que el gran egiptólogo Champolión, que descifró los jeroglíficos de los descubrimientos arqueológicos, encontró el pan citado repetidas veces en las inscripciones y hasta en los sarcófagos. Cuando se descubrió la tumba de Tutankamon, acontecimiento debido a la audacia de lord Carnarvón, dícese haber hallado granos de trigo que al cabo de miles de años tomaron nuevamente contacto con el universo ambiente, germinaron, pero no fructificaron.

En las excavaciones de Pompeya y Herculano se han descubierto inscripciones donde el pan se mencionaba frecuentemente y, como producto de cereal popular, un alimento de la humilde grey humana, figura en las obras de Plinio, Virgilio e infinidad de escritores latinos.

Con un pan de cebada y una jarra de agua, confesó Epicuro que podría disputar la gloria de los dioses. Desde Alejandro Magno hasta Julio César los combatientes de todos los ejércitos recorrieron la tierra con su bolsa de cereal a cuestas como único alimento. Y per saecula saecular saeculorum los hijos de sus hijos entraron con un pan bajo el brazo por la puerta de oro del mundo.

Y responde Erich Fromm:

Mientras que hay millones de personas en nuestro propio medio y cientos de millones en el extranjero que no tienen suficiente para comer, nosotros restringimos la producción agrícola y, además, gastamos cientos de millones cada año.

Las tres cuartas partes de los productos comes-

tibles del mundo pertenecen a Europa, América del Norte y la URSS que, en forma global, integran la tercera zona de la población humana.

Asia, que representa la mitad de los habitantes de nuestro planeta, apenas si puede disponer del 17 por 100 de los alimentos que necesita. En la India, por el flagelo del hambre, el término de la longevidad no supera los 27 años.

En la XVII Olimpiada participaron 7.000 atletas que durante los 15 días de las competiciones, sólo para suplir los alimentos básicos, consumieron.

25.000 kilos de pan, 32.000 kilos de arroz, 64.000 kilos de carne argentina, 40.000 kilos de pescado, 600.000 huevos, 500.000 naranjas.

Para producir, 4.660 calorías, cada uno de los atletas que han participado en dicha Olimpiada, ha podido consumir diariamente:

200 gramos de pan, 200 gramos de arroz o pastas, 450 gramos de carne, 250 gramos de pescado, 240 gramos de aceite o manteca, 60 gramos de jamón, 160 gramos de queso, 200 gramos de mermelada, 300 gramos de verduras, 350 gramos de patatas, 100 gramos de harina, 200 gramos de azúcar, 30 gramos de café, 5 gramos de té, 1.000 gramos de frutas, 4 huevos, 7 botellas de bebidas varias, 1 litro de leche.

Con esta superalimentación de destilería podrían hacerse un banquete 17 habitantes de La Paz, capital de Bolivia, donde la población indígena vive del aire que le aportan sus cansados dioses incaicos y que se consumen a la vista del mundo, pegada a nuestro cuerpo y de todos olvidada.

La vida es demasiado corta y humilde como para no embellecerla con buenas estimaciones que la estimulen y propaguen. Y demasiado pequeña como para no prodigarle toda suerte de ternuras.

Pueden alimentarse muchas ilusiones sobre las extensiones de nuevas tierras a cultivar, que el hombre está en condición de valorizar en el futuro. Hay varios billones de hectáreas de selva amazónica, del Congo, de Nueva Guinea, que están esperando la mano del hombre. Su incorporación a nuestro acervo económico no será una utopía si no llegamos tarde.

Y contesta Erich Fromm:

Tenemos abundancia, pero no lozanía. Somos ricos, pero disfrutamos de menos libertad. Consumimos más, pero estamos más vacíos. Poseemos más armas atómicas, pero estamos más indefensos. Tenemos mayor educación, pero menos juicio crítico y convicciones. Hay más religión, pero nos volvemos más materialistas. Hablamos de la tradición americana que es, de hecho, la tradición espiritual del humanismo radical; sin embargo, llamamos « no americanos » a los que tratan de aplicar ésta a la sociedad actual.

El automatismo y la cibernética, dice Monforte Toledo, han abierto un ancho mundo al cálculo, a la producción acelerada y, sobre todo, a la liberación del hombre de la férula de la máquina que él mismo creó y que, por aberraciones como el trabajo en cadena y el taylorismo, ha llegado a ser su amo. Energía nuclear, electrónica, automatismo, surgen y evolucionan justamente a la hora y punto en que otra técnica, la planificación, penetra en el futuro y revela los riesgos de la humanidad frente al agotamiento de los recursos del planeta.

Se está estudiando el problema que crearán los aviones atómicos que, con 22 gramos de uranio como combustible, realizarán el viaje alrededor del mundo. La locomotora de un tren fantasma francés movió su cuerpo de cien toneladas de peso por un recorrido de poco más de dos centímetros, deteniéndose en la vía delante de un huevo, sin romperlo y sin echarlo a un lado. Alemania occidental esta ofreciendo energía a los mismos precios de la térmica y en los Estados Unidos de Norteamérica se están concluyendo estudios para que la población afectada a sus industrias trabaje so-

lamente cuatro horas en cada uno de cinco días de la semana.

La Westinhouse Electric está dispuesta a instalar una central eléctrica en la luna, imprescindible para que un grupo de expedicionarios pueda bastarse a sí mismo. La productividad es la gran esperanza del siglo XX, con la conquista de consumidores en el área de la riqueza y el destierro del pauperismo mundiales. Para ello se están preparando equipos de técnicos en países industriales, dada la importancia que se asigna a las consecuencias del progreso y al incremento velocísimo de la población. Si la euforia productiva en el mundo capitalista continúa al mismo ritmo, el hombre podrá adelantarse a los cálculos más optimistas de los reformadores. Paralelamente, abriendo el panorama del mundo subterráneo que emerge de la faz de la tierra en actitud de ataque, se ensanchará el campo humano en colegios y universidades capacitando al hombre desplazado por la máquina para resolver personalmente los problemas ideológicos y sociales que el nuevo siglo de las maravillas ya está elaborando.

CAMPIO CARPIO

Jerez de la Frontera

EN la provincia más vieja de España, junto al Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera. De la Frontera, como otras poblaciones importantes de Cádiz. El Puerto es sombrío y Jerez luminoso. El Puerto es triste y Jerez alegre. El Puerto huele a légamo y Jerez a vino. Tengo malos recuerdos del Puerto de Santa María y buenos de Jerez de la Frontera. Entre una y otra ciudad hay una notable diferencia ambiental. En Jerez la jaula y el pájaro se corresponden: en el Puerto la jaula es más bonita que el pájaro. A mí Jerez no me graznó ningún cuervo y en el Puerto de Santa María sí. Por decir la verdad, esto es, que la luz que al Puerto le falta se la quita el presidio y abogar por el derribo. En la puntilla, a poco me dañ la puntilla.

Jerez, universal, más que Cádiz, pese a su solera fenicia, cartaginesa y visigótica, y a pesar de sus posteriores históricas Cortes. Un pueblo grande, de mucho movimiento, con más cepas que rosales —flor es allí la uva— y más mujeres guapas que rosas: los «clisos» de las jerezanas oscurecen el día y esclarecen la noche. Donde las bodegas son alcáceres y las cuadras palacios. En los ermitorios de Baco —muchos, excesivos— escancian oro.

Jerez ha erigido un monumento ecuestre a Primo de Rivera y es injusto, porque Noé la cogió mucho antes. No se le da importancia a «cargar

delantero» e inclusive a personas de categoría se las ve por las calles haciendo eses mayúsculas. Faltan vomitorios municipales para que no haya necesidad de ir al Gallo a cambiar la peseta. El vino hecho alumbraba como el sol y el fino como la luna: uno da sueño y otro ensueños. El mismo topacio con diferentes luces. En Jerez la atmósfera está cargada de ámbar.

... Y de anhelos de justicia social. Esto no lo ve el turista que contempla la vastitud de la Plaza del Arenal o la animación de la Calle Larga, o las residencias de títulos, o los círculos de los señores, o el desfile de carruajes por las avenidas del Parque. Al turista el campo jerezano se le figura el Taygeto y la ciudad jerezana la sede de Baco. Sabe de las madres del vino que en copón de cristal le sirvieron yendo de bodega en bodega, mas no de la solera revolucionaria de los hombres, caldo de grados de otra bota. En este latifundio el hambre emborracha más que el mosto, y la ebriedad es más persistente. ¡Cuidado con los campesinos de Jerez, aforrados de razón y no de bebida, que tienen malas pulgas! Revolucionarios de marca, ya muchos años fermentando en la cuba. Como que son ellos —oro viejo— los que dan el mérito al vino jerezano.

PUYOL

De mi calendario

(CONTINUACION)

A la pregunta de un periodista sobre la « posición del escritor » en el Uruguay, contesté que el escritor que no tiene editor, es decir, el medio de publicar y difundir en forma impersonal sus obras, no tiene ninguna posición. La paradoja, en este país donde la libertad de expresar el pensamiento se manifiesta firmemente por la prensa diaria, y los escritores no tienen los medios de difundir — mediante sus libros — ese pensamiento libre.

La culpa no es sólo del Estado, que por su naturaleza es en todas partes más o menos anticultural, por su política, por su armadura burocrática, por su inercia que busca siempre el respaldo de la rutina y las tradiciones llegadas a ser inútiles, anquilosándose en la idolatría del pasado, con frecuencia racial y chauvinista; o — si se quiere dinámico y progresista — proclamando una « ideología » agresiva, que esclaviza a su propio pueblo y amenaza a los demás con su expansión guerrera o falsamente revolucionaria.

La responsabilidad recae, principalmente, sobre los escritores; y son muchos en este país, talentuosos y capaces. Pero, en su mayoría prefieren la seguridad que puede ofrecerles un empleo público o una profesión liberal. Están todavía desprovistos de esa solidaridad de « gremio », de esa fraternidad entre combatientes del espíritu, tan necesaria en todos los dominios de la creación teatral.

Hablo en mi calidad de desterrado, que ha encontrado en estas riberas rioplatenses un refugio tan hospitalario, pero que — como sobreviviente de los compañeros periclitados en el torbellino de la guerra y las dictaduras europeas — persiste en ganar su pan y su techo solamente con sus trabajos de escritor. Tuve que realizar un ambiente propio, si no propicio, renovar mis medios de lucha en otro idioma, sin recurrir a las asociaciones existentes, cuyo carácter profesional es más bien platónico que práctico. Esas asociaciones no están todavía en condiciones de exigir y defender el « mínimo vital » necesario a todo trabajador intelectual.

Si los escritores son culpables por esa situación deficiente, los editores — o los que así se llaman — lo son mucho más. Ellos aprovechan esa apatía, esa pasividad de los escritores que viven mediante otras profesiones. Los editores convierten a los escritores en « corredores » de sus propias obras, no reconociendo el trabajo de producción literaria o de otro sector cultural; exigen al autor el pago de la impresión de su libro y casi la mitad del precio de venta, por la distribución — pero sin distribuir eficazmente el libro, en el interior y en otros países. Y eso, para no demostrar que aún en el pequeño Uruguay existen muchos lectores

asiduos. Tengo por mí una experiencia : se pueden difundir por lo menos dos mil ejemplares de un libro, sólo en Montevideo. Es lo suficiente para asegurar los gastos y los derechos de autor. Pero los editores de aquí usurpan el título de editor; son libreros, los más, simples mercaderes que aprovechan la importación barata de los libros de Argentina, España, México, etc., para venderlos bastante caros. De este modo, los pseudoeditores mantienen a los escritores en una inferioridad económica y moral, por nada justificada.

Repito sin vacilar lo que dije en varias oportunidades : el editor que no reconoce honestamente el trabajo intelectual — al menos tanto como el trabajo del obrero gráfico — es un negrero de los escritores y un pirata de la cultura.

(Esta respuesta mía a una encuesta sobre literatura, se publicó, en su tiempo, en « El Sol », de Montevideo y fue reproducida en algunos periódicos americanos : « ¡Sí, tiene usted razón! Pero ¿qué puede hacer? » Contra él mismo y sus comparsas, desde luego...)



De una carta de Fernando Nobre, fundador del Instituto de Demofilocracia de São Paulo (Brasil), en respuesta a su folleto « Solution du problème de gouvernement » :

Tengo que decirle, refiriéndome a mis opiniones ya expresadas ampliamente en « Cosmometápolis », que todo el problema de gobierno es, en el fondo, una cuestión individual, de conocimiento de sí mismo, de superación personal, de humanización de cada ser pensante, para llegar de este modo a la cooperación libre, a la ayuda mutua entre las agrupaciones sociales. En algunas palabras : saber dominarse — refrenar los impulsos nocivos, fomentar las buenas aspiraciones —, gobernarse a sí mismo, y reducir así al mínimo posible, y aun eliminar por completo el gobierno exterior — político, autoritario — impuesto por el Estado, que tiene siempre la tendencia a mantenerse y acrecentarse, en detrimento del individuo, con los « sacrificios » del pueblo, de las masas. Estas últimas están constituidas de unidades individuales, de « personas » — no importa el grado de su personalidad — a las que hay que instruir, esclarecer, libertar, respetar, y no « cosas » a manejar y « números » a sumar y explotar...



En un capítulo de « Le rire du sage — una de las obras póstumas de Han Ryner — el « Sócrates parisiense » — he encontrado finalmente una acertada definición de la libertad, en conclusión

del complejo y espinoso debate acerca del determinismo y el libro albedrío.

Rechazando con sonriente firmeza las afirmaciones absolutistas de la « lógica realista » y las tentaciones engañosas de la metafísica, el autor de tantas obras maestras de sabiduría tolerante y de lúcida penetración en las deficiencias y antagonismos humanos, proclama una vez más la primacía de la razón en la múltiple manifestación del espíritu creador : « Poder determinarse en vez de estar determinado, obedecer, a consideraciones de ideas y de porvenir en vez de estar movido mecánicamente por el pasado, eso es quizás lo que yo llamo a menudo libertad. »

Han Ryner no ignora, desde luego, las correlaciones que perduran entre cada uno de sus actos y el estado general de su sér. Correlaciones elásticas que establecen cierta armonía en la serie de acciones de un individuo : « En alguna medida, yo hago triunfar el determinismo de sabiduría sobre los determinismos inferiores. » Y repite : « Esta victoria de mi razón en mis gestos, precisamente lo que yo llamo mi libertad. »

Así, con sonrisa aguda y a veces con risa inevitablemente demoledora, Han Ryner sale libre, triunfante de las contiendas metafísicas, de esas seculares recovecos de fantasmas llamados Dios, Universo, Destino, Unidad... La sed de unidad del Hombre es, en el fondo, sed de servidumbre. Ni el Universo, ni Dios contestan a sus angustiosas preguntas. Pero ninguna opinión metafísica impide al arquitecto al matemático, al artista, al pensador independiente, concebir realizar en esta tierra sus obras en « una armoniosa sucesión de sus gestos. » Esta es la esencia de la filosofía ryneriana y de algunos sabios más : la Voluntad de Armonía en el caos fomentado en nuestro mundo por moralistas dogmáticos y metafísicos empedernidos.

« ¿No le parece que debemos hablar sencillamente de la posibilidad de una manera de vivir orgánica, a tono con la cultura y las necesidades del hombre, y que todo se reduce a una modalidad de administración y organización que valore al hombre y que comprenda su integración con la naturaleza, con la vida? »

Esta pregunta, un poco sorprendente en una carta de asuntos redaccionales, un poco solemne pero francamente formulada, es del joven animador de la revista « Tiempo de América » de Buenos Aires, Danilo Romero, que se empeña en realizar una publicación « que sirva a las mejores aspiraciones humanas, sin caer en pesadeces críticas como lo

han hecho la mayoría de las revistas. » Apenas salieron dos números en seis meses, de esta revista mensual. Es una prueba de espíritu a la vez crítico y constructivo. Vale más caminar despacio y llegar tarde (pero nunca es tarde...) en vez de tropezar con escollos insospechados.

Y después de detallar cariñosamente los artículos, poemas y ensayos que va a publicar en el próximo número — Bertrand Russell : « con su expresa autorización »; Lewis Mumford : « creo que a usted le gustará... pienso que es un gran escritor y un gran hombre... en sus escritos corre el aire fresco y la vibración humana »; La Carta de Atenas, concerniente a los Congresos internacionales de Arquitectos modernos : Le Corbusier, Walter Gropius, Richards, Neutra, etc., sin olvidar a los autores nacionales, poetas incipientes y escritores muy atareados : « le había pedido una crítica a Giusti, pero él no podrá ocuparse por más o menos seis meses por los compromisos que tiene contraídos. » — Danilo vuelve a su pregunta y contesta, como hablando consigo : detenidamente :

— Nunca ha sido, quizá, tan vital para la humanidad volver al sentido elemental de las palabras, para poder marchar a una sencilla integración con la naturaleza. Parecerá pueril a veces — tal vez lo sea — recapitular en la cúspide de una civilización, sobre el sentido de una vocación que afirma la necesidad de una integración con la vida por medio de formas a tono con la naturaleza humana. Pero el riesgo de parecer pueril no incide en la magnitud de las preocupaciones... los principios orgánicos que no admiten desdoblamiento ni variaciones contrarias a ninguna de las formas de vida conocidas — en lo animal o en lo vegetal — no pueden admitir una transmigración en la esencia íntima del hombre si no a condición de colocarlo contra su vida misma, metamorfoseándolo en una criatura desconocida a los ojos de quienes lo vieron pugnando por ideales, ensueños y poesía... Pero, naturalmente, es tan difícil el planteo desde un ámbito elemental, como el que se pueda hacer desde la diversidad de ángulos que tiene la compleja actividad humana contemporánea. En tanto, lo esencial será no perder de vista nunca que los objetivos son claros y sencillos, admitiendo que los caminos pueden ser complicados y difíciles...

Y mi conclusión : a menudo los jóvenes piensan como los viejos. O, más bien, algo tienen que aprender los viejos de los jóvenes.

EUGEN RELGIS

lgualdad

«Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel día,
En prado en fuente fría,
Halla un pastor con hambre fatigado,
que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.»

LO CÓMICO

A BUNDANTE copia de definiciones de lo cómico se halla en los estéticos antiguos y modernos, y más en éstos últimos, pues aparte de que los antiguos no conocieron la estética como ciencia independiente, cuidáronse muy poco de determinar la naturaleza de lo cómico. Enumeremos las principales definiciones y tratemos de buscar en ellas la fórmula más exacta, procurando reunir las notas que les sean comunes, concertar, y si es posible, separar las discordantes y mirar continuamente a la experiencia para comprobar las teorías pues la primera condición que una definición ha de tener es la de ser aplicable a todos los objetos que en la noción definida se comprendan.

Aristóteles, Cicerón, Quintiliano y la mayor parte de los escritores antiguos ven en lo cómico una deformidad, una fealdad, un defecto que no produce dolor, una desproporción ligera e inocente entre la idea y el hecho, entre lo que el objeto es y lo que realmente debiera ser.

Kant afirma que lo cómico consiste en colocarse voluntariamente en una disposición del espíritu en que se juzga de todas las cosas de otro modo que de ordinario, y sin embargo, según ciertos principios de razón.

Richter sostiene que es la contradicción entre los actos de la persona y la intención que la atribuimos.

Vischer declara que es la idea salida de su esfera y confundida en los límites de la realidad, de tal manera que ésta aparezca superior a la idea.

Solger dice que es la idea de lo bello, perdida en los accidentes y relaciones de la vida ordinaria.

Caniere supone que es una realidad sin ideas y contraria a las ideas.

Schlegel afirma que es la subjetividad puesta en contradicción consigo mismo y con el objeto, y que manifiesta en sumo grado sus facultades infinitas y su determinación de libre albedrío.

Voituron dice que proviene de una desproporción chocante entre los medios y el fin; que es un esfuerzo inofensivo y desproporcionado al fin, realizado por un agente que se hace ilusión acerca de sus fuerzas.



Levêque entiende que es la fuerza — grande, mediana o pequeña — obrando de tal suerte que el orden se infrinja, ligera aunque sensiblemente.

Dumont opina que es todo objeto del cual tiene el espíritu que afirmar y negar a la vez la misma



cosa, o en otros términos, lo que determina nuestro entendimiento a formar simultáneamente dos relaciones contradictorias.

Por último, otros muchos escritores modernos definen lo cómico como un intencionado desequilibrio en el conjunto de la obra artística, del que resulta una estudiada desproporción y falta de armonía; como el predominio de la forma sobre la esencia o de lo sensible sobre lo ideal; como la perturbación de lo esencial por el accidente; como el contraste entre la idea y el hecho, entre lo finito y lo infinito, entre lo esperado y lo sucedido; como un contraste cualquiera, ignorado por el sujeto en que se verifica; como la desproporción que la vida del individuo muestra en ocasiones entre lo que debiera suceder, según su intención, y lo que en realidad sucede, mediante el accidente, o entre el fin que debiera cumplirse y las fuerzas a quienes toca su realización, esto es, entre el esfuerzo y el resultado.

De todas estas definiciones tan diversas, y en su mayor parte demasiado metafísicas, resulta una nota común que puede señalarse desde luego como característica de lo cómico, y formularse del modo siguiente: « En lo cómico hay siempre un desequilibrio, una desproporción, manifestada por lo general bajo la forma de contraste, que altera el orden natural y constante de las cosas.

MANUEL DE LA REVILLA

Libelo de picardías

No mintiendo, sino diciendo o callando verdades es como la conciencia está tranquila.

★

IGNACIO SILONE: «La sabiduría se aprendería con más facilidad si no hubiera tantos maestros para enseñarla.»

★

Definición del humor de MICHEL PERRIN: «Es un don que nos hace reír de todo lo que nos haría llorar si no poseyéramos ese don.»

Thoreau y las

(CONTINUACION)

Instructivo es también el anotar su pensamiento familiar de un año después, cuando se ve ante la primera lila fluvial, como puede verse en el volumen sexto, página 352, (16-IV-1854) : « *Nymphaea odorata* ». De nuevo me deleito con el perfume de la lila de agua, luego de haber esperado toda una estación para hacerlo. Es el emblema de la pureza y su perfume nos lo sugiere. Creciendo en quietud y fangosa agua ante la vista tan pura y bella, con un perfume tan suave como si quisiera mostrarnos dónde se encuentran la dulzura y la pureza; y en qué lugar pueden ser extraídas ambas del limo y del lodo de la tierra... ¡Cuán confirmadas se hallan nuestras esperanzas con la fragancia de las lilas acuáticas!

Cuando se refiere a otra flor blanca con el popular nombre de pipa de tabaco, pronto supe por el contexto que tal nombre era muy común al remedar a la pipa india, *Monotropa uniflora*. Poéticamente escribe de ella en el volumen quinto, página 347 (30-VII-1853), cuando dice : « También allí entre la sombra y las hojas secas ha crecido la pipa de tabaco... Tallo, hojas y flores son de un blanco cristalino, puro y delicado. ¿Cómo detallarla? La cubren por entero sus hojas blancas y delicadas, recordándome al ropaje de una moza, con pureza que nunca había sido mancillada debido a su reclusión sombreada y enclaustrada — monja de sin par pureza —. Cuol si barrieran a un lado las hojas secas de la puerta, tres hermanas diferentemente altas, salen de su discreto convento y véanse aureoladas por la luz... Aparecen para probarnos... con sus cabezas inclinadas hacia el suelo, la pureza de sus vestimentas... »

La genciana orlada raramente se encuentra dos años en el mismo lugar. Encontrar el sitio donde se halla cada año y reverenciar su belleza, representa tarea casi sagrada. Thoreau la menciona muy a menudo y una cabal apreciación de su encanto podemos verla en el volumen cuarto, página 390 (13-X-1852) : « Se trata de una flor notable, muy rara, que no se ve y se admira cada año en el mismo lugar. El caminante trata de verla, como hacen las abejas, ya que para él su néctar es mucho más celestial. Sorpresa singular y agradable es encontrarse con esta conspicua y hermosa flor. Cuando ya en esta estación se hayan ido de nuestra mente todas las hermosas flores azules, será la gentiana la última que florezca, a menos que no lo haga la hamamelis... »

Sobre este último florecimiento de la estación nos dice con placer y con deleite en el volumen tercero, página 59, (8-X-1851) : « La hamamelis está aquí completamente florecida en esta mágica ladera, mientras se caen sus anchas hojas amari-

llas... Es una planta en extremo interesante — hija de octubre y noviembre — y sin embargo me recuerda a las primeras flores de la primavera. Aquí se yergue en la parte sombreada de la ladera, mientras la luz del sol por encima de la colina ilumina sus hojas y sus áureas floraciones. Inconfundibles son sus hojas tan juntas y angulares. Cuando están caídas y reseca con alegría me recuesto encima de ellas. Pero mientras sus hojas caen, las flores están aún en pleno apogeo. El otoño con ellas, parece toda una primavera y a causa de ellas podría decirse que todo el año está en la estación primaveral. »

Como conclusión apropiada a estos fragmentos de sus *Diarios*, pasemos a considerar a la planta mofeta (cierta hierba fétida), cuya confianza y fe en la llegada de la próxima primavera es aún un símbolo de la inmortalidad. En el volumen décimo, página 150, (31-X-1857), Thoreau escribe : « Si se ve usted afligido melancólicamente, esta estación, váyase a las tierras anegadizas y vea a las valientes hojas de la planta mofeta avanzar hacia el año nuevo. ¿Se trata del invierno de su descontento? ¿Es que acaso parece que iban a morir y desaparecer en su fetidez?... Nada de ello con la planta mofeta. Cuando sus hojas caen ya brotan de nuevo incipientes brotes. Para ella no existe ni el invierno ni la muerte; en ella se completa el círculo de la vida. »

Cuando con mi lectura llegué a las últimas páginas del volumen octavo de sus *Diarios*, me di cuenta de que en el anterior volumen séptimo, mientras mencionaba a muchas especies, se dedicaba a pasajes descriptivos sobre las flores del campo, que tanto habían enriquecido los volúmenes cuarto, quinto y sexto. En este último volumen, también noté un creciente número de medidas cuidadosas y completas sobre muchos animales y pájaros. ¿Indicaría esto que su interés por la historia natural, especialmente por la botánica, se volvía de más en más técnico? Si es así, estoy seguro de que lo hacía sin lesionar su ferviente adoración por la naturaleza.

Mientras estudiaba sus últimas observaciones campestres de la primavera y el verano de 1856, me asombré del gran número de especies que parecía conocer tan bien, la amplitud de sus conocimientos botánicos y lo proficiente de su observación, como lo ilustra el comparativo estudio de los hipéricos en el volumen octavo, páginas 426 y 428. Es evidente que durante los años transcurridos entre 1850 y 1856, se había vuelto muy buen aficionado botánico. Tal vez mejor sería aseverar que se había vuelto un profesional, aunque autodidacta.

Empezaba a preguntarme cuántas serían las especies de plantas y árboles que conocía, cuando

flores del campo

leyendo el índice que finaliza el volumen catorce de ciento nueve páginas, encontré que totalizaban unas setecientas. Tal hallazgo no me satisfizo mucho, hasta que empecé a investigar si estaban en el índice todas las especies mencionadas en el texto. Comprendí entonces que no era así, pues muchas habían sido omitidas. Por tal razón, una estimación entre mil trescientas y mil quinientas no era del todo desacertada. Se me dijo más tarde que sus herbarios que se guardan entre otros tesoros suyos en la biblioteca de Concord, contienen unas setecientas plantas, lo que es ya bastante suficiente para probar su participación en esta rama de la historia natural.

Vamos ya a terminar este estudio sobre Thoreau el botánico y amante de las flores del campo. De todos modos, bien erróneo sería dejar en la mente del lector, la falsa impresión de que sus estudios botánicos eran los que más le interesaban. Las siete mil páginas de los *Diarios* me han demostrado cuán amplios y variados eran sus otros intereses en la naturaleza y en la humanidad.

Su amor por las criaturas naturales — halcones, marmotas, roedores almizcleros y todas las otras — no tenía límites. Thoreau nunca voluntariamente mataba a un pájaro, animal o reptil, negándose a aprobar su destrucción, aun en el interés de la ciencia. Muchas páginas suyas vibran indignadas ante la matanza de los halcones, o ante el supuesto deporte de matar a los animales mediante trampas con el fin de sacarles las pieles, dejando en el terreno sus osamentas sanginolentas. Su protesta era aún más firme ante la destrucción de los roedores almizcleros. Afeaba la conducta de las legislaturas que solamente protegen a los pájaros que se alimentan de gusanos e insectos, sin interesarse por la protección de los otros, al no importarles la apreciación de su belleza y el valor estético de su plumaje y de su canto.

Su humanitarismo emerge en sus sentimientos y consideración por los pobres irlandeses que trabajaban en la vía férrea, y por sus niños, que vivían en cabañas cercanas, a lo largo de la vía. Uno de ellos, Johnny Riordan, ha sido immortalizado en el volumen segundo, mediante el poema « El pequeño irlandés ». También le hace un tributo en el volumen tercero, por su triunfo frente a la pobreza, cuando con sus remendados vestidos caminaba por aquella gélida temperatura, « con su ánimo de estudio », firme y voluntarioso por la nieve profunda, una buena milla hasta la escuela.

Siendo muy afecto a la gente que vive en los campos, Thoreau se deleitaba hablando con los campesinos y los pescadores. Aunque no aprobaba sus ocupaciones, sabía ser atento escuchando los relatos de los tramperos y los cazadores. Aquel-

los seres le traían noticias de lo que estaba sucediendo : la primera aparición del azulejo americano, la floración de las gayubas, el vuelo de los patos silvestres en la primavera y el otoño, o como localizar a la gentiana orlada de tal o cual año. Informaciones que a menudo anotaba junto a sus relatos.

Todos los que aman a las flores del campo se deleitarán siempre con sus escritos, comprendiendo que son una inspiración y un estímulo para « buscar a las flores en plena naturaleza ».

(Trad.: V. Muñoz)

NOTA DEL TRADUCTOR :

El autor de este interesante estudio sobre Thoreau y las flores del campo, es autor también de un libro sobre las flores silvestres, que se vende a cincuenta centavos de dólar, siendo por lo tanto muy barato, y que recomendamos a todos los lectores que vivan o se interesen por las flores campestres en América del Norte : « A pocket guide to wild flowers » (Guía de bolsillo de las flores del campo). Contiene doscientas veinticinco ilustraciones, de las cuales ciento tres son en color.

Los lectores que vivan en Europa, especialmente en Francia y países que le son fronterizos, podrán deleitarse con la hermosa obra « *Fleurs des champs et des bois* » (Flores de los campos y de los bosques), publicada recientemente en París por Ferdinando Nathan. Contiene quinientas sesenta y cuatro ilustraciones a todo color.

El estudio que acaba de leerse fue publicado privadamente por el autor. Está ilustrado con cinco fotografías en blanco y negro. La primera, tomada en 1908, muestra el supuesto lugar en donde se suponía estuvo la cabaña de Thoreau a orillas del lago Walden, con la pirámide de piedras indicándolo. Posteriormente Roland W. Robbins, descubrió en un sitio no muy lejano su verdadero emplazamiento, cual relata en su libro « Descubrimiento en Walden ». La segunda, tomada en 1952, fotografía la ensenada del lago en donde vivió Thoreau. La tercera, sin indicación de fecha, es de las colinas y lagunas de Fair Haven, tan mencionadas en sus *Diarios*. La cuarta es una fotografía de la rodora. Y la quinta « de los brillantes amarillos soles de las praderas ».

La revista « Audubon Magazine » (LXIII, julio de 1961), trae un artículo de Bárbara Paine titulado « Las flores silvestres de Thoreau », relatando cómo una persona de Concord y otra de Lincoln han confirmado los relatos de Thoreau acerca de dichas flores, mencionados un siglo antes. Y ya que hemos mencionado el nombre de Audubon, digamos que se llamaba John James Audubon, que vivió de 1785 a 1851, que fue famoso naturalista, autor del memorable libro « *Birds of North America* » (Pájaros de América del Norte). Digamos aún que la casa de publicaciones Dover de Nueva York ha publicado recientemente una hermosa edición en dos volúmenes de los *Diarios* de Audubon.

En el mundo autoritario

«Autopsia psiquiátrica» de

(CONTINUACION)

Con razón los psiquiatras llamados para dictaminar sobre su caso, situados en el terreno de los hechos, reuniendo y compulsando datos psicológicos, moviéndose, investigando y estudiando minuciosamente el porqué de su última acción en la misma escena donde Marilyn se desenvolvió, dando fin a la tragedia de su vida, afirman en su informe, sin poder dar más explicaciones, con evidente emoción, que representó, sin saberlo, el mejor papel de su carrera.

A Marilyn Monroe la hicieron «estrella» del cine, pero cuando más elevada parecía estar dejó de serlo, por propia voluntad, sorprendiendo a todos sus semejantes, para huir definitivamente, horrorizada, del mundo autoritario. Y se vio envuelta por fulgurante aureola de humanidad que surgió de su propio ser, brillando con luz propia, intensamente. Sólo los seres sensibles, con categoría sencillamente humana pudieron verla, comprenderla y valorarla cuantitativa y cualitativamente. Los demás, servidores del Tío Sam, del Papa y de Kruschew, etc., desde los bajos y sombríos niveles psicológicos que ocupan no la pudieron distinguir ni comprender con claridad. Y unos se entretuvieron simulando criticar al capitalismo y otros al materialismo — que todos comparten y defienden — y lo que fue o la hicieron ser, decimos nosotros — en el mundo del cine, de la ficción, al que ya no pertenecía, al que abandonó expresando y concretando, con el último instante vital, lo que sintió toda su vida, lo que en realidad era e impidieron fuera más largo tiempo. ¡Cuánta comprensión y bondad faltó a los que la rodeaban e influenciaban directamente! Marilyn Monroe, su cuerpo, toda su hermosa estructura anatómica, es decir : todo su exterior tan admirado por las multitudes y hasta por los « santos » varones del Vaticano, que lamentan haya sido pasto del materialismo, más espiritual que todos sus admiradores lo sacrificó, ella misma, por lo humano, por lo humanísimo que predominaba en su naturaleza, como se comprende por cuanto vamos exponiendo que armoniza con los datos de su testamento que transcribimos más abajo.

Si no la comprendieron ni sus viejos amigos de la Fox, con los que tan estrecho contacto tenía, que la perturbaron hasta el límite que prefirió morir, cómo iban a sorprenderla las demás gentes del mundo de los negocios. Sin embargo ahora tratan de salvar su responsabilidad. ¿Cómo? Los sujetos autoritarios, inteligentes, violentos y crueles, conocen mil cobardes y malignos modos de aparecer limpios de culpa al menos frente a los ingenuos ojos de la mayoría de nuestros semejantes, que creen los amaños y parciales informes de la deshonesta publicidad comercial y po-

lítica. Hay sobrado dinero en las manos aviesas de los que formaron el ambiente psicológico que acabó con la vida de Marilyn para hacer callar a cualquier asesor o para hacerle decir, en la hora oportuna, olvidado algo el caso, lo que más convenga al que paga.

Lo cierto sobre Marilyn es que sus asesores legales estaban tratando de arreglar con la Fox el asunto de los 500.000 dólares que, por no presentarse a trabajar, le exigían como « mínima » indemnización. Larga y agotadora fue la entrevista. Acabó cuando se terminaban las 24 horas del día 4 de agosto de 1962. Marilyn había ordenado que por tarde que fuera le comunicaran el resultado de la misma. Estaba esperando la llamada telefónica, que era vida o muerte. ¿Cómo recibió la noticia adversa? Ya lo sabemos : su ama de llaves la encontró muerta en su lecho a las 3,50 del día 5 de agosto, unas cuatro horas después de recibir la comunicación que acertó a cometer el crimen psicológico perfecto.

La Fox habrá pensado y exclamado : ¡Ah, si pudiéramos hacer negocio con tanta publicidad gratis que se hace en todo el mundo sobre la vida y la muerte de Marilyn Monroe! Lástima grande que no la podamos aprovechar. Pero del modo que ya han empezado a hablar parece que están pensando como en carnicería — según expresa Kim Novak — sacar el máximo provecho — como los fabricantes de armas con la carne de cañón de las guerras — de la historia de su vida exhibiéndola mintiendo, ocultando la verdad de cómo acabaron con ella.

A pocos escrúpulos nadie gana a ciertos comerciantes, y nada nos extrañaría que por deberles Marilyn Monroe la película « Algo debe ceder » — ella fue la que tuvo que ceder su existencia — piensen reclamar la prioridad para filmar la de su vida y resarcirse de las pérdidas ocasionadas al morir aquélla, y no poder continuar filmando la precitada película de la que ya habían tomado escenas. Pero para lograr el negocio redondo, completo, tendrían que ser absueltos por la conciencia moral de la Humanidad, pues no basta que las autoridades los tengan por inocentes. Esto es lo que intentan, pues los despojos de Marilyn Monroe les serviría para ganar con una película más millones de dólares que con ninguna otra de las en que intervino en vida. Y con objeto de ir conquistando el favor de la opinión pública en la prensa norteamericana han empezado a publicar la versión que damos más abajo. Se atreven a darla, porque ya creen tener a su favor todos los testimonios, pero algo les impide que su maniobra resulte perfecta : al volver al lugar de la tragedia — por no decir del crimen — se han delatado.

En efecto, saben cuán variable es la psicología de las multitudes, y piensan hacerla cambiar por

MARILYN MONROE

medio de los formidables medios de publicidad moderna con los que hacen creer a menudo que lo blanco es negro y viceversa, que es la calidad superior lo que poco o nada vale, etc. Y confiando que pueden hacer olvidar lo que no se sufre en carne propia, pese a que el médico forense y los psiquiatras manifiestan que Marilyn Monroe se suicidó, van diciendo que lamentan su muerte — y hoy lo creemos hasta cierto punto — debido, seguramente, a desgraciado accidente, al repetir lo que hizo otras veces : tomando excesiva cantidad de barbitúricos. Y en seguida se colocan en medio de la escena seguros ya de la impunidad, de la coartada y de sus cómplices ¿qué dicen a esto los asesores de Marilyn? — diciendo sentir que fuera víctima del insomnio y del nerviosismo, porque la película suspendida se iba a reanudar, contaban darle el papel que le habían quitado y no la iban a exigir ya la indemnización de quinientos mil dólares. ¡A buena hora lo dicen! De haberlo dicho todo esto a Marilyn en vida no se hubiera suicidado. ¿Quiénes son sus asesinos psicológicos? Los de la Fox volviendo sobre sus pasos se han proyectado y desmascarado diciendo lo que comprenden debieron decir y hacer, y que no dijeron ni hicieron cuando convenía decirlo y hacerlo.

Muchos lo comprenden, quizás, pero lo callan. La actitud más digna, elocuente y acusadora, al respecto, fue la de Joe Di Maggio. La fotografía ampliada de éste, que se publica en la página 56 de la revista « Life » (en español), correspondiente al 17 de septiembre de 1962, refleja el sincero dolor que sentía al salir del cementerio. Y en la página siguiente, en la 57, el periodista Richard Meryman, redactor asociado de « Life », que hizo la última entrevista a Marilyn en su casa de Brentwood, en California, dice : « Al tomar Joe Di Maggio a su cargo los trámites del funeral no permitió que asistiera ninguna de las notabilidades de Hollywood. » Claramente los señaló con el índice : repudió al mundo que la sacrificó y, en particular, a los productores de la Fox.

Joe Di Maggio al menos no fue hipócrita. Su conducta la justifican las mismas palabras del precitado periodista al decir que la segunda charla no pudo tener lugar porque Marilyn pidió que la postergaran, porque « estaba totalmente agotada de las negociaciones de la Fox. » Sin embargo, « electrizada de indignación Marilyn le habló airadamente del trato que los estudios daban a las estrellas. » Y Richard Meryman recuerda que cuando terminó la entrevista que apareció en « Life », en el momento que se retiraba, se volvió de pronto y preguntó a Marilyn Monroe « si muchos de sus amigos la habían llamado para apoyarla cuando la suspendieron en la Fox. En medio del silencio, sentada, muy enhiesta, los ojos muy abiertos y apenados, me contestó con un minúsculo

« no ». Comprobamos, pues, que la única acción sincera, pero callada, que estuvo de acuerdo con la ejecutada por Marilyn fue la de Joe Di Maggio impidiendo que al funeral asistieran notabilidades de Hollywood. A todas las hizo responsables de su muerte.

Al quedarse Marilyn sin el papel de la película, dado lo escasa de fondos que estaba, tuvo que pensar en otros proyectos, en nuevos trabajos. Tenía ya planeado participar como estrella y productora en una comedia musical de Broadway. Dos días antes de su fallecimiento había ordenado la confección de costosísimos vestidos. No se daba por vencida; continuaba luchando, animosa, optimista. Lo era por naturaleza. Su deseo de abandonar la lucha y hasta morir, descubierto por los psiquiatras, sin decir más, dejándonos en el aire, nosotros nos atrevemos a afirmar que — aunque su animo estaba predisposto al suicidio como último recurso — empezó a sentirlo al final de las precipitadas cuarenta y ocho horas durante las cuales todavía su optimismo se mantuvo incólume : al recibir la última funesta llamada telefónica. Todo lo vio perdido y dejó de luchar para morir.

Constató que ni amigos comerciales tenía. Sintiendo inmensa soledad y honda angustia la invadió sombrío pesimismo. Los que la demandaban pretendían dejarla con lo puesto, arruinarla. Perdió los ánimos; se sentía con fuerzas para continuar luchando, pero no para volver a pasar por todo lo que pasó para llegar a ser estrella, contando con la plenitud de su juventud y de su belleza. Ya no contaría con estos atributos. Había alcanzado los treinta y seis años de vida después de quince de dura lucha artística, y otros quince, sin los atractivos físicos que hasta hoy la hicieron triunfar en el mundo cinematográfico, significarían más de cincuenta años de edad. No era, no, como empezar tres lustros atrás.

Hasta ahora los audaces y deshonestos tiburones de las finanzas, acostumbrados a no detenerse ante nada para triunfar, han permanecido callados — ¿hasta cuándo? — casi sin moverse; les ha faltado valor inhumano para inventar llamadas telefónicas que digan otra cosa o lo contrario de lo que perturbó a Marilyn y la empujó al suicidio.

Marilyn Monroe se suicidó, principalmente, movida por elevado sentimiento de sociabilidad : por conservar para los que amaba — en particular para su progenitora — el dinero que le quedaba por considerar que ya no obtendría otro tanto — así lo pensó, seguramente, en su desesperación — en el poco tiempo que le quedaba de fama artística internacional. Si continuaba viviendo de un momento a otro se iba a quedar sin un centavo, y con deudas además después de haber sufrido y trabajado tanto. Por otra parte, por dignidad y

amor propio, bien justificados, no quería dejárselo arrebatar todo por sus viejos amigos y socios de la Fox que, pese a todas las dificultades, cuentan con millones de dólares. Esto Marilyn Monroe podía lograrlo a un precio alto : sacrificando su vida. Sabía que el pleito judicial lo tenía de antemano perdido. La Fox poseía el dinero del que ella carecía para ganar el juicio.

La notable inteligencia e intuición maravillosa de Marilyn Monroe le hizo comprender que, al suicidarse, la Fox — como cualquier otra compañía, patrón o empresa en su caso — cambiaría de parecer : no se atrevería a sostener una demanda que, desde el punto de vista de los negocios, le acarrearía desprestigio moral y comercial y la pérdida, seguramente, de una cantidad mucho mayor que la que le exigían de indemnización. Estaba convencido de que sus ex amigos y ex socios echarían tierra sobre tan escabroso asunto antes mismo de que se la echaran a su féretro o que lo llevaran al mausoleo. Y de no ganarles la partida casi en el mismo momento de su muerte consideraba que la ganaría al ser abierto y publicado su testamento.

Cómo iba a atreverse la Fox, frente a la opinión pública norteamericana y mundial, a la vista de todos los seres humanos, realizar esfuerzos legales para dejar a la madre de Marilyn en el arroyo, sin el fondo que ésta dedica a asegurar sus cuidados y manutención, mientras viva, en donde está internada, en California, y evitar el resto de los legados que hace en favor de otras personas.

Marilyn Monroe, sufriendo inenarrable angustia, dado su gran amor a la vida, después de maduras reflexiones, al sentir y tener la seguridad de que obtendría el resultado que esperaba, que su sacrificio no sería estéril, que después de tantas decepciones y frustraciones su última voluntad no sería burlada, frustrada, que la Fox no se saldría con la suya, decidió suicidarse. En esta convicción halló las fuerzas suficientes para representar el mejor papel de su carrera.

Del testamento de Marilyn Monroe abierto en la corte de Nueva York publicado en la prensa el mismo día que éste se hizo público el informe oficial declarando que se había suicidado, extraemos los siguientes datos :

Ordena un fondo de 100.000 dólares que suministra 5.000 dólares por año para la manutención y sostén de la madre de Monroe, señora Gladys Baker, que se encuentra en una institución.

El fondo también establece 2.500 dólares por año para la manutención y sostén de la señora Chekhov, amiga y mentora de la actriz.

Lo que quede del fondo después de la muerte de la señora Baker y la señora Chekhov va a la doctora Mariane Kris, para ser usado por ella para el mantenimiento de instituciones psiquiátricas o grupos que ella escoja.

Deja todos sus efectos personales y vestidos a Lee Strasberg, su director de drama. Ordena que él los distribuya « a su sola discreción, entre sus

amigas, colegas y otras personas que ella apreciaba. »

Otros donativos incluyen 10.000 dólares a su hermanastra, señora Bernice Miracle; 10.000 dólares a su ex secretaria May Reis, y 5.000 dólares a sus amigas Norman y Hedda Rosten, para la educación de la hija de esta última : Patricia.

Esta es la distribución de bienes que hace Marilyn Monroe en su testamento. Ahora bien, vendiendo las joyas, los muebles, el coche y la villa de Brentwood, con hipoteca de 35.000 dólares, sumando las cantidades de todo lo vendido a los 4.000 dólares que le quedaban en el banco, apenas le alcanza para hacer efectivos los legados, pero no le alcanzaba para pagar a la Fox 500.000 dólares y las altas costas del juicio.

Decididamente, Marilyn Monroe no quiso volver a empezar de la nada, y peor que comenzó trabajando en la industria cinematográfica.

Muchos periodistas se han extrañado de que no dejara algo escrito « despidiéndose », y haciendo saber que se mataba de su propia mano. De haberlo redactado explicando, además, las causas, ¿no hubieran preferido ciertos sujetos que tienen por oficio pasarse de listos hacerlo desaparecer por considerar que su contenido liquidaba, moralmente, a altos personajes de la política y de las finanzas norteamericanas y evitaban un duro golpe al mundo autoritario que representan? Es sintomático el hecho que tanto el médico forense como las autoridades de Los Angeles, sin encontrar recado alguno, declaran en seguida, con prisa, al día siguiente de fallecer Marilyn, que ésta se suicidó y que posiblemente nunca serán aclaradas las causas de su muerte. Con esta declaración se proyectaron, y nos dieron a entender que preferirían que jamás se aclararan.

Dada la sensibilidad humanística de Marilyn Monroe es de creer que murió con la esperanza de que se conocieran, descarnadamente, las causas de su suicidio para que contribuyeran a evitar que mientras exista el mundo autoritario frívolo, victoristas personas sufran lo que ella padeció. Pericioso, grosero, violento, egoísta, inhumano, el mundo cultivador del odio y de la guerra entre los hombres y los pueblos, el mundo de la iniquidad que la obligó a destruirse, continuarán siendo víctimas del mismo millones y más millones de seres humanos que también, como Marilyn, desean ser mejores y más felices.

¡Cuán justificado está que los libertarios usemos la pluma como firme e insobornable piqueta demolidora del mundo autoritario! Y por los mismos sentimientos de sociabilidad y de solidaridad humana teníamos que poner de relieve, propagar a los cuatro vientos, el contenido del mudo mensaje humano de Marilyn que el precitado mundo vil pretendió enterrar con su cuerpo. Es la conciencia universal la que acusa y condena a sus asesinos psicológicos.

Estamos al lado de los que no pueden defenderse y de los caídos frente a los poderosos, contra los autoritarios que tan mal uso hacen del poder político-religioso y del dinero. No podíamos callar

que éstos torturaron mentalmente, con crueldad inaudita, a la mujer llamada Norma Jean Baker (Marilyn Monroe). Y no se conmovieron viéndola angustiada, sufrir y morir sola : sin familia, sin amigos, sin los hijos que perdió, o que no pudo tener, por desgracia, pero a los que empezó a amar en su seno, con ternura de madre, soñando tenerlos en sus brazos ansiosos de dar seguridad a pedazos de su ser, de prodigar cuidados y afectos que jamás recibió ella y obtener, más tarde, su amor limpio, sincero y generoso, que murió sin llegarlo a ser.

El mismo testamento de Marilyn Monroe nos habla de ese amor puro, noble, elevado, que sentía por los niños y por todos sus semejantes. Iba a morir y la preocupaba el futuro de una niña : legó lo que pudo para la educación de Patricia, la hijita de su amiga. Es el símbolo de lo que deseaba para ella y para los demás : superación moral, más que intelectual, de un niño, de todos los niños, de todas las mujeres y de todos los hombres del mundo. Gran sentido humano, sublime, aleccionador tiene el acto de legar en beneficio de ciertas personas adultas necesitadas, de una niña y de instituciones psiquiátricas. Decididamente, nadie puede atreverse a decir que Marilyn Monroe no estaba en sus cabales.

En la prensa política, religiosa y comercial de todos los pueblos del mundo comentan mil aspectos superficiales y anodinos de la vida de la «estrella» desaparecida, rozando, apenas, uno que otro detalle humano de la misma, de su simpática personalidad, pero hacen silencio alrededor de los datos psicológicos esenciales que nos los ofreció, espontáneamente, con naturalidad, como diciendo : éstos reflejan a la verdadera Marilyn Monroe. Nosotros los comentamos porque expresan, realmente, la verdad sobre el porqué se suicidó y descubren su estructura psicológica humanísima, la que entre todos los representantes del autoritarismo trataron de destrozarse, despiadadamente. Y no comentan lo más digno de comentar, porque condena, con lógica irrefutable, con justa y sobrada razón, al mundo sucio, despótico y feo que no admite Belleza sin mancha, al mundo que representan que la hacia pasto de su codicia y de su malignidad.

El mundo autoritario, que con tantas vidas humanas acaba, prematuramente aplastó a la hermosa y sensible Marilyn Monroe, que quería ser una buena mujer, que ambicionaba, más que nada en el mundo, que por la consideraran los que la rodeaban. Sin conseguirlo fue a parar a donde la arrastraron sus asesinos psicológicos : a la fría mesa del depósito mortuario y al cementerio por último... Esto lo permitieron los representantes de la « ley del orden » después de convencerlos la autopsia anatómica y la psiquiátrica, que estaban en presencia de uno de los innumerables crímenes psicológicos perfectos que, cometidos por la sociedad autoritaria, han de quedar impunes, sin aclarar. Las leyes de ésta impiden perseguir y condenar a los que cometen asesinatos individuales y colectivos — las guerras — en nombre

de los negocios legalizados, de la deshumanizada ética comercial establecida, de los intereses económicos del patrón, de la empresa, de la compañía, etc., o del Estado.

Preferible es huir con sano juicio, sabiendo por qué se huye, sin prisa, serenamente, como Marilyn, dejando a los que continúan viviendo los juzguen sus propias conciencias, que suicidarse a causa de un desvario, de un instante de enajenación o por ser un enfermo mental. Abundan los ejemplos de personas buenas y sensatas que, con o sin dinero abundante, se arrebatan la vida asqueadas de vivir en este mundo inmoral. No careciendo de salud ni de dinero Stefan Zweig, eminente escritor humanista, de fama universal, se arrebató la existencia. El malogrado amigo y compañero Alejandro Barkman, autor del libro « El mito bolchevique — que suerte tuvo de salir ileso de Rusia habiendo combatido al régimen dictatorial — pluma libertaria conocida internacionalmente, en Niza, bella ciudad francesa, junto al Mediterráneo, con un balazo se quitó la vida para no ser carga económica para los demás. Y hoy, Marilyn Monroe, joven, rica, hermosa y popular se mató por no poder soportar la carga de sufrimientos morales, de ansiedades y angustias, de decepciones afectivas de todas las clases.

Actualmente, pese al mal ambiente que se respira por doquier, muchos de los sujetos más desdichados, que más infelices se sienten, por equis causa, que poco les importa vivir o no, que se sienten arrastrados al suicidio podrían salvarse como también evitarse que un gran número de los mismos contraigan enfermedades mentales de origen social y psicológico. Rodeados por familiares comprensivos o por personas vinculadas o no por la consanguinidad, pero considerándose unidos a sus semejantes para la ayuda mutua y la defensa común, unos no se autodestruirían y en otros no se alterarían sus funciones superiores, y escaparían a los padecimientos mentales.

En un mundo libre y solidario, justo y equitativo, el ser humano normal, viviendo entre semejantes sociables, no pensará, jamás, quitarse la vida.

FLOREAL OCAÑA

«Ni temo al poderoso
Ni al rico lisonjero,
Ni soy camaleón del que gobierna.
Ni me tiene envidioso
La ambición y deseo
De ajena gloria ni de fama eterna.»

Lo que fue la restauración borbónica

LA memoria es flaca, sobre todo si también lo es la voluntad, y el recuerdo de los agravios lejanos se borra en el dolor de las horas presentes. Lo del clavo ardiendo del náufrago se aplica lo mismo a las tragedias del océano que a las políticas y sociales. Hay momentos en que lo que ante todo piden millones de seres humanos es que haya paz, aunque sea una paz infecta. Es la hora de los sedantes, de los emolientes, de los ungüentos blandos y suaves, de las panaceas pacifistas. Lo que los pueblos anhelan en esa hora es descansar, dormir. Ya nadie cree — nadie lo proclama, al menos — que el espíritu se forja en las luchas sociales, en las luchas religiosas, en las luchas de pueblos, en las luchas de razas, y es un hijo de la guerra purificadora y creadora. Unánimemente se abomina del bisturí y del « forceps » y se desea entrar en convalecencia sosegada, aunque se confunda con la agonía. De todas las voluntades débiles, de todas las energías laxas, de todos los pechos angustiados, de todas las pacatas conciencias en penumbra, de todas las ciudadanías en dispersión, sube un clamor inmenso : « ¡Paz! ¡Orden! Es la hora crepuscular, la hora crepuscular, la hora de los espectros y de las Restauraciones. Los Estuardos vuelven a Inglaterra en esa hora en el ambiente tibio de la paz poblado de miasmas y los Borbones a Francia, y a España. Es la hora de los jacobitas y de los alfonsinos, de la bandera blanca y de la flor de lis.

¡Remember! es preciso gritar a los desmemorados. La paz, sí, pero no la paz nauseabunda. La violencia, no, pero tampoco la corrupción. Ni la camisa de fuerza ni el narcótico. Ni el patíbulo, ni la campana neumática. Ni el verdugo, ni el enterrador. La paz y el orden, pero con la justicia y la libertad.

.

Corría el año de 1874. Ya había caído la República de febrero, pero aún no había sido restaurada la Monarquía. Continuaba la guerra civil en el Norte. « Sólo la monarquía constitucional — decía desde Inglaterra el príncipe Alfonso, ya en vísperas de ser proclamado rey — puede poner término a la opresión, a la incertidumbre y a las crueles perturbaciones sufridas por España. » « Huérfana la nación ahora de todo derecho público, e indefinidamente privada de sus libertades,

natural es que vuelva los ojos a su acostumbrado derecho constitucional y a aquellas libres instituciones que ni en 1912 le impidieron defender su independencia ni acabar en 1840 otra empeñada guerra civil. » « Afortunadamente, la monarquía hereditaria y constitucional posee en sus principios la necesaria flexibilidad y cuantas condiciones de acierto hacen falta para que todos los problemas que traiga consigo su restablecimiento sean resueltos de conformidad con los votos y la conciencia de la nación. » ¿No parece estar oyendo a los monárquicos que se incorporaron a Franco esperando poder hacer de él un instrumento para sus fines? No son sino las mismas palabras, las mismas ideas.

Quien así hablaba no era el joven príncipe Alfonso; era el viejo y escéptico Cánovas. Cánovas había sido en su mocedad un revolucionario a su modo. No en vano fué el autor del célebre Manifiesto de Manzanares. En su « Historia de la decadencia de España desde Felipe III a Carlos II » señalaba como causas de la misma « la exageración del principio religioso y la filosofía ergotizante tan bien aunada con ella, bastante a originar males capaces de trastornar cualquier grandeza de monarquía »; « la parálisis de las ciencias y su muerte lenta, pero completa, mientras todas las naciones de Europa, al calor de las disputas y la libertad de pensamiento y de controversia, nacían ideas fecundas, animaban descubrimientos útiles y desarrollábase, lozana y gloriosamente el pensamiento humano »; « el espíritu de obediencia pasiva y de resignación fatalista a cuanto parecía disposición del cielo que encadenó aquella voluntad poderosa que ante todo estorbo la hallaba leve y toda resistencia desproporcionada a sus fuerzas. » Y al flagelar a los reyes y a sus validos se lamentaba de no tener la pluma con que pintó Tácito la vileza de los emperadores y la decadencia de la virtud romana. Pero los años y la experiencia hicieron de Cánovas un escéptico y un pesimista. Ya en el « Bosquejo histórico de la Casa de Austria », que escribió después de participar en sucesos revolucionarios y de ser ministro, decía : « Malos fueron los últimos reyes de la dinastía austriaca; pero, por ventura, ¿era mejor que ellos la nación que gobernaban? » « El pecado, el gran pecado de nuestra Historia no es individual, sino nacional, y eso se ve en que, desdichadamente, existe aún y ha sobrevivido a tantísimas mudanzas y revoluciones. » Y en « El Solitario y su tiem-

po », que escribe y publica cuando tiene ya tal fama de sabio que sus contemporáneos le apellidan « el monstruo », atribuye a la tierra y a sus habitantes en general la inferioridad en que España se halla respecto a los demás pueblos.

Cuando Martínez Campos, impaciente, dió el golpe de Sagunto, Cánovas experimentó la mayor contrariedad. Apelar a la violencia era desbaratar los planes del viejo político, que deseaba tener por únicos colaboradores la fatiga y el cansancio del país, a fin de poder contar, no sólo con los monárquicos de don Alfonso, sino también con los desengañados del carlismo y los desilusionados de la República. Era preciso concluir con toda rebeldía aun a costa de suprimir todo entusiasmo. La Restauración debía ser, ante todo, la paz aunque fuese la paz de los sepulcros. El propósito de Cánovas, que había llegado a tener la idea más pobre de los españoles — son españoles, decía, comentando en chunga el Código civil, los que no pueden ser otra cosa — era organizar una tribu en forma de Estado mediante un simulacro de vida política. Tal empresa implicaba necesariamente el sacrificio del orden público, el sacrificio del derecho a la legalidad, y Cánovas no vaciló en ofrendar a la constitución política externa la espiritualidad de la nación. A las violencias de Orovio con los profesores liberales y a la expulsión de Ruiz Zorrilla sucedió, no tardando mucho, una corruptora tolerancia. Tras las fracasadas conspiraciones republicanas, la amnistia más o menos generosa. Luego, el macabro Pacto de El Pardo. La política en España ya no será más pasión, como en los días de las guerras civiles y de las luchas revolucionarias, sino artificio, convencionalismo, un grotesco remedo de la vida parlamentaria de los grandes pueblos europeos. Ya no habrá más violento choque de principios y de ideas, sino acomodo, mixtificación de ideas y de principios. En el pacífico turno de los partidos, bajo la común legalidad constitucional, intangible, las luchas políticas de otros tiempos, brutales de encuentro, pero fecundas, porque sacudían las raíces de la vida civil, se constituirán en vanos simulacros. En esta apariencia de vida política se consume y esteriliza la energía nacional. Las capacidades son eliminadas o aplastadas por las dos grandes ruedas oligárquicas. Se hace el vacío o la opinión. El entusiasmo muere por asfixia. Las raíces de la vida civil se secan. No hay si no la sombra de la legalidad, una sombra de autoridad y de gobierno.

No siempre tuvo Cánovas colaboradores inteligentes y eficaces en su obra de destrucción del espíritu nacional. El ministro de Fomento, Orovio, cometió la imprudencia de expulsar de sus cátedras a los profesores liberales, y entre ellos a algunos tan insignes como Giner de los Ríos, y Azcárate. Se produjo un pequeño escándalo y el mal fué remediado — mejor dicho, el error fué subsanado — por Albareda, blando y simpático ministro liberal. No era conveniente arrojar a los hombres eminentes de sus cátedras; era preferible impedirles llegar a ellas. Bastaba, para conseguirlo, amañar los tribunales cuando la oposición era in-

evitable y utilizar los concursos para recompensar a los aspirantes más analfabetos. Así se logró impedir que fuesen catedráticos hombres como Costa, el gran jurisconsulto y como Alfredo Calderón, discípulo predilecto de Don Francisco Giner. Hasta un canónigo, profesor del « Sacro Monte » de Granada, fué rechazado en una oposición por « darwinista ». Fueron, en cambio, profesores de Universidad majaderos que escandalizaban a los alumnos con su ignorancia y con su inepticia. Un profesor de Metafísica refutaba el darwinismo de este modo : « De donde no lo hay no puede salir; es así que el mono no tiene inteligencia, luego el mono no puede salir el hombre, que tiene inteligencia »: (« ¡A veces! », interrumpió un alumno). Y cierto profesor de Derecho Civil, al hablar del origen y fundamento de la propiedad comentaba el comunismo de esta guisa : « El comunismo dice : A cada cual según sus necesidades; luego el glotón está de enhorabuena. » Hemos conocido a un profesor de Historia que la daba por concluida con la última página de César Cantú, y a otro de Procedimientos Judiciales tan rematadamente loco que recitaba — muy mal, por cierto — versos de Horacio en vez de explicar la Ley de Enjuiciamiento. En cuanto a la instrucción primaria, bastaba hacerla objeto del más bárbaro desprecio. Don Manuel Cossío reveló hacia 1901 estadísticas espantosas : el Estado español gastaba en instrucción primaria menos que el municipio de Nueva York, y en bandas de música para los batallones de cazadores más que en material científico para todas las Universidades del Reino. Muchos años después decía Santiago Alba, siendo ministro del Ramo, que si fuese conocido por la opinión pública el estado de atraso de la instrucción pública en España, se levantaría en el país un alarido inmenso. Entretanto, Dorado Montero, el insigne profesor de Salamanca, era molestado y aun vejado por el obispo de la diócesis, inspector de la enseñanza en su jurisdicción, según el Concordato. Y era declarado pecador el liberalismo por el Padre Montaña, preceptor del rey. El catecismo del Padre Astete, cuyo estudio alternaban los españoles con el Código Civil, era el único libro que alcanzaba ediciones por millares, enriqueciéndose a editores y libreros. Galdós inmortalizó esta mojigatería en páginas que son a la vez un monumento a las letras y a la Historia de España.

El mismo desdén que por la instrucción pública sentían los hombres de la Restauración por la justicia. La magistratura española no fué nunca ciertamente, de las más venales, pero fué siempre de las más reaccionarias. Y si abundaban en ella los funcionarios serviles, no faltaban tampoco los incompetentes. Ni era, aun en su parte más sana, lo suficientemente austera para arrojar de su seno a los miembros podridos que eran para ella un motivo de deshonor y debían serlo igualmente de vergüenza. Los gobiernos de la Restauración disponían de los siguientes recursos para tener sometida a la magistratura : los traslados voluntarios, que eran utilizados como un favor del poder público para servir y complacer a los amigos: los

traslados forzosos, uno de los procedimientos de castigo más usuales; los ascensos de gracia, que los ministros podían conceder con arreglo a la Ley Orgánica y mediante los cuales se hacían las más rápidas carreras, pues había funcionarios judiciales que recibían un ascenso cada dos años; el famoso cuarto turno, por el que entraban en la magistratura de modo más o menos furtivo, los paniaguados de los políticos. Así se montaban los Juzgados al servicio de los caciques y se componían las Salas de las Audiencias y del Tribunal Supremo. Había magistrados de Montero Ríos, de Gamazo, de Lacierva, de García Prieto — y otros patronos igualmente influyentes. Los litigantes no discutían sus asuntos al amparo de las togas, sino al de las casacas ministeriales. Ni la consecuencia ni la moralidad, ni el decoro entraban por mucho en las combinaciones judiciales que publicaba la « Gaceta ». Y el bagaje reaccionario era antes una ventaja que una impedimenta. La República, a su advenimiento, se encontró con magistrados que llevaban pendones y estandartes en las procesiones y se dedicaban a organizar cofradías y a presidir centros y casinos donde se cobijaban los elementos tradicionalistas con otros tan inmorales que retenían en sus manos las cantidades, procedentes de consignaciones, destinadas a indemnizar al erario público, tomaban dinero por sentenciar pleitos o recibían dádivas so pretexto de que eran para gratificar a los auxiliares; con algunos tan incompetentes como cierto juez que dictó auto de procesamiento contra un fallecido a los efectos de la responsabilidad civil; y con otros tan grotescos como cierto magistrado que iba diariamente al mercado a hacer la compra con una cesta y se presentaba todas las mañanas en la Audiencia con una cabra. Y aún pusieron el grito en el cielo los defensores de la « jurisdicción » cuando la República jubiló forzosamente a

estos funcionarios, como si se tratara de un atentado a la independencia judicial.

A la Monarquía sólo le interesaba el ejército. Un ejército de oficiales, jefes y generales adictos. La eficiencia militar era lo de menos. De aquí las promociones escandalosas, según el ejemplo deplorabile de las guerras civiles y de las sublevaciones de antaño. En 1840, a la terminación de la guerra civil de los siete años, había en España 5 capitanes generales, 50 tenientes generales, 155 mariscales de campo y 352 brigadieres. En los tres años escasos de gobierno Espartero se aumentó el Estado Mayor General del Ejército en 1 capitán general, 3 tenientes generales, 18 mariscales de campo y 41 brigadieres. Durante los once años de dominación moderada hubo las promociones siguientes: 5 capitanes generales, 53 tenientes generales, 153 mariscales de campo y 349 brigadieres. Después de la sublevación de Vicalvaro y sólo en tres meses, de julio a octubre de 1854, la nueva situación hizo 2 capitanes generales, 12 tenientes generales, 23 mariscales de campo e igual número de brigadieres. En 1869 decía Castelar que pagábamos a nuestros 500 generales inútiles — había 600 y sólo 100 figuraban en servicio activo — el doble que a nuestra instrucción pública. Y la Restauración no sólo no remedió el mal, sino que lo agravó. Después de las guerras coloniales tenía España más oficiales generales que en 1895, cuando, además del de la Península, había los tres ejércitos de Ultramar. Y en vísperas de la sublevación de Primo de Rivera se hallaban al frente del ejército español, un ejército sin soldados y sin material de guerra, cerca de 20.000 oficiales y jefes y 775 generales. La Monarquía española era de largo tiempo un inválido que sólo podía andar sobre bayonetas.

ALVARO DE ALBORNOZ

LINEAS DE HUMOR

VENGANZA DE LOS PEATONES

En Nueva York, como en todas las grandes ciudades, hay cada día más accidentes de circulación. Y, como en todas las grandes ciudades, los automovilistas echan la culpa a los peatones y éstos a los automovilistas.

Las historietas que nacen responden también a esa lucha entre los dos bloques. Y he aquí una inventada por el ejército peatón.

Un hombre, precavido y prudente, decide coger un seguro de vida. Y, a ese efecto, se dirige a una compañía especializada.

—¿Tiene usted un avión privado? —le pregunta el empleado.

—No, señor.

—¿Tiene usted auto?

—No, señor.

—¿Posee al menos moto, o bicicleta?

—Tampoco. Carezco de todo vehículo de locomoción.

Y el empleado responde, con firmeza:

—Lo lamento. No aseguramos peatones; es demasiado peligroso.

La estela imborrable

GIRA la hélice; abre la proa como un surco en el mar en calma. Y a la par que la nave avanza, queda tras ella como una faja blanca; estela espumante en la inquieta superficie azul. Mas, la huella del buque va desvaneciéndose con el oleaje incesante. En la noche serena, poblada de estrellas, un lucero, raudo como una exhalación, ha trazado una curva en el espacio infinito. Con su paso ha dejado como un rastro de luz; tenue franja rojiza en el fondo oscuro del cielo. Pero, al poco, con la estrella fugaz ha desaparecido también el sendero de luz.

Han pasado años; se han sucedido los acontecimientos de una y de otra naturaleza. La acción del vivir va marcando en lo físico el trazo de la acción del tiempo que presiona en los seres todos. Han pasado unos años, pero queda como una estela de recuerdos; queda como una huella indeleble en la mente; huella que parte del año 1936 y de aquella fecha que la historia guardará como ejemplo, como destacado hito en los anales de la emancipación humana.

Como una estela imborrable, queda y quedará en las conciencias, en el recuerdo de cuantos vivieron el período de una magnífica etapa de positiva transformación social, lo que se hizo y lo que se amó. Al pensar en ello, acuden a la imaginación multiplicidad de imágenes; cruzan como cinta cinematográfica; plasman en el pensamiento, una y otra vez, al conjuro de la evacuación, cuantas realizaciones alcanzaron valor y aprecio en aquella España de julio del 36.

Pero, a poco que meditemos, comprenderemos que no basta que en el recuerdo quede perenne lo que se hizo, lo que se admiró, lo que fué amasado con la sangre del sacrificio y con el sudor del esfuerzo. No basta avivar en el fondo de cada uno el afecto hacia el ayer. Poca cosa es vivir tan sólo del recuerdo; dejar vagar la imaginación en torno a lo que se hizo y de lo que se pudo hacer; de lo que, un mañana más o menos lejano puede depararnos, valorizándolo con la experiencia vivida. Sentir de este modo es justo, es lógico, es necesario, pero queda algo de mayor consistencia para realizar.

Hemos de procurar proceder de tal manera que en el ambiente donde nos desenvolvemos sea apreciado lo que fué digno de la máxima estima. Hagamos lo pertinente para que sea conocido y despierte simpatía lo que entre todos hicimos; que por su cuenta puedan juzgar lo que merece ser explicado a tantos y tantos que lo desconocen. Hemos de afinar en las conciencias lo que fué nuestra manera de vivir, al margen de los órganos de explotación y coacción. Y hemos de poner en las



descripciones el entusiasmo y la fe que pusimos en realizarlo. Para que los demás sientan, para que los demás se emocionen, hemos de sentir y hemos de emocionarnos nosotros.

De poner cariño y entusiasmo en la divulgación de ideas libertarias, valoradas por hechos comprobados, nuestra concepción de la vida es verosímil que toma arraigo en la conciencia de quienes ahora nos desconocen — ¡y son tantos! — pero que poseen sensibilidad tan depurada como pueda ser la nuestra. Si sabemos, con afecto, con convicción, comunicar a otros nuestro sentir, fructificará nuestra idealidad en otras conciencias, dejando huella. No será ésta como la estela que deja el buque sobre la superficie del mar; no será como la cinta rojiza que deja en el espacio inmenso la estrella fugaz, señales éstas que presto se desvanecen.

Bien que entre nosotros comentemos lo pasado; bien está que analicemos lo que hicimos, examinando cualidades que fueron acicate, y defectos que, por serlo, defraudaron. Pero lo fundamental estriba en explicar lo que en España se hizo. En Europa, en América. En Africa, donde quiera haya compañeros, hermanos en la acción que se emprendió en el 36, es aconsejable que al convivir con gentes de distintas costumbres e idioma, divulguemos lo que amplia divulgación merece.

Exploremos cómo, con miras a facilitar el desenvolvimiento de las nuevas generaciones, en un margen de comprensión y de espíritu libre, se dieron nuevos rumbos a la Pedagogía. Se unieron, en una síntesis magnífica, ideas de Ferrer, Montessori, Decroly y otros educadores a quienes el problema de la infancia ha preocupado de un modo concienzudo.

Hagamos ver la forma con la que procuró dar carácter de realidad a una concepción del Arte,

todo belleza y sentido popular. Se quiso plasmar en el ambiente aquel criterio que tenía Wagner al manifestar que Arte y Pueblo florecen juntos.

Demostremos cómo no es una utopía el poder vivir sin dinero; el trabajar sin el parasitismo patronal; el producto en común en un ambiente fraterno. Ensayos, experimentaciones de toda suerte: colectivizaciones, comunidades, etc. Hechos comprobados que abonan la posibilidad de un comunismo libertario.

Digamos también que se emprendió una campaña en pro de una nueva moral sexual, rompiendo el dogal arcaico de lo bendecido por la Iglesia, de lo establecido por costumbres anacrónicas. Se hizo uso corriente la unión libre, y hacia el amor libre tomó rumbo la juventud.

Pongamos de relieve el apoyo, el impulso que se dió a las conciencias en general, creando laboratorios de experimentación, buscando el mejoramiento, la perfección y ampliación del material científico. Se puso la ciencia al servicio del progreso, de la superación humana.

Relatemos lo que se llevó a término en el orden cultural: conferencias, cursos de capacitación al alcance de todos; difusión de publicaciones; lucha contra toda forma de atraso mental. Se buscó, en suma, arraigar en los hechos el conocido axioma: « Mens sana in corpore sano ».

Realcemos el ímpetu revolucionario, el heroísmo de las milicias al bregar, en los frentes de combate, contra el fascismo acuciado por el ca-

pitalismo internacional. Heroísmo que permitió por espacio de meses y meses, el que en la retaguardia se encauzara lo fundamental para crear una sociedad nueva y libre de coyundas.

Enseñemos cómo, al desbordarse los acontecimientos, hubo que improvisar con premura. No puede exigirse gran perfección a lo que no ha podido alcanzar madurez, a lo que tropieza con obstáculos, a lo que choca con los sabidos imponderables.

Y afirmemos también que nada nuevo se ha dicho o se puede decir al criticar desviaciones, aspectos deficientes; aberraciones cometidas en el período de convulsión del 36. Ha de evidenciarse, para conocimiento de propios y extraños, que dentro del marco de toda la acción revolucionaria, desarrollóse una sana tendencia de crítica constructiva, sin regatear la censura a todo lo que se consideraba deleznable, pernicioso, contraproducente. Creíamos en la libertad, y libremente se manifestaba cada criterio.

Si con esfuerzo tesonero, si con serenidad e inteligencia, divulgamos por doquier todas esas cosas, haremos como el sembrador que arroja la semilla para que un día fructifique. Explicando, difundiendo todo ese conjunto de ideas, de un sentido ampliamente libertario, laboremos, del modo más eficaz en pro de un sistema de convivencia social que abra, con el ejemplo de ayer, el nuevo horizonte de un futuro esplendente.

FONTAURA

NO es lo peor de la tiranía lo que esclaviza y empobrece, sino lo que embrutece y degrada, porque solamente es posible esclavizar los cuerpos luego de empuqueñecer y prostituir los espíritus.

Notorio es el afán de los déspotas de envilecer y sumir a los pueblos en la ignorancia para dominarlos, afán expresado en francés arcaico por De la Boetie: « Cette ruse des tyrans d'abestir leurs subjects ne se peult cognoistre plus clairement. »

No es sólo en los tiempos llamados bárbaros cuando comete sus salvajismos el poder de los déspotas. Alemania es la opresión guerrera en los últimos siglos. La monarquía francesa fué el reinado de las cortesanas, y la española, la de los favoritos y sus camarillas. Los más irreconciliables enemigos de la democracia, pese a sus enamoramientos enfermizos del pasado, no quisieran volver a los tiempos en que la justicia se hallaba en el filo del hacha de Juan Diente, y en que se llevaba a la hoguera a todo ser humano que se permitía cometer el « horrendo, para ellos, delito de pensar. »

Llámesese monárquico a republicano, el poder déspotico no tiene defensa; es la ayuda a los fuertes contra los débiles, la legalización de la explotación de unos hombres por otros y, singularmente, la negación de un instinto, el de la libertad, que — según una frase célebre — es tan necesaria a los hombres en sociedad como el aire a los pulmones, y, según escribió Lamennais, « es el

TRAS LA CUMBRE

pan que los pueblos tienen que ganar con el sudor de su frente. »

No se puede menos de justificar la airada protesta de quienes ven, indignados, anulada su personalidad y la de sus hermanos, y a merced de un déspota, de un simple esbirro o guardia pretoriana el pan de sus hijos, la tranquilidad y seguridad de su hogar, y él mismo expuesto a ser denunciado y enjuiciado sin pruebas ni medios de defensa, amenazado con el destierro, el encarcelamiento y la muerte y, lo que es peor aún, con la pérdida del honor varonil.

Es preciso que la voluntad del hombre sea libre, como es libre todo el movimiento de las energías humanas, para que la flor se abra, perfume y se marchite; para que el agua se deslice por los taludes de las montañas y vaya a engrosar el caudal de los ríos y a verterse en el mar; para que allí se evapore y se formen las nubes que vayan a fertilizar los campos. Es menester que haya libertad humana para que unas generaciones transmitan a las otras la antorcha de la vida, « quasi curosres lamparae tradunt », y sea perdurable la labor regeneradora y purificadora que nos acerque al Ideal.

Negar la Libertad es desmentir nuestra propia existencia.

ANTONIO ZOZAYA

LA VIDA Y LOS LIBROS

EL VATICANO CONTRA EUROPA

NO nos cansaremos de repetir, cuando de enjuiciar y analizar a la religión se trata, que distinguimos en ésta la conjunción de dos fuerzas distintas : Religión como fuerza mundana, sin escrúpulos y sin piedad, y la religión receptora y acumuladora de fuerza espiritual, que por serlo no debería confundirse nunca con la otra.

De éstas, la mundana y especuladora, más se parece a una sociedad de malhechores que a una asociación de hombres. Edmond Paris analiza y juzga muy documentalmente al Vaticano en el aspecto último que mencionamos, tras cuyo juicio queda anulada por completo la parte espiritual que normalmente le debería caber a la religión católica. Descifra las actitudes de media docena de Papas contemporáneos, de tal forma y con tanta gravedad que es como si se dijera : Borgia eterno elevando su puñal y su veneno a la categoría de ciencia política.

Dice tantas cosas respecto de la culpabilidad criminal del Vaticano que por justicia, la más elemental, y por lógica, la más pura, uno llega a concluir en la necesidad de crear un tribunal internacional para juzgar si no a toda la alta jerarquía católica, si a los cincuenta curas que cita, a los treinta y siete obispos y cardenales y a los Papas que se han sucedido desde Pio 10 hasta Juan 23, que son los que han preparado, orientado y seguido las dos guerras mundiales.

El fascismo y el nazismo han sido criaturas, sobre todo del famoso y fatídico Pio 12. España, aunque no sea la parte que más ha preocupado al autor, también tiene su capítulo, sobre todo en la persona del fascista y perjuro cardenal Merry del Vall. No obstante no es en « Le Vatican contre l'Europe » en donde el español encontrará muchos detalles relacionados con España, es indispensable que a su lado se coloque con privilegiada plaza el de reciente aparición escrito en idioma catalán por el cura Comas.

« Le Vatican contre l'Europe » es un libro acusador con una serie de monografías que bajo el nombre de reverendos, de señorías y de excelencias, han dejado muy atrás al famoso Al Capone. Creíamos que cardenales como el hoy difunto Segura, no existían más que en Iberia, pero nos damos cuenta de que los hay de peor ralea. Uno de los más sobresalientes, desde luego, es el famoso Stepinac.

Par del desalmado Stepinac lo fué también el obispo de Aksamovik, dos buitres que eran la ma-

(1) « Le Vatican contre l'Europe », par Edmond Paris, Librairie Fischbacher, 33, rue de Seine, Paris.

teria gris del verdugo Pavelich, de tan triste recuerdo para el pueblo yugoeslavo. La acción del catolicismo en la región de Croacia es un baldón para la humanidad. Los crímenes cometidos no sólo tenían como objetivo la exterminación de judíos sino que abarcaba también a los ortodoxos, esos con los que ahora quiere « unirse » Juan 23. Todo el que se resistía a la conversión y al bautismo católico era pasado por las armas. El triunvirato citado era el que dirigía tal política. Ayudantes principales de tales fieras eran los sacerdotes Irgolic, Lonacir, Pavunic, Mikan, Plic, Severivic, Sgrinjar y varios más. Estos y sus obispos, además de prelados eran parlamentarios. Aksamovic con su influencia cubría todos los atropellos cometidos en Croacia. Todo judío, ortodoxo, obrero de espíritu independiente, elemento liberal, etc., todo el que no era sumiso católico tenía sus días contados : o hijos de Dios o carne de fusiladero.

TRIPLE ALIANZA

Todo ello tiene su origen en la Triple Alianza. Episodio tras episodio no podía más que conducir a las catástrofes registradas.

Hay que leer al conde Sforza y también a Netlau para comprender cómo en las casas reales y en el Vaticano la cizaña era una especie de nuevo credo. Desde 1882, año en que se firmó dicha alianza entre los gobernantes de Alemania, de Austria y de Italia, los ejércitos de estos países no eran más que títeres manejados por el Papado. Títeres fueron no solamente los jefes de gobierno y los banqueros sino el propio emperador de Austria, Francisco José, individuo sin moral y sin carácter, preso y al servicio ciego del Papa Pio 10. Este fué elevado al Papado gracias a las intrigas del cardenal Puzyna, servidor de los poderes monarcas de Austria-Hungría y enemigo del cardenal Rampolla, que era considerado como hombre que no podía escapar a la influencia del catolicismo francés. Esto, que en un organismo universal carecería de importancia, en el Vaticano tiene mucha por lo solidario que cada cardenalato nacional es con la política chauvinista de sus gobiernos. En aquella época, lo nacional era, bajo pretextos diversos, lo regular en cada ministerio.

Pio 10 fué coronado recordándole que era « padre de todos los principes y de todos los reyes, además de ser el árbitro del mundo ». Ironía y sarcasmo que se hace, burla burlando al don de palabra de los humanos. Ellos, los Papas, que más que nadie deberían respetar los preceptos religiosos de no jurar en vano, hacen declaraciones falsas, lanzan calificativos y dan consejos sin ánimo de seguirlos ellos mismos. En esta ocasión, ni

nunca, el Papa no es, no puede ser, árbitro; no está, no estará jamás, contra el Poder.

Italia se incorporó a la triple alianza gracias a la presión del Vaticano. En realidad los imperios centrales de Alemania y Austria ya estaban aliados desde 1879.

Toda la política balkánica, sus ramificaciones, muchos crímenes y todas las discordias europeas, han sido, según París, orientadas e inspiradas por la gente de púrpura. Antes porque eran ortodoxos, después porque eran ateos, la idea de los Papas, de traer los rusos a su campo es el motivo principal de las guerras mundiales.

Mucho antes que el franquista Pío 12, Benito 15 ya decía : « Nuestra fuerza consiste en que haya discordia y confusión en hombres, pueblos y naciones. Cuando se confunde la política y la religión, el interés del Vaticano con el de la Iglesia y el de ésta con el interés general, es cuando mejor se obtiene que la política esté en nuestras manos. »

El anglicismo por un lado, la política laica de Francia por otro junto a la presión social que los pueblos de Italia y España ejercían sobre sus gobernantes, habían reducido muchísimo los caudales vaticanistas. La forma en que terminó la guerra del 14-18 fué nefasta para el Papado. Antes de la guerra el principal proveedor del Papa era el imperio austro-húngaro. Después del 18, poca cosa le quedaba. Al morir Benito 15, el año 22, el tesoro beato se pasaba de mediocre. Había que acabar con el estado de paz, paz relativa, pero paz, en que se había sumido a la carcomida Europa. Por los caminos de la paz, del sosiego, de la tranquilidad, adiós Vaticano, religión, divinidades y ciegos. Adiós privilegios y farsas teológicas. La prepa-

ración del ascenso al Poder del Fascismo, después del Nazismo y el Franquismo, era una necesidad elemental para desencadenar una guerra más atroz que pudiera ser provechosa al catolicismo. Y, que la guerra del 39 al 45 ha terminado para provecho del Vaticano es ya una cosa indiscutible. No hay más que mirar el panorama político y social del mundo.

Pío 10 no desmintió jamás la afirmación del barón Ritter, representante de Baviera cerca de la Santa Sede, según la cual, « el Papa aprobaba que Austria ejerciese una tiranía y procediese a castigos severos — ya sabemos el alcance de estas palabras — contra Serbia ». Advertía el citado barón que « si Austria no se decidía entonces (1914), no sabía cuándo podría decidirse, pues los tiempos le eran favorables. »

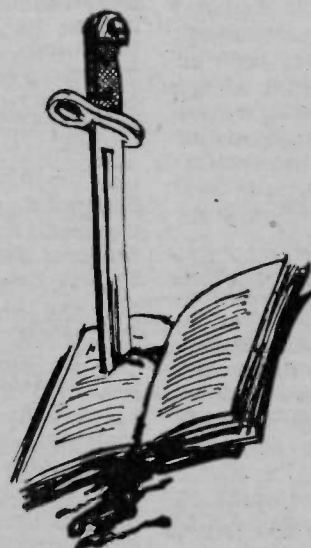
Sin embargo, a pesar de atizar a la guerra con apresuramiento y crueldad, cuando Pío 10 murió, sus fieles dijeron que era « de angustia al ver cómo los humanos se mataban mutuamente. »

A Pío 10 le sucedió Benito 15 alias el Papa alemán. Todo el esfuerzo del sujeto éste fué para intrigar, para dividir a las naciones aliadas, para impedir que Italia se aliara con Inglaterra y Francia y para obtener que América no interviniese. De acuerdo con Mgr. Pacelli, futuro Papa, entonces nuncio en Munich, cuando ya el 17 apercibieron la derrota del ejército alemán y con él el de Austria-Hungría, lanzaron la idea de « Paz Blanca ».

La primera guerra fué perdida por el Vaticano. Pío 11 se hace Papa el año 22. Perdida la primera había que preparar la segunda.

M. CELMA

(Continuará).



ALTO EJEMPLO:

El hombre vestido de gris

CUANDO John Steinbeck escribió «Las uvas de la ira», dio su do de pecho. Probablemente —y en literatura, como en todo, el vaticinio es arriesgado— no escribirá otra novela que la supere en brío, en intensidad ni en descarnado dramatismo.

El premio nobel es un premio importante, aunque su importancia nos parecerá algo menor como singularización de un escritor, si se analizan las circunstancias en que se discierne, las necesarias limitaciones idiomáticas del jurado que debe otorgarlo, y la lista de los premiados desde su fundación. A pesar de todo es el único premio universal, goza del máximo prestigio y no puede regateársele la primacía. A Steinbeck se lo han concedido a los sesenta años, edad alrededor de la cual suele terminar la carrera de los novelistas.

Hemingway tenía aproximadamente la misma edad cuando disparó su rifle con certera y fácil puntería. Como novelista estaba acabado, no quería verse acabar como hombre.

La cortedad del período creador de los novelistas ha sido poco estudiada y, sin embargo, es evidente. Podrán alegarse cuantas salvedades se deseen, podrá hacerse una lista de excepciones, pero no se conseguirá más que eso: una larga lista de excepciones.

Lo cierto es que las novelas se escriben —creación novelística— la más creación entre las sesenta, lo cual permite suponer que la create los treinta o treinta y cinco años y los creaciones— está ligada a un fenómeno vital. Nada como la novela, ni siquiera el teatro, da origen a auténticos seres humanos. La poesía, la música, la pintura y la escultura discurren por distintos cauces, requieren otro género de potencia creadora y pueden desarrollarse plenamente fuera de aquellos límites de edad.

¿Significa lo dicho que el novelista, a los sesenta años, termina su trayectoria de escritor? No; lo que en él merman son sus facultades para la creación de hombres y mujeres vivos, reales, que surgen de su imaginación, es decir de auténticos personajes novelescos. Le quedan por recorrer amplios campos donde todavía pueden dar rendimientos notables. He comenzado hablando de John Steinbeck y a él volveremos, porque precisamente nos servirá de valioso ejemplo.

En estos días en que la adjudicación del premio Nobel le ha hecho remontar bastantes escalones en la popularidad, una revista ha publicado un reportaje suyo en que se aborda el problema de la discriminación racial en los Estados sureños.

El relato, escrito en forma desgarrada y directa, sobre un tema ingrato y casi diría repugnante, es, a mi juicio, digno de figurar en la más exigente de las antologías. El escritor, que escribe en primera persona, acompañado de su perro, se dirige en coche a Nueva Orleans, agitada por la fiebre segregacionista. Steinbeck describe lo que ve, lo que le dicen, lo que oye; sólo de cuando en cuando intercala recuerdos o consideraciones relacionados con lo dramático del momento o con la tensión exaccional en que se halla. En este breve relato o reportaje aparece un hombre vestido de gris que los lectores no olvidarán nunca. Y para describirlo, para explicarlo, para producir tan enorme impacto, no emplea más de un centenar de palabras.

En Nueva Orleans, frente a una escuela, se reúne cada mañana una agresiva muchedumbre para jalearse a un grupo de arpías que se desgañitan escarneciendo o insultando con palabras «repugnantes, obscenas e innobles» a una negrita que, acompañada por un piquete de policías, asiste regularmente a las clases. La multitud ruge, amenaza, injuria; pero unas barricadas y un cordón de guardias la contiene.

También un niño blanco acude a la misma escuela. Al niño blanco, cohibido y aterrizado, le acompaña su padre. A su paso, los denuetos arrecian, se embravecen.

Steinbeck sólo nos dice que es un hombre alto, delgado, vestido de gris claro, que está pálido y que mira fijamente hacia el suelo; lleva a su hijo de la mano y está terriblemente acobardado, pero también terriblemente resuelto. Hay un instante en que aprieta el paso, pero en seguida domina ese impulso de huida y recobra la cadencia normal. La escena se repite todos los días, y el padre que lleva a su hijo cogido de la mano no ignora lo que les ocurriría si se rompiera el cordón policiaco.

Nunca sabremos el nombre de ese ciudadano vestido de gris, pero gracias al sexagenario Steinbeck, el que quizá no escriba más buenas novelas, un ser, no de ficción, sino de carne y hueso, puede servirnos de alto ejemplo y, en cierta medida, descargarnos de la vergüenza que como hombres y como blancos venía apoderándose de nosotros desde que comenzamos a leer el relato.

LUIS ROMERO

MORIR AL ALBA

I

Coloquio a bordo

—Yo he nacido en un país demasiado pródigo en sinsabores como para no poder sustraerme a la idea de que la vida es un tóxico que apuramos, con repugnancia y sorbo a sorbo, desde la cuna a la tumba.

Guardó silencio el viajero. Y su mirada de joven aguilucho en duelo con el fusil cazador del orden social, clavóse en los picachos ingentes de la costa melillense, tan lejana todavía como lejano se nos antoja a los pesimistas por deducción histórica, el horizonte, imaginativamente entrevisto, del pueblo que nos vió nacer.

—Antes de una hora estaremos en el puerto —dijo el otro viajero, como pretendiendo dar una respuesta interpretativa al vagar inquieto de la mira de su acompañante.

Amador Antino, nada contestó. Su mirada estaba fija como dos focos en una mole de roca granítica que descollaba sobre la costa, coronando el puerto. El brillo creciente del alba, en su despezo gentil, iba serpenteando el contorno de ráfagas luminosas. Verde llama. Llama verde. Y la mole granítica, vista desde el barco y nimbada por la luz matutina, también parecía balancearse como un navío sobre un océano somnoliento. El momento era sublime. La vida renacía con la luz. El preñado de la noche había sido, una vez más, positivo, puesto que él nos premiaba con un amanecer rebotante de promesas.

—Solamente —pensó para sus adentros Amador Antino— este fenómeno maravilloso nada puede enseñarnos a nosotros, hombres. La naturaleza es su medio natural. Pero su condición, la condición humana, es muy otra. Muy otra, sin duda, su destino.

—Es lo que llamamos Melilla la Vieja —creyó oportuno decir Pepe José, su acompañante de circunstancia, quizá para sustraerlo al embeleso y al mutismo.

Creció de grado la curiosidad de Antino.

—¿Aquella roca erguida como un nido de cuervos y mordida a sus pies por el oleaje, es la antigua Melilla?

—Ciertamente —repuso Pepe José—. Esa fue la plaza fuerte de otrora.

—Ahí vinieron también a expiar condena más de un español.

—Sí... Melilla fue, tiempos atrás, lugar de secuestro y expiación para el delincuente.

—¡Qué temperamento el mío! —exclamó Antino—. Basta con posar mi mirada sobre una fortaleza u otro edificio cualquiera de pétreos muros

y ventanillos traga-luz, para que a mi mente acudan un tropel de siluetas cadavéricas (residuos malditos de una sociedad maldita ella también), cargadas de grillos y bebiendo, en la copa de su propio cuerpo martirizado, el cáliz de la amargura.

—Sin duda es usted un sentimental impenitente, como está de moda decir hoy.

—Soy un guñapo humano.

—¿Se ignora? ¿Porque se ignora se desprecia? Quizá... En todo caso, su extremada juventud, si no lo justifica plenamente, le sirve al menos de poderoso atenuante. El alibi es bueno...

—Mi indulgencia no tiene límites. Ella me acoge a mí también bajo su benigna protección... Ello es indispensable para poder seguir subsistiendo, evidentemente. Sin embargo, ¿qué pensaría de un hombre, eterno trotamundos, que fuera por la vida cargado con un hermoso harpa y cuyas cuerdas permanecen mudas, eternamente mudas, a causa de la ineptitud del viajero para arrancarle las notas grandiosas, capaces de hacer vibrar al mundo?

—Diría que es un loco o un tonto.

—Pues, he ahí mi caso. Mi alma es un harpa. Una harpa donde vibran notas infinitas, capaces de inflamar todos los pechos... Pero, mis dedos son inaptos para mover las cuerdas de ese harpa maravillosa que yo llevo aquí dentro, en el alma.

—¿Quien sabe? Puede ser que un día...

—¡No, no! No habrá amanecer para mi noche. Esta será eterna. La luz estará en mí. Mi pecho será una fogata llameante... Pero mis pobres labios permanecerán mudos. En este país de espartacos con armadura y delirio de don Quijote, yo no tendré alba.

—Ya entramos en el puerto —dijo luego de un corto silencio, Pepe José.

—No, no habrá amanecer para mi noche —volvió a decir entre dientes el joven viajero. Y guardó silencio, en tanto su mirada reluciente como dos ascuas, recorría el contorno visible.

El vapor, efectivamente, se hallaba ya a la altura del morro y disminuía su marcha, adoptando un tilmo acompasado y grave. Y la multitud se agrupaba en el puerto en espera de su llegada. El sol mandaba ya sus cálidos rayos sobre el agua cristalina y la vieja Melilla mostraba ahora su perfil rugoso y descarnado. Los viajeros preparaban sus equipajes y los marineros sus amarras. A la calma soñadora de la travesía, sucedía ahora la febrilidad del abordaje. La hormiga humana salía de sus hormigueras. El encanto quedó roto.

Pepe José no podía sustraerse a la curiosidad que el desconocido acababa de despertar en él con sus palabras desesperadas. Aquel hombre jo-

ven, de un aspecto mediocre y de rostro martirizado, no le revelaba novedad alguna. España, y Africa misma, están llenas de seres contrahechos y maltrechos por todo un cúmulo de circunstancias históricas y sociales sobre las cuales él estaba al cabo de la calle. Un pueblo depauperado y martirizado por la miseria, la tiranía y la más perfecta ignorancia, no puede producir seres humanos y sanos. Y si los produce, si el niño, al nacer tuvo la gran dicha de escapar a la herencia patológica paterna, ¿cómo evitar que la contribución social con todo su tributo de privaciones y sinsabores, no logre marcarlo con su huella fatal? No, eso es imposible. El hambre conduce al raquitismo. El raquitismo, generador de raquitismo, sólo puede depararnos una sociedad de seres anormales, física y moralmente. «De aquí nuestro desequilibrio nacional permanente» —pensó para sí Pepe José.

—¿No cree posible puedan existir seres cuyas almas sean como un imán captador de ciertas sensaciones externas, sensaciones que ellos asimilan, comparten, integran? —preguntó de pronto Amador.

—No se me alcanza el sentido de su pensamiento.

—Quiero decir que pueden existir almas que sangren por las heridas que otros sufrieron o sufren.

—Eso es fatal. Creo que esa ley sea el génesis del sentimiento solidario.

—Vea... Esa es Melilla la Vieja.

—Sí. La vieja. La nueva se halla oculta detrás de esos riscos.

—Pues bien: ¿Por qué fenómeno impenetrable para mí, me siento afectado por la presencia de ese antiguo penal, en cuyo interior creo estar viendo las filas de penados yendo y viniendo como almas en pena? ¿Por qué sufrimos al recordarlo? ¿Por qué lo hacemos tan intensamente? ¿Por qué la silueta de Salvochea se me aparece y la siento sufrir, aspirar y palpar en mí?

—Quizá es usted su discípulo. Quizá sufre el embrujo psicológico de su genial personalidad.

—No... No puede ser eso. Vea usted. Yo creo que mi complejo proviene de lo siguiente: España es (¡ay, no me diga lo contrario!) y fue siempre un penal. Un valle de lágrimas... Sin duda, yo soy hijo de penados. Nieto, viznieto de penados... Y todo, todo el pasado de la España mártir se ha refueñado en mí. ¿No le parece que esto pudiera ser así?

Ancló el barco y, colocadas las pasarelas, empezó el descenso de viajeros, de un lado, et de mercancía de otro, en tanto que la grúa de abordaje se ponía en movimiento para la descarga del tonelaje.

—¿Viene por primera vez a Melilla? —preguntó Pepe José.

—Físicamente, sí. Pues, mentalmente, ya estuve otras veces acompañando a los que venían a morir, muriendo con los que morían.

—Siempre se muere un poco viendo morir a los otros.

—Lo que no me consuela al pensar que se muere o se da la muerte a seres ajenos en absoluto a

los móviles que les impone el deber de matar. De matar y de morir.

Durante un momento los dos viajeros siguieron con la mirada el intenso movimiento de que daba muestras el puerto en este momento preciso. El descenso de pasajeros seguía su curso, y estacionados frente al barco, una muchedumbre abigarrada, compuesta de chicos y grandes, árabes y europeos, contemplaban el espectáculo, los unos, en tanto que los otros se comunicaban por señas o a gritos con algún pasajero de a bordo. Del otro lado, el mar, sereno y bañado por los focos luminosos del sol, estaba salpicado de barquitos de pesca, que grandes bandadas de gaviotas circundaban, trazando círculos caprichosos y lanzando gritos agudos.

Amador Antino clavó su mirada en su interlocutor como si quisiera penetrar su más íntima forma de ser.

—¿Fue una finalidad humanitaria la que nos trajo a estas tierras africanas?

—No. Fue de conquista, de dominio. ¿En bien de España? No. ¿En bien de la población indígena? Tampoco. Vea, pues, que si estas tierras guardan en sus entrañas las osamentas de millares de españoles, España no ha conseguido con ello modificar el rumbo de su destino aciago. Misera era, y misera continúa. Los aquí caídos, cierto, son bocas que ya no piden pan; pero no por ello el resto de españoles en vida disfrutaban de la parte que aquéllos ya no consumen.

—¿Es usted enemigo de la guerra?

—Sí.

—¿Cree que entra en el dominio de las posibilidades humanas el evitarla?

—¡Claro está!

—Locuras gemelas las nuestras —dijo Pepe, y continuó mirando afectuoso a su acompañante—. ¿Dónde podríamos vernos más tarde?

—Donde tenga por más conveniente. Desconozco en absoluto el terreno, y no importa donde me dé cita, me será difícil encontrarlo. Al menos que me dé nombre, pelos y señales de hacia dónde he de dirigirme y por quién he de preguntar. Soy un ciego.

—Desembarquemos y hagamos camino juntos, si le parece. Permitame se

—Lo que me propone, sino imposible, resulta difícil para mí. ¿Usted está documentado?

—¿Usted no?

—No, ciertamente. Y, en tanto hablábamos aquí sobre el puente, yo tenía un ojo puesto en el policía que controla la documentación de los viajeros, y el otro husmeando un agujero por donde poder escapar, burlando una de las más ridículas plagas nacionales: la ley. Soy un perseguido.

—¿Y se confía a mí sin conocerme?

—Hace un momento hablaba de cultivar mi amistad. ¿Acaso no cree que la mejor forma de conocerme y si posible estimarnos, es la de vaciar el contenido del saco y jugar limpio?

—Yo podría denunciarle.

—¿Y qué habría logrado con ello? ¿Hacerme detener? Ese contratiempo sería sin importancia para

mí, para quien la vida entre rejas no es una novedad. En cambio, esa circunstancia me permitiría descubrir al otro que, como todo el mundo, usted lleva consigo y oculto... Y, créame, sentiría un gran placer al recordar, más tarde, que en cierto momento un rufián, previamente disfrazado de persona décente, había solicitado cultivar mi amistad.

—Es decir, que juega firme para mejor medir mi fuerza.

—Sin confesarlo me propongo conocerle.

—Y desafía el peligro para lograr su propósito.

—Me tengo por un seleccionador de almas. A usted le emplazo, con mi confesión, a desnudar la suya.

—Y de mi conducta en este momento puede resultar el que usted me estime o me odie.

—Odiarle, no. ¿A qué conduce el odio? A corromper el alma. Me horroriza el descenso en el sentido moral. Jamás pude odiar a nadie ni a nada. De esta incapacidad para odiar proviene mi complejo de inferioridad, seguro estoy. Pero la condición individual humana no es mecanismo que se monta y desmonta a capricho. Al menos, yo no lo creo. Si yo fuera capaz de odiar intensamente, quizá sería apto para amar intensamente. Y entonces, el harpa de que le hablo, dejaría oír sus vibraciones inflamantes de rebeldía, de esperanza y de fe. Pero no puedo. Por eso el harpa permanece muda, eternamente muda.

Antino sintió entre la suya el fuerte apretón de manos de Pepe. Las miradas se encontraron en una explosión de espontánea confraternidad que Antino saludó con estas palabras:

—Busco su estima y su amistad. Si no la encuentro, si no la logro, esté seguro de mi indiferencia hacia usted. Jamás espere colme su vanidad con la debilidad de mi odio. No sé odiar.

—Ha hecho bien con ser franco —repuso Pepe José. Ahora vayamos al grano, pues el descenso de viajeros ya termina y pronto va a dar comienzo el husmeo de rigor en el interior del barco.

Llamó sigilosamente Pepe a un camarero de a bordo, quien más con la mirada que con la boca les indicó les siguiera a lugar menos visible, y ambos hombres fueron a su encuentro. Y una vez en lugar recatado para las miradas curiosas e indiscretas, hubo apretón de manos, y:

—Este hombre —dijo Pepe José dirigiéndose al camarero— no puede atravesar la pasarela.

—¿Miedo al mareo? —bromeó el camarero.

—No. Ojos de lince —volvió a contestar Pepe, indicando al policía.

—Pues hace mal. Vitoria Grande, sin ser una cárcel modelo, es, por la altura a que se halla, bastante agradable y sana. Yo la conozco y no puedo por menos que recomendarla con simpatía a aquellos que estimo.

—Este hombre está débil, y tú bien sabes que los aires de alturas no convienen a las naturalezas delicadas.

—Pues en tal caso —volvió a decir el camarero con ironía— lo mejor será que salga del barco por donde suelen salir los suyos... Me refiero a los paquetes y bultos.

—Como un bulto más —concluyó Antino.

IBER SISIFO

(Continuará.)



Fichas y fechas

Cien años de guerra

(Continuación)

1891-1895. — En guerra atroz Inglaterra conquista Rodhesia y Uganda.

1893. — Los señoritos españoles y los marroquíes hacen pelear cruelmente a la juventud de ambos países. Pretexto: limitación de territorios.

1894-1895. — La raza amarilla no da prueba de más civilización que la blanca. Entre el Japón y la China se disputan Formosa.

1895. — Guerra de España y Cuba. Los cubanos querían, y con mucha razón, ser libres, emanciparse. La guerra contra España la ganaron, pero aún no estamos seguros de que se hayan emancipado y sean libres.

1896. — La casta militar inglesa envía a los soldados británicos a ocupar completamente el Sudán y lo logran.

El mismo año, Italia, para no ser menos, intenta ocupar Abisinia. Menos guerreros, lo que les honra, los soldados italianos no consiguen nada.

Francia, por otra parte, ocupa Madagascar.

1897. — Por diferencias de un trozo de terreno, la juventud turca y la de Grecia se matan encarnizadamente. Los militares profesionales son los que menos riesgo de morir corrieron.

1898. — Por asuntos de conquista y emancipación, no de la clase trabajadora, claro está, los U. S. A. y España se hacen la guerra.

1899. — Los U. S. A. ocupan las Filipinas, que hasta entonces fueron de los explotadores españoles. También invaden y conquistan Tutuila. Al mismo tiempo, dicha nación norteamericana ocupa Havai.

Por su parte, los militares ingleses hacen ocupar Nubia; mientras, los Boers intentan emanciparse, sin conseguirlo porque Inglaterra se empeñó en ser protectora.

El Brasil, por su cuenta, le declara la guerra a Bolivia. Resultado: el Acre pasa de una mano de amo a otra mano de amo.

1900. — Inglaterra y sus aliados le hacen la guerra a China. Como siempre, la juventud de dichos países pagó caro su espíritu sumiso y dócil.

1903. — Guerra civil en Colombia. Se la llamó de secesión porque se desarrolló entre el movimiento cantonalista contra el poder central.

1904. — Rusia y el Japón se disputan la Manchuria.

1907. — Inglaterra y Rusia contra Persia.

1908-1927. — Francia y España se meten en gue-

rra contra el Marruecos. El motivo esgrimido por los hispano-franceses era de que iban a proteger a dicho país. Es ante tan injusta causa cuando Barcelona se niega a que su juventud embarque para el Africa. De ahí la semana sangrienta y el asesinato de Ferrer Guardia por el monarca de Madrid.

1908. — Al mismo tiempo Austria se pelea a sangre y fuego contra los países balcánicos.

1910. — Los U. S. A. intervienen en sangrienta batalla contra los países de Centroamérica.

1911. — Turquía contra los Balcanes. También entonces les llamaban de emancipación y delimitación de fronteras.

1912. — Italia se declara en guerra contra Turquía. Sigue a esta guerra la ocupación de Tripolitania y Cirenaica.

1914. — Primera guerra mundial. Con ella se marca un declive en el empuje e influencia de los hombres del trabajo y de la paz social.

1918. — Rusia hace la guerra contra los Aliados. Se jugaba con ello su independencia.

1920. — Rusia contra Polonia. Motivó: expansión.

1921. — Por los mismos motivos se vuelven a pelear las juventudes de Grecia y Turquía.

1922. — Francia y Gran Bretaña contra los territorios sumisos bajo «mandato».

1926. — Los U. S. A., mastodónticos le declaran la guerra a Nicaragua.

1931. — Japón-China. Como siempre: a ver de quién es Manchuria.

1935. — Italia conquista Abisinia. Para poco tiempo, desde luego.

Al mismo tiempo otra guerrita tiene lugar entre Bolivia y Paraguay.

1936. — Guerra civil en España con grandes perrechos de material y hombres extranjeros. Los pretextos todos los conocemos.

1938. — Alemania ocupa Austria y la anexiona. Por Manchuria el Japón y la China vuelven a pelearse y matarse.

1939. — Ocupación de Checoslovaquia por la soldadesca Alemana.

Por otra parte, Italia ocupa Albania.

La guerra mundial y las que le han seguido son demasiado recientes y por ahora prescindimos de mencionarlas.

(Facilitado por el ABIC)

ERASE un escritor insignificante y, como insignificante, popular, uno de los más populares del país. Raras veces se había visto usar tantas palabras para decir menos cosas. Hilvanadas con una habilidad sorprendente, nunca, nunca decían nada. Perdían, en sus manos, su pepita, aparecían vacías. Los vocablos más sustanciosos los tornaba vulgares, sin fuerza ni color, huecos. Tenía el talento de no tener talento.

En sus artículos — escribía en muchos periódicos, y sus libros eran, en gran parte, artículos refundidos — desfilaban, por el motivo más fútil, frases de filósofos y de pensadores, leyendas y anécdotas, sentencias y proverbios, que convertía invariablemente en lugares comunes apenas distinguibles entre los de su propia cosecha, torrente desbordado.

Se leía, por esa erudición, en todas partes. Era agradable tener una cultura con tan poco esfuerzo. Se podía citar, gracias a él en las conversaciones, tal pensamiento de un filósofo ilegible, tal agudeza de un pensador desconocido; y nada hay que decir de las leyendas, de las anécdotas, de las sentencias y de los proverbios, que tanto lustre dan cuando se sueltan, como quien nada hace, en una reunión.

Sabía el escritor cultivar esta popularidad. Cada vez su artículo, sobre el suceso del día, siempre sobre el suceso del día, era como los lectores lo esperaban. Empedrado de citas de todas las edades, volcadas al azar, sin ningún discernimiento. Pasto para lectores poco exigentes. No se es popular a otro precio.

El país era monárquico, pero nadie leía a los escritores monárquicos, como nadie lee a los escritores republicanos en una república. No se concibe un escritor conforme con lo que existe, que siempre es feo. No lo conciben ni los lectores poco exigentes, y no hay que injuriarles sospechando en ellos esa idea de fealdad.

Nuestro escritor, que quería ser leído, que no vivía sino de ser leído, no era un escritor monárquico. Sin otra razón que esa. Había que estar en la oposición para tener lectores.

Los suyos, innumerables, esperaban sus críticas del gobierno — tarea fácil, que da hecho el propio gobierno — para, sin pensar, saber qué pensar. Y como no había cometido nunca el error, ni por error, de hacerles pensar nada, el gobierno acabó por premiar su oposición con distinciones que todo el mundo, y sus lectores en primer lugar, juzgó merecidas.

Desde entonces, no pasó, con armas y bagajes, a la monarquía — habría perdido los lectores — pero sus críticas, tan anodinas, fueron más anodinas aún, y no las prodigó tanto. Había otros temas, por fortuna. En gran número. Estaban allí los obreros, siempre en su pluma la masa laboriosa y los campesinos; siempre en su pluma las pobres clases medias. Y había, además, las modistillas, tan gentiles, y las hermanas de la caridad, tan abnegadas, y los soldados, gloria del país, y

VERSIONES

por DENIS

EI

los estudiantes, esperanza del mañana, y los maestros de escuela, sembradores de instrucción.

El tema de las modistillas, repetido de una vez, le descubrió un camino poco transitado. Se aventuró en él, no sin temor. Comprobó sin tardanza que su temor no tenía fundamento, que sus lectores le seguían por aquel camino como le habían seguido por todos. Eran los lectores dignos de él.

Fué, en lo sucesivo, casi exclusivamente, un escritor feminista. Había vuelto hasta entonces, cuanto había tocado, insignificante. Pero a veces tras penoso esfuerzo. Ahora no tenía ya que realizar esfuerzo alguno. Nadaba en plena insignificancia. En sus propias aguas.

Pedía, exigía para nuestra dulce mitad — la mujer era siempre en su pluma nuestra dulce mitad — todos los derechos de que el hombre goza: el derecho al trabajo, el derecho al voto, el derecho a ser votada, y otro sinfín de derechos. No sospechaba que una mujer real, como un hombre real, no tiene nada que hacer con todos esos derechos, pasatiempos de gentes que no se han acercado jamás, con los ojos abiertos, a ningún problema. No sospechaba que una mujer real, es, como mujer real, femenina, lo mismo que un hombre real es, como hombre real, varonil. No sospechaba que la mujer real, femenina, no será nunca feminista, invención de desocupados que no saben cómo distraer sus ocios. No sospechaba que esa petición de derechos era, para mujer real, femenina, la pérdida de todos sus derechos, reales como ella, y que no tienen ninguna necesidad, como todos los derechos reales, de ser escritos.

« Se ha acabado — afirmaba — con la esclavitud del nombre. Es hora de acabar con la de la mujer, encanto del hogar, consuelo de nuestras penas, regazo para nuestro reposo, guardadora del secreto de nuestra dicha ». No faltaban jamás en su prosa sin jugo aluviones semejantes.

Todas sus afirmaciones eran tan cómicas como esa. No quería, ya se ve, acabar con nada. Pero se le tomaba en serio. El número de sus lectores había aumentado extraordinariamente. Y su popularidad. Sus artículos eran traducidos en los países avanzados. Eran países avanzados aquellos en que el feminismo se extendía, y precisamente porque el feminismo se extendía. Pronto su avance sería tan decisivo que no se encontraría en ellos una mujer real, femenina. Y tampoco — otra prueba, sin duda, de avance — un hombre varonil.

El escritor estaba contento de su suerte, y esto le juzga por entero. Se le leía más allá de las fronteras, en naciones cultas. Lo dijo en un artículo, con un poquitín — no mucho: nada era en él excesivo, salvo los lugares comunes — de vanidad. Y con un poquitín de desdén para su país, tan lamentablemente atrasado.

feminista

Pudo, por única vez, en ese artículo, sin percatarse, herir a sus lectores habituales. No se dieron por ofendidos. Eran siempre dignos de él. Suponer juzgaran los lectores de las naciones cultas no eran muy diferentes de ellos, lectores de una nación atrasada, sería gratuito. No hay que adornar a nadie con galas ajenas.

Nuestro escritor dijo hasta dónde llegaba su feminismo, sin querer — no decía nada con acento real sino sin querer — en un artículo posterior. No perdió, por ello, ninguno de sus lectores. Imposible sospechar en ellos capacidad alguna de juicio.

Era, ese artículo, uno de los mejores que había escrito, lo cual quiere decir uno de los más malos. Jamás, maestros en el género, había acumulado tantos lugares comunes en tan reducido espacio. Saltaban, de frase en frase, como en país conquistado.

« La mujer — decía — nuestra compañera de fatigas y de alegrías, nacida para delicia nuestra, no ocupa en nuestros hogares el altar que merece; tiene que cocinar, cosa que ensucia sus manos, creadas para acariciarnos; tiene que coser, cosa que deforma sus dedos, creados para, cuando no nos acarician, encantarnos con la música; tiene que lavar, cosa que cansa su cuerpo y entristece su alma; tiene que cuidar a nuestros hijos, cosa que no le deja tiempo para cuidarse ella, para instruirse, para venir a nuestro encuentro, cuando hemos terminado la jornada, con una sonrisa que nos compensa de todo; tiene, en fin, que ir al mercado a rozarse con gentes groseras y algunas veces a discutir con comerciantes poco corteses. Es deber nuestro poner fin a todo eso. La mujer no debe cocinar, ni coser, ni lavar, ni cuidar a nuestros hijos, ni ir al mercado. Hemos de librarla de ese fardo, impropio de ella. Nuestro honor y nuestra dignidad lo exigen. »

Quería decir, al decir la mujer, nuestras mujeres, las mujeres de los hombres como él. Porque el artículo terminaba con este colofón, en el que el feminista se retrataba como no lo había retratado nadie :

« Tenemos, sí, que librarla de ese fardo, porque para llevar ese fardo, están las criadas. »

LOS UTOPISTAS

« ¡ILUSOS, utopistas! », esto es lo menos que se nos dice, y este ha sido el grito de los conservadores de todos los tiempos contra los que tratan de poner el pie fuera del cerco que aprisiona al ganado humano.

« ¡Ilusos, utopistas! », nos gritan, y cuando saben que en nuestras reivindicaciones se cuenta la toma de posesión de la tierra para entregársela al Pueblo, los gritos son más agudos y los insultos más fuertes: « ¡Ladrones, asesinos, malvados, traidores! », nos dicen.

Y, sin embargo, es a los ilusos y a los utopistas de todos los tiempos a quienes debe su progreso la Humanidad. Lo que se llama civilización, ¿qué es sino el resultado de los esfuerzos de los utopistas? Los soñadores, los poetas, los ilusos, los utopistas tan despreciados de las personas «serias», tan perseguidos por el «paternalismo» de los gobiernos, ahorcados aquí, fusilados allá, quemados, atormentados, aprisionados, descuartizados en todas las épocas y en todos los países, han sido, no obstante, los propulsores de todo movimiento de avance, los videntes que han señalado a las masas ciegasderroteros luminosos que conducen a cimas gloriosas.

Habría que renunciar a todo progreso; sería mejor renunciar a toda esperanza de justicia y de grandeza en la Humanidad si, siquiera en el espacio de un siglo, dejase de contar la familia humana entre sus miembros con algunos ilusos, utopistas y soñadores. Que recorran esas personas «serias» la lista de los hombres muertos que admiran. ¿Qué fueron sino soñadores? ¿Por qué se les admira sino porque fueron ilusos? ¿Qué es lo que les rodea de gloria, sino su carácter de utopista?

De esa especie tan despreciada de seres humanos surgió Sócrates, despreciado por las personas «serias» y «sensatas» de su época, y admirado por los mismos que entonces le habían abierto la boca para hacerle tragar ellos mismos la cicuta. ¿Cristo? Si hubieran vivido en aquella época los señores «sensatos» y «serios» de hoy, ellos habrían juzgado, sentenciado y aun clavado en el madero infamante al gran utopista ante cuya imagen se persignan y humillan.

No ha habido revolucionario, en el sentidosocial de la palabra, no ha habido reformador que no haya sido atacado por las clases dirigentes de su época como utopista, soñador e iluso.

¡Utopía, ilusión, sueños...! ¡Cuánta poesía, cuánto progreso, cuánta belleza, y, sin embargo, cuánto se os desprecia!

En medio de la trivialidad ambiente, el utopista sueña con una Humanidad más justa, más sana, más bella, más sabia, más feliz, y mientras exterioriza sus sueños, la envidia palidece, el puñal busca su espalda, el esbirro espía, el carcelero coge las llaves y el tirano firma la sentencia de muerte. De ese modo la Humanidad ha mutilado, en todos los tiempos, sus mejores miembros.

¡Adelante! El insulto, el presidio y la amenaza de muerte no pueden impedir que el utopista sueñe.

Ricardo FLORES MAGON

ALAS SIN CIELO

(CONTINUACION)

DONA REYES. — (Cierra la puerta y permanece junto a ella con un gesto de alivio, pero al mismo tiempo con ira.) ¡Ay, qué descanso! Cambiar-me yo y cambiarle a mi hijo hasta los fondillos de la camisa para esto. Estas hijas de María Santísima. Que Dios me perdone. ¡Brujas beatas! Despellejadas las quisiera. Si no fuese por lo que es. Vamos, que no, que una no sabe por dónde echar en este laberinto de callejones sombríos donde nos ha metido el alzamiento nacional. Si una se queda roja, al hoyo y si rezamos agua bendita, aunque una se ahogue, al paraíso. ¡Ay, qué paraíso beatístico éste donde no siento más que ganas de retorcerle el pescuezo a la primera penitente que se me pone por medio. ¡Ay!, me voy, que esta casa, a solas, me da escalofríos. Que ponga orden Rita. A estas horas a la Elvira me la habrán ya puesto como a la Coralito, que le levantaba el puño a Dios y a su Madre. (Va a salir, agitadísima.) Al abrir la puerta se detiene y retrocede, de pronto, sobrecogida de espanto. En seguida aparece en el marco de la puerta, de la mano de Leonor, Elvira. A Elvira la han pelado al rape en el cuartel de falange. En su palidez de muerte realzan unos hilos de sangre que brota de la nariz y de sus labios. Se sostiene de pie, porque la sostiene, más que su voluntad o el instinto de vida, una cólera imponente; pero esa cólera no estalla a causa de Leonor, que la apacigua con la virtud de una amistad leal, sencilla, juvenil. Elvira y Leonor contemplan a Doña Reyes sin chistar, comprendiendo en el dolor que las aflige, la magnitud de la maldad de Doña Reyes. Entre los fieros sentimientos de la vieja no hay otro que sobrepuje a un pánico indecible.)

DONA REYES. — (Las manos en el pecho y las piernas cruzadas por el espanto, teme orinarse allí mismo.) Ay, yo no podía imaginarme que fuesen capaces de tanto. No es culpa nuestra, ya puedes figurártelo. Mi Bernardo es bueno y yo no te deseo ningún mal. ¿Te han hecho mucho daño? ¿Cómo te han dejado venir así? Ay, Virgencita de las Angustias. Ay, Cristo del Gran Poder. Ay, San Anastasio bendito. No es mi culpa, te lo juro por Dios.

ELVIRA. — (Angustiada, sin fuerzas de hacerle frente a la loba, frizando con sus labios un sentimiento de muerte.) ¡Salga de aquí...! (Muda de espanto, Doña Reyes sale. Leonor tira de la mano que aún tiene asida, de Elvira y la hace sentarse en la silla más inmediata a la puerta. Solamente Leonor parece que puede medir en su alma la magnitud de tan horrenda humillación, de tan feroz e injusta represalia. Elvira se deja

a la tierna merced de Leonor, quien la protege con su cariño, como una madre a su hijita pequeña. Mientras habla a Elvira, Leonor enciende un infiernillo de alcohol, echa agua en un cazo, la pone a calentar, busca una toalla, etc.).

LEONOR. — Dios deberá castigarlos. (Pausa.) Pero si Dios castiga, ¿de quién se ríen y por qué se burlan esas gentes?. ¿Qué daño les ha hecho usted para que le paguen con esto? Yo lo sé. Que es usted guapa, que es usted buena, que usted no quiere salir a la calle cuando canta la falange. Pero, no se preocupe, porque yo la quiero a usted. Y le voy a regalar mi muñeca que es, con mi madre, lo que más quiero en este mundo. (Pausa.) Por favor, póngase contenta. Dígame algo. Si vuelven a buscarla para hacerle daño, cogeré un cuchillo y... Yo soy muy capaz, créalo usted. (Pausa.) Han estado aquí las beatas del padre Hidalgo. Las vimos pasar mi madre y yo desde nuestra ventana. Por cada golpe que se dan en el pecho, les debiera salir un escorpión con veneno ardiendo. Espere un poquito, que le estoy calentando agua para lavarle esa cara de «excehodo». (Acercándose al percibir un gesto de angustia atroz en Elvira.) ¿Qué le pasa? ¡Ay, Dios mío, que no se me muera! Elvira, no me diga usted nada, pero sonría, que yo sepa que no se va a morir. Tiene usted que vivir para maldecirlos como yo los maldigo. Y porque yo quiero que viva.

ELVIRA. — (Temiendo desmayar de angustia, de dolor, de debilidad infinita.) ¡Ah!... Leonor, Leonor. Ayúdame a subir a mi dormitorio... ¿Por qué no ha venido tu madre... ?

LEONOR. — Tiene mucho miedo la pobrecita. ¿Sabe? Cuando le dieron el ricino y pelaron a la Coralito, Concha, una prima suya, salió al encuentro para ayudarla y también se metieron con ella. A mí no me hará nada porque soy una chiquilla; pero si se atrevieran les arrancarían los ojos. (Ayuda a Elvira a subir al dormitorio.) Yo me quedaré aquí, con usted, hasta que todo haya pasado. A mí no me da miedo. Elvira vuelve a estremecerse violentamente, en el dormitorio.) ¡Av, señora Elvira, por la gloria de su madre: viva! Mañana mismo le traeré mi muñeca. (Elvira se deja caer pesadamente en la cama. Leonor descende a la planta baja para coger el agua caliente, y lo que cree que necesita para atender a Elvira.)

ELVIRA. — (Febil, delirante.) La Virgen está pisando la cabeza de una serpiente porque no tiene camisa azul. Las huestes del paraíso tienen manchadas las manos con mi sangre y la sangre de mi amado. ¿Quién dice que España no tiene los brazos en cruz? Yo, yo soy España. ¿Quién asegura que en el aire no se confunden

la verdad y la mentira, las coronas de espinas y las de los príncipes, y las boinas rojas, los yugos, las trabas, las oces y las guadañas, los martillos y las bofetadas, los yunques de hierro y los vientres de las madres, el fuego inquisicional y las cruces gamadas, las tablas de la ley, los laureles, el perejil, los santos óleos y el aceite de ricino...? ¿Y mis pelos? ¿Qué han hecho de mis pelos? ¿Por qué me han despojado de mi dignidad de mujer? ¡Mama! ¡Mama! Si el día que me pariste hubieras barruntado todo esto, ¿no hubieras preferido ver salir de tu seno una mariposa que hubiera quemado en sus alas tu perfumada ilusión? El mar me está sangrando en mis pechos. Las olas me golpean en la garganta y me preguntan por qué no he sido capaz de fulminar a esa gentuza con una palabra de perdón. Perdón, perdón. ¿Por qué? ¿De qué? ¡Malditos! (Incorporándose en el lecho con desbordante exaltación.) Que vengan a explicarme ahora la vida con preceptos escritos. Que vengan a decirme ahora que Dios está levantando a España de entre los muertos. S«, como una sombra en el instante de una electrocución; como un estertor en la eternidad de unos huesos descoyuntados por el garrote vil; como un frío alarido de rabia cuando los pechos de los hombres son asaltados por las balas ante el paredón. ¡Ah, canallas! Si Dios está bajo el palio de vuestros tormentos, yo me río en las barbas de vuestro Dios. Que mi pelo trenzado os sirva como rosario donde contéis una a una las villanías que debéis apuntar en vuestros salvoconductos hacia el paraíso. Que mis pelos se cuenten en las bridas de los caballos de esta hora apocalíptica de España. (Leonor, que ha subido con una palangana con agua caliente y una toalla, se queda extasiada, oyéndola.) ¡Ay, Leonor, Leonor! Ve, corre a la tumba de mi tía Gertrudis. Dile que su Elvira sufre y va a enloquecer de humillación, de vergüenza y de rabia de vivir. Dile que la cólera que remueve su martirio, y que el odio que le hierve dentro, como piedras y lava en las entrañas de un volcán, van a trastornar su insignificante deseo de vivir. Dile que venga a escupir a mis pies, con la saliva de sus conjuros y que pronuncie la palabra mágica que me permita volar por los linderos donde se prue-

ban y se conocen los hombres. Que quiero ver si quedan hombres en esta tierra desolada y yerma. Que si yo los encuentro clavados en el palo maldito de la culpa ajena, con mil astillas lacerando sus pechos y un pálpito gozoso en sus ojos moribundos, yo los besaré con mis labios del alma, mis labios eternos de mujer y por pura gratitud al gesto insobornable, como tributo al dios que solamente allí he presentado.

LEONOR.—Señora Elvira, tranquilícese. Acuéstese. Descanse ahora, tengo miedo.

ELVIRA. — ¿No irás, Leonor, a la tumba de mi tía Gertrudis?

LEONOR. — (Apenadísima, creyendo.) Yo no sé el camino.

ELVIRA. — Es tan fácil ir al cementerio. Si no que te lo digan esos.

LEONOR. — Pídame otra cosa.

ELVIRA. — ¡Ay, niña! ¿Podrás tú darme alas? Bueno, y si pudieras darme alas, ¿de qué me servirían? Me las cortarían, como a mi pelo, y no podría volar. Las alas no sirven de nada cuando no hay cielo. Y el cielo lo ha cerrado esta gente, lo ha cerrado con la pretensión de querer acapararlo para los paniaguados del señor obispo, para los jerarcas y para quienes paguen una entrada por una puerta que no han vislumbrado jamás. Lo han cerrado y, hasta las moscas deben limitarse a arrastrarse por el río sangrante de nuestras llagas. (Se deja caer, abatida, de nuevo.)

LEONOR. — Duerma, Elvira, duerma y calle. Si yo pudiera, le daría alas y con esas alas todo un cielo, grande como el de nuestras playas y sin nubes, por el que usted pudiera volar a sus anchas como quisiera y a donde quisiera... (Pausa. Leonor se aproxima a Elvira y la contempla reprimiendo el llanto.) Pero como no tengo alas que darle ni cielo que ofrecerle le doy lo que tengo: mi muñeca y mi cariño. Y yo creo, de todos modos, que es usted sola quien puede enseñarnos a volar libremente a mi muñeca, a mí y... a quien quiera volar. Esas alas que usted, Elvira, despliega con su alma son tan poderosas. (Lentamente ha ido cayendo el

TELON.

ABARRATEGUI

(Continuará.)



Indice general de autores y colaboradores de CENIT durante los años 1961-62

(Los nombres con asterisco se encuentran también en el índice publicado en su décimo aniversario. Ver el número 120.)

A

- * ABARRATEGUI: «Inri», 122. «Romance de Libretad López», 123. «Dulce libertad», 125. «La verdad», 136. «Esa mujer», 135. «Alas sin cielo», 140-144.
- A.B.I.C.: «Cien años de guerra», 142.
- ACQUARONI: «Walt Whitman», 106.
- * ALAIZ, F.: «España económica», 142. «Mundo al revés», 144. «Política», 125. «Los aplausos», 129. «El palacio», 131. «Vida privada y vida pública», 132. «El intrigante», 135. «Sugestión de España», 137. «Los exilados», 138. «La estatua viva», 143.
- * ALBA V.: «Regreso a la fuente», 129.
- ALBERTO I.: «Antonio Reyes», 136.
- ALCANTARA P.: «Los españoles», 123.
- ALVAREZ SIERRA J.: «El mayor triunfo del Dr. Ferrand», 135. «Riquezas humanas», 139. «Doctor Esquerdo», 142.
- ALLEN H.: «Historia de los complidores de Thoreau», 128.
- ALVARO DE ALBORNOZ: «Lo que fue la restauración borbónica», 144.
- AUB MAX: «Cuestión bizantina», 130.
- * ANTONIO R.: «Espagne assassinée», 121.
- ARBOUSSE D.: «Qué es la filosofía», 126.
- ARENAL C.: «La soberbia», 126.
- * ARMAND E.: «Emancipación femenina», 121. «La evolución en las opiniones», 122. «Ni Dios exterior ni dueño interior», 126. «La demistificación del misterio», 128. «El amor», 132. «¿Y a eso llamáis vivir», 138.
- * AUMENTE J.: «Libertades concretas», 121.
- * AUREL: «Han Ryner», 127.
- A. V.: «De la revolución a la economía», 127.

B

- * BAKUNIN: «La masonería», 137.
- * BALZAC H.: «El amor», 132.
- BARCO J. (A. G. B.): «Colectivización y socialización», 127.
- BASTA: «El amor», 131.
- BASTERA: «A los jóvenes dolorosos», 130.
- BASTIDE G.: «¿Qué es la filosofía», 126.
- BAZAL: «Mundo Neclo», 135.
- BERGER G.: «¿Qué es la filosofía», 126.
- BLASCO IBANEZ: «España», 134.
- BLESINGTON M.: «El amor», 131.
- BOLLIVAR: «La libertad», 137.
- BOLL H.: «La lengua baluarte de la libertad», 121.
- BOVEL: «El amor», 131. «El carácter», 142.

- * BRAVO, Plácido: «Nuestro destino», 121. «El hombre y la máquina», 122. «La inhibición de las élites», 124. «Si conociéramos al hombre», 128. «El cultivo del hombre», 127. «De la historia, esta brújula», 128. «Saber comprender», 129. «Del Estado y sus instituciones», 130. «Hoja por hoja», 131, 132, 134, 135, 137, 139 y 140. «Juventud y senectud», 133. «De los hechos a las ideas», 136. «Inmortalidad o trascendencia», 141. «La confesión y el secreto», 142. «¿Obedecer sin comprender?», 143. «La armonía entre los sexos», 144.
- BRES Y.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
- * BRUNO: «La riqueza», 136.
- BURNS: «La vida», 132.
- BYRON: «El amor», 131.

C

- * CALDERON: «Papel traidor», 135.
- CALVO J.: «Fin del proceso Eichman», 135.
- * CALLEJAS L.: «La dura prueba del destierro», 122. «Unamuno en el destierro», 125.
- * CAMPIO CARPIO: «Poesía del destierro», 128-133. «Alianza de la libertad», 130. «En nuestra tierra», 139. «Tres generaciones de animadores», 142. «La política y el hambre», 143. «Diálogo de dos mundos», 144.
- CAMPOLLANO F.: «Ensayos comunitarios en Norteamérica», 127.
- * CAMPOS S.: «La estatificación del hombre», 127 y 140. «Modalidades y esencia autoritaria», 137.
- * CAMUS A.: «El movimiento revolucionario», 122. «Manuales e intelectuales», 124. «El escritor», 133. «Ignorancia», 135.
- CARBO E.: «Afan de ver claro», 131. «Los modernos abominan del clasicismo», 140.
- * CARLYE: «La vida», 132. «La religión», 136.
- CARMONA A.: «La defensa de la alegría», 139.
- * CARSI A.: «El circo de Gavarni», 12. «Buscando raíces», 134.
- CASSOU J.: «Picasso», 124.
- * CAVOUR: «La diplomacia», 128.
- * CELMA M.: «En medio de los escombros», 122. «Pancho Villa», 124. «Testigo de mi tiempo» y «En un lugar de los Andes», 125. «Cooperativa sin lucros», 126. «El Vaticano contra Europa», 144.
- CELTA L.: «La mañana luminosa», 124. «Cumbres luminosas», 125. «El alcoholismo», 126. «Alegría de la naturaleza», 129.
- * CERVANTES: «La propiedad», 127. «Deformación profesional», 129. «El amor», 132. «Las letras», 134. «De la poesía y de los poetas», 135.
- CLYDE: «El amor», 132.
- COLLARD R.: «La religión», 136.

- * CONFUCIO: «Valor de la palabra», 121.
- COOKE J.: «El amor», 131.
- CORNEILLE: «El amor», 132.
- COSMOS (C. P.): «Chispas», 136.
- * COSTA I.: «Concepto de la educación» y «Colas Breugnon», 121. «La comida del hombre» y «Sociedades animales», 124, 125. «¿Es la oratoria un arte?», 126. «Análisis de la emoción», 128. «Ciencias y mitos», 129. «Limpieza en el lenguaje», 133. «Amor al prójimo», 134. «El muerto al hoyo...», 143.

CH

- CHAMP: «Loi sur la presse» (portada), 141.
- CHARLOT: «Retrato» (portada), 140.

D

- DAMPIER: «La ciencia», 139.
- DAVIES J.: «H. S. Salt», 138.
- DEJACQUES J.: «Contra las dictaduras», 123.
- DELGADO C.: «Versos», 135.
- * DENIS (A. G. B.): «La mujer guapa», 121. «El educador», 122. «El galeote», 123. «El maestro», 124. «El propietario», 125. «El escéptico», 126. «El escritor», 127. «El cronista», 128. «El burgués», 129. «El pobre», 130. «El ladrón», 131. «El viejecillo», 132. «El negociante», 133. «El asno», 134. «El bufón», 135. «El concejal», 136. «El cortesano», 137. «El diputado», 139. «El crítico», 140. «El editor», 141. «El emisario», 142. «El extranjero», 143. «El feminista», 144.
- DEWAR: «El amor», 131.
- * DIDEROT: «La vida», 132.
- * DIONISIOS (A. G. B.): «Las riquezas», 130.
- DISRAELI: «El amor», 131.
- DURANT G.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
- DURRENMAT: «Diálogo nocturno con un hombre abyecto», 122.
- * EMERSON: «El amor», 131.
- * EICTETO: «La vida», 132.
- * ERASMO: «La vida», 132.
- * ESGLEAS: «Arrivistas y hombres consecuentes», 122.
- ESQUILO: «El amor», 132.

F

- * FABIO LUZ: «Retrato» (portada), 139.
- FAGUET: «La vida», 132.
- FERRARETI S.: «Tolstoi y la no violencia», 136.
- * FERRER J.: «Ayúdate», 126. «No es el hambre quien nos hizo revolucionarios», 127. «Glosa al sindicalismo», 134. «Santo Domingo Guzmán», 137. «¿Noviazgo entre Dios y la Anarquía?», 139.
- FLORES MAGON: «Los utopistas», 144.
- * FONTAURA (V. G.): «La mística

del anarquismo», 133. «El mito y la realidad sexual», 134. «Pedantería, soberbia, sencillez y dignidad», 135. «Simone Weil y el hombre máquina», 139. «Tierra y sol de Levante», 141. «La estela imborrable», 144.
 FOUILLEE: «Del arte», 135.
 * FRAK F.: «¿Humildad o pedantería?», 133.
 * FRANKLIN: «El amor», 131. «La experiencia», 143.
 * FRANCE A.: «La vida», 132.
 F. S.: «La derecha, su máscara y sus mitos», 125.
 FUERBACH: «La religión», 136.

G

GALLEGO: «V. Hugo en España», 126.
 GANDHI: «La acción directa», 126.
 GARCIA R. «Jack London», 132.
 GARCIA RAMOS: «El terror en los campos», 121. «Opresión y Revolución», 131, 132.
 * GARCIA: «El pensamiento anarquista», 135-143.
 GARFIAS P.: «Entre España y México», 127.
 GERALDY P.: «El amor», 131.
 * GIMENEZ IGUALADA: «El soberano y los educadores», 129. «Reflexiones al compañero X», 133. «Cartas al amigo», «Acción y cultura», 134.
 GIRONELLA J. M.: «En el tren de Port-Bou», 137.
 GLASWORTHY: «El amor», 132.
 * GODWIN W.: «Las levas», 135.
 * GORTHE: «La vida», 132.
 * GONZALEZ I.: «El inadaptado», 137. «El que estaba en todas partes», 138. «La protesta», 140-141.
 * GONZALEZ PACHECO: «Del pesimismo», 143.
 * GONZALEZ PRADA: «La anarquía», 126. «Humanismo», 129. «Zatrato» (portada), 144.
 * GOURMONT R.: «El amor», 131.
 GOTTECHO S.: «Thoreau y las flores del campo», 143, 144.
 GRAU J.: «Espíritu creador», 124.
 GRAY P.: «The Berth» (portada), 132.
 GUEROULT M.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
 GUIZOT, Mme.: «La vida», 132.
 GUSDORF G.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
 * GUSTAVO S.: «Lista», 124. «Pacifismo», 135. «Torrijos», 1336.

H

HANFMAN: «El amor», 132.
 HEGEL: «La filosofía», 135.
 HERNANDEZ F.: «La democracia en el verso», 130.
 * HERNANDEZ M.: «La paciencia», 143.
 HIRSCHFELD: «La vida», 132.
 HIRSCHFELD M.: «El amor», 131.
 * HUGO V.: «España», 122. «Deberes», 174. «A los frailes y a los curas», 128.
 * HUXLEY A.: «La elocuencia», 123. «La religión», 136.

I

IBER SISIFO: «Morir al alba», 144.
 I. G.: «Voces de España. Los obreros», 128.
 * INGENIEROS J.: «Valor del hombre», 122.

J

JANE, Cecil: «La libertad», 135.
 JANET Dr.: «La tristeza», 143.
 JEFFERSON: «El poder», 125.
 * JEROME: «Los tribunales», 125.
 * JIMENEZ M.: «Ensayos y proyecciones», 127.
 JOHN A.: (Portada), 131.
 JONES A.: «El encarcelamiento de Thoreau», 141.
 JOUBERT: «La vida», 132.
 JOICE: «La vida», 132.
 JUGNET: «¿Qué es la filosofía?», 126.

K

KEY E.: «La mujer», 125.
 KRAUSE: «El ideal», 128.

L

LABOULAYE: «La vida», 132.
 * LA BROUYERE: «El amor», 131-132. «La vida», 132.
 * LACAZE DE THIERS: «Mediocracia y aristocracia», 124.
 * LACERDA: «El amor», 131.
 LACROSE M.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
 LAMARTINE: «El amor», «La vida», 132.
 LARDE A.: (Foto, portada), 130. «La transformación electrónica», 132.
 * LA ROCHEFOUCAULD: «El amor», 131-132.
 * LAZARTE Dr.: «Hacia los municipios autónomos», 121-122. «La guerra y sus causas», 132.
 LEFEVRE M.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
 LEROUX P.: «La religión», 136.
 LEROY: «El dinero y los periódicos», 135.
 LEVEQUE R.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
 LISINSKO: «La anarquía», 131.
 * LIZCANO: «La cuasi imperceptible guerrilla del espíritu», 123. «Afinidades en marcha», 125. «La cultura y la dictadura», 141. «Por el amor de Dios», 142.
 LOPEZ PACHECO: «De la España que despierta», 126.
 * LOUVET L.: «Cañífero», 139.
 LUCIANO: «La vida», 132.
 LUTERO: «El amor», 131.
 LYNDON J.: «Placeres de Waldem», 123.

LL

LLES F.: «Insignes paparruchas», 141. «Sermón inútil», 144.

M

M.: «Anastasia», 140.
 * MADARIAGA: «Unidad en la variedad de España», 121.
 MAETERLINCK: «El sacrificio», 136.
 MAINTENON Mme.: «La vida», 132.
 MALDONADO L.: «El tío Cavila», 126.
 MANAT J.: «Evocación de S. Rusinón», 134.
 MAQUIAVELO: «Política», 139, 140.
 MARCO AURELIO: «Hipocresía», 134.
 MARIVAUX: «El amor», 132.
 * MARTINEZ M.: «La pedagogía», 134.

MATUTE A.: «Las mujeres», 123.
 * MELLA R.: «Las pasiones», 143.
 * M. P. R.: «Cuán verde era mi valle», 140.
 MILL: «La religión», 136.
 * MILLA B.: «La guerra de España pasa a la historia», 129.
 MOLIERE: «El amor», 131.
 MONDOR Pr.: «La popularidad», 143.
 MONROS: «La Guardia Civil» (portada), 127.
 MONTAIGNE: «La ley», 126. «El amor», 132.
 MONTEFORTE: «El general F.», 135.
 * MONTESQUIEU: «Las leyes», 129.
 * MONTSENY F.: «Los ecos de la tragedia de Chicago», 137. «Las mujeres en la revolución española», 138.
 MORBAN LEBESQUE: «Horror supremo», 121.
 MOZAT: «Valores», 123.
 MUNOZ V.: «Estados Unidos», 121. «América de los indios», 122. «El pensamiento de Cervantes», 136. «El pensamiento de Zozaya», 131. «L'anarchisme et Zamenhof», 138. «Eliseo Reclus», 139. «Claude Tillier», 140.
 MUSSET: «La vida», 132.

N

NEGRI: «La religión», 136.
 NERUDA P.: «Niña morena y ágil», 133.
 * NETTLAU: «Reclus y Bakunin», 141-142.
 * NIEZTSCHKE: «La vida», 132.

O

* OCANA F.: «Educadores sí, verdugos no», 123. «El indeterminismo y el ser», 128. «Einstein y Heisenberg», 129. «Indeterminismo», 130. «Valor de la duda y el ser», 131, 134-136, 137. «La psicología», 178. «Nace el hombre cósmico», 140. «El hombre y los complejos», 141-142. «Marilyn Monroe», 143-144.
 OLIVAN G.: «La explotación», 132. «Poema», 133.
 OLIVERIO T.: «Luz y fuerza, una empresa electrizada», 127.
 OMAR AL KHAYAN: «El amor», 131-132.
 * ORTEGA Y GASSET: «La vida», 132.

P

* PASCAL: «Las fronteras», 126.
 PASCOAES: «La vida», 132.
 * PAULES C.: «Tríptico humano», 123. «Religión y sus melodías del silencio», 126. «Ficción, vislumbre o posibilidad», 127. «A los aguilucho», 130. «Poemas y religiones», 134. «La calumnia vencida», 136. «El tono de una revista», 137.
 * PAULHAN F.: «Las ideas», 132.
 * PEIRATS J.: «La Sión hispánica», 123-125. «Cómo se pierde la independencia», 131.
 PEMAN: «Desde arriba», 143.
 PERRIN: «El humor», 144.
 * PI Y MARGALL: «El arte», 125.
 * PITAGORAS: «La vida», 132.
 * PLATON: «El amor», 131.
 * POCH DR.: «Valor del principio individualista», 137.

- PRADOS E.: «Poesía», 124. «Canción», 134.
 * PROUDHON: «La propiedad», 127. «La religión», 136.
 * PUYOL J. M.: «Un poco de humor», 121. «Vinetas de...», 122, 126. «El afilador de Trives», 124. «Un asunto escabroso», «Mi pueblo», 125. «Acotaciones cervantinas», 128. «Narcisa», 129. «La Celestina», 133. «Cervantinas», 134. «La luz apagada», 135. «El jesuita y Galdós», 136. «Del osario», 137. «Luminosidad», 138. «Filosofía y letras», 139. «Mi caja de estampas», 140. «Tarayuela», 141. «La llega», 142. «Don Juan de Austria», 143. «Jerez de la Frontera», 144.

R

- * Rabindranath Tagore, «La vida», 132.
 * RAMA C.: «Israel, laboratorio social», 122. «La obra cultural de la revolución cubana», 124. «Nacionalización de la cultura en Cuba», 125. «Paralelo entre la Revolución cubana y la Revolución española», 130.
 * READ E.: «El anarcosindicalismo», 122. «La revolución», 126.
 * RECLUS: «Las leyes», 126.
 REFRANERO: «Monjas y frailes», 137.
 * RELGIS: «Hombres y paisajes», 121. «De mi calendario», 126-144. «Marcelina Desbordes», 139.
 RENARD: «La vida», 132.
 REVILLA: «El cómico», 144.
 REYES A.: «De cómo Grecia construyó al hombre», 135.
 * ROCKER R.: «Las teorías de Marx y Bakunin», 126.
 RODO: «La vida», 132.
 ROMAINS J.: «Los detalles», 143.
 ROMERO L.: «Hombre vestido de gris», 144.
 ROSE W.: «Una voz europea en América», 138.
 * ROSELL A.: «Civilización y barbarie», 129-130.
 ROSELLI C.: «Cataluña, baluarte de la Revolución», 127.
 ROUGIER L.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
 * RUIZ J.: «Ideas sobre educación», 121-138.
 * RYNER: «El mar», 127. «El filósofo», 128. «El manantial», 129. «Los efímeros», 130. «Los arraigados», 131. «El niño lisiado», 132. «El árbol preferido», 133. «Que la juventud sea», 134. «De mi sabiduría», 135. «No me escuches; si puedes, escúchate», 136. «Dos sueños de Pacificus», 137. «De mi individualismo», 139. «El rebaño que bala», 140. «Las parábolas cinicas», 142.

S

- SAINT-PIERRE B.: «La vida», 132.
 SALAS SUBIRATS: «Pedagogía», 132.
 SALAZAR J.: «Canción venezolana», 134.
 SALOMON: «El amor», 131.
 * SALVADOR T.: «Lli Bey», 123.
 * SAMBLANCAT: «El camión de la gartos», 121. «Miñotos de Sierra abajo», 122. «El exubrio colonial», 125. «La justicia popular en nuestro 36», 127. «Canción venenífica», 134. «La mística española», 135. «Termonucleación rústica», 136. «Trustocracia y trastocracia», «Prada, no prado», 137. «Camote en el boulevard», 139. «Repúblicas y Rehdepúblicas», 141.
 SANTIAGO A.: «Poema a la emigración», 142. «El mar de Dieppe», 144.
 SAUNER W.: «La sociedad», 126.
 SCOTT W.: «El amor», 131.
 * SCHELER M.: «La edad», 134.
 SCHILLER: «El amor», 131. «La vida», 132.
 * SENECA: «La vida», 132. «Nada es grande», 134. «Verdadera grandeza», 135.
 * SENECA: «La vida», 132. » —
 * SHAKESPEARE: «La vida», 132.
 SILONE: «La sabiduría», 144.
 * SIMON J.: «La vida», 132.
 * SPENCER: «La creencia», 140. «Hombre y mujer», 141.
 STAEL Mme: «El amor», 132.
 STHENDAL: «El amor», 132.
 STOETZEL J.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
 STORNI: «Romance de la venganza», 135.
 * SUNO (V. M.): «Mocrocultura», 121-136.
 SWIFT: «La vida», 132.

T

- TAINE: «El amor», 132.
 TAYLOR A.: «Sócrates», 135.
 TERMISON: «El amor», 131.
 * TOLSTOI: «El arte», 131.
 TOSQUELLAS: «A mi España», 129.
 TUDELA D.: «Chicago» (portada), 137.

U

- * UNAMUNO: «Lo que cuenta es la conducta», 123. «El amor», 132.
 USCATESCU G.: «El tiempo de Ulises», 124.
 UTRILLO: «Recuerdos de Zuloaga», 133. «Miguel Utrillo, padre», 139.

V

- VALDIVIESO M.: «Un ángel sin alas», 130, 131.
 VALLE INCLAN: «La infanzona de Medinica», 138.
 * VALLINA P.: «El verdugo de Málaga», 123. «A los jóvenes», 137. «La copa de la vida», 138.
 * VAUVENARGUES: «La vida», 132.
 * VEGA J.: «Resurrección y doctorado de Charlot», 138.
 VIDAL Y PLANAS: «Cuéntenos usted algo», 122. «Sobre la cultura», 143.
 VIDAL G.: «H. Ryner, el nombre y la obra», 121-126.
 VIGNY: «La vida», 132.
 VIVES L.: «De la manera de aprender», 133.
 * VOLTAIRE: «El amor», 132.

W

- WAHL J.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
 WAY TEALE: «Thoreau y el tiempo», 124.
 WILDE O.: «El amor», «La vida», 132.

X

- XIMENEZ F.: «El arte de la réplica», 138.
 XIRAU R.: «El hombre», 137.

Y

- YDEVALLE OH.: «Cárceles de España», 134.
 ZOZAYA A.: «Tras la cumbre», 144.



POETAS DE AYER Y DE HOY

EL MAR EN DIEPPE

*A Maria, por quien la distancia
equivale al tiempo justo para volver...*

(Desde Dieppe)

En Dieppe no tuve miedo al mar aunque era grande
como el cielo de un dios hecho de hierro.
Allí nos encontramos el mar y yo una tarde
y acaricié sus olas bañándome en su cuerpo.
El mar en Dieppe limita con la playa y una curva de

[rocas,

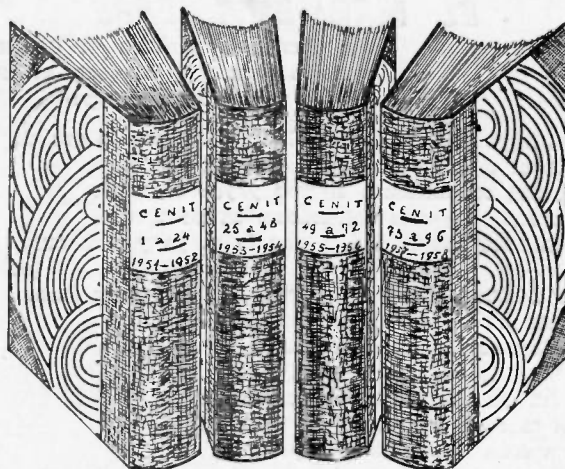
mar adentro, donde se pierde el límite y los peces
el mar en Dieppe limita con el cielo.
No duerme el mar su borrachera de agua,
es un dios de sí mismo bajo el viento;
yo fui de madrugada a despertarle
y el mar en Dieppe estaba ya despierto.
Un volcán de serpientes apretadas
parece el mar en Dieppe, como unos pechos
Para morder la calma de un silencio que busca otro

[silencio.

Yo me quedé en sus muelles limitado al avance :
tenía el mar de cara cerca y lejos;
descansaban mis ojos horizontales de agua
y era el agua una masa sin objetos
en Dieppe, donde esperaba el mar cada mañana
la partida de un barco, el desconsuelo
de ese ofrecer su vientre sin abrirse,
porque en el mar no existen agujeros.
De costa a costa el mar pierde su fuerza,
un latido de peces en el centro
alborota sus aguas desde el fondo
donde la vida habita un cementerio.
El mar de Dieppe se pierde como un bosque
sin caminos de asfalto ni de hierro,
gigantesca montaña boca abajo
un terremoto de agua en movimiento.
Y el mar empuja con sus pies de espuma
la barriga quebrada del continente quieto
y así regresa el mar sobre sí mismo
rechazado, fugaz, enloquecido;
pertenaz al regreso vuelve el mar a la costa :
visto de las nubes será un ojo de fieltro.
A Dieppe después del alba como un Guernica al trote
de tierra y de gaviotas
llegaba el mar sediento.
Encontraba las costas como cuchillos grises
y los ojos azules de viejos marineros.
Le despedí en los muelles a las seis de la tarde,
tenía el mar mis ojos donde quedarse inmenso.
Vacío hacia otras costas, desnudo como un parto,
parece el mar un náufrago cuando se va del puerto.

ANGEL SANTIAGO

CENIT tiene 12 años



El mes de enero de 1951 aparecía el primer número de la revista. Hace de ello 12 años. No siempre la tarea para asegurar la aparición ha sido fácil. Ni aun los más optimistas podían prever tan larga existencia. En las líneas de presentación que hizo entonces la Redacción, ya aludía a las dificultades:

CENIT apareció por decisión orgánica. La CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO DE ESPAÑA EN EL EXILIO podía y debía disponer de un órgano receptor de todas las inquietudes sociales, y anárquicas de sus militantes, que sirviese al mismo tiempo como legado y constatación de una época, de un periodo y de una situación circunstancial extremadamente especial y difícil.

Decía la Redacción en aquel entonces, que una batalla había que librar, una batalla sobre dos frentes: contra el mal llamado comunismo (régimen opresor de Rusia) y contra el capitalismo (imperante en las naciones de Occidente). Enrentados o pacíficamente coexistentes, ambos regímenes, ambas formas de gobierno no son más que las partes inseparables de un mismo cuerpo político contra el que habrá que dirigir todos los esfuerzos, toda la fuerza creadora de los hombres y de los pueblos, tal como fue concebido ya a fines de siglo pasado por la Internacional de los trabajadores. Ayer, el Estado y el capitalismo vencieron gracias a la molición de los que querían transformar la sociedad colaborando con los estamentos oficiales, con las fuerzas enemigas. Es cierto que este «mal menor» se llevó la mayoría de los trabajadores: es cierto que en ocasiones el socialismo colaboracionista y político, llegó a gobernar cual verdadero dueño y señor de la situación. ¿Se ha transformado con ello la sociedad? ¿Hay menos privilegios, menos desigualdad social, más bienestar? NO.

Se lee en la nota de « presentación » de la revista : « Es parecer de los que redactamos CENIT que el Anarquismo, con un sindicalismo cuidadoso de su misión, no sólo habría evitado que el mundo llegara a la situación en que está, sino que puede sacarle de esta situación. »

Manifestación creadora, misión de combate, de divulgación y de formación social que aún continúa y que continuará mientras los trabajadores de la C.N.T. no cambien de pensar y aporten su colaboración a la publicación de la que son fundadores.

Pero CENIT es más : « No nos vamos a contentar con exponer nuestro parecer — decía en su primer número —, todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tendrán eco en estas columnas. »

A 12 años de distancia, no hay más que repasar sus páginas, no hay más que echar un vistazo al índice de autores para cerciorarse de que se ha cumplido con la misión encomendada. Más de 100 firmas, algunas de entre lo más selecto y eminente del pensamiento de todos los tiempos, de todos los pueblos y de todas las razas, lo atestiguan.

En este aniversario, CENIT agradece a sus lectores la ayuda prestada para que viva, y a sus colaboradores por la valiosa aportación, pues gracias a ella la revista ha adquirido carácter universalista, honra de la sociedad futura, de equidad social, de respeto y de fraternidad.

Es de esperar que cada día se incrementará más el sostén que la revista necesita para vivir, que nuevos lectores, vendrán a ella y que nueva y valiosa colaboración enriquecerá su texto, única manera de que la misión sea cumplida sin interrupción.

LA REDACCION